

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA**

**DEPARTAMENTO DE HISTORIA MODERNA**



**TESIS DOCTORAL**

**Mujeres y orden social en Madrid: delincuencia femenina en el cambio  
de coyuntura finisecular (1580-1630)**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Enrique Villalba Pérez

DIRIGIDA POR

José Cepeda Adán

**Madrid, 2002**

ISBN: 978-84-8466-150-4

©Enrique Villalba Pérez, 1992

***MUJERES Y ORDEN SOCIAL EN MADRID:  
DELINCUENCIA FEMENINA EN EL CAMBIO  
DE COYUNTURA FINISECULAR  
(1580-1630).***

***TOMO I***

***Enrique VILLALBA PEREZ***



Departamento de Historia Moderna

Facultad de Geografía e Historia

Universidad Complutense.

***MUJERES Y ORDEN SOCIAL EN MADRID:  
DELINCUENCIA FEMENINA EN EL CAMBIO  
DE COYUNTURA FINISECULAR  
(1580-1630).***

***Enrique VILLALBA PEREZ***

**TESIS DOCTORAL DIRIGIDA POR: D. JOSÉ CEPEDA ADAN  
JUNIO 1992**

## INDICE

INTRODUCCION .....	12
--------------------	----

### PARTE I:

#### LA MUJER EN LA LEY, LA LITERATURA Y LA SOCIEDAD

I. STATUS JURIDICO.....	23
1. El casamiento.....	24
2. Derechos y deberes económicos femeninos dentro del matrimonio.....	43
3. Representación legal de la mujer.....	50
4. Otras restricciones legales.....	51
5. Legislación sobre delitos contra la moral sexual y marital.....	52
II. IMAGEN DE LA MUJER EN LA LITERATURA DEL SIGLO DE ORO.....	53
1. Imágenes ideales de la mujer.....	57
2. Imágenes misóginas.....	72
3. La voluntad femenina.....	100



5. Los oficiales de justicia y policía en la corte....	474
7. El traslado de la corte a Valladolid y la Justicia. . .	497
Recapitulaciones sobre la Justicia...	512

## PARTE III:

### DELITOS Y DELINCUENTES EN MADRID

VI. TIPOLOGIA DE LOS DELITOS ..	520
1. Advertencias. ....	520
2. Clasificación de los delitos que juzgaba la Sala...	521
VII. PANORAMA GENERAL DE LA DELINCUENCIA EN LA CORTE . . .	544
1. Consideraciones generales. ....	544
2. Marginación y delincuencia ..	581
3. La cárcel: vida interna. La cárcel de corte.....	657
4. Distribución de las causas de la Sala ...	666
VIII. LOS DELINCUENTES LA PARTICIPACION DE LA MUJER . . .	674
1. Encausados. Situación general..	674
2. Los encausados por delitos de palabra. . .	680
3. Los encausados por agresiones . . .	690
4. Los encausados por robo. . .	701
5. Los encausados por fraudes . . .	715
6. Los encausados por infracciones legales..	726
7. Los encausados por delitos contra la justicia. ....	744
8. Los encausados por <i>varios</i> ...	754

## IX. LOS ENCAUSADOS POR DELITOS CONTRA LA MORAL

SEXUAL Y MARITAL .....	762
1. Delitos que incluye y su evolución.....	762
2. Las tercerías.....	767
3. Trato ilícito.....	776
4. Delitos maritales.....	782
5. Amancebamientos.....	793
6. Estupro.....	802
7. Deshonestidades.....	806
8. Pecado Nefando.....	809
9. Algunas reflexiones sobre la delincuencia femenina.....	812
10. El caso de la prostitución.....	824
 CONCLUSION.....	 841
 APENDICES DOCUMENTALES.....	 852
 BIBLIOGRAFA.....	 910

## INTRODUCCION

Esta tesis Doctoral que ahora presentamos se centra, en un principio, en un aspecto tan concreto de la Historia Social como es el análisis de algunos comportamientos marginales y delictivos. La delimitación de materia tan extensa se hizo desde una perspectiva múltiple.

Atendiendo al objeto de la investigación, optamos por centrar nuestro interés en las cuestiones de orden público y delincuencia buscando en las transgresiones legales una combinación de aspectos de mentalidad, sociales y jurídicos, que eran los que atraían nuestra atención inicialmente y los que mejor podían adaptarse al sujeto histórico elegido.

En cuanto a éste decidimos escoger a la mujer. Y no por un afán de limitar, de recortar el número de los protagonistas, sino muy al contrario pretendiendo enriquecer nuestro enfoque por vía de la comparación y el contraste, añadiendo matices de análisis muy interesantes sobre todo en el campo de la mentalidad y de las imágenes colectivas, así como en el del comportamiento diferenciado o no, inducido o no por la sociedad o por los varones. El hecho de que nos ocupemos de modo preferente de la mujer no es tanto porque ésta plantee un problema especial, sino porque la historia general se ha ocupado en

estos temas específicamente de los varones y cuando se ha referido a comportamientos femeninos lo ha hecho desde unas premisas en las que casi se identificaba sexo femenino con sexualidad, lo que resulta particularmente evidente en el campo de la delincuencia, puesto que casi siempre se asocia delincuencia femenina con delitos contra la moral -y, especialmente, con prostitución- razón por la cual estudiaremos esos delitos en un panorama delictivo mucho más amplio, y siempre en relación con los hombres, tratando de huir de planteamientos que insistan en una naturaleza o una mentalidad propiamente femeninas, y sin olvidar nunca que las normas legales o morales no siempre se corresponden con las prácticas sociales.

Geográficamente, el lugar determinado fue Madrid, Corte de los Austrias, por las enormes posibilidades que presentaba una ciudad en formación. Esta elección va inseparablemente unida a la del periodo cronológico, puesto que, dentro de la Alta Edad Moderna, hemos preferido el paso de un siglo a otro -más exactamente de 1580 a 1650- como momento en el que se hace evidente el cambio de coyuntura para la vida de la Monarquía Hispánica, cambio socioeconómico, que llevará consigo también una mudanza de los modos de pensar y de actuar y que en la capital viene a coincidir con su verdadero nacimiento, puesto que su vertiginoso crecimiento demográfico, el aluvión de gentes de toda condición, los organismos de gobierno y de justicia que acuden a ella, convierten a la villa en capital -a la vez espejo de ejemplos, escaparate de modas y poro en el que todo cabe y se oculta- y a la Corte en algo distinto a la que peregrinaba tras los reyes medievales: una Corte moderna, establecida, madura y madrileña, enraizada e identificada poco a poco con una gran urbe -grande en buena medida



gracias a la Corte misma-, confusión de los mas duchos, hidalgos y de Grandes, de condeiros de estado o de Castilla y alqueroles de villa o verdiales, de grandes asentistas o mercaderes y de hufoneros o rener-tones, del ciegu que canta sus coplas y de nuestros mejores poetas y dramaturgos, de reputados generales del Consejo de Guerra y de soldados pretendientes y fantarrones, del mas pequeño ratero y del mas habil escalador de casas, del frutero que engaña en el peso y del tratante que se dedica al fraude al por mayor, de los mejores plateros y los mas humildes esportilleros, del pobre tullido y del mas falso de los mendigos y mejor de los picaros, del valiente y del valentón, de la moria y de la cantonera o a la tusona, de la que gran dama y de la que lava en el Manzanares, del capellán de la carcel y del cardenal, del cirujano que visita a los pobres y las manecillas y del protomedico del rey... Además Madrid tiene entonces su definitiva prueba de fuego que servira para conocer el verdadero alcance de la capitalidad: el contraste de lo que acontece a su sociedad con el traslado y retorno de la Corte y los Consejos a Valladolid: la Corte es *matría común*, como dicen algunos documentos de la epoca, y por tanto en ella cabe todo.

Para poder llevar a cabo este proyecto pronto comprendimos la diversidad de materias *preparatorias* o complementarias en las que debiamos introducirnos. Por eso, primeramente nos enfrentamos a la legislación de la epoca, de la que hemos intentado extraer una actitud hacia la mujer que dejase al descubierto el lugar en que la ley pretende colocarla -y lo que ello significa- puesto que *la ley* no es algo concreto e indeterminado, siendo la plasmación de unos intereses determinados, el medio de una ideología-.

A continuacion, y mas por extenso, nos hemos ocupado de la imagen que la literatura muestra de la mujer, no hemos pretendido ser estrictos ni en los autores ni en las obras, sino que incluso hemos preferido buscar un poco el azar en los ejemplos elegidos, porque nos interesan las observaciones, los comentarios, lo que pueda resumir y resumir mejor conceptos y juicios arraigados, mas que los zósis, las obras en las que deliberadamente y al descubierto se trata el tema; ahí creemos que sentido nuestras reflexiones y conclusiones pueden aportar algo de interés. Completandolo, mostramos una vision de conjunto, sin pretensiones de exhaustividad sobre algunos aspectos de la situacion de la mujer y su consideracion en aquella sociedad, en la familia, en sus posibilidades de vida individual, y en los margenes pretendidos por la moralidad.

En una segunda parte, intentamos presentar la justicia que, supuestamente, hace guardar ese status juridico y que actuaria sobre los contraventores de la ley, descubriendo no sólo los hábitos delictivos, sino tambien sus prioridades y algunas de sus propias debilidades. En ella hemos tratado de fijar un marco institucional, de principios y formas de actuacion amplio en el que incluir a continuacion el caso particular del Madrid capital, donde la Sala de alcaldes de casa y corte jugo un papel tan importante.

Por ultimo, nos acercamos en el mundo de la delincuencia madrileña, para lo que primero establecimos una tipologia de los delitos, pero no desde un punto de vista juridico (desde el que se han hecho varias y acertadas) sino desde el de los delinquentes (y lo quiere esto decir que sea una clasificacion de transgresiones), mas aun,

desde el de los delinuentes madrileños y su modo de actuar. Tras ella, hacemos una descripción de los principales rasgos de la delincuencia en la Corte, y también de algunos de sus tipos y grupos generales; para, por fin, pasar a un estudio por delitos en el que nos ocupamos especialmente de la participación femenina; concluyendo con un capítulo dedicado a los delitos contra la moral que nos sirve como punto de reflexión acerca de muchos de los tópicos y prejuicios que se manifestaban sobre todo en relación con las mujeres que intervenían en ellos.

Nuestra investigación comparte, pues, inquietudes de mucha de las tendencias de la historiografía contemporánea y obliga a una diversidad de métodos y de fuentes para acercarnos a la Historia Sexual y de las Mentalidades, a la Historia Social de la Literatura, a la Historia de las Mujeres, a la Historia del Derecho y de las instituciones, unas en un lugar más destacado que otras en el quehacer del historiador en nuestros días.

Esa diversidad nos forzó a realizar una labor metodológica y de búsqueda de la documentación e información un tanto compleja simultaneando varios de esos enfoques. Entre las fuentes empleadas, por el tema de nuestro trabajo, por su ámbito geográfico, por cronología y por la orientación que hemos pretendido, destacan como documentación realmente privilegiada los fondos de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, del Consejo de Castilla, en la sección de *Correspondencia suplicantes* del Archivo Histórico Nacional, documentación que presenta también muchos inconvenientes -entre los que no es el menor la desaparición de los pleitos penales en los que entendió la Sala-. En esos fondos hemos

consultado todos los libros de gobierno de la Sala para los años 1579-1630<sup>1</sup>; el interesantísimo *Libro de noticias para el gobierno de la Sala* que contiene las "Advertencias para el servicio de la plaza de Alcalde de casa y corte"<sup>2</sup>; por supuesto, el *Inventario general de causas criminales de la Sala*, conocido pero siempre insuficientemente explotado<sup>3</sup>. Entre los legajos de esa sección nos han resultado de especial interés los relativos a residencias, pesquisas y visitas<sup>4</sup>.

En el Archivo de la Villa de Madrid, nos centramos sobre todo en la sección de *Secretaría*, en la que obtuvimos datos institucionales<sup>5</sup> —especialmente sobre los corregidores—; jurisdiccionales —algunos datos sobre la jurisdicción de la Mesta o la Hermandad en la villa<sup>6</sup>; de *policía*, sobre todo acerca de la cárcel de villa y sus oficiales<sup>7</sup> o de situaciones excepcionales<sup>8</sup>; y de beneficencia, sobre hospitales y el

<sup>1</sup>A.H.N., *Consejos*, Consejo de Castilla, Sala de alcaldes de casa y corte, libros de gobierno 1197-1198-1199-1200-1201-1202-1203-1204-1205-1206-1207-1208-1209-1210.

<sup>2</sup>A.H.N., *Consejos*, Consejo de Castilla, Sala de alcaldes de casa y corte, "Libro de noticias para el gobierno de la Sala", libro 1177.

<sup>3</sup>A.H.N., *Consejos*, Consejo de Castilla, Sala de Alcaldes de casa y corte, libros 2783-2793, de los que hemos utilizado los correspondientes al período estudiado: 2783-2784-2785.

<sup>4</sup>A.H.N., *Consejos*, Consejo de Castilla, Residencias, pesquisas y visitas, legajos 41.361, 41.363, 41.364, 41.379, 41.384 (ilegible por su mala conservación), 41.385, 41.386, 41.387 (mal fechados los tres últimos), 41.391, 41.407, 41.408, 41.409, 41.434, 41.435, 41.473, 41.476, 41.493, 41.494, 41.495, 41.522, 41.523, 41.554, 41.557, 41.607, 41.630.

<sup>5</sup>A.V.M., *Secretaría*, 1-160-51, 2-159-13, 2-159-26, 2-244-32, 2-394-26, 2-394-28, 2-394-31, 2-397-67, 2-398-15, 2-458-34, 2-443-38.

<sup>6</sup>A.V.M., *Secretaría*, 1-160-53, 2-195-11, 2-195-20, 2-303-1, 2-309-1.

<sup>7</sup>A.V.M., *Secretaría*, 1-101-10, 1-475-1, 2-223-4, 2-216-38, 2-234-10, 2-235-25, 3-401-1.

<sup>8</sup>A.V.M., *Secretaría*, 1-72-39, 1-72-40, 1-138-1, 1-138-2, 1-138-4, 1-138-7, 1-138-8, 1-138-10, 1-164-31, 1-164-33, 3-25-11.

colegio de niños de la doctrina<sup>9</sup>. Asimismo se hicieron también algunas comprobaciones específicas de los *Libros de acuerdos* del concejo.

Para completar el panorama institucional se realizaron también consultas en el Archivo de la Real Chancillería de Granada, muy conocido que el de la de Valladolid --gracias sobre todo a los estudios de Kagan--, donde comprobamos como tampoco se conservan allí las causas criminales, por lo que nos ocupamos en los libros de Chancillería de su sección de *Gobierno y Administración* --alguno de los cuales estaban simplemente inventariados y no catalogados--.

Además, gracias a una boca de investigación Joan Maravell de la Fundación Ortega y Gasset pudimos acercarnos al Archivo de la Corona de Aragón y al Archivo Municipal de Barcelona (Casa de L'Ardiaca), donde pudimos comprobar como especialmente los fondos de esta última institución<sup>10</sup> pueden posibilitar estudios similares en aquella ciudad, donde se hacen muy necesarios por el peso que en la historiografía catalana ha tenido el estudio del bandolerismo, olvidando algo otras formas de delincuencia o marginación urbanas.

Naturalmente, esta documentación debía ser contrastada con una variada bibliografía en la que podemos distinguir por su carácter --no por su contenido-- tres grupos. En primer lugar, lo que podemos considerar fuentes impresas, es decir, obras de la época que pueden hallarse editadas, que, a menudo, han sido desaprovechadas para la

<sup>9</sup>A. V. M., *Secretaría*, 2-158-179, 2-293-17, 2-293-28, 2-294-7, 2-398-35, 2-399-52, 2-468-1, 2-498-34, 4-536-23, 5-571-24, 7-362-7, 10-232-88, 10-232-87, 10-232-89.

<sup>10</sup>Sobre todo las secciones de *Consell del Cent*, con interesantes procesos de visitas y de *Consellers* con una serie miscelánea con legajos sobre enfermedades, hospitales, cárcel, esclavos, alcahutas y rameras, etc.

Historia por un contraproducente prurito de buscar siempre lo inédito: entre ellas, algunos trabajos de arbitristas, especialmente por el tema y orientación de sus propuestas de Pérez de Herrera; también crónicas, avisos o anales -como los de León Pinelo, por ejemplo-; libros de viajeros -de Andrés Bavaquero en adelante- o de estantes en Corte -como la *Fastigina* de Pinheiro-; autobiografías de soldados -de Duque de Estrada o Alonso de Contreras, contrastadas con algunos datos de la Sala-; y, por supuesto, los textos legales -especialmente la *Nueva Recopilación* y los *Autos Acordados*-, consultados en ediciones facsimilares.

En segundo término, no hemos dudado en emplear también la literatura como fuente histórica, por supuesto con todas las prevenciones necesarias, mas para la descripción de situaciones y comportamientos que para frecuencias, que para pretender aceptar su visión de conjunto sin duda siempre exagerada en la presentación de determinados grupos sociales, tal como se concluya al compararlo con los datos correspondientes a la realidad madrileña que la Sala de Alcaldes registraba. De su uso hemos obtenido solo una *imagen literaria*, muy útil, sin duda, pero siempre sin perder de vista los principios ideológicos, sociales e institucionales, ni lo que de lo cotidiano -aunque sea la delincuencia el modo de acercarnos a ello- podemos conocer. Para ello nos hemos servido fundamentalmente del teatro y de la novela picaresca, teniendo presente la distinta intención de ambos géneros: sostenedor de las estructuras políticas y sociales, *intelectual* en este sentido, el primero; desgarrada y mas dispuesta a la denuncia, la segunda; si bien en ambos casos con cantidad de matices e intenciones que casi desvirtúan esa regla. Además, recurrimos a moralistas

y costumbristas. a medio camino, algunos de ellos, entre la literatura y la fuente impresa.

Por último, la historiografía; monografías y artículos sobre este periodo y su sociedad, sobre la mujer, sobre la justicia, sus instituciones y sus servidores, sobre la transgresión, sus formas y sus autores. bibliografía ésta última, aunque en rápido incremento, aun no demasiado abundante y con enormes vacíos en su especialización.

Para conocer mejor la actitud del resto de la sociedad -sean jueces, moralistas u hombres del común- hacia la mujer en abstracto, como identidad teórica -exacerbación de algunas de las características del Barroco, panorama de contrastes pregonados, visibles, pretendidos, ocultados...- y su confrontación con realidades más palpables, con la acción concreta de esas mujeres en la calle, frente al delito, estas páginas pueden suponer un primer paso para intentar distinguir que hay en la mentalidad de ideología y qué de experiencia, quién encarna la justicia -o, al menos la ley- y quién protagoniza la transgresión.

Por supuesto, no podemos terminar estas páginas introductorias sin reconocer la deuda contraída con el profesor D. José Cepeda Adán a quien este estudio debe su mismo nacimiento, la guía para orientar su desarrollo e infinidad sugerencias, y nosotros personalmente la satisfacción de una vocación alentada y el ánimo constante que de él hemos recibido. Nuestro agradecimiento también a todo el Departamento de Historia Moderna por los comentarios y consejos de todo tipo recibidos en estos años, de modo muy especial a los doctores Rosa Capel y Manuel Martín Galán por las precisiones efectuadas en la lectura de la memoria

de licenciatura previa a este trabajo, así como al profesor Caxador Gomez por sus muchos consejos y su acogida en estos primeros años de andadura profesional. Asimismo, solo a la amistad puede atribuirse la inestimable y paciente ayuda del profesor Jorge Montes en los capítulos en que, como profano, nos acercamos a la Historia del Derecho. Gracias naturalmente, a Montse, sin cuya ayuda en muchas de las más duras tareas de la redacción definitiva y su persistente optimismo, nunca hubiera llegado a concluirse este trabajo, y a mi familia que soporto tan de cerca esta tesis.

Madrid junio de 1992



**PARTE I :**  
**LA MUJER EN LA LEY,**  
**EN LA LITERATURA**  
**Y EN LA SOCIEDAD**

## CAPITULO I

### STATUS JURIDICO

Un buen modo de estudiar el status jurídico de la mujer en el período que nos ocupa puede consistir en seguir los asuntos tratados en la *Nueva Recopilación*. Podemos agrupar las referencias que en ella se hacen a las mujeres -en cuanto tales- en tres apartados: las relacionadas con el casamiento propiamente dicho -consentimiento paterno, matrimonios clandestinos, situación de los contrayentes, etc.-; las que aluden a derechos económicos femeninos dentro del matrimonio -arras, licencias del marido, bienes gananciales, etc.-; y las que tienen que ver con delitos sexuales -amancebamiento, adulterio, prostitución...-.

Sin embargo, antes de tratar esos puntos, hemos de hacer unas consideraciones:

- En primer lugar, debemos resaltar que dichas referencias legales a las mujeres se hacían siempre en relación a los hombres, como padres, como esposos o como sujetos activos y compañeros de delito -si bien en este caso, por supuesto, con una consideración bien distinta-.

- Quede también constancia de que *a priori* se establecía la distinción entre *mujeres honestas* y *malas mujeres*, atendiendo esencialmente a criterios de moral sexual. Entre las primeras, la división se

hacía entre solteras y casadas, siendo de estas últimas de quienes más se ocupaba la legislación, sobre todo en problemas relacionados de uno u otro modo con el matrimonio.

- En los tres apartados que hemos señalado, la mujer parte claramente de una posición de subordinación, entendida, de alguna manera, como protección, que no garantizaba su independencia como pudiera parecer, sino su sumisión.

### 1. EL CASAMIENTO.-

Como ya dijimos, seguiremos el propio criterio legal de la época, los textos jurídicos contenidos en la *Nueva* y en la *Novísima Recopilación*, para estructurar los aspectos relativos a esta realidad del status femenino.

Con una sistematización bastante deficiente, los Títulos I, II, III y IX del Libro quinto de la *Nueva Recopilación* se ocupan de las materias de *casamientos, dotes, arras y joyas, de cuándo pueden estar en juicio las mujeres casadas y solteras, y de los bienes gananciales.*

En la *Novísima Recopilación* son los Títulos II, III y V del Libro décimo los que tratan de *esponsales y matrimonio, arras y dotes, bienes gananciales, y legitimación y emancipación de los hijos.* Además, los Títulos I y II del Libro quinto tratan también de *los casamientos, y de las dotes, arras y joyas.*

En lo referido propiamente a los casamientos, podemos resumir esas disposiciones en tres puntos característicos de esa legislación<sup>11</sup>: La voluntad de los contrayentes, el consentimiento de los padres y los matrimonios clandestinos. Nos ocuparemos a continuación de cada uno de estos asuntos.

### 1.1. La voluntad de los contrayentes.

Algunos autores opinan que se establecía el *predominio de la voluntad de los contrayentes para el acto del matrimonio, consagrando así la tradición recibida del Código de Partidas*<sup>12</sup>, sin embargo, hay que matizar esa afirmación.

Efectivamente, la Ley X del Tít. I del Libro V de la *Nueva Recopilación*<sup>13</sup> se refería a la nulidad de las reales cartas o mandamientos por los que alguna mujer tuviera que casarse contra su voluntad. Disposición que confirma antiguos preceptos en este sentido de Alfonso XI en Alcalá, en 1348 (Pet. 31), de Enrique II en Burgos, en 1373 (Pet.4), y de Juan I en el mismo lugar, en 1379.

También en ese mismo espíritu de respeto a la voluntad de los futuros cónyuges debe entenderse lo establecido en la Ley XI sobre *que ningun señor apremie a ninguna su vassalla para que se case contra su*

---

<sup>11</sup>GOMEZ MORAN, Luis, *La mujer en la Historia y en la Legislación*, Madrid, Ed. Reus, s.a.

<sup>12</sup>*Ibidem*, pág.236.

<sup>13</sup>Recogido también en la *Novísima Recopilación*, Libro X, tít. II, ley II.

*voluntad*, confirmando también disposiciones anteriores de Enrique II y Juan I.

Pero a pesar de esta aparente protección a los deseos de los futuros esposos, no se puede afirmar, como hace Gómez Morán, que de esta manera y con tan abundante legislación, la voluntad de los contrayentes, totalmente ajena a la validez del acto en las legislaciones primitivas y aún en las de signo superior durante los primeros tiempos, llega en nuestro derecho a constituir un requisito esencial del que no se podrá prescindir para lo sucesivo. De hecho, se legisló para evitar que se impusieran a los súbditos o vasallos matrimonios no deseados, pero no para garantizar su libertad a la hora de escoger consorte, como ya veremos al hablar del consentimiento paterno.

Evidentemente estamos hablando de la legislación, es decir, de aspectos teóricos que, a menudo, poco tendrían que ver con la vida cotidiana, en la que los medios de presión social a la hora de elegir pareja debieron resultar mucho más eficaces que cualquier ley que pretendiese un cierto respeto a las decisiones personales.

## **1.2. El consentimiento paterno.**

### **a) Tres visiones del problema:**

La cuestión del consentimiento paterno suscitó controversias y distintas actitudes en varios sectores de aquella sociedad. Actitudes que se ven reflejadas en la literatura, en la legislación, en la

postura de la Iglesia o en la opinión de los moralistas -prestos siempre a escribir no sólo de lo divino, sino sobre todo de lo humano-.

- *La legislación real.*

La mayoría de las naciones católicas establecieron leyes castigando severamente a quienes se casasen sin el consentimiento paterno (así ocurría, por ejemplo, en Francia, por un decreto real promulgado en 1579)<sup>14</sup>.

En España, durante el siglo XVI, -como había ocurrido en la Edad Media-la ley se ocupó con especial rigor de los varones que contraían matrimonio sin permiso de los padres de las esposas, considerando que el seductor sería siempre el hombre y la seducida la mujer -no ocurría así en la legislación francesa-<sup>15</sup>.

Las leyes inciden en la importancia e independencia que otorga el matrimonio con respecto a los padres, al estatuir que *el hijo o hija casado y velado sea auido por emancipado en todas las cosas para siempre*<sup>16</sup>. De ahí la necesidad de que esa emancipación se hiciera con el expreso acatamiento a la autoridad del cabeza de familia, reflejada en su autorización al matrimonio.

La legislación vuelve a dejar fuera de toda duda que sólo los

---

<sup>14</sup>FRIEDMAN, Ellen G., "El status jurídico de la mujer castellana durante el Antiguo Régimen", en *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Siglos XVI a XX*. Actas de las IV Jornadas de Investigación Interdisciplinaria. Seminario de Estudios de la Mujer. Universidad Autónoma de Madrid. 1986; pág. 42.

<sup>15</sup>*Ibidem*, pág. 43.

<sup>16</sup>*Nueva Recopilación*, Libro V, Tít.I, ley VIII.

padres pueden influir de algún modo en las decisiones de sus hijos con respecto a su casamiento en esas leyes citadas con anterioridad que daban por no válidas las cartas reales que mandasen algún matrimonio de doncella o viuda sin su consentimiento o que prohibían *que ningún señor apremie a ninguna su vassalla para que case contra su voluntad*<sup>17</sup>.

También había provisión en las leyes de que *qualquier hombre que viviere con algun señor, y viviendo con el se desposare o casare con la hija, o con la parienta que tenga en su casa aquel con quien viviere, sin su mandado, que el que tal yerro hiziere sea echado del Reyno para siempre*; además si quebrantase el destierro se le podía imponer la pena de muerte. La mujer sería desheredada, pudiendo ser acusada por parientes hasta el tercer grado caso que los padres no lo hicieran<sup>18</sup>.

Estas disposiciones que establecían la necesidad del consentimiento de los padres para que los sometidos a su potestad pudieran concertar esponsales o matrimonio, se mantendrían hasta el siglo pasado. Así, la *Novísima Recopilación* recoge una pragmática de Carlos III en la que se disponía que los contrayentes necesitan dicha autorización hasta los 25 años -del padre o, en su caso, de la madre, los abuelos, los dos parientes más cercanos o el tutor-; para los mayores de 25 años sólo se establecía la obligación de pedir consejo -no consentimiento- a sus padres<sup>19</sup>.

---

<sup>17</sup> *Nueva Recopilación*, Libro V, Tít.I, leyes X y XI.

<sup>18</sup> *N.R.*, L.V,tít.I,ley II. También en *Nov.R.L.X*,tít.II, ley I.

<sup>19</sup> *Nov.R.*,L.X, tít.II, ley X, pragmática de 23 de marzo de 1776. V. también la ley XVIII, pragmática de Carlos IV de 10 de abril de 1803.

*Lo interesante de esta pragmática -dice Gómez Morán- es que de la falta de autorización se hace responsable, no a los cónyuges que contrajeron el matrimonio sin aquel requisito, sino a sus hijos y descendientes, privándoles, con manifiesta injusticia, del derecho a suceder en los bienes de sus abuelos y demás ascendientes<sup>20</sup>.*

*- La actitud de la Iglesia: Trento.*

Como afirma la profesora López-Cordón, en los últimos años del XVI se conformó un cuerpo doctrinal teológico que determinó el orden jurídico e influyó en la mentalidad de la época, en el que *la presencia de la mujer está reducida a dos grandes cuestiones, el sacramento del matrimonio y el pecado de la lujuria, pero con una evidente desproporción en profundidad y extensión del primer tema sobre el segundo<sup>21</sup>.*

Con respecto al matrimonio cristiano, asistimos -con el comienzo de la Edad Moderna- al fin del acuerdo existente hasta entonces acerca de la potestad exclusiva de la Iglesia sobre él. Ruptura que se iniciaría el año 1520 con la nueva posición de Lutero con relación a este asunto <sup>22</sup>.

---

<sup>20</sup>GÓMEZ MORÁN, Luis, *op. cit.*, pág. 237.

<sup>21</sup>LOPEZ-CORDON CORTEZO, M<sup>a</sup> Victoria y FERNANDEZ VARGAS, Valentina, "Mujer y régimen jurídico en el Antiguo Régimen: una realidad disociada", en *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Siglos XVI a XX*, Madrid, 1986, pág.26.

<sup>22</sup>GERPE GERPE, Manuel, *La potestad del Estado en el matrimonio de cristianos*, Salamanca, C.S.I.C. Instituto "San Raimundo de Peñafort", Monografías Canónicas Peñafort nº 13, 1970, pág. 41.

Lutero en ese año publica su *De captivitate babilonica* en la que combate el carácter sacramental del matrimonio; algo en lo que insistirá en obras posteriores, presentando el matrimonio como una



Por lo que se refiere a los casamientos hechos sin la aprobación de los padres, la Iglesia romana los reconoció como válidos, postura que fue duramente atacada por los protestantes, cuyos Estados exigieron dicho consentimiento para el matrimonio<sup>23</sup>.

El Concilio de Trento se ocupó del matrimonio en su sesión XXIV, aprobando la Congregación General una breve exposición doctrinal, doce cánones, y el decreto *Tametsi* con la invalidación de los matrimonios clandestinos (11 de noviembre de 1563). El Concilio, en su doctrina, abarcó: la sacramentalidad del matrimonio, la potestad de la Iglesia sobre impedimentos y causas matrimoniales; y la anulación de los matrimonios clandestinos<sup>24</sup>.

Aunque en el Concilio no hubo ningún decreto que hiciera expresamente obligatorio el consentimiento paterno, las disposiciones relativas a los matrimonios clandestinos hicieron más difícil contraer matrimonio sin ese requisito. Además, como dijimos, a pesar de que los casamientos hechos sin permiso paterno se considerasen válidos por la Iglesia, muchos estados católicos sancionaron este comportamiento en su legislación.

- *La opinión de los moralistas.*

La condena de estos matrimonios no acordados por la autoridad paterna era nota común en prácticamente todos los moralistas barrocos,

---

institución exclusivamente social y civil.

<sup>23</sup>FRIEDMAN, *op. cit.*, pág. 42.

<sup>24</sup>GERPE, *op. cit.*, pág. 42.

que se dediron a advertir y aconsejar, sobre todo, a las doncellas<sup>25</sup>.

Las recomendaciones de todos ellos eran, pues, bastante coincidentes. Como recoge Mariló Vigil: Astete recomendaba a los padres que decidiesen pronto el estado de las hijas para evitar su peligrosa inclinación a casarse por amor, que podía conducir las a casamientos secretos que fuesen contra su honor. Escrivá advertía que esos matrimonios no concertados por la voluntad paterna resultaban mal bastante a menudo, mostrando una clara oposición entre matrimonios *por amor* y matrimonios *concertados*. Andrade, por su parte, insistía en el castigo de Dios a los que se casaban contra la voluntad paterna<sup>26</sup>.

Alonso de Andrade, jesuita, es un buen ejemplo de la actitud de estos moralistas. Nos explica *cómo se han de portar las doncellas acerca de tomar estado*. En realidad, va más allá de la recomendación eclesiástica de respeto a la autoridad paterna y de la obligatoriedad que establecía la legislación de tener dicho consentimiento. Aconseja a las doncellas la simple obediencia a los padres en esta materia; es decir, no el visto bueno a su decisión, sino la propia elección paterna -nótese que se dirige a las *doncellas* y no a los jóvenes-. Así,

---

<sup>25</sup>GOMEZ-CENTURION JIMENEZ, Carlos, "La familia, la mujer y el niño", en *La vida cotidiana en la España de Velázquez*, dirigida por José Alcalá-Zamora, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1989, pág. 180.

<sup>26</sup>ASTETE, Gaspar de, *Tratado del Gobierno de la familia y estado de las viudas y doncellas*, Burgos, 1603, pág. 192. ESCRIVA, Francisco, *Discursos de los estados, de las obligaciones particulares del estado y oficio según las cuales ha de ser cada uno particularmente juzgado*, Valencia, 1613, pág. 110. ANDRADE, Alonso de, *Libro de la guía de la virtud y de la imitación de nuestra Señora*, Madrid, 1646, 1ª parte, Libro III, pág. 212. Citados por Mariló VIGIL, *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1986, págs. 79-80.

dice: *advuerto a las donzellas que a imitacion de la Reyna del Cielo acompañen a sus padres, y tomen el estado que les dieren y no se casen por su voluntad sin su orden y licencia.* Andrade previene que sería pecado mortal casarse sin ese *orden y licencia*; casamiento que, además, podía ir en detrimento de su honra o celebrarse con alguien de calidad inferior, lo que constituiría un agravio para los padres. Recuerda también el castigo divino a quienes casan por su voluntad contra la de sus padres que se produce: *...por manos de sus propios maridos, saliendoles aviessos y mal acondicionados, desagradecidos, jugadores y desbaratados con que desperdician la hazienda, y a pocos años les pierden el amor, y se hallan pobres, miserables, aborrecidas y dexadas de sus padres, olvidadas de sus parientes, desheredadas y cargadas de hijos, los quales por castigo de su culpa les son desobedientes, aviessos y mal acostumbrados, y les cae la maldicion de sus padres, como a hijas desobedientes, y con ella innumerables miserias, trabajos y desventuras*<sup>27</sup>.

Por supuesto, por el contrario, para las *hijas obedientes* todo son bendiciones en forma de futura y perpetua conformidad y sujeción a las convenciones de madre y esposa.

Así pues, las razones principales que justificaban ese acatamiento eran, para Andrade: el amor que se debe a los padres; el mayor conocimiento que éstos tenían<sup>28</sup>; y, por último, estaban también sujetas a sus padres "*por amor a Dios*".

#### **b) Hacia una misma actitud: evolución y causas.**

---

<sup>27</sup> ANDRADE, Alonso de, *op. cit.*, pág. 212.

<sup>28</sup> "tienen el conocimiento que no tienen ellas", "y por la parte que tienen conocimiento, es fuerza que tengan mayor acierto que ellas que carecen del y se arrojan a ciegas movidas de la aficion". ANDRADE, *ibidem*.

Hemos visto cómo la actitud de la Iglesia católica no era tan tajante como lo establecido por la legislación, y cómo los moralistas y teólogos del siglo XVII no sólo coinciden con las leyes sino que casi van más allá en sus exigencias de obediencia.

Durante casi todo el siglo XVI en la ley castellana encontramos un tratamiento bien distinto para la mujer que para el hombre. Desde finales de ese siglo, se fue uniformando el modo en que ambos estaban sujetos a las reglas. Sin embargo, -como afirma Friedman- *esto no implica igualdad de la mujer, sino creciente autoridad paterna sobre los hijos de ambos sexos; refleja también la naturaleza cada vez más patriarcal de la sociedad europea del antiguo Régimen*<sup>29</sup>.

Es decir, conforme va avanzando la Edad Moderna, nos encontramos con una actitud más uniforme: por un lado, identificándose la posición de moralistas y juristas, y, por otro, dándose un mismo trato legal a hombres y mujeres en este asunto del consentimiento paterno para contraer matrimonio. Hemos de preguntarnos por las causas de esa nueva disposición.

Ya apuntamos una relacionada con el ámbito de la mentalidad: ese cambio valorativo que condujo a un afianzamiento de la autoridad patriarcal. A esa variación, a esa justificación de un mayor control por parte del cabeza de familia habría que añadir consideraciones sociales en esa condena a quienes se salieran de la norma de obediencia. Así, en la actitud de los moralistas -como bien sostiene

---

<sup>29</sup>FRIEDMAN, Ellen G., *op.cit.*, pág. 45.

Mariló Vigil- *hay una defensa de la sociedad estamental. Si se casaban por su cuenta no es seguro que lo hicieran dentro de su nivel social, lo que, además, afectaba al código del honor*<sup>30</sup>. Pero también implicaba el mantenimiento de unos determinados planteamientos económicos que hacían de la autoridad paterna un requisito indispensable para negociar el contrato matrimonial -dote y arras, sobre todo- y poder beneficiarse del patrimonio familiar. Como ya insistiremos al hablar de los matrimonios clandestinos, para la negociación de la dote, del matrimonio como contrato era imprescindible el concurso del cabeza de familia. Esta función socio-económica del padre era aducida también por Andrade como una razón más para que las hijas fiasen de su elección, puesto que sabía *quien es cada uno, y de la manera que vive y a quien les conviene, o no conviene meter en su casa, y la disposicion de las haciendas, y si es oro o es oropel lo que reluze*<sup>31</sup>. Esto es, el padre guardián de la fama, sí, pero sin descuidar el *interés* de sus hijas y de su familia.

Efectivamente, las parejas que transgrediesen esa norma sufrirían presiones muy fuertes que concentrarían el interés social estamental por mantener unos principios ideológicos específicos, en cierto modo muy vinculados a la mentalidad patriarcal dominante a la que antes nos referimos. Principios y mentalidad que llevaban a la común aceptación de algo que hoy nos parece tan descaminado como que los matrimonios por amor estuviesen destinados en mayor medida al fracaso que los debidamente autorizados y negociados, pero que era muy probable si tenemos

---

<sup>30</sup>VIGIL, Mariló, *op.cit.*, pág. 80.

<sup>31</sup>ANDRADE, Alonso de, *op.cit.*,pág. 212.

en cuenta que esos matrimonios *por amores* a menudo iban seguidos de *desheredamiento, miseria y ostracismos*<sup>32</sup>.

### 1.3. Los matrimonios clandestinos.

#### a) Concepto de matrimonio clandestino.

¿Qué entendía nuestra legislación moderna por matrimonio clandestino?. La ley que establecía la pena debida a quienes contraían dichos matrimonios nada dice sobre su definición, sólo nos remite a considerar como tales los *que la Iglesia tuviere por clandestinos*.

Así pues, habrá que recurrir a ella y a su opinión para plantear de nuevo el problema. El Concilio de Trento -como dijimos- fue la ocasión en que se reguló todo lo relativo al matrimonio, aclarándose de un modo considerable la situación de estas uniones.

Antes de Trento y desde mediados del siglo IX, se había consagrado el principio *matrimonium facit consensus* o *consensus facit nupcias*, de tradición romana y que sería aceptado por la Iglesia. Así, *se entiende que lo que hace surgir la relación matrimonial es el consentimiento de las partes libremente formulado por los contrayentes, en la línea en que, para Castilla, lo concibieron las Partidas: "consentimiento solo con voluntad de casar faze matrimonio entre varon y muger..."*<sup>33</sup>, *de manera que ninguna otra ceremonia era necesaria para*

---

<sup>32</sup>VIGIL, Mariló, *op.cit.*, pág.80.

<sup>33</sup>*Partidas*,4.2.5.

*la validez de las nupcias: ni testigos, ni celebración en la iglesia, ni bendiciones sacerdotales. El matrimonio se perfeccionaba, simplemente, por la manifestación del consentimiento emitido con libertad*<sup>34</sup>.

Por tanto, y puesto que el único matrimonio posible en esa sociedad durante la Edad Moderna era el canónico, estos matrimonios clandestinos *resultaban jurídicamente válidos y, como tales, vinculaban a las partes en conciencia, aunque en el fuero externo -canónico y civil- sólo obligaban en la medida en que pudieran probarse*<sup>35</sup>. De ese modo, la simple comunicación recíproca de la voluntad de contraer matrimonio bastaba para considerar éste perfecto; y totalmente indisoluble y consolidado si además era consumado con la unión carnal. Ese es el espíritu que se recoge en las *Partidas* donde, al mantenerse la distinción entre consentimiento *de futuro* y *de presente*, el primero produce los esponsales y el segundo el matrimonio; *de ahí que se le dé el nombre de matrimonio por palabras de presente a aquel en cuya celebración el mutuo consenso se emite en tiempo de presente, los desposorios por palabras de presente tienen más fuerza que los de futuro o simples esponsales; pero si a éstos sigue el ayuntamiento carnal, entonces hay un verdadero matrimonio y se le da preferencia sobre los esponsales contraídos por palabras de presente. Es decir, el principio de que los esponsales seguidos de cópula carnal constituyen*

---

<sup>34</sup>GACTO, Enrique, "El delito de bigamia y la Inquisición española", en *Sexo Barroco y otras transgresiones premodernas*, págs.127-152, Madrid, Alianza Universidad 662, 1990, pág.128.

<sup>35</sup> *Idem.*

Véase CASTAN, L., "El origen del capítulo Tametsi del Concilio Tridentino contra los matrimonios clandestinos", en *Revista Española de Derecho Canónico*, v. 14, 1959, págs. 613-ss.

*verdadero matrimonio, adquiere plena vigencia*<sup>36</sup>. El matrimonio clandestino tiene muchos puntos de contacto con los esponsales contraídos por palabras de presente -que no son sino la expresión de la voluntad de admitirse por esposos y, por tanto, la declaración de consentimientos mutuos de la cual se engendra el matrimonio-.

#### **b) Legislación, Iglesia, moralistas y literatura.**

*La Nueva Recopilación se ocupa de la pena de los que contraen matrimonios clandestinos y cómo por esta causa los padres pueden desheredar a los hijos*<sup>37</sup>.

Prevenciones las de esa ley análogas a las contenidas en la L.I, tít.I, L.III del *Fuero Real*; Leyes II, III, IV y V, tít.III, de la *Partida IV* y Ley I, tít. I del Libro V de las *OO.RR.*<sup>38</sup>.

Es decir, se establecía que las penas se aplicarían a aquellos matrimonios *que la Iglesia tuviere por clandestinos*. Penas que, por otra parte, afectaban también a los testigos y que incluían la pérdida de todos los bienes, el destierro de los reinos y la posibilidad de los

---

<sup>36</sup>RODRIGUEZ-ARANGO DIAZ, Crisanto, "El matrimonio clandestino en la novela cervantina", *AHDE*, Madrid, 1955 (págs. 731-774), pág. 741.

<sup>37</sup>*N.R. L.V, tít.I, l.I: Mandamos que el que contraxere matrimonio que la Iglesia tuviere por clandestino, con alguna muger que por el mismo hecho el y los que en ello intervinieren y los que del tal matrimonio fueren testigos incurran en perdimiento de todos sus bienes, y sean aplicados a nuestra Camara y Fisco, y sean desterrados destos nuestros Reynos, en los quales no entren so pena de muerte y que esta sea justa causa para que el padre y la madre puedan desheredar (si quisieren) a sus hijos, o hijas, que el tal matrimonio contraxeren, en lo qual otro ninguno no pueda acusar, sino el padre; y la madre, muerto el padre. [Don Fernando y Doña Juana en las Leyes de Toro, año de 1505, l.49 y don Felipe II en las Cortes de Madrid de 1563, cap. 58].*

<sup>38</sup>Como recoge Gómez Morán, *op. cit.*, pág.238.



padres de desheredar a sus hijos; siendo aquellos los únicos en poder acusarles. Se considera, pues, en cierto modo, un delito contra ellos en cuanto afecta a su autoridad y daña su honor.

Pero desde la publicación de los decretos tridentinos no existieron matrimonios secretos, puesto que fueron declarados nulos, en la sesión XXIV del Concilio, todos los que no se celebrasen ante el párroco y dos o tres testigos -como aparece con frecuencia en la literatura, *Dios figura como testigo calificado en aquellos matrimonios celebrados clandestinamente*<sup>39</sup>-. Disposiciones que son elogiadas en el *Guzmán de Alfarache*:

*De allí me fui deslizando poco a poco en la consideración de cuán santa, cuán justa y lícitamente había proveído el Santo Concilio de Trento sobre los matrimonios clandestinos. ¡Qué de cosas quedaron remediadas! ¡Qué de portillos tapados y paredes levantadas! Y cómo, si la justicia seglar hiciera hoy otro tanto en casos cual el mío, no hubiera el quinto ni el diezmo de las malas mujeres que hay perdidas*<sup>40</sup>.

En este punto, sí parecen más concordantes legislación, Iglesia y moralistas. Estos últimos insisten en la misma postura mantenida con respecto al consentimiento paterno. Por ejemplo, Astete defiende la necesidad de que los padres casen pronto a sus hijas para evitar males como *casárseles ascondidamente*.

Es un asunto, además, tratado con frecuencia en el teatro y la novela. Un ejemplo típico lo podemos leer en *La garduña de Sevilla*, donde -en la tercera novelilla que incluye Castillo Solórzano en la obra- don Pedro, "encendido de amor", burla a doña Vitoria de Silva dándole palabra de esposo *y aun cédula* pero, por supuesto, con nombre

---

<sup>39</sup>RODRIGUEZ-ARANGO DIAZ, Crisanto, *op. cit.*, pág. 740.

<sup>40</sup>ALEMAN, Mateo, *Guzmán de Alfarache*, 2ª parte, Libro 3º, cap. III.

falso; aunque finalmente la discutible *justicia poética* se encargará de poner las cosas en su sitio<sup>41</sup>.

También en Cervantes podemos encontrar varios ejemplos de ellos: así, en el episodio de las bodas de Camacho con Quiteria, en el capítulo XXI de la segunda parte de *El Quijote*, se nos presenta un matrimonio en el que interviene directamente un sacerdote, que bendice a los nuevos desposados, y que se celebra en presencia de testigos, conforme a lo dispuesto en Trento, por lo que no se trataría de un matrimonio clandestino, aunque cabría esa posibilidad al no existir las amonestaciones; sería, eso sí un casamiento doloso por parte de Basilio y sometido a condición por parte de Quiteria, o también podría tratarse de una coacción moral ejercida por aquél para obtener el consentimiento de ésta. Es un pasaje que revela bien los conocimientos canónicos de Cervantes, que se pondrán de manifiesto en otras situaciones en diversas obras suyas. Un matrimonio clandestino claro se celebra en el *Persiles* donde *la bárbara* dice de su casamiento con Antonio *Llamo esposo a este señor, porque, antes que me conociese del todo, me dió palabra de serlo, al modo que él dice que se usa entre verdaderos cristianos*<sup>42</sup>. También en el *Persiles* se nos dice:

*Recebida como ella esperaba que yo la recebiese, y la soledad y la hermosura, que habían de encender nuestros comenzados deseos, hicieron el efeto contrario, merced al cielo y a la honestidad suya. Dímonos las manos de legítimos esposos, enterramos el fuego en la nieve, y en paz y en amor, como dos estatuas movibles, ha que vivimos en este*

---

<sup>41</sup>CASTILLO SOLORIZANO, Alonso de, *La garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas*, novela tercera en el Libro IV.

<sup>42</sup>Citado por RODRIGUEZ-ARANGO, *op. cit.*, pág. 757.

*lugar casi diez años*<sup>43</sup>.

En efecto, es fácil suponer con Mariló Vigil que estos matrimonios *eran más un tema literario que una realidad*, aunque nos pese porque sin duda resultaría interesante un estudio de un buen número de estos matrimonios -en principio, básicamente *por amor*- en contraste con todo lo que hemos venido afirmando acerca de la prioridad de los factores económicos y sociales al concertarse los enlaces. Pero, una vez más, parece lógico imaginar que *la cuestión de la dote es prioritaria* y que, efectivamente, para los padres era importante casar pronto a sus hijas, al menos tranquilizador para su honra y para su economía - por la necesidad de negociar los contratos-; aunque, claro, sí debió haber algunos casos que explicarían el interés y la condena reiterada de los moralistas<sup>44</sup>.

Otra de las posibles causas que condujo a la Iglesia a declarar nulos esos matrimonios era la derivada de los problemas canónicos que se podían plantear en los matrimonios, pues era obvio que la posibilidad de cometer bigamia era mucho más fácil con sólo separarse de acuerdo y en secreto, dada la dificultad de aportar una prueba concluyente en favor de la unión marital. Además también era digno de tenerse en cuenta el estado de indefensión en que quedaba uno de los dos cónyuges si se rompía el vínculo clandestino sin acuerdo y sin pruebas<sup>45</sup>. Tampoco sería difícil que un hombre verdaderamente casado,

---

<sup>43</sup> *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, libro II, cap. XIX; cit. por RODRIGUEZ-ARANGO, pág.758.

<sup>44</sup> VIGIL, Mariló, *op.cit.*, págs.79-80.

<sup>45</sup> Ver GACTO, Enrique, *op. cit.*, págs. 128-129.

aunque secretamente, recibiese órdenes sagradas, dando lugar a los consiguientes abusos. Todo ello sin olvidar los muchos inconvenientes que se suponía estos matrimonios ofrecían a los cónyuges; así Cervantes dice en su *Persiles*:

*Y no querría que el diablo hiciese de las suyas y sin nuestra sabiduría los juntase sin las bendiciones de la Iglesia; que ya sabéis que estos casorios hechos a hurtadillas, por la mayor parte pararon en mal y dan de comer a los de la audiencia clerical, que es muy carera*<sup>46</sup>.

Es decir, era también un modo de evitar situaciones que provocasen problemas sociales o que afectasen al honor alterando el orden establecido, presentándose como casos irregulares y con cierto carácter subversivo por su condición de decisiones individuales y libres frente a la norma aceptada<sup>47</sup>.

#### **1.4. El matrimonio de las viudas.**

La única referencia que se hace en la *Nueva Recopilación* a las viudas con respecto a los casamientos es en el Libro V, tít. I, Ley III, que determina que las mujeres viudas podían casarse en el mismo año que enviudaren<sup>48</sup>.

---

<sup>46</sup>*Persiles*, lib. III, cap. VIII, cit. por RODRIGUEZ-ARANGO, *op. cit.*, pág. 762.

<sup>47</sup>Véase también CASEY, J., "Le mariage clandestin en Andalousie à l'époque moderne", en A. Redondo (ed.), *Amours légitimes, amours illégitimes en Espagne (XVI<sup>e</sup>-XVII<sup>e</sup> siècles*, Paris, Publications de la Sorbonne, 1985, págs. 57-68.

<sup>48</sup>*Mandamos que las mugeres viudas puedan libremente casar dentro en el año que sus maridos murieren, con quien quisieren sin alguna pena, y sin alguna infamia, ella ni el que con ella casare, no obstantes qualesquier Leyes de fueros, y ordenamientos, y otras qualesquier leyes que en su contrario sean hechas y ordenadas: las quales anulamos y revocamos y mandamos a los nuestros juezes, y Alcaldes de la nuestra Casa y Corte y Chancillería y de todas las Ciudades, Villas y lugares de nuestros Reynos y Señoríos, que no*

Así pues, ya con Enrique III se suprimió cualquier restricción de tiempo respecto a un segundo matrimonio de las viudas. Antes de 1400 no podían casarse el primer año bajo penas de infamia y pérdida de las donaciones y arras del difunto y de todo lo heredado de él; la nueva ley daba una mayor libertad a las viudas y fomentaba nuevos matrimonios, estimulando el crecimiento de la población. Nótese cómo "daba más libertad a las viudas"... para dejar de serlo, para pasar de constituir una unidad con derechos propios a incorporarse a "la obediencia" de un cabeza de familia -varón, por supuesto-.

Acerca de su situación social, baste aquí afirmar que su condición, obviamente, variaba mucho según su posición económica, es decir, sus posibilidades efectivas de elegir su destino. Una situación material desahogada le permitiría bien mantener una vida independiente -sólo en casos de una personalidad excepcional-, bien negociar un próximo matrimonio. Como afirma la profesora López-Cordón, *el matrimonio de las viudas debió de depender de su condición de buen partido*<sup>49</sup>.

---

*atienen de proceder, ni procedan por la dicha causa y razón contra las dichas viudas ni contra aquellos que con ellas se casaren, so pena de dos mil maravedís para la nuestra Cámara y los que lo contrario hizieren sean emplaçadas que parezcan ante nos en la nuestra Corte* [Don Enrique III en Segovia año 1401. Y el así mismo en Cantalapiedra y en Valladolid, año 400]. Recogido también en la *Novísima Recopilación*, Libro X, tít. II, Ley IV.

<sup>49</sup> LOPEZ-CORDON CORTEZO, M<sup>a</sup> Victoria, *op. cit.*, pág. 37.

### 1.5. Bigamia.

Nos ocuparemos de ella al referirnos a los delitos o transgresiones contra la moral marital; pero, por ser un tema relacionado con la propia esencia del matrimonio, las leyes lo recogen también en el título relativo a los casamientos.

Evidentemente, la legislación era, en este punto, rigurosísima y se limitaba a imponer penas mayores a aquellas personas que incurrieran en este delito<sup>50</sup>, celebrando algún matrimonio más en vida del primer cónyuge<sup>51</sup>.

## 2. DERECHOS Y DEBERES ECONOMICOS FEMENINOS DENTRO DEL MATRIMONIO.-

Es éste un tema profusamente tratado por la Historia del Derecho y, sobre todo, desde sus características medievales. Trataremos aquí de hacer algunas generalizaciones teóricas sobre el tema en la época que nos ocupa, sin ningún ánimo de exhaustividad.

---

<sup>50</sup> N.R., V, 1, leyes 5, 6 y 7.

<sup>51</sup> Véase GACTO, Enrique, "El delito de bigamia y la Inquisición española", en *Sexo Barroco...*

### 2.1. La dote.

Condición esencial para casar aceptablemente a una mujer, la dote *cumplía una función de incentivo económico para colocar a la joven en el mercado matrimonial*<sup>52</sup>. La mujer no era educada más que para el trabajo doméstico y asegurar la reproducción, algo que no era considerado atractivo suficiente, de ahí la función de la dote que determinaba a menudo el estado de la mujer por encima de sus cualidades o belleza.

Podía también indicar el grado de independencia del que disfrutaría la mujer una vez casada, puesto que la legislación protegía la propiedad de la casada, separándola de la de su marido, de modo que no quedase a la libre disposición de éste<sup>53</sup>.

Las leyes, con respecto a la dote, estipulaban lo que se podía dar en tal concepto, limitando los excesos que se cometían. Así, para aquellos caballeros que tuviesen una renta entre 200.000 y 500.000 maravedís se establecía un máximo de *un quento* [un millón] *de maravedís, y no más*, en concepto de dote para sus hijas. Para quienes no alcanzaban esa renta mínima de 200.000, se reducía a 600.000 maravedís su posibilidad de dotar a sus descendientes. Los rentistas de entre 500.000 y 1.400.000 maravedís podían otorgar en dote hasta 1.500.000

---

<sup>52</sup>VIGIL, Mariló, *op. cit.*, pág.83.

<sup>53</sup>FRIEDMAN, Ellen, *op.cit.*, pág.46.

Sobre las características jurídicas, ver: LOPEZ DIAZ, M. Isabel, "Arras y dote en España. Resumen histórico", en *Nuevas perspectivas sobre la mujer*. Actas de las primeras jornadas de investigación interdisciplinaria organizadas por el Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid, 1982, v.I, págs. 83-98.

maravedís. Finalmente, los que tuvieran más de un millón y medio de renta anual podían dotar a cada una de sus hijas legítimas con el equivalente a su renta de un año siempre que no excediese ésta de los doce millones. Además, se prohibía que se diesen en dote una tercera o una quinta parte de los bienes como parece ser que ocurría, así como regalar a las esposas vestidos y joyas de un valor superior a la octava parte de su dote<sup>54</sup>.

La ley V de ese mismo título II de la *Nueva Recopilación* completa lo dicho anteriormente sobre la moderación de las dotes<sup>55</sup>, estableciéndose también lo siguiente:

*porque demas de las causas referidas de excesso en las dotes, y gastos, suele serlo la pobreza, y necesidad de que muchas mugeres estan sin disposicion de poderse casar, deseando disponerles algun socorro: Ordenamos, y mandamos, que de aqui adelante los bienes que hubiere mostrencos en cada lugar, sirvan y se apliquen para casamiento de mugeres pobres, y huérfanas, y desde luego los damos por aplicados para este efecto, sin embargo de qualesquier leyes, y ordenes que huviere, y estuvieren dadas en contrario, y que entren en poder de la persona que el Concejo, justicia y Regimiento nombrare, para que desde alli se vaya empleando en los casos que se ofrecieren, con intervencion del dicho Concejo, con atencion a la edad, calidad y pobreza, y otras consideraciones, para calificar assi la pobreza, como la prelación en caso que aya mas de una.*

*Que entre las demas mandas forçosas de los testamenteos, entre de aqui adelante la de casar mugeres huérfanas, y pobres, y que aya obligacion de dexar alguna cantidad para esto. Y encargamos a los prelados el recoger y poner a buen cobro, y recaudo, y emplear las dichas mandas y assi mismo la execucion...*

De manera, que hay un interés, por un lado, en limitar la cuantía de las dotes con el fin de evitar que su desmesura redujese el número de matrimonios y, por otro, esa última disposición busca el modo de

---

<sup>54</sup>N.R., L.V, tít.II, ley I.[Don Carlos y Doña Juana, en Madrid, 1534. Y Felipe II, en las Cortes de Madrid, 1573, pet. 37].

<sup>55</sup>Premática de Felipe IV en Madrid, 1627.



dotar a mujeres pobres bien con bienes de los Concejos, bien con mandas testamentarias.

La literatura recoge numerosas cuestiones relativas a negociaciones sobre las dotes, discusiones, o devoluciones de las mismas. Así, en el *Guzmán de Alfarache* se nos habla de las negociaciones económicas más o menos fraudulentas que acompañaban los matrimonios entre negociantes<sup>56</sup>. Que la dote era una consideración prioritaria a la hora de contraer matrimonio y que la aportación económica de la mujer podía ser su mejor atractivo no es sólo una suposición más o menos respaldada por los escritores de la época, sino que es fácil comprobar en la documentación las negociaciones sobre dichos contratos matrimoniales e incluso situaciones en las que para no dejar escapar una dote no se duda en recurrir a un casamiento por la fuerza, con secuestro incluido, como fue el caso de una querella criminal fechada en Palencia en 1608<sup>57</sup>.

## 2.2. Arras.

Las arras o dote masculina una vez entregadas se convertían en posesión absoluta de la mujer y su familia. La legislación al ocuparse de ellas, por tanto, se está refiriendo más a derechos económicos femeninos en el matrimonio que a deberes como ocurría en el caso de la dote.

En el Libro V, título II *-De las dotes, arras y joyas-* de la *Nueva Recopilación* se recogen las disposiciones correspondientes a esta

---

<sup>56</sup> ALEMAN, Mateo, *Guzmán de Alfarache*, II parte, libro 30, capítulos 2 y 3.

<sup>57</sup> A.H.N., *Consejo de Castilla, Residencias, pesquisas y visitas*, legajo 41.364-1.

materia, que preceptúan que las arras pasen a los herederos de la mujer, caso de que el matrimonio no tuviese hijos, y no al marido -ley III, correspondiente a la ley 51 de las de Toro-; o que

*qualquier esposa, ora sea de presente, ora sea de futuro, suelto el matrimonio, gane (si el esposo la oviere besado) la mitad de todo lo que el esposo le oviere dado antes de consumado el matrimonio, ora sea precioso o no. Y si no la uviere besado, no gane nada de lo que le oviere dado, y tornese a los herederos del esposo. Pero si qualquier dellos muriese despues de consumado el matrimonio, que la muger, y sus herederos ganen todo lo que seyendo desposados le ovo el esposo dado, no aviendo arras en tal casamiento, y matrimonio. Pero si arras oviere, que sea en escogimiento de la muger, o de sus herederos (ella muerta) tomar las arras, o dexarlas, y tomar todo lo que el marido le ovo dado, siendo con ella desposado: lo qual ayan de escoger dentro de veynte dias despues de requeridos por los herederos del marido, y sino escogieren dentro del dicho termino, que los dichos herederos escojan<sup>58</sup>.*

De ese modo, las leyes garantizaban que *una vez que las arras estaban en posesión de la mujer formaban parte de la propiedad suya y de su familia*<sup>59</sup>. Quedaban, pues, bien delimitados también esos derechos, especificándose los casos de disolución del matrimonio y de fallecimiento de los cónyuges con o sin descendencia.

### **2.3. Bienes gananciales.**

La norma a este respecto era clara desde antiguo: la mitad de dichos bienes pertenecían a cada uno de los esposos, con la sola excepción de los bienes otorgados por el rey a uno de los dos. El título IX del libro V de la *Nueva Recopilación* se ocupaba de las *ganancias entre marido y muger*, evidenciando en todo momento una clara

---

<sup>58</sup> *Nueva Recopilación*, L.V, Tít.II, ley IV [leyes de Toro, c. 54].

<sup>59</sup> FRIEDMAN, Ellen, *op. cit.*, pág.47.

separación de los bienes matrimoniales, prohibiendo incluso la confiscación de la propiedad de un esposo a causa de un delito cometido por el otro<sup>60</sup>. Se especificaba incluso que se debía observar como ley la costumbre popular de considerar que todo lo que posee el matrimonio es de ambos, salvo lo que se probase que pertenecía a alguno de ellos por separado. La *Novísima Recopilación* recoge la excepción de Córdoba, donde la mujer casada carecía del derecho a participar en los bienes gananciales adquiridos durante el matrimonio hasta 1802<sup>61</sup>.

#### 2.4. Deudas matrimoniales.

La legislación fue, en este punto, cada vez más clara, defendiendo a la mujer de las deudas matrimoniales. Así, con Alfonso XI se establecía ya de un modo genérico que la mujer no estaba obligada a satisfacer con sus bienes deudas o fianzas del marido<sup>62</sup>. Enrique II especificaba que la mujer no podía ser presa ni siquiera si las deudas las había contraído el marido con la Corona<sup>63</sup>. Más adelante, en las Leyes de Toro, se estableció que no se podría considerar a la mujer fiadora del marido ni siquiera en el caso de que se alegase que la deuda contraída lo fue en provecho de ella. Sólo si marido y mujer estaban obligados de mancomún y se demostraba que ella se beneficiaba con la deuda más allá de los bienes que el marido estaba obligado a

---

<sup>60</sup> *N.R.*, L.V, tít.IX, ley X.[Ley 77 de las de Toro].

<sup>61</sup> *Novísima Recopilación*, L.X, tít. IV, ley XIII.

<sup>62</sup> *N.R.*, L.V, tít.III, ley VII.

<sup>63</sup> *Ibidem*, ley VIII. Recogido también en la *Nov.R.*, L.X, tít.XI, ley II.

proporcionar habitualmente (*assí como en vestirla, y darla de comer, y las otras cosas necessarias*) podía ella ser obligada en la fianza de mancomún<sup>64</sup>. Por último, se estipulaba -también en Toro- que las mujeres sólo podían ser presas por deudas que procedieran de delito o si *fuere conocidamente mala de su persona*<sup>65</sup>; de nuevo aparece esa diferenciación moral en la consideración legal de la mujer, que determinaba ya para la justicia cualquier otro de sus comportamientos.

Sin embargo, estas disposiciones pueden resultar engañosas; bajo una apariencia de ecuanimidad que otorgaría una mayor independencia a la mujer con respecto a las actividades económicas más o menos afortunadas de su esposo se escondía una consideración de la mujer que la equiparaba con aquellos considerados incapaces para administrar negocios o finanzas, como los menores de edad, asuntos en los que los hombres asumían totalmente el protagonismo y la responsabilidad<sup>66</sup>.

---

<sup>64</sup> N.R., L.V, tít.III, ley IX.

<sup>65</sup> *Ibidem*, ley X.

<sup>66</sup> FRIEDMAN, Ellen, *op.cit.*, pág. 48.

### 3. REPRESENTACION LEGAL DE LA MUJER.-

Siguiendo, una vez más, la *Nueva Recopilación* trataremos de presentar las posibilidades legales de la mujer en todo lo referente a contratos, licencias del marido o juicios. Es aquí donde se pone al descubierto que la protección a la propiedad de la mujer no se correspondía con el reconocimiento de su derecho a disponer libremente de dichos bienes.

En primer lugar, y para evitar que pueda causar algún perjuicio a la economía familiar, se prohibía a la mujer que pudiera renunciar a alguna herencia sin licencia de su marido, aunque sí podía aceptarla sin dicha licencia a beneficio de inventario<sup>67</sup>. Las limitaciones de su capacidad de actuación se consignaban a continuación: la mujer no podía hacer ni deshacer contrato sin licencia del marido, como tampoco podía mover juicio o defenderse en él sin dicha autorización *y si estuviere por sí o por su procurador, mandamos que no vala lo que fiziere*<sup>68</sup>. Eso sí, se reconocía al marido la capacidad de otorgar una licencia general por la que su mujer pudiera realizar todas esas actividades a las que, por sí misma, no tenía derecho, e incluso la posibilidad de recurrir a un juez para que compeliere al marido a dar dicha licencia o para que él mismo la otorgase caso de ser necesario<sup>69</sup>; aún más, en ausencia del marido *la justicia, con conocimiento de causa, seyendo legitima, o*

---

<sup>67</sup> *N.R., L.V, tít.III, ley I.*

<sup>68</sup> *Ibidem*, ley II. [Leyes de Toro, ley 55].

<sup>69</sup> *Ibidem*, leyes III y IV [leyes 56 y 57 de las de Toro].

*necesaria, o provechosa a su muger, pueda dar licencia a la muger*<sup>70</sup>.

En cualquier caso, la mujer quedaba supeditada a la voluntad del marido, quedándole el recurso de apelar a un juez en circunstancias de manifiesta injusticia en la negación de licencia. Sin embargo, como afirma Friedman, *es importante hacer constar que tal acción exigía siempre la supervisión de un varón, sea marido o juez*<sup>71</sup>.

Naturalmente, podemos encontrar excepciones a esta situación, pero, sin duda, era ésta la posición habitual de las mujeres que parece corresponderse con la realidad jurídica que ahora recogemos. Y es que, en efecto, las mujeres eran vistas por muchos como manirrotas o "*comadrijas del dinero*" y, casi siempre, como falsas y engañosas tal y como recogen numerosos escritores de la época; de modo que la legislación respalda el parecer popular y literario, como ya trataremos con mayor detenimiento al hablar de la consideración de la mujer y la mentalidad social con respecto a ella.

#### **4. OTRAS RESTRICCIONES LEGALES.**

##### **4.1. Tapadas.**

Un tema típico del Barroco era el de las mujeres *tapadas*,

---

<sup>70</sup> *Ibidem*, ley VI [Leyes de Toro, ley 59].

<sup>71</sup> FRIEDMAN, Ellen, *op. cit.*, pág. 49.

censurado por escritores y moralistas y prohibido por las leyes. Así lo hicieron las Cortes de Madrid de 1586:

*mandamos que ninguna muger de qualquier estado, calidad y condición que sea en todos estos nuestros Reynos, pueda yr, andar, ni ande tapado el rostro en manera alguna, sino llevandolo descubierto*<sup>72</sup>;

y lo confirmó Felipe IV, en 1639<sup>73</sup>.

#### 4.2. Criadas.

Se ocupó también la legislación de las limitaciones que afectaban tanto a la servidumbre como a las señoras con respecto a sus escuderos.

Por una parte, se velaba por el honor de la familia:

*Mandamos, que el criado, o persona que sirviere en qualquier servicio o ministerio que sea, que se embolviere, y tuviere accesso carnal con alguna muger, o criada, o sirvienta de la casa de su señor y amo no siendo hombre hijodalgo, le sean dados cien açotes publicamente, y sea desterrado por dos años, y que la misma pena aya la dicha criada, o muger: Pero siendo hombre hijodalgo, le saquen a la verguença, y sea desterrado por un año del Reyno, y quatro años del lugar do esto acaecière: Pero que si lo susodicho acaecière con parienta del señor, o amo, o donzella que cria en su caso, o ama que le cria su hijo, que en esto se proceda, y haga justicia con mas rigor segun la calidad del caso lo requiere, y que en la misma pena cayan, e incurran los criados, o criadas que se provare, o constare aver sido terceros o medianeros para que otros de fuera de casa cometan y hagan el dicho delito*<sup>74</sup>.

Por otra, se trataba de evitar que las mujeres hicieran excesiva ostentación de su servidumbre, en relación con otras leyes sobre el número de criados:

*Mandamos, que ninguna muger de qualquier estado,*

---

<sup>72</sup>N.R., V, 3, 11. En la siguiente ley se acrecentaron las penas por andar tapadas.

<sup>73</sup>Ibidem, ley XII.

<sup>74</sup>N.R., L.VI, tít. XX, ley IV.

*calidad o condicion que sea, aunque sea, o aya sido muger de titulo, o Grande, pueda acompañarse con mas de quatro escuderos, o gentileshombres, ni con titulo de criados, ni de parientes, o allegados, ni con otro titulo, ni pretexto alguno, ni acompañen a las susodichas, ni a ninguna dellas, a pie ni a cavallo en qualquiera manera que las susodichas salgan, o anden fuera de sus casas en silla, coche o en otra forma, mas gentileshombres, o escuderos, que hasta el dicho numero...*<sup>75</sup>.

## 5. LEGISLACION SOBRE LOS DELITOS CONTRA LA MORAL SEXUAL Y MARITAL.-

Simplemente, reseñamos aquí esta última parte comprendida en la legislación. Si hemos dicho que la consideración que la justicia tenía de la mujer partía siempre de unos clarísimos prejuicios supuestamente morales, son este tipo de delitos contra la moral sexual y marital los únicos en los que se extienden las leyes tratando de ella.

Trataremos de estas leyes<sup>76</sup> en el capítulo dedicado a los delitos contra la Moral sexual y marital, que nos permitirá observar una realidad bien distinta a la que se deduce sólo de la legislación.

---

<sup>75</sup> *Ibidem*, ley VIII.

<sup>76</sup> Véase un esquema de estos delitos *infra* pág.

Véase también lo que opinan de las leyes perjudiciales para las mujeres -entre ellas el castigo por adulterio, citado expresamente- unos personajes *feministas* presentados -no con muy buena intención- por Quevedo, en Apéndice I.



## CAPITULO II

### IMAGEN DE LA MUJER EN LA LITERATURA DEL SIGLO DE ORO

Entenderemos como *imagen de la mujer en la literatura* la representación figurativa de las mujeres formada en la mente de los escritores por la tradición recibida y el trato colectivo del que son objeto en su tiempo, que implica también, lógicamente, el comportamiento/reacción femenino.

Quizá el modo más adecuado de desarrollar estos aspectos sea estudiar las distintas situaciones en las que la Literatura nos presenta a la mujer, puesto que -hablamos de Literatura, no de Historia- representa en cada obra un papel determinado que corta otras posibles proyecciones de su personalidad -aunque, a menudo, las podamos encontrar insinuadas-.

Una clasificación que nos parece acertada de esas situaciones en las que, sobre todo, la comedia puede poner a la mujer es la que propone Marc Vitse<sup>77</sup>, como dijimos, ciñéndose al campo literario, sin

---

<sup>77</sup>VITSE, Marc, "Apuntes para una síntesis contradictoria", en *La mujer en el Teatro y la novela del siglo XVII*, Actas del IIº Coloquio del Grupo de Estudios sobre Teatro Español (G.E.T.S.E.), Toulouse, 16-17 noviembre, 1978, Institut d'Études Hispaniques et Hispano-Américaines. Université de Toulouse-

aspectos propiamente históricos o sociológicos:

En principio, divide esa síntesis en dos apartados: situaciones en las que la mujer aparece en una clara dependencia por la presencia activa de los hombres y situaciones de *relativa* independencia, que se apresura a adjetivar como *situación excepcional, provisional, parentética, debida a la carencia de los hombres (ausencia, muerte, flaqueza, engaño, etc.)*<sup>78</sup>.

En el primero, incluye como figuras principales la hija, la esposa y la madre. En el segundo, las hijas liberadas y viudas, las mujeres con papel político, y las mujeres forajidas -bandoleras y madres abusivas-. A ellas, tal vez, debiéramos añadir el caso particular de la mujer vestida de hombre, asunto algo más complejo en el que confluyen tanto una cierta conciencia de transgresión, una actitud de rebeldía, como una evidente e intencionada ambigüedad, o, en la Comedia, el empleo de un recurso escénico de gran éxito entre el público masculino<sup>79</sup>.

Sin embargo, trataremos también otros aspectos que creemos interesantes, como la opinión que las mujeres merecían a algunos autores bien en su trato, bien en escritos no destinados al público, algo que puede resultar un oportuno contrapunto a una imagen que debe mucho a los convencionalismos y a los tópicos, quizá a lo que el público esperaba escuchar o leer.

Centraremos la atención de este estudio de modo muy especial en

---

Le Mirail; págs.155-159.

<sup>78</sup> *Ibidem*, pág. 155.

<sup>79</sup> Agradezco esta observación a la profesora Rosa Capel.

la Comedia y, sobre todo, en algunas obras de Tirso, Lope y Calderón. En cuanto al Teatro y las situaciones sociales que presenta -en este caso, especialmente, el papel de la mujer-, ¿compensa o exagera? esos comportamientos. Vossler<sup>80</sup> defiende el papel compensador del teatro, que mostraría mujeres desenvueltas en las tablas como contrapeso de su existencia oprimida y monótona en las casas. Quizá esa actitud no responda sino a una fórmula comercial: el público desea ver en escena lo extraordinario, lo que se salga de sus experiencias del día a día. Pero no queremos tampoco decir que todo el Teatro fuese exageración/compensación; es decir que para *compensar* cualitativamente se *exagerarían* cuantitativamente situaciones que, sin duda, debían darse aunque en una medida mucho menor. Así pues, existirían esas situaciones, existirían también los tópicos sobre la mujer -mostrados a menudo en refranes y coplas- y, lo que es más importante, existiría -artificial o no, consciente o no- esa **imagen de la mujer** que no se genera espontáneamente en la literatura dramática o novelada, sino que es sembrada en ella por la que circulaba, con raíces antiguas y muy hondas, en su *sociedad ambiente*.

Además, haremos bastantes referencias a la producción literaria de Quevedo por la pluralidad de sus actitudes, pareja, cuando menos, con la de los géneros que emplea.

Son también imprescindibles las referencias a la novela, y particularmente a la picaresca, y a la literatura costumbrista; aunque quizá nos interesa más la Comedia por su carácter más cotidiano, más cercano a la sociedad y a su mentalidad -alimentándose mutuamente, como

---

<sup>80</sup> VOSSLER, Karl, *Lope de Vega y su tiempo*, Madrid, Revista de Occidente, 1940, págs. 293.

ya hemos advertido en alguna ocasión, en sus convenciones, expresiones o imágenes-. La novela picaresca no oculta sus puntos de vista, no deja de mostrarnos personajes esperpénticos y, por tanto, imágenes deformadas por espejos intencionadamente cóncavos o exageradamente convexos de ese peculiar callejón del Gato que es el hampa literaria, los bajos fondos de exhibición novelesca. Por supuesto, más evidente aún es ese efecto en los escritores costumbristas o en los moralistas, en los que la imagen aparece más bien aumentada, como observada a través de una lente la situación o el personaje que va a ser diseccionado con un tono no por a veces jocoso menos censor.

La desvirtuación que la Comedia hace -aún aceptando, por supuesto, las teorías sobre la cultura del Barroco, los condicionamientos y pretensiones del Teatro...- resulta más caprichosa, más variada, por un lado, y, por otro, más fácilmente susceptible de ser descubierta, de deslindarse el personaje de su finalidad y del papel social que debe cumplir indefectiblemente.

En realidad, la imagen de la mujer, la mujer en la Historia, la mujer en la Literatura o cualquier otro estudio que se pretenda realizar sobre el tema no obtendrá más resultados que los logrados por generaciones de hombres que se interrogan sobre la condición femenina, tratando de desvelar sus aparentes contradicciones y su misterio. Lo cierto es que es el hombre el origen de ese velo mágico, de esa leyenda, de estos estudios y de toda incertidumbre. Indudablemente, con la posición especial -subordinada a veces, privilegiada otras- que adquiere la mujer, se multiplican los análisis, trabajos e investigaciones, con conclusiones y valoraciones (incluso con juicios a

priori) que bien pudieran aplicarse a cualquier situación o grupo humano y no necesaria y exclusivamente a la mujer.

Así las cosas, nuestro estudio recoge realidades disgregadas en función de una clasificación sexuada y nos atrevemos a concluir diferencias importantes de la "actividad" generada por la mujer en este campo. No tenemos tan claro, cuáles son las relaciones de esa actitud con la imagen que se nos transmite por medio de las leyes o la literatura.

La imagen de la mujer en la Literatura actúa también como refuerzo de la imagen que las mujeres tenían de sí mismas, propiciada por los hombres.

### 1. IMAGENES IDEALES DE LA MUJER.-

Haremos aquí un recorrido, más rápido que detallado, por los modelos de mujer que propone nuestra Literatura del Siglo de Oro, por algunas de las imágenes que ofrece y que se muestran como *ideales*.

Por supuesto, hay comportamientos femeninos ideales en todos sus estados, si bien en unos se insiste más que en otros: así, es más habitual la referencia a la doncella, su educación y sus hábitos de vida, y, naturalmente, también a la casada, dotada de toda una serie de virtudes prototípicas e irrenunciables.

Para ciertos críticos algunos escritores nos presentan siempre una imagen idealizada de la mujer; así, Concha Espina decía *la tolerancia y la ternura de Cervantes se extreman y afinan al pintar*

*retratos de mujer. Su delicada sensibilidad, sus ideas platónicas, su espíritu cristiano y caballeresco, fueron parte a crear una de las más variadas ginecografías del arte español, tan rico en imágenes y caracteres femeninos*<sup>81</sup>. Arco y Garay, hablando de las mujeres en las obras de Lope de Vega, dice: *luchan con entusiasmo; son apasionadas, tiernas, generosas, fieles a su deber, prontas al sacrificio, enérgicas, decididas y valerosas. En Lope, ellas, y no los hombres, son las almas heroicas*<sup>82</sup>. En realidad, difícilmente podemos hablar de este tipo de actitudes de modo generalizado para la obra de un autor y para la mujer en general; lo más oportuno y apropiado es tratar cada situación concreta cuando es presentada como modélica.

Las situaciones en las que el Teatro y la Literatura en general nos muestran comportamientos y modelos femeninos ideales se refieren siempre a un determinado grupo social, el único susceptible de verse adornado con esas actitudes de perfección y conformidad: el de las damas.

### **1.1. Su imagen física.**

En ese sentido, incluso la imagen puramente exterior que se nos muestra como más deseable incluye no sólo su hermosura, sino también una serie de hábitos, indumentarias y habilidades arquetípicas, propias de las damas.

---

<sup>81</sup>ESPINA, Concha, *Al amor de las estrellas (mujeres del Quijote)*, Madrid, Ed. Renacimiento, 1916, pág. 17.

<sup>82</sup>ARCO Y GARAY, Ricardo, *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*, Madrid, R.A.E., 1942, pág. 297.

Una buena descripción de esa belleza y cualidades convertidas en tópicos nos la da Castillo Solórzano:

*Era la mayor (llamada Feliciano) de dieciocho años, su rostro blanco, bien proporcionado, negro el cabello, hermosos ojos, perfecta nariz, breve boca, frescos labios, iguales, menudos y blancos dientes, sus mejillas (sin el artificio del resplandor) vestían rosa púrpura entre blanca nieve; su mirar agradable, su habla sonora y la más dulce voz que había en España, cultivada con la destreza de un gran maestro que la dio lecciones bastantes para saber cantar diestramente a una arpa y a una guitarra, dando admiración a quien la oía. Danzar y bailar lo hacía con grandísima gallardía y donaire, [porque], fuera de que la disposición y gentileza del hábito le ayudaban a esto, ella lo había depredado con tanto cuidado, que era la primera del orbe<sup>83</sup>.*

Eran estos los atributos que podían hacerlas más atractivas para el hombre -para el caballero, se entiende-, si bien no eran tan admirables en cuanto al ideal de buenas costumbres, más moralista.

Esa dama debía mostrarse, según el mismo tópico y dada la importancia esencial de las apariencias y del vestido, de un modo específico, por ejemplo:

*...una dama acompañada de dos ancianos escuderos y de tres criadas que la seguían. Iba vestida de lama verde, guarnecido el vestido con muchos alamares bordados, capotillo y sombrero con plumas verdes y doradas<sup>84</sup>.*

Ya se hablará más adelante del papel fundamental del vestido y de los criados en la definición del lugar social que se ocupa o se pretende ocupar.

---

<sup>83</sup>CASTILLO SOLÓRZANO, Alonso del, *Las harpías de Madrid*, edición de Pablo Jaurealde Pou, Madrid, Castalia, 1985, pág. 50.

<sup>84</sup>CASTILLO SOLÓRZANO, Alonso del, *Las aventuras del bachiller Trapaza*, II, Madrid, Libra, 1970, pág. 29.

## 1.2. La doncella.

Entendiendo la doncellez, claro, en su sentido más clásico, según la definición que da Cobarruvias: *La muger moça, quasi donicella en lengua toscana, a dona; y en sinificación rigurosa la que no ha conocido varón*<sup>85</sup>.

Al definirse siempre a la mujer en relación al hombre -su puesto *natural* era el de esposa y madre-, la doncella no era sólo doncella - que ya sería "la que espera esposo"- sino también hija o hermana de algún hombre a los que, cuando se nos propone como doncella ejemplar en la Literatura, se somete admitiendo su subordinación.

La doncellez determinará el paso de la inocencia a lo que de la mujer se espera -ya dijimos: como esposa y madre- o a la malicia. Para que ese paso se diese correctamente se advierte cómo es terminante la tutela de esos padres o hermanos en las decisiones femeninas, cuando no, de modo más directo, la propia genealogía de la mujer que influirá decisivamente en su comportamiento futuro no como mimetismo del ejemplo recibido, sino prácticamente como inevitable *llamada de la sangre* al mal camino. Es decir, la doncella *ideal* vive en una familia *ideal*.

En cuanto futura esposa, ¿cuál sería en la época su semblanza más estimada? Podemos muy bien aceptar lo que Quevedo expresa para su posible esposa:

*Desearé precisamente que sea noble y virtuosa y entendida, porque necia no sabría conservar ni usar estas dos cosas [...]; no la quiero fea ni hermosa, estos dos extremos pone en paz un semblante agradable [...] no la*

---

<sup>85</sup>COVARRUBIAS, voz "Donzella".



*quiero rica ni pobre sino con hacienda*<sup>86</sup>.

Lo que el genial escritor pide para sí mismo no es sino el tópico que la literatura difunde: nobleza, virtud y entendimiento son cualidades irrenunciables a la hora de escoger mujer; el término medio en la belleza, aunque con un *semblante agradable* es también un lugar común, y lo mismo podemos decir en lo relativo a la hacienda.

Pero para llegar a ser esa esposa que se propone, la doncella debía recibir una educación determinada y aprender a comportarse con los hombres, tal como ahora veremos.

**a) Su honesta educación: entre la ignorancia y la bachillería.**

Para algunos, la mejor educación que se podía dar a las mujeres era la casi total ausencia de instrucción y el consiguiente encastamiento. Así, en *Las Fiestas de Madrid*, Belardo no puede pensar nada malo de una doncella educada según esos cánones:

*¿Tal tengo de creer de una doncella  
criada en un perpetuo encerramiento  
que el sol entraba por milagro a vella  
y de él se recataba el aposento?*<sup>87</sup>.

A eso llamaban algunos *honesta educación*. Educación que debía mantenerlas alejadas de lo más mundano y material:

*Diga yo bien de la doncella pobre  
que se confiesa y vive honestamente,  
ni sabe si el real es plata o cobre*<sup>88</sup>.

---

<sup>86</sup>QUEVEDO, Francisco de, B.A.E., II, 556b; cit. en *La hora de todos y la Fortuna con seso*, Madrid, Clásicos Castalia, 1988, nº67, pág.78, nota 91.

<sup>87</sup>LOPE DE VEGA, *Las Fiestas de Madrid*, III, vv. 772-775.

<sup>88</sup>*Ibidem*, III, vv. 348-350.

La educación debe buscar sólo la discreción, la medianía entre los dos términos. Un verdadero curso sobre la instrucción y el entendimiento que debe tener la mujer nos lo da Lope de Vega en *La dama boba*.

En primer lugar, Otavio manifiesta su preferencia por esposa -si tuviese que elegir- a la boba antes que a la bachillera:

*Si me casara agora (y no te espante  
esta opinión, que alguno lo autoriza)  
de dos extremos: boba o bachillera,  
de la boba elección, sin duda, hiciera*<sup>89</sup>.

Sus ocupaciones y aprendizaje no debían encaminarse sino a lo verdaderamente importante para una mujer, mucho más que su propia vida o que tener buen entendimiento: encontrar un buen partido. Sobre ello continúa hablando Otavio:

*Aquí el oficio  
de padre y dueño alarga el pensamiento  
caso a Finea, que es notable indicio  
de las leyes del mundo, al oro atento.  
Nise, tan sabia, docta y entendida,  
apenas halla un hombre que la pida;  
y por Finea, simple por instantes  
me solicitan tantos pretendientes  
-del oro más que del ingenio amantes-,  
que me cansan amigos y parientes*<sup>90</sup>.

Y es que -insistirá Otavio- lo que se espera de una futura esposa no son letras sino dedicación al hogar:

*¿Quién le mete a una mujer  
con Petrarca y Garcilaso,  
siendo su Virgilio y Taso  
hilar, labrar y coser?*<sup>91</sup>.

Por tanto, a la mujer no se había de dar más que una educación ele-

---

<sup>89</sup> LOPE DE VEGA, *La dama boba*, I, esc. IV.

<sup>90</sup> *Ibidem*.

<sup>91</sup> *Ibidem*, III, esc. III.

mental, según predica el mismo personaje<sup>92</sup>.

Y, en efecto, la educación parece alejar a la mujer del "orden natural":

*Y averigüé que Diana,  
del discurso las primicias,  
con las luces de su ingenio  
las dió a la filosofía.  
De este estudio, y la lección  
de las fábulas antiguas,  
resultó un común desprecio  
de los hombres, unas iras  
contra el orden natural  
del amor con quien fabrica  
el mundo a su duración...<sup>93</sup>.*

No se niega totalmente la necesidad de instruir a las doncellas, puesto que su inferioridad hace que *en la educación se encontrara alguna corrección del error de la naturaleza. Pero habrá que hacerse sin perder de vista sus defectos y nunca es demasiado pronto para empezar a castigarlas, pues la razón es insignificante y no servirá para nada<sup>94</sup>.*

Hanrahan cita a Juan de la Cerda cuando habla de las doncellas de doce años y dice que se las debe castigar:

*mas no en la cabeça sino en las espaldas con alguna verdasca; porque dice Salomón que la vara es medecina para la locura de las niñas; y en ningún tiempo el padre ni la madre no deven alagar a sus hijos, sino hazerles que tengan*

---

<sup>92</sup> *Ibidem*, III, esc. XVI:

*Laurencio, quando labré  
esta casa, no pensé  
que academia instituí;  
ni quando a Nise criaba  
pensé que para poeta,  
sino que a mujer perfeta,  
con las letras la enseñaba.  
Siempre alabé la opinión  
de que a la mujer prudente,  
con saber medianamente,  
le sobra la discreción.*

<sup>93</sup> MORETO, Agustín, *El desdén con el desdén*, I, esc. I.

<sup>94</sup> HANRAHAN, Thomas, *La mujer en la novela picaresca española*, Madrid, Porrúa, 1967, tomo I, pág. 93.

*temor, de manera que ayan vergüenza de sus padres. Enséñela que en todo tiempo sea callada, que hable muy poco, y esto quando fuere preguntada.*

¿Qué debe contener entonces esa educación? -continúa Hanrahan citando a Juan de la Cerda:

*Su educación debe consistir en los rudimentos del catecismo y es conveniente que sepa leer para que pueda leer libros de devoción, pero es peligroso enseñarla a escribir. "Mas el es escribir ni es necesario ni lo querría ver en las mugeres; no porque ello de suyo sea malo, sino porque tienen la ocasión en las manos de escribir villetes, y responder a los que hombres livianos les envían"<sup>95</sup>.*

Es decir, una escasa educación con la que sólo debería leer su devocionario y entregarse a sus rezos y labores<sup>96</sup>.

Vemos, de este modo, que, entre burlas y veras, en la comedia, en la novela picaresca o en los moralistas, la idea dominante que sobre la instrucción de la mujer se tenía era muy similar, y probablemente, en este caso, muy ceñida a la mentalidad y a las situaciones reales. Raros son los casos que, como en algunas obras de María de Zayas, defienden actitudes de mayor igualdad en la enseñanza y raras también las mujeres que accedían a una formación equiparable a la de los hombres cultos sin caer en esa *bachillería* tan denostada.

#### **b) Límites del comportamiento femenino con los hombres: entre ligereza y descortesía.**

Con esa educación y con la misión prioritaria de encontrar

---

<sup>95</sup> *Ibidem*, pág. 94; Juan de la Cerda, *Vida política de todos los estados de mugeres...*, Casa de Juan Gracián, Alcalá de Henares, 1599, ff. 9v. y 12v.

<sup>96</sup> PEREZ-ERDELYI, Mireya, *La pícaro y la dama. La imagen de las mujeres en las novelas picaresco-cortesanas de María de Zayas y Sotomayor y Alonso de Castillo Solórzano*, Miami (EE.UU.), Ed. Universal, 1979, pág. 19.

partido siguiendo el orden natural, las doncellas debían saber comportarse con los hombres: con los que las tutelaban, aconsejaban o dominaban -padres y hermanos- y con los posibles candidatos a esposos.

Con los primeros, ya lo hemos dicho, la mujer debía ser obediente, dependía de ellos y a ellos estaba subordinada, sólo así podían marcharle bien las cosas en la ficción literaria, incluso en el supremo momento de la elección del marido.

Con quienes las podían cortejar debían mantenerse siempre en el ámbito de la honestidad y el recato; los límites de ese comportamiento quedan bien expresados por Moreto, entre la ligereza y la descortesía:

*que a las damas de tal nombre  
puso el respeto dos líneas:  
una es la desatención,  
y otra el favor; mas la avisa  
que ponga entre ellas la planta  
tan ajustada y medida,  
que en una ni otra toque;  
porque si de agradecida  
adelanta mucho el pie,  
la raya del favor pisa  
y es ligereza; y si entera  
mucho la planta retira  
por no tocar el favor,  
pisa en la descortesía<sup>97</sup>.*

Por supuesto, el valor supremo de las doncellas -a la preservación del cual se dirigía su comportamiento honesto- era su virginidad; la Comedia Nueva es, a menudo, una gran lucha amorosa en la que la mujer no puede flaquear: ni puede dejar de intentar atraer al hombre ni puede caer en sus trampas para gozarla. Cualquier afirmación literaria a este respecto es totalmente ortodoxa y conforme a la moralidad. Así lo dirá Preciosa:

*Una sola joya tengo, que la estimo en más que a la  
vida, que es la de mi entereza y virginidad y no la tengo  
de vender a precio de promesas ni dádivas, porque en fin*

---

<sup>97</sup>MORETO, Agustín, *op. cit.*, I, esc. I.

*será vendida; y si puede ser comprada, será de muy poca estima; ni me la han de llevar trazas ni embelecocos; antes pienso irme con ella a la sepultura, y quizá al cielo... Flor es la de la virginidad que, a ser posible, aun con la imaginación no había de dejar ofenderse. Cortada la rosa del rosal, ¡con que brevedad y facilidad se marchita! Éste la toca, aquél la huele, el otro la deshoja y finalmente, entre las manos rústicas se deshace<sup>98</sup>.*

Como insistimos, la Literatura responde en este aspecto a lo habitual, a la importancia social de la virginidad, mostrándonos que para el mantenimiento de esa integridad, además de la reclusión era muy aconsejable la vigilancia de la joven por respetables y severas dueñas y rectos escuderos igualmente de confianza. Como la defensa de la doncellerz reposaba no sólo en la joven sino también en sus acompañantes, no podía estar sola en ningún momento. Estos la acompañaban en el jardín, en su aposento, y en las pocas salidas permitidas a la iglesia y a las visitas<sup>99</sup>.

Por tanto, el comportamiento externo de las mujeres debía conformarse con esos límites que establecían su educación y la honestidad. De nuevo aquí estaban de acuerdo moralistas y los hábitos sociales acostumbrados. Las manifestaciones de esa honestidad exigían que a mujer honrada no le basta que lo sea, sino que lo parezca<sup>100</sup>.

*La donzella -nos dice Juan de Mora- bastarle han dos señales, ser siendo virgen sin ojos y sin pies, y deveys entendello por el recogimiento, y loables y buenas costumbres, no viendo ni deseando más de lo justo, y así*

---

<sup>98</sup>CERVANTES, Miguel de, *La Gitanilla*, en *Novelas ejemplares*, Madrid, Espasa-Calpe S.A., 1972, I, págs. 56-57.

<sup>99</sup>PEREZ-ERDELYI, Mireya, *op. cit.*, pág. 18.

<sup>100</sup>Guevara, Antonio de, "Letra para Mosen Puche Valenciano, en *Epístolas familiares*, B.A.E., XIII, pág. 161; cit. por PEREZ-ERDELYI, Mireya, *op. cit.*, pág. 18.

*fácilmente hallará la donzella marido*<sup>101</sup>.

Estas doncellas respondían, en realidad, a una mujer de tipo pasivo que debía plegarse al papel que la sociedad esperaba de ellas, que no era otro que el que definían sumisión, suavidad y apacibilidad. Esa es la actitud que la Literatura premia<sup>102</sup>.

### 1.3. La casada: esposa y madre. Sus virtudes.

Las virtudes de la mujer casada eran la natural prolongación de las que poseyó como doncella. Una buena doncella sería también, normalmente, una esposa modélica.

La primera de sus virtudes, por tanto, no podía ser otra que la **honestidad**, y de ello podemos encontrar multitud de testimonios literarios:

*Y [diga yo bien] de aquella casada que no  
siente el papel amoroso y al regalo  
más sorda que al encanto la serpiente,  
y que al paje del otro con un palo  
hace bajar rodando, y sólo viste  
lo que le da el marido, bueno o malo*<sup>103</sup>.

*De una casada son partes perfectas  
virtud y honestidad.*

... ..  
*Está la discreción de una casada  
en amar y servir a su marido;  
en vivir recogida y recatada,  
honesta en el hablar y en el vestido;*

---

<sup>101</sup>MORA, Juan de, *Discursos morales*, Madrid, 1589, f. 135.

<sup>102</sup>Con la excepción, una vez más, de las obras de María de Zayas en las que las mujeres que siguen este estereotipo suelen ser las víctimas. La mayoría de sus protagonistas no son tan dóciles.

<sup>103</sup>LOPE DE VEGA, *Las ferias de Madrid*, III, vv. 351-356.

*en ser de la familia respetada,  
en retirar la vista y el oído,  
en enseñar los hijos, cuidadosa,  
premiada más de limpia que de hermosa.  
¿Para qué quiero yo que, bachillera,  
la que es propia mujer concetos diga?*<sup>104</sup>.

La **docilidad**, el **silencio** y la **discreción** sin necesidad de tener letras eran otras de las virtudes de la casada:

*Inocente te quería  
porque una mujer cordero  
es tusón de su marido,  
que puede traerla al pecho.  
Todos sabéis lo que basta  
para casada, a lo menos;  
no hay mujer necia en el mundo,  
porque el no hablar no es defeto.  
Hable la dama en la reja,  
escriba, diga concetos  
en el coche, en el estrado,  
de amor, de engaños, de celos;  
pero la casada sepa  
de su familia el gobierno;  
porque el más descrito hablar  
no es sancto como el silencio*<sup>105</sup>.

Sus principales ocupaciones, desempeñadas siempre con esa virtud y honestidad, eran las propias del **hogar** y, por supuesto, las de **madre** (la maternidad era la finalidad esencial en la mujer):

*Casada y veréisla estar  
ocupada y divertida  
en el parir y el criar*<sup>106</sup>.

En cuanto madre, sus obligaciones y comportamientos eran claros, sobre todo, en la Comedia: los críticos se han ocupado más de las situaciones en que aparecen esas madres que de sus propios comportamientos, hasta tal punto que resulta difícil encontrar referencias a ellos. Hay también que tener en cuenta que los dramaturgos apenas sí

---

<sup>104</sup> LOPE DE VEGA, *La dama boba*, I, esc. IV,

<sup>105</sup> *Ibidem*, III, esc. X.

<sup>106</sup> *Ibidem*, III, esc. III.



nos muestran a las madres como tales, en apariciones cotidianas, en su papel habitual, sino que casi sólo se ocupan de ellas en situaciones más o menos extraordinarias -infanticidios, abandonos, rivalidad amorosa madre-hija, exageradamente protectoras de sus hijos, madres-reinas, etc.-. Así, como observa Falin-Lacourt,: la madre ideal la encontramos en la persona de una reina, ya sola también, que tuvo el mayor de su esposo y cuyo recuerdo es la verdadera fuente de su valor y su virtud -doña María, la heroína de *La prudencia en la mujer*, de Tirso de Molina es ese ejemplo

*Tres almas viven en mí:  
la de Sancho, que Dios haya;  
la de mi hijo, que habita  
en mis maternales entrañas,  
y la mía, en que se suman esotras dos*<sup>107</sup>.

Aparece, pues, madre por la sangre pero también en otro sentido más moral que se deriva de la formación que dio a su hijo Fernando, preparándole para enfrentarse con sus obligaciones <sup>108</sup>.

Evidentemente, de la inferior capacidad femenina se deducía que para poder llevar a cabo la educación de sus hijos necesitaba, de manera imprescindible, el amor o la amistad masculinas. Si no existía un amor fiel y recíproco, la madre no desempeñará debidamente su cometido, se enfrentará a su hijo o le mostrará un afecto obsesivo, perjudicándole en su formación, sólo en esas condiciones deseables puede ser capaz de asumir su propia maternidad y la educación de su hijo -sólo así verdadero y completo heredero de su padre-; se uniría

---

<sup>107</sup>TIRSO DE MOLINA, *La prudencia en la mujer*, I, esc. II.

<sup>108</sup>FALIN-LACOURT, Christiane, "La madre en la Comedia", en *La mujer en el Teatro y la novela del siglo XVII*, Toulouse, 1978, pág. 49.

así en una misma heroína la madre por la sangre y la madre espiritual, aunque más frecuentemente la comedia nos la muestra disociada<sup>109</sup>.

Sobre ese *amor* al que hace referencia Falin-Lacourt habría mucho de que hablar -y lo haremos en un próximo apartado-, pero adelantemos que el amor que tiene ese poder de legitimar la capacidad educadora de la madre es más bien un respeto sometido, fiel y devoto al marido de por vida, ya que el amor apasionado, arrojado y apropiador a un tiempo, es mostrado más como subversión que como conformidad con lo establecido.

Parece que, en principio, podemos apreciar una exaltación de la maternidad deseada, incluso en dramaturgos tradicionalmente tenidos por misóginos -como Tirso o Guillén de Castro-. Pero hemos de preguntarnos ¿por qué esa actitud?. Resulta evidente que como rechazo a cualquier otra situación que pudiese suponer una alternativa libre e individual que no fuese ser *sólo* madre (incluso antes que mujer y, por supuesto, antes que individuo) y madre sujeta a unas pautas de comportamiento muy específicas, sobre todo con respecto a sus hijos varones. Ningún misógino que se preciase sería tan torpe como para erosionar la figura de la "buena madre", verdadero pilar de una estructura mental y familiar muy acorde con sus propios planteamientos.

#### 1.4. Otros modelos de mujer.

A veces la Literatura -y, de nuevo, nos referimos sobre todo a la Comedia- nos muestra otros modelos de mujer, que lo son no en tanto que mujeres, sino por la función que desempeñan.

---

<sup>109</sup> *Ibidem*, pág. 50.

Hablamos ya de *La prudencia en la mujer*. La reina doña María es, en efecto, en esta obra de Tirso, un ejemplo de mujer prudente, piadosa, valiente y decidida. Es un caso evidente de virtud femenina, aunque referida a sus cualidades personales -y no un caso generalizable a su sexo- y, quizá, más relacionadas con su papel de reina que con el de mujer<sup>110</sup>.

Podríamos considerar también como un modelo -complejo y variado- a lo que Falin-Lacourt llama "madre espiritual"<sup>111</sup>, es decir, *iniciadoras* del hombre, *madrinas* suyas; función que pueden desempeñar parientes cercanas (hermanas, primas...), reinas -es, por ejemplo, el caso de la reina con el Cid en *Las mocedades del Cid*, de Guillén de Castro-, etc. Una buena muestra la tenemos en *La vida es sueño*, donde Rosaura desempeña un papel importante en la toma de conciencia de Segismundo con respecto a su verdadera condición social y a su valor como guerrero -que descubre exhortado por ella-.

Como advertíamos, es éste un modelo complejo, puesto que, de alguna forma, se rechaza a la mujer como tal, con su posible realización amorosa, cuando desempeña un papel *espiritual* claramente superior -al contribuir a un nuevo nacimiento del hombre que lo supeditaba, en cierto modo, a ella-. Algo intolerable para la estruc-

---

<sup>110</sup>El contrapunto en el papel de reina lo podemos encontrar en *La Gran Semíramis*, de Cristóbal de Virués, comedia en la que las ambiciones y deseo de mando femeninos aparecen como algo antinatural, unidas a vicios de un personaje de origen indigno -como hija de una ramera-. Es más, incluso en el caso de esa mujer sin escrúpulos, a la hora de participar y dirigir las campañas militares ha de adoptar una identidad masculina. Sin embargo, es claramente una mujer y no puede escapar a las "debilidades" que les son propias como tal; así ocurre con su amor maternal (en este caso imperfecto) que será el origen de su castigo al ser rechazada por su hijo.

<sup>111</sup>FALIN-LACOURT, *op. cit.*, pág. 52.

tura consciente de esa sociedad, para la mentalidad que quiere reflejar la Comedia y quien sabe si también para el *ego* más o menos inconsciente del hombre del momento (o tal vez de todo momento). De modo que esa cierta superioridad espiritual les supone ser despojadas, en parte, de la lógica femenina.

En otros casos, como por ejemplo en *El mágico prodigioso* de Calderón, la mujer (Justina en dicha obra) representa un concepto filosófico-religioso, encarna el libre albedrío y el cristianismo, la seguridad de la fe frente a la duda de la razón, al camino equivocado de la falsa ciencia (Cipriano). Unidos a la primera la castidad y a la segunda un amor lleno de deseo y no correspondido. Justina no es virtuosa por mujer, sino por cristiana en un mundo que no lo es.

Por supuesto, ese es el caso -más claramente aún- de las comedias de tema religioso, en las que no importa la virtud femenina sino la de la fe.

## **2. IM GENES MIS GINAS.-**

Quizá más conocidas -por más frecuentes pero también por más difundidas- sean estas imágenes misóginas que se pueden encontrar en innumerables dichos, refranes, coplas, reflexiones o discursos incluidos en nuestra Literatura. Raro era el autor que no hacía este guiño tópico al público -pues, a menudo, se trataba más de eso que de verdaderas convicciones-. Sin embargo, hay un maestro indiscutible a la hora de adjetivar peyorativamente actitudes femeninas varias. Es Quevedo, cuyo ingenio y agudeza destacan siempre, sea cual sea su

intención o su estilo.

Hemos intentado hacer una clasificación de los principales defectos condenados por los autores de la época -satirizados por unos, comentados casi cómplicemente por otros o censurados severamente por los más rígidos-. Por supuesto, no están todos, pero sí los más frecuentemente citados.

### 2.1. Generales.

No nos resistimos a hacer una presentación previa con descripciones más generales. No se puede, por ejemplo, ser más breve y tajante que Quevedo cuando nos presenta a las mujeres como lo peor del infierno:

*- Espántome -dije yo- de ver que entre los ladrones no has metido a las mujeres, pues son de casa.  
- No me las nombres -respondió-, que nos tienen enfadados y cansados; y a no haber tantas allá, no era muy mala habitación el infierno. Diéramos, para que enviudáramos, en el infierno, mucho...<sup>112</sup>.*

Especialmente corrosiva es su comparación del dinero y las mujeres:

*Que el dinero (y llevaos esta doctrina de Pero Grullo) es como las mujeres, amigo de andar y que le manoseen y le obedezcan, enemigo de que le guarden, que se anda tras los que no le merecen y, al cabo, deja a todos con dolor de sus almas, amigo de andar de casa en casa<sup>113</sup>.*

Imagen que muy bien se puede completar con este soneto también de inconfundible sello quevedesco:

*Antiyer nos casamos; hoy querría,*

---

<sup>112</sup>QUEVEDO, Francisco de, "El alguacil endemoniado", en *Sueños y discursos*, Madrid, Clásicos Castalia, 1990, pág.101.

<sup>113</sup>QUEVEDO, Francisco de, "Sueño de la muerte", *Sueños y discursos*, pág. 218.

*doña Pérez, saber ciertas verdades:  
 decíme, ¿cuánto número de edades  
 enfunda el matrimonio en sólo un día?  
 Un antiyer, soltero ser solía,  
 y hoy, casado, un sin fin de Navidades  
 han puesto dos marchitas voluntades  
 y más de mil antaños en la mía.  
 Esto de ser marido un año arreo,  
 aun a los azacanes empalaga:  
 todo lo cotidiano es mucho y feo.  
 Mujer que dura un mes, se vuelve plaga;  
 aun con los diablos fue dichoso Orfeo,  
 pues perdió la mujer que tuvo en paga<sup>114</sup>.*

En general, esta actitud resulta bien cómoda, puesto que se adapta a la perfección a lo expresado por moralistas y costumbristas que entendían a menudo a la mujer como un peligro para la perfección del hombre, un mal atractivo.

*[Guardad] de trabar amistades, particularmente de mujeres cuya vista y pensamiento habemos de huir de todo en todo como fuego de alquitrán... la mujer que es lazo de cazadores y una nasa su corazón, sus manos prisiones; el que es sabio huirá della y el necio quedará enredado y su prisionero y puesto en lodo<sup>115</sup>.*

No son raros los sermones en los que los predicadores dudan de la virtud femenina en general, así ocurre por ejemplo en un sermón de fray Hernando de Santiago en honor a San José<sup>116</sup>, o en un manual para predicadores en el que se dice así:

*¿Qué mucho que unas sierpes que, más por ociosidad que por devoción, están todo el día en la iglesia (que mejor estuvieran hilando), qué mucho que murumuren, piensen y digan mal de los que no son, Dios?<sup>117</sup>.*

---

<sup>114</sup>QUEVEDO, Francisco de, "Hastío de un casado al tercero día", *Poemas escogidos*, págs. 191-192.

<sup>115</sup>ANGELES, Juan de los, *Manual de la vida perfecta*. Diálogo I, pág. 159, citado por HANRAHAN, Thomas, *op. cit.*, pág. 87.

<sup>116</sup>HERRERO GARCÍA, Miguel, *Sermonario clásico*, Madrid, Escelicer, s.l., 1942, pág. 315.

<sup>117</sup>Texto de fray Juan TERRONES recogido en CASTRO y Rossi, A. de, *Discurso de las costumbres públicas y privadas en los españoles en el siglo XVII*, Madrid, Guttemberg, 1881, pág. 12, cit. por HANRAHAN, Thomas, *op. cit.*,

La opinión de todos estos moralistas partía, desde luego, de la consideración notoriamente inferior de la mujer, que las inclinaba al vicio y no a la razón:

*Las mujeres, pues, mozas por dos cabos son flacas y caen, porque son mujeres y porque son mozas*<sup>118</sup>.

En cuanto a los costumbristas, la actitud de algunos es tan insistente que podríamos calificarla de obsesiva, ese puede ser el caso de Baptista Remiro de Navarra quien dedica la totalidad de su obra a la mujer bajo el nada halagador título de *Los peligros de Madrid*, su presentación-justificación, resulta ya bastante elocuente<sup>119</sup>, confesándose enemigo del género femenino por la naturaleza de las mujeres, a las que en pocas líneas tacha de falsas, de tener malas costumbres, de ocultar sus años cuando son ya más de los que quisieran, de avariciosas, haciendo también alguna referencia a su costumbre de ir *tapadas* con sus mantos a pesar de prohibirlo las leyes como vimos<sup>120</sup>; aunque luego intente suavizar su postura distinguiendo las *señoras* de aquellas otras más *gatas* que mujeres.

Una información mucho más rica es la que podemos encontrar en la conocida obra de Zabaleta. Aparte de opiniones más específicas que ya citaremos, su actitud general hacia la mujer queda bien definida en frases sueltas como ésta:

*Muy dentro de sí ha de estar la mujer en público. Los párpados echados sobre los ojos la encubren toda, el silencio la hace ausente. Nunca está una mujer más hermosa*

---

pág. 90.

<sup>118</sup>CORDOBA, Martín de, *Jardín de nobles doncellas. Religión y cultura*, Madrid, 1956, pág. 145, cit. por HANRAHAN, Thomas, *op. cit.*, pág. 92.

<sup>119</sup>REMIRO DE NAVARRA, Baptista, *Los peligros de Madrid* [1646], Madrid, José Esteban, ed., 1987, págs. 13-14. Véase Apéndice II.

<sup>120</sup>Véase *supra*, págs. 53-54.

*que cuando está dormida; nunca parece mejor una mujer que cuando no está donde está*<sup>121</sup>.

No se puede descalificar de modo más absoluto la capacidad de una persona.

Un grupo especialmente fustigado por los ataques literarios fue el de las **dueñas**, representación emblemática de todos los defectos femeninos y que Quevedo denosta con singular saña y donaire:

*Fue más larga que paga de tramposo;  
más gorda que mentira de indiano;  
más sucia que pastel en el verano;  
más necia y presumida que un dichoso;  
más amiga de pícaros que el coso;  
más engañosa que el primer manzano;  
más que un coche alcahueta; por lo anciano,  
más pronosticadora que un potroso.  
Más charló que una azuda y una aceña,  
y tuvo más enredos que una araña;  
más humos que seis mil hornos de leña.  
De mula de alquiler sirvió en España,  
que fue buen noviciado para dueña;  
y muerta pide, y enterrada engaña*<sup>122</sup>.

Para terminar también esta primera impresión con el genial autor de *Los sueños*, nada mejor que esta letrilla satírica, compendio de numerosos argumentos misóginos:

*Sabed, vecinas,  
que mujeres y gallinas  
todas ponemos:  
unas cuernos y otras huevos.  
Viénense a diferenciar  
la gallina y la mujer,  
en que ellas saben poner,  
nosotras sólo quitar.  
Y en lo que es cacarear  
el mismo tono tenemos.  
Todas ponemos:  
unas cuernos y otras huevos.*

---

<sup>121</sup>ZABALETA, Juan de, *El día de fiesta por la mañana y por la tarde*, IV, "El estrado", pág. 357.

<sup>122</sup>QUEVEDO, Francisco de, *Poemas escogidos*, "Epitafio de una dueña, que idea puede ser de todas", págs. 193-194.



*Doscientas gallinas hallo  
yo con un gallo contentas;  
mas, si nuestros gallos cuentas,  
mil que den son nuestro gallo.  
Y cuando llegan al fallo,  
en cuclillos los volvemos.  
Todas ponemos:  
unas cuernos y otras huevos.  
En gallinas regaladas  
tener pepita es gran daño,  
y en las mujeres de hogaño  
lo es el ser despepitadas.  
Las viejas son emplumadas  
por darnos con que volemós.  
Todas ponemos:  
unas cuernos y otras huevos<sup>123</sup>.*

Un repaso en el que las mujeres engañan, roban y gastan, parlotean sin sentido, se muestran insatisfechas, o hacen de alcahuetas.

Hemos apuntado, pues, la avaricia y avidez el gusto por los aderezos y cosméticos, su carácter engañoso y falso, su presunción, *cualidades* todas que ahora trataremos a fondo con los razonamientos literarios de diversos autores.

## 2.2. Codicia.

Quizá la codicia, la ambición, sea la acusación más generalizada en toda la literatura hacia las mujeres. En caracterizarlas con tal "virtud" coinciden dramaturgos, novelistas y poetas famosos y anónimos, amén, por supuesto, de moralistas y costumbristas, siempre prontos a dejar constancia implacable de los vicios de prójimo tan inferior.

La posesión de bienes materiales podía constituir una auténtica lucha en un mundo, como el barroco, en el que los vaivenes de la Fortuna podían hacer sucumbir importantes patrimonios entre la disi-

---

<sup>123</sup>QUEVEDO, Francisco de, *Poemas escogidos*, págs. 212-213.

pación y las inversiones arriesgadas, entre la estima regia o la guerra, en el que la pobreza y el hambre eran algo cercano y cotidiano y en el que la mujer no tenía más medios de buscar ingresos que el que le dejaban: los hombres. Educadas para su contento, la literatura nos las presenta hasta la saciedad tratando de sacar provecho de los varones, casi siempre con la superchería o la argucia; a veces, a cambio de favores más o menos *palpables*.

Vemos a damas -verdaderas y fingidas- acechando posibles víctimas incautas, trazando artificios y componiendo artimañas, tratando, en fin, de obtener ganancias o presentes.

Las mujeres eran, antes que nada, -como nos decía Remiro de Navarra- *gatas, cuyo intento es siempre arañar, comadres de la juventud y comadreja del dinero*. O, como remataba Quevedo: *Iban las mujeres al infierno tras el dinero de los hombres*<sup>124</sup>.

Entre el mujerío, parece ser que la palma de esa censurada ambición la llevaban las damas de la Corte. Las madrileñas -objeto particular de nuestro estudio- son así retratadas por la sátira quevedesca en una "Instrucción y documentos para el noviciado de la Corte":

*Las mujeres de la Corte  
son, si bien lo consideras,  
todas de Santo Tomé,  
aunque no son todas negras.  
Y si en todo el mundo hay caras,  
solas son caras de veras  
las de Madrid, por lo hermoso  
y por lo mucho que cuestan.  
No hallarás nada de balde,  
aunque persigas las viejas:  
que ellas venden lo que fueron,  
y su donaire las feas.  
Mientras tuvieres que dar,  
hallarás quien te entretenga,*

---

<sup>124</sup>QUEVEDO, Francisco de, "Sueño del Infierno", *Sueños y discursos*, pág. 112.

*y en expirando la bolsa,  
oirás el Requiem aeternam*<sup>125</sup>.

Lope, en carta privada al duque de Sessa, confirmará también esa opinión en el siguiente comentario:

*El güerto allí se secaría, que es como voluntad de  
mujer de Madrid, que se marchita, por lozana que esté, a  
dos días que le falta el agua [de las dádivas, se en-  
tiende]*<sup>126</sup>.

#### a) Elegir presa.

El primer paso, naturalmente, era buscar el afortunado candidato a dejarse despojar de sus bienes. En esta "caza" se mostraban dos modalidades: las codiciosas que buscaban marido, en cuyo caso la víctima será desangrada poco a poco, o las que perseguían quien las convidase y regalase, por medio de embustes y picardías o a cambio de favores. En ambos casos, el requisito indispensable era una posición económica mínimamente aceptable, según las aspiraciones y recursos de la "cazadora".

Si lo que buscaba era marido para sufragar caprichos y mantener una vida en condiciones deseadas:

*Casamiento pedirán,  
si es que te huelen hacienda:  
guárdate de ser marido,*

---

<sup>125</sup>QUEVEDO, Francisco de, *Poemas escogidos*, "Instrucción para el noviciado de la Corte", vv. 29-40, pág. 281.

<sup>126</sup>LOPE DE VEGA, *Cartas*, Toledo, finales de abril de 1615, al duque de Sessa, Madrid, Clásicos Castalia, 1985, pág. 136. Por cierto, que, al parecer, Lope realizó ese viaje a Toledo para escapar de las murmuraciones (otro de los defectos más atribuidos al carácter femenino), que contra él levantó en Madrid su antigua amante la actriz Jerónima de Burgos por celos de la también comedianta Lucía de Salcedo.

*no te corran una fiesta*<sup>127</sup>.

Aunque ya nos advierte Quevedo que ese matrimonio estaba siempre condenado a ser un infierno:

*Cuando me sacó de esta duda una gran parva de casados que venían con sus mujeres de las manos; y que la mujer era ayuno del marido, pues por darle la perdiz y el capón no comía; y que era su desnudez, pues por darle galas demasiadas y joyas impertinentes iba en cueros; y, al fin, conocí que un malcasado tiene en su mujer toda la herramienta necesaria para mártir, y ellos y ellas, a veces, el infierno portátil*<sup>128</sup>.

Los casados eran aquí víctimas de la codicia de sus mujeres.

Algo de eso advierte, en un tono mucho más grave, Zabaleta cuando estimaba que:

*La necesidad es discordia doméstica. Las mujeres no piensan que hay suerte. Aunque reviente un hombre, si no trae dinero, piensan que se anda holgando, y como juzgan que tienen razón, riñen con grande fuerza. El hombre que viene desesperado con la mala fortuna, como ve la sinrazón, se embravece con extremo. De aquí resulta la guerra incesable. El hombre que tiene mujer y poca dicha, sepa que la peor parte de su poca dicha es tener mujer. Conozca que le fatiga como ignorante, y súfrala como cuerdo*<sup>129</sup>.

Es decir, cuidado con aquellas mujeres que con la dote creen comprar el derecho de explotación económica del marido o que toman el contrato matrimonial como manual de uso y disfrute de las altas prestaciones y ganancias conyugales. Casi nos hace el bueno de Zabaleta compadecernos de la triste y desdichada suerte de la condición masculina en la época.

---

<sup>127</sup>QUEVEDO, Francisco de, *Poemas escogidos*, "Instrucción y documentos para el noviciado de la Corte", vv. 77-80, pág. 282. Las alusiones a los *cuernos* -referidas con mucha frecuencia a metáforas de asunto taurino- serán constantes en todas estas obras satíricas, como el último verso citado.

<sup>128</sup>QUEVEDO, Francisco de, *Sueños y discursos*, "Sueño del Infierno", pág. 113.

<sup>129</sup>ZABALETA, Juan de, *op. cit.*, "Por la tarde", cap. XII, pág. 463.

Sin embargo, son más frecuentes y literariamente mucho más *sustanciosas* las mujeres que buscan obsequios y finezas por medio de engaños más o menos aceptados o de situaciones en las que, estableciéndose un acuerdo tácito, se benefician ambas partes. La novela picaresco-cortesana está llena de ejemplos de este tipo, de modo muy especial las obras de María de Zayas y de Castillo Solórzano, de las que puede servir como modelo prototípico, ambientado en la Corte *Las harpías de Madrid*.

Sí, las mujeres de Madrid, como ya apuntábamos, no salían bien paradas; aunque, desde luego, sabían bien quién se gastaría los cuartos con ellas. Eso nos dice, al menos, Lope:

*En esa razón sospecho  
que no sois de este lugar, [Madrid]  
cuyas mujeres, que el velo  
de vergüenza estiman poco,  
al pobre llaman el loco  
y al rico el otavo cielo*<sup>130</sup>.

Aunque, a veces, aún al ojo experto de las madrileñas<sup>131</sup> había quién era capaz de engañar:

*Apartámonos; y una noche, para confirmarlas más en  
mi riqueza, cerréme en mi aposento, que estaba dividido del  
suyo con sólo un tabique muy delgado, y, sacando cincuenta  
escudos, estuve contándolos en la mesa tantas veces, que  
oyeron contar seis mil escudos. Fue esto de verme con tanto  
dinero de contado, para ellas, todo lo que yo podía desear,  
porque dieron en desvelarse para regalarme y servirme*<sup>132</sup>.

---

<sup>130</sup> LOPE DE VEGA, *Las Férias de Madrid*, I, vv. 844-849.

<sup>131</sup> que ...era de ver cómo, en creyendo que tenía dinero, me decían que todo me estaba bien. Celebraban mis palabras; no había tal donaire como el mío. Yo que las vi tan cebadas, declaréle mi voluntad a la muchacha, y ella me oyó contentísima, diciéndome mil lisonjas.

QUEVEDO, Francisco de, *La vida del buscón llamado don Pablos*, Madrid, Salvar, 1969, III, cap. V, pág. 147.

<sup>132</sup> *Idem*.

Las mismas ansias de riqueza que las movían a preparar trazas y cautelas eran las que podían hacerlas caer en la trampa, aunque, el que la tendiese tuviera que ser el mismísimo y sagaz buscón don Pablos.

#### b) Astucias y engaños.

Una ocasión muy oportuna para que esas damas que perseguían alguna *donación* con medios más sutiles que ortodoxos ejercitasen sus probadas habilidades era, sin duda, la que ofrecían las ferias y mercados, cuyos puestos constituían un verdadero muestrario de posibles regalos que un caballero difícilmente podría negar si le eran solicitados con la suficiente pericia. Vivísima muestra de ello nos presenta la primera escena de *Las ferias de Madrid*. Leemos bien a las claras los irrefrenables y codiciosos deseos de la mujer:

*¡Qué hermoso manteo aquél!  
¡A fe que hiciera por él  
cualquier bellaquería!<sup>133</sup>.*

Y también el *desamparo* en el que se ven los solicitados varones:

*¿No veis? Que sale el pajecillo, el ama,  
la vecina, la deuda, hermana o prima  
con quien ha de cobrarse nueva fama.  
Y que como a las tales no lastima  
el regalo que hacéis a la parienta,  
y cada cual el interés estima,  
si no las contentáis, está la cuenta  
tan en la mano y la ocasión tan cierta,  
que habéis de veros en notable afrenta.  
Luego, la moza que os abrió la puerta,  
os la cierra con mil inconvenientes  
y en todo un año no la halláis abierta<sup>134</sup>.*

En esa situación, el caballero se pregunta:

*Si mi dama quiere alguna gala,*

---

<sup>133</sup> LOPE DE VEGA, *Las Ferias de Madrid*, I, vv. 212-214.

<sup>134</sup> *Ibidem*, I, vv. 104-115.

*para dársela yo, ¿qué es de importancia  
que lo mande la feria?*<sup>135</sup>.

De nuevo, la maestría fresca y viva de Lope nos presentará todo un catálogo de este tipo de mujeres *pescadoras*, como él las llama. Describe su comportamiento, los hombres a los que encaminan sus intentos y las ganancias que "pescan". Aunque larga, es interesante la cita, de un autor, además, que no suele ser tenido por demasiado duro ni irónico con la mujer en sus obras -tampoco en su vida, bien es cierto-<sup>136</sup>.

Terminaremos este apartado con algunas de las sátiras más atinadas de Quevedo, que pinta mujeres que empobrecen a quienes las pretenden, dispuestas a tomar siempre lo que la ocasión les ofrece:

*Alguno vi yo triunfar,  
que ya, por cierta doncella,  
de andar sin parar tras ella,  
no tiene tras qué parar.  
Cuando en cueros pensó hallar  
a su dama por dineros,  
a sí propio se halló en cueros  
robado de su hermosura*<sup>137</sup>.

*La morena que yo adoro  
y más que a mi vida quiero,  
en verano toma el acero  
y en todos tiempos el oro*<sup>138</sup>.

*Nunca vi damas ingratas  
a su gusto y afición;  
que a las caras de un doblón  
hacen sus caras baratas;  
y pues las hace bravatas  
desde una bolsa de cuero,  
poderoso caballero*

---

<sup>135</sup> *Ibidem*, I, vv. 83-85.

<sup>136</sup> LOPE DE VEGA, *El villano en su rincón*, I, esc. III. Lo reproducimos en el apéndice III.

<sup>137</sup> QUEVEDO, Francisco de, *Poemas escogidos*, nº 142, vv. 37-44, págs. 218.

<sup>138</sup> *Ibidem*, nº 145, pág. 224.

*es don Dinero*<sup>139</sup>.

### 2.3. Su condición mudable.

Otro tópico misógino era el del carácter de la mujer: desagradecido, voluble, ligero, lloroso, mentiroso...; que está en el origen de la incomprensión socarrona, del "no hay quien entienda a las mujeres", dado que su comportamiento es caprichoso y no se atiene a ninguna lógica.

Podemos encontrar, a pocos textos que leámos, cómo la mujer es ingrata:

*La patria me desatina;  
mucho parece mujer  
en que lo propio desprecia  
y de lo ajeno se agrada*<sup>140</sup>.

Es inconstante:

*tan poca firmeza alcanza,  
que hay de mujer a mudanza  
lo que de hacer a decir*<sup>141</sup>.

*Ya no hay cosa que me espante,  
que la mujer más constante  
es, en efeto, mujer*<sup>142</sup>.

Caprichosa y voluble:

*que hay mujeres de modo  
que aunque no han de querer, lo quieren todo  
porque otras no lo quieran,  
y luego que rindieron lo que esperan*

---

<sup>139</sup> *Ibidem*, nº 148, vv. 67-74, págs. 231-232.

<sup>140</sup> LOPE DE VEGA, *El caballero de Olmedo*, III, pág. 91.

<sup>141</sup> *Ibidem*, II, pág. 70.

<sup>142</sup> TIRSO DE MOLINA, *El burlador de Sevilla*, Madrid, Orbis, 1983, pág. 31.



*vuelven a estar más tibias y olvidadas*<sup>143</sup>.

**Ligera:**

*¡Ah, pobre honor! Si eres alma  
dél [hombre], ¿por qué te dejan  
en la mujer inconstante  
si es la misma ligereza*<sup>144</sup>.

**Llorosa:**

*Mira que es mujer y llora;  
que es ser dos veces mujer*<sup>145</sup>.

Y, por supuesto, **mentirosa:**

*Pero en vano sus desvelos,  
que Amor no cumple lo que juran celos;  
y tanto puede una mujer que llora,  
que vienen a reñirla y enamora,  
creyendo el que ama en sus celosas iras  
por una lagrimilla mil mentiras*<sup>146</sup>.

*Que si las luces de los ojos miras,  
basta ser niñas para ser mentiras*<sup>147</sup>.

Zabaleta resulta mucho más explícito a este último respecto y no lo hace por chascarrillo, sino desde la convicción de que resulta imposible creerlas por su escasa capacidad intelectual que no les

---

<sup>143</sup> LOPE DE VEGA, *La Gatomaquia*, Madrid, Clásicos Castalia, 1983, pág. 121.

<sup>144</sup> TIRSO DE MOLINA, *El burlador de Sevilla*, I, págs. 23-24.

<sup>145</sup> CALDERON DE LA BARCA, *La niña de Gómez Arias*, Valencia, Estudios de Hispanófila, 1974, III, pág. 159.

<sup>146</sup> LOPE DE VEGA, *La Gatomaquia*, silva 2ª, vv. 122-127, pág. 105.

Claro que, para ser justos, Lope en esta misma obra alabará la hermosura de la mujer que llora:

*que la mujer hermosa,  
cuando baña la rosa  
de las mejillas con el tierno llanto,  
aumenta la hermosura,  
si no da voces y en el llanto dura.*

[Silva 6ª, vv. 110-114, pág. 196]

<sup>147</sup> *Ibidem*, silva 2ª, vv. 337-338, pág. 119.

permite discernir lo verdadero y les hace dar crédito a cualquier cosa que escuchen y por su natural que las lleva a engañar bien por pasión, bien por falsedad<sup>148</sup>.

La misma intención ponía en sus palabras Remiro de Navarra, quien ya vimos que dedicaba sus *Peligros* a las mujeres y decía: *tendré suficientísima disculpa si saliere la obra falsa, porque lo es el fundamento*<sup>149</sup>.

#### 2.4. Adornos, afeites, modas.

Tanto el uso de maquillajes y cosméticos como el de galas excesivas -sobre todo siguiendo los usos de la moda, a veces más chocantes que favorecedores- eran algunas de las costumbres más ácidamente criticadas y contra las que los escritores empleaban más a fondo sus plumas severas o sarcásticas. Entre los primeros, fray Hernando de Talavera, en su conocido *Tratado de vestir y calzar*, quien escribía:

*Y si es doncella y se afeita por cobrar marido, no la sabría escusar; porque lo hace en perjuicio de aquel al cual quiere engañar, ca seyendo fea, se le vende por hermosa; pero ni tampoco la oso condenar... Fingiendo con los chapines la altura que no tiene con gran sobervia de parecer grande la que es pequeña; mayormente como Nuestra Señora haya querido que las mujeres sean comúnmente pequeñas de cuerpo e menores que los varones, porque por*

---

<sup>148</sup> ZABALETA, Juan de, *op. cit.*, "Por la tarde", XII, pág. 470.

A las mujeres no se les ha de creer nada, o errará innumerables veces el hombre que las creyere. Engañanse fácilmente, y engañan naturalmente. Por cualquiera de estas dos causas están siempre engañando. Jamás tienen la credulidad cerrada, cuantas cosas oyen las abraran como verdad, las afirman como si lo fueran. En ningún corazón hacen tanta presa las pasiones como en el suyo, casi siempre hablan con pasión. La verdad y las pasiones no tienen comercio. Cuando hablan sin credulidad y sin pasión, hablan con su propensión. La cosa de que menos ha de usar la prudencia es de la lengua de las mujeres.

<sup>149</sup> REMIRO DE NAVARRA, Baptista, *op. cit.*, pág. 13.

*ellos han de ser regidas como por mayores*<sup>150</sup>.

Las acusa, pues, el fraile de engañosas y soberbias por querer fingir más de lo que son<sup>151</sup>. Continuando con la censura rigurosa de estos hábitos femeninos, será de nuevo Zabaleta el que se mostrase implacable:

*Peor que las letras en el rostro del esclavo está el florido adorno en las mujeres. Las letras publican al esclavo fugitivo, pero le enmiendan. La demasiada gala publica a una mujer ligera, y la hace más ligera.[...] La mujer adornada mucho es de muchos apetecida, con que se empeora la fortuna de su alma. Y siendo así que el adorno grande en las mujeres hace una nota en su honra y un riesgo muy esforzado para su conciencia, hay innumerables mujeres que ansiadamente le solicitan*<sup>152</sup>.

#### a) Afeites.

Una idea de la consideración que en la época se tenía de los **afeites** nos la da muy bien la definición que de ellos podemos encontrar

---

<sup>150</sup>TALAVERA, fray Hernando de, *Tratado de vestir y calzar*, Madrid, B.A.E., tomo XVI, cap. XXIII, pág. 176.

<sup>151</sup>Esa relación entre su condición falsa y los afeites la resume muy bien Tirso:

*Sois mudables: ¿qué queréis,  
si en señal deso os ponéis  
en la cara tantas mudas?*

TIRSO DE MOLINA, *El vergonzoso en palacio*, Madrid, Orbis, 1983, I, esc. IV.

<sup>152</sup>ZABALETA, Juan de, *op. cit.*, "Por la tarde", cap. VII, pág. 400.

en Cobarruvias<sup>153</sup>, insistiendo también en ese carácter de fraude, de tratar de aparentar lo que no se es, intentando volver blanca la piel femenina y es que, de siempre, por razones históricas y raciales, el color moreno en las mujeres era despreciado, mientras que, en cambio, el ideal era lo blanco, lo rubio<sup>154</sup>. Opinión que el autor refuerza si acudimos a su voz *veneno*, donde escribe:

*VENENO. Cerca de los latinos se toma algunas veces por el afeyte de las mugeres, y con mucha propiedad pues en efeto lo es, especialmente el solimán, que de suyo es mortífero y es veneno para la mesma que se lo pone porque le gasta la tez del rostro y le daña la dentadura. Es veneno para el galán necio, que mirándola de lexos se persuade a que el color blanco y roxo le es natural, y atraído con esta añagaça cae en la red. Es veneno para el pobre marido, que ha de juntar su cara con la carátula de su muger<sup>155</sup>.*

Es decir en su misma definición era considerado ya como un instrumento de la vanidad, falsedad e hipocresía de las mujeres, incluso como algo contranatura, opuesto a la voluntad divina por pretender modificar el aspecto que el Creador quiso que tuvieran. La mayoría de las críticas *serias* discurrían por esos cauces morales, advirtiendo también de la maldad intrínseca que entrañaba el hecho de que se

---

<sup>153</sup>COVARRUBIAS, voz "Afeite":

*AFEITE. El adereço que se pone a alguna cosa para que parezca bien, y particularmente el que las mugeres se ponen en la cara, manos y pechos, para parecer blancas y roxas, aunque sean negras y descoloridas, desmintiendo a la naturaleza y, queriendo salir con lo imposible, se pretenden mudar el pellejo [...]. Es vana pretensión por más diligencias que hagan y, pensando engañar, se engañan, porque es cosa muy conocida y aborrecida, especialmente que el afeite causa un mal olor y pone asco; y al cabo es ocasión de que las afeitadas se hagan en breve tiempo viejas, pues el afeite les come el lustre de la cara y causa arrugas en ella, destruye los dientes y engendra un mal olor de boca. Es una mentira muy conocida y una hipocresía mal dissimulada...*

<sup>154</sup>Hasta no hace mucho las mujeres de cierto status social, sobre todo en Andalucía, se guardaban del sol para evitar *ponerse morenas*, como lo estaban las campesinas o criadas; prevención bien distinta de la costumbre actual, más igualitaria, en la que la distinción de clase se establece no por el tono de la piel, sino por el origen del bronceado en las estaciones en que los estratos más humildes no pueden acceder a playas lejanas, a medios artificiales o al esquí en busca del bronceado como distinción socioeconómica.

<sup>155</sup>*Ibidem*, voz "veneno".

aderezasen para atraer a los hombres, lo que sin duda acarrearía la perdición de ambos. Por contra, las alusiones satíricas a este tema se centraron más bien en la ridiculez de quienes intentaban aparentar lo que no eran y en lo inútil que, a menudo, resultaban las pretensiones de restaurar rostros ya evidentemente en ruina.

Una vez más, fue Quevedo quien más se recreó en la sátira, siendo numerosísimos sus textos sobre el tema, algunos de los cuáles son ciertamente buena muestra de su ingenio literario y de su habilidad para jugar con el lenguaje; precisamente esa es su aportación: recoger tópicos de la calle, de la literatura y el teatro y hasta de moralistas, y convertirlos con su estilo en dardos afilados y preciosos.

En primer lugar, veámos algunos de esos denostados afeites:

*Dijo cierto unto,  
pisando unas orzas:  
"Presto seré cara;  
guarda, no me rompas".  
"Tente (me gritaban  
polvillos en conchas),  
que para ser manos  
los dedos nos sobran".  
La tizne decía:  
"Seré cejas toda";  
y la borra: "Piernas";  
la cerilla: "Bocas"<sup>156</sup>.*

Quizá el más citado de todos ellos sea el **solimán**. Se trata de un sublimado corrosivo, más concretamente de bicloruro de mercurio sublimado, con el que se preparaba un afeite utilizado para quitar las manchas del rostro<sup>157</sup>.

---

<sup>156</sup>QUEVEDO, Francisco de, *Poemas escogidos*, "Refiere un suceso suyo, donde se contiene algo del *Mundo por de dentro*. Romance", vv. 117-128, pág. 337.

<sup>157</sup>Según el doctor Laguna "tiene tanta excelencia que las mujeres que a menudo con él se afeitan, aunque sean de pocos años, presto se tornan viejas, con unos gestillos de monas arrugados y consumidos... Aplicado al rostro extirpa las señales y manchas dél; empero juntamente deseca y consume la carne súbdita". DIOSCORIDES ANARZABEO, Pedacio, *Acerca de la materia medicinal y de*

Leámos ahora cómo se arreglaban y componían con ellos las damas. Comparemos cómo describe esa "ceremonia" Zabaleta y cómo lo hace Quevedo. El costumbrista, después de pintar el aspecto desolador de las mujeres al levantarse, despeinadas o sin pelo, descoloridas, el rostro apagado y hasta *el aliento pesado*, se maravilla de la transformación:

*Pues, válgame Dios, ¿qué encanto es éste? A las once del día, todas las señas tiene de rosa. Váyase tras de ella en saliendo de la cama y verá el encanto. Sale en enaguas y justillo, vase al sitio determinado para la reformation, siéntase en una almohada pequeña, arrímale la criada un espejo hendido a un taburete bajo, abre ella una arquilla que tiene a la mano derecha, y saca de ella más aderezos de engañar los ojos que un jugador de manos de la bolsa ceñida. ¡Paciencia de Dios, y las maldades que se pone en aquella cara! Mientras ella se está traspintando por delante, la está blanqueando por detrás las espaldas la criada, que, arrollando el justillo hacia las sangraduras, lo permite. Esta es tarea larga y trabajosa, yo pienso que ha de venir a parar en albañiles.*

*Acabado este negocio, se encargan ambas de la provincia de la cabeza. Una peina por delante y otra por detrás, correspondense ambos gobiernos, y queda el pelo muy bien ordenado. Si las mujeres supieran gobernar sus pensamientos como su cabello, fueran las mejores cabezas de el mundo. Remata esta obra una lazada de colonia de color alegre, y remátala con agrado. Ya este demonio ha tomado forma de ángel de luz, y son tan bobos los hombres que, sabiendo que todas almacenan demonios, se dejan engañar de la luz mentirosa que se aplican<sup>158</sup>.*

Quevedo hace ese tipo de descripciones en varias ocasiones, coincidiendo bastante con las palabras de Zabaleta, que se muestra más ingenioso en el pasado párrafo -con una cierta *frivolidad* que descubre, en cierto modo, lo tópico y obligado del discurso. Así, podemos leer el mismo "milagro" que se opera por las mañanas en el tocador de las damas:

---

*Los venenos mortíferos*, trad. del Dr. Andrés LAGUNA, Repr. facs. de la ed. de 1566, Madrid, Instituto de España, 1968, libro V, cap. 69, pág. 542, nota a "Del azogue", cit. en LOPE DE VEGA, *La Gatomaquia*, ed. cit. de Celina Sabor de Cortázar, pág. 154, nota al v. 172.

<sup>158</sup>ZABALETA, Juan de, *op. cit.*, "Por la tarde", cap. VII, págs. 403-404.

*¿Viste esa visión, que, acostándose fea, se hizo esta mañana hermosa ella misma y hace extremos grandes? Pues sábetelo que las mujeres lo primero que se visten, en despertándose, es una cara, una garganta y unas manos, y luego las sayas. Todo cuanto ves en ellas es tienda y no natural. ¿Ves el cabello? Pues comprado es y no criado. Las cejas tienen más de ahumadas que de negras; y si como se hacen cejas se hicieran las narices, no las tuvieran. Los dientes que ves y la boca era, de puro negra, un tintero, y a puros polvos se ha hecho salvadera. La cera de los oídos se ha pasado a los labios, y cada uno es una candelilla. ¿Las manos? Pues lo que parece blanco es untado<sup>159</sup>.*

Quevedo -que se recrea en una muestra tan evidente de la superchería y disimulo de la mujer- describe también cómo era ese ritual en el caso de una casada rica:

*... cubría con hopalandas de solimán unas arrugas jaspeadas de pecas; jalvegaba, como puerta de alojería, lo rancio de la tez; estíbale guisando las cejas con humo, como chorizos, acompañaba lo mortecino de los labios con munición de linternas a poder de cerillas; iluminábase, con vergüenza postiza, con dedadas de salserilla de color. Asistíala, como asesor de cachivaches, una dueña, calavera confitada en untos: estaba de rodillas sobre sus chapines con un moñazo imperial en las dos manos y a su lado una doncellita platicanta de botes, con unas costillas de borrenes para que su ama aplanase las concavidades que la resultaban de un par de gibas que la trompicaban el talle<sup>160</sup>.*

El autor de *El buscón* concluía, naturalmente, que tanto artificio sólo servía de engaño para los hombres, quienes no sabían cómo era en

---

<sup>159</sup>QUEVEDO, Francisco de, *Sueños y discursos*, "El mundo por de dentro", pág. 179. Otro ejemplo del mismo autor:

- Y veo una muchedumbre de mujeres, unas tomándose puntos en las caras, otras haciéndose de nuevo, porque ni la estatura con los chapines, ni la ceja con el cohó, ni el cabello con la tinta, ni el cuerpo con la ropa, ni las manos con la muda, ni la cara con el afeite, ni los labios con la color, eran los con que nacieron ellas. Y vi algunas poblando sus calvas con cabellos que eran suyos sólo porque los habían comprado. Otra vi que tenía su media cara en las manos, en los botes de unto y en la color. - Y no queráis más de las invenciones de las mujeres -dijo un diablo-; que hasta resplandor tienen sin ser soles ni estrellas. Las más duermen con una cara y se levantan con otra al estrado, y duermen con unos cabellos y amanecen con otros. Muchas veces pensáis que soráis la mujer de otro y no pasáis el adulterio de la cáscara. Mirad cómo consultan con el espejo sus caras. Éstas son las que se condenan solamente por hacerse buenas siendo malas. *Ibidem*, "Sueño del Infierno", págs. 132-133.

<sup>160</sup>QUEVEDO, Francisco, *La hora de todos y la Fortuna con seso*, págs. 83-84.

realidad la mujer a la quizá admiraban:

*Dígame que nuestros sentidos están en ayunas de lo que es mujer y ahitos de lo que le parece. Si la besas, te embarras los labios; si la abrazas, aprietas tablillas y abollas cartones; si la acuestas contigo, la mitad dejas debajo la cama en los chapines; si la pretendes, te cansas; si la alcanzas, te embarazas; si la sustentas, te empobreces; si la dejas, te persigue; si la quieres, te deja. Dame a entender de qué modo es buena...<sup>161</sup>.*

Valgan estos textos como muestra de la censura y sátira que de un modo abundantísimo podemos encontrar en nuestra Literatura sobre el abuso de los cosméticos<sup>162</sup>.

#### b) Modas.

En cuanto a las modas, por supuesto, se condenan las extravagancias a las que lleva seguir los gustos imperantes en el vestir y, más aún si éstos venían de fuera de España. Es, precisamente, la moda francesa la que sufre más ataques y, de un modo especialísimo, el uso del guardainfante.

Polilla, el gracioso de *El desdén con el desdén*, ve así lo superfluo y engañoso de tales modas:

*Mira, éstas son como el cardo  
que el hortelano advertido  
le deja las pencas malas,  
que aunque no son de servicio  
abultan para venderle;  
pero después de vendido,  
sólo se come el cogollo;  
pues las damas son lo mismo:  
lo que se come es aquesto;*

---

<sup>161</sup>QUEVEDO, Francisco de, *Sueños y discursos*, "El mundo por de dentro", pág. 180.

<sup>162</sup>Sin salir de las obras de Quevedo citadas, podemos encontrar nuevas alusiones en *Sueños y Discursos*, "La culta latiniparla", págs. 140-141., *La hora de todos y la Fortuna con seso*, III, pág. 73, *Poemas escogidos*, nº 163, vv. 57-61, pág. 275, nº 165, vv. 73-76, pág. 282.



*que el moño y el artificio  
de las faldas son las pencas,  
que se echan a los borricos*<sup>163</sup>.

Lo cierto es que el **guardainfante**<sup>164</sup> era un pretexto casi perfecto para atacar a la mujer, reunía numerosos posibles vicios o flaquezas femeninos: en primer lugar, era una moda extranjera y, además, francesa -Castillo lo refleja bien al decir que sólo falta a las mujeres llamarse *madamas* para ser francesas del todo-; en un momento de especial y evidente sensibilidad nacionalista -acentuada por la conciencia de crisis-, abandonar los atuendos tradicionales castellanos y cortesanos podía parecer una suerte de traición a aquéllos que clamaban en los papeles por una regeneración nacional. Es también una desviación de la característica -y, sobre todo, tópica- austeridad patria y, por tanto, censurable como un síntoma más de unas costumbres que se percibían como licenciosas o, al menos, como frívolas. En ese sentido moral, se reprobaba una actitud falsa y *fraudulenta* hacia el varón, posible víctima de tan vistoso "reclamo" que, a menudo, sustituiría las formas que no existían o cubriría los excesos anatómicos de sus portadoras, cuando no se mencionaba también su utilidad para encubrir las consecuencias de otro tipo de excesos que se pretenden ocultar -al amparo de vestimenta de nombre sin duda oportunísimo.

Como hemos venido reiterando, la intencionalidad más obvia de estos escritores no era otra que descubrir -tras tanto artificio inútil- la presunción y ostentación de la mujer, de la que se ocuparon también -como lo haremos nosotros a continuación- más explícitamente.

---

<sup>163</sup>MORETO, Agustín, *El desdén con el desdén*, II, esc. IX.

<sup>164</sup>Armazón que se ponían antiguamente las mujeres alrededor de la cintura y debajo de la falda para ahuecar ésta (María MOLINER).

## 2.5. La vanidad.

### a) Atributo esencial.

Considerada atributo inseparable de la mujer; *no hay mujer, por humilde que sea, que, si ha nacido con razonable cara, no tenga por ella alguna vanidad que la dé presunción*<sup>165</sup>. La vanidad podía mostrar dos caras: la altivez y la coquetería. De la primera nos da una buena muestra Remiro de Navarra:

*Describo el natural de una dama vana, no la diré vacía, pues lo están muy pocas; amanece con aspecto desdeñoso, y es razón de estado de una mujer vana; si la miran, mostrar semblante grave que ellas llamen riguroso y, en vez de afectar la gravedad o la serenidad de las señoras y hacer cocos, dicen ser castigo de quien persevera en mirar sus beldades*<sup>166</sup>.

No obstante, era mucho más frecuentemente fustigada la coquetería de quienes sabían mostrarse y recatarse con la maestría precisa para atraer la atención:

*Venía una mujer hermosa trayéndose de paso los ojos que la miraban y dejando los corazones llenos de deseos. Iba ella con artificioso descuido escondiendo el rostro a los que le habían visto y descubriéndole a los que estaban divertidos. Tal vez se mostraba por velo, tal vez por tejadillo. Ya daba un relámpago de cara con un bamboleo de manto, ya se hacía brújula mostrando un ojo sólo, ya tapada de medio lado, desabría un tarazón de mejilla...*<sup>167</sup>.

---

<sup>165</sup>CASTILLO SOLORIZANO, Alonso del, *Las aventuras del bachiller Trapaza*, I, pág. 18.

<sup>166</sup>REMIRO DE NAVARRA, Baptista, *op. cit.*, pág. 16. A continuación refiere varias anécdotas y situaciones que ilustran bien ese comportamiento basado en la apariencia y el fingido desdén.

<sup>167</sup>QUEVEDO, Francisco de, *Sueños y discursos*, "El mundo por de dentro", pág. 178.

Incluso, aunque su buena presencia permitiese un cierto lucimiento, se desaprobaba también esa fatuidad. Así, Quevedo se burlaba asegurando que cualquier posible lindeza femenina quedaba empañada por el fastidio de su excesiva exhibición

*Ninguna mujer que tuviere buenos ojos y buena boca y buenas manos puede ser hermosa ni dejar de ser una pantasma, porque, en preciándose de ojos, tanto los duerme, y los arrulla, y los eleva, y los mece, y los flecha, que no hay diablo que la pueda sufrir.*

*Si tiene buenas manos, tanto las esgrime y las galopea por el tocado, tecleando de araña el pelo y haciendo corvetas con los dedos por lo más fragoso del moño, que amohinará a los difuntos. Pues considérame la de buenos dientes, arrezagados los labios, con todas las muelas y dientes desenvainados y en puribus los colmillos, muy preciada de regaño de mastín y a pique del alma condenada...<sup>168</sup>.*

#### **b) Las viejas niñas y melindrosas.**

Pero, sin duda, las mujeres maduras y viejas que trataban de ocultar su edad y presumían como mozas eran blanco predilecto de todo tipo de sátiras. La prevención contra las viejas era, por otra parte, algo general, común en refranes, proverbios y coplas, como -una vez más- recoge Cobarruvias

**VIEJA.** *La muger anciana. Proverbio: "Vieja barbuda, de lexos la saluda"; aludiendo a que suelen ahogar los*

---

<sup>168</sup>QUEVEDO, Francisco de, *Obras Festivas*, Madrid, Clásicos Castalia, 1981, "Libro de todas las cosas y otras muchas más con la aguja de navegar cultos", pág. 117. También en *El buscón* expresa opiniones parecidas

.....preciábase de manos y, por enseñarlas, siempre despablaba las velas, partía la comida en la mesa, en la iglesia siempre tenía puestas las manos, por las calles iba enseñando siempre cuál casa era de uno y cuál de otro; en el estrado, de continuo tenía un alfiler que prender en el tocado; si se jugaba a algún juego, era siempre el de pipirigaña, por ser cosa de mostrar manos. Hacía que boisteraba, adrede, sin tener gana, por mostrar los dientes y hacer cruces en la boca. Al fin, toda la casa tenía ya tan manoseada, que enfadaba ya a sus mismos padres; QUEVEDO, Francisco de, *La vida del buscón llamado don Pablos*, III, cap.V, pág. 145.

niños<sup>169</sup>.

Su vanagloria las llevaba a figurarse dignas de cualquier requiebro amoroso confiadas en una hermosura y lozanía que ya perdieron, porque, en efecto

*...no hay maestra<sup>(\*)</sup> mejor  
que decirle que la quiero,  
que es el remedio primero  
para una mujer mayor;  
que con dos razones tiernas  
de amores y voluntad,  
presumen de mocedad,  
y piensan que son eternas<sup>170</sup>.*

Y es que *no hay mujer, por vieja que sea, que tenga tantos años como presunción<sup>171</sup>*. De ese modo, las mujeres de edad se componían y afeitaban en pos de una mejor y más atractiva -más engañosa también, claro- presencia<sup>172</sup>. Su propósito último era aparentar menos años, una mocedad ya más lejana de lo que quisieran, siguiendo modas y empleando *venenos* cosméticos que -siempre según los autores que comentamos- no les correspondían o que incluso las hacían aparecer ridículas. Lope censuraba, quizá en un tono más duro del que en él era habitual, a las mujeres maduras que no llevaban tocas, atribuyendo también la nefasta invención de esta costumbre a la moda francesa; el episodio, aunque largo, no tiene desperdicio:

*Han inventado los diablos  
acá en Francia un uso nuevo,  
de andar la mujer sin toca...*

---

<sup>169</sup>COBARRUVIAS, Sebastián, *op. cit.*, voz "vieja".

<sup>170</sup>LOPE DE VEGA, *El caballero de Olmedo*, III, págs. 93-94.

<sup>(\*)</sup>Llave *maestra*.

<sup>171</sup>QUEVEDO, Francisco de, *La vida del buscón llamado don Pablos*, III, cap. VI, pág. 154.

<sup>172</sup>Ver, por ejemplo, el soneto de QUEVEDO "Vieja verde, compuesta y afeitada", en *Poemas escogidos*, nº 128, pág. 202.

- No debe de haber espejos.  
 Las niñas pasen, son niñas;  
 pero unos sátiros viejos,  
 que descubren más orejas  
 caídas que burro enfermo;  
 y otras que van por las calles  
 mostrando tanto pescuezo,  
 y las cuerdas cuando hablan  
 parecen fuelles de herrero;  
 y otras con mil costurones  
 de solimán mal cubierto;  
 y otras que el pescuezo muestran  
 como cortezas de queso,  
 ¿por qué han de dejar las tocas?  
 - Por parecer niñas.

- ;Bueno!  
 Como se cuentan los años  
 por el discurso del tiempo,  
 ya se han de contar en Francia  
 por arrugas de pescuezos.  
 La honestidad de la dama  
 está en las tocas y velos:  
 allí sí que juega el aire  
 bullicioso y lisonjero<sup>173</sup>.

El disimulo de los años era una provocación irrefrenable para la pluma de Quevedo que se desboca repetidas veces en ridiculizarlo incluso con saña, como cuando escribe

*Unas viejas en duda que se usan, que se toman de los años como del vino y andan diciendo que la falta de dientes es corrimiento, y que las arrugas son herencia, y las canas disgustos, y los achaques pegados, y por no parecer huérfanas de la edad llaman mal de madre el que es mal de agüela...*<sup>174</sup>.

Así él mismo encarecía, por ejemplo, los años de una de esas "viejas niñas", de uno de esos sátiros viejos de los que hablaba Lope<sup>175</sup>.

---

<sup>173</sup>LOPE DE VEGA, *El villano en su rincón*, II, esc. VII.

<sup>174</sup>QUEVEDO, Francisco de, *Obras festivas*, "Libro de todas las cosas y otras muchas más, con la aguja de navegar cultos", pág. 119.

<sup>175</sup>QUEVEDO, Francisco de, *Poemas escogidos*, nº 113, págs. 187-188:

*"Antes que el repelón" eso fue antaño:  
 ras con ras de Cain; o, por lo menos,  
 la quijada que cuentan los morenos  
 y ella, fueron quijadas en un año.  
 Secula seculorum es tamaño*

Del comportamiento de esas mismas mujeres opinaba Castillo, por su parte, que era ridículo y que, aunque pretendan otra cosa, sólo podía mover a risa a quienes lo observaban, puesto que era locura querer representar lo que no se es:

*Quiso, pues, nuestra anciana ponerse muy bizarra aquel día, sin mirar a la edad que tenía, culpa en que delinquen muchas mujeres viejas que no se conocen que lo son, y así se atreven a traer lo que las niñas, para dar motivo de risa al pueblo, que lo es el mayor ver a un viejo loco<sup>176</sup>.*

Y su mismo afán por tomar una apariencia impropia las llevaba no sólo a tomar hábitos que desmintieran sus años, sino también a adoptar comportamientos casi adolescentes. Ese era el caso de la *vieja melindrosa* de la que se reía el mismo Castillo Solórzano:

*Tenía doña Brianda una dueña en su servicio, de ancianidad, la cual tenía los mismos melindres que si fuera de quince años, de manera que para hacer reír a sus amigas en las visitas, contaba doña Brianda melindres suyos graciosísimos. A ésta (que tenía pocos menos años que Sara) le dio unas calenturas de haber comido unos almendruco majados, porque enteros no tenía dientes para poderlos mascar ni muelas tampoco. Pues como el más eficaz remedio para este mal sea una ayuda, ordenósele el médico que la curaba, prevínose el cocimiento, y puesta la que la había de echar de posta con el jeringante instrumento, ella hizo tantos melindres rehusando recibirle, que hizo reír a*

---

*muy niño, y el diluvio, con sus truenos;  
ella y la sierpe son ni más ni menos;  
y el rey que dicen que rabió, es hogaño.  
No había a la estaca preferido el clavo,  
ni las dueñas usado cenojiles<sup>(\*)</sup>;  
es más vieja que "Préstame un ochavo".  
Seis mil años les lleva a los candiles;  
y si cuenta su edad de cabo a cabo,  
puede el guarismo andarse a buscar miles.*

(\*) Cenojiles: la cinta con que se ata la media calça por debaxo la rodilla [...]; los de la ciudad y Corte las llaman ligas y ligagambas, que en nuestro vulgar vale atapiernas. COVARRUBIAS, voz "cenogil".

La misma actitud manifiesta el autor en *La hora de todos y la Fortuna con seso*, XIV, págs. 88-89.

<sup>176</sup>CASTILLO SOLÓRZANO, Alonso del, *Las aventuras del bachiller Trapaza*, XIII, pág. 144.

*los circunstantes*<sup>177</sup>.

Estas imágenes misóginas o, al menos, jocosas o satíricas referidas a la mujer son abundantísimas en nuestra literatura, tanto y a veces en tonos y palabras tan similares que no podemos sino pensar en unas mismas raíces, en un mismo soporte cultural que sustentase dicha costumbre crítica -convertida en algo esperado y preciso-. Con toda probabilidad, esa procedencia estaba ligada a la tradición judeo-cristiana y a las formas de vida que el Occidente europeo desarrolló sobre esa práctica y su representación bélico-feudal. La literatura de nuestros siglos de oro tuvo manantiales populares, fuentes literarias anteriores e incluso anchos ríos de la mentalidad colectiva en los que beber esas expresiones que, por otra parte, podían ser compartidas con mayor o menor entusiasmo y convencimiento por los distintos autores.

Una vez más, hemos de advertir que, si bien el objeto de nuestro estudio es la mujer -en un intento de entender en qué valores sociales, en qué esquemas mentales y culturales se desenvolvía su vida-, no debemos caer en la trampa de ignorar que a menudo lo que la cultura barroca censura no eran las mujeres sino sus comportamientos poco morales, poco *cristianos* y, por tanto, casi poco lícitos; conductas que se reprendían también en los varones, ¿cuántos ejemplos de avaros y codiciosos no encontraremos en estos mismos autores que -demasiado aprisa- algunos tildarían de misóginos leída la anterior selección?; ¿cuántos personajes masculinos no trataban de obtener ventajas del trato con la mujer por medio de engaños y burlas?; ¿cuántos no se mostraban inconstantes e ingratos, o llorosos y fatigosos en el amor?;

---

<sup>177</sup> *Ibidem*, XII, págs. 133-136.

¿cuántos, en fin, no fueron satirizados por teñirse barba y cabellos ya canos o por *lindos* y engreídos?.

Naturalmente, esto que argumentamos no afecta a valores esenciales, básicos en el orden social y moral establecido; en la jerarquía social, el lugar de la mujer es claro y, por tanto, de un modo general, su entendimiento, su fuerza de carácter, su capacidad para discernir por sí sola el bien del mal aparecen disminuídos e inferiores a los del hombre, algo imprescindible para la justificación de la tutela a la que está sometida.

El conflicto no estalla en rebelión abierta, no hay una crítica patente y sin reservas a las normas y a su índole conceptual jerárquica -salvo rarísimas excepciones-; se acepta la teórica superioridad masculina; pero el choque se produce cuando se trata de hacer efectiva esa preeminencia teórica, cuando se intenta doblegar la voluntad femenina arguyendo, además, su propio bienestar por su ineptitud para elegir qué le conviene. Es entonces cuando la literatura se muestra beligerante y toma partido ante las distintas actitudes que adopta la mujer, como ahora explicaremos.

### **3. LA VOLUNTAD FEMENINA.-**

#### **3.1 Educación: entre la honestidad y la bachillería.**

Son copiosas las referencias a la educación femenina; referencias hechas desde las más variadas posiciones. A algunas de ellas aludimos ya y otras podían muy bien haberse tratado entre los argumentos



misóginos; sin embargo, hemos creído más oportuno incluirlas aquí de un modo más amplio, como un primer paso que, sin duda, determinará las posibles reacciones de la voluntad femenina que a continuación estudiaremos.

El modelo educativo que se propone lo hemos mencionado ya reiteradamente, basado ante todo en la honestidad y en adquirir las virtudes necesarias para llegar a ser una buena esposa, algo para lo que apenas precisaría una instrucción elemental muy limitada.

Esa formación honesta tenía su máximo exponente en el encerramiento, en alejar a las doncellas de toda ocasión de pecado, en impedir incluso que su sola visión constituyese una tentación para los galanes y un peligro, pues, para su honra<sup>178</sup>.

Con una educación elemental bastaba, puesto que *a la mujer prudente, /con saber medianamente, /le sobra la discreción*<sup>179</sup>.

Llegado el caso de tener que elegir, un hombre siempre preferiría por esposa a la ignorante antes que a la culta. Ya citamos, como ejemplo, esta opinión en el Otavio de *La dama boba*:

*Si me casara agora ...  
... ..  
de dos extremos: boba o bachillera,  
de la boba elección, sin duda, hiciera*<sup>180</sup>.

El *buscón* resulta mucho más explícito; tiene bien claro qué espera de la mujer y, por tanto, qué busca en ella:

*No sabía; pero como yo no quiero las mujeres para  
consejeras ni bufonas, sino para acostarme con ellas, y si  
son feas y discretas es lo mismo que acostarse con Aristó-*

---

<sup>178</sup>Ver LOPE DE VEGA, *Las ferias de Madrid*, III, vv. 772-775, ya citado *supra*, pág. 64.

<sup>179</sup>LOPE DE VEGA, *La dama boba*, III, esc. XVI.

<sup>180</sup>*Ibidem*, I, esc. IV.

*teles o Séneca o con un libro, procúrolas de buenas partes para el arte de las ofensas; que, cuando sea boba, harto sabe si me sabe bien*<sup>181</sup>.

La polémica surge en torno a las mujeres que muestran un afán o un interés por la cultura, por conocer más de lo que habitualmente se les ofrecía en esa "honesta educación".

Algunos autores se mostraban *sorprendentemente* comprensivos ante semejantes propósitos e inquietudes en la mujer, aunque su actitud se explica con su justificación condescendiente y enormemente machista:

*Digo que es natural a las mujeres la cobdicia del saber, porque aquella cosa es naturalmente más cobdiciada de que tenemos mayor falta. Pues como tenga comúnmente el entendimiento y la discretiva más flaca que los varones, parece no sin causa quieren suplir su defecto, el cual suple sabiendo*<sup>182</sup>.

Según esto, sería la propia inferioridad femenina, su falta de discreción y de inteligencia, lo único que justificaría un cierto aprendizaje por parte de la mujer que, de lo contrario, no sabría regirse por la razón -ni aún así les parecía probable que lo hiciera- sino por su naturaleza que, por lo demás, era más inferior y peligrosamente tendente a la sensualidad.

Y podían llegar a pensar incluso -como Zabaleta- que no sería mala la lectura, por ejemplo, si la mujer supiera hacer un uso provechoso de ella; pero *quien no sabe entresacar lo bueno mezclado con lo que no lo es, hace mezcla totalmente mala*<sup>183</sup>.

---

<sup>181</sup>QUEVEDO, Francisco de, *La vida del buscón llamado don Pablos*, III, cap. VII, pág. 158.

<sup>182</sup>TALAVERA, Fray Hernando de, *op. cit.*, pág. 60, cit, por HANRAHAN, Thomas, *op. cit.*, pág. 93.

<sup>183</sup>ZABALETA, Juan de, *op. cit.*, "Por la tarde", cap. VI, págs. 384-387.

Pero, por supuesto, la actitud más común no era ni tan siquiera la de esa "comprensión desde la superioridad", sino que, más frecuentemente, encontramos la crítica despiadada, el sarcasmo y la ironía; posiciones que destacan más también por la brillantez con que eran expuestas.

Quevedo se muestra insuperable en este terreno, en el que da una completa lección. Advierte que las mujeres comienzan a escribir poesía, pero asegura que en el mal está la penitencia, puesto que el que los hombres les hayan contagiado ese defecto es ya suficiente castigo y hasta merecida venganza:

*Habiendo considerado que esta infernal seta de hombres condenados a perpetuo concepto, despedazadores y tahúres de vocablos [los "poetas güeros"], han pegado la dicha roña de poesía a las mujeres, declaramos que nos damos por desquitados con este mal que les han hecho del que nos hicieron en Adam<sup>184</sup>.*

Sin embargo, sugeriré a las feas que su ocupación deben ser las letras y olvidarse de ese modo de cansar a los varones en los asuntos amorosos. Tras describir un espantajo en forma de mujer, aconseja:

*... cuando pida se le ha de dar audiencia y no joya; tenga cátedra y no amante; alábensele las cláusulas y las doctrinas, no el talle ni el rostro; tenga lugar en las librerías y no en las voluntades<sup>185</sup>.*

Pero cree también que la mayoría de las cultas son también feas que se dedican a las letras por no tener mejores partes. Son esas *bachilleras* que, según él, son cultas por no ser hermosas.

*Muy discretas y muy feas,  
mala cara y buen lenguaje,  
pidan catedra y no coche,  
tengan oyente y no amante.*

---

<sup>184</sup>QUEVEDO, Francisco de, *Obras festivas*, "Pregmáticas del desengaño contra los poetas güeros", pág. 94.

<sup>185</sup>*Ibidem*, "Libro de todas las cosas y otras muchas más, con la aguja de navegar cultos", pág. 118.

No las den sino atención,  
por más que pidan y garlen,  
y las joyas y el dinero  
para las tontas se guarde.  
Al que sabia y fea busca,  
el Señor se la depare:  
a malos conceptos muera,  
malos equívocos pase<sup>186</sup>.

Incluso dedicó toda una obrita a estas mujeres afectadas hasta la exageración, cuyo sólo título es ya bien explícito: *La culta latini-parla, catecismo de vocablos para instruir a las mujeres cultas y hembrílatinas*<sup>187</sup>.

La razón de fondo de esas objeciones a la instrucción femenina, el argumento supremo, lo resume Moreto, como ya mencionamos en otra ocasión,: la educación aleja a la mujer del "orden natural"<sup>188</sup>, esto es, de su posición subordinada en la familia y en la sociedad.

Así lo entendió perfectamente María de Zayas que negaba, por una parte, cualquier posible inferioridad de las mujeres, y, por otra, defendía que con la misma educación serían *tan aptas para los puestos y para las cátedras como los hombres y quizá más agudas por ser de natural más frío, por consistir en humedad el entendimiento*<sup>189</sup>. Por tanto, según esta escritora, la posición de la mujer no se debía a su incapacidad, sino a la falta de preparación y al encerramiento a los que la tenía sometida el varón.

---

<sup>186</sup>QUEVEDO, Francisco de, *Poemas escogidos*, "Burla de los eruditos de embleco que enamoran a feas cultas", nº 168, págs. 290-292.

<sup>187</sup>QUEVEDO, Francisco, *Obras festivas*, págs. 133-145.

<sup>188</sup>MORETO, Agustín, *El desdén con el desdén*, I, esc. I. Véase *supra*, pág. 65-66.

<sup>189</sup>ZAYAS Y SOTOMAYOR, María de, *Novelas amorosas y desengaños amorosos*, Madrid, Castalia, Biblioteca de Escritoras, 1989, Prólogo "Al que leyere", pág. 48.

En *El prevenido engañado*<sup>190</sup>, por ejemplo, don Fadrique tras cuatro aventuras diferentes se decidirá a evitar las mujeres *discretas* y buscar una esposa que, de puro simple, acabará deshonrándole. La moraleja es evidente: sin la educación no pueden darse ni la discreción ni la prudencia, y, desde luego, el hombre -que pone todo su empeño en evitar esa instrucción- es quien más tiene que perder al permitir que su honor descansa en quien -sin educación- puede más fácilmente llevarle al agravio.

La propuesta de Zayas no puede ser más simple, acercar a la mujer a la lectura y el estudio, de modo que ocurra como en su caso que *desta inclinación nació la noticia, de la noticia el buen gusto; y de todo hacer versos, hasta escribir estas novelas*<sup>191</sup>.

Al margen de estas encontradas opiniones acerca de la capacidad y conveniencia de que la mujer acceda a la instrucción, todos los autores están de acuerdo en la importancia determinante del ejemplo y de la educación recibida en los comportamientos, sobre todo, en la crianza que dan los padres. En cierto sentido, el demérito y el vicio pueden heredarse también -la literatura no deja lugar a dudas- como se transmiten la nobleza y la virtud. Ahora bien, esa herencia ¿es *genética* o innducida por la educación?; ¿es la sangre o el ejemplo el vehículo transmisor?. Para los portavoces de aquella sociedad es claro que sin un *linaje* virtuoso difícilmente el ejemplo o la educación pueden enderezar lo que ya nació torcido; aunque, por supuesto, pueden servir mucho al entendimiento y discreción de quien sí recibió de sus

---

<sup>190</sup>ZAYAS, María de, *Novelas ejemplares y amorosas*, Madrid, Club Internacional del Libro, 1986, págs. 65-105.

<sup>191</sup>ZAYAS, María de, *Novelas amorosas y desengaños amorosos*, prólogo "Al que leyere", pág. 49.

padres un legado de honestidad.

### 3.2. Sometimiento familiar: doncellas, casadas o viudas versus padres, hermanos o maridos.

Brevemente estudiada la actitud de los autores hacia la educación podemos, más fácilmente, entender la posición que la Literatura reserva a la mujer en el seno familiar.

Un buen punto de partida es el esquema, ya citado, que propone Marc Vitse sobre las situaciones en que la literatura nos muestra a la mujer. Entre las mujeres *en situación de dependencia real por causa de la presencia activa de los hombres*, sitúa tres figuras principales: la hija, con la que se relacionan los temas de instrucción, educación y su posición ante el matrimonio y el amor; la esposa, tanto en su relación directa con el marido como en cuanto depositaria de la honra de éste; y la madre, en su papel reproductor y educador-integrador, siempre como perpetuadora, de la especie y de los valores sociales<sup>192</sup>.

Como sostiene Pérez-Erdelyi, *la Iglesia enseñaba que dada la posición subordinada y la flaqueza moral del sexo femenino era muy importante que la mujer aprendiera a ser sumisa y obediente con el hombre*<sup>193</sup>. Por tanto, en el sometimiento de la doncella tendría un valor esencial y prioritario su, ya tan nombrada, honesta educación, a veces reducida casi en exclusiva a la reclusión, y que tanto determinará su docilidad y pasividad en su futuro estado matrimonial.

*Era creencia general -explica Oñate-, que en España*

---

<sup>192</sup>VITSE, Marc, *op. cit.*, pág. 155.

<sup>193</sup>PEREZ-ERDELYI, Mireya, *op. cit.*, pág. 17.

*llegaba a la categoría de dogma, que para conservar la virtud de las mujeres, el mejor medio era mantenerlas rigurosamente recluidas en el hogar*<sup>194</sup>.

En las novelas de María de Zayas podemos leer cómo las jóvenes casaderas eran tuteladas por los hombres de su familia que vigilaban sus salidas, censuraban sus amistades e incluso controlaban sus vidas privadas.

Es sugestivo el modo en que se nos presentan las relaciones padre-hija, sobre todo en la comedia. El nudo, el punto de encuentro decisivo entre ambos era siempre la elección de marido. Son frecuentes los enfrentamientos en este asunto (algo que ya veremos en los apartados siguientes al hablar del matrimonio y de las resistencias femeninas) y aparecen incluso padres capaces de hacer una descripción de las hijas y de sus obligaciones hacia ellas como la que sigue:

*Hijas, no en vano entristecéis la casa  
donde nacéis el desdichado día  
que el cielo por castigos os envía,  
pues que después sois fuego que la abrasa.  
Naturaleza, como anduvo escasa,  
porque lo más perfecto hacer porfía,  
imperfecciones con vosotras cría,  
corrida que le ponga el cielo tasa.  
Nombre os dio de mujeres, y sois tales  
que os hemos menester dar con dineros.  
¡Mirad lo que valéis las unas y otras!  
¡Oh viles e imperfectos animales,  
que mientras más hermosas sois más fieros!  
¡Mal haya el que el honor puso en vosotras!*  
195.

Sin embargo, en este punto encontramos también otro tipo de comportamientos que contradicen en cierto modo la imagen de una sujeción plena a un severo dominio paterno, acercando esa subordinación

---

<sup>194</sup> OÑATE, María del Pilar, *El feminismo en la literatura española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1938, pág. 117, cit. por PEREZ-ERDELYI, pág. 17.

<sup>195</sup> VELEZ DE GUEVARA, Luis, *La niña de Gómez Arias*, Valencia, Estudios de Hispanófila, 1974, II, pág. 49.

inflexible al tópico y ofreciéndonos una impresión de mayor comunicación y comprensión, de mayor calor y cariño familiar, una imagen más *normal*, en la que el matrimonio puede ser querido por la hija y aceptado por el padre. Es el caso que podemos ver en *Fuente Ovejuna*, donde Laurencia y su padre Esteban acuerdan su matrimonio de un modo absolutamente natural, lo mismo que ocurre al tratar de la dote con Frondoso, el futuro esposo<sup>196</sup>.

Aunque siempre, por supuesto, queda a salvo el reconocimiento de la autoridad paterna y también, claro, sus obligaciones para con la hija -sobre todo, la de atender a la defensa de su honor-. Así, más adelante, la misma Laurencia dirá, exigiendo venganza de su ultraje:

*que en tanto que de las bodas  
no haya llegado la noche,  
del padre, y no del marido,  
la obligación presupone*<sup>197</sup>.

La elección de marido y la posición de la esposa con respecto a él lo trataremos a continuación al referirnos al matrimonio.

Un caso peculiar lo constituyen las viudas que, contra lo que pudiera parecer, no disfrutaban de una mayor tolerancia por parte de los escritores, es más, éstos criticaron a quienes se aprovechaban de esa condición o la fingían para llevar una vida supuestamente licenciosa o simplemente más libre.

La viuda ideal era la que nos describe así Lope:

*Y diga bien de la viuda triste  
que a la oración cerró ventana y puerta,  
y al mundo y carne y diablo se resiste,  
y que si a media noche la despierta  
el otro que tañó la zarabanda,  
las manos cruza y queda medio muerta.  
... ..*

---

<sup>196</sup> LOPE DE VEGA, *Fuente Ovejuna*, II, escenas XIII y XIV.

<sup>197</sup> *Ibidem*, III, esc. III.



*Y si el otro bellaco se apresura  
en el son cosquilloso, hace mil cruces,  
y con ninguna llega a la cintura.  
Y luego de mañana, entre dos luces,  
se va a su misa y a sus randas vuelve,  
haciendo de las cuentas arcaduces,  
y así acabar la vida se resuelve.  
Y si con ira dijo ¡zape! al gato  
se va a la iglesia y del rancor se absuelve<sup>198</sup>.*

De modo que se estimaba conveniente que también las viudas sufrieran el sometimiento familiar, como la situación que Calderón nos muestra en *La dama duende*, donde don Luis y don Manuel mantenían a su hermana viuda encerrada sin permitirle apenas ser vista ni salir, y amedrentada para preservar su honor.

Se trataba así de evitar malos pasos como los que Quevedo satiriza:

*Hay viuda que, por sus pies,  
suele hacer con bizarría  
más cabalgadas un día  
que los moros en un mes;  
no son tocas las que ves,  
que, aunque traerlas profesa,  
son manteles de una mesa  
que a nadie el manjar resiste.  
Lindo chiste<sup>199</sup>.*

Era ese también un tema frecuente en la picaresca. Hanrahan habla de la viuda que, en largas tocas reverendas, servía como falsa dueña o como hábil tercera y recuerda cómo, según cuenta Cabrera, al trasladarse la Corte a Valladolid se permitió el acceso a las mujeres públicas pero no así a las viudas, con la intención, al parecer, de controlar la moralidad<sup>200</sup>.

---

<sup>198</sup>LOPE DE VEGA, *Las Fiestas de Madrid*, III, vv. 357-374.

<sup>199</sup>QUEVEDO, Francisco de, *Poemas escogidos*, "Letra satírica a diversos estados", n.º 150, vv. 10-18, pág. 234.

<sup>200</sup>HANRAHAN, Thomas, *op. cit.*, pág. 59.

### 3.3. El matrimonio: escape y suplicio.

El matrimonio era el destino *lógico* de toda doncella; para eso era educada y ese era el único modo de vivir que conocía. A él irían muchas mujeres con conformidad y hasta con indiferencia, otras lo buscarían como una salida a una estricta dependencia familiar que se les podía hacer intolerable, para encontrarse después un modo de subsistir más o menos llevadero o bien un verdadero suplicio.

De ahí la importancia que se da en la literatura a la actitud con que la mujer llegaba al matrimonio y la situación que debía soportar en su vida conyugal.

La única alternativa socialmente admitida era el convento. Entraríamos aquí en un tema muy complejo que en la literatura es utilizado quizá más como recurso que como verdadero reflejo de las causas de esas vocaciones de tan diversa índole.

Dejaremos para más adelante -al hablar de las *resistencias*- los casos en los que la elección de marido se presenta polémica, y veámos primero cómo acude al matrimonio el tipo de mujer pasiva, la que, a fin de cuentas, se propone como modelo por la mayor parte de los escritores.

En el sentido que anticipábamos, de escape, a menudo la mujer muestra inquietud por salir del ámbito opresivo de la casa paterna hacia el destino que su educación le preparaba: un matrimonio del que no sabía qué podía depararle y al que aportaba esa dote que según el Laureano de *La niña de Gómez Arias* había que dar para que alguien cargase con aquel castigo del cielo que eran las hijas. Lope, por

cierto, no se mostraba muy conforme con las prisas de las doncellas por casarse; y así se lo comentó al Duque de Sessa:

*Todo Madrid fue altares, que parecía un Jueves Santo  
aquellas noches, con muchos Sanjuanicos y Jesuses, velas y  
doncellas, ardiendo todas. ¡Mala mano de Judas que las  
mate, que tal prisa tienen por casamientos!*<sup>201</sup>.

En esta clase de situaciones, con mujeres avenidas a aceptar lo que pensaban era su destino, la elección podía ser obra del padre o del hermano sin que se produjeran protestas. Al llegar a la edad de contraer, padre e hijo podían consultar la conveniencia de buscar esposo a su hija y hermana, como ocurre en *El villano en su rincón*, cuando el padre se dirige a su hijo:

*Así, piensa (y Dios te guarde),  
un marido, si tú quieres:  
mira que ya las mujeres  
no quieren casarse tarde*<sup>202</sup>.

Pero, superada la elección de cónyuge (los casos de resistencia los veremos más adelante), ¿qué se espera del matrimonio, ¿qué condiciones debe reunir la casada?, ¿qué ocupaciones se espera que desempeñe?.

Las cualidades exigibles eran clarísimas y, una vez más, las resume a la perfección Lope como ya citamos al hablar del ideal de esposa<sup>203</sup>, eran, como siempre, honestidad, recato, humildad y, por supuesto, dedicación a los hijos y al marido, al que tenía que *servir*. Al fin y al cabo, su verdadero quehacer no debía ser otro que *estar*

---

<sup>201</sup> LOPE DE VEGA, *Cartas*, 10 "Al Duque de Sessa", Madrid, 2 julio 1611, pág. 84.

<sup>202</sup> LOPE DE VEGA, *El villano en su rincón*, III, esc. VIII.

<sup>203</sup> LOPE DE VEGA, *La dama boba*, I, esc. IV. Vid. *supra* pág. 64.

ocupada ... en el parir y el criar<sup>204</sup>.

De ese modo, abocadas al matrimonio literario ciegas y maniatadas, era fácil que los resultados no fuesen siempre exactamente una luna de miel. Podían, por ejemplo, encontrarse con que los maridos dilapidaban con otras mujeres lo que escaseaba en sus casas, siendo - dice Deleito- *frecuente el caso del esposo amancebado con su propia criada, y que llena a ésta de galas, para tener a la mujer legítima, en la misma casa, convertida en servidora de ambos*<sup>205</sup>. Solución evidentemente práctica, puesto que, además de mantenerla a su servicio, el marido evitaba tener que devolver la dote como ocurriría en caso de separación.

Si acudimos al juicio de María de Zayas sobre las bodas, nos encontramos con una transgresión de las convenciones habituales, puesto que los enlaces no eran en sus novelas el final feliz. Sólo en dos de ellas -*El imposible vencido* y *El juez de su causa*- se respetaba ese acostumbrado desenlace; en otras tres el matrimonio de las protagonistas llega tras experiencias amorosas poco satisfactorias -*La burlada Aminta*, *El desengaño amando* y *Al fin se paga todo*-. En los *Desengaños* se impondrá la huida del mundo. Varias de sus heroínas mueren trágicamente a manos de sus maridos, padres o hermanos, o son vejadas y maltratadas cruelmente. La mayoría optarán por huir del mundo, buscando

---

<sup>204</sup> *Ibidem*, III, esc. III.

<sup>205</sup> DELEITO Y PIÑUELA, José, *La mala vida en la España de Felipe IV*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, pág. 24. Así lo confirman Zabaleta y Santos, por ejemplo.

*refugio en un convento*<sup>206</sup>.

A veces, la Comedia Nueva puede mostrarnos la tragedia de la condición femenina, dominada por la autoridad del marido más allá de cualquier justicia. Puede ser el caso de *El médico de su honra*, donde Calderón nos presenta a doña Mencía como víctima honrada, honesta y virtuosa, asesinada con total impunidad por su marido don Gutierre, quedando bien patente la indefensión y desamparo de la mujer, dejando a un lado las discutibles exigencias sociales del código del honor que, más adelante, estudiaremos.

La realidad pudo muy bien inspirar este tipo de casos de la ficción, aunque, claro, no sabemos en qué proporción. Encontramos en la vida de aquellos años testimonios que así lo certifican. Desde quienes hacen que su mujer sea encerrada en la cárcel de mujeres, debido a su comportamiento excesivamente libre y a su *aspera y recia condición*, como solicitaba este portero de vara a la Sala de Alcaldes de Casa y Corte:

*Juan bazquez portero de vara desta corte digo que angela de alfaro mi muger de mucho tiempo a esta parte y sin caussa que yo para ello le de tiene y a tenido por costumbre de se yr y ausentar de mi cassa a la qual en muchos dias suele no volver demas de ser como es de aspera y recia condicion y que en horden a las sobredichas libertades exequita sus amenazas y porque yo soy hombre honrado y para conservar la dicha honra suplico a Vª A. mande que por algun tiempo sea puesta y rreclusa en la casa de la galera en que se hara a dios mas servicio y a mi muy gran merced*<sup>207</sup>.

O como hiciera en su día este Domingo de Pazos que creía que su

---

<sup>206</sup>ZAYAS, María de, *Novelas ejemplares y amorosas*, Introducción de Alegría Gallardo, pág. 24. Ver también LOPEZ-CORDON, Mª Victoria y FERNANDEZ VARGAS, Valentina, *Mujer y régimen jurídico...*", pág. 36.

<sup>207</sup>A.H.N., *Consejos, Sala de Alcaldes de Casa y Corte*, Libro de gobierno nº 1202, fol 256. 1614.

mujer había cumplido ya pena suficiente desde que fue encarcelada a petición suya

*Domingo de Paços digo que de mi consentimiento esta mi muger en la galera y para el serbiçio de dios importa que se me entregue, a V.A. pido y suplico mande al alcaide della me la entregue sobre que pido justicia. domingo de paços [al margen: damiana ordoñez, y en el vuelto nota de la Sala: entreguesele a su marido]<sup>208</sup>.*

Hasta casos en los que, efectivamente, el marido mataba a su esposa -generalmente, en defensa de su honor-, como los que aparecen en los Avisos de Barrionuevo o como éste que cita Lope, con ironía un tanto macabra, en carta a Sessa:

*Hoy me han escrito de Sevilla que don Felipe Henrique, proveedor de las flotas, dio a su mujer cinco puñaladitas, conque la enterraron a la una de la noche, sobre unos papeles que le halló de cierto canonigo; debía de ser de aquellos por quien dijo Quevedo:*

*"Las, Dios nos libre, faldas levantadas"<sup>209</sup>.*

O como el que nos cuenta Diego Duque de Estrada protagonizado por él mismo cuando mata a su prometida y a un caballero que encuentra con ella<sup>210</sup>.

Aunque, probablemente, lo más frecuente sería que el sometimiento se mostrase más en el día a día, en lo cotidiano, en la utilidad con que se valoraba cualquier posible acto de la mujer sin importar lo más mínimo el propio interés de ésta, tal como afirma sin pudor Zabaleta al negarle incluso el derecho a la amistad con otras mujeres, justificada sólo en caso de que esa relación pudiera resultar benefica a su

---

<sup>208</sup> *Ibidem*, libro 1203, fol. 324. 15 de septiembre de 1616.

<sup>209</sup> LOPE DE VEGA, *Cartas*, nº 61, Al Duque de Sessa, Madrid, 20-22 de junio de 1616, págs. 175-176.

<sup>210</sup> DUQUE DE ESTRADA, Diego, *Comentarios del desengañado de sí mismo*, Madrid, Clásicos Castalia, 1983, págs. 102-103.

marido:

*Aunque la amistad entre mujeres no suele ser de grande utilidad, puede causar utilidad grande, porque obligan en ella a sus maridos, padres, hermanos y parientes. Por eso entre ellas es la comunicación necesaria, por eso es conveniente que se visiten<sup>211</sup>.*

Ciertamente comprensiva la actitud de nuestro costumbrista.

Dadas las circunstancias, lo extraño sería que no hubiese mujeres que tuvieran mucho que decir ante matrimonios negociados al margen de su voluntad y que la literatura no reflejase esas resistencias, aunque somos bien conscientes de que el indudable valor dramático de tales situaciones sin duda exagera su frecuencia y, sobre todo, su intensidad.

De todos modos, quede constancia de que también son numerosas las opiniones masculinas no precisamente elogiosas de la institución matrimonial. Valga como muestra el parecer de un excelente conocedor de la mujer como era Lope:

*Y lo que digo acerca desos casamientos que me dice este amigo que se tratan, lo que le aconsejo que lo mire bien, que duerma sobre ello antes que sobre ella, porque es una cárcel de la libertad y una abreviatura de la vida, y quien se casa por cuatro mil, dará dentro de pocas horas cuarenta mil por no se haber casado<sup>212</sup>.*

Y es que la complejidad de la vida conyugal, las relaciones de puertas adentro, es algo que escapa a nuestros dramaturgos y novelistas -o al menos a sus intenciones artísticas- y que, por supuesto, resulta muy difícil de indagar en la documentación.

---

<sup>211</sup> ZABALETA, Juan de, *op. cit.*, "Por la tarde", cap. IV, "El estrado", pág. 349.

<sup>212</sup> LOPE DE VEGA, *Cartas*, nº 1, A un amigo de Valladolid, Toledo, 14 de agosto de 1604, pág. 69.

### 3.4. Resistencias más o menos activas.

Prácticamente la única ocasión en la que la literatura nos muestra una imagen en que la mujer trata de imponer su voluntad defendiéndose y resistiéndose a las imposiciones familiares es en el momento del matrimonio. Aparecen protagonistas que o bien rechazan al candidato a esposo elegido por los varones de su familia, o bien pretenden incluso negarse a contraer matrimonio cuando aquellos creen llegado el tiempo oportuno.

Habitualmente, y así lo apunta también Pérez-Erdelyi<sup>213</sup>, se considera a Cervantes como uno de los escritores que más a menudo se refirió al derecho de la mujer a escoger marido, condenando, por ejemplo, los matrimonios desiguales en edad. Suelen triunfar en sus obras los amores libremente elegidos como los de Dorotea y Clara en *El Quijote*, y ser castigadas las uniones impuestas como en el caso de Cañizares en *El celoso extremeño*. La historia de Leandra, en *El Quijote*, resume muy bien la actitud cervantina en esta cuestión:

*... advirtiéndole que, pues los dos éramos iguales, era bien dejar a la voluntad de su querida hija el escoger a su gusto; cosa digna de imitar de todos los padres que a sus hijos quieren poner en estado: no digo yo que los dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas, que escojan a su gusto*<sup>214</sup>.

De aceptar la opinión de Pérez-Erdelyi, en una supuesta escala de estimación en la imagen que los escritores nos ofrecen de la mujer, Cervantes estaría en el extremo más favorable (dejando a un lado,

---

<sup>213</sup>PEREZ-ERDELYI, Mireya, *op. cit.*, pág. 20.

<sup>214</sup>CERVANTES, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. I, c. LI



claro, a María de Zayas), sobre todo por su defensa de la voluntad femenina al contraer matrimonio; y en el opuesto, la novela picaresca, cargada de misoginia.

Lo cierto -al menos así lo creemos- es que Cervantes defiende los matrimonios escogidos libremente -y, por tanto, *por amor*- pero conformes a la voluntad no sólo de los contrayentes sino también del padre. Y no olvidemos que, en la cita de la historia de Leandra que se pone como ejemplo, se alaba la actitud del padre que deja escoger a su hija esposo pero, en primer lugar, se pre-establece que *los dos éramos iguales* y ambos pretendientes deben recibir el visto bueno del que esperan sea su suegro, por tanto, la voluntad filial nunca puede ir contra el orden social -cuya guarda encarna el cabeza de familia-, y, en segundo lugar, se apostilla: *no digo yo que los dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas...*, de modo que se reserva la iniciativa al padre, como encargado de *filtrar y vetar* los posibles candidatos.

¿Por qué se producen esas resistencias? Ante todo porque el matrimonio es considerado sujeción:

*Ella, en fin, por no amar ni sujetarse,  
quiere morir primero que casarse*<sup>215</sup>.

Un sometimiento al que sólo, en tales circunstancias, podría obligar la decidida autoridad paterna:

*... .. el casarme,  
señor, ha de ser lo mesmo  
que dar la garganta a un lazo  
y el corazón a un veneno,  
casarme y morir es uno;  
mas tu obediencia es primero*

---

<sup>215</sup>MORETO, Agustín, *El desdén con el desdén*, I, esc. II.

*que mi vida ...<sup>216</sup>.*

Pero incluso, a veces, la resistencia llega a oponerse a la decisión paterna, puesto que el matrimonio se ve como una amenaza insoportable:

*Con amor o sin amor,  
yo, en fin, casarme no puedo:  
con amor, porque es peligro;  
sin amor, porque no quiero<sup>217</sup>.*

Aunque, naturalmente, cuando concurren esas circunstancias, cuando la protagonista se enfrenta a la voluntad paterna su comportamiento es tachado de "altiva soberbia":

*y si tu altiva soberbia  
intenta oponerse acaso  
a mi obediencia, un convento  
te habrá de tener, en tanto  
que te resuelves. Escoge:  
o el matrimonio, o el claustro<sup>218</sup>.*

Así hablaba don Diego a su hija en *La niña de Gómez Arias*. La decisión de los padres queda, normalmente, como acertada en la comedia; eso ocurre, por ejemplo, en *La prueba de las promesas*, donde la resistencia de Blanca a aceptar como esposo a don Enrique tal como le propone su padre don Illán<sup>219</sup> se muestra equivocada al final de la obra, probándose cómo la elección paterna era atinada.

Es obvio que esa *indocilidad* puede manifestarse también contra el hermano si es éste quien concierta una posible boda. En *La Luna de la Sierra* se queja de ello Pascuala, no tanto por no querer casarse como

---

<sup>216</sup> *Ibidem*, I, esc. VI.

<sup>217</sup> *Ibidem*, I, esc. VII.

<sup>218</sup> CALDERON DE LA BARCA, Pedro, *La niña de Gómez Arias*, I, pág. 101.

<sup>219</sup> RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA, Juan, *La prueba de las promesas*, I, vv. 45-75.

porque se fuerza su voluntad al estar ella enamorada de otro hombre:

*Mi hermano en este tiempo,  
o mi veneno, ordena  
por intereses propios  
y desdichas ajenas,  
casarse con Bartola,  
una serrana necia,  
del color de su gusto,  
que son de una librea,  
hermana del alcalde  
de nuestra misma aldea;  
tronco con vida de hombre,  
necio con mucha hacienda;  
con éste, sin mi gusto,  
de casarme conierta,  
sin ver que estaba el alma  
en otro dueño atenta;  
hoy lo trató conmigo,  
y con tanta aspereza  
me obligó a que la mano  
al villano le diera,  
que, viendo en mí tan grande,  
no vista resistencia,  
dentro de un aposento  
con la llave me encierra...<sup>220</sup>.*

En definitiva, estas mujeres reivindican su derecho a elegir libremente marido, con las características o sentimientos que deseen. En *El villano en su rincón* lo leemos así de conciso:

*Yo me tengo de casar,  
por mi gusto y por mi mano,  
con un hombre cortesano,  
y no en mi propio lugar<sup>221</sup>.*

Por otra parte, en cuanto a las dimensiones verdaderas de estos problemas, la legislación canónica era clara al respecto -como ya vimos al hablar de los aspectos jurídicos- desde las normas tridentinas que regulan los esponsales; normas perfectamente admitidas por el legislador castellano que cede toda competencia matrimonial a lo establecido por la Iglesia.

---

<sup>220</sup>VELEZ DE GUEVARA, Luis, *La Luna de la Sierra*, I, vv. 361-384.

<sup>221</sup>LOPE DE VEGA, *El villano en su rincón*, I, esc. X.

Es difícil precisar cuál pudo ser la práctica más común, y no disponemos de medios directos para conocer en qué grado se violentaba o se ignoraba la voluntad de las hijas en estas determinaciones. Por un lado, resulta evidente que el carácter esencialmente contractual de los matrimonios (sobre todo, en la negociación de las cláusulas económicas -hemos visto con qué frecuencia aparecen en la literatura alusiones a la dote-) es decisivo en esos conciertos, pero -aunque el padre sea parte fundamental en los consejos y negociaciones- nada hace suponer que la mentalidad de las hijas se resistiese a ese utilitarismo que podía facilitarles una más cómoda vida de casadas; por otro, no podemos saber hasta qué punto -en una relación familiar más o menos afectiva- el ascendiente emotivo de las hijas sobre sus padres podía -suponemos que con frecuencia- evitar o superar intenciones contrarias a las suyas, sin llegar a imposiciones y actitudes más bien teatrales.

Quizá la repetición de situaciones de este tipo en la literatura es lo que ha inducido a autores como Pérez-Erdelyi a pensar en su correspondencia con la realidad. Pero si hemos de hacer caso a los matrimonios que aparecen en nuestro teatro y en nuestra novela del Siglo de Oro apenas se celebrarían en España desposorios que pudiésemos calificar de "normales", esto es, sin engaños, fingimientos, imposiciones, raptos, artificios de todo tipo, etc.

### 3.5. Actitudes abiertamente feministas<sup>222</sup>.

Como es fácil suponer después de todo lo expuesto hasta ahora, son escasas las actitudes feministas que muestra la literatura; su posición habitual es más bien la contraria. Incluso hay ocasiones en que se satiriza ese "feminismo". Naturalmente, Quevedo es quien mejor recoge toda una serie de tópicos sobre el tema, apreciándose la sátira en la presentación de las mujeres que reclaman igualdad<sup>223</sup>.

Vitse, en su artículo ya citado, propone tres posibles situaciones de relativa independencia de la mujer en sus apariciones literarias, aunque puntualizando que se tratará siempre de una *situación excepcional, provisional, parentética, debida a la carencia de los hombres (ausencia, muerte, flaqueza, engaño, etc.)*<sup>224</sup>. Incluye en este grupo a hijas liberadas por relajación de la vigilancia que se ejerce sobre ellas y viudas; a mujeres con papel político -hablamos ya del caso de María de Molina en La prudencia en la mujer-; y a mujeres forajidas, bandoleras en situación prematrimonial -las Serranas-.

Las actitudes de esas mujeres bandoleras, entre el feminismo y la rebeldía social, y el modo en que la literatura resuelve sus situaciones son bien significativos. Un magnífico estudio sobre el tema es

---

<sup>222</sup>Empleamos el término *feministas* con todas las prevenciones posibles, en su sentido más general -un impulso por mejorar la situación de desventaja femenina con respecto a los hombres en una situación sociocultural concreta que es, en consecuencia, criticada-, sin ánimo de entrar en ninguna polémica coceptual, sobre la que puede verse: OFFEN, Karen, "Definir el feminismo: un análisis histórico comparativo", en *Historia Social*, nº 9, invierno 1991, págs. 103-135.

<sup>223</sup>QUEVEDO, Francisco de, *La hora de todos y la Fortuna con seso*, XL, págs. 207-209. *Vid.* apéndice I.

<sup>224</sup>VITSE, Marc, *op. cit.*, pág. 155.

el de François Delpech<sup>225</sup>, en el que compara las adaptaciones de la leyenda de la Serrana de la Vera hechas por Lope y por Vélez de Guevara. Mientras que Gila, la protagonista de Vélez, se enfrenta a la inadecuación de su actitud liberada y, en cierto modo, superdotada con su fatal destino; Leonarda, la heroína de Lope, es rebelde pero no por una reivindicación campesina ni por haber sido deshonrada, sino por desilusión amorosa y para poder dirigir su vida, es una inconformista, que, a pesar de sus crímenes, será perdonada y, una vez casada, escapará al trágico final de Gila.

Así, Vélez insiste sobre el simbolismo sacrificial de la leyenda, y Lope sobre la orientación matrimonial. En ambos casos la piedra de toque es la relación con el sexo: aunque más bien frígida, pero más liberada, la Gila de Vélez ha sufrido el desfloramiento y sólo la muerte la purificará, tendrá que ser sacrificada. Más sentimental, pero más sometida a los prejuicios de honra y decencia, la Leonarda de Lope quedará intacta: será perdonada y casada, reintegrada en el orden masculino<sup>226</sup>.

Esta mujer bandolera y esquivia es de un tipo varonil, que se rebela contra el papel ideal femenino y demanda iguales derechos para su sexo: libertad de elegir marido y de seguir las armas y las letras,

Naturalmente, que la mujer mostrase su desacuerdo con el orden de las cosas, rebelándose y negándose a interpretar el papel que le correspondía, podía ser una importante amenaza a la normalidad instituída en torno al matrimonio y a la familia, como instituciones

---

<sup>225</sup>DELPECH, François, "La leyenda de la Serrana de la Vera: las adaptaciones teatrales", en *La mujer en el Teatro y la novela del siglo XVII*, págs. 25-38.

<sup>226</sup>*Ibidem*, pág. 31.

defensoras de aquella sociedad. Por tanto, había que castigar a las mujeres agresivas que podían atentar contra los cimientos mismos de la sociedad; por eso, en la Comedia, cualquier insinuación de feminismo sale claramente derrotada<sup>227</sup>.

Cualquier insinuación de rebelión feminista es mostrada por los dramaturgos como algo antinatural, de manera que vuelven a poner las cosas en su sitio, colocando a la rebelde de nuevo en su lugar correspondiente, doméstico, aceptando en el final justiciero y convencional su papel de esposa, restaurando de ese modo el orden social.

Como resume Vitse: *en cualquier caso asistimos a la (re-)integración (o a la eliminación: Gila) de las mujeres más o menos (auto)marginadas: no hay ejemplo de independencia final y viable, lo cual remite a una ideología que supone una naturaleza de la mujer*<sup>228</sup>.

Sin embargo, atención especial merece la posición de María de Zayas. Especial por sus planteamientos *a priori* de los que no se concluye un final transgresor, sino uno caracterizado por el desencanto, la huida o el escepticismo.

Según ella misma, lo que motiva esta actitud es la mala fama que las mujeres tienen debida a los hombres en general y a la literatura en particular.

En la Introducción a sus *Desengaños* dice:

*Fue la pretensión de Lisis en esto volver por la fama de las mujeres (tan postrada y abatida por su mal juicio, que apenas hay quien hable bien de ellas). Y como son los hombres los que presiden en todo, jamás cuentan los malos pagos que dan, sino los que les dan; y si bien lo miran, ellos cometen la culpa, y ellas siguen tras su opinión, pensando que aciertan; que lo cierto es que no hubiera*

---

<sup>227</sup>PEREZ-ERDELYI, Mireya, *op. cit.*, pág. 23.

<sup>228</sup>VITSE, Marc, *op. cit.*, pág. 156.

*malas mujeres si no hubiera malos hombres*<sup>229</sup>.

Pero, quizá, lo que más indigna a doña María es la imagen negativa que muestra la literatura:

*[los hombres] en ninguna ocasión hablan ni sienten de ellas bien, siendo su mayor entretenimiento decir mal de ellas: pues ni comedia se representa, ni libro se imprime que no sea todo en ofensa de las mujeres, sin que reserve ninguna*<sup>230</sup>.

Admitiendo esa intención en la autora, se puede pensar en utilizarla como *la perspectiva contrastante que es necesaria para llegar a una comprensión mejor del concepto de la mujer en la literatura de la época*<sup>231</sup>. No obstante, hay que hacer algunas precisiones. Si consideramos motivación prioritaria de la dedicación literaria de Zayas *contrarrestar* el punto de vista masculino sobre la mujer, el empleo de sus argumentos resulta un arma de doble filo puesto que si, aparentemente, así nos serviría muy bien su obra como término de la comparación con la visión masculina de sus compañeros de pluma, resulta no ser de una categoría comparable en cuanto que ningún varón escribe con la intención primera de dar una imagen del hombre o de la mujer desde su condición varonil; no lo hacen de un modo consciente, sólo juegan con la imagen, que una sociedad determinada puso en circulación, desde su *status* más o menos privilegiado.

Sin embargo, su opinión -aún calibrando muy bien su peso y representatividad- resulta muy interesante y, desde luego, significativa. Su ideología contradictoria y su dilema sin solución, insatisfactorio, no pueden resultar más barrocos.

---

<sup>229</sup>ZAYAS, María de, *Novelas amorosas y desengaños amorosos*, pág. 199.

<sup>230</sup>*Ibidem*, pág. 250.

<sup>231</sup>PEREZ-ERDELYI, Mireya, *op. cit.*, pág. 7.



Todos los autores parecen coincidir en admitir su "feminismo"; término que, aplicado a una realidad de mediados del siglo XVII, merece todo tipo de matizaciones. Esa posición suya, se manifiesta -como ya vimos- en la defensa del derecho a la educación y a la cultura, en el interés por despertar la conciencia de las mujeres para que fuesen capaces de rehabilitar la mala opinión en que eran tenidas, partiendo de la igualdad esencial entre hombres y mujeres, sólo separados por el estudio y las ocupaciones que de él pueden derivarse:

*... porque si esta materia de que nos componemos los hombres y las mujeres, ya sea una trabazón de fuego y barro, o ya una masa de espíritus y terrones, no tiene más nobleza en ellos que en nosotras, si es una misma la sangre, los sentidos, las potencias y los órganos por donde se obran sus efectos son unos mismos, la misma alma que ellos, porque las almas ni son hombres ni mujeres; ¿qué razón hay para que ellos sean sabios y presuman que nosotras no podemos serlo? Esto no tiene a mi parecer más respuesta que su impiedad o tiranía en encerrarnos, y no darnos maestros...*<sup>232</sup>.

Sería esa su visión idealista. Pero que chocará frontalmente con dos realidades: una externa, la de una sociedad que, desde luego, no compartía esas inquietudes de igualdad; y otra interna, la de sus propias concepciones religiosas y aristocráticas que la llevan incluso a aceptar el más estricto código del honor.

La síntesis de esa dialéctica entre sus aspiraciones y la solidez de un orden social que ella acepta se resuelve en dos actitudes complementarias: su defensa de la mujer reivindicará sobre todo su *honra*, su *fama*, pero la imposibilidad de transformar en obras sus palabras conduce sus situaciones literarias al desengaño, al pesimismo, cuya única salida (su ideología le veta la posible rebeldía) es la huida, la huida trascendente, en Dios. *Por eso, tanto ella como sus heroínas no*

---

<sup>232</sup>ZAYAS, María de, *Novelas amorosas y desengaños amorosos*, pág. 48.

tienen la fuerza necesaria para obrar, se limitan al decir, se sumen en una pasividad y pesimismo que les hace achacar sus males a la adversa Fortuna, de la que los hombres malvados son sus agentes<sup>233</sup>. Por eso su feminismo es conservador.

#### 4. AMOR, VIRTUD Y HONRA.-

Una vez más recurriremos a Cobarruvias para introducirnos en esta nueva cuestión. También en esta ocasión, es bien curiosa la sesgada definición que nos ofrece el *Tesoro de la Lengua* de términos como "amar", "amores" y "amor":

**AMAR.** *Es querer o apetecer alguna cosa. Amor es el acto de amar, lo primero y principal sea amar a Dios sobre todas las cosas y al próximo como a ti mismo.*

**AMORES.** *De ordinario son los lascivos. Tratar amores, tener amores. Amores, requiebro ordinario. Amoricones, los amores entre villanos. Amorío, por amor, término aldeano. Amada, la querida. Amigo y amiga, se dize en buena y en mala parte, como amador y amante. Amigado, el amancebado con la amiga. Amigarse, amancebarse. Adamar, por amar, es término de que usan los romances viejos. Amante, el que ama, y amantes los que se aman.*

**AMOR.** *Latine amor, vide supra amar. Por no amontonar aquí tanto como está dicho de amor y escrito por diversos autores de que se pudiera hazer un volumen entero. Amores, siempre se toma en mala parte, por los amores lascivos, que son los que tratan los enamorados. "Amor loco, yo por vos y vos por otro". "Amor trompero quantas veo tantas quiero".*

Como vemos, el bueno de Cobarruvias -al cabo capellán del rey, canónigo y consultor de la Inquisición- cuando hace referencia a la acción de amar sólo habla del mandamiento cristiano de amor a Dios y al prójimo, pero cuando le toca definir los sustantivos *amor* o *amores* los

---

<sup>233</sup> *Ibidem*, Introducción de Alicia REDONDO, pág. 37.

toma "en mala parte, por los amores lascivos". Es, pues, una buena presentación de una mentalidad que veía en el sentimiento amoroso la señal del pecado. El amor o es platónico -lo que tampoco siempre es bueno- o es lascivo. Ese será el primer aspecto que trataremos, cómo ven nuestros autores el amor platónico, lo inalcanzable, y cómo el amor más carnal.

De lo dicho anteriormente es fácil deducir que el enamorarse -y querer ir más allá de escribir versos a la amada- significaba traspasar los límites de lo establecido, una transgresión, que puede ser entendida incluso como subversión y clandestinidad: se subvierten los valores admitidos, se actúa clandestinamente para evitar la deshonestidad -a estas alturas ha quedado ya suficientemente claro que la honestidad barroca consiste sólo en la apariencia-. Por tanto, será tarea difícil concertar honra y amor.

No podemos dejar de preguntarnos por último ¿qué lugar -si es que tiene alguno- ocupa el amor en los matrimonios que nos presenta la literatura?.

#### **4.1. Amor platónico/amor carnal. Lo inalcanzable.**

¿Cómo trata la literatura el sentimiento amoroso? La comedia es, en este caso, más parca en las impresiones que nos ofrece, siendo, por supuesto, la poesía el género en el que más explícitamente encontramos expuesto dicho sentimiento. No obstante, por su misma esencia y carácter la poesía apenas tiene valor testimonial alguno, por ello nos ocuparemos sólo de un caso como el de Quevedo en el que podremos

contrastar sus -por decirlo de un modo suave- *prevenciones* hacia la mujer ya comentadas con sus poemas de amor.

Es un tópico -en el que también caeremos- hablar de un amor carnal, real, y de otro platónico, idealizado. Sobre ello ha tratado sobradamente la literatura, el arte, la filosofía... En cualquier caso, no está de más recordar que el amor se refiere a la relación entre los sexos, cuando esta relación es selectiva y electiva y se halla acompañada, por lo tanto, por la amistad y por efectos positivos (solicitud, ternura, etc.). En este sentido, se distingue a menudo entre el amor y las relaciones sexuales de base puramente sensual, que se fundan no en la elección personal sino en el anónimo e impersonal deseo de relaciones sexuales. Aunque a menudo el mismo lenguaje común extiende también a este tipo de relaciones la palabra amor. En cuanto a lo que hemos denominado *amor platónico*, empleamos la expresión en el sentido vulgar de amor idealizado y casi espiritual del que no espera ninguna plasmación sensual; aunque en puridad el estudio filosófico que del amor hace Platón recoge y conserva los caracteres del amor sexual, pero, al mismo tiempo, se generalizan y se subliman.

Contra lo que se pudiera suponer, del amor real, de manifestaciones más notorias, no tenemos demasiadas referencias directas (hablamos de *amor* y no sólo de sexualidad). Y es que tal vez fuese verdad lo que escribía Moreto:

*La que neutral no os agrade,  
¿os parece bien esquiva?  
La que vista no suspende,  
¿cuándo es ingrata os admira?  
¿Qué le añade a la hermosura  
el rigor que la ilumina?  
¿Con el desdén es hermosa*

*la que sin desdén fue tibia?*<sup>234</sup>.

El hombre apreciaba más lo que se le muestra casi inalcanzable. Porque una vez gozados en los lances de amor el placer, el honor, el valor o la hermosura femeninos son olvidados:

*Ya veo que es hermosura,  
y por eso es desdichada.  
No me hubiera ella creído,  
que entonces yo la adorara;  
pero ya, ¿para qué es buena,  
que no hay cosa que más valga  
que una hermosura, ni menos  
que una hermosura gozada?*<sup>235</sup>.

Y, sin embargo, en un amor "ideal", casi inaccesible pueden depositarse todas las virtudes y perfecciones que se niegan al género femenino como tal. Así lo hace Quevedo, denostador como pocos del general mujerío, pero poeta amoroso de una sensibilidad y altura extraordinarias. Podemos leer exaltaciones de la mujer que, más allá de su belleza, se dirigen a esas virtudes que tanto les ha negado en sus sátiras, sin mayor pretensión que amar, sin *intento de gozar*, que harán que sus ansias puras de amor permanezcan eternamente<sup>236</sup>. Sin embargo, debemos también reconocer que, igual que advertíamos que las sátiras y ataques a la mujer tenían mucho de tópico obligado, tampoco estos versos escapan al convencionalismo del amor literario; ¿en qué medida responden a un modo de sentir más difundido? eso es lo verdaderamente

---

<sup>234</sup>MORETO, Agustín, *El desdén con el desdén*, I, esc. I.

<sup>235</sup>CALDERON DE LA BARCA, Pedro, *La niña de Gómez Arias*, II, pág. 135.

<sup>236</sup>QUEVEDO, Francisco de, *Poemas escogidos*, nº 96, soneto "Que como si amor no fue solo de las partes exteriores, que son mortales, así también no lo será su amor", pág. 173:

*Llamáronme los ojos las faciones;  
prendiéronles eternas jerarquías  
de virtudes y heroicas perfecciones.*

difícil de saber. En cualquier caso, convencionalismo amoroso tan inspirado como agudas resultaban las críticas.

Sobre todo en sus sonetos, hablará de devoción<sup>237</sup> y del deseo de perpetuar ese sentimiento; como en el celeberrimo "Amor constante más allá de la muerte"<sup>238</sup>, soneto que expresa el sentimiento más puro e intenso, una delicadeza devota hacia una mujer (ciertamente poco acorde con sus diatribas contra el sexo femenino). Una vez más, muestra admiración singular y menosprecio general; amor a la persona -como objeto admirable, depositario o destinatario de él- y misoginia... El *estado enamorado* habla de otro modo de la persona amada pero no redime por ello a las féminas de su condición detestable.

El mismo Quevedo reconoce un amor platónico que explicaría la contradicción: ama una perfección inalcanzable o, al menos, voluntariamente inalcanzada, de modo que así nada pudiera enturbiar esa imagen acabada; que el trato, que la realidad cotidiana no pusiese al descubierto esos vicios o defectos comunes a toda mujer. El tópico de ese platonismo se cumple de nuevo: más enamorado del amor o, al menos, de una imagen del amor, que de una mujer

*Amo y no espero, porque adoro amando;  
ni mancha al amor puro mi deseo,  
que cortés vive y muere idolatrando.  
Lo que conozco y no lo que poseo  
sigo, sin presumir méritos, cuando  
prefiero a lo que miro lo que creo*<sup>239</sup>.

El amor se convierte así en *adoración* y, por tanto, en un acto de

---

<sup>237</sup> *Ibidem*, nº 102, "Amor de sola una vista nace, vive, crece y se perpetúa", págs. 177-178.

<sup>238</sup> *Ibidem*, nº 103, págs. 178-179.

<sup>239</sup> *Ibidem*, nº 107, Soneto "Continúa la significación de su amor con la hermosura que le causa, reduciéndole a doctrina platónica", pág. 181-182.

fe que escapa a la razón; adoración no dirigida a la belleza -que admira- sino al alma, terreno en el que sus virtudes pueden igualar a las del hombre:

*Yo vi hermosura y penetré la alteza  
de virtud soberana en mortal velo:  
adoro l'alma, admiro la belleza<sup>240</sup>.*

Por último, ese amor extremo le lleva a entender el padecimiento como mérito o, mejor, como prueba de un amor verdadero, quizá como demostración exclusivamente íntima, personal, obligada por la perfección que implica el platonismo de su sentimiento<sup>241</sup>.

Por otra parte, las cartas de Lope a Sessa son un contrapunto excelente a la exaltación amorosa del verso quevedesco. En ese epistolario, leemos con toda la fuerza de la pluma del *Fénix* las vicisitudes no sólo de sus propios amoríos, sino también de los del duque, con sus altibajos, sus opiniones, sus ternuras, sus dudas, celos y temores, sus consejos y escrúpulos de conciencia, su desenfado, etc.

Verdaderamente, no sabemos qué valor pueden tener estos dos mujeriegos como ejemplo representativo, pero, desde luego, sí nos son de utilidad para imaginar cómo se sentían esos amores y cómo Lope podía muy bien llevar a su obra su propia experiencia, aunque, realmente, no del modo como lo expresa en esta correspondencia.

Para ponernos en antecedentes, hagamos un repaso de la vida amorosa de ambos. De especial importancia fueron los amores de Lope con Elena Osorio (*Filis*) que duraron, al menos, de 1583 a 1588, relación

---

<sup>240</sup> *Ibidem*, nº 111, soneto "Amante apartado, pero no ausente, amador de la hermosura de l'alma sin otro deseo", pág. 184.

<sup>241</sup> *Ibidem*, nº 108, soneto, "Persevera en la exageración de su afecto amoroso y en el exceso de su padecer", pág. 182.

que, al terminar, provocaría el destierro del escritor por los libelos que dirige a su antigua amante y a su familia; al parecer, antes de marchar rapta a Isabel de Urbina (*Belisa*) con quien se casará por poderes poco después, al tiempo que vive una aventura con doña Antonia de Trillo (*Celia*) que siguió una vez muerta su esposa. En 1598, vuelve a casar Lope con Juana de Guardo y en torno a esas fechas comienza su pasión con la actriz Micaela de Luján, con la que convive, de modo que mantiene dos residencias "familiares" (con la amante tendrá seis hijos y con la esposa uno). Su mujer muere en 1613 y el dramaturgo se ordena sacerdote en 1614, pero no sin que, entre 1613 y 1614, haya estado unido a la comedianta Jerónima de Burgos (casada con el autor Pedro de Valdés), relación que se mantuvo pese a la inminente ordenación. Hacia octubre de 1614 no es su nuevo estado el que le hace dejar a Jerónima de Burgos, sino su interés por otra actriz: Lucía de Salcedo (*la Loca*), lo que provocó que la furiosa Jerónima levantase testimonios contra él (no olvidemos que los cambios de amante de Lope implicaban también una mudanza de autor y de compañía a la que entrega sus comedias, por lo que las actrices perdían algo más que un amante famoso). En 1616 termina ese vínculo y Marta de Nevares (*Amarilis*), también casada, ocupará su lugar, ya hasta su muerte (1632), junto al insigne poeta que permanecerá sólo sus tres últimos años de vida.

Por su parte, don Luis Fernández de Córdoba casó en 1599, siendo todavía sólo conde de Cabra, con doña Mariana de Rojas, hija del marqués de Poza, al tiempo que servía en Valladolid a doña Francisca (*Flora*), una dama culta con la que mantuvo una relación casi exclusivamente epistolar obra de Lope, desde 1605 a 1617 o 1618. Pero, por supuesto, el duque tenía en Madrid *una amante más próxima y menos*



*espiritual, aunque también joven, casada y de elevada condición*<sup>242</sup> (*Jacinta*) con la que tiene amores al menos desde 1612 hasta 1618-19. En 1622 tendrá un nuevo enredo amoroso con doña Jusepa por el que debió desterrarse de la Corte en 1627 y que terminó con la muerte de la dama, quizá envenenada por el marido.

Si estudiamos las cartas de Lope a Sessa entre 1612 y 1631, leeremos las opiniones y sentimientos del poeta con respecto a los vaivenes amorosos de ambos; a veces se muestra prudente con el duque y otras desenfadado; a veces reticente a hablar de sus propias relaciones, otras casi locuaz. En cualquier caso la complicidad que suponía compartir sus secretos amorosos y la confianza que don Luis depositaba en su ilustre secretario al encargarle de la redacción de sus propias epístolas amorosas, supone acortar hasta casi hacerlas desaparecer en ocasiones las prevenciones que la enorme diferencia social señalaba entre ambos. Quizá lo que con más razón diese a Lope un cierto derecho a sincerarse y emplear un tono más confidencial con el duque fue, precisamente, ese sentimiento de pecado compartido; y me refiero, más que al hecho de compartir los dos la *afición* por las amantes, a la circunstancia de que el escritor estuviera enteramente al tanto de las relaciones del duque para escribir sus cartas, algo que le hacía sentirse culpable, provocándole escrúpulos de conciencia como manifiesta en repetidas ocasiones:

*Señor: para decir verdad a V.E., no me dejan escribir estos papeles los que nos riñen cada ocho días [los confesores, claro]*<sup>243</sup>.

---

<sup>242</sup> LOPE DE VEGA, *Cartas*, Introducción de Nicolás Marín, pág. 28.

<sup>243</sup> *Ibidem*, carta nº 26 Al Duque de Sessa, Madrid, ¿mayo-junio? de 1612, pág. 112. *Vid.* también carta nº 38, dirigida al Duque en junio de 1614.

O más intensamente

*... le vuelvo a suplicar a V.E., por la sangre que Dios derramó en la cruz, no me mande que en esto le ofenda ni le parezca que es pequeño pecado haber yo sido el conservador desta amistad y causa de que mi señora la Duquesa pierda ahora a V.E. por tanto tiempo como propone ausentarse...<sup>244</sup>.*

Completaríamos esas imágenes con otro tópico literario, el del amor como catástrofe, como un error en el que el hombre cae aún a sabiendas de sus consecuencias, como *despeñadero*, según definición de Gracián:

*Cual suele el que se despeña un monte abajo ir sembrando despojos, aquí deja el sombrero, allá la capa, en una parte los ojos y en otra las narices, hasta perder la vida quedando reventado en el profundo: así yo, luego que deslicé en aquel despeñadero de marfil, tanto más peligroso cuando más agradable, comencé a ir rodando y despeñándome de unas desdichas en otras, dejando en cada tope, aquí la hacienda, allá la honra, la salud, los padres, los amigos y mi libertad, quedando como sepultado en una cárcel, abismo de desdichas<sup>245</sup>.*

#### **4.2. El enamoramiento como subversión y clandestinidad: el amor enemigo de la honestidad de la mujer.**

El amor es presentado con muchísima frecuencia como una conmoción capaz de trastornar la conducta social deseable y esperada, sobre todo por parte de las mujeres, a las que no se reconoce la fuerza de voluntad o el carácter necesario para actuar con sensatez ni para enamorarse libremente, de modo que el amor se convierte en ellas en una

---

<sup>244</sup> *Ibidem*, carta nº 39, Al Duque de Sessa, ¿verano 1614?, pág. 130.

<sup>245</sup> GRACIAN, Baltasar, *El Criticón*, edición de Evaristo Correa Calderón, e vols., Madrid, Espasa-Calpe, 1971, Clásicos Castellanos, nº 165, 1ª parte, crisis cuarta, vol. I, pág. 54.

clara amenaza para su honestidad, para el honor de su familia y, en último término, para las normas sociales que cercenan cualquier comportamiento que pueda suponer una iniciativa femenina, ni siquiera una iniciativa tan íntima y emocional como es enamorarse.

En la Comedia nueva pueden leerse con alguna facilidad expresiones como ésta que Vélez de Guevara pone en boca de mujer:

*¡Oh, lo que atropella amando  
la más honesta mujer!*<sup>246</sup>.

Se justifica, de ese modo, la defensa del recato y de la decisión paterna en los matrimonios para evitar *ocasiones*.

No se trata sólo de ocultar los amores obviamente prohibidos - adulterinos, de religiosos, etc.-, sino que el hecho mismo del amor es concebido como algo contra el pudor en la mujer, no así en el hombre<sup>247</sup>. Por supuesto, el valor subversivo y la obligada clandestinidad resultan evidentes en los casos citados en primer lugar, las relaciones adúlteras serán siempre condenadas y castigadas, de un modo u otro, en la literatura, y los casos de religiosos amancebados o con *enamoradas* presentados con el único propósito de ejemplificar conductas escandalosas de un clero desordenado y corrupto.

En la vida real, esos amores prohibidos habrían igualmente de ocultarse, tal como leemos a Lope que hacía Sessa o cuando el propio escritor trata, al principio, de ocultar sus relaciones una vez ordenado -si bien, el Fénix olvida pronto ese pudor siendo bastante notorios sus amores-.

---

<sup>246</sup>VELEZ DE GUEVARA, Luis, *La niña de Gómez Arias*, II.

<sup>247</sup>Son infinidad, por ejemplo, los poetas amorosos del momento. Además del citado Quevedo, podemos recordar a Francisco Medrano, Juan M. de Jaúregui, Góngora, el conde de Villamediana, Luis Carrillo de Sotomayor...

La discreción importa también, naturalmente, para preservar la honra de las mujeres, y la comedia no olvida cómo la mayor parte de los hombres se muestran poco cuidadosos de la fama y honra femeninas, cuando no abiertamente desagradecidos y engañosos

*Pues tales los hombres son:  
cuando nos han menester  
somos su vida, su ser,  
su alma, su corazón;  
pero pasadas las ascuas,  
las tías somos judías,  
y en vez de llamarnos tías,  
anda el nombre de las pascuas<sup>248</sup>.*

#### 4.3. Amor y matrimonio.

Si la trayectoria vital lógica y esperada en la doncella pasaba directamente por el matrimonio, éste constituye también el ámbito donde se desarrolla el amor, donde se admite su existencia. Ahora bien, ¿en qué consiste ese amor conyugal?.

Dados los medios de acceso a las nupcias -casi siempre decididas y negociadas por los cabezas de familia y, a veces, incluso, inducidas por los *buenos oficios* de los casamenteros<sup>249</sup>- resulta fácil suponer que no siempre surgiría lo que hoy llamamos *amor* entre los dos esposos. Y, sin embargo, la sociedad lo esperaba de ellos, al menos un tipo de comportamiento conyugal que se atuviese a unas normas de respeto.

Calderón nos ofrece un ejemplo excelente además de una brillante

---

<sup>248</sup> LOPE DE VEGA, *Fuente Ovejuna*, I, esc. III.

<sup>249</sup> *Vid.* sobre los casamenteros anexo III, QUEVEDO, Francisco de, *La hora de todos y la Fortuna con seso*, VIII, págs. 78-79.

reflexión sobre el tema en *El médico de su honra*. Nos presenta en esa obra el drama de la incomprensión, de la incomunicación en el matrimonio<sup>250</sup>. La falta de entendimiento entre Mencía y Gutierre, su distanciamiento, conducirán a la tragedia del cruel final de la esposa.

Además, el amor no deja de estar presente en ese matrimonio si bien de un modo distinto: Gutierre parece estar realmente enamorado de su mujer, sin embargo, Mencía da la impresión de amoldarse a ese *amor de convención social* al que aludíamos, más cercano al respeto -no sólo personal, sino también social- que al cariño o a la pasión, a lo emotivo o a lo sensual; de modo que no es el amor sino el honor el que mantiene inocente a Mencía; y no es sólo un hombre temeroso por su honra quien le da muerte sino también un enamorado celoso. Entendidas así las cosas, será la mujer la más próxima al código social del honor y el marido el que se deja arrastrar por los sentimientos, aunque sean las convenciones sociales -que guiaban ante todo el comportamiento de Mencía- más que el destino las que acaben con su vida, siendo inocente por la defensa de su virtud<sup>251</sup>.

##### 5. EL FUEGO Y LA ESTOPA: EL HONOR AMENAZADO.-

Trataremos aquí de los problemas que se derivan de las relaciones entre hombres y mujeres y cómo los ve la literatura. Por una parte, se

---

<sup>250</sup> Ya se harán algunas precisiones sobre la incomunicación en las conclusiones de este capítulo.

<sup>251</sup> *Vid.*, también la actitud de Isabel en *A secreto agravio...* y de Serafina en *El pintor de su deshonra*.

nos presenta la *natural inclinación* masculina vista con condescendencia cuando no con abierta connivencia; por otra, la debilidad de la mujer y su facilidad para inclinarse al pecado, originada en su menor entendimiento y que las hace merecedoras de escasa confianza.. De ese modo, la *opinión*, la fama de la mujer se convierte en una frágil circunstancia, con riesgo de extender los efectos de su posible quiebra a la honra en general que, a menudo, no sabe -o no quiere, como se llega a insinuar- defender. La más grave ruptura es, sin duda, la que provoca el adulterio, circunstancia en la que se demuestra la condición y temple del varón según sea su comportamiento de respuesta.

#### 5.1. La mujer, indigna de confianza.

Como decíamos, la esencial flaqueza femenina obliga al hombre a mostrarse precavido hacia su antagonista amoroso; vimos cómo esa debilidad provocaba el encerramiento de la *honesta educación* por los varones responsables de su formación; esa misma circunstancia moverá a quienes pretendan a una mujer o simplemente traten con ella a desconfiar bien de su simplicidad, bien de sus tramoyas, bien de su hermosura tentadora.

El arquetipo de la mujer que pone en confusión al hombre, enredándole en apariencias que no acaba de vislumbrar es, sin duda, *La dama duende* calderoniana. En esa obra nos dice Angélica:

*¡Miren la mala mujer  
en qué ocasión te había puesto!  
Que hay mujeres tramoyeras,  
pondré que no conocía  
quién eras, y que lo hacía  
sólo porque la siguieras.  
Por eso estoy harta yo  
de decir (si bien te acuerdas)*

*que mires que no te pierdas  
por mujercillas, que no  
saben más que aventurar  
los hombres*<sup>252</sup>.

El consejo cobra aún más fuerza al ponerse en labios femeninos, aunque parece ser un juicio generalmente admitido

*que fabrica sobre el viento  
el que de mujeres fía*<sup>253</sup>.

Que duda cabe que el celoso tiene motivos añadidos para desconfiar de la mujer y son numerosos los casos citados en nuestra literatura, en la mayoría de los cuales la hermosura de la esposa es tenida por castigo que aviva el fuego de los celos:

*Loco voy. ¡Cielos, mal haya  
el hombre que con mujer  
de mucha hermosura casa!*<sup>254</sup>.

dirá Antón en *La Luna de la Sierra*, dudando de su esposa ante el acecho del príncipe y del maestro.

Las expresiones de desconfianza hacia la mujer son constantes. Por ejemplo, en referencias al escaso valor de su palabra:

*La [confianza] que pudiera tener  
de amigo reconciliado,  
de juez apasionado,  
y de firma de mujer*<sup>255</sup>.

De nuevo se emplea aquí el recurso de que sea una mujer quien señale la tacha -Constanza, en este caso.

Aunque, en todo caso, la desconfianza está siempre latente al darse por hecho que es inútil poner barreras a la caprichosa voluntad

---

<sup>252</sup>CALDERON DE LA BARCA, Pedro, *La dama duende*, I.

<sup>253</sup>VELEZ DE GUEVARA, Luis, *La niña de Gómez Arias*, II, pág. 48.

<sup>254</sup>VELEZ DE GUEVARA, Luis, *La Luna de la Sierra*, II, vv. 1033-1036.

<sup>255</sup>LOPE DE VEGA, *El villano en su rincón*, II, esc. II.

femenina, como expresan estas populares coplas:

*Madre, la mi madre  
guarda me ponéis  
que si yo no me guardo,  
no me guardaréis*<sup>256</sup>.

Lo que afirma la *vox populi* lo hacen suyo también los moralistas como recoge Pérez-Erdelyi:

*Pues si a los mozos por falta de su edad es necesaria vergüenza para refrenar los apetitos pueriles, mucho más es necesario a las mujeres mozas que si vergüenza no las refrena del mal y las promueve al bien, irán como bestia desenfrenada y como caballo sin espuelas en todo mal, y huyrán toda virtud*<sup>257</sup>.

En resumidas cuentas, ninguna mujer es de fiar, puesto que es su propia condición lo que debe dar motivo de temor al hombre cuyo honor puede estar empeñado en ella; lo sentencia bien Zabaleta:

*La mujer propia, ni por fea es segura, ni por hermosa peligrosa. No hay fea a quien le falte alguna gracia, por lo menos tiene la gracia de nueva. Puede rogar, si no fuera rogada, y éste es el ruego que menos veces sale vano. Para las feas hay pobres, hay gustos de mala elección y viciosos desdichados, a quien les da lo peor el vicio. Contra las persecuciones de la hermosa hay el buen natural y la ayuda del cielo. De las mujeres, la virtuosa es la segura. El que la quisiere tener segura, búsquela virtuosa*<sup>258</sup>.

Aunque hemos visto cómo los autores -y entre ellos el mismo Zabaleta- dudaban mucho de que tal género de mujeres abundase.

---

<sup>256</sup> Cfr. PEREZ-ERDELYI, Mireya, *op. cit.*, CERVANTES, Miguel de, *El celoso extremeño*; citadas también en *La Entretenida*, de Cervantes, en la segunda jornada de *El aldehuela*, *Los melindres de Belisa* y *El mayor imposible* de Lope; en el *Entremés de Daga mi mujer*, atribuido a Lope; y en la segunda jornada de *Céfalo y Pocris* de Calderón, según señala Antonio SANCHEZ ROMERALO, *El villancico*, Madrid, Gredos, 1969, págs. 75-76, nota 124.

<sup>257</sup> CORDOBA, Martín de, *Jardín de nobles doncellas*, pág. 145, cfr. PEREZ-ERDELYI, Mireya, *op. cit.*, pág. 92.

<sup>258</sup> ZABALETA, Juan de, *op. cit.*, cap. XII, pág. 466.



## 5.2. La opinión: mujer y fama.

La *fama* de la mujer, la *opinión* en que se tiene su conducta está de nuevo muy ligada a la honra propia y al honor, dependiendo también, por supuesto, de las apariencias de honestidad. La *opinión* es una especie de capital fijo con el que parte una mujer en la vida social y que está amenazado no sólo por quienes se empeñan en arruinarla, sino también -y, para muchos escritores, sobre todo- por su propia inclinación a derrocharlo. De ese modo la opinión difícilmente se acrecienta ni produce intereses, sino que, muy al contrario, sufre continua merma:

*La mujer en opinión  
siempre más pierde que gana,  
que son como la campana,  
que se estima por el son.  
Y así es cosa averiguada  
que opinión viene a perder,  
cuando cualquier mujer  
suen a campana quebrada*<sup>259</sup>.

Hasta el punto de que cualquier quiebra en su crédito suele llevarla a la ruina con escasas posibilidades de volver a cotizarse al alza.

Sin duda, la **apariencia** era una preocupación bien presente en la vida de relación de aquellos años<sup>260</sup> y así lo destaca la literatura de modo diverso: *en la comedia se manifiesta más que todo en el tratamiento del tema del honor, honor como opinión. Mientras en la novela picaresca además del tema del honor como en el caso del escudero en*

---

<sup>259</sup>TIRSO DE MOLINA, *El burlador de Sevilla*, III, pág. 95.

<sup>260</sup>y en los nuestros, aunque *aparentemos* que no es así.

Lazarillo, el tema de la apariencia se une al deseo de movilidad social del pícaro. Las galas del pícaro son la manifestación exterior de su anhelo de valer más y de tratar de penetrar la estructura social<sup>261</sup>. Si bien compartimos esta opinión en lo que se refiere a la comedia y el honor, no estamos tan de acuerdo con su percepción de las aspiraciones del pícaro. Es cierto que el pícaro español -el de nuestro Siglo de Oro, el de la literatura, e incluso el de nuestros días- persigue vivir mejor, pero esa mejoría de su *calidad de vida* -como se dice hoy- no significa siempre un "deseo de movilidad social" -en el sentido que habitualmente le damos de ascenso social, buscando participar de las características y privilegios del grupo de *status* superior bien *de iure* bien *de facto*- sino que a veces puede quedar en una conformidad con su situación aunque viviendo lo mejor posible dentro de ella, lo que no siempre significa una posición económica más afortunada puesto que con frecuencia la despreocupación, un modo de entender la libertad individual o un *cursus honorum* prometedor en el mundo del hampa o de la mendicidad podían presentar más atractivos que el *salto* hacia capas de la sociedad teóricamente más elevadas. Muy distintos son, en este sentido, los pícaros de Castillo deseosos de aparentar siempre lo que no son, como el mismo Guzmán de Alfarache o el bueno de Pablos, de los pícaros *establecidos* de Cervantes, por ejemplo.

Disfrutando de la fama -o/y de la apariencia de ella-, ¿cuáles eran los principales riesgos para su integridad? El principal, ya lo hemos dicho, es la propia mujer, su forma de ser es una clara amenaza para la

---

<sup>261</sup>PEREZ-ERDELYI, Mireya, *op. cit.*, págs. 15-16.

*opinión.*

Además, la combinación de su ignorancia y su charlatanería se bastan para complicar la fama propia y la ajena:

*¡Ah cielos, y cuántas veces  
de las mujeres destruyen  
los fáciles pareceres  
la más asentada fama,  
hablando en lo que no entienden!  
Que como ellas, ignorantes,  
no saben cuánto contiene  
en sí una fácil palabra,  
a no decirla no atienden<sup>262</sup>.*

También la vida de la Corte es un peligro añadido para la fama femenina: sus intrigas, las acechanzas y el modo de observarse y criticarse las costumbres de la mujer acentúan la importancia de la apariiencia sobre la de la verdadera honestidad; de modo que -si hemos de creer a Claramonte- para la fama mejor banco es la aldea que la Corte:

*Dichosa puede llamar  
el mundo a una labradora,  
que, retirada en su aldea,  
como la fruta entre pajas,  
hace a las demás ventajas,  
y no adula y lisonjea;  
y desdichada la dama  
que, en la confusión metida  
de la Corte, honor y vida  
aventura con su fama<sup>263</sup>.*

Si bien se daba también el caso de quienes preferían la fama aparente y la consideración social antes que la virtud y la honra verdadera como señala -no podía ser otro- Quevedo:

*Aunque las mujeres pienso que han trocado los virgos*

---

<sup>262</sup>CALDERON DE LA BARCA, Pedro, *La niña de Gómez Arias*, I, pág. 115.

<sup>263</sup>CLARAMONTE Y CORROY, Andrés de, *Deste agua no beberé*, I, vv. 816-825.

*por los dones y, así, todas tienen don y ninguna virgo*<sup>264</sup>.

### 5.3. Defensa de la honra.

Naturalmente, para preservar la opinión, lo esencial es defender la honra, cuestión ésta en la que encontramos numerosos matices referidos a qué es la honra, quién y cómo debe defenderla, cómo se debe comportar la mujer en casos extremos o cómo considerarse al hombre que acaba con dicha honra femenina.

Quevedo -pese a su defensa de los códigos sociales vigentes- se ríe del contrasentido que supone que la honra determine todo el comportamiento en sociedad hasta asfixiar las relaciones e impedir la espontaneidad:

*Tres cosas son las que hacen ridículos a los hombres: la primera, la nobleza; la segunda, la honra; y la tercera, la valentía [...].*

*Por la honra se muere la viuda entre dos paredes. Por la honra, sin saber qué es hombre ni qué es gusto, se pasa la doncella treinta años casada consigo misma. Por la honra la casada le quita a su deseo cuanto pide [...]. Y porque veáis cuáles sois los hombres desgraciados y cuán a peligro tenéis lo que más estimáis, hase de advertir que las cosas de más valor en vosotros son la honra, la vida y la hacienda. La honra está junto al culo de las mujeres; la vida, en manos de los doctores, y la hacienda, en las plumas de los escribanos: ¡desvaneceos, pues, bien mortales!*<sup>265</sup>.

Y no es sólo Quevedo. Dado que *el hombre es responsable de la conducta de la mujer, pues que en ella reposa su honra*<sup>266</sup>, podemos

---

<sup>264</sup>QUEVEDO, Francisco de, *Sueños y discursos*, "Sueño del Infierno", pág. 117.

<sup>265</sup>*Ibidem*, pág. 124.

<sup>266</sup>PEREZ-ERDELYI, Mireya, *op. cit.*, pág. 16. Naturalmente, ello supone una consideración subordinada de la mujer, dependiente de quien asume la responsabilidad de sus actos.

entender esa concepción no sólo como una manifestación del honor, sino como un cierto sentido de posesión por el que se confía la defensa de la honra no a la mujer sino, en exclusiva, al cuidado del marido o del padre. Cuando la mujer vence los *asedios*, se alaba su firmeza y su virtud como algo que sorprende en el *sexo débil*; cuando la mujer *cae*, será castigado su adulterio o su deshonestidad incluso con la muerte, aunque -en buena lógica- la culpa no debiera recaer sino sobre el marido descuidado, pues a nadie parece extrañar la flaqueza femenina ante las dádivas y súplicas.

Esas imposiciones sociales son deploradas por quienes ven en ellas una obligación ineludible; si Quevedo lo hacía con la sátira, Duque de Estrada -quien confiesa haber matado a su amada y a un caballero que encuentra con ella- se queja dolorosamente:

*¡Oh maldita y descomulgada ley del duelo nacida en el infierno y criada y alimentada en la tierra, devoradora de vidas y haciendas, hija de ira y soberbia y madre de la venganza y perdición, ruina total de los humanos y perturbadora del sagrado templo de la paz! ¡Malhayan Licurgos y Tolomeos si fueron tus inventores, y benditas las tierras adonde, si la mujer es mala lo es para sí, sin quitar la virtud, honor y valor del marido, si no es que él sea consentidor, que en tal caso es infamia de común sentimiento y dignos de castigo igual!*<sup>267</sup>.

Casi idéntica queja y maldición leemos en Vélez de Guevara:

*¡Mal haya el que el honor puso en vosotras!*<sup>268</sup>.

En la Comedia las situaciones en que la mujer se ve acosada y tiene que defender activamente su honra tienen un carácter dramático y casi heroico, incluso a menudo relacionadas con un contexto de injusticia mucho más amplio. *Fuente Ovejuna* es el mejor ejemplo de esto;

---

<sup>267</sup> DUQUE DE ESTRADA, Diego, *op. cit.*, págs. 102-103.

<sup>268</sup> VELEZ DE GUEVARA, Luis, *La niña de Gómez Arias*, II, pág. 49.

Laurencia resiste al Comendador -presentado ya como enemigo de la causa de los Reyes Católicos- que pretende gozar de sus favores. La virtud tiene que estar del lado de esta mujer porque se enfrenta al que aparece como tirano, cruel y traidor

*Pues en vano es lo que ves,  
porque ha que me sigue un mes,  
y todo Pascuala, en vano.  
Aquel Flores, su alcahuete,  
y Ortuño, aquel socarrón,  
me mostraron un jubón,  
una sarta y un copete.  
Dijéronme tantas cosas  
de Fernando, su señor,  
que me pusieron temor;  
mas no serán poderosas  
para contrastar mi pecho<sup>269</sup>.*

De modo que incluso a una buena parte de las mujeres que defienden activamente su honra se les escatima el mérito de hacerlo por mantener su virtud, resaltándose otras circunstancias concurrentes en el caso y que se manifiestan por la personificación en ellas de causas nobles o en la negación de cualquier valor atenuante al *acosador*.

#### a) El dudoso estupro.

Hemos visto cómo la mujer no es digna de confianza en la literatura, cómo existe una predisposición a hablar en contra de su fama y cómo las exigencias de la defensa de la honra son duras. En ese sentido, no debería extrañarnos tanto la actitud que encontramos en más de una ocasión hacia el estupro y la defensa física del honor femenino:

*¿piensas de veras que en el mundo ha habido  
mujer forzada?  
... ..  
si Leonela no quisiera  
dejar coger las uvas de su viña,*

---

<sup>269</sup> LOPE DE VEGA, *Fuente Ovejuna*, I, esc. III.

*¿no se pudiera hacer toda un ovillo  
como hace el erizo, y a puñadas,  
aruños, coces, gritos, y a bocadas,  
dejar burlado a quien su honor maltrata,  
en pie su fama y el melón sin cata?*

*Defiéndose una yegua en medio un campo  
de toda una caterva de rocines,  
sin poderse quejar. "¡Aquí del cielo,  
que me quitan mi honra!", como puede  
una mujer honrada en aquel trance;  
escápase una gata como el puño  
de un gato zurdo y otro carirromo  
por los camaranchones y tejados  
con sólo decir miao y echar un fufo,  
y ¿quieren estas daifas persuadirnos  
que no pueden guardar sus pertenecias  
de peligros nocturnos? Yo aseguro,  
si como echa a galeras la justicia  
los forzados, echara las forzadas,  
que hubiera menos, y ésas más honradas<sup>270</sup>.*

Más duro aún en sus opiniones es Mateo Alemán, quien además se permite argumentarlas. Cuando la justicia prende a Guzmán en Madrid por una falsa acusación de estupro, el mismo alguacil -perro viejo en estos asuntos- es consciente de lo engañoso del cargo que se le imputa al de Alfarache y, con posterioridad, le asegura:

*Lo que como hidalgo y hombre de bien puedo a vuestra  
merced asegurar es que he servido a Su Majestad con esta  
vara casi veinte y tres años, porque va ya en ellos. Y que  
de todos cuantos casos he visto semejantes a éste, no he  
sabido de tres en más de trescientos que se hayan pedido  
con justicia. Porque nunca quien lo come lo paga o por  
grandísima desgracia; siempre suele salir horro el dañador  
y después lo echan a la buena barba. Siempre suele recam-  
biar en un desdichado, de quien pueden sacar honra y  
dineros o marido a propósito para sus menesteres. Él es  
como la seca, que el daño está en el dedo y escupe debajo  
del brazo. La causa es porque o luego el delincuente huye  
o es persona tal, a quien sería de poca importancia  
pedirlo.*

Y, después, reflexiona Guzmán sobre el tema del modo siguiente:

*Porque real y verdaderamente, hablándola entre  
nosotros, no hay fuerza, sino grado. No es posible hacerla  
ningún hombre solo a una mujer, si ella no quiere otorgar*

---

<sup>270</sup>TIRSO DE MOLINA, *El vergonzoso en palacio*, I, esc. VI.

*con su voluntad. Y si quiere, ¿qué le piden a él?* <sup>271</sup>.

En cualquier caso, y ante la duda, siempre se supone culpabilidad en la actitud de la mujer. Así, por ejemplo, se puede entender la actitud de Alonso de Contreras, contada en sus *Aventuras*, cuando su capitán -aprovechando una ausencia del protagonista- pretende abusar de la mujer que le acompaña y ante la resistencia de ésta la apalea; cuando Alonso de Contreras regresa y le refieren lo sucedido él contesta:

*Vuesamerced se reporte, que si el capitán ha hecho*

---

<sup>271</sup>ALEMAN, Mateo, *op. cit.*, Libro III, cap. II, págs. 267-273. Y continúa Guzmán su interesante opinión:

*Diré lo que verdaderamente aconteció en un lugar de señorío en Andalucía.*

*Tenía un labrador una hija mora, de quien se enamoró un mancebo, hijo de vecino de su pueblo y, habiéndola gozado, cuando el padre della lo vino a saber, acudió a una villa, cabecera de aquel partido, a querellarse del moro.*

*El alcalde tuvo atención a lo que decían y, después de haber el hombre informádole muy a su placer del caso, le dijo: "¿Al fin os querelláis de aqueese moro, que retoró con vuestra muchacha?"*

*El padre dijo que sí, porque la deshonró por fuerza.*

*Volvió el alcalde a preguntar: "Y decidme, ¿cuántos años tienen él y ella?"*

*El padre le respondió: "Mi hija hace para el agosto que viene veinte y un años y el mozuelo veinte y tres."*

*Cuando el alcalde oyó esto, enojado y levantándose con ira del poyo, le dijo: "¿Y con eso venís agora? ¡El de veinte y tres y ella de veinte y uno! Andá con Dios, hermano. ¡Ved qué gentil demanda! Volvedos en buen hora, que muy bien pudieron herlo".*

Y concluye

*Si así se les respondiese con una ley en que se mandase que mujer de once años arriba y en poblado no pudiese pedir fuerza, por fuerza serian buenas. No hay fuerza de hombre que le valga, contra la que no quiere. Y cuando una vez en mil años viniese a ser, no se había de componer a dinero ni mandándolos casar, salvo si no le dio ante testigos palabras dello. No habia de haber otro medio que pena personal, según el delito, y que saliese a la causa el fiscal del rey, para que no pudiese haber ni valiese perdón de parte. Yo aseguro que desta manera ellos tuvieran miedo y ellas más vergüenza. Porque, quitándoles esta guarida, desconfiadas, no se perderían. ¿Si fuese su voluntad, qué piden? Si no tienen, que no engañen.*

*Aquí entra luego la piedad y dice: "¡Oh!, que son mujeres flacas, déjanse vencer, por ser fáciles en creer y falsos los hombres en el prometer: deben ser favorecidas". Esto es así verdad; empero si supiesen que no lo habían de ser, sabríanse mejor guardar. Y aquesta confianza suya las destruye, como la fe sin obras, que tiene millares en los infiernos. Ninguna se fie de hombre. Prometen con pasión y cumplen con dilación y sin satisfacción. Y la que se confiare, quéjese de sí, si la burlare.*



*algo, Isabel le debió de dar ocasión*<sup>272</sup>.

Sería, en cualquier caso, hipócrita escandalizarnos de la ideología que recogen esos párrafos y hablar de la misoginia generalizada de aquella sociedad. Bien recientes están sentencias judiciales que justificaban acosos o abusos sexuales a mujeres por considerar sus actitudes *provocativas* o su resistencia *débil*, por no hablar de la mentalidad popular que, a menudo, sigue diferenciando unos comportamientos que, si en el hombre se miran con indulgencia o se entienden como perfectamente normales -cuando no son motivo de abierta exhibición y de orgullo machista-, sirven para dudar de la moralidad de las mujeres que los adoptan públicamente.

#### **b) Cuando el hombre engaña: don Juan.**

Naturalmente, a la actitud siempre sospechosa de la mujer a la que se consideraba incapaz de defender su honra, hay que añadir la tendencia de algunos hombres a *conquistar* mujeres, acabando con su honra al tiempo que acrecentaban su prestigio de varones -o, más bien, de fanfarrones-, su propia vanidad de vencedores en lides amorosas. Obviamente, el paradigma más exacerbado de esa actitud masculina es don Juan. No vamos a extendernos aquí sobre su personalidad o su valor simbólico, puesto que son innumerables los ensayos escritos sobre el tema, sólo daremos cuenta del modo de actuar del Tenorio tal como Tirso nos lo presentó. Su personaje, en las cuatro burlas que protagoniza en la obra, engaña con falsas promesas de matrimonio, siempre con un

---

<sup>272</sup>CONTRERAS, Alonso de, *Aventuras del capitán Alonso de Contreras* (1582-1633), Madrid, Revista de Occidente, 1943, pág. 96.

proceso muy similar en el que se suceden *engaño, gozo, burla y castigo de las mujeres*, como se describe en la segunda burla -a la pescadora Tisbea-. En la segunda jornada, don Juan expone primero su concepción utilitaria de la mujer:

*Sacalda, solicialda,  
escribilda y engañalda,  
y el mundo se abraza y queme.*

Y, después, su móvil

*Sevilla a voces me llama  
el Burlador, y el mayor  
gusto que en mí puede haber  
es burlar una mujer  
y dejalla sin honor.*

Tenemos dos impresiones sobresalientes. En primer lugar, ese burlador nos puede resultar fácilmente "el jactancioso transgresor de alcobas y conventos" que motivaba la antipatía de Gonzalo Suárez antes de emprender su particular visión del mito en su última película<sup>273</sup>, más inspirada en el Don Juan de Moliere; pero destacan también claramente resonancias moralizadoras que pretenden condenar a Don Juan Tenorio desde un orden superior más por su desafío a la divinidad que por su desprecio a las mujeres (para misógino Tirso).

Desde luego, en la comedia es innumerable la nómina de burladores consagrados o meritorios, aspirantes o consumados, seductores o violentos, y nunca se ha pensado -a pesar de que la literatura siempre los censura- que estemos ante autores u obras que critican al varón, si bien, desde luego, por actitudes reprobatorias mucho menos manifiestas referidas a la mujer se tacha a escritos y escritores de misóginos.

---

<sup>273</sup>SUAREZ, Gonzalo, *Don Juan en los Infernos*, Ditirambo Films, 1991.

#### 5.4. El adulterio y las reacciones varoniles.

Hemos hecho ya numerosas alusiones al adulterio, paradigma incontestable de los atentados contra el honor de un hombre -insistimos, de un *hombre*.

Bien define Lope la actitud de quien se dispone a llevar a una mujer al adulterio:

- Ya, señor, vendrá.  
*No te fatigues tan presto  
por una mujer casada.*
- Conozco el alma turbada;  
*en tanto temor me ha puesto,  
que aquí no valdrá decoro.*
- El oro es lindo **alcahuete**.
- Pero buen fin me promete  
*amor que comienza en toro*<sup>274</sup>.

Zabaleta dedica el capítulo IV de la primera parte de su obra al adúltero y, naturalmente, comienza advirtiéndole que en ningún caso la mujer tiene justificación para ofender a su esposo

*La mujer casada más ofendida de su esposo, le ofende  
sin disculpa. Si la maltrata, súfrale, que con la paciencia  
o él le hará mejor, o quedará mejor ella.*

Además, se apoya en que a la justicia sólo en este caso no le importan los móviles sino el delito, sin posibilidad de atenuante alguno:

*...repárese en que si es acusada desta culpa, los jueces,  
para castigarla, no preguntan la causa, sino averiguan el  
delito; convencida, la condenan a muerte, aunque su marido  
la hubiese dado mucha causa. En las demás venganzas se mira  
con clemencia el irritado; en esta no hay para el irritado  
clemencia.*

Después, se dirige nuestro costumbrista al adúltero en estos términos:

---

<sup>274</sup> LOPE DE VEGA, *La vitoria de la honra*, I, vv. 258-266.

*El adúltero pierde el respeto a las leyes de la patria, que prohíben este delito, con mucho desahogo, que es como tratarlas de débiles o indiscretas. Quien se burla de la fuerza de otro presume que puede más que él. Quien mofa del entendimiento de otro le mira como a sujeto de poca importancia. Jugar con las leyes como con cosa desarmada es soberbia muy delincuente. Mirar a las leyes, que son el entendimiento de la república, como a cosa de poco momento tiene de sacrilegio la malicia. Y siendo verdad que la patria es madre, el perderla el respeto, ¿cómo podrá dejar de ser muy grave culpa?*<sup>275</sup>.

Nótese cómo al referirse a la mujer lo hacía con argumentos morales y de respeto a Dios y a su marido, mientras que cuando lo hace al hombre apela al respeto a la patria y a las leyes que la sustentan. Diferencia notable que justifica la muy distinta consideración que tenían el adúltero y la adúltera<sup>276</sup>.

Son multitud los testimonios literarios sobre engaños en el matrimonio, tantos que encontramos una nutrida fauna de cornudos teatrales, novelescos o satirizados, catalogados magistral y jocosamente por C.J.Cela<sup>277</sup>. Ya el término *cornudo* -el más frecuentemente empleado en el Siglo de Oro para calificar a los maridos engañados- es glosado sabiamente y, sin duda, con ironía por Cobarruvias:

*CORNUDO. Es el marido cuya muger le haze trayción juntándose con otro y cometiendo adulterio. Esto puede ser de dos maneras: la una quando el marido está inorante de ello [...]. Otros que lo saben o barruntan son comparados al buey, que se dexa llevar del cuerno, y por eso llaman a éste paciente, no sólo porque padece su honra, sino también*

---

<sup>275</sup>ZABALETA, Juan de, *op. cit.*, *Por la mañana*, cap. IV, "El adúltero", págs. 132, 133, 134-135.

<sup>276</sup>Una vez más, debemos pensar que en algunos ámbitos de la mentalidad colectiva actual sigue operando esta discriminación de valoraciones distintas para comportamientos idénticos -y, más aún, en el caso de comportamientos sexuales.

<sup>277</sup>CELA, Camilo José, *Rol de cornudos*, Barcelona, Seix Barral, 1985 (1ª ed. de 1976).

*porque él lo lleva en paciencia...*<sup>278</sup>.

Efectivamente, siguiendo esos dos tipos de cornudos -el que no se entera de que lo es y el que no quiere enterarse-, veremos sus posibles reacciones: el primero, al descubrir su condición se ve obligado e impelido a vengar su honor; el segundo se dedica a beneficiarse de una situación cómoda, cuando no actúa abiertamente como rufián con el manto legal del matrimonio. Comencemos por éstos últimos:

---

<sup>278</sup>COVARRUBIAS, Sebastián de, *op. cit.*, voz "cornudo".

a) El cornudo consentido<sup>279</sup>.

Quevedo denosta magnífica y constantemente a estos *maridos* *pacientes*:

- *Detrás de estos, en una mazmorra, están los adúlteros; éstos son los que mejor viven y peor lo pasan, pues otros les sustentan la cabalgadura y ellos lo gozan.*

---

<sup>279</sup>No nos resistimos a citar la definición de Cela:

**CORNUDO CONSENTIDO.** *El que aguanta marea por la razón que fuere; es más triste que el cornudo con pintas(\*) y la plebe suele llamarle cabrón, v. la glosa que quedó hecha al cornudo con pintas. Es especie adecuada a funcionarios con alma de cristobita. Algunos contribuyentes arbitrarios le llaman cabestro. Y de Quevedo es la letrilla satírica de la que copio los cuatro versos siguientes:*

*Tendrá la del maridillo,  
si en disimular es diestro,  
al marido por cabestro  
y al galán por cabestrillo.*

**CORNUDO CON PINTAS.** *O de cuantía. El que lo es en grado sumo y hallando tanto deleite en serlo que hasta propicia el que la esposa lo cornifique; para ello la viste de gala, canta sus alabanzas ante los posibles suplentes, viaja mucho y presume de moderno. Suele ser ganado manso, huidor de trabajos y complicaciones. Si saca provecho de su trance, puede devenir en cornudo buen vividor o, al menos, ser pariente espiritual suyo. Es especie de muy burgués escarnio y la plebe suele llamarle cabrón, que es forma tan cruel como innecesaria y desconsiderada. El Cancionero de obras de burlas provocantes a Risa arranca con la poesía titulada Comienza un aposento que se hizo en la corte al papa alixandre quando vino legado en Castilla: el qual aposento fue hecho en la persona de un ombre muy gordo llamado Juvera, de la que son los siguientes versos:*

*Y dexo un entresuelo  
para el obispo durgel  
que cupo tambien en el  
como cupiera un mochuelo  
Y el cabron de miçer prades  
descornado cabiz tuerto  
saco lleno de ruindades  
y otro tropel dabades  
en las camaras del huerto.*

Quevedo veía cabrones por todas partes, aunque la voz no sea tan frecuente en su lengua como cornudo. De él es el so del que paso a copiar los cuatro primeros versos:

*¿Qué te ríes, filósofo cornudo?  
¿Qué solloras, filósofo anegado?  
Sólo cumples, con ser recién casado,  
como el otro cabrón recién viudo.*

CELA, Camilo José, *op. cit.*, voz "cornudo consentido", pág. 52; voz "cornudo con pintas", pág. 51.

- Gente es ésta -dije yo- cuyos agravios y favores todos son de una manera.

Abajo, en un apartado muy sucio, lleno de mondaduras de rastro -quiero decir, cuernos, están los que acá llamamos *cornudos*, gente que aún en el infierno no pierde la paciencia, que como la llevan hecha a prueba de la mala mujer que han tenido, ninguna cosa los espanta<sup>260</sup>.

De modo muy especial lo hace en sus letrillas satíricas, acusando a quienes consienten esas *licencias* a sus mujeres de enriquecerse a costa de su honor:

*Que el letrado venga a ser  
rico con su mujer bella,  
más por buen parecer della,  
que por su buen parecer,  
y que por bien parecer  
traiga barba de cabrón,  
chitón<sup>261</sup>.*

*Que le preste el ginovés  
al casado su hacienda;  
que al dar su mujer por prenda,  
preste él paciencia después;  
que la cabeza y los pies  
le vista el dinero ajeno.  
bueno.*

*Mas que venga a suceder  
que sus reales y ducados  
se los vuelvan en cornados  
los cuartos de su mujer;  
que se venga rico a ver  
con semejante regalo,  
malo<sup>262</sup>.*

En algunas ocasiones nos topamos -como le aconteció a Pablos- con maridos singularmente *desenvueltos* a la hora de ofrecer sus mujeres, siempre que barrunten ganancias sustanciosas:

- A esta mujer [tantea Pablos], ¿por qué orden la podremos

---

<sup>260</sup> QUEVEDO, Francisco de, *Sueños y discursos*, "El alguacil endemoniado", págs. 95-96.

<sup>261</sup> QUEVEDO, Francisco de, *Poemas escogidos*, letrilla satírica, pág. 216, vv. 44-50.

<sup>262</sup> *Ibidem*, nº 149, vv. 1-15, pág. 232.

Vid. anexo ¿? "marido que busca acomodo y hace relación de sus propiedades", *ibidem*, nº 162, págs. 271-273.

*hablar, para gastar con su merced unos veinte ducados, que me ha parecido hermosa.*

*- No me está bien a mí el decirlo, que soy su marido -dijo el hombre-, ni tratar de eso; pero sin pasión, que no me mueve ninguna, se puede gastar con ella cualquier dinero, porque tales carnes no tiene el suelo, ni tal juguetoncita.*

*Y diciendo esto, saltó del carro y fuese al otro, según pareció por darme lugar a que la hablase.*

*Cayóme en gracia la respuesta del hombre, y eché de ver que estos son de las que dijera algún bellaco que cumplen el precepto de San Pablo de tener mujeres como si no las tuviesen, torciendo la sentencia en malicia<sup>263</sup>.*

Es decir, esta categoría de maridos más que pacientes sufridores de su situación eran tenidos por activos beneficiarios de las dotes y atractivos de sus mujeres para las *relaciones sociales*. Son, en general, tipos presentados para provocar la burla y mover a desprecio y a risa a público y lectores que se sienten así cómplices del autor y superiores -al menos eso creen o hacen creer- a quienes, generalmente, ocupan un mayor status económico pero a costa de su fama.

#### **b) El honor vengado.**

Cuando el asunto se toma de manera más seria -con mucha frecuencia también en la comedia nueva- el resultado suele ser el extremo contrario: la venganza, como reacción consecuente a lo que se ha dado en llamar de modo tan inexacto como vulgarizado *concepto de honor calderoniano*. Es también objeto de controversia frecuente entre críticos y ensayistas que se ocupan de nuestro Siglo de Oro y su literatura, quintaesencia -por lo hiperbólico del comportamiento analizado- del debate entre quienes atribuyen a nuestro teatro barroco el carácter de representación y reflejo de conductas habituales y

---

<sup>263</sup>QUEVEDO, Francisco de, *La vida del Buscón llamado don Pablos*, III, cap. IX, págs. 173-174..



reales y quienes piensan que pone en escena situaciones que interesan precisamente por lo extraordinario de sus desenlaces, por encarnar procederes no comunes y que no necesariamente se proponen como modelos de conducta. Averiguar en qué medida se daban en la vida cotidiana del Seiscientos reacciones como las interpretadas en sus corrales de comedias, o hasta dónde las soluciones planteadas y la "justicia poética" de los dramaturgos se identificaban con los valores morales defendidos -al menos, idealmente- por la sociedad es tarea bien complicada a la que quizás podamos aportar algo a partir del contraste con datos de la delincuencia de modo que quizás podamos penetrar en comportamientos habitados por el cuerpo del delito y la sombra del pecado, que se pueden entender mejor desde un horizonte jurídico tan metódico como tortuoso, y en un contradictorio paisaje de imágenes literarias, que se muestra natural y esquivo, original y fértil y reiterativo y agostado, humano y, desde luego, barroco.

La literatura y, en especial, el teatro dejan bien sentados comportamientos que -justos o no, ahí podemos rastrear actitudes en los distintos autores- aparecen como aceptables socialmente y hasta lógicos. En primer lugar, el honor que el hombre deposita en la mujer al mancillarse por el adulterio se limpia sólo en la venganza. Es una norma esencial del código del honor; todos la conocen y la acatan, aunque algunos se quejen amargamente de sus exigencias -pero a pesar de la queja, las cumplen-. Así exclama Valdivia:

*¡Ah Dios! ¡Quién fue aquel primero  
que el honor del hombre puso  
en la mujer, y dispuso  
que le limpiase el acero?*<sup>284</sup>.

---

<sup>284</sup> LOPE DE VEGA, *La vitoria de la honra*, II, vv, 839-843.

No obstante ese personaje lopesco ejecutará su venganza sobre Leonor por su adulterio<sup>285</sup>.

Ya citamos en apartado anterior el lamento, en términos muy parecidos, de don Diego Duque de Estrada quien renegaba de que la maldad de la mujer mermase *la virtud, honor y valor del marido*<sup>286</sup>.

Es también una constante -que se desprende de las soluciones más comúnmente adoptadas- la distinta consideración que el adulterio merece en su castigo según lo cometa el varón o la mujer. Baste un único ejemplo. En *El castigo sin venganza*, el duque de Ferrara castiga el adulterio de su esposa -Casandra-, con su hijo bastardo -Federico- con la muerte de ambos, aún cuando él también ha llevado una vida disipada después de su matrimonio e incluso tiene abandonada a su mujer<sup>287</sup>.

Por último, no es el amor de la esposa lo que exige el honor, sino el respeto a la honra; no es el amor sino la virtud lo que hay que conservar. Por ejemplo, don Gutierre no da muerte a Mencía porque hubiese amado al presunto adúltero -algo que era cierto- sino porque duda de su virtud -a pesar de ser inocente<sup>288</sup>.

Pero es más, las exigencias del honor llegan a hacerse extensivas a la amante, recurriéndose a la venganza cuando ésta engaña al hombre. Así actúa el fogoso Alonso de Contreras -o, al menos, así nos lo cuenta él mismo- pensando quizá más en ese sentido de posesión al que ya hemos aludido en alguna ocasión que en las socorridas claves del honor. Al regresar a Malta de una de sus expediciones y encontrarse con que

---

<sup>285</sup> *Ibidem*, III, vv.650-ss.

<sup>286</sup> *Vid. supra*, pág. 136,

<sup>287</sup> LOPE DE VEGA, *El castigo sin venganza*.

<sup>288</sup> CALDERON DE LA BARCA, Pedro, *El médico de su honra*.

*Entretanto, la quiraca que estaba gastando la hacienda, que tanto me costaba buscarla, la hallé encerrada con un camarada mío a quien yo hacía mucho bien; dile dos estocadas que le pusieron a la muerte, y curado, se fué de Malta por temor que le matase, y la quiraca huyó, aunque me mandó mil rogadores y rogadoras jamás volví con ella, que como había donde escoger, presto se remedió, y más siendo yo pretendido como los de importante oficio<sup>289</sup>.*

Nuestro capitán reacciona contra el que ha atentado contra su propiedad y, simplemente, abandona ésta, puesto que perdida su exclusividad pierde también su encanto; pero, ciertamente, no venga nada en ella porque en ella nada había depositado, a no ser esa hacienda que tanto le costaba buscar.

#### **- RECAPITULACION. -**

Hemos centrado este trabajo en un repaso de algunas imágenes femeninas en nuestra literatura del Siglo de Oro, llega el momento de intentar armonizar esos ejemplos citados como muestra de mentalidad con una visión más amplia de la sociedad de la época, incluso vista por la misma literatura y cultura de valores barroca.

Para situar las cosas en su justo término, debemos señalar que también la literatura nos presenta modelos ideales de comportamiento masculino, moldeados según los sueños o convenciones sociales de lo que debe ser un buen padre o un esposo deseable; como, asimismo, ataca diversas actitudes varoniles tan frecuentemente como vimos que lo hacía con las femeninas: encontramos legión de codiciosos, conocedores de todo tipo de trapacerías para sacar algún provecho -incluso a costa

---

<sup>289</sup> CONTRERAS, Alonso de, *op. cit.*, págs. 77-78.

de las mujeres-; con asiduidad, nos aparecen maridos posesivos hasta lo patológico, padres intransigentes, caballeros desagradecidos, mudables y jactanciosos<sup>290</sup>; y, por supuesto, *lindos* sólo preocupados de su aspecto y adorno personal<sup>291</sup>, vanidosos que se pavonean y disimulan sus taras o sus años, tan aficionados a los afeites, las galas o los tintes como las damas a las que tanto se censura; nos tropezamos, naturalmente, con ignorantes que predicán desde su desconocimiento. Así pues, la mayoría de las imágenes de arquetipos femeninos pueden tener una equivalencia masculina.

Por lo que se refiere a las limitaciones sociales de la libertad personal, vimos cómo la mujer sufría situaciones de sometimiento tanto en el hogar paterno como, después, en el conyugal, frente a las que, a veces, se rebelaba con distintas energías. Pero no debemos olvidar que

---

<sup>290</sup>Esto último muy frecuente, con daño para la honra de las damas -hasta el extremo de decir Castillo Solórzano:

*Esto con gran disimulación; de modo que tuvo suerte esta señora en que fue servida con tanto recato y disimulación, cosa muy poco usada en estos tiempos.*

CASTILLO SOLÓRZANO, Alonso del, *Las aventuras del bachiller Trapaza*, II, pág. 33.

*Vid. supra*, pág.127 lo que al respecto podemos leer en *Fuente Ovejuna*.

<sup>291</sup>Por ejemplo, en su primer encuentro con la bella y misteriosa malmaridada, ésta reprende a Píndaro por su afición afeminada a los *atavíos y adereços indignos de vuestra profesión, y aun del ser de hombre*; y le hace notar que si esos cuidados se le hubieran impuesto por castigo no habría otro

*que se iguale o parezca a la atención continua, al eterno cuidado con que os contemplo tan fatigado siempre, y aun las veces con yerros y tenazas, cintas y vigoteras para el copete y la barva, y ya otras muchas con aguas aromáticas, gomas, colirios, untos, xavoncillos y sevos, unos para los dientes y otros para la tez, para el cabello y manos, y ya también con moldes para el cuello, rosas para las ligas, hormas para el zapato, olor para el vestido, ámbar para el colete, perfume a la camisa y anís para el aliento, y otros cuidados torpes, garuchas y tormentos crueles de vuestra juventud? Sin fruto es en los hombres mucha hermosura, y por la misma causa su afectación infame y condenada.*

CESPEDES Y MENESES, Gonzalo, *Varia fortuna del soldado Píndaro*, edición, prólogo y notas de Arsenio Pacheco, 2 vols., Madrid, Espasa-Calpe, 1975, Clásicos Castellanos nº 202, libro II, cap. I, vol. II, págs. 17-18.

Esas costumbres llegaron hasta tal punto y parecía tan alejada de lo que debía ser un varón que los alcaldes prohibieron ciertos usos como llevar copetes y guedejas, A.H.N., *Consejos*, libro 1203, f. 522, 1617, febrero, 28, Sala de Alcaldes; véase apéndice nº IV.

muchas de esas tensiones son más universales, respondiendo más bien a otros tipos de conflicto: diferencias generacionales entre padre e hija -que pueden también darse entre progenitor y vástago varón, aunque naturalmente con otras connotaciones; o el antagonismo individuo/poder, la tensión entre libertades e intereses comunes más o menos convencionales, entre objeciones a lo restrictivo y la conveniencia de someterse al bien supuestamente general. Es decir, a veces, corremos el riesgo de interpretar lo que ocurre con un personaje o un planteamiento escénico o novelesco dependiendo siempre del sexo del protagonista, cuando en el Barroco, a menudo, la reflexión tiene más como referencia el ser humano -con independencia de que sea o no mujer-. De este modo podríamos revisar algunos de los planteamientos dramáticos analizados en este trabajo; por ejemplo, en el caso de *El médico de su honra* que citamos en varias ocasiones, en el que Mencía era víctima virtuosa, asesinada sin castigo aparente para el uxoricida, de manera que se nos haría patente lo desventurado de la condición femenina, dejando al descubierto valores sociales ciertamente criticables -del código del honor, sobre todo-. Con esa perspectiva menos limitada lo entenderíamos como manifestación de la indefensión del individuo -no de la mujer-, víctima de la sociedad: por un lado, la sociedad con su entramado de ideologías, pautas, preceptos...; por otro, los hombres con su código de valores que, en este supuesto, sufrirían el daño impotentes ante los designios del destino o de las normas sociales.

Continuando con la cuestión de la conducta femenina y las limitaciones sociales, una muestra impresionante de mujeres activas la tenemos en *Fuente Ovejuna*. Las mujeres también se levantan, ¿en defensa de la justicia? ¿del honor?, ¿en la venganza?, ¿en solidaridad con los

hombres?. En cierto modo, fue la arenga de Laurencia la que acabó por inclinar a los varones a la acción y, una vez que ellos luchan, también las mujeres quieren combatir.

Debemos pensar que, tal vez, las cosas en la vida cotidiana serían como Lope nos insinúa: comentamos cómo el matrimonio de Laurencia *aparentemente* lo decide Esteban pero, en realidad, es ella quien se sale con la suya, y cómo *-también en apariencia-* los hombres deciden acabar con la tiranía del Comendador, pero movidos por el agravio a sus mujeres y la exhortación a la justicia que hace la citada Laurencia. Se mantienen, pues, las formas de preeminencia masculina -formas por supuesto *de iure* pero también guardadas *de facto-* aunque en el fondo la mujer<sup>292</sup> pueda tener tanta influencia en las decisiones de la comunidad -sobre todo en el ámbito familiar y local campesino- como cualquier otra persona, aunque ésta haya de ejercerla por la única vía de que dispone, por medio de su ascendiente sobre los hombres que la rodean: predominio en el terreno doméstico, imprescindibilidad en las labores agropecuarias, autoridad sobre los hijos por su papel educador-transmisor, influencia afectiva -esas *malas artes* siempre entendidas como las *armas de mujer* para conducir al varón.

Podría parecer, si nos centrásemos en la picaresca de Castillo Solórzano que *en estas familias se cuidan de las necesidades físicas de*

---

<sup>292</sup>La mujer *normal*, la esposa, la hija, la vecina; no el estereotipo de los refranes, las sátiras o las coplas, no las dueñas ni las *feas* ni las viejas melindrosas ni las damas de guardainfante ni las hechiceras alcahuetas...

*la joven, pero hay poca interacción emocional entre padres e hijas*<sup>293</sup>.

Verdaderamente, la emotividad, el amor y sus manifestaciones afectivas apenas están estudiados para la época<sup>294</sup>.

Esa escasa "interacción emocional" no se da sólo entre padres e hijas, sino que, como hemos señalado, también era frecuente en el momento de contraer matrimonio, concertado con especialísima atención a la dote y otras consideraciones de índole socio-económica.

Pero aún más, parece evidente que las manifestaciones de cariño entre padres e hijos varones no serían precisamente algo habitual; muy al contrario, su educación -tanto de caballeros como de campesinos y, no digamos, de marginados- debía ser bastante ajena a muestras de sensibilidad familiar y más aún procedentes de quien encarnaba la autoridad. De modo que hemos de ser prudentes al mostrar situaciones femeninas que pueden responder más propiamente a actitudes generalizadas.

Abundando en este sentido, para Pérez-Erdelyi la novela picaresca *presenta a la mujer según las convenciones ascéticas de este género, es decir que se caracteriza por la misoginia* y cita a Hanrahan para afirmar que *de ordinario la mujer en la picaresca aparece como lasciva y avariciosa tentadora. Este menosprecio de la mujer surge como advertencia del peligro que para la sociedad representa cuando a la mujer se le da libertad*<sup>295</sup>. Pero ese "menosprecio de la mujer" ¿no

---

<sup>293</sup>PEREZ-ERDELYI, Mireya, *op.cit.*, pág. 50.

<sup>294</sup>Salvo en el caso de constituir obras de arte como los poemas amorosos de Quevedo que, en este sentido, plantearían toda una serie de cuestiones: ¿son puro convencionalismo?, ¿son sinceros?, ¿cómo interpretarlos con respecto al resto de su obra?, ¿cómo entenderlos desde su vida amorosa y su trato real con las mujeres?.

<sup>295</sup>PEREZ-ERDELYI, Mireya, *op. cit.*, pág. 21.

surgirá más como ejemplo de lo que ocurre al desviarse el individuo - no sólo la mujer- del orden social establecido cuando se le da, efectivamente, libertad?, ¿como consecuencia de un modo de obrar individual improcedente por su franqueza más que como enseñanza preventiva de procederes femeninos?.

Volviendo a *El médico de su honra* como referencia, podemos precisar algo sobre las relaciones personales. Cuando decíamos que la tragedia de Mencía era, en cierto modo, consecuencia de la incomprensión y la incommunicación en el matrimonio, estábamos también limitando una realidad que, con criterio un poco más abierto, pronto se nos representa como general incluso en esa misma comedia; sería más correcto hablar de la incommunicación en la sociedad, puesto que afecta a todos los personajes, sin distinción de sexo ni de condición, incapaces de entenderse o de explicarse abiertamente.

La falta de comunicación puede ser uno de los temas más sugerentes del Barroco o, mejor dicho, que el lector de hoy encuentra en la literatura barroca, puesto que su presencia no se debería a una actitud consciente -crítica, se supone- de los autores. Y es que, tal vez, ¿no podría entenderse el honor como un código que hace que se obvie la necesidad de comunicación al ser sustituida la relación espontánea y emotiva por una serie de valores admitidos y unas normas de comportamiento predeterminadas en una cadena si no lógica sí al menos ineludible e irreplicable? ¿No es la cultura del Barroco -en su sentido más *maravalliano*- una imposición de mentalidad, sin reciprocidad, sin admitir el diálogo en lo legal, en lo moral, en lo institucional, en lo teatral...? Naturalmente, todo ello en teoría, en una teoría perfecta y a un tiempo no manifiesta. A eso nos referíamos



cuando pretendíamos interpretar *El médico de su honra* subrayando que la incomunicación no es sólo entre el marido y la mujer sino que se trata de una situación general familiar o social si se quiere. Tomando como ejemplo de esa interpretación intencionada el caso de *El imposible vencido*<sup>296</sup> podríamos también decir que la incomunicación no es sólo entre padre e hija sino que se correspondería con un conflicto entre generaciones que lo alejaría de la dialéctica entre sexos, del debate sobre el sometimiento femenino, trasladándolo de nuevo al omnipresente entre individuo y poder -llámese Estado, esposo, familia, moral, honor, sociedad...-.

No obstante, como ya advertimos, la diferencia de trato en la literatura consiste sobre todo en que encontramos con frecuencia descalificaciones generales de la mujer mientras que leemos apenas alabanzas particulares<sup>297</sup>, y en que dichas desacreditaciones se sustentan en una tradición religiosa y social muy enraizada en la mentalidad popular y recogida en una legislación que, más que discriminar, subordina a la mujer, lo que presupone la aceptación de su natural inferioridad -obviamente, por voluntad del Creador- con respecto al hombre.

De todos modos, el ambiente -incluso el de mentalidad mas

---

<sup>296</sup>ZAYAS, María de, *El imposible vencido*, novela en la que los padres de Leonor intervienen en los amores de su hija con don Rodrigo, atendiendo más a consideraciones económicas que al gusto de su hija, engañándola con la falsa muerte de Rodrigo que le obliga a aceptar a don Alonso -mejor partido- por esposo.

<sup>297</sup>Aunque alguna excepción de alabanza generalizada del mujerío podemos encontrar. Así, Lope, tras repasar diversas clases de mujeres, concluye:

*pero en siendo mujeres, sean morenas  
sean blancas o no, todas son buenas.*

LOPE DE VEGA, *Las bazarrias de Belisa*, cfr. ARCO Y GARAY, Ricardo del, *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*, Madrid, R.A.E., 1942, pág. 300. *Vid.*, anexo ¿? con el texto completo.

abierta- recoge siempre esa discriminación profunda, cimentada en el valor mismo que se atribuye a las personas, como hemos podido comprobar a lo largo de este trabajo. Incluso si tratamos de recurrir a posibles precedentes que nos muestren otra actitud, leeremos, como en *Utopía*; cómo

*a cargo de las mujeres esta la cocción y aderezo de las comidas, y, en una palabra, toda la preparación de la mesa. Este trabajo lo hacen las mujeres por turno, según las familias.*

.....  
*Los maridos castigan a las mujeres; los padres a los hijos, a menos que la gravedad del delito exija un escarmiento público<sup>296</sup>.*

Ni siquiera quedaba, pues, la posibilidad de acudir a una sociedad imaginaria, ideal o igualitaria como referencia deseable.

---

<sup>296</sup> MORO, Tomás, *Utopía*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, págs. 132 y 165.

### CAPITULO III

## SITUACION SOCIAL Y PERSONAL

#### 1. MUJER Y SOCIEDAD: CONSIDERACION SOCIAL.-

##### 1.1. La condición femenina en la sociedad estamental española.

Para comenzar nada mejor que la propia definición que nos da Sebastián de Cobarruvias de la mujer:

*MUGER.- Del nombre latino mulier, a mollitie (ut inquit Varro) inmutata et detracta litera, quasi mollier, et proprie mullier dicitur quae virgo non est. Muchas cosas se pudieran dezir en esta palabra; pero otros las dizen, y con más libertad de lo que seria razon.*

*Lo que yo dire aora se entiende de las que huyendo la modesta compostura de su obligacion, viven con desahogo, afloxando las riendas a su natural, para que corra libre y*

*desbocado hasta precipitarse; no de las cuerdas y recogidas, cuyo honor es su destino a quien consagran el recato, la honestidad y el recogimiento, que éstas han sido crédito y lustre de naciones y monarquias. Esto presupuesto, digo con San Máximo que la mala es tormento de la*

*casa, naufragio del hombre, embaraço del sosiego, cautiverio de la vida, daño continuo, guerra voluntaria, fiera doméstica, disfrazado veneno y necesario: Mulier mala viri naufragium, domus tempestas, quietis impedimentum, vitae captivitas, damnum quotidianum, pugna voluntaria, bellua conviva, exornata scila, malum necessarium, San Máximo, sermón 9. Somos, dixo una, para dar consejos muy pobres, para acarrear daños y desdichas poderosísimas y en la fábrica de un engaño grandes artifices: Mulieres sumus ad omnia consilia pauperrimae, malorum autem omnium artifices sapientissimae, Eurid. apud. Pol. Vio Diógenes pendientes infamemente de un olivo a unas que la justicia avia castigado con aquel suplicio y dixo: ¡Ojalá todos los árboles del mundo llevaran este fruto!: Utinam et caeterae arbores similem ferrent fructum! Geroglífico de la muger lo es la nao combatida del levante o norte entre sobervias olas acosada y ésta: A vento. En Athenas pusieron este M.M.M.M.; dieron aquellos ingenios floridos diferentes salidas y varias explicaciones sin acierto, sólo Platón le logró poniendo al pie de las letras: Mulier mala mors mariti. Casóse con una de estatura desmedrada Demócrito, siendo él de grande y crecida, y preguntándole por qué se avia casado con muger tan pequeña respondió: Elegí del mal el menor. Finalmente, hablando Marco Aurelio de las mugeres dize: El amor de todas se puede dixerir con sola una píldora, y la pasión de una sola no se desopilará con todo el ruybarbo de Alexandria."*

Por supuesto, en la definición de Cobarruvias de "hombre" o de "barón" no se contiene el más mínimo aspecto peyorativo, mientras que ésta de "muger" deja a un lado cualquier valoración positiva para hilvanar una serie de tópicos misóginos respaldados en autoridades de la Antigüedad y de la Iglesia. Si ésta era la consideración que se plasmaba en el *Tesoro de la Lengua* no debe extrañarnos el torrente de lugares comunes alimentado de chascarrillos, refranes, fábulas, sentencias cercanas a la superstición, referencias a las Sagradas Escrituras, etc., que atraviesa nuestra literatura del Siglo de Oro, sin duda procedente de una mentalidad popular que así lo venía transmitiendo desde tiempo atrás, filtrándolo a las capas más altas de la sociedad que lo reflejan modificado en sus comportamientos y convertido, una vez más, en arma ideológica para defender sus propios intereses, en espejo donde se miran las capas populares sin reconocer en él sus propias aportaciones. La ley, claro, como hemos visto, no

podía ser ajena a unas opiniones que hasta la propia Iglesia se encargaba de fomentar con los sermones inflamados que demonizaban a la mujer o con reglamentaciones discriminatorias.

Es evidente que para entender la condición femenina en aquella sociedad hemos de partir de una concepción cristiana del mundo y de un orden social conformado en la defensa de una ideología jerarquizante y teocrática.

Como afirma Mariló Vigil, *en los siglos XVI y XVII, los libros de doctrina destinados a mujeres incluían normalmente cuatro estados: doncella, casada, viuda y monja. Establecían una diferenciación entre los estados civiles y el religioso, y los estados civiles se configuraban según la posición de las mujeres dentro de la familia. Lo que significa que, desde el punto de vista de la ideología dominante, no se concebía, más posiciones femeninas que aquellas que cercaban a las mujeres dentro del ámbito de lo familiar*<sup>299</sup>.

Qué duda cabe que en esa visión cristiana del mundo, plasmada por los teólogos, se reserva al varón un papel creador, asociado casi a la obra divina, mientras que a la mujer se le atribuye una función meramente pasiva, como sostiene Tomás y Valiente:

Es el varón el que constituye un socio, un colaborador de Dios en la creación continua, porque es en él, en su semilla, en el semen donde existe la potencia que permitirá la aparición de futuros y nuevos seres humanos. En tal sentido, la labor de la mujer es pasiva, no creativa. La mujer es un simple vaso en donde se deposita el

---

<sup>299</sup> VIGIL, Mariló, *op. cit.*, pág. 11.

semen, un mero receptáculo también necesario, ciertamente, pero simple y pasivo en la labor de la procreación<sup>300</sup>.

Esa apreciación de la mujer derivada de su papel en la procreación, en la función más vinculada a la propia obra y voluntad del Creador, con toda seguridad está en el origen de la supeditación de la mujer a la *actividad* del varón en todos los campos, al menos, claro está, de un modo teórico. Precisamente, uno de los problemas que se nos plantea es si esa consideración de la mujer era algo secular, tradicional, apegado a una mentalidad ya muy antigua, o si por el contrario se puede apreciar una evolución en este tipo de comportamientos desde un pasado en el que quizá se disfrutase de una mayor igualdad que fue derivando hacia esa separación. Lo cierto es que entonces se pensaba en una mujer llena de virtudes que se podían resumir en su pericia para pasar desapercibidas en la sociedad y en su conformidad a estar sometidas a la voluntad del padre o esposo. Aunque desde luego cuesta trabajo pensar que la realidad fuese esa, mujeres sumisas y silenciosas como algunos moralistas pretendían y defendían<sup>301</sup>. Doncellas en cuyo comportamiento recatado no podía caber alzar los ojos del suelo ni mirar a la cara de los desconocidos<sup>302</sup>.

El profesor José-Gentil da Silva defiende un desarrollo en tres etapas que él define *a) de la complicidad entre hombres y mujeres dentro de la igualdad, se pasó b) a una competencia que aisló primero*

---

<sup>300</sup>TOMAS Y VALIENTE, Francisco, "El crimen y pecado contra natura", en *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*, Madrid, Alianza Editorial, 1990, pág. 35.

<sup>301</sup>ANDRADE, Alonso de, *op.cit.*, II Parte, Libro IV, cap. 33, "Del silencio que deven guardar las mugeres y especialmente las Esposas de Christo a imitacion de Nuestra Señora".

<sup>302</sup>MARTIN GAITE, Carmen, *Usos amorosos del dieciocho en España*, Madrid, Siglo XXI, 1972, pág. 94.

a unos de otras y c) finalmente los opuso brutalmente. Estamos hablando, conviene no olvidarlo, de la época de la división del trabajo, que sólo tenía por objetivo el afán exclusivo de ganancias y de poder<sup>303</sup>. La tesis que sostiene, si bien muy sugerente, presenta objeciones importantes, tanto que llegan a negarla. Se nos presenta una primera mitad del siglo XVI idílica para el amor, tolerante, complaciente, *amable* como el mismo autor la define, en la que las mujeres gozaban de una considerable libertad e igualdad que hace extensible al terreno de lo económico y, aún más forzosamente, al trabajo y la producción femeninos, o a su capacidad de iniciativa. Culpa a la economía monetaria y a las relaciones comerciales del cambio de situación que sólo dejaban a la mujer dos vías de liberación: la prostitución y el matrimonio<sup>304</sup>; las mujeres comienzan a ser vistas como competidoras, esto afecta al modo de entender el matrimonio, a la literatura, al Derecho, al modelo de familia<sup>305</sup>, a las relaciones de trabajo en las que se atribuirían a las mujeres los peores oficios, lo que se ve acentuado por el interés en alejarlas de la cultura. Por último, todo ello derivaría en el aislamiento, encastilladas en las consideraciones emanadas de su físico -por un lado, la admiración que

---

<sup>303</sup>SILVA, José-Gentil da, "La mujer en España en la época mercantil: de la igualdad al aislamiento", en *La mujer en la Historia de España (siglos XVI-XX)*, Actas de las Segundas Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, organizadas por el Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 1984, págs.11-33.

<sup>304</sup> *Ibidem*, pág.19.

<sup>305</sup>Al respecto afirma: "Si alguna vez la familia patriarcal se ha citado como ejemplo digno de imitación, principalmente por razones políticas, la familia nuclear, en cambio, que nace con la movilidad de las gentes, viene a agravar la inseguridad y avivar la agresividad, al tiempo que empobrece las indispensables relaciones afectivas", *ibidem*, pág. 23.

debe suscitar, por otro las exigencias de la virginidad y aún los condicionamientos de su propia fisiología<sup>306</sup>- y de su mentalidad -objeto de toda clase de vituperios en la época-, y del carácter agresivo de la sociedad que tornaría también agresivas a las mujeres. No obstante, cree que, en cierto modo, la igualdad resistió más en la Península, a la que atribuye una tradición de *civilización matriarcal o, por lo menos, igualitaria*<sup>307</sup>. Su planteamiento resulta mucho más correcto en el cuadro final en el que nos muestra las relaciones forzadas por la mentalidad y las situaciones sociales y económicas que en esa presentación inicial en la que la mujer gozaría de una posición y una consideración que no creemos que se corresponda mucho con la tradición cristiana, ni con lo que recogen literatura ni legislación -que, por cierto, no cita- ya en la Edad Media. Al respecto el profesor Valdeón afirma tajantemente: *La situación de la mujer en la familia campesina medieval, al margen de esa situación específica [se refiere a la especial consideración hacia la mujer encinta], era de rotunda inferioridad, si bien advierte una cierta mejoría desde los siglos XII y XIII que atribuye al significado del matrimonio cristiano, pero también al progreso de la devoción mariana e incluso a la influencia del amor cortés*<sup>308</sup>.

---

<sup>306</sup>"La menstruación -sostiene- se reconocía en todas partes como el signo manifiesto de la inferioridad de la mujer", *ibidem*, pág.27. Cita a P. CRAWFORD, "Attitudes to menstruation in Seventeenth-Century England", *Past and Present*, 1981, nº91, págs.47-73.

<sup>307</sup> *Ibidem*, pág.33.

<sup>308</sup> VALDEON BARUQUE, Julio, "Los campesinos medievales", *Cuadernos historia* 16, nº 128, pág.14.



Es cierto, en cualquier caso, que se produjo un cambio en el modo de ver a la mujer, pero no creemos que sobreviniera desde un período de mayor igualdad, sino desde unos planteamientos misóginos -como ya veremos- enraizados más bien en conceptos morales que pasarán a ser completados por otros componentes de carácter social. Enlazaríamos así con uno de los puntos esenciales de la cultura del Barroco:

*el control social, el apuntalamiento de un mundo en crisis, la fijación funcional de cada individuo en el lugar estamental, ideológico y familiar que es considerado deseable para el mantenimiento y reproducción de unas estructuras que se pretenden inmutables, precisamente en el momento en que empiezan a resquebrajarse. Para ello el Antiguo Régimen contó, entre otros, con un instrumento de integración y control social que le es propio: el honor<sup>309</sup>.*

Esa consideración derivada de la tradición cristiana -en la que más adelante insistiremos- y en el papel que ésta reservaba a la mujer en la procreación tuvo la lógica correspondencia en la deformada visión médica y aún anatómica con que se pretendía estudiar a la mujer. Fueron varios los autores de la época que trataron el asunto, aunque todos con planteamientos similares, por nacer de unas creencias forzosamente ortodoxas; seguiremos lo que al respecto escribía Juan Valverde de Hamusco, autor de uno de los mejores tratados de Anatomía del Renacimiento -tras el celeberrimo de Vesalio- su *Historia de la composición del cuerpo humano*<sup>310</sup>, publicada en Roma en 1556, obra muy leída en Europa hasta avanzado el siglo XVII, que conoció numerosas ediciones,

---

<sup>309</sup>SANCHEZ LORA, José Luis, *Mujeres, conventos y formas de la religiosidad barroca*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1988, pág.41.

<sup>310</sup>VALVERDE DE HAMUSCO, Juan, *Historia de la composición del cuerpo humano*, Roma, por Antonio Salamanca y Antonio Lafreii, 1556, reproducción facsímil coeditada por la Fundación de Ciencias de la Salud y la Sociedad Estatal Quinto Centenario, con presentación de Pedro Laín Entralgo, Madrid, 1991.

y con la que trató de paliar el gravísimo desconocimiento anatómico que había en su tierra, puesto que *la disección de cadáveres humanos era "cosa fea" en aquella España*<sup>311</sup>; a pesar de esa actitud renovadora, sus ideas sobre la mujer no dejan de ser bien significativas, integrándose a la perfección en este marco que venimos describiendo. El médico se ve en una doble disyuntiva: por una parte la de pensar qué básicamente la mujer fue creada como el hombre y que sus órganos reproductores son los mismos modificados y por otra lo que ello implica de participación activa de la mujer en la procreación en una posición prácticamente de igualdad con el hombre. Así, al comienzo del capítulo XII *-De los organos del hombre, que sirven a la generacion-* dice:

*Todos los Medicos y Filosofos [luego en esta parte no se ciñe estrictamente a la comprobación anatómica] concuerdan en que lla semiente del hombre concurre principalmente al engeñar del niño, pero si la mujer echa simiente o no, y si la echa, si sirve de materia y la del hombre de darle ser y figura, como haze el cuajo a la leche, quando se haze el queso, o si de entrambas juntas (aunque no yualmente) se haga, aun esta por averiguar*<sup>312</sup>;

con lo que se cura en salud y deja claro que, en caso de que la mujer participe en la generación, *el hombre concurre principalmente*. Y, en efecto, aunque dice *que assi la mujer como el hombre echa simiente* según le dieron fe muchas mujeres -los límites de la honestidad no permitían otros conocimientos más prácticos a los médicos-, porque *es indicio el ver que tienen los mesmos organos que el hombre*, confiesa

---

<sup>311</sup> *Ibidem*, presentación de Laín Entralgo, sin numerar [pág. 2]. Así lo comenta el propio Juan Valverde en su dedicatoria al cardenal don Juan de Toledo, arzobispo de Santiago, del que era médico: *considerando Illustrísimo Señor la gran falta que la nacion nuestra tiene de hombres que entiendan la anatomia assi por ser cosa fea entre Españoles despedaçar los cuerpos muertos como por aver pocos...*

<sup>312</sup> *Ibidem*, f. 65 v.

que esa razón no le convence demasiado *porque tambien tienen los hombres tetas ni mas ni menos que las mujeres, y no por esso tienen leche*<sup>313</sup>. En confirmación de esa coincidencia de órganos, dedica el capítulo XV a *los compañeros de la mujer* y lo comienza de esta forma tan poco científica pero que nos es de enorme interés como exposición de su mentalidad y de la de toda una época:

*Yo quisiera con mi honrra poder dexar este capitulo, porque las mujeres no se hizieran mas sobervias de lo que son, sabiendo que tambien ellas tienen compañeros como los hombres, y que no solamente suffren el trabajo de mantener la criatura dentro de sus cuerpos, como se mantiene qualquier otra semiente en la tierra, pero que también ponen su parte, y no menos fertil que la de los hombres pues no les faltan los miembros en que ella se haze empero forçado de la historia mesma no e podido hazer otra cosa. Digo pues, que las mujeres no menos tienen compañeros que los hombres, aunque no se vean por estar metidos dentro del cuerpo, como fue necessario aviendo de concebir dentro de si mesmas...*<sup>314</sup>.

Es decir, se mantiene esa concepción de la mujer como varón imperfecto, pero de ella se deduce como consecuencia indeseada su colaboración en la creación de una nueva vida.

Naturalmente, las diferencias entre el hombre y la mujer se hacen patentes ya desde la gestación, puesta que la simiente

*comiença luego a tomar figura de hombre lo qual haze si es macho en treynta dias, si hembra en quarenta [...]. Despues de lo qual se le infunde el anima, porque primero no tenia mas vida dela que las yervas y plantas tienen [...] que es en el macho a los tres meses, en la hembra a los quatro*<sup>315</sup>.

De modo que el varón lo es antes y recibe primero su alma, favorecido por tanto por la divinidad.

---

<sup>313</sup> *Idem.*

<sup>314</sup> *Ibidem*, f. 68 v.

<sup>315</sup> *Ibidem*, f. 69 r. y v.

## **1.2. El concepto de honor y la mujer.**

### **a) Concepto personal de honor.**

En relación con este tema, es claro que debemos seguir de modo preferente los trabajos de Maravall en sus certeros y convincentes planteamientos. Hemos, por tanto, de acercarnos a la cuestión del honor situándola siempre en el marco de la sociedad estamental, entendiéndola como uno de los ejes de esa sociedad tradicional muy enlazada, al mismo tiempo, con la estructura interna de la misma. Y es que, efectivamente, no podemos deslindarlo de todo un complejo de factores que se integra en el sistema social.

La estructura de esa sociedad viene determinada por una serie de funciones conservadoras, unas retribuciones compensatorias y unos valores de integración -principios que hacen posible su existencia misma-, organizándose así el propio ser colectivo del grupo. Se establecen de ese modo status determinados por las funciones, el papel social, el prestigio, el reconocimiento, las compensaciones de cada miembro del grupo. En relación con ese rango, determinado por unos factores jerarquizadores se halla el honor que se atribuye a cada uno<sup>316</sup>.

A la vez, el honor organiza también el sistema estamental, contribuyendo a distribuir en cada uno de ellos la función social, la

---

<sup>316</sup>MARAVALL, José Antonio, *Poder honor y élites en el siglo XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1989 (3ªed.), págs.14-17.

disposición de bienes, las relaciones de poder, la estima o mérito, los hábitos sociales admitidos y esperados, etc. De ese modo, "*en el sistema estamental todo cuanto el hombre es equivale a lo que es en la sociedad*"<sup>317</sup>.

Sin embargo, la jerarquía señorial de esa estructura de estamentos no se organiza, ni mucho menos, sólo en torno al honor, sino que es fruto de la interacción del status social y económico, con esos valores.

En definitiva, *honor es el premio de responder, puntualmente, a lo que se está obligado por lo que socialmente se es, en la compleja ordenación estamental*<sup>318</sup>. Hay que suponer que esa situación, esa actitud -muy en relación con la conciencia estamental- se ve fomentada y exagerada, por un lado, en la acentuación de sus exigencias de exclusividad y, por otro, en el efecto de imitación que se desencadena, por el que el caballero se convierte en *el espejo en el que han de contemplarse los que están por debajo [...]*. El honor, por tanto, *proporciona un nexo entre los ideales de una sociedad y la reproducción de esos mismos ideales en el individuo, por la aspiración de éste a personificarlos*<sup>319</sup>.

Es precisamente esa aspiración lo que nos interesa, por cuanto impulsa al hombre -pertenezca al grupo social al que pertenezca- a adoptar no sólo unos modos de comportamiento sino incluso unos anhelos

---

<sup>317</sup> *Ibidem*, pág.27.

<sup>318</sup> *Ibidem*, pág.33.

<sup>319</sup> *Ibidem*, pág. 40.

de estima y unos esquemas de relación que, aparentemente, le son ajenos (aunque, en realidad, todo individuo de esa sociedad es a un tiempo partícipe y generador de la mentalidad originaria que derivó en esa ideología que se tiende a imitar sin reconocerla). Aquí está, pues, la trascendencia del honor, en su función alentadora de la vida social tal y cómo era admitida y no sólo como determinante moral de los comportamientos personales como se estudia en los trabajos más antiguos que sobre ello se han realizado más, desde luego, desde la perspectiva de la literatura<sup>320</sup>.

Es decir, todos se ven afectados por su virtualidad como factor integrador (también los que consideramos marginados y excluidos): por un lado -y dado el esencial valor discriminador del honor-, forman parte de un estrato determinado al que corresponden unos comportamientos precisos; por otro, son receptores de un reconocimiento, de unos privilegios distribuidos en atención al honor que les corresponde.

Como es fácil deducir, por su repetida importancia como elemento de integración, el honor viene a ser *una compensación que la sociedad concede a aquellos que asumen la carga principal en la conservación de su orden*<sup>321</sup>. Por tanto, es un reconocimiento para quienes contribuyen a mantener el orden establecido, tanto en sus fundamentos patrimoniales

---

<sup>320</sup>Así, CASTRO, Américo, "Algunas observaciones acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII", *Revista de Filología Española*, III, 1916: "El elemento central de la teoría del honor en los casuistas reside en considerar la buena fama en sí misma, como un bien igual a la vida, y en aceptar, consiguientemente, como lícito, el empleo, para su defensa y conservación, de los medios que sirven para defender la vida; y ya hemos visto que ése es el núcleo alrededor del cual se forma todo el concepto del honor en la comedia", págs. 43-44.

Ver JONES, C.A., "Honor in spanish golden-age drama: its relation to real life and to morals", *BHS*, XXXV, 1958, págs.199-210.

<sup>321</sup>MARAVALL, José Antonio, *op.cit.*, pág. 61.

y económicos, como en lo que concierne a la religión, la familia o las bases del poder político.

Sin embargo, ya hemos señalado cómo por efecto de esa actitud mimética, los marginados -vagabundos, pícaros o delincuentes de todo tipo- participan de muchas de las manifestaciones del honor, en sus hábitos, quizá en sus aspiraciones..., en el mismo sentido de su discriminación en un infra-estrato. Aunque, claro está, quedan excluidos de cualquier tipo de reconocimiento ajeno a su propio grupo, a sus propias relaciones (segregadas del mundo en el que rapiñan).

#### **b) ¿Honor femenino?**

¿Cómo participa la mujer de ese factor integrador? En su origen mismo, puesto que la función del honor comienza en la familia y, de un modo básico, tiene su plano más elemental en el honor conyugal tan tratado por nuestros dramaturgos y tan estudiado por la crítica literaria.

Lo habitual en la comedia del Siglo de Oro o en la consideración de los moralistas, e incluso en la estimación general, es pensar en la mujer como depositaria no de un honor propio, sino del honor de los varones que la rodean, de modo que su integración social se haría por medio siempre de un hombre; *"como la defensa de la masculinidad pertenece al programa integrador de la sociedad que corresponde al honor, el que defiende la honra, según la concepción masculina vigente, de la esposa, de la hermana, de la hija, libra, pues, a la sociedad de*

*un peligro disolvente*"<sup>322</sup>. Así, en toda familia (de cualquier grupo social) el honor descansaba en la fidelidad de la esposa y en la virginidad de las hijas. Temas de los que se ocupan los tratados eclesiásticos y en los que, aparentemente, la Iglesia se mostraba algo más tolerante que la sociedad civil<sup>323</sup>. Caso de infamia, corresponde al cabeza de familia la restauración de la honra por medio de la venganza:

*"Las mujeres habían sido objetualizadas y apropiadas por los hombres, pero los hombres suelen luchar y disputarse unos a otros sus objetos y sus patrimonios. La obsesión por el honor y por el adulterio femenino son contemporáneos del mito de don Juan, modelo de masculinidad agresiva que ataca a los demás en sus patrimonios femeninos, mediante el ritual estereotipado del amor cortés (que como hemos visto, fascinaba a las mujeres). El deshonor, por tanto, aparece como algo irracional que se desencadena sobre el hombre como una especie de factum griego [...]. Así es como el alienador se convierte en alienado, porque su honra, que es lo que más le importa, puede ser pisoteada por culpa, en parte, del objeto de la apropiación, la mujer"*<sup>324</sup>.

Según esto, no se consideraría el honor femenino con las mismas características que el del varón, vinculado a la defensa de unos valores sociales, sino que reduciría a la mujer a la condición de su depositaria pasiva, limitado en este caso a cuestiones de moral sexual o marital (siendo, obviamente, el adulterio la suprema ofensa a esa condición).

El sentido del honor propio en la mujer estaría, no obstante, vinculado también a *lo que socialmente es*. Precisamente, cuanto más responde a esa imagen femenina a la que nos hemos venido refiriendo,

---

<sup>322</sup>MARAVALL, José Antonio, *op. cit.*, pág.67.

<sup>323</sup>LOPEZ-CORDON, M<sup>a</sup> Victoria, *op. cit.*, pág. 32.

<sup>324</sup>VIGIL, Mariló, *op. cit.*, págs. 146-147.



mayor será el premio de su consideración social. De modo que el honor actúa, en este caso aún más si cabe, como guardián de la tradición estamental, como delator de cualquier desviación del papel social atribuido a la mujer. ¿Cuál era ese papel?, ¿qué se esperaba de ella?.

En primer lugar, una reducción de sus gustos, *en las doncellas para no perder la ocasión de marido, ya que solamente viviendo en el encierro se lograba adquirir la buena reputación indispensable para poder llegar a casarse, en las casadas porque se daba por supuesto y sin que nadie se atreviese a discutirlo que, una vez casadas, ya no tenían nada que desear y sus gustos se convertían automáticamente en los de su marido*<sup>325</sup>. Colaboraban también a la preservación del orden social al encargarse de la *formación de nuevas mujeres obedientes y sumisas, con modelos de conducta que transmitir que se reproducían idénticos de una generación a otra: la mujer como formadora de hijas a su imagen y semejanza*, algo que -como afirma, contundente, Carmen Martín Gaité- se hacía

*sin descarriarse un ápice, maquinalmente, con la sequedad y falta de viveza que confiere el no haber inventado ni descubierto ni discutido las normas que se insuflan, pero al mismo tiempo con la eficacia de lo padecido, de lo sabido de memoria, de lo irremediable*<sup>326</sup>.

Se esperaba también que se atuvieran a los cánones al uso en cuanto a la modestia en el vestido y adorno personal, no olvidemos que la opinión general *hacía vincular el concepto de lujo con el de deshonestidad. Porque, de hecho, el lujo y la ostentación se con-*

---

<sup>325</sup>MARTIN GAITE, Carmen, *op. cit.*, pág. 22.

<sup>326</sup>*Ibidem*, pág. 25.

*sideraban atributos del pecado*<sup>327</sup>. Por último y completando las anteriores, *la actitud correcta estaba compendiada en un concepto inseparable al de la doncella, plasmado en la palabra recato*<sup>328</sup>, un concepto muy relacionado con la ocultación, lo que, sin duda, resultaba un buen cebo para quienes solían sentirse atraídos por aquello que no conocían.

De modo, y resumiendo, que más que de concepto de honor deberíamos hablar de percepción del mismo, de la mentalidad que lo hace omnipresente como justificación y como escudo, que lo refleja en todos los grupos sociales y en todos los ámbitos de la vida, con la suficiente ambigüedad como para encajar en las variadas situaciones en las que se nos presenta. Y es que el honor quizá no sea sino uno de los nombres que adopta la propia mentalidad, los mismos fantasmas que ordenan los valores en un aceptado orden de moral, religiosidad, privilegios y estamentos, tradición, orgullo diferenciador, riqueza justificable o vergonzosa, caballerosidad galante o altiva, etc. Hablar de un código del honor sería tanto como hacerlo de un código de vida, distinto, en efecto, para cada grupo, según lo que tenga que perder junto con ese honor que debe y quiere defender.

En este sentido, es evidente que también existe el honor con respecto a la mujer, no sólo el que debe ser defendido por los hombres porque a ellos les afecta, sino el que incumbe directamente a las propias mujeres, esas normas que orientarán su comportamiento en la

---

<sup>327</sup> *Ibidem*, pág. 27.

<sup>328</sup> *Ibidem*, pág. 94.

mayor parte de los casos a cambio de un reconocimiento social o que marcarán casi inevitablemente a aquellas que se atreviesen -siempre conscientemente, claro- a transgredirlas.

Ni la legislación, ni la documentación en general nos ayudan demasiado a identificar la actitud femenina como generadora de honor o como sometida a él. Vemos, eso sí, al hombre -moralista, juez, administrador de cultura o de poder...- estableciendo cuál debe ser ese papel, cuyas mejores líneas son, sin duda, las de fiel transmisora a sus hijas de lo aceptado.

Sin embargo, no nos engañemos, la ficción del honor como un valor absoluto muestra muchas fisuras; en realidad, no es sino una combinación variable de principios sobreentendidos, entre los que se filtra, muy a menudo, el disolvente de la doble moral, más real probablemente que el cemento de la moral admitida. Seguramente -como más adelante veremos-, la actitud con respecto a la prostitución es uno de los casos más reveladores de esa falsa apariencia.

Sin embargo , y en general, al hablar de honor con respecto a las mujeres, se piensa siempre en la obligación del hombre de salvaguardar su propia honra en la persona y en el comportamiento de la mujer, derivada de algún modo de un cierto sentido de posesión. Esta mentalidad destaca especialmente en el matrimonio, puesto que el adulterio se considera el supremo atentado contra el honor de un marido. Y es que el mismo código del honor legitimaba la apropiación física de las mujeres por sus esposos, conscientes o no de que lo que realmente defendían era la transmisión del poder y organización de la sociedad de

un modo con el que las mujeres no disponían prácticamente de recursos para participar en él.

### 1.3. Honra y misoginia.

#### a) Raíces culturales de la misoginia.

Entenderemos por *misoginia* un cierto odio hacia las mujeres, del que se derivan valoraciones no muy elogiosas hacia sus aptitudes y comportamientos, aunque, estrictamente, se debería aplicar el término en el sentido de rehuir el trato con las mujeres.

En cualquier caso, es bien patente que lo escrito en la época que tratamos -de autoría casi exclusivamente masculina- está impregnado, con bastante frecuencia, de algo más que prevención hacia la mujer. Aunque hemos de insistir en que las manifestaciones literarias o morales, a menudo, quedarían en meros planteamientos teóricos, olvidados a la hora del trato personal, obviados en las relaciones - amorosas o no.

Como bien expresa José Luis Sánchez Lora, *todos los fundamentos doctrinales que sustentan la tradición misógina están contenidos en la Sagrada Escritura. Ya el libro del Génesis sentencia:*

*y buscarás con ardor a tu marido, que te dominará (Gén 3,16)*<sup>329</sup>.

---

<sup>329</sup>SANCHEZ LORA, José Luis, *op. cit.*, pág. 39.

Sagrada Escritura que, por otra parte, refleja la tradición judeo-cristiana y el papel que en ella se reserva a la mujer tal como se recoge en el Antiguo Testamento y se transmite en la costumbre.

En los códigos de Israel, como en los del antiguo Oriente Medio, la condición de la mujer sigue siendo la de una menor de edad: su influencia queda vinculada a su función maternal. Pero la fe en un Dios creador de Israel afirma la igualdad fundamental de los dos sexos. Sin embargo, será con el cristianismo cuando se manifieste una nueva situación de la mujer: en efecto, si según el orden de la creación, la mujer se realiza siendo esposa y madre, en el orden de esa *nueva creación* puede también realizarse por la virginidad.

En el Antiguo Testamento los sexos son un dato fundamental de la naturaleza humana: *el hombre fue creado como varón y hembra (Gén 1,27)*-. Se nos muestra una doble misión de la mujer con relación al hombre: *la mujer tiene la misma naturaleza que él -así lo comprueba el hombre ante la criatura que Dios le presenta-. Además, Adán, conforme al designio divino de darle una ayuda, semejante a él (2,18), se reconoce en ella. En el plano de la creación, la mujer completa al hombre, haciéndolo su esposo. "Esta relación hubiera debido mantenerse perfectamente igual en la diferencia, pero el pecado la desnaturalizó sometiendo la esposa a su marido (3,16)"<sup>330</sup>, y convirtiendo a toda mujer en "instrumento del demonio, engañadora de hombres que arrastra al hombre a la condenación y al pecado, de ahí que permanentemente haya de ser tutelada y mantenida en estado de sumisión"<sup>331</sup>.*

---

<sup>330</sup> LEON-DUFOUR, Xavier, *Vocabulario de Teología bíblica*, Barcelona, Editorial Herder, 1975 (7ª ed.), voz "mujer", pág. 568.

<sup>331</sup> SANCHEZ LORA, José Luis, *op. cit.*, págs. 39-40.

Mientras que numerosas religiones asimilan fácilmente la mujer a la tierra, la Biblia la identifica más bien con la vida: la mujer es, según el sentido de su nombre de naturaleza, Eva, "la viviente" (3,20). Si por causa del pecado no transmite la vida sino a través del sufrimiento (3,16), sin embargo, triunfa de la muerte facilitando la perpetuidad de la humanidad, con la esperanza de que un día esa posteridad que garantiza acabará con la serpiente.

Mientras llega ese día, la misión de la mujer queda limitada. En casa sus derechos parecen igualar a los del hombre, por lo menos respecto a los hijos, a los que ella educa; pero la ley la mantiene en segundo rango. La mujer no participa oficialmente en el culto; aunque pueda regocijarse públicamente en las fiestas (*Éx* 15,20s; *Dt* 12,12; *Jue* 21,21; *2Sa* 6), no ejerce, por supuesto, función sacerdotal; las peregrinaciones prescritas sólo obligan a los hombres (*Éx* 23,17); la esposa está incluso autorizada a dedicarse a las ocupaciones domésticas el día del sábado (*Éx* 20,10). *"Fuera del culto pone la ley mucho empeño en proteger a la mujer, sobre todo en su esfera propia, la vida; ¿no es ella misma la presencia de la vida fecunda acá abajo (p.e., Dt 25,5-10)? El hombre debe respetarla en su ritmo de existencia (Lev 20-18); hasta tal punto la respeta que le exige un ideal de fidelidad en el matrimonio, al que él mismo no se sujeta"*<sup>332</sup>. Y, lo mejor, es que esto último está dicho sin ironía.

En el transcurso de la historia veterotestamentaria, ciertas mujeres desempeñaron una misión importante, tanto para el bien como para el mal.

---

<sup>332</sup> *Ibidem*, voz "mujer", pág. 569.

También en la reflexión de los sabios, "el retrato bíblico de la mujer está firmado por hombres; si no es siempre halagüeño, no se puede decir que sus autores sean misóginos. La severidad del hombre para con la mujer es el precio de la necesidad que tiene de ella"<sup>333</sup>. Afirmaciones desde luego muy discutibles y, cuando menos, susceptibles de ironía: la primera, porque semejantes ideas responden bien a una mentalidad propia de quienes "rehuyen el trato con las mujeres"<sup>334</sup> por el expeditivo procedimiento de desplazarla a una inferior consideración; la segunda, por cuanto la necesidad no debiera justificar severidad y, en consecuencia, sometimiento, sino amor y, lógicamente, igualdad. Así se describe el sueño del varón: "hallar una mujer es hallar la felicidad (Prov 18,22; cf. 5,15-18), es tener una ayuda semejante a sí mismo, un apoyo sólido, una cerca para sus posesiones, un nido contra la invitación al extravío (Eclo 36,24-27); es hallar, además de la fuerza masculina que le hace orgulloso, la gracia personificada (Prov 11,16); pero ¿qué decir si tal mujer es además valiente (Prov 12,4; 31,10-31)? Basta recordar la descripción de la esposa en el Cantar de los Cantares (Cant 4,1-5; 7,2-10)"<sup>335</sup>.

"Mas el hombre que tiene experiencia teme la fragilidad esencial de su compañera. La belleza no basta (Prov 11,22); es incluso peligrosa cuando se une con la astucia en una Dalila (Jue 14,15ss); 16,4-21), cuando seduce al hombre sencillo (Eclo 9,1-9); cf. Gén 3,6). Las hijas dan no pocas preocupaciones a sus padres (Eclo 42,9ss); el hombre que

---

<sup>333</sup> *Ibidem*.

<sup>334</sup> y, por tanto, *misóginos*, según María MOLINER, *Diccionario de uso del español*.

<sup>335</sup> LEON-DUFOUR, Xavier, *op. cit.*, pág. 569.

se permite no pocas libertades fuera de la mujer de sus años jóvenes (cf. *Prov* 5,15-20), teme la versatilidad de la mujer, su propensión al adulterio (*Eclo* 25,13-26,18); deplora que la mujer se muestre vanidosa (*Is* 3,16-24), "loca" (*Prov* 9,13-18; 19,14; 11,22), pendenciera, desapacible y mohina (*Prov* 19,13; 21,9.19; 27,15s)<sup>336</sup>. Es ésta, a nuestro entender, la imagen que con más solidez deja fijada el *Antiguo Testamento*: inestable y caprichosa, indigna de la confianza de los hombres, ni siquiera de la de su marido. Ésta será la tradición en la que, sin dificultad, se insertan nuestros moralistas, costumbristas y literatos al desahogar sus muy ortodoxos prejuicios hacia las damas.

Pero no habría que limitar a estos cuadros de costumbres la imagen bíblica de la mujer, que -para ser justos- puede aparecer también como "figura de la sabiduría divina (*Prov* 8,22-31); manifiesta además la fuerza de Dios, que se sirve de instrumentos débiles para procurar su gloria"<sup>337</sup>.

Con el *Nuevo Testamento*, como dijimos, se completa esa imagen. La difencia la recuerda lo que todavía dice hoy la oración cotidiana del judío, suponemos que con cierta ingenuidad: "*Seas bendito, Dios nuestro, por no haberme hecho gentil, ni mujer, ni ignorante*", mientras que la mujer se resigna: "*Loado seas, Señor, por haberme creado según tu voluntad*".

---

<sup>336</sup> *Ibidem*.

<sup>337</sup> *Ibidem*.



Obviamente, en ese perfeccionamiento de la imagen de la mujer por el cristianismo tiene un papel determinante la figura de María, virgen y madre, quien *"realiza en sí misma el voto femenino de la fecundidad; al mismo tiempo revela y consagra el deseo, hasta entonces inhibido, de la virginidad, asimilada a una esterilidad vergonzosa. En María se encarna el ideal de la mujer, pues ella dio nacimiento al príncipe de la vida. Pero, al paso que la mujer de acá abajo está expuesta a contentarse con admirar la vida corporal que dio al más bello de los hijos de los hombres, Jesús reveló que hay una maternidad espiritual, fruto producido por la virginidad de la fe (Lc 11,28s). A través de María la mujer puede convertirse en símbolo del alma creyente"*<sup>338</sup>. Así se comprende que la Iglesia naciente señale el puesto y la misión desempeñada por numerosas mujeres (Act 1,14; 9,36-41; 12,12; 16,14s). Desde ahora las mujeres, y especialmente las viudas, son llamadas a colaborar en la obra de la Iglesia.

Esta participación supone el descubrimiento de una nueva dimensión de la mujer: la virginidad. Así Pablo elaborará una teología de la mujer, mostrando en qué sentido se supera y se consagra la división de los sexos. *"Ya no hay hombre ni mujer: todos sois uno en Cristo Jesús"* (Gál 3,28); en cierto sentido queda abolida la distinción de los sexos, como las divisiones de orden racial o social.

Aunque Pablo mantiene juiciosamente que *"vale más casarse que abrazarse"* (1Cor 7,9), exalta, sin embargo, el carisma de la virginidad; llega hasta a contradecir al Génesis que decía: *"no es bueno que el hombre esté sólo"* (Gén 2,18; 1Cor 7,26): los jóvenes de ambos

---

<sup>338</sup> *Ibidem*, pág. 570.

sexos pueden mantenerse vírgenes si son llamados. Así una nueva distinción entre casados y vírgenes completa la primera entre hombre y mujer. La fe y la vida celestial hallan en la virginidad vivida un tipo concreto de existencia, en que el alma se adhiere sin espasmos a su Señor (7,35). Para realizar su vocación la mujer no debe necesariamente ser esposa o madre; puede mantenerse virgen de corazón y de cuerpo.

Este ideal de la virginidad que desde ahora puede la mujer fijar y realizar, no suprime la condición normal del matrimonio (1Tim 2,15), pero aporta un valor de compensación.

*" Finalmente, una última profundización: la relación natural hombre/mujer está fundada en la relación Cristo/Iglesia. La mujer es el correspondiente, no sencillamente de Adán, sino de Cristo, y entonces representa a la Iglesia (Ef 5,22ss)"<sup>339</sup>. Naturalmente, es el varón el que se identifica con la divinidad y, de modo muy especial, con su obra creadora a la que se le asocia, mientras la mujer se asimila a la Iglesia, mucho más humana y, desde luego, devota de su hombre-Cristo.*

Aun cuando haya sido abolida por la fe la división de los sexos, ésta renace y se impone en la vida concreta de la Iglesia. Del orden que existe en la creación deduce Pablo dos de los comportamientos de la mujer. La mujer debe llevar velo en la asamblea del culto, expresando por este símbolo que su dignidad cristiana no la ha emancipado de su dependencia frente a su marido (1Cor 11,2-16), ni del segundo rango que todavía ocupa en la enseñanza oficial: la mujer no debe "hablar" en la Iglesia, es decir, no debe enseñar (1Cor 14,34; cf 1Tim 2,12); tal es el "mandamiento del Señor" recibido por Pablo (1Cor 14,37).

---

<sup>339</sup> *Ibidem.*

Pero Pablo no niega a la mujer la posibilidad de profetizar (11,5), puesto que, como en el *Antiguo Testamento*, el Espíritu no conoce la distinción de los sexos. La mujer, velada y silenciosa en el culto a fin de que sea mantenido el debido *orden*, es por otra parte estimulada a dar testimonio en casa con una vida casta y llena de respeto" (1Pe 3,1s; 1Tim 2,9); y cuando, ya viuda, ha llegado a una edad avanzada que la preserva de retrocesos, desempeña una misión importante en la comunidad cristiana (1Tim 5,9).

Ésta es la base de una tradición misógina que se desarrolló durante la Edad Media, con un carácter esencialmente moralizante, y que se fue complicando en sus formulaciones hasta dar lugar a *todo un cuerpo de doctrina ético-social con el sustento ideológico masivo no sólo de la teología, que no es nuevo, sino también de toda esa filosofía natural (esto sí lo es) que habían aportado los hombres del Renacimiento*<sup>340</sup>.

Nos hemos extendido, por su importancia esencial, al tratar de esta tradición judeo-cristiana y de su influencia en la moral por medio de una mentalidad en la que estaba profundamente arraigada. No es nada nuevo recordar que muchas de las semillas de la intransigencia, de los códigos que llevan a las exigencias de la pureza de sangre y a una estricta observancia de determinadas normas de comportamiento estaban en la práctica judía, encerrada en su ortodoxia como reacción imprescindible para su supervivencia cultural, religiosa, étnica y, sorprendentemente, nacional -como también encerraba, no lo olvidemos, aspectos

---

<sup>340</sup>SANCHEZ LORA, José Luis, *op. cit.*, pág. 40.

culturales que no tuvieron tanto éxito en su pervivencia y una consideración *mediterránea y oriental* a la vez de la vida y también de la mujer-. Pero también la tradición latina está presente por dos vías: la de las leyes -con la recuperación que, desde las *Partidas*, se produce- y desde las disposiciones eclesiásticas, asimiladas, con frecuencia, a los aspectos formales del Imperio.

Puede pensarse que, por otra parte, el mestizaje peninsular haría que la tradición musulmana distorsionase algo ese horizonte de herencias. Sin embargo, no hay apenas ni que salir del tópico para comprender que, en todo caso, la huella civilizadora del Islam fue un refuerzo más en el talante social con que se entendía la vida de doncellas, esposas, viudas, madres, hijas, amas o criadas. Caro Baroja cita la imagen musulmana que de la sociedad se ofrece en la *Suma de los principales mandamientos y devadamientos de la ley y cunna*, compuesta por un alfaquí segoviano don Iça Jedih, en 1462; en uno de sus capítulos hacía una exposición de la jerarquía social en la que la mujer ocupaba el undécimo lugar -en cualquiera de sus estados: doncellas, casadas, viudas, libres o siervas-, inmediatamente después de los que *biben usando corporalmente oficios baxos y menospreciados* y sólo por encima de los *baldíos, hombres de vida viciosa o irregular*, los que vivían, en definitiva, fuera de la ley<sup>341</sup>.

Por supuesto, se trataba de una sociedad tan teocrática como jerarquizada, que no dejaba de ser meramente teórica; lo mismo que, por su parte, la cristiana contemporánea -que después tratará de camuflar

---

<sup>341</sup>CARO BAROJA, Julio, *Las formas complejas de la vida religiosa (siglos XVI y XVII)*, Madrid, Sarpe, 1985, pág. 312, recogiendo del *Memorial histórico español*, V, Madrid, 1853, págs. 412-416.

las deficiencias, contradicciones y excesos en los falsos ropajes del Barroco-<sup>342</sup>.

Algunos de los rasgos que hemos señalado en la imagen literaria, que ya tenían muchos visos de verosimilitud por el refrendo -hiperbólico, seguro, pero respondiendo a una realidad- de moralistas y costumbristas -Andrade, Zabaleta, Remiro de Navarra, etc.-, quedan confirmados por la palabra de un personaje como Pinheiro -de algunas de cuyas opiniones ya nos ocuparemos con más detenimiento- que fijó su atenta mirada en las mujeres y -lo que es mejor para nosotros- escribió esas observaciones fruto de su vivísima inclinación. El ideal de belleza que aparecía en la literatura estaba, por supuesto, fuera de toda discusión, pero la elegancia cortesana en el vestirse, adornarse y en las maneras eran tan importantes -pese a las críticas a los excesos en esos cuidados personales- como la hermosura física; si bien en cualquier caso el mejor atributo, el que más lucimiento prestaba a una mujer no podía buscarse -por más que se tratara de aparentar por todos los medios-, pues no era otro que la juventud, y así el escritor portugués dice de alguna

*y es la desgracia que con ser aún más moza y hermosa que muchas, sólo porque lo fue mucho más, pierde lo que es y no la hacen tanta fiesta. Por donde veo cuán grande disgusto debe ser en una mujer irse haciendo vieja o fea...*<sup>343</sup>.

---

<sup>342</sup>Así, don Enrique de Villena en *Los doze trabajos de Hércules* presentaba un cuadro muy similar en el que la mujer ocupaba el último puesto; citado por CARO BAROJA, J., *op. cit.*, pág. 311, nota 24, y recogido por VINDEL, Francisco, *El arte tipográfico en España durante el siglo XVI*. Burgos y Guadalajara, Madrid, 1951, págs. 223-240, nº 68.

<sup>343</sup>PINHEIRO DA VEIGA, Tomé, *Fastiginia. Vida cotidiana en la Corte de Valladolid*, traducción y notas de Narciso Alonso Cortés (1913); edición facsímil de una de 1973; Valladolid, Ambito-Ayuntamiento, 1989, pág. 202.

No podía pasar desapercibido a Pinheiro el afán por escapar de ese hacerse vieja o fea, plasmado en los unánimemente denostados afeites. Pinheiro se fija en ellos, y los traslada de la literatura satírica y la severa condena de los predicadores a la práctica cotidiana con nombres y apellidos, así dice que en la procesión para el bautismo del príncipe -Felipe IV *el Grande*- iba

*por cabo de rosario Doña Francisca de Aragón [mujer del  
mayordomo mayor de la emperatriz María, don Juan de Borja]  
con el cabello teñido de azafrán y las pestañas de barniz,  
el rostro de almagre, la garganta de yeso y la boca del  
lustre, toda al óleo, con una mano de unto de puerco y otra  
de manteca cruda, con lo que quedaba:*

*Donna si laida, che la terra tutta*

*Né la piu vecchia avea, né la piú*

*brutta*

*Con todo, es la más querida y amada señora que hay en la  
corte, y más conocida y respetada por dama que todas<sup>344</sup>.*

Costumbre, pues, no achacable sólo a damas necias y merecedoras de infinidad de tachas, sino propia también de las más honestas, virtuosas y respetadas.

## **2. EL ESTADO MATRIMONIAL Y LA FAMILIA: ¿INTEGRACION O SOMETI- MIENTO?.-**

### **2.1. Doncella y familia: el papel del cabeza de familia.**

Hemos visto en el status jurídico de la mujer y, sobre todo, en la imagen que la literatura muestra de ella la posición en que familiarmente se encontraba; ya apuntamos entonces nuestras dudas sobre la correspondencia de esos testimonios con una realidad privada, forzo-

---

<sup>344</sup> *Ibidem*, pág. 94.

samente íntima y de la que muy pocas realidades discordantes podían filtrarse a la sociedad pública y, por tanto, tampoco a la historia.

No obstante los severos sermones, el rigor de la tradición recibida y de la doctrina enseñada, habría casos y familias en los que las relaciones serían mucho más fluidas de lo que esos arquetipos artificiales pudieran hacer pensar, en los que la afectividad permitiría eludir esa asignación de papeles opuestos que colocaba la convivencia en la dicotomía autoridad/sometimiento; casos, probablemente, más habituales de lo que parece<sup>345</sup>. Eso no quiere decir, naturalmente, que las decisiones y la representación no fueran atributo y responsabilidad del cabeza de familia, que el hombre no tuviera un evidente puesto de privilegio, pero, a menudo, no de un modo tan estricta y aún asperamente impuesto.

Lógicamente, no podemos desvincular la vida en familia de todo lo dicho sobre el honor y la honra que pesará sobre las relaciones a veces sólo por las presiones de esa conciencia social superior y omnipresente aunque no se comulgue plenamente con ella. Esa conciencia que entiende las reglas como una lógica no ya ajena al sentimiento sino, lo que es peor, convertida en falso sentimiento, en fanatismo maquillado de honestidad y nobleza, como el que lleva a un padre a admitir y perdonar la muerte de su hija por un prometido supuestamente afrentado, aunque

---

<sup>345</sup>Hoy ocurriría algo similar en la forma aunque inverso en el fondo, aunque afortunadamente cada vez menos y en menos lugares: la realidad de los textos, de los *discursos*, legales, literarios, filosóficos, políticos, doctrinales... recoge una igualdad teórica en el status de hombre y mujer, que sin embargo el comportamiento del día a día se encarga de desmentir con más frecuencia de la que imaginamos y que el historiador *contemporaneísta* debe desvelar.

luego resultase inocente la víctima, como nos cuenta Duque de Estrada de su propia experiencia juvenil<sup>346</sup>.

El moralista -y en este caso concreto el moralista bebe en las fuentes de la cultura oficial y de la tradicional- nos dirá que:

*La dueña... en todo lo que no es malo es obligada a se conformar con el querer de su marido, como el súbdito religioso a la voluntad de su prelado*<sup>347</sup>.

Sin embargo, aunque en los escenarios y en las novelas tener una hija ya fuese una desgracia para el padre, -según el refrán *mala noche y parir hija*, del que explica Covarrubias: *quando se ha trabajado en un negocio mucho, y al cabo no se sucede como se deseava*<sup>348</sup>-, también debieron abundar los padres comprensivos, dispuestos a mostrar otro talante aún en los casos que otros tomarían dramáticamente como atentados en potencia a la fama cuya custodia les correspondía; un caso así es el que, por ejemplo refiere Pinheiro en Valladolid:

*Contáronnos, al mismo propósito, que un mancebo noble acostumbraba dar música a una dama que allí tenía, hija de un regidor, y eran las once, y estaban templando las vihuelas y un arpa largo tiempo; y el padre de ella se llegó a la ventana, riendo, y dijo: "Señores, por amor de Dios, que me lleven antes la hija y no me vengán a templar las guitarras a la puerta, que no se puede sufrir oír templar"*<sup>349</sup>.

---

<sup>346</sup>DUQUE DE ESTRADA, Diego, *Comentarios del desengañado de sí mismo*, Madrid, Castalia, 1983, págs. 103-ss. De ese caso ya nos ocuparemos detenidamente al hablar de la justicia.

<sup>347</sup>TALAVERA, fray Hernando de, *De vestir y de calzar*, pág. 75, cit. por SANCHEZ LORA, J.L., *Mujeres, conventos y formas de religiosidad barroca*, Madrid, F.U.E., 1988, págs. 45-46.

<sup>348</sup>COVARRUBIAS, voz, "Hija".

<sup>349</sup>PINHEIRO DA VEIGA, Tomé, *Fastiginia*, Valladolid, Ambito-Ayuntamiento, 1989, pág.122.



En cuanto a los maridos parece más difícil desarmar el tópico, es más, probablemente no fueron pocos los que hicieron valer hasta las últimas consecuencias sus prerrogativas más exageradas. Ya citamos el caso de los esposos que decidían llevar por un tiempo prudencial a sus mujeres a la galera intentando enderezar una conducta que no les resultaba satisfactoria; encontramos también a quienes están dispuestos a ejecutar su justicia de ofendidos -la venganza- en el trance supremo contra el honor marital del adulterio; el castigo con la muerte de los adúlteros a manos del marido prevaleció a las condenas de la Iglesia y la propia justicia solía evitar intervenir en casos en que la venganza era directa y secreta<sup>350</sup>. Ya explica Tomás y Valiente cómo ese comportamiento tiene su paradigma en la aristocracia, el grupo social más obligado por el código del honor, pero también el más imitado, *contagando* la imposición de unas costumbres restrictivas y de imagen sobre todo a la sociedad urbana -y en mucha mayor medida a la cortesana-, a los militares -pretendidos partícipes de los valores caballerescos y dispuestos siempre a la exhibición de gestos de mal entendida valentía- y a los más enriquecidos del resto de la sociedad; aunque, desde luego, *los villanos estaban mucho menos obsesionados por las cuestiones del honor y su condigna defensa o venganza de lo que algunos autores de entonces y de ahora quieren hacernos creer*<sup>351</sup>. Al hablar de los límites de lo admisible, matizaremos algo más cuál era la libertad de acción de

---

<sup>350</sup> TOMÁS Y VALIENTE, F., *El Derecho Penal de la Monarquía absoluta (siglos XVI-XVII-XVIII)*, Madrid, Tecnos, 1969, pág. 71.

<sup>351</sup> *Ibidem*, pág. 75.

las esposas en determinadas condiciones, singularmente en el Madrid - o el Valladolid- cortesano.

### 3. POSIBILIDADES DE VIDA INDIVIDUAL.-

#### 3.1. La protección de la fama como limitación.

Si en algún caso la valoración de un hecho y de sus consecuencias varía según sea éste público y notorio o bien íntimo y secreto es, desde luego, en el caso del honor. Por ello, lo primero que debía ser defendido de cualquier sombra de duda era la *fama* -*todo aquello que de uno se divulga, ora sea sea bueno o malo*<sup>352</sup>- y, claro, en buen modo de preservarla era acentuar el control sobre la actividad *visible* de la mujer.

Todo lo dicho sobre las costumbres recomendadas y gran parte de las normas sociales, familiares o personales admitidas no estaban encaminadas a otra cosas -y así lo procuraba la educación- que a impedir que la fama fuese puesta innecesariamente en cuestión.

También la sociedad trató de colaborar con sus normas a esa conservación del buen nombre -bueno desde el punto de vista de la honra-, aunque en esas disposiciones hubiera además otros claros propósitos de preservación de un status, si bien presentados siempre bajo esa apariencia de protección, paternalista incluso en la falsa aceptación de los deberes del padre con el honor *familiar*. En Madrid, esas funciones las asumió sin problemas la Sala de alcaldes de casa y

---

<sup>352</sup>COBARRUVIAS, voz "Fama".

corte, que desde un principio se arrogó entre sus atribuciones la de velar por las *buenas costumbres* cortesanas, campo éste en el que naturalmente atendieron sobre todo a la fuente de las malas costumbres y no a las víctimas, es decir, a las mujeres -las de mala vida o las potencialmente peligrosas (todas) para la firmeza moral de los indefensos varones (las posibles víctimas)-.

Para la conciencia que los moralistas pretendían inculcar, casi cualquier cosa podía cuestionar la fama, pero ya veremos en seguida cómo, sin embargo, socialmente los comportamientos admitidos eran muy otros, bien distintos a estas propuestas.

Indudablemente, el modo más seguro de proteger la fama era el mismo que el sugerido para que una doncella fuese honesta -pues, ya es sabido que no basta con serlo sino que hay también que parecerlo-: el recogimiento. Ya lo decía Andrade:

*...guardándose entre las paredes de su casa, y en lo más retirado della, sin salir a la puerta, ni a la ventana, y mucho menos a la calle, si no es acompañando a sus madres, y con precisa e inescusable causa, ninguna se ha perdido por recogida y muchas por salir fuera*<sup>353</sup>.

Pero, además, debía cuidarse cualquier apariencia para que no cupiesen dudas. Así, si estando en ese encerramiento acudía a propor-

---

<sup>353</sup> ANDRADE, Alonso de, *Libro de la guía de la virtud y de la imitación de nuestra Señora*; 3 vols., Madrid, por Francisco Maroto, 1642-1646; libro III, cap 11; tomo I, f.207. Inmediatamente veremos cómo, afortunadamente para las relaciones sociales, esta no era en absoluto la norma de comportamiento; tal vez sí en cierto modo para las doncellas, aunque la compañía de sus madres -por ejemplo, en los coches y conversaciones galantes que citaremos- no era en absoluto para mostrarles devociones y recato sino para enseñarles a desenvolverse en sociedad.

cionarle la elemental educación que bastaba a la mujer un maestro, debía reunir algunas condiciones<sup>354</sup>:

*...ha de ser persona de canas, de conocida virtud, de buen exemplo, especialmente de mucha honestidad, assi en sus acciones, como en sus palabras, y modo de proceder, y nunca les ha de dar lición a solas, sino en presencia de sus mismos padres y de personas de toda confianza, en que se deve poner sumo cuidado, porque es de mucha importancia, y anda muy solícito el Demonio...<sup>355</sup>.*

Sin embargo, lo que había que evitar a toda costa era que las doncellas aceptasen nada de ningún hombre, lo que supondría un favor y una obligación, y con lo que, por tanto, la fama podía quedar empeñada, por muy inocente que fuese todo:

*...se han de guardar de recibir villetes y joyas o dadivas sin orden y licencia de sus padres y de sus Confessores, a quien han de dar cuenta de todo lo que passare por su alma y tomar su consejo en todas las cosas que les sucedieren, y si por algun camino viniere a sus manos algún villete sin su voluntad<sup>356</sup>, no le reciban, y si le hallaren en su aposento, quemenle sin abrirle, como carta apestada, porque trae el veneno de la muerte y el contagio de su alma, y quien recibe se obliga, y quien se obliga se vende, y queda esclavo, y no libre...<sup>357</sup>.*

Desde luego, si lo que se pretendía era impedir toda relación espontánea y sentimental de los adolescentes y jóvenes era ese un buen expediente, pues no debía ser muy romántica ni atractiva la idea de un

---

<sup>354</sup> La literatura parece dar aquí la razón a Andrade, cuando nos muestra algunos falsos maestros que se sirven de esa condición para acercarse a las damas.

<sup>355</sup> *Ibidem*, libro I, cap. 26, tomo I, págs. 193-194.

<sup>356</sup> Sin embargo, también los hombres recibían billetes y no siempre en respuesta a los suyos, sino a veces por iniciativa de la dama como le sucedió al aturdido Píndaro: *mas en el interin, al cabo de seis días, amaneció en mi cama otro villete semejante al passado, cosa que me dexó aún más cuydoso que la primera vez...*, CESPEDES Y MENESES, Gonzalo, *Varia fortuna del soldado Píndaro*, libro II, cap. IV, vol 2, pág. 30.

<sup>357</sup> *Ibidem*, libro III, cap. 12, tomo I, f. 211.

galanteo con el buen confesor en medio, aconsejando y escuchando los ofuscados sentimientos y las fogosas razones del amor. Por supuesto, regalos y cartas fueron recibidos si así convenía al destinatario de ellos.

### **3.2. Disposiciones restrictivas.**

Como decíamos, la Sala de alcaldes de casa y corte tomó varias medidas que pueden entenderse como restrictivas de la libertad femenina, unas para proteger a las mujeres o a su fama de posibles agresiones, otras para que su sola presencia no fuese una "provocación" a la debilidad masculina. En cualquier caso, afectaban tanto a sus oportunidades de trabajo, como a su libertad de movimientos o a sus posibilidades de divertirse y ocupar su tiempo libre.

El caso de las medidas adoptadas por los alcaldes respecto al teatro y las mujeres es bien significativo. La vigilancia de los corrales era una de las atribuciones más características de la Sala; en lo relativo a las comedias nos encontramos con disposiciones que conllevaban al menos los tres tipos citados de consecuencias; eran medidas, a veces adoptadas por otra institución -el Consejo, generalmente- pero puestas en vigor por la Sala, aunque su efectividad tuvo sólo una vigencia circunstancial; aunque ahora nos basta el hecho de que se llegasen a dar y a hacer públicas.

Efectivamente, algunas iban encaminadas a proteger a las mujeres que asistían a las comedias de las miradas, comentarios y posibles proposiciones o agresiones a su fama por parte de los varones. Al parecer, era muy común que en las puertas por las que las mujeres

accedían a los corrales de comedias -separadas a las usadas por los hombres, igual que dentro se mantenían también distanciadas, en la cazuela- se formasen corrillos a la entrada y salida para fisgar y dirigirse a las mujeres, o para esperarlas por alguna cita acordada de antemano, lo que ocasionaba escándalos, y alguna otra pelea galante o no tanto. Por eso, la Sala tuvo que prohibir expresamente esa costumbre:

*Dixeron que mandavan y mandaron se pregone en esta corte que ninguna persona de ningun estado calidad y condiçion que sea de oy en adelante no asistan ni acudan en los corrales de las comedias a las puertas ni partes por donde entran las mugeres a los dichos corrales ni se paren en los dichos lugares al entrar ni salir dellos las dichas mugeres para que puedan salir libremente y se escusen los daños y vexaziones que las dichas mugeres rreçiven de lo qual hagan y cumplan so pena de çien ducados para la camara de su magestad y quatro años de destierro desta corte y çinco leguas y para que lo susso dicho tenga efeto y se execute contra los que contravinieren a ellos mandaron que los alguaçiles que son de guarda de la casa cada dia asistan a los dichos corrales con un oficial en las partes por donde entran y salen las dichas mugeres y prendan las personas que fueren contra lo contenido en este auto y asi lo mandaron y señalaron<sup>358</sup>.*

No obstante, el problema debió ser frecuente y derivar con relativa asiduidad en altercados de cierta importancia, cuando lo encontramos reseñado también en las "Advertencias para el servicio de la plaça de alcalde de casa y corte", en las que se reconocía que la prohibición no se cumplía, por lo que se encomendaba al alcalde que tenía obligación de asistir a la comedia que saliera al acabar ésta

*aprisa a la parte por donde salen las mugeres y en la calle haçe se despoje de hombres para que salgan con deçençia y se esta alli asta que el portero çierra y esto combiene mucho porque suele aver alli gran bulla e yndeçençia y acavado esto se buelve a su casa<sup>359</sup>.*

---

<sup>358</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1197, f. 175, 1586, junio, 6. Auto de los alcaldes.

<sup>359</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1173, *Libro de noticias para el gobierno de la Sala*, cap. 23, f. 41.

Se mezclaba, pues, aquí la moralidad -la *deçençia*- con el orden público -con la alteración qu suponía la *gran bulla* que podían organizar los allí congregados-; una combinación ante la que los alcaldes de casa y corte no podían dejar de intervenir.

Naturalmente, ese cuidado y vigilancia que se desarrollaba en el exterior se tenía también de puertas adentro, donde la segregación debía ser absoluta para lo cual

*se a de poner gran cuydado en que lo que toca a las mugeres este con gran decençia y que desde la puerta por donde entran no pase ombre alguno y esto a de estar muy encar-gado al alguacil y porteros que alli asisten y si eso çeden castigarlos con rigor<sup>360</sup>,*

Y es que algunos hacían lo imposible con tal de romper esa obligada separación:

*y si alguna vez se alla algun ombre vestido de muger (que a sucedido) en la caçuela o en algun aposento se a de castigar con gran rigor<sup>361</sup>.*

Esa actitud "agresiva" del hombre se manifestaba también en la costumbre de los *mirones* que se acercaban a los vestuarios a contemplar a las actrices, tal como cuenta Zabaleta:

*...y él por aguardar entretenido, se va al vestuario. Halla en él a las mujeres dsenudándose de caseras para vestirse de comediantas. Alguna está en tan interiores paños como si se fuera [a] acostar. Pónese enfrente de una a quien está calzando su criada porque no vino en silla. Esto no se puede hacer sin muchos desperdicios de el recato...<sup>362</sup>,*

---

<sup>360</sup> *Idem.*

<sup>361</sup> *Idem.*

<sup>362</sup> ZABALETA, Juan de, *El día de fiesta por la mañana y por la tarde*, edición de Cristóbal Cuevas García, Madrid, Clasicos Castalia, 1983, parte 2ª, cap. I, pág. 309.

Sin embargo, en vista de lo que se pensaba de las comediantas nada se dice en las disposiciones de la Sala para su protección y el mantenimiento, también en esos casos, de la decencia.

Otros mandamientos publicados por la Sala suponían un claro recorte a las posibilidades de diversión de las mujeres. En una época, en que las ocasiones de invertir el ocio no eran demasiadas, prohibir la asistencia a las comedias era privar del mejor espectáculo -a veces el único- del que podían disfrutar muchas de ellas. Y eso es precisamente lo que se hizo en 1613, cuando los alcaldes hicieron pregonar por la Corte

*que por aora y asta tanto que otra cosa se probea ninguna mujer de qualquier calidad que sea **no pueda entrar en los corrales de las comedias** a verlas en ellos en aposentos ni corredores ni patio ni otra parte ninguna del dicho corral*<sup>363</sup>.

Cuál fuera la razón directa y la duración -sin duda no muy dilatada- de esa prohibición lo ignoramos, si bien debía estar en relación con los problemas que causaba la presencia femenina en los corrales -problemas, ciertamente, no causados por ellas, aunque a nadie se le ocurriera prohibir a los hombres la asistencia-. Por otra parte, esa medida debió de resultar muy impopular, no sólo por impedir el entretenimiento, sino por las connotaciones que tenía, puesto que la prohibición de asistir a los corrales de comedias se utilizaba a veces como sanción o como

---

<sup>363</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1202, f. 125, 1613, octubre, 15, Madrid, Sala de los Alcaldes. Tenemos la opinión de Lope de Vega sobre esa prohibición en una carta dirigida al duque de Sessa y fechada cuatro días después:

*De Madrid me han escrito que por pregón público se ha prohibido que las mujeres no vayan a la comedia; no sé qué se murmura aquí acerca de la causa. Dijéronme que el Duque se temía de quitarlas. Pluguiese a Dios que acabasen ya de una vez con este entretenimiento que el mundo en cifra de Madrid alcanza entre tantas confusiones, para que los hombres busquen otros peores y se luzga la circunspección de estos Catones, que cuanto piensan que moderan de costumbres, tanto alarzan sus invenciones.*

LOPE DE VEGA, *Cartas*, edición de Nicolás Marín, Madrid, Castalia, 1985; nº 32, Lerma, 19 de octubre de 1613, pág. 119.



recordatorio de otras obligaciones prioritarias que no se cumplían<sup>364</sup>.

El ya citado Zabaleta era uno de los partidarios de que las mujeres no asistieran a los corrales de comedias y dibuja un panorama dantesco de la cazuela, verdadero puchero donde hervían los comentarios maliciosos y en el que rebosaban, incómodas, las mujeres, por lo que se precisaba incluso un *apretador* (*este es un portero -dice el autor- que desahueca allí a las mujeres para que quepan más*)<sup>365</sup>.

Por último, también en relación con el teatro encontramos otro tipo de limitaciones, las laborales. En un principio llegó a pretenderse -mezclando una vez más razones morales, sobre las que se ha escrito mucho, y las que sistemáticamente cerraban caminos personales a las mujeres- incluso que no pudiese haber mujeres en las compañías de comedias; así se dice en un auto de la Sala de 1586:

*Mandaron se notifique a todas las personas que tienen compañías de rrepresentaciones no traigan en ellas para rrepresentar ningun personaje muger ninnguna so pena de zinco años de destierro del rreyno y de cada cient mil maravedís para la camara de su Magestad y así lo mandaron*<sup>366</sup>.

Lógicamente tampoco fue una medida que cristalizase, teniendo en cuenta la evolución que en esos años sufrieron los textos y el público; aunque sí hay que tenerla bien en cuenta para entender la consideración -o diremos menor *desconsideración*- en que eran tenidas las comediantas.

---

<sup>364</sup> Así lo hizo la misma Sala en varias ocasiones anteriores: A.H.N., *Consejos*, libro 1198, f. 307, se prohibió al los alguaciles acudir a ellas por dos meses; *ibidem*, libro 1199, f. 80, se prohibía a los oficiales y maestros que fuesen a los corrales en días de trabajo.

<sup>365</sup> ZABALETA, Juan de, *El día de fiesta...*, págs. 317-323.

<sup>366</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1197, f. 175, 1586, junio, 6, Auto de los alcaldes.

Si de acotar las ocasiones de espercimiento se encargó sobre todo la moral que se imponía en las apariencias, de la separación de los hombres en lugares y situaciones que podían hacer peligrar las honras, así como de establecer las condiciones de trabajo se encargaron las leyes.

Entre las primeras, todas las que prohibían a los hombres acercarse o ir con armas a lugares propiamente *femeninos*. Por ejemplo, veamos las que dieron en Valladolid los alcaldes de casa y corte con motivo del traslado de la Corte a esa ciudad: mandaron -primero genéricamente en el pregón general de buen gobierno que se dió al llegar a la urbe tal como se diera en su día en Madrid- que *ninguna persona baya ni este con armas en los rrios ni lavaderos con las moças so pena de diez días de carzel y de perder las armas que les quiten*<sup>367</sup>; y, después, particularmente, especificando el lugar en la nueva capital que *ninguna persona sea osada de estar con armas hablando con las moças en las partes donde laban en el rrio de esgueba desta çiudad*<sup>368</sup>; más curiosa resulta otra prohibición que completaba las anteriores, añadiendo a la intimidació, la posibilidad quizá de un cierto exhibicionismo

*Mandaron que ninguna persona de qualquier condizion que sea no sea osado a nadar de dia desde la Puente del Reio mayor desta corte hasta las azeñas de las tenerias [los molinos de los talleres donde se curtía] ni en el Prado de la Magdalena ni en los labaderos ni en parte de la Esgueba donde labaren las mujeres so pena de quatro años de destierro de la corte y çinco leguas y dos mill maravedis para la camara de su magestad y denunziador por mytad y ansimismo mandaron que ninguna moza que fuere a labar pueda dar los paños que llebare a labar a otras personas*

---

<sup>367</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1199, f. 1.

<sup>368</sup>*Ibidem*, f. 23, 1601, junio, 30, Valladolid.

*sino que los labe por su persona so pena de çien açotes y dos años de destierro y así lo mandaron y señalaron*<sup>369</sup>.

Nótese que estas prohibiciones lo eran para la libertad de los hombres y no para las mujeres, aunque eran ellas las que las causaban. Además todas ellas nos sirven para ver cuáles eran algunas de las ocupaciones habituales de la mujer entonces: lo que hoy en expresión enormemente discriminatoria se denomina como *sus labores* era entonces un trabajo que requería el tiempo y la esforzada dedicación que, por ejemplo, implicaba tener que acudir al río o a los lavaderos de la ciudad, como hacían las clases medias-bajas y las mozas de servicio de los grupos superiores.

### **3.3. El trabajo remunerado y la mujer.**

Muchos aspectos determinan las posibilidades de vida de los individuos, pero ninguno como la capacidad productiva propia o el trabajo que permitía una cierta independencia económica. La mujer estaba sujeta a limitaciones legales que casi siempre, como vimos, la privaban de una personalidad jurídica propia; estaba sometida a una fortísima presión religiosa sobre el tipo de conducta que debía seguir -esta distinción no la hacemos porque la influencia religiosa afectase más a la mujer que al hombre, que también tenía que soportarla, sino porque era, en efecto, distinta cuando se dirigía a "las pecadoras hijas de Eva"-, expuesta a la exacerbación de la devoción y la piedad, inducidas por la actitud de muchos confesores, apartadas de la cultura

---

<sup>369</sup> *Ibidem*, f. 223, 1604, julio, 27, Valladolid.

y por tanto de algún modo de defensa contra lo irracional y falsamente espiritual<sup>370</sup>; se veían también imposibilitadas para participar o acudir a determinadas diversiones o espectáculos, ajustando su comportamiento público a lo honesto -honestidad que, tal como la exponían algunos, debía resultar bastante aburrida-; pero, además, la mujer no tenía acceso a numerosos oficios y profesiones, excluida de ellos por ese sentido mal entendido de la honestidad, por su forzosa falta de preparación<sup>371</sup> o por prohibición expresa de las leyes, todo ello excusas tras las que debemos ver el afianzamiento y conservación de un orden sociocultural con unos intereses bien definidos. Bien significativa es al respecto, la prohibición -que recoge la *Nueva Recopilación*- a las mujeres de juzgar, algo que, desde luego, no es sorprendente, pero que sí nos interesa por la justificación que trata de hacer la ley -la justicia como veremos en los capítulos que a ella dedicamos es un reducto exclusivamente masculino, la mujer que acuda ante ella, reclamando o como acusada, verá sus intereses siempre en manos de hombres-:

*Otrosí, los Sabios antiguos ordenaron, que la muger no pueda ser juez, porque sería deshonesto y sin razon, que estoviesse en el Ayuntamiento de los hombres librando los pleitos; pero seyendo Reyna, o Condessa, o otra señora que heredasse señorío de algun Reyno, o de alguna tierra, tal muger como esta tenemos que lo pueda hazer por honra del lugar que tiene; pero esto por consejo de hombres sabios, porque si en alguna cosa errare la sepan aconsejar y enmendar*<sup>372</sup>.

---

<sup>370</sup>Ello llevaba a esas mujeres que vivieron en una especie de soliloquio y que según lo que su cabeza o sus nervios resistían, llegaban a situaciones muy distintas. Claro es que, a veces, también influía en su ánimo la personalidad de los confesores..., como dice CARO BAROJA, Julio, *Las formas complejas de la vida religiosa*, pág. 105.

<sup>371</sup>Recuérdense las quejas, al respecto, de doña María de Zayas.

<sup>372</sup>*N.R.*, III, 9, 7.

No cabe justificación más vaga para decir pura y simplemente que el hombre es superior a la mujer y que el disminuido entendimiento de ésta la incapacitaba para emitir un juicio. ¿Qué es lo deshonesto aquí? Simplemente, el eterno argumento, traído sin disculpa alguna; ¿cuál la sinrazón? obviamente, que una mujer pudiera juzgar a un hombre.

Naturalmente, la actividad de la mujer varía muchísimo atendiendo a la geografía -según los hábitos de cada lugar, las ordenanzas de cada ciudad, o, incluso, las leyes de cada reino de la Monarquía-, diferenciándose de modo particular su posición en el mundo rural de la que tenía en el urbano, puesto que en los trabajos agropecuarios, la participación de la mujer era muy alta, incluso a veces mayoritaria<sup>373</sup>; y atendiendo también al status socioeconómico, puesto que es notable la diferencia entre las clases privilegiadas en las que la tendencia moralizadora incrementó el encerramiento y, por tanto, limitó las posibilidades laborales, y los grupos más humildes en los que la mujer se veía obligada a realizar algunas actividades dadas las precarias condiciones de vida<sup>374</sup>.

Haremos sólo algunas consideraciones generales sobre esta materia, puesto que un estudio más profundo nos llevaría muy lejos de

---

<sup>373</sup> DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio, "La mujer en el tránsito de la Edad Media a la Moderna", en *Las mujeres en las ciudades medievales*, Actas de las Terceras Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, Madrid, U.A.M., 1984, págs. 171-178; pág. 173.

<sup>374</sup> *Ibidem*, pág. 172. *La mujer casada era económicamente activa en muchos hogares pobres. En los de las clases media y alta vivía en la ociosidad, lo que no quiere decir que no tuviera también una importancia económica relevante; recuérdese la importancia económica del matrimonio, inibidem*, pág. 175.

nuestras intenciones<sup>375</sup>. Conviene al acercarnos a estas realidades no perder de vista los comportamientos medievales, puesto que se corresponden perfectamente con lo que ocurre a partir del siglo XVI, de ellos existen algunos buenos estudios sobre el trabajo, la familia y el papel económico de la mujer, incidiendo tanto en el trabajo en las actividades agrarias, como en sus ocupaciones en las ciudades<sup>376</sup>.

Suele escribirse que la mujer contaba sólo con dos salidas individuales: el convento o la casa pública, simplificación que olvida otras muchas posibilidades por lo que al ámbito urbano se refiere: entre las legales, el servicio doméstico una de las más nombradas -aunque

---

<sup>375</sup>Sobre este asunto pueden consultarse, entre otras obras, FERNANDEZ PEREZ, Alicia, "La mujer trabajadora del Barroco a través de la Picaresca", en *El trabajo de las mujeres*, Madrid, U.A.M., 1986; PALACIOS ALCALDE, María, "Formas marginales de trabajo femenino en la Andalucía moderna", en *El trabajo de las mujeres*, Madrid, U.A.M., 1986; VILLAS TINOCO, Siro, "La mujer y la organización gremial malagueña en el Antiguo Régimen", en *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Siglos XVI-XX*, Actas de las Cuartas Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, Madrid, U.A.M., 1986.

<sup>376</sup>Véase ASENJO GONZALEZ, María, "Las mujeres en el medio urbano a fines de la Edad Media: el caso de Segovia", en *Las mujeres en las ciudades medievales*, Actas de las Terceras Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, Madrid, U.A.M., 1984, págs. 109-124; BORRERO FERNANDEZ, M., "El trabajo de la mujer en el mundo rural sevillano durante la Baja Edad Media", en *Las mujeres medievales y su ámbito jurídico*, Actas de las Segundas Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, Madrid, U.A.M., 1983, págs. 191-199; ESCOBAR, José Manuel, NIETO, Manuel y PADILLA, Jesús, "La mujer cordobesa en el trabajo a fines del siglo XV", en *La mujer en las ciudades medievales*, págs. 153-160; IRADIEL MURUGARREN, Paulino, "Familia y función económica de la mujer en actividades no agrarias", en *La condición de la mujer en la Edad Media*, Madrid, Universidad Complutense, 1986; ORCASTEGUI GROS, Carmen, "Ordenanzas municipales y reglamentación local en la Edad Media sobre la mujer aragonesa en sus relaciones sociales y económicas", en *Las mujeres en las ciudades medievales*, págs. 13-18; PASTOR, Reyna, "Las mujeres en las explotaciones agrarias de la Edad Media", en *La condición de la mujer*; y "El trabajo de la mujer en la explotación campesina. Castilla y León, s. XI-XIV", en *Coloquio de la casa a la fábrica, siglos V-XX*, Centre d'Investigació Històrica de la Dona, Universitat de Barcelona, octubre de 1986; SEGURA GRAIÑO, Cristina, "Las mujeres andaluzas en la Baja Edad Media (Ordenamientos y Ordenanzas municipales)", en *Las mujeres en las ciudades medievales*, págs. 143-152; VINYOLÉS I VIDAL, Teresa María, "La condició social de les dones a la Catalunya de la Baixa Edat Mitjana", en *Perspectiva Social*, 26, 1988, págs. 21-32.

faltan trabajos que lo estudien de un modo más completo-, pero también el comercio a pequeña escala, como revendedoras, en puestos ambulantes o en la plaza, como regatonas, etc..., además de la colaboración en otras actividades u oficios; pero entre las marginales o delictivas, se suele nombrar sólo como actividad remuneradora la prostitución y rara vez otras ocupaciones del hampa o la transgresión también rentables. Naturalmente, no debemos olvidar que, a menudo, las mujeres estaban vinculadas a los intereses económicos de sus maridos, de los que, a veces, eran buenas conocedoras, puesto que si, como veremos, se implicaban en ellos hasta el punto de colaborar en algunos delitos económicos -estelionato, fraudes, excesos en los oficios...-, mucho más lo harían en el curso habitual de los negocios.

Sin embargo, la primera distinción que hay que establecer es la que diferencia trabajo remunerado del que no lo es; puesto que, por supuesto, *la mujer urbana de la época era generalmente un ama de casa, dedicada a la producción doméstica y a la administración de su hogar*<sup>377</sup>, se trata de esa mujer común que formaba el 90 % del total *que, en su mayoría, desarrollaba actividades económicamente útiles, incluso imprescindibles. Es verdad que a los trabajos domésticos no suele considerárseles productivos, con evidente inconsecuencia*<sup>378</sup>.

Pero, podemos encontrar mujeres desde la Edad Media también en los gremios, con algunos casos -excepcionales- en los que incluso

---

<sup>377</sup>NASH, Mary, "Dos décadas de historia de las mujeres en España: una reconsideración", en *Historia Social*, nº 9, invierno 1991, págs. 137-161; pág. 148.

<sup>378</sup>DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio, "La mujer en el tránsito de la Edad Media a la Moderna", pág. 172.

accedían a la maestría; en ese campo las viudas tenían particularmente algunos privilegios para continuar con el negocio de sus maridos.

Sin embargo, en el marco de la Corte, una primerísima posición debieron ocupar las mujeres dedicadas al servicio doméstico, dada la enorme importancia que en la capital tuvieron criados de toda condición a sueldo de numerosos señores -de los grandes a los pequeños burgueses burócratas, comerciantes o artesanos-. De la servidumbre en general se ocupó reiteradamente la Sala de alcaldes de casa y corte y, en el caso de la femenina, de las mozas de servir. Debemos señalar que cualquier disposición de las que trataba de reglamentar el trabajo femenino tenía como justificación inmediata que se garantizase la decencia en el desarrollo de esa actividad, a lo que en los autos referidos a las mozas de servicio se suma la preocupación por evitar un exceso de población ociosa y desocupada, del gran número que acudía a la Corte en busca de un modo de sobrevivir, de ahí que lo primero que establecen los alcaldes es una especie de "agencia de colocación", unas mujeres - las madres de mozas-, nombradas por la Sala y encargadas de garantizar que, mientras no tuvieran un lugar en el que servir, estarían en su propia casa y no incrementarían el número de mendigos, vagabundos o malhechores<sup>379</sup>, aunque eso sí -por aquello de la honestidad y también porque no era norma propiciar que una mujer sola desempeñase un oficio-

---

<sup>379</sup>En 1614, había en Madrid dos de esas *madres de moças*, al parecer institucionalizadas, puesto que al morir una de las que ocupaba ese oficio se dio licencia a una tal Ana de Nieva *para que sea madre de moças y para ello las pueda tener en su casa guardando en todo los pregones de corte*, A.H.N., *Consejos*, libro 1202, f. 181, 1614, febrero, 23.



estaban casadas<sup>380</sup> con lo que probablemente para el oficio se nombrase en realidad al matrimonio, puesto que otros documentos se dirigen a los *padres y madres de las moças*. Sus funciones y las dificultades para quienes quisieran entrar en un mercado laboral con sobreabundancia de mano de obra, se refieren sobre todo al control socio-económico que la Sala trataba de ejercer sobre quienes estuvieran en la Corte:

*Mandaron [los alcaldes de casa y corte] que los padres y madres de las moças que sirven de aqui adelante para acomodar las dichas moças guarden la horden siguiente: que qualquier moça que binyere a su casa para que la acomoden lo ayan de haçer y hagan dentro de tercero dia y pasados no abiendole querido acomodar la heche y de notiçia a la justiçia para que sea castigada por bagamundo, que la moça que acomodaren una vez no la puedan tornar acomodar hasta pasados tres meses y no lleven derechos ningunos si la acomodaren dentro dellos, que los dichos padres esten obligados quando fueren a sus casas las dichas moças a que las acomoden a ynformarse los unos de los otros si las an acomodado otra vez dentro de los dichos tres meses y si son personas que no tienen asiento en el dicho serviçio y siendolo den cuenta a la justiçia para que las castiguen y que para que lo susodicho tenga cumplido efeto tengan un libro donde asienten el dia que acomodan cada moça y con quien y las señas que tiene para que por ello se heche de ver las que haçen asiento en el dicho servicio todo lo qual cumplan so pena de quatro años de destierro y de veinte mil maravedis para la camara de su magestad y denunciador y ansi lo mandaron y señalaron<sup>381</sup>.*

Al margen de eso, probablemente las actividades comerciales fuesen las más importantes, aunque, en general, la ocupación femenina se reducía a los niveles más bajos del mismo, de los que, vigilante, se

---

<sup>380</sup>Es curioso señalar cómo, si hemos de hacer caso de la petición que antecede a la licencia antes citada, la mujer -aunque sometida al cabeza de familia, puesto que parece lógico pensar que se requería estuviese casada- mantendría a su esposo, ya que dice -aunque bien puede ser una falsa queja- *que soy mujer honrada y que yo y mi marido padezemos neçesidad; idem.*

<sup>381</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1200, f. 248, 1607, octubre, 19, Madrid. Sala de Alcaldes. Véase también el auto en que los alcaldes prohíben a las mujeres que comenzaran a servir en la Corte pedir a sus señores ración, *ibidem*, f. 472, 1609, septiembre, 19, Madrid. Auto de la Sala.

ocupó también la Sala de alcaides de casa y corte, hasta el extremo de incluirse en las citadas "Advertencias para el servicio de la plaza de Alcalde de casa y corte", la obligación de que se vigilara especialmente a las *mugeres revendedoras y malentretenidas*<sup>382</sup>, en un claro ejemplo de las connotaciones peyorativas que esa dedicación -ilícita, aunque tolerada- tenía para las mujeres, en las que algo tendría que ver la imagen literaria proyectada por tipos celestinescos que se servían de oficios similares para ocuparse en actividades menos decentes; también se recogen en el mismo lugar referencias a *las mugeres que en el Prado y fiestas publicas venden limas, rosquillas y otras cosas*<sup>383</sup>, personajes muy característicos de la vida cortesana y a los que los costumbristas y la literatura hacen numerosas referencias<sup>384</sup>, ya que las limas eran un regalo muy socorrido de los caballeros a las damas, aunque también estas ventas callejeras fueron frecuentemente prohibidas.

También a algunos otros oficios se refiere la Sala, oficios relacionados con la costura; así, por ejemplo, una vez más, la autoridad se preocupó por la honestidad de quienes podían ejercer un oficio públicamente, por las calles, exigiendo que estuvieran casadas y que las acompañasen sus cónyuges, para evitar otras actividades encubiertas - que se mantenían bajo un estricto control-, quienes tengan que hacerlo

*...que ninguna muger pueda tomar ni cojer puntos de calças  
ni estar con ellas en las esquinas ni partes publicas ni  
puedan abrir cuellos si no fuere siendo casadas y teniendo*

---

<sup>382</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1173, *Libro de noticias para el gobierno de la Sala*, cap. 55, f. 75.

<sup>383</sup>*Ibidem*, cap. 64, f. 92 v.

<sup>384</sup>Véase, por ejemplo, ZABALETA, Juan de, *El día de fiesta por la mañana y por la tarde*, parte 2ª, cap. II, pág. 327.

*sus maridos consigo so pena de çien azotes y quatro años de destierro*<sup>385</sup>.

Pero, en medida difícil de cuantificar, las mujeres participaban también en otros muchos oficios en la Corte<sup>386</sup>.

Caso especial es el de las viudas -algo se dijo sobre su situación jurídica-, que tenían algunos privilegios y la consideración de cabezas de familia; aunque hay que tener en cuenta que bajo ese epígrafe aparecen en los padrones todas las mujeres autónomas: *auténticas viudas, mujeres separadas, mujeres cuyos maridos habían emigrado y solteras mayores de edad con casa propia. Todas ellas eran cabeza de hogar que no siempre era individual, pues con frecuencia convivían con ellas familiares y personas de servicio.*

*Eran, en general, hogares reducidos, de escasa potencia económica. Por eso, las viudas eran contadas con frecuencia como medio vecino a efectos tributarios*<sup>387</sup>.

Una de las opciones características y a la que ya aludíamos era la del convento, el único modo *honesto* de salir de la tutela familiar sin pasar a depender directamente de otro varón. La vida económica de los conventos femeninos y, en general, las ocupaciones de las monjas eran mucho más limitadas que las de los religiosos. Es sabido que la dote exigida para ingresar en un monasterio era inferior que la

---

<sup>385</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 187, 1604, mayo, 13, Valladolid, Sala de Alcaldes.

<sup>386</sup>Es una lástima que en los datos que ofrece Alfredo Alvar sobre la ocupación profesional de los madrileños según un repartimiento de alcabalas de 1592 no haya ninguna referencia a las mujeres, *El nacimiento de una capital europea. Madrid entre 1561 y 1606*, Madrid, Turner, 1989, págs. 241-266.

<sup>387</sup>DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio, "La mujer en el tránsito de la Edad Media a la Moderna", pág. 174.

habitual en los matrimonios, de ahí que muchas familias optasen por aumentar el número de *vocaciones* religiosas; esas dotes eran unos ingresos imprescindibles para el mantenimiento conventual, puesto que muchos de ellos no tenían más que unas escasas rentas, las limosnas y donaciones de los fieles y la escasa productividad que generasen las ocupaciones tradicionales que las profesas desarrollaban con pericia en la cocina -esos famosos dulces, en los que cada convento tenía una especialidad- o en las labores de costuras y encajes. Por otra parte, en los conventos se reproducían, contra toda lógica, no sólo las jerarquías sociales sino incluso los modos de vida que correspondían a cada status. El caso de la Corte acentúa particularmente esas diferencias, no sólo en el interior de cada monasterio, sino entre unos poderosísimos -con hermanas de la alta nobleza e incluso de la familia real que los enriquecían con sus dotes y donaciones y les daban prestigio- y otros en el límite entre la humildad y la verdadera pobreza<sup>388</sup>.

---

<sup>388</sup>Al respecto puede verse, sobre todo el espléndido trabajo de SANCHEZ LORA, J.L., *Mujeres, conventos y formas de la religiosidad barroca*, Madrid, F.U.E., 1988; y también, AMELANG, James, "Los usos de la autobiografía: monjas y beatas en la Cataluña moderna", en James Amelang y Mary Nash, *Historia y género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Valencia, IVEI, 1990; GIL AMBRONA, Antonio, "Entre el trabajo y la oración: las ocupaciones de las otras esposas: siglos XVI-XVII", en *El trabajo de las mujeres*, Madrid, U.A.M., 1986; GIL AMBRONA, Antonio, "Mujeres religiosas, mujeres heterodoxas", en *Historia 16*, 145, XIII, págs. 59-63; GOMEZ-CENTURION, Carlos, "La Iglesia y la religiosidad", en Alcalá-Zamora, dir., *La vida cotidiana en la España de Velázquez*, Madrid, Temas de Hoy, 1989, págs. 255-278; GOMEZ GARCIA, Mari Carmen, *Instituciones religiosas femeninas malagueñas en la transición del siglo XVII al XVIII*, Málaga, Diputación Provincial, 1986; ORTEGA, Margarita, "Casa o convento. La educación de la mujer en las Edades Moderna y Contemporánea", en *Historia 16*, 145, XIII, págs. 41-48; RICART i SAMPIETRO, Dolors y VENANCIO i CASTELLS, Anna, "Dona, cultura i experiència religiosa (ss. XVI-XVIII)", en Mary Nash, ed., *Més enllà del silenci. Les dones a la història de Catalunya*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1988.

#### **4. COMPORTAMIENTO FEMENINO Y MORALIDAD: LO ADMISIBLE.-**

Indudablemente, lo que más puede interesarnos por estar más cercano a los siguientes capítulos que estudiaremos son los límites admisibles del comportamiento femenino, ¿qué estaba moralmente admitido en aquella sociedad?, ¿hasta dónde se podía llegar en el trato con los varones para que esa actitud siguiera considerándose honesta?. Como veremos -y por fortuna para quienes vivieron aquella época- la opinión idealizada y fuertemente represora de los moralistas y costumbristas no fue adoptada como norma de conducta, al menos en lo que a la sociedad madrileña se refiere. No lo fue en los grupos de *damas y caballeros*, por lo que podemos pensar que con menos razón aún entre otros estratos sociales, siempre atentos a los hábitos de la aristocracia de sangre. Desde luego no puede ni imaginarse en relación con las costumbres de los marginados y delincuentes, si no es para constatar cómo viven de una manera radicalmente opuesta a ese ideal e incluso a toda norma que no hubiera sido debidamente tamizada por las exigencias de su propio modo de vida; de manera que su código y sus referencias de mentalidad - en eso sí puede ser útil la novela picaresca- son un verdadero espejismo de los *originales* de la vida "asentada y decente".

##### **4.1. El comportamiento en sociedad.**

Entonces, ¿cómo debía conducirse una mujer ante un hombre?, ¿cuál era la frontera que su conversación no debía traspasar sin poner en

duda su honestidad?. La literatura picaresco-cortesana de Zayas y Castillo Solórzano nos mostraba buenos ejemplos de *damas* desenvueltas en su trato con los caballeros, de las que se alababa su presteza e ingenio en las conversaciones, la intención y picardía de sus gestos, su habilidad para cantar..., pero quedaba bien claro que esas mujeres se beneficiaban de sus aptitudes, con las que bajo una apariencia de decencia no eran en absoluto honestas. En cierto modo, de acuerdo con esa actitud estaría Alonso Núñez de Castro quien, aunque buen conocedor de la vida madrileña ofrece siempre una visión de ella incompleta y un tanto propagandística, sobre todo ordenada -en todos los sentidos- y con vocación de ideal, lo que le lleva a reprender los vicios, aconsejando *cómo ha de obrar un cortesano y cómo deva portarse*; en el tercer dogma -contra la torpeza- del tercer libro de su obra dice

*Bien sé yo que ha de tener poco séquito este Dogma; pero sé también que no diré mayor verdad. Hombres mujeriegos no solo contra una perfección cortesana, contra todo el número dellas publican guerra. Es la sensualidad el más tirano de los vicios, no se da por contenta con qualquiera vassallage en el alma sobre todas las potencias y sentidos...*<sup>389</sup>.

Pero, obviamente, la mayor culpa no es del mujeriego sino de la provocación de las damas, del indudable peligro de escucharlas en sus conversaciones galantes -que tanto agradarán a Pinheiro-, pero sobre todo en las canciones en que se mostraban tan dulces y hábiles como

---

<sup>389</sup>NUÑEZ DE CASTRO, Alonso, *Libro histórico-político. Sólo Madrid es Corte y el cortesano en Madrid*, pág. 336.

cuenta el autor de *La garduña*<sup>390</sup> y contra las que Núñez de Castro previene:

*En otras naciones todo el peligro está en el ver, y quizás el remedio en oír, porque entibian con las palabras lo que obligan con el ser vistas; pero en Madrid más peligro es escucharlas, quando Sirenas, que quando Elenas el mirarlas. Digo bien, quando Sirenas porque aunque siempre es riesgo el oirlas, quando cantan, passa ya de riesgo a ser conocido naufragio. Menos de temer es la ponçoña de una serpiente, que el canto de una mger*<sup>391</sup>.

Si hemos de hacer caso a Pinheiro, parece ser que efectivamente la cortesana conversación de las damas vallisoletanas -o madrileñas, tanto monta para este caso- no era precisamente de las que entibiaban la vista; aunque al despierto portugués no parece asustarle ni mucho menos el veneno de sus palabras, muy al contrario supo disfrutar de un trato libre e ingenioso que no era sino un juego que podía entablarse en los estrados, en los coches, en el prado, en las huertas de recreo o en la iglesia, una especie de desafío verbal de sobreentendidos y dobles intenciones de chispas de palabra humorísticas a medio camino entre la burla y la complicidad, un entretenimiento -entre el *flirteo* y el *entretenimiento casi literario* y la *agilidad mental en las réplicas*- que hoy nos parecería infantil pero que entonces para las mentes más estrechas parecía atentar contra las normas del decoro. Al parecer procederles muy semejantes no serían sino la norma entre buena

---

<sup>390</sup> Así, por ejemplo, escribe después de copiar la letra de una canción entonada por una de las protagonistas: *acabó la dama con dulces pasos de garganta, en que hizo lucido alarde de su destreza causando admiración a su amante...*; y tras cantar de nuevo junto con su hermana: *quedaron los oyentes con esta graciosa letra, cantada con tanta gracia y destreza por las dos hermanas, con notable suspensión, pareciéndoles no haber oído tal cosa en su vida*; CASTILLO SOLORIZANO, Alonso de, *Las Harpías en Madrid*, ed. de Pablo Jauralde, Madrid, Castalia, 1985, págs. 106-107.

<sup>391</sup> NÚÑEZ DE CASTRO, Alonso, *op. cit.*, pág. 345.

parte de la sociedad cortesana e igualmente celebrados por los galanes. Son interesantes y muy vivos, como decíamos, los comentarios de Pinheiro da Veiga, al que no podemos considerar uno de esos viajeros curiosos que anotaron lo que veían al pasar por las tierras españolas, ni mucho menos un costumbrista, sino que como portugués, se trata de un súbdito de la Monarquía que está en la Corte de ella, disfrutando de sus novedades y costumbres y comparándolas constantemente con la manera de ser en su reino; aunque no sea su propósito, las mujeres constituyen el objeto recurrente de su interés, sus conversaciones, sus paseos y vestidos, la libertad que les dejan sus maridos... Pinheiro habla de Valladolid, pero no de la sociedad vallisoletana, sino de la cortesana, la misma que cuatro años antes y uno después estuvo en Madrid; la misma, queremos decir, no sólo en su conducta sino que también los mismos nombres y títulos que ofrece son los de quienes siguen al monarca y a los organismos que administran sus estados en esa mudanza de ida y vuelta al norte castellano. Por eso sus observaciones son perfectamente válidas para ese círculo cortesano donde quiera que residiera.

Muy frecuentes son las alusiones del autor de *Fastiginia* a las conversaciones con las mujeres y pondrá numerosos ejemplos y anotaciones en su obra; una de las cosas que le llama más la atención era la precocidad de entendimiento galante en las mujeres, a las que no sólo no se inculcaba la reclusión, el silencio y aún la ceguera ante los hombres -como hubieran querido espíritus más severos-, sino que desde niñas se las enseñaba a entrar en ese juego del que hablábamos -y del que pronto participa Pinheiro con entusiasmo y buen oficio-, con cierta sorpresa y admiración apunta el desparpajo de alguna de estas niñas:



*Yendo yo un día con otros amigos, pasaba una señora en una carroza y llevaba tres o cuatro niñas, de las cuales la mayor no tenía siete años, muy lindas. Dije yo, al pasar: "Bien se pudiera dar por una niña destas los dos ojos". Repuso la mayorcita: "Y comprar barato". Dije yo: "Ahora digo que no tiene precio; por eso hágame v. md., querida, un favor de gracia". La madre la dijo: "Yo te doy licencia. Juanica". "¿Favor? El que Mariquita hace a mi padre: darle bofetones y mearle la capa". La madre celebró mucho el dicho. Nosotros las deseamos buenos casamientos, y se fue muy alegre<sup>392</sup>.*

Con la edad de las participantes en esos coloquios de quiebro y requiebro iba subiendo también lo picante de su aderezo -donde residía buena parte del interés de ese pasatiempo de envites en el que siempre se jugaba de farol y nunca se cobraba la última apuesta, ese quiero y no puedo de la galantería-; de ese modo habiendo concertado una tarde un encuentro con el coche de una dama en el Prado -también lo había en Valladolid-, no acudía ella y si *una dama moza, su sobrina, muy linda y muy agraciada*, que comenzó a departir con los portugueses, embromándolos *con lindísima gracia, sin dejarnos hablar, y a todos nos puso de lado y nos hizo callar*, contestando con donaire a cualquier réplica de Pinheiro y sus amigos y *después de media hora de bromas y respuestas de éstas, se vino a buenas, diciendo cómo la pedía su tía que la viniese a disculpar...*, después de algunas razones galantes mas concluye el "cronista de sociedad"

*Despidiéndose, la dije en qué la podía servir, fuera de zumbas. Respondiéndome: "De servicio". Respondí yo: "Por delante quisiera yo servir a v. md. y no por detrás, como traidor". Y ella: "Sea de orinal, y no riñamos más ya". Y no tenía 16 años la inocente<sup>393</sup>.*

---

<sup>392</sup>PINHEIRO DA VEIGA, T., *op. cit.*, pág. 200.

<sup>393</sup>*Ibidem*, pág. 141.

Efectivamente, el coche era la mejor palestra para esa diversión. Recuérdense los dicterios que Remiro de Navarra le dedica a lo largo de toda su obra, desde el comienzo de la cual cuando anticipaba *escribiré los peligros con coche de mujeres, y sin él en calle y Prado*<sup>394</sup> o cuando resume *gente, como dice el ingeniosísimo Luis Vélez, que se va al infierno en coche y en alma*<sup>395</sup>. En ellos, desde luego, tenían lugar la mayor parte de esas conversaciones galantes, y pone el testigo-conversador numerosos ejemplos, como el de una noche en la que, tras entablar una de esas pláticas con un coche *donde iban algunas señoras jóvenes [...]; topamos con otros; y como eran tantos*<sup>396</sup> no podía pasar, con las damas que lo ocupaban iniciaron de nuevo el reto de discursos y frases ingeniosas, ésta vez sobre la fama amorosa de los portugueses, y era tal la habilidad en ellas de la que llevaba la voz cantante entre las damas que Pinheiro la elogió:

*Por lo menos, señora puede v. md. vivir muy confiada,  
que no habemos topado dama más avisada ni cortesana que v.  
md.*

Sin embargo, ésta replicó:

---

<sup>394</sup>REMIRO DE NAVARRA, Baptista, *Los peligros de Madrid*, edición de Jose Esteban, Madrid, Clásicos El Arbol, 1987, pág. 13.

<sup>395</sup>*Ibidem*, pág. 37. Esa costumbre sorprende también a los visitantes extranjeros, que advertían en el paseo en coche un hábito especialmente femenino, mientras que -decía sir Richard Wynn- *todo lo que hacen los hombres es pasear la calle, despacio, arriba y abajo, con sus capas y sus espadas*, SHAW FAIRMAN, Patricia, "El Madrid y los madrileños del siglo XVII según los visitantes ingleses de la época", en *Anales del I.E.M.*, t. I, 1966, págs. 137-145; pág. 144, refiriéndose al testimonio de ese miembro del séquito del príncipe Carlos cuando vino a Madrid en 1623 (Sir Richard WYNN, *Account of the Journey of Prince Charles Servants into Spain in the year 1623*, publicada por Thomas Hearne en su ed. de la *Historia Vitae et Regni Ricardi II. Anglia Regis...*, Oxford, 1724, págs. 297-341).

<sup>396</sup>Los abusos en su empleo llegaron al extremo de tener que dar la Sala de alcaldes de casa y corte una *Memoria de los que tienen licencia de poder andar en coches en la Corte*, A.H.N., Consejos, libro 1201, ff. 16-18, 1611.

*Dóile al diablo: ¿tan fea le he parecido que me alaba de discreta?*

Porque, efectivamente, como comenta el autor

*Raramente les dirán una cosa a que no respondan otra mejor; mas así como tienen buen pico, les falta la pluma, porque no escriben tan bien como las portuguesas; todo depende del ejercicio*<sup>397</sup>.

Y en esos días de fiesta en la Corte, esa costumbre de andar en coche sólo para exhibir figura y status llegaba al extremo de que *era tanta la gente, que hacía falta una hora para atravesar una calle*<sup>398</sup>.

Otro tipo de situaciones en las que podían encontrarse los caballeros eran los trances en que les ponían las damas "pedigüeñas" - que entraban en el saco de las que Lope llamaba *pescadoras*<sup>399</sup> - y que podían llegar a ser un verdadero acoso para los varones que debían saber salir con elegancia o al menos con alguna ocurrencia del compromiso:

*Queriéndonos ya marchar, nos conoció una cuadrilla de vecinas que venían embozadas, y una más moza llamada doña Angela, que canta muy bien, comenzó a acosarnos para que la diésemos algunos dulces; nosotros decíamos que no la conocíamos, y la señora que los pedía "que le diésemos limosna como a doncella huérfana"; pasando unas damas con sus mantillas, dije, llegando a ella: "Niña, muestra la llaga y sino Dios te provea, que paga de repente", y aquella noche fue muy festejada de los oyentes*<sup>400</sup>.

En resumen, se trataba en todos los casos de conversaciones desenfadadas y aún desenvueltas en exceso para las damas respetables, que llevarán al observador que las deja por escrito a hacer algunas reflexiones. Por ejemplo, en una ocasión en que el duelo dialéctico se

---

<sup>397</sup> *Ibidem*, págs. 54-55.

<sup>398</sup> *Idem*. Otra conversación de este tipo en *ibidem*, pág. 82.

<sup>399</sup> Véase apéndice nº III.

<sup>400</sup> *Ibidem*, pág. 62.

estableció, burla burlando, sobre honras y cuernos propios y ajenos, tomados muy a la ligera, Pinheiro se maravilla de que

*...de esta manera responden con alegría, y a las veces son honradas y virtuosas, y nuestros encantamientos no sacan aventuras ni aventureros. Qué verdad es que la libertad y facilidad dilatan el corazón y enfrían los apetitos, y la demasiada sujeción cría nuevos deseos: por lo cual con razón dice Navarro [Martín de Azpilcueta Navarro] que las tentaciones son más activas en las doncellas que en las viudas, porque la poca experiencia hace que le las representen los gustos mucho mayores...<sup>401</sup>.*

La admiración por la honestidad de quienes con tanta libertad hablaban le venía de la comparación con las costumbres portuguesas, pues, según él

*los castellanos en esta materia son muy poco escrupulosos y largos de conciencia; y así ordinariamente, yendo a visitar a un hombre, os reciben donde está su mujer; y ,si no está en casa el marido, habláis con ella y os da razón de todo, y no ha de esconderse ni entrar de una casa a otra, sino que tienen la misma largueza que el marido<sup>402</sup>.*

Tira así por tierra dos tópicos literarios: al primero ya aludimos, no se comportan así sólo las malas mujeres, sólo las que tratan de servirse y aprovecharse de los varones fingiendo un recato que no tienen y ser lo que no son; el segundo es el aceptadísimo de la España superficialmente "calderoniana", de celosísimos maridos guardianes de su honra y alcaides de sus mujeres sepultadas en las cárceles de sus casas, según Pinheiro el comportamiento masculino no sólo sería el habitual en la época en cualquier nación, sino que sería mucho más comprensivo que en Portugal, donde él comprobó ese encierro y esa actitud vigilante que tanto se atribuía a Castilla, aunque reconoce que

---

<sup>401</sup> *Ibidem*, pág. 58.

<sup>402</sup> *Ibidem*, pág. 145.

*la experiencia nos muestra que en Portugal ni todo lo que reluce es oro, y en Castilla no por no ser cautas dejan muchas veces de ser castas*<sup>403</sup>.

Tanto le sorprende que repite varias veces sus reflexiones como si quisiera convencerse de que, efectivamente, nada justifica la constante desconfianza y la reclusión cuando una mayor libertad en el trato, la palabra y los movimientos pueden dar mejores resultados y suponer, sin duda, una vida mejor disfrutada; así

*Y, aunque muchas señoras castellanas tengan esta facilidad en las visitas y conversación, no dejan muchas de ser muy honradas y honestas, y que ninguna cosa las obligará a hacer lo que no deben, principalmente las doncellas, que tienen solamente estas flores...*<sup>404</sup>.

Y a tanto llegaba esa libertad para estos juegos cortesés que las damas, ante los requiebros, se recataban más si el que las acompañaba en el coche al tiempo de ser abordadas era un galán que si era el marido; o salían a cualquier hora de sus casas *a holgar* sin pedir licencia al esposo; o bien delante de las criadas, criados y cocheros *hacen cuantas desenvolturas quieren*. Y de todo esto que parecía bien al escritor ocasional porque alegraba el semblante y el trato de la gente, pensaba -maliciosamente- que podía tener su origen en que

*...a la verdad, en Castilla no pesan tanto los cuernos, y en Portugal sólo de la sombra andan los hombres espantados y con la honra a cuestas, que es la más pesada carga y más contraria a la ley de Dios y buena filosofía...*

y lo cierto es que, además de la alegría que producía ese talante, esa confianza suponía

*la paz entre la mujer y marido, no oír cada día ruidos y hocicos rotos, con lo que no se enmiendan las casas y se*

---

<sup>403</sup> *Ibidem*, pág. 147.

<sup>404</sup> *Ibidem*, pág. 99.

*sacan las faltas a la plaza [...] y así no hay muertes de mujeres sino raramente*<sup>405</sup>.

Con lo que pone en entredicho también la consecuencia lógica de los casos en que el tópico marido *otelo* descubría su honor mancillado: la venganza en la adúltera.

A pesar de algunas prevenciones, como hemos señalado, Pinheiro simpatizaba con esas costumbres que encontró sumamente placenteras y con indudables ventajas para la convivencia, hasta el punto de considerar que *las dos joyas que hacen a Valladolid sin precio, eran mucha libertad y ninguna envidia*<sup>406</sup>.

#### **4.2. Algunas consideraciones sobre conductas toleradas y religión.**

El caso extremo de esa libertad, el límite de esos equilibrios en el borde de lo permitido eran los galanteos con monjas, los *devotos* de religiosas como eran conocidos, que no se conformaban con cortejar a una dama, sino que se aventuraban a una relación que, aunque dentro de las normas de ese juego al que hemos aludido, podía asomarse ya a abismos tan profundos en la época como el sacrilegio -pues como tal podía llegar a considerarse el quebrantamiento del voto de castidad de una religiosa-.

Sin embargo, normalmente esas actitudes no revestían ningún riesgo, pues se trataba de una variante de las prácticas galantes de las que venimos a hablar, más inocente incluso, más recatada proba-

---

<sup>405</sup> *Ibidem*, pág. 312.

<sup>406</sup> *Ibidem*, pág. 315.

blemente en sus expresiones, aunque quizá su aliciente estuviera en lo especial de esos casos, esencialmente paradójicos. Y no es que Pinheiro los señale como una rareza, sino como algo relativamente frecuente dedicándoles además una extensa disertación sobre las ventajas de los amores de monjas. Para entender ese contrasentido debemos pensar en las condiciones en que muchas mujeres -para este caso, muchas damas- entraban en los conventos, en el género de vida que en ellos llevaban y en las relaciones sociales con que contaban fuera, así como en ese ejercicio frecuente del amor cortés por parte de los galanes. Naturalmente, estos casos se daban en los ricos conventos urbanos, poblados de hijas de la nobleza e incluso nos atreveríamos a aventurar que serían particularmente frecuentes en la Corte; el profesor Gómez-Centurión habla, por ejemplo del *estilo de vida relajada y mundana* de los grandes conventos madrileños<sup>407</sup>.

Podían distinguirse varios tipos de monjas para esta clase de devoción, uno era el de las viejas que, como modo de atraerlos, se dedicaban a *regalar* a sus galanes, a cuidarlos con esmero, especialmente valiéndose de sus famosísimas especialidades culinarias; así, a unos amigos de Pinheiro

*les servían, criándolos con muchos mimos, con que los tenían sanos y gordos*<sup>408</sup>;

---

<sup>407</sup>GÓMEZ-CENTURION, Carlos, "La Iglesia y la religiosidad", en *La vida cotidiana en la España de Velázquez*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1989, págs. 255-278, pág. 267.

Sobre estos importantes conventos madrileños -la Encarnación, las Descalzas Reales-, cortesanos por vocación y por sangre, sería interesante conocer su actitud y actividad en los años del traslado de la Corte a Valladolid, ¿siguieron las religiosas a sus parientes y al monarca a Valladolid o durante un lustro quedaron apartadas de las posibilidades de vida social que la capitalidad les brindaba?.

<sup>408</sup>PINHEIRO DA VEIGA, t., *op. cit.*, pág. 244.

y en esos cuidados justificaban estos caballeros la atención que prestaban a sus proveedoras pues -decían-

*para querer bien no faltan damas en quien poner el amor, y para regalo monja vieja que os tenga mimado; vieja que os persiga y moza a quien sigáis; pues una os paga con lo que os quiere, y a la otra pagáis con lo que la queréis*<sup>409</sup>.

Este galanteo no pasó a mayores, pero según el portugués no por la honestidad de estas mujeres sino que

*ellos fueron tan honrados que no quisieron, gracias a sus caras [a las de las monjas, ya avejentadas, se entiende], que defendían sus posadas; que si ellas tuviesen menos años, no sé si tendrían ellos tanta virtud*<sup>410</sup>.

Porque Pinheiro -aunque admirador de las mujeres, en esto no se muestra especialmente original- se sumaba a los que pensaban que la voluntad femenina no paraba en ninguna consideración -ni siquiera de honra o de decencia- en los lances de amor:

*Y creed que los desastres que no suceden es más por el recato y recelo de los hombres que por la consideración de las mujeres, porque ellas, cuando dan entrada al alcázar de la voluntad, como quien no tiene qué perder, arrójanse como desesperadas y rompen por todo sin reparar en el peligro. Ellos, viéndose ricos y victoriosos, tratan de conservar lo que tanto les costó, y la vida para lograrlo*<sup>411</sup>.

Pero a parte de esa categoría de religiosas que no entraban en las reglas del juego galante -aunque eran una buena apuesta para sus servidores, asegurándose ellas a cambio, al menos, la ganancia de estómagos agradecidos-; estaban las que verdaderamente merecían la devoción de que eran objeto, participando también ellas en las complicidades e inquietudes del cortejo. En este caso, los apuntes de

---

<sup>409</sup> *Ibidem*, pág. 245.

<sup>410</sup> *Ibidem*, pág. 245.

<sup>411</sup> *Idem*.



Pinheiro se vuelven más personales, pues parece que le picó algo más que la curiosidad, estando cerca de enamorarse de *una novicia en todo, y noble*, a la que describe y de la que dice: *en fin, era tal como yo la quiero*<sup>412</sup>, por tanto, como mandaban los cánones, la sirve, la requiebra, le envía sonetos...

Bien fuera por la frecuencia de tal costumbre -chocante para nuestra mentalidad más pragmática y menos sutil-, bien por la experiencia personal del autor, lo cierto es que en *Fastiginia* encontramos bastantes páginas dedicadas a ella. Pero, en cualquier caso, no sólo a la casualidad debe atribuirse que por aquellos mismos años vallisoletanos -vallisoletanos para el cortesano, claro- Quevedo escribiera sus más que conocidas *Indulgencias concedidas a los devotos de monjas*<sup>413</sup>, que debieron circular por la Corte con profusión -aunque Quevedo nunca las publicó-, pues Pinheiro las cita casi al pie de la letra<sup>414</sup>, si bien atribuyéndolas al escritor portugués fray Bernardo de Brito, aunque hoy la crítica admite casi unánimemente la autoría quevedesca<sup>415</sup>. No fue esa la única referencia de Quevedo a un tema ya tópico en la literatura burlesca; lo hace también en otro pasaje no menos famoso, cuando, en el capítulo nueve de la tercera parte de *El Buscón*, Pablos se hizo galán de monjas, sirviendo a una de buen entendimiento y hermosa, a la que enviaba billetes, acudiendo a vísperas al monasterio

---

<sup>412</sup> *Ibidem*, pág. 247.

<sup>413</sup> QUEVEDO, Francisco de, *Obras festivas*, edición de Pablo Jauralde Pou, Madrid, Castalia, 1981, págs. 99-105.

<sup>414</sup> *Ibidem*, pág. 248.

<sup>415</sup> JAURALDE POU, Pablo, "Introducción", de su edición citada de QUEVEDO, *Obras festivas*, págs. 33-36.

-que hervía en devotos- para verla a través de las celosías y rejas y trataban de amor sin pasar de ellas -para lo que tenía que *juntar tanto con ellas la cabeza, que por dos días siguientes traía los hierros estampados en la frente*-. Pero volviendo a Pinheiro, las reflexiones de alguno de los personajes que aparecen en su relación vienen a coincidir con las de *El Buscón*:

*...en el ganapierte que se juega con las monjas, entramos con dos cargas y ninguna descarga: ganar afrenta y perder el alma*<sup>416</sup>.

Pinheiro, que como decíamos anduvo algo enamorado de una novicia, argumentaba contra quienes defendían la imposibilidad de *querer un hombre bien a una mujer, sin desear poseerla del todo*, aduciendo que

*el amor es una empresa del alma, cuyo fin no es otro sino conquistar la voluntad de la cosa amada, ser señor voluntario y no forzoso, adquirir los corazones, más que el reino*<sup>417</sup>.

No obstante, más que ese amor idealizado, lo que encontramos es una manifestación extremada de galantería, con excesos teatrales en sus demostraciones y demasías, como significación del más puro y esforzado amor cortés: aquel de quien más extremos hace sin esperar gozar los frutos de esa adoración; aunque todo fuera artificio y entretenimiento tácitamente aceptado, una moda que -en buena medida- conllevaba esas exhibiciones y ese absurdo fingimiento de repetir los pasos y los gestos de un verdadero cortejo amoroso: exponiendo celos, intercambiando billetes, haciendo regalos y concediendo *favores*, simulando suspiros y arrebatos, desesperación y júbilo...

---

<sup>416</sup>PINHEIRO DA VEIGA, T., *op. cit.*, pág. 250.

<sup>417</sup>*Ibidem*, pág. 254. A continuación Pinheiro expone las ventajas que tienen esos amores honestos de monjas, *ibidem*, págs. 258-260.

Pero, por otra parte, había también casos en los que el "asunto" no quedaba en papeles, presentes y palabras enrejadas, aunque debemos interpretarlos más como relaciones entre dos amantes -aunque la mujer fuese religiosa- que como un verdadero caso de *devoción*. Pinheiro cita un episodio -al parecer muy comentado- que nos sirve de ejemplo al respecto: un mancebo enamorado de una monja hizo una reja para la ventana de ella con tornillos, de modo que se pudiesen quitar, conocido el caso en el convento, al parecer fue usada por otras de las enclaustradas, hasta que con ocasión de un equívoco se halló en el armario de un dormitorio a un galán

*que se fue huyendo, a las ocho de la mañana, y saltó por un tejado, delante de mil personas, y aun así no tuvo castigo ninguno hasta ahora*<sup>418</sup>.

Naturalmente, esto no era una actitud generalizada ni mucho menos; baste simplemente con citar los otros extremos también bien conocidos de exacerbación de la piedad, del recogimiento o de la mortificación -aunque podían asimismo derivar en actitudes moralmente confusas, como el escandaloso asunto de las monjas de San Plácido<sup>419</sup>, radicalmente distinto por supuesto-.

Como ejemplo de esas otras actitudes de los religiosos en general, en relación con la castidad podemos señalar el caso de fray Pablo de Santamaría -religioso lego de la orden de predicadores- de quien su biógrafo cuenta cómo incluso en el lecho de muerte, cuando ya

---

<sup>418</sup> *Ibidem*, pág. 253.

<sup>419</sup> Véase al respecto, el Proceso Inquisitorial de San Plácido, en BARBEITO, Isabel, *Cárceles y mujeres en el siglo XVII*, Madrid, Castalia, 1991, págs. 123-ss.

sus fuerzas le habían abandonado no permitió que entrase en su estancia una mujer que iba a curarle porque

*Tiene esto el santo recato y cautela de los buenos, que no solamente huye los notorios y manifiestos peligros, sino los que traen apariencia de piedad [...] pero como hombre cauto en la guarda de su honestidad, viendo que todavía bivia el fuego apartó de sí la paja, no consintiendo que mano de muger le tocasse aun en aquella hora donde el fuego estava tan amortiguado<sup>420</sup>.*

Menos seria se nos antoja ciertamente la siguiente prueba que de la castidad de este santo frustrado por falta de medios aportaba el padre Gerónimo Moreno: muerto ya fray Pablo, se le hicieron numerosos retratos; uno de ellos lo tenía un caballero de Ecija entre otras muchas imágenes de santos, una mujer que servía en esa casa

*tocaba en desonesta y todas vezes que via el retrato tomavaba complacencia, y se holgaba de verlo, diziendo: este retrato parece a fulano, nombrando a un hombre que ella queria en mala parte, con quien trataba amores desonestos: no duró muchos días el retrato en el aposento, que como en vida avia fray Pablo huido las ocasiones, no quiso ser en muerte materia y ocasion de desonestidades. En vida huía de la muger, que quería robar su honestidad, y en muerte, en presencia de su retrato no admitio desonestidad, despues de muerto huyó su retrato, como él avia huido biviendo, y desapareció del aposento, de manera que nunca mas pudieron descubrirle<sup>421</sup>.*

Por tanto, en un mismo estado y con una misma moral es fácil darse cuenta que una cosa era el ejemplo que se exponía y el ideal que

---

<sup>420</sup> MORENO, Geronimo, *La vida y muerte y cosas milagrosas que el Señor ha hecho por el venerable fray Pablo de Santa María*, Reimprimiose en casa de Juan Francisco de Blas en 1703 (1ª impresión de 1609). Es una de tantas biografías motivadas por las pretensiones de beatificación de algún religioso: se intentó varias veces que la Sagrada Congregación aprobase su proceso de beatificación y canonización -la última de ellas, antes de esa segunda reimpresión, en 1675-; se consiguió que se aprobasen los decretos previos en 1684, pero *paró esta causa [...] por falta de medios para proseguirla, que estará suspensa hasta que Dios nuestro Señor sea servido mover a los devotos del siervo de Dios hagan la limosna que pudiesen para proseguirla en los demas puntos que se han de proseguir hasta su conclusión*. Quizá, precisamente, con ese fin se reimprimió la obra.

<sup>421</sup> *Ibidem*, f. 98.

se pretendía ofrecer y otra no sólo la práctica, sino lo admitido, que podía llegar a estar muy lejos de la propuesta moral; ¡qué diferencia entre las monjas que se permitían casi todo y éste venerable fraile, fugitivo aún difunto y en pintura de lo deshonesto!. Es, en cierto modo, el contraste entre el camino hacia el puritanismo por medio de la castidad que el cristianismo trataba de imponer cada vez con más influencia en Europa y la pervivencia de esas fórmulas que no son más que el deformado trasunto del amor cortés destilado de la poesía cancioneril castellana de la Edad Media a través de la propia cultura del Renacimiento y del Barroco, pues casi toda su literatura, de la *Celestina* a Boscán y Garcilaso, de Cervantes a Quevedo, pasando por toda la poesía religiosa de los siglos XVI y XVII, *ha bebido, en parte en esta lírica, que ha conseguido, incluso, penetrar en costumbres y hábitos sociales que han perdurado hasta nuestros días*<sup>422</sup>.

Y es que la literatura termina, inevitablemente, por influir en la vida, en los modos de vivirla, aunque sus modas las imponga lentamente y por caminos difíciles de seguir. La literatura nos ofrece datos sobre la sociedad que envuelve a los autores, pero también lanzaba mensajes para que ésta cambiase, ejemplos de difícil interpretación - pensemos en el debate actual, y permanente, sobre la función de los escritores: hoy no somos capaces ni pretendemos deslindar esa vocación de *conciencia crítica* de sus valores artísticos y estéticos ni de su testimonio sobre lo que observan que legarán a próximos "curiosos", ¿por qué no siempre tenemos esa misma indulgencia para el valor de lo que escriben los autores de cualquier tiempo?-. Lo interesante es

---

<sup>422</sup>SALVADOR MIGUEL, Nicasio, "El amor y la poesía cancioneril", en *Historia 16-especial Amor y sexualidad en España*, 1986, agosto, nº 124, págs. 43-48; pág. 48.

observar el período de "calado", el tiempo que precisan algunas sugerencias literarias para ser aceptadas y convertirse en uso social; en este caso fueron siglos; luego no deberían olvidarse los textos medievales -como adelantados a su tiempo y origen de futuras expresiones vitales- como fuente de las costumbres modernas.

#### 4.3. Sexualidad: ¿castidad o permisividad?.

Hasta el momento, hemos hablado de lo admisible en comportamientos sociales, vamos a hacerlo ahora en actitudes íntimas, como es el caso de la sexualidad. El tema es lo bastante complejo y requiere fuentes tan específicas -y no muy variadas, como son las inquisitoriales- que precisaría de un estudio propio, en la línea de los que ha adelantado la profesora Sánchez Ortega<sup>423</sup>, por lo tanto no entraremos en él en profundidad, sino que nos conformaremos con esbozar algunas nociones al respecto, mientras que otros aspectos y prácticas por ser claramente condenados y perseguidos los trataremos en sus correspondientes apartados de los delitos contra la moral sexual y marital.

Por supuesto, la sexualidad en los años que nos ocupan no se diferenciaba en lo esencial de la de cualquier época -la sexualidad es del hombre y no del tiempo-; pueden cambiar los pudores o exhibiciones, el afán de envolverla en perversión y oscurantismo en libertad o en

---

<sup>423</sup> Como propuesta metodológica y *de intenciones* puede tomarse el artículo de SANCHEZ ORTEGA, M<sup>a</sup> Helena, "Un sondeo en la historia de la sexualidad sobre fuentes inquisitoriales", en *La Inquisición española. Nueva visión, nuevos horizontes*, dirigido por Joaquín Pérez Villanueva, Madrid, Siglo XXI, 1980, págs. 917-930.

espiritualidad, la referencia a una determinada moral -entendida siempre como la recta-, pero no mucho más<sup>424</sup>.

El panorama erótico-sentimental de la España de los Austrias era bastante complejo<sup>425</sup>, marcado sobre todo por la disyuntiva entre lo que estaba autorizado -que era estrictamente la relación heterosexual monógama e institucionalizada social y religiosamente en el matrimonio, con las connotaciones económicas a las que ya nos referimos- y la pervivencia de otras actitudes y costumbres que no se ceñían a ese marco ciertamente estrecho para una sociedad no acostumbrada a tantos rigores. Una vez más, algunos textos que describían bien una sociedad recatada y puritana, bien la conveniencia de que llegase a serlo, se anticipaban a su realidad social.

Desde luego, en este caso, esa literatura que con el agudo y hasta cruel sarcasmo o con la amenazante moralina criticaba las costumbres licenciosas no estaba sólo, sino que tenía el aliento de los poderes estatales y religiosos empeñados en uniformar también esos comportamientos: las actitudes y hábitos eróticos heterodoxos, sin duda, ampararían ideas y espíritus peligrosamente personales. Recordemos al respecto, lo que se dijo al presentar el status jurídico sobre

---

<sup>424</sup>Quizá sólo muy recientemente ha asistido la Humanidad a una verdadera revolución sexual, vinculada desde luego a los cambios en la comunicación de las ideas, a la transformación en las creencias colectivas y a las necesidades o aspiraciones de una mejor calidad de vida de las sociedades, de las familias y de los individuos, reflejados sobre todo en la nueva situación de la mujer y, por supuesto, en la utilización asequible y generalizada de métodos anticonceptivos. Naturalmente, ello supuso también nuevas perspectivas para su estudio, en el que la obra de Michel FOUCAULT, *Historia de la sexualidad*, 3 vols., Madrid, Siglo XXI, 1978, fue un hito pleno de sugerencias.

<sup>425</sup>Seguiremos en adelante, especialmente, a SANCHEZ ORTEGA, M<sup>a</sup> Helena, "Costumbres y actitudes eróticas en la España de los Austrias", en *Historia 16 -especial Amor y sexualidad en España-*, 1986, agosto, nº 124, págs. 49-58.

la *normalización* formal y pública de los matrimonios en Trento - evitando problemas a ambas administraciones-.

Naturalmente, cualquier relación fuera de la pareja monógama, heterosexual, estable, identificada con su función procreadora y representada por el matrimonio era pecaminosa y perseguible. No obstante, a ese estricto marco se sumó la idea de castidad -muy relacionada en su imposición con el desarrollo del culto mariano- que, de afectar sólo al celibato de los religiosos, se extendió como obligación para todos los católicos, debiendo practicarse incluso dentro del propio matrimonio. A este respecto decía el jesuita padre Andrade que los casados en su estado podían guardar tres grados de castidad y pureza:

*El primero es perfectissimo haciendo voto de perpetua virginidad y guardandola perfectamente, como si fueran hermanos de unas puertas adentro.*

*El segundo es haziendo voto de castidad coniugal, esto es, de no ofender a Dios contra esta virtud, en hecho ni dicho ni pensamiento, y guardar las leyes de su estado con toda la pureza possible, en reverencia de la que guardaron nuestra Señora y san Ioseph, al qual suelen añadir algunos de no tornarse a casar si acaso se hallaren libres del matrimonio presente.*

*El tercero y infimo es el que obliga todos los casados de guardar la ley de Dios, manteniendose en su estado con toda honestidad y decencia, ni faltando a la obligacion que se prometieron, ni a la fidelidad que se deven; guardando esta continencia en memoria, y reverencia de la pureza con que vivieron nuestra Señora y San Ioseph, sin añadir a esto votos o promessas<sup>426</sup>.*

Pero, si cualquier cambio en las costumbres se enfrenta con la muda e infranqueable resistencia de la inercia, las pretendidas modificaciones en los hábitos sexuales -actos íntimos y sujetos a las

---

<sup>426</sup> ANDRADE, Alonso de, *Libro de la guía de la virtud...*, , libro VII, cap. 42 -"De la honestidad y pureza que deven guardar los casados en su estado"-, tomo III, f. 121.



más reservadas convicciones, creencias, sentimientos o necesidades- chocarían con una total incomprensión, por parte de una población que, en su gran mayoría, carecía de la preparación suficiente para entender y aceptar disposiciones tan severas.

Esa resistencia, probablemente, fue mayor en los varones, quienes hicieron menos caso de las imposiciones religiosas, ya fuera porque desde un principio hubiese más *comprensión* hacia ellos, ya porque la cultura popular tradicionalmente había exaltado en el hombre las mismas conductas que entonces querían limitarse.

Algunas consideraciones deben ser matizadas para el caso concreto de la Corte moderna; así, la profesora Sánchez Ortega dice:

*aunque las mujeres solteras no carecían totalmente de desenvoltura y libertad de movimientos, especialmente entre los miembros de la burguesía, la vida de la mujer transcurría de forma silenciosa y recatada*<sup>427</sup>,

pero la Corte debía ser una excepción si atendemos a el elevado número de damas falsa o verdaderamente aristocráticas, a la imitación que de su "libertad" -descrita por Pinheiro- intentarían hacer las también numerosas mujeres relacionadas con la burguesía de servicios, del comercio o de la administración y, por supuesto, a la inobservancia absoluta que de las normas restrictivas haría el considerable porcentaje -por encima de la media, por supuesto- de las mujeres pobres, marginadas o del hampa, que cayeron en aluvión -como los hombres, claro- sobre Madrid. Es decir, por supuesto que el erotismo debe ser analizado también atendiendo a los grupos sociales que probablemente manifiestan también distintas expresiones de la sexualidad<sup>428</sup>.

---

<sup>427</sup> *Ibidem*, pág. 51,

<sup>428</sup> SANCHEZ ORTEGA, M<sup>a</sup> H., "Un sondeo en la historia de la sexualidad...", pág. 30.

En cualquier caso, también en Madrid, la permisividad para los hombres -no pretendemos negarlo- era mucho mayor, tanto en los indicios de adulterio como, por ejemplo, en el disfrute de la organizadísima prostitución.

Entre las actitudes discordantes más frecuentes encontramos la de quienes pretendían una mayor tolerancia hacia las costumbres que no se atenían a la disciplina que se trataba de imponer, son los que la Inquisición llamó *fornicarios* -el Santo Oficio se preocupó de ellos por lo que de herético pudiera tener su actitud si defendían, como ocurría a veces, que la relación carnal entre un hombre y una mujer fuera del matrimonio no era pecado-. Esas afirmaciones no carecían de una lógica ascendente: de pensar que era legítimo acudir a las mujeres públicas -*confusión* comprensible si la Corona y, aún, la Iglesia consentían, si no fomentaban, las *casas públicas*-, se pasaba a sostener que mantener relaciones con una mujer soltera o casada mediante pago no era tampoco pecaminoso, y de ahí a defender lo natural de esas relaciones. Es importante señalar que en la documentación inquisitorial esas opiniones las expresan no sólo hombres sino también mujeres<sup>429</sup> y que a veces se relacionaban con la disputa sobre la mayor santidad del estado matrimonial o del religioso -que interesaba también por la posible heterodoxia de juicios que pudieran entrañar alguna velada crítica a los eclesiásticos y a su santo y supremo ministerio-.

---

<sup>429</sup>SANCHEZ ORTEGA cita ejemplos al respecto, "Costumbres y actitudes eróticas...", págs. 51-52.

Bigamias, amancebamientos, solicitudes, etc. y los testimonios sobre ellos entran ya en el terreno de lo delictivo y punible y, como tales, los veremos en su apartado correspondiente. En cualquier caso, como todo lo visto hasta ahora, se correspondían con desviaciones dentro de la heterosexualidad y su práctica "normal".

De mayor gravedad, bastante menos frecuentes y, por tanto, más chocantes fueron otras experiencias; todas ellas condenadas y durísimamente castigadas: la sodomía, el bestialismo, la homosexualidad femenina, las relaciones sado-masoquistas -algunos casos de flagelantes pueden entenderse en ese sentido<sup>430</sup>- o las costumbres sexuales en los casos de brujería<sup>431</sup>.

Evidentemente, punto obligado de referencia en este asunto debe ser siempre la religión, la incidencia del cristianismo en la represión y en la transformación de la mentalidad. Un proceso ciertamente lento, puesto que, probablemente *la conversión al cristianismo supuso justamente una ruptura con la "permisividad" sexual grecolatina*<sup>432</sup>. Pero también la civilización clásica supuso importantes cambios sobre el erotismo antiguo, quizá más oriental, más espiritual y hasta divinizado; en este sentido suscribimos las palabras de la gran escritora Marguerite Yourcenar:

*No hay duda de que el cristianismo intentó que el alma humana volviese a un estado de inocencia prepúber, por lo demás imaginario más que real y muy alejado de la*

---

<sup>430</sup>Véase SANCHEZ ORTEGA, M<sup>a</sup> Helena, "Flagelantes licenciosos y beatas consentidoras", en *Historia* 16, nº 49.

<sup>431</sup>Véanse, por ejemplo, CARO BAROJA, J., *Las brujas y su mundo*, Madrid, Alianza, 1966 y SANCHEZ ORTEGA, M<sup>a</sup> H., "Un sondeo en la historia de la sexualidad...", pág. 921.

<sup>432</sup>*Ibidem*, pág. 921.

*verdadera infancia; de que quiso, y en gran parte realizó, una desacralización de lo sensual, fuera del matrimonio, y que incluso en este último caso lo rodeó de tantas interdicciones que instaló a perpetuidad en la idea de sensualidad la noción de pecado. Pero el mal viene de más lejos que el Evangelio y la Iglesia. El intelectualismo griego y el rigorismo romano ya se habían ocupado muy pronto de hacer una escisión entre el espíritu y la carne<sup>433</sup>.*

---

<sup>433</sup>YOURCENAR, Marguerite, "Sobre unos cuantos temas eróticos y místicos de la Gita-Govinda", en *El tiempo, gran escultor*, Madrid, Alfaguara, 1989, págs. 122-123.

**PARTE II:**

**LA JUSTICIA**

## CAPITULO IV

### LA JUSTICIA CASTELLANA

#### 1. CONSIDERACIONES PREVIAS SOBRE JUSTICIA REAL Y PRIVILEGIO.-

##### 1.1. Introducción.

En la intención que hemos querido dar a estos apartados relativos a la Justicia, coincidimos con el punto de partida de Kagan cuando cita:

*la historia legal es un capítulo de la historia social, no una entidad autosuficiente*<sup>434</sup>.

Es decir, no trataremos aquí de analizar la cuestión con la profundidad propia de un estudio estrictamente jurídico, sino que insistiremos en los aspectos que mejor puedan ilustrarnos en nuestro propósito de mostrar el marco legal en la medida en que afecta a la sociedad, en que condiciona los comportamientos individuales y define, por negación, la delincuencia.

---

<sup>434</sup>AUERBACH, Jerold S., *Unequal Justice: Lawyers and Social Change in Modern America*, Nueva York, 1977, pág. 8, cfr. KAGAN, R. L., *Pleitos y pleiteantes en Castilla, 1500-1700*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1991, pág. 26.

En su sentido más amplio, la ley es todo precepto dictado por un gobernante. El conjunto de esas normas instituidas, en principio, para regular el buen desarrollo de las relaciones humanas constituye la *legalidad*. Quizá, *legalidad* sea término más apropiado para la realidad que intentamos presentar. *Legalidad* tiene, en efecto, un sentido más abstracto, menos palpable que *ley* y, precisamente, esa impresión de ambigüedad es la primera que se tiene al acercarse a su formulación en aquellos años de la Monarquía Hispánica.

Así, no nos preocupará tanto la legislación -como corpus jurídico y reglamentación más o menos exhaustiva-, cuanto esa legalidad con toda su imprecisión y vaguedad que no atenúan -sino, tal vez, al contrario- las imposiciones para encauzar los modos de vida, acomodándolos a principios ideológicos impuestos por la autoridad. Aunque es claro que esos principios nacen de necesidades derivadas de la organización socio-económica, del desarrollo político o de la mentalidad -religiosa, tradicional...-, a las que la jurisprudencia -en un momento de indudable expansión teórica y práctica- aporta la forma necesaria, siempre conforme a la voluntad real y de un modo muy especial en lo relativo a las leyes penales.

En buena lógica, para "la ejecución de la ley ninguna cosa ha de ser estorvo, ningún respecto humano ha de gozar de excepción"<sup>435</sup> y, sin embargo, veremos cómo la ley llega a ser casi pura excepción, cómo sus ejecutores deben sortear infinidad de *estorvos* para tratar de hacer efectivo su cumplimiento, estorbos en los que, a veces, quedan definitivamente enredados.

---

<sup>435</sup>COVARRUBIAS, Sebastián de, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, voz "Legislador".

### 1.2. La Corona y la Ley.

La función jurisdiccional del rey, su atribución -esencial- de *fazer justicia* es parte fundamental no sólo del derecho público desde la Edad Media sino de la evolución política de la sociedad. *La identificación de la función real con el cumplimiento y la ejecución de la justicia, unida a la extraordinaria amplitud que del concepto de ésta se tiene en la Edad Media dieron lugar a que la actuación judicial del príncipe fuera la vía por la que el poder real caminó resueltamente hasta llegar a adquirir el carácter absoluto con que a principios del siglo XVI se representa*<sup>436</sup>.

El ejercicio de la justicia es, precisamente, el atributo más manifiesto de la autoridad regia, de su majestad. Bien significativo resulta que los *representantes de la ley* de entonces *diesen el alto* con un *¡Teneos a la Justicia y teneos al Rey!*, con evidente identificación del monarca con los valores y condición que a aquella se atribuyen. A ello, obviamente, contribuyeron las amplias -y un tanto difusas- competencias que a la justicia medieval se asignaban. De modo que "la función típica del rey durante la Baja Edad Media [...] la constituyen el cumplimiento y la ejecución de la justicia, a fin de mantener en paz

---

<sup>436</sup>PEREZ DE LA CANAL, Miguel Angel, "La justicia en la Corte en Castilla durante los siglos XIII al XV", en *Historia, instituciones, documentos*, Sevilla, 1975, nº 2, págs. 387-481, pág. 387. Véase KANTOROWICZ, Ernst H., *Un estudio de teología política medieval*, Madrid, Alianza, 1985, pp. 297-ss. y ULLMAN, Walter, *Principios de gobierno y política en la Edad Media*, Madrid, 1985.



y sosiego a la comunidad"<sup>437</sup>. Función típica vinculada, desde luego, a una Monarquía absoluta que, como rectora de la sociedad estamental, es el principal factor de referencia y de unión en el Antiguo Régimen, a lo largo de todo el cual los fines y los conceptos jurídicos de la legislación penal de los que dispone la Corona permanecen prácticamente inalterables<sup>438</sup>.

Los privilegios jurisdiccionales que -como a continuación señalaremos- el rey cedió a nobles, eclesiásticos o concejos no impidieron que los soberanos ostentasen un amplio y eficaz poder judicial que se manifestaba ya al final del Medievo en:

- La justicia mayor o poder de suplir las negligencias u omisiones de los que ordinariamente la tenían a su cargo.

- Asuntos que, dado que podían resultar perjudiciales para el rey o el reino, normalmente se atribuían al monarca.

- Pleitos de los hijosdalgo.

- Cuestiones sobre rentas e incumplimiento de las órdenes del rey.

- Las apelaciones.

- La merced del rey.

- La Corte como fuero comunal del Reino<sup>439</sup>.

Entre los asuntos que podían suponer perjuicio para la Monarquía destacaban los llamados *casos de corte*<sup>440</sup>, fijados ya en las *Partidas*

---

<sup>437</sup> *Ibidem*, pág. 389.

<sup>438</sup> TOMAS Y VALIENTE, Francisco, *El Derecho Penal de la Monarquía absoluta (siglos XVI-XVII-XVIII)*, Madrid, Tecnos, 1969, pág. 13.

<sup>439</sup> PEREZ DE LA CANAL, M.A., *op. cit.*, pág. 392.

<sup>440</sup> Véase al respecto: IGLESIA FERREIRO, A., "Las Cortes de Zamora de 1274 y los casos de Corte", en *A.H.D.E.*, 1971, pp. 945-971.

y que, en el siglo XV, abarcaban los siguientes supuestos: forzamiento de mujer; muerte de hombre sobre seguro; quebrantamiento de camino; quebrantamiento de iglesia; quebrantamiento de palacio; exacción indebida al conducedo; pleitos sobre términos entre villas de realengo y eclesiásticos o nobles; riepto; quebrantamiento de concejo o juez; ladrón conocido; pleitos de viudas, huérfano y personas miserables; prendas de bienes y prisiones de personas; recepción de deudores y malhechores; y algunos otros casos semejantes que podían especificarse sólo para algún reino.

Ese carácter *moldeable* de la legalidad se hace particularmente patente cuando -como nos dice Tomás y Valiente-:

*como padre de familia autoritario pero habitualmente desobedecido, el Monarca absoluto hace oír su voz imperativa constantemente, dando disposiciones legales que pretenden regularlo todo; y como sabe que la ley ni se respeta ni se cumple, amenaza a través de cada una de ellas para forzar a su cumplimiento con penas siempre duras y muchas veces exageradamente desproporcionadas. Desde este punto de vista casi toda ley real era penal*<sup>441</sup>.

Y es que ese padre autoritario era percibido más como *justiciero* que como *justo*; esto es, más como quien castiga los delitos rigurosamente y aun *ha de picar un poquito en cruel*<sup>442</sup> que como juez equilibrado y ecuánime. Esa idea de una administración de justicia regia *justiciera* es la que defiende también Castillo de Bobadilla cuando sostiene la necesidad de que la justicia inspire temor<sup>443</sup>. Y, aunque no se diga, temor debe inspirar también la Monarquía como última depositaria de la responsabilidad de administrar esa justicia e imponer

---

<sup>441</sup>TOMAS Y VALIENTE, F., *op. cit.*, pág. 46.

<sup>442</sup>COVARRUBIAS, voz "Justiciero".

<sup>443</sup>CASTILLO DE BOBADILLA, J., *Política para corregidores*, ed. facsímil, estudio preliminar de Benjamín González Alonso, Madrid, 1978, II, 2, 53.

la ley. Felipe II, por ejemplo, siempre pensó que el único modo de confiar en la dignidad de los oficiales reales de justicia era intervenir personalmente en los nombramientos judiciales y someterles a vigilancia mediante *visitas* regulares a los tribunales; fue, precisamente, el rey prudente el artífice del establecimiento de un *cursus honorum* en la judicatura real, que implicaba el paso sucesivo por una serie de cargos secundarios antes de acceder a mayores responsabilidades, resistiéndose, además, a interferir en el desarrollo normal de la justicia<sup>444</sup>.

En cualquier caso, una de las notas características de la justicia es la estrecha vinculación entre el establecimiento de eficaces instituciones para su correcta administración y el origen del Estado moderno; si bien, al parecer "los hallazgos más comunes sugieren una estrecha correlación entre los arrestos criminales y procesos, y la afirmación del poder estatal, pero la relación entre los pleitos civiles y el poder del estado es aún muy vaga"<sup>445</sup>. Esa vinculación puede entenderse sólo desde el carácter teocrático del gobierno del rey. Si las leyes debían su carácter vinculatorio exclusivamente a la voluntad real era, por supuesto, porque esa intervención legal partía de un monarca cuyo poder le permitía legislar de modo independiente sin aceptar consejos ni advertencias, tal como recoge con frecuencia la literatura del momento -especialmente el teatro- plagada de finales en los que el rey personifica y ejecuta la justicia poética definitiva.

---

<sup>444</sup>KAGAN, R.L., *op. cit.*, págs. 155-158.

<sup>445</sup>KAGAN, R.L., "Pleitos y poder real. La Chancillería de Valladolid (1500-1700)", en *Cuadernos de Investigación Histórica*, Madrid, 1978, nº 2, págs. 291-316, pág. 291.

De igual modo que la justicia suprema es privilegio exclusivo de la Corona lo es también la gracia, la posibilidad de otorgar el perdón por medio de indultos. Perdonos que podían venir motivados por circunstancias bien diversas: razones de conveniencia política, por celebraciones religiosas, ocasiones festivas para la familia real, triunfos militares o interés directo en la suerte de personas concretas. Este tipo de mercedes eran competencia de la Cámara de Castilla, si bien los indultos de jurisdicciones especiales pasaban por sus correspondientes instituciones<sup>446</sup>.

### **1.3. Ley y justicia de privilegio.**

La manifestación más visible de la ley era su aplicación en los distintos procedimientos civiles o penales, que eran lo que llegaba más directamente al simple libre -al súbdito que sufría continuamente el aparato coactivo de las instituciones, tanto por el no cumplimiento de una norma como, a veces por los excesos de celo con respecto a la misma-, cuya finalidad natural era servir para la promoción de la legalidad. La considerable tendencia a pleitear, que parece ser caracterizaba a los castellanos -magní-ficamente analizada por Kagan-, acerca el proceso judicial a la sociedad, propiciando que toda ella tenga presentes sus detalles. "La litigiosidad era consecuencia de una visión del mundo que concedía mayor importancia a los derechos que a

---

<sup>446</sup>HERAS, J.L. de las, *op. cit.*, págs. 33-36. El profesor de las Heras hace también un detenido estudio de los indultos concedidos por la Cámara de Castilla, centrándose, especialmente, en la situación de los presos perdonados y en las penas que se indultan.

las responsabilidades individuales"<sup>447</sup>. Indudablemente, la consolidación de los derechos personales, del concepto de Justicia como instancia a la que acudir demandando la defensa de unos derechos -que, a menudo, eran sólo exhibición y confirmación de un puesto en el laberinto social, afirmación de un *status*- significó, sobre todo, un proceso de *irresponsabilidad* individual, de dejación de la capacidad de decidir o de orientar la disputa en defensa de los propios intereses -como el recurso a la mediación o el arbitraje-, de modo que la "profesión jurídica se arrogó la competencia en las materias de derecho e hizo su medio de vida de ayudar a los demás a llevar sus disputas ante los tribunales"<sup>448</sup>. Se defendían sus derechos, puede, pero, desde luego, a costa de libertad y responsabilidad; y también de igualdad ya que ese *asesoramiento profesional* suponía una selección económica y una manifiesta desventaja para quienes no podían acceder a él.

El título primero -*de las Leyes*- del libro segundo de la *Nueva Recopilación* recoge las disposiciones reales que, desde antiguo, se referían a la Ley. Singularmente provechosas para entender cuál era la concepción teórica de la ley y su finalidad son las dos primeras de ese título.

En primer lugar, la Ley debe ser común a todos y expuesta de modo que todos puedan entenderla. Y, efectivamente, la Ley pudo ser común pero, evidentemente, no así sus efectos como veremos.

En cuanto al propósito de las Leyes, transcribimos -por su brevedad y significación- la ley segunda:

*La razón que nos movió a hazer leyes fue porque por ellas  
la maldad de los hombres sea refrenada, y la vida de los*

---

<sup>447</sup>KAGAN, R.L., *Pleitos...*, pág. 22.

<sup>448</sup>*Ibidem*.

*buenos sea segura y por miedo de la pena los malos se escusen de hazer mal. Y establecemos, que ninguno piense de mal hazer porque diga que no sabe las leyes ni el derecho, ca si lo hiziere contra ley que no se pueda escusar de culpa*<sup>449</sup>.

De modo que la intención de la Corona tiene dos vertientes: una *moral*, puesto que lo primero que se hace es distinguir entre *buenos* y *malos* en una concepción típicamente religiosa en la que el mal, el pecado, debe ser frenado para que no se apodere de los *sanos*; otra penal y ejemplarizante, supeditada a la anterior, puesto que no se propone tanto encauzar los hábitos de vida y convivencia cuanto emplear el miedo para esos nobles fines de alejar a los hombres del mal. Mal cuyas negras fronteras sólo la Monarquía y sus intereses -y los de quienes la sustentan- tienen capacidad de delimitar.

En un orden de cosas más práctico, la impresión que produce el sistema legal castellano resultaba a todas luces confuso, sin que los intentos de aclararlo impulsados por los reyes consiguiesen resultados excesivamente brillantes como ya explicamos al hablar de las críticas que recibió la *Nueva Recopilación*.

Una de las situaciones conflictivas más frecuentes producidas por ese embrollo legal eran las disputas de precedencia entre fueros y ley nacional, surgidas de la existencia de leyes poco articuladas cuya aplicación e interpretación dependía en exclusiva de los jueces. Naturalmente, todo ello con el *aliciente* añadido de unos procedimientos legales, cuando menos, desconcertantes<sup>450</sup>.

Frente a la tradición medieval por la que los magistrados decidían en las disputas basándose en su propia estimación, en procesos

---

<sup>449</sup> *N.R.*, II, 1, 2.

<sup>450</sup> KAGAN, R.L., "Pleitos...", pág. 305.

más bien informales, el pleito requería que el juez emitiera su veredicto ciñéndose estrictamente a la ley, puesto que uno de los objetos del fallo por ese procedimiento era, precisamente, poner coto a los posibles abusos e injusticias de los magistrados -pero también limitar su independencia- al exigirse la presentación de pruebas de las demandas a las que el juez estaba obligado a atenerse cuando sentenciara<sup>451</sup>.

Es, obviamente, bajo esas condiciones cuando la Ley adquiere toda su importancia. Su conocimiento resulta esencial en cualquier pleito y los códigos legales castellanos adquieren en este contexto todo su sentido, no sólo como sistematizadores de legislación, sino como instrumento para la imposición de la ley real que hubo de enfrentarse primero con los fueros locales que, pese a todo, mantuvieron su aliento en la Edad Moderna, de modo que -aun con la *Nueva Recopilación*- Castilla "no era una entidad jurídica unificada con un derecho territorial común o único"<sup>452</sup>.

Precisamente, la elaboración de la *Nueva Recopliación* debería haber respondido a la necesidad -reiterada por las Cortes- de recoger de modo definitivo las leyes reales, algo que ya prometió Carlos I pero que no se realizó hasta que Felipe II dio al proyecto el impulso definitivo que llevaría a su publicación en 1569. En realidad, la flexibilidad de las leyes castellanas -que permitió su supervivencia secular sin apenas reformas- supuso un nada desdeñable poder añadido

---

<sup>451</sup>KAGAN, R.L., *Pleitos...*, pág. 46.

<sup>452</sup>*Ibidem*, pág. 50. Kagan recoge la observación en este sentido de Castillo de Bobadilla quien escribe -ya en 1597, no lo olvidemos- que "la costumbre de la tierra vence al estatuto y tiene más fuerza que ley", *Política para corregidores*, II, X, 34.

para los jueces, reforzados por el papel activo que desempeñaban en causas civiles y criminales gracias a los procedimientos inquisitoriales y por no tener la obligación de justificar sus sentencias<sup>453</sup>.

Una primera distinción en esta cuestión de las jurisdicciones que tratamos de resumir aquí es la existente entre justicia ordinaria -la que nos interesará en nuestro estudio específico- y justicia especial o *de privilegio*, la jurisdicción particular que afecta a grupos con un fuero especial. En el medievo castellano, el fuero -*forum*, tribunal de justicia, en latín-, como término jurídico-político, implicaba un privilegio o *libertad*, que podía manifestarse como una exención de las leyes generales otorgada a una ciudad o a una persona; extendiéndose también la denominación de *fueros* a los corpus legales o de privilegios vigentes en un territorio determinado -vg. el Fuero viejo de Vizcaya-<sup>454</sup>. Fuero es, por tanto, todo privilegio, exención o ley particular que se otorgaba a una persona, corporación, ciudad o territorio, con el efecto de crear una jurisdicción especial, esto es, jueces o tribunales propios a quienes corresponde hacer justicia en los casos que afecten al fuero.

Pueden servir de útil aclaración las distinciones que establece el profesor Pérez-Prendes, quien, refiriéndose a la Alta Edad Media, define "fuero" en su sentido más amplio como

*el conjunto de normas jurídicas que regulan la vida local y las cargas y derechos de los vecinos y moradores, recogido en una redacción o texto único que es dao o recibe*

---

<sup>453</sup>Kagan, R.L., *op. cit.*, págs. 49-50.

<sup>454</sup>Vid. KAMEN, Henry, *Vocabulario de Historia Moderna*, Barcelona, Crítica, 1985, voz "Fueros", págs.101-104.



*la confirmación (carta de confirmación) del rey o del señor*<sup>455</sup>.

El mismo profesor distingue entre esa concepción de fuero y lo que vulgarmente se denomina derecho privilegiado, diferenciando el de tipo personal y el de clase; es decir, ni siquiera todos los habitantes de una misma ciudad se regían por el derecho contenido en el fuero o fueros de la misma, sino que se daba el caso de que barrios enteros o personas aisladas estuvieran sometidos a un régimen jurídico distinto del resto de los avecindados en ella. Esto es evidente no sólo en la Alta Edad Media -que mantiene esa desigualdad social- sino en todos los períodos de nuestra historia jurídica hasta llegar al siglo XIX en que en virtud del principio de igualdad de los súbditos ante el Derecho desaparecen las diferencias jurídicas motivadas por las circunstancias socio-económicas.

El más destacado privilegio que se puede otorgar y la jurisdicción especial más importante no pueden ser otros que el **señorío** o autoridad sobre tierras o gentes. En el origen mismo del señorío - cuando la Corona, buscando aliados poderosos para la Reconquista y repoblación, desde el siglo XII, delegó ciertas funciones en algunos nobles, aunque sin renunciar a su soberanía- está la inmunidad frente a otras justicias. Por supuesto, con el tiempo los oficiales reales tendrán autoridad para penetrar en señorío en casos determinados, pero estas intervenciones muy a menudo fueron causa de conflictos jurisdiccionales. La jurisdicción real estaba, en consecuencia, considerablemente limitada en gran parte del reino. Aquí, por supuesto, nos interesa sólo el señorío como jurisdicción, sin entrar en la viva

---

<sup>455</sup>PEREZ-PRENDES, J.M., *Curso de Derecho Español*, Madrid, U.C.M., 1989, I, pág. 537.

polémica historiográfica suscitada al respecto entre interpretaciones de medievalistas o contemporaneistas, entre acepciones más sociales o institucionalistas o marxistas <sup>456</sup>, etc. Ciertamente, como decimos, desde nuestra perspectiva, lo constitutivo de señorío en la Edad Moderna era la jurisdicción y no exclusivamente la posesión de tierras.

La recopilación del derecho castellano que suponen las *Ordenanzas* de Montalvo, de 1484 -que no llegaron a alcanzar la sanción real-, se preocupa muy poco del régimen señorial y más de las leyes reales, a las que reafirmaba la suprema jurisdicción, reservándosele los casos de corte y apelaciones de las sentencias señoriales, de modo que el señor mantenía sólo la primera y la segunda instancia.

En la Edad Moderna, la mayoría de los señoríos están provistos ya de carácter jurisdiccional y muy pocos son los exclusivamente solariegos.

Castillo de Bobadilla -al que citaremos con frecuencia como celoso defensor de las prerrogativas regias y hombre de gran experiencia en estos temas como abogado, fiscal y corregidor que fue<sup>457</sup>- no manifiesta precisamente buena opinión de la justicia señorial, tratando de reducir su situación legal al pleno dominio real, con una muy clara mentalidad regalista.

---

<sup>456</sup>Una plasmación de ese debate, en el Congreso *Señorío y Feudalismo*, celebrado en Zaragoza en 1989. SEguimos aquí, algunas de las opiniones del profesor López-Salazar.

<sup>457</sup>V. TOMAS Y VALIENTE, Francisco, "Castillo de Bobadilla (c. 1547-c. 1605), semblanza personal y profesional de un juez del antiguo régimen", *A.H.D.E.*, 45, 1975, págs. 159-238.

Como dijimos la justicia señorial podía comprender dos instancias, representadas por el alcalde ordinario, el alcalde mayor<sup>458</sup> o el mismo señor. En primera podían entender los alcaldes ordinarios señoriales, cuya sentencia podía apelarse a alcalde mayor o al señor, pero no a ambos consecutivamente puesto que -según defendía Castillo- se trataba de una misma instancia; pero esa atribución de ver en segunda instancia estaba claramente reconocida al señor -salvo en algunos casos, como ocurría con las sentencias de los alcaldes entregadores de Mesta y cañadas las cuales, aún dadas en señorío eran sólo apelables a la Chancillería-. Es decir, en Chancillerías y Consejos los oidores pueden conocer de una misma causa en vista y en revista porque la jurisdicción del rey es toda una; sin embargo, no ocurre lo mismo con la jurisdicción señorial, en la que son distintas la primera y la segunda instancia, y a la que nunca le corresponde la suprema, puesto que siempre queda la posibilidad de apelar al rey. Además, el rey tiene la posibilidad de conocer en primera instancia con inhibición de la inferior, tanto en señorío como en realengo, por medio de la Chancillería o del Consejo, mediante juez real con vara alta de justicia que inhibe cualquier instancia inferior, circunstancia ésta que daba lugar también a los correspondientes pleitos.

Otra alternativa podía ser *saltarse* una instancia y apelar de esos alcaldes ordinarios de señorío directamente a Chancillería, lo que, naturalmente, no agrada a los señores, aunque hay determinados casos en que resultaba obligado ese procedimiento como, por ejemplo, en

---

<sup>458</sup> Los alcaldes mayores de señorío serían, teóricamente, equiparables a los tenientes de corregidor reales, puesto que es el señor el que ostenta el carácter de corregidor perpetuo y como tal paga al alcalde mayor -lo mismo que hacen los corregidores con sus tenientes-; si bien, en la práctica, son los verdaderos corregidores, empleando a veces, incluso, esa denominación.

las demandas contra el propio señor. Además, mientras que los tribunales reales, en ocasiones, pueden conocer de personas eclesiásticas -en determinados casos el fuero puede no ser obstáculo para el Consejo o las Chancillerías si quieren entender en ello-, los señoriales nunca pueden hacerlo.

Otras excepciones importantes a la ley real tenían su origen en el tratamiento jurídico preferente del que disfrutaban los **privilegiados** y las jurisdicciones privativas de algunas corporaciones.

La influencia del status social como determinante de la desigualdad básica del individuo ante la ley era algo fuera de toda discusión en la época. Desigualdad que se hacía particularmente visible en las penas aplicables por los delitos, puesto que -como es bien sabido- las penas sobre los hidalgos no podían atentar contra su fama, de modo que quedaban exentos de cuantas pudieran deshonorarles, porque una cosa era castigar y otra dañar el honor -perjuicio irreparable si era ejecutado por la justicia-, dado que hubiese sido una contradicción que la ley -que trata de mantener el orden- alterase los principios del orden social. Naturalmente, a esos privilegios a los que tenían derecho en razón de su origen estamental -que se extendían a condiciones especiales para sus bienes y sus deudas, a una excepcional consideración en el proceso, que les evitaba la tortura, etc.- se sumaba, sin duda, un trato de favor derivado no de una teórica superioridad social sino de un efectivo poder que inspiraba un respeto, cuando no temor -más o menos fomentado por los interesados-, que alteraría con frecuencia los designios normales de la justicia. Esa consideración *de facto* es, además, expresada con toda naturalidad por numerosos autores

de la época. Ya señalábamos en una reciente comunicación<sup>459</sup> cómo Pérez de Herrera consideraba que algunas penas debían aplicarse a los criados y no a los amos "porque quien las executare *no tenga temor de dar disgusto a quien se ha de tener respeto*"<sup>460</sup>; es decir, el límite de la ley estaba en los poderosos, a los que, por *respeto*, había que eximir de su estricto cumplimiento y, sobre todo, de las responsabilidades derivadas de infringirla. Y, no sólo por *respeto*, sino más bien por *temor* de los justicias al *disgusto* de los grandes y a su posible e iracunda traducción.

Por descontado, esa consideración en el trato en razón del status -por encima o al margen de privilegios legales reconocidos- tiene su correspondencia en una *desconsideración* hacia quienes tenían destinado un lugar menos brillante en los esquemas de mentalidad de la época, por ejemplo, los labradores, objeto de menosprecio general en el ámbito urbano (tan acrecentado a veces -como era el caso de Madrid- precisamente por quienes renegaban de un origen rural del que habían huído por diversos motivos), "pues ya quando un labrador viene a la ciudad y *más quando viene a algun pleyto*, quién podrá ponderar las desventuras que

---

<sup>459</sup>VILLALBA PEREZ, Enrique, "Burguesía y orden público: la posición de Péres de Herrera", en *Congreso Internacional La Burguesía Española en la Edad Moderna*, Madrid, 16-18 de diciembre de 1991, aún inédito.

<sup>460</sup>PEREZ DE HERRERA, Cristóbal, *A la Católica Real Magestad del Rey Don Felipe III nuestro Señor: cerca de la forma y traça como parece podrian remediarse algunos peccados, excessos y desordenes en los tratos, vastimentos y otras cosas, de que esta villa de Madrid al presente tiene falta, y de que suerte se podrian restaurar y reparar las necessidades de Castilla la Vieja, en caso que su Magestad fuesse servido, de no hazer mudança con su Corte a la ciudad de Valladolid*, s.l., s.f. [¿1600?], f. 22r.

padece y los *engaños que todos le hazen*"<sup>461</sup>, tenido en menos por la justicia y, seguramente, embrollado en su jungla con *ayuda* de las buenos oficios de los profesionales que le asesoren. Y si esto sucedía con los labradores, qué no ocurriría con los abiertamente marginados.

Pero volvamos a los jurídicamente privilegiados -que, recordemos, lo eran no como individuos sino como miembros de un cuerpo-. Tan numerosos eran las corporaciones cuyos privilegios suponían el disfrute de exenciones de este tipo -algunas, bien es cierto, más honoríficas que prácticas- que, como refiere Domínguez Ortiz, "sólo en la ciudad de Sevilla existían unas veinte jurisdicciones diferentes, de suerte que la justicia ordinaria casi no podía intervenir más que en las causas que se referían a las clases más humildes, pues la media y alta estaban repartidas en multitud de tribunales, competencias, jueces conservadores y demás cotos privados jurídicos"<sup>462</sup>.

Entre esos *cotos* destaca, como no podía ser menos, el **eclesiástico**. Los eclesiásticos, por supuesto, reclamaban la protección de su propio fuero. La jerarquía -y eso estaba fuera de cualquier discusión- podía castigar a sus súbditos de obispados u órdenes religiosas con cualquier pena salvo la de muerte. Y, a la vez, también indiscutible era la inmunidad personal de que disfrutaban dichos eclesiásticos, respetada casi siempre. de modo que en muy contadas ocasiones la justicia real actuó contra clérigos. Mayores problemas con los ofi-

---

<sup>461</sup> PEÑALOSA Y MONDRAGON, Benito de, *Libro de las cinco excelencias del español que despueblan a España...*, Pamplona, Imprenta de Carlos de Labayen, 1629, f. 169v.

<sup>462</sup> DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio, *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, Madrid, Istmo, 1985 (3ªed.), pág. 13.

ciales reales generó otra prerrogativa eclesiástica, la inmunidad local, la invulnerabilidad del derecho de asilo en las iglesias para quienes se *acogían a sagrado*<sup>463</sup>, protección quebrantada con cierta frecuencia por los alguaciles, lo que originaba numerosos incidentes que no solían rebasar el ámbito puramente local.

Pero por lo que respecta a su potestad de juzgar laicos, la situación es mucho menos clara<sup>464</sup>. Las leyes reconocen a los jueces eclesiásticos capacidad para proceder en los casos de "injurias y ofensas manifiestas y notorias que suelen ser hechas a las Iglesias o Monasterios y personas Eclesiásticas, segun que los derechos comunes disponen y los santos Padres que las ordenaron", pero tienen buen cuidado en limitar exclusivamente a esos casos su intervención: "y no más ni allende, no embargante qualesquier comissions o poderes que les sean o son dados"<sup>465</sup>.

Además, naturalmente, el Tribunal de la Inquisición se ocupaba también de delitos contra la fe, aunque actuase en muchos casos -como es bien sabido- como grupo de presión. Sus familiares estaban bajo jurisdicción inquisitorial salvo en algunos casos graves<sup>466</sup>. Mientras que la *Nunciatura*, tribunal crado por Carlos I, se encargaba de casos ordinarios que normalmente se veían en Roma -costas indebidas, herencias de obispos, etc.- pero que el emperador quiso establecer tambien en la Corte teniendo al nuncio como presidente.

---

<sup>463</sup> Nov. R., I, 4.

<sup>464</sup> DOMINGUEZ ORTIZ, A., *op. cit.*, pág. 435-ss.

<sup>465</sup> N.R., I, 8, 1.

<sup>466</sup> A.H.N., *Consejos*, leg. 7122, nº 1, cédula de 10 de marzo de 1533.

También las **universidades** disfrutaron de fueros especiales. Desde sus orígenes medievales, el estudiante universitario era considerado un clérigo, protegido por tanto por el fuero eclesiástico; no obstante, su comportamiento no se corresponde con dicho estado. Ya en las *Partidas* se reconocía el derecho de los estudiantes a organizarse y elegir Rector, encargado en principio de evitar los bandos<sup>467</sup> y alborotos que, al parecer, eran bien frecuentes en la elección de rector, en las provisiones de cátedras, en las salidas nocturnas con cencerradas y serenatas, en los recorridos por tabernas, casas de juego y burdeles, o en sus burlas, incluso, a los oficiales de justicia<sup>468</sup>. La literatura es rica en ejemplos de esa vida estudiantil<sup>469</sup> más propensa a las diversiones más o menos lícitas que a los libros y el estudio, tal como podemos leer en *El Buscón* o en el *Guzmán de Alfarache*. Es precisamente el pícaro de Mateo Alemán el que nos ilustra con este comentario:

*¡Oh madre Alcalá!, ¿qué diré de ti, que satisfaga, o cómo para no agraviarte callaré, que no puedo? Por maravilla conocí estudiante notoriamente distraído, de tal manera, que por el vicio, ya sea de jugar o cualquiera otro, dejase su fin principal en lo que tenía obligación, porque lo teníamos por infamia. ¡Oh dulce vida de los estudiantes! ¡Aquel hacer de obispillos, aquel dar trato a los novatos, meterlos en rueda, sacarlos nevados, darles garrote a las arcas, sacarles la patente o no dejarles libro seguro ni manteo sobre los hombros! ¡Aquel sobornar votos, aquel solicitarlos y adquirirlos, aquella certinidad en los de la patria, al empeñar de prendas en cuanto tarda el recuero, unas en pastelerías, otras en la tienda, los Escotos en el buñolero, los Aristóteles en la taberna, desencuadrado todo, La cota entre los colchones, la*

---

<sup>467</sup>De esa preocupación por los bandos en los estudios universitarios son buena muestra las leyes primera y segunda de la *N.R.*, I, 7.

<sup>468</sup>MARTIN, J.L., "Universidades y estudiantes medievales", en *Cuadernos Historia* 16, nº 175, págs. 12-25.

<sup>469</sup>Vid. al respecto, CORTES, Luis, *La vida estudiantil en la Salamanca clásica*, Salamanca, 1985, que contiene numerosas citas literarias, y RODRIGUEZ-SAN PEDRO, Luis E., *La Universidad salmantina del Barroco, período 1598-1625*, Salamanca, 1986.



*espada debajo de la cama, la rodela en la cocina, el broquel con el tapadero de la tinaja.*<sup>470</sup>.

En cualquier caso, llevaren la vida que llevaren, ya los Reyes Católicos reafirmaron la necesidad de respetar la *Bula conservatoria y las constituciones* -refiriéndose a Salamanca- que les otorgaban los privilegios jurisdiccionales a los que nos referimos, pues lo contrario "es causa que muchos estuciantes del dicho Estudio dexan de estudiar, y aun los Doctores y Catedráticos de leer sus Catedras por ir a poner recaudo en sus pleytos y causas"<sup>471</sup>, por tanto, sus demandas no debían verse ante justicias, alcaldes, corregidores, audiencias ni Consejo, sino ante sus Jueces Conservadores -los que les correspondían como personas eclesiásticas-, pues, a pesar de que la jurisdicción de éstos estaba limitada a injurias y ofensas manifiestas, como dijimos, se facultaba al Maestrescuela o a su lugarteniente para que pudiesen conocer "de todas las cosas tocantes a la dicha Universidad, y a las personas del dicho Estudio, aunque no sean injurias, ni fuerças notorias y manifiestas", limitándose, asimismo, la posibilidad de apelar sus sentencias, y extendiendo su jurisdicción al conocimiento de causas y negocios de los estudiantes dentro de cuatro *dietas* -diez leguas cada dieta-; si bien, se tenía la precaución de no conceder esos derechos a estudiantes que se acogían al fuero universitario con la única intención de inhibir a los jueces ordinarios, exigiéndoseles con ese fin "que ayan hecho un curso entero, y que estudien continuo, y que entren en las Escuelas, y oygan dos lecciones cada día", exigencias que pondrían en un compromiso a más de un estudiante actual, sin duda.

---

<sup>470</sup> ALEMAN, Mateo, *Guzmán de Alfarache*, II, lib. 30, c. IV, págs. 313-314.

<sup>471</sup> N.R., I, 7, 18.

La salvedad más destacada a los privilegios de exención de este fuero se produce en los casos de resistencia de los estudiantes a la justicia -como determina Felipe II en 1593-, sin que maestrescuela, rector ni jueces eclesiásticos puedan estorbar la acción de la justicia real en tales circunstancias<sup>472</sup>.

Debemos aclarar, sin embargo, que tales privilegios eran exclusivos de universidades que los disfrutaban por merced real, como Salamanca, Valladolid o Alcalá, sin que se tratase de una jurisdicción universitaria general -así, por ejemplo, en la Real cédula en que se instituye la Universidad real de México se especifica que carecerá de ella<sup>473</sup>-. Precisamente el fuero de esas universidades de patronato real les permitía administrar justicia ordinaria, civil y criminal, por medio de sus rectores, maestrescuelas o jueces eclesiásticos<sup>474</sup> -siendo sus sentencias apelables a la justicia ordinaria-, pudiendo contar con cárcel y merino, como fue el caso de Valladolid, donde lo cierto es que el rector se preocupó poco de ejercer su jurisdicción.

Otro lugar notable dentro de esta justicia de privilegio lo ocupaba el **fuero militar**, a cuyas inmunidades podían acogerse los soldados, veteranos, miembros de la milicia y cualquiera que perte-

---

<sup>472</sup> N.R., I, 7, 28.

<sup>473</sup> En dicha cédula de Carlos I, de 20 de septiembre de 1551, se dice:

*...la cual tenga e goce todos los privilegios y franqueras y libertades y esenciones que tiene e goza el Estudio e Universidad de la dicha ciudad de Salamanca, con tanto que, en lo que toca a la jurisdicción se quede y esté como agora está, y que la Universidad del dicho Estudio no ejecute jurisdicción alguna...*

recogida por GONZALEZ GONZALEZ, Enrique y GUTIERREZ RODRIGUEZ, Víctor, "Las Universidades Renacentistas", en *Cuadernos Historia* 16, nº 196, p. VIII.

<sup>474</sup> HERAS, J.L. de las, *op. cit.*, pág. 24.

neciera al Ejército<sup>475</sup>. Su existencia está vinculada a la misma creación de un Ejército permanente, si bien las primeras Ordenanzas Militares no se dan hasta el reinado de Felipe II y el primer Fuero militar hasta Felipe V, en 1701. La jurisdicción militar en el XVII incluía -como recoge el profesor de las Heras<sup>476</sup>- todos los delitos castrenses sin excluir los de lesa majestad ni el pecado nefando; conociendo en primer lugar los casos los capitanes de los implicados -que solían ser más comprensivos con los excesos y cuestiones de sus subordinados-, apelándose a los auditores generales y, en última instancia, al Consejo de Guerra, órgano supremo de justicia militar que, en la segunda de sus partes -materias de justicia- atendía, dentro del fuero militar, cuestiones de contrabando, renunciaciones y presas<sup>477</sup>. Como ya se dirá en su momento, el recurso a este fuero supuso numerosos conflictos con la Sala de Alcaldes de Casa y Corte por delitos e infracciones cometidos por soldados.

También las Ordenes Militares tuvieron jurisdicción propia y Felipe III ordenó que los caballeros de las mismas que se vieses implicados en causas criminales debían ser juzgados en primera instancia por el Consejo de las Ordenes y en segunda instancia por un tribunal especial formado por dos jueces de dicho Consejo y otros dos del Consejo Real, aunque esta instancia de apelación fue objeto de

---

<sup>475</sup>KAGAN, R.L., *Pleitos...*, pág. 52. Algunos datos sobre el fuero militar pueden verse en THOMPSON, I.A.A., *Guerra y decadencia*, Barcelona, 1981.

<sup>476</sup>HERAS, J.L. de las, *op. cit.*, pág. 26, citando las Ordenanzas militares de 28 de junio de 1632, cap. 65, A.G.S., *Guerra Moderna*, leg. 4698.

<sup>477</sup>NUÑEZ DE CASTRO, Alonso, *Libro histórico-político. Sólo Madrid es Corte y el cortesano en Madrid*, Madrid, 1675 (3ª impresión), Imprenta de Roque de Miranda, cap. VI, ff. 59-60.

posteriores discusiones y reformas<sup>478</sup>. La jurisdicción del Consejo de Ordenes se extendía, según Núñez de Castro, sobre tres ciudades doscientas veintiuna villas y setenta y cinco aldeas, amen de tratar los asuntos de "administración de justicia y conocimiento de las causas civiles y criminales de todos los Cavalleros, Freiles y demas subditos"<sup>479</sup>.

De igual modo, las Hermandades y la Santa Hermandad -instituida por los Reyes Católicos recogiendo la tradición de las Hermandades Viejas- cuyas "ministros, jueces, comisarios y cuadrilleros [...] gozaban del privilegio de que sus causas -tanto civiles como criminales- se reservaban para los alcaldes mayores y ordinarios de dicha institución"<sup>480</sup>.

Como corporación jurídicamente privilegiada no podemos dejar de citar la **Mesta**<sup>481</sup> que gozaba también de jurisdicción privativa aunque

---

<sup>478</sup>KAGAN, R.L., *op. cit.*, pág. 52.

<sup>479</sup>NUÑEZ DE CASTRO, A., *op. cit.* f. 78 y 79.

<sup>480</sup>HERAS, J.L. de las, *op. cit.*, pág. 26. Sobre las Hermandades Viejas pueden consultarse: ALVAREZ DE MORALES, *Las Hermandades, expresión de movimiento comunitario en España*, Madrid, 1974; PAZ Y MELIA, "La Santa Hermandad Vieja y la Nueva Hermandad General del Reino", *R.A.B.M.*, 1897; SANCHEZ BENITO, J.M., *Santa Hermandad Vieja de Toledo, Talavera y Ciudad Real (siglos XIII-XV)*, Toledo, Caja de Ahorros, 1987; SUAREZ FERNANDEZ, Luis, "Evolución histórica de las Hermandades Castellanas", en *Cuadernos de Historia de España*, 1951; destacando especialmente los estudios dirigidos actualmente por el profesor Martínez Ruiz, como, por ejemplo, sobre los aspectos jurisdiccionales GOMEZ VOZMEDIANO, M.F., *Casuística jurisdiccional de la Santa Hermandad Vieja de Ciudad Real en el siglo XVIII*, memoria inédita de licenciatura, U.C.M., 1990.

<sup>481</sup>Además de las obras tradicionales -sobre todo el clásico de KLEIN, Julius, *La Mesta*, Madrid, Alianza, 1985, en sus pp. 77-125-, véanse los estudios de Fermín MARIN BARRIGUETE, especialmente *La Mesta en los siglos XVI y XVII: roturaciones de pastos, cañadas, arrendamientos e impedimentos de paso y pasto*, Madrid, 1987.

no independiente de la Corona puesto que, como sabemos, el presidente del Honrado Concejo era un consejero de Castilla; además, naturalmente, las decisiones de sus jueces podían apelarse al Consejo, en la Sala de Mil y Quinientas. Esa vinculación a la Corona es lo que permitía a los *alcaldes entregadores* intervenir contra quien -sin ser hermano o asociado- infringía los privilegios mesteños dañando los ganados o, más frecuentemente, interfiriendo en los derechos sobre cañadas, pasos y pastos. Por lo demás, los alcaldes de las cuadrillas conocían de las causas entre los asociados<sup>482</sup>.

Puede considerarse también la existencia de una justicia ~~mer-~~**cantil** de privilegio. Desde la Edad Media, los gremios tienen la potestad de administrar justicia; y así lo hará también el Consulado de Burgos en pleitos de mercaderes. Burgos, Bilbao, Sevilla y, desde 1632, Madrid tienen consulado "para conocer de todas las diferencias y debates que huviere entre mercader y mercader, y sus compañeros, fatores y encomenderos, sobre los trueques, compras y ventas, cambios y seguros, y cuentas y todo género de negocios tocantes y pertenecientes a mercancías y qualquier otra cosa dependiente destas, sustanciándolos y determinándolos breve y sumariamente, segun el estilo de mercaderes"<sup>483</sup>; sentencias que, desde los Reyes Católicos, podían apelarse al corregidor.

---

<sup>482</sup>HERAS, J.L. de las, *Op. cit.*, págs. 25-26.  
*N.R.*, III, 14.

<sup>483</sup>*N.R.*, III, 13 -"De la jurisdiccion del Prior y Consules de las ciudades de Burgos y Bilbao"-, 2.

Por último, entre los fueros **locales**, cabe destacar el fuero de Vizcaya que eximía de la jurisdicción ordinaria del rey a los súbditos de aquella región, reservando la primera vista de sus causas al juez mayor de Vizcaya, magistrado residente en Valladolid.

## 2. LAS INSTITUCIONES DE LA JUSTICIA REAL.-

### 2.1. Introducción.

Acabamos de enumerar algunas de las muy diversas posibilidades que los privilegios ofrecían a la jurisdicción en la época; indudablemente, ello tuvo su reflejo en las instituciones y, de forma aún más desesperantemente laberíntica, en el proceso penal -como ya señalaremos a su debido tiempo.

Una buena distinción de los diferentes ámbitos de administración de la justicia real la hace el profesor de las Heras cuando establece: Justicia delegada ordinaria -la que nos interesará desde este momento-; delegada de excepción -jueces pesquisidores y de comisión-; la justicia especial privilegiada -Hermandades, Fuero Militar, fuero universitario, etc.-; y delegada para materias concretas -de Hacienda, mercantil, Reales sitios...-<sup>484</sup>.

---

<sup>484</sup>HERAS, J.L. de las, *op. cit.*, pág. 56.

Pero, antes, quizá sea bueno que hagamos una síntesis de principios básicos en la administración de justicia, a fin de entender mejor estas instituciones y las complicaciones del proceso:

- La confusión de competencias con la que nos encontramos es, en buena medida, fruto de la propia génesis de esta organización judicial, que se produce por acumulación de organismos surgidos en distintos momentos históricos, de modo que se superponen, coexistiendo.
- Las ingerencias entre esos organismos están también motivadas por la vaguedad con que se hace la atribución de sus competencias, que no suelen darse de modo exclusivo; son, pues, resultado de una organización judicial carente de una mínima rigidez en su estructura que, ciertamente, aclararía el panorama.
- Señalamos ya, cómo el monarca mantiene siempre los órganos de justicia vinculados a su propio campo de actuación; es el *principio de justicia retenida en el rey*, que da una mayor libertad en sus atribuciones a su Consejo -al que se extiende ese principio-, de modo que puede entender en causas que, sin ser de su estricta competencia, estime de importancia. Por tanto, el rey y su Consejo pueden obviar esa estructura judicial -que ya era de por sí excesivamente flexible- y actuar al margen de ella por propia iniciativa<sup>485</sup>.

---

<sup>485</sup> Como sostiene el profesor Montes, *el monarca puede reactivar judicialmente o reiniciar algún proceso entre partes de los que enfrenten a algún o alguno de sus súbditos y una vez sentenciada o caducada una causa tiene facultades para volver a plantearla*, MONTES SALGUERO, J.J., *De donationibus. Aportación al estudio de la polisemia jurídica en la Edad Moderna*, Madrid, 1988. Ya señalaba estas ideas ANTUNEZ DE PORTUGAL en su *Tractatus de donationibus*, Lisboa, 1673-75.

-Además, los tribunales superiores, en virtud del principio de control jurisdiccional jerárquico, podían conocer en causas ajenas a sus atribuciones habituales. Práctica que, desde luego, fue origen de abusos que se justificaban en esa misión de vigilancia.

- De todo lo dicho, se deduce una enorme inseguridad jurídica; una situación en la que, de hecho, el justiciable no puede saber con seguridad quién verá su caso -dentro de la misma justicia ordinaria-, debido a esa falta de atribuciones exclusivas y de independencia en las actuaciones de las magistraturas<sup>486</sup>.

Teóricamente, la justicia real estaba organizada en tres niveles jerárquicos bien diferenciados:

- en primer lugar, instancias de justicia municipales o locales, una serie de tribunales y jueces menores, de los que el más significativo era el corregidor;
- por encima de ellos, las audiencias regionales y las chancillerías, tribunales de apelación;
- y, como tribunal supremo del Reino y máxima instancia de justicia, el Consejo Real de Castilla.

Pero no olvidemos la síntesis de principios que acabamos de reseñar; esos principios son, precisamente, los que reducen a teoría lo que parece una estructura clara. Lo cierto es que el afán de los tribunales por ampliar sus atribuciones, la rivalidad entre ellos y la mencionada falta de rigidez en la adjudicación de competencias provo-

---

<sup>486</sup> ALONSO, María Paz, *El proceso penal en Castilla. Siglos XIII-XVIII*, Salamanca, Universidad, 1982, págs. 137-139.



caron una imprecisión en la organización judicial que incluso llega a poner en cuestión sus propias jerarquías, haciendo imposible que podamos hablar de unas instancias exclusivas y bien delimitadas; algo que, por otra parte, los propios encausados, a menudo, aprovecharon y fomentaron.

## **2.2. La primera instancia.**

En la primera instancia de la justicia real ordinaria entendían: alcaldes ordinarios, adelantados, alcaldes mayores y corregidores y sus tenientes; si bien otros oficiales superiores podían inhibirlos y oír pleitos de primera instancia también -además de algunos otros que podían corresponderles de oficio.

### **a) Los alcaldes ordinarios.**

Una vez más recurriremos a Covarrubias que no se conforma con definir los términos sino que, con mucha frecuencia, deja constancia de las connotaciones que tenían para sus contemporáneos. Así también en este caso, cuando explica:

***ALCALDE.** Nombre arábigo, el que preside y gobierna en algún lugar; dicen que de cahed, que vale presidente y gobernador [...]. Ay muchas diferencias de alcaldes; los preeminentes son los de Casa y Corte de Su Magestad y los de las Chancillerías, y los ínfimos los de las aldeas, que por ser rústicos, suelen dezir algunas simplicidades en lo que proveen, de que tomaron nombre alcaldadas.*

De modo, que en la época no eran en absoluto bien considerados los alcaldes de aldea; así que, difícilmente, sus *simplicidades*

merecerían mucho respeto como sentencias a los magistrados a los que se acudiese en segunda instancia.

Hasta el siglo XIV, cada fuero preveía el modo de designar los alcaldes ordinarios, aunque normalmente la designación se producía bien por los electores de cada collación, bien por insaculación de los vecinos que reuniesen los requisitos necesarios, bien por cooptación de los oficiales salientes, debiendo ser siempre confirmada por el concejo y, a veces, por el representante real<sup>487</sup>.

*La Nueva Recopilación recoge las disposiciones dadas por Alfonso XI en Alcalá para que "todos los juzgadores para librar los pleitos sean puestos por nuestra mano, o por los Reyes que después de nos vinieren, porque aquellos que son llamados juezes, o Alcaldes ordinarios para librar los pleitos, no los puede poner otro..."*<sup>488</sup>.

En esa misma ley se establece cuáles deben ser las características de dichos alcaldes ordinarios:

*deven ser puestos personas leales, y de buena fama, y sin cobdicia, y que ayan sabiduría para juzgar los pleitos derechamente por su saber y por su seso, y que sean mansos y de buena palabra a los que vinieren ante ellos a juicio; y sobre todo que teman a Dios y a los señores que los ponen y les dan el oficio...*

Es decir, que se les pedía ser dechado de virtudes políticas, jurídicas, oratorias y morales, virtudes suponemos que no siempre fáciles de encontrar reunidas, especialmente en las aldeas y pequeñas comunidades rurales, con casi total ausencia de personas instruidas, y que contrastan bastante con la opinión que de ellos y sus *alcaldadas* manifestaba Covarrubias. Además, honestidad y contención eran atributos

---

<sup>487</sup> HERAS, J.L. de las, *op. cit.*, pág. 56.

<sup>488</sup> *N.R.*, III, 9, 1.

que no siempre acompañaban a estos jueces, a juzgar por la frecuencia con que encontramos a alcaldes de villas y lugares implicados en causas criminales de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, especialmente en cuestiones y agresiones de diversa índole.

Entre las disposiciones recogidas por la legislación acerca de los alcaldes ordinarios, hay una de los Reyes Católicos que ordena que no se dé cargo de justicia a ningún letrado que no hubiese estudiado en la universidad, al menos diez años, Derecho Canónico o Civil y que sea menor de 26 años; esa pragmática se hace extensiva a oficios de corregimiento, de asistencia, de alcaldía, de juzgado o relator<sup>489</sup>. Disposición que, sin duda, fue imposible que se cumpliese en el caso de las alcaldías, puesto que incluso en el caso de los corregimientos -como ya veremos- es notorio que numerosos corregidores nombraban lugartenientes letrados que pudieran encargarse con mayor conocimiento de los asuntos de justicia para los que ellos no estaban preparados.

Parece, más bien, que las exigencias, en realidad, se limitarían a los veinte años que señala la ley tercera para los jueces ordinarios y a hacer juramento en el que se comprometían a obedecer los mandatos reales; guardar "el señorío, honra y derechos" de la Corona en sus actuaciones; mantener los secretos *-puridades-* de los reyes que, por razón de su cargo, conociesen; evitar, en la medida de sus posibilidades, cualquier daño para la Monarquía; librar los pleitos lo mejor y más rápidamente que pudiesen, sin dejarse influir en sus decisiones por amistades ni odios ni temores; no recibir regalos de quienes acudan o puedan acudir en el futuro a ellos para que resuelvan sus pleitos.

---

<sup>489</sup> N.R., III, 9, 2.

También estaba entre sus atribuciones entender en pleitos relativos a rentas, pechos y derechos reales, alcabalas y moneda. Y se les recordaba, de modo especial, su obligación de no ser negligentes en el castigo impuesto a los culpados. Una vez terminado el período de ejercicio de su oficio estaban obligados a dar un plazo para la presentación de quejas sobre sus actuaciones y tratar de enmendar las posibles injusticias.

Para agilizar esta justicia de primera instancia, se proveyó en 1534 que los pleitos civiles sobre deudas de poca monta -inferiores a 400 maravedís- se hiciesen sin proceso ni solemnidades y oralmente salvo la sentencia y sin apelación posible<sup>490</sup>; en 1593 se corrige y se amplía esa disposición a los pleitos de menos de 1000 maravedís<sup>491</sup>. Además, con esa misma intención y con el ánimo de facilitar el acceso de los labradores "que saben poco de negocios" a la justicia, dispuso Felipe III que los Alcaldes ordinarios de las aldeas se ocupasen siempre de las causas de hasta seiscientos maravedís, aunque estén dentro de las cuatro leguas de la cabeza de su partido<sup>492</sup>.

Así pues, parece claro que la figura social del alcalde de aldea era próxima e importante para los vecinos de las comunidades campesinas y su elección podía dar lugar a escándalos o alborotos por su decisiva influencia en algunos asuntos cotidianos que podían tener repercusiones económicas considerables -por ejemplo, lo relativo a las formas de propiedad colectiva y su aprovechamiento. De manera que no es extraño que la elección anual de la representación municipal -incluidos, en su

---

<sup>490</sup> *N.R.*, III, 9, 19.

<sup>491</sup> *Ibidem*, ley 24.

<sup>492</sup> *Ibidem*, ley 25.

caso, los alcaldes- fuese un hecho destacado para el campesino. En los lugares de menos de quinientos vecinos la representación popular es de carácter electivo -principio consagrado en el siglo XVII-, mientras que en ciudades y villas mayores se tiende a la perpetuación de los cargos. Así, "el nombramiento de los cargos municipales -en principio *cada-neros*, esto es, anuales- dio lugar a banderías locales, aunque la elección hubiese de ser hecha en determinado sector campesino. Por otra parte, el uso convertido en ley, de asignar la mitad de los carggos a la hidalguía rural, fue también fuente de conflictos y creó solidaridades intraestamentales muy fuertes"<sup>493</sup>.

Prácticamente, no se han conservado papeles de estos magistrados menores, en gran medida debido a esa exigencia de la justicia oral para acelerar los pleitos más habituales a la que ya nos hemos referido, pero también a las residencias, puesto que, una vez terminadas éstas, al juez ya no le era preciso conservar sus archivos<sup>494</sup>.

#### **b) Los Adelantamientos.**

En el siglo XVI es ya evidente que se trata de un arcaísmo institucional que contribuye únicamente a complicar aún más el panorama jurisdiccional y a generar nuevos pleitos por abusos y excesos, como recogen las quejas expuestas en Cortes.

---

<sup>493</sup>GUTIERREZ NIETO, Juan Ignacio, "El Campesinado", en *La vida cotidiana en la España de Velázquez*, Madrid, Temas de Hoy, 1989, págs. 43-70; pág. 50. También HERAS, J.L. de las, *op. cit.*, pág. 57, y ROLDAN VERDEJO, R., *Los jueces de la monarquía absoluta*, Madrid, 1989, pág. 109.

<sup>494</sup>Más sobre estas posibles fuentes en KAGAN, R.L., *Pleitos...*, pág. 236.

Los siglos modernos, a pesar de ello, conocen la pervivencia de tres Adelantamientos: el de Castilla, el de León y el de Campos.

Carlos I intentó regular su funcionamiento y atribuciones en una "Nueva instrucción", de 1543<sup>495</sup>, por la que se trataba de poner orden en su funcionamiento: limitando posibles demasías de sus escribanos - cobrando derechos excesivos o injustos- a los que se obliga a llevar un registro con traslado de los documentos; ordenando a los alcaldes mayores que visiten los lugares de su jurisdicción y no se queden fijos sólo en uno dejando tenientes en los demás, y prohibiéndoles entender en causas civiles por vía ordinaria ni de ejecución; mandando que no se envíen alguaciles a costa de los culpados, ni obliguen éstos a las justicias de los lugares a llevar los presos que tengan a la cárcel del adelantamiento, sino que los lleven ellos; advirtiéndoles que en los pleitos no se pretenda entender criminalmente en las causas civiles, y que se concluyan los que estén pendientes antes de pasar la audiencia a otro lugar como estaban obligados y no los remitan a las justicias ordinarias; disponiéndose, además, que las apelaciones de las sentencias de los alcaldes mayores de los adelantamientos se apelen todas ante la Audiencia de Valladolid y no ante los Concejos de Burgos, León o Palencia -como se hacía con los pleitos de menos de seis mil maravedís-; se provee sobre la cárcel, sus requisitos y su mantenimiento; se regulan las residencias con un tiempo mayor que el que se les daba hasta entonces dado el carácter itinerante de la magistratura y las complicaciones que ello añadía; y se trataban de evitar conflictos de jurisdicción, especialmente entre la Chancillería de Valladolid y el Adelantamiento de Palencia a cuyo alcalde mayor se le

---

<sup>495</sup> N.R., III, 4, 18-ss.

prohibía que intentase conocer causas dentro de las cinco leguas de aquella.

Más tarde, Felipe III vuelve a ocuparse de la obsoleta institución y da, en 1600, una "Instrucción y ordenanças para los Adelantamientos de Burgos, Campos y León"<sup>496</sup> que comienza reconociendo que "los Alcaldes mayores de los Adelantamientos no han guardado como son obligados, lo dispuesto por las leyes..."; se apunta también que uno de los principales males consistía en la falta de cumplimiento del mandato de trasladar la audiencia cada cuatro meses por "aver diferencia entre los oficiales de las Audiencias, pretendiendo cada uno que vaya al lugar que les está bien para sus haziendas y grangerías", de modo que se ordena que los alcaldes mayores las trasladen cada seis meses -en marzo y en septiembre-, señalándose también los lugares en los que debían establecerse. Así, en el Adelantamiento de Burgos debía trasladarse consecutivamente y, por este orden, de Arenzana de Abajo o Huércanos a Tardajos, Santibáñez o Celada del Camino, de ahí a Ayllóon, después a Grañón o Velorado, a continuación a Fuentepinilla o Lugar de Fresno, para comenzar de nuevo el ciclo, con seis meses en cada uno. En el Adelantamiento de Campos, debía establecerse la audiencia primero en Villalón o Cuenca de Campos, después en la villa de Palacios, pasar a Castro Nuño u otra villa de la comarca, de ahí a Fuentes de Nava o Paredes de Nava, para acabar el recorrido en Torquemada, Villamediana u Osorno, antes de volver a iniciarlo. En el Adelantamiento de León, la rotación debía comenzar en la villa de Villamañán o Villademor o Lagunas de Negrillos, siguiendo en Santa Marina del Rey, pasando a Villafranca del Bierzo y cerrando los lugares de traslado obligatorio

---

<sup>496</sup> N.R., III, 4, 79.

en la Bañeza. Por los demás, en esa instrucción vuelve a insistirse en los mismos problemas de alguaciles, visitas, límites jurisdiccionales, costas, y otras prohibiciones y obligaciones a todas luces incumplidas.

Nos hemos extendido más sobre un tema aparentemente marginal y secundario como el de los Adelantamientos por ser, quizá, el más desconocido y porque ejemplifica perfectamente algunas de las características y deficiencias de la administración de justicia castellana: el carácter acumulativo de la estructura judicial que permite anacronismos como la supervivencia misma de los adelantamientos; la ausencia de competencias exclusivas que se suma a lo anterior para hacer inevitable la existencia de jurisdicciones superpuestas; el interés personal de los oficiales de justicia como factor que entorpece su propia labor y que conduce al incumplimiento sistemático de los mandatos reales; los evidentes inconvenientes que todo esto supone para la población -reflejados en las Actas de las Cortes-; el papel de la Corona que, haciendo valer su potestad jurisdiccional, trata de enderezar una situación que dista mucho del ideal de justicia.

### **c) Los Corregimientos.**

*Representante de la autoridad real en el municipio castellano moderno y presidente nato del cabildo, fue el corregidor una de las*



*piezas esenciales y más características en la Administración centralizada de la monarquía absoluta*<sup>497</sup>.

Si bien su figura aparece configurada en el siglo XIV, es con los Reyes Católicos cuando los corregimientos se desarrollan y expanden. Su número varía a lo largo del XVI<sup>498</sup>, pero siempre entre 51 y 62.

Entre las atribuciones de los corregidores se contaban sus importantes poderes judiciales que les permitían entender, como tribunal de primera instancia, en causas civiles y criminales, así como revisar -como tribunal de segunda instancia- las apelaciones de las sentencias de los alcaldes de pueblos y aldeas de su jurisdicción, puesto que la justicia local quedó, por medio de ellos, totalmente bajo el control de la Corona que supervisaba así las actuaciones de esas pequeñas jurisdicciones municipales autónomas sometidas ya al corregidor de su partido<sup>499</sup>.

La legislación real es muy minuciosa en la reglamentación de un instrumento tan útil a la Monarquía y -de Juan II a Carlos I- se hace una completa relación de requisitos, obligaciones, atribuciones, límites, salarios, oficiales sometidos al corregidor, etc.

---

<sup>497</sup>HERAS, J.L. de las, *op. cit.*, pág. 60. Véase para sus orígenes medievales BERMUDEZ, A., *El corregidor en Castilla durante la Baja Edad Media*, Murcia, 1974, y, para un desarrollo más extenso, el imprescindible GONZALEZ ALONSO, Benjamín, *El corregidor castellano 1348-1808*, Madrid, 1970.

<sup>498</sup>Según datos de FERNANDEZ ALVAREZ, Manuel, *Historia de España. Edad Moderna*, Barcelona, 1976, y BENEYTO PEREZ, J., *Historia de la administración española e hispanoamericana*, Madrid, 1958, pág. 273. recogidos por J.L. de las Heras. KAGAN, *Pleitos...*, pág. 93, da la cifra de 67 corregidores pero sin referencias de año ni de procedencia del dato. Al parecer, las fluctuaciones en el número de corregimientos se debieron fundamentalmente a la acumulación de varios de ellos, v. HERAS, J.L. de las, *op. cit.*, pág. 61.

<sup>499</sup>KAGAN, R.L., *Pleitos...*, pág. 93.

Parece ser que, en un principio, los corregimientos fueron tenidos por puestos muy codiciables por el poder que suponían en la vida municipal, al combinar atribuciones de gobierno y de justicia, y también por sus interesantes posibilidades económicas -no limitadas sólo al salario, sino bastante más amplias si se sabía *administrar* el cargo-. Fue por eso que ya Juan II determinó no proveer de corregidor con salario sino a las ciudades en que lo pidiesen todos los vecinos o la mayor parte de ellos y que la Corona -tras ser informada por "una buena persona" enviada a tal efecto- entendiese que era necesario -si no era así, la ciudad peticionaria debía pagar el salario del informador<sup>500</sup>.

Esta ley venía a completar una disposición anterior que autorizaba a los lugares que tenían el privilegio o la costumbre de elegir sus propios oficiales de justicia entre sus vecinos a poder pedirlos de fuera de los dichos lugares, en cuyo caso debían pedirlo la mayoría de los vecinos al rey, que los mandaría.

Por lo que se refiere a los requisitos que debía reunir un corregidor; estaban sujetos, en primer lugar, a la norma general para los cargos de justicia que ya citamos anteriormente, es decir, debían ser mayores de veintiseis años y haber estudiado Leyes al menos durante diez años, prescripción que, a menudo, no se cumplía, y de la que estaban exentos los corregidores de capa y espada, si bien la falta de conocimientos jurídicos podía suplirse, como en seguida diremos, con el asesoramiento de los tenientes. Desde su origen, el corregidor debía ser "persona llana y no poderosa" y jurar que no haría mal uso de su cargo por algún acuerdo previo o venidero, hábil y suficiente, al que

---

<sup>500</sup> N.R., III, 5, 1.

se designaría -según provisión de Carlos I- atendiendo no sólo a sus méritos y capacidad, sino también a sus buenas costumbres, y a ninguna otra cosa, obviándose así las exigencias de estudio anteriores; naturalmente, los que fuesen a hacerse cargo de un corregimiento no podían acceder a él, si habían desempeñado antes otro puesto, hasta que se hubiese visto y concluido la preceptiva residencia; además, el designado no podía ser caballero ni comendador de San Juan ni de otras órdenes -salvo Santiago, Calatrava y Alcántara-, ni alcaide o guarda de castillos ni fortalezas en cinco leguas del corregimiento, ni "Cavalleros hombres poderosos, ni privados nuestros" porque sus obligaciones e inclinaciones les llevarían a desentenderse de su cargo y poner en su lugar a otros que, viéndose protegidos por personajes importantes, cohechan y no hacen cumplir la justicia, de manera que son preferibles "llanos y abonados ciudadanos de las ciudades, villas y lugares de nuestros Reynos, entendidos y pertenecientes para ellos, que teman a Dios, y a nos, y a sus conciencias, y que sirvan los oficios por si mesmos y por sus oficiales, seyendo ellos presentes"<sup>501</sup>, preferencia que no siempre se cumplió.

El cargo, para evitar que el corregidor se viera inmerso en los bandos e intereses del lugar, debía ser ejercido por un único año, con posibilidad de prorrogarlo otro más si se creía conveniente. Fue también ésta una norma que cayó en desuso si es que alguna vez llegó a llevarse rigurosamente; por ejemplo, los corregidores de Madrid de mediados del XVI a mediados del XVII estuvieron una media de más de tres años en su cargo y sólo el 42 % de los mandatos fue de uno o dos

---

<sup>501</sup> N.R., III, 5, 22.

años, llegándose a dar casos de hasta siete años consecutivos ejerciendo dicho oficio<sup>502</sup>.

Entre sus obligaciones<sup>503</sup>, figuraba en lugar destacado el no poder ausentarse de su oficio, de modo que no tenían capacidad para poner sustituto sin licencia real, pudiendo el Consejo autorizarle -por causa justificada- a faltar por tres meses, continuos o separados, al año, prohibiéndoseles de modo particular que acudiesen a la Corte para resolver negocios de la ciudad -práctica que parece era muy común<sup>504</sup>-. Les correspondían asimismo una serie de atribuciones administrativas y de gobierno como encargarse de mojonar los límites del reino -si su jurisdicción estaba en ellos-, comprobar y concertar los pesos y medidas una vez hubiesen tomado posesión de su cargo, guardar y conservar los registros de los escribanos fallecidos, remediar los agravios que pudieran hacer los alcaldes de sacas, etc.

Entre sus competencias estrictamente de justicia destaca, por el énfasis que se pone en ello, la función que la Corona les asigna de velar por la integridad de la jurisdicción real, especialmente frente a posibles excesos de la Iglesia en este terreno. Estaban obligados a enviar "relacion en cada un año, si los Perlados y juezes Eclesiásticos guardan lo que por nos esta proveido, cerca del llevar de los derechos ellos y sus Notarios y ansimismo [...] embien relacion en que cosas y

---

<sup>502</sup>A.V.M., *Secretaría*, 2-398-15.

<sup>503</sup>Una buena muestra de ellas son los capítulos que deben guardar los corregidores -un total de 45- contenidos en un auto de 28 de septiembre de 1648, A.A., III, 6, 1.

<sup>504</sup>N.R., III, 5, 6-7. Tanto es así que Felipe III reitera la prohibición en Auto acordado de 1 de diciembre de 1603: "Los Corregidores de las Ciudades i Villas de estos Reinos no puedan venir, ni vengán a la Corte en los noventa días, que conforme la lei pueden hacer ausencia, ni en otro ningún tiempo sin licencia del señor Presidente", A.A., III, 5, 4.

casos los dichos Perlados y jueces Eclesiásticos y conservadores usurpan nuestra jurisdicción Real"<sup>505</sup>, poniéndose de relieve el recelo y desconfianza de la monarquía hacia la Iglesia de la que siempre esperaba posibles usurpaciones de derechos que no le correspondían; tenían igualmente competencia en robos y maleficios en su jurisdicción<sup>506</sup>, en homicidios<sup>507</sup>, sobre los escandalosos<sup>508</sup> y adivinos<sup>509</sup>, potestad para conmutar penas corporales por galeras<sup>510</sup>, etc.

En cuanto a las prohibiciones en su ejercicio, las principales, lógicamente, consistían en no poder aceptar regalos ni dádivas de ningún tipo de los pleiteantes<sup>511</sup> -ni permitir que los recibiesen regidores, jurados, escribanos y demás oficiales del concejo<sup>512</sup>- y no favorecer injustamente a particulares valiéndose de su cargo<sup>513</sup>.

Entre los oficiales y personal que podían ayudar a los corregidores, un lugar destacadísimo correspondía a los *tenientes*, imprescindibles como asesores de aquellos representantes reales carentes de los necesarios conocimientos jurídicos para cumplir con su función. Su

---

<sup>505</sup> N.R., III, 5, 17. Iguales obligaciones de vigilancia e información en N.R., I, 8, 3.

<sup>506</sup> N.R., VIII, 1, 1-2.

<sup>507</sup> N.R., VIII, 1, 7.

<sup>508</sup> N.R., VIII, 22, 6.

<sup>509</sup> N.R., VIII, 3, 7.

<sup>510</sup> N.R., VIII, 24, 4.

<sup>511</sup> N.R., III, 8, 5.

<sup>512</sup> A.A., III, 5, 5, Auto de Felipe III de 12 de noviembre de 1608.

<sup>513</sup> N.R., VIII, 5, 7.

nombramiento se generalizó en la mayoría de los corregimientos y, desde luego, se dispuso de ellos en todos los de las grandes ciudades. Dado el carácter de sus funciones asesoras, estos tenientes de corregidor eran siempre letrados<sup>514</sup>. Su oficio lo ejercían en nombre o en lugar del corregidor, de manera que resulta lógico pensar -como hacía Castillo de Bobadilla- que cuando el teniente sentenciaba era como si lo hiciese el propio corregidor; es decir, ambos serían una misma instancia y jurisdicción por lo que no podrían apelarse las decisiones de aquél ante éste<sup>515</sup>. En cuanto a su nombramiento, en un principio se estableció que los corregidores tenían que presentar a sus tenientes para ser aprobados por el Consejo -Carlos I, en 1520<sup>516</sup>-; posteriormente, por pragmática de Felipe III de 10 de octubre de 1618 se traspasó la responsabilidad del nombramiento a la Cámara de Castilla<sup>517</sup>, para, finalmente, decidir Felipe IV, en 1632 que "con solo nombramiento de cada uno de los dichos Corregidores reciban dellos el juramento que se acostumbra para que aviendole hecho puedan solo con el dicho nombramiento usar y exercer sus oficios"<sup>518</sup>.

Los corregidores podían, asimismo, nombrar *alcaldes mayores* encargados de hacer justicia de modo permanente en aquellos lugares

---

<sup>514</sup> N.R., III, 5, 10, "...y mandamos que quando fueren proveidos de los tales oficios [corregimientos], se les mande y encargue de nuestra parte que tomen y tengan consigo *Tenientes Letrados de sciencia y experiencia*".

<sup>515</sup> HERAS, J.L. de las, *op. cit.*, pág. 62.

<sup>516</sup> N.R., III, 5, 11.

<sup>517</sup> A.V.M., *Secretaría*, 2-159-26, "Real Pragmática fecha 10 de octubre mandando que los tenientes de Corregidor habían de llevar a las partes donde fueren proveidos se nombrase por el Consejo de Camara, derogando las leyes que concedían la elección y nombramiento a los Corregidores".

<sup>518</sup> N.R., III, 5, 26.

dependientes del corregimiento, fuera de la ciudad, cuyas decisiones sí solían ser apelables ante el propio corregidor.

Los temores de que la justicia que representaba al rey pudiese perder su supuesta independencia y caer en clientelismos organizados o llegar a crearse sus propios intereses afectaban también a los asistentes del corregidor -temores, sin duda, fundados por ser más asequibles a los tratos ilegales y cohechos estos oficiales subordinados que sus superiores-, de modo que, reinando Felipe IV, se acuerda que ningún teniente de corregidor ni alcalde mayor -aunque su residencia esté ya vista y consultada por el Consejo- pueda ocupar en el mismo corregimiento y su distrito cargos de justicia en los tres años siguientes<sup>519</sup>.

También existían *alguaciles*, cuyo número y competencias dependían de las necesidades e importancia de la ciudad -algo diremos del caso de la Villa y Corte-, bajo las órdenes del corregidor. Por último, éste estaba obligado a vigilar el cumplimiento de sus deberes por parte de los escribanos, porteros de vara, contadores del concejo y otros funcionarios subalternos del municipio.

Puesto que los registros judiciales de los corregimientos no se han conservado, una de las pocas fuentes que tenemos para seguir su ejercicio de la justicia son las residencias. Según Kagan, en ellas la mayor parte de los corregidores aparecen minuciosos, concienzudos y siempre dispuestos a frenar las jurisdicciones municipales y señoriales en favor de las prerrogativas reales. Celo que no se debía exclusivamente a su fidelidad a la Corona sino que estaba también motivado por

---

<sup>519</sup> A.A., III, 5, 9, 30 de junio de 1634.

su propio interés al beneficiarse de un suplemento salarial -los derechos del *décimo*- y tener mayores posibilidades de ser recompensados con una magistratura permanente en alguna audiencia. "La ambición, por lo tanto, pudo llevar a los corregidores a administrar una justicia más igualitaria que la de los juzgados municipales, y así dar a los castellanos del XVI un incentivo más para que resolvieran sus litigios en los tribunales del rey"<sup>520</sup>.

#### d) Las Audiencias y Chancillerías.

##### - Orígenes<sup>521</sup>.

Si, como expusimos, uno de los máximos atributos de la majestad regia era el ejercicio de la justicia; los monarcas altomedievales se encargaron directamente de su administración junto al desempeño temporal de las más altas labores de gobierno. Naturalmente, los reyes, desde un principio, necesitaron auxiliares y consejeros en estas funciones. Esa incipiente burocracia y el personal que la atendía legitimaban su propia existencia en su vinculación con la Corona, de modo que constituían la llamada *Casa del Rey*, que con todo el aparato subordinado que la rodeaba era la *Corte*, que se encontraba allí donde estuviese el soberano, quien recorría los lugares del reino sin disponer de una residencia estable.

---

<sup>520</sup>KAGAN, R.L., *Pleitos...*, págs. 118-119, residencias de A.G.S., C.R., leg. 379.

<sup>521</sup>HERAS, J.L. de las, *La justicia penal...*, págs.65-76; KAGAN, R.L., *Pleitos...*, págs. 104-108; KAGAN, R.L., "Pleitos...", págs. 293-299; PEREZ DE LA CANAL, M.A., "La justicia de la Corte...", págs.414-442.



En esas circunstancias en que el monarca intervenía directamente en la toma última de decisiones gubernamentales y judiciales, el único órgano más o menos definido dentro de esa Casa del Rey que lo auxiliaba era la *Chancillería*, encargada exclusivamente de formalizar y despachar por escrito las decisiones que emanaban sólo del rey. Estrictamente, la Chancillería era la dependencia -a cargo de los selladores- donde se guardaba el sello del rey y se sellaban las cartas expedidas en la Corte, previo su registro y comprobación de hallarse extendidas en forma legal; fue en todas las monarquías del Occidente europeo el primer organismo que se diferenció con la función específica de expedir documentos en la forma convenida y custodiar el sello real, siendo frecuentemente encomendada a eclesiásticos -los más habitualmente dotados de la necesaria formación-, y en la que se incluyeron los notarios ya existentes. En Castilla, fueron cancilleres perpetuos los arzobispos de Santiago de Compostela y Toledo quienes, naturalmente, no sirvieron el oficio sino que ostentaban el cargo a título de dignidad, ocupándose de las obligaciones del puesto los cancilleres mayores del rey auxiliados por notarios.

Por lo que se refiere al quehacer de la justicia, el monarca pronto precisó del asesoramiento de especialistas para sentenciar conforme a derecho. La labor de estos expertos se hizo enseguida imprescindible dada la progresiva fijación y complicación de la legislación y los procedimientos, de modo que la Corona delegó en ellos los asuntos de justicia, actuando sus alcaldes de la Corte en solitario al menos desde 1274, con Alfonso X, cuando este tribunal de Corte es ya un auténtico tribunal de justicia, cuyos alcaldes debían desplazarse con el rey. Esa delegación implicó una sistematización y regulación de

sus funciones judiciales que ellos ejercían individualmente, no como tribunal colegiado, siendo sus sentencias tramitadas también por la Chancillería como decisiones reales que eran, aún dadas por personas interpuestas.

Estas nuevas competencias añadidas a la Chancillería supusieron un aumento tanto del trabajo asignado -lo que, seguramente, conllevaría un notable crecimiento de su dotación humana- como del volumen de sus archivos y libros de registro. Consecuentemente, esa ampliación implicaría una tendencia a la sedentarización de este organismo al que le suponía cada vez mayores complicaciones seguir al rey en sus desplazamientos. Del mismo modo que la chancillería asumió el despacho de los fallos de los alcaldes por ser, en último término, decisiones reales -gobierno y justicia eran del rey aunque los ejecutaran otros- y por un sentido de eficacia evidente, también por necesidades prácticas la Corte se diferenció en Chancillería y alcaldes que no siempre acompañaban al rey, sobre todo en los viajes más rápidos -la *Corte y Chancillería*-, y en los más próximos ayudantes y consejeros del monarca que siempre debían estar junto a él prestos a cumplir su obligación de *consilium* -la *Casa del Rey*.

Esos *alcaldes* se encontraban con la dificultad añadida de tener que juzgar las causas que ante ellos se presentaban según el derecho propio del lugar de origen de quienes acudían, de manera que el rey, al nombrarlos, había de tener en cuenta la necesidad de que fuesen conocedores, si no expertos, en dichas particularidades locales de la ley.. Estos alcaldes no ejercían la instancia suprema, sino que cabía la apelación, en recurso de alzada, al rey. Por las mismas razones que

la Corona creó alcaldes, nombró también un juez superior o alcalde de alzada para que fallase en esos recursos.

De esta manera, en la segunda mitad del siglo XIV, se ha configurado ya una organización en la administración central con Consejo y Audiencia de la Casa del Rey como órganos bien definidos. En efecto, los magistrados que atendían las apelaciones a la justicia real - derecho reconocido como tal ya en las *Partidas*- fueron organizados en 1371, en Toro, recibiendo oficialmente el nombre de *Audiencia*, con siete oidores que atenderían las apelaciones de acuerdo con la ley, pero que también contribuiría -con su aplicación- al fortalecimiento del poder real frente a las jurisdicciones locales o privilegiadas.

La Audiencia era, por tanto, el tribunal supremo, actuando, como tal, colegiadamente en la resolución sumaria de los pleitos -en recuerdo de su origen.

Alcaldes y chanciller siguieron formando parte de la casa real, pero ya señalamos cómo se iba haciendo imprescindible una distinción, acentuada por residir frecuentemente éstos en lugar distinto que el rey. Con el monarca estaba siempre la Casa y Corte, donde los alcaldes y chanciller la Corte y Chancillería..

La estabilidad y atribuciones más definidas permitieron una *especialización* más clara en los alcaldes de la Corte, distinguiéndose, en su conjunto, de la Audiencia, pues constituían el tribunal de la Corte, encargado de los casos de corte en primera instancia y de las apelaciones de las magistraturas inferiores. Entre ellos cabía distinguir: los alcaldes ordinarios o de provincias, con jurisdicción civil y criminal , conocedores de los distintos derechos territoriales que habían de aplicar en cada caso; el juez mayor de Vizcaya; los

alcaldes del rastro, que entendían en las causas originadas en las cinco leguas de la Corte; el alcalde de los fijosdalgo-desde 1387-; y el alcalde de las alzadas. A diferencia de la Audiencia, estos jueces seguían un procedimiento complejo y no sentenciaban colegiadamente.

En cuanto a la Chancillería, por su propia naturaleza, aun siendo un único organismo, en la práctica hubo de dividirse. Como señalamos, su propio desarrollo la había incapacitado para seguir constantemente al monarca y, no obstante, el rey precisaba de continuo sus servicios para el despacho formal de sus decisiones, lo que obligó a que parte de su personal, encabezado por el chanciller de la poridad, acompañara al rey para librar sus cartas y documentación más urgente. El resto de la Chancillería permanecía más tiempo en cada lugar, encargándose de los sentencias y documentos generados por alcaldes y oidores; sin embargo, en un principio, la *real Audiencia y Chancillería* -unidas ya en unas mismas dependencias y en un mismo destino ambas instituciones- fue itinerante, desplazándose, desde 1387, trimestralmente entre Olmedo, Medina del Campo, Madrid y Alcalá de Henares; y, si bien, en 1391, se pretendió fijarla en Segovia, las hambrunas que amenazaron la comarca aconsejaron su traslado; tras recorrer varios lugares -Griñón y Cubas y Turégano-, fue llevada, a instancias de las Cortes, por Juan II a Valladolid en 1442, donde transcurriría ya la mayor parte de su historia, a lo largo de casi cuatro siglos<sup>522</sup>.

---

<sup>522</sup> Además de los citados estudios de KAGAN, pueden consultarse: MENDIZABAL, Francisco, "Investigaciones acerca del origen, historia y organización de la Real Chancillería de Valladolid. Su jurisdicción y competencia", en *R.A.B.M.*, 30 (1914) y 31 (1914) y MARTIN POSTIGO, M<sup>a</sup> Soterraña, "La cancellería castellana en la primera mitad del siglo XVI", en *Hidalguía*, XXIV, (1964), pp. 348-367 y 509-551 y "La cancellería real castellana en la segunda mitad del siglo XVI", en *Hidalguía*, XXVII, (1967), pp. 381-404.

La Audiencia, con el tiempo, va sufriendo importantes transformaciones. Si desde sus primeros tiempos era una magistratura colegiada en la que todos los oidores disfrutaban de una misma categoría, fue destacándose paulatinamente la figura de un presidente -que lo era también de la Chancillería-; asimismo, si sus competencias siempre habían sido civiles y criminales, irá dedicándose cada vez más a las civiles, siguiendo además un procedimiento complejo y abandonando la vía sumaria característica en sus resoluciones anteriores.

- *Las Reales Chancillerías de Valladolid y Granada.*

Con los Reyes Católicos adquiere la real Audiencia y Chancillería su plena configuración: pleitos que hasta entonces fallaba el Consejo fueron llevados a la Chancillería para liberar al Consejo de su carga y tratar de especializarlo en funciones de gobierno. Hasta el final del siglo XV, el único tribunal de apelación de la monarquía fue esta real Audiencia y Chancillería de Valladolid; sin embargo, cada vez resultaban más evidentes los inconvenientes de esa singularidad, tanto por la distancia y los largos desplazamientos que la apelación suponía para muchos súbditos, como por el exceso de pleitos que retardaban el curso de la justicia real. El final de la reconquista y la anexión de un nuevo reino en la Corona de Castilla, aumentaron el peso del sur peninsular y sus demandas de un tribunal propio; se creó así una segunda audiencia y chancillería con las mismas características de la norteña. Se estableció esta nueva chancillería real en 1494 en Ciudad Real, pero pronto -en 1505- fue trasladada a Granada<sup>523</sup>, decisión en la

---

<sup>523</sup> N.R., II, 5, 1.

Véanse los estudios clásicos de SEMPERE Y GUARINOS, Juan, *Observaciones sobre el origen, establecimiento y preeminencias de la chancillería de Valladolid y de Granada*, Granada, 1796 y GARCIA SAMOS, A., *La Audiencia de*

que, al parecer, influyeron no sólo razones prácticas para la mejor administración de la justicia real, sino también razones políticas, dado el interés de Fernando en poner coto al dominio que el conde de Tendilla ejercía sobre la antigua capital nazarí desde su conquista.

La partición de la jurisdicción territorial de ambas chancillerías se establece en el Tajo para que, al sur de dicho río, "assi los Concejos y Universidades como las personas y vezinos y moradores dellos, ayan de ir y vayan a la dicha nuestra Corte y Chancillería de Granada, con todos sus pleytos y causas y negocios"<sup>524</sup>, si bien se precisa que los términos que tengan villas y lugares en ambos territorios seguirán a la cabeza de su jurisdicción a la chancillería que le corresponda y, además, algunos pueblos adscritos a Toledo, al sur del Tajo, tuvieron derecho a apelar a Valladolid.

#### - Composición de las Chancillerías.

En cuanto a su composición, dividíanse las chancillerías en cuatro salas formadas por un presidente y dieciseis oidores -aumentándose el número existente en un principio- de designación anual y distribuidos, para oír y librar pleitos, en cuatro salas -que, según lo dispuesto, debían existir, también físicamente, en cada chancillería-

---

*Granada desde su fundación hasta el último pasado siglo*, Granada, Edit. Calixto Alvarez, 1889. Y los más recientes de GAN GIMENEZ, Pedro, *La Real Chancillería de Granada (1505-1834)*, Granada, Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, 1988, PEREZ SAMPER, M<sup>a</sup> Angeles, *Los ministros de la chancillería de Granada a mediados del XVII*, Córdoba, Colección de Historia Moderna Andaluza, 1980 y RUIZ RODRIGUEZ, Antonio Angel, *La Real Chancillería de Granada en el siglo XVI*, Granada, Diputación Provincial de Granada, 1987.

<sup>524</sup> *N.R.*, II, 5, 2. Nótese cómo a pesar de existir ya dos tribunales continúa llamándoseles *Corte* y Chancillería, y es que se mantenía la ficción de que en ellas asistía el soberano, tanto es así que cuando se imponían penas de destierro de la Corte, se extendía la prohibición de estancia también a las Chancillerías.

en las que debían estar también las arcas en las se guardaban los sellos reales a cargo del chanciller: sala de lo civil, sala de lo criminal, sala de Vizcaya y Sala de los hijosdalgo (en Granada existía una Junta de población y no la Sala de Vizcaya).

Las cuatro salas en que se estructuró, en primer lugar, la Chancillería de Valladolid, respondían a su propio proceso de formación y consolidación y a la acumulación de competencias que le sobrevinieron en el mismo.

Para poder entender en los, cada vez más numerosos, pleitos civiles los oidores tuvieron que organizarse en distintas *salas civiles*, en las que veían los casos de corte en primera instancia y oían apelaciones de cuantía superior a tres mil maravedís con sentencias de vista -sólo suplicables ante ellos mismos puesto que no cabía apelación dada la suprema jurisdicción ostentada por la Audiencia- y revista.

Asimismo, los alcaldes del crimen formaron la *Sala de lo Criminal* -constituída primero por tres alcaldes<sup>525</sup> y, en el siglo XVI, por cuatro- a la que accedían letrados con experiencia en otros cargos -correidores, por ejemplo-, y que entendía en primera instancia en los pleitos civiles surgidos en la ciudad de la chancillería y sus cinco leguas; de sus sentencias cabía apelación a los oidores. Pero, especialmente, estos alcaldes, nombrados cada año, se ocupaban en conocer los pleitos criminales presentados ante ellos como casos de corte, como apelaciones y como suplicación de sus propias sentencias; debiendo -en estas causas criminales- fallar colegiadamente.

---

<sup>525</sup> N.R., II, 7, 1.

Al integrarse el juez mayor de Vizcaya en la estructura de la audiencia, constituyó la *Sala de Vizcaya*, con competencias civiles, criminales y de hidalguías en las apelaciones de las justicias sobre vizcaínos. Sus sentencias podían ser suplicadas a una instancia superior constituida por el juez de suplicaciones de Vizcaya, que no era otro que el Presidente de la Chancillería, quien podía remitir la decisión a los oidores.

Por último, los *alcaldes de los hijosdalgo* se integran también como sala de la chancillería; compuesta, casi siempre, por tres de estos alcaldes<sup>526</sup>, los cuales -si bien comenzaron entendiendo en cualquier causas de hijosdalgo- desde tiempos de los Reyes Católicos se ocuparon sólo de pleitos de hidalguía cuya resolución podía ser apelada ante los oidores y suplicada de nuevo ante la chancillería en revista.

Por lo que se refiere a la ya citada *Junta de población* de la real audiencia y chancillería de Granada, la labor para la que fue creada y su cometido esencial fueron la administración de los bienes confiscados a los moriscos tras la rebelión.

Entre las *incompatibilidades* que impedían el ejercicio de algunos oficios en las chancillerías señalaremos algunas: en la de Valladolid, oidores, alcaldes y fiscal no podían ocupar plaza de canciller ni de catedráticos en la Universidad de dicha ciudad<sup>527</sup>; los oidores y alcaldes tenían también prohibido ser abogados en la Audiencia, actuar

---

<sup>526</sup> N.R., II, 9, 32.

<sup>527</sup> N.R., II, 5, 61.



como tales en casos particulares que pudiesen acabar en la misma o servir como asesores en pleitos eclesiásticos<sup>528</sup>.

En cuanto al **personal** que asistía a la Chancillería, en el caso de Granada, por ejemplo, encontramos entre los altos cargos al presidente, los oidores, los alcaldes del crimen, los alcaldes de hijosdalgo, los notarios y el chanciller y registrador; entre los oficiales de la Audiencia: los fiscales, abogados, abogados de pobres, procuradores, procuradores de pobres, relator, alguacil mayor y sus tenientes -de vara y espada-, escribanos de cámara, escribanos del crimen, escribanos de hijosdalgo, escribanos de notarios, escribanos de provincia, receptores, receptor de cámara, porteros, portero de cadena y solicitador; otros oficios vinculados a la Audiencia aunque no plenamente integrados en su labor eran los que tenían responsabilidades religiosas como los capellanes, sacristán, otro clérigo para decir misa y predicadores; los que se ocupaban de la dotación sanitaria: médico -especialmente para los presos pobres- y barbero; en materia de alimentación nos encontramos con carnicero, despenseros, panadero o tabernero; y había también relojero, cañero del agua, barrendero, guadamacilero, pintores y albañiles...<sup>529</sup>; además de los oficios vinculados a su cárcel y habituales en ese tipo de instituciones: alcaide, porteros, capellán...

---

<sup>528</sup> *N.R.*, II, 5, 17.

<sup>529</sup> RUIZ RODRIGUEZ, Antonio A., *La Real Chancillería de Granada en el siglo XVI*, cap. 2.

- *Sus competencias.*

Recapitulando, las competencias jurisdiccionales más destacadas de las chancillerías territorialmente estaban delimitadas por la divisoria del Tajo -con las mencionadas salvedades-, lo que, en cualquier caso, reservaba un lugar preeminente a los oidores de la de Valladolid, con un distrito que suponía jurisdicción sobre unos cuatro millones de habitantes -entre ellos los de ciudades tan importantes en la Monarquía como Toledo, Segovia, Medina del Campo, Burgos o la propia Valladolid-; se les prohibió conocer pleitos civiles en primera instancia en las ciudades donde se establecieron y sus cinco legias, asignándose a los alcaldes de la Sala de lo Criminal -cuyas sentencias podían ser apeladas ante los oidores- la primera instancia en casos de corte o contra corregidor, alcalde ordinario u oficial local<sup>530</sup>. Todas las apelaciones jueces ordinarios iban a las chancillerías, salvo las reservadas al Consejo<sup>531</sup>.

Entre esas competencias había igualmente algunas de *policía* -en su sentido más amplio- que afectaban especialmente a los alcaldes del crimen y que eran similares a las de los alcaldes de casa y corte en su jurisdicción. Esa función policial -por lo que a la justicia se refiere- era ejercida tanto preventivamente como investigando los delitos; del primer aspecto, es bien representativa la obligación de presidente y oidores de ordenar rondas nocturnas, que debían ser organizadas y supervisadas por los alcaldes del crimen, así como por los corregidores y sus tenientes en Granada y Valladolid, en previsión

---

<sup>530</sup> N.R., II, 5, 22.

<sup>531</sup> N.R., II, 4, 20 y 5, 12.

y para que "no cesse el castigo y no se cometan más delitos"<sup>532</sup>; en cuanto a la función ejecutora y de persecución de los delincuentes, puede darnos una idea del destacado papel de las chancillerías el hecho de que se facultase al presidente y a los oidores a requerir ayuda de hombres de a caballo o de a pie a los capitanes generales respectivos "para la execucion de la justicia en los casos que les pareciere que convenga"<sup>533</sup>.

Entre las obligaciones de sus ministros de justicia se insiste, como siempre, en la prohibición de abandonar temporalmente sus puestos, con mandato de residir en las audiencias y servir personalmente sus oficios, sin poder ausentarse de la Corte y Chancillería si no era con licencia de su presidente<sup>534</sup>. Un deber particularmente señalado lo tenían las chancillerías en el especial cuidado y atención que debían dar a los pleitos de pobres, para cuya vista se proveía y reservaba un tiempo determinado<sup>535</sup>, sin que se pudiese en esos casos llevar derechos a los que acudiesen ante ellas, empeño justificado, posiblemente, más que en un inusitado deseo de justicia social, en el ánimo de reforzar una imagen de la jurisdicción real y de la Corona misma como jurisdicción que amparaba a todos por igual -también a los más débiles- frente a otras instancias -los poderosos y privilegiados- que los reyes -Isabel y Fernando al menos, impulsores de estas disposiciones- intentaban reducir en su poder e influencia, incluso también en la imagen que transmitían a la mentalidad popular.

---

<sup>532</sup> *N.R.*, II, 5, 65.

<sup>533</sup> *N.R.*, II, 5, 66.

<sup>534</sup> *N.R.*, II, 5, 8.

<sup>535</sup> *N.R.*, II, 5, 27 y 28.

- *Conflictos de jurisdicción.*

Naturalmente, el afianzamiento de un aparato cada vez más voluminoso y voraz, ambicioso en acaparar competencias, supuso conflictos de diversa naturaleza.

\* En primer término, conflictos estrictamente jurisdiccionales, que surgirían antes con las instituciones que ocupaban su mismo espacio geográfico: **con los concejos de Valladolid y Granada**, a causa de las atribuciones de las chancillerías que eran percibidas como amenazantes e incluso atentatorias contra las ordenanzas municipales, puesto que, a menudo, aquéllas no se conformarían sólo con entender en las apelaciones y agravios contra las dichas ordenanzas sino que tratarían de intervenir más activamente en la vida local, amparándose, en cierto modo, en su prestigio como institución real y en lo difuso de sus competencias no estrictamente judiciales -las de *policía* daban pie a interferencias que podían acercarse peligrosamente a formas de control sobre la actividad de la ciudad<sup>536</sup>; mientras que ésta pretendía a menudo un trato preferente en los pleitos que tuviese ante la Chancillería.

Pero si existían antagonismos entre las instituciones, no menores eran los choques entre quienes las servían, de modo singular entre oidores y corregidores, también originados por la pretensión de los primeros de imponerse como depositarios de un rango superior, queriendo asumir, en consecuencia, la supervisión de las ordenanzas de gobierno, los mantenimientos y abastos, y las tasas impuestas en la ciudad,

---

<sup>536</sup>Si eso pasaba entre las chancillerías y los municipios, qué no ocurriría con la presencia de los poderosos alcaldes de casa y corte; no es, por tanto, de extrañar que durante la estancia de la Corte en Valladolid, la Chancillería abandonase esa ciudad.

inhibiendo apelaciones en esas materias que correspondían a los corregidores<sup>537</sup>.

\* Pero no se limitaban los conflictos a las ciudades que albergaban a las reales chancillerías, sino que podían entrar en competencia jurisdiccional también **con otros municipios**. Ese es el caso de Sevilla, pues, al parecer la Chancillería de Granada -incluso después del establecimiento de la Audiencia en la capital hispalense- se entrometía en casos que correspondían a la justicia de la ciudad<sup>538</sup>.

\* Conflictos que se dan de igual modo **con otros organismos de la Monarquía** como, por ejemplo, con el Consejo de Hacienda<sup>539</sup>; algo que no nos debe extrañar si recordamos cómo a las funciones judiciales de las chancillerías se sumaba un poder administrativo que les permitía dar o denegar licencias a abogados y procuradores, inspeccionar el estado de las cárceles reales, trasladarse para revisar *in situ* la actuación de los funcionarios locales o el cumplimiento de los edictos reales, etc., poder que era precisamente el que causaba choques con otras jurisdicciones. El celo de los jueces y tribunales les llevaba a veces incluso a querer interferir en asuntos que, en principio, estaban en su jurisdicción aunque la Corona hubiera decidido enviar una comisión, que podía ser entendida como una desautorización para la chancillería afectada, en este caso<sup>540</sup>.

---

<sup>537</sup> N.R., II, 5, 54.

<sup>538</sup> N.R., III, 2, 29.

<sup>539</sup> N.R., II, 5, 79.

<sup>540</sup> A.R.Ch.G., *Libros de Chancillería*, "Registro de las cédulas reales y autos de acuerdo que por sus datas se contienen en este libro desde aquí adelante" [185], f. 114, 1586, septiembre, 30, San Lorenzo: *Para que la audiencia de granada no conozca en primera instancia ni en grado de apelacion de los pleitos que resultaren de la comision que tiene en Cordoba Joan de Soria sobre el alcanze que se hizo al thesorero luis banegas y los que*

\* También nos encontramos con disputas particulares en cada una de las dos sedes de las chancillerías; así la de Valladolid **con la Universidad** y la de Granada **con la Capitanía General** institución ya asentada desde la conquista y personificada en el conde de Tendilla, que tuvo numerosos enfrentamientos con alcaldes y oidores de la Chancillería. En casos como ese la Monarquía trataba de garantizar siempre su justicia valiéndose de la institución más *neutral* posible o de la más prestigiosa, evitando así que pudiera sufrir presiones o que se discutiesen sus decisiones; también con esa finalidad se valía de las *comisiones*, con las que se encomendaba a jueces ajenos a las disputas y pleitos locales la resolución de las causas que generasen. Un buen ejemplo es la comisión real por la que se envió al doctor Santiago, oidor de la Chancillería de Valladolid para juzgar algunos pleitos que se veían ante la Chancillería granadina entre la ciudad de Granada y el marqués de Mondejar -conde de Tendilla- por unas dehesas y cortijos, para evitar las implicaciones y presiones que podían sufrir los oidores granadinos<sup>541</sup>.

\* Pero unos de los más frecuentes fueron los conflictos **con la jurisdicción eclesiástica y con la Inquisición**. Puesto que entre las competencias de la justicia real, como ya se dijo, ocupaba un lugar prioritario la obligación de afirmar la jurisdicción real frente a las

---

*estuvieren ante ellos pendientes en el dicho grado lo rremitan a la contaduría mayor de cuentas donde hemano la dicha comision.*

<sup>541</sup>A.R.Ch.G., *Libros de Chancillería*, "Repertorio de las Hordenanças desta Real Audiencia contenidas en este libro", no catalogado, inventariado con el nº 185, f. 46 r. y v. Estas comisiones reales se daban muy frecuentemente para pleitos contra nobles -como este caso-. Quizá podamos ver también una prueba de la supremacía de la Chancillería de Valladolid sobre la granadina -en caso contrario, lo habitual hubiera sido que el juez de comisión fuese del Consejo-.

pretensiones de los jueces eclesiásticos. Con esa intención se procuró garantizar la preeminencia de las audiencias y chancillerías en sus ámbitos correspondientes sobre los eclesiásticos, numerosas disposiciones así lo indican<sup>542</sup>, aunque otras reservan a comisiones reales algunos de los posibles conflictos<sup>543</sup>.

Muchos de esos choques más que propiamente en cuestiones de jurisdicción tenían su origen en razones puramente protocolarias o de **precedencia** -es bien conocido cómo la apariencia y las formas externas adquirirían carácter de reconocimiento de un poder y un status en el Barroco-. La Chancillería de Granada tuvo numerosas fricciones de ese tipo con el tribunal local de la Inquisición<sup>544</sup>..

Una buena prueba de que las jurisdicciones que más podían enfrentarse con la de las chancillerías eran las del corregidor y la eclesiástica, o al menos de que eran las que más frecuentemente

---

<sup>542</sup>A.R.Ch.G., *Libros de Chancillería*, "Repertorio de las Hordenanças...", f. 13, 1555, marzo, 31, Valladolid:

...fue acordado que devia mandar esta mi çedula por la qual mando que de aqui adelante quando algunas personas ocurrieren a esa audiència queixandose que algunos jueres eclesiásticos les hazen fuerza en no otorgarles las apelaciones que dellos an ynterpuesto o que conocen entre legos en los casos que no deven conocer no se den en esa audiència provisiones para traer los procesos dellas los tales jueres eclesiásticos conocieren fuera del distrito dessa audiència no enbargante que las partes o alguna dellas sean del distrito della y si algunos procesos se obieren traydo dessa audiència contra el thenor de lo en esta mi çedula conthenido que no estubieren determinados al tiempo questa mi çedula rrecibieredes os mando que los rremitaís a la nuestra audiència de valladolid o la de los grados de sevilla el distrito donde fueren los jueres eclesiásticos de quien se traxeren...

<sup>543</sup>A.R.Ch.G., *Libros de Chancillería*, "Repertorio de las Hordenanças...", ff. 1r-2v., 1586, agosto, 30, San Lorenzo, Felipe II: *Para que el presidente y oydores de la Chancilleria de granada no conscan de los pleytos causas y negocios entre los prelados y personas eclesiasticas destos Reynos y las ordenes de calatrava y alcantara y los remitan luego con los procesos originales dellos a los jueres de comission por vuestra magestad nombrados en virtud del breve de su santidad a vuestra magestad concedido.*

<sup>544</sup>A.R.Ch.G., *Libros de Chancillería*, "Registro de las çedulas reales y autos...", f. 98, 1557, julio, 29, Valladolid. Véase apéndice nº V. También *ibidem*, f. 107, 1578, julio, 7, San Lorenzo; *ibidem*, f. 129, 1591, enero, 17, Madrid.

tendrían intereses confluyentes o pleitos que se verían ante el tribunal real y podían pretender un trato de favor, fueron las previsiones reales para evitar la excesiva relación personal entre los miembros de esos organismos, esa intención tiene esta advertencia del rey a los oidores de Granada para que procurasen limitar su trato con el arzobispo y con el corregidor de la ciudad con los que, al parecer, se llevaban demasiado bien:

*El Rey/ Presidente y oidores de la nuestra audiencia y chancilleria que reside en la ciudad de Granada, saved que nos somos ynformado que algunos de vosotros teneis mas trato y comunicacion con el arçobispo de esa ciudad y le visitais mas vezes de lo que convendria y ansimesmo visitais al nuestro correggidor della de que rresultan ynconvinientes por yr como van a esa nuestra audiencia por via de fuerça causas de que conoçen el dicho arçobispo y su provisor y juezes eclesiasticos en las quales aveis de ser juezes y tanvien de las que conoçe el dicho nuestro corregidor y visto por los del nuestro consejo fue acordado que deviamos mandar dar esta nuestra çedula para vos en la dicha raçon y nos tubimoslo por vien por la qual vos mandamos que dentro de quinze dias primeros siguientes despues que esta nuestra çedula os fuere mostrada enbieis ante los del nuestro consejo relacion firmada de vuestros nombres de lo que en lo susodicho a pasado y pasa para que por ellos visto se provea lo que convenga y entretanto que la enbiais y por los del nuestro Consejo se probee os abstengais de visitar al dicho arçobispo y corregidor fecha en san lorenzo a treze dias del mes de octubre de mill y quinientos y noventa y tres años. Yo el rey, por mandado del rey nuestro señor don luis de salazar<sup>545</sup>.*

Las chancillerías -y quizá, de un modo particular la de Valladolid, que gozaba de mayor consideración tanto dentro de la magistratura (al ser considerado de más alto rango en el *cursus honorum* un puesto en la chancillería castellana) como por su prestigio y mayor importancia económica de su distrito en el siglo XVI- fueron, como

---

<sup>545</sup>A.R.Ch.G., *Libros de Chancillería*, "Registro de las çedulas reales y autos...", f. 135, 1593, octubre, 13, San Lorenzo.



sucede a menudo con los organismos de amplias competencias y de difícil control por su propia naturaleza, tomando conciencia de cuerpo, transformándose de un modo muy considerable, de manera que aunque "la chancillería de Valladolid en el siglo XVI siguiera siendo la piedra angular de la justicia castellana y el tribunal más importante del reino"<sup>546</sup>, "las Chancillerías habían perdido en la práctica gran parte de su primitivo carácter cortesano y en el siglo XVI se situaban más bien en el plano de la administración territorial de justicia"<sup>547</sup>. Lógicamente, su origen y su carácter obligaban a que por razones de prestigio la Corona se preocupase por vigilar la *calidad* con que administraban su justicia, lo que se trataba de hacer por medio de las **visitas**. La última de esas visitas se realizó en la de Valladolid en 1623; ese abandono de sus responsabilidades de control por parte de la Monarquía parece ser que se debió, además de a sus propios problemas que ya por entonces eran realmente acuciantes, a una agudización de ese proceso de crecimiento y especialización de las chancillerías, que permitió a sus oficiales buscar el modo de juzgarse ellos mismos para salvaguardar así sus intereses, atrincherándose tras una maraña burocrática complejísima y unos móviles y medios no siempre honestos<sup>548</sup>. Eran consideradas, a veces, como legislación complementaria y como tal se imprimieron, por ejemplo, al final de sus Ordenanzas del año 1551 las tres visitas realizadas hasta ese momento a la Chancillería de Granada -1536, 1542 y 1549-; y en las Ordenanzas de 1601, las visitas

---

<sup>546</sup>KAGAN, R.L., *Pleitos...*, pág. 106.

<sup>547</sup>HERAS, J.L. de las, *op. cit.*, pág. 73.

<sup>548</sup>KAGAN, R.L., "Pleitos...", págs. 297-299.

de 1563, 1567 y 1594<sup>549</sup>. Un buen ejemplo de lo que se investigaba en esas comisiones puede ser la visita de los oficiales de la audiencia de Granada que, por mandado de Felipe II hizo don Diego de Castilla, deán de Toledo en 1563<sup>550</sup>. Tras el informe del juez el rey normalmente comunicaba al organismo o a los oficiales visitados que, vista en el Consejo la visita, *pareçe averse hecho y administrado justiçia, nos tenemos de vos por bien servido*, pero señala también que algunos defectos detectados deben ser mejorados para la *buena espidiçion en los negoçios*, y es entonces cuando se enumeran las irregularidades que en la visita se encontraron; en esta de Granada de 1563 que citamos, un total de 123, referidas a los oidores y sus obligaciones, a los abogados, notarios, receptores, alcaldes, alguacil mayor y sus tenientes, alguaciles del campo, relatores, escribanos, porteros, alcaide de la cárcel...

#### - Las Audiencias.

La justicia real de apelación se completó con la creación de *audiencias territoriales*. Antes del nacimiento de la segunda chancillería, se hizo evidente ya la necesidad de disponer de un mayor número de organismos de justicia real en razón tanto del crecimiento demográfico y económico de los territorios de la Corona -ambos suponían un incremento en los pleitos que se iniciaban- como por los naturales

---

<sup>549</sup>GAN RODRIGUEZ, Pedro, *La Real Chancillería de Granada (1505-1834)*, Granada, 1988, pág. 34.

<sup>550</sup>A.R.Ch.G., *Libros de chancillería*, "Visita de los ofiales desta abdiencia", ff. 47-60v. del "Repertorio de las Hordenanças..."; la comunicación del rey de 24 de enero de 1563; su lectura pública y acatamiento en la audiencia de Granada en 11 de noviembre.

inconvenientes derivados de la distancia; por eso, los Reyes Católicos decidieron establecer un gobernador -que desde 1566 será sustituido por un Regente Letrado<sup>551</sup>- y unos alcaldes mayores en el Reino de Galicia para conocer en apelación las causas civiles o criminales sobre sentencias dadas por justicias de ese reino, sin tener que acudir los litigantes a Valladolid, aunque podía apelarse, caso de desacuerdo, a dicha Chancillería. De manera que esta primera audiencia territorial nace -en 1484- subordinada jurídicamente a la primera chancillería, si bien Felipe II dispuso en 1566 que no pudiesen ya apelarse a la Chancillería las causas criminales como se hacía hasta entonces, salvo en las condenas a muerte, sino que se hiciera suplicación ante la misma Audiencia por la "muchacha dilación" que el recurso a Valladolid provocaba<sup>552</sup>; además, las normas por las que se organiza equiparan su funcionamiento y competencias al de la chancillería, con especial comisión para mantener la paz en un reino que, por su situación excéntrica y sus características históricas, podía resultar singularmente conflictivo, sobre todo por la tradicional actitud de algunos de sus nobles y caballeros que preocupaba seriamente a los Reyes Católicos y al emperador Carlos -bien escarmentado de desórdenes en sus reinos peninsulares- hasta el extremo de autorizar a los jueces de la audiencia gallega a exigir, si ello fuese necesario, a los caballeros que les entregasen fortalezas o castillos<sup>553</sup>, o que abandonasen el reino y se presentasen ante los reyes, y a requerir el favor de los capitanes

---

<sup>551</sup> N.R., III, 1, 67.

<sup>552</sup> N.R., III, 1, 9. Véase FERNANDEZ VEGA, Laura, *La Real Audiencia de Galicia*, La Coruña, 1982.

<sup>553</sup> N.R., III, 1, 63.

y hermandades en la persecución de malhechores caso de que fuesen acogidos en fortalezas, ciudades o villas; Carlos I prohíbe, en 1543, que los señores gallegos -nobles y eclesiásticos- puedan proveer los oficios perpetuos de justicia lo que, al parecer era causa de manifestaciones de corrupción y situaciones de inseguridad e impunidad para algunos delincuentes<sup>554</sup>, que explicarían los *poderes de excepción* con que, frente a ellos, se dotó a la audiencia de Galicia.

Carlos I estableció también audiencia **en Sevilla**, ciudad en la que ya antes sus propios pleitos eran vistos en ella, incluso en apelación, por sus alcaldes mayores a los que ayudaba un teniente letrado y dos alcaldes de la tierra. La creación de la *Audiencia de los Grados* -denominación de la hispalense- pretendió aclarar algo el complejo panorama judicial de la ciudad, dadas las particulares competencias que en ella y en su tierra tenía el asistente. La Audiencia<sup>555</sup> estaba formada por un regente y seis jueces de los Grados, que no podían ser naturales de la ciudad ni de su tierra<sup>556</sup>, con competencias exclusivamente judiciales y muy bien especificadas -seguramente, por el propósito con que se instituyó de aclarar los problemas

---

<sup>554</sup> N.R., III, 1, 9.

<sup>555</sup> Establecida según el profesor de las Heras en 1525 y según Kagan en 1556, mientras que la primera referencia que aparece en la *Nueva Recopilación* sobre su creación es una provisión dada en Valladolid en 5 de mayo de 1554. Véase ELIZONDO ALVAREZ, A., *Práctica universal forense de los tribunales de esta Corte, Reales Chancillerías de Valladolid y Granada y Audiencias de Sevilla: su origen, jurisdicción y negocios*, Madrid, Ed. Joaquín Ibarra, 1764; TENORIO, Nicolás, *Noticia histórica de la real audiencia de Sevilla*, Sevilla, 1924 y SANZ PELAYO, Juan, "Desintegración de la Real Chancillería de Granada. Las Audiencias de grados (Sevilla) y de Extremadura (Cáceres) en el contexto social del suroeste peninsular en el siglo XVIII", *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía*, II, Córdoba (1978), pp. 245-252.

<sup>556</sup> N.R., III, 2, 10.

jurisdiccionales del municipio<sup>557</sup>-, limitadas, en un primer momento, a las apelaciones y suplicaciones en revista de la ciudad y su tierra de más de diez mil maravedís, mientras que en las de cuantía menor entendería el Regimiento, con prohibición expresa de conocer en causas civiles y criminales en primera instancia salvo en causas criminales por casos de corte a pedimiento de parte. Sin embargo, Felipe II da nueva orden en 1566 e, insistiendo en la intención de normalizar la administración de justicia en la ciudad, suprime los antiguos alcaldes ordinarios y atribuye sus competencias civiles y criminales en primera instancia a los alcaldes de la Audiencia de los grados, del mismo modo que entendían en las causas civiles los alcaldes de las chancillerías; manteniéndoles los casos de corte en lo criminal en primera instancia, tanto a pedimiento de parte como de oficio, y adjudicándose también a la Audiencia las apelaciones de los jueces de comisión enviados a Sevilla y a su tierra, que anteriormente acudían a Granada<sup>558</sup>. La Chancillería de Granada no podía intervenir en la jurisdicción de esta audiencia salvo en casos de corte -reducidos a lo civil, como vimos- o por comisión real<sup>559</sup>. Por contra, desde 1566 comparecen ante esta audiencia las apelaciones del Regente y jueces de la Audiencia de Canarias -en casos civiles y criminales<sup>560</sup>. Los conflictos de jurisdicción entre la Audiencia de Sevilla y la Chan-

---

<sup>557</sup>La ley doce del título segundo del libro tercero de la *Nueva Recopilación* trata de poner orden sobre "quando huviere duda sobre quien ha de conocer de alguna causa de los jueces de la dicha ciudad, entre el Audiencia y otros y los Alcaldes mayores, si la causa es civil o criminal quien lo ha de determinar".

<sup>558</sup>N.R., III, 2, 43.

<sup>559</sup>N.R., III, 2, 29.

<sup>560</sup>N.R., III, 2, 43.

cillería de Granada fueron algo habitual por las diferencias entre sus jueces por el conocimiento de algunas causas civiles o criminales originadas en Sevilla o en su tierra<sup>561</sup>.

Se completan esas audiencias territoriales precisamente con la *Audiencia y juzgado de Canaria y de las siete islas*. Recién incorporadas a la Corona, pertenecieron a la jurisdicción de la segunda Chancillería desde su creación. Las especiales condiciones del archipiélago propiciaron que desde un principio sus concejos pudiesen entender en las apelaciones de algunas causas civiles, hasta que Carlos I decide establecer la audiencia en 1526<sup>562</sup> con atribuciones sólo en materia civil. No obstante, Felipe II la reorganiza también en 1566, estableciendo su composición en un regente y otros dos jueces de apelación, que podían entender también en casos de corte en primera instancia y en apelación y súplica de las causas criminales que no tuviesen sentencia de muerte. Para causas civiles de más de 300.000 maravedís y criminales con condena a muerte se acudiría a la Audiencia de Sevilla<sup>563</sup>. Tenían asimismo iguales obligaciones y limitaciones que las otras audiencias (asistencia, relaciones con los posibles pleiteantes, recusaciones, control de los jueces eclesiásticos, visita de

---

<sup>561</sup>A.R.Ch.G., *Libros de Chancillería*, "Repertorio de las Hordenanças desta real audiencia...", f. 6., *ibidem*, f.8; véase apéndice nº , *ibidem*, "Registro de las cédulas reales y autos...", ff. 181-182: *Cedula para que en Presidente e oidores de Granada no conozcan de las Apelaciones y negocios de casos de corte de las villas y lugares y cortijos de señorío y abadengo de la tierra y suelo de sevilla aquí contenidos, fecha en el bosque de Segovia a X de agosto de 1566*.

<sup>562</sup>Véase ROSA OLIVERA, Leopoldo de la, "La real audiencia de Canarias: notas para su historia", en *Anuario de Estudios Atlánticos*, 3, 1957, págs. 91-161.

<sup>563</sup>A.R.Ch.G., *Libros de Chancillería*, "Registro de las cédulas reales y autos de acuerdo...", f. 175, 1566, enero, 15, Madrid, véase apéndice nº VI.

la cárcel, pleitos de pobres, guarda y conservación de sus leyes, salarios y derechos, escribanos y demás personal, etc.<sup>564</sup>).

#### e) El grado de suplicación. La justicia suprema.

##### - El Consejo.

Núñez de Castro<sup>565</sup> afirma que fue fundado por Fernando III, en 1245, sin duda haciendo referencia a las reformas que dicho monarca emprendió en su curia, la cual actuaba como consejo ordinario formado por sus parientes, los altos oficiales de la corte, obispos y magnates, que eran consultados por el monarca, siendo una de sus funciones esenciales la administración de justicia, de modo que, desde el siglo XIII, se incorporaron a la curia real castellana juristas que colaborasen en preparar las sentencias reales -algo que, por otra parte, ya ocurría en Aragón y Navarra desde el siglo XII, con la incorporación de *judices* con esa misma función-<sup>566</sup>.

La Curia ordinaria funcionó desde esas reformas como un consejo permanente de atribuciones muy imprecisas y también como tribunal de justicia; sus consejeros eran consultados por el rey en cuestiones de gobierno de particular importancia; mientras que, como tribunal, actuaba tanto en los casos de corte -que le eran propios- como en causas de alzadas. De esta curia ordinaria, además, se segregaron algunos organismos especializados -ese fue el origen, desde el siglo

---

<sup>564</sup> N.R., III, 3.

<sup>565</sup> NUÑEZ DE CASTRO, Alonso, *Libro histórico-político. Sólo Madrid es Corte y el cortesano en Madrid*, f. 64.

<sup>566</sup> Para más detalles, consúltese GIBERT, R., *El antiguo Consejo de Castilla*, Madrid, 1964.

XII, en Castilla, de las funciones específicas que se atribuyeron a canciller y notarios en la redacción y registro de los documentos y en la custodia del sello real-. Fernando III creó en ella los doce *sabidores*, encargados de proporcionar el concurso de peritos a la curia cuando fuera preciso, significando un paso en su evolución hacia las atribuciones propias de un tribunal supremo, función que, como veremos, es característica del Consejo Real<sup>567</sup>.

Pero, el Consejo, como tal, fue instaurado por Enrique II, hacia 1371, y reformado por Juan I en 1385 -año en que se dieron al Consejo sus primeras ordenanzas conservadas<sup>568</sup>-, incluyendo en él una nutrida representación de juristas y dándole una considerable dedicación como tribunal de justicia para las apelaciones que llegaban al rey, reforzando así el papel de los letrados en el Consejo, actitud que será una tendencia constante en los Trastámara, quienes, en su afán de legitimidad, insistieron en subrayar el papel del rey como legislador y fuente de justicia y fomentar las instituciones legales, dando una forma cada vez más judicial al Consejo Real<sup>569</sup>. Las ordenanzas de 1459 confirman esa tendencia, pues en ellas se reconoce la importancia de su labor como órgano superior de la administración de justicia castellana. Los Reyes Católicos tratarán, por el contrario, de especializar las funciones de sus organismos y pretenderán dar una mayor importancia a los asuntos políticos y administrativos en el seno del Consejo, al tiempo que favorecerían el papel que, como tribunales reales, desempe-

---

<sup>567</sup>SUAREZ FERNANDEZ, Luis, *Historia de España. Edad Media*, Gredos, Madrid, 1978, pág. 407.

<sup>568</sup>Para el Consejo desde esta fecha y en los primeros años de la Edad Moderna, DIOS, S. de, *El Consejo Real de Castilla (1385-1522)*, Madrid, 1982.

<sup>569</sup>KAGAN, R.L., *Pleitos...*, págs. 126-127.



ñaban sus audiencias. En ese sentido parecieron moverse también las inquietudes de Carlos I y Felipe II, aunque los consejeros se inclinaron más bien a todo lo contrario por el prestigio que suponía ejercer de jueces supremos y por las posibilidades de enriquecimiento y de influencia que tal actividad suponía, de modo que, a lo largo del siglo XVI, "parece probable que las responsabilidades judiciales del Consejo estuvieran aumentando a la vez que las de los demás tribunales del rey"<sup>570</sup>.

Para su composición<sup>571</sup>, organización y atribuciones desde principios del siglo XVII, seguiremos los datos que nos da un contemporáneo, Alonso Núñez de Castro en su *Libro histórico-político. Sólo Madrid es Corte y el cortesano en Madrid* y la nueva orden que pone en él Felipe III, en 1608<sup>572</sup>.

En la Monarquía de los Austrias<sup>573</sup>, el *Consejo Real y Supremo de*

---

<sup>570</sup> *Ibidem*, pág. 129.

<sup>571</sup> Para los miembros, naturalmente, FAYARD, J., *Los miembros del Consejo Real de Castilla, 1621-1788*, Madrid, 1982 y otros trabajos suyos; así como GAN JIMENEZ, P., "Los Presidentes del consejo de castilla (1500-1560)", en *Chronica Nova*, 1, Granada, 1969, pp. 5-179; "El Consejo Real de Castilla. Tablas cronológicas (1499-1558)", en *Chronica Nova*, 5, Granada, 1969; y *El Consejo Real de Carlos V*, Granada, 1988.

<sup>572</sup> *N.R.*, II, 4, 62.

<sup>573</sup> Véanse para los consejos: BARRIOS, Feliciano, *El Consejo de Estado de la Monarquía española, 1521-1812*, Madrid, Consejo de Estado, 1984; BERMEJO CABRERO, J.L., "El Consejo de Guerra en el XVIII", en *Estudios sobre la Administración Central Española (siglos XVII-XVIII)*, Madrid, 1982, pp. 61-73; BERMEJO CABRERO, J.L., "Esplendor y declive del Consejo de Estado", en *Estudios sobre la Administración Central Española (siglos XVII y XVIII)*, Madrid, 1982, pp. 45-60; ESCUDERO, J.A., "La creación del Consejo de Portugal", en el volumen homenaje a los profesores Merêa y Braga da Cruz, preparado por la Universidad de Coimbra, 1983; ESCUDERO, J.A., "Los orígenes del Consejo de Inquisición", en *A.H.D.E.*, 53, 1983, pp. 237-288; GARCIA-CUENCA ARIATI, T., "El Consejo de Hacienda (1476-1803)", *La economía española al final del antiguo Régimen*, IV, Instituciones, ed. e introducción de M. Artola, Madrid, 1982; GIARDINA, C., "Il Supremo Consiglio d'Italia", en *Atti della Reale Accademia di Scienze, Lettere e Belle Arti di Palermo*, XIX, fasc. I, 1934; HERNANDEZ ESTEVE, E., *Creación del Consejo de Hacienda de Castilla*

*Castilla* era el primero de todos los que componían el régimen polisinodial, el que, por excelencia, los reyes seguían llamando *nuestro Consejo*; ese rango se reflejaba en el tratamiento que recibía, pues había que dirigirse a él con trato de *Alteza* en peticiones y demás despachos, de *Majestad* en consultas y memoriales, y de *Señoría* a cada uno de sus miembros de por sí. Se componía del Presidente -que lo era también del Consejo de la Cámara y de las Cortes, disfrutando de numerosas prerrogativas que hacían de él la primera dignidad de Castilla tras el rey-, dieciseis consejeros de estatuto y un fiscal, a los que asistían seis relatores, seis escribanos de cámara, dos agentes fiscales -uno de lo civil y otro de lo criminal-, un tasador de los procesos y uno a cargo del registro y sello de las provisiones, doce porteros y cuatro alguaciles de corte -dos de guarda al Consejo y dos al Presidente- y dos receptores -uno de cámara y otro de gastos de justicia.

Se reunía a diario salvo las fiestas; cada semana había dos consejeros semaneros -uno de gobierno y otro para las tres salas de justicia. Para su funcionamiento se dividía en cuatro salas: Gobierno, a la que asistía el Presidente y cinco jueces; Mil y Quinientas, donde acudían otros cinco jueces; Justicia y Provincia, con tres jueces en

---

(1523-1525), Madrid, Banco de España, 1983; LALINDE ABADIA, J., "El vicescanciller y la presidencia del Consejo Supremo de Aragón", en *A.H.D.E.*, XXX, 1960, pp. 175-248; LOWETT, A. W., "Juan de Ovando and the Council of Finance (1573-75)", en *The Historical Journal*, XV, Cambridge, 1972, pp. 1-21; RIBA Y GARCIA, C., *El Supremo Consejo de Aragón en el reinado de Felipe II*, Madrid, 1914; RUIZ MARTIN, Felipe, "Notas sobre el Consejo de Italia", en *RABM*, LIV, Madrid, 1948, pp. 315-422; SALCEDO IZU, J., *El Consejo Real de Navarra en el siglo XVI*, Pamplona, 1964; SCHAFER, E., *El Consejo Real y Supremo de las Indias. Su historia, organización y labor administrativas hasta la terminación de la Casa de Austria*, 2 vols., Sevilla, 1935-1947; TORREANAZ, conde de, *Los Consejos del Rey en la Edad Media*, 2 vols., Madrid, 1884-1892; ULLOA, Modesto, *La Hacienda Real de Castilla en el reinado de Felipe II*, Madrid, 1977, especialmente pp. 60-64

cada una<sup>574</sup>. En cuanto a los asuntos que se atendían en casa una de esas Salas:

La *Sala de Gobierno* destacaba entre las otras por sus especiales atribuciones y por la concurrencia del Presidente del Consejo. Ejercía una cierta supervisión sobre asuntos eclesiásticos -competencias en disputa y enfrentamientos con miembros del clero, expolios de los obispos, aplicación de los acuerdos tridentinos, etc.-; vigilaba el cumplimiento de las provisiones reales por los Grandes, a los que podía llamar ante ella en caso de no respetarlas -como también a los Prelados-, y en caso de sentencias contra ellos se consultaba con esta sala; tomaba juramento a jueces y ministros; tenía amplias facultades sobre agricultura, ganadería y montes -pósitos, rompimientos de tierras, cañadas, dehesas y valdíos, bosques, plantíos, entresacas ...-; asimismo velaba por la moral pública y controlaba la producción cultural. En cuanto a competencias judiciales, entendía en la resolución de los conflictos jurisdiccionales, enviaba jueces a las demás salas si faltaban en ellas y "no habiendo negocios de Gobierno despacha de Justicia"<sup>575</sup>.

---

<sup>574</sup>Composición que, efectivamente, se distribuía de ese modo; así, en la "Lista de los señores que componían las salas del Consejo de Castilla" en 1621, podemos leer:

*De la sala del gobierno: los señores Pedro de Tapia, Juan de Frías, don Diego de Salcedo, Xilimon de la Mota, don Francisco de Texada, Garciperez de Araciel. Sala de 1500: Los señores Antonio Bonal, don Gerónimo de Medinilla, don Juan de Chaves, Melchor de Molina, don Gonzalo Perez. Sala de Justicia: Los señores Luis de Salcedo, Gaspar de Ballexo, Juan de Samaniego. Sala de Provincia: Los señores don Alonso de Cabrera, don Diego del Corral, Gregorio López Madera. A.H.N., Consejos, Sala de Alcaldes, Libro de gobierno, 1208, f. 20.*

<sup>575</sup>NUÑEZ DE CASTRO, Alonso, *op. cit.*, f. 69; HERAS, J.L. de las, *op. cit.*, pág. 89; FAYARD, Jeanine, *Los miembros del Consejo de Castilla en la época moderna, 1621-1746*, Madrid, Siglo XXI, 1982, pág. 6; SANCHEZ GOMEZ, Rosa Isabel, *Estudio institucional de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte durante el reinado de Carlos II*, Madrid, Ministerio del Interior, 1989, pág. 29.

En cuanto a la *Sala de Mil y Quinientas* -la más antigua del Consejo-, "su propio instituto es reveer los pleytos de la segunda suplicación con la pena de las mil quinientas doblas"<sup>576</sup>, puesto que para que fuesen emprendidas las revistas en esta Sala era necesario depositar esa cantidad que, en caso de perder el litigante la apelación, quedaban en poder del Consejo. Ya en tiempos de Carlos V se triplicó el depósito para apelar, estableciéndose en cuatro mil doblas (1.460.000 maravedís) con la intención de reducir el número de pleitos que acudían ante el Consejo, aunque no parece que la medida fuese excesivamente efectiva<sup>577</sup>. Con esa misma intención, en el siglo XVII se pretendió limitar el acceso a esta sala en segunda suplicación, en el término de veinte días desde la notificación de la sentencia, a las causas civiles de más de seis mil doblas de oro (3.264.000 maravedís), admitiéndose sólo muy raramente negocios criminales; si la publicación era fiscal la fianza debía ser de mil ducados. De manera que las causas que se vieron en esta sala en el XVII fueron asuntos de peso, relacionados principalmente con mayorazgos importantes, conflictos entre ciudades por tierras comunales, litigios de prerrogativas o jurisdicción, etc<sup>578</sup>. Al parecer, la sala examinaba también a los escribanos, veía las apelaciones de las residencias de los corregimientos que consultaba la Cámara y al respecto "tiene un libro de arca esta sala, que comunmente llaman el verde, en que por razón Política, no pareciendo privar ni suspender en lo público al residenciado, le haze anotar en él y se da noticia a la Camara de que no es aproposito para

---

<sup>576</sup>NUÑEZ DE CASTRO, A., *op. cit.*, f. 69.

<sup>577</sup>KAGAN, R.L., *Pleitos...*, pág. 128.

<sup>578</sup>*Ibidem*, pág. 129.

la administración de justicia, para que no le consulte"<sup>579</sup>; y cuando los jueces de gobierno no llegaban a acuerdo se reunían con los de esta sala.

En la *Sala de Justicia* se revisaban las apelaciones de las decisiones de jueces comisionados en pesquisas y visitas; trataba sobre confirmaciones de Ordenanzas de villas y lugares, etc.

La *de Provincia* se encargaba, entre otras cosas, de todas las apelaciones que llegaban al Consejo procedentes de los juicios de los alcaldes y tenientes. Pero los casos de las tres salas de justicia podían verse, a menudo, indistintamente en una u otra.

Otras competencias generales del Consejo eran las decisiones sobre mayorazgos o vínculos, juicios que, habitualmente, como bien decía Núñez de Castro, "siendo sumario, es dicha en una edad verle fenecido"; desde 1609 se dividió en cinco partidos el Reino encargándose a cinco consejeros que cuidasen de informar sobre los excesos que en ellos pudiesen cometer jueces, eclesiásticos o poderosos; un consejero presidía el Honrado Concejo de la Mesta -turnándose cada dos años-; y, desde 1623, el Consejo proveía también las cátedras de las universidades de Salamanca, Alcalá y Valladolid, por los inconvenientes que suponía que se diesen por los votos de los estudiantes; daba también las licencias de imprimir libros<sup>580</sup>; y tenía a su cargo las visitas generales de las cárceles -tres al año- y visitas particulares -cada sábado por la tarde si no era fiesta- en las que:

*dos del Consejo, antiguo y moderno, por su orden, hasta cumplir el turno van a ambas cárceles a deshazer agravios de la Justicia de Corte y Villa; no entremetiéndose en la calificación de lo sentenciado, que mira a la segunda*

---

<sup>579</sup>NUÑEZ DE CASTRO, A., *op. cit.*, f. 71.

<sup>580</sup>N.R., II, 4, 48.

*instancia. Y la semana siguiente el uno de los dos buelve a ser visitador con otro, de suerte que cada uno lo es dos veces, para la mejor dirección con la noticia de la una visita en la otra*<sup>581</sup>.

En resumen, al Consejo Real entraban los asuntos por tres vías distintas: la de gracia, la de gobierno y la de justicia, función esta última desempeñada por todas sus salas, viendo pleitos importantes y en suplicación o tercera apelación -habiendo fallado en contra la primera y segunda instancia- en la Sala de las Mil y Quinientas doblas. Campesinos, trabajadores urbanos y gente correinte solían terminar sus pleitos en los juzgados inferiores, quienes apelaban al Consejo eran sobre todo nobles destacados, concejos y otras corporaciones, de modo que su clientela era incluso más privilegiada que la de las chancillerías y su labor más ocupada de casos de relevancia legal o política<sup>582</sup>.

### **3. PREVENCIÓN Y PERSECUCIÓN.-**

#### **3.1. Policía y seguridad .-**

Normalmente, para que las instituciones de justicia pudiesen dar principio al proceso penal era preciso disponer del encausado. En esos momentos, las funciones que hoy conocemos como de *policía*, relacionadas sobre todo con la vigilancia y persecución del delito, con la lucha

---

<sup>581</sup>NUÑEZ DE CASTRO, A., *op. cit.*, ff. 66-67.

<sup>582</sup>KAGAN, R.L., *Pleitos...*, pág. 129.

contra el crimen y el mantenimiento del orden, estaban muy vinculadas a la justicia, del mismo modo que ésta lo estaba a la administración y a las labores de gobierno. De hecho, el concepto de *policía* era, en la época, muy distinto<sup>583</sup>, referido a todos los asuntos concernientes a la cosa pública -del que, con el tiempo, irán desgajándose funciones-, a un extenso campo que cubría todas las facetas del gobierno urbano orientadas al mantenimiento de un orden de vida regular: abastos, limpieza, seguridad, vivienda, cumplimiento de reglamentos, impuestos locales, etc...

Si en la Edad Media estas actividades corrían a cargo de iniciativas particulares más o menos institucionalizadas, organizadas en agrupaciones de vecinos o en torno a señores feudales, siempre locales o regionales, en las que influyó notablemente el desarrollo urbano y de una burguesía con una mentalidad distinta en relación con el orden público<sup>584</sup>, con la progresiva y moderna imposición de los objetivos estatales o de la Corona la situación cambió. Evitaremos aquí entrar en la estéril polémica sobre el nacimiento del Estado que a unos se antojará siempre prematuro y para otros resultará inevitablemente abortado, mientras que con lo que nos encontramos, ciertamente, es con unas prácticas y unas instituciones que, afortunadamente para los individuos, nunca desarrollan toda la eficacia de control y poder que potencialmente parecen poseer. Pues bien, esas prácticas ins-

---

<sup>583</sup> Algunas precisiones sobre estos conceptos y referencias bibliográficas pueden verse en ROMERO SAMPER, Milagrosa, "Delito, Policía, Estado y sociedad. Tendencias actuales de la investigación y debate historiográfico", en *Cuadernos de Historia Moderna*, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid, 9, 1988, págs. 229-248; destacando los estudios al respecto del profesor MARTINEZ RUIZ.

<sup>584</sup> Sobre esto, nuestra comunicación ya citada, "Burguesía y orden público...".

titucionales conducen al establecimiento del orden o, mejor, de *un* orden que garantice la supervivencia de quienes las sustentan; para ello ha de disponer forzosamente, si no de un gran respaldo activo, sí al menos de un tácito consentimiento social que aceptase los medios de acción e intervención estatales<sup>585</sup>.

En España, además, la Corona pudo servirse de las tradicionales instituciones de seguridad propias de cada reino o de territorios más reducidos, que siguieron funcionando con independencia y que, en la actualidad, son objeto de estudio y de revisión historiográfica (hermandades, migueletes, ballesteros, guardas de la costa, etc...).

Desde la administración de justicia, las transformaciones producidas en la Baja Edad Media<sup>586</sup> implican la perfecta distinción entre los litigios que enfrentan a particulares con intereses contrapuestos y los juicios promovidos por el poder real para establecer su política sin tener que recurrir a otras instancias ajenas a su control. Al servicio de esa intención, el delito no es algo que afecta sólo al perjudicado, sino que "se fue abriendo paso la consideración de que todo delito atenta contra la comunidad en su conjunto y, en consecuencia, su represión debe estar garantizada por el poder representante de la misma"<sup>587</sup>. Ahí está la justificación de la intervención

---

<sup>585</sup>En ese sentido, pueden consultarse, GARCIA PELAYO, Manuel, *Del mito y de la razón en el pensamiento político*, Madrid, Revista de Occidente, 1968, sobre todo, págs. 141 y 143, y, por supuesto, HESPAÑA, A.M., *Vísperas del Leviatán: instituciones y poder político. Portugal siglo XVII*, Madrid, 1989 y MARAVALL, J.A., *Estado moderno y mentalidad social (siglos XV-XVII)*, 2 vols., Madrid, 1986 y algunos otros de sus estudios.

<sup>586</sup>Véanse al respecto los trabajos de ULLMAN, Walter, *Historia del pensamiento político en la Edad Media*, Barcelona, Ariel, 1983; y *Principios de gobierno y política en la Edad Media*, Madrid, Alianza, 1977.

<sup>587</sup>ALONSO, MA Paz, *El proceso penal en Castilla. Siglos XIII-XVIII*, Salamanca, 1982, pág. 91.



estatal en la vida social en general y en la represión del delito en particular. Por el bien común se persigue al transgresor, al que puede dañar a la sociedad. Pero la verdadera cuestión es quién decide lo que es transgresión y qué lo que hay que salvaguardar; incluso, más aún, quién determina cuál es la sociedad -en sus miembros y en su ideología- que hay que preservar.

El profesor Tomás y Valiente hizo notar algunos inconvenientes añadidos a los que de por sí conlleva cualquier intento de mantener el orden y de perseguir el delito: en primer lugar, la falta de respeto del súbdito hacia la ley -acentuada por la falta de homogeneidad y la excesiva minuciosidad de las mismas- que resultaba así ineficaz. Ineficacia incrementada por la práctica regulada del perdón de la parte ofendida por el delito y por la venganza privada, costumbre no regulada que hurtaba los culpables a la justicia<sup>588</sup> y bastante incómoda para ésta por poner en contradicción dos pilares del orden sociopolítico: el respeto y confianza en el cumplimiento de la ley real y la defensa del honor -con todas las consideraciones de mentalidad estamental que ya hicimos en otro lugar-. Las tensiones que se acumulaban en la sociedad barroca no eran tampoco una garantía de orden sino un buen foco de violencia, presta a manifestarse de algún modo -verbalmente, quizá lo más habitual, en insultos, injurias, blasfemias, palabras infamatorias, etc.

---

<sup>588</sup> TOMÁS Y VALIENTE, F., *El Derecho Penal de la Monarquía absoluta (siglos XVI-XVII-XVIII)*, Madrid, 1969, págs. 46-84. Véase también del mismo autor: "El perdón de la parte ofendida en el Derecho Penal castellano (siglos XVI, XVII y XVIII)", en *A.H.D.E.*, XXXI, 1961, págs. 55-114.

En el panorama jurisdiccional e institucional esbozado anteriormente, prácticamente en todos los organismos hay oficiales que tenían a su cargo estas funciones *de policía*; muchos de ellos compartiéndolas con las puramente judiciales, especialmente los alcaldes solían ser los encargados de organizar la vigilancia y la *investigación policial*: los de Hermandad, los de las audiencias, los del crimen en las chancillerías, los de casa y corte..., secundados por funcionarios subalternos como alguaciles, porteros o corchetes.

A menudo, esos funcionarios contaban con la espontánea e interesada colaboración de *un odioso personaje del sistema represivo penal: los "soplones", "malsines" o delatores*<sup>589</sup>. Su entusiasmo en ayudar a la justicia venía motivado por la participación en las penas pecuniarias que se impusieran a los delincuentes que denunciaban, que, al parecer, eran lo suficientemente lucrativas como para hacer de esa ocupación un verdadero oficio del que vivía un buen número de personas que lo ejercían con ejemplar dedicación, protegidos por el silencio de magistrados y oficiales, que lo fomentaban con perdones para quienes denunciasen a sus cómplices o a otros delincuentes de los que tuviesen noticia.

Si la ley está destinada a definir infracciones -y a mantener los valores de la ideología estamental y de poder dominante-, se hace preciso un aparato penal que tenga como misión reducir esas infracciones -utilizando toda esa estructura institucional, intencionadamente inextricable- y mostrar explícitamente una jerarquía de poder y lo que

---

<sup>589</sup>TOMAS Y VALIENTE, F., *op. cit.*, pág. 169.

supone oponerse a su reglamentación. *El aparato de justicia debe ir unido a un órgano de vigilancia que le esté directamente coordinado, y que permita o bien impedir los delitos o bien, de haber sido conocidos, detener a sus autores; policía y justicia deben marchar juntas*<sup>590</sup>.

Para que comience a funcionar ese mecanismo reductor de las infracciones son necesarias actuaciones policiales que, por una parte, disuadan con su vigilancia, y que, por otra, persigan al infractor a fin de ponerlo a disposición del aparato penal.

Ya insistiremos al hablar del castigo y las penas en cómo la penalidad reprime, por supuesto, los actos ilegales, pero lo hace diferenciando, estableciendo una cierta tolerancia, dejando cierto campo de acción *extra* a algunos, resultado de la aplicación de una justicia de clase -o de grupo, si se prefiere- y también de los beneficios que el sistema espera obtener de la utilización en provecho propio de esos infractores *consentidos*. Esa misma *tolerancia parcial* se daba también en el ejercicio de estas funciones de vigilancia preventiva y de persecución.

Ciertamente, esta advertencia anterior da ya un sentido distinto del que tenemos hoy del modo de desempeñarse las tareas de vigilancia. Se vigilaba el cumplimiento de unas normas que sostenían toda una estructura ideológica y de poder socio-económico, pero no se había alcanzado aún la eficacia en los medios empleados ni la influencia sobre la mentalidad popular necesarias para intentar establecer un modo de vida disciplinado -entendida la disciplina como el *buen encauza-*

---

<sup>590</sup>FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 1986 (5ª ed. española), pág. 101.

*miento de la conducta*<sup>591</sup>. De manera que la presencia y actuación de los oficiales de justicia no conseguía un recto comportamiento de los ciudadanos por disuasión, quizá porque no se pretendía un fin tan ambicioso y, desde luego, porque no podía cambiarse una mentalidad de mayor libertad personal en la espontaneidad cotidiana -espontaneidad que, como hemos visto, no supone evitar la *interpretación*-; libertad -o, al menos, *laxitud de conciencia*- incluso en decidir qué circunstancias personales pueden convertir una transgresión en admisible, qué castigos pueden ser compensados por los beneficios derivados de delinquir en algunos casos; sin olvidar que la permanente transgresión y las constantes arbitrariedades en el comportamiento *profesional* de quienes hacen cumplir la ley daban muy poca credibilidad al valor supuestamente absoluto de ésta, y hacían parecer aún más ancha la frontera entre transgresión y legalidad, que pasó de fina línea en la que era fácil perder el equilibrio a cómodo camino por el que circular con armas y bagajes -propios y ajenos- podía compensar los riesgos; camino en el que -el mundo al revés- los alguaciles y justicias hacían a menudo de salteadores de quienes necesitaban su *comprensiva* ceguera, cuando no eran ellos mismos sus compañeros de viaje.

En todo caso, la vigilancia no supuso en esos momentos una presencia asfixiante, una mirada agobiante y continua del poder; primero por esas deficiencias del aparato que debía velar por el orden y, después, porque esa *legalidad* -a la que ya nos referimos como un tanto abstracta- no aspira a un dócil sometimiento de la población sino

---

<sup>591</sup>WALHAUSEN, J.J., *L'art militaire pour l'infanterie*, 1615, pág. 23, citado por FOUCAULT, M., *op. cit.*, pág. 175.

sólo al respeto y savaguarda del orden jerárquico. El control exhaustivo que conduce hacia una sociedad disciplinada comienza a apuntar sólo con propuestas que tienen como objeto a grupos marginales, con medidas relativas a los pobres y vagabundos; mientras que, para muchos, quienes encarnaban esa justicia policial constituían una posibilidad más de ejercer su picaresca, un resorte que podía ser tanteado, cuando no un *aliciente*, un estímulo para sus burlas -como era el caso de los estudiantes, que pretendían ampararse en su fuero frente a ellos. Pero, por supuesto, a pesar de lo dicho, *la política penal era fundamentalmente represiva y aterrorizadora*<sup>592</sup>. Represiva desde luego -en la medida en que apuntábamos-, pero ¿cuándo una política no lo es -se lo proponga abiertamente o no?; y aterrorizadora ¿en sus pretensiones o en sus resultados?. Las pretensiones ya vimos cómo eran, cuando menos, desiguales, selectivas: no era el mismo mensaje de temor el que se quería hacer llegar a unos que a otros, de manera que era bastante difícil provocar el terror como resultado de esa política penal.

### 3.2. Las medidas preventivas.

Las medidas preventivas emprendidas iban dirigidas hacia los grupos, los lugares y los períodos más potencialmente conflictivos. Así que pobres y vagabundos fueron objeto de una especial atención -como trataremos detenidamente al dibujar el *panorama delictivo en la Corte*; se trató asimismo de compartimentar las ciudades y su tierra para un mejor control, acentuado en puertas, plazas y mentideros, mancebías y tabernas, baratillos y mercados; y se organizaron rondas nocturnas,

---

<sup>592</sup>HERAS, J.L. de las, *op. cit.*, pág. 147.

reforzándose también la vigilancia en los días de mercado o de ferias, durante las fiestas -sobre todo carnavales y romerías- y en ocasiones de posibles alborotos populares por desabastecimientos o alguna catástrofe, sirviendo también este control para aislar la ciudad en caso de epidemias.

Si se establecía algún tipo de medidas preventivas sobre la población para evitar las vulneraciones de la legalidad y el orden, ¿sobre que grupo ponerlas en práctica primero? Naturalmente, sobre un colectivo razonablemente problemático por sus mismas circunstancias, capaz de provocar alteraciones en situaciones de particulares dificultades de supervivencia -falta de subsistencias, subidas excesivas de los precios, etc.-, un grupo desarraigado, sin el respaldo de ninguna corporación, ajeno a cualquier consideración de status y carente de todo privilegio, sin el amparo de pertenecer a ninguna clientela, normalmente integrado por forasteros, individuos que no resultan útiles y de los que nadie depende, incapaces además de establecer unos lazos de solidaridad interna lo suficientemente sólidos como para defender su posición: pobres y vagabundos, la esencia de la marginación, serán el objeto de las primeras propuestas y el banco de pruebas de los incipientes intentos de control poblacional: fiscalización de sus movimientos, organización de su actividad -disciplina en el tiempo y en el espacio-; lo contrario de la *dolorosa libertad* del vagabundaje, contradictoria con el nuevo espíritu de orden burgués que se le venía encima a la ciudad.

El momento de mayor peligro eran las noches por el amparo que la oscuridad y la soledad de las calles podía prestar a los delincuentes,

de modo que la Corona promociona la organización de rondas nocturnas como las que -según vimos-tenían obligación de establecer las chancillerías y las que existían en las grandes ciudades como comprobaremos en el caso de Madrid. Ya Carlos V ordenó *a los Corregidores y Alcaldes y otras justicias de los dichos nuestros Reynos y señoríos que rondan de noche, y tengan especial cuidado para que no se fagan delitos, ni excessos en los lugares do tuvieran los dichos officios*<sup>593</sup>.

#### a) La legislación y las armas.

Un aspecto fundamental en la prevención de los delitos era la actitud que la Corona adoptase con respecto a las **armas**, puesto que si bien la autorización de su empleo permitía disponer de modos propios de defenderse de violencias o robos cuando la justicia no podía hacerlo, la contrapartida evidente era que su uso aumentaba las posibilidades de delinquir al dotar impunemente de esa ventaja también a los delincuentes, y no sólo eso sino que cuestiones y alborotos insignificantes, discusiones cotidianas por cualquier mínima ofensa podían desembocar en verdaderas batallas campales si las armas salían a relucir. De los tiempos premodernos se heredó la costumbre de tener armas, derivada de la necesidad dada la evidente incapacidad de la Corona para ocuparse de la defensa de sus súbditos y el carácter mismo de una sociedad secularmente en guerra. Además, las armas eran un atributo del caballero, que se consideraba casi obligado por su sangre a portarlas.

---

<sup>593</sup> N.R., VI, 6, 5.

Los Reyes Católicos promovieron, en 1495, *que todos tuviesen armas en el Reyno y cessase la falta que avia dellas*, puesto que, con la conquista de Granada y el establecimiento de la paz en sus reinos, *los unos deshizieron las armas y los otros las vendieron, y otros las perdieron: por manera que quando alguna cosa cumple al nuestro servicio, y a la execucion de nuestra justicia o para persecucion de algunos malhechores, conviene que salga alguna gente de alguna ciudad, villa o lugar, aquella va por la mayor parte desarmada y con mucho peligro y deshonor suya...*<sup>594</sup>; la más reciente historia de Castilla y el temor a posibles levantamientos moriscos o a alteraciones de algún tipo, así como la falta de seguridad en los caminos llevaron a Isabel y Fernando a disponer que todos sus súbditos tuviesen en sus casas armas ofensivas y defensivas; los principales y ricos corazas, cotas de malla y armaduras, con lanza, espada, puñal y casquete; los de medio estado corazas y armadura de cabeza, espada, puñal y medio pavés y lanza o espingarda -con cincuenta proyectiles y tres libras de pólvora- o ballesta -con treinta pasadores-; los de menor estado: espada, casquete y lanza larga y dardo y medio pavés. Además, dichas armas gozaban de protección, puesto que no podían ser empeñadas, enajenadas ni tomadas en prenda por deudas, encomendándose a los corregidores o sus alcaldes o a los jueces ejecutores de la Hermandad el cuidado en que se tuvieran las armas correspondientes.

Esa política *armamentista* de los Reyes Católicos, empezó a modificarse ya con su nieto. El enemigo secular parece definitivamente vencido en suelo peninsular y los inconvenientes para el orden público

---

<sup>594</sup> N.R., VI, 6, 1.



e incluso para el orden político<sup>595</sup> son mayores que las supuestas ventajas. De ese modo, en 1523, Carlos I establece que todos los súbditos puedan llevar una espada y un puñal, salvo los *nuevamente convertidos del Reyno de Granada*, pero no podrían juntarse con más de dos o tres personas también armadas, ni llevar las dichas armas en las mancebías, ni los hombres de a pie ni mozos de espuelas en la Corte<sup>596</sup>. En 1534, fijaba el emperador nuevas limitaciones: nadie podría llevar armas de noche, después del toque de queda -que se daba a las 10-, en ningún lugar, salvo si llevaban hachas encendidas, encomendándose a las rondas que hiciesen guardar estas disposiciones<sup>597</sup>. Siguiendo esta tendencia a que las armas se llevasen de modo manifiesto y no escondidas se empezaron a dictar normas referidas a la longitud y modo de portar tanto armas blancas como de fuego: con respecto a las primeras, se prohíbe en 1566 llevar daga o puñal -fácilmente ocultables- si no se portaba también espada<sup>598</sup>; en cuanto a las de fuego, y dado que *a causa de aver arcabuzes pequeños, con ellos se fazian muertes secretas, matando los hombres a traycion, y que no servian para otro efecto*, se prohibió que se fabricasen, entrasen o llevasen al reino arcabuces o pistoletos con cañones de menos de cuatro palmos<sup>599</sup>.

---

<sup>595</sup> Las Comunidades son un buen ejemplo. Con una población obligatoriamente armada por ley, cualquier movimiento social medianamente amplio y que contase con dirigentes preparados podía levantar un verdadero ejército.

<sup>596</sup> N.R., VI, 6, 4.

<sup>597</sup> N.R., VI, 6, 5.

<sup>598</sup> N.R., VI, 6, 10.

<sup>599</sup> N.R., VI, 6, 8 y 12.

Especial cuidado con el uso de las armas debía tenerse en las aglomeraciones urbanas y, mucho más, en la Corte. Con el tiempo, no sólo no se consiguió acabar con el empleo de armas sino que el problema fue siempre una constante preocupación para las autoridades a juzgar por las frecuentes disposiciones prohibitivas que se dieron. En Madrid, se prohibieron incluso las *hondas*, con las que los muchachos se enfrentaban en *pedreas*<sup>600</sup>.

#### **b) La identificación de los sospechosos.**

Quizá el principal inconveniente para la eficaz labor policial fuese la enorme dificultad existente para verificar la identidad de los individuos. Inconveniente considerable tanto en las funciones preventivas -no puede saberse qué personas son especialmente peligrosas por tener antecedentes p ser requeridos por la justicia- como, sobre todo, en la persecución de los delincuentes, de ahí que la huída fuese un remedio eficaz: bastaba marchar a otra ciudad, emplear otro nombre y ocultar el propio origen para evitar a menudo la acción judicial.

Por eso se trató de tomar medidas que permitieran la identificación del delincuente. En esa necesidad hay que buscar el nacimiento de los registros de población, del examen de las posadas y aposentos, y, sobre todo, de las medidas para controlar a los mas sospechosos, a los pobres, para cuya supervisión se proponían cédulas, licencias, medallas de identificación, etc..-de todo ello se hablará más adelante-.

---

<sup>600</sup>A.H.N., *Consejos*, Sala de Alcaldes de Casa y Corte, libro de gobierno 1197, f. 122, 1584, agosto, 9 y libro de gobierno 1200, f. 463, 1609, septiembre, 8, entre otros.

Pero no quedaron ahí los intentos, existía la conciencia de que la justicia no podía ser eficiente si no colaboraba, si no dejaba de estar constituida por esos grupos aislados, enraizados en sus destinos -por mucho que las leyes tratasen de impedirlo- y, a menudo, más en sintonía con algunos malhechores y transgresores de su ciudad -con los que colaboraban, con ganancia para las dos partes- que con sus colegas de otros lugares o tribunales. La Sala de alcaldes de casa y corte, pionera en tantos aspectos *policiales*, y con los jueces más diligentes y temidos en la persecución de los delitos, fue el tribunal del que partieron propuestas para solucionar esa descoordinación en la administración de justicia, tal vez porque la ineficacia que esa situación generaba le obligaba a tener con frecuencia a sus alcaldes y alguaciles ocupados en comisiones fuera de la capital y de su rastro. La Sala propuso al rey

*tener alguna correspondencia con los demas tribunales y algunas justicias de los lugares mas principales del rreyno para que a qualquiera de ellos que los dichos complices y delinquentes bayan por los nombres o señas y rrelacion de sus culpas*

de manera que cuando un tribunal obtuviese alguna confesión de los culpados sobre presos o huídos hiciera llegar esas descripciones e informes a los demás

*para que en qualquier tiempo que se allen en sus destritos se prendan y detengan en las carzeles si se allaren pressos y luego abisen a la sala [...] y a los demas tribunales y justicias<sup>601</sup>.*

El Consejo mostró su conformidad con la propuesta de los alcaldes y ordenó que los avisos y correspondencia entre los alcaldes de casa y

---

<sup>601</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1201, f. 129, 1611, agosto, 31, Madrid.

corte y otros tribunales y jueces del Reino debían hacerse a partir de una memoria que se sacase del *libro de las señas de los desterrados* de la cárcel de corte, que debía ser entregada en los cuatro últimos días de cada mes al agente del fiscal de la cárcel, y en la que se incluirían *los que aquel mes han salido desterrados por ladrones o vagabundos con los nombres que tienen y los que se huvieren mudado y señas de cada uno y el tiempo porque fueron desterrados, y de que partes y lugares*. Si se culpaba en alguna causa a un delincuente u en tres días se comprobaba que estaba ausente o que había huído, el escribano que hubiera llevado la causa tenía que hacer una relación y entregarla al mismo agente del fiscal con *la culpa del tal delincuente y del nombre que tuviere o se huviere mudado y de las señas que se supiese que tiene*<sup>602</sup>.

Sin duda, estas previsiones supusieron un notable refuerzo en las posibilidades de la justicia de extender su capacidad y eficacia en la persecución de los delincuentes. Un buen ejemplo de los efectos de esa comunicación entre los tribunales puede ser el caso de Duque de Estrada -sobre quien nos extenderemos en el siguiente apartado-, apresado en Eciija en mayo de 1611 al recibirse la requisitoria de la justicia de Toledo por un delito que cometió en esta ciudad en octubre de 1607<sup>603</sup>. En cualquier caso, no debemos engañarnos sobre la utilidad de estas

---

<sup>602</sup>A.H.N., *Consejas*, libro 1201, ff. 168-169v. Al final de la orden del Consejo la Sala de Alcaldes dió un auto para cumplimiento de la instrucción a 7 de noviembre de 1611.

<sup>603</sup>Las requisitorias de un juez superior a otro inferior sí eran una práctica ya tradicional; no obstante en este caso es de un corregidor a otro, y lo que la instrucción del Consejo pretendía era una comunicación fluída y habitual -no extraordinaria o motivada por casos particulares- entre los tribunales y jueces reales.

medidas, puesto que si un delincuente podía escapar de manos de la justicia -como a veces ocurría- escamoteado de ella por los propios oficiales sublaternos -o, incluso, superiores-, a qué no se arriesgarían o qué negligencias no se cometerían en esta correspondencia con otros tribunales que multiplicaba los eslabones de la cadena judicial y, por tanto, su debilidad, al aumentar los posibles puntos débiles por donde cortarla (si se disponía de los medios -sobornos, influencias, privilegios...- para hacerlo).

Con esta misma intención de facilitar la identificación de los ciudadanos y de evitar la impunidad que su anonimato podría proporcionarles, debió el Consejo prohibir a tenderos y buhoneros tener o vender *maskarillas*, puesto que, disfrazados con ellas, se cometían *algunos escalamientos, heridas y otros delitos*; prohibición registrada en la Sala de alcaides sólo tres días después de la instrucción señalada, lo que indica una voluntad clara en ese sentido<sup>604</sup>.

#### 4. EL PROCESO PENAL.-

Concluída la investigación que llevaba a la prisión al sospechoso y con él a disposición de la justicia, se iniciaba el proceso penal, encaminado a la obtención de *la verdad*.

Las principales notas del proceso penal castellano en la Edad Moderna, según Tomás y Valiente, eran:

---

<sup>604</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1201, 1611, noviembre, 10, Madrid. *Los señores del Consejo de Su Magestad*.

- La parcialidad del juez, que indagaba y suministraba pruebas al proceso, que luego él mismo juzgaría, y que se beneficiaba de las penas pecuniarias impuestas, convirtiéndose en parte interesada en las condenas.
- La investigación y la aportación de pruebas estaban dirigidas a la condenación de los inculpadlos, a los cuales, por el mero hecho de ser considerados sospechosos, ya se les atribuía un grado de culpabilidad.
- Las circunstancias personales del reo a lo largo del proceso eran de clara inferioridad, perdido en un juicio no neutral sino orientado a demostrar su culpa y del que apenas podía conocer nada dado el secreto con el que se procedía.
- Para entrever indicios de delito y perseguir por ello a cualquiera eran muy leves las exigencias.
- La arbitrariedad judicial permitía la libre imposición de penas según la voluntad del juez, que las sentencias no tuvieran que justificarse, o que el derecho se interpretase más como la doctrina de autores o las prácticas locales que siguiendo la aplicación de la legislación real.
- Y, como ya hemos venido señalando, las trabas que suponía para una eficaz -o, al menos, más rápida- administración de justicia la superposición de instituciones judiciales, ninguna de ellas dispuesta a ceder en sus pretensiones jurisdiccionales<sup>605</sup>.

Naturalmente, el resultado de una justicia administrada con tal cúmulo de contradicciones e intereses no podía ser precisamente esperado con confianza por quien se supiera inocente.

---

<sup>605</sup>TOMAS Y VALIENTE, F., *El Derecho Penal...*, págs. 198-200.

Por el propio origen de los tribunales, con los que las monarquías occidentales trataron de establecer un orden jurídico al servicio del gobernante y limitar el poder de las autoridades locales, el juicio era *un servicio ofrecido para promover la legalidad*. Como instrumento político que era, su difusión y necesidad dieron por resultado *una civilización empapada en los detalles del proceso judicial*, o así al menos lo cree Kagan<sup>606</sup>.

La mejor descripción del proceso penal castellano en los siglos modernos es la que hace MªPaz Alonso, a quien seguiremos<sup>607</sup>. Dos tipos procesales, el **acusatorio** -litigio entre dos partes, promovido por los particulares afectados- y el **inquisitivo** -promovido por la Corona como instrumento de su política represiva sólo sujeto a ella-, son los que encontramos al comienzo de los tiempos modernos.

No obstante la tendencia discurre hacia la unificación procedimental, hacia la síntesis en un tipo de proceso ecléctico, aunque con predominio de los principios inquisitivos, en el que el juez tenía mayores posibilidades de intervenir de oficio y la obligación de indagar pruebas -aunque el juicio hubiera sido promovido por particulares ofendidos- y en el que éstos -o un fiscal- participaban también aunque no lo hubiesen iniciado<sup>608</sup>.

---

<sup>606</sup>KAGAN, R.L., *Pleitos...*, pág. 23.

<sup>607</sup>ALONSO, Mª Paz, *El proceso penal en Castilla. Siglos XIII-XVIII*, págs. 91-100.

<sup>608</sup>Aunque Tomás y Valiente sostenía que en el siglo XV estaba plenamente establecido en Castilla el procedimiento inquisitivo, sustituyendo al acusatorio del derecho local altomedieval -*El Derecho Penal...*, pág. 155-, nos aparece más ajustada esta definición de un tipo de proceso *mixto*, en el que el ascendiente del inquisitivo es, eso sí, mucho más determinante,

Por tanto, con esas premisas, en el proceso penal se pretendía proteger siempre el bien público, por encima de la salvaguarda de los intereses de la parte ofendida. La justicia se administraba y ejecutaba porque era la comunidad la afectada por todo delito.

Para que podamos considerarlo como verdadero juicio, un proceso penal debía contar siempre con la presencia de **tres elementos personales**:

- Alguien -el *actor*- que lo promoviera, que iniciara la actuación judicial, que solicitase el castigo del presunto delincuente. Podía tratarse bien de la parte ofendida, bien de un acusador no afectado directamente y comisionado por aquélla, bien del procurador fiscal, o bien del propio juez, actuando de oficio ante unos hechos que hubieran llegado a su conocimiento.

- Obviamente, una vez iniciado, se dirigía *contra* quien era considerado ya más culpable que mero sospechoso: el *reo*. Normalmente, tras las investigaciones *policiales* previas, estaría físicamente presente en algunos momentos del juicio, aunque cabía la posibilidad del juicio en rebeldía que no contaba con el acusado por hallarse huído normalmente.

- El *juez* era el encargado de llevar a su término el proceso, sin olvidar -como ya se apuntaba en las notas que señalamos anteriormente- que, en esta época, era parte efectiva del proceso penal.

Dada la complejidad de los trámites procesales, la maraña de la casuística y los subterfugios necesarios para poder defenderse en los tribunales, actor y reo precisaban de expertos que llevaran sus causas,



procuradores y abogados<sup>609</sup>, que trataban de contrarrestar los abusos y alteraciones que se podían producir en la ley procesal y en la penal -empleando métodos, con frecuencia, igualmente irregulares-.

De los jueces y sus competencias, tratamos bastante al referirnos a las instituciones de justicia, pero debemos recordar aquí que la imparcialidad en el ejercicio de su profesión no era una de sus características más habituales, condicionados como estaban por las formas inquisitivas del proceso, que los convertían en parte activa en la búsqueda de pruebas condenatorias, y por su propio interés en el resultado de las sentencias, por su participación en las penas pecuniarias y en los bienes confiscados<sup>610</sup>.

En el procedimiento penal pueden distinguirse **dos esquemas básicos**: el orden complejo y el orden simplificado<sup>611</sup>.

El **orden complejo** fue, en gran medida, el que se había ido estableciendo como procedimiento ordinario, cuyo esquema formal quedó, en esencia, fijado desde las *Partidas*, y, posteriormente, sistematizado por los Reyes Católicos en las Ordenanzas de Alcalá.

Este procedimiento ordinario complejo comprendía tres fases: la fase *sumaria*, de iniciación, el *juicio plenario* y la *sentencia*.

La **sumaria** trataba de aclarar las circunstancias del delito, preparando el desarrollo del juicio.

---

<sup>609</sup>ALONSO, M<sup>a</sup> Paz, *op.cit.*, pág. 105.

<sup>610</sup>TOMAS Y VALIENTE, Francisco, *op. cit.*, págs. 165-167.

<sup>611</sup>Lo relativo a estos aspectos, de ALONSO, M<sup>a</sup> Paz, *op. cit.*, págs. 162-166.

Un proceso iniciado a instancia de parte comenzaba con la querella presentada verbalmente ante el juez o escribano -que la consignaba por escrito- o bien por acusación formal por escrito de letrado.

Si el juicio se promovía de oficio por el juez, éste lo iniciaba al tener conocimiento de algún delito -por denuncia de algún oficial de justicia, de algún particular o por otra vía-, ordenando que se instruyesen las diligencias oportunas.

Abierto así el proceso, se procedía -por orden del juez- a realizar las actuaciones pertinentes para esclarecer circunstancias y autores del delito, por medio de una investigación sumaria, en la que el propio juez -o el escribano por comisión suya- verificaba los datos del caso y buscaba las pruebas necesarias -si el proceso hubiera sido por acusación particular, algunas de esas pruebas deberían haberse aportado justificando la querella- con la colaboración del acusador en dicha investigación, que, por supuesto, se realizaba con el mayor secreto posible.

Si el juez estimaba que de esa información se deducían indicios suficientes de culpabilidad contra alguna persona, ordenaba auto de prisión contra el presunto delincuente. Con la detención del acusado se aseguraba su presencia en el proceso, evitándose su posible huida -que, dadas las nulas garantías del sistema, aún siendo inocente, sería su defensa más segura y sensata-. Así que en este momento del juicio se incorporaba esta tercera parte personal -el reo-, salvo en los delitos flagrantes bastante habituales, según creemos, por el carácter mismo de muchos de los delitos juzgados por la Sala de alcaldes de casa y corte-, en los que éste estaba presente desde el comienzo mismo del litigio.

El mandamiento de prisión llevaba siempre aneja la orden de embargo y secuestro de los bienes del acusado, que quedaban depositados durante el proceso para avalar las probables penas pecuniarias, las indemnizaciones, las costas del juicio y los gastos de manutención del preso y evitar que pudieran, entretanto, ser puestos en seguro. Era ésta una de las situaciones que más se prestaba a abusos por parte de los jueces, quienes, al nombrar las personas que garantizaban el depósito de lo secuestrado, a veces procuraban acuerdos lucrativos sobre dichos bienes, y que, además, de este modo, conocían previamente la capacidad económica del acusado y, por tanto, las penas que podría pagar -y de las que, no lo olvidemos, una parte correspondería al propio magistrado-, ajustando, así, lo más posible esas sanciones.

Preso ya el acusado, se le tomaba declaración según los indicios y pruebas obtenidos en la información sumaria; pero la práctica más común era hacer un doble interrogatorio al reo: uno al ser apresado y otro, más en forma, una vez concluida la información sumaria y siguiendo los resultados de ésta.

Si el juicio había sido iniciado de oficio, en esta fase sumaria el juez requería a la parte ofendida para que participara en el proceso. Si dicha participación no se producía, se continuaba de oficio o con un procurador fiscal que sostuviese la acusación.

Concluida la fase sumaria, se iniciaba el *juicio plenario*, en el que primero se procedía a la fijación de la *litis*. En ella el acusador particular o el fiscal o el juez actuando de oficio presentaba la acusación con toda la formalidad debida. A continuación, se daba al reo traslado de los cargos formulados contra él, y contestaba a ellos

también en forma -previa presentación de sus excepciones, si las tenía-. De nuevo se daba traslado de la contestación a la acusación, que presentaba su réplica, contestada -una vez comunicada al acusado- en dúplica. En la réplica y en la dúplica las partes trataban de anular los argumentos del contrario y daban sus conclusiones para prueba; de modo que cada parte aportaba dos documentos: el actor acusación y réplica; el reo contestación y dúplica.

Inmediatamente, se iniciaba el término probatorio que abría un plazo para que las partes presentaran pruebas y descargos. Si la presentación o algún otro trámite resultaban especialmente dificultosos, podía pedirse prórroga del tiempo establecido en un principio, hasta un plazo máximo de seis meses.

Los escritos de descargo y alegatorios presentados por reo y acusación incluían las listas de testigos que presentaban a examen y las preguntas con que debían ser interrrogados; así como, en otro documento, las pruebas que aportaban.

Cuando se presentaban y juraban los testigos, la parte contraria, obligatoriamente presente en dicho acto, podía exponer sus tachas contra dichos testigos; si no lo hacían entonces, en adelante sólo podrían tachar las declaraciones, no las personas.

El interrogatorio se hacía secretamente y ordenando a los testigos que tampoco los hicieran públicos. Sus declaraciones, en esta fase, tenían fuerza probatoria, por lo que tenían que ser ratificados previamente por el juez, el cual podía llamar también a testigos no presentados por las partes.

Una vez hechos sus testimonios, se hacían públicas las respuestas, trasladándose a las partes para su conocimiento y poder así

preparar alegaciones contra ellas. Para la comprobación de estas nuevas tachas aportadas por reo y acusador se daba un nuevo plazo, tras el que se presentaban nuevos escritos, en el que recapitulaban en la contestación a las pruebas contrarias y en la afirmación de sus propios argumentos, como conclusiones en espera de la sentencia.

Este era el momento en que la acusación, si estimaba que las pruebas de culpabilidad no eran suficientes, pedía en su último escrito que el acusado fuera sometido a tormento, si no estaba exento de él, pues recordemos que a los libres privilegiados no podía aplicárseles. De manera que, en teoría, era al final de esta fase probatoria cuando debía tener lugar el tormento, aunque casi siempre se aplicaba ya en la información sumaria, tras tomarle declaración al acusado.

**Tormento** es *la aflicción que judicialmente se da a alguno contra el que aya semplena provación e indicios bastantes para condenarle a questión de tormento*<sup>612</sup>. Esta definición de Covarrubias es magnífica por lo que al valor judicial del tormento se refiere: se aplicaba a quienes no se les había podido probar plenamente su culpabilidad pero, sin embargo, se consideraba ya en sí una condena, así que el reo al que se aplicaba tormento era por lo menos *un poco culpable*, lo que, naturalmente, resulta impensable desde nuestra mentalidad que hace de la inocencia o culpabilidad penal valores absolutos y excluyentes.

En esta exposición del desarrollo procesal se hace evidente cómo todo él está encaminado a la obtención de la prueba perfecta que será la confesión del acusado<sup>613</sup>. En el juicio, *el criminal que confiesa*

---

<sup>612</sup>COVARRUBIAS, voz "Tormento".

<sup>613</sup>TOMAS Y VALIENTE, *El Derecho Penal...*, pág. 172.

*viene a desempeñar el papel de verdad viva. La confesión, acto del sujeto delincuente, responsable y parlante, es un documento complementario de una instrucción escrita y secreta. De ahí la importancia que todo este procedimiento de tipo inquisitivo concede a la confesión*<sup>614</sup>.

Vimos ya cómo en la primera declaración del reo se trataba de obtener dicha confesión bajo juramento, ese era el primer medio para tratar de lograrla -con la amenaza al interrogado de ser acusado de perjurio y de cometer un grave pecado en circunstancias en que, tal vez, más le valea pensar en la salvación de su alma-; el otro medio posible era, naturalmente, la tortura, el empleo de la violencia física para tratar de arrancar esa prueba que permitiese alcanzar la deseada *verdad*. Así pues, si existían indicios de culpa, el juez podía someter al preso a tormento, si bien su confesión en tal trance debía ser después ratificada y repetida ante el tribunal como confesión espontánea.

Pero, ¿cómo se resolvía esa contradicción -ya señalada- de tener que considerar al reo, en cierto modo, culpable para que confesara su propia culpa? ¿Cómo se justificaba *condenar* al inculcado al tormento?.

La aplicación de la tortura se atenía siempre a un procedimiento definido, puesto que no se trataba de un ensañamiento indiscriminado con el reo, sino de un recurso judicial reglamentado, que se aplicaba sólo en los casos necesarios; lo que quiere decir que el manifiestamente culpable por pruebas suficientes no era sometido a tormento -éste constituía siempre un riesgo, puesto que a resultados del mismo el torturado podía fallecer, lo que privaría a la justicia de la exhibición del castigo impuesto, o, lo que era peor, un culpable probado,

---

<sup>614</sup>FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pág. 44.

si resistía la tortura, conseguiría invalidar en gran medida las pruebas contra él y negar su culpabilidad-.

El tormento era, pues, no sólo un medio de obtener información sino también un castigo al que *se condenaba* como decía Covarrubias, y como comenta Foucault en respuesta a la gran paradoja que plantea el empleo de una pena como medio: *la demostración en materia penal no obedece a un sistema dualista -verdadero o falso-, sino a un principio de gradación continua: un grado obtenido en la demostración formaba ya un grado de culpabilidad e implicaba, por consiguiente, un grado de castigo*<sup>615</sup>. Por tanto, cuando se presumía la participación del indiciado en el delito podía emplearse la tortura que comenzaba ya a castigar las culpas que se le atribuían y trataba de completar la verdad con la confesión del que ya se consideraba, en alguna medida, delincuente.

Es entonces fácil suponer que la práctica del tormento no constituye algo extraño en el discurrir de la justicia, sino, muy al contrario, se trataría de un recurso penal sin duda muy difundido y no sólo según esos principios que lo reglamentaban sino incluso excediéndolos, como se deduce de la petición que hicieron los procuradores en las Cortes de 1598 para que los jueces se atuvieran a lo ordenado por la ley y no siguieran atormentando a los reos, como ocurría, *con nuevos generos de tormentos exquisitos, y que por ser tan crueles y extraordinarios que nunca jamas lo imagino la ley, de que se han seguido grnades inconvenientes, y que los reos forzados con la demasia y rigor de los tormentos y desesperados de sufrirlos se hayan levan-*

---

<sup>615</sup> *Ibidem*, pág. 49.

*tando testimonios a sí mismos, y culpado a otros falsamente*<sup>616</sup>. Excediéndolos también en los privilegios que eximían del tormento a nobles e hijosdalgo, exención que tiene que ser recordada a los jueces<sup>617</sup>. Más adelante, veremos algunos casos de tormentos tanto en el orden complejo como en el simplificado<sup>618</sup>.

Con el escrito con que las partes elevaban sus conclusiones, el juez daba por terminada la fase probatoria -en la que, si producía, se incluía el tormento-.

Si se seguía todo el procedimiento del orden complejo, antes de pronunciarse la sentencia, se realizaba una vista oral con informes de palabra en los que se defendían, una vez más, los argumentos de actor y reo, a la vista de los autos realizados, que se les habían entregado previamente.

Por último, tras la fase sumaria y el juicio plenario, sólo restaba la **sentencia**. El juez dictaba sentencia tras examinar las actas del proceso o un resumen de las mismas elaborado por el relator. El fallo judicial, condenatorio o absolutorio, no se fundamentaba y era expresado con enorme laconismo, transcrito por el escribano y notificado a las partes.

El esquema que hemos sintetizado corresponde al procedimiento complejo en su totalidad, con todas sus formalidades, pero, muy a menudo, su desarrollo sería más libre, sobre todo si tenemos en cuenta

---

<sup>616</sup> *Actas de las Cortes de Castilla*, XVI, Cortes de 1592-1598, pet. 34, citado por TOMÁS Y VALIENTE, *op. cit.*, pág. 153.

<sup>617</sup> *N.R.*, II, 4, 61.

<sup>618</sup> Véase, TOMÁS Y VALIENTE, F., *La tortura en España. Estudios históricos*, Barcelona, 1973.



las transformaciones que en dicho orden complejo se originaron a raíz de su convivencia con el simplificado.

Sus principales notas eran: su tecnicismo y complejidad, que hacían imprescindible la colaboración con las partes -especialmente con el reo- de expertos que supiesen desenvolverse y aprovechar los resquicios que ofrecían tachas, alegaciones, presentación de testigos, prórrogas, etc...; la lentitud inevitable en trámites tan exhaustivos, a pesar de que el juez trataba de poner límite a la excesiva prolongación del proceso; y una cierta ventaja para el reo con respecto al orden simplificado -no objetivamente, desde luego, pues no olvidemos que en todo el proceso estaba preso y podía ser sometido a tortura- por las repetidas ocasiones de defenderse que se le ofrecían y de las que carecía en la situación de manifiesta inferioridad a la que lo reducía el orden simplificado<sup>619</sup> del que hablaremos al tratar de la justicia en la Corte por ser el estilo propio de la Sala de alcaldes de casa y corte, donde al parecer se originó.

Una muestra de la aplicación del orden complejo, aunque no desde luego perfectamente sistematizado, nos la ofrece Duque de Estrada<sup>620</sup>. Este soldado y aventurero, prototipo de otros muchos que llevaron una existencia plena de contradicciones pero también de vitalidad, a los que *parece que les sigue un aciago destino que cuando quieren ordenar su vida de acuerdo con las normas caballerescas, se les vuelve en contra para hacerlos caer en la picaresca cuando no en la más negra*

---

<sup>619</sup>ALONSO, M<sup>a</sup> Paz, *op. cit.*, pág. 166-168.

<sup>620</sup>DUQUE DE ESTRADA, Diego, *Comentarios del desengañado de sí mismo*, págs. 103-162.

*canalla*<sup>621</sup>. Mató en Toledo, con sólo dieciocho años a su prometida e hija de su propio tutor y a un buen amigo, creyendo que le engañaban -lo que hubiera justificado su acción según el código del honor-, como medida de cautela salió de la ciudad y escapó a toda prisa no sintiéndose a salvo hasta llegar a Cádiz. Mientras, en Toledo, informado el corregidor actuó como juez de este caso, inició las diligencias de oficio -puesto que fue el tutor de don Diego y padre de la víctima quien le informó, aunque no como actor-, personándose en el lugar de las muertes para comenzar la investigación: reconoce a los muertos, ordena cautelarmente la prisión del tutor del fugitivo y de sus hijos y que se busque al presunto asesino en la ciudad -puesto que las pruebas señalaban muy claramente a don Diego Duque de Estrada como sospechoso-, disponiendo el cierre de las puertas -que éste, acertadamente previsor, ya había cruzado-, su búsqueda en casas e iglesias a cuyo sagrado hubiera podido acogerse, y que se saliera a los caminos. *Hízose la información, diose la querella*, lo que indica que se invitó a la familia de la víctima -del amigo en este caso, puesto que los parientes de su futura esposa lo eran también de don Diego- a incorporarse al proceso como acusación particular. Y se ofrecieron dos mil escudos por su prisión.

Esas averiguaciones y diligencias duraron ocho días y, según parece, los informadores del corregidor eran bastante eficaces, puesto que se supo cómo y hacia dónde había huído el asesino, con lo que se liberó a su tutor y *hermanos*. Al parecer las sospechas del huído con

---

<sup>621</sup>CEPEDA ADAN, José, "Los españoles entre el ensueño y la realidad", prólogo de *El Siglo del Quijote*, tomo XXVI de la HISTORIA DE ESPAÑA dirigida por J.Mª Jover, págs. XIX-XLVIII, pág. XXXVIII.

respecto a su prometida fueron equivocadas pues se halló -dice- *a Doña Isabel (ya mi hermana, mi esposa) virgen como el día en que nació*, con lo que las muertes eran asesinatos que no quedaban justificados por la venganza de la honra ofendida -admisible si se tomaba en la esposa adúltera y en el amante-. La huida de don Diego se produjo en diciembre de 1607, pasó siete meses en Cádiz, marchó después a Sevilla donde tuvo una pendencia con un famoso jaque, lo que provocó que el Asistente de Sevilla -sabedor de lo ocurrido en Toledo- tuviese noticias suyas e intentase prenderlo. En esta ocasión, el aventurero optó por la otra escapatoria típica: se retiró a una iglesia, en la que se refugiaban ladrones, asesinos, prostitutas... e incluso en el mismo sagrado tuvo otra riña con un valentón al que hirió, por lo que ni ese cobijo le valió, teniendo que salir de Sevilla -seis meses después de haber llegado- valiéndose del amparo que le prestó el alguacil mayor perpetuo de la ciudad ante las presiones del Asistente para asoresarlo. Se intuye aquí, precisamente, uno de esos conflictos jurisdiccionales de los que hablábamos: no sólo no colaboraban los distintos jueces, sino que, a veces, sus actuaciones eran opuestas. Sevilla era un buen ejemplo: por un lado, el Asistente-corrector y por otro el alguacil mayor seguramente dependiente del alcalde mayor de la Audiencia de los Grados hispalense.

Salió entonces hacia Antequera donde también tuvo alguna cuestión de armas en la que resultó herido por unos ladrones que pretendieron robarle. Sanado, marchó por todo el sur de la Península y *a cada parte que allegaba había cuchilladas y valentía, con algunas desgracias*: Lucena, parte de La Mancha, Gibraltar, corrió las costas de Berbería -Orán, Melilla, Tánger-, fue hecho cautivo -estándolo durante un año-

y una vez libre pasó a Málaga y de allí a Ecija, donde se instaló continuando con esa vida más de pícaro y delincuente que de hidalgo y héroe, *lleno de vicios, muertes, heridas, amancebamientos, trayendo mujeres de lugar en lugar, por quien sucedían los más de estos casos que no he referido por ser muchos, largos y poco honestos*<sup>622</sup>. En esas circunstancias, recibió el corregidor de Ecija la requisitoria de Toledo, es decir, la orden del corregidor toledano a su colega para que ejecutase su mandamiento de prisión contra el fugitivo. Requisitoria -si hemos de creer a Duque de Estrada- que llegó tres años y medio después de las muertes que la originaron, puesto que fue apresado en mayo de 1611, por orden del corregidor, aunque no sin antes enfrentarse con los alguaciles que fueron en su busca y escaparse de nuevo hacia una iglesia con la ayuda de unos caballeros, aunque finalmente -con intervención directa del corregidor mostrando la cédula real- fue prendido y llevado a una torre *como a caballero*. Lo de caballero sería por el lugar del encierro, pero no por el trato, pues fue echado a un *apuesto oscuroísimo, con dos cadenas, esposas y tres pares de grillos, con guardia alrededor de la torre....* Estuvo un mes allí hasta que llegó gente de Toledo para llevarlo a la ciudad, pues dado que el proceso estaba en manos del corregimiento de dicha población, a su costa debía hacerse el traslado, que se realizó -con grillos y esposado- por Córdoba y Ciudad Real, alcanzando su destino seis días después de salir de Ecija.

El asunto, pues, volvía al tribunal en que comenzó el proceso y el corregidor volvía a hacerse cargo de todo: en primer lugar, tomó las

---

<sup>622</sup>DUQUE DE ESTRADA, Diego, *op. cit.*, pág. 117.

precauciones de vigilancia que estimó oportunas: salió en persona y con más hombres a recibir al reo, puso fianzas y vigilancia a sus familiares, y condujo al preso a una torre en su propia casa. Piénsese que todas estas diligencias no las tomó sólo como autoridad de la ciudad sino también como juez de la causa.

En cuanto al trato al detenido, se le dieron ya algunos de esos tormentos que, si bien no eran tenidos por tales, iban minando la moral y resistencia del reo: no permitirle descansar o, en este caso, tenerle *sin comer hasta el otro día*, sin olvidar el ambiente desfavorable que promovía en la ciudad la familia del caballero que mató, cuya madre se quitó el luto el día de su llegada y celebró la prisión del asesino de su hijo con sus parientes.

Por la mañana continuó el proceso donde se dejó la información sumaria: se procedió al interrogatorio del preso y en él se aplicó el primer grado del tormento propiamente dicho -puesto que había indicios suficientes de su culpa podía aplicarse ya en esta fase-, consistente en la exhibición de los instrumentos de tortura, con la intención de atemorizar al indiciado con su *crudelísima vista*. Al interrogatorio asistían el verdugo -con los dichos aparejos de tormento-, el corregidor, *el alcaide mayor, abogados, fiscal, escribano y procuradores en pro y en contra* -puesto que ya dijimos que los familiares del muerto se personaron como acusación particular-.

El interrogatorio era conducido por el juez -aquí, el corregidor- y, como era habitual, sus primeras palabras fueron *amorosas* intentando persuadirle para que contestase de grado, apartando al verdugo, porque *los caballeros de calidad como el señor Don Diego no dan lugar a que verdugos vean sus carnes, ni niegan la verdad aunque les cueste la*

*vida*, argucia con la que el magistrado, al tiempo que apelaba a su valentía y a la veracidad en su declaración a la que le obligaba su nobleza, le hacía notar la presencia -supuestamente innecesaria pero amenazante- del verdugo.

Marcado así el tono de este primer testimonio, se le empezó a tomar confesión, leyéndose el interrogatorio preparado por el juez y el actor del proceso. La lectura, dirigida por el corregidor, vuelve a poner de manifiesto sus buenas fuentes de información y la eficacia de las averiguaciones de la justicia, pues en ella salieron a relucir los delitos cometidos por el acusado en su periplo andaluz *como si el demonio mismo lo leyera el día del juicio en el tribunal de la justicia, tan puntual era escrito* -comenta admirado Duque de Estrada<sup>623</sup>-. Es decir, la información sumaria resultó muy completa en la obtención de indicios y pruebas, lo que permitió que la toma de declaración fuera también exhaustiva.

El reo, sabedor de que cualquiera de sus delitos podía costarle la cabeza -y no es un modo de hablar puesto que, como noble, esa era la ejecución que le correspondía- decidió negarlo todo, confiando en que no hubiera pruebas definitivas contra él, *pues me daban tormento, era señal ponían mi vida en mi lengua*<sup>624</sup>.

La pretensión que Duque de Estrada atribuye al corregidor era la de que, confesado el primer crimen, se le declarase infame y, perdida la nobleza, se le pudiese ahorcar por todos sus delitos. Pretensión en la que, según se nos refiere, el corregidor se veía espoleado por los

---

<sup>623</sup> *Ibidem*, pág. 123.

<sup>624</sup> *Idem*.

miles de ducados con que la madre del asesinado lo sobornó. El autor se contradice al quejarse de la injusticia que su juez cometió con él al no concederle tener letrado ni procurador, cuando antes había descrito cómo entraban en la sala del juicio *procuradores en pro y en contra*, sin duda pretendiendo exagerar su papel de víctima; aunque luego se nos aclara que al no atenderse las protestas de su letrado -que alegaba que, como a noble, no se le podía dar tormento-, éste abandonó el interrogatorio quedando sólo el reo frente a los jueces, el fiscal, el verdugo y el escribano. En cualquier caso, a todas las cuestiones de la extensa lista que le plantearon en el interrogatorio contestó que no sabía nada y apremió al corregidor a terminar con las preguntas. La respuesta del juez es buen ejemplo del duro cariz que tomaban los interrogatorios comenzados *amorosamente*:

*- La conclusión será que os hará pedazos o me diréis la verdad.*

No obstante, al orgulloso aventurero no fue la amenaza lo que le molestó sino el trato de *vos* que le dió su interrogador, lo que le hace replicar colérico:

*- "Vos" sois el "vos", y hacéis contra Dios y justicia en darme este tormento contra las leyes del reino, pues a hombres como yo no se da tormento si no es por crimen lesae Majestatis o facineroso.*

Esta provocación del acusado es la que hace al corregidor descubrir su *estrategia*:

*- Eso postrero quiero probaros y que vos lo confeséis para, probado, ahorcaros, ¡Desvergonzado!. ¿A mí me tratáis de vos?.*

Estas palabras sólo sirvieron para espolear la impertinencia del reo, que insistió:

*- "Vos" mentís y sois el desvergonzado y facineroso, y reventaréis primero que confiese, y no es mucho que*

*persigáis a caballeros, pues descendéis de quien persiguió a Cristo, y ese hábito que traéis de Santiago más esen "vos" remiendo que honra, y si tuviera las manos libres os hiciera pedazos con ellas.*

Con eso ya estaba dicho todo, si en aquella sociedad no era ni mucho menos baladí la cuestión de los tratamientos -oportunidad de muchos desafíos y peticiones en defensa de supuestos ultrajes y menosprecios-, mencionar la supuesta ascendencia judía de alguien -y más de un noble, caballero de Santiago y corregidor real- era la mayor afrenta y atentado contra el buen nombre de alguien y no digamos si la afrenta se hacía en público, siendo en las circunstancias en que se atrevió a hablar Duque de Estrada el mayor desacato a un juez.

Si de por sí, la actitud verbal del corregidor se había tornado agresiva -porque esa era la práctica-, alterado por las palabras del acusado, hizo ademán de sacar la espada, *¡qué desalumbramiento de juez e impertinencia de reo, irritar a quien debía amansar!*, comenta el autor con la perspectiva del tiempo.

La determinación del juez fue entonces comenzar el tormento, ordenando que se desnudase al reo, lo que ya fue considerado por este un tormento, por haber *sido en toda mi vida tan honesto que aun de las mujeres me he avergonzado* -la barroca confusión entre vergüenza del cuerpo y honestidad-.

La resolución del reo, por su parte, fue la de morir si era preciso en el tormento sin confesar palabra, puesto que sería infame y cobarde ser condenado por hablar, porque perdería su opinión, por la angustia de tener que escuchar los rezos que le hacen al condenado antes de la ejecución, por la vergüenza con que se pregonaría si delito



y por lo tremendo de la ejecución por decapitación -aunque siempre temiendo más la pérdida de la fama que de la vida-.

Nos encontramos con la situación típica del delincuente que sabe que tiene en su mano -o, mejor, en su boca- la salvación y que no quiere verse condenado por *cantor* como aquel galeote que marchaba entre los que libró don quijote. En estos casos, como explica Foucault *entre el juez que ordena el tormento y el sospechoso a quien se tortura, existe también como una especie de justa* en la que el supliciado *triunfa resistiendo o fracasa confesando*<sup>625</sup>, circunstancia ésta magníficamente resumida en las palabras de Duque de Estrada, que constituyen casi un reto: *¡Ea, Corregidor, vos a atormentar y yo a sufrir!.* Veamos cuál tien más valor, palabras que sin duda no tendrían ánimos para decir, aunque en la obra esa actitud resalte su valor; en cualquier caso, a nosotros nos sirven para constatar la conciencia de esa *justa*, de ese enfrentamiento en que se transformaba el tormento en algunos casos.

Comenzó el tormento con la *mancuerda*, procedimiento detenidamente descrito por quien lo sufrió y consistente en atar los brazos fuertemente en una postura incómoda y apretar el verdugo con un nudo corredeizo hasta hacer sangrar al reo. Tras una hora, fue puesto en el *potro*, instrumento de sobra conocido pero cuya descripción, por exacta, transcribimos:

*Me pusieron en el potro, el cual es como una escalera de palo, los escalones a cuatro esquinas, y la una vuelta hacia arriba para que hiera en las espaldas. Está sobre cuatro pies de lleno, gruesos, a modo de unas parrillas. La parte de los pies es ancha cuatro palmos para que cada pierna pueda ser atormentada de por sí. Después viene estrechándose hacia la cabeza, para la cual está un encaje*

---

<sup>625</sup>FOUCAULT, M., *op. cit.*, pág. 46.

*como medio morrión o casquete, adonde el paciente se pone, y se cierra por de fuera con un aldabón de hierro de un dedo de ancho que ciñendo la frente deja la cabeza inmóvil. Así, ligados los brazos, me tendieron en dicho potro...<sup>626</sup>.*

En él, le apretaron con las cuerdas los brazos, que ya habían sido torturados con la mancuerna, de manera que el dolor era tan grande que el reo sufrió un desvanecimiento y, a pesar de ello, se le dieron otras cuatro vueltas de cordel en las piernas y en los muslos. Pero al volver en sí, se suspendió el suplicio durante media hora *por miedo de que no muriese*, ya que el juez conocía bien los riesgos que entrañaba la tortura para la vida de los indiciados.

Aprovechando ese *descanso* en el que el paciente estaba con pleno sentido -con todo el que podía tener en tales circunstancias-, el corregidor volvió a preguntarle -alternando las súplicas y las promesas de favorecer su justicia con las amenazas- por las muertes y sus cómplices.

El reo, al tenerse ya por tullido, se determinó más aún a no hablar y morir en el tormento si era preciso, con lo que volvieron a darle las ocho vueltas de las piernas y otras cuatro en los bíceps -los *lagartos*-, completándose así la segunda hora del suplicio, mostrándole nuevos aparatos para atemorizarle con la posible prosecución de la tortura. Comenzó de nuevo el corregidor a interrogarlo, esta vez con insultos y amenazas, enumerándole la utilidad y el horror de los aparejos que le presentaban. Pero no obstante, don Diego se negó a hablar por lo que el magistrado ordenó que se llevase el brasero para iniciar el suplicio del fuego, sin embargo, el alcaide mayor -también presente- le recordó que el delito del que se acusaba al reo no

---

<sup>626</sup>DUQUE DE ESTRADA, D., *op. cit.*, pág. 46.

permitía este tormento; así que se prosiguió la sesión con la tortura del agua, aunque no con la *toca* -el más habitual de esos sistemas y uno de los instrumentos que le habían puesto a la vista-, sino que

*...trajeron un vaso de cobre, como un cuartillo o calderilla y abajo un pequeño agujero muy sutil. Pusiéronme el hierro llamado bostezo, que es como tenaza de forja que, apretando por el cabo, cierra el pestillo y abre dos hierros que hacen tener la boca abierta con extraña fuerza. Pasa luego aquella agua derecha al galillo, de manera que es necesario pasarla, y como el cuerpo está tan sudado, queda resfriado y casi muerto, y para acomodarse a no pasarla es necesario gran industria, y con tal fatiga y tormento que no hay su igual, porque la aldaba de la frente no deja mover la cabeza, el bostezo no deja cerrar la boca, de modo que es una angustia mortal tan congojosa e insufrible que es imposible decirla<sup>627</sup>.*

Hecho esto, quitándosele el bostezo, el corregidor le ofreció terminar con el tormento si confesaba y le amenazó con *el último tormento* si no lo hacía. Entonces, el reo dijo que confesaría, actitud que alegró a su juez, quien ordenó que se le diera vino y bizcochos para que recobrase fuerzas. Don Diego, cobró con eso ánimos y la única confesión que hizo fue la de la misa y una oración, encolerizando al corregidor, que, sintiéndose burlado, mandó que se le diese el tormento de la *trampa*

*para el cual se meten los pies hasta los muslos por los escalones del potro, y atando a los dedos de los pies pulgares dos cuerdas, las pone en los hombros del verdugo y, tirando, saca los dedos por entre los dos escalones postreros; de manera que, para salir, los escalones que hay de los pies a los muslos rompen las rodilla y espinillas: tormento de tormentos y dolor de dolores, e insufrible pena y martirio<sup>628</sup>,*

pero con el tiempo que se pasó en darle el vino y los bizcochos se cumplió la tercera hora a poco de empezar a aplicársele. Tres horas era

---

<sup>627</sup> *Ibidem*, op. cit., pág. 128.

<sup>628</sup> *Ibidem*, pág. 129.

el término habitual en que se solía dar el suplicio; protestando el médico y los abogados porque *era costumbre dar las tres horas en tres veces y en tres días distintos*, advirtiéndolo al corregidor que le pedirían cuentas al en la residencia si continuaba con el tormento. El temor a esas posibles acusaciones en su juicio de residencia acabó por determinarle a cesar en la toma de declaración bajo tortura. De manera que la resistencia del reo hizo que éste triunfase en la *justa* entablada con el juez, como éste reconoció: *él ha procedido como buen caballero; yo le favoreceré en lo que pudiese*.

Fue llevado entonces a la cárcel real de Toledo de la que dice que *es casa de toda Castilla, León, Vizcaya y Asturias, adonde traen los forzados que han de ir a galeras, juntos y encadenados, cada año dos veces, y es ordinaria cosa haber mil pesos y más*. Efectivamente, en Toledo confluían las cadenas de galeotes para marchar luego a los puertos de embarque, la Sala de alcaldes de casa y corte despachaba con frecuencia alguaciles con guardas para hacer esos traslados a Toledo.

La escena que se produjo cuando el supliciado llegó a la prisión vuelve a demostrar la existencia de esa conciencia de enfrentamiento, de duelo tácito y admitido en que la justicia y los procesados tienen sus bazas, entre las que no cuenta en absoluto la inocencia, -un inocente podía confesar bajo tortura, autoinculpándose, tan fácilmente como un culpable o antes incluso si éste era un jaque curtido en lides de todo tipo-. Como decimos, lo primero que hicieron los presos fue preguntar al verdugo si había hablado o no -*si era mártir o confeso*-, vitoreándolo al conocer su resistencia al suplicio y llevándole por toda la cárcel en volandas.

Dejaron entonces a don Diego en su aposento, siendo el mismo verdugo el encargado de acudir a curarlo, estirándole los miembros que tenía encogidos e hinchados para que no quedase tullido como él temía. Parece que el verdugo era tan experto en esto como en aplicar la tortura porque le prometió sanarlo *si no se ponía en manos de cirujanos* -un ejemplo de la mala fama que acompañaba a médicos y cirujanos, que tanto se repite en la literatura-, proporcionándole una receta -a cambio, naturalmente, de una recompensa, como todo lo que se hacía en las cárceles-, que, por su composición y sus pretendidos efectos, bien podía ser el bálsamo de Fierabrás.

Al no obtenerse pruebas, se ordenó la libertad de su tutor y hermanos y que se les levantase la vigillencia. Acudió entonces el tutor ante el corregidor a protestar por el tormento y a pedir la libertad para don Diego puesto que él ya le había perdonado por la muerte de su hija.

La posición del corregidor era difícil, pues no podía obtener la prueba definitiva y veía su actuación cuestionada. Admitió los recursos en defensa del acusado y alargó el pleito *dando términos, anulando indicios*. Sin embargo, la parte contraria siguió sus actuaciones no sólo las legales sino también los sobornos a los jueces -práctica en la que no iba a la zaga la defensa según confiesa el protagonista-. En esas circunstancias, el pleito se empantanó y pasó un año en la cárcel, al cabo del cual, sus propios letrados temían que solicitándose contra él la sentencia de muerte terminaría por ser confirmada, así que el juego de su parte se concentró en la vía ilegal: *tratóse de dar seis mil ducados porque quemase y rompiese el proceso, pero no se pudo, porque los espías eran dobles*, es decir, no impidió

esa solución la honestidad de la justicia, sino las diligencias de la otra parte que también andaba atenta a esos manejos.

Mientras se hacían esos esfuerzos por alcanzar su libertad, don Diego permanecía en la cárcel, donde acabó dejándose llevar de nuevo por la vida picaresca y participando en todo género de trifulcas. En una gran pelea tuvieron que intervenir numerosos oficiales de justicia, coincidiendo con la audiencia pública en la cárcel a la que acudía el corregidor, éste inició informaciones sobre lo sucedido, juzgó sumariamente -olvidando el orden complejo habitual-, impuso sentencias e hizo que se ejecutasen las penas corporales ese mismo día. La justificación de este proceder penal -evidencia de las pruebas aparte- estaba en que se ejecutaban sobre culpables, sobre delincuentes probados, y, dado lo arbitrario de cualquier pena impuesta, no resultaba especialmente importante su acrecentamiento o la adición de otras nuevas -la culpabilidad era algo vago que autorizaba casi cualquier cosa-. Lo cierto es que *se les pusieron a muchos rigurosas sentencias de a doscientos azotes, y cierto ejecutados luego, vergüenza, años de galeras duplicados, y en vida tormentos, palos, prisiones, confesiones, apelaciones y, sobre todo, sobornos sin fin*<sup>629</sup>, ahorcándose a dos presos. Encontramos al juez real haciendo justicia personalmente, fulminando las causas al tiempo de hacerse la información, fallando y haciendo cumplir las sentencias lo antes posible; procedimiento sumario posible por estar presentes los acusados -estaban ya presos-, por ser considerados de antemano y por definición culpables y por estar el mismo juez prácticamente presente en la comisión de los hechos. La parte que le

---

<sup>629</sup> *Ibidem*, pág. 136.

tocó a Duque de Estrada fue verse *sentenciado a cortar la cabeza, sin embargo de apelación ni misericordia*, es decir, a unos se les acrecentaron sus penas, a otros se les añadieron nuevos castigos -no olvidemos el sentido disciplinario de las penas en aquel régimen jurídico- y a algunos -como al autor/protagonista- les supuso la resolución negativa de la causa que tenían pendiente -con un cierto sentido acumulativo de la culpa, por tanto-. El corregidor pretendió hacerlo sin posibilidad de apelar, lo que, desde luego, no era conforme a derecho, puesto que las penas de muerte -y más de caballeros- eran siempre apelables a chancillería y, en súplica, al Consejo<sup>630</sup>; a pesar de eso, ordenó que se ejecutase la sentencia sin esperar siquiera las veinticuatro horas que solían darse de término para comulgar; sólo para nueve horas después se fijó la ejecución -apenas el tiempo necesario para levantar el cadalso-.

Sin embargo, un hermano suyo se dirigió con celeridad a la Corte a solicitar el aplazamiento de la ejecución. Gracias a sus influencias y por intercesión del valido, consiguió la merced reall, el único modo de evitar la ejecución, y regresó a toda prisa a Toledo, a donde -un tanto teatralmente- la cédula real llega cuando ya era conducido el reo al cadalso. El autor copia dicha cédula y así sabemos que se trataba de un suspensión de la sentencia paraque hubiera lugar a apelación ante el Consejo y no del perdón real<sup>631</sup>. Se suspendió la ejecución y volvió el reo a la cárcel. Sin llegar a situaciones tan extremas, éste era el procedimiento normal: sentenciado a muerte el reo tras innumerables

---

<sup>630</sup>Ya vimos cómo el corregidor -como, por otra parte, la mayoría de los cargos de justicia- no era precisamente un espejo de virtudes judiciales.

<sup>631</sup>La fecha de la misma era de 30 de febrero de 1613, dos años después de su llegada a Toledo.

vicisitudes procesales, el fallo del corregidor en primera instancia era apelado ante el un tribunal superior -en este caso el Consejo real-. ¿Qué ocurría entonces? El condenado aguardaba en la cárcel, sus letrados negociaban para que el pleito pasase definitivamente al Consejo, la parte contraria -como acusación particular- trataba de obstaculizar con diligencias y sobornos cualquier posible ventaja judicial para el preso. Mientras que don diego volvió a acomodarse a la vida carcelaria, la lucha sorda entre las partes porque el aplazamiento y apelación de la sentencia se entendiese en el Consejo parece ser que se inclinó del lado de la acusación, que obtuvo que el pleito se viese en Toledo, *reimitiendo el proceso y causa otra vez al corregidor* en revista. Jugada legal equilibrada por la defensa con la recusación de algunos jueces municipales que estimaban sospechosos de ser contrarios al reo, nombrándose *dos regidores y dos letrados, dos jurados de cada parte, privilegio que gozan los caballeros de Toledo*. Sin embargo, las deliberaciones de esa junta y tribunal mostraron que de poco sirvieron esas diligencias, puesto que los procuradores del acusado informaron pronto de *que no hallaban cómo salvarme la vida*. Asistimos de nuevo a la lucha de réplicas y alegaciones ante el tribunal, con el secreto habitual y las argucias procesales que convertían en indispensables a los abogados y procuradores. Al verse la causa en apelación, se daban por supuestas las informaciones anteriores y en esta ocasión sí se respetaron los privilegios estamentales del reo.

Comprobamos cómo las justicias locales, sobre todo si eran destacadas como era el caso del corregidor de Toledo, trataban de hacer prevalecer sus decisiones no sólo por razones económicas obvias, sino también por motivos de prestigio, por lo que pretendían entender en las



causas desentendiéndose en ocasiones de las leyes que limitaban sus competencias con privilegios personales o intervención de más altos tribunales; sólo cuando el tiempo o la diligente actitud de alguna de las partes conseguía hacer intervenir a algún juez superior o poner en su conocimiento el caso y los abusos se plegaba el juez que entendía en el caso en primera instancia a continuar el pleito respetando las leyes reales formalmente, por temor a las penas que se le podían imponer por desobediencia y, sobre todo, a las tachas que pudieran salir a relucir en su residencia; aunque nada impedía que, a la hora de fallar, el juez pusiera por encima sus prejuicios o decidiera influido por su animadversión, sus intereses o las presiones o sobornos recibidos.

Informado del mal camino que llevaba su negocio, Duque de Estrada decidió tomar sus propias medidas que, naturalmente, no podían ser otras que buscar el mejor modo de preparar su fuga. Para ello, aprovechando que por provisión real y por necesitarse forzados en la armada se iba a mandar a galeras a todos los presos condenados a ellas que esperaban la revista de su sentencia<sup>632</sup>, se compincha con un preso viejo que, por ser confidente del alcaide, gozaba de cierta libertad pero que, por esa nueva disposición, iba a ser enviado a galeras. A cambio de su ayuda don Diego le promete *ponerle a mi coste en Italia y darle cien escudos, y otro tanto a su camarada, y ellos de dar lugar a que nos fuésemos*. Puesto su propósito en conocimiento de su familia -la de su tutor-, ésta le ayuda facilitándole escalas para la huída y armas, y el auxilio de sus cuatro hijos, de tal modo que, fuera de la prisión,

---

<sup>632</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1201, ff. 475-476. Provisión real de 33 de septiembre de 1611, pero registrada en la Sala en 1613 -cuando habla Duque de Estrada- lo que vendría a reforzar -junto a las ya citadas alusiones al corregidor- la veracidad de su relato, aderezado, eso sí, con exageraciones de las injusticias que con él se cometen y de su valentía.

estaba todo previsto para dar buen término a su intento. Finalmente, don Diego, en muy accidentadas circunstancias consigue recobrar la libertad, aunque maltrecho, mientras que sus dos compañeros no tuvieron tanta suerte y fueron ahorcados a la mañana siguiente.

Fue una vez más el propio corregidor el que, avisado a media noche de la fuga, acudió a hacer información de los hechos, dirigiéndose en primer término a la casa de los parientes del huído a los que encontró simulando estar dormidos, después de regresar *con peligro de ser cogidos de muchas cuadrillas de alguaciles que a aquella hora rondan por la ciudad*<sup>633</sup>, en prevención de su posible complicidad ordenó la prisión de los hermanos y la custodia del padre. Acudió el corregidor a la cárcel para hacer ahorcar en su presencia a uno de los frustrados fugitivos y reconoció el lugar por donde pudieron fugarse, sospechando de ayudas interiores y acostumbrado a la corrupción de los oficiales de la cárcel -no olvidmeos que, según Duque de Estrada, el mismo corregidor había sido sobornado, o al menos se intentó- *prendió al alcaide, atormentó a los guardias y sentenció al otro malaventurado a ahorcar [...], habiendo pasado la noche en cerrar las puertas de la ciudad, echar espías, despachar alguaciles por los caminos, echar bandos, poner tallones [recompensas], buscar iglesias y cementerios, sepulturas y casas*, diligencias que eran las habituales en la busca de los autores de delitos de importancia.

Mientras, el fugitivo permanecía oculto en una casa segura. No obstante, de nuevo se nos ofrece constancia de la buena red de informadores y soplones con que contaría el corregidor, puesto que consigue

---

<sup>633</sup> Toledo, como casi todas las grandes ciudades, contaba también con esa vigilancia *policial* nocturna que suponían las rondas, según vimos.

averiguar dónde se escondía, aunque, sin duda, esos informadores preferían cobrar por partida doble, pues dieron también noticia a la familia de don diego, que tiene tiempo de hacérselo saber antes de que el corregidor llegue a prenderlo. El prófugo salió de su escondite y volvió a acogerse a sagrado huyendo de la justicia, refugiándose en la torre de la iglesia mayor, amenazando y sobornando al campanero, que lo ocultó, lo alimentó y cuidó en secreto. Permaneció allí, sin que nadie lo supiera, un mes; pasado ese tiempo y relajada la vigilancia de la justicia, se puso en contacto con su tutor y prepararon su salida de la ciudad; sin embargo, esa comunicación permitió al corregidor saber dónde estaba, de modo que cercó la torre e intentó asaltarla. Pero, enterado de esta acción, el cardenal don Bernardo de Rojas y Sandoval, arzobispo de Toledo y tío de Lerma, obligó a la justicia a abandonar sus pretensiones de quebrar el privilegio eclesiástico del sagrado. El corregidor mantuvo la guardia durante días en la torre, hasta que la familia de don Diego pudo comprar a un escribano y un alguacil que sacaron al huído de la torre sin ser visto por los alguaciles y corchetes de guardia. Salió, por fin, de la ciudad, hacia Guadalajara en 15 de octubre de 1613, para pasar de allí a Zaragoza, camino de Barcelona para embarcarse hacia Italia.

La narración autobiográfica de Duque de Estrada, con todo lo que de hiperbólica tiene, con la carga de dramatismo excesivo que le da el autor, mezcla el arrepentimiento y la vergüenza por sus actos de juventud con un mal disimulado orgullo por su valentía y sus hazañas -pues lo cierto es que se presentan más como tales que como delitos, como eran con frecuencia-, destaca más las injusticias que tiene que padecer que sus propios excesos, altera seguramente la magnitud de los

hechos, exagera la familiaridad con que le trataban personas importantes, etc., pero nos ha servido para ilustrar no sólo cómo se desarrollaba el proceso en el orden complejo -y de modo especial, dentro de él la tortura-, sino también para saber algo más de los corregidores en su papel de jueces, para presentar las debilidades de los oficiales de justicia ante las solicitudes de las partes y la naturalidad con que se conocían estos comportamientos, para situar algunas referencias en las que, más adelante, daremos vida a la sociedad encerrada en las cárceles, para observar cómo se complicaban y alargaban los asuntos judiciales, para confirmar las medidas *policiales* con que se trataba de perseguir a los presos...

Como recuerda Tomás y Valiente y como deja bien de manifiesto este testimonio de Duque de Estrada *caer en las redes de la justicia era una auténtica desgracia que comportaba graves consecuencias difícilmente evitables, se fuese o no culpable*, largo período de prisión antes de la sentencia, citaciones, embargos, la fama cuestionada, males de los que, naturalmente, los castellanos se defendían con todos los medios a su alcance, legales o no tanto. En definitiva, *el proceso penal era una sorda lucha entre el interés egoísta de jueces y escribanos y la astucia y picardía o los caudales, influencias en la Corte y rango de los culpados* [resortes todos ellos empleados por los deudos de don Diego]. *Lo mejor que podía hacer un ciudadano que se veía envuelto en una causa penal era huir*<sup>634</sup>, a Italia, por ejemplo, donde fue Duque de Estrada, asentando plaza de soldado.

---

<sup>634</sup> TOMÁS Y VALIENTE, F., *op. cit.*, pág. 182.

## CAPITULO V

### JUSTICIA EN LA CORTE

#### 1. DERECHO PENAL. LA CORTE Y LA CORONA COMO SIMBOLOS.-

Naturalmente, la Corte tiene un significado especial y emblemático en la sociedad de la época, en la mentalidad popular, pero también en el orden institucional-burocrático de la Monarquía y dentro de él, en los aspectos de justicia.

Este destacadísimo papel como referencia obligada en numerosos aspectos de aquella sociedad se ve especialmente reforzado con la identificación de la Corte con un ámbito geográfico que se convierte en capital de la Monarquía. Pero no sólo eso, sino que, establecida y asentada ya en Madrid, su enorme crecimiento -alimentado por su misma condición de villa y corte- dará un nuevo sentido a la significación de la capitalidad, multiplicará su efecto de *escaparate*.

En el aspecto judicial, la presencia de la ley misma encarnada en la persona del monarca -y manifiesta en la práctica en las atribuciones de justicia del Consejo de Castilla, residente, claro, también en Madrid- daba un carácter especial a la Corte como lugar al que dirigir

los últimos recursos y súplicas y del que esperar la merced real o el perdón. Pero además tenía la Corte otra característica singular en cuanto a su propia justicia, que afectaba también a quienes pasaban por ella: la Sala de alcaldes de casa y corte que, como a continuación explicaremos, pensamos que no adquiere su plena definición tanto como tribunal como en cuanto órgano *policial y de gobierno* hasta que Madrid no se convierta en su sede casi permanente -salvo el breve período vallisoletano .

Núñez de Castro nos dejó buena constancia de algunas de estas características destacadas, evidentes para toda aquella sociedad:

*Corte, sobre los aparatos de población, añade la asistencia de el Principe, de sus Consejos, Grandes y Títulos del Reyno. En su Etimologia discurren variamente varios. Algunos quieren que se dixesse Corte de los filos de la espada, frecuente símbolo de la Iusticia y por tener esta en las Cortes su más ilustre Trono en sus Tribunales, y ser los filos deste azero la gala mas bien parecida en el Principe, que a una le concilia mas amor y respeto, juzgaron que avia tomado la Corte el nombre de la Iusticia, o por los Tribunales, o por la misma persona del Principe<sup>635</sup>.*

Entre toda una serie de curiosas etimologías (por *acortar* la vida, por hacer que pareciesen *cortos* los días -según ese autor, para los cortesanos los días en Madrid era *un soplo* mientras que en las aldeas se les hacía cada día *un siglo*-), acierta con la correcta -del latín *cohors*, *cohortis*-, si bien dándole una interpretación disparatada<sup>636</sup>, cuando en realidad bastaría su mismo significado de recinto parte de un campamento o conjunto de personas, que relaciona ya tanto las personas como el lugar que rodeaba al rey -en un principio,

---

<sup>635</sup>NUÑEZ DE CASTRO, Alonso, *Libro histórico-político. Sólo Madrid es Corte...*, f. 1.

<sup>636</sup>Según él, porque los decretos militares salen del Consejo de Guerra, de la Corte; o porque la Corte *hace los hombres pundonorosos* como soldados.

efectivamente, más cerca de funciones militares.

Núñez de Castro explica también:

*Otros juzgaron que se llamó Corte por ser la población en que asisten los Consejos Supremos y los hombres en todo linage de noticias mas eminentes, con cuyo discurso se dan cortes varios en los negocios importantes de la Religión, de la Guerra, de la Paz y de todas las demás materias de Estado*<sup>637</sup>.

Es significativo cómo valiéndose de supuestas etimologías -una práctica tan poco científica como habitual en su época- caracteriza algunas de las más destacadas atribuciones e imágenes de la Corte, de manera que resulta particularmente interesante cómo cita en primer lugar, extendiéndose más en ellas, sus funciones efectivas -Tribunales- y simbólicas -el Príncipe- de justicia; y también, naturalmente, las de gobierno, como sede de los Consejos -sin olvidar que a todos ellos correspondían también importantes atribuciones judiciales y singularmente al Consejo Real-.

En cualquier caso, concluía aquel autor aceptando la definición legal e institucional, la de las *Partidas*:

*Corte es llamado el lugar do es el Rey e sus vassallos, e sus oficiales con él, que le han continuamente de aconsejar e de servir, e los homes de el Reyno que se fallan y o por honra del o por alcançar derecho o por fazer recabdar las otras cosas que han de aver con él. E tomó este nombre de una palabra de el latín, que dize cohors, e que muestra tanto como ayuntamiento de compañías, ca allí se allegan todos aquellos que han de honrar e de guardar al Rey e la Reyno*<sup>638</sup>.

---

<sup>637</sup> *Ibidem*, f. 5.

<sup>638</sup> *Ibidem*.

## 2. INSTITUCIONES DE JUSTICIA CORTESANAS.-

La situación de la justicia en la Corte se muestra especialmente complicada. Y al referirnos a *justicia de Corte* hablamos de la Corte moderna<sup>639</sup>, de la Corte establecida, madura y madrileña, de la Corte enraizada ya en una gran urbe -grande en buena medida gracias a la Corte misma-, confusión de los más dudosos hidalgos de la Península y de Grandes, de consejeros de Estado o de Castilla y alguaciles de villa o verdugos, de grandes asentistas o mercaderes y de buhoneros o regatones, de reputados generales del Consejo de Guerra y de soldados pretendientes y fanfarrones, del más pequeño ratero al más hábil escalador de casas, del frutero que engaña en el peso al tratante que se dedica al fraude al por mayor, del pobre tullido al más falso de los mendigos y mejor de los pícaros, del valiente al valentón, de la cantonera a la tusona, del capellán de la cárcel al cardenal, del cirujano que visita a los pobres y las mancebías al protomédico del rey...

La principal complicación de la justicia cortesana y madrileña provenía de la irrupción de los alcaldes de casa y corte. Su presencia supuso una auténtica revolución en la villa y no sólo en el ámbito de la justicia, sino también en funciones de regulación de la vida

---

<sup>639</sup>De la justicia en la Corte bajomedieval, se ocupó brillantemente en profesor Miguel Angel PEREZ DE LA CANAL, en su "La justicia de la Corte en Castilla durante los siglos XIII al XV", explicando muy bien la diferenciación inicial de funciones de los alcalde de corte, cuando la Corte y la Chancillería aún se mantenían teóricamente unidas pero se iba ya produciendo la lógica especialización de ambas instituciones y de sus respectivos oficiales. Véanse, especialmente, págs. 414-440.



pública, en esos aspectos generales de *policía* en los que entraron en abierto conflicto con las autoridades municipales -en los asuntos de justicia criminal, el corregidor prácticamente hubo de *rendirse* ante la omnipresencia de los alcaldes-. De manera que podemos afirmar que si la Sala de alcaldes de casa y corte no se configura plenamente hasta su fijación en la capital, también influyó de modo decisivo en la conformación de un Madrid que entonces, más que nunca, se estaba haciendo: crecía demográficamente, trataba de reconocerse socialmente y de cimentar su urbanismo desbordado, al tiempo que hacía un hueco para la burocracia real y se dejaba invadir social y políticamente por ella, adaptándose a un nuevo perfil institucional que exigía el control del orden público -puesto que no podía correrse el riesgo de que se produjeran alteraciones serias en una gran aglomeración a medio formar en la que residía el monarca-, de los abastecimientos que lo asegurarían y su asequibilidad para la población en general -tasas y distribución-, etc.

## **2.1. La Sala de alcaldes de casa y corte.**

### **a) Origen y consolidación.**

Cuando se produjo efectivamente la separación de la Audiencia y Chancillería de la Corte del rey, la justicia en esa Corte fue desempeñada sobre todo por los alcaldes de casa y corte y por el Consejo Real. desde su mismo origen, pues, la vinculación y la relación recíproca existentes entre el consejo y los alcaldes es bien patente; *si bien es difícil precisar en un primer momento el alcance de este*

*mutua relación y sería aventurado considerar a los alcaldes de casa y corte como parte del Consejo, de hecho con el tiempo estos alcaldes acababan conformando una sala del Consejo*<sup>640</sup>. De hecho, a comienzos del siglo XVII eran considerados comúnmente la quinta Sala del Consejo:

*Tienen los alcaldes la suprema jurisdicción en lo criminal, sin apelación, ni súplica, sino para ellos mismos, y por esto les dan nombre de quinta Sala del Consejo, teniendo lugar en él*<sup>641</sup>.

La vinculación de los alcaldes de casa y corte con el Consejo es análoga a la de los alcaldes del crimen con las Chancillerías. Naturalmente, esa vinculación se plasmaba en subordinación. El Consejo controlaba las actividades de la Sala, le encomendaba comisiones de casos fuera de Madrid, visitaba la cárcel de Corte -directamente dependiente de ella-, etc.

Volviendo a su origen, de nuevo Núñez de Castro comenta cómo este tribunal *es de los más antiguos en Castilla*. Pueden rastrearse sus inicios en las primeras atribuciones medievales dadas desde el siglo XIV a los alcaldes de Corte. No obstante, insistimos, la verdadera configuración de la Sala no se produjo hasta mediado el siglo XVI, por lo que la estudiaremos desde ese momento. En la *Nueva Recopilación* las disposiciones más antiguas hablan de *alcaldes de corte y alcaldes de corte y de chancillería*, las de tiempos del emperador especifican ya

---

<sup>640</sup>ALONSO, M<sup>a</sup> Paz, *El proceso penal en Castilla. Siglos XIII-XVIII*, Salamanca, 1982, pág. 126.

<sup>641</sup>NUÑEZ DE CASTRO, A., *op. cit.*, f. 113.

M<sup>a</sup> Paz Alonso cita en este sentido: SUAREZ DE PAZ, Gonzalo, *Praxis ecclesiasticae et saecularis cum Actionum formulis et actis processum*, Imp. Andrés de Merchán, Valladolid, 1609, f. 24 v. y ss.; CASTILLO DE BOVADILLA, *Política para Corregidores*, t. I, lib. II, cap. XXI, p. 704; GONZALEZ DAVILA, *Teatro de las grandezas...*, págs. 403-405.

*alcaldes de la nuestra casa y rastro y de la nuestra corte y chancillería*<sup>642</sup>; y en una disposición de Felipe II, y en 1565 aparecen por vez primera claramente diferenciados los *alcaldes de nuestra Casa y Corte* y los *Alcaldes de las nuestras Audiencias y Chancillerías*<sup>643</sup>. Pensamos que el determinante para esta plena distinción y entidad de la Sala fue precisamente la capitalidad madrileña, puesto que el hecho de no tener la Corte real una sede estable -si bien en el siglo XVI más que propiamente itinerante, había sido más bien *cambiante*- hizo más fácil que las Chancillerías siguieran identificándose *de facto* con la Corte; algo que más adelante -y como recuerdo de su pasado y símbolo de su prestigio como tribunales- ocurrirá sólo *de iure*.

Bajo Felipe II fue, pues, cuando se dió su plena estructura a la Sala. Así, en una pragmática real de 12 de diciembre de 1583<sup>644</sup> se fijó el número de alcaldes de casa y corte en seis, mostrando bien clara su orientación dominante hacia los asuntos criminales al reservar cuatro de ellos en exclusiva a ese tipo de causas, *sin que se puedan entremeter, ni entremetan en el conocimiento de los negocios, y causas civiles*, para que así estuviesen más libres *de inquirir, punir y castigar los delitos publicos*, pero permitiéndose también que esos cuatro alcaldes se ocupasen de *hazer las posturas de los mantenimientos*, de lo que, según parece, ya se encargaban entonces sin que los otros alcaldes participaran en esas actividades. Se evidenciaba así la vocación con que se configura la Sala: atención de los asuntos

---

<sup>642</sup> N.R., II, 6, 6.

<sup>643</sup> N.R., II, 6, 15.

<sup>644</sup> N.R., II, 6, 16.

criminales e intervención en aspectos de la vida socio-económica madrileña y, por tanto, en funciones de gobierno municipal. Se encomendaba asimismo a los alcaldes una especial diligencia y rapidez en el despacho de las causas -lo que constituye una de las características de su procedimiento- y en la atención de los asuntos de pobres y el trato a los presos. Y como obligación aneja a su oficio destacaba la vigilancia personal en plazas y lugares públicos, visitando tiendas, bodegones, posadas y mesones,

*adonde se acoge gente forastera, y algunas otras casas particulares, y todas las demás partes, y lugares que pareciere que conviene, donde entendieren que ay tablas de juegos, y se hazen otros pecados, y ofensas de Dios nuestro Señor, teniendo sobre todo gran cuydado de inquirir, y saber los pecados publicos, y de punirlos, y castigarlos con el rigor que merecen,*

poniéndose de manifiesto lo esencial de su labor de vigilancia y la parte fundamental que dentro de esa vigilancia preventiva se reservaba al control de la población -especialmente la no estable- y a la moralidad pública, a la represión de los pecados públicos -e incluso a veces, si la investigación llegaba a tanto, de los privados-.

Obviamente, esa preocupación por la vigilancia incluía también en un lugar destacado la organización de **rondas nocturnas**, mandándose *a los dichos quatro alcaldes, que cada noche ronde uno dellos por su turno, començando por el más antiguo*, sin duda una carga pesada que los alcaldes no soportaron con la observancia y obediencia que la fama les atribuía.

En esa misma pragmática se establecía que en auxilio de los alcaldes -a los que a todas luces se sobrecargaba de obligaciones- se nombraban de entre los alguaciles de casa y corte ocho ocupados solamente en negocios criminales, bajo las órdenes de los primeros para

que *inquieran y busquen los delinquentes y malhechores, den cuenta y avisen a los Alcaldes de todo lo que pareciere que ay que remediar*, pero, además, el resto de los alguaciles debían ayudar también a esto en la medida en que se lo permitieran los pleitos civiles. Así se configura desde esta primera traza de la Sala estable la figura de los alguaciles en funciones policiales, como verdaderos ojos y brazos de la Sala.

Los dos alcaldes restantes debían ocuparse de las causas civiles de rastro en primera instancia, para lo que hacían audiencia pública en la cárcel de corte todas las tardes, cada uno con cuatro escribanos de los ocho que había de Provincia, y sus sentencias eran apelables - siendo pleitos de más de 50.000 maravedís- al Consejo y ante ellos mismos -en pleitos de menor cuantía-; se ocupaban también de la apelación de las causas civiles que conocía la justicia ordinaria de la villa de Madrid -el Corregidor- de 10.000 a 50.000, en lugar de las audiencias, con apelación ante ellos mismos. En caso de disconformidad entre los dos alcaldes, debería determinar el consejero más nuevo junto a ellos, sin *más apelación, ni reclamación, ni otro recurso alguno*. De manera que, en principio, entendían estos dos alcaldes en apelación las causas que habían sentenciado ellos en primera instancia de menos de 50.000 maravedís y las apelaciones de la justicia de Madrid de 10.000 a 50.000, aunque más adelante se ampliará esa limitación hasta pleitos de 100.000 maravedís.

En cuanto a su **jurisdicción**, según Núñez de Castro

*nómbra[n]los Alcaldes de Corte y Rastro, porque su jurisdicción se estiende a los que siguen al Rey quando haze jornada: el Rastro de la Corte en lo antiguo era una legua, despues se estendió a las cinco, y en seguimiento de*

*las causas civiles o criminales y que se causan en su jurisdicción se extiende su poder, mandando con provisiones Reales, selladas con el sello del Consejo a las ciudades, villas y lugares de los Reynos de Castilla y León, donde mandan hazer prisiones, averiguaciones y todas las demas diligencias jurídicas pertenecientes a la causas de que conocer<sup>645</sup>.*

Desde su origen, los alcaldes de casa y corte actuaron como jueces sobre delitos cometidos en el lugar donde se encontraba el rey y asentaba su Corte, extendiendo su radio de actuación al *rastro*, a ese territorio comprendido -en el período que nos interesa- por las cinco leguas de alrededor. Al trasladarse la Corte a la actual capital, el *rastro* supuso la jurisdicción efectiva de los alcaldes sobre los lugares y tierra de las cinco leguas de su entorno. Ese privilegio significó que la Sala entendía *con jurisdicción total y única, sobre todos los pleitos y causas tanto civiles como criminales que se plantearan en aquellos lugares comprendidos en el término de cinco leguas de distancia de Madrid*<sup>646</sup>.

En 1625 estos lugares eran: Parla, Torrejón de Velasco, Bayona, San Martín de la Vega, Casarrubuelos, Ciempozuelos, Pinto, Valdemoro (eximido), Móstoles, Brunete, Torrejón de Ardoz, Arroyomolinos, Batres, Sacedón, Serranillos, Cubas (eximido), Humanes, Griñón, Arganda, Alcobendas (los tres últimos eximidos), Barajas, Villanueva de la Cañada, Odón, Polvoranca, Paracuellos, Ajalvir, Cobeña, Algete, Fuente el Saz, Torrelodones, Villa del Campo, Torres, Loeches, Mejorada, Camarma del Campo, Camarma de Esteruelas, Torrejón de Ardoz, La Alameda, Daganzo de Arriba, Daganzo de Abajo, Pesadilla. Y dentro de la

---

<sup>645</sup>NUÑEZ DE CASTRO, Alonso, *op. cit.*, f. 114.

<sup>646</sup>ESQUER TORRES, Ramón, "Lugares de las cinco leguas: Madrid y sus aldeas"; en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, tomo V, Madrid, C.S.I.C., 1970, págs. 121-124, pág. 121.

jurisdicción de Madrid: Vallecas, Vicálvaro, Ambroz, Coslada, Rivas, Vaciamadrid, Velilla, Rejas, Canillas, Canillejas, Hortaleza, Chamartín, Fuencarral, San Sebastián, Fuente el Fresno, Villaverde, Getafe, Fuenlabrada, Torrejón de la Calzada, Humanejos, Perales, Aravaca, Humera, Pozuelo de Aravaca, Las Rozas, Majadahonda, Boadilla, Alcorcón, Leganés, Carabanchel de Arriba, Carabanchel de Abajo, Navalcarnero<sup>647</sup>.

Del mismo modo que los alcaldes controlaban importantes aspectos de la vida socio-económica de Madrid, extendían ese dominio también a estos lugares, ejerciendo *cierto control en el comercio de determinados productos que, siendo necesarios para el consumo de la Corte, estaban obligados los susodichos lugares a proporcionarlos abasteciéndola, con prohibición de venderlos y comerciarlos libremente*<sup>648</sup>

#### **b) Funciones, competencias y atribuciones de la Sala.**

Entre las propiamente *judiciales*<sup>649</sup>, vimos cómo Felipe II establecía las que básicamente configuraron su campo de acción. Conocen en primer lugar, como alcaldes de corte y rastro, de todos los procesos civiles y criminales del lugar de residencia de la Corte y sus cinco leguas alrededor. En segunda instancia entendían en las apelaciones de los jueces ordinarios del lugar donde residiera la Corte. De sus

---

<sup>647</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1211, ff.. 83 y 84, citado también por Ramón Esquer, aunque con varios errores en los topónimos.

<sup>648</sup>ESQUER, Ramón, *op.cit.*, pág. 122.

<sup>649</sup>Véase, ROLDAN VERDEJO, R., *Los jueces en la Monarquía absoluta: su estatuto y actitud judicial. Corona de Castilla, siglos XIV-XVIII*, La Laguna, 1990.

propias sentencias en procesos criminales en los que hubiesen fallado en primera instancia o en apelación sólo había posibilidad de suplicación ante ellos mismos; de modo que ostentaban, en la práctica, la suprema jurisdicción en lo criminal.

Cuando conocían de algún proceso por comisión del Consejo, pese a la norma de verse en el Consejo las apelaciones de pesquisidores nombrados por dicho organismo, de hecho el Consejo podía remitirlas también a los alcaldes de casa y corte<sup>650</sup>.

Se trataba, pues, de un tribunal que ostentaba una doble jurisdicción *una absoluta y suprema para lo criminal, sin apelación ni súplica de sus sentencias, si no era ante ella misma y otra común para los Alcaldes que, como jueces ordinarios, conocían en primera instancia de los pleitos civiles hasta cierta cantidad, con las apelaciones ante el Consejo*<sup>651</sup>.

Sobre las disposiciones ya citadas de 1583 van introduciéndose modificaciones. Se hizo una pragmática en 1599, publicada al año siguiente en la que se establecía *nueva orden para el conocimiento y determinación de las causas civiles y criminales, dada a los alcaldes de corte*<sup>652</sup> por la que los seis alcaldes de la Sala se ocuparían de la determinación de las causas criminales todas las mañanas y cuatro de ellos visitarían los presos los lunes, miércoles y viernes por la tarde, mientras que los dos restantes se encargaban de las causas

---

<sup>650</sup> ALONSO, MA Paz, *op. cit.*, pág. 127.

<sup>651</sup> GONZALEZ PALENCIA, Angel y VARON VALLEJO, Eudosio, *Consejo de Castilla. Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Catálogo por materias*, Madrid, 1925, pág. XV.

<sup>652</sup> *N.R.*, II, 6, 18.



civiles. En cuanto a las primeras -las criminales-, el más antiguo de los seis alcaldes podría despachar por sí sólo las de menor importancia, mientras los otros cinco hacían audiencias de provincia por separado, asistidos cada uno por dos escribanos -cometido que les ocuparía las tardes de los martes, jueves y sábados- conociendo en pleitos civiles como estaba determinado; para éstas, el Presidente del Consejo nombraría de los cinco que restaban a dos para que conocieran en grado de apelación de las causas que los otros tres alcaldes hubieran sentenciado hasta 100.000 maravedís y de las determinadas por la justicia ordinaria de la villa hasta esa misma cantidad -sin apelación posible-. Esos dos alcaldes designados eran los que tenían la obligación de acudir las tardes de lunes, miércoles y viernes en la sala destinada a conocer lo civil en grado de apelación; y si los dos no conseguían acordar su parecer sería el alcalde más antiguo el que intervendría en la resolución -no ya un consejero, lo que indica una consolidación de los modos de actuar la Sala y la confianza que el Consejo depositaba en ella como tribunal.

Así pues, se puede apreciar cómo se reforzaba la dedicación a asuntos criminales, dado que todos los alcaldes de casa y corte se ocupaban en ellos por las mañanas y no sólo cuatro como hasta entonces, lo que respondía no sólo al incremento de esa actividad -que es irregular en estos años- sino sobre todo al predominio de su especialización en esa concreta orientación de sus funciones. Piénsese que, por razones de prestigio, a la Sala le debía interesar más incrementar su acción en un campo en el que tenía la suprema jurisdicción y una creciente reputación que se extendía a sus intervenciones como jueces de comisión, que asumir más competencias en

las causas civiles en las que sus decisiones eran apelables.

También en 1600, Felipe III recordaba a los alcaldes de su casa y corte algunas de sus obligaciones<sup>653</sup>, como que para resolver las causas criminales debían reunirse al menos tres de ellos, o que en lo relativo a los presos en la cárcel de corte -visitas, despacho o puesta en libertad- debían estar presentes asimismo tres alcaldes.

Otras de sus obligaciones más destacadas eran las de **vigilancia, prevención, investigación y persecución de los delitos**, que van adquiriendo tal importancia que la Sala llegó a ser la institución que conformó la situación *policia*l de Madrid -por encima, desde luego, del corregidor y la justicia ordinaria de la villa-; se trataba sobre todo de sus actividades de control y vigilancia sobre la población, de la división de la Corte en cuarteles y de las rondas -como medios para ello- y de su intervención en la investigación y represión de las infracciones.

Sin embargo, tal vez lo más singular fue el dominio que, poco a poco, impuso la Sala sobre muchos aspectos de la vida cotidiana, derivado de su obligación de velar por los abastecimientos de la Corte, puesto que se tenía una clara conciencia de su relación con el orden público, ya que:

*El pueblo siempre fue malo de contentar y fácil de alborotarse y si a los principios no se estorba son grandes los daños que se siguen y dificultoso y aun ynpusible el remedio.*

*Las causas porque el pueblo con mas façilidad se ynquieta suelen ser faltas de pan y de otros bastimentos, muchas ymposiçiones, preçios crecidos y mudanças de moneda y así es menester tengan los Alcaldes cuydado en todas estas ocasiones de no faltar de los lugares publicos y castigar luego con rigor qualquier alboroto y también a quel que los causa que suele ser quien vende los bastimentos y otras*

---

<sup>653</sup> N.R., II, 6, 19.

*cosas y en esto no a de ver omision ni dilacion*<sup>654</sup>.

Se pedía no sólo muchísimo cuidado con abastos y precios para evitar posibles alborotos populares sino también que se reprimiese cualquier indicio, el principio de cualquier exceso para impedir así que se perdiera el respeto a la autoridad. Diagnóstico y recomendaciones que resultan singularmente significativas al tratarse de unas advertencias para servir la plaza de alcalde de casa y corte, fruto de la experiencia destilada por la práctica de generaciones de esos ministros.

De modo que para la Sala mantener el orden en Madrid no consistía sólo en vigilar y reprimir, sino también en prever y proveer lo necesario para que no se llegase a situaciones en las que la población pudiera inquietarse peligrosamente; de ahí que se ocuparan atentamente de los obligados y las tasas que garantizaban la disponibilidad y asequibilidad de los mantenimientos (son innumerables sus autos sobre pan y grano, carne, tocino, puerco fresco y sus despojos, aves, pescados, aceite, vino, agua, nieve, leña, carbón, etc.).

Desde luego, la acción de los alcaldes en el rastro, en las cinco leguas, se hacía sentir mucho más que en los asuntos de justicia -que, al fin y al cabo, eran en cierto modo garantía de eficacia, proximidad y rapidez-, en estos aspectos de control económico que subordinaban parte de la producción de esos lugares a las necesidades del mercado madrileño, entablándose una verdadera lucha entre los campesinos y los comerciantes que trataban de sacar el mayor partido a sus productos, intentando venderlos fuera o eludir los precios de tasa y la vigilancia

---

<sup>654</sup>A.H.N., *Consejos*, Libro 1173, "Libro de noticias para el gobierno de la Sala", f. 81.

de los alcaldes que contaban con guardias para evitar el posible contrabando o las infracciones al respecto<sup>655</sup>.

Precisamente, en esa última disposición de Felipe III que citábamos de 14 de enero de 1600 se insistía a los alcaldes en que

*cumpliendo lo que por otra ley os está mandado, acudais cada día personalmente adonde se venden los mantenimientos desta nuestra Corte y a los rastros, carnicerías, pescaderías y candelarias, y adonde ay regatones y bodegones, para proveer y remediar lo que por ellas está ordenado*<sup>656</sup>.

Aun antes de estar la Corte establecida en Madrid, ya en 1551, hubo conflictos ocasionales por estos asuntos con la justicia ordinaria de la villa: algunos regidores de Madrid se quejaron de que los alcaldes de casa y corte no les dejaban hacer las posturas de la caza y pesca. No obstante, la respuesta del Consejo fue ordenar a los alcaldes que cumpliesen la Ordenanza existente

*que dispone pongan los precios de pan, vino, cebada, paja, carnes, cazas, aves, i otros mantenimientos que se traxeren a vender a esta Corte de otra parte, informándose de los Regidores i Fieles del precio de las cosas que uvieren de poner, para que más justamente las señalen el precio; i que de aquí adelante, assi en esta Villa, como en las demas partes, donde la Corte fuere, guarden la dicha Ordenanza...*<sup>657</sup>.

De manera que diez años antes de la llegada de la Corte -y, con ella, de la Sala- a Madrid, las autoridades municipales tenían ya perdida la batalla ante el Consejo por el control de parte de la actividad económica. Lo que en principio -con una Corte que *pasaba por*

---

<sup>655</sup>Recuérdese el portero ya citado que pedía licencia para llevar colete de ante porque actuaba de *espía* en relación con los carreteros y el vino que debían traer a la Corte y temía sus posibles represalias.

<sup>656</sup>N.R., II, 6, 19.

<sup>657</sup>A.A., II, 6, 1, "Qué deven hacer los Alcaldes de Corte en las posturas de los mantenimientos que se traen a ella". 1551, noviembre, 11, Madrid, Consejo.

*Madrid* en ocasiones- suponía un detrimento en favor de organismos y personajes extraños a la villa, más tarde, al asentarse éstos en ella, implicará un dominio efectivo derivado de la seguridad que otras autoridades de menor peso y autonomía no podían garantizar.

Las normas que regulaban esa situación de los alcaldes fueron complicándose y especializándose en cada producto o situación. Puede ilustrarnos al respecto, por ejemplo, el auto de 9 de noviembre de 1622 que contiene *Lo que han de hacer los Alcaldes de Corte, i el Semanero para el gobierno en el Repeso, i Carniceria; ordenes que se dan a los Alguaciles del mes, i otras providencias, i penas de la contravención*<sup>658</sup>, por el que se establecía que el alcalde semanero hiciera las posturas de los mantenimientos y las asentara en la tabla que estaría en el repeso para que fueran conocidas; tenía asimismo que haber un libro en el repeso en el que se asentasen ante el escribano las condenaciones hechas por los alcaldes en el repeso, carnicerías, plazas u otros lugares de venta de la Corte el mismo día en que fueran impuestas; el libro debía ser llevado a diario a la Sala para que el fiscal tomase razón y los alcaldes figilasen su cumplimiento y castigasen las faltas, enviándose además relación al Consejo.

Los alguaciles asignados para ello se debían ocupar de presentar a los alcaldes y, especialmente, al semanero los mantenimientos de los que tenían que hacer postura; eran también los encargados de comprobar los pesos, dando testimonio a la Sala de los incumplimientos y fraudes -todos los alguaciles tenían obligaciones en este ámbito, pero se nombraban por turno dos cada mes con especial comisión para ello-. Era en el ejercicio de estas funciones cuando los alguaciles eran tentados

---

<sup>658</sup> A.A., II, 6, 21.

más frecuentemente y no todos se resistían a aceptar los sobornos cumpliendo fielmente sus obligaciones. Así, en el auto se les recordaba que no podían cobrar dinero por llevar los mantenimientos ante los alcaldes, o se ordenaba que al alguacil *que nouviere hecho causas o prisiones criminales en el mes precedente no se nombre para el dicho efecto aunque le toque el turno* -puesto que resultaría sospechoso, cuando menos, de escaso rigor y, más seguramente, de cohecho o corrupción-. Esas corrutelas en estos negocios de mantenimientos tenían a menudo el carácter de verdaderos acuerdos en los que cada parte tanteaba a la contraria: los oficiales de la Sala presionaban con su autoridad, haciendo la vida difícil a los comerciantes que no solicitasen su protección, mostrando un celo excesivo en la observancia de la ley, con abusos y molestias, etc.; mientras que éstos, por su parte, les ofrecían sus productos como regalo *desinteresado*, hasta la formalización de esos tratos de favor, incluso bajo la forma de derechos o contribuciones que los comerciantes pagaban a estas justicias de conciencia poco escrupulosa. Ese tipo de comportamientos, notorios para todo el mundo, no pasaban tampoco desapercibidos para la autoridad que los castigaba:

*porque se ha entendido que los Alguaciles, i Porteros del mes, i los Escrivanos de semana, que tienen obligacion de acudir a las posturas, i negocios del Repeso, llevan a los carniceros i cortadores cierta contribucion ordinaria, assi de carne, como de dineros, i que esto es causa de que **disimulen los delitos de dichos carniceros i cortadores**; ninguno de los susodichos lleve cosa alguna directe ni indirecte [...], i los cortadores i carniceros, ni otra persona por ellos, no se lo den en manera alguna so las mismas penas.*

Esta doble condena deja bien claro cómo no se trataba de simples abusos de los oficiales -que eran bien habituales- sino de verdaderos acuerdos que beneficiaban a ambos infractores.

Alfredo Alvar trata perfectamente este tema en la parte correspondiente al abastecimiento de la capital en su espléndida *El nacimiento de una capital europea. Madrid entre 1561 y 1606*<sup>659</sup>, resultando especialmente clarificador para una evolución de precios y abastecimientos de cereal, carne y vino en ese período. Según el profesor Alvar, desde 1584 -año decisivo en muchos aspectos para la Corte- la injerencia de los alcaldes de casa y corte en el abasto de la ciudad es más directa, modificando su funcionamiento, probablemente a causa de la crisis de esos años<sup>660</sup>.

El abastecimiento madrileño se organizaba de distinto modo según los productos: los cereales -esenciales en la dieta de los ciudadanos, y lo que verdaderamente marcaba las épocas de carestía- tenían el mercado abierto para que la oferta tuviera incluso excedentes; el vino, sin embargo, estaba sujeto a imposiciones que obligaban al vendedor a actuar también como transportista y negociante, puesto que tenía prohibido servirse de intermediarios que encarecieran su mercancía.

No obstante, el sistema más común era el de los obligados, por el que se organizaba el abastecimiento de la mayoría de los alimentos -muy significativamente de la carne- y también de otros productos imprescindibles, como el carbón, por ejemplo. El procedimiento consistía en sacar a subasta anual el monopolio de cada producto sujeto a obligaduría; normalmente eran varios los hombres de negocios que se interesaban por él, presentando sus propuestas -con precios, plazos y disponibilidades- y sus pretensiones -pagos, anticipos, exenciones...-.

---

<sup>659</sup> ALVAR, Alfredo, *El nacimiento de una capital europea. Madrid entre 1561 y 1606*, Madrid, Turner, 1989, págs. 105-148.

<sup>660</sup> *Ibidem*, pág. 119.

Se entraba de ese modo en una fase de negociación en la que la Sala (en el caso de la Corte, en las otras ciudades sus respectivos concejos) partía de condiciones duras para tratar de rebajar las exigencias de los tratantes que pretendían encargarse del abasto en cuestión; se recibía a cada uno de ellos y se iban haciendo públicas sus condiciones, abriéndose así un período en el que cabía la posibilidad de mejorar las ofertas hechas por los candidatos rivales, lo que, sin duda, beneficiaba económicamente a la ciudad. Finalmente, el ayuntamiento la adjudicaba a la propuesta más ventajosa y la Sala aprobaba o rechazaba dicha decisión. Generalmente, las adjudicaciones eran definitivas o muy difícilmente renegociables una vez aceptadas por las partes. Caso de que, por cualquier razón, no se llegase a un acuerdo con ningún obligado, eran la Sala y el Concejo los encargados de abastecer directamente a la ciudad<sup>661</sup>.

Vemos, pues, que la Sala también en estos aspectos mantenía en una posición subordinada al Concejo madrileño, lo que le suponía tareas añadidas en sus funciones de vigilancia -regatones, intermediarios, contrabando, etc., que ya veremos-.

Parece, en cualquier caso, que este control sobre el abasto y los precios suponía que *los precios* [al menos de la carne -muy significativa por su variedad en precios, gustos y *prestigio*-] *fueron subiendo en Madrid, pero fue un ritmo más sossegado que en otras partes, sin duda las compras tan grandes al por mayor permitían frenar*

---

<sup>661</sup> Pueden verse, por ejemplo, las condiciones fijadas para el abasto del carbón -menos conocido- en 1613 con el obligado Juan de Huete, quien cedió el remate -acordado por cuatro años- en su padre Francisco de Huete y otros: A.H.N., *Consejos*, libro 1205, ff. 271-272.

En 1619, por ejemplo, hay ya también un obligado de la nieve -que era traída habitualmente de la sierra de Navacerrada.



los precios, más que los intentos de llevar a término una política de contención; lo que resultó uno de los atractivos de Madrid: *más oferta de todos los productos que en el campo y, por ello, más variedad de precios*<sup>662</sup>.

Basta echar una mirada a los papeles de los alcaldes de casa y corte para comprobar esa enorme oferta de productos de los que se preocupaba repetidamente la Sala, a veces corrigiendo los precios con apenas unos días de diferencia<sup>663</sup>, y dando normas para tratantes de numerosos productos, para verduleros, fruteros, panaderos, pasteleros, buñoleros, carniceros, cabriteros, tenderos, bodegoneros, taberneros, etc.

No cabe, pues, ninguna duda de que una de las misiones a las que la Sala se entregaba con minuciosidad era mantener el abasto de Madrid en una *normalidad* ajena a oscilaciones en la producción que podían resultar socialmente peligrosas.

Un ejemplo de cómo cumplían los alcaldes con estas atribuciones puede verse en el *Pregón general para la gobernación desta corte*, que vuelve a darse con motivo del traslado de la Corte a Valladolid -donde no se conocían las normas que reglamentaban la vida de la capital-, en él son bastantes las medidas que se ocupan de la afluencia suficiente

---

<sup>662</sup>ALVAR, Alfredo, *op. cit.*, pág. 161.

<sup>663</sup>Nos encontramos con trigo, cebada, arroz, harina, pan de todo tipo, panecillos de leche, bizcochos, buñuelos, rosquillas, roscones, bollos, una inmensa variedad de carnes -vaca, ternera, carnero, corderos, cabritos, puerco fresco y adobado, lechones, conejos y gazapos, gallinas, pollos, perdices, pichones, palominos, cabezas y asaduras, menudillos, despojos, tocino, manteca, longaniza, morcilla, salchichas...-, huevos, frutas y verduras de todas clases -guisantes, cebollas, espárragos, setas y hongos, aceitunas, etc.-, aceite, distintas variedades de vino traídas de varios lugares, cera para velas, materiales de construcción -maderas, cal, ladrillo, yeso, piedra, ...

de abastecimientos, de la calidad de éstos, de su precio y, por supuesto, de intentar evitar prácticas perjudiciales para los propósitos de la Sala -que no se vendiese el trigo mezclado ni adulterado, que los mantenimientos se descargasen en la plaza para controlar así su distribución, que ni los mesoneros ni los regatones comprasen para revender, que se garantizase el aprovisionamiento de leña, que no se vendiese fruta dañada, que los despenseros no usaran de su oficio como acaparadores, que no se vendiese sin autorización, etc.

Pero esta verificación no se limitaba a los productos alimenticios, sino que la Sala trataba asimismo de mantener un mercado asequible y sin fraudes por parte de los roperos, sastres, cordoneros, jubeteros, plateros, etc.<sup>664</sup>.

Una muestra de esa preocupación es, por ejemplo, otro pregón de buen gobierno que dieron los alcaldes en agosto de 1608. En él se fijaba primero el precio: el pan de dos libras debía venderse a 24 maravedís y en los lugares dentro de las 12 leguas de la Corte a cuatro maravedís menos -para que no se buscara un beneficio vendiéndolo fuera y la Corte tuviese así oferta suficiente-; después se establecían limitaciones en la adjudicación del grano -ningún pastelero, panadero ni bodegonero de la Corte podían comprar trigo ni cebada en las ocho leguas de su entorno, con la intención de obligarles a buscar suministros de fuera y que así no se beneficiaran de un grano que ya estaba absorbido por el mercado de Madrid, lográndose así mayores cantidades; lo mismo se ordena a mesoneros y cajoneros: que no comprasen la cebada dentro de esas ocho leguas y adquiriesen la paja fuera de las cinco leguas-; asimismo, a las personas hacendadas que se

---

<sup>664</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1199, ff. 1-7.

procuraban sus aprovisionamientos se les ordenaba que se proveyesen de trigo para sus casas fuera de la villa y por todo el año de modo que el *pan que biniera a benderse a esta corte sirva para los pobres y personas que no se pueden proveer por junto con aperçibimiento que no se les dará pan en la red* -donde se distribuía-; para evitar la especulación con ese pan que se vendía al por menor en la Corte se prohibía dar a nadie en la red más de doce panes; y, por último, la Sala se preocupaba de la seguridad de quienes abastecían la Corte, para evitar abusos antes de que pudiera distribuirse libremente la mercancía, para lo que disponía que nadie tomase a los labradores las cargas de pan que traían *sino que lo dejen entrar en la plaza y rred desta corte libremente para que allí se rreparta y se les de lo que ubieren de llebar*<sup>665</sup>.

### c) Prestigio de la Sala.

El **prestigio** de la Sala de alcaldes de casa y corte se manifestaba de diversas maneras. En primer lugar, con el título y trato que se le debía: las peticiones que se hacían ante el tribunal se encabezaban con el título de *Muy Poderoso Señor*; en las súplicas que se elevaban a él el trato era de *Alteza*; y de palabra a los jueces de la Sala se dirigían como *Señoría*<sup>666</sup>. En la villa y corte su propia situación y ominipresencia justificaban el respeto que se le tenía; pero esa especial consideración de que eran objeto se extendía también

---

<sup>665</sup> *Ibidem*, libro 1200, f. 352.

<sup>666</sup> NUÑEZ DE CASTRO, Alonso, *op. cit.*, f. 115.

a gran parte de la Monarquía merced a la confianza que el Consejo de Castilla depositaba en ella al encomendarle las comisiones de asuntos especialmente complicados por tratarse de conflictos de jurisdicciones o afectar a personajes destacados o a colectivos. Su autoridad -como supuestos transmisores directos de la voluntad regia- era reconocida -aunque no siempre de buen grado- incluso por los grandes que se dedicaron a la vida cortesana, *señores tan poderosos, tan altivos, y al mismo tiempo tan sumisos a las órdenes reales, aunque fueran transmitidas por un simple alcalde de casa y corte*<sup>667</sup>.

La Sala, en cierto modo, hacía partícipes de su prestigio a aquellos que frecuentaban su trato o gozaban de su confianza. Eso es lo que llevó a Juan Martínez, cura de la iglesia de Santa Cruz a quejarse ante el Consejo, puesto que era *costumbre usada y guardada de inmemorial tiempo a esta parte de que el tribunal de vuestros alcaldes acudan a oír a ella los sermones de las quaresmas de cada año los días que ay costumbre de predicarse y aora sin causa ni rraçon que justa sea, solo por complaçar al lizenciado pedro vaez fiscal del dicho tribunal y a su ynstancia y negociación con ocasion de que tiene ciertas parientes en el convento de la concepción Geronima desta villa an mudado a el los dichos sermones excluyendo y privando dellos a la dicha yglesia*. Así que, el cura se sentía agraviado por perder audiencia tan respetable para sus sermones y consideraba que ello era *gran daño y perjuicio suyo [de la iglesia] y de los parrochianos de ella*<sup>668</sup>.

---

<sup>667</sup> DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio, *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, Madrid, Istmo, 1985, pág. 80.

<sup>668</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1205, f. 258.

Como en el caso de otros ministros de justicia destacados -los miembros del Consejo, adelantados o merinos-, y ya desde Alfonso XI, se castigaba gravemente a quien atentase contra los alcaldes de casa y corte hiriéndoles o matándoles<sup>669</sup>.

## 2.2. El Concejo y el corregidor de Madrid<sup>670</sup>.

Por lo que a las atribuciones de justicia de los corregidores se refiere, vimos ya sus características generales, de modo que nos ocuparemos aquí de las peculiaridades del cargo en Madrid, marcadas por el crecimiento demográfico y por la capitalidad que supuso la intervención en este campo de la Sala de alcaldes de casa y corte, que desplazó al corregimiento, recortando sus funciones en este campo.

Los corregidores de la villa -estando ya la Corte en Madrid- fueron autorizados por el Consejo, en principio, por auto de 8 de julio de 1569<sup>671</sup> a tener tres alguaciles y otro más para el campo. Naturalmente, el enorme crecimiento de la Corte supuso un incremento paralelo del trabajo para estos oficiales; de manera que a los corregidores no les quedó otra opción que aumentar el número de ellos.

---

<sup>669</sup> N.R., VIII, 22, 1:

*defendemos que ninguno sea osado de matar, ni herir, ni de prender a qualquier de los sobredichos: y qualquier que lo matare, que sea por ello alevoso, y lo maten por justicia doquier que fuere hallado, y pierda todos sus bienes para la nuestra Camara: y si lo hiriere, o prendiere, que lo maten por justicia, y pierda la mitad de lo que oviere...*

<sup>670</sup> Sobre el gobierno municipal y el Concejo madrileño como institución resulta bien ilustrativa la tesis de Ana GUERRERO MAYLLO, *Oligarquía y gobierno municipal en la Corte de la Monarquía Hispánica. El Concejo de Madrid entre 1560 y 1606*, Madrid, U.N.E.D., 1990; tesis doctoral dirigida por Antonio de Bethencourt y Massieu.

<sup>671</sup> A.A., III, 5, 1.

a su servicio, excediéndose incluso en lo que les estaba permitido, sin duda, con la intención de aumentar su presencia y prestigio en un ámbito en el que los alcaldes y alguaciles de corte estaban mucho más presentes. Así lo confirma la orden del Consejo al representante real en el concejo madrileño de que limitasen el número de alguaciles de los treinta y uno que tenían en 1613 a los dieciseis que estaban determinados, cuyos nombramientos debían ser, además, registrados por el escribano de la Sala de Gobierno del Consejo<sup>672</sup>.

Nótese que era el Consejo de Castilla el que, por medio de sus autos acordados, se preocupaba de manera singular del gobierno de la villa y corte: supervisaba la actuación del corregidor hasta llegar a registrar los alguaciles que éste nombraba -detalle al que no descendía en el control de los restantes municipios-, limitaba las actuaciones de la Junta -la cual, por otra parte, contaba ya con la presencia del Presidente y otros dos consejeros- y dominaba plenamente a la Sala de alcaldes de casa y corte. Así que, los conflictos jurisdiccionales y los enfrentamientos se resolvían habitualmente con la intervención directa del Consejo que, en última instancia, era quien dirigía la vida de la capital, de ahí la preeminencia de la Sala, su fiel brazo ejecutor como ya dijimos.

Sin embargo, el impetuoso crecimiento de la capital hizo que, poco después, el Consejo, en auto de 6 de septiembre de 1619 autorizase al corregidor a que pudiera tener cuarenta y dos alguaciles, lo que pronto volvería a ser considerado excesivo por los consejeros del nuevo rey, quienes, dos años después<sup>673</sup>, decidieron limitar<sup>674</sup> a veinte el

---

<sup>672</sup> A.A., III, 5, 6.

<sup>673</sup> A.A., III, 5, 7.

número de alguaciles de la villa de Madrid, incluidos los que servían en los monasterios de las Descalzas y de la Encarnación y todos los destinados en cualquier tipo de servicio, adjudicándose al Consejo la vigilancia de esta limitación y el registro de las bajas y altas que debían serle comunicadas por el corregidor siempre dentro de ese número de veinte.

Esa supeditación directa queda al descubierto en el siguiente auto acordado de 1622

*lo dispuesto [...] cerca de que el mas antiguo de los Alcaldes de esta Corte esté obligado todos los dias a dar cuenta al señor Presidente del Consejo de todo lo que los Alcaldes, i Alguaciles la hubieren dado de las rondas de la noche antes, sea, i se entienda con el Corregidor, i Thenientes de esta Villa, para que de aqui adelante esté obligado a dar la dicha cuenta a su Ilustrisima mui particular cada dia en lo que en las rondas le huviere sucedido*<sup>675</sup>,

de modo que el Consejo equiparaba en su obligación de dar cuenta de sus actividades de vigilancia -como eran las rondas- al corregimiento y a la sala de alcaldes; pero mientras que ésta estaba orgánicamente vinculada al Consejo, el corregidor lo estaba sólo por su nombramiento y esta preocupación lo evidencia por el singular interés de los consejeros en los asuntos cortesanos, en el control social y la vigilancia de la villa en que se asentaban la residencia del monarca y la de los propios consejos.

El corregidor podía también en algunos casos ser cometido por el Consejo en determinados asuntos particulares. Así ocurrió, por ejemplo,

---

<sup>674</sup> Tal vez, en relación con la misión reformadora que Olivares y Zúñiga se atribuían en su ascenso al poder, y su intención expresa de restaurar la equidad y justicia de tiempos de Felipe II, con la creación de en abril de 1621 de la Junta de Reformatión.

<sup>675</sup> A.A., III, 5, 8, 1622, octubre, 6, Madrid.

en 1608 cuando el *Consejo de Justicia* -es decir, las salas de justicia del Consejo- da comisión al corregidor de Madrid -en ese momento, don Gonzalo Manuel- para que fuese juez privativo y único de las rentas y débitos de Madrid, con inhibición de cualquier otro juez, sobre un pleito que se seguía con el obligado del pescado<sup>676</sup>, asuntos en los que normalmente entendía la Sala de alcaldes, lo que, probablemente, alentaría los conflictos y haría aún más indispensable la mediación del Consejo.

Entre las prerrogativas del corregidor de Madrid<sup>677</sup> se contaban: proveer las plazas de alguaciles, conocer en todos los pleitos en que la villa fuese actora o viese con inhibición de otros tribunales, formar parte de la Junta de Caridad de Madrid, ser juez conservador del pósito de la villa, presidir las reuniones del Ayuntamiento y las votaciones de cargos y oficios -que se hacían secretamente por real provisión de 16 de diciembre de 1579-, vigilar la actuación de los escribanos del número del Concejo -que, por ejemplo, no llevasen derechos indebidos por las escrituras y procesos-, supervisar los derechos y obligaciones de los regidores y los precios de los abastecimientos -esto último como cualquier otro corregidor, por cedula de 1453, si bien las circunstancias cambiaron, desde luego, con la llegada de la capital y de las instituciones que la acompañaban-, visitar las tabernas por medio de sus tenientes y sus ministros, etc.

---

<sup>676</sup>A.V.M., *Secretaría*, 2-397-67.

<sup>677</sup>A.V.M., *Secretaría*, 7-443-58; recoge una recopilación de dichas prerrogativas hecha a comienzos del siglo XIX, pero que contiene autos, cédulas, disposiciones, resoluciones y decretos desde el siglo XV referidos al corregidor madrileño.



El tratamiento del Ayuntamiento, como el de todas las ciudades con voto en Cortes, era de *Señor*<sup>678</sup>.

En cuanto a la composición del gobierno de la villa de Madrid, según Núñez de Castro:

*Goviernase la villa de Madrid por un Corregidor que nombra dos Tenientes con aprovacion del Consejo, y estos tienen jurisdiccion ordinaria; un Alferez mayor con grandes preheminiencias; cuarenta Regidores, a quienes antes de tomar posesion se les hazen exactas informaciones de Nobleza y limpieza de sangre, dos Escrivanos de Ayuntamiento, un Procurador General, tres Contadores, cuatro Abogados, y todos estos tienen lugar en los actos publicos, un Mayordomo de propios, otro del Posito, un Recetor de Alcavalas, otro de Millones, y otro de sisas ordinarias, veinticuatro escrivanos que llaman del numero, veinte Procuradores, cuarenta Alguaciles, ocho Porteros de vara, seis de Estrados y cuatro Maceros; nombra cada año el Ayuntamiento dos Alcaldes, uno de los Hijosdalgo y otro de los Hombres Buencis y dos Fieles Executores, diferentes Alarifes para las fabricas que continuamente se van haziendo en la villa, y Fontaneros para el reparo de sus fuentes, y aprueba las Iusticias ordinarias de las villas y lugares de Jurisdiccion que son catorce villas y treinta Aldeas. Tiene un Vicario y ocho Notarios del Arçobispo de Toledo, a quien la villa en lo espiritual está sujeta. Tiene título de Cornada...*<sup>679</sup>.

A la villa de madrid correspondía asimismo la administración de los corrales de comedias desde 1632 -antes estaba en manos de un consejero de Castilla, juez protector del Hospital General y de los teatros: en 1608, dicho cargo lo ocupaba el licenciado Juan de Texada; tras su muerte fueron jueces protectores de las comedias para la Corte y también para las demás compañías del Reino el licenciado don Gregorio López Madera y don Antonio de Contreras. A principios del XVIII, dicha judicatura recaería en los corregidores de la villa y corte como confirmación de la práctica de su administración que venía ejerciendo

---

<sup>678</sup>Por cédula real de 12 de marzo de 1599.

<sup>679</sup>NUÑEZ DE CASTRO, A., *op. cit.*, págs. 174-175.

el municipio desde mediado el siglo XVII<sup>\*\*\*</sup>.

Es también ejemplo de como era el Consejo quien distribuía, en principio, numerosos aspectos de la administración y vigilancia de la vida madrileña y era esta institución la que distribuyó responsabilidades, la que complicaba competencias e intervenía para delimitar jurisdicciones y actividades -en absoluto claras, a veces duplicadas- y la que, haciendo dejación de su inmenso poder y omnipresencia -más que de atribuciones concretas- engrandeció el papel de una u otra institución menor.

El panorama de las Instituciones de Justicia madrileña se completaría con las Juntas, pero su carácter extraordinario y lo poco que se conoce sobre ellas hace que no entremos a describirlas. Solían contar, como la de 1590 con representantes del Ayuntamiento -el propio corregidor y algún regidor-, de la Sala -un alcalde de casa y corte- y del Consejo de Castilla -el presidente y algunos concejeros-, con lo que esta última institución controlaba y orientaba también su funcionamiento.

### **2.3. Conflictos jurisdiccionales entre las Instituciones de Justicia de la Villa de Madrid.**

Como no podía ser menos, los conflictos más frecuentes y acaso los más importantes, institucionalmente hablando, fueron los que

<sup>\*\*\*</sup>A.V.M., *Secretaría*, 2-158-34.

enfrentaron al Concejo madrileño -con su corregidor a la cabeza- con la Sala de alcaides de casa y corte. Y no podía ser de otro modo por la naturaleza de ambos organismos y el momento por el que atravesaban. Si Madrid era una villa con voto en Cortes, con corregidor desde tiempos antiguos, celosa de sus derechos y la Corona se había empeñado en fortalecer la posición, poder y prestigio -de modo especialmente cuidadoso en los quehaceres judiciales- de sus representantes en los municipios, el corregimiento madrileño no pudo ver sumisamente cómo el orgullo y reputación que para la villa supuso el establecimiento de la Corte en 1561 llevaba aparejado un impresionante recorte en su capacidad de actuación a manos de una Sala de alcaides que durante siglos había seguido a la Corona por todo el reino y que, en las últimas décadas, se había fortalecido, beneficiándose de la estructuración que la burocracia experimentó por los esfuerzos de la *monarquía moderna*, servida por unos ministros que habían ganado ya un merecido prestigio de eficacia y representación de la justicia del rey -por medio del Consejo-, y que habían sabido sistematizar modos de actuación en el asentamiento, seguridad y mantenimiento de la Corte en las ciudades por las que pasaba -poniendo, con ese fin, a las autoridades locales inmediatamente a sus órdenes-. En las medidas y en el procedimiento judicial la Sala constituía una potente máquina capaz de ponerse a funcionar con tremenda prontitud y acostumbrada a postergar los derechos e intereses de los concejos para cumplir su cometido, que vió multiplicada su capacidad con la sedentarización de la casa real y su corte, concentrando todas sus energías en un sólo lugar y sintiendo subordinada -como siempre hacía- la justicia del corregidor, y no sólo la justicia sino también los abastos, los

privilegios, etc.

Respaldada como estaba por el Consejo, sólo éste podía reconducir la situación. Sin embargo, el Consejo Real, en las dos primeras décadas, al menos, dio alas al poder de la Sala y sólo cuando la situación se estabilizó, medió de modo más neutral.

Ese solapamiento institucional que supuso la llegada de la Corte se solucionó en parte con el despojamiento de gran parte de las funciones judiciales que el corregidor había ostentado hasta entonces, especialmente en causas criminales -que correspondieron casi por completo a los alcaldes de casa y corte-, en parte con la duplicación de algunas competencias, sobre todo de las más vagas, pero también las más visibles como eran, por ejemplo, las de vigilancia y supervisión: así, las rondas -ya explicamos cómo el Consejo exigió que se le rindieran cuentas de las mismas- o la inspección de determinados lugares como las tabernas o el control de los abastos -estableciéndose tablas de la villa y tablas de la Sala para el pan, por ejemplo-; pero no sin que todo ello dejase de originar disputas que debían ser solucionadas con la mediación del Consejo.

Por ejemplo, así ocurrió cuando, al quejarse el Concejo de que los alcaldes de casa y corte se entrometían en las visitas que los tenientes de corregidor hacían a las tabernas, el Consejo dio autos en 1599 y 1626 para procurar que eso no ocurriese<sup>681</sup>; claro que la Sala continuó ocupándose de las tabernas, de sus propietarios, del precio y calidad del vino, etc.

Otra disputa de importancia entre ambas instituciones era la generada por la supervisión del aprovisionamiento de trigo, disputa que

---

<sup>681</sup>A.V.M., *Secretaría*, 7-443-58, punto 13.

en momentos de especial carestía -como ocurrió en 1584- se hacía más grave y patente, culpándose al Concejo de incapacidad para solucionar los problemas<sup>682</sup>

El Consejo, generalmente, trataba de que las diferencias no derivasen en enfrentamientos de mayor trascendencia, consciente de que la duplicidad y la coincidencia de atribuciones, reproducirían unos choques que sus intervenciones no zanjaban definitivamente; y, tal vez, era eso lo que buscaba el Consejo Real: que la vida de la Villa y Corte no estuviese demasiado dominada por unos únicos y excesivamente fuertes intereses corporativos y que la rivalidad pudiera beneficiar a la villa en los aprovisionamientos y a la Corona en la mayor vigilancia y orden público.

Naturalmente, eran muchos más los problemas jurisdiccionales de la capital. Uno de los principales cometidos de los corregidores desde su establecimiento -y, por tanto, uno de los propósitos en los que la Corona se mostraba más interesada- fue la vigilancia de la actividad de los **jueces eclesiásticos**, evitando cualquier posible usurpación de la jurisdicción real; asimismo el Consejo de Castilla, en su Sala de Gobierno, especialmente, entendía en las posibles fuerzas y causas por intromisión o incumplimiento de sus provisiones y de las leyes reales por parte de eclesiásticos y prelados. Si a ello añadimos que Madrid pertenecía a la jurisdicción espiritual del poderoso arzobispado de Toledo -el cual trataría naturalmente de afianzar su preeminencia-, que, como capital del reino, contaba con la presencia del nuncio papal, y que, como sede del sistema polisindial, era residencia del Consejo

---

<sup>682</sup>ALVAR, Alfredo, *op. cit.*, pág. 120.

de Inquisición, es fácil imaginar que los conflictos con la jurisdicción eclesiástica no debieron ser escasos.

Algunos de esos enfrentamientos, quizá los más violentos, cristalizaban en torno a la cuestión de los retraídos que pretendían acogerse a la inmunidad eclesiástica, en tanto que las autoridades locales y, menos aún, las reales no estaban dispuestas a conformarse con esa extensión abusiva de la jurisdicción de la Iglesia por medio del *sagrado*. Estas cuestiones se resolvían a veces con la intervención *por las bravas* de los alguaciles, quebrantando el *sagrado*; pero otras daban lugar a interminables pleitos en los que lo de menos era el fugitivo y sus presuntos delitos y lo importante que prevaleciera el derecho alegado por perseguidor o protector; llegándose a veces a situaciones de singular truculencia, bastante novelescas, en las que se trataba de esconder al sospechoso de la parte contraria, de hacerle llegar mensajes subrepticamente, de recurrir a todas las instancias posibles, empleando todas las influencias disponibles en la Corte. Por ejemplo, a un alférez huído de la justicia real se le encontraron, escondidos en el colchón de un mesón donde dormía, unos papeles<sup>683</sup> del notario apostólico de la audiencia arzobispal de Toledo -Juan de Salas- en los que explica el pleito entre el alférez don Miguel de Valenzuela y la justicia de Toledo. Según el notario, el alférez se acogió a la inmunidad de la Iglesia, y se dieron tres sentencias en su favor a la espera de la definitiva por el juez comisionado por el nuncio, publicándose entretanto en la ciudad las correspondientes censuras y entredichos sobre el cumplimiento de dichos fallos mientras que se llevaba la causa al Consejo Real por el juez de comisión; de manera que

---

<sup>683</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1200, f.488, 1606, noviembre, 17, Toledo.

el alferez fue devuelto a la iglesia. Pero, a pesar de las sentencias, la justicia lo sacó de la dicha iglesia y lo encerró a fin de evitar que pudiese concluir sus diligencias y enviarlo a galeras *por caminos ynçiertos para no poder ser seguido, no dejándole hablar con ninguna persona*, de manera que el juez apostólico no sabía a donde acudir con las censuras ni a que juez eclesiástico cometer para que constasen las resoluciones sobre la causa del alferez y que *venga a noticias de qualesquier personas de qualquier estado y calidad que sean como el dicho alguacil y demas guardas que an de llevar al dicho alferez estan descomulgadas* -la amenaza propia de la autoridad eclesiástica cuando los oficiales de justicia osaban ir contra sus privilegios-, y para que el *reo secuestrado* tuviese constancia de las acciones que en su defensa se emprendían se mandó al notario eclesiástico que le enviase testimonio de esas diligencias -cometido que fue el origen de este documento-, *el qual por el mucho cuydado que con él se tiene se le llevaron dentro de una pella de manjar blanco por no aver orden para entregarle los demas papeles*. De modo que vemos a la justicia actuando como detectives y empleando todos los trucos de los abogados y procuradores en los tribunales, elevando a cuestión de honor un caso, en principio, no tan importante: vemos cómo se recurre a una instancia eclesiástica superior -el *nunçio de su santidad*- y cómo de la justicia de Toledo el asunto pasa al Consejo por medio de los alcaldes comisionados en la causa y los que finalmente encuentran los papeles -*en guadalcaçar en el meson frontero del monesterio*-.

Parece ser que la situación llegó a ser tan frecuente -recuérdese el ya citado caso de Duque de Estrada, también en Toledo- y creaba tantos problemas a la justicia real -por elevación de la local que se

veía bien maniatada bien abrumada por entredichos, excomuniones y recursos de todo tipo de jueces eclesiásticos si se atrevían a perseverar- que el Consejo terminó por tomar cartas en el asunto<sup>684</sup> puesto que los abusos eran notorios, cobijándose a la desesperada los fugitivos en casi cualquier parte pretendiendo amparo y, lógicamente, los consejeros no estaban dispuestos a que, por esa vía *de facto*, se ampliase la inmunidad, ni siquiera a que aumentasen las dificultades que se oponían a la justicia real.

Este tipo de cuestiones afectaba a la Sala por partida doble: por el buen número de ocasiones en que estas circunstancias se daban en la Corte y por los casos en que los alcaldes de casa y corte eran comisionados en auxilio de las justicias locales que se veían en inferioridad de condiciones en cuanto la jurisdicción eclesiástica movía sus engranajes. Y precisamente para que los alcaldes cuando, como jueces de corte, eran enviados en comisión en *alguna causa Eclesiástica por vía de fuerza* no se vieses desamparados, el Consejo consultó al rey que fuesen llevadas esas causas ante el propio Consejo, y lo mismo en los casos de fuerza de la Universidad de Alcalá de Henares, que se entendían como negocios eclesiásticos y que a veces se pretendía llevar ante la Chancillería con el consiguiente debilitamiento para la

---

<sup>684</sup> *Ibidem*, libro 1201, f. 271, 1612, marzo, 31, Madrid. Consejo:

Mandaron que de aqui adelante qualquier persona que se retrajere en esta corte o a otra parte que no sea yglesia monesterio a lugar sagrado pretendiendo ynmunidad por el mismo caso que se probare averse retraido a otra parte sea condenado en dos años de destierro y en cinquenta mil maravedis para la camara de su magestad y gastos de justicia por mitad y no teniendo con que pagar la dicha condenacion sean tres años de destierro y por la segunda cien mill maravedis y quatro años de destierro y no teniendo de que pagarlos en seis años de destierro y por la tercera vez sea condenado en seis años de galeras al remo y sin sueldo y que por solo aberse retraido en otra parte que no sea lugar sagrado pretendiendo la dicha ynmunidad sea avido por confesso del delito porque se retrajo y contra el se proceda como no sea para pena de muerte lo qual mandamos que se publique en esta corte para que venga a noticia de todos y asi lo probeyeron y mandaron.



posición de los alcaldes<sup>685</sup>. Vemos en ese caso cómo se mezclan intereses y jurisdicciones eclesiásticas, universitarias, de los alcaldes de casa y corte -como comisionados-, de las chancillerías y del mismo Consejo que fue quien resolvió con la aceptación del rey y fortaleciendo la acción de su instrumento -la Sala- y la suya propia como instancia suprema.

Un problema de jurisdicción constante se le presentaba a los alcaldes ante los **nobles** y, sobre todo, ante los Grandes. Mencionamos anteriormente cómo éstos reconocían la autoridad de los alcaldes como representantes de la ley real, pero este reconocimiento no implicaba siempre el cumplimiento de sus órdenes. Si mientras la Corte fue itinerante los choques pudieron eludirse y las tensiones descargarse, al fijarse la capital y establecerse en ella gran número de potentados<sup>686</sup>, dispuestos siempre a hacer valer sus privilegios -puesto que, en gran medida, acudían a Madrid precisamente a exhibir su poder y deslumbrar con su prestigio y preeminencias-, el enfrentamiento con la Sala era inevitable directa o, con más frecuencia, indirectamente al defender los señores a criados y servidores suyos por un prurito de honra y reputación. De ese modo, hay un cambio en la posición de los alcaldes de casa y corte y así lo reconoció el Consejo en los medios con que los dotó, si bien siempre salvaguardando los privilegios y, en la práctica, casi la impunidad personal de los Grandes: justo el año

---

<sup>685</sup> A.A., II, 4, 25, 1618, marzo, 9.

<sup>686</sup> Núñez de Castro registraba -con su título, apellidos y lugar donde tenían sus estados- como residentes o frecuentadores de la Corte: 51 duques, 9 príncipes -italianos-, 21 marqueses, 15 condes, además de sus primogénitos y otros; *op. cit.*, págs. 207-214.

anterior de la decisión de Felipe II de trasladar a Madrid la Corte, el Consejo estimaba que:

*En las demandas que se ponen a los Grandes del Reino ante los Alcaldes de las Chancillerías de Valladolid i Granada se guarden las leyes, i no aya novedad; pero los Alcaldes de Corte no conozcan de semejantes negocios, i se les dé orden que deven tner para que esto aya cumplido efecto<sup>687</sup>.*

No obstante, con el tiempo, vuelta ya la Corte de Valladolid, se les otorgaron ya esas competencias, aunque por supuesto no se recortaban las inmunidades de la Grandeza<sup>688</sup>, lo que, además de cubrir una necesidad de hecho para que los alcaldes de casa y corte pudieran cumplir con sus obligaciones, supuso también un reconocimiento del rango efectivo de la Sala, que gozaba cada vez de un mayor prestigio y predicamento en comparación con otros tribunales.

Una situación que preocupa particularmente -y también derivada de la estancia de la Corte en Madrid- era la propiciada por la presencia en Madrid de los **soldados de las guardias del rey** y de numerosos **militares** que acudían a solicitar remuneraciones por sus servicios, plazas, destinos o ascensos, acogidos tanto unos como otros al **fuero militar**.

Dentro de la Casa Real, entre los numerosos cargos que se integraban en ella, estaba el de soldado de cualquiera de las tres guardias del rey -monteros de Espinosa, amarilla o alemana-, con más de cien hombres en cada una<sup>689</sup>. Núñez de Castro incluía en el capítulo

---

<sup>687</sup> A.A., II, 6, 3, 1560, abril, 27, Toledo.

<sup>688</sup> A.A., II, 6, 18, 1609, enero, 10, Madrid.

<sup>689</sup> ALVAR, Alfredo, "Aspectos de la vida diaria en la Corte del rey de España", en *La vida cotidiana en la España de Velázquez*, Madrid, 1989, págs. 91-108; pág. 93.

dedicado al "lustre y magnificencia de la Casa Real" a las *guardas de las personas reales* que eran: los Monteros de Espinosa -*oficio antiquísimo, de mas de seisçientos años*- en número de cuarenta, naturales todos de Espinosa de los Monteros; Guarda de los Arqueros - *que vino de Flandes con el señor Rey Felipe I, son cien Archeros*-; Guarda Española, originada en el año 1504, formada por ciensoldados españoles; y Guarda Vieja -*que llaman de la Lancilla*- integrada por cien españoles, que tenían entre sus funciones la de acompañar los cuerpos de las personas reales cuando eran trasladados al gran panteón de El Escorial<sup>690</sup>.

Los soldados por su propio carácter, por la inactividad que suponía la vida cortesana, por ser algunos de ellos extranjeros, por contar con la presión y el valor añadidos para sus cuestiones y excesos que suponía el que fuesen a menudo en grupo -o, en cualquier caso, sabiéndose al menos con el respaldo solidario de sus camaradas- y siempre armados, y por disfrutar de un fuero mucho más preciso y efectivo que otros que los juzgaba más con complicidad que con benevolencia, eran un adversario temible para los alcaldes que apenas podían perseguirles cuando cometían delitos o infracciones. Así lo refleja el *Libro de noticias para el gobierno de la Sala* -que era, en cierto modo, la sedimentación de la experiencia de los alcaldes, el legado profesional a quienes se sucedían en sus cargos-, que dedica uno de sus puntos a los soldados de las guardas<sup>691</sup> de los que dice:

*Una de las cosas que mas embaraça la execucion de justicia y el buen gobierno en la corte son los soldados de las guardas porque con este titulo y ser exentos de la*

---

<sup>690</sup>NUÑEZ DE CASTRO, A., *op. cit.*, págs. 205-207.

<sup>691</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1173, cap. 60, ff. 82v-83v.

*jurisdicción ordinaria y berseles disimular sus demasías y aun que algunos de los jefes que suelen tener les alientan a ellas ni tienen respecto ni ay atrevimiento que no ejecuten y así es menester con ellos gran prudencia.*

Insistían además los alcaldes en su queja sobre las exenciones y derechos de que disfrutaban los soldados y la constante oposición entre la Sal y los guardas por sus frecuentísimos excesos, si bien distinguían de entre ellos a los arqueros de los que afirmaban que *son jente de muy honrado proceder.*

La Sala registraba también las *Preeminencias de que gozan los soldados de las guardas de Su Magestad que son la de Archeros, Hespañolas y Alemana*, remitidas en 1607 por el rey para tratar de aclarar la confusa posición de sus alcaldes frente a sus soldados<sup>692</sup>; en ellas el monarca se hace eco de las quejas del marqués de Camarasa, *capitán de nuestras guardas españolas de a pie y de a caballo*<sup>693</sup>, quien acusaba a la Sala de no respetar el derecho de sus hombres a llevar armas ofensivas y defensivas tanto en todos los reinos como en la Corte<sup>694</sup>, que el rey ordena aquí a la Sala que se respetase.

Pero no sólo la cuestión de las armas enfrentaba a los alcaldes con los capitanes de las guardas -como valedores de sus soldados-. Veámos algún ejemplo de cómo efectivamente se repetían con cierta asiduidad los altercados, no sólo por el dudoso comportamiento de los miembros de las guardias reales, sino también por la obstinación de los

---

<sup>692</sup> *Ibidem*, libro 1173, "Autos de buen gobierno probeidos por la Sal de los señores alcaldes de Casa y Corte de Su Magestad", ff. 1-4v. de los relativos a las guardas.

<sup>693</sup> En 1616, a 24 de julio, se dio ese título al Marqués de Pobar, gentilhomme de la cámara del rey y del Consejo de Guerra.

<sup>694</sup> Derecho concedido por provisión real en 1599, sobrecartada en 1606 y, de nuevo, en este documento de 7 de marzo de 1607.

alcaldes en intervenir en esos casos que les estaban vedados. Así, en 1620 la Sala apresó y procedió criminalmente contra dos soldados de la guarda española -uno de a caballo llamado Juan Gallego de Moya y otro de la guarda amarilla que se llamaba Alonso Jiménez-, por lo que tiene que intervenir directamente el monarca, que en una orden real recordaba a los alcaldes que

*en otras ocasiones tengo mandado que las causas que tocaren a los soldados de mis guardas se remitan a sus capitanes y que solo ellos conozcan de ellas*

por lo que les mandaba que

*dareis horden que luego sin replica ni dilacion se rremitan estos soldados a su capitan con el proçeso que se hubiere fulminado contra ellos para que proçeda en su causa*<sup>695</sup>.

Sin embargo, los alcaldes no se daban por vencidos y no sólo trataban de intervenir siempre que podían, sino que incluso replicaban a estas órdenes reales. Por ejemplo, en un curioso escrito en el que apelaban a sus prácticas tradicionales y a cómo anteriormente habían entendido en dichas causas:

*Mandaron [los alcaldes] que se aga ynformacion de como de uno diez veinte treinta quaretna años a esta parte an visto y oydo deçir a sus pasados que aquellos lo oyeron deçir a los suyos que de tanto tiempo que memoria de hombres no hes en contrario la Sala de los dichos señores alcaldes a proçedido contra los soldados de las guardas de Su Magestad en todos los delitos que an cometido que no an tocado al exerçicio de sus ofiçios y los an castigado sin que ayan visto savido oydo ni entendido que los capitanes de las guardas ayan conoçido de los dichos delitos contra los dichos soldados y que tal hes la publica boz y fama y comun opinion sin aver visto ni oydo deçir lo contrario, y lo señalaron*<sup>696</sup>.

En vista de la resistencia de la Sala, el rey tuvo que intervenir

---

<sup>695</sup> *Ibidem*, libro 1207, f. 438, 1620, diciembre, 16, Madrid. Orden real.

<sup>696</sup> *Ibidem*, libro 1208, f. 186, 1621, marzo, 3, Madrid, Auto de los alcaldes. Seguido de los correspondientes informes hasta el f. 205.

de nuevo en 1625 para zanjar la cuestión de una vez por todas -o, al menos, así lo pretendió- atribuyendo todas las causas criminales de estos soldados a sus capitanes

*El Rey*

*Por quanto entre los capitanes de mis tres guardas que son la de harcheros, española y alemana y alcaldes de mi casa y corte a havido diversas competençias sobre el conozimiento de los delitos que cometen los soldados de las dichas mis guardas de que an rresultado muchos ynconbenientes y encuentros enbarazandome a mis ministros y quitando el tiempo que menester para cosas mas preçisas conbiene proveer de rremedio conveniente y para que le tenga aviendo visto diferentes consultas de los del mi consejo bienen el conozimiento de los delitos que cometen los soldados toca a los capitanes he resuelto que **todos los casos criminales de los soldados** de las dichas mis tres guardas de archeros, española o alemana, general y unibersalmente **se rremitan a los capitanes dellas**, a cada uno el que le tocara asi en las causas que al presente hubiere pendientes, como las que suçedieren adelante sin que los dichos alcaldes ni justicia desta villa de madrid reserven en si ninguna por grave que sea aunque intervenga alevosía, moneda falsa, resistencia o otro qualquiera pero bien **permito que ynfragante delito los alcaldes de la dicha mi casa y corte, juezes y justicias della puedan prender a los dichos soldados y presos en virtud desta mi zedula los rremitan luego a sus capitanes sin esperar para ello mandato ni nueba consulta...**<sup>697</sup>.*

Los alcaldes se veían así, con respecto a los soldados, despojados de sus atribuciones judiciales -las que les otorgaban prestigio y el verdadero poder- y conservaban sólo algunas policiales - las más arriesgadas y las que podían provocar altercados más violentos-. Parece ser que tales privilegios no hicieron sino aumentar la rivalidad, envalentonando a los guardias frente a los alcaldes y tratando éstos de reducir sus excesos, que debieron llegar a tales extremos que, con el tiempo, se dio, en cierta manera, marcha atrás y se autorizó a los alcaldes a *proceder contra los soldados que les*

---

<sup>697</sup> *Ibidem*, libro 1173, "Autos de buen gobierno probeidos por la Sala de los señores alcaldes de Casa y Corte de Su Magestadff. 7v.-8v. de los relativos a los soldados de las guardas; 1625, noviembre, 6, Madrid.

*hicieren resistencia, aunque sean de la Guarda de su Magestad y pretendan gozar del privilegio de serlo*<sup>698</sup>. de ese modo no quedaban tan indefensos ante quienes nada tenían que perder por resistirse -incluso con las armas- a unos jueces que no podían juzgarlos ni siquiera por ese delito cometido contra sus personas.

Sin embargo, no eran los hombres de las guardias los únicos protegidos por el fuero militar que causaban trastornos a la Sala. Por la Corte, deambulaban, desocupados, buen número de soldados *pretendientes* de alguna merced y que, en tanto, se entretenían en labrarse una merecida fama de valientes en pendencias, desafíos y desacatos a cualquier autoridad que pretendiera poner coto a sus desmanes -con más frecuencia que cualquier otra, la Sala de alcaldes de casa y corte-. La literatura está llena de estos personajes fanfarrones, actores del papel a que su propia imagen les obligaba. Tenemos también el testimonio de otro de esos insignes aventureros que nos regalaron sus fabulosas autobiografías -exageradas en cuanto a su propio papel en las hazañas en que participaron, en su heroicidad, tal vez; pero no tanto en los hechos y, menos aún, en los datos que nos aportan sobre algunos comportamientos-: el capitán Alonso de Contreras que acudió a Madrid con credenciales del Gobernador de Puerto Rico y *una carta para el Rey y una certificación honrada* del Duque de Medina Sidonia. Según escribe, acudió a Palacio y dió cuenta de sus méritos al mismo don Baltasar de Zúñiga y entregó personalmente al rey las dos cartas que llevaba, informándole de los últimos hechos en que participó -en Africa, socorriendo la fortaleza de la Mámora-, enterando asimismo

---

<sup>698</sup> A.A., II, 6, 24, 1637, septiembre, 26, Madrid.

al Consejo de Estado. Avisado al día siguiente por Zúñiga, se le prometió -siempre según él-, a petición propia, una plaza de almirante de una flota, aunque pronto comienzan a dársele largas dado que *Su Majestad, al presente no puede más en materia de maravedises* y el Consejo no quería consultar la plaza por lo que comenzaron a pasar los meses con el resultado de que el puesto que esperaba le fue adjudicado a otro. De nuevo, acudió ante el rey y, en los corredores de Palacio, le abordó con un memorial, el monarca *cogió el memorial, arrebatándomelo de las manos, y volviendo la espalda se fue y nos dejó a todos confusos, porque era recién heredado*<sup>699</sup>. Pasaron otros seis meses hasta que el Conde de Olivares le comunicó que tendría plaza como uno de los dieciseis capitanes nombrados por la Junta de armadas en la flota que se iba a constituir para la vigilancia del Estrecho, acrecentándole el salario que como capitán ya tenía y autorizándole a levantar su compañía en la Corte<sup>700</sup>.

Por tanto, estuvo el capitán al menos ocho o nueve meses en Madrid sin destino; y, de quien había dicho -o, más probablemente, hubiera querido decir- a don Baltasar de Zúñiga *busco reputación y no dinero*, no podemos creer que estuviese mano sobre mano en ese tiempo, sin hacer valer la valentía que a un capitán español se suponía.

---

<sup>699</sup> Era el breve intervalo en que Zúñiga preparaba el terreno a su sobrino Olivares, recién ascendido al trono el joven Felipe IV. Zúñiga era desde 1617 consejero de Estado, comendador mayor de León de la Orden de Santiago y ayo del rey. El mismo día de la muerte de su padre -31 de marzo de 1621- el heredero entregó formalmente a don Baltasar los despachos, tras ordenar a Uceda que los dejase. Zúñiga murió en octubre de 1622, por lo que entre esos dieciocho meses debió producirse la comparecencia de Contreras. Véase ELLIOTT, J.H., *El Conde-Duque de Olivares*, Barcelona, Crítica, 1989, págs. 61-101.

<sup>700</sup> CONTRERAS, Alonso de, *Aventuras del capitán Alonso de Contreras, 1582-1633*, Madrid, Revista de Occidente, 1943, págs. 184-190.



Pero al cabo de ese período tampoco estaba garantizado que dejase de ser un soldado ocioso, pretendiente en la Corte, puesto que, por ejemplo, en su mismo caso, tras levantar en menos de un mes una compañía de más de trescientos hombres con la bandera enarbolada en Antón Martín y salir con ellos, pasar algunos meses de marchas y embarcados, tuvo el mando de quinientos hombres que marchaban a las galeras de Génova, pero que son enviados a Lisboa a embarcar en la armada que iba a enfrentarse con la inglesa, estuvieron varios meses en Cascaes y Belén, para, finalmente, con la reforma que hizo el general de mar y tierra tocarle volver a su tropa con Madrid en espera de nuevas órdenes para ir a galeras, pero ese *proyecto se fue enfriando [...]*, con lo cual nos quedamos **pobres pretendientes en la Corte**. Esa fue la ocasión en que Lope de Vega lo acogió en su casa por más de ocho meses. Y esta vez, su posición en la Corte como pretendiente no le parece airosa: *me pareció vergüenza estar en la Corte, sobre todo no teniendo con qué sustentarme, que allí parecen mal los soldados, aunque lo tengan*<sup>701</sup>, apreciación bastante correcta y, desde luego, suave desde el irritado punto de vista de los alcaldes de casa y corte, que se quejaban con frecuencia de esos soldados sin sustento y peligrosamente ociosos en la agitación madrileña, tal como notificaron al rey:

Señor

*los alcaldes dizen que en esta corte andan muchos soldados pobres con ocasión de lo qual ay muchos delitos y juegan publicamente en los campos a los dados y para este efeto es fuerza que hurten y capeen = la sala los apreso y proçedido contra ellos pero como no pueden ser castigados corporalmente pareçe convendria tomar por mayor el remedio desto para que se hechen desta Corte. Vuestra Magestad lo mandara ver y proveer lo que mas convenga a su rreal*

---

<sup>701</sup> *Ibidem*, pág. 195.

*serviço, de la sala = março 28 = de 1612*<sup>702</sup>.

Efectivamente no era un problema de fácil solución, los alcaldes, desde luego, no podían ir contra el fuero militar y ni siquiera lo pretendían. La única solución recurrente era la que tantas veces se propuso: expulsión de la Corte; la misma que se recomendaba para los vagabundos y falsos pobres, también desocupados, socialmente peligrosos e indeseables y atraídos por los posibles beneficios que podía depararles Madrid -vida más fácil, posibilidad de pasar desapercibidos en una ciudad populosa y cobijarse entre compañeros de camino-.

De modo un tanto paradójico, la Sala de los alcaldes de casa y corte -servidora del rey, al que seguía a todo lugar donde se instalase, para ejecutar y hacer cumplir allí la ley real- tenía uno de los límites a su actuación precisamente en el ámbito del **Palacio Real**.

Entre los oficios de Palacio y casa Real destacaban los de mayordomo mayor, camarero mayor, caballerizo mayor, gentiles hombres de cámara, capellán mayor, limosnero mayor, cazador mayor, montero mayor, aposentador mayor de Palacio y secretario de cámara<sup>703</sup>. El primer puesto lo ocupaba el *mayordomo mayor del rey* -había también un mayordomo mayor para la reina-, puesto de gran importancia, era miembro nato y destacado de la Junta de Obras y Bosques y gozaba de importantes

---

<sup>702</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1201, f. 269.

Véase VIÑAS MEY, Carmelo, *Forasteros y extranjeros en el Madrid de los Austrias*, Madrid, 1963, págs. 9 y 10. Al respecto de los soldados escribe: *deambulaban en patrullas por las calles matritenses, llenando las tabernas, participando en toda cuestión y en todo tumulto, favoreciendo a unas autoridades contra otras en los frecuentes conflictos de jurisdicción, escalando casas y allanando conventos, y realizando, en suma, toda clase de desmanes. A la sombra de los soldados acogíanse otros elementos del hampa, estableciéndose una especie de continuidad entre los excesos de aquéllos y de éstos...*

<sup>703</sup>NUÑEZ DE CASTRO, Alonso, *op. cit.*, págs. 196-205.

privilegios protocolarios -y, por tanto, de prestigio-, tenía aposento en Palacio y era el mediador de las audiencias regias, custodiaba por las noches las llaves de Palacio, y -lo que más nos interesa- *a través suyo se canalizaban todas las peticiones de justicia (sin apelación ni revista) o de gracias y mercedes referentes a la Real Casa, y recibía juramentado de los criados que había a sus órdenes. De la misma forma, al ser el mayordomo mayor responsable de la seguridad en Palacio, dentro de su recinto era superior a los alcaldes de Corte o sus alguaciles*<sup>704</sup>.

Algunas jurisdicciones tradicionales como la de la Mesta o la de la Hermandad hubieron de adaptarse a la distorsión que introdujo la irrupción de los alcaldes de casa y corte en sus ámbitos respectivos.

Ya en 1539, Carlos V dispuso que de los alcaldes y jueces de la Hermandad se apelase a los alcaldes de las chancillerías habitualmente, pero que en la Corte y cinco leguas alrededor se apelase ante los alcaldes de casa y corte, a los que se prohibía conocer en sentencias que no se produjesen en ese rastro -lo que indica que tendían a hacerlo-<sup>705</sup>.

Pero parece que la pugna se mantenía por la resistencia de ambas justicias, puesto que, todavía en 1594, los alcaldes de casa y corte pedían una provisión

*para que se notifique a todos los alcaldes de la hermandad de dentro de las cinco leguas desta corte que las apelaciones de los negocios criminales que antellos pasaren las otorguen para este tribunal que no para conforme a las*

---

<sup>704</sup> ALVAR, Alfredo, "Aspectos de la vida diaria en la Corte...", págs. 95-96.

Sobre la importancia de la Casa Real y su influencia, véase STRADLING, R.A., *Felipe IV y el Gobierno de España, 1621-1665*, Madrid, Cátedra, 1989, págs. 61, 77-81, 207-208.

<sup>705</sup> N.R., VIII, 13, 49.

*leyes*<sup>706</sup>,

de lo que es fácil deducir que la Hermandad prefería que sus sentencias las revisaran las chancillerías antes que una Sala de alcaldes definitivamente consolidada en sus atribuciones y funcionamiento y que trataba de afianzar, cada vez más eficazmente, su dominio -económica, social y, desde luego, judicialmente- sobre los lugares de las cinco leguas.

En cualquier caso, los tiempos irremisiblemente jugaban a favor del tipo de institución que representaban los alcaldes de casa y corte y en contra de lo que representaba la Hermandad. Así, en 1609, la Sala parece tutelar de hecho la actividad de la Hermandad de la villa en su ámbito jurisdiccional, como lo demuestra en hecho de que ésta tuviese que dar cuenta de los nombramientos de los cuadrilleros que tuviese cada alcalde de Hermandad<sup>707</sup>.

Sin embargo, hemos de ir más allá y ahondar un poco en este conflicto jurisdiccional para lo que hemos de remitirnos a antecedentes algo más lejanos. Por cédula real, Juan II ordenó, en 1453, a la villa de Madrid que hiciera Hermandad como las demás ciudades, villas y lugares de sus comarcas contra los rebeldes<sup>708</sup>; Enrique IV, en 1464, dió cédula para que Madrid nombrase dos personas que se juntaran en Segovia a hacer Hermandad, y los Reyes Católicos otorgaron Ordenanzas de la misma en 1476, reafirmando su vigencia en 1488<sup>709</sup>. A comienzos del siglo

---

<sup>706</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1198, f. 16, 1594, agosto, 19.

<sup>707</sup> *Ibidem*, libro 1200, f. 404, 1609, marzo, 11, Madrid.

<sup>708</sup> A.V.M., *Secretaría*, 2-195-11.

<sup>709</sup> *Ibidem*, 2-309-7.

Ordenanzas de los Reyes Católicos en 1-309-50 y 2-309-49.

XVII, esa Hermandad seguía vinculada al Concejo; en 1609 vemos cómo en el Ayuntamiento de la villa se discutía y decidía sobre quiénes debían ocupar los cargos de alcaldes de la Hermandad por el estado de los hijosdalgo y por el del común -si bien es verdad que dichos cargos eran cada vez más honoríficos y menos codiciados-<sup>710</sup>. Así pues, esas fricciones jurisdiccionales entre alcaldes de Hermandad madrileños y alcaldes de casa y corte pueden ser más bien un episodio más de los, mucho más frecuentes, enfrentamientos entre Sala y Concejo.

Con los alcaldes de la Mesta y lo relativo a cañadas y pastos sucedía algo parecido dada su vinculación con la villa y las dudas que sobre su jurisdicción se suscitaban, si bien sin enfrentarse con la Sala<sup>711</sup>.

Entre las jurisdicciones habituales en las villas y ciudades del reino, en Madrid encontramos alguna otra particular como es el caso de los jueces comisionados para entender privativamente en **causas de extranjeros**. Eso ocurría, por ejemplo, con los portugueses *que vienen*

---

<sup>710</sup> *Ibidem*, 2-195-20. 1609-1610, Autos sobre que Don Luis Felipe de Guevara aceptase el empleo de Alcalde por el estado de los hijosdalgo de la Hermandad de Madrid y otros de la oposición hecha por los vezinos de Madrid a que no se nombrase por tal Alcalde del estado del común a Juan de Guzmán por ser forastero. Don Luis Felipe no aceptaba su elección y se abre un pleito en el que él apela y el Consejo remite dicho asunto y apelación al Corregidor don Gonzalo Manuel con la encomienda de que apremie por todo rigor de derecho a don Luis Felipe de Guebara a que acepte y use el oficio de alcalde de la hermandad del estado de los hijosdalgo desta villa.

<sup>711</sup> A.V.M., Secretaría, 2-303-1.

En 1674, aún se pedía por parte del Ayuntamiento de Madrid que se reconociese y averiguase la jurisdicción que tiene el Alcalde de la Mesta que esta villa nombra en cada un año por el estado de hijosdalgo en orden a seguir causas contra los que rompen tierras baldías.

*Ibidem*, 1-160-63. Nombramientos de Alclade de la Mesta de Madrid, de 1639.

*i estan de passo en ella [en la Corte] i no de los que sonn vecinos i estan de assiento*, aunque en casos como éste, no había interferencias con la labor de la Sala, puesto que ese cometido se asignaba precisamente a un alcalde de casa y corte<sup>712</sup>.

Obviamente, si en todo el reino los conflictos jurisdiccionales fueron enormemente comunes, en la Corte, con sus complicaciones añadidas, el problema resultaba aún mayor, sobre todo durante los primeros años de acomodación en la villa de Madrid. La Sala de alcaldes de casa y corte fue, que duda cabe, el principal factor de alteración. Factor, por lo demás, cambiante por cuanto -insistimos- sufrió en esos años una radical transformación al consolidar poder, influencia y prestigio, pero en pugna por ampliar sus competencias y campo de acción. Pero pensemos -y esto creemos que no ha sido señalado claramente hasta ahora- que el traslado con carácter permanente de la Corte a un Madrid convertido en capital significó la irrupción en la dirección de numerosos aspectos de la actividad ciudadana del Consejo, cuyo cerebro rector estaba, por supuesto, tras el brazo ejecutor de la Sala de alcaldes de casa y corte, pero también era el responsable del nombramiento de corregidores y el órgano que mediaba en todo tipo de disputas cuando estimaba que podían resultar perjudiciales, permitiéndolas en tanto pudieran tener aspectos favorables -ya mencionamos cómo esa competencia podía ser beneficiosa, en algunos casos, para los abastos- o interviniendo decididamente, cuando lo creía imprescindible, constituyendo la Junta de Policía bajo su directa supervisión. De ese modo, el Consejo y no la Sala fue quien modificó de

---

<sup>712</sup> A.A., II, 6, 15.

verdad los poderes de gobierno y de justicia en Madrid.

### 3. LA VIGILANCIA EN LA CAPITAL. -

#### 3.1. Vigilancia económica.

##### a) Fraudes, regatones, intermediarios, despenseros.

Hemos mencionado anteriormente cómo en los abastos madrileños entendían tanto los alcaldes de casa y corte como el Concejo, tanto en la provisión como en la postura. Pues lo mismo ocurre en la inspección de dichos mantenimientos<sup>713</sup>.

Una de las más constantes prevenciones en este terreno era evitar la especulación, la acaparación de productos comprados en grandes cantidades y revendidos más tarde al por menor por regatones que encarecían las mercancías al actuar como intermediarios. Los alcaldes los persiguieron activamente como demuestran sus causas criminales y la inclusión en sus pregones generales de puntos específicamente dedicados al asunto como *que los mesoneros ni rregatones no compren para revender* o *que no se compre ortaliza para revenderla dentro de una legua*, etc.<sup>714</sup>. Naturalmente, otro tanto hizo el Concejo madrileño.

---

<sup>713</sup>Véase al respecto GUERRERO MAYLLO, A., "La inspección de abastos en Madrid durante la Edad Moderna. Un problema de competencias", en *Espacio, tiempo y forma*, 4, UNED, 1989, vol. homenaje al profesor Bethencourt Massieu, págs. 313-339.

<sup>714</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1199, f. 3r.

La situación de Madrid, con sus constantes fluctuaciones de población y las medidas para allegar todo tipo de mantenimientos, era bastante propicia para que prosperaran estos acaparadores, *pasar a convertirse en un especulador era cuestión de conciencia o de tentación, pero fácil en cualquier caso*<sup>715</sup>.

Un tipo especial de acaparadores que brotaba con singular presteza y acomodo en Madrid era el de los proveedores y dispenseros de las grandes casas nobiliarias o de los embajadores, que podían aprovecharse de su posición de privilegio en la corte para beneficiarse económicamente. En los papeles de la Sala aparecen estos personajes con cierta frecuencia, por ejemplo: el dispensero y comprador del Duque de Lerma, el proveedor del embajador de Persia, el proveedor del príncipe de Saboya -Emanuel Filiberto, serenísimo príncipe, ynfante, gran prior de San Juan, generalísimo de la mar-, *don Duarte Adbinton* -mayordomo y proveedor del *embaxador de ynglaterra don gualtero astor*-, Francisco Bentaggi -mayordomo de don Alexandro de Sangro, patriarca de Alejandría, arzobispo de Benavento, Nuncio y coletor general en estos reinos de España-, etc. Un buen ejemplo del volumen de las compras de estos dispenseros es la *Memoria de lo que a menester el embajador del emperador mi señor para el servicio y abasto de su casa*, en la que se detallan:

- *De pan grande cocido, tres fanegas cada día.*
- *Vino ordinario de tinto y blanco, lo neçesario.*
- *Vino regalado para la mesa del embajador mi señor, seis cargas cada semana.*
- *Baca y carneros, lo neçesario.*
- *Ternera para casa y familia, 18.*
- *Conejos, 450 cada semana.*
- *Palominos 80 pares cada día.*
- *Pesca, de mar, ricos frescos y salados,*

---

<sup>715</sup>ALVAR, Alfredo, *El nacimiento de una capital ...*, pág. 151.



*escaveche y los demas pescados que son menester.*

*- Azeite, vinagre, leña y carbon.*

*- Fruta de todas suertes.*

*- Mantecas frescas y saladas, guebos, quesos.*

*- Pollos, gallinas, capones de leche y ordinarios.*

*- Perdiçes, 40 pares cada dia<sup>716</sup>.*

Semejante suministro permitía, sin duda, un considerable margen para la especulación. La abundancia de despensas y despenseros preocupaba lo bastante como para que se incluyera también un punto en los pregones generales *-que los despenseros no revendan-* y un capítulo sobre ellos en el *Libro de noticias para el gobierno de la Sala*<sup>717</sup>.

En esa vigilancia para evitar reventas ilegalmente lucrativas, se tenía un especial cuidado *con los que vendían animales de pequeño porte, pues es fácil suponer que esconder varias gallinas era más fácil que varias vacas*<sup>718</sup>, y no es sólo una suposición, puesto que, efectivamente, en la Sala se recoge cómo los conejos eran escondidos bajo las capas<sup>719</sup>.

#### **b) Tabernas, bodegones y figones.**

Las tabernas, como lugar de venta de vino -producto cuyo comercio estaba singularmente controlado en la Corte-, eran uno de los puntos más vigilados, dado que en ellas se producían un importante número de

---

<sup>716</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1203, f.642, 1617, julio.

<sup>717</sup>*Ibidem*, libro 1173, cap. 61, ff. 84-88.

<sup>718</sup>ALVAR, Alfredo, *op. cit.*, pág. 151.

<sup>719</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1197.

altercados y alborotos<sup>720</sup>.

Los bodegones y figones eran los locales a los que se acudía a comer, especialmente la población de paso. La Sala se encargó con frecuencia de inspeccionar su instalación -para la que tenía que dar licencia- y, desde luego, sus precios<sup>721</sup>.

La situación de estos lugares -como señala Alfredo Alvar- *era entre pecaminosa y peligrosa, pues los abastecedores en vez de ir a la plaza, se los vendían a éstos pues sacaban mayores beneficios. El mal social se extendía ciertamente entre los figones, pues allá acudían a comer los hombres y mujeres de mal vivir, y a gastar más de lo que deberían...*<sup>722</sup>.

Por tanto, en la vigilancia de estos establecimientos se combinaban tanto las funciones de control económico como el mantenimiento del orden moral en la ciudad.

### **3.2. Papel represivo y preventivo de la Sala de alcaldes.**

Evidentemente, el mejor modo de que la vigilancia realizada en prevención de los delitos fuese eficaz, consistía en ejercer un **control** lo más puntilloso posible **sobre la población** residente y de paso en la Corte.

---

<sup>720</sup>Sobre taberneros, tabernas y vino, véase ALVAR, Alfredo, *op. cit.*, págs. 162-169.

<sup>721</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1203, f. 630-ss, *Precio a que deben vender los figones*, 1617.

<sup>722</sup>ALVAR, Alfredo, *op. cit.*, pág. 170.

Eso es lo que se pretendió, por ejemplo, en 1608. Con la excusa de hacer cumplir a los mesoneros y a quienes tuviesen casas de posada la prohibición de recibir a frailes si no llevaban licencia de los alcaldes, la Sala redactó una lista de personas -y, por tanto, de posadas- a las que notificar lo anterior<sup>723</sup>. Esas medida de examen sobre los huéspedes fueron continuamente adoptadas por la Sala, como, más tarde, en 1614, cuando ordenó que se registrasen todos los huéspedes de paso en la Corte<sup>724</sup>. Por supuesto, quienes quisieran tener huéspedes necesitaban licencia que se solicitaba a los alcaldes. Pueden leerse en los libros de la Sala algunas de estas solicitudes, como la de doña Ana de Quiñones, viuda noble y pobre que pedía autorización para poder tener uno o dos huéspedes que le permitiesen sustentarse<sup>725</sup>.

Conforme a eso, los consejeros de Castilla proponen en 1618 una minuciosa y extensa *Relación de lo que conviene hacerse para tener la noticia necessaria de los que residen en la corte y de los que entraren de nuevo y de los que conviene que salgan della*<sup>726</sup>. Para llevar a cabo esa inspección la Sala proponía organizarla a partir de los cuarteles - como inmediatamente veremos, cuarteles y rondas son las dos medidas de vigilancia de mayor envergadura tomadas en la capital- ya existentes, de modo que se constituiría una junta formada por los seis alcaldes como representantes de la inspección en sus respectivos distritos y por un consejero de la Sala de Gobierno del de Castilla como superintendente, en cuya casa se reunirían semanalmente. Naturalmente,

---

<sup>723</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1200, ff. 280-284v, 1608, marzo, 2 Madrid.

<sup>724</sup> *Ibidem*, libro 1202, f. 276.

<sup>725</sup> *Ibidem*, libro 1202, f. 192.

<sup>726</sup> *Ibidem*, libro 1205, ff. 237-240, 1618, junio, 3, Madrid.

esa división territorial que buscaba una mayor eficacia se reproduciría también dentro de cada cuartel, que sería dividido -para este reconocimiento- en *veedorías* a cargo de doce alguaciles por cuartel, obligados a vivir en las calles de su correspondiente veeduría. Una vez hecha esa estructuración, para proceder a tener conocimiento de los residentes, a cada alguacil se le designaría un escribano y ambos harían el registro de las casas de su veedoría y de los vecinos y moradores que hubiese en ellas, reseñando no sólo su nombre, sino también *el ofiçio o ocupaçion que cada uno tubiere*, registrando asimismo los criados y criadas de cada casa y los que estuvieren en las posadas como huéspedes señalando qué negocio les llevó a Madrid, *poniendo a calle hita todas las casas de sus calles*. Con estos datos el escribano debía llevar un libro con la cuenta de todas las personas de cada casa, anotando *la mudança que ubiere de los veçinos moradores, criados y huespedes de la tal cassa assi por muerte y salirse del lugar como por mudarse a otra cassa aora sea en calle de su veedoria aora lo sea en calles del mismo quartel o en calles de los demas quarteles*, así que no se trataba sólo de saber el número de habitantes y la población de paso que había en Madrid, sino de controlar efectivamente sus movimientos, conociendo cuáles eran sus oficios o cuáles las razones que les conducían a la Corte, así como sus traslados dentro de ella, que serían comprobados por el alguacil y escribano de cada veedoría en visitas quincenales tras las que registrarían en un libro los cambios que hubieran encontrado. Esas visitas se realizarían los días uno y

quince de cada mes<sup>727</sup>. Además, para estrechar más aún ese control se ordenaría que, una vez concluidos estos registros en todas las casas, calles y cuarteles de la villa, cualquier persona que entrase en Madrid debería notificar su llegada y las personas y criados que con él fuesen ante el escribano de la veeduría en la que se instalase en los dos días siguientes, y si no lo hicieran serían multados en la siguiente visita quincenal en cincuenta reales y si no tenían con qué pagar la multa lo deberían llevar ante el alcalde del cuartel por si *conviniere hecharle de aqui*. Como es lógico, en los pregones se prohibiría *mudar el nombre que tienen* en el libro de registro o registrarse en otras calles o cuarteles con otro nombre -con pena de cien azotes y destierro perpetuo de la Corte, pena grave dado que el cambio de identidad, como ya se señaló, era uno de los subterfugios que más dificultaba la acción *policial* para los medios con que entonces se contaba-. Incluso, quienes estuviesen como huéspedes en una posada o sometidos en una casa al cabeza de familia como parientes o criados necesitarían para ir a vivir a otra posada o casa o a servir a otro amo un *alvala firmado del alguacil y escribano de aquella veeduría*, responsabilizándose al *cabeça de casa o huesped*

de la posada si no se solicitaban dichos albalaes de licencia; así como a quienes alquilaran cuartos o casas o diesen posada a quienes, habiendo vivido en la villa, se mudaran sin el correspondiente albalá - con penas, en ambos casos, de doscientos reales al comprobarse en la visita quincenal-.

---

<sup>727</sup>En 1604, se obligaba ya a alcaldes y a alguaciles a visitar las calles y barrios *a lo menos una vez al mes* con la misma finalidad, aunque no de un modo sistemático. *N.R.*, II, 6, 20, punto 14.

Los que llegasen de fuera, si tenían intención de quedarse en la capital más de tres días, deberían asimismo registrarse en el libro de la veeduría en que posaren, estando obligados a mostrar a su posadero la certificación de estar registrados, siendo éste multado con treinta reales si alguno de sus huéspedes permaneciese más de tres días sin dicha certificación, estando obligado, además, a ir él mismo a registrarlo ante el escribano de su veeduría -penado con cincuenta reales, con doscientos la segunda vez, y con mil y no poder tener posada ni recibir huéspedes la tercera; si volviera a incumplirse con doscientos ducados y destierro por seis años de la Corte-.

De las novedades que se encontrasen cada quince días, el escribano debería sacar una relación y llevarla al escribano del cuartel que tendría que *yr haciendo legajos de las relaciones que se les fueren dando de cada veeduría*. Estos seis escribanos de los cuarteles deberían reunirse dos días después de cada una de las visitas en casa del escribano del alcalde más antiguo y consignar las relaciones que les hubieren entregado en cada veeduría, comprobando si los traslados para los que se habían solicitado licencias se correspondían con las altas y bajas de las veedurías respectivas, de modo que a quienes hubiesen incumplido lo dispuesto se les pudiera *prender o sacar prendas*. Dos días después -es decir, los días siete y veintidós de cada mes-, los escribanos de cada veeduría tendrían que acudir al de su cuartel a recibir las órdenes y mandamientos de prender o multar a los infractores descubiertos por los escribanos de cuartel en la junta de las visitas, siendo ejecutados por cada alguacil y escribano, señalando en su siguiente relación qué se había cumplido y qué no de tales mandamientos para que el escribano del cuartel pudiera

anotarlo en el libro de las órdenes y resoluciones -sugeridas en la junta de las visitas, dadas por el alcalde y comunicadas a los alguaciles, que volvían a informar-. Las penas en estos asuntos debían cobrarse con mandamiento que daría el alcalde por las relaciones que se le remitirían, sin oír ni citar a las partes, notificándosele asimismo su ejecución y cobro *sin forma ni figura judicial* y si el afectado apelaba se debía ver el caso en la junta de los alcaldes y superintendente cuya resolución sería definitiva, sin suplicación posible.

El escribano del alcalde más antiguo llevaría razón en un libro de los pagos que se recibieran, las cuentas correspondientes a las penas pecuniarias ejecutadas, los cargos de los alguaciles, recibir cartas de pago, dar libranzas, etc.

Estas funciones de examen sobre la población, si bien gravosas por las restricciones de la libertad individual que supondrían -o que pretendían-, no lo serían económicamente pues los gastos que generasen no recaerían sobre el conjunto de la población inspeccionada ni directamente en forma de derechos por los registros, albalaes, mandamientos o ejecuciones, ni indirectamente, por el salario de alguaciles y escribanos, puesto que tanto unos como otros saldrían de lo que se ingresara de las penas por esos conceptos, el 2 % de las cuales se reservaría para salario del receptor, del resto, cada cuatro meses se repartiría un cuarto al alguacil y otra cuarta parte a los escribanos de los cuarteles, y de la otra cuarta parte un tercio iría al escribano que tomase razón y lo demás quedaría en poder del receptor a disposición del Consejo-.

En la Junta de registros -que harían los alcaldes y el consejero-

superintendente- se resolverían, como señalamos, las posibles apelaciones y también las quejas que se recibiesen contra los escribanos y alguaciles, sobre las que cada alcalde en su cuartel haría las pertinentes averiguaciones y las castigaría si era menester; también se debería

*conferir y tratar en la misma junta todo lo que conviniere para endereçar el fin que se lleva por medio de este registro que es saverse las personas que viven en ella o si convendría hacerlas salir y que vayan a vivir a otras partes y si por aver vivido o vivir mal convendra proceder contra ellos e castigalles de lo qual quedara advertido el escrivano de cada quartel para que haga la causa en la forma ordinaria el alcalde a quien tocara y la Sala de Alcaldes<sup>726</sup>.*

No es necesario insistir mucho en el poder que esto conferiría, puesto que esa junta de registros tendría en sus manos la capacidad de decidir quiénes podrían vivir en Madrid quiénes no, por razones sobre todo de control socio-económico -según los asuntos y negocios en que se ocupasen-, de mantenimiento del orden público -los que no tenían ni oficio ni beneficio eran un riesgo potencial en momentos de crisis- y de vigilancia de la moralidad -*por aver vivido o vivir mal*-. Poder que recaería en los alcaldes, reforzando más aún su imagen de dominio efectivo sobre la vida madrileña, pero bajo las directrices del Consejo -el superintendente lo representaba-, verdadero rector e impulsor de los que ejecutarían los alcaldes.

Precisamente, las resoluciones generales que en esta junta se tomasen -*sin escrivirlas ni publicallas*- las debería llevar el superintendente a la Sala de Gobierno del Consejo -a la que pertenecía- para que en ésta se decretase *lo que se deviere haçer y salga por auto*

---

<sup>726</sup> *Ibidem*, ff. 239r-240v.



*de la sala del gobierno y no de la Junta a la qual ha de tocar solo el executallo. Más clara exposición del reparto de papeles no cabe: la ejecución en manos de los alcaldes de casa y corte y sus alguaciles; la dirección y decretos, del Consejo.*

Como es fácil suponer estas disposiciones supondrían una exhaustiva supervisión de la población madrileña, sometida a examen casi continuo de sus idas y venidas, de sus ocupaciones y de la ortodoxia de sus costumbres, puesto que, como los mismos consejeros afirmaban:

*por este medio se puede saver las personas que viven en esta corte sin offiçio ni ocupacion, los que estan mal entretenidos en ella, los que vivan mal o con escandalo, los que vienen de nuebo a vivir a ella y los que conviene hechar fuera y ha de tener mano la junta para resolver quanto a las personas particulares lo que conviniere haçer dellas en el dejalles estar o hechalles puesto que habra casos que convendría que el señor del Consejo antes de executarlos trayga a la Sala del Gobierno y espere lo que en ella se ordenare.*

¿Qué más se podía pedir, pues, a esa junta para dominar la vida cotidiana de la villa? Pues, únicamente, que los alguaciles y escribanos de las veedurías se ocupasen de *lo tocante a linpieça, empedrados, poliçia y limites*, tal como, en efecto, se propuso. De manera que lo que, en realidad, hizo el Consejo fue tratar de reconducir todas las actividades de la Sala de alcaldes de casa y corte y orientarlas hacia esta junta en la que se sometería más estrictamente a los alcaldes, a los que se pedía que informasen *de la utilidad que de executarse esto podría resultar y daños que se pueden seguir*. No tenemos noticia de la respuesta inmediata de la Sala, pero lo cierto es que el Consejo -que no pretendía otra cosa que organizar formalmente en una institución como esa junta de registro lo que era la

práctica habitual en el funcionamiento de la Sala-, mes y medio después de presentar a los alcaldes la anterior relación, decidió que era imprescindible tomar medidas muy concretas sobre la población:

*en el consejo se ba tratando por orden de su Magestad de desembarazar la corte de todo genero de gente y asi haga vuesa merced que luego se haga rregistro por cada quartel de los quen ellos viven de donde son y quanto ha que vinieron aqui y que ofiçios y ocupacion tienen y se aga esto con suma diligencia y hecho se rremita al consejo<sup>729</sup>.*

Es decir, ordenaba que se pusiera en marcha su propia propuesta. Naturalmente, la ejecución de esas medidas se encomendaba a la Sala, la cual para darle el debido cumplimiento ordenaba a sus alcaldes que

*vissiten por sus personas sus quarteles y en ellos rregistren todas las personas que en ellos viven poniendo en un libro que para ello tengan cada uno de los dichos señores la calidad, ofiçio, el modo y orden de manera de bivir que tienen en la corte, de donde son naturales, que tanto a que viben y asisten en esta, si son cassados o solteros y los demas rrequisitos que sean nezesarios para saber la vida de cada uno, lo qual se aga por ante un escrivano...<sup>730</sup>.*

Al parecer, pues, la Sala admitió la propuesta y comenzó a llevarla a cabo; pero en un auto de los alcaldes del año siguiente, se disponía que, como la visita general para saber qué personas había en la Corte y cómo vivían no se hizo como debía, se ordenase que se volviese a hacer<sup>731</sup>. Un año después, de nuevo se reiteró la orden de que se realizara, por cuarteles, una visita general de toda la gente que hubiera en la ciudad<sup>732</sup>; y también en 1621 se volvió a mandar hacer esa

---

<sup>729</sup>A.H.N., *Consejos*, 1618, julio, 18, Madrid. Orden del arzobispo de Burgos, presidente de Castilla.

<sup>730</sup>*Ibidem*, f. 56, 1618, julio, 21, Madrid. Auto de la Sala.

<sup>731</sup>*Ibidem*, libro 1206, f. 158, 11619, septiembre, 6, Madrid. Auto de la Sala.

<sup>732</sup>*Ibidem*, libro 1207, f. 259, 1620, julio, 9, Madrid. Auto de la Sala.

visita por cuarteles, registrando a todos los habitantes con su ocupación<sup>733</sup>. De modo que se cumplió la intención general del registro anualmente, si bien creemos que la junta no funcionaría como tal sino que sería los alcaldes los que seguirían ocupándose como hasta entonces de esos cometidos, y que las visitas quincenales, registros por veedurías, etc. quedarían en meros proyectos o, al menos, no se realizarían con el rigor y la exasperante meticulosidad con que fueron concebidos.

Además de ese primer escalón puramente preventivo, consistente en tener un conocimiento detallado de la población sobre la que tenían jurisdicción y autoridad, los alcaldes tomaban también medidas precautorias relacionadas con delitos concretos. Así, con respecto a los hurtos de plata, de los que los alcaldes de casa y corte, por su experiencia, decían que se realizaban con bastante frecuencia y resultaban difíciles de probar y averiguar porque los plateros fundían lo robado y no quedaba rastro de su origen al convertirlo en *rrieles y barretas y planchas de plata*, se aconsejaba para remediar tal situación, por lo cuantioso de dichos hurtos, que:

*se diesse pregon para que ningun jenero de plata ni de oro en qualquier espeçie o echura que sea si no fuere de persona conocida y no lo siendo aviendo persona que le fie o avone y que tal platero tenga obligaçion ansimismo a tener un libro en el qual aga describir lo que ansi compraren diciendo en particular lo que pesa la echura y forma que tiene y las demas señas que se pudieren poner para que se sepa con mas çerteza la tal compra y el precio que por ello dieren con dia, mes y año y lo ayan de tener por desazer y fundir y por vender diez dias todas las piezas que compraren las quales las an de tener publicamente en sus aparadores para que esten de manifiesto a todos para que las puedan ver y conocer si fuese hurtado con lo qual pareze quedaria rremdiado concluyentemente*

---

<sup>733</sup> *Ibidem*, libro 1208, f. 219, 1621, abril, 19, Madrid. Auto de la Sala.

*negocio de tanta consideracion*<sup>734</sup>.

También, pensando en evitar otro tipo de robos tan habituales como eran los escalamientos de casas, la Sala prohibió a albañiles y carpinteros trabajar de noche para que no pudieran cometerse hurtos sirviéndose de sus escaleras<sup>735</sup>. En el mismo sentido hay que entender la prohibición a los cerrajeros de hacer llaves maestras<sup>736</sup>.

En otro orden de cosas, los alcaldes buscaban igualmente tener noticias lo más rápidamente posible de los delitos cometidos para obrar en consecuencia. De ahí la obligación que tenían los oficiales de justicia de informar y de ahí también disposiciones de la Sala como la que ordenaba a médicos y cirujanos avisar al alcalde de su cuartel de las heridas que curasen o *tomaren sangre, dentro de seis oras de como hiçiere la primera cura*, para que éste pudiera iniciar las averiguaciones pertinentes para el esclarecimiento de las posibles responsabilidades.

### **3.3. La división de Madrid en cuarteles.**

Como ya hemos apuntado reiteradamente, la división de la Corte es el primer paso y uno de los medios más eficaces para sistematizar la vigilancia en la capital.

Esta división corrió a cargo de la Sala, puesto que ella se

---

<sup>734</sup> *Ibidem*, libro 1201, f. 382, 1612, octubre, 23, Madrid. Sala de alcaldes de casa y corte al rey.

<sup>735</sup> *Ibidem*, libro 1205, f. 105, 1618.

<sup>736</sup> *Ibidem*, libro 1200, f. 240, 1607.

encargó de establecer las calles que delimitaban cada cuartel, haciendo coincidir el número de particiones de la villa con el de sus alcaldes de casa y corte, a fin de que cada uno se hiciera cargo de la supervisión de un cuartel en el que estaba obligado a residir. De 1600 es la primera lista exhaustiva de cuarteles que estructura la capital en seis divisiones para su mejor vigilancia: el cuartel de Palacio, el de Santo Domingo el Real, el de San Luis, el de San Francisco, el de la Merced y el cuartel del Barranco<sup>737</sup>.

Cuando la corte se asentó en Valladolid también allí se hizo una división en cuarteles; de regreso en Madrid la sala volvió hacer una división de la corte<sup>738</sup>, en la que a partir de entonces, con algunas variaciones, se basará la labor de vigilancia y control de la sala, para cuya mayor eficacia se insistía en la necesidad de que los alcaldes residieran en sus cuarteles.

### 3.4. Las rondas.

Una de las principales manifestaciones de la actividad *policial* eran las **rondas**, verdaderas patrullas de vigilancia nocturna que se organizaban sirviéndose de los cuarteles para sus recorridos -de hecho, alguna de las relaciones citadas de los cuarteles se registraba en la Sala a fin de distribuir alcaldes y alguaciles para rondar-.

El papel predominante en esas guardias nocturnas corresponde también a los alcaldes de casa y corte. Ya Felipe II, en 1583 -cuando

---

<sup>737</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1198, ff. 404-405, 1600.

<sup>738</sup>A.H.N., *Consejos*, Libro 1200, f. 19, 1606, "Perrochia de Madrid para los cuarteles de los señores alcaldes".

el rey organizó, en lo esencial, el funcionamiento de la Sala- explicó el sentido de esas rondas, muy convenientes para el mejor cumplimiento de las funciones que se atribuían a los alcaldes -punir, castigar, estorbar e impedir la comisión de delitos en su jurisdicción-, puesto que *el tiempo y horas mas aparejadas para los delitos, son las de las noches, por andar menos gente por las calles, y poderse cometer con mas seguridad de los que tratan de hazerlos, de que muchas vezes se absternían si entendiessen que entonces avia de aver quien se lo impidiesse*<sup>739</sup>; por lo que ordenaba a los alcaldes que rondasen por turno cada noche uno, sin excusa posible, pudiendo salir todos a rondar si la ocasión lo requería.

Pero, por supuesto, las rondas debían tomar precauciones y era notorio que si tenían recorrido y horario fijos los posibles delincuentes e infractores podrían eludir su vigilancia sin demasiados problemas; por eso, *el Alcalde que huviere de rondar tendrá cuenta de hazerlo en las horas y por las partes, y lugares que le pareciere más conveniente, y mas necessario sea*<sup>740</sup>.

Naturalmente, en ese cometido especialmente peligroso los alcaldes irían acompañados por *los alguaziles y gente que fuere necessario para el acompañamiento de sus personas, buena guarda, y execucion de la justicia*, repartiendo algunos de ellos para que *rondaren por diferentes partes y lugares*<sup>741</sup>.

Ya hemos dado a entender en varias ocasiones que dos de las notas

---

<sup>739</sup> N.R., II, 6, 16, punto 5.

<sup>740</sup> *Ibidem*, punto 7.

<sup>741</sup> *Ibidem*, punto 8.

más destacadas de la labor *policial* que organizada en la Corte fueron: la necesidad de disponer de la información lo más rápida y detalladamente posible, centralizándola de modo que se pudieran cruzar los datos de una y otra fuente para contribuir mejor a la investigación, y el dominio efectivo del Consejo sobre esa red de información -él era, en realidad ese organismo centralizador-, como organizador y centro de decisión. Pues dos rasgos tan característicos están también presentes en el funcionamiento de las rondas, puesto que los alcaldes de casa y corte estaban obligados a informar el jueves de cada semana al Presidente del Consejo, siempre que los datos que tuvieran no fuesen de especial importancia, caso en el que la comunicación debía hacerse de inmediato<sup>742</sup>.

En 1600, Felipe III reiteró dichas disposiciones<sup>743</sup>; no obstante, en 1604, se da nueva orden en el *rondar la Corte por cuarteles*. Precisamente su enunciado indica ya dónde reside la novedad: fue la división en cuarteles la que aconsejó adaptar a ellos la vigilancia nocturna, puesto que a comienzos de 1600, cuando se reiteraron las disposiciones de Felipe II, aún no existían esos distritos -que, recuérdese, se establecieron ese mismo año-. Por tanto, en el primer punto de esta nueva orden se dice ya:

*pues toda esta villa de Madrid para las rondas y visitas está distribuida en seis cuarteles, y ay seis Alcaldes de Corte, y mas de sesenta alguaziles; en cada uno de los dichos cuarteles se aposente uno de los dichos Alcaldes, lo más en medio del que fuere posible, y en parte que con facilidad y comodidad pueda acudir a el y hallarse con brevedad a la prision, y averiguacion de todos los delitos*

---

<sup>742</sup> *Ibidem*, punto 9.

<sup>743</sup> *N.R.*, II, 6, 19, punto 4.

*que sucedieren en su cuartel*<sup>744</sup>.

Lógicamente, también los sesenta alguaciles debían aposentarse diez en cada cuartel, *con tal orden y proporcion que cojan y cierren todas las calles del dicho cuartel, para que en ninguna pueda suceder delito ni escándalo que no se halle alguazil que lo averigue, y prenda.*

Y, asimismo, en cada uno de los cuarteles debía aposentarse también un escribano del crimen, con dos de sus oficiales para que el alcalde y los alguaciles pudieran acudir fácilmente a ellos.

Con el fin de que los alcaldes contasen con más ayuda en sus obligaciones -rondas, averiguaciones y prisiones-, los seis porteros de vara que correspondían a cada uno de ellos debían también vivir en su mismo cuartel, *para que le acompañen en las rondas, anden con los alguaziles, den noticia de lo que se ofreciere y los ayuden a la buena execucion de lo que se ordena.*

Así pues, el desempeño de todo el trabajo de los alcaldes de casa y corte se estructuraba en torno a los cuarteles -y tras ellos el de alguaciles, escribanos y porteros de la Sala-.

En lo referido estrictamente a las rondas, se insistía en las obligaciones de los alcaldes de acudir a ellas personalmente en su cuartel, visitando con especial atención *las casas de posadas, tabernas y bodegones*, y de, al retirarse, dar orden de cómo debían rondar sus diez alguaciles y sus seis porteros, de modo que hasta el amanecer hubiese siempre de ronda algún alguacil, acudiendo el que dejaba un turno a casa del siguiente para asegurarse de cómo cumplía su cometido. Si en el transcurso de su ronda sucedía algo de consideración, el

---

<sup>744</sup> N.R., II, 6, 20, punto 1.



alguacil encargado de ella estaba obligado a dar cuenta inmediata al alcalde del cuartel; y, en cualquier caso, por la mañana, los diez alguaciles de cada cuartel le informarían de lo ocurrido en la noche; después, reunidos los seis alcaldes en la Sala debían hacer relación de la última ronda nocturna, para que todos los días el más antiguo de ellos comunicase dichos informes al Presidente del Consejo -de modo que la supervisión de éste se hace mucho más estrecha, puesto que de ser informado sólo los jueves pasa a recibir las noticias de las rondas a diario-.

Sin embargo, estas obligaciones de vigilancia nocturna suponían una carga añadida bastante pesada a las ya de por sí duras tareas de los ministros y oficiales de justicia; por eso, tan exhaustiva y completa regulación quedaba a menudo muy disminuida por el incumplimiento de estos deberes, como se deduce de los recordatorios -sobre todo a los alguaciles- de que se sumplan las rondas<sup>745</sup>. Incluso, podemos leer la compungida queja de los porteros de vara quienes pidieron que se les eximiese de servir en la *ronda de media noche abajo porque somos muy pobres y con muchos hijos y si algunos caemos malos por el mucho trabajo que tenemos no tenemos con que curarnos sino yrnos a morir a un ospital*<sup>746</sup>; reclamación laboral que combinaba la denuncia del bajo salario que percibían con la protesta por la dureza de las condiciones de trabajo en esas horas.

Después de algunos años de experiencia aplicándose la nueva orden

.....  
<sup>745</sup> A.H.N.. *Consejos*. libro 1200. f. 277, 1608, marzo, 4, Madrid. Alcaldes.

<sup>746</sup> *Ibidem*, libro 1200, f. 503, 1610.

combinada con el sistema de cuarteles. la Sala de alcaldes de casa y corte estaba en situación de adaptarse a las circunstancias reales, dando un auto sobre cómo debían hacerse las rondas<sup>747</sup> en el que se determinaba que cada uno de los seis alcaldes repartiese en su cuartel los alguaciles de ronda, siendo desde ese momento seis en lugar de cuatro los dichos oficiales que debían rondar de noche por los cuarteles, quedando designados en la Sala cada mañana. Para verificarse si esos alguaciles cumplían con su deber, debían presentarse cada uno de los que rondase al término de su turno ante el escribano -que para cada noche habría sido nombrado por el alcalde-, de modo que éste *de fee a la mañana en la sala a la ora que cada alguacil acava de rrondar*. Durante las rondas debía atenderse a identificar a quienes anduviesen por la calle, averiguando si eran vagabundos o delincuentes o si llevaban armas y actuando en consecuencia. Por la mañana, los alguaciles tenían que dar razón por escrito ante el escribano de las calles por las que se rondó, las personas que en ellas se encontraron y las horas de comienzo y término de cada ronda.

En cuanto a los porteros, el mayordomo de pobres -Francisco de Salvatierra, en ese momento- era el encargado de repartir seis para que rondasen con los seis alguaciles designados, mientras que el alcalde asignaría uno a cada alguacil y escribano, contentándoseles con gratificaciones por las rondas -aunque de la citada queja de dos años después no se puede deducir que se contentasen demasiado-.

Para incentivar el celo de los alguaciles y los escribanos -los verdaderos responsables de la vigilancia nocturna-, se dispuso que en

.....  
<sup>747</sup> *Ibidem*, libro 1200, ff. 347-349, 1608, septiembre. 9, Madrid. Auto de la Sala.

la escribanía de los alcaldes se depositaran cien ducados con los que premiar a quienes de entre ellos hicieran prisiones *siendo de calidad y de hombres fañerosos*.

Las rondas se convirtieron en uno de los cometidos más representativos de la Sala al condensar todas las atribuciones, los medios y la dedicación de sus ministros y oficiales, y como tal se recoge en el *libro de noticias para el gobierno de la Sala* -ese *recetario* corporativo de consejos y prácticas- que nos aclara cómo se fue sedimentando la tendencia de las rondas<sup>748</sup>, realizándose, cada noche, dos rondas, una forzosa que correspondía al alcalde, y otra que tocaba a los alguaciles con los oficiales de la Sala a los que se nombrase para ello. Ambas, en realidad, estaban dirigidas por el alcalde, puesto que si en una salía -o debía salir- personalmente, daba las pautas y orden que debían guardar los alguaciles encargados de la otra, pero se reconocía que *esto esta ya muy biñado*, tanto porque los alcaldes no salían a rondar como porque los alguaciles tampoco acudían, a pesar de que en las fes de ronda quedaba constancia de sus faltas -que, en teoría, debían ser castigadas con suspensión y multa-.

En casos especiales, cuando los delitos nocturnos eran muy frecuentes, podían encargarse dos alcaldes de la ronda: uno hasta media noche y el otro hasta el amanecer -que quedaba excusado de asistir a la Sala a la mañana siguiente-.

Los lugares a los que debía acudir con particular cuidado la ronda eran *los barrios altos, labapies, rastro, vistillas y calles*

---

<sup>748</sup> *Ibidem*, libro 1173, f. 7, cap. 5 de las "Advertencias para el servicio de la plaça de Alcalde de casa y corte".

*apartadas*, así como locales como bodegones, figones y tabernas, las *casas de tusonas y mujeres deste jenero* y los garitos -muy frecuentados por gente malentretenida-, etc. El alcalde del cuartel de Palacio debía procurar además que se rondase la residencia real en *todo lo bajo de patios, zaguanes, coçinas y oficinas*, si bien en el interior de Palacio -por tener su propia jurisdicción como ya señalamos- no podían intervenir:

*mas de la escalera arriva no puede prender ni en esto se a de empeñar, que toca a la guarda...*<sup>749</sup>.

Asimismo, las rondas del Prado eran de gran importancia *en particular las noches de berano y açia la rondilla de san geronimo y por el retiro que se acojen aquí muchos delinquentes*<sup>750</sup>.

Pero podían existir también *rondas paradas* -controles policiales las llamaríamos hoy- que eran consideradas *de gran provecho* si se colocaban en lugares estratégicos como *las quatro calles, Plaçuela de San Martin, Mentidero, Plaça Maior, Puerta de Guadaxara y plaçuela de la cevada y puerta cerrada* entre otros<sup>751</sup>; en ellas los oficiales de justicia se ocultaban y, así apostados, observaban quiénes pasaban, evitando los inconvenientes de ir junta toda la ronda, con lo que se descubría de lejos, dando lugar a los delinquentes a que pudiesen huir de ella.

En cuanto a la forma de comportarse estas rondas, el alcalde no

---

<sup>749</sup> En 1628, Felipe IV acordaba que *los Alcaldes de mi Casa i Corte entren en Palacio a visitar los Despachos, i Oficinas de noche, i si hallaren delinquentes los lleven a la Carcel*. A.A., II, 6, 22.

<sup>750</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1173, cap. 5, f. 9v.

<sup>751</sup> *Ibidem*, f. 8r.

debía permitir que quienes fuesen en ellas *maltraten la gente de palabra ni que los enbistan luego a las espadas ni a las faltriqueras*, sino que los alguaciles y su acompañamiento debían comprobar primero qué armas llevaban y sólo a quienes se pudiese juzgar como *malentretenidos* se les mandase mostrar las faltriqueras, en las se *anallado muchas veces gancuas y llaves maestras y descubierto grandes ladrones*. También en su transcurso se debía preguntar a quiénes se encontrase por sus posadas y aposentos, comprobándose su situación y que tenían *posada cierta*<sup>752</sup>.

La costumbre de rondar era tan propia de la Sala -a pesar de las negligencias citadas- y era tan consustancial a la exhibición de su poder y jurisdicción que, a veces, sus servidores se excedían dejándose llevar por sus prácticas, como cuando pretender rondar en las ciudades, villas o lugares a los que acudían con comisión del Consejo; pretensión abusiva que, naturalmente se les prohíbe<sup>753</sup>.

### 3.5. Vigilancia en casos de excepción: Madrid, peste<sup>754</sup> y policía.

Las ciudades, y muy especialmente un Madrid en el que reside el rey y la Corte, eran bien conscientes de que *en tiempo de peste importa*

<sup>752</sup> *Ibidem*, 8r.

<sup>753</sup> A.A., II, 6, 19, 1621, septiembre, 9, Madrid. Consejo.

<sup>754</sup> Sobre la peste, véanse: ALVAR, Alfredo, "Madrid reflejo de los problemas sanitarios de la Península: la Peste de 1596 vista por un galeno de la Corte", en A.I.E.H., Madrid, XX, 1983 y PEREZ, Antonio, *Breve tratado de Peste, con sus causas, señales y curación y de lo que al presente corre en esta villa de Madrid y sus contornos*. Madrid, Luis Sánchez, 1598, 4hs.+31 fols., 14 cm.

*mucho acudir luego al remedio para curar y preservar del mal de peste*<sup>755</sup>, y así lo disponía el Consejo por medio de la Sala de alcaldes de casa y corte y del Ayuntamiento, aunque no, desde luego, con los remedios *médicos* que reseña Covarrubias.

Las epidemias de peste eran consideradas, desde luego, como calamidades públicas y la presencia de la enfermedad en cualquier lugar de la Península era percibida como una amenaza de la que había que protegerse. Y así es como se acude a la prevención y remedio: se concebía cualquier acción como la defensa frente a un enemigo que podía atacar la ciudad, se seguían con interés sus movimientos -dónde desembarcaba, qué lugares tomaba, por qué rutas avanzaba, cuál podía ser su estrategia-, se trataba de impedir a toda costa que pudiera infiltrarse en la ciudad con *espías* camuflados -en mercaderías procedentes de zonas apestadas, etc.- y se organizaba una vigilancia especial, con guardias en las puertas y alrededores de la villa. Así, las autoridades se ponían, en cierto modo, en pie de guerra frente a un ejército invisible cuyas intenciones eran imprevisibles.

Podemos comprobar cómo, efectivamente, la Sala estuvo atenta a los efectos de la epidemia de 1580, registrando cuidadosamente sus posiciones: en 1581, los alcaldes se reunieron con el Consejo Real por orden de su Presidente y estudiaron *las cartas e ynformaciones que han venido de Sevilla y los apuntamientos que los medicos de alla envian*<sup>756</sup>,

---

<sup>755</sup>COVARRUBIAS, voz "Peste".

<sup>756</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1197, ff. 31-32, 1581, abril, 10, Madrid.

resolviendo, para evitar el contagio, *que se guarde esta corte así de la gente como de la ropa de allá*, además, se tenía que el verano fuese especialmente propicio para las enfermedades malignas por la abundancia de lluvias que se habían producido y por el calor que ya había comenzado. Las disposiciones que se adoptaron fueron cuidar la limpieza de plazas y calles y, especialmente, de matadero y carnicerías, cárceles y hospitales, corrales y portales donde se recogían los pobres, que no se vertieran en la vía pública inmundicias, señalar determinadas horas para la limpieza callejera en las que no pasase gente, *que no anden puercos por las calles ni los aya en las casas*, que se limpiaran las fuentes y se cuidasen sus nacimientos y conductos, evitando posibles filtraciones, que las sepulturas se hiciesen más hondas -siete pies- y no se enterrasen unos cuerpos sobre otros, que se inspeccionasen *con mucha curiosidad* las carnes, frutas y pescados, que no se vendieran cuajadas, hongos y setas, ni se sacrificasen corderos, que se lavasen las ropas en el río y no en arroyos, pilares o fuentes donde también podían lavarse alimentos y hortalizas, que se visitasen con especial atención los mesones, que se expulsaran de Madrid los vagabundos y pobres que estuviesen enfermos, y que todos los médicos, por supuesto, informasen al protomédico de las enfermedades que pudiesen ser sospechosas para que éste diera a su vez noticia al Consejo y funcionase así esa red de información que éste centralizaba.

Estas medidas de elemental higiene urbana eran pregonadas por la villa con la intención de prevenir esa peste que ya se había declarado en Sevilla, el Puerto de Santa María y su comarca.

Al año siguiente, las noticias de la Sala indicaban un avance de la epidemia, por lo que la prohibición de que entrasen en Madrid

mercaderías y ropas de Sevilla se hizo extensiva también a las procedentes de Córdoba y otros lugares apestados<sup>757</sup>. En 1583, se prohibía ya la entrada la entrada en la capital de personas y productos de Córdoba, Málaga, Gibraltar y su comarca, Bujalance, Utrera, Cartama, Alhaurín, Coin, Riogordo y Osuna<sup>758</sup>.

Sin embargo, esa peste de 1580 alcanzó muy probablemente a la capital, pese a ese significativo seguimiento que hizo la Sala de sus progresos. Sí fue Madrid assolada ese año por un gran catarro, como el resto de la Castilla interior<sup>759</sup>, y es probable que, tal vez, se tratase de uno de los periódicos rebrotes de peste<sup>760</sup>.

También la gran epidemia de 1596-1601 afectó a Madrid, como a casi toda Castilla, si bien su repercusión demográfica no fue ni mucho menos determinante para la población de la Villa y Corte. En este caso, el relevo lo tomó el Ayuntamiento. Es decir, el Consejo empleaba a los alcaldes como transmisores de información y como organizadores de las medidas higiénico-preventivas que la población madrileña debía adoptar, pero cuando la amenaza se convirtió en algo muy próximo encargaba al Concejo que organizase la *defensa* de Madrid. Ya lo hizo en

---

<sup>757</sup> *Ibidem*, libro 1197, f. 55, 1582, octubre, 19, Madrid. Sala de Alcaldes. La presencia de la peste en Córdoba en ese año la recoge, efectivamente, FORTEA, J.I., *Córdoba en el siglo XVI: las bases demográficas y económicas de una expansión urbana*, Córdoba, 1981, pág. 177.

<sup>758</sup> *Ibidem*, libro 1197, f. 70, 1583, mayo, 3, Madrid. Pregón de la Sala

<sup>759</sup> Así lo recogen PEREZ MOREDA, Vicente, *La crisis de mortalidad en la España interior, siglos XVI-XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1980, pág. 252 y ALVAR, Alfredo, *El nacimiento de una capital...*, págs. 69-76.

<sup>760</sup> ALVAR sostiene al respecto: *la mortandad de 1580 no se debió tan sólo a una gripe, al gran catarro, sino que ya, al menos desde 1579, venía acompañada de una peste tranquila*, op. cit., pág. 80.



1580 cuando se establecieron guardas a caballo y a pie en la villa<sup>761</sup> - y también, con anterioridad, en 1559 y 1564-, pero demasiado tarde. No obstante fue en 1597 cuando el Concejo organizó de forma mucho más constante y regular, y con mayor presteza, esas guardias. Ese año encontramos las primeras certificaciones y nóminas de las que se llamaron *Guardas de la Salud*, con motivo, se decía de la peste en la ciudad de Santander<sup>762</sup>; desde el año siguiente, esas guardias se consignan para su cumplimiento y salario, semanalmente. Estaban formadas, generalmente, por unos treinta hombres de a pie -28, más frecuentemente-, un número variable de a caballo -uno, cuatro, seis- y mandadas por un capitán -lo que indica la organización militar que las caracterizaba-. Lo cierto es que la de esos años fue una epidemia de menor repercusión demográfica que la mortandad catastrófica de 1580, pero mucho más representativa por lo que se refiere a estas medidas excepcionales, quizá colaboró a ello la desafortunada experiencia anterior. Seguramente, esos años de previsión y vigilancia ante la peste supusieron un considerable esfuerzo tanto institucional -por el trabajo de organización y la labor añadida para guardias, alguaciles y porteros de villa- como económico -puesto que sus nóminas resultaron gravosas para el Ayuntamiento-; esfuerzo que se hizo mucho más patente al final de esa epidemia: en 1601 se advertía ya que *demás de la guarda que ay en las puertas, de presente no ay para poder sustentar sustentar*

.....  
<sup>761</sup>A.V.M., *Secretaría*, 1-138-8.  
 También en 1583: 1-138-7.

<sup>762</sup>A.V.M., *Secretaría*, 1-138-10.

*las guardas que antes solia haver para la cerca desta villa*<sup>763</sup>. No tanto por la efectividad de esas medidas cuanto por la menor virulencia de la epidemia, lo cierto es que *la peste de final de siglo en nada, o apenas nada, atacó a la villa de Madrid*<sup>764</sup>. Quizá, eso sí, esta agotadora ocupación de los oficiales del Concejo dejó las manos libres al personal de la Sala de alcaldes de casa y corte para un mejor control de la vida ciudadana.

Pese a todo, parece que la vigilancia no pudo evitar que ya en 1598 se diesen algunos casos y, más aún, en 1599 cuando la Sala tuvo incluso que buscar otro médico para atender la cárcel de corte *en el inter que el doctor Herrera* [Cristóbal Pérez de Herrera] *anda ocupado en curar los enfermos de secas*<sup>765</sup>, anticipándose a la petición del Concejo al Consejo de Castilla de que todos los médicos y cirujanos atendiesen a curar *la enfermedad de secas*<sup>766</sup>.

En una época en que las epidemias constituían una experiencia familiar para todos, la actuación institucional en esas catástrofes era algo habitual que, con la experiencia, se consolidó; en el caso de Madrid así ocurrió con el Ayuntamiento con su capacidad para organizar las *Guardas de la Salud* y con la Sala que incluyó entre las Advertencias para servir la plaza de alcalde de casa y corte de su *Libro de noticias* un capítulo referente a cómo debían actuar en *tiempos*

---

<sup>763</sup> *Ibidem*, 1-138-4.

Véase al respecto ALVAR, Alfredo, *El nacimiento de una capital...*, págs. 85-99.

<sup>764</sup> ALVAR, A., *op. cit.*, pág. 85.

<sup>765</sup> A.H.N., *Consejos*, f. 309, 1599, junio, 29.

<sup>766</sup> A.V.M., *Libro de Acuerdos*, sesión de 21 de julio de 1599.

*de peste o poca salud*<sup>767</sup>.

#### 4. PROCESO PENAL: EL ORDEN SIMPLIFICADO.-

Al hablar del procedimiento penal en la Justicia castellana nos referimos al orden complejo y dejamos el simplificado para este apartado por ser el característico de la Sala de alcaides de casa y corte.

##### 4.1. ¿En qué consistía ese orden simplificado?.

María Paz Alonso sostiene que *aparece en el Tribunal de alcaides de casa y corte otro modo de sustanciar los procesos penales desarrollado [...] conforme al estilo y sin ninguna disposición legal que lo respalde*<sup>768</sup>; en él se aligera el juicio plenario, suprimiéndose sus subdivisiones e incluyendo en él la confesión del reo -en el orden complejo se tomaba en la fase sumaria-, no hay conclusiones y el juez, en un auto, ordena que se reciba la confesión al final de la información sumaria, abriéndose el periodo probatorio y citándose a las partes para dar la sentencia.

Núñez de Castro resume muy bien ese proceder:

*En criar los pleytos, conceder pruebas y terminos, no se ciñen [los alcaides de casa y corte] a las leyes de estos Reynos, sino al **estilo**, abreviando, segun les parece lo pide la causa, tanto que solo con el processo*

---

<sup>767</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1173, cap.42, f. 61.

<sup>768</sup>ALONSO, M<sup>a</sup> Paz, *El proceso penal en Castilla. Siglos XIII-XVIII*, Salamanca, 1982, pág. 168.

*informativo, suelen dar tormento. Executa sus sentencias sin embargo de suplica, excepto las de muerte que consultan al Rey. El Alcalde que previene qualquier causa criminal la fulmina y sigue su averiguación*<sup>769</sup>.

Ese modo de proceder judicialmente, si bien pudo nacer como una necesidad derivada de los inconvenientes de una corte ambulante -que obligaba a simplificar las lentas actuaciones del proceso ordinario y a limitar el volumen de la documentación que generaba- mediante una transformación desarrollada sobre ese estilo propio, fundada en su propia práctica judicial, supondría un enorme poder potencial para la Sala desde su establecimiento en Madrid y el continuado ejercicio de esa libertad en sus actuaciones sobre una misma población. Ciertamente, esa capacidad de sustanciar rápidamente las causas, unida al poder efectivo de los alcaldes -entre otras cosas por su vinculación al Consejo-, hizo de éstos unos jueces temibles y decisivos, por lo que no es de extrañar ni que se usara y aún abusara de ellos en comisiones ni su prestigio -provocado a partes iguales por su aptitud (para lo que era la justicia de la época), por el respeto temeroso que infundían y por el dominio que ejercían sobre algunos aspectos que afectaban a la sociedad madrileña, no sólo judiciales sino también de gobierno y socio-económicos, como ya se señaló-.

La singularidad de su orden procedimental se puede resumir en la fórmula que la Sala empleaba en su auto -al concluirse diligencias e información sumaria-: *A confesión y prueba, hasta la primera con denegación y todos cargos*, que indica que antes de la celebración de la siguiente audiencia pública de los alcaldes -generalmente, tres días-, sin prórroga posible, debían realizarse las siguientes actuaciones:

.....  
<sup>769</sup>NÚÑEZ DE CASTRO. A., *Libro histórico-político...*, pág. 115.

confesión del acusado, ratificación de los testigos de la información sumaria, acusación formal, contestación del reo, presentación de los testigos de éste y su interrogatorio, y de los que nuevamente pudiera presentar la acusación; quedando en ese mismo plazo concluida la causa por lo que se citaban las partes para la sentencia definitiva<sup>770</sup>. Pero la celeridad del proceso impedía a veces que se hicieran efectivos todos esos trámites por lo que el procurador del encausado habitualmente pedía un término añadido que solía concedérsele.

La situación de indefensión del reo es bien manifiesta. Mientras que en el orden complejo se le reservaba alguna posibilidad de destruir todas las pruebas en su contra no ocurría así con el orden simplificado<sup>771</sup>.

Ilustramos la exposición del orden ordinario con el testimonio de don Diego Duque de Estrada; también en este caso podemos acudir al ejemplo de otro soldado, aventurero y *autobiógrafo*. De nuevo advertimos que pueden creerse o no las proezas y desventuras que, en este caso Alonso de Contreras, historia y novela a un tiempo, pero, sin duda, los trámites y modos de actuar la justicia se corresponden con la realidad que él conoció, y, como iremos señalando, su veracidad en estos aspectos queda corroborada con la identificación de algunas de las personas que cita y que coinciden en los cargos y fechas que Contreras ofrece<sup>772</sup>.

Siendo alférez Contreras y estando, en 1603, su compañía en

<sup>770</sup>ALONSO, MA Paz, *op. cit.*, pág. 170.

<sup>771</sup>*Ibidem*, pág. 171.

<sup>772</sup>CONTRERAS, Alonso de, *Aventuras del capitán...*, págs. 121-171.

Hornachos -lugar extremeño de conocida población morisca-, hallaron en la casa en que se alojaba uno de sus soldados una cueva donde había escondidos arcabuces y munición. Cinco años después y tras diversas aventuras encontramos al protagonista retirado en Agreda, al pie del Moncayo, como ermitaño. Mientras tanto, el Consejo sospechó que los moriscos podían tener alguna intención de levantarse y, entre otras diligencias, envió con comisión a don Gregorio López Madera, alcalde de Casa y Corte<sup>773</sup> a Hornachos para realizar averiguaciones al respecto - buen ejemplo de los asuntos, de especial gravedad y que precisaban de una pronta y enérgica capacidad de resolución, para los que se cometía a los alcaldes de casa y corte-. El alcalde, según Contreras, ordenó ahorcar allí a seis moriscos, con motivo de lo cual escuchó algunos comentarios acerca del descubrimiento años atrás por los soldados de las armas escondidas , y con la diligencia característica de estos jueces inició pesquisas en los lugares de alrededor hasta que supo cómo había sido un alferez -Contreras- quien las encontró sin dar cuenta del hallazgo -así había ocurrido puesto que el comisario ordenó al aventurero que mantuviese el secreto porque así convenía-, conjeturando que las debían haber repartido entre ellos. Con esas noticias ordenó la busca de Contreras y se averiguó dónde estaba, sospechándose nada menos que

*pues había encontrado aquellas armas, y de ellas no se había tenido noticia hasta entonces, y que en tiempo de intentar levantarse los moriscos no quería yo haber ido a ejercer a Cerdeña mi oficio, sino retirándome en hábito de ermitaño a Moncayo, que es lo más fuerte de España y se comunica con Aragón y Castilla, siendo la raya de uno y otro, cabía imaginar que yo sería el rey de aquellos*

---

<sup>773</sup>Efectivamente, López Madera aparece como alcalde en los papeles de la Sal desde 1604, estando aún la Corte en Valladolid.

*moriscos, no sabiendo lo que me obligó a retirarme*<sup>774</sup>.

Con tan descabelladas pero graves suposiciones, la Sala comisionó a un tal llamado Llerena (alguacil de Corte)<sup>775</sup> que se presentó con su orden ante el corregidor de Agreda y, convocando a gente armada, apresaron al singular ermitaño, sin que se le comunicara la causa de su detención. Más tarde, el corregidor le informó que se trataba de algo *tocante a los moriscos*, lo que hizo pensar a Contreras que podía ser por lo de las armas de Hornachos, comentando que si le hubieran preguntado sobre ello hubiera contestado sin necesidad de tantas prevenciones. Ante la posibilidad de que el preso confesase de buena gana, el alguacil Llerena -sin duda, acostumbrado a reos mucho más tercos que precisaban, muy frecuentemente, la ayuda del tormento para hacer memoria- se alegró hasta el punto de librar al prisionero de los grillos con que estaba cargado, tratándole con más cuidado. Fue trasladado a Madrid, llevándolo a casa del alcalde López Madera -en la calle de las Fuentes- que ya había regresado de su comisión.

Sin dilación y según el estilo de la Sala, el alcalde, ordenando quitarle las prisiones comenzó a *preguntarme con amor la causa de haberme retirado* -ya apuntamos, cómo ese trato amoroso era el modo habitual de iniciar la toma de confesión al reo-. Nuevamente, Contreras se ofreció a contar lo sucedido en Hornachos con las armas y fue entonces el alcalde el que quedó tan satisfecho con su actitud de colaboración que *se levantó y abrazándome decía que yo era ángel y no hombre*, ¡tan duros debían parecerle los pleitos en los que el reo se

<sup>774</sup>CONTRERAS, A. de, *Op. cit.*, pág. 123.

<sup>775</sup>También, en 1607, encontramos un alguacil de corte Llerena. A.H.N., *Consejos*, libro 1200, f. 263.

resistía a quien tanta experiencia tenía!. Tal como dijo, contó lo ocurrido y fue llevado a casa de un alguacil de corte -Alonso Ronquillo-, puesto que con personas de calidad o con las que se quería tener particular atención se procedía así, con un trato especial - Contreras estuvo *con seis guardas de vista, pero sin prisiones, con orden de regalarlos, y que en la comida y cena estuviese un médico a la mesa*. Permaneció allí cuatro días en los que el secreto le impidió *escribir ni enviar recado* a nadie, al cabo de los cuales se presentó de nuevo el alcalde López Madera con Juan de Piña, secretario de lo criminal<sup>776</sup>, quien le tomó confesión. Quince días más tarde, el alguacil Ronquillo con seis guardas, ordenó a Contreras, a medianoche, acompañarle por orden del Consejo. Ante el temor del acusado, que imaginaba que lo llevaban a dar garrote, fue conducido a confesarse con el teniente cura de San Ginés -lo que acrecentó su miedo-, para finalmente sacarlo de Madrid y conducirlo a Hornachos.

La libertad que su *estilo* daba a los alcaldes de casa y corte en los juicios les permitía proceder con total arbitrariedad. En este caso se combinaba su modo de actuar con la comisión del Consejo; la gravedad de las acusaciones -que de ser ciertas convertirían a nuestro bravo soldado en traidor a la Corona- inclinó a los jueces a proseguir las averiguaciones en el mismo lugar de los hechos -ya antiguos, por

---

<sup>776</sup>En una visita realizada en septiembre de 1608 -año en el que se sitúan los hechos que nos narra Alonso de Contreras- encontramos a Juan de Piña como escribano del crimen de la corte, a quien, por cierto, se imputaban graves cargos, aunque salió libre de ellos, A.H.N., *Consejos*, 41-379-1. Aquí Juan de Piña toma confesión al protagonista, con lo que desmentiría el cargo 12 de la dicha visita en el que se le acusaba de que *no examina por su persona los testigos en juicio sumario ni en plenario aunque las causas sean graves, sino que estando el ocioso todo lo hacen sus oficiales como parece casi por todos los procesos de su oficio*.



cierto-.

El secreto procedimental se convertía en verdadera tortura psicológica cuando se ocultaba al prisionero su destino -haciéndole temer lo peor-, como en este caso en el que sólo conocerá el destino de su traslado al tener Hornachos a la vista.

Al entrar en el lugar, el alguacil de corte le conminó:

- *Diga vuesamerced la casa donde estaban las armas.*

Contreras, que al principio no recordaba las calles, terminó por dar con ella. Para no levantar sospechas -nótense las prevenciones que descubren la gran experiencia de estos oficiales de justicia- el preso fue visitando varias casas como si fuese enviado del obispo de Badajoz para comprobar si las casas tenían imágenes y cruces -ya se señaló que se trataba de una población con un elevado porcentaje de moriscos-. Pudieron, de esa manera, entrar disimuladamente en la casa y encontrar el silo a pesar de que había sido camuflado. Se prendió de inmediato al dueño de la casa al que, a pesar de haberla comprado a otro morisco sólo dos años antes -los sucesos ocurrieron cinco atrás-, se le embarcó su hacienda como era habitual *y la fiesta* -comenta el acusado/testigo de la investigación- *fue para el alguacil y las guardas*, sin duda. satisfechos de salir gananciosos de su comisión -por la parte que les correspondía en las prendas tomadas-. Se envió despacho de lo sucedido al alcalde, en Madrid, y regresaron los investigadores lentamente por ir Contreras enfermo -aunque *regaladísimo*-, llevándolo a la misma casa de la que salió.

El interés del asunto llevó al encausado ante una junta del

Consejo<sup>777</sup> en la que se le careó con el comisario que le ordenó callar el hallazgo y que en la confrontación negó haber estado en Hornachos, por lo que se llevó a Contreras a una prisión y al comisario a la cárcel de corte.

Llegados a ese punto de la información, en el que las averiguaciones quedaban bloqueadas, el siguiente paso no podía ser otro que proceder al tormento. Así, una noche -de nuevo, la nocturnidad con su impacto psicológico- fue trasladado al lugar de la tortura, concebido, muy barrocamemente, como un escenario sobrio e impresionante:

*me hicieron entrar en una sala toda tapizada, en la que había una mesa con dos velas y un Cristo, tintero y salvadera, con papel; allí cerca un potro, que no me holgué de verlo*

y junto a él, los personajes secundarios: *el verdugo, el Alcalde y escribano*<sup>778</sup>, esperando la entrada del protagonista: el reo, que parecía tener bien aprendido su papel.

El alcalde comenzó a hablarle suavemente -*me consoló*-, explicando cómo porque el comisario negaba saber lo de las armas tenían que darle tormento *lo cual le pesaba en el alma*. de este modo, se le desnudó y se le puso en el potro con los cordeles, volviéndosele a interrogar en tan poco grata posición, remitiéndose el reo a la confesión que había firmado. Le acusaron de haber aceptado un soborno -de cuatro mil ducados- por callar el descubrimiento de los arcabuces. Se ofreció a desdecirse pero sosteniendo que él no sabía otra cosa; se le dió otra

---

<sup>777</sup>En ella se cita a don Pedro Manso, como Presidente de Castilla, a don Diego Ibarra, del Consejo de Estado, al Conde de Salazar y a Melchor de Molina, quien en efecto era fiscal del Consejo Real en 1612 y que llegó a consejero del mismo -aparece en la Sala de Mil y Quinientas en una relación de 1621, A.H.N., *Consejos*, libro 1208, f. 20.

<sup>778</sup>CONTRERAS, Alonso de, *op. cit.*, pág. 134.

vuelta de cordel -y no pareció dolerme mucho- antes de soltarlo y llevarlo a la casa a curarlo. El tormento no era, desde luego, una broma, pues, a pesar de no dolerle mucho -fanfarronada, sin duda- estuvo en cama convaleciente más de diez días antes de poder levantarse.

Entretanto la justicia apretaba en la cárcel de corte al comisario, pero, no obstante el demostrado celo de la Sala, éste tenía dos buenas defensas: sus valedores -al parecer, el Condestable viejo y el Conde del Rhin- y los 30.000 ducados que poseía.

Como el tormento no sirvió para alcanzar la verdad en la perfecta prueba de la confesión, se dió auto de soltura a favor de Alonso de Contreras, bajo palabra de no abandonar la Corte hasta que no fuese autorizado a hacerlo. Como en todos los intervalos del proceso se trató al autor del relato con el cuidado que su condición les merecía

*me vistieron de terciopelo, muy bien, en hábito de soldado, y me daban por día cuatro escudos de oro para comer y posada. entregados por mano del Secretario Pifia, cada cuatro días con puntualidad. [En tiempos de paqas tan impuntuales, pero claro:] Todo esto se pagaba de los bienes de los moriscos.*

Curioso comportamiento de quienes días antes le atormentaron, mezcla del rastro de culpabilidad que suponía llegar a la tortura y de la desconcertante admiración que merecía el valor de resistirla. ¿Cómo puede extrañarnos, pues, esa confusión entre soldado y pícaro, entre paladín y delincuente, entre heroico y bravucón?!

Acudió a las gradas de San Felipe -célebre mentidero y lugar de reunión de los soldados pretendientes en la Corte-donde sorprendió su presencia. Todas las noches se presentaba ante el alguacil en su casa, y fue la mujer de éste -que no debía tener muy buen concepto del oficio y ministerio de su marido- la que le aconsejó

*que se fuese, no tornase a caer en prisión; y, como dicen, más vale salto de mata que ruego de buenos*<sup>779</sup>.

Ante lo incierto de su posición, decidió seguir el consejo y, cambiando de ropa, y consiguiendo dinero, salió un anochecer de Madrid -¿en enero de 1609?-, huyendo hacia Alicante.

Sin embargo, si hemos de creer su relato, la razón de su huida no era sólo ponerse a salvo de la justicia sino demostrar su inocencia: sabedor de que muchos soldados de la compañía que tuvo en Hornachos estaban en el Reino de Valencia, en el tercio de la Armada de Italia, fue a su encuentro, hallando más de quince y dos alféreces a los que informó de su caso y de la falsedad del comisario, lo que indignó a sus camaradas. Con sus declaraciones favorables, hizo Contreras un memorial para el auditor del tercio en el que exponía

*que convenia citar cerots **testigos** de cómo un Fulano había estado presente en una tierra o lugar que se llamaba Hornacho, por tal tiempo, y que para cobrar cierta hacienda [miente para buscar la verdad: de nuevo el Barroco] me importaba; le suplicaba y daba los nombres de los testigos*<sup>780</sup>.

De esa manera reunió cinco testigos dispuestos a declarar que el comisario estuvo, desde luego, en Hornachos en la ya famosa ocasión.

Mientras, naturalmente, la justicia de la Corte no estuvo mano sobre mano sino que, a los dos días, en cuanto fue echado en falta, se envió a buscarlo por distintos lugares, siendo pergonado en Madrid, aunque pronto *tuvieron noticia que había huído hacia Valencia, por algunas señas que tuvieron de mí* -de nuevo, se descubre el buen funcionamiento del sistema de información al servicio de la Sala-.

La parte contraria -el comisario- aprovecha las circunstancias

---

<sup>779</sup> *Ibidem*, pág. 136.

<sup>780</sup> *Ibidem*, pág. 137.

para solicitar su puesta en libertad, puesto que -según afirmaba- la huida de Contreras demostraba sus mentiras y su culpa e incluso sostenía *que me había vuelto a buscar los moriscos para meterme entre ellos*. Soltaron al comisario más por sus ya mencionados respaldos que por sospecharse del soldado prófugo, puesto que la Sala -que siguió investigando- *había hecho secretamente una plena información hasta dentro del cuarto grado, para saber si tenía alguna raza de moro o judío* y -como le refirió más tarde el secretario Piña- *fue ventura que no hallasen cosa de lo dicho, en verdad, porque es cierto que lo hubieran ahorcado*<sup>781</sup>.

En esos momentos, *el buen comisario andaba fuera de la cárcel, y la sentencia de los moriscos iba fulminante a echarlos de España, y a mí a buscarme*; por tanto, las circunstancias de especial sensibilidad que produciría la expulsión no eran las más propicias para que se echara en el olvido una causa relacionada con los moriscos.

Contreras se dirigió de nuevo a Madrid y se presentó ante el Conde de Salazar<sup>782</sup>, del Consejo de Guerra, como correo del ejército de Valencia, mostrándole la información que traía de cómo el comisario estuvo en Hornachos. El Conde decidió dar cuenta de ello al fiscal, como a esas horas no era posible avisarle. Contreras decidió pasar la

---

<sup>781</sup> *Ibidem*, pág. 138.

<sup>782</sup> No acude a él sólo como soldado que se dirige a un consejero de Guerra, sino que el conde de Salazar estaba cometido para conocer las causas de moriscos -tal como hizo saber Lerma-:

*Su Magestad ha entendido quel consexo y la sala de los alcaldes han conoçido y conocen de algunas causas de testigos o personas que han delatado y dicho contra moriscos y porque por algunas consideraciones se tiene esto por de ynconveniente manda Su Magestad en que vuestra ilustrisima tenga la mano en que el consexo ni la sala no conozcan destas causas y que las rremitan al conde de Salazar pues a el solo esta cometido el conoçimiento dellas para que con su asesor las determine.*

A.H.N., *Consejos*, libro 1202, 127, 1613, octubre, 12, Lerma. Del Duque al Consejo y a la Sala.

noche, como era frecuente en la vida de estos aventureros nómadas en casa de una mujer conocida.

Se le aseguró que con eso, por fin, quedaba todo terminado e incluso se le prometió el mando de una compañía -que él solicitó para Flandes-, como efectivamente le concede el rey en una cédula.

El comisario, ya libre bajo fianzas, fue condenado a destierro *que debió durarle poco, porque le vi en la Corte no mucho después de cuatro años*<sup>783</sup>.

Las conclusiones del modo de actuar la Sala son claras. Sobre la base del orden ordinario, los alcaldes, gracias a la tradición de su propio *estilo* y a la supervisión del Consejo, pueden intervenir prácticamente con total libertad de actuación procesal, intercalando distintos modos de obtener información sin preocuparse de las fases del pleito y disponiendo del preso, sin ninguna consideración hacia su posible defensa. Se trasluce una clara *vocación* investigadora en los oficiales de la Sala y, por supuesto, esa estrecha vinculación con el Consejo que no duda en emplear a los alcaldes en cuestiones de importancia o en intervenir en la resolución de casos que están en poder de éstos. La ambigüedad del concepto de culpa y de las sentencias con que finalizan los procesos, propias de la justicia de la época, están, de ese modo, más presentes aún si cabe en la actuación de los alcaldes de casa y corte.

---

<sup>783</sup>CONTRERAS, A. de, *op. cit.*, pág. 143.

## 5. EL CASTIGO: SENTENCIAS Y PENAS.-

Sólo haremos algunas precisiones sobre dos aspectos singulares de la Corte en este sentido -puesto que, en general, no difieren de lo expuesto para la justicia castellana-; serán los referidos al destierro de la Corte y a las penas de prisión, concretamente, haciendo algunas referencias a las cárceles madrileñas.

En cuanto al **destierro**, ya advertimos cómo la pena de destierro de la Corte y cinco leguas<sup>784</sup> se entendía también de las ciudades en las que estaban establecidas las chancillerías, dada su condición -por su mismo origen institucional- de Corte y Chancillería. Pues, por auto del Consejo, desde 1592, cuando los alcaldes de casa y corte *procedieren contra ladrones, rufianes, bagamundos, i otros hombres, i mugeres de mal vivir, i los condenaren por razon de ello en destierro de esta Corte i cinco leguas, les condenen asimismo en destierro de las Villas de Alcalá, Illescas, i sus Jurisdicciones*<sup>785</sup>, probablemente, por la estrecha vinculación de ambas localidades con la capital: Alcalá era, prácticamente, la Universidad de Madrid -recordemos los conflictos con sus estudiantes- e Illescas era el corregimiento más cercano a la Corte.

La Sala encontraba, sin duda, gran dificultad en hacer cumplir estas penas de destierro, puesto que resultaba imposible controlar los

---

<sup>784</sup>A veces podían ser diez leguas, por ejemplo: A.H.N., libro 1203, f. 137, 1614, diciembre, 12; f. 138, 1614, diciembre, 12.

<sup>785</sup>A.A., II, 6, 14.

movimientos del condenado y evitar su vuelta a los límites de la sentencia antes del término de la misma, puesto que podía cambiar de identidad o bien esperar y, al cabo de poco tiempo, nadie recordaría su caso. Por eso, los alcaldes reiteraron en varias ocasiones la necesidad de que los escribanos del crimen de la Corte tomasen las señas y anotaran la causa por la que iban desterrados<sup>786</sup>.

Pese a ello, parece que fue muy frecuente el quebrantamiento de esta pena -recuérdese el comentario de Contreras sobre el destierro del comisario- como se constata con las numerosas causas criminales emprendidas por la Sala por esta causa, lo que obligó a los alcaldes a dar órdenes de búsqueda y captura de desterrados que hubieran regresado a la Corte, ofreciendo recompensas si eran apresados<sup>787</sup>.

Los alcaldes de casa y corte, por su peculiar estilo y poder para proceder, podían desterrar a alguien -además de como condena, tras el correspondiente proceso- sin cargos, sin un juicio en forma, sino simplemente como medida cautelar o preventiva de mayores males o altercados; en este sentido, a veces se percibe una cierta intención paternalista o protectora con respecto a los nobles que pueden ser desterrados para evitarles peores consecuencias -como una *fuga legal* en cierto modo-; también podía ser empleado como sanción inmediata de un comportamiento delictivo o peligroso que considerasen probado, en estos casos, en lugar de sentencia, se emitía un auto de destierro -bien por iniciativa de la Sala bien por orden directa del Consejo-.

---

<sup>786</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1202, f. 79, 1613, septiembre, 7 Madrid. Auto de la Sala.

<sup>787</sup>*Ibidem*, libro 1202, f. 257, 1614, septiembre, 4. Los alcaldes ofrecieron cuarenta reales por cada uno que se prendiese, y dieron poder a los porteros de la Sala para hacerlo.



Los autos más habituales solían darse con prohibición de entrar en las cinco leguas de la Corte, por un tiempo determinado -cuatro años era, probablemente, el plazo más frecuente- y, por supuesto, siempre se ejecutaban sacando físicamente del término al condenado, por ejemplo:

*dixeron que mandavan y mandaron que una persona nombrada saque de la carcel real desta corte a Esteban Correas preso en ella y le llebe a la villa de baldemoro al qual se le notifique no entre en esta corte por tiempo de quatro años ni cinco leguas en contorno precisos so pena de cumplir los dichos quatro años en las galeras de Su Magestad y de duçientos ducados para la camar de Su Magestad y lo señalaron*<sup>788</sup>.

No obstante, a veces podía incrementarse el perímetro que se vedaba a los condenados y dejarse sin determinar el plazo del destierro, que quedaba en espera de un mandato o licencia de la Sala o del Consejo en tal sentido; así:

*Mandaron se notifique a don bernabe de Castellanos preso en la carcel rreal desta corte que salga de esta corte y las diez leguas y no entre en ellas **sin licencia expresa de Su Magestad o de la Sala** so pena de destierro del Reyno y de quinientos ducados para la camara de Su Magestad y gastos de justicia...*<sup>789</sup>.

Precisamente el caso de este Bernabé de Castellanos puede servirnos para ilustrar también nuestra afirmación sobre el modo de actuar de los alcaldes de casa y corte. Un año después de ser desterrado, se dirige al Consejo, tras haber acudido a los alcaldes para que le levantasen el destierro al que se le condenó según él *sín para ello averme echo cargo alguno*, quienes le contestaron con el clásico argumento de que sólo cumplían órdenes. Muy seguro debía estar

---

<sup>788</sup> *Ibidem*, libro 1207, f. 50, 1620, febrero, 4, Madrid. Auto de la Sala. Puede advertirse cómo ni siquiera la notificación se hacía formalmente.

<sup>789</sup> *Ibidem*, libro 1203, f. 138, 1614, diciembre, 12, Madrid. Auto de la Sala. Casi idénticos son los de Melchor de Carmona -*ibidem*, f. 137- o de don Pedro Estacio de Mendoza -*ibidem*, libro 1205, f. 263, 1618, diciembre, 12-.

de su inocencia o muy confiado en una justicia de la que -como hemos repetido- lo mejor era no fiarse, para solicitar, como hizo, que si no se le daba licencia para andar libremente en la Corte, al menos *me pueda presentar en la carçel real della que alli se me aga cargo de qualquier culpa que contra mi se me aya imputado*, con tan mal fortuna que se le ordenó, efectivamente, presentarse en la cárcel<sup>790</sup>.

En casos particularmente graves, el término podía ser más amplio y hacerse extensivo el destierro a algunas otras ciudades. Así se hizo con una de las figuras más pintorescas y polémicas de aquellos años, con el Conde de Villamediana, escandaloso, galante, satírico, poeta y amigo de poetas, excelente espada, que contaba en el momento de ser desterrado veintiseis años -faltaban cuatro para su célebre y misterioso asesinato en la madrileña calle Mayor-:

*se notifique a don Juan de Tarsis conde de Villamediana que luego salga de la corte y veinte leguas a la rredonda y no entre en ella ni las vevnte leguas ni en la ciudad de **Valladolid, Salamanca, Sevilla y Granada** sin licencia de Su Magestad, so pena de quatro mil ducados para la camara de Su Magestad demas de caer y yncurrir en las penas que caen los que quebrantan los mandatos de Su Magestad y para que tenga cumplido efeto se comete al señor don luys de paredes le saque desta corte y tres leguas a donde le aga notificar el dicho auto lo qual aga a costa de los bienes del dicho conde y asi lo mandaron y señalaron.*

[Al dorso, la fe del escribano de Rejas, a tres leguas de la Corte, donde se notificó al Conde el auto de destierro el día 17 de noviembre de 1618 y que lleva la firma de Villamediana]<sup>791</sup>.

Por tratarse de un personaje de calidad, se tuvo con él alguna consideración particular: fue un alcalde -don Luis de Paredes- y no un alguacil quien lo acompañó, pero también exigencias económicas

---

<sup>790</sup> *Ibidem*, libro 1203, f. 93, 1615, diciembre, 23.

<sup>791</sup> *Ibidem*, libro 1205, f. 216, 1618, noviembre, 17, Madrid. Auto de la Sala y fe del escribano de Rejas.

superiores: el traslado se hizo a su costa y, caso de quebrantar el destierro, la multa sería de cuatro mil ducados -veinte veces superior a la habitual-.

Uno de los medios que tenían la Sala o el Consejo de comprobar el cumplimiento de sus autos eran los testimonios o fes que podían enviar los desterrados, dadas por escribanos públicos de los lugares en que se encontrasen. Eso fue lo que, siguiendo con el mismo caso, hizo Villamediana desde Sigüenza, diez días después de ser sacado de Madrid, para que se supiera que cumplía el mandato de los alcaldes<sup>792</sup>, y eso lo que se exigía en su auto a algunos desterrados en los seis días siguientes a su partida de la capital<sup>793</sup>.

Por lo que se refiere a las **cárceles** madrileñas, habitadas por presos en espera de juicio y por condenados -tanto a penas de prisión, como los que serían trasladados a galeras-, diremos algo aquí sobre la atención que la justicia de la villa y corte prestaba a dichas instituciones penitenciarias, y no sobre los oficiales de ellas -de los que trataremos de inmediato- ni sobre los delincuentes que las habitaban -y, a veces, las custodiaban-, de los que nos ocuparemos al hacer una visión general de la delincuencia madrileña.

---

<sup>792</sup> *Ibidem*, libro 1205, f. 388, 1618, noviembre, 27, Sigüenza:

*Yo Alonso Moreno escrivano publico del numero de la ciudad de sigüenza por el Rey nuestro señor doy fee y testimonio berdadero a los que el presente vieren que oy día de la fecha deste e visto en esta ciudad a su señoría de el señor don juan de tarsis conde de villamediana correo mayor de Su Magestad del abito de Antiago y para que conste como está en esta dicha ciudad en cumplimiento de lo que le ha sido mandado por Su Magestad lo pidio por testimonio y de su pedimento do la presente en esta ciudad de sigüenza a veintisiete días del mes de noviembre de mill y seiscientos y diez y ocho años siendo testigos diego manuel porcel y juan xinoves vecinos desta ciudad y su señoría a quien doy fee conozco lo firmo de su nombre. en fee dello y del dicho escrivano hice mi signo y nombre atal. El conde de Villamediana. En testimonio de verdad alonso moreno.*

<sup>793</sup> *Ibidem*, libro 1207, f. 40, 1620, enero, 16, Madrid. Auto de destierro de la Sala por orden del Consejo para don Gerónimo Ortiz Liñán.

Hemos de advertir que, con cierta frecuencia, los presos eran conducidos a casas particulares de alguaciles, alcaldes o regidores - según su calidad- en lugar de a la cárcel, lo que, además de unas mejores condiciones para el prisionero, suponía unos beneficios económicos para quien lo custodiaba, puesto que, naturalmente, aquél pagaba su manutención y hospedaje -de ahí también que esa práctica se ejercitase también con quienes podían pagar sus elevados costes-. Al citar el proceso contra Alonso de Contreras, vimos cómo estuvo preso en casa de un alguacil y, además, bien tratado -aunque, en su caso, a costa de los sustanciosos beneficios que de los moriscos obtuvo la justicia de la Corte-.

Además, a principios del XVI, cuando la población de la villa era escasa, no había cárceles propiamente dichas, sino que las penas carcelarias y detenciones preventivas se tenían que cumplir *en la casa de los alguaciles o en la de los alcaldes, según la categoría del reatado*<sup>794</sup>, e incluso en casas de particulares, pero pensamos que no se trataba de una cuestión cronológica o demográfica exclusivamente - puesto que lugares notoriamente más pequeños sí contaban con cárcel- sino, sobre todo, de status social y de beneficio económico, en la que también podían influir la consideración del delito cometido y, desde luego, el hecho de tener un fiador que respondiera del preso en una fianza carcelaria. Por ejemplo, en 1591, Luis de Rivera, vecino de Madrid tomó en fiado y como carcelero a Melchor de Rivera que estaba preso en la cárcel real a petición del depositario general de la villa

.....  
<sup>794</sup>RAMON LACA, Julio de, *Las viejas cárceles madrileñas (siglos XV a XIX)*, Madrid, I.F.M. del C.S.I.C., 1973, págs. 7-8.

para la sisa del vino, comprometiéndose a devolverlo a ella pasados cuarenta días -que era el plazo en que el Consejo ordenaba soltar bajo fianza a los encausados por deudas, como era este caso- y, de no hacerlo así, a hacerse cargo él de la deuda, quedando exculpado el deudor, obligando en ello el fiador su persona y bienes<sup>795</sup>.

Sin embargo, el Consejo trató de acabar con esos privilegios que constituían al mismo tiempo abusos por el desembolso a que obligaban

*Los señores del Consejo de Su Magestad aviendo tenido noticia que los alcaldes de casa y corte de Su Magestad prenden algunas personas y las ponen en casa de alguaziles y otras casas particulares de que se a seguido muchos gastos a las partes y se an seguido algunos ynconvenientes.*

ordenaron que todos fuesen conducidos a la cárcel de corte

*...mandaron que de aqui adelante los dichos alcaldes pongan y agan poner las personas que prendieren y mandaren prender en la carzel real desta corte*

y si se pensaba que podia ser conveniente llevar a casa particular a algún preso, debería solicitarse autorización al Consejo para ello

*y ofreciendose caso en que parezca les deven poner en las dichas casas antes de averlo den cuenta al Consejo para que savida la calidad del caso y de la persona provean lo que convenga*<sup>796</sup>.

Desde la llegada de la Corte hubo en Madrid dos cárceles<sup>797</sup>: la ya existente cárcel de villa y la **cárcel real de corte** que es la que aquí más nos interesa.

<sup>795</sup>A.V.M., *Secretaría*, 2-216-38, 2, 1591, abril, 6, Madrid. Fianza carcelera.

<sup>796</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1203, f. 115, 1616, enero, 30, Madrid. Auto del Consejo.

<sup>797</sup>Véanse al respecto: ALVAR, Alfredo, "Algunas noticias sobre la vida diaria en la cárcel de Corte de Madrid: la visita de 1588-89", en *A.I.E.N.*, Madrid, XXIII, 1986 y VAZQUEZ, M<sup>a</sup> Dolores, *Las cárceles de Madrid en el siglo XVII*, tesis doctoral leída en la Facultad de G<sup>a</sup> e H<sup>a</sup> de la U.C.M. en 1990.

Al parecer, la primitiva cárcel de Corte estuvo ocupando unos caserones en la calle del Salvador, que se ampliaron al adquirirse el convento y el oratorio de los padres del Salvador, según Julio de Ramón laca, aunque, desde luego, su destino no fue, ni mucho menos, el de cárcel de nobles y sujetos distinguidos, como ese autor afirma<sup>798</sup>. El conocido edificio de la Plaza de Santa Cruz destinado a tal fin no se comenzó a construir hasta 1629, terminándose en 1634, sin que sepamos con exactitud dónde se ubicaba con anterioridad, si bien probablemente existiría desde aproximadamente 1565.

Los alcaldes trataron de controlar lo más estrechamente posible el funcionamiento de la cárcel, puesto que de ellos dependía el nombramiento de todo su personal y la administración de su economía, así como las decisiones judiciales sobre la mayor parte de los presos. Por tanto, frecuentemente, intervenían indicando sus obligaciones a los oficiales de ella o señalándoles que debían someterse a su parecer<sup>799</sup>.

En este sentido hay que recordar que los alcaldes de casa y corte celebraban sus reuniones y audiencias precisamente en la cárcel real, y que su supervisión era controlada directamente por el Consejo que, semanalmente, visitaba la cárcel de corte con la obligación de informarse *en particular del cuydado que en aquella semana se aya tenido por las nuestras justicias de la guarda y execucion dellas y de las denunciaciones que aya auido de los que huvieren contravenido a lo por ellos dispuesto, y como se ayan sentenciado v exceutado las penas de las dichas leyes y prematicas, y aviendo auido falta o remission en*

.....  
<sup>798</sup> RAMON LACA, Julio de, *op. cit.*, págs. 19-20.

<sup>799</sup> *Ibidem*, libro 1198, f. 325, 1599, septiembre, 15. Los alcaldes informaron al alcaide que para quitar los grillos a cualquier preso debía solicitar licencia a los jueces.

ello, lo remedien y castiguen<sup>800</sup>.

Núñez de Castro distinguía entre esas visitas que se realizaban cada sábado si no era fiesta -que llama particulares- y las visitas generales a las cárceles -de las que se realizaban tres al año-. En cuanto a las primeras, eran realizadas por dos consejeros. Si el Consejo era el verdadero rector de la vida madrileña, en este aspecto carcelario, sus visitas no se limitaban a la cárcel dependiente de sus subordinados los alcaldes, sino que visitaban igualmente la cárcel de villa

*dos del Consejo, antiguo y moderno, por su orden, hasta cumplir el turno, van a ambas cárceles a deshazer agravios de la Justicia de Corte y Villa; no entremetiéndose en la calificación de lo sentenciado, que mira a la segunda instancia. U la semana siguiente el uno de los dos buelve a ser visitador con otro, de suerte que cada uno lo es dos vezes, para la mejor dirección con la noticia de la una visita en la otra<sup>801</sup>.*

En todo caso, esa primera cárcel de corte siempre pareció tener problemas por su provisionalidad -quizá, como la misma Corte en Madrid-, parece que el edificio no era acorde con su función y que pronto se mostró insuficiente, así que la Sala tuvo que ordenar frecuentes obras, remodelaciones y arreglos de los que tuvo que hacerse cargo, al ser dicho organismo el administrador a todos los efectos de la cárcel de corte.

Después de la vuelta de la Corte de Valladolid, con la consiguiente recuperación de la población -también de la carcelaria- y la definitiva consolidación de la capitalidad madrileña, las obras se

---

<sup>800</sup> N.R., II, 1, 8, Pragmática de Felipe III, 1610.

<sup>801</sup> NUÑEZ DE CASTRO, A., *Libro histórico-político...*, págs. 66-67.

sucedieron, aunque cada vez se hacía más evidente la necesidad de buscar un nuevo emplazamiento para esta prisión. Tenemos noticias de obras en 1616<sup>802</sup>; en 1618 se hicieron *los aposentos de la cámara del tormento*<sup>803</sup>; pero, en 1619, los alcaldes eran conscientes de la imposibilidad de mantener la misma situación y elevan una petición al rey en la que exponían cómo, por el gran número de presos de todos los Consejos que se recogían en la cárcel de corte y por los enormes gastos que del sustento de los presos pobres se derivaban, la Sala no disponía de medios para mejorar su estado y solicitaba que se construyese otra a costa de las sisas generales que pagaba la Corte

*pues la carcel de corte es el edificio mas publico y necesario que la republica y todos los reinos de Vuestra Magestad tienen...*<sup>804</sup>.

Petición en la que, de paso, los alcaldes se mostraban defensores de los intereses de los cortesanos, cuyos pagos debían revertir, según ellos, en beneficio de Madrid.

Pero la seguridad en la cárcel no dependía sólo de los muros y las rejas de su edificación, sino que se contaba para ella con un amplio surtido de *prisiones*, constituido, sobre todo, por grillos y cadenas de los que la Sala proveía a la cárcel de corte con relativa frecuencia. Así, en 1598, el alcaide de ella se quejaba de que no

---

<sup>802</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1203, f. 130. El alarife de las obras de la cárcel de corte oedía libranza de mil reales por su trabajo.

<sup>803</sup>*Ibidem*, libro 1205, f. 208. Contiene la memoria del gasto de dicha obra; se libraron 2.417 reales y medio en gastos de justicia al alguacil de casa y corte que se encargó de ella.

<sup>804</sup>*Ibidem*, libro 1206, ff. 277. 1619, diciembre, 4, Madrid. Ver apéndice N<sup>o</sup> X.



disponía de *prisiones* y pedía a los alcaldes que se hicieran *cien pares de grillos*, éstos -que debieron considerar excesiva la solicitud- ordenaron que se fabricasen sólo treinta pares -sin duda, acudiados como siempre estaban por las cuentas<sup>805</sup>-. En 1606, al volver la Corte, se fabrican de nuevo prisiones y el cerrajero Juan de Zamora pidió a los alcaldes 538 reales porque

*yo e hecho para la carzel de corte muchas zerraduras y llaves y adereçado otras y hecho muchos herrajes que se me an pedido*

y otros gastos por arrancar las cerraduras<sup>806</sup>; años después el alcaide de la carcel real de la Corte -Domingo Díaz de Navarrete- vuelve a pedir libranza a la Sala por los 180 reales que se gastó *en adereço de grillos y otras cosas de la carcel*<sup>807</sup>; algo más tarde un cerrajero solicita otros ochenta reales que se le debían de haber *adereçado ochenta pares de grillos para el serbizio de la carcel rreal de corte*<sup>808</sup>; al año siguiente se libraron veinte ducados a un herrero por algunas prisiones, entre ellas otros cuarenta pares de grillos<sup>809</sup>; en 1620 se libraron a un cerrajero 48 reales *por otros tantos pares de grillos que aderezo para la carzel real desta corte*<sup>810</sup>, etc. Es decir, la Sala atendía bien puntualmente y de un modo constante a las

---

<sup>805</sup> *Ibidem*, libro 1198, f. 214, 1598, diciembre, 10, Madrid. Sala de los Alcaldes.

<sup>806</sup> *Ibidem*, libro 1200, f. 113, 1606. Se pormenorizan dichos gastos en los ff. 114-116.

<sup>807</sup> *Ibidem*, libro 1202, f. 162, 1613.

<sup>808</sup> *Ibidem*, libro 1204, f. 48, 1617.

<sup>809</sup> *Ibidem*, libro 1205, f. 152, 1618, septiembre, 22, Madrid. Auto de la Sala.

<sup>810</sup> *Ibidem*, libro 1207, f. 16, 1620, enero, 14, Madrid, Auto de la Sala.

necesidades que en este sentido tenía la cárcel, lo que, por supuesto, significaba unos gastos más que añadir a las enormes preocupaciones económicas de los alcaldes.

Pero pese a obras en la cárcel y grillos para los presos, la seguridad no fue uno de los aspectos más característicos de las cárceles de la época, y las madrileñas -en este caso, la de corte- no fueron una excepción. Y lo cierto es que esa inseguridad a menudo se debió más a las negligencias de los carceleros y a la facilidad con que estaban dispuestos a no darse por enterados o incluso a colaborar activamente en las fugas que a otro tipo de deficiencias de infraestructura. En cualquier caso, la Sala se preocupó también por mejorar esa vigilancia en la prisión. Conociendo los alcaldes, en 1584, que las puertas de la cárcel no estaban guardadas como se debía y que allí mismo se producían heridas y disputas, ordenaron al alcaide que en las dos puertas de entrada a la cárcel pusiera dos porteros en cada una, con obligación de permanecer en ella y de no dejar que se entrase armas en la prisión -lo que da idea de la situación interior si a los presos se les podía, hasta entonces, hacer llegar armas con cierta facilidad<sup>611</sup>.

Sin embargo, no parece que las medidas de vigilancia mejorasen mucho en los años siguientes, cuando los alcaldes trataron de poner orden en su cárcel nombrando a uno de sus alquaciles alcaide y ordenándole que les diese inventario y cuenta de todos los presos, puesto que

*en la carcel rreal desta corte no ay el rrecado que  
conbiene para la buena guarda de los presos della a causa  
de lo qual se an ydo y van cada dia muchos y los que estan*

<sup>611</sup> *Ibidem*, libro 1197, f. 112, 1584, junio, 14, Madrid. Auto de la Sala.

*se salen y andan fuera publicamente*<sup>812</sup>.

situación, ciertamente, que no decía mucho en favor de la institución penitenciaria cortesana -ni del sistema carcelario en general, como ya veremos más detenidamente al referirnos a la vida en el interior de aquellos recintos.

Precisamente, el cumplimiento estricto de las órdenes de libertad era una de las primeras preocupaciones, puesto que los abusos se traducían tanto en solturas indebidas -debidamente gratificadas, suponemos- como en retenciones injustas -esperando obtener alguna ventaja o como resultado de alguna animadversión personal-<sup>813</sup>.

En cuanto al funcionamiento de la cárcel -puesto que en esta se pagaba por todo: por la comida, por la cama, por el agua, por las velas, por no llevar grillos o por disfrutar de ciertos privilegios-, una de las principales inquietudes estribaba en como hacerse cargo de los presos pobres y de sus gastos, estando una buena parte de las labores administrativas y varios oficiales dedicados exclusivamente a ese menester. Estando la Corte en Valladolid -aunque para este caso lo mismo daba- la Sala adoptó una serie de disposiciones relativas a cómo ocuparse de estos presos, en las que se completaba un auto dado anteriormente por los propios alcaldes en 1595.

El principal inconveniente para el recto ejercicio de su función por parte de oficiales y ministros era la confusión existente entre patrimonio de la institución y peculio personal, lo que llevaba a que

<sup>812</sup> *Ibidem*, libro 1197, f. 372, 1590, diciembre, 14, Madrid. Auto de la Sala.

<sup>813</sup> Ver apéndice XI.

los que trabajaban en la administración adelantasen de su bolsa algunos pagos que luego les debían ser compensados o que procurasen usar de su oficio como renta de la que beneficiarse con la mayor productividad posible -salario aparte-, la prueba de que esto era una costumbre admitida está en que, con frecuencia, algunos de estos oficiales solicitaban que se les pagase el salario atrasado de varios años, por lo que, obviamente, entretanto debieron vivir de beneficios más bien ilícitos -o, por lo menos, irregulares- generados por su cargo, en el caso de la cárcel, a costa de los presos y de sus familiares y, frecuentemente, de acuerdo con los proveedores de todo tipo -desde tratantes de productos alimenticios o aguadores hasta alarifes de las obras, herreros, cereros, etc.-. Por eso los alcaldes se empeñaron en regular perfectamente lo que económicamente correspondía a unos y otros, particularmente en el caso de quienes tenían responsabilidades directas para con los presos pobres, en razón de las que recibían *limosnas* en dinero y en especie, y administraban directamente mayores cantidades, tratando personalmente con los comerciantes y con quienes prestaban sus servicios a la cárcel. En su auto de 1595 insistían en que fuese un comprador y no el mayordomo de la cárcel quien se encargase de las adquisiciones, recordaban a éste la obligación de registrar cualquier *limosna de personas ocultas*, de modo que no se pudiera hacer uso de ese dinero si antes no se asentaba en el libro correspondiente, y lo mismo debía hacerse con las *limosnas de pan y carne* que habían de ser registradas, así como el modo y la proporción en que eran repartidas; asimismo debía llevarse la cuenta del dinero que se recibiera para la manutención de los esclavos presos -que correspondía a sus años-, en resumen, que el mayordomo llevase

estrictamente las cuentas, registrase los ingresos de cualquier tipo y diera minuciosa relación de todos los gastos y del dinero que daba al comprador para ello, responsabilizándose ambos de dicha contabilidad y supervisándola la Sala por medio de las personas que para ello designara.

En 1604, como decíamos, se reafirmaron esas medidas y se dieron otras que reparaban sobre todo en la supervisión de la comida de los pobres -a la que debía asistir el mayordomo para comprobar si el dispensero proveía lo que se hubiere pedido, el procurador de los pobres para vigilar el control que en ella se hacía y la persona diputada especialmente para ello-, así como en la atención del escribano de cámara semanal en la sortura de los presos de ración para que diese fe de hasta que día efectivamente se le dio de comer en la cárcel y no hubiera así enjuños sobre ellos<sup>814</sup>

De modo que el celo de los alcaldes de casa y corte justificaba una desconfianza notoria hacia sus subordinados y se reflejaba en el establecimiento de mayores medidas de fiscalización sobre su actividad económica, que entorpecieron su trabajo, aumentaron la burocracia, la dedicación del personal y, consiguientemente, los gastos de justicia que se pretendían rebajar -con lo que las exacciones a que eran sometidos procesados y condenados so capa de multas y condenaciones se incrementarían consecuentemente-.

Como dijimos, todo se pagaba en la cárcel. Estar en ella era como estar obligatoriamente pagando una posada. Por cierto que, como *posada*, la cárcel de corte resultaba mas cara que las de las audiencias o

<sup>814</sup>A H.N., *Consejos*, libro 1199, f. 205, 1604, julio, 8. Valladolid, Sala de los Alcaldes. Véase apéndice nº XII.

chancillerías y mucho más que las de las justicias ordinarias, según se deduce de la comparación de sus respectivos derechos de carcelaje<sup>815</sup>. A los mismos lechos donde dormían los presos les tenía el alcaide puesto arancel<sup>816</sup>, pormenorizando los tipos de cama, sus precios y los descuentos por plazos de uso más largos, así:

*cuando la cama doblada la huviere un preso mas de quinze dias se pague por meses a rraçon de quatro ducados por mes y las senzillas estan bien [según el arancel antiguo] y no ay que moderar*<sup>817</sup>.

Y, por supuesto, la comida y bebida, si los presos no tenían quien se la llevase, debían adquirirla, de lo que, a veces se aprovechaban los carceleros que actuaban como sus *proveedores* -con el consiguiente abuso-, lo que estaba prohibido<sup>818</sup> y suponía, desde luego, dificultades añadidas a la dureza de la vida en las prisiones, como hizo saber el alcaide<sup>819</sup> de la de corte a sus superiores los alcaldes

*en ella ay mucha cantidad de presos por todo genero de delitos y deudas los quales tienen necesidad de tener personas qque les traygan de comer y veber y como no pueden tener quien lo aga a quien dan el dinero para que se lo trayga se les ban con ello por lo qual **pereçen y pasan extrema neçesidad***

<sup>815</sup> N.R., IV, 28.

<sup>816</sup> Sobre la tasa de las camas en las cárceles de las Chancillerías, véase N.R., IV, 24, 3. y la ley siguiente sobre la obligación de los alcaides de las cárceles de tener *en ella puesta una tabla fixada publicamente, en lugar donde todos lo puedan leer, el aranzel, donde esten escritos todos los derechos que pueden llevar, y sepan lo que han de pagar conforme a el*.

<sup>817</sup> A.H.N., Consejos, libro 1201, f. 302, 1612, mayo, 2, Madrid. Alcaide de la cárcel.

<sup>818</sup> N.R., IV, 24, 7:

*Mandamos a los nuestros Alcaldes que no consientan que el que fuere carcelero venda pescado, ni carne a los presos, ni se sirva dellos: y que si lo firiere lo castiguen.*

<sup>819</sup> Un alguacil de casa y corte -Miguel Sánchez- ocupaba ese cargo entonces, en 1608.

es decir, la cárcel y quienes en ella servían no incluían entre sus obligaciones hacia los reclusos en ella no ya alimentar a los presos - salvo a los pobres, como vimos- sino ni tan siquiera comprar los alimentos de éstos, con lo que, a veces, los encarcelados eran engañados por tener que entregar su dinero a cualquiera. Por eso el alcaide solicitaba a la Sala como solución que

*mande dar licencia porque en esta carcel aya un bodegon y taverna para que los pressos puedan acudir y comprar lo que hubieren menester para su sustento todo con postura de Vuestra Alteza.*

Los alcaldes lo otorgaron pero, quizá alertados por la solicitud del alcaide, le ordenaron que se guardasen las posturas que ellos fijasen y que él no recibiera nada por el lugar ni por ninguna razón del bodegonero ni del tabernero<sup>820</sup>. Y es que las comisiones podían ser muy lucrativas, y no constituían, seguramente, una practica extraordinaria.

Un *servicio* que sí ofrecía la prisión era la atención sanitaria - hablaremos del médico y del cirujano al referirnos al personal de justicia-, puesto que existía una enfermería en ella -aunque no siempre utilizada sólo por los enfermos-, destinada sobre todo a los pobres que no podían costearse asistencia sanitaria *privada*. Instituida con esa intención asistencial, correspondía lógicamente al mayordomo de pobres su administración y, como siempre, las compras y desembolsos para mantenerla -con las consiguientes peticiones a los alcaldes para que los pagasen-. Sus desvelos por la enfermería se centraban por un lado en las ropas y camas y, por otro, -aunque de menor importancia económica- en las medicinas. En cuanto a la primera de esas ocupaciones, podemos ver a qué tipo de necesidades se acudía en una

<sup>820</sup> *Ibidem*, libro 1200, f. 379, 1608, noviembre, 25. Madrid.

*Memoria de la ropa para la enfermería de la cárcel de corte, de 1607,*  
en la que aparecen:

24 sábanas (a tres reales la vara) de 7 varas y media cada una.....	500 reales.
Por la hechura de ellas.....	24 reales.
24 sábanas para 12 colchones (a tres reales por vara) 12 varas cada colchón.....	432 reales.
Hechura de ellos.....	24 reales.
18 arrobas de lana para los colchones (a ducado y medio la arroba).....	200 reales.
24 mantas (a 15 reales cada una).....	360 reales.
6 camas de madera, 6 ducados.....	66 reales.
3 ropas de levantar.....	100 reales.
50 reales sin especificar.....	50 reales.
Monta todo .....	1.576 reales.
2 tablas de manteles.....	180 reales.
17 camisas (a ducado).....	f-----f <sup>21</sup>

En cuanto a las medicinas, de cuya compra se encargaba el boticario de la cárcel; éste dió también una *Cuenta y suma de las medicinas que se an llevado para servicio y casa de la cárcel de corte desde el año de 1617 hasta el de 1619*<sup>822</sup>, que sumaba 71.803 maravedis - es decir, algo más de 2.100 reales-.

Queda, pues, bien de manifiesto la esencial condición de gestor que implicaba el cargo de alcalde de casa y corte. Gestores preocupados por la correcta administración de sus, siempre ajustados, recursos económicos y atentos a exigir memorias y relaciones no del estado de los presos cuya custodia les estaba encomendada y les competía, por tanto, supervisar sino de las cuentas y gastos que esa custodia generaba, más solícitos a comprobar el rigor contable de sus empleados en esas minutas económicas -que, por otro lado dejaba mucho que desear-

<sup>821</sup> *Ibidem*, libro 1200, f. 197, 1607. Las cuentas no son correctas pero las hemos respetado.

<sup>822</sup> *Ibidem*, libro 1207, ff. 167-182, 1620.



para tratar de impedir posibles fraudes, que a comprobar y verificar excesos o abusos en su comportamiento con los reclusos o en sus deberes de vigilancia.

Naturalmente, como no podía ser de otro modo en una sociedad con los condicionantes morales que señalamos en los primeros capítulos, estas cárceles no eran mixtas -lo que no quiere decir que no entrasen mujeres en ellas-. Ya Carlos V decretó que *los Alcaydes de las dichas carceles tengan en carcel apartada alas mugeres que se llevaren presas, impidiéndose que estuvieran entre los hombres e incluso que ellos tengan conversacion con ellas*, prevenciones, obviamente encaminadas a evitar cual quier comportamiento inmoral, aunque desde luego ya se suponía que las presas carecían del decoro y decencia de las mujeres honradas, puesto que la justicia debía procurar *que puedan ser dadas sobre fianças seyendo honestas*<sup>823</sup>. Sin embargo, no en todas las prisiones se guardaba el debido recato en su separación cuando compartían los mismos muros con los hombres -aunque, lógicamente, en cuartos aislados-<sup>824</sup>. Aunque las ya condenadas a prisión -*malas mugeres*, pues, por definición- iban a la carcel de mujeres o **galera**. En la capital, también dependía ésta de los alcaldes de casa y corte o, al menos, su personal, que era masculino.

<sup>823</sup>N.R., IV, 24, 2.

<sup>824</sup>por ejemplo, en una visita a la Chancillería de Granada, se reprendía al alcaide de su cárcel *porque parece que es necesario remediar una ventana de la carcel para lo que conviene a la onestidad del aposento de las mugeres*, encargándose al Presidente que proveyese lo conveniente. A.R.Ch.G., sección de Gobierno y Administración, "Libros de Chancillería", Libros de reales cédulas, provisiones y autos acordados para el gobierno y observancia de las Ordenanzas de la Chancillería, Visita de los oficiales desta abdiencia, por el deán de Toledo, punto 122, f. 59v., 1563, enero, 24, Madrid.

Regida, supuestamente, por normas internas más estrictas, tuvo un funcionamiento y problemas similares a los de la de Corte. Isabel Barbeito piensa que *es probable que se encontrara emplazada esta Galera en el mismo edificio del Ayuntamiento, próximo a la cárcel de hombres*<sup>825</sup>, con lo que no estamos de acuerdo, puesto que su vinculación institucional no es con el Concejo -y, por tanto, con la cárcel de villa- sino con la Sala -y, lógicamente, con la cárcel de corte-.

Fueron también frecuentes los arreglos y obras en el recinto de esta galera. En 1609, se registraron ya en la Sala obras en la casa de la galera<sup>826</sup>; pero al año siguiente se informó de que *esta llena y es necesario ampliarla con un cuarto para vagabundas y mocas de servicio que no quieren servir*<sup>827</sup>. Más adelante, en 1617, se hizo de nuevo imprescindible un arreglo más a fondo de la galera<sup>828</sup>.

Y también como en la cárcel masculina de corte, la atención médica o, al menos, la adquisición de medicinas, fue parte del capítulo de gastos de justicia que la Sala dedicaba a sus cárceles; precisamente, se conserva una relación de *las medicinas que se an gastado de la votica de diego alvarez de luna para las mugeres de la galera desde el año de mill y seisçientos y nueve hasta el de*

.....  
<sup>825</sup>BARBEITO, Isabel, *Cárceles y mujeres en el siglo XVI*, edición, introducción y notas de *Razón y forma de la galera*, de Magdalena de San Jerónimo y del *Proceso Inquisitorial de San Plácido* con los textos de Teresa Valle de la Cerda, Madrid, Castalia-Instituto de la Mujer, 1991, pág. 21.

<sup>826</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1200, f. 441, 1609, septiembre, 9, Madrid. Auto de la Sala.

<sup>827</sup>*Ibidem*, libro 1200, f. 609, 1610, septiembre, 3, Madrid, Sala de Alcaldes.

<sup>828</sup>*Ibidem*, libro 1203, ff. 506-513.

*seiscientos y doce*<sup>829</sup>, que nuevamente parte de 1609, el primer año del que la Sala registra datos de la galera.

Por su parte, la **cárcel de villa** estuvo desde su origen vinculada institucionalmente al Ayuntamiento y físicamente a las casas de los corregidores. Puede situarse la primera *en la acera izquierda de la calle Mayor, esquina a la actual Plaza de San Miguel y la calle entonces llamada de la Chamberga, que daba entrada a ésta -que hoy no existe- quedando dentro de la plaza de San Miguel*<sup>830</sup>. Su construcción se iniciaría, probablemente hacia 1541.

La nueva cárcel de villa se edificó *en el extremo izquierdo final de la fachada principal de nuestro Ayuntamiento -la que da a la plaza de la villa- y su dedicación carcelaria hacia la parte posterior del edificio lindante con las calles de Madrid y del Rollo, con vuelta a la del Duque de Nájera*<sup>831</sup>. Esta nueva ubicación estaría terminada hacia 1620 y perduró con tal dedicación hasta 1831.

Hasta donde sabemos, su funcionamiento y su personal fueron muy similares al de la cárcel de corte, influyendo en su discurrir de forma trascendental la capitalidad, en primer lugar por razones puramente económicas: la pérdida de bienes de propios por los costes de la capitalidad supuso un considerable retraso en la construcción de la nueva cárcel de villa; en segundo lugar, institucional y *jerárquicamente* por la intervención del Consejo, que asimiló su

<sup>829</sup> *Ibidem*, libro 1201, ff. 414-418.

<sup>830</sup> RAMON LACA, Julio de, *op. cit.*, pág. 13.

<sup>831</sup> *Ibidem*, pág. 19.

funcionamiento y hasta los salarios de sus servidores a los de la cárcel de corte.

Las penurias económicas, pues, acompañaron el mantenimiento mínimo de la vieja cárcel de villa y la construcción de la nueva. En 1610, avanzada la construcción de la segunda, hubo que arreglar algunas de sus salas y hacer *otros reparos muy necesarios y forçosos y que no pueden dexar de hacerse*, pero no se podía porque *para esto no ay dineros de obras publicas y gastos de junta de donde se avia de pagar*, por lo que se *idió que del dinero que ay de condenaciones aplicadas a gastos de la pulicia se puedan tomar mill rreales que son menester para esto, los quales se gasten con quenta y rraçon por libranças del corregidor*<sup>832</sup>. Al parecer la situación de la cárcel de la villa -de la justicia municipal y del Concejo, en general- era más apurada que la de la de corte -la Sala y el Consejo- que, aunque hemos visto cómo trataba de controlar minuciosamente sus gastos, solía salir airosa de sus dificultades. Naturalmente, debemos relacionar esto con la situación jurisdiccional madrileña: la posición de los alcaldes se había fortalecido y eran muchos los pleitos en los que entendían venciendo en esa partidular luvha, no sólo por la jurisdicción -y el prestigio y poder que podía llevar aparejada- sino por las condenaciones, que constituían unos ingresos extraordinarios para oficiales y ministros de justicia, pero también los fondos de los que saldrían los *gastos de justicia* con los que se sufragaban normalmente los costes de infraestructura, las comisiones enviadas, las recompensas ofrecidas, etc., lo que podía reforzar y agilizar aún más la presencia, capacidad,

<sup>832</sup> A.V.M., *Secretaría*, 3-401-1, 1610.

reputación e influencia de la institución, en una espiral de autoestímulo que beneficiaba a la Sala; sin olvidar los importantes ingresos que allegaría ésta -en detrimento, sobre todo, de la justicia del corregidor- con la disposición de Felipe II de aumentar el valor de los pleitos civiles en que podían conocer los alcaldes de casa y corte en apelación y suplicación de 50.000 a 100.000 maravedís<sup>833</sup>. Además, la cárcel de corte, aunque los alcaldes se quejasen de que era empleada por todos los consejos y por todos los tribunales del reino mientras que sólo la costeaban los cortesanos, recibía ayuda de las condenaciones de otros tribunales o por ejemplo de las penas impuestas por los jueces en las visitas, así se ordenó, por ejemplo al término de una visita a la Chancillería de Granada:

*...y vos el nuestro presidente enviareis ante los del nuestro consejo los maravedis que así aplicamos por esta nuestra cedula **para los pobres de la cárcel de nuestra corte** sin que falte cosa alguna dellos*<sup>834</sup>.

Por lo que se refiere a la **cárcel inquisitorial** de la villa y corte; recordemos que Madrid y su tierra pertenecían jurisdiccionalmente al Tribunal de Toledo, que nombraba sus funcionarios y comisionaba inquisidores para visitar la villa. Al parecer, desde 1583 se empezó a gestar una cierta desvinculación jurisdiccional que terminaría por cristalizar en la creación del Tribunal de Corte, en 1620 hay ya un inquisidor asistente que depende

---

<sup>833</sup>N.R., II, 6, 17.

<sup>834</sup>A.R.Ch.G., *sección de Gobierno y Administración*. "Libros de Chancillería", Libros de reales cédulas, provisiones y autos acordados para el gobierno y observancia de las Ordenanzas de la Chancillería, Visita de los oficiales desta abdiencia, por el deán de Toledo, f.60, 1563, enero, 24, Madrid.

de Toledo y que progresivamente irá adquiriendo independencia, sobre todo desde 1648, consolidándose desde mediados de siglo como un verdadero Tribunal, separado del de Toledo<sup>835</sup>. En consecuencia, la construcción de las casas y cárceles del Tribunal de Corte del Santo Oficio no comenzó hasta 1650 aproximadamente. Prisión que se situó en la calla conocida desde entonces como "Inquisiciones" y llamada antes "Espíritu Santo" -en el plano de Texeira "Premostenses", hoy "Isabel la Católica"- . *Hasta que no se construyeron las inquisitoriales, en la Corte no existían cárceles para los reos de delitos de fe, que estaban depositados en la cárcel real o bien en las del obispado, hasta que eran trasladados a las de Toledo, ciudad donde eran procesados*<sup>836</sup>. Como las otras cárceles madrileñas parece ser que tampoco eran excesivamente seguras y que necesitaron asimismo algunas obras de reparación antes de finalizar el siglo<sup>837</sup>.

## 6. LOS OFICIALES DE JUSTICIA Y POLICIA EN LA CORTE.-

Al hablar de la Justicia en el Madrid capital de la Monarquía no podemos olvidarnos de quiénes servían a esa justicia. Si en esatas páginas hemos mostrado unas instituciones que no responden a lo que hoy entendemos por justicia, quienes las integraban a menudo merecerían figurar más en la nómina de los delincuentes que en la de los

<sup>835</sup>BLAZQUEZ MIGUEL, Juan, *Madrid, judíos, herejes y brujas. El tribunal de Corte (1650-1820)*. Toledo, Arcano, 1990, págs. 14-17.

<sup>836</sup>*Ibidem*, pág. 23.

<sup>837</sup>A.H.N., *Inquisición*, leg. 2495-1; *ibidem*, leg. 2498-10, citados por BLAZQUEZ MIGUEL, J., *op. cit.*, pág. 27, notas 64 y 65.

servidores de la ley.

No es nuestra intención juzgar negativamente a todo su personal, pero la falta de control de los organismos sobre sus empleados, la confusión entre lo público y lo privado -en lo económico e incluso en la disponibilidad del tiempo personal-, la arbitrariedad de los jueces, el excesivo poder y el temor que generaba una vara de justicia y la necesidad de *complementos* -más o menos lícitos- a los salarios son algunos de los factores que convertían casi en norma actuaciones que hoy no dudaríamos en calificar a veces como corruptas o delictivas, frecuentemente como abusivas o inmorales y, prácticamente siempre, como de dudosa justicia.

Con todo lo expuesto anteriormente, es claro que los magistrados, ministros y oficiales más característicos del Madrid de entre 1580 y 1630 eran los adscritos al servicio de la Sala de alcaldes de casa y corte. Sobre ellos, los consejeros de Castilla, cuya intervención era sobre todo política, marcando las pautas y, normalmente, sin descender a asuntos concretos -salvo en casos excepcionales-, por lo que no nos vamos a detener en ellos<sup>638</sup>, puesto que, además, su preocupación por los asuntos madrileños constituía sólo una mínima parte de su amplia dedicación.

### 6.1. Los alcaldes de casa y corte.

A la cabeza de la Sala encontramos, por supuesto, a los **alcaldes**

<sup>638</sup>Sobre el Consejo Real como institución ya se habló en el correspondiente apartado y sobre quienes lo integraban disponemos del conocido y espléndido estudio de J. FAYARD, *Los miembros del Consejo de Castilla, 1621-1746*, Madrid, 1982.

de casa y corte, magistrados de gran prestigio y singularmente respetados en este tiempo, tanto por la sociedad en general, como por el Consejo, que no dudaba en emplearlos en comisiones particularmente comprometidas fuera de Madrid. Qué duda cabe que en esta imagen influía de modo determinante su consideración como quinta sala del Consejo, conociéndose públicamente su estrecha vinculación institucional con este alto organismo que ostentaba, no lo olvidemos, la suprema jurisdicción. Su reputación les venía también de la posición que su cargo ocupaba en el *cursus honorum* administrativo, pues si bien sus funciones en Madrid eran similares a las de un alcalde del crimen de la chancillería en Granada o en Valladolid su autoridad judicial y de gobierno era muy superior a la de éstos y su rango estaba incluso por encima del de los oidores<sup>839</sup>, considerándose la experiencia en el puesto como una buena preparación para un ascenso a magistraturas superiores como presidencias de las Chancillerías o un puesto en algún consejo, más frecuentemente en el de Castilla. Un buen ejemplo de la rápida marcha que podían seguir es el de don Pedro Manso de Zúñiga, quien comenzó su carrera como oidor de Navarra, fue, en 1601, oidor en la Chancillería de Granada; en 1605 se le nombró alcalde de casa y corte y al año siguiente preside ya la Chancillería de Valladolid, para culminar ese rápido ascenso con la presidencia del Consejo de Castilla, el más alto puesto de la administración, tan sólo dos años más tarde,

.....

<sup>839</sup>Pedro Gan registra entre mediados del XVI y mediados del XVII quince casos en los que los ministros pasan de la Chancillería de Granada al cargo de alcalde de casa y corte, doce de ellos siendo oidores, uno fiscal de dicha chancillería, otro alcalde del crimen en la de Valladolid -por traslado del mismo puesto de la de Granada- y el otro corregidor de Córdoba -tras haber sido alcalde del crimen-; GAN GIMENEZ, Pedro, *La Real Chancillería de Granada (1505-1834)*, Granada, Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, 1988, págs. 179-357.



en 1608<sup>840</sup>.

Sobre las obligaciones y funciones de estos alcaldes nos extendimos ya lo suficiente al referirnos a la Sala como institución, puesto que los alcaldes de casa y corte eran los responsables del efectivo cumplimiento de sus atribuciones. Una pormenorización de sus modos tradicionales de actuación en su rutina cotidiana, en sus más características intervenciones -visitas, rondas, asignación de cuarteles, etc.-, en las manifestaciones de su dignidad pública -procesiones del Corpus y Semana Santa- y protocolo -orden y precedencias en los acompañamientos, honras y jornadas reales, en las ceremonias, fiestas, toros, cañas, comedias...-, en la vigilancia de los abastos y del orden público, en las comisiones especiales, etc. puede verse en las ya citadas "Advertencias para el servicio de la plaza de Alcalde de Casa y Corte", del *Libro de noticias para el gobierno de la Sala*<sup>841</sup>.

## 6.2. Los alguaciles de corte.

Si los alcaldes eran los máximos responsables de la acción de la Sala y encarnaban especialmente su vertiente judicial y de gobierno, los **alguaciles** eran la imagen de la presencia de la Sala en la ciudad:

---

<sup>840</sup>Un estudio prosopográfico de los alcaldes de casa y corte aportaría sin duda datos interesantísimos sobre la *lógica interna* de la carrera administrativa y las relaciones entre sus miembros.

<sup>841</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1173, ff. 1-103. En el vuelto de su último folio se explica:

*estas advertencias hizo un alcalde deseando acertar a cumplir con la obligación de su oficio y las enmendara quien las biere pues qualquiera conoçeramejor lo que en cada punto se deve azer que esto era una prevençion casera para poder mejor gobernarse y no mas así se pueden y deven disimular y perdonar las faltas de este papel.*

los vigilantes, los ejecutores de los autos de los alcaldes, los que perseguían e investigaban los delitos y apresaban a los sospechosos. Los alguaciles eran el medio físico de intervención de la Sala, los oficiales en los que los madrileños veían personificado el poder de la institución. Estaban personalmente vinculados a un alcalde<sup>842</sup> y casi podemos decir que desempeñaban su oficio siempre que estaban en un lugar público -muy habitualmente por abuso más que por celo profesional-. Las amplísimas competencias y deberes de los alcaldes dejaban una considerable libertad de acción a quienes -si bien obligados a dar cumplida cuenta de todos sus actos a sus superiores- asumían de hecho un poder que no les correspondía pero que, en la práctica, era casi incontestable en el momento de su intervención. En ese sentido, los alguaciles eran también los receptores de la aversión que la ciudadanía sentía hacia la justicia, salvaguardando la figura de los alcaldes que raramente eran objeto de las críticas populares.

El número de alguaciles de corte varió según el momento, siempre repartidos, adscritos proporcionalmente a cada alcalde. Su proliferación fue motivo de polémica y hubo siempre una tendencia a intentar restringir los nombramientos que se consideraban excesivos y cuya aceptación la Sala trataba de forzar con la fuerza de los hechos consumados convertidos en uso<sup>843</sup>. En la etapa madrileña de consolidación

<sup>842</sup>Desde su mismo origen, los alguaciles dependían estrechamente de los alcaldes de casa y corte, así en *N.R.*, IV, 23, 8 se dice:

*que los alguaciles sean obedientes en todo a los nuestros Alcaldes, en todas las cosas que tocan al oficio de la justicia, así en la execucion della y en el prender, como en todo lo que se les mandare concerniente a sus oficios.*

<sup>843</sup>Ya los Reyes Católicos, cuando la institución no era ni mucho menos lo vigorosa que fue más tarde -especialmente al avecindarse en Madrid-, se preocuparon por mantener *el número antiguo de los alguaziles*, que debían ser recibidos siempre por el Consejo, que les tomaría juramento al comienzo de

de la Sala, los alguaciles que servían en ella eran entre sesenta y ochenta. Según las funciones que desempeñaran los alcaldes a cuyas ordenes estaban, estos alguaciles podían ser civiles y criminales: había además algunos de ellos con dedicaciones especiales, como un alguacil de los vagabundos presos o los que ejercían como fieles del repeso de corte -vigilando que no hubiera engaños ni fraudes en los pesos--.

En 1602 se hizo una interesante 'Memoria de las antiquedades de los alguaciles civiles y criminales de la casa y corte de Su Magestad para ver fieles del repeso de ella en el mes que a cada uno le toca', lista en la que figura el día que entro cada uno a servir la plaza<sup>844</sup>.

Por orden de Felipe III, en 1604 se estableció un numero total de diez alguaciles de corte por alcalde y cuartel

*pues toda esta villa de Madrid para las rondas, y visitas está distribuida en seis cuarteles, y ay seis Alcaldes de Corte, y mas de sesenta alguazils*<sup>845</sup>.

No se señalaba en qué podían ocuparse los que excedieran de los sesenta repartidos a los alcaldes, aunque, mas adelante, al ordenar a los alguaciles que se aposentaran en los cuarteles que les correspondían se hablaba de *los sesenta que ay*.

Sin embargo, la propensión fue a liberar algunos alguaciles de sus obligaciones en los cuarteles y con los alcaldes -sobre todo, rondas, vigilancia y acompañamientos- y aumentar sus plazas con otras dedicaciones específicas, tal como reconocía el Consejo en un auto de 1613, año en el que eran ya ochenta los que ocupaban dicho oficio en la

cada año. *N.R.*, IV, 23, III.

<sup>844</sup>A.H.N , *Consejos*, libro 1199, f. 147.

<sup>845</sup>*N.R.*, II, 6, 20.

Sala:

*Atento a que el numero de Alguaciles de la Casa y Corte de su Magestad se ha aumentado, i crecido por la mucha gente, que hai en esta Corte; mandaron que de aqui adelante, como en Palacio, y Casa Real assistian dos Alguaciles, assistian quatro[...] i asimismo como se mando por la nueva Ordenanza de la Ronda que en cada Quartel huviese diez Alguaciles, haya doce en cada uno de dichos Cuarteles [...], i que de aqui adelante assistan dos de los dichos Alguaciles en casa del señor Presidente, como se ha hecho*<sup>846</sup>.

Sin embargo, el incremento de estas plazas sería espectacular, dado que sólo cuatro años más tarde, según se quejan las Cortes había ciento siete varas de alguacil en la Corte<sup>847</sup>. De 1618 existe otra nómina de alguaciles de corte, divididos por cuarteles y con los alcaldes a que corresponden<sup>848</sup>. Dos años después hay un nuevo repartimiento de alguaciles para los alcaldes<sup>849</sup>. De nuevo, en 1621, encontramos otro reparto<sup>850</sup> en el que, además de los alguaciles repartidos en los cuarteles de los señores alcaldes:

14 en el de Santa Cruz y San Ginés,  
15 en el de San Sebastián,  
13 en el de San Luis,  
12 en el de San Martín,  
14 en el de San Miguel, San Salvador, San  
Nicolás, San Juan, Santiago y Santa Maria,  
y 12 en el de San Andrés y Santiuste,

se enumeran 14 alguaciles *reservados*, es decir que quedaban liberados por algún privilegio particular de determinadas obligaciones. En total, 94 alguaciles. No es así de extrañar que dos años más tarde, en plena

<sup>846</sup> A.A., IV, 23, 1, 1613, julio, 4.

<sup>847</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1206, f. 154.

<sup>848</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1205, ff. 192-199, 1618.

<sup>849</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1207, f. 2283, 1620, julio, 18. Madrid.

<sup>850</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1208, ff. 148-150v.

*campana de reformas, porque muchos alguaziles, por diversos caminos, y representando causas, y impedimentos menos ciertos han sacado reservacion en algunas cosas de sus oficios, como son guardas, rondas, y ir fuera desta Corte a hazer prisiones, y otras, y puesto que esa desigualdad es en perjuizio de los demas, se mande que los que tienen las dichas cédulas de reservacion las entreguen dentro de quatro dias al Presidente de nuestro Consejo, y no puedan usar dellas, sino que ayan de acudir y acudan en todo y por todo a la obligacion de sus oficios, sin excepcion alguna*<sup>851</sup>.

Ya mediado el siglo XVII, se ordenó una reducción en el número de varas de alguacil hasta las sesenta primitivas<sup>852</sup>. Reducción que si bien se venía procurando desde tiempo atrás se veía dificultada por hábitos tales como el servicio de dichas varas por sustitutos, su arriendo y prorrogación de vidas, que evitaban que se consumiesen las excedentes del número fijado.

En cuanto a sus **competencias, obligaciones y actuaciones** eran esencialmente de vigilancia e información -a la Sala, claro-, de represión y persecución del delincuente y de protocolo y servicios especiales. Entre las de vigilancia ocupaban un lugar destacado las rondas<sup>853</sup> -ellos eran los verdaderos responsables y quienes llevaban su peso- y la continua supervisión de las calles de su cuartel, para hacer cumplir las leyes y las disposiciones de los alcaldes, a quienes tenían

---

<sup>851</sup> *N.R.*, IV, 23, 29, 1623.

<sup>852</sup> *A.A.*, IV, 23, 3, 1650.

<sup>853</sup> Las rondas y la vigilancia en general fueron competencia suya desde las primeras disposiciones al respecto: *N.R.*, IV, 23, 4.

que dar cuenta detallada de los sucesos destacables. Naturalmente, esa vigilancia iba encaminada tanto a evitar delitos o infracciones como a reprimir los que sorprendieran: *prender* era una de sus actividades más visibles<sup>854</sup>; ya Juan II ordenó a los alguaciles que *sean diligentes en prender a las personas que por los juezes y Alcaldes les fuere mandado que los lleven presos a las carceles publicas*<sup>855</sup>; aunque también desde antiguo se limitó esa diligencia, no pudiendo prender por ejemplo a los que llevasen mantenimientos a la Corte, ni hacerlo sin el debido mandamiento salvo *al que hallaren haziendo delito*<sup>856</sup>, lo que trataba de prever abusos que inevitablemente se produjeron. También de los presos que hicieran debían informar a los alcaldes de casa y corte; es más, éstos, para asegurarse de que no se cometían excesos y disponer con prontitud de noticias que podían ayudar a otras diligencias mandaron a los alguaciles

*que dentro de un ora como hizieren las denuncias de los delitos que se cometieren en esta corte y de*

<sup>854</sup> Lope describe así como un alguacil en la Corte, en el bullicio callejero de la feria de San Mateo, entre buhoneros y vendedores, apresa a un ladrón:

Alguacil.-	<i>¡Qué mal pensaba encubriello ni escaparse por los pies! ¡Quite el capote, ladrón; desvalije lo que tiene!</i>
... .. Ladrón.-	<i>... .. ¡Ea, bellaco, comience! Que me trate mal no es justo: mire que soy hombre honrado.</i>
Alguacil.-	<i>¡Qué oficio tienes?</i>
Ladrón.-	<i>Soy sastre: sino que, por un desastre, oficio y tienda he dejado.</i>
Alguacil -	<i>Muestra las manos a ver ¡Miren que callos aquestos! ¡Éstos son de cuantos puestos, y no manos de coser! ¡Venid conmigo al picadero!</i>
Ladrón.-	<i>No me maltrate, lo digo.</i>

LOPE DE VEGA, *Las Fiestas de Madrid*, I, 940-943.

<sup>855</sup> N.R., IV, 23, 5, 1429.

<sup>856</sup> N.R., IV, 23, 6 y 7.

*qualesquier caussas que ante los dichos escrivanos pressentaren y ansimismo de los presos que prendieren unfragante delito siendo de día dentro de la dicha ora vayan a dar quenta a uno de los dichos señores alcaldes para que se sepa lo que se haze en los dichos negocios y siendo de noche luego por la mañana se de quenta ansimismo a uno de los dichos señores alcaldes*<sup>857</sup>.

Los alguaciles tenían, asimismo que ocuparse en labores de acompañamiento más bien protocolarias -por ejemplo, los que servían al Presidente del Consejo, o en las consultas al rey, o en las visitas- y de servicios o comisiones más o menos especiales, así, en 1617, los alcaldes tenían designado a un tal Pedro de San Joan, con el título de *alguçil de los bagamundos desta corte*, que asistiese a diario a la Sala *a la primera visita a dar quenta y rraçon de los presos que tubiere o la caussa porque no los tiene*<sup>858</sup>. No obstante, lo más frecuente era su participación en las comisiones a las que eran enviados sus alcaldes, recuérdese cómo en el caso de Alonso de Contreras, para apresarlo *llegó el que traía la comisión, un tal llamado Llerena (alguacil de corte)*<sup>859</sup>. A veces tenían que marchar fuera de Madrid con cometidos muy determinados: por ejemplo, en 1621, un alguacil de corte fue enviado a Palencia en busca del verdugo, quien al parecer había abandonado su puesto<sup>860</sup>. Y siempre era un alguacil quien encabezaba el traslado de la cadena de galeotes desde la villa a la cárcel de Toledo.

La ayuda a los alcaldes en las cuestiones de los abastos y sus

<sup>857</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1198, f. 241, 1599, marzo, 6, Madrid. Auto de la Sala.

<sup>858</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1204, f. 36, 1617, agosto, 29, Madrid. Auto de la Sala.

<sup>859</sup>CONTRERAS, Alonso de, *op. cit.*, pág. 123.

<sup>860</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1208, f. 184, 1621, mayo, 7, Madrid. Auto de la Sala.

precios se reflejaba en su obligación de hacer que se presentasen a aquellos los mantenimientos para que hicieran las posturas; también, se encargaban del repeso dos alguaciles -uno antiguo y otro moderno, que llamaban del mes por tener esa ocupación rotatoriamente durante dicho período-, que debían señalar las faltas que en él encontrasen, si bien todos tenían que atender a *las demas cosas tocantes a los mantenimientos i posturas*. A pesar de que a quienes ocupaban ese cargo de alguacil del repeso se les prohibía expresamente beneficiarse de él cobrando derechos indebidos o *contribuciones* de los productos de los comerciantes -quizá precisamente porque era muy frecuente-, se trataba de un buen destino, puesto que *se castigaba* al alguacil *que nouviere hecho causas o prisiones criminales en el mes precedente* a no ser nombrado para él *aunque le toque el turno*, tal vez debido también a una mayor comodidad que en otros servicios.

Quienes disfrutaban de tanto poder efectivo por su constante presencia en los asuntos sociales y económicos, en las calles y plazas de Madrid, tenían muy fácil confundir derechos con sobornos, incautaciones con robos, multas con salarios..., de modo que era imprescindible por una parte la exigencia de detalladísimas relaciones de las inspecciones o de los cobros de sanciones y por otra una enumeración lo más completa posible de los ingresos que lícitamente podían percibir estos alguaciles, sus derechos<sup>861</sup> y algunos beneficios especiales<sup>862</sup>.

---

<sup>861</sup> Vease: *N.R.*, IV, 23, 9, 16; título 29 "Del aranzel de los derechos que han de llevar los alguaziles de Corte"; título 33 "De los derechos de los alguaziles del campo de la Corte y Chancillería.

<sup>862</sup> *Como el de quedarse con las armas de quienes delinquieren*, *N.R.*, IV, 23, 28.



Pero también nos encontramos con las **incompetencias** y los **excesos** de los alguaciles, básicamente: abusos de poder, demasías en el cobro de derechos, e incumplimiento de sus deberes.

Uno de los abusos más denunciados era su inclinación a intimidar a los testigos estando presentes en los interrogatorios -lo cual les estaba prohibido-, así que no podían *dezir los dichos testigos sus dichos con la libertad que conviene*, por lo que los alcaldes acordaron ordenar a los secretarios del crimen y sus oficiales que no examinasen *ningún testigo en ynformacion sumaria ni en probança plenaria estando presente el alguacil que le presentase*, penándose curiosamente a los secretarios y oficiales y no a los alguaciles<sup>863</sup>, lo que indica un cierto favoritismo hacia sus subordinados inmediatos pero también, probablemente una consecuencia de su posición de fuerza que llevaba a los alcaldes a renunciar a presionarles más directamente, atajando este abuso por otra parte más dócil y fácil de examinar.

En cuanto a su corrupción, la literatura es enormemente rica en mostrarnos alguaciles poco escrupulosos con la legalidad y siempre dispuestos a salir beneficiados en cualquier lance. Una buena muestra es el alguacil que nos presenta Ruíz de Alarcón en el segundo acto de *El Texedor de Segovia*, el cual, asaltado por los bandoleros y requerido por ellos a entregarles lo que llevase encima les dice que lleva poco dinero, a lo que el protagonista no puede sino preguntar

*¿Pues no has hurtado estos días?*

Contestando el alguacil

---

<sup>863</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1179, f. 111, 1584, mayo, 28, Madrid, Auto de la Sala.

*Anda muy corto el oficio,  
 que está la Corte perdida,  
 solo delinquen los pobres,  
 no peca la gente rica,  
 que la corrige y ajusta,  
 no la virtud, la avaricia.  
 Por no arriesgar el dinero,  
 no ay agravio que riña;  
 en los pleytos se conciertan,  
 en las mugeres varían.  
 Y si hallamos con su dama  
 alguno por su desdicha,  
 por no incurrir en la pena,  
 antes muere que reincida.  
 Decimas nunca se logran,  
 que si alguno determina  
 executar, luego ay ruegos,  
 corrientos y tercerías.  
 Y al fin las mas simples aves  
 viven ya con tal malicia,  
 que son los que menos caçan,  
 los paxaros de rapiña.*

Pedro *Pues yo he de ganar perdones,  
 con quitarte lo que quitas;  
 no ocultes solo un real,  
 que te costará la vida.*

... ..

Y cuando el alguacil pide a los salteadores que le dejen algo para comer hasta llegar a Madrid, uno de éstos le replica

*...esa vara de virtud  
 su necesidad redima;  
 que quien le dexa las uñas,  
 no le quita la comida<sup>864</sup>.*

Los bandoleros, voz popular, identifican aquí a los alguaciles con ladrones y al símbolo de su jurisdicción -la vara- con las *uñas* de las que se valían para conseguir robar. El alguacil, ciertamente, reconoce que el *oficio* -entendido abiertamente como abuso- no marchaba bien, porque sólo podían actuar contra los pobres, mientras que los ricos o no infringían las leyes por evitar avariciosamente riesgos o se concertaban particularmente en sus pleitos, por lo que los alguaciles

<sup>864</sup>RUIZ DE ALARCON, Juan, *El texedor de Segovia*, II, vv. 120-146 y 190-193.

*decimas nunca [...] logran*, es decir, rara vez alcanzaban a cobrar los derechos que les corresponden de las penas impuestas a los que ellos han prendido, ya que los pobres no podían pagarlas y los ricos sabían eludirlos con *ruegos, concertos y tercerías*. Y los ciudadanos normales *-las mas simples aves-* habían aprendido a vivir alerta ante sus excesos, abusos, chantajes, etc., de modo que los alguaciles *-los paxaros de rapiña-* tenían muy difícil mantener sus ingresos, sobre los que, en cualquier caso, siempre recaía la duda de su posible ilicitud.

El incumplimiento de su deber por parte de estos alguaciles se manifestaba también con cierta frecuencia. Así, el marqués del Valle, presidente del Consejo de Castilla, parece que perdió su paciencia con ellos, en 1612, cuando en un oficio dirigido a los alcaldes de casa y corte explica cómo a pesar de *aver tantos alguaciles que ellos mismos dicen y se quejan que ay muchos*, estaba la Corte llena de gente extranjera, de vagabundos y de ladrones, y se guardaban muy mal las leyes, por *lo poco que acuden algunos dellos al exercicio de sus oficios procurando mas sus comodidas regalos y entretenimientos, acudiendo a las cassas de juego no con fin de estorvarlos y a las comedias y no a sus oficios como debian*<sup>665</sup>; precisamente por este abandono de sus obligaciones se prohibió en ocasiones a estos oficiales

... ..  
<sup>665</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1201, f. 278, 1612, marzo, 9, Madrid. El Marqués del Valle. Para remediarlo, ordenó a los alcaldes que conminaran a sus alguaciles a que ejerciesen sus oficios *con el cuidado, diligencia y asistencia que deven*, y que se le entregara a principio de cada mes una relación de lo que cada alguacil hizo en su oficio el mes anterior, además los propios alcaldes debían darle cuenta *de los alguaciles que acuden con diligencia a sus oficios para que estos sean premiados y los que no lo hicieran castigados*.

acudir a las comedias<sup>866</sup> y, naturalmente, también el juego, no ya asistiendo a las casas de juego -como decía el Presidente de Castilla-, sino en los escritorios, aunque no se tratase de juegos prohibidos<sup>867</sup>, porque, llevados de su afición a los naipes, dejaban de realizar sus cometidos -afición que afectaba a todos los oficiales de justicia, desde los papelistas hasta los propios alguaciles-.

Una de las obligaciones que con más frecuencia trataban de eludir era la de los acompañamientos. La Sala, en 1621, multó, por ejemplo, a sesenta y cinco alguaciles con dos ducados *por no aver cumplido con la obligacion que tienen de acompañar a los señores del consexo la visita xeneral [...] a la carçel rreal desta corte como a la de la villa y desde alli acompañar a los señores alcaldes asta la provincia y aver echo falta en lo susodicho*<sup>868</sup>.

Pero, como es de suponer, lo que más se criticaba eran sus abusos económicos, considerados a menudo abiertamente como robos, fruto a veces de la acción de auténticas mafias organizadas por los alguaciles de acuerdo con comerciantes, tratantes, taberneros o pícaros en

---

<sup>866</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1198, f.307, 1599, julio, 14. Sala de Alcaldes:

*...que dentro de dos meses primeros siguientes no vayan a oir las comedias que se hacen en los corrales desta corte so pena de seys meses de suspension de sus ofiçios.*

<sup>867</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1202, f. 216, 1614, junio, 2, Madrid, Sala de Alcaldes:

*...que ningun alguacil escrivanos ansi oficiales del crimen como otros qualesquier papelistas escrivientes ni otra ninguna persona no sean osados de jugar a ningun juego de naipes aunque no sea de los provvidos en poca ni en mucha cantidad en los escritorios del crimen ni provincia de día ni de noche.*

La prohibición de estas prácticas por la noche, nos hace pensar en incumplimientos de las rondas.

<sup>868</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1208, f. 303, 1621, agosto, 12, Madrid. Auto de la Sala. Todas esas faltas lo fueron sin causa justificada, salvo la de uno de los alguaciles, de quien se advierte al margen que *estava mui malo con tabardillo*.

general, a quienes brindaban su protección a cambio de una participación en los beneficios de sus tejemanejes. Y todo ello a pesar de que la legislación trataba de ser sumamente estricta en el control de sus ingresos y derechos<sup>869</sup>. Acuerdos especialmente lucrativos, que podían además dejarles el campo libre para actuar con impunidad -en la obtención de ganancias o en la defensa de sus intereses-, eran los que establecían con otros miembros de la administración, particularmente con la otra especie más denostada por los literatos y la opinión popular: los escribanos. Puesto que el alguacil llevaba una parte de todas las denunciaciiones que presentase y dicha presentación debía hacerla ante un escribano del crimen, si este estaba dispuesto a registrarlas en gran número -fuesen justas o no- los dos podrían beneficiarse considerablemente de ello o buscar serios problemas judiciales a sus enemigos -aunque no hubiera razones legales para ello- o a quienes se negasen a colaborar con esas mafias organizadas o a pagar los derechos abusivos que, como un verdadero impuesto de corrupción/protección exigían algunos; algo así parecen descubrir ciertas advertencias de los alcaldes de casa y corte, como la que notificaron al alguacil Diego García para que no hiciera

*denunciaciones de ningund delito ante fernando de porres  
escribano del crimen desta corte su cuñado ni el dicho  
fernando de porres las rresciba so pena de cada veinte  
ducados [una multa elevada porque el abuso sin duda, lo  
era] para los pobres de la carze*<sup>870</sup>.

Asunto más complejo es el del arriendo, transmisión o venta de

<sup>869</sup>N.R., IV, 23, leyes 9, 14, 15 y 25.

<sup>870</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1197, f. 35; 1592, junio, 6. Madrid, Sala de Alcaldes.

los oficios de justicia -en este caso, de las varas de alguacil de corte-. Mencionamos ya cómo el Consejo, cuando quiso reducir su número por el desmedido crecimiento de estas plazas, se encontró con la imposibilidad de llevar a cabo ese propósito esperando a que quedasen vacantes, puesto que sus dueños las traspasaban de un modo u otro.

Desde muy antiguo -con Juan I-, los alguaciles de las justicias reales lo tenían prohibido

*...los alguaziles de las nuestras justicias, ni alguno dellos no sean ossados de arrendar ni arrienden sus oficios de alguazilazgos, ni persona alguna sea ossado de lo hazer en renta, ni en otra manera de avenencia: y el alguazil que contra esto fuere, sea privado del oficio, y el que lo arrendare no pueda aver aquel oficio, ni otro*<sup>871</sup>.

Resulta evidente el peligro que entrañaba que oficios de justicia fueran ocupados por cualquier persona por voluntad y beneficio del propietario, sin poder ser comprobada por las autoridades. Hacia 1599 una vara de alguacil de la casa y corte valía cuatro mil ducados, que podían verse incrementados según las condiciones de la venta<sup>872</sup>. Las Cortes, en Madrid, en 1617, entre las condiciones que pusieron para aceptar el servicio de millones, expusieron su preocupación por los elevados gastos que suponían los ciento siete alguaciles de corte y la imposibilidad de limitar su número, porque vendían y arrendaban sus oficios, lo que consideraban muy perjudicial para la sociedad madrileña, porque quienes las adquirían provocaban

*muchas causas, execuciones, presiones y molestias yndividas que las mas veces sin aver ocasion la dan mueben y*

---

<sup>871</sup> N.R., IV, 23, 23.

<sup>872</sup> A.H.N., *Consejos*, leg. 41.364-6. Francisco de Aguirre, alguacil de la casa y corte tiene un pleito con el escribano de cámara del Consejo Francisco Martínez, que vendió a su madre su vara por 6.000 ducados, por incluir en el trato que le haría nombrar de la comisión de los cónsules de la Corte, con doscientos ducados de salario; sin embargo, el alguacil no percibió este salario en más de siete años que se hizo el traspaso. Véase apéndice nº XIII.

solicitan para sus aprovechamientos y esto hacen mas particularmente los que las tienen arrendadas porque para pagar a los propietarios mucha cantidad de maravedis que les dan y sustentarse por no tener muchos de los que arriendan las dichas varas con que poderlo hacer si no lo sacan del exercicio dellas en fuerza lo procuran por medios ylicitos y no devidos y como la Corte es patria comun y reside en ella tanta gente tienen mas ocasion de hacer yniusticias y lo mismo sucede en los lugares de las cinco leuvas de la corte siendo ynnumerables las extorsiones que reciben los vecinos dellas y muchos los salarios y costas que les llevan de que se siguen muchas ofensas y perjuicios<sup>873</sup>.

Como vemos, la opinion que los procuradores manifestaban de los alquaciles no era mucho mejor que la que la literatura nos presenta, aunque ofrecida desde un punto de vista bien distinto: desde quienes -- los representantes en Cortes--les pagaban --de un modo u otro-- y desde los que sufrían sus excesos --la faceta mostrada por la comedia--. La cita, si bien extensa, recoge a la perfección los males que de esa práctica se derivaban: inconvenientes para la economía de la Corona --al no poder reducirse el número de varas, para el ejercicio de la justicia --por las negligencias y falta de interés de quienes no estaban capacitados para ejercer esos cargos--, para la sociedad de la capital --que tenía que soportar un incremento de la corrupción por la espiral que el propio sistema de arrendamiento generaba: el pago de la renta de las varas debía ser satisfecho con un aumento de los cobros abusivos, por medios ylicitos, para sacar al oficio el rendimiento esperado-- y para los lugares del rastro de la Corte que, casi siempre, eran los mas perjudicados cuando se decidía aumentar la presión judicial --singularmente en forma de estas ynnumerables extorsiones--. El rey admitió la condicion y ordenó que las varas fuesen consumiéndose segun

<sup>873</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1206, f. 154, 1617, junio, 28, Belén de Portugal, Felipe III.

vacaren, que no se proveyesen, ni él las concedería en merced hasta reducirlas de nuevo a sesenta, sin que sus dueños pudieran perpetuarlas o arrendarlas, y que cesasen las que estuviesen arrendadas, sirviendo desde entonces sus plazas los propietarios.

Sin embargo, el Consejo tuvo que volver a insistir -en 1626- en que sólo podían llevar varas de alguaciles de corte sus propietarios, dado que *contra lo dispuesto i prohibido por las dichas leyes hai en esta Corte muchos oficios arrendados, no lo pudiendo, ni deviendo estar*, mandando que quienes tuviesen en renta dicho oficio no lo sirvieran, ni ninguno que no tuviera título de él, *i en particular los diez i nueve que hacen oficio de Alguaziles de Corte* -que debieron ser registrados en una visita-, obligando a todos lo que tuvieran varas de justicia a que mostrasen sus títulos a un visitador designado para ello, usándolas, por tanto, sólo los que las tuvieran en propiedad<sup>874</sup>.

Nos hemos extendido más en los alguaciles por ser, junto con los escribanos, los oficiales más representativos, mostrando en ellos problemas que se repetirán de modo similar adaptados a las circunstancias de cada puesto.

### 6.3. Escribanos.

En las *Partidas* se recogen las obligaciones de los depositarios legales de papeles de interés público, así como de escrituras o

<sup>874</sup> A.A., IV, 23, 2, 1626, junio, 16, Madrid. Auto del Consejo. No obstante, en 1650, aún no se había resuelto el problema y *los passos de las Varas de los Alguaciles de esta Corte, i prorrogacion de vidas segulan concediéndose con que nunca llegan a consumirse, ni a reducirse al numero de sesenta como se dispuso*, A.A., IV, 23, 3, 1650, enero, 8.



documentos que consignasen los contratos privados; Alberto Du Boys glosaba muy bien las disposiciones del texto legal de Alfonso X: puesto que la escritura era lo que conservaba la memoria de los hechos, los escribanos o quienes estuviesen encargados de hacer y conservar las escrituras debían ser honrados, inteligentes, fieles y discretos; si cumplían esos requisitos, naturalmente, gozarían de la estima y confianza regias; pero si eran indignos de la responsabilidad que se tenía en ellos, alterando la integridad del depósito que se les confiaba, haciendo dejación de los documentos o difundiendo indebidamente su contenido, *incurren en una especie de traición, por la que merecen perder su cuerpo y sus bienes*<sup>875</sup>.

Desde muy pronto se especializó el cargo de escribano, si bien todos lo eran con licencia y título real, tras ser examinados por el Consejo. Se distinguen escribanos de cámara que atendían directamente la documentación real, y escribanos públicos que ejercían en las ciudades, villas y lugares de los reinos. La Corona, por medio del Consejo, otorgaba el correspondiente título, con el que se concedía también el signo personal que emplearía en su oficio el nuevo escribano, que necesitaba también el nombramiento que le asignaba la plaza en la que desempeñaría sus funciones<sup>876</sup>, como escribanos de cámara en los consejos, de las chancillerías y audiencias, del crimen, del número -que podían ejercer en una población-, de ayuntamiento -servían

---

<sup>875</sup>DU BOYS, Alberto, *Historia del Derecho Penal en España*, Madrid, Imprenta de J.Mª Pérez, 1872, pág. 286. Cita *Partidas*, VII, 7, 1:

*si algun escribano del rey o otro que fuesse notario publico de algun concejo que tuviesse alguna escritura de pesquisa o de otro pleito qualquier que dela mandasse tener en guarda o abrir en poridad, si la leyese o apercibiesse a alguna de las partes de lo que era escrito en ella, que faria falsedad.*

<sup>876</sup>DE LAS HERAS, J.L., *La Justicia Penal en la Corona de Castilla*, pág.170.

al concejo como institución-, etc.

Naturalmente, en cualquier proceso era indispensable el escribano puesto que ante algún escribano tenían que pasar todos los documentos que presentaban las partes, y el juicio precisaba también de las labores del escribano del tribunal. Su poder en esos casos era extraordinario, puesto que tenían la facultad de convertir la palabra escrita en verdad, en la *verdad legal* al menos, dado su carácter de fedatarios públicos<sup>877</sup>. Naturalmente, eso -y la relativa autonomía de que disfrutaban- multiplicaba sus posibilidades de cometer excesos, tanto por negligencia, no cumpliendo debidamente con sus obligaciones en el registro de los documentos, como, sobre todo, por abusos de todo tipo. El escribano era uno de los personajes más impopulares de la administración, no sólo por la posible trascendencia de esos excesos, sino porque, para la mayoría de una sociedad escasamente alfabetizada era el intermediario imprescindible para cualquier acto jurídico de su vida, y para todos el primer contacto con la burocracia para cualquier trámite o pleito que emprendieran -y también el primer desembolso-.

La literatura, por supuesto, es fiel reflejo de esa mala imagen popular; por ejemplo, en el *Guzmán* leemos cómo de un pleito voluminoso *cada uno que lo pedía para llevarlo a su letrado, como había de pagar al escribano tantos derechos, temblaba*; solucionado el juicio dice Guzmán: *salí de la cárcel, quedando el escribano el mejor librado*<sup>878</sup>. Aparecen frecuentemente comentarios jocosos que los muestran como la peor especie de las que poblaban despachos y tribunales; así en *El*

---

<sup>877</sup> Véase *N.R.*, IV, títulos 25 y 26 y *A.A.*, IV, título 25, que se ocupan, sobre todo de los derechos que deben llevar.

<sup>878</sup> ALEMAN, Mateo, *Guzmán de Alfarache*, libro III, cap. III, vol. II, pág. 277.

*Buscón: No falta el Señor a los cuervos ni a los grajos ni aun a los escribanos, ¿y había de faltar a los traspillados?*<sup>879</sup>. Quevedo les acusa de aborrecer la verdad -su principal responsabilidad era salvaguardarla-<sup>880</sup>; en "El sueño del Juicio Final", los tacha de ladrones, al acudir, el día del juicio, ante el tribunal cuenta cómo *una gran chusma de escribanos andaba huyendo de sus orejas, deseando no las llevar por no oír lo que esperaban; mas solos fueron sin ellas los que acá las habían perdido por ladrones, que por descuido no fueron todos*<sup>881</sup>; cuando les llegó el turno ante el tribunal, los demonios los acusaron con los mismos procesos que ellos habían hecho en su vida, diciendo lo primero: *estos, Señor, la mayor culpa suya es ser escribanos*, éstos trataron de defenderse con mentiras, y consideraba tan justo que se condenase a todos que de ver salvarse a un sólo escribano Judas, Mahoma y Lutero casi se atrevieron a solicitar también ese juicio<sup>882</sup>. En "El sueño del infierno", Quevedo, extrañado de no ver en lugar tan apropiado para ellos a los escribanos, pregunta por qué no ha visto allí ninguno; su quía le responde: *el no haber escribanos por el camino de la perdición no es porque infinitísimos que son malos no vienen acá por él, sino porque es tanta la prisa con que vienen, que volar y llegar y entrar es todo uno, tales plumas se tienen ellos, y*

<sup>879</sup>QUEVEDO, Francisco de; *La vida del buscón llamado don Pablos*, III, cap. II, pág. 126.

<sup>880</sup>*Tres cosas, las mejores del mundo, aborrecen sumamente tres géneros de gentes: la salud, los médicos; la paz, los soldados; la verdad, algunos escribanos y letrados.* QUEVEDO, Francisco de, *Obras festivas*, "libro de todas las cosas y otras muchas más, con la aguja de navegar cultos", pág. 115.

<sup>881</sup>QUEVEDO, Francisco de, *Sueños y discursos*, "El sueño del juicio final", pág. 73.

<sup>882</sup>*Ibidem*, ff. 81-82.

así no se ven en el camino<sup>883</sup>. Teniendo este autor esa consideración de tales oficiales no es de extrañar que su *hora* al sorprenderlos, tornase su pluma en remo, condenando a galeras a los escribanos<sup>884</sup>.

Pero, ¿qué había de realidad en esa crítica? Pues, lo cierto es que los escribanos salen bastante mal parados también del estudio de la documentación; sus abusos son frecuentes y variados, y parece que, en general, no eran modelicos en su comportamiento pues es uno de los oficios que más frecuentemente aparece citado en las causas criminales de la Sala. Pero aparte de los papeles de los alcaides de casa y corte, el mejor modo de conocer sus infracciones y sus debilidades profesionales son las visitas a las que como cualquier otro servidor de la administración podían verse sometidos<sup>885</sup>, como una interesantísima sobre los escribanos del crimen, puesto que aunque en la época muchos, ciertamente graves no fuesen considerados delictivos ni se siguieran siquiera de una inhabilitación, sus repercusiones tanto de propio beneficio como en daño de otros - eran mucho mayores que las acciones de alquiro, malhechores castigados severamente, además de descubrir una evidente voluntad de infringir la ley sirviéndose de su cargo - de una actitud claramente delincente, por tanto -. Estos escribanos del crimen que estaban al servicio de la Sala de alcaides de casa y corte, no eran muy distintos al resto, podían cometer negligencias como la ya citada de jugar en los escritorios; o procurar esas productivas asociaciones

<sup>883</sup> *Ibidem*, pag 139.

<sup>884</sup> QUEVEDO, Francisco de, *La hora de todos y la fortuna con seso*, pag. 73.

<sup>885</sup> Vq. A.H.N., *Consejos*, leg. 41.434 y 41.522: visita a los escribanos de la ciudad de Sevilla y sus distritos, de 1630; y, sobre todo, *ibidem*, leg. 41.379: visita a los escribanos del crimen de la Corte, 1608, de la que más adelante nos ocuparemos detenidamente.

con los alquaciles que significaban importantes beneficios ilícitos que, con frecuencia, quedarían impunes; una de las infracciones más graves era la que cometían cuando tenían que hacer de receptores de penas o de fianzas y, por supuesto, la más habitual el cobro de derechos indebidos y excesivos.

Al servicio de la Sala encontramos también todo el personal propio de estos organismos: oficiales del crimen, que ayudan a los escribanos de los que dependen, receptores, relatores, fiscal y todo el que estaba asignado a la cárcel de corte: alcaide, porteros, mayordomo de pobres, procurador de pobres, abogado de pobres, solicitador de pobres, médico de la cárcel, cirujano, barbero y sangrador, boticario, capellán, verdugo, dispensero, etc.

## 7. EL TRASLADO DE LA CORTE A VALLADOLID Y LA JUSTICIA.-

Mucho se ha escrito sobre las razones del traslado, hasta conseguir desarraigar los tradicionales argumentos de la historiografía antilermista, que consideraba tal mudanza innecesaria y perjudicial no sólo para Madrid sino incluso para la propia Valladolid, producto sólo de los beneficios que esperaba lograr Lerma y que le llevaron a *alcanzar de Felipe III la más escandalosa y productiva concesión, encubierta de mil modos*, considerada una decisión *innecesaria y*

*disparatada*<sup>886</sup>. los estudios de los profesores Gutiérrez Nieto y Alvar entre otros demuestran claramente *cómo la razón del traslado de la Corte a Valladolid consistió fundamentalmente en dar nuevo impulso a la economía castellanoleonesa*<sup>887</sup>. En 1525, cuando Andrea Navagero recorre España como embajador de Venecia, Valladolid le pareció

*...la mejor tierra de Castilla, abundante de pan, carne y vino y de todas las cosas necesarias a la vida humana, así por la fertilidad de su terreno, como porque los pueblos alrededor son asimismo fértiles y surten a Valladolid de todo lo necesario; ésta es quizá la única ciudad de España donde no se encarece nada, por la residencia de la Corte...*<sup>888</sup>;

mientras que de Madrid no podía decir otra cosa sino que

*es un buen pueblo y bien situado, donde residen muchos caballeros y nobles, tantos, en proporción, como en cualquier otro lugar de España*<sup>889</sup>.

Sin embargo, a comienzos del siglo XVII, cuando se decide el traslado, las tornas se habían cambiado.

En lo que a la justicia y a sus instituciones se refiere, lógicamente la Sala de alcaldes de casa y corte siguió al rey y a los consejos en su marcha hacia el norte de Castilla; y es que la Sala

<sup>886</sup> ENTRAMBASAGUAS, Joaquín de, *De cómo un rey madrileño dejó a su pueblo sin Corte*, Madrid, Ayuntamiento e I.E.M., 1966, pág. 42; un buen ejemplo de esa historiografía madrileñista.

<sup>887</sup> GUTIÉRREZ NIETO, Juan Ignacio, "El pensamiento económico, político y social de los arbitristas", en *El Siglo del Quijote*, col. I del tomo XXVI de la *Historia de España* dirigida por José M<sup>a</sup> Jover, Madrid, Espasa-Calpe, 1986, pág. 326. Alfredo ALVAR hace un excelente estudio en la parte dedicada a "La guerra por la capitalidad" en su *El nacimiento de una capital europea. Madrid entre 1561 y 1606*, págs. 275-300, donde, entre otras cosas, hace un interesante repaso de los memoriales sobre el tema y su intencionalidad.

<sup>888</sup> NAVAGERO, Andrés, *Viaje por España. (1524-1526)*, Madrid, Turner, 1983, pág. 75.

<sup>889</sup> *Ibidem*, pág. 24.

siguió siendo cortesana, no madrileña, al menos hasta que la misma Corte no lo fue sin lugar a dudas -esto es, desde 1606-.

Si se han estudiado los problemas demográficos y políticos y los efectos económicos y sociales del traslado, no se ha hecho lo mismo con los aspectos judiciales y jurisdiccionales. ¿Pudieron los alcaldes de casa y corte -que tanto habían afianzado y enraizado su poder con la *sedentarización*- adaptarse y mantener su prestigio?. Pues, desde luego, no tardaron en desarrollar la actividad que había caracterizado su existencia en Madrid; de inmediato pusieron en vigor exactamente las mismas disposiciones que en la villa; en gran medida pudieron hacerlo gracias a que Valladolid no sólo tenía una larga tradición como sede de la Monarquía -lo que no bastaría porque, como explicamos la Sala consolidó su carácter y autoridad en sus primeras décadas madrileñas- sino que estaba acostumbrada a albergar un tribunal superior: la Chancillería -la cual tuvo que marchar a Medina primero y a Burgos en 1604<sup>890</sup>, dejando sitio a la Corte y a la Sala- que tenía sobre la ciudad y sus cinco leguas atribuciones similares a las de los alcaldes de casa y corte; lo que sin duda había *suavizado* a la población y a las otras instituciones. Que un tribunal de rango superior como era la Sala sustituyese a la Chancillería garantizaba que no hubiera problemas en la sustitución, manteniendo aquella el respeto y la jerarquía que merecía. Ahora bien, ¿qué ocurrió con su actividad diaria, con la organización desplegado en la anterior capital?.

Como señalábamos, enseguida, en abril, la Sala dió todos los pregones que se estimaron necesarios, comenzando por el *pregón general*

<sup>890</sup>KAGAN, R.L., *Pleitos y pleiteantes en Castilla*, pág. 203.

para la gobernación desta corte<sup>891</sup>, que resumía todos los autos y disposiciones para el buen orden de la ciudad que albergaba la cabeza de la Monarquía y que se dio

*a causa de aver mudado su magestad su corte de la villa de Madrid a esta dicha ciudad de Valladolid y no saberse en ella lo que contiene el pregon de buen gobierno que deven quitar y lo que conforme a el se a de hazer en esta corte...*<sup>892</sup>.

En junio -quizá la Sala espero un tiempo cautelar para comprobar la provisionalidad o no del traslado- se ordenó a los escribanos que en el plazo de un mes llevasen todos los archivos con los procesos *que ante ellos an pasado de seis años a esta parte en que ubiere condenaciones de penas corporales y destierros*<sup>893</sup>, con el fin de normalizar sus actuaciones y el control sobre los ingresos y condenas derivados de los pleitos.

Desde luego, la actitud de la Sala en la confrontación y polémica que suscitó un cambio tan sustancial para la institución debió ser más madrileñista, por pura inercia y por recelo a innovación tan decisiva como el traslado -con sus gastos e incomodidades- pero también por los lazos de todo tipo que dejaban establecidos con Madrid.

En esa *normalidad* recuperada casi de inmediato, volvieron a sus quehaceres habituales tratando de que nada cambiase. Así, por ejemplo volvieron a enviarse las cadenas de calientes a Toledo *de la misma forma*

<sup>891</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1199, ff. 1-8, 1601, abril, 2, Valladolid.

<sup>892</sup> *Ibidem*, f. 8.

<sup>893</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1199, f. 22.



-decían- *que se hacía quando los llevaban de la hilla de Madrid*<sup>894</sup>; sin embargo, pronto se daran cuenta de que era imposible mantener esa "misma forma" de lo que hablaban, puesto que la mayor distancia alargaba el viaje y la ausencia del alquacil y del escribano que los conducían y encarecía el traslado; de modo que se mando que fuesen llevados en carros *por excusar la dificultad y grandes costas y gastos que se harían si se llevasen a pie*<sup>895</sup>. Esto es sólo una muestra de la multitud de pequeños inconvenientes que suponía la adaptación a las nuevas condiciones; inconvenientes que incrementaron considerablemente el trabajo y las preocupaciones de la Sala que tenía que atender desde la petición de un tal Juan Gil, *revero* -esto es,, proveedor de la nieve que se consumía en la Corte para enfriar las bebidas, costumbre muy de moda por entonces<sup>896</sup>., para aumentar el precio de la nieve a ocho maravedís la libra, puesto que la llevaba de las sierras de Peñalara y Valladolid estaba mas lejos<sup>897</sup>, hasta los mucho mas serios quebraderos de cabeza que producian a la Sala los estudiantes: si en Madrid los que asistian a la universidad complutense escapaban a las preocupaciones de los alcaldes de casa y corte, no ocurría así con los que acudían a las aulas vallisoletanas, causando -como era inevitable, especialmente con ocasion de las oposiciones a las cátedras- de numerosos alborotos a los

<sup>894</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1199, f. 24, 1601, julio, 5, Valladolid

<sup>895</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1199, f. 27, 1601, julio, 19, Valladolid.

<sup>896</sup>Vease CARDOSO, f. *Utilidades del agua y de la nieve. Del beber frio y caliente* Madrid, por la viuda de Alonso Martin, 1637; PORRES, M., *Breves advertencias para beber frio con nieve*, Lima, por Gerónimo de Contreras, 1621; LANDA GONZ, Jacinta, *El agua en la higiene del Madrid de los Austrias*, Madrid, Canal de Isabel II-Comunidad de Madrid, 1986, págs. 176-178; HERNERO GARCIA, M., *La vida española en el siglo XVII*, I, *Las bebidas*, Madrid, 1933.

<sup>897</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1199, f. 180.

que no estaban acostumbrados y para los que no disponían de jurisprudencia propia, por lo que tuvieron que dar nuevas disposiciones al respecto en las que prohibían a los estudiantes andar en grupos de día ni de noche *-en juntas ni en camaradas-*, ir disfrazados, llevar armas de cualquier tipo o ir *haciendo ruidos y alborotos ni dando gritas en rrazon delas dichas catedras*<sup>898</sup>.

Para colmo de males, el cambio de asentamiento de la Corte supuso una complicación de la gestión económica de la Sala, que tuvo que extremar sus prevenciones para hacer frente al incremento de sus gasto. Por una parte, la impresión de cambio, la conciencia de iniciarse una nueva etapa llevó a los empleados y oficiales de la Sala a hacer balance de sus servicios hasta ese momento y, en consecuencia, a reclamar lo que se les debía -deudas que en ocasiones se remontaban a varios años-, pero también a exigir que se les actualizaran sus sueldos, acrecentándolos, ya que muchos llevaban estancados más tiempo del debido; así lo hicieron, por ejemplo, el cirujano solicitó que se le pagase lo que se le adeudaba y se le aumentase su salario<sup>899</sup>, también lo hizo el médico -Pérez de Herrera-<sup>900</sup>, el mayordomo de pobres<sup>901</sup> o el barbero de la cárcel<sup>902</sup>. Pero no sólo se trataba de liquidar las cuantías de un periodo que acababa, sino que los gastos del traslado y la

<sup>898</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1199, f. 61 r. y v., 1602, marzo, 5, Valladolid. Véase apéndice nº XIV.

<sup>899</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1199, f. 25 y 147, respectivamente.

<sup>900</sup>*Ibidem*, f. 76.

<sup>901</sup>*Ibidem*, f. 427.

<sup>902</sup>*Ibidem*, f. 167.

perdida -al menos provisional- de los negocios y ocupaciones que, aparte de su puesto, muchos tenían en Madrid supusieron probablemente una cierta angustia en sus bolsas y un apremio para reclamar atrasos de los que hasta entonces no se habían preocupado demasiado. Sin embargo, el efecto de esas solicitudes fue mucho mayor al combinarse con la petición masiva de ayudas de costa extraordinarias para financiar los costes del viaje, del traslado de enseres y familias y del asentamiento en Valladolid.

Los alcaldes de casa y corte, siempre atentos al gasto que administraban, debieron sentirse desbordados por tantas reclamaciones, viéndose impelidos a extremar más su control, procediendo a auditorías sobre las cuentas de algunos de sus oficiales, así, por ejemplo, se comitió al alcalde don Diego de Alderete para que las tomase de las condenaciones que el mayordomo de pobres aplicaba a los mismos<sup>903</sup>.

Aparte de esas complicaciones que supuso el cambio de población, la Sala desempeñó sus labores habituales: superviso abastos y precios de alimentos y todo tipo de materiales y, por supuesto, asumió sus funciones de vigilancia y policía, trasladando el sistema que aplicaron en Madrid: se dividió la nueva Corte en cuarteles y en ellos se repartieron alcaldes y alguaciles para controlar las mercaderías, velar por el orden social, cuidar de los aposentos u organizar las romas. Valladolid fue dividida en principio también en seis cuarteles:

<sup>903</sup> *Ibidem*, f. 81.

- *santa clara, querta perdida y san Pedro*
- *Palacio, barrionuevo y san miquel y san agustin*
- *la madalena, la yglesia maior y el antiqua y san estevan*
- *San Juan y san Andres*
- *La plaza, san salvador y puerta de teresa qil*
- *Puerta de el campo y santiago*<sup>904</sup>.

estableciendose que cada noche rondasen en ellos seis alguaciles y otros tantos escribanos del crimen de la Sala, repartidos por el mayordomo de pobres, comenzando las rondas a las siete y prolongándolas hasta las doce, con la obligacion de dar testimonio a primera hora de la mañana siguiente *de a que ora salieron a rondar y a que ora acabaron, por que calles andubieron y las personas que en ellas encontraron*<sup>905</sup>.

Sin embargo, un mes después los alcaldes rectificaron el auto anterior y se volvió a lo que, al parecer, se hacia hasta diciembre de 1604, es decir, que hubiera sólo cuatro cuatro alcaldes y que, por tanto, rondasen sólo cuatro alguaciles y cuatro escribanos, con la misma obligacion de dar fe del cumplimiento de sus rondas. Esos cuatro cuarteles que supusieron la division mas habitual de la Corte en Valladolid eran

- *santa clara, san pedro y la madalena*
- *Palacio, san benito y barrionuevo*
- *puerta del campo y san florente*
- *san salvador, san esteban y Puerta de san Juan*<sup>906</sup>.

No obstante, un acontecimiento extraordinario fue a perturbar no solo el difícil orden de la Corte, sino también esas disposiciones ya varias veces modificadas. El nacimiento -el Viernes Santo de 1605- y

<sup>904</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1199, f. 272, 1604, diciembre, 10, Valladolid. Auto de la Sala.

<sup>905</sup>*Idem*.

<sup>906</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1199, f. 279, 1605, enero, 11, Valladolid. Auto de la Sala.

bautismo del príncipe Felipe y las celebraciones y fiestas que con ese motivo se organizaron preocuparon sobremedida a los alcaldes de casa y corte que reunieron a todos sus alguaciles ordenándoles que extremasen su cuidado en las rondas nocturnas para que no se produjesen incidentes y que *a los forasteros que an venido no se les ayan agravios*. Ese estado de alerta les obligará a incrementar su vigilancia en los lugares públicos donde normalmente se reunía la gente y naturalmente en *la casa pública y calle de las damas*, tratando especialmente *se insiste en ello* de evitar que *a los dichos forasteros les digan palabras descompuestas ni se descomedan con ellos ni les den ocasion a ruidos ni pendencias*. Estas especiales precauciones requirieron que todos los alguaciles vigilaran las calles y que de nuevo tuviesen que rondar seis de ellos en lugar de cuatro<sup>907</sup> mientras siguiera en la Corte la muchedumbre de extranjero que acudió. Otra de las medidas que se tomó por esa causa fue *según Pinheiro* dar pregon

*que ninguna mujer saliera de noche sin llevar a su marido del brazo, con penas gravísimas, por evitar la comunicación de los herejes*<sup>908</sup>

Precisamente, Tomé Pinheiro da Veiga hizo una magnífica y vivísima descripción de la vida cotidiana de esa Valladolid cortesana; entre otros muchísimos datos y observaciones, recoge los séquitos y comitivas que llegaron para asistir a las festividades por el bautizo del futuro Felipe IV, el cardenal arzobispo Bernardo de Sandoval, pero sobre todo

<sup>907</sup>A.H.N., *Crisejos*, libro 1199, ff. 325-326; 1605, mayo, 27, Valladolid. Sala de Alcaldes. Véase apéndice nº XV.

<sup>908</sup>PINHEIRO DA VEIGA, Tomé, *Fastiginia. Vida cotidiana en la Corte de Valladolid*, traducción y notas de Narciso Alonso Cortés (1913); edición facsímil de una de 1973; Valladolid, Ambito-Ayuntamiento, 1989, pág. 78.

el embajador de Inglaterra<sup>909</sup>, así como las fiestas de toros y cañas que se celebraron. Por cierto, que las diligencias de la Sala con respecto a los extranjeros no pudieron evitar, según Pinheiro, que a un inglés de los que acompañaba a su embajador le robasen una joya, así lo cuenta:

*El martes sucedió el más valiente hurto, que el Caco de Virgilio y Brumello de Ariosto, o el "fraudador de los ardides" de Feliciano de Silva, nunca cometeran. Pasaron seis o siete ingleses en un coche del rey iba uno en el estribo vuelto para dentro, y llevaba en el sombrero una medalla de diamante como la palma de la mano: virgilio imitar un muchacho que pasaba por medio de la vía pública, y un pleno día y entre la gente, se le llevó de la cabeza<sup>910</sup>.*

En favor de la justicia hay que decir que el ladrón, acorralado por un caballero, fue preso por los alguaciles y condenado sumariamente a la horca aunque casi de inmediato la pena le fue conmutada por el rey - a petición del almirante de Inglaterra - por la de galeras. La llegada de tanta gente de calidad -la consiguiente de individuos de baja o dudosa condición preocupaba de modo bien distinto-, movió a la sala a dar órdenes especiales a mesoneros y posaderos para que instalasen a las personas y cabalgaduras que acudían sobre todo en servicio del citado almirante de Inglaterra<sup>911</sup>.

Lo cierto es que entre los preparativos para la llegada y partida de la Corte, las fiestas por el nacimiento del príncipe y los esfuerzos

<sup>909</sup>En su séquito -dice Pinheiro- llevaba el almirante y embajador de Inglaterra unos doscientos hombres de su servicio y otros ciento cincuenta de más rango, con doscientas cincuenta acémilas de carga de las que sesenta eran suyas, *ibidem*, págs. 79-80.

<sup>910</sup>*Ibidem*, pag. 149.

<sup>911</sup>A.H.N., Consejo, libro 1199, f. 330.

para acomodar a la gran cantidad de ilustres asistentes que acudieron a ellas, los constantes viajes del monarca y la enorme movilidad demográfica que experimentó la Corte en esos años con un constante ir y venir de todo tipo de asiduos a la vida cortesana -grandes y nobles palaciegos, burocratas de la administración o planteantes, soldados de las guardias y pretendientes, familias de los desplazados que no sabían si quedarse o esperar, y, antes o después, pobres, vagabundos, pícaros, rateros, ladrones y toda la variedad de hampones...-, decíamos que con todo ese ajetreo lo que se pretendía teñir de normalidad se convirtió en una sucesión de situaciones extraordinarias que la Sala había de resolver de inmediato, sin atender a una planificación a más largo plazo.

Obviamente, la Sala se encontró con que debía redefinir los términos de su jurisdicción. Si en Madrid a pesar de la estabilidad y continuidad de su dominio, cambiaban de vez en cuando las villas y lugares incluídas en el rastro de la Corte que no ocurriría en Valladolid durante ese breve periodo de actuación de los alcaldes en relación a las poblaciones en las que hacían valer sus competencias judiciales o a las que cometían obligaciones económicas; por ejemplo, en el mismo 1601 se excluyó ya a Medina de Rioseco de las ocho leguas de la Corte<sup>912</sup> y por tanto de algunas de las servidumbres económicas que la superlitaban a la nueva capital, o los alcaldes de casa y corte tuvieron que registrar la protesta de Simancas por su intervención en

<sup>912</sup>A.H.N., *Cortes* jcs. libro 1199, f. 100.

su término<sup>913</sup>.

Todos estos inconvenientes, no impidieron que la Sala intentase, y en parte consiguiese, desarrollar una actividad más conforme a lo que venía siendo su práctica habitual, integrándose poco a poco en la vida vallisoletana, tanto en los aspectos formales -ocupando el puesto que protocolariamente les correspondía en procesiones, ceremonias, etc.<sup>914</sup>-

como en la preeminencia en los asuntos que eran de su competencia frente a otras justicias: Pinheiro cuenta un caso de discordia entre los alcaldes de Corte y el corregidor de Valladolid -que era, además, don Diego Gómez de Sandoval, hijo de Lerma- en que el propio presidente del Consejo encomendó a la Sala que entendiese en el negocio por el que se disputaba y en la apelación -y *fuéle necesario para quedar libre hacer petición a los mismos alcaldes, a quien el Consejo lo encomendaba para hacerlos respetar*<sup>915</sup>-. A raíz de ese episodio comenta el autor portugués sobre la consideración en que eran tenidos por la ciudadanía:

*Y así, en materia de justicia ejecutiva, es no solamente respetada, mas adorada ella y sus ministros en Castilla: y en materia de garantías, que tienen ejecución lenta, y en los crímenes, no hay dilaciones, con dos leyes que guardan inviolablemente*<sup>916</sup>.

Juicio éste sobre la rapidez de la justicia que no era compartido, desde luego, por los escritores ni por la voz popular que se hacía lenguas de

.....  
<sup>913</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1199, ff. 282-283. Hay que tener en cuenta la mayor tradición en defensa de sus libertades de las villas y lugares de Castilla la vieja.

<sup>914</sup>Por ejemplo, en las procesiones de Semana Santa: A.H.N., *Consejos*, libro 1199, f. 196.

<sup>915</sup>PINHEIRO DA VEIGA, Iomé, *Fastiginia*, pag. 222.

<sup>916</sup>*Idem*.



lo inacabable de los pleitos. Esas dos leyes que guardaba la justicia y de las que -según Pinheiro- emanaba toda su bondad eran que los alguaciles llevaban -como vimos- *la décima de todo lo que hacen ejecución*, lo que les movía a hacer cumplir inmediatamente las diligencias, penas y condenaciones impuestas -motivo más bien de abusos que de eficacia, como ya se apuntó más arriba- y la segunda, la visita que los consejeros hacían a las cárceles todos los sábados con autoridad de modificar penas, hacer que se cumplieran de inmediato, etc., de manera que *con estos dos medios se hace temida y respetada la justicia, lo que se debe a la buena memoria del Rey y que Dios haya, que fue verdadero honrador y sacerdote de la justicia* -Felipe II, naturalmente<sup>917</sup>. Bastante ingenuo, se muestra cuando afirma que *los primeros que tiemblan de ella son los grandes* y un tanto más realista, cuando reconoce que en esa justicia de la Corte que se ejecutaba con rigor y sin dilación podía existir corrupción, como aceptar sobornos: así cuenta como si bien el castigo por hurtar podía conllevar que al ladrón, en la Plaza, se le clavase la mano *por la carne de entre el pulgar [...], si dan doscientos reales al alguacil, mete el clavo sin tocar en la carne y untan de sangre, como yo vi hacer*<sup>918</sup>. Una vez más, vemos como eran los alguaciles los que acaparaban la mala imagen de la Sala, mientras que a los alcaldes correspondía el respeto y prestigio. Tanto que el mismo Pinheiro llega a afirmar que

*en Valladolid ni hay borrachos, ni vi allí nunca picaros, ni matones, ni espadachíes, ni rufianes, ni embozados, ni valentones, ni nocturnos, ni escondidos, ni Fontes, ni Amans da Costa [jaques portugueses]*

<sup>917</sup> *Ibidem*, pag. 223.

<sup>918</sup> *Idem*.

y todo gracias a que *cada uno trata de vivir para sí y no matar a los otras*, porque de lo contrario

*los pone un Alcalde de Corte sobre un borrico y danles quinientos azotes; y, si huyen, córtanles la mano y acabóse el Fontes y el Buzaranha en Portugal. Guárdanlos para una ocasión en que acompañen la nao San Valentín*<sup>919</sup>.

Si este curioso visitante que nos dejó su crónica pensaba que el buen gobierno de la cárcel era una de las claves de la recta administración de la justicia, los alcaldes pensaban lo mismo y nada más llegar a Valladolid piensan en la necesidad de acomodar una cárcel de Corte para la que era necesario iniciar las correspondientes obras: en junio de 1601 ya se habían aprobado las condiciones y el presupuesto de algunas de ellas con un tal Francisco Salvador que sería el encargado de realizarlas<sup>920</sup>, un año después ya se han hecho obras por las que el alarife pide a la Sala 400 ducados<sup>921</sup>. Además fue precisamente en Valladolid donde se completó el auto de 1595 al que ya hicimos referencia anteriormente- sobre la gestión económica de la cárcel<sup>922</sup>.

Si con el traslado se pensaba que *se conseguirá el fin que se ha*

<sup>919</sup> *Ibidem*, pág. 307.

<sup>920</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1199, ff. 151-154, 1601, junio, 19, Valladolid.

<sup>921</sup> *Ibidem*, f. 155 r. y v., 1602, julio, 15, Valladolid. Se establece, por cierto, un pleito entre la Sala y Francisco Salvador por el precio y por unas obras que hizo en demasía, que dura dos años y se resuelve pagando los alcaldes algo menos de lo acordado.

<sup>922</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1199, f. 205 r. y v., 1604, julio, 8, Valladolid. Sala de Alcaldes. Véase apéndice nº XII.

pretendiendo, en desterrar a los vanybundos y ociosos de la Corte y que estaban en ella sin necesidad<sup>923</sup>, tratándose además de evitar que entrasen en Valladolid. Lo cierto es que tal medida no libró a ninguna de las dos ciudades de ese lastre. Desde un principio, la Sala dio los habituales pregones contra estos, pero en 1605 tuvieron que darse disposiciones especiales contra los falsos pobres y mendigos<sup>924</sup>, lo que indica que ya para entonces se habían superado las barreras y esa otra corte había consolidado también su traslado.

Finalmente las gestiones y presiones de todo tipo de la villa de Madrid, con el apoyo de las ciudades del sur, consiguieron que el 5 de febrero de 1606 Felipe III firmara la cedula de aposento<sup>925</sup> y entrase en la ya capital definitiva a comienzos de marzo de ese mismo año, siquienlole gradualmente los Consejos. Naturalmente el reacomodo fue mucho más rápido que el anterior, puesto que se trataba de recomponer una situación para la que ya se conocían los recursos y diligencias y para la que ya existía una infraestructura no solo económica, social o urbana sino también institucional. El 24 de abril, la Sala de alcaides de cura y corle en señal de su recuperada posición madrileña en la que, sin duda se sentían más a gusto hizo que se publicara de nuevo el pregon del buen gobierno<sup>926</sup>.

<sup>923</sup>CARRERA DE CORDOXA, Luis, *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*, Madrid, 1857, pag. 99, cit. por ALVAR, A., *El nacimiento de una capital europea*, ., pag. 277.

<sup>924</sup>A.H.N., Consejos, libro 1199 f. 387, 1605, septiembre, 3, Valladolid.

<sup>925</sup>A.V.M., Secretaría, 2-154-11, cit. por ALVAR, A., op. cit., pag. 296

<sup>926</sup>A.H.N., Consejos, libro 1200, f. 11v.

#### - RECAPITULACIONES SOBRE LA JUSTICIA.-

Para Kagan *el proceso de centralización judicial, tras haber ganado un considerable terreno durante el siglo XVI, perdió fuerza, pues el principal empuje de las decisiones legales se retrajo al nivel local*<sup>927</sup>; en ese sentido, parece que se impusieron la periferia, los intereses locales y particulares y, naturalmente, los privilegiados - aristocracia y eclesiásticos- y los burócratas bien relacionados y con intereses que los unían entre sí; por eso, Kagan defiende el término *descentralización* frente al de *decadencia*.

Quiere esto decir que el periodo que estudiamos coincide con el momento en que la centralización de la justicia aún era posible, pero en el que los intereses locales y privados no han desaparecido ni mucho menos. Momento, pues, en el que la Sala de alcaldes reforzó su papel en dos sentidos: en el de su autoridad inapelable -por lo que resulta tan útil en comisiones y por lo que pudo superar la prueba del traslado a Valladolid- y en su dominio sobre la vida local y comarcal madrileña en la que se implicó decididamente.

Además, la caída desde 1580 del número de casos de corte que atendía la Chancillería estuvo sin duda relacionada con el establecimiento de la Corte en Madrid en 1561, puesto que los miembros de la administración de justicia y del gobierno preferían llevar sus

<sup>927</sup>KAGAN, R. L., "Pleitos y poder real. La Chancillería de Valladolid (1500-1700)", en *Cuadernos de Investigación Histórica*, nº 2 (1978), Madrid, págs. 291-316; pág. 313.

casos ante el Consejo<sup>928</sup>, lo que fomentó esa centralización de la que hablabamos. Pero ese trasvase beneficio también a la Sala de Alcaldes que consolidó entonces su inapelabilidad, de modo que, antes de 1580, son muy pocas las causas en las que entendió.

la fijación en Madrid de la Corte tuvo importantísimas consecuencias en las instituciones de justicia en general, no solo para el Consejo y la Sala que se aprovecharon del poder excepcional que adquirieron cuando las circunstancias de la Corte itinerante lo requerían y de las ventajas que les supuso su aplicación al asentarse de modo casi permanente en un mismo lugar como ya hemos señalado reiteradamente, sino también para las Chancillerías y audiencias que vieron fijadas sus competencias y las de sus oidores e incluso para la jurisdicción inquisitorial que acabará creando un Tribunal de Corte para Madrid<sup>929</sup>

Sin embargo, lo que más destaca de todo lo dicho hasta ahora son los inconvenientes no ya de la justicia sino del propio sistema penal y no sólo desde nuestra mentalidad necesariamente distinta y a la que repelen muchas de esas prácticas por arbitrarias sino también para la época en la que la imagen que de la justicia nos ofrece la literatura y los refranes y dichos populares no es siempre ni mucho menos encomiástica.

El principal de esos perjuicios -ya se dijo- era la inequidad

<sup>928</sup>KAGAN, R.L.: *Pleitos y pleitantes en Castilla*, pag. 118.

<sup>929</sup>El embrión de ese tribunal se originaría ya en los años 80, pero cuando la Corte marchó a Valladolid no se trasladó a ella, aunque sí el Tribunal del Santo Oficio de Toledo revitalizó su actuación sobre Madrid, véase BLAZQUEZ MIGUEL, Juan, *Madrid: judíos, herejes y brujas. El Tribunal de Corte (1650-1820)*, Toledo, 1990, págs. 14-15.

iuridica<sup>930</sup>. La inseguridad estaba en la misma ley por la desigualdad que propiciaba, en el proceso por sus escasas garantías --cuando existía alguna--, en las penas por su arbitrariedad, en las instituciones por la posibilidad de pasar de la jurisdicción de una a otra --situación de la que naturalmente trataban de aprovecharse procuradores, solicitadores y abogados-- y en los funcionarios por su competencia y su posible corrupción. De modo que si el acusado no caía en uno de esos impedimentos lo haría en otro, por lo que lo más seguro era fugarse o comprar la libertad si se quería salir con bien.

Lo que Kagan ha llamado el *laberinto castense*<sup>931</sup> del derecho castellano y de las instituciones de justicia, su complejidad, ha quedado también suficientemente claro en nuestra anterior exposición así como la consecuencia de su combinación con las deficiencias antes citadas: el fracaso de una organización notablemente estructurada y con un impresionante soporte teórico.

Sostiene Foucault que

*la penalidad sería entonces una manera de administrar los ilegalismos, de trazar límites de tolerancia, de dar cierto cumpo de libertad a algunos, y hacer presión sobre otros, de excluir a una parte y hacer útil a otra; de neutralizar a estos, de sacar provecho de aquéllos. En suma, la penalidad no "reprimiría" pura y simplemente los ilegalismos: los "diferenciaria", aseguraría su "economía" general. Y si se puede hablar de una justicia de clase no es solo porque la ley misma o la manera de aplicarla sirvan los intereses de una clase, es porque toda la gestión diferencial de los ilegalismos por la mediación de la penalidad forma parte de esos mecanismos de dominación*<sup>932</sup>

Si aceptamos esa opinión --que como teoría del poder y la mentalidad nos

<sup>930</sup>ALONSO, M<sup>a</sup> Paz, *El proceso penal en Castilla, siglos XIII-XVIII*, Salamanca, 1982, pag. 139.

<sup>931</sup>KAGAN, R.L., *Pleitos y pleiteantes...*, pag. 45-ss

<sup>932</sup>FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar*, págs. 217-218.

parece incuestionable, también esa dominación de clase se resquebrajaría por los intereses de grupo o personales que los oficiales y magistrados corruptos harían prevalecer en beneficio propio y valiéndose de unas relaciones no siempre correspondientes a las que su status o la jerarquía profesional debían imponerles.

En cuanto a la relación entre la justicia y la transgresión, aparte de que *la ley esté destinada a definir infracciones, que el aparato penal tenga como función reducirlas y que las penas sean el instrumento de esta represión*<sup>933</sup>, debemos preguntarnos cómo sirven los datos judiciales para el estudio de los delitos; pero también sobre cuál es el origen de la violencia, sin olvidar tampoco una paradoja que convierte al alcalde o al juez corrupto en delincuente y juez según las normas de una misma moral a todas luces con doble fondo.

Por lo que se refiere a la posibilidad de emplear textos legales o datos judiciales para un estudio de aspectos sociales como es el caso de la delincuencia, el profesor Hespanha hizo una buena exposición sobre las relaciones --de todo tipo, no limitadas sólo a ese aspecto concreto-- que se pueden establecer a partir de esos textos<sup>934</sup>. Las fuentes judiciales por las que podemos llegar a conocer datos sobre los delitos y sus autores deben ser estudiadas con la cautela que nos infunden los factores que condicionan su contenido, bien resumidas por Pérez García:

<sup>933</sup> *Idem.*

<sup>934</sup> HESPANHA, A.M., "Una historia de textos", en *Sexo barrón y otras transgresiones premodernas*, págs. 187-196. Véase también CASTRO CUENCA, Jesús y ARANDA PEREZ, Francisco José, "El análisis del discurso. Una metodología para el estudio de la Historia Social en la Edad Moderna", en *La Historia Social en España*, Santiago Castillo (coord.), Actas del I Congreso de la Asociación de Historia Social, Madrid, Siglo XXI, 1991, págs. 65-86.

en primer lugar, lo que encontramos tachado como delito lo es en virtud de una legislación histórica que le da esa consideración con objeto de perseguirlo y castigarlo; pero ese delito lo es también para nosotros como consecuencia de una acción determinada que además tuvo que llegar a conocimiento de los tribunales -por denuncia, delación o por el procedimiento inquisitivo que explicamos-; además, es, muy frecuentemente, *resultado de la actuación de instituciones policiales y jurisdiccionales municipales, territoriales o reales, más o menos efectivas, cuya autoridad es reconocida social, política y jurídicamente*; la calificación de las transgresiones dependerá del proceso penal (cualquiera que sea la forma en que se realice), de las actuaciones de letrados, procuradores, fiscales o abogados, de las pruebas que se aporten, etc.; la naturaleza específica del crimen se expresa en la sentencia penal, con lo que queda expuesta a la arbitrariedad del magistrado; y, por último, *el rastro documental que ha dejado nuestro crimen, su nivel informativo, depende, en buena medida, de prácticas judiciales heterogéneas, de un procedimiento administrativo peculiar o de la propia sensibilidad del escribano encargado de la confección del proceso*<sup>935</sup>.

Sobre la causa de la violencia se preguntaba ya Tomás y Valiente, dónde se originaba, quién la alentaba, qué parte de culpa tenía la sociedad o la legislación, qué efectos desencadenaba la represión<sup>936</sup>.

<sup>935</sup>PEREZ GARCIA, Pablo, *la comparsa de los malhechores*, Valencia 1479-1518, Valencia, 1990, pag 257.

<sup>936</sup>TOMAS Y VALIENTE, F., *El Derecho Penal de la monarquía absoluta (siglos XVI XVII-XVIII)*, pág. 409.



En ello incide también Pérez García<sup>937</sup> y lo haremos también nosotros al hablar de la delincuencia.

Finalmente, la relación contranatura que establecían los administradores de justicia cuando ellos mismos cruzaban la legalidad cualquiera que fuese el motivo, especialmente valiéndose de su posición y prerrogativas para beneficiarse o perjudicar a otros en sus actuaciones, la conclusión hiperbólica y satírica de esa situación no podía dejar de salir de la pluma de Quevedo: en los letrados estaba el origen de todos los males, todo -la justicia, quienes la servían y las causas que atendían- era una misma y nefasta cosa:

*Y los pleitos no son sobre si lo que deben a uno se lo han de pagar a él, que eso no tiene necesidad de preguntas y respuestas; los pleitos son sobre que el dinero sea de letrados y del procurador sin justicia, y la justicia, sin dineros, de las partes. ¿Queréis ver qué tan malos son los letrados? Que si no hubiera letrados, no hubiera porfías; y si no hubiera porfías, no hubiera pleitos; y si no hubiera pleitos, no hubiera procuradores; y si no hubiera procuradores, no hubiera enredos; y si no hubiera enredos, no hubiera delitos; y si no hubiera delitos, no hubiera alguaciles; y si no hubiera alguaciles, no hubiera cárcel; y si no hubiera cárcel, no hubiera jueces; y si no hubiera jueces, no hubiera pasión; y si no hubiera pasión, no hubiera cohecho. Mirad la retahíla de infernales sabandijas que se producen de un licenciadito...*<sup>938</sup>.

En el sueño de "El alguacil endemoniado" -del que ya advertía al pio lector que era una reprensión de malos ministros de justicia<sup>939</sup>-, vemos el efecto de la jerarquía judicial: de su vértice -el juez- debía emanar la justicia y las órdenes para hacerla efectiva, pero podía ser

<sup>937</sup> PÉREZ GARCÍA, P., *op. cit.*, págs. 258-ss.: extendiéndose en la glosa de la teoría de Konrad LORENZ en *Sobre la agresión: el pretendido mal*, Madrid, 1985, (especialmente, el capítulo XIII, titulado "Ecce Homo", págs. 260-309).

<sup>938</sup> QUEVEDO, Francisco de, *Sueños y discursos*, "Sueño de la muerte", págs. 212-213.

<sup>939</sup> *Ibidem*, "El alguacil endemoniado", pág. 89.

también fuente de una verdadera cascada de *funcionarios* corruptos.  
Preguntado el demonio que muestra el infierno si había jueces en él  
contesta:

- ¡Pues no! -dijo el espíritu-. Los jueces son  
nuestros faisanes, nuestros platos regalados, y la simiente  
que más provecho y fruto nos da a los diablos; porque de  
cada juez que sembramos, cogemos seis procuradores, dos  
relatores, cuatro escribanos, cinco letrados y cinco mil  
negociantes, y esto cada día, de cada escribano cogemos  
veinte oficiales; de cada oficial, treinta alguaciles, de  
cada alguacil, diez corchetes. Y si el año es fértil de  
trampas, no hay trajes en el infierno donde recoger el  
fruto de un mal ministro<sup>240</sup>.

<sup>240</sup> *Ibidem*, pag. 99

**MUJERES Y ORDEN SOCIAL EN MADRID:  
DELINCUENCIA FEMENINA EN EL CAMBIO  
DE COYUNTURA FINISECULAR  
(1580-1630).**

**TOMO II**

**Enrique VILLALBA PEREZ**

**PARTE III:**  
**DELITOS Y DELINCUENTES**  
**EN MADRID**

## CAPITULO VI

# TIPOLOGIA DE LOS DELITOS

### 1. ADVERTENCIAS.-

Hemos de hacer notar, en primer lugar, que no nos interesa tanto la consideración legal y aún moral que en la época se tenía de cada delito -de la que, en última instancia, dependería la pena- cuanto la frecuencia con que se producían los comportamientos delictivos y cómo se relacionaban con otras actividades sociales más o menos marginales.

De ahí que nuestra tipología no atienda a la gravedad que en la época se otorgaba a comportamientos punibles, ni tampoco haremos una estructura basada en categorías puramente jurídica<sup>931</sup>, sino que la planteamos desde los protagonistas, atendiendo a la reiteración de sus tropiezos con la justicia y a la vinculación de unas y otras conductas.

Es claro que podemos compartir las consideraciones de los profesores Clavero o de Tomás y Valiente sobre la gravedad relativa atribuida en la época a las transgresiones, de modo que se podría elaborar una escala valorativa de las mismas, fácilmente aplicable a

---

<sup>931</sup> Una tipología jurídica puede verse en Alberto DU BOYS, *Historia del Derecho Penal de España*, Madrid, 1872, págs. 231-307. Antecedente de cualquier otra hecha en ese campo.

los delitos sexuales y contra la moral; podemos aceptar también la propuesta tipológica del profesor de las Heras desde su enfoque penalista<sup>941</sup>. Pero quede claro que no son esos nuestros puntos de partida, puesto que nuestros objetos de estudio no son tampoco coincidentes.

Por eso, no nos han preocupado en nuestra clasificación delitos singulares, que nunca o casi nunca aparecen en los datos que vamos a emplear, por mucho que los tratados de la época se ocupasen detenidamente en ellos.

Hemos de advertir también que algunas de las denominaciones que empleamos se ajustan más a las expresiones de la época que a la estricta ortodoxia penalista.

Los datos de los que, esencialmente, nos hemos servido para elaborarla han sido los del Inventario general de causas criminales de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte del A.H.N., en los que centraremos parte del análisis de los capítulos siguientes.

## **2. CLASIFICACION DE LOS DELITOS QUE JUZGABA LA SALA.**

Hemos distinguido nueve grandes grupos, atendiendo a esos criterios anteriormente expuestos: delitos de palabra, agresiones y muertes, delitos contra la propiedad, delitos que podríamos llamar económicos, fraudes, diversos incumplimientos, delitos contra la justicia, delitos contra la moral sexual y marital y un heterogéneo

---

<sup>941</sup>HERAS SANTOS, José Luis de las, *La justicia penal de los Austrias en la Corona de Castilla*, Salamanca, 1991, págs. 214-265.

apartado de varios.

### 2.1. Delitos de palabra.

Hemos incluido en este grupo la transgresiones que suponen agresiones, irreverencias, faltas de respeto o alteraciones del orden público simplemente de palabra.

Entre las *violencias verbales* podemos contar las palabras injuriosas, los descomedimientos o desacatos -entendidos como faltas de respeto o descortesías-, las sátiras -no en su sentido literario, sino en el de *dezir mal*<sup>942</sup>-, los libelos... , es decir, todos aquellos atentados de palabra que iban contra la fama del ofendido, contra su consideración social y que, por tanto, eran también considerados delitos desestabilizadores no sólo por dañar la moral imperante, sino, sobre todo, por amenazar en alguna medida el orden de un status establecido y admitido.

Comprendería este apartado también las cuestiones, *quimeras* o alborotos. Esto es, situaciones en las que, sin llegarse a una violencia desatada, sí se producen alteraciones evidentes del orden público -o quizá, más ajustadamente, del orden callejero- que pueden derivar en conflictos más graves, sobre todo los desacatos por lo dañino que resultaba de no ser castigados poniendo de nuevo las cosas en su sitio.

Las amenazas siguen perteneciendo a esta categoría, pero constituyen la antesala de una agresión física, la manifestación de una agresividad potencial y en sus consecuencias sobre la voluntad de la

---

<sup>942</sup>COVARRUBIAS, VOZ "Satírico".

*víctima* puede ser tan contundente o más que la propia agresión.

Por último, los desafíos estarían ciertamente en el límite entre ambos tipos de agresiones, pues si bien un reto no tenía por qué materializarse, la consecuencia natural del desafío era el duelo, agresión mutua y reglamentada, aceptada por las dos partes y que, por las prohibiciones legales, constituiría delito más bien como infracción -un modo de resolver las disputas que desautorizaba los cauces legales del Estado- que como violencia -precisamente lo que más se ajusta a este calificativo es su origen, el desafío-.

En el primer grupo, como hemos dicho, incluimos los atentados contra la fama personal. Si el honor impregnaba muchos aspectos de la vida , también determinaba muchas ofensas -y no sólo las tópicas del honor marital ofendido-y los consiguientes pleitos. En lo que llamamos *violencias verbales* se observa muy bien cómo muchos de los encausados lo eran también por la consiguiente cuestión o por las heridas que se seguían de la ofensa de palabra, no obstante otros muchos entre los desairados o ultrajados prefirieron denunciarlo para atajar sus efectos. Como sostiene Kagan, numerosas causas criminales -él se refiere a las que llegaron al tribunal del *fiel del juzgado* de Toledo pero sus afirmaciones son perfectamente válidas para las que ocuparon a la Sala de alcaldes de casa y corte, y creemos que a la justicia de la época en general-comenzaron con *insultos, calumnias, palabras injuriosas y otros comentarios que fueron considerados como una afrenta a la reputación, la posición social y el sentido de la autoestima*<sup>943</sup>.

---

<sup>943</sup>KAGAN, R. L., *Pleitos y pleiteantes en Castilla, 1500-1700*, Salamanca, 1991, pág. 102.



Sin embargo, no debemos pecar de ingenuos, ni dejarnos llevar por la imagen del hombre del Barroco presto siempre a sentirse agraviado, a hacer cuestión de honor de cualquier minucia, tenemos que pensar que, lógicamente, muchos de esos pleitos emprendidos por insultos encubrían situaciones mucho más complejas -relaciones personales deterioradas, provocaciones anteriores, etc.-.

En cualquier caso, la legislación era al respecto muy minuciosa, distinguía entre injurias graves y livianas.

Las primeras comprendían los insultos *gafo*<sup>944</sup>, o *sodometico*, o *cornudo*, o *traydor*, o *hereje*, o *a muger que tenga marido puta*, o otros *denuestos semejantes*<sup>945</sup>. Y antes de imponerse una pena por ellos, se debía obligar al infractor a desdecirse ante el alcalde y ante hombres buenos, puesto que sus palabras no eran sólo un ataque contra una persona, sino contra su fama y el castigo no bastaba, tenía que desaparecer la mancha injustamente atribuida al agraviado. Es interesante resaltar cómo entre estos denuestos tenidos por graves se contaba el llamar puta a una mujer casada, pero no a la que no lo estaba, eso implica dos consecuencias: se dudaba sistemáticamente de la honestidad de toda doncella que no estuviese sujeta a un marido, y lo que realmente se castigaba así no era el ultraje a la mujer sino la ofensa al honor del esposo, es decir, se penaba una calificación indirecta de

---

<sup>944</sup>COVARRUBIAS, voz "Gafo": *El gafo es un enfermo de cierto género de lepra muy malo, el qual ultra de la pudrición y corrupción que causa en el cuerpo, royendo el cuero y las carnes, encoge los niervos de manos y pies; y particularmente les llamamos gafos a los tales enfermos por encorváseles los dedos de las manos, como a las aves de rapiña. [...] Entre los leprosos, el gafo devía ser el más asqueroso y horrible a la vista, y éste y los demás eran arredrados del trato y consorcio de los sanos en el pueblo de Dícs...*

<sup>945</sup>N.R., VIII, 10, 2.

*cornudo*. La pena pecuniaria que se imponía era de trescientos sueldos - la mitad para la cámara real y la otra mitad para el querellante-, acrecentada a quinientos para los hidalgos. También tenía consideración de insulto grave llamar a un converso *tornadizo, o marrano, o otras palabras semejantes*, con una pena económica mucho mayor; disposición que sin duda buscó en su origen favorecer y garantizar las conversiones, pero que debió tener poco efecto, puesto que precisamente esos eran algunos de los agravios más generalizados, de modo que si existía la más mínima noticia de una conversión reciente la ofensa debía estar presta en los labios de cualquiera que discutiese con ellos.

Las injurias livianas eran todas las demás no especificadas en esa ley y la cantidad de la pena con que se castigaban variaba según la calidad del ofensor y la importancia de las afrentas<sup>946</sup>. Pero en estos casos, la legislación real procura no dar mayor importancia a tales incidentes, ordenando a los jueces que *si no intervinieren armas, ni efusion de sangre, o en que no oviere quexa de parte, o que si le huviere dado quexa, se apartaren della y fueren amigos, no se entremetan a hazer pesquisa sobre ello de su oficio, ni procedan contra los culpados*<sup>947</sup>. Incluso se mandaba lo mismo para las palabras graves si no había querella de parte; pero si ésta se hubiera presentado, aunque se retirase, la justicia debía proceder<sup>948</sup>.

La versión escrita de estas injurias eran los libelos -*escritos infamatorios, que sin autor se publican o fixandolos en columnas y*

---

<sup>946</sup> N.R., VIII, 10, 3.

<sup>947</sup> Hay que tener presente la tendencia de los jueces a iniciar causas de oficio por la parte que les correspondía de las condenaciones.

<sup>948</sup> N.R., VIII, 10, 4.

*esquinas de lugares públicos o esparciéndolos por las calles y lugares públicos. Este crimen es muy grave, y así se castiga con mucha severidad*<sup>949</sup>-. Ignoramos si sería un delito cometido con mucha frecuencia -por la dificultad de descubrir y procesar a sus autores-, pero los encausados por esa razón son bien pocos.

Entre las ofensas de palabra más públicas destacaban las *cuestiones*. En la documentación de la Sala de alcaldes esa denominación se da a la riña, es una discusión acalorada que con mucha frecuencia desembocaba en pelea -de las causas por heridas que registra la Sala muchas son por *cuestión y heridas*-; según Covarrubias, *en vulgar suele sinificar pendencia*<sup>950</sup>, está por tanto en la frontera con las agresiones de hecho más serias. Prácticamente, el mismo carácter tendrían las *quimeras*, que aparecen también con relativa asiduidad, que serían desavenencias, disputas o riñas<sup>951</sup>. Y también muy similares -aunque quizá más multitudinarios- eran los alborotos, *alteración de gente, ruido, bozería, pendencia*<sup>952</sup>. Los alborotos eran objeto de una más cuidadosa atención por parte de la justicia; por ejemplo, eran considerados como tales las bullas y jaleos levantados por los estudiantes de las universidades con motivo de las oposiciones y votos de las cátedras, que suponían -como se quejaban los alcaldes de casa y corte en Valladolid- que

---

<sup>949</sup>COVARRUBIAS, voz "Libelo".

<sup>950</sup>COVARRUBIAS, voz "Qüestión".

<sup>951</sup>MOLINER, voz "quimera", 5ª acepción.

<sup>952</sup>COVARRUBIAS, voz "Alboroto". Del alborotador dice: *el que mete al lugar en ruydos y pendencias, que con justa razón los destierran dellos*.

*ay grandes desordenes haciendo los estudiantes muchas juntas así de día como de noche, andando con mascarar y armas y haciendo de noche muchos alborotos, gritas y otros rruídos de que an rresultado y pueden resultar ynconbenientes y daños<sup>953</sup>,*

en este tipo de contravenciones pueden, asimismo, incluirse otras muchas situaciones, como la que originaba la protesta del mayordomo de la iglesia de Santa Cruz de Madrid:

*...ganapanes y esportilleros y otras muchas personas que no tienen entretenimiento en esta corte se juntan en el çimenterio de la dicha yglessia a jugar y açer otras cossas yndecenes en tal manera que por el rruído que hazen y juramentos que hechan y pendençias que tienen dan mucho escandalo e ynpiden el hazer los oficios divinos como se rrequiere<sup>954</sup>,*

buen ejemplo de los típicos escándalos y algarabías promovidos por esos individuos que se movían entre los oficios más bajos, la picaresca y el hampa. Destacaban también las pullas, una suerte de burlas indiscriminadas, expresiones de mofa que se utilizaban sin un destinatario premeditado; según Covarrubias, *es un dicho gracioso, aunque algo obsceno, de que comúnmente usan los caminantes quando topan a los villanos que están labrando los campos, especialmente en tiempo de siega o vendimias<sup>955</sup>* -tendrían por tanto que ver, al menos en un principio con el menosprecio de que eran objeto los aldeanos, considerados zafios e ignorantes por los que vivían en las ciudades viajaban-; sin embargo, su carácter como delito era otro, estaba muy relacionada con los cantares deshonestos y con las *palabras suzias*, y como tal fueron -como delitos contra la honestidad o la moral- expresamente

---

<sup>953</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1199, f.61,1602, marzo, 5, Valladolid. Sala de Alcaldes.

<sup>954</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1207, f. 62, 1620.

<sup>955</sup>COVARRUBIAS, voz "Pulla".

prohibidas por una pragmática de Felipe II<sup>956</sup>; en la Corte, los alcaldes prohibieron los cantares considerados deshonestos, como por ejemplo

*...que ninguna persona sea osada de cantar ni dezir por las calles ni casas ni en otra parte alguna el cantar que llaman de la zarabanda ni otro semejante so pena de cada duzientos açotes a los hombres y seis años de galeras y a las mugeres de destierro del rreyno [penas, sin duda, desproporcionadas]*<sup>957</sup>.

Los alcaldes de casa y corte se ocuparon repetidamente de las burlas que al parecer constituían una costumbre muy arraigada en Carnaval, por lo que tenían que ser prohibidas por la Sala prácticamente todos los años; éstas serían el equivalente físico de las pullas, agresiones leves indiscriminadas con intención de mofa, bromas ciertamente más pesadas que ingeniosas:

*...que ninguna persona eche maças ni estopas con fuego ni tire salvado ni den begigaços en estos de carnestolendas so pena de verguença publica y quatro años de destierro y diez ducados para la camara de su Magestad y denunciador...*<sup>958</sup>.

Bromas similares se producían en Madrid durante las nevadas invernales, cuando los alcaldes tenían que prohibir que se tirasen bolas de nieve -*pelladas*-, diversión, según parece, muy general -lo que llevaba a que

---

<sup>956</sup>N.R., VIII, 10, 5, 1564, julio, 15, Madrid. Pragmática de Felipe II:

*Mandamos, que de aqui adelante ninguna persona sea osado a derir, ni cantar de noche ni de dia por las calles, ni plaças, ni caminos, ningunas palabras surias, ni deshonestas, que comunmente llaman pullas, ni otros cantares que sean surios, ni deshonestos, so pena de cien açotes, y desterrado un año de la Ciudad, villa o lugar donde fuere condenado.*

<sup>957</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1197, f.146, 1585, agosto, 3, Madrid. Sala de los alcaldes. O más general:

*...que ninguna persona sea osada de cantar de noche ni de dia cantares desonestos ni cosas mal sonantes so pena de verguença publica y quatro años de destierro desta corte y cinco leguas y dier ducados para la camara y denunciador...*

*Ibidem*, libro 1202, f. 46, 1613, junio, 22, Madrid. Auto de la Sala.

<sup>958</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1200, f. 142, 1607, febrero, 20, Madrid. Sala de alcaldes. Prohibiciones muy similares en: *ibidem*, libro 1197, f. 171, 1586, febrero, 11, Madrid; *ibidem*, libro 1201, f. 220, 1612, febrero, 27, Madrid; *ibidem*, libro 1201, f. 441, 1613, febrero, 15, Madrid.

se distinguiesen penas para los nobles que lo hicieran-, pero que debía resultar muy molesta, aunque no creemos que tanto como para merecer la vergüenza pública o los cuatro años de destierro y cien ducados -para los nobles- con que podía ser castigada<sup>959</sup>.

Las amenazas y **desafíos** pueden ser considerados también aquí como infracciones *de transición*, pero cargadas de connotaciones mucho más peligrosas para la pretendida autoridad del Estado y su aparato que para los individuos<sup>960</sup>. Pero precisamente su imagen literaria y caballeresca, daba una ambigüedad a los duelos que, aunque prohibidos y castigados, eran tenidos por una obligación para los hidalgos y, desde luego, para los cortesanos, como recoge Núñez de Castro al tratar *Del duelo y sus obligaciones, y como deven portarse en ellas los Cortesanos*, aconsejando cómo debía actuarse en cinco supuestos distintos<sup>961</sup>.

Entre los delitos *verbales* podríamos considerar la blasfemia - que estrictamente es un delito contra la religión-, muy poco frecuente

---

<sup>959</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1202, f. 295, 1614, diciembre, 20, Madrid. Sala de alcaldes, pregón de la nieve. Repetido otros años: *ibidem*, libro 1203, f.135, 1616, enero, 24, Madrid.

<sup>960</sup>Una buena síntesis sobre el tema es el artículo de BERMEJO CABRERO, José Luis, "Duelos y desafíos en el Derecho y la Literatura", en *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*, Madrid, Alianza, 1990, págs. 109-126, en el que se hace un resumen sobre su origen, reglamentación, etapas, tipos y su reflejo en la Literatura. Véase también TOMAS Y VALIENTE, F., *El Derecho Penal de la Monarquía absoluta (siglos XVI-XVII-XVIII)*, Madrid, Tecnos, 1969, págs. 48-68.

<sup>961</sup>NÚÑEZ DE CASTRO, Alonso, *Libro histórico-político. Sólo Madrid es Corte y el cortesano en Madrid*, Madrid, Roque de Miranda, 1675 (3ª reimpresión), págs. 450-491.

El título octavo -*De los retos y desafíos*- del libro VIII de la *N.R.* recoge la reglamentación de estos duelos.

entre los que registra la Sala de alcaldes de casa y corte, porque era la jurisdicción temporal eclesiástica<sup>962</sup> y la del Santo Oficio las que, preferentemente, se ocupaban de ese género de infracciones; recuérdese la treta de Pablos para hacerse con dos pollos de su ama en Alcalá, cuando la acusa de haber blasfemado y la intimida con denunciarla a la Inquisición por haber llamado a las aves con el consabido *pío, pío - nombre de los papas*<sup>963</sup>. En cualquier caso, las disposiciones de la Sala recogían, por supuesto, la prohibición de blasfemar y no como una más sino que, por ejemplo, en el más importante de sus pregones -el *Pregon general para la governacion desta corte*, dado primero en Madrid y reiterado más tarde en Valladolid, al trasladarse allí la Corte-aparece como el primero de sus puntos<sup>964</sup>, todo un símbolo de la expresa voluntad de defender el orden moral que se invocaba en nombre de la religión<sup>965</sup>.

---

<sup>962</sup>DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio, *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, Madrid, Istmo, 1985, pág. 438.

<sup>963</sup>QUEVEDO, Francisco de, *La vida del buscón llamado don Pablos*, libro I, cap. VI, pág.61.

<sup>964</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1199, f.1:

*Manda su magestad que ninguna ni ningunas personas sean osadas de blasfemar ni jurar ni rrenegar de Dios nuestro señor ni de su bendita madre ni de sus santos so pena que le corten la lengua e de cien açotes.*

<sup>965</sup>Véase al respecto lo que para Valencia dice PEREZ GARCIA, Pablo. *La comparsa de los malhechores, Valencia 1479-1518*, Valencia, Diputación, 1990. págs.96-100, donde para la intervención en dicho delito del Justicia se distingue: *exclamaciones en las que se hiciese mención de la cabeza o de los miembros considerados honestos de Dios la Virgen y los santos* -castigadas con una pena de 5 sueldos-, *juramento o interjección que nombraba las llamadas "parts vergonyoses"* -con una pena diez veces superior- y las *exclamaciones o juramentos "en nombre de Dios"*.

## 2.2. Delitos contra la integridad y la vida de las personas.

Delitos frecuentísimos y, en general, vinculados a otros, pues suelen ser bien consecuencia de injurias de algún tipo o de enemistades antiguas, bien medio para perpetrar algún robo o cualquier otro exceso.

Entre ellas, las más habituales eran las *heridas*, nombre que en la época designaba no sólo el resultado de un golpe o accidente, sino también el mismo *golpe que se da con la espada o con otra arma o cualquier cosa que pueda lastimar y sacar sangre*<sup>966</sup>, sin embargo, en este apartado incluiríamos sólo las recogidas bajo este título, genérico sin especificarse cómo se produjeron, puesto que la Sala distingue también explícitamente las *cuestiones de cuchilladas y armas*, enfrentamientos potencialmente más graves, y los *malos tratamientos, bofetadas y palos*, que suelen producirse por conflictos antiguos y, sobre todo, entre personas con trato habitual -familiares, vecinos, compañeros de trabajo, etc.-. Algunas eran la prolongación de los altercados callejeros, de las *cuestiones* de las que hablábamos, producidas por la exacerbación de tensiones cotidianas y, en principio, sin importancia, pero que con la exasperación de su continuidad provocaban la violencia; por ejemplo, las *discordias y heridas* entre los aguadores cuando acudían a los caños sobre el orden para coger el agua<sup>967</sup>.

---

<sup>966</sup>COVARRUBIAS, voz "Herida".

<sup>967</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1202, f. 62, 1613. Se hizo una petición a la Sala de alcaldes de casa y corte para acabar con esa situación, como consecuencia de la cual dió una pregón para que se respetara el orden *como fueren llegando y los demás no lo estorben*.



Por supuesto, los más graves de entre esos delitos contra la vida y la integridad de las personas eran las muertes, con sus diversos grados de responsabilidad y la diversidad de penas que les correspondía, de ellos se ocupaba más detenidamente la legislación, puesto que eran más fáciles de determinar que las heridas<sup>968</sup>.

### 2.3. Delitos contra la propiedad.

Insistimos en que, dado que nuestro interés se centra en los delincuentes y no en la categoría legal de sus acciones ni en las penas que les corresponderían por ellas, nuestra división se atiene a ese objetivo. Para ello procuramos, además, seguir la terminología empleada en la época. En este caso concreto de los delitos contra la propiedad la diversidad puede parecer enorme, sin embargo hemos simplificado al máximo las distinciones, hasta el punto de conservar únicamente la que hacemos entre *ladrones* y *hurtos*. La primera, que mira a los protagonistas, se refiere a aquellos que son llamados así en la documentación, lo que implica una cierta dedicación *profesional*, habitual; una experiencia y continuidad en su *trabajo*, entre ellos se incluyen por igual cuatreros, capeadores, escaladores de casas, etc<sup>969</sup>. En los hurtos se recogen hechos -desde *raterías*, como se conocen ya en la época los pequeños hurtos, hasta robos de valiosas joyas cuidadosamente preparados-; la justicia<sup>970</sup> intervenía en esas ocasiones en persecución de un caso concreto y no tras un ladrón conocido por su *curriculum*

---

<sup>968</sup> N.R., VIII, 23, *De los homicidios*.

<sup>969</sup> Sobre las penas a los ladrones: N.R., VIII, 11, 7 y 9.

<sup>970</sup> N.R., VIII, 12. 1 y 2.

delictivo, lo que no quiere decir que los procesados no fueran también *profesionales*. Para nuestra intención nos resulta indiferente que se tratase de indicios, de sospechas, de intentos frustrados<sup>971</sup>, etc. porque la intención delictiva era la misma -aunque quizá no la habilidad del delincuente-. La variedad de bienes hurtados, de métodos y complicidades era realmente enorme, y tampoco los móviles y ganancias eran siempre los mismos, ni todos trataban de escapar del hambre o la miseria o de dejar atrás *sus aprietos por la vía de los delitos contra la propiedad*<sup>972</sup>.

#### 2.4. Fraudes.

Incluimos aquí los llamados delitos contra la verdad -*falsedades*- y los *engaños* y *estafas* de todo tipo que son, en la mayoría de los casos, productivos, pero también con un mayor grado de complicación para obtener ese beneficio en los intereses personales o económicos.

En cuanto a los primeros, la falsedad normalmente se encaminaba a obtener algún tipo de beneficios y el mejor modo de hacerlo era desde la propia administración, cometidos por los oficiales reales o al amparo de éstos; así, algunos de los más frecuentes eran la falsedad de escribano, el estelionato -*los juristas llaman crimen stellionatus al*

---

<sup>971</sup>TOMAS Y VALIENTE, se ocupa de estos grados de participación o de éxito en el delito -conato, mandato, complicidad, encubrimiento-, *op. cit.*, págs. 280-294.

<sup>972</sup>TOMAS Y VALIENTE, F., *op. cit.*, pág. 76.

*que arranca del proceso alguna escritura o maliciosamente la encubre*<sup>973</sup>- o los testigos falsos, embusteros y perjuros<sup>974</sup>; muy en relación con ellos por sus pretensiones y consecuencias están los sobornos y cohechos<sup>975</sup>.

También aquí hemos incluido los engaños y estafas<sup>976</sup>. En estos delitos la imaginación de los delincuentes es tan fértil como la literatura picaresca refleja, por ejemplo, la frecuente estafa cometida con las cadenas de oro para engañar a los incautos en algún pago, se producía efectivamente, por lo que los alcaldes de casa y corte trataron de *los grandes ynconvenientes que rresultan de que se agan cadenas de alquimia y dorarse por los engaños que ay de no conozerse y que no son de ningun provecho si no antes de muy gran daño para la rrepublica*<sup>977</sup>, pero encontraremos también frecuentes y más domésticos casos de fraudes de los comerciantes, en los pesos sobre todo, como la queja que ante la Sala presentaron los pasteleros de la Corte porque los tratantes en ganado de cerda, para vender la manteca, *usan de una cautela y traza en gran daño de la republica*, consistente en emplear unas ollas de casco muy grueso y pesado, que además mantenían varios días llenas de agua para que pesaran más, lo que hacía que de tres

---

<sup>973</sup>COVARRUBIAS, voz "Estelió".

<sup>974</sup>N.R., VIII, 17, 4 y 7.

<sup>975</sup>COVARRUBIAS, voz "Cohechar": *Sobornar con dádivas al juer, al testigo o a qualquier otra persona que encaminamos a que diga o haga lo que nos está bien, aunque sea contra razón y justicia, y el tal soborno se dize cohecho.*

<sup>976</sup>COVARRUBIAS, voz "Estafar": *...en español vale estafar a uno, engañarle, porque no ha guardado ley ni hecho su oficio rectamente, fiándose el otro dél, especialmente quando por engaño le ha sacado su dinero.*

<sup>977</sup>A.H.N., Consejos, libro 1203, f. 446, 1616

arrobas de manteca que deberían pesar normalmente no salían sino dos arrobas y media *porque el casco de la olla pesa mas de treynta libras y la venden y dan por tres arrobas*<sup>978</sup>.

Estos delitos de fraude y engaño tanto administrativos como en los tratos mercantiles, consolidados y en una proporción importante, son fruto de la imposición de una disciplina burguesa en la economía y en muchos aspectos del orden social, que acabó con una moral de los comportamientos públicos mantenida hasta entonces de un modo más general.

## **2.5. Incumplimientos.**

Englobamos aquí, por una parte, todas aquellas transgresiones que, sin intención criminal, iban contra prohibiciones encaminadas a mantener el orden, la moral y la dignidad o a controlar el gasto, pero no directamente con esa intención, así:

\* El incumplimiento de las pragmáticas suntuarias y de cortesías, que trataban evitar la ostentación competitiva que se establecía entre los potentados y el consiguiente despilfarro, y los altercados que se producían por no respetarse el tratamiento que se creía merecer. Ese punto de honra era objeto de numerosas disputas, pues la reacción inmediata de cualquiera que se viese tratado con menosprecio era responder haciendo con lo propio con su interlocutor<sup>979</sup> con lo que se podía llegar a mayores, por lo que la autoridad trató de

---

<sup>978</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1205, f. 261.

<sup>979</sup>Pinheiro cita varios ejemplos sabrosos al respecto, PINHEIRO DA VEIGA, Tomé, *Fastiginia*, Valladolid, Ayuntamiento, 1989, I parte, correspondiente a 6 de junio [1605], págs. 115-117.

especificar lo más detalladamente cuáles eran las formas correctas de dirigirse a cada persona según su status<sup>980</sup>.

\* Los que portaban armas a pesar de las prohibiciones - castigados aunque no hiciesen uso de ellas-, son innumerables las disposiciones al respecto, haciendo distinciones entre las distintas armas, quiénes estaban exentos de dichas prohibiciones y a quiénes se les podía dar licencia para llevarlas.

\* O los que jugaban indebidamente. El interés en proscribir algunos juegos -especialmente los de naipes y dados en que se apostaba dinero- obedecía a un intento de evitar los altercados y peleas que se originaban en los garitos, pero también trataba de que nadie dejase sus obligaciones por jugar, especialmente los oficiales reales -que llegaban a jugar en los despachos y covachuelas. Por supuesto, se perseguía también a los *jugadores de ventaja*, *tahures*, verdaderos profesionales de las *flores* -trampas-.

Por otra, consideraremos también como incumplimientos las negligencias de quienes faltaban a su obligación -en sus empleos generalmente, en el tiempo dedicado o en la calidad de los productos- y los excesos de quienes se valían de sus oficios -especialmente, los oficiales reales- injustamente.

También aquí consideraremos aquellas transgresiones, fundamentalmente de carácter económico, con las que se busca un beneficio ilícito pero que no se dirigen directamente contra el patrimonio personal de una víctima elegida o fortuita -como ocurría con los robos-, sin que ello implique por supuesto ninguna valoración moral, ningún juicio que considere más condenables unas actitudes que otras.

---

<sup>980</sup> N.R., IV, 1, 26.

Destacan aquí los beneficios obtenidos por tratos expresamente prohibidos, como era el caso de la *usura*, *logro* y *mohatras*. La usura era tradicionalmente una práctica prohibida por la Iglesia, lo que, lejos de desterrarla, permitió que desde la Edad Media se desarrollasen formas indirectas y camufladas de préstamo usurario para escapar a la apariencia de un delito pésimamente considerado por su vinculación en la mentalidad popular con los judíos. En cualquier caso, era uno de esos delitos perseguidos también por la jurisdicción temporal eclesiástica<sup>981</sup>. Usura y logro eran sinónimos, como tales aparecen en los registros de causas criminales y así lo recoge Covarrubias -*Usura*. *Sinifica comúnmente aquella cantidad de dinero que el deudor da al acreedor, por el uso del que le ha prestado, y éste se llama logro, y el usurero logrero*. La mohatra sin embargo era un modo de ocultar ese beneficio por medio de una compra fingida con precio incrementado<sup>982</sup>, es decir, *que prestaba sobre prendas* como dice Quevedo que en *La Hora de todos* explica cómo la casa de un mohatrero tenía, por ejemplo, *un escritorio y una colgadura de plata que tenía cautivos de intereses argeles*<sup>983</sup>, esto es, de intereses esclavizadores. Quizá esta primera infracción fuera la más relacionada con los delitos contra el patrimonio, aunque por cauces indirectos y no siempre claros.

Otras ganancias indebidas y, obviamente, subrepticias eran las

---

<sup>981</sup>DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio, *Las clases privilegiadas...*, pág. 438.

<sup>982</sup>COVARRUBIAS, voz "Mohatra": *Es la compra fingida que se haze, vendiendo el mercader a más precio del justo y teniendo otro de manga que lo buelva a comprar con dinero contante a menosprecio. También se dize mohatra quando se compra en la forma dicha y se vende a qualquiera otra persona a menosprecio*. Sobre éste delito: *N.R.*, III, 4, 29.

<sup>983</sup>QUEVEDO, Francisco de, *La Hora de todos y la fortuna con seso*, Madrid, Castalia, 1988, pág. 75.

que procedían del *contrabando*<sup>984</sup>; provecho en este caso obtenido a costa del reino, puesto que empobrecía al mismo al eludir las previsiones comerciales de la Corona -por tanto, en ese sentido sería un delito contra el rey-. Estaba prohibido sacar del reino, entre otras cosas, los metales preciosos y la moneda, hierro y acero, caballos y yeguas, ganados, *pan*, se regulaba la circulación de vino, lana, cueros, seda, sal, etc. Al ocuparnos en nuestro trabajo de la Corte, hacemos extensiva esta categoría -puesto que propiamente contrabando era lo que se hacía contra pregón público-a los incumplimientos de las normas para el mejor abastecimiento de la capital y su rastro, por ejemplo sacándose a vender productos prohibidos para garantizar los mantenimientos en la ciudad.

Los *regatones* eran pequeños comerciantes a caballo entre lo tolerado y lo ilícito, vendedores ambulantes que se lucraban revendiendo al por menor y a sobreprecio lo que habían adquirido en grandes cantidades. Esas reventas estaban especialmente perseguidas en la Corte por la Sala, dada la necesidad de mantener el mercado no sólo bien abastecido, sino a unos precios asequibles que asegurasen la tranquilidad social.

Cualquier tipo de alteraciones de la moneda, sobre todo las falsificaciones por su finalidad se incluyen también aquí, con la advertencia de que por ir contra un derecho exclusivo de la Corona -el de acuñar moneda- es también un delito contra el rey, y podría serlo

---

<sup>984</sup>El título 18 del libro VI de la *N.R.* -*De las cosas prohibidas sacar del Reyno, y meter en el, y de las que pueden andar libremente por el Reyno*- se ocupa del contrabando.

también contra la verdad<sup>985</sup> -falsarios se llamaba a los falsificadores de monedas, igual que a quienes fingían escrituras o hacían testimonios falsos-, aunque las manipulaciones de la moneda no se limitaban exclusivamente a sus falsificaciones. Como es bien sabido, los serios contratiempos que suponía para la Corona llevaron a Felipe IV a encargar a la Inquisición estas causas.

Por último, el incumplimiento de algunas pragmáticas podía buscar asimismo un beneficio indebido e ilegítimo, de entre ellas la más frecuentemente desobedecidas -sin duda se trataba de una desobediencia bastante lucrativa- eran las referidas a los precios del grano, poniéndole tasa<sup>986</sup>; la especulación con el trigo enriquecería a quienes se dedicaban a ella pero podía tener sensibles efectos desestabilizadores en la economía y en la sociedad.

## **2.6. Delitos contra la justicia.**

Muy claras son las infracciones comprendidas en este título. Se trata de todas aquellas que bien tratan de impedir que los oficiales de justicia desempeñen su trabajo o bien consisten en incumplir las penas que se han impuesto ya a algún delincuente.

Entre las primeras están tanto las de estorbar la labor de la justicia como las de resistencia a sus oficiales<sup>987</sup>, incluyendo los casos -ciertamente comunes- en que el presunto delincuente se enfrenta

---

<sup>985</sup> *N.R.*, VIII, 17, 5; incluye la pena para los que falsean moneda en el título *De los perjuros y falsarios*.

<sup>986</sup> *N.R.*, V, 25. "De la tassa del pan".

<sup>987</sup> Sobre esto, todo el título 22 delo libro VIII de la *N.R.*, especialmente la ley 7.



a los alguaciles o corchetes; la literatura, una vez más, es rica en ejemplos.

Entre las segundas, la fuga y quebrantamiento de cárcel, la fuga y quebrantamiento de galeras y, la más habitual por su dificultad para ser controlada, el quebrantamiento de destierro.

## 2.7. Delitos contra la moral sexual y marital.

Éste será precisamente el grupo que centrará el interés en la continuación de nuestra investigación, puesto que es el que más afecta a las mujeres de una manera directa, como delincuentes y como víctimas. Es este el contraste en el que podremos comprobar algunas de las manifestaciones del status jurídico que hemos atribuido a la mujer y la influencia recíproca entre la imagen de la mujer y algunos de sus comportamientos o de sus padecimientos.

Hemos hecho una clasificación<sup>988</sup> en la que distinguimos bajo el nombre de *trato ilícito*: en primer lugar el lenocinio o la alcahuetería<sup>989</sup> y el proxenetismo -*rufianes*<sup>990</sup>-, delitos todos ellos en torno

---

<sup>988</sup> Tomás y Valiente nos da una clasificación jerárquica de este tipo de pecados, según la Segunda Escolástica española, en la que distingue, de más leve a más grave: la simple fornicación, el estupro, el adulterio, el incesto, el sacrilegio -cuando era realizado por clérigos o, más grave aún, por monjas- y el pecado contra natura, TOMÁS Y VALIENTE, F. "El crimen y pecado contra natura", en *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*, Madrid, Alianza, 1990, págs. 33-55; págs 36-37.

<sup>989</sup> COVARRUBIAS, voz "Alcahueta": *Latine lena. La tercera, para concertar al hombre y la muger se ayuntan, no siendo el ayuntamiento legítimo, como el de marido y muger.*

<sup>990</sup> COVARRUBIAS, voz "Rufián": *Latine leno, nis, el que trae mugeres para ganar con ellas, y riñe sus pendencies.*

a la prostitución ilegal<sup>991</sup>, dado que ésta, como tal, si se atenía a las normas y los lugares dispuestos a propósito, no era perseguida; después una serie de infracciones calificadas precisamente como *trato ilícito* y en las que, en la mayoría de los casos, se especificaba que se realizaba con engaño<sup>992</sup> -que solía consistir casi siempre en una falsa palabra de casamiento para acceder a los favores de la mujer-; por último, incluimos aquí también las ocasiones que hoy llamaríamos de *acoso sexual*, bajo la forma de perseguir, *solicitar*<sup>993</sup> o *inquietar* a las mujeres -se distinguía siempre si esos requerimientos se hacían a casadas o no-.

En los delitos que iban contra el buen orden marital y los comportamientos que se debían guardar en el matrimonio, destacan los adulterios con todas las connotaciones que tenían y a las que ya hemos hecho alguna referencia; pero aparecen también casos de bigamia -de *casados dos veces* dice la documentación<sup>994</sup>- y no sólo en causas de la Inquisición, sino que los encontramos también en la Sala de alcaldes de casa y corte, lo que demuestra que no era efectivo el reconocimiento de la competencia exclusiva del Santo Oficio, sino que en la práctica seguía siendo un delito de fuero mixto; e incluimos también las disputas conyugales, que si bien eran propiamente agresiones y violencias, puestas en este apartado nos ayudarán a tener una visión más

---

<sup>991</sup> Véase, por ejemplo, lo que dice QUEVEDO de las alcahuetas y las busconas para las que hacían tercerías en *La hora de todos...*, págs. 99-104.

<sup>992</sup> *Muger de mal trato, la que no es casta y recogida*, COVARRUBIAS, voz "Tratar".

<sup>993</sup> *Solicitar a una muger es requerirla de amores*, COVARRUBIAS, voz "Solicitar".

<sup>994</sup> Al respecto véase el excelente artículo de GACTO, Enrique, "El delito de bigamia y la Inquisición española", en *Sexo Barroco...*, págs. 127-152.

completa de estos comportamientos.

El *amancebamiento* constituye de por sí una categoría, puesto que era algo más que un pasajero *trato ilícito*<sup>995</sup>. Las causas distinguen en ellos los amancebamientos sin ninguna otra consideración especial, los que se producían con mujer casada -el estado del varón no interesaba para la gravedad del delito- y la reincidencia en esta falta.

Los estupro<sup>996</sup> y violaciones son otro indicador más de la violencia con que en la época podía procederse. Casi todos los delitos de rapto que encontramos están vinculados a estos de estupro.

También podemos considerar aquí, una serie de delitos más vagos estimados como escándalos o deshonestidades en general, que a menudo se referirían a una vida desordenada o a sospechas de alguno de los anteriores sin especificar.

Por último, el *pecado nefando* o *pecado contra natura* o sodomía que abarcaba otros supuestos además de la homosexualidad<sup>997</sup>. También la represión de estos delitos corría especialmente -aunque no en exclu-

---

<sup>995</sup>También la persecución de los amancebamientos era causa de algunos enfrentamientos entre la jurisdicción real y la eclesiástica, sin que fuera competencia única de ninguna de las potestades.

<sup>996</sup>Hay que advertir que el estupro no tenía la misma consideración legal que en la actualidad como violación de una mujer virgen que no pase de una cierta edad, sino que era un término más ambiguo, identificado a menudo genéricamente con cualquier tipo de violación y, a veces, haciéndolo aún más difuso como *concubito y ayuntamiento con la muger donzella, bien como llamamos adulterio el que se comete con la muger casada. También se llama stupro con la muger biuda, aunque estos nombres se confunden muchas vezes y se ponen los unos por los otros*, COVARRUBIAS, voz "Estupro". Mientras que *violación* se empleaba sin lugar a dudas como *corromper la donzella con fuerza*, *ibidem*, voz "Violar"; no obstante en las causas de la Sala no se emplea nunca violación sino estupro.

<sup>997</sup>Magníficamente estudiado por TOMAS Y VALIENTE, F. en su "El crimen y pecado contra natura", en *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*, Madrid, Alianza, 1990, págs.33-55. Datos muy interesantes aporta CARRASCO, Rafael, *Inquisición y represión sexual en Valencia. Historia de los sodomitas (1565-1785)*, Barcelona, Laertes, 1986.

siva- a cargo de los eclesiásticos y del Santo Oficio. Carrasco resume las prácticas que los inquisidores incluían en el llamado *pecado nefando de sodomía contra natura*: no sólo la sodomía -aunque representaba una abrumadora mayoría de los casos-propiamente dicha, sino también las relaciones sexuales entre mujeres y la bestialidad o zoofilia, e incluso las prácticas sexuales indebidas que buscaban el placer y evitaban la procreación<sup>998</sup>.

## 2.8. Varios.

Aquí hemos incluido todos aquellos delitos de difícil clasificación ya sea por su excesiva particularidad, ya por su vaguedad difícil de precisar. Entre estos últimos son muy característicos y aparecen con desesperante frecuencia los *excesos* en los que no se especifica nada más -imposibles de catalogar- y los *daños* en los que sí se suele aclarar quién o qué los causa y quién o qué los padece, con esos datos puede pensarse que debieran incluirse según los casos en los delitos contra la propiedad o contra la integridad de las personas, pero no hay que olvidar que, casi siempre, se trata más bien de hechos fortuitos y, por tanto, no cometidos con una intencionalidad delictiva, por lo que su inclusión en otros apartados desvirtuaría los datos que nos interesan. Los más comunes era los daños sobre las tierras, sembrados o viñas de un particular o de un lugar o las heridas producidas a una persona por una cabalgadura o un carro de otro. También podríamos tomar por daños los casos que aparecen de caza en bosques concejiles, de nobles o reales o de pesca en ríos vedados.

---

<sup>998</sup>CARRASCO, Rafael, *op. cit.*, págs. 30-31.

## CAPITULO VII

# PANORAMA GENERAL DE LA DELINCUENCIA EN LA CORTE

### 1. CONSIDERACIONES GENERALES.-

#### 1.1. Nociones previas.

En la época faltan definiciones legales que nos hablen de la esencia de los delitos, puesto que la mayoría de las leyes penales era descriptivas, ocupándose, sobre todo, de explicar las distintas especies de infracciones. De hecho, *no hubo una noción abstracta, clara y estática de lo que era delito, sino más bien una creencia viva, compleja y dinámica no formulada en términos precisos y sistemáticos*<sup>999</sup>.

Sí se establecía por el contrario una distinción entre delitos propiamente dichos y contravenciones penadas, no consideradas verdaderos delitos. Lo más general, y casi obvio, es considerar delito cualquier acción penada por una ley; sin embargo para la sociedad los límites no estaban tan claros y, desde luego, no podían ser consideradas del mismo modo las contravenciones de algunas pragmáticas

---

<sup>999</sup>TOMAS Y VALIENTE, Francisco, *El Derecho Penal...*, págs 211-212.

suntuarias o de cortesías -por ejemplo-que los crímenes<sup>1000</sup>. Precisamente, esa distinción nos interesa, puesto que la actitud de los transgresores es bien diferente: unos eran propiamente delincuentes, con mentalidad de tales, mientras que otros eran sólo infractores accidentales, ocasionales, movidos a veces por el *mantenella e no enmendalla*, más que por ningún otro afán.

Una consideración del delito que aquí no nos merecerá tanta atención es la se puede hacer a partir de las penas, puesto que, además de ser éstas arbitrarias y completamente modificables según las conveniencias del momento -caso de los forzados a galeras o a las minas-, eran, en realidad, armas de gobierno en manos de la monarquía absoluta, igual que los perdones e indultos; y no penetran en la actitud del transgresor, sino en el daño causado a la sociedad -según interesada interpretación del Estado, en la que se entreveraban numerosos argumentos, especialmente las razones supuestamente religiosas-.

Las características del delito en la Edad Moderna estaban ya contenidas en el Proemio de la séptima Partida, en el que se decía que el objeto de las penas en él contenidas era impedir desórdenes sociales derivados de los *malos fechos que se fazen a placer de la una parte, e a daño e a deshonra de la otra*, como recogía Alberto Du Boys, para quien esos términos como definición delito resultaban insuficientes, puesto que nada dicen *del delito bajo el aspecto moral, es decir, de la inteligencia y de la voluntad libre que deben presidir a su perpetración para darle el carácter de criminalidad. Quítese la*

---

<sup>1000</sup> *Ibidem*, págs. 211-212.

*intención y sólo habrá que reparar un mal material*<sup>1001</sup>. Con la intención, pues, nos quedaremos.

Debemos incluir aquí la conocida y ya tópica identificación entre delito y pecado; identificación que ya dejaban bien clara los teóricos del XVI y aún Cobarruvias; y que sirve para acentuar la distinción entre transgresiones y delitos, pues, como afirmaba Tomás y Valiente, mientras que el delito tenía la consideración clara de pecado, *las leyes meramente penales, según la opinión dominante, no obligaban al menos directamente en conciencia, y su transgresión era sólo una contravención a la ley, pero no un pecado ni tampoco un delito*<sup>1002</sup>. Sin embargo, esa identificación, aparentemente tan clara, se rompe en casos tan evidentes como el de la prostitución, cuyo ejercicio y uso eran obviamente pecaminosos y, no obstante, tolerados -se buscasen las justificaciones que se buscasen, como ya comentaremos en su momento-. No nos extenderemos sobre esta noción de delito-pecado, pues se ha escrito mucho sobre ella<sup>1003</sup>. En una sociedad esencialmente tradicionalista, dependiente de la herencia cultural en su ordenamiento social y de valores, *pecados son aquellos actos que dicen los textos y tradiciones de carácter religioso; delitos, los que a su vez figuran en los jurídicos*<sup>1004</sup>; por tanto, *las tradiciones y los textos son los que*

---

<sup>1001</sup>DU BOYS, Alberto, *Historia del Derecho Penal en España*, Madrid, imprenta de J.Mª Pérez, 1872, pág. 211.

<sup>1002</sup>TOMAS Y VALIENTE, F., *El Derecho Penal...*, pág. 219.

<sup>1003</sup>Véanse, sobre todo, CLAVERO, Bartolomé, "Delito y pecado. Noción y escala de transgresiones", en *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*, Madrid, Alianza, 1990, págs. 57-89; y TOMAS Y VALIENTE, F., *El Derecho Penal...*, págs. 224-244.

<sup>1004</sup>CLAVERO, B., *op. cit.*, pág. 59.

*definen las transgresiones; [...] así, por vía cultural y no política, podían fijarse e imponerse delitos y penas, pecados y penitencias*<sup>1005</sup>.

Las diferencias -tal como se entendían entonces- entre ambos conceptos dependían de alguna manera de la apreciación, objetiva en los delitos que lo eran por sus efectos, subjetiva en los pecados en los que se incurría por el ánimo con que se cometían, como resume el profesor Clavero: *apartarse del bien es delito; pecado incurrir en el mal. El delito puede cometerse inconscientemente; el pecado requiere deliberación*<sup>1006</sup>.

Esa identificación -aún admitiendo los matices reseñados- contribuía notablemente a que en la justicia hubiese demasiado teologismo, dando sentido a un sistema que -además de ser el guardián del status y el poder, a través de la Ley/Bien- castigaba y perdonaba<sup>1007</sup> -se puede perdonar un pecado, pero "en justicia" no un delito si verdaderamente lo era y no la disculpa de una condena arbitraria, como a menudo ocurría-.

Al parecer, esa situación teórica acerca del delito en la Edad Moderna era resultado de una evolución previa, en la que el delito alcanzó una nueva consideración -recibida como herencia de la Baja edad Media- por la que no afectaba sólo a la parte ofendida, sino que suponía un atentado contra toda la comunidad que se veía perjudicada de alguna forma por sus efectos desestabilizadores, lo que, lógicamente,

---

<sup>1005</sup> *Ibidem*, pág. 60.

<sup>1006</sup> *Ibidem*, pág. 61.

<sup>1007</sup> TOMÁS Y VALIENTE, F., "Delincuentes y pecadores", en *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*, págs. 11-31; pág. 30.



implicaba también a toda ella en la represión y el castigo - garantizados, así- decretados por la autoridad que representaba la justicia<sup>1008</sup>.

Resume Kagan la opinión de Lawrence Stone defendiendo que la introducción de armas más peligrosas, más manejables y más fáciles de ocultar convenció a los ingleses, entre los siglos XVI y XVII, de la necesidad de buscar otras formas ajenas a la violencia de solucionar sus conflictos; búsqueda a la que contribuyeron el progreso en la educación y las nuevas normas de cortesía, que colaboraron tanto al cambio de orden legal como el propio empeño de la monarquía inglesa<sup>1009</sup>; pero Kagan no está seguro de que la expansión de la enseñanza tuviera las mismas consecuencias civilizadoras en Castilla que en Inglaterra y, en cualquier caso, dice, *aun suponiendo que la enseñanza tuviera una influencia positiva en los modales castellanos, es improbable que un cambio de valores como el que describe Stone pueda explicar completamente la aceptación en Castilla de un orden legal*<sup>1010</sup>. Acudir a los tribunales no era siempre un ejemplo de convivencia pacífica, de civilización, sino que, para muchos, era un enfrentamiento que simplemente encauzaba su violencia por otras vías. El recurso en gran número a los tribunales se debió más a la realidad indiscutible de unas *instituciones capaces de administrar y hacer cumplir eficazmente las*

---

<sup>1008</sup> ALONSO ROMERO, M<sup>a</sup> Paz, *El proceso penal en Castilla. Siglos XIII-XVIII*, Salamanca, Diputación-Universidad, 1982, pág. 191.

<sup>1009</sup> STONE, Lawrence, *La crisis de la aristocracia, 1558-1641*, Madrid, 1976, cit. por KAGAN, R. L., *Pleitos y pleiteantes en Castilla, 1500-1700*, Salamanca, 1991, pág. 159.

<sup>1010</sup> KAGAN, R.L., *Op. cit.*, pág. 160.

*leyes*<sup>1011</sup>, que a esos supuestos cambios.

¿Se civilizaron las formas de los castellanos con el progreso de la educación y los cambios de modales y cortesías -exageradas, como tanto se ha dicho y recogen muy bien Pinheiro, Duque de Estrada o Cervantes, así como algunos entremeses-. Si es dudoso que, caso de darse, esa situación influyera en la aceptación de un orden legal -en cuanto al recurso general a los pleitos ante los organismos judiciales-, más aún lo es que cambiase los hábitos delictivos si no fue para *perfeccionarlos*, como en el caso de las estafas y *robos limpios* por quienes sabían ampararse en los resquicios jurídicos -la trampa hecha al tiempo que la ley- o para añadir nuevos motivos de cuestiones por puntillos de honra con las novedades en el trato y cortesías.

Naturalmente, de la noción de pecado y de esa aceptación y legitimación en la mentalidad popular de las medidas judiciales para proseguir -más que para resolver, a veces- los conflictos se derivaba una clara responsabilidad del delincuente ante la sociedad, que es lo que las leyes -por medio de los jueces- tratan de determinar<sup>1012</sup>; si bien en esto se observa una cierta ambigüedad fruto de la falta de una verdadera filosofía del Derecho que inspirase esos aspectos. Las circunstancias agravantes o justificantes afectaban al daño que al cuerpo social se hubier podido hacer y, por tanto, a las penas que se debían imponer, pero, no siempre, en esa época, a las razones y condiciones del delincuente para cometer su acción -impulsado, en un

---

<sup>1011</sup> *Idem.*

<sup>1012</sup> Sobre la responsabilidad legal del delincuente y sus distintos grados véanse, por ejemplo, DU BOYS, Alberto, *op. cit.*, págs. 212-219; TOMAS Y VALIENTE, F., *El Derecho Penal...*, págs. 295-352.

tipo muy determinado de delincuencia, por el rechazo recíproco existente entre él y la sociedad-.

En cualquier caso a nadie parecía extrañar que el hombre se convirtiese en delincuente. Al hacerlo, simplemente se rendía a sus inclinaciones y a la tentación presente por doquier. El marco teológico que, inevitablemente, centraba cualquier polémica, llevaba la cuestión a un terreno moral en el que se enfrentaba al individuo culpable con la sociedad y con el orden religioso con el que ésta trataba -en teoría- de acompasarse. El hombre llevaba en sí mismo los suficientes recursos de pecado como para no tener que buscar en las condiciones sociales o económicas ni un ápice de responsabilidad o de culpa; las *armas* del hombre se bastaban potencialmente para llevarlo a la transgresión, tal como Gracián reconocía:

*...la próspera naturaleza privó a los hombres de las armas naturales y como a gente sospechosa los desarmó: no se fió de su malicia. Y si esto no hubiera prevenido, ¡qué fuera de su crueldad! Ya hubieran acabado con todo. Aunque no les faltan otras armas mucho más terribles y sangrientas que éstas, porque tienen una lengua más afilada que las navajas de los leones, con que desgarran las personas y despedazan las honras; tienen una mala intención más torcida que los cuernos de un toro y que hiere más a ciegas, tienen unas entrañas más dañadas que las víboras, un aliento venenoso más que el de los dragones, unos ojos invidiosos y malévolos más que los del basilisco, unos dientes que clavan más que los colmillos de un jabalí y que los dientes de un perro, unas narices fisgonas (encubridoras de su irrisión) que exceden a las trompas de los elefantes. De modo que sólo el hombre tienen juntas todas las armas ofensivas que se hallan repartidas entre las fieras, y así, él ofende más que todas. Y, porque lo entiendas, advierte que entre los leones y los tigres no había más de un peligro, que era perder esta vida material y perecedera, pero entre los hombres hay muchos más y mayores: ya de perder la honra, la paz, la hacienda, el contento, la*

*felicidad, la conciencia y aun el alma. ¡Qué de engaños, qué de enredos, traiciones, hurtos, homicidios, adulterios, invidias, injurias, detracciones y falsedades que experimentarás entre ellos!*<sup>1013</sup>.

## **1.2. La Corte entre 1580 y 1630.**

Algo hemos dicho ya sobre la Corte; Madrid es el marco que hemos escogido para este estudio y es, sin duda, un lugar singular para analizar la delincuencia en la época, tanto por las condiciones especiales de su justicia -ya hemos hablado de ella- como por su peculiar situación demográfica y social, determinada por el establecimiento de la capital y el enorme crecimiento demográfico, lo que la convirtió en punto de mira de toda clase de gentes, y, de modo muy especial, de delincuentes o personas que no tenían medios para ganarse la vida legalmente, que acudían a ella fiados de la vitalidad, diversidad y oportunidades que brindaba.

### **a) Algunos aspectos de la población madrileña.**

Los estudios específicos de Madrid en estos aspectos, no eran demasiados, contábamos con la ya clásica obra de Ringrose que tuvo la virtud de suscitar un enorme interés por los efectos económicos del mercado madrileño y su área de influencia, así como con la de Carbajo Isla sobre la demografía de la capital, pero ambos al ser estudios que se extendían desde el siglo XVI al XIX no respondían a algunas

---

<sup>1013</sup>GRACIAN, Baltasar, *El Criticón*, edición de Evaristo Correa Calderón, 3 vols. Madrid, Espasa-Calpe, 1971, Clásicos Castellanos, nº 165, 1ª parte, crisis cuarta, vol. 1, pág. 47.

cuestiones concretas de esos años; importantísimo para ellos tanto en los aspectos demográficos como en los socioeconómicos es la más reciente obra de Alvar<sup>1014</sup> que ya hemos citado anteriormente. Gracias a sus conclusiones podemos tener una idea clara de la importante y constante convulsión demográfica en que vivió Madrid en aquellos años, así como que la vida económica madrileña distaba de corresponderse con esa visión exclusivamente cortesana en el peor sentido del término y de un quijotismo mal entendido -como veíamos que Núñez de Castro mostraba o como generalizaba Pierre Vilar-.

Madrid que, a mediados del XVI, no llegaba a los 10.000 habitantes, al llegar la Corte, en 1561, contaría con unos 16.000 y un año después tendría ya 25.000, para continuar creciendo, de modo que en 1584, *superaba ya los 55.000 habitantes y había iniciado una segunda fase demográfica, de refuerzo tras la anexión de Portugal, que culminaría hacia 1590 -si no antes-, dando paso al prólogo del Madrid del XVII: 67.800 en 1590, 74.600 en 1595 y la máxima cifra de población jamás alcanzada de más de 83.000 en pleno 1600, en vísperas de la hecatombe de 1601*<sup>1015</sup>; puesto que, si alguna duda cabe acerca de lo decisivo de la capitalidad sobre la población de la villa, con el traslado de ésta a Valladolid se produjo un verdadero derrumbe<sup>1016</sup>, en

---

<sup>1014</sup>RINGROSE, David R., *Madrid y la economía española, 1560-1850. Ciudad. Corte y País en el Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza, 1985; CARBAJO ISLA, María F., *La población de la villa de Madrid. Desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1987 y ALVAR EZQUERRA, Alfredo, *El nacimiento de una capital europea, Madrid entre 1561 y 1606*, Madrid, Turner, 1989.

<sup>1015</sup>ALVAR, A., *op. cit.*, pág. 33.

<sup>1016</sup>Es bien conocida la descripción de León Pinelo de ese Madrid "abandonado":

*Aunque con menos atención de lo que pedía este reparo, Madrid quedó del modo que no sólo daban las casas de balde a quien las habitase, sino que pagaban inquilinos para que las tuviesen limpias y evitar así su ruina y menoscabo; el bastimento era tan barato por falta de gastadores, que no pasaba de la mitad del*

un año perdería más de la mitad de sus habitantes, reduciéndose su número a unos 35.000 en 1603-1604 y a sólo unos 26.000 al año siguiente -los niveles de 1562 aproximadamente-. Sin embargo, el retorno del rey supuso la pronta recuperación de las cifras anteriores, a un ritmo mucho mayor, puesto que el desarrollo urbanístico, y la experiencia en las medidas que se debían adoptar para garantizar tanto los abastecimientos como el orden, constituían ya una infraestructura más que suficiente para soportar de nuevo el acomodo de tantos pobladores<sup>1017</sup>, de modo que en 1606 se vuelven a sobrepasar los 50.000 habitantes, al año siguiente se alcanzan casi los 70.000 y al final del decenio se han igualado ya las mayores cifras obtenidas anteriormente para pasar a unos 120.000 habitantes hacia 1620, cuando el crecimiento empieza a disminuir. Esa brusca alteración demuestra la estrecha vinculación de la vida madrileña en todos sus aspectos con su destino como capital; pero el verdadero valor de la atracción que la Corte ejercía lo da el hecho de que *entre 1560 y 1600, la población estable de Madrid se multiplica por nueve*<sup>1018</sup>.

Además, una de las características de esa inmigración masiva a la capital es que la mayor parte de ella permanece en la ciudad, o por decirlo mejor en la Corte, puesto que es capaz de seguirla. El traslado a Valladolid se nos asemeja en cierto modo a una especie de sacudida,

---

*valor que antes tenía en algunas cosas de dotaciones, memorias y obras que tenían rentas fijas: se conservó la grandera, aunque las rentas todas bajaron, pero las que consistían en limosnas, como se fue la gente, perecieron: era la casa proporcionada a la joya de la corte, quitandosela, dejando en su lugar una corta presea, y así era mucho lo vario y poco lo que servía.*

.....LEON PINELO, Antonio de, *Anales de Madrid*, Reinado de Felipe III, años 1598 a 16211; edición y estudio crítico de Ricardo Martorell Téllez-Girón, Madrid, Estanislao Maestre, 1931; año 1600, III, pág. 54.

<sup>1017</sup> *Ibidem*, pág. 39.

<sup>1018</sup> *Ibidem*, pág. 50.

tratando de quitarse de encima a la muchedumbre de vagabundos, de pobres, de pícaros...; por eso, contando con la ventaja de haber trasladado primero las instituciones se trató de poner coto a la llegada de esos pobladores indeseables, controlando las entradas y reforzando los pregones contra ellas -ya se comentó al hablar de la justicia en Valladolid-; sin embargo, más lentamente, acabó por producirse ese trasvase también en esas capas más bajas de la sociedad; lo mismo ocurrió al volver a Madrid, se pretendió dejar por el camino no sólo a los marginados -de los que ya se desconfiaba que pudiera quedar libre la Corte-, sino de los ociosos en general, de pretendientes, de extranjeros, de forasteros que querían convertirse en cortesanos abandonando sus ciudades. En ese último sentido los alcaldes de casa y corte, cuando se estabilizó el reflujo y empezaron a comprobar que situaciones supuestamente provisionales comenzaban a perpetuarse, dieron una serie de disposiciones procurando limitar esos nuevos establecimientos -aunque seguramente con escaso éxito-, puesto que muchos aprovecharon el ir y venir para eludir la necesidad de las licencias de aposento; en primer lugar, y mostrando el daño que Madrid hizo demográficamente a las dos grandes ciudades castellanas tradicionales, se pregona que todos los vecinos y moradores de las ciudades de Toledo y Valladolid que habían ido a Madrid desde que la Corte se trasladó volviesen a ellas<sup>1019</sup>; el efecto de esa primera orden debió ser tan poco notable que un año después la reiteraron, ampliando el origen de esos aspirantes a cortesanos que debían volver a sus lugares de origen y emplazándolos a hacerlo casi de inmediato:

*Mandaron que todas las personas que an benido a bivar*

---

<sup>1019</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1200, f. 206; 1607, julio, 11, Madrid; Sala de Alcaldes.

*a esta corte despues que vino de la çiuðad de Valladolid  
ansi desta dicha ciudad como la de toledo, sevilla y otras  
qualesquier ciudades villas y lugares con sus cassas  
pobladas o en otra qualquier forma dentro de seis dias  
primeros siguientes de la publicacion de este auto se  
salgan de esta corte y se bayan a las partes y lugares de  
donde son vecinos y naturales so pena de çinquenta mill  
maravedis para la camara de su Magestad y dos años de  
destierro desta corte y çinco leguas y que se procedera  
contra ellos a otras mayores segun la culpa y calidad de  
sus personas y so la misma pena no buelvan ellos ni otros  
algunos a esta corte con sus cassas ni sin ellas sin  
lizencia de Su Magestad*

Y para asegurarse de que así se cumplía y como era práctica habitual en la justicia de la época se presiona y amenaza a los más débiles, a los que ejercen oficios imprescindibles como intermediarios y que no tienen la defensa de su *calidad*:

*y que ningun arriero carretero ni otra persona alguna de  
las que traxinan sean osados de traer ninguna ropa a  
ninguna de las dichas personas que quisieren venir o  
binieren a esta corte sin tener la dicha licencia so pena  
de tener perdidas las cavalgaduras carros y otras  
qualesquier bestias en que lo truxeren para la camara de su  
Magestad y denunciador*

*y los messoneros ni otra persona alguna que tuviere cassa  
de possada ni en otra manera sean osados en las dichas sus  
casas ni messones rrecojer ninguna ropa de las personas  
que ansi binieren a esta corte que no tuvieran la dicha  
licencia so pena de dos años de destierro de la corte y  
çinco leguas y de treinta milla maravedis para la camara de  
su Magestad y denunciador y ansi lo mandaron<sup>1020</sup>.*

Precisamente quienes se alojasen en esos mesones o casas de aposento durante algún tiempo -que podía ser ciertamente largo- constituían una población flotante que queda fuera de los datos demográficos y muy difícil de cuantificar, pero que, a todos los efectos, participaban en la vida madrileña, consumiendo, negociando o, si era el caso, delinquiendo. Además, ese sería el primer paso de

---

<sup>1020</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1200, f. 357; 1608, septiembre, 26, Madrid. Sala de Alcaldes.



muchos antes de integrarse más establemente en la sociedad madrileña, bien legalmente, obteniendo las necesarias licencias, bien sumándose a los grupos de vagabundos o malhechores. Porque, desde luego, Madrid ejercía su atractivo por igual en todos los sectores de la sociedad; si el área de influencia económica de la capital se va extendiendo a casi todo el reino, lo mismo ocurre con su capacidad de captación demográfica: burócratas de toda categoría, pretendientes con más o menos posibilidades, hombres de negocios realistas o ambiciosos, aventureros de la supervivencia... , con sus familias se establecían esperanzados en la villa y corte. Y es que según el tópico de la época **Madrid era patria común**, todos los oficios y todos los orígenes cabían en la ciudad, los que buscaban destacar y los que querían pasar inadvertidos entre su multitud variopinta, como Guzmán de Alfarache que dice:

*Empero, como Madrid era patria común y tierra larga, parecióme no dejar un mar por el arroyo [se refiere a quedarse en Alcalá en lugar de llegar a la Corte]. Allí al fin está cada uno como más le viene a cuento. Nadie se conoce ni aun los que viven de unas puertas adentro. Esto me arrastró, allá me fui<sup>1021</sup>.*

Y como al de Alfarache esa razón empujaría a bastantes miembros de la picaresca a buscar el anonimato en Madrid, como fue el caso también de *el buscón* por antonomasia que decía

*consideraba yo que iba a la Corte, adonde nadie me conocía que era la cosa que más me consolaba-, y que había de*

---

<sup>1021</sup> ALEMÁN, Mateo, *Guzmán de Alfarache*, libro III, cap. II, vol. 2, pág. 265. La expresión era un lugar común no sólo en la literatura como la emplea aquí Mateo Alemán, sino que incluso en documentos como en la cédula real reproducida en el apéndice nº en la que leemos: *y como la corte es patria común y reside en ella tanta gente*; A.H.N., *Consejos*, libro 1206, f. 154. Véase apéndice Nº XIII.

*valerme por mi habilidad allí*<sup>1022</sup>

porque el personaje de Quevedo caía también en la trampa del lugar común, repitiendo incluso la frase que debió convertirse casi en una consigna para quienes buscaban en Madrid su tierra de promisión

*...iba a la corte [...] a la patria común, adonde caben todos, y adonde hay mesas francas para estómagos aventureros [...], porque la industria en la Corte es piedra filosofal, que vuelve oro cuanto toca*<sup>1023</sup>.

En esa confusión en la que todo era posible, *piedra filosofal*, en efecto, cuya alquimia y capacidad de transformación era singularmente útil y buscada por los fugitivos o por quienes pretendían empezar una nueva carrera, resultaba:

*Madrid un maremagno donde todo bajel navega, desde el más poderoso galeón hasta el más humilde y pequeño esquife; es el refugio de todo peregrino viviente, el amparo de todos los que la buscan; su grandeza anima a vivir en ella, su trato hechiza y su confusión alegra. ¿A qué humilde sujeto no engrandece y muda de condición para aspirar a mayor parte? ¿Qué linaje obscuro y bajo no se baptizó con nuevo apellido para pasar plaza de noble?. Finalmente, Teodora, la corte es el lugar de los milagros y el centro de las transformaciones*<sup>1024</sup>.

También Gracián insistía en esa imagen de confusión, en la que se entremezclaba lo mejor y lo peor:

*...Madrid, centro de la monarquía, donde concurre todo lo bueno en eminencias, pero desagradábala otro tanto malo, causándola asco, no la inmundicia de sus calles, sino de los corazones, aquel nunca haber podido perder los resabios de villa y el ser una Babilonia de naciones no bien*

---

<sup>1022</sup>QUEVEDO, Francisco de, *La vida del buscón llamado don Pablos*, edición de Fernando Lázaro Carreter, Madrid, Salvat y Alianza, 1969, II, cap. V, pág. 107.

<sup>1023</sup>*Ibidem*, pág. 110.

<sup>1024</sup>CASTILLO SOLORIZANO, Alonso del, *Las Harpías de Madrid*, edición de Pablo Jauralde, Madrid, Castalia, 1985, pág. 48.

alojadas<sup>1025</sup>.

Y en ello insistirá el autor de *El Criticón* más adelante:

- Yo veo -dijo el Sabio- a Madrid, madre de todo lo bueno, mirada por una parte, y madrastra por la otra, que así como en la Corte acuden todas las perfecciones del mundo, mucho más todos los vicios, pues los que vienen a ella nunca traen lo bueno, sino lo malo, de sus patrias<sup>1026</sup>.

Hay, pues, varios conceptos de Madrid: el Madrid de la picaresca; el Madrid barroco de Maravall contrapuesto al propagandístico e incompleto de Núñez de Castro. Sin embargo, hay también un Madrid que participa de los otros dos, más equilibrado, en el que también existen unos grupos urbanos trabajadores, una distribución socioprofesional<sup>1027</sup> de su población en la que no todo eran ociosos por rentas y privilegio o por vivir del engaño y la trampa; y esa pluralidad hay que tenerla en cuenta necesariamente para no hacer un estudio de la delincuencia demasiado lleno de prejuicios, demasiado *literario* y apegado a los tópicos de la picaresca, no porque esos comportamientos de la novela o de la comedia no fueran reales -que lo son con ejemplos casi idénticos-, sino porque parece sugerir una sociedad con sobreabundancia de este tipo de comportamientos frente a los cuales sólo están las damas y caballeros cortesanos, y una delincuencia en la que el resto de

---

<sup>1025</sup>GRACIAN, Baltasar, *El Criticón*, I parte, crisis décima, vol I, págs. 153-154. Muy significativo es el elogio que hace de Toledo, ciudad de la que acaba diciendo: *toda Corte, ciudad toda, y más después que la esponja de Madrid le ha chupado las heces*; es decir la atracción de la Corte habría hecho demográficamente mucho daño a Toledo pero se llevó mayor proporción de malhechores, pobres y marginados, *ibidem*, pág. 155. Aunque obra de mediados de siglo, las observaciones sobre Madrid responden a tendencias que se darían también veinte años antes, en la juventud del autor.

<sup>1026</sup>*Ibidem*, vol. I, pág. 181.

<sup>1027</sup>Véase ALVAR, Alfredo, *op. cit.*, págs. 248-266.

actitudes serían residuales, cuando, como veremos, no era ni mucho menos así.

#### **b) Pérez de Herrera y el orden público madrileño.**

Intentaremos mostrar algunos aspectos del orden público madrileño en 1600 estudiando la obra de Pérez de Herrera *A la Catolica Magestad del Rey Don Felipe III nuestro Señor cerca de la forma y traça como parece podrian remediarse algunos peccados, excessos y desordenes, en los tratos, vastimentos y otras cosas de que esta villa de Madrid al presente tiene falta...*<sup>1028</sup>, escrito madrileñista que, como su título completo indica, participaba en la campaña propagandística para que la capital no abandonase la villa trasladándose a Valladolid. Precisamente esa intencionalidad es una garantía de que los aspectos negativos que se ofrecen de Madrid eran bien reales, pues no interesaba agrandarlos, sino en todo caso disimularlos. Pérez de Herrera, conocido arbitrista, médico, *intelectual*, "funcionario", médico de las galeras de España y médico de casa y corte, ejerciendo en la cárcel desde 1592, autor prolífico es un testigo de excepción, que desde su posición puede contemplar el horizonte social de la Corte y sus servidumbres<sup>1029</sup>. Es

---

<sup>1028</sup>PEREZ DE HERRERA, Cristóbal, *A la Catolica Magestad del Rey Don Felipe III nuestro Señor cerca de la forma y traça como parece podrian remediarse algunos peccados, excessos y desordenes, en los tratos, vastimentos y otras cosas de que esta villa de Madrid al presente tiene falta, y de qué suerte se podrían restarurar y reparar las necessidades de Castilla la vieja, en caso que su Magestad fuesse servido de no hazer mudança con su Corte a la ciudad de Valladolid*, s.l., s.f. [¿1600?], B.N.M. V-C 1136, nº 32.

<sup>1029</sup>La bibliografía sobre Pérez de Herrera va siendo cada vez más numerosa: pueden consultarse: ALONSO CORTES, Narciso, "El doctor Pérez de Herrera", en *Colección de Estudios ofrecidos a Rafael Altamira*, 1936, págs. 26-31; BATAILLON, Marcel, "Recherches sur les pauvres dans l'ancienne Espagne:

ésta una de sus obras menos estudiadas, como hemos dicho, de tema madrileño, pero a la que incorpora también sus preocupaciones sociales y algunos arbitrios de reforma. Ya en una breve introducción se justifica la redacción del memorial y se anticipan sus puntos esenciales. En primer lugar, proponía cuatro medidas *necesarias para mejora del gobierno y ornato* de la villa de Madrid:

- Mantenerla *limpia de personas escandalosas y superfluas*.
- Moderar los precios y asegurar el abastecimiento de *los mantenimientos, la leña, el carbón y las demas cosas de mercaderias, vestidos y sus hechuras y todas las necessarias para vivir*.
- Cuidar de la limpieza de las calles para mejorar *la salud y purificacion de ayre y aguas*.
- Aposentar debidamente a *los ministros, consejeros y criados de V.M.*

Sin embargo, no era esa -reforma el Madrid-villa para que fuese digno de sustentar al Madrid-corte- su única intención, pues, en una segunda parte añade *la traça y orden como en caso que V.M. fuesse*

---

roman picaresque et idées sociales", curso en el Colegio de Francia de 1958 a 1961, resumido en *Annuaire du Collège de France*, Paris, 1959, págs. 567-404, 1960, págs. 416-420 y 1961, págs. 399-404; CABILLAC, Michel, edición, introducción y notas de *Amparo de pobres*, Madrid, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 199, 1975; GARCIA DEL REAL, Eduardo, "Cristóbal Pérez de Herrera y la Decadencia de España bajo el gobierno de los Austrias", en *Las Ciencias*, Madrid, XIV, 1949, págs. 692-715; GRANJEL, Luis S., *Vida y obra del doctor Cristóbal Pérez de Herrera*, Salamanca, Estudios de Historia de la Medicina Española (nueva serie), tomo I, nº 1, Universidad de Salamanca, 1959; SIERRA CORELLA, Antonio, "Los forjadores de la grandeza de Madrid: el doctor Cristóbal Pérez de Herrera", en *Revista de la Biblioteca Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, 1-2, 1950, págs. 231-249; VILLALBA PEREZ, Enrique, "Burguesía y orden público: la posición de Pérez de Herrera", en *Congreso Internacional la burguesía española en la Edad Moderna*, Madrid, 16-18 de diciembre de 1991, aún inédito.

*servido de conservar su Real Corte en esta villa, la ciudad de Valladolid se restaure y repare, y Castilla la Vieja reviva y buelva casi a su ser antiguo con otros advertimientos de consideración, para mas descanso destes reynos*, en la que Pérez de Herrera se interesaba por la recuperación del campo en Castilla la Vieja, faceta agrarista del autor estudiada por el profesor Gutiérrez Nieto<sup>1030</sup>. El desarrollo de la obra sigue, en efecto, esas líneas generales adelantadas por el médico de corte, pero nos interesa aquí sólo lo relacionado con la villa y corte -la primera parte-.

Dentro de esa primera parte, nos ceñiremos a asuntos de orden público, vigilancia y *seguridad ciudadana*, a los arbitrios que se proponen para mejorar una situación deficiente. El autor ofrecía a la administración del tercer Felipe una serie de medios y consejos para solventar parte de las deficiencias madrileñas en relación, principalmente, con la limpieza y, sobre todo, con los abastos, mejorando así la villa para que se pudiera asentar en ella definitiva y dignamente la corte y el aparato estatal.

Dado que se trata de una narración de tono arbitrista<sup>1031</sup>, no encontraremos en ella descripciones sino propuestas; pero, claro, las medidas que se ofrecen delatan las faltas, la realidad de los problemas.

En el primer apartado de la obra -*De la forma y traça que parece*

---

<sup>1030</sup> GUTIÉRREZ NIETO, Juan Ignacio, "El pensamiento económico, político y social de los arbitristas", en *El Siglo del Quijote*, volumen 10 del tomo XXVI de la *HISTORIA DE ESPAÑA* dirigida por J.Mª Jover, Madrid, Espasa-Calpe, 1986, págs. 252-258.

<sup>1031</sup> Aunque Pérez de Herrera rechazaría el calificativo; véase en este sentido VILAR BERROGAIN, Jean, *Literatura y economía. La figura satírica del arbitrista en el Siglo de Oro*, Madrid, Revista de Occidente, 1973, pág. 49.

suficiente para que esta villa de Madrid de aquí adelante este limpia de gente vagabunda y superflua, y se escusen muchos desordenes y pecados en ella-, se condensan la mayor parte de esas referencias a materias de orden público. Pérez de Herrera parte de un aserto ampliamente compartido en la época por quienes se preocupaban de estos temas, enlazando con la tradición polémica del siglo XVI acerca de la pobreza<sup>1032</sup>: *la ociosidad -dice- es origen y madre de todos los vicios y daños de la república, madrastra y asoladora de las virtudes*<sup>1033</sup>. En formulación típicamente arbitrista, ve en esa causa el único origen de casi todos los males, de manera que acabando con ella se superarán éstos; a eso, pues, irán encaminadas todas las medidas que aquí propone<sup>1034</sup>. Precisamente, era en esos momentos en que la crisis agraria provocaba la huida masiva del campo a la ciudad, cuando el escaparate de la Corte ejercía una mayor atracción sobre grupos de población rural próximos a la desesperación, que buscaban en Madrid todo lo que les faltaba en su tierra, atraídos por vanas esperanzas que, al desvanecerse, no dejaban sino un reguero de pobreza, picaresca y latrocinio. A este respecto dice el autor:

*...hay en esta Corte al presente tanta gente de diferentes estados, ociosa y sin ocupaciones que dejando sus tierras y naturales han venido, unos solos y otros con sus familias*

---

<sup>1032</sup>Un resumen de dicha polémica puede verse en CAVILLAC, Michel, en la "Introducción" al *Amparo de pobres*, de Pérez de Herrera, págs. LXXIV-CXCIII y en MAZA ZORRILLA, Elena, *Pobreza y asistencia social en España, siglos XVI al XX*, Valladolid, Universidad, 1987, págs. 76-96; si bien, más adelante insistiremos en ello.

<sup>1033</sup>PÉREZ DE HERRERA, Cristóbal, *Cerca de la forma y traza como parece podrían remediarse algunos peccados, excessos y desordenes...*, f. 3v.

<sup>1034</sup>Si entre esas medidas faltan las relacionadas con la actividad industrial es porque -como sostiene Gutiérrez Nieto- *la preocupación a la altura de 1600 es fundamentalmente agrarista*, GUTIERREZ NIETO, J.I., *op. cit.*, pág. 329.

*y casas a residir a ella, como a parte y lugar donde viven con más anchura y libertad para poder encubrir sus vizios y maneras de buscar la vida sin ser notados por el gran número de gente y grandeza de esta Corte, como en sus lugares lo fueran*<sup>1035</sup>.

Vemos, pues, repetidas las afirmaciones de la literatura, pero aquí no cabe atribuir las a ligereza o a acomodo de un tópico repetido y de fácil recurso, el protomédico tenía no sólo noticias de primera mano por su vinculación con las instituciones madrileñas y reales, sino que contaba con la experiencia de sus visitas profesionales.

*Vizios*, dice Pérez de Herrera, pues él -aunque su mentalidad esté más acorde con las ideas sociales burguesas- comparte esa percepción tradicional de la que hablábamos en la que delito y pecado se identificaban<sup>1036</sup>.

Las soluciones propuestas, por supuesto, no pretenderán acabar con las causas últimas de esa situación, sino sólo impedir que la pobreza se convirtiera en factor de inestabilidad social, vigilar a los desheredados, esconderlos recluyéndolos a fin de, por lo menos, ganar sus almas. El control sobre la población, incrementando la presencia de oficiales representantes de la burocracia y de la represión, era la respuesta que se podía esperar del Estado *moderno*. Pérez de Herrera recomendaba que se nombrasen dos censores que tuvieran *a su cargo la expurgación y limpieza de la gente vagabunda y ociosa*, y proponía también que se estableciera una división de la Corte, a efectos de

---

<sup>1035</sup> PÉREZ DE HERRERA, C., *op. cit.*, f. 4r.

<sup>1036</sup> Lo mismo hará el propio Cobarruvias en su *Tesoro de la Lengua*:

**Delito.** Latine *delictum*, *peccatum*, a *delinquo*, is, *quod qui peccat delinquit officium suum*; que si tomamos el vocablo en sumo rigor vale omisión, quando uno faltó en hazer lo que devía. Pero **delictum y peccatum, todo significa una cosa.**



vigilancia, en cuarteles, cuyos límites fija minuciosamente<sup>1037</sup>.

Para una mejor supervisión de la población, so pretexto de comprobar el número de los ociosos, indicaba la conveniencia de hacer un registro de todos los habitantes, dando pólizas de cortesanos a todos los que cumplieran los requisitos para poder residir en la Corte. Esa tarea se encomendaría a los Censores con sus tenientes, auxiliados por los alcaldes de casa y corte y por el corregidor y los regidores de cada parroquia para facilitar información sobre los vecinos. Ciertamente estas propuestas se corresponden casi con exactitud a la que vimos que el Consejo hizo bastantes años más tarde a la Sala *para tener la noticia necesaria de los que residen en la corte*<sup>1038</sup>. Lo que sugería era que todos los vecinos acudieran en el plazo de un mes a registrarse y a tomar *pólizas de cortesanos* -las licencias de las que hablaba antes la Sala- ante los dichos censores, negándose a los desocupados, que debían ser expulsados en el plazo de un mes y enviados *presos a las carceles de la Corte los que excediessen deste mandato*<sup>1039</sup>. La identificación con lo que de hecho eran las normas habituales - aunque luego difícilmente se llevasen a rajatabla- de control por parte de los alcaldes de casa y corte se ve claramente en su petición de

---

<sup>1037</sup> Precisamente en el año en que se fecha esta obra, en 1600, la Sala de alcaldes de casa y corte -como ya señalamos- estableció la primera división en cuarteles -A.H.N., *Consejos*, libro 1198, ff. 404-405-, lo que no deja de constituir una prueba más de la identificación del médico con los postulados *oficiales*, no olvidemos que él estaba a sueldo de la Sala (precisamente, unas páginas antes, en el mismo libro de los alcaldes, encontramos una petición suya de aumento de salario -f. 393-, aceptada por éstos en enero de 1600); si bien el proponía cuatro cuarteles y se establecieron seis.

<sup>1038</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1205, ff. 237-240, 1618, junio, 3, Madrid. Aunque desde 1604, se obligaba ya a alcaldes y alguaciles a visitar las calles y barrios con esa misma intención.

<sup>1039</sup> PEREZ DE HERRERA, C., *op. cit.*, f. 5v.

*que ninguna persona, assi hoesped de cassa de posadas, ni mesones como dueños de casas de alquiler sea osado a recibir a alguien con casa movediça, ni de otra forma en la suya ni en posada sin hazerle presentar dentro de un dia natural ante el juez de su destrito y quartel. o darle el mismo noticia dello, para que se le de poliça de cortesano por el tiempo que pareciere...*<sup>1040</sup>.

La coincidencia de estas solicitudes con lo que eran, teóricamente, las competencias regulares de los alcaldes indica -además de la perfecta consonancia de Perez de Herrera con los deseos del poder- que, evidentemente, la Sala se veía desbordada ante la avalancha de *cortesanos vocacionales* a su jurisdicción entre la que era imposible controlar a todo el que llegaba, distinguiendo los honrados de los conflictivos. Por eso la vigilancia debía incluir

*andar con mucho cuidado por las calles de sus quarteles, inquirendo los vagabundos, y a los que viven viziosamente, y procurar en la reformation general*<sup>1041</sup>.

Se perseguía a los vagabundos como transgresores del orden moral y, por tanto, se les consideraba marginados de una sociedad para la que constituían un peligro. En realidad, se llega a pretender casi la implantación de un verdadero "estado policial" -salvando el anacronismo de la expresión-, con confidentes y espías entre el vecindario<sup>1042</sup>.

Qué duda cabe que, si tales medidas hubiesen podido adoptarse, se

---

<sup>1040</sup> *Ibidem*, 6r.

<sup>1041</sup> *Ibidem*, 5v.

<sup>1042</sup> Pues eso es lo que sugiera una de sus propuestas:

*...y para que puedan estos juezes Reformadores con mayor certidumbre saber si en este lugar entra alguna gente sin que sean avisados podrian, siendo Vuestra Magestad servido, en cada varrio nombrar cada uno dellos en su quartel alguna persona, verino del, que se llamase sindico de la verindad, al que llamavan los Romanos Irenarca para que dellos fuesen avisados de secreto, de lo que acerca desto passasse, y aun de la forma de vivir de los verinos del a las demas justicias de Vuestra Magestad porque desta suerte se remediarian y castigarian muchos delitos y excessos que se ocultan en esta corte quanto mas que siendo la condenacion aplicada por tercias partes avria denunciadores por su interés particular,*

*Ibidem*, ff. 6v-7r.

acabaría con vagabundos, ociosos y marginados en la capital<sup>1043</sup>, pero también con la más mínima libertad de movimiento y con la confianza entre los vecinos, aunque sólo se conseguiría desviar el problema hacia las zonas que ya estaban de por sí más deprimidas. De nuevo, no se buscaba tanto el remedio de las causas como paliar sus efectos más visibles y potencialmente dañinos.

En los demás apartados de la obra que estamos siguiendo podemos encontrar también algunas referencias a asuntos de orden público, si bien en mucha menor medida que en ese primero.

Al hablar de los problemas de abastecimiento, pone al descubierto los orígenes estructurales de un cierto tipo de delincuencia, aún cuando él no se decida a encararlos: reconoce que la falta de mantenimientos y la subida de precios eran una realidad que redundaba muy particularmente en detrimento de los pobres. Para él, sin embargo, la solución no consistía en atajar las causas de la pobreza y acabar así con esos desdichados inclinados al delito por necesidad, sino en mejorar las condiciones de los pobres, apartándolos de la picaresca y el pecado -recogiéndolos en albergues<sup>1044</sup>- o alejándolos de la ciudad, de modo que ignorando la magnitud del problema éste se difuminase.

Los posibles delitos a los que con más frecuencia se refiere son

---

<sup>1043</sup>Y también en otras grandes ciudades, puesto que sugiere que si las medidas tenían éxito podrían extenderse a lugares de Castilla como Sevilla, Granada, Valladolid, Toledo o Córdoba, y también de otros reinos como Lisboa, Valencia, Zaragoza y Barcelona.

<sup>1044</sup>Su gran aportación, ampliamente desarrollada en sus *Discursos del amparo de los legitimos pobres y reduccion de los fingidos y de la fundacion y principio de los Albergues destos Reynos y amparo de la milicia dellos*, Madrid, Luis Sanchez, 1598, magníficamente estudiados y anotados en la ya citada edición de Michel Cavillac.

los que identifican transgresión con marginalidad, la transposición a la realidad de un Madrid que hay que administrar y vigilar de la picaresca literaria, un mundo de vagabundos y falsos mendigos a los que el ocio ha convertido en viciosos malhechores.

No obstante, ocasionalmente y casi de pasada, merecen su atención también los fraudes en los negocios, la especulación o la corrupción de algunos funcionarios de justicia, situaciones que se corresponden con otro tipo de actitudes probablemente más cercanas en sus sujetos a su propia mentalidad utilitaria -el supuesto puritanismo o moralismo, no es en este caso sino un disfraz-. Estas otras realidades transgresoras asoman entre las líneas de algunas de las propuestas del médico de casa y corte, pero no de un modo claro ni explícito, sino tan sólo en la medida en que podían afectar al normal funcionamiento de la vida económica -sobre todo al abastecimiento regular de la Corte- o en que podían disminuir el respeto a los representantes de la justicia y, por tanto, mermar su eficiencia en el mantenimiento del orden -de ese santificado orden burgués, práctico y rentable, que es el que en realidad defiende, no otra cosa buscan sus albergues-. Por eso, apenas encontramos referencias como la que hace a los pequeños fraudes en el comercio, cuando al recomendar la prohibición de que los *hombres moços* vendiesen cualquier tipo de cosas por las calles desliza algún comentario<sup>1045</sup> o cuando advierte que se deberían castigar rigurosamente

*a los recatones y despenseros que saliesen a comprar algun bastimento para vender en esta villa a los lugares de adonde vienen ni en el dicho lugar lo comprassen para*

---

<sup>1045</sup> Como cuando explica

*de que tanto daño se sigue a la republica, pues se podrian ocupar officios, remediandose de camino que no hurten en el peso y postura como lo hacen, y aun por ventura otras asechanzas de mayores delitos, siendo espías, y ocasion de otros pecados y desordenes...*

*Ibidem*, f. 15v.

*revender...*<sup>1046</sup>

alusión clara a una práctica, sin duda, habitual.

Acerca del cumplimiento de la justicia y de la actitud de los oficiales encargados de ella encontramos también algunas alusiones, como cuando recuerda que las penas impuestas a quienes intentasen mercar con ventaja debían ser ejecutadas *sin admitir ruego ni favor alguno*; el hecho de que algo tan obvio como la prohibición de admitir sobornos tuviera que ser recordado da idea del grado de corrupción que debía existir entre los servidores de la justicia, confirmando lo que parece no ser sólo un recurso literario<sup>1047</sup>. En el apartado que dedica a la purificación de las aguas, aire y calles de Madrid, hallamos también algunas sabrosas observaciones acerca de los límites al exigir la observancia de la ley, referidas en este caso a la que se refería al mantenimiento de la limpieza vial, por cuyo incumplimiento la pena de cuatro reales debía ser satisfecha por *los criados de las casas, a quien se huviere dado cargo de ello por los amos, porque quien los executare no tenga temor de dar disgusto a quien se ha de tener respeto*<sup>1048</sup>. Es decir, la ley se frenaba en los poderosos, a los que,

---

<sup>1046</sup> *Ibidem*, f. 11v. Ya vimos los quebraderos de cabeza que esas dos *especies* -regatones y despenseros- procuraban a los alcaldes de casa y corte y los autos y pregones con que trataron de limitar sus abusos -de nuevo, la insistencia de Pérez de Herrera en unas medidas que estaban ya supuestamente en vigor nos hace dudar de su eficacia-.

<sup>1047</sup> *Ibidem*, f. 13r. Ya en el primer punto tratado, cuando se refiere a los *superfluos y no legítimamente ocupados o que viven viciosamente vagando sin ocasion de asistir en esta Corte*, leemos que *no les den dichas poliças de cortesanos por ningún ruego ni persuasión* -f. 5r.-, ofreciéndonos la misma impresión de una justicia venal y dispuesta a mostrarse comprensiva siempre que la *persuasión* resultase suficientemente lucrativa.

<sup>1048</sup> *Ibidem*, f. 22r. Pérez de Herrera demuestra conocer muy bien la práctica de la justicia en este caso, pues ya vimos cómo los alcaldes -como cualquier otro juez de la época- buscaban la parte más indefensa para tratar de imponer las penas; recuérdese el caso de los carreteros multados y

por *respeto*, había que eximir de su cumplimiento; o, más bien, por *temor* de los justicias al *disgusto* de los grandes y los ricos y a su posible e iracunda traducción.

Mencionamos ya la actitud del Protector y procurador general de los pobres -otro de sus títulos- ante el delito: originado en la holganza injustificada, su única enmienda posible era terminar con ella, *origen y madre de todos los vicios y daños de la república*. Especialista en estas cuestiones, de las que ya se ocupó en diversas ocasiones, a pesar de ser lo que hoy llamaríamos un *técnico de la Administración* -o, quizá, precisamente por serlo- fue capaz de diagnosticar las razones profundas de esos padecimientos de la población pero sólo de alumbrar remedios superficiales. Por eso el autor no entra en delitos particulares, pormenorizados, porque no lo considera pertinente ni necesario, convencido de que secando la fuente de todo pecado, ocupándose directamente de la ociosidad, aquéllos dejarían de ser una preocupación. La ociosidad era consustancial a la mentalidad aristocrática -esa de la que hablaba Núñez de Castro para quien todas las naciones ofrecían su trabajo a la Corte, o esa de la que hablaba Vilar cuando decía que el español se hacía servir y que el rico podía ser generoso con unos mendigos que no entraban en el juego del nascente capitalismo-: en los privilegiados conformaba su propio *modus vivendi*, mientras que los desocupados eran una necesidad como depositarios de su liberalidad ostentosa y su caridad salvífica. Para la burguesía -no hablamos de *clase* sino de *valores* burgueses-, en cambio, era ciertamente un delito imperdonable -de *lesa ganancia*-, que

---

castigados por transportar los enseres de quienes no tuvieran licencia para residir en la Corte.

ofendía su propia concepción social: el ocioso no produce ni consume con beneficio, constituyendo además una amenaza latente para el orden, no sólo el público -y, en consecuencia, el económico- sino incluso el social<sup>1049</sup>.

Las consideraciones de Pérez de Herrera emanaban de su concepción de la sociedad, muy marcada por su propia peripecia vital. Incluso, con el tiempo, en otros escritos expondrá aún con mayor rotundidad sus principios sociales<sup>1050</sup>.

Desde luego, Pérez de Herrera no era uno de esos arbitristas que hacían sus propuestas distanciados de la práctica administrativa o de la realidad social. Como hombre ligado a la Corte podía y sabía hacerse oír, pero aún mejor podía y sabía escuchar y, como médico<sup>1051</sup>, "tomar el

---

<sup>1049</sup>De ahí la importancia de apoyar a la justicia en la extensión de su control económico, social e incluso moral -la moralidad era útil como garantía de orden-, en ese camino hacia la disciplina -como llama Foucault a la nueva situación (a la que aún se tardará en llegar plenamente)-, o hacia ese mal denominado *puritanismo*.

<sup>1050</sup>Véase MARAVALL, José Antonio, *La cultura del Barroco*, Barcelona, Ariel, 1986, págs. 79-81, quien refiriéndose a la obra de Pérez de Herrera *Al Católico y Poderosísimo Rey de las Españas... En razon de muchas cosas tocantes al bien, prosperidad, riqueza y fertilidad destos Reynos y restauración de la gente que se ha echado dellos*, s.f., s.l., redactado en Madrid, en 1610 -estudiado también por Gutiérrez Nieto-, opina que el doctor critica la falta de capacidad de los nobles ricos para adaptarse a los medios económicos y productivos del mercantilismo y defiende la formación y elevación de una clase intermedia. Además de reafirmarse en la capacidad del Estado de inmiscuirse en la vida privada de los súbditos, proponiendo nuevas medidas de control y más espionaje que vigilancia sobre la población, para que, llega a decir, *todos vivan con sospecha y miedo y sumo cuidado, no teniendo nadie seguridad de que no se sabrá su proceder y vivir* [citado por Maravall, *op. cit.*, pág. 282]; que ese régimen de miedo e inseguridad iba ligado a los intereses de las clases dominantes nos lo revela el hecho de que Pérez de Herrera propusiera que los encargados de ejercer esa supervisión fuesen caballeros y personas de *virtud, calidad y hacienda*.

<sup>1051</sup>Al propio Pérez de Herrera le gustaba ofrecer sus propuestas *en términos de su facultad*, especialmente lo hace en sus *Remedios para la salud del cuerpo de la república*, obra de 1610.

pulso" a los deseos e intenciones del poder, de modo que muchas de sus medidas las veremos llevadas a la práctica, no queremos decir que siempre directamente por su influencia -no sólo los albergues sino también toda una reglamentación de pobres y vergonzantes, plasmada en disposiciones de esos años-, en ellas se apreciaba hasta qué extremo llegaba el afán de reglamentarlo todo, tan próximo al que muestra Pérez de Herrera que, sin duda, estuvo cercano a esos proyectos. Su figura aparece muy en sintonía con las fórmulas *oficiales*, de modo que su condición de *reformador* habría que matizarla a partir de su condición de servidor -cualificado y experto en la materia, eso sí- de la administración, que arbitraba precisamente los planes que querían ser atendidos desde los engranajes del poder.

Se adoptaron, sí, medidas que él proponía o, más frecuentemente, que respaldaba, pero sus resultados no fueron ni mucho menos los esperados<sup>1052</sup>. Pérez de Herrera no se anticipó a su tiempo, pero ¿cómo iba a hacerlo si hoy, casi cuatro siglos después, aún no hemos sido capaces de cambiar apenas nada?. Llamémosles *gente vagabunda, superflua y desocupada* o emigrantes ilegales o marginados, sigue siendo lo mismo; se inventen *poliças de cortesanos* o permisos de residencia, siempre se exige lo mismo -trabajo, dinero o domicilio que no se tienen-. La población más desfavorecida agonizaba y agoniza a diario en ocupaciones más o menos clandestinas, ilegales o fraudulentas: venta ambulante -a menudo con género de contrabando-, mendicidad organizada, prostitución y toda la variada gama de delitos del mundo del hampa. Continuamos sin

---

<sup>1052</sup> Si resultó más atinado en su propósito de mantener la Corte en Madrid para evitar los daños que sufriría la villa con su falta. El tiempo y los esfuerzos de los representantes madrileños y de quienes les apoyaban le dieron la razón con el retorno, ya para siempre, de la Corte tras su corta estancia en Valladolid.



soluciones. Albergues, hospitales, residencias, realojamientos, centros de acogida para los menos desafortunados; expulsión o cárcel para los que no tienen sus *papeles* o perdieron el equilibrio legal para sobrevivir.

### 1.3. Delincuencias y cambio.

Debemos pensar que la delincuencia en esta época es una de las manifestaciones más vivas de la crisis social del barroco, que difícilmente podemos encontrar aspectos tan claros de la contradicción esencial de esa cultura. De ahí que en ella podamos apreciar una diversidad y también una evolución, ambas relacionadas entre sí.

Nos encontraremos, por decirlo de algún modo, con delincuentes imbuídos de un talante "renacentista", confiados en el desarrollo de sus posibilidades, que apelan a la libertad como objeto de una época que ya pasó y frustró esas esperanzas de superar la jerárquica concepción corporativa medieval, quizá supervivientes más literarios que reales, naufragos del individualismo que las innovaciones expansivas del XVI llevó consigo en una exaltación de la movilidad. Es un horror a ver pasar años de grandeza posible clavados en un puesto fijo de la estratificación social determinada, eterna como la divinidad que la señala. Algunos de entre ellos se afanan en medrar, capaces aun de eruirse socialmente lo bastante para contemplar un horizonte distinto y extenso. Otros, sin esa mínima fuerza, yacen abatidos mirando sólo por su supervivencia, ajenos a lo que nunca divisaron, a

atribuirse méritos o posibilidades de mejora.

Entre los primeros -los que algo tenían, si bien no bastante: medios y recursos culturales, de fortuna, de cuna...-, esa movilidad se manifiesta en tres aspectos: territorial -desplazándose a un nuevo lugar-, circunstancia en la que, a veces, se combina el deseo de ascenso con la necesidad de escapar de una ciudad; "profesional" -pasando a un nuevo oficio-, habitualmente especializándose más en su actividad, con frecuencia dentro de un *cursus honorum* conocido, que, normalmente, terminaba por conducir al punto de partida o a la muerte -salvo en los excepcionales casos en que se lograba el salto de status; y "vertical" -ascenso de rango-, desde luego, la movilidad más difícil de alcanzar para estos individuos, algunos de los cuáles la acariciarán brevemente por el engaño y la apariencia, sin gozarla casi nunca plena ni tranquilamente -la literatura picaresca es toda ella buen ejemplo de esto-.

Por supuesto, esos tres aspectos solían estar muy relacionados: estos delincuentes "renacentistas" y emprendedores se trasladaban de una población a otra buscando el anonimato -ya vimos las dificultades que la justicia tenía para identificarlos por sus nombres y señas personales- que les permitiera ejercer su oficio con cierta impunidad y sosiego e incluso fingir ese rango más elevado del que hablábamos, amparados en su condición de forasteros desconocidos.

Pero tenemos también delincuentes "barrocos", conscientes de debatirse en una cultura restrictiva, represiva y cerrada, o, mejor, padecedores de ella, cuya actividad respondía a ese estímulo de mentalidad: los hay inmersos en esas actitud conservadora; sobre todo,

claro, los delincuentes que provienen no de la marginalidad sino de un cierto status, los que se mueven como pez en el agua en las procelosas agguas de los fraudes y estafas mercantiles, en las empantanadas charcas de los sobornos, los cohechos y las falsedades compradas de los funcionarios; los hay que se acomodan tratando de mejorar sus resultados, cobijándose en los sótanos del sistema, en los trabajos sucios de los transgresores de privilegio y coche de caballos, en los sentimientos de culpa, espoleados sabiamente, en una complicidad no deseada, en la industria de explotar las pasiones del poderoso, los vicios que el rico debe ocultar y pagar...; y los hay también que rechazan esa actitud dominante, bien intentando -pragmáticamente- servirse de ella para sacar las mejores ventajas posibles, de modo que su comportamiento no se diferencia en nada de los anteriores, aunque sí su temida agresividad potencial y peligrosidad social -que se manifiesta sólo en situaciones límite, ciertamente escasas-, bien enfrentándose a éste y cayendo, casi siempre, en la marginación, en su infinidad de variantes y condiciones personales, e incluso en la rebelión.

Actitudes, ciertamente, que no nos son ajenas, bien conocidas por el hombre de hoy, que habita, al fin y a la postre, tiempos de crisis y vértigo. Al hablar de delincuentes en la España de los Austrias, pensamos siempre en varones y si se nos invita a pensar *en femenino*, nos vendrán a la mente inmediatamente las prostitutas y alcahuetas y las mujeres perseguidas por delitos contra la moral en general, y no nos damos cuenta de que su participación en las transgresiones es tan variada como la de los hombres, puesto que no es lo mismo pensar en delitos femeninos que en delincuencia cometida por mujeres.

Naturalmente, esa identificación inmediata proviene de la imagen que aquella cultura difundía y que nos ha legado, en la que esos delitos femeninos contra la moralidad eran paradigma emblemático, escogido por sus valores de mentalidad como centro de toda contradicción, como ejemplo exhibitorio de buena parte de sus planteamientos ideológico-culturales.

Esa distinción que hemos hecho no es cronológica, sino que son tipos coincidentes en el tiempo, si bien los cambios harán predominar un tipo de delincuencia del mismo modo que imponen un modo de vida. Si *el aumento de la población, la subida de los precios, el floreciente mercado de tierra, y la participación cada vez más activa de Castilla en una economía internacional cada vez más compleja* propiciaban que se iniciaran *litigios susceptibles de acabar en los tribunales de justicia*<sup>1053</sup>, qué efectos no tendrían todos esos factores sobre los pleitos criminales, qué cambios no producirían en el ambiente del hampa y la picaresca y qué situaciones irregulares no provocará en los recién colocados o en los desplazados. Sí, muchos pleiteaban, acudían a los tribunales a solucionar sus diferencias como dice Kagan de la *pleiteadora* sociedad castellana, pero otros muchos reñían, se desafiaban, se vengaban, robaban, estafaban o no cumplían con su deber o dañaban tierras y propiedades ajenas.

Esencialmente, pues, tenemos que distinguir dos tipos clarísimos de delincuentes más que de delitos. Y esto en función de sus móviles

---

<sup>1053</sup>KAGAN, R.L., *Pleitos y pleiteantes...*, págs. 136-137.

-si hablamos en términos criminalistas-, de sus bienes de fortuna -si lo hacemos desde una perspectiva socioeconómica-, de su capacidad de respuesta, de integración en los valores de la época (sí, también valores en la transgresión) -si pensamos en la mentalidad-. Porque un mismo delito no tiene igual significación según el sujeto que lo cometa -y no nos referimos sólo al distinto castigo que recibirá la dada la esencial desigualdad, según su status, de los individuos ante la ley-, puesto que, por ejemplo, un hurto -incluso un hurto del mismo objeto- para el historiador no es igual si lo comete un soldado, o un artesano más o menos cleptómano, o un ladrón *profesional* con su alias y su largo historial a cuestras o un mendigo fingido o verdadero.

La diferencia esencial está en esa línea, difícil de delimitar -no sólo para nosotros sino también para quien vivía en equilibrio sobre ella-, de la marginación, que no es sólo económica y social, sino también -y nos atreveríamos a decir que sobre todo- cultural y de mentalidad, de abandonada voluntad de integración, entonces y hoy -nos referimos, claro, a voluntad no sólo del excluido, sino especialmente del grupo excluyente-. A un lado y otro de ella quedan los que delinquen por afianzar su posición o desde el orgullo de su status o por debilidades de esa misma situación; y los que lo hacen desde la desesperanza del hambre o de una "privilegiada" preeminencia dentro del hampa.

Y esto es aplicable no sólo al caso más evidente de los delitos contra la propiedad, sino que lo mismo ocurre con las agresiones, con las estafas de "guante blanco" -de *guante de ámbar* dirían entonces- o de la más o menos burda picaresca, y también con los delitos contra la moral: no es lo mismo un amancebamiento de quien tiene un status social

con una familia establecida, que el del rufián que vive de los ingresos de su amancebada-protegida. Y no estamos, por supuesto, juzgando, estableciendo una división moral, sino desde la posición y la "esperanza" social. Es fácil suponer que esa distinción, caso de que los transgresores se viesan ante la justicia, se reflejaría también en las consecuencias de sus actos: mientras que con unos se tendrían ciertas consideraciones en los juicios, contarían con procuradores y abogados diligentes -diligencia, casi siempre, proporcional a su paga, de modo que se identificaban bastante con la mentalidad de sus defendidos-; otros habrían de conformarse con procuradores de pobres y con una sentencia que no podrían o no sabrían apelar. En los pleitos civiles es posible que como indica Kagan los débiles tuviesen esperanzas frente a los fuertes y que la justicia les beneficiase a veces, pero en las causas criminales, los que se encontraban claramente *al otro lado* - pobres, vagabundos, marginados...- no podían esperar ningún trato de favor, ni atenuantes de los que otros se beneficiarían, sino que contaban ya no con la sospecha sino con una culpa añadida.

Es un hecho que este Madrid entre los dos siglos de oro en que nos hemos situado era una realidad sumamente cambiante, plena de alteraciones demográficas, urbanísticas, económicas y sociales. Un Madrid con una cultura de aluvión, nueva, que bajo la vieja fachada estamental, en el escenario de los valores tradicionales -honra, fama, religiosidad, familia, solar patrio...-, está creando una nueva estructura sociológica. Y la delincuencia no puede ser ajena a ese cambio. La capital es, efectivamente, testigo de *la derivación de una*

*criminalidad de sangre a una delincuencia de fraude a causa de un mecanismo complejo en el que figuran el desarrollo de la producción, el aumento de las riquezas, una valorización jurídica y moral más intensa de las relaciones de propiedad, unos métodos de vigilancia más rigurosos, una división en zonas más ceñida de la población, unas técnicas más afinadas de localización, de captura y de información: el desplazamiento de las prácticas ilegalistas es correlativo de una extensión y de un afinamiento de las prácticas punitivas*<sup>1054</sup>; dos siglos antes del momento al que Foucault aplicaba esa descripción, en Madrid se producían esos cambios del comportamiento delictivo, aunque sin las transformaciones en la justicia que se producirán al final del Antiguo Régimen, esa *tendencia a una justicia más sutil y más fina, a una división penal en zonas más estrechas del cuerpo social*<sup>1055</sup>; la Sala de alcaides de casa y corte tendía -como toda la justicia en general- a esa especialización en unas franjas sociales específicas, pero, desde luego la sutileza no era la característica más destacada de sus procedimientos.

La tendencia a esa evolución hacia una distinta delincuencia *mercantil*, vinculada a un sentido burgués, inmersa en su intramentalidad que se va creando con la capitalidad, en el marco de una tendencia hacia la disciplina que se verificó primero en el ámbito urbano, fue la de quienes se adaptaron a *sangrar*, a hacer la trampa a esa sociedad que se va intuyendo o manifestando también en la teoría

---

<sup>1054</sup> FOUCAULT, M., *op. cit.*, págs. 81-82.

<sup>1055</sup> *Idem.*

política del XVII<sup>1056</sup>; serían esos mismos cambios hacia la disciplina los que llevarían al profesor da Silva a hablar de una evolución de la igualdad al aislamiento en la situación de la mujer<sup>1057</sup>.

Pero frente a ello, están la otra cara, la que, por ejemplo, pretendía mostrar Núñez de Castro, un Madrid cortesano, orgulloso y decadente -decadente en cuanto a quienes pretenden representar unas formas que son lo contrario de lo que encarna la actividad floreciente, o subyacente, de la nueva capital-, no productivo, consumidor y liberal hasta el derroche, rechazando por elegancia hidalga y ya quijotesca la acumulación de riqueza; es la típica defensa de un madrileñismo cortesano y espléndido, al que no sólo no le importa el derroche para mantener su suntuosidad y a la Corte provista de todo tipo de abastos, pues

*...no ay ave tan esquivá, ni pez tan retirado, que si alguna tierra le goza, madrid no le alcance;*

sino que se vanagloria de ello con argumentos de prestigio y reputación:

*Fabrique en buen hora Londres los paños de más estimación, Olanda los Cambráis, sus raxas Florencia, la India los castores y vicuñas, Milan los brocados, Italia y Flandes las estatuas y los lienços que ponen a pleyto los originales de la vida como lo goze nuestra Corte, que solo pruevan con esso, que todas las Naciones crían oficiales para Madrid, y que es señora de las Cortes, pues la sirven todas, y a nadie sirve.*

Naturalmente, él mismo se da cuenta de lo "antieconómico" de sus argumentos y trata de justificarse

*es verdad que no le sale de valde este señorío. Enriquece*

---

<sup>1056</sup>Véase, FOUCAULT, M., *op. cit.*, pág. 198.

<sup>1057</sup>SILVA, José-Gentil da, "La mujer en España en la época mercantil: de la igualdad al aislamiento", en *La mujer en la Historia de España (siglos XVI-XX)*, en Actas de las Segundas Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, Madrid, U.A.M., 1984, págs. 11-33.



*a las forasteras Naciones con su plata y oro porque ellas la sirvan al gusto en la invención de los manjares y bebidas, al olfato en las fragancias, a los ojos en los milagros del pincel y de la escultura, al oído con los mas celebrados Musicos del Orbe. a la ostentación con las telas y piedras preciosas; pero esos gastos no la malquistan de prodiga en el sentir acertado de Aristoteles, sino de discreta en conocer a qué fin se destinó el oro y el uso legítimo de las riquezas*<sup>1058</sup>.

Actitudes como esa coinciden con la situación que describe Pierre Vilar, para quien *por posición y coyuntura (no por religión o temperamento), la sociedad española del 1600, antítesis de la sociedad puritana, vuelve la espalda al ahorro y la inversión*<sup>1059</sup>. El español se hacía servir, daba limosna generosamente y prefería pedirla a trabajar por salario escaso, pero no por las razones que da Núñez de Castro, no por forma de ser, por temperamento, sino porque las condiciones económicas lo habían permitido. Naturalmente, esto afectaba también a la delincuencia: *el español roba y se deja robar. La "sisa" o rapiña del criado sobre las finanzas del dueño está descrita como usual en todos los niveles: familia, comunidad, administración*<sup>1060</sup>.

Desde luego, la delincuencia es fruto y reflejo de la realidad social de esa sociedad en la que abunda lo pintoresco, y más amable, bajo algunos aspectos, que la sociedad puritana; pero, bajo otros aspectos, podrida, y en todo caso condenada. La ley de la producción que en otras partes edifica más aprisa es inexorable. Desvinculada de

---

<sup>1058</sup> NUÑEZ DE CASTRO, Alonso, *Libro histórico-político. Sólo Madrid es Corte...*, f. 13.

<sup>1059</sup> VILAR, Pierre, "El tiempo del Quijote", en *Crecimiento y desarrollo*, Barcelona, Ariel, 1983, págs. 332-346; p. 343.

<sup>1060</sup> *Ibidem*, págs. 343-344.

*la realidad, la España de 1600 prefiere soñar*<sup>1061</sup>.

Sugierentes desde luego las palabras ya clásicas del profesor Vilar, pero válidas sólo para una parte de aquella sociedad, en Madrid asoma también esa otra que vive atenta a la *ley de la producción*, que entiende unos nuevos valores de disciplina y puritanismo, pero que engendra también esa nueva delincuencia de la que hablábamos.

Precisamente, esa contradicción, esa doble cara de la vida madrileña fue la que permitió el acomodo de mendigos y la proliferación de delincuentes que asaltaban el derrame de riqueza desde la falsa pobreza, desde el hurto de lo ostentado o desde la apropiación fraudulenta, en combinación con las tramas de intereses oligárquicos que unían a mercaderes, negociantes de todo tipo y hombres de la administración en inversiones comunes y en asuntos turbios, puro abuso, estafa, cohecho o *tráfico de influencias*.

Estas distinciones que hemos establecido acerca de los tipos de delincuencia y la anterior postura de Pérez de Herrera nos llevan a ocuparnos por separado de los dos modelos más claramente diferenciados.

## **2. MARGINACION Y DELINCUENCIA.-**

Hablaremos aquí de una parte de la delincuencia de nuestro Siglo de Oro que -por efecto de la imagen literaria, de algunos arbitristas y moralistas e incluso de las medidas legales adoptadas- con frecuencia se ha confundido con el todo. Es la que se identificaba con la

---

<sup>1061</sup> *Idem.*

ociosidad, la que trataba de evitarse con la creación de los famosos albergues y otras medidas de la Sala; en la que se incluye el tipo correspondiente al pícaro novelesco.

Podemos distinguir aquí varios grupos: el de los oficios más humildes o más "viles", puesto que quienes los ejercían estaban a menudo con un pie en la honradez y otro en la marginación -en gran medida, empujados por la pésima consideración social que se tenía de ellos y por sus limitados recursos económicos-; el de los pobres y vagabundos -perseguidos como tales, sin necesidad de que cometieran ninguna fechoría, aunque con frecuencia lo hicieran también-; el hampa, el submundo organizado y especializado de los pícaros con todas sus habilidades y jerarquías; y las minorías que no se integran plenamente en la sociedad urbana y sí en alguno de los grupos anteriores -aunque mantengan también una cierta cohesión como grupo diferenciado-, especialmente -el caso de forasteros, esclavos o moriscos era distinto- los gitanos.

## **2.1. Oficios bajos.**

### **a) Los servidores.**

Faltan estudios que se encarguen específicamente de este grupo de la población, sin duda de importancia en la vida urbana; apenas encontramos referencias a él cuando se habla de quienes están cercanos a la pobreza o, con más frecuencia, al tratar de las clases privilegiadas.

En la España de los Austrias todo el que quisiera dejar constancia de su status nobiliario y todo el que aspirase a imitar esos modos de vida aristocráticos debía tener no sólo algunos servidores, sino mantener una nutrida servidumbre. Esta era, pues, una necesidad, puesto que debía hacerse cargo de la puesta a punto y conservación de las distintas posesiones y pertenencias de sus señores, pero también una manifestación de rango social y de poder económico -aunque a veces se tratase sólo de apariencias-, que obligaban a todo caballero a mantener aunque fuera un mínimo séquito.

La categoría de esos servidores variaba notablemente según cada casa, dependiendo de la grandeza de sus amos y del número y jerarquía de los criados que en ella servían. A la cabeza de ese personal en una gran casa señorial estaba el mayordomo, encargado de la administración de la casa y de la organización del resto del personal; el camarero debía ser prácticamente la sombra de su señor, estando siempre presto para cualquier necesidad de éste, lo que, a veces, los convertía en sus confidentes; el mozo de cámara era el equivalente a las doncellas encargado del vestuario del señor y del cuidado de sus objetos personales; el maestresala supervisaba el trabajo de los pajes y el servicio de la mesa; los pajes -generalmente muchachos de buenas familias- eran los encargados de servirlos y de otras pequeñas tareas; los gentileshombres o escuderos eran a veces esos mismos pajes que decidían, pasado el tiempo, seguir al servicio del señor, solían acompañar a las señoras cuando salían de la casa; también al servicio de las señoras estaban las damas, que se encargaban sólo de acompañar a las damas de las que a veces eran parientes pobres. A ellos habría que añadir como criados de más alto rango, el tesorero, el contador, el

bibliotecario, algún poeta a su servicio -recordemos cómo Lope por ejemplo se tituló a sí mismo algún tiempo como criado del Duque de Sessa-, a veces capellán propio. Y en lo más humilde de la escala: lacayos, cocheros, pinches, bufones o pícaros -los *graciosos* de la comedia nueva- y también mercenarios, hombres de armas que les servían de guardaespaldas o se encargaban de los asuntos sucios<sup>1062</sup>.

Por lo tanto, hay dos *escalas* claramente diferenciadas en la servidumbre: por un lado, los *criados* especializados o gentileshombres y dueñas con pretensiones de hidalguía pero reducidos a esa modesta posición<sup>1063</sup>; y, por otro, la servidumbre encargada de las funciones más viles y menospreciadas, bien representados en los lacayos. Nos centraremos en estos últimos, puesto que ellos -por su situación social y económica- eran los que estaban más cerca de la pobreza y de la delincuencia.

Esta clase de servidores eran con frecuencia gente ociosa e inútil que se beneficiaba de la necesidad de exhibición de su rango social que padecían nobles y potentados. Atraídos por la Corte, eran -según Díez Borque y Viñas Mey- sobre todo gente del Norte, gallegos y asturianos -hasta el extremo de convertirse en tópico la identificación de los lacayos con los gallegos-<sup>1064</sup>.

---

<sup>1062</sup> DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio, *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, Madrid, Istmo, 1985, págs. 149-152.

<sup>1063</sup> A veces, cabía incluso una cierta confusión entre los que eran *allegados* unidos por lazos de amistad o de parentesco aunque de inferioridad categoría social y lo que eran propiamente servidores o criados de alto status dentro de la casa señorial; Felipe III tuvo que dar una pragmática para tratar de aclarar esa situación y que, fallecido el señor, no se reclamasen a sus herederos pagos por servicios que no habían sido concertados a cambio de un salario sino que los hicieron *so color de allegados*, *N.R.*, VI, 20, 9.

<sup>1064</sup> DIEZ BORQUE, J.Mª, *Estructura social del Madrid de Lope de Vega*, Madrid, Ayuntamiento e I.E.M., 1977, págs. 21-22 y VIÑAS MEY, Carmelo, *Forasteros y extranjeros en el Madrid de los Austrias*, Madrid, tirada aparte

Tenían una ínfima consideración social y mientras que los criados de mayor rango llegaban a gozar de una cierta familiaridad con los señores y de ciertos privilegios éstos servidores más humildes, éstos eran mantenidos siempre a distancia e incluso las leyes insistían en salvaguardar el orden social, tratando de mantener el respeto y la moralidad que debían gobernar sus vidas en casa de sus señores; así, se castigaba a los criados que afrentasen a sus señores -siempre según la calidad de aquellos-, considerándose traidor al que ponía las manos sobre su señor

*Mandamos, que el criado, o persona que sirviere, de qualquier calidad o condicion que sea, en qualquier servicio, o ministerio que sirva, que injuriase a su señor, y amo, si esto fuere de hecho, poniendo las manos en el, que demas de las otras penas en que caen, e incurren, el semejante caso, y delito sea avido por aleve, como persona que quebranta la seguridad, y fidelidad que devia. Pero que sino pusiere las manos en el, y echare mano a la espada, o tomare armas contra el, si el dicho criado fuere hombre hijodalgo, demas de las otras penas, esté preso en la carcel treynta dias, y sea desterrado por dos años, y sino fuere hombre hijodalgo, demas de las dichas penas sea traydo a la verguença, y que si la injuria no fuere de hecho, ni tomando armas, sino de palabras tan solamente en aquello nuestros juezes, y justicias procedan, segun la calidad del caso, y de las personas<sup>1065</sup>.*

Y se establecían restricciones al comportamiento sexual de la servidumbre para evitar una relajación moral en esos estratos sociales -por alguna razón se les consideraba proclives a ello: la convivencia en las casas de servidores de ambos sexos, su baja condición social que se identificaba con comportamientos menos honestos, etc.-:

*Mandamos que el criado o persona que sirviere en qualquier servicio o ministerio que sea, que se embolviere y tuviere accesso carnal con alguna mujer, o criada, o sirvienta de la casa de su señor y amo, no siendo hombre hijodalgo, le sean dados cien açotes publicamente, y sea*

de la Cátedra de Madrid, 1963, págs. 7-8.

<sup>1065</sup> N.R., VI, 20, 3.

*desterrado por dos años, y que la misma pena aya la dicha criada o muger. Pero siendo hombre hijodalgo, le saquen a la verguença, y sea desterrado por un año del Reyno, y quatro años del lugar do esto acaeciére. Pero que si lo susodicho acaeciére con parienta del señor o amo o donzella que se cria en su casa o ama que le cria su hijo, que en esto se proceda, y haga justicia con mas rigor segun la calidad del caso lo requiere, y que en la misma pena cayan e incurran los criados o criadas que se provare o constare aver sido terceros o medianeros para que otros de fuera de casa cometan, y hagan el dicho delito<sup>1066</sup>.*

Hay que notar que esta pena no se impone por la fornicación que ya era castigada de por sí como pecado, sino que se entendía como un atentado contra el señor, contra su autoridad por cometerse entre personas que estaban bajo su protección, dentro de la gran familia señorial, y también contra su honor; buena prueba de ello es que el castigo se incrementaba si la cercanía o parentesco de la mujer con el señor era mayor -naturalmente, nada se dice sobre la vinculación del hombre con el amo: la honra no estaba en los varones-.

La vida de estos servidores no debía ser, en cualquier caso, fácil, puesto que los lacayos, criados, pajes, porteros, y cocheros suponían el mayor porcentaje de personas que, teniendo un oficio, se consideraban pobres<sup>1067</sup>.

Eran, desde luego, "utilizados", puesto que *se consideraba uno de los signos exteriores de riqueza y fausto más señalados de las casas nobles y pudientes el contar con un gran número de serviciarios, y más singularmente su ostentación en comitiva en sus paseos y desplazamientos, se desarrolló en gran escala la profesión, y hub*

---

<sup>1066</sup> N.R., VI, 20, 4.

<sup>1067</sup> Así se desprende de los estudios de LARQUIE, C., "Un estudio cuantitativo de la pobreza: los madrileños y la muerte en el siglo XVII", en *Hispania*, nº 146, 1980, págs. 577-602; págs. 596-597; donde aquéllos suponen en torno a un 60%.

*incluso un mercado de alquiler de los mismos a este fin en la Corte*<sup>1068</sup>; de manera que podían ser contratados para ocasiones en que se necesitaba una comitiva singularmente numerosa y pasar luego de nuevo a la calle, a esa espera que, si se prolongaba, los llevaba inevitablemente a la mendicidad o al robo. Pinheiro nos ofrece espléndidos ejemplos de esos enormes séquitos de los grandes señores en las festividades o celebraciones señaladas, cuando nos describe los de quienes acudieron en Valladolid a las ceremonias de bautismo del príncipe Felipe, en mayo y junio de 1605; raro era el señor que llevaba menos de veinte servidores entre pajes y lacayos, todos ellos ataviados con riquísimos trajes con los colores de la casa a la que servían; por ejemplo en la última de las fiestas, el 2 de junio, enumera esas comitivas en las que destacaba el Duque de Alba por las libreas de la suya y el Conde de Lemos por su número -llevaba 28 pajes, 4 lacayos, 2 cocheros y algunos gentiles hombres-<sup>1069</sup>; aunque todas ellas quedaban minimizadas con el séquito que llevaba el cardenal arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, cuando llegó a la Corte para las celebraciones, unos días antes:

---

<sup>1068</sup>VIÑAS MEY, Carmelo, "Notas sobre la asistencia social en la España de los siglos XVI y XVII", en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, nº 48, 1971, págs. 177-216; págs. 181-182.

<sup>1069</sup>La descripción que ofrece incluía: el Duque de Alba, 20 pajes, 10 lacayos y 2 cocheros; el Conde de Villamediana, 10 pajes y 16 lacayos; el Duque de Pastrana, 15 pajes y 16 lacayos; don Pedro Alvarez Pereira, 12 pajes y 16 lacayos; el Conde de Lodosa, 8 pajes y 12 lacayos; el Marqués de Laguna, 12 pajes y 6 lacayos; el Marqués de Villalba, 6 pajes y 2 lacayos; don César de Avalos, tío del Marqués de Pescara, 12 pajes y 6 lacayos; don Luis Bardají, 6 pajes y 2 lacayos; el Conde de Aguilar, 12 pajes, 4 lacayos y 4 lacayuelos; el Marqués de San Germán, 12 pajes y 4 lacayos; el Conde de Lemos, 28 pajes, 4 lacayos, 2 cocheros y algunos gentiles hombres; el Condestable, 20 pajes y 12 lacayos; el Duque de Sessa, 15 pajes y 12 lacayos; el Duque de Alburquerque, 24 pajes y 4 lacayos; el Conde de Salinas, 12 pajes y 4 lacayos; el Conde de Barajas, otros tantos. PINHEIRO DA VEIGA, Tomé, *Fastigia*, págs. 106-108.



*la comitiva con que entró fue muy grande y fastuosa, porque me aseguraron personas de su casa que traía 300 criados consigo, y un coche de carmesí con seis caballos, que sólo trae el rey, y dos cocheros, que sólo traen los grandes*<sup>1070</sup>.

Aunque en este caso, muchos de esos *criados* serían dignidades eclesiásticas de su arzobispado con sus correspondientes acompañamientos, no deja de ser desproporcionada semejante muestra de riqueza y de poder, y más si tenemos en cuenta el boato de sus galas:

*La librea de los pajes y lacayos fue muy vistosa, porque trajo veintiocho pajes vestidos de grana fina, color de los cardenales, capa ropilla y calzas, y con adornos en las mangas a la inglesa, y las capas abiertas a la francesa, y con rayas a la tudesca, y con muchas guarniciones de velludo carmesí por todas ellas, con lo que lucían mucho; medias de seda, zapatos blancos, gorras de velludo negro con plumas encarnadas, y espadas doradas; seis lacayos vestidos de la misma manera, cuatro cocheros con vaqueros de velludo carmesí, doce caballerizos vestidos de grana, 26 gentiles hombres de su casa, de negro con cadenas de oro, 18 capellanes con muy buenas mulas, 12 niños de capilla, con gorgorán, una carroza con cuatro caballos engualdrapados o salpicados de blanco y negro, con tirante leonado, los mejores de la corte, cuatro coches más y 18 caballos regalones muy hermosos [los caballos y su aderezo eran, por lo menos, tan importantes para el prestigio personal como los servidores]*<sup>1071</sup>.

Con esos alardes de fastuosidad no es de extrañar que las leyes tratasen de limitar los excesos de ostentación, que se convertían en verdaderas competiciones entre los grandes y que suponían un coste económico extraordinario. Se reglamentó cómo debían ser las libreas y vestidos de los pajes<sup>1072</sup>, pero, sobre todo, el número de pajes, lacayos

---

<sup>1070</sup> *Ibidem*, pág. 79.

<sup>1071</sup> *Idem*.

<sup>1072</sup> *N.R.*, VII, 12, 1

...las libreas que se dieren a los pajes, puedan ser de qualquier genero de seda en los sayos, ropillas, y jubones, calças, y gorras, guarnecido en la forma de suso declarada, y no de otra manera, con que mandamos, que no se les puedan dar, ni ellos traer bohempios, ni capas de seda alguna sino, sino de paño, o de raxa, o de otra cosa que no sea de seda, ni puedan ser aforradas en ella, sino solamente se pueda echar alguna faxa, o faxas por dedentro del tamaño que las de afuera, y que a los lacayos no se pueda dar librea, ni vestido alguno de ninguna calidad de seda, ni traer muslos de ella, ni çapatos, ni baynas de espasadas de terciopelo, aunque permitimos que se les puedan dar gorras del, y traer sombreros de

y escuderos; ya Felipe II, en 1565, reducía dos el número total de mozos de espuelas, lacayos o lacayuelos que podía tener un noble, aunque fuese grande, si bien reconocía lo excepcional de *quanto toca a las justas o fiestas en que se acostumbra a sacar lacayos, por no ser aquello para continuo servicio sino para un acto y día solo*, por lo que sólo pedía que *aquello se modere*<sup>1073</sup> (acabamos de ver en qué paró esa petición de moderación y el enorme despilfarro que suponían las libreas que se hacían para un sólo día como se reconocía en esa ley). Esa pragmática se confirmó por el propio Felipe II en 1593<sup>1074</sup> y por Felipe III en 1618, quien sólo añadió que los Grandes pudieran

*traer quatro lacayos o moços de espuelas o lacayuelos, que todos juntamente no excedan del numero de quatro, ni con color de caballerizo, ni otro criado que lleve consigo, ni por otra via ni forma, como tampoco los demas han de poder traer mas que dos lacayos, usando deste ni de otro medio*<sup>1075</sup>.

Sin embargo, sólo cinco años después, Felipe IV, en plena campaña reformista, reconocía lo inútil de esas medidas y, tras justificar los males que acarreaba el exceso en el número de criados<sup>1076</sup>, trataba de ser más realista limitando a dieciocho el total de ellos en cada casa, entre gentiles hombres, lacayos y pajes, incluyendo los oficios mayores como mayordomo o caballerizo, y, para dar ejemplo, reducía el número de

---

*tafetán...*

<sup>1073</sup> N.R., VI, 20, 1.

<sup>1074</sup> N.R., VIII, 26, 21.

<sup>1075</sup> N.R., VI, 20, 6.

<sup>1076</sup> *Del abuso y excesso en los criados [...] se ha experimentado muchos daños, assi en el gobierno y buena disposicion en que deve estar, como en las costumbres y en las haziendas, pues siendo gastos voluntarios, introduzidos una vez, se han hecho tan precisos, que es una de las mayores cargas que tienen los vassallos, en que tambien son perjudicados el comercio y las artes...*

servidores de sus consejeros y ministros a ocho<sup>1077</sup>. Naturalmente, esas restricciones afectaban también a los escuderos que podían acompañar a las damas, que quedaron fijados en un máximo de cuatro<sup>1078</sup>.

Hemos hablado de un mercado de estos servidores, buena muestra de lo precario de su situación, en el que esperaban a ser contratados lacayos y escuderos, situado en la Plazuela de los Herradores<sup>1079</sup>, prueba de que Madrid rebosaba de mano de obra que podía acceder a esos puestos, a veces tan sólo a cambio de la manutención y un techo bajo el que dormir, además de esas ropas que representaban más para el noble que para el lacayo que las llevaba; como señalamos, muchos de ellos eran contratados con ocasión de alguna festividad especial, por un período brevísimo de tiempo y luego volvían a la calle; sin embargo, no podían dejar a su amo caso de estar descontentos con el trato o con la paga, puesto que si eran ellos los que se despedían no podían *assentar ni servir a otro señor, ni amo en el mismo lugar, o sus arrabales ni otra persona alguna le pueda recibir ni acoger, sin expressa licencia y consentimiento del señor*<sup>1080</sup>; es decir, estaban en manos de sus amos y del tratamiento que éstos quisieran darles, o de lo contrario se veían condenados a la indigencia o empujados al destierro o la delincuencia.

Esa cercanía con el mundo del hampa o, al menos, con el de la

---

<sup>1077</sup> *N.R.*, VI, 20, 7. Pragmática de Felipe IV, Madrid, 10 de febrero de 1623. El problema, sin embargo, no desaparecería ni muchos menos y, todavía, en 1674 encontramos un auto del Consejo tratando de limitar su número, *A.A.*, VI, 20, 1.

<sup>1078</sup> *N.R.*, VI, 20, 8.

<sup>1079</sup> Así lo indica VELEZ DE GUEVARA, Luis, *El diablo cojuelo*, tranco tercero; y también la documentación de la Sala.

<sup>1080</sup> *N.R.*, VI, 20, 1.

pobreza y el vagabundeo era una constante en sus existencias que los convertía en sospechosos, existiendo una clara presunción de culpabilidad en delitos en los que pudiesen estar implicados, sobre todo en cualquier posible robo ocurrido en las casas en las que servían, y la misma ley así lo reconocía cuando establecía que

*ninguna persona sea osada de comprar, ni compre de criado o criada que sirviere a otro cosas de vianda y comer, ni cevada, ni paja, ni leña, ni otras cosas de servicio, y alhajas de casa, y el que las comprare en qualquier manera, que sea avido por encubridor de hurto...*<sup>1081</sup>.

Precisamente, esa sospecha casi constante y la certeza de que el desempleo intermitente entre estos individuos fomentaba la delincuencia y la mendicidad, llevó a los alcaldes de casa y corte -más cercanos a la realidad cotidiana de las calles de Madrid- a no ser tan comprensivos como la pragmática de Felipe II con los que contrataban a estos servidores por días, y pretenden que los lacayos no se concierten por esos plazos tan breves, sino que se hiciera por meses<sup>1082</sup>. Por eso mismo, con ese afán por controlar la población madrileña -y más un grupo tan inestable como éste-, la Sala ordenada que todo el que sirviera en la Corte debía estar registrado, en la nómina de los

---

<sup>1081</sup> N.R., VI, 20, 6.

<sup>1082</sup> A.H.N., Consejos, libro 1198, f. 311, 1599, Sala de Alcaldes:

*Mandan los señores alcaldes de la casa y corte que ningun lacayo de los que sirben en esta corte pueda servir concertandose por dias sino por meses y que si algun forastero alquilar alguno de los dichos lacayos ansimismo lealquile por meses pagandole a rrata los dias que le sirviere conforme a como saliere rregulando por lo que se concertaren por cada mes y que por rragon y quitacion no pueda exceder lo que el tal lacayo llebare por cada un dia de dos rreales so pena quelque de otra manera se concertare o llebare mas que los dichos dos rreales por cada un dia no sirviendo mes entero por la primera vez sea desterrado de la corte y cinco leguas por tiempo de quatro años y por la segunda vez le saquen a la verguenga y sea condenado en otros quatro años de destierro y ansimismo mandan se guarde la prematica de los criados y lacayos y quel que no mostrare estar despedido del amo que sirvio o aber cumplido el tiempo que la ley manda no pueda yr a la plaquela de los herradores o alquilarse so pena de seis meses de destierro y diez dias de carcel mandase pregonar para que llegue a noticia de todos.*

criados de su señor, y quienes no lo estuvieran serían considerados por vagabundos y, por tanto, debían salir de la villa<sup>1083</sup>; porque los alcaldes eran conscientes que vagabundos y lacayos eran un mismo grupo social, diferenciado sólo por la circunstancia -claramente coyuntural- de servir a un amo, que podía prescindir de sus servicios y devolverlos a la miseria en cualquier momento. Lo mismo ocurría con la mozas de servicio, tal como dijimos.

La literatura llega, con frecuencia, hasta el extremo de la total identificación de estos empleos domésticos con ese submundo de pícaros y pobres, como muy bien resume María de Zayas, perfecta conocedora de esos ambientes cortesanos, al hablar de un hidalgo pobre llegado de Navarra -un buen prototipo del origen de estos servidores-:

*Era don Marcos, cuando vino a este honroso entretenimiento, de doce años, habiendo casi los mismos que perdió a su madre de un repentino dolor de costado y mereció en casa deste Príncipe [de un Grande de la Corte] la plaza de paje, y con ella los usados atributos, picardía, porquería, sarna y miseria. Y aunque don Marcos se graduó en todas, en esta última echó el resto, condenándose él mismo de su voluntad a la mayor laceria...<sup>1084</sup>.*

---

<sup>1083</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1204, f. 288; 1618, marzo, 15, Madrid, Auto de la Sala:

*mandaron que se presone en esta corte que todas las personas que sirben en esta corte a titulos caballeros y otras quales quier personas que asisten en ella ayan de tener y tengan obligacion destar en la nomina de tales sus criados y de llebar rraçion y quitacion y los que de otra manera estubieren en ella y no llebaren rraçion y quitacion aunque esten en nombre de entretenidos se saisan dentro de tercero dia desta corte y no entren en ella so pena de ser abidos por bagamundos y que sean castigados como tales cada uno conforme a la calidad de su persona y assi lo proveyeron mandaron e señalaron.*

<sup>1084</sup>ZAYAS, María de, *El castigo de la miseria*, en *Tres novelas amorosas y tres desengaños amorosos*, edición de Alicia Redondo Goicoechea, Madrid, Castalia-Instituto de la Mujer, 1989, pág. 1199.

También Cervantes habla de los pajes<sup>1085</sup>, cargando más las tintas en su cercanía con la picaresca -a pesar de ser algunos de buena cuna- que con la pobreza:

*¿Oh, cuántos pajes se crían  
en corte para perderse!  
Pensé que por ser del rey,  
y tan bien nacidos todos,  
usarían de otros modos  
de mejor crianza y ley;  
pero cuatro pupilajes  
de cuatro Universidades  
no encierran tantas ruindades  
como saben vuestros pajes.  
Las burlas que nos han hecho  
descubren con sus ensayos  
que traen cruces en los sayos  
y diablos dentro del pecho*<sup>1086</sup>.

Pero a parte de esos servidores que andaban en esos linderos de la marginación, otros lo eran precisamente por su conocida falta de escrúpulos y sus acciones, con el consentimiento o el mandato y protección de sus señores, eran claramente delictivas. Como decía el profesor Viñas Mey

*Otro sector de serviciarios que lindaba con las  
fronteras de la delincuencia eran los clientes o  
mercenarios de nobles y caballeros en su vida turbulenta.  
Muchos serviciarios que a la Corte acudían y no encontraban  
acomodo -al mismo tiempo que las gentes del hampa y la  
vagancia-, alquilaban su actuación al servicio de los  
nobles para sus excesos y aventuras*<sup>1087</sup>.

A menudo, se trataba de soldados licenciados o momentáneamente desocupados, valentones, que ponían su espada al servicio de quienes

---

<sup>1085</sup>Sobre ellos puede consultarse el verdadero alegato contra la ociosidad que constituye la obra de HERMOSILLA, Diego de, *Diálogo de los pajes*, edición de A. Rodríguez Villa, Madrid, Imprenta de la Revista Española, 1901.

<sup>1086</sup>CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *Pedro de Urdemalas*, en *Comedias y entremeses*, tomo V, Madrid, Calpe, 1922, jornada II, pág. 248.

<sup>1087</sup>VIÑAS MEY, Carmelo, *Forasteros y extranjeros en el Madrid de los Austrias*, pág. 8.

más les pagasen y mejor pudieran cubrirles luego; pues, generalmente, los señores dificultaban seriamente la acción de la justicia en asuntos en los que se veían implicados sus servidores -incluso en casos tras los que no estaba su propia mano, como cuando actuaban estos matones-, como un símbolo de su prestigio y de que ellos mismos podían ocuparse de los problemas domésticos -aún cuando se tratase de deliots, en un claro anacronismo jurisdiccional, que más tenía de gesto para mantener la reputación que de resistencia a perder privilegios ya trasnochados-<sup>1088</sup>.

#### b) Otros.

Entre otros oficios de los más humildes que estaban situados apenas un peldaño por encima de la más absoluta miseria -en la pobreza ya estaban, por supuesto- y, a veces, uno por debajo del aprendizaje de los bajos fondos y la pillería, estaban, sobre todo, los mozos de toda suerte de oficios, especialmente los que estaban relacionados con el público, con una clientela variada y no siempre recomendable, como eran los que servían en las tabernas y en los bodegones; la justicia, sobre todo la de la Corte, conocía bien ese trasiego entre desocupados, ladronzuelos, mozos, lacayos... y así advierte que a quienes llevasen esa vida no debía dárseles empleo como mozos, es, por cierto, una de las escasísimas ocasiones -si no la única que hemos encontrado- en que los alcaldes emplean la palabra "pícaro"<sup>1089</sup> como la que mejor se

---

<sup>1088</sup> DOMINGUEZ ORTIZ, A., *Las clases privilegiadas en el antiguo Régimen*, pág. 152.

<sup>1089</sup> Según Cavillac, *op. cit.*, págs. CLXXXVI-CLXXXVII, la voz no se popularizaría antes del último tercio del siglo XVI, por lo que la Sala la incorpora con bastante prontitud a su lenguaje. El vocablo estuvo ligado

acomodaba a quienes seguían ese género irregular de vida -exactamente el mismo que muestra la literatura *picaresca* y al que así daban carta de naturaleza como delincuente-:

*Mandan los señores alcaldes de la casa y corte de su Magestad que ningun bodegonero ni bodegonera de los que estan en la plaça de santa cruz ni en los postes de los portales desta villa tengan ningun moço **pícaro** ni vagabundo que les sirba ni les den de comer a los dichos pícaros ni bagamundos so pena de cada dos años de destierro de la corte e de diez ducados para el que lo denunciare<sup>1090</sup>.*

De modo que esos muchachos quedaban condenados a no entrar nunca en la sociedad establecida: eran *pícaros* porque no se les dejaba ganarse el sustento de otro modo, y no podían trabajar porque se les consideraba sospechosos. Era esa situación de marginalidad, esa imposibilidad de acceder a un grupo social considerado lo que les conducía de lleno a la marginación.

Lo mismo podemos decir de las dos ocupaciones más comunes dentro de ese estrecho margen que se les dejaba, sirviendo a los demás en trabajos duros y mal pagados: los aguadores y los esportilleros. Según parece la mayoría de los que trabajaban en Madrid como tales eran también asturianos y gallegos, lo que proporcionaba a los procedentes de ambas regiones una imagen bastante desfavorable entre la sociedad de

---

primero a la condición servil del ganapán o del esportillero, pero hacia 1575 sufre una derivación semántica que lo relaciona más con el campo de la mendicidad profesional, quizá en relación con la propia evolución que va experimentando esa franja de población que se integraba en la germanía. Esa confusión semántica, la refleja bien Covarrubias quien, por una parte dice que *aunque los pícaros no lo son en particular de nadie sonlo de la República, para todos los que los quieren alquilar, ocupándolos en cosas viles* -en relación con la primera acepción a la que aludíamos-; y, por otra, remita a la voz "picaño", en la que se lee: *el andrajoso y despedaçado...*, más cercana al segundo sentido ya evolucionado.

<sup>1090</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1197, f. 15, 1579, noviembre, 7. Auto de los Alcaldes.



la época y que la literatura se encargó de recoger<sup>1091</sup>; además, una buena proporción de quienes se dedicaban a esas labores eran franceses, pues los emigrantes de esta nacionalidad que acudían a la Península -al revés que la mayoría de los alemanes o los italianos- eran de muy baja extracción social, por lo que no tenían otra opción que emplearse en estos oficios humildes -además de los ya citados, afiladores, castradores, titiriteros, braceros, buhoneros- o sumarse, como un importante contingente, a los pordioseros o al hampa española<sup>1092</sup>.

Naturalmente, el abastecimiento y transporte del agua era una necesidad de primer orden en aquel Madrid que, con el crecimiento demográfico que supuso la instalación de la Corte, tuvo que buscar nuevas aguas subterráneas y que, por supuesto dedicaba gran atención a sus fuentes y viajes de agua<sup>1093</sup>; sin embargo, acarrearla por aquellas calles empinadas, mal empedradas, y con escaleras no era un trabajo cómodo, ni lucrativo, por cuanto la Sala se encargaba de fijar los precios de las cargas -una "carga" era habitualmente la de cuatro

---

<sup>1091</sup>VIÑAS MEY, C., *Forasteros y extranjeros en el Madrid de los Austrias*, págs. 7-8.

<sup>1092</sup>*Ibidem*, pág. 29-30.

<sup>1093</sup>Véase por ejemplo el capítulo que PEREZ DE HERRERA dedicaba a la "purificación de las aguas, ayre, y calles de Madrid, y otras cosas necesarias para el ornato y conservacion del y salud dellas", en *Cerca de la forma y traça como parece podrian remediarse algunos peccados, excessos y desordenes...*, ff. 18r-21v., donde presta una especial atención a los caños y a las fuentes, e incluye una curiosa relación de aguas del río y fuentes de Madrid *segun el peso que tuvieron en una vasija de media azumbre, y un quarto de quartillo poco mas, partido un adarme en cinquenta granos de trigo que lo pesaron*, en la que da, efectivamente, ese peso y la situación de dieciocho fuentes y tomas de agua; sobre las fuentes, también ALVAR EZQUERRA, A., *El nacimiento de una capital europea...*, págs. 210-211; CRUZ VALDOVINOS, J.M., "Rodrigo Gil y las obras de agua del concejo madrileño", en *Cinco siglos de arte en Madrid (XV-XX)*, Madrid, Alpuerto, 1991, págs. 49-60; y HERRERO GARCIA, M., "Las fuentes de Madrid. Reformas de Felipe III", en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, VII, octubre 1930, págs. 372-388.

cántaros, equivalente a cinco azumbres-; si los aguadores no eran en absoluto apreciados por todo lo dicho, a ello habría que añadir las frecuentes disputas que mantenían con los vecinos por coger agua en las fuentes, o por las incomodidades y suciedad que originaban sus borricos -los que los tenían, pues había también otros más humildes que llevaban el cántaro al hombro<sup>1094</sup>, así como las peleas que entablaban entre ellos generalmente por el orden de llenar sus cántaros, lo que obligaba a los alcaldes a intervenir a petición de los vecinos como ya vimos<sup>1095</sup>; además, según los datos de Larquié era uno de los pocos oficios suficientemente representados en los que no registraba ninguna firma, es decir, que la inmensa mayoría de ellos no sabrían leer y escribir<sup>1096</sup>.

Pero, incluso peor considerados que los aguadores que, al fin y al cabo, con mucho trabajo podían llegar a ganarse la vida<sup>1097</sup>, estaban los esportilleros, mozos que esperaban apostados en algunas plazas o calles a que los particulares les encargasen transportar cualquier cosa en sus cestas, y que, muchas veces, era el modo de iniciarse en la

---

<sup>1094</sup>Véase LANDA GOÑI, Jacinta, *El agua en la higiene del Madrid de J. Austrias*, Madrid, Canal de Isabel II, 1986, especialmente, págs. 35-38, en la que habla de los aguadores y el coste de su mercancía; también, HERRERA GARCIA, Miguel, "El conflicto del agua. Los aguadores de Madrid", en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, XIX, enero-diciembre 1950, págs. 251-259.

<sup>1095</sup>A.H.N. *Consejos*, Libro 1202, f. 62.

<sup>1096</sup>LARQUIE, Claude, "La alfabetización de los madrileños en 1650", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, tomo XVII, 1980, págs. 223-252; págs. 237 y 240.

<sup>1097</sup>Eran además un oficio identificado como tal, hasta el extremo de que, años más tarde, llegaron a constituir una hermandad de socorro de los aguadores de la Plaza Mayor, con sede en la parroquia de Santa Cruz, cuyas ordenanzas se dieron en 1671, RUMEU DE ARMAS, Antonio, *Historia de la previsión social en España. Cofradías, Gremios, Hermandades, Montepíos*, Barcelona, El Albir, 1981, pág. 218.

germanía, por estar mucho tiempo en los lugares donde podían encontrarse con ocasiones de aprender otros modos de vida. La literatura, una vez más, nos ofrece bastantes ejemplos de ello; por ejemplo, cuando Pedro de Urdemalas, en la comedia de Cervantes, da comienzo a la narración de su ejemplar vida de pícaro, tras salir de un hospital de expósitos, educado entre los niños de la doctrina -auténticas escuelas de rateros y futuros hampones-, la empieza en Sevilla

*donde al rateruelo oficio  
me acomodé bajo y vil  
de mozo de la esportilla,  
que el tiempo lo pidió así;  
en el cual, sin ser yo cura,  
muy muchos diezmos cogí,  
haciendo salva a mil cosas  
que me condenan aquí<sup>1098</sup>.*

Y ese fue el comienzo de un largo y completo *cursus honorum* picaresco que nada tenía que envidiar al del Guzmán, por ejemplo. De la conflictividad de estos esportilleros da una idea el hecho de que la Sala incluyera un capítulo acerca de ellos en sus *Advertencias*, aconsejando sobre *la forma que se podía dar para la seguridad de lo que se les entrega y que se minorase el gran numero que ay dellos*<sup>1099</sup>.

Citaremos por último a los buhoneros y regatones, dedicados cada uno a un tipo distinto de comercio al por menor que les permitía andar por las calles, entrar en las casas y hacer negocios o trapacerías no siempre legales, en el caso de los segundos su misma actividad estuvo

---

<sup>1098</sup>CERVANTES, M. de, *Pedro de Urdemalas*, pág. 192.

<sup>1099</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1173, *Libro de noticias para el gobierno de la Sala*, "Advertencias para el servicio de la plaza de Alcalde de casa y corte", cap. 56, f. 76.

muy vigilada -como ya explicamos- por los alcaldes de casa y corte, y en cuanto a los primeros, se dedicaban a comerciar con cosas de poca monta, con una gran variedad de objetos de uso corriente, para el vestido, el menaje o el adorno femenino, entre otras cosas<sup>1100</sup>; como dijimos, era uno de los oficios en los que, frecuentemente, se ocupaban los franceses; Lope de Vega, por ejemplo, para ambientar la escena primera, comienza *Las ferias de Madrid* con *Guillermo y Pierres*, dos buhoneros franceses, que montan sus puestos en las calles madrileñas durante la feria otoñal de San Mateo<sup>1101</sup>.

## 2.2. Pobres y vagabundos.

Este asunto ha quedado ampliamente introducido con algunas de las referencias que hicimos de la obra de Pérez de Herrera; no obstante, más que en el memorial estudiado por nosotros o en cualquiera de sus obras, esa preocupación quedó magníficamente recogida en sus conocidos *Discursos del amparo de los legítimos pobres...*, tan brillantemente analizado por Michel Cavillac. Precisamente su magnífico estudio introductorio sobre la problemática de los pobres en el siglo XVI es uno de los trabajos que nos exime de tratar aquí la polémica conceptual y doctrinal acerca de la caridad y de los pobres -cómo socorrerlos, cómo organizar las casas de misericordia, cuáles eran las causas de la miseria, qué capacidad de actuación tenía la asistencia social-, como también la excelente síntesis de la profesora Maza Zorilla, o las

---

<sup>1100</sup> VIÑAS MEY, C., *Notas sobre la asistencia social en la España de los siglos XVI y XVII*, pág. 180.

<sup>1101</sup> LOPE DE VEGA, *Las ferias de Madrid*, edición de Alva V. Ebersole; Valencia, Estudios de Hispanófila, 1970, I, vv. 1-28, pág. 19.

referencias a ella en las obras ya clásicas sobre la asistencia social<sup>1102</sup>; comenzando todos ellos con la obra de Luis Vives, revisionista de la caridad tradicional, crítica y desacralizadora de los excesos de la pobreza, que con una nueva ética quiere acabar con la ociosidad (aunque no hay que olvidar que los investigadores que se ocupan de la Edad Media observan que la división entre buenos y malos pobres era muy antigua en la tradición cristiana); continuando con las posturas de Domingo de Soto y Juan de Medina, enfrentadas como representantes respectivamente de dos concepciones radicalmente diferentes de las que ya hablamos al distinguir las clases de la delincuencia, el primero de la tradicional y cercana a las costumbres y mentalidad aristocrática, el segundo cercano a los nuevos valores mercantilistas y burgueses que no lograrán abrirse paso plenamente en un ámbito socio-económico lleno de contradicciones; culminando el XVI con las posturas reformistas de Giginta -con sus Casas de Misericordia-, primero, y, sobre todo, de Pérez de Herrera, con sus propuestas de reclusión en Albergues de pobres; y comenzando el siglo siguiente con algunos arbitristas que hacen variantes sobre los últimos análisis y sugerencias<sup>1103</sup>.

---

<sup>1102</sup>CAVILLAC, M., Introducción de su edición de *Amparo de pobres*, págs. LXXIV-CXCIII; CARO BAROJA, Julio, *Las formas complejas de la vida religiosa (siglos XVI y XVII)*, Madrid, Sarpe, 1985, págs. 461-480; MAZA ZORRILLA, Elena, *Pobreza y asistencia social en España. Siglos XVI al XX*, Valladolid, Universidad, 1987, págs. 73-96; JIMENEZ SALAS, María, *Historia de la asistencia social en España en la Edad Moderna*, Madrid, C.S.I.C., 1958, pág. 81-120; RUMEU DE ARMAS, Antonio, *Historia de la previsión social en España. Cofradías, Gremios, Hermandades, Montepíos*, Barcelona, El Albr, 1981, págs. 168-177; VIÑAS MEY, C., "Notas sobre la asistencia social en la España de los siglos XVI y XVII", en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, nº 48, 1971, págs. 177-216; especialmente 210-ss.

<sup>1103</sup>VIVES, Juan Luis, *De Subventiones pauperum*, Brujas, 1526; SOTO, Domingo de, *In causa pauperum deliberatio*, Salamanca, 1545; MEDINA, Juan de, *De la orden que en algunos pueblos de España se ha puesto en la limosna para remedio de los verdaderos pobres*, Salamanca, 1545; GIGINTA, Miguel de, *Tratado*

También son numerosos los trabajos que estudian el pauperismo en las sociedades preindustriales, sus causas, sus diversas manifestaciones, y también las reacciones sociales, culturales y de gobierno que suscitan<sup>1104</sup>.

---

de remedio de pobres, Coimbra, 1579; *Exhortación a la comprensión de los pobres*, Barcelona, 1583; *La Cadena de oro*, Perpignan, 1584; y *Atalaya de Caridad*, Zaragoza, 1587; PEREZ DE HERRERA, Cristóbal (además de las citadas), *Discursos...a la Católica y Real Majestad del Rey Don Felipe Señor Nuestro*, suplicándole se sirva de que los pobres de Dios mendigantes verdaderos destos sus reinos, se amparen y socorran, y los fingidos se reduzgan y reformen, Madrid, Luis Sánchez, 1595; *Respuestas...a las objeciones y dudas que se han opuesto al discursos que escribió a Su Majestad de la reducción y amparo de los pobres*, Madrid, 1596; *Discurso del modo que parece se podría tener en la ejecución, para el fundamento, conservación y perpetuidad de los albergues, y lo demás necesario al amparo de los verdaderos pobres, y reformatión y castigo de los vagabundos destos reinos*, Madrid, 1597; *Al Católico y poderosísimo Rey de las Españas y del Nuevo Mundo, Don Felipe III N.S., que Dios prospere y nos guarde muchos años, el doctor... dedica este Epílogo y Suma de los discursos que escribió del amparo y reducción de los pobres mendigantes y los demás destos reinos, y de la fundación de los albergues y casas de reclusión y galera para las mujeres vagabundas y delinquentes dellos, con lo acordado cerca desto por... Felipe II*, Madrid, Luis Sánchez, 1608; *Proverbios morales y Consejos cristianos muy provechosos para concierto y espejo de la vida, adornados de lugares y textos de las divinas y humanas letras; y Enigmas filosóficas, naturales y morales, con sus comentarios. Divididos en dos libros. Al Serenísimo Príncipe Don Felipe de Austria N. S. en manos de don Fernando de Azevedo, Arzobispo de Burgos, Presidente del Consejo, para que lo presente y ponga en las de su Alteza*, Madrid, Luis Sánchez, 1618; DEZA, Lope de, *Gobierno polytico de Agricultura*, Madrid, viuda de Alonso Martin de Balboa, 1618; CAXA DE LERUELA, Miguel *Discursos sobre causas y reparos de la necesidad común*, Madrid, 1627; MONCADA, Sancho de, *Restauración política de España*, Madrid, Luis Sánchez, 1619; CEBALLOS, Jerónimo de, *Arte real para el gobierno de reyes y príncipes*, Toledo, 1623; FERNANDEZ DE NAVARRETE, Pedro, *Conservación de Monarquías y discursos políticos sobre la gran consulta que el Consejo hizo al señor rey don Felipe Tercero*, Madrid, 1626.

<sup>1104</sup>De entre ellos podemos destacar: GEREMEK, Bronislaw, *La piedad y la horca*, Madrid, Alianza Universidad, 1989; GUTTON, Jean Pierre, *La société et les pauvres en Europe. XVI-XVIII siècles*, París, 1975; LYS, Catherine y SOLY, Hugo, *Pobreza y capitalismo en la Europa preindustrial (1350-1850)*, Madrid, 1984; MOLLAT, Michel, *Pobres, humildes y miserables en la Edad Media*, México, F.C.E., 1989; "Les problèmes de la pauvreté", en *Etudes sur l'histoire de la pauvreté*, París, 1974, págs. 11-30; WOOLF, Stuart J., *Los pobres en la Europa moderna*, Barcelona, Crítica, 1989.

El problema de la pobreza y la mendicidad y de las acciones que en relación con él se emprendieron no puede entenderse aislado sino en relación con la tensión entre dos ideologías y dos formas de entender la economía y la política: la reformista-mercantilista y burguesa representada por Pñerez de Herrera entre otros y la aristocrática defensa de los valores de hidalguía y sangre, que protegían la ociosidad con su propio comportamiento y con la defensa de la caridad tradicional, ésta última nacida de una mentalidad más asentada y, por tanto, capaz de frenar los intentos reformistas, menos arraigados y necesitados no sólo del impulso de sus defensores, sino de la decisiva y continuada intervención de valedores poderosos, con la que no siempre contó. En todo ello nos remitimos al citado y espléndido análisis de Cavillac.

Es interesante, eso sí, comprobar cuál fue el papel de la Sala de alcaldes de casa y corte, por qué tendencia tomó partido, si sus disposiciones se correspondieron al ciclo descrito por Cavillac y en el que la figura de Pérez de Herrera adquiere una dimensión realmente trascendente -cuando no como dinamizador del proceso en sus intervenciones ante el rey, el Consejo o las Cortes, como fiel representante de una actitud coherente en todas sus escritos y propuestas-, en el que en los años 95-98 el presidente del Consejo de Castilla Rodrigo Vázquez Arce -lo fue entre 1592 y 1598- y el propio Felipe II apoyaron la reforma propugnada por el médico de corte, que desde 1596 *va viento en popa*<sup>1105</sup>, sin embargo, después de 1598 con el acceso del partido lermista, aristocrático, al poder, esas concepciones con respecto a la ociosidad y las acciones emprendidas se paralizan,

---

<sup>1105</sup>CAVILLAC, M. *op. cit.*, pág. XXXVII.

perdiendo sus valedores en la administración -en 1598 ocupa la presidencia del Consejo Real el conde de Villamiranda, cuñado de Lerma-, precisamente el traslado de la Corte a Valladolid se justificó por la gran cantidad de mendigos y vagabundos que habían *tomado* Madrid, es decir, se huía del problema y no se pensaba en emprender acciones de ningún tipo; no obstante, pronto se comprobaría que la mendicidad no era un problema exclusivo de Madrid; en 1608, se respiran tiempos de cambio en la Monarquía y también en relación con la cuestión de los vagabundos, *cabe presumir* -dice Cavillac- *que en tal resurgimiento del problema desempeñaría un papel esencial la preparación del decreto de expulsión de los moriscos*<sup>1106</sup>, quizá porque la marcha de los moriscos podía suponer una mejoría en la consideración de ciertas actividades manuales y la necesidad de reemplazar esa mano de obra, fue bien vista por las clases medias, y entendida por algunos como un medio de reintegrar a los marginados en los circuitos de producción -pero olvidaban que esos circuitos, lejos de estar consolidados, se jugaban su supervivencia en esos años-. Por tanto, la política de amparo de pobres -tanto para sus impulsores como para sus detractores- estaba inmersa en un programa mucho más amplio para organizar la vida colectiva, en sus relaciones, en el trabajo, en la producción y el comercio peninsulares...

El pobre urbano de la Edad Moderna ya no era el pobre conocido, personificación de un ideal teórico del cristianismo medieval, sino alguien potencialmente peligroso, al que hay que comenzar a vigilar por lo que las instituciones y las ciudades tienen que empezar a tomar medidas "defensivas"; las primeras medidas las toman las Cortes y

---

<sup>1106</sup> *Ibidem*, pág. LIX.



Carlos V en 1523, y, desde entonces, todas las Cortes exigen limitaciones para pedir limosna -impedir la libertad de movimiento, necesidad de licencias para hacerlo, etc.- que no parecieron tener mucho éxito. Fue en 1540 cuando se emprenden actuaciones más vigorosas, dando Carlos V una disposición en la que *por vez primera en España se prohibía tajantemente al mendigo limosnear por cuenta propia. Mediante previo examen, los pobres legítimos debían ingresar en el hospital de la ciudad para ser allí curados y mantenidos a cargo del municipio (gracias a las limosnas que recogieran "algunas buenas personas", y a las rentas de dichos hospitales), mientras que los ociosos se veían obligados a trabajar*<sup>1107</sup>. De hecho, en teoría, esa ley de 1540 siguió determinando la política sobre pobres y vagabundos hasta los años sesenta; pero -en buena medida por el retroceso en la tendencia iniciada sobre la caridad y el pauperismo que supuso la Contrarreforma, que alejaba las posibilidades inmediatas de prohibir la mendicidad- no debió ser muy seguida en la práctica, de modo que, si bien la pobreza ya no era un ideal, la caridad aristocrática e indiscriminada sí siguió siendo un valor de gran predicamento en la sociedad española. Esa nueva situación se vio reflejada en la Nueva orden para el recogimiento de los pobres y socorro de los verdaderos, dada en 1565<sup>1108</sup>, en la que se reconoció el incumplimiento de la ley de 1540 y establecía que debía hacerse en cada parroquia una relación de los mendigos que estaban incapacitados para trabajar, a los que se les darían cédulas de pobreza -autorizadas por el párroco y la justicia local, y válidas por un año-, con las que estaban autorizados a pedir limosna dentro de la ciudad y

---

<sup>1107</sup> *Ibidem*, pág. XCVII.

<sup>1108</sup> *Nov.R.*, VII, 39, 14.

su jurisdicción; también los estudiantes y los frailes mendicantes podían acogerse al amparo de la caridad; por supuesto, los demás pobres que no trabajasen serían perseguidos y castigados por vagos. Esta orientación legislativa estuvo presente hasta los años noventa del siglo y, a juzgar por la situación descrita en esos años finales del siglo, no debió ser todo lo útil y enérgica que se preveía<sup>1109</sup>.

Las medidas concretas que comenzó a adoptar la Sala en Madrid, desde los años 80, son más cercanas a las posiciones más restrictivas. Así, la primera que encontramos es una prohibición en los siguientes términos:

*mandan los señores alcaldes de casa y corte de su Magestad que ninguna persona sea osado de pedir limosna y el que tubiere necesidad se baya y recoja al ospital general desta corte donde este y se le de la limosna so pena de ser avido por bagabundo...*<sup>1110</sup>.

Que respondería a las preocupaciones reformistas expresadas ya por Giginta y a la extensión de sus Casas de Misericordia y la creación, por entonces, de algunos hospitales para mendigos. Esa prohibición, en los mismos términos fue reiterado justo un año después y también en 1585<sup>1111</sup>.

Una buena prueba de la consideración que la sociedad en general y la justicia en particular -en este caso, los alcaldes de casa y corte- tenían de esos vagabundos y también de los pobres en su conjunto -no sólo de los  *fingidos* - es una de las medidas profilácticas adoptadas a instancias del Consejo, a raíz de la amenaza de la peste:

*que se visiten los mesones y se tenga cuenta con los*

---

<sup>1109</sup>CAVILLAC, M., *op. cit.*, pág. XCVII-CXVII.

<sup>1110</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1197, f. 61, 1582, octubre, 19, Madrid.

<sup>1111</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1197, f. 95, 1583, diciembre, 17, Madrid; *ibidem*, f. 154, 1585, noviembre, 7, Madrid.

*bagamundos y que los pobres enfermos se enbien fuera de aquí como se solia hazer en otras menores ocasiones*<sup>1112</sup>.

Es decir, pobres -de cualquier género- y vagabundos eran grupos enteramente marginales de los que se puede disponer sin ninguna consideración siempre que puedan amenazar en algún sentido al resto de la sociedad; y en última instancia, la necesidad de "quitarlos de en medio" podía hacer olvidar fácilmente tanto las actitudes caritativas como las que buscaban su reorientación productiva o su supuesta regeneración moral.

Pasados los malos momentos, sí podía permitirse de nuevo la distinción que conllevaba la tolerancia para unos y la persecución para otros. Los mendigos y pobres que podían valerse para trabajar fueron generalmente asimilados con los vagabundos y castigados de igual modo que si hubieran sido responsables de algún delito más "activo"; en 1586 Felipe II nombró a un alcalde de casa y corte<sup>1113</sup> para que se hiciera cargo en todo el Reino de las diligencias necesarias para hacer cumplir la premática sobre los *ladrones, vagabundos y otros delinquentes que en estos nuestros rreynos fueren condenados a galeras*<sup>1114</sup>.

En 1595, momento en que la avalancha de pobres campesinos a la capital era ya una riada constante, en que las Cortes de 1592-98 habían expresado ya su preocupación por el incremento de la vagancia y en que Pérez de Herrera había también comenzado su predicación laica<sup>1115</sup>, la

---

<sup>1112</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1197, f. 31v., 1581.

<sup>1113</sup>Recuérdese lo que en su momento se dijo acerca del prestigio de estos jueces y del empleo de su autoridad para otros cometidos.

<sup>1114</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1197, f. 227; 1586, febrero, 28, Fuente la Higuera, Felipe II.

<sup>1115</sup>Si su interés y reflexión sobre el tema comenzó bastante antes, de ese mismo año es la edición de su primera obra sobre esos asuntos: *Discurso...a la Católica y Real Majestad del Rey Don Felipe Señor Nuestro*,

Sala dió un pregón sobre los pobres que, en realidad, venía a insistir en lo dispuesto por la Nueva orden de 1565:

*mandan los señores alcaldes de casa y corte de su Magestad que ningun pobre mendigante ansi hombre como muger no pidan limosna sin que primero este rregistrado y matriculado ante nos e los curas de las parroquias desta villa para que les de çedula de matricula y le hordene lo que a de haçer so pena de verguença publica y quatro años de destierro dela corte y çinco leguas<sup>1116</sup>;*

ciertamente, faltaban respuestas ante las enormes dimensiones del problema que caía sobre Madrid -y sobre todas las grandes ciudades de la Monarquía-, y se recurría a reiterar medidas que se habían mostrado a todas luces insuficientes e incluso totalmente inútiles. La Sala obviamente no puede solucionar el problema ni solucionar la disyuntiva en que la administración se debatía entre posturas "reformistas" y "tradicionales" por llamarlas de algún modo. Esta cuestión quedó paralizada por la polémica sobre el traslado de la Corte a Valladolid, a la que quedó supeditada, y de la que se esperaba resultase la panacea también para desprender a la Corte del molesto e inquietante lastre de la mendicidad. Así, al producirse ese establecimiento, las precauciones se orientan a tratar de impedir -empeño inútil- la llegada de vagabundos, y para la población vallisoletana se limitan a repetir las disposiciones del pregón general para el buen gobierno de la Corte, en el que se incluían un capítulo relativo a los vagabundos:

*Otrosi manda que todas las personas hombres y mugeres que estan y biben en esta corte que no fueren veçinos desta ziudad y tuvieran ofiçios y los usaren o bibieren con señores los tomen y asienten a ofiçios dentro de terçero dia o se bayan desta corte so pena que por bagamundos les*

*suplicándole se sirva de que los pobres de Dios mendigantes verdaderos destos sus reinos, se amparen y socorran, y los fingidos se reduzgan y reformen;* Madrid, Luis Sánchez, 1595 (en 40, 10 fols.), con una segunda edición corregida y aumentada (en 40, 24 fols.) en ese mismo año.

<sup>1116</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1198, f. 42; 1595, marzo.

*seran dados cada çien açotes y echados a galeras*<sup>1117</sup>;

y otro referido a los pobres:

*Otrosi manda que todos los pobres mendigantes que andan o andubieren por esta corte que no son naturales desta ziuada y su tierra se bayan luego a sus naturales so pena de ser abidos por bagamundos y que sean por tales punidos y castigados y los que fueren naturales e ympedidos para no poder ganarlo que se leven a los ospitales como les esta mandado y ordenado y so las penas que les estan puestas*<sup>1118</sup>;

por tanto, se reiteraban medidas ya antiguas y se insistía en evitar que la ciudad se viese invadida por pobres y vagabundos forasteros, tratando de mantenerla en su nivel "natural", que se consideraba, desde luego, inevitable. Pronto se vio que tampoco la nueva capital era invulnerable y que "huyendo" no se acababa con un problema que terminó de nuevo por alcanzar a la Corte en su emplazamiento pinciano; el fracaso de las defensas de la ciudad era tan evidente en 1605, que la Sala hubo de cubrir el expediente de intentar poner coto al "asalto" con nuevos pregones de difícil ejecución si se tienen en cuenta los intentos antecedentes, en cuya dirección perseveraban:

*dixeron [los alcaldes de casa y corte] que mandavan y mandaron se pregone en esta corte que todas las personas questubieren sanas y en edad de poder serbir y trabajar ansi ombres como mugeres no puedan pedir ni pidan limosna de noche ni de dia por las calles por si ni por ynterpositas personas ni en otra forma y salgan de la corte dentro de seis dias primeros siguientes o tomen amos conocidos o oficio y modo de bibir so pena de cada cien azotes y los ombres de quatro de galeras y las mugeres de destierro desta corte y çinco leguas. otrosi mandaron que en los dichos ocho dias todas las personas que estuvieren sin acomodos ansi ombres como mugeres que no tuvieran ofiçio o amo siendo de diez años arriba tomen oficio cierto o amo a quien sirban o salgan dela corte con apercebimiento que por solo allarse sin amo o sin oficio pasado el dicho termino seran dados por bagamundos y castigados como tales*

<sup>1117</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1199, "Pregon general para la governacion desta corte", punto 44, f. 5r; 1601, abril, 2, Valladolid, Sala de Alcaldes.

<sup>1118</sup>*Ibidem*, punto 47, f. 5r y v.

*y para que lo suso dicho pueda tener efeto mandaron que todos los ganapanes se alisten y den fianças y traygan caperuças como esta mandado y certificacion de juen enriquez escrivano del crimen de como estaban alistados y dado fianças y no aya otros ningunos que sirban de ganapanes con apercebimiento que allandose sin la dicha certifiçacion y caperuça seran tenidos y castigados como bagamundos y asi lo probeyeron y mandaron<sup>1119</sup>.*

Se insistía en la obligatoriedad del trabajo; además se daba por hecho que las posibilidades de integración social de esos grupos empezaban y acababan en los oficios bajos de los que ya hablamos, bien sirviendo a un amo, bien como ganapanes; que socialmente tenían prácticamente la misma consideración y, desde luego, la misma imagen, hasta el extremo de exigirse el empleo de esas caperuzas como distintivo de su condición productiva y, por tanto, sometida.

La Corte regresó a Madrid y, en principio, no se dieron más medidas que las del pregón general con la certeza de que de poco servirían. Hasta llegar a 1609, que como ya señalamos fue un momento de nueva inquietud acerca de estos temas, espoleada por la exaltación que en algunos medios provocó la expulsión de los moriscos y que contó con una nueva ofensiva de Pérez de Herrera, que en esos momentos recobra el favor del poder, de modo que el Consejo aceptó algunas de sus peticiones y así se lo comunicó a la Sala para que las pregonase y llevase a la práctica. La petición del procurador general de los pobres sugería en esta ocasión que los que resultasen ser pobres legítimos<sup>1120</sup>

---

<sup>1119</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1199, f. 387, 1605, septiembre, 3, Valladolid, Sala de Alcaldes.

<sup>1120</sup>En algunos casos extraordinarios, la ilegitimidad de los pobres podía venir no de su relación con la marginalidad y la pobreza sino, al contrario, por no necesitar mendigar para vivir. Así, en el inventario de causas criminales se recoge un proceso de 1609 contra un curioso personaje, doña María Anaya a la que se acusa de usuras y de *pedir limosna siendo rica*; un caso de avaricia, pues, digno de una novela.

fueran señalados con una marca que ya Felipe II ordenó hacer con tal fin; con la intención de que sirviera de ejemplo a las demás ciudades y que los demás, que debían ser desterrados, se ocupasen *en travaxar para utilidad destes Reynos y mantenerse ellos*<sup>1121</sup>. El Consejo lo aceptó añadiendo penas de galeras y azotes para los infractores y prohibiendo que *los dichos verdaderamente pobres no pidan la dicha limosna dentro de las yglesias*<sup>1122</sup>. Y la Sala no se conformó con dar el auto para que los verdaderos pobres fuesen examinados y se les diese *una señal que traiga colgada al cuello la qual sea una tablilla en que traiga escrito el nombre del tal pobre y como se le da liçençia para pedir limosna con las señas de su persona para que no se puedan mudar de unos a otros*<sup>1123</sup>; sino que dió otro para acabar con los que no entrasen en la categoría anterior, considerados vagabundos, a los que se les marcaría a fuego con un sello debajo del brazo o en la espalda la primera vez que fuesen presos por ello, de modo que la segunda se supiese que eran reincidentes y se enviasen entonces a galeras; el trato es, además, exactamente el mismo que para los ladrones -aunque se emplearía un sello distinto para cada caso-, por lo que, sin pretenderlo, la Sala acortaría así el espacio entre la vida ociosa y la delictiva, puesto que el riesgo y el temor al castigo no eran mayores por cometer algunos delitos que por estar "ocioso y

---

<sup>1121</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1200, f. 444, 1609. Petición del doctor Pérez de Herrera. Véase apéndice nº XVI.

<sup>1122</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1200, f.443, 1609, septiembre, 3. Orden del Consejo. Véase también apéndice nº XVI.

<sup>1123</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1200, f. 446; 1609, septiembre, 11, Madrid. Auto y pregón de los Alcaldes. Véase el apéndice nº XVI.

desocupado"<sup>1124</sup>. Desde entonces parece que la Sala tuvo bien clara la distinción y no hablará de pobres -que serían los que podían tener licencia para pedir- sino de vagos y vagabundos, que cada vez asimila más con gente no sólo desocupada sino de malas costumbres; además las preocupaciones de los alcaldes en la vigilancia y persecución de los delitos propiamente dichos no les permitían ocuparse de unas medidas que requerirían atención constante para obtener algunos frutos; y encontramos referencias sólo accidentalmente a esta *gente valdia*, como si al tropezarse con ella no tuvieran más remedio que castigarlos; por ejemplo tras una ronda, en la que se buscaba a los responsables de una muerte y en la que se hicieron algunos presos, se informa al Consejo de que se halló

*otra gente valdia que andan en esta corte sin mas ocupaciones que andar en juegos y pendençias, se ha proveido que se les haga causa a los tales de mal entretenidos para castigarlos y hechar de la corte a los que conviniere que se entiende ha de ser un gran rremedio para escusar delitos y suplica la Sala a V. A. faborezca este intento para que se consiga el buen efecto que se desea*<sup>1125</sup>.

Es decir, preocupaba que pudieran cometer delitos, las pendençias que ocasionaban, no la falta de actividad productiva, puesto que la caridad seguía a salvo con el reconocimiento del derecho -aún supuestamente

---

<sup>1124</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1200, f. 445; 1609, septiembre, 11, Madrid. Auto de la Sala. Véase apéndice nº XVI. Consta que se mandaron hacer dichos sellos en 1619, pero no sabemos si en esos diez años anteriores se aplicaría el auto, en ese último año, la Sala

*mando que los sellos de bagabundos y ladrones que por su mandado a hecho hazer el alguapil de bagabundos pedro de san juan se den y entreguen a pedro de soria executor de la justia para que de quenta delllos cada que se le pidan y ponga al pie deste auto rrecibo delllos y ansi lo mandaron y señalaron.*

*en madrid a 21 de henero de 1619 en virtud del auto de arriva yo le entregue a Pedro de Soria verdugo dos sellos de yerro el uno con una L y el otro con una B que son de ladron y bagamundos para que los tenga y de quenta siempre que se pidan y el los rrecibio de que doy fee y lo firme...*

A.H.N., *Consejos*, libro 1205, f. 312, Auto de la Sala.

<sup>1125</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1201, f. 144; 1611, septiembre, 30, Madrid.



restringido- a mendigar.

Esta posición obligada de los alcaldes de casa y corte convirtió en rutina el *quiero y no puedo* de la justicia con respecto a pobres y vagabundos, de modo que la Sala fue consolidando una conducta más pragmática y más alejada de pretensiones incluídas en concepciones más amplias, tal y como se recoge en las "Advertencias para el servicio de la plaça de Alcalde de Casa y Corte", donde -en los años ochenta pero recogiendo la experiencia de más de un siglo de ejercicio de la Sala en Madrid- se reconocía el gran número de pobres que había en la Corte y el fracaso de medidas citadas como las licencias y señales para los pobres legítimos, puesto que se intercambiaban las tablillas o las insignias, por lo que se abandonaron esas disposiciones viéndose que no surtían efecto, no obstante se advierte que algo había que hacer *porque oy la mayor parte desta jente es bagamunda y toman esto por oficio sin tener causa lexitima para ello de que se orijinan muchos daños e yncombenientes*<sup>1126</sup>; sin embargo, esa larga experiencia de la Sala no bastó para ofrecer esos remedios y apenas sólo para enumerar cuáles eran esos daños que se derivaban de la abundancia de pobres como: quitar la limosna a los pobres legítimos; que el pedir limosna no era sino el principio puesto que *se pasa deste biçio a todos los demas*, de manera que gran parte de esa gente vagabunda eran en realidad ladrones o alcahuetes que *con achaque de pedir limosna entran en todas las casas y con eso dan los papeles y los recados que se les han encargado o reconocen las casas para dar aviso a los ladrones de cómo entrar o de*

---

<sup>1126</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1173, *Libro de noticias para el gobierno de la Sala*, "Advertencias para el servicio de la plaça de Alcalde de Casa y Corte", capítulo 52, f. 70 r. Véase para todas estas referencias el apéndice nº XVII.

su calidad, y además llevaban una vida disoluta, totalmente al margen de la moralidad absoluta, dado que

*todos estan amancevados con las pobres o con mugerçillas perdidas y tratando sólo de comer, vever y jugar y así se les encuentran las rondas en diferentes partes acompañados de las pobres y picaras y en sus posadas y en las tavernas y bodegones jugando buen dinero y tratando solo de comer y vever y de todos los demas viçicos*<sup>1127</sup>;

otros inconvenientes de su gran número eran que dejaban sus lugares y abandonaban sus haciendas, siendo causa de la despoblación de muchos lugares -que tanto había preocupado ya desde principios de siglo- y del mal estado de la labranza; que para aumentar sus ganancias eran capaces de cegar a sus hijos o de quebrarles piernas o brazos para mover a compasión, mientras que otros alquilaban niños y se hacían acompañar de varios cuando iban pidiendo limosna; o bien los robaban para venderlos contrahechos con ese fin; además, por supuesto, su multitud consumía gran cantidad de productos y no producía nada con lo que se perdía la riqueza del reino; y, por último podían ser causa de problemas de orden público -la principal preocupación de los alcaldes- e

*ynquietar la Republica con la menor ocasion que se ofrece dando motivo a alborotos y conmociones del pueblo y ynquietandole de dia y de noche con boçes y alaridos sin tener dolor ni causa que a ello les mueba*<sup>1128</sup>.

De manera que todos sus males eran fingidos y sólo suponían un peligro

---

<sup>1127</sup> *Idem*. Ese género de vida es el que se refleja a menudo en la literatura, como en *Rinconete y Cortadillo*, ejemplo repetido hasta la saciedad, o en *El diablo cojuelo* -menos citado- cuando en su tranco noveno nos presenta *el garito de los pobres*, en el que

*se juntan ellos y ellas, después de haber pedido todo el día, a entretenerse y a jugar, y a nombrar los puestos donde han de mendigar esotro día, porque no se encuentren unas limosnas con otras.*

VELEZ DE GUEVARA, Luis, *El diablo cojuelo*, edic. cit., pág. 165. Descripción, como vemos, muy semejante a la que hacían los alcaldes de casa y corte.

<sup>1128</sup> *Ibidem*, f. 70v.

para las haciendas y un mal ejemplo, porque, con frecuencia *ynduçen gran numero de muchachos que con façilidad los pasan a caliteros çicateros y despues a ladrones famosos*. Para la Sala, por tanto, no había más pobres que los falsos, que los vagabundos, *pobre* era sinónimo de pícaro en su sentido más amplio, de quien estba integrado en unos bajos fondos en los que se confundía delincuencia, mendicidad, marginación, ausencia de los valores morales y sociales imperativamente vigentes... La Sala -fracasados ya y definitivamente abandonados los intentos de ordenamiento colectivo y productivo que suponían propuestas de reforma como las de Pérez de Herrera- no puede ocuparse de los verdaderamente necesitados y para los fingidos sólo pudo proponer que fuesen enviados a presidio o a galeras. Aunque la dificultad estaría en la distinción de ambas categorías, puesto que los alcaldes y, probablemente la sociedad en general, tendieron a tener una imagen en la que justos y pecadores eran partícipes de los mismos defectos y virtudes: de todos se desconfiaba pero a todos podía llegar aquella caridad mal entendida y nunca desterrada -los propios alcaldes tienen buen cuidado de no ir contra ella cunado decían *y no sera faltar a la caridad dar modo para que esta se de a quien y como se deve...*-. Esa confusión llegó al extremo de afectar a los ciegos, a quienes tradicionalmente se atribuían grandes habilidades para sobrevivir -no hay más que pensar en el ciego del *Lazarillo de Tormes*-, pero a los que no se les negaba el derecho a tales recursos, viviendo de ofrecer remedios y oraciones a cambio de limosnas<sup>1129</sup> o de la venta de gacetas o avisos; sin embargo la Sala en esas Advertencias, título uno de sus

---

<sup>1129</sup>CERVANTES, Miguel de, *Pedro de urdemalas*, II, págs. 221-223; donde, además, el protagonista se finge ciego para ofrecer esas oraciones y remedios.

apartados "Ciegos y los daños de consentirlos", en el que se quejaba de su gran abundancia y del amparo que les suponía su cofradía del Carmen<sup>1130</sup> y de sus *mañas y ejercicios*, que pedían remedio<sup>1131</sup>.

Sin embargo, tantas pragmáticas, cédulas, disposiciones y autos, al contrastarse con la realidad, demuestran qué alejada estaba la práctica de la Sala de lo que a menudo mandadaba pregonar más por razones políticas que por una actitud verdaderamente decidida de intervención -por contentar al Consejo, por traducir en autos las peticiones de las Cortes, por complacer algunas inquietudes generalizadas, etc.-; puesto que las causas emprendidas por los alcaldes de casa y corte entre 1581 y 1621 ofrecen un panorama francamente sorprendente, tanto por su escaso número como por los momentos en que se produjeron que no se corresponden en absoluto con los que, a juzgar por las medidas hechas públicas, debían ser de mayor actividad.

---

<sup>1130</sup> Véase RUMEAU DE ARMAS, A., *Historia de la previsión social en España. Cofradías, Gremios, Hermandades, Montepíos*, págs. 269-270; donde se da cuenta de la Hermandad de Nuestra Señora de la Visitación de Madrid, que funcionaba como un verdadero gremio; los ciegos de Madrid *eran los encargados, con exclusividad oficial, de la venta en la corte de todo género de gacetas, relaciones, coplas, almanaques y guías*. Esta comunidad de profesión de un lado y la tendencia marcada hacia la agremiación de aquellos tiempos, les llevó a constituir en 1614 su correspondiente Hermandad, que se estableció -como decía la Sala- en el convento del Carmen.

<sup>1131</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1173, *Libro de noticias para el gobierno de la Sala*, "Advertencias para el servicio de la plaza de Alcalde de casa y corte", cap. 53, f. 72v.

# VAGANTES ENCAUSADOS EN LA SALA (1581-1621)

Años	Causas	Varones	Mujeres	Total
1581	1	1		1
1584	1	4		4
1588	2	13	5	18
1589	2	2	10	12
1590	2	2	1	3
1617	1	3		3
1618	2	3	1	4
1619	1	1		1
1620	1		1	1
<b>Total</b>	<b>13</b>	<b>29</b> (61,7%)	<b>18</b> (38,3%)	<b>47</b>

FUENTE: A.H.N., *CONSEJOS*, INVENTARIO GENERAL DE CAUSAS CRIMINALES, AÑOS 1581-1621.

Para esos cuarenta años nos encontramos con sólo trece causas, que suponen menos de un 0,2% de las que se registran en ese período, lo que da una idea del escaso interés que, en general, mostró la Sala en su persecución, puesto que no es creíble que el número real de vagabundos fuese tan bajo que dificultase las actuaciones contra ellos, puesto que son infinidad los testimonios que hablan de lo contrario, como ya vimos. El número total de encausados por vagabundos o *vagantes* en ese período fue de 47, que equivale a un 0,3 % del total de encausados, puesto que aquí la proporción causas/encausados (3,6) es notablemente mayor que en el total (2,15), puesto que los alcaldes actuaron en este caso contra lagunos grupos relativamente numerosos. Otra nota característica es que la proporción de mujeres es también muy superior a la media, más del doble de lo habitual, puesto que 18 de los 47 encausados eran mujeres, es decir, un 38,3 %. Pero aún hay más datos para la interpretación, 28 de ellos -esto es, casi el 60 %- estaban acusados de otros delitos: 22 lo estaban también por ladrones, 4 por

heridas y 2 por gariteros, de lo que podemos deducir dos cosas: en primer lugar, tenían razón las advertencias de la Sala en relacionar la vida del vagabundeo con el juego, las pendencias y sobre todo con *amistad por lo ajeno*, pues casi la mitad de esos 47 son considerados "ladrones", y ya explicamos cómo en la Sala se solía encausar por ladrones a quienes tenían una dedicación continuada, "profesional" a los delitos contra la propiedad -mientras que los juzgados por un caso en concreto lo eran por "hurto"-; en segundo lugar, si ese 60 % "pluridelincuente" no hubiera cometido otros delitos ¿se vería ante el tribunal de la Sala?, además otros 3 encausados eran gitanos -lo que los hacía más "visibles" y sospechosos a los ojos de los alguaciles de justicia- y otros tres estaban más exactamente acusados de acoger o de alquilar casas a vagabundos, con lo que estricta y exclusivamente como *vagantes* aparecen señalados sólo 15 -menos de un tercio- de los que 10 eran mujeres. Por tanto, en ese género de vida, sin añadirle mayores complicaciones legales, la mujer tenía un gran peso, puesto que había todo un submundo con clanes formados en los que, además, la promiscuidad era nota habitual.

Pero aún podemos obtener más información; encontramos dos períodos bien diferenciados y distantes en los que ante los alcaldes se presentaron causas de vagabundos: entre 1581 y 1590 se concentran ocho causas y 38 encausados; y entre 1617 y 1620, cinco causas y nueve reos; mientras que en los 27 años intermedios no aparece un sólo caso. La desproporción a favor de los acusados del primer período se debe a las cuatro comparecencias masivas que se produjeron en 1588 y 1589 -de 6, 12, 4 y 8 encausados-. Llama la atención singularmente el vacío de esos casi treinta años que, en principio, no hay por qué atribuir a una

deficiencia de la fuente puesto que para el conjunto de los delitos no presenta ningún tipo de anomalía en ese período; tampoco podemos buscar la explicación en una coyuntura socioeconómica distinta, puesto que esos años fueron aún más críticos que los anteriores, con lo que en todo caso debiera haberse reforzado la represión; en realidad, la razón habría que buscarla en el escaso interés que de una manera continuada demostró la Sala, desvirtuado cuantitativamente por esas escasas intervenciones más numerosas que llegaron a darle la entidad mínima necesaria para considerar significativas estos casos -sin los 31 encausados de los años 1588-89, el total apenas llegaría a un insignificante 0,1% del total del Inventario General de Causas Criminales para el período estudiado-. El primer momento sí se corresponde con unos años en que la Sala pareció interesarse, puesto que reiteró casi anualmente la prohibición de pedir limosna -en 1582, 1583 y 1585, al menos, como acabamos de explicar-, además en 1586 un alcalde de casa y corte fue comisionado por Felipe II para ocuparse de estos asuntos, lo que tal vez contribuiría a explicar la diligencia de esos dos años máximos. En el lapsus 1591-1616, se dio el pregón de 1591 que no tuvo ninguna incidencia práctica dados estos datos -lo que confirma que se trató sólo de una reiteración de las medidas de 1585, sin ningún afán de comenzar ninguna ofensiva-; se incluye en él también el lustro vallisoletano de la Corte, en el que como dijimos las medidas se limitaron casi al mismo traslado, esperando escapar de eso de desocupados; también queda de manifiesto que la inusitada actividad de peticiones, órdenes del Consejo y autos de la Sala que se dió en 1609 fue sobre todo una maniobra política, una apariencia de aceptar algunas propuestas reformistas en un año en que se buscaba el equilibrio para

contentar a todas las facciones -el año, no lo olvidemos, de la Tregua de los Doce Años y de la expulsión de los moriscos, con todo lo que ambas medidas significaron-.

Establecer cuál era el umbral de la pobreza resulta realmente difícil. En el campo de la transgresión nos interesa exactamente la misma distinción que se establecía entre pobres verdaderos y fingidos, entre los que necesitaban la caridad para sobrevivir y los que se valían de ella para encubrir modos de vida irregulares; además, a parte, de esos pobres de solemnidad, carentes de lo más elemental y con sus posibilidades de subsistencia constantemente amenazadas, encontraremos también -como ocurre en todo tiempo- otros muchos que, incluso desempeñando oficios, pasaban serias necesidades, al menos en determinadas coyunturas, y pueden también ser considerados pobres, como estudió bien Claude Larquié<sup>1132</sup>, a partir sobre todo de los libros parroquiales de bautismo y defunción y de las declaraciones de pobreza notariales, de ellos la enorme mayoría se dedicaban al servicio, y si les añadimos mozos de diversos oficios y los de caballería del ejército, tendremos más de un 70 % de los registrados, quedando un 9% de personas eclesiásticas -la mayoría sacerdotes pobres-, más de un 5% de esclavos, y escasos representantes de la artesanía, el comercio, los servicios, el ejército, etc<sup>1133</sup>.

---

<sup>1132</sup> LARQUIE, C., "Un estudio cuantitativo de la pobreza: Los madrileños y la muerte en el siglo XVII".

<sup>1133</sup> *Ibidem*, véase cuadro págs. 596-597.



### 2.3. Los niños expósitos.

Uno de los apartados más interesantes de estudio dentro de la *delincuencia* del Madrid de principios del siglo XVII se circunscribe al análisis de la situación de los niños abandonados, los cuales, muchos de ellos a una temprana edad, forman parte de los sectores picarescos de ese momento, como consecuencia lógica de las actividades que tienen que realizar en los centros de acogida, donde la mendicidad y la limosna se va a convertir en una de las vías de ingresos para el mantenimiento de estas instituciones. Y llegó a resultar un problema de tal calibre, que la preocupación la podemos observar en los acuerdos tomados en una visita realizada el 3 de enero de 1613 al Colegio de San Ildefonso:

*acordase que los niños que solían pedir por las calles no pidan atento que lo que se allegara es poco y gastan muchos zapatos y calzas y andan por tavernas y vodegones y se enseñan a malas costumbres y para que se evite todo esto es bien que no pidan sino que los niños esten rrecogidos*<sup>1134</sup>.

Analizar la situación de estos niños y observar en qué condiciones vivían será el objetivo principal de este apartado. Para ello hemos analizado un total de 210 referencias a niños expósitos, en su mayoría correspondiente al año de 1628<sup>1135</sup>, lo cual nos permite disponer de una base lo suficientemente sólida para examinar qué comportamiento tiene la sociedad madrileña respecto a los niños expósitos, definidos por

---

<sup>1134</sup> A.V.M., *Secretaría*, "Libro de cuenta y razón del Colegio de los niños de la Doctrina desde el año de 1578 hasta el de 1613", 2a-293-27, f. 332 v.

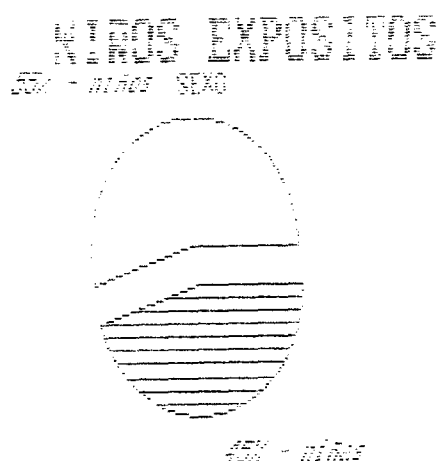
<sup>1135</sup> Sólomente seis casos corresponden a 1625 y tres casos a 1627.

Cobarruvias como:

*El niño que ha sido echado de sus padres o de otras personas en los campos o en las puertas de los templos, desamparándolos a su ventura; y de ordinario son hijos de personas que padecerían sus honras o sus vidas si se supiese cuyos son. A los otros los han mandado echar a las fieras sus mismos agüelos o matarlos; y los que llevaban comisión desta ciudad...*<sup>1136</sup>.

#### a) La composición por sexo.

Observamos que 115 expedientes corresponden a niños expósitos y 95 a niñas, por consiguiente existe un gran equilibrio entre ambos sexos, que representaría la siguiente proporción:



#### b) El estado de salud.

En la mayoría de los casos no se especificaba *el estado de salud* en que se encontraban los niños en el momento de recogerlos, pero en

<sup>1136</sup> COVARRUBIAS, voz "Expósito".

aquellos casos en que aparece las condiciones sanitarias de los niños son buenas y así se hace constar:

*Gabriel Sanchez, escribano publico de la villa de Valdilecha: Maria Muñoz, muger de diego, vecino desta villa, tiene dos niños del ospital de la piedra de la villa de Madrid a criar el uno de destete que se llama Manuel chacon el qual doy fe questa sano e bueno, e una niña que se llama ana de villaba, la qual esta sana e buena e la vi mamar e no tiene ningun achaque. Junio, 1628<sup>1137</sup>.*

Aunque de todas formas, la información que nos dan estos datos es tan pequeña (sólo en el 5% de los casos aparece especificado, y de estos el 3,3% están bien y el 0,95% se encontraban en malas condiciones) que no podemos considerarla representativa, por cuanto que el 95% de los casos escapa de ese análisis.

### c) La edad de los niños.

Tampoco suele hacerse constar, aunque en los que aparece, se trata de niños de pocos meses, ya que en los casos estudiados como tendremos ocasión de comprobar más adelante, la causa del abandono es fundamentalmente la necesidad, con lo que esperan hasta que la situación es crítica y tienen que darlos a criar. Posteriormente, los niños una vez acogidos en los centros están hasta la edad permitida, y una parte de ellos pasaba al cuidado de amas de cría:

*el escribano del lugar: Lucía García, mujer de Alonso García, una niña que dijo tener por nombre Marcela Manrique y ser de la pila y ospital de... de la ynclusa de la villa de Madrid que la cría por su sueldo y salario la qual dicha niña vi viva y que mamaba y tragaba. Junio, 1625.*

*Juan García, escribano de Navalcarnero: e bisto bueno y con*

---

<sup>1137</sup> A.H.N., Consejo de Castilla, Residencias, pesquisas y visitas, leg. 41.391. [Residencias año 1630]. Quaderno de los papeles y libranzas que se tomaron a Luis Martínez.

salud según su aspecto y parecer a gerónimo manuel y a ana salazar y gabriela que así se dijeron llamar que son de edad de 5 a 6 años y los cría ana coslada, vecina deste lugar, biuda de Francisco Marugan. Mayo 1625.

escribano de la villa: Fernanda Díaz, vecina desta villa, muger de Simon del monte, con una niña que dijo llamarse Maria de la cruz, de edad de tres años poco más o menos, que dijo averla traído del ospital de la pila de Madrid, la qual dicha niña está al parecer con poca salud, por falta de dinero. Junio, 1628<sup>1138</sup>.

#### d) Lugar de abandono.

Pero estos niños de escasos meses de vida ¿dónde eran *abandonados*? De las 210 referencias analizadas, en 157 de ellas no se especifica, y de los 53 en los que se señala, se distribuyen de la siguiente manera:

-Nacidos en el hospital, y sus madres tienen que estar ingresadas y no pueden criarlos..... 7 casos.

-Abandonados en Puertas de Iglesias..... 11 casos

\*en San Ginés..... 2 casos.

\*en La Soledad..... 5 casos.

\*en la capilla del Obispo.. 1 caso.

\*otras parroquias..... 3 casos.

-Abandonados en Puertas de casa..... 21 casos

\*puertas de casa..... 17 casos.

\*en una escalera..... 1 caso.

\*en casa de un diputado.... 1 caso.

\*en Procurador del Consejo. 1 caso.

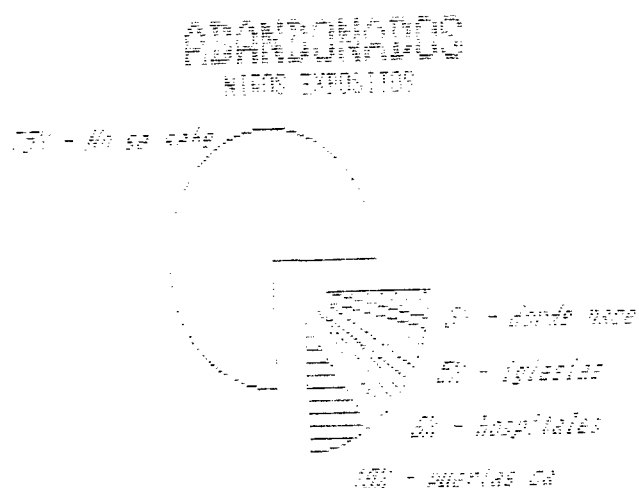
\*en casa de una condesa.... 1 caso.

---

<sup>1138</sup> *Ibidem.*

-Abandonados en puertas del Hospital<sup>1139</sup>..... 13 casos

Gráficamente, quedaría representado de la siguiente manera:



Excepto los niños que eran abandonados en el hospital que eran criados por el centro, el resto de los niños (abandonados en puertas de Iglesias, puertas de casa....) eran entregados, acogidos en Hospitales o Colegios para su cuidado. Nosotros nos hemos detenido a estudiar la situación de los niños que se encuentran en el Colegio de los Niños de la Doctrina de San Ildefonso. Existe un libro de cuentas de dicho colegio que recoge su evolución desde 1578 hasta el año de 1613.

---

<sup>1139</sup>El hospital de niños expósitos de Madrid, la Inclusa, aparece a veces denominado como Hospital de la Piedra y Hospital de la Pila de Madrid.

Después de realizar un análisis pormenorizado del Colegio hemos podido llegar a las siguientes conclusiones:

\* El Colegio acoge un total de 60 niños desde 1578 hasta que en el año 1613 se acuerda que el Colegio reduzca el cupo a 40. Ya desde algunos años antes se había reducido el número pues de tener en 1601 el Colegio 63 niños, se pasa al año siguiente a 42 niños. El problema es que había demasiado niños y ya se especifica en una visita efectuada durante el año 1592:

*Visita del 30 de octubre de 1592, el doctor Lobo Lasso, visitador en la dicha villa y su partido por el cardenal Quiroga. Visitó el Colegio de San Ildefonso desta villa donde se tienen y administran los niños de la doctrina e hallo es patron el ayuntamiento desta dicha villa y que ay mucha cantidad de niños a los quales se da de comer y bestir y enseña la doctrina...*<sup>1140</sup>.

La cifra se ve aumentada en el año de 1599 con un total de 86 niños. Este cambio para la reducción de niños en el Colegio se ve favorecida con el cambio de rector, por fallecimiento del anterior (lo que confirma que cada uno de ellos llevará una política diferente como detallaremos más adelante) y como no, por el traslado de la Corte a Valladolid en 1601, que origina la reducción de subvenciones para el Colegio, y por consiguiente la disminución de entrada de ingresos.

\* Al frente del Colegio se encuentra el Rector. Desde 1578 hasta 1613 nos encontramos con 4 rectores diferentes:

- Juan Hernández, clérigo. De 1577 hasta 1598.
- Licenciado Hernando de León. De 1598 a 1599.
- Clérigo, prebistero Miguel de Xeta. De 1600 a 1613.
- El clérigo Alonso Franco. En 1613 fue designado y sustituido.

---

<sup>1140</sup> A.V.M., *Secretaría*, "Libro de cuenta y razon del Colegio de los Niños de la Doctrina desde el año 1578 hasta el de 1613", 2ª-293-27, f. 94 v.

En cuanto a la relación del rector con el Colegio, observamos ya un claro obstáculo para el buen desarrollo del Centro ya que se confunde lo que es la propiedad y bienes del rector con los del Colegio; y así, en las cuentas realizadas durante el período de mandato del rector Juan Fernández, aún teniendo a cargo una cantidad importante de dinero, nunca se ve rebasada por el total de gastos efectuados (descargo), con lo que le queda siempre una cantidad (alcance) para el presupuesto del año siguiente, dinero que tiene que justificar y administrar el rector. Pero cómo se puede explicar que teniendo dinero a su disposición no sea gastado, cuando nos encontramos Provisiones del Consejo, como la del 23 de Febrero de 1598, para que Madrid diese por cuatro años más del sobrante de tercias al Colegio de San Ildefonso cien fanegas de trigo en cada año para ayuda al sustento de los niños, pues se encuentran en necesidad:

*Don Phelipe por la gracia de Dios Rey de Castilla (...). Por quanto por parte de vos la villa de Madrid. nos fue fecha relación que con licencia nuestra davades en cada año cien fanegas de trigo de limosna para ayuda al sustento de los niños de la doctrina que se recogían en el colegio de señor San Ildefonso, y la última licencia que se os avía concedido avía sido por seis años, que se avian cumplido a cinco días deste presente mes de febrero nos pedistes y suplicastes os la mandasemos prorrogar por otros seis años mas y que se diesen de sobras de tercias como siempre se avían dado o como la nuestra merced fuese, lo qual visto por los del nuestro Consejo fue acordado que devíamos mandar dar esta nuestra merced fuese, lo qual visto por los del nuestro Consejo fue acordado que devíamos mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha razon y nos tubimoslo por bien por la qual vos prorogamos y alargamos el termino contenido en la dicha nuestra licencia que de suso se hace mención por otros quatro años mas, que corran y se quenten despues de ser cumplido y acabado el termino della, para que en cada uno dellos de las dichas sobras de tercias podais dar y deis al dicho colegio del señor San Ildefonso las dichas cien fanegas de trigo para ayuda el sustento de los dichos niños sin que por ello caigais ni incurrais en pena alguna, y cumplidos los dichos quatro años no deis mas la dicha limosna sin nuestra licencia y mandado, so pena de caer e incurrir en las penas en que caen e incurrén los conegos y personas que dan semejantes limosnas sin tener para ello licencia nuestra, de lo qual mandamos dar y dimos esta nuestra carta sellada con nuestro sello y librada de los del*

*nuestro Consejo. Dada en Madrid a veinte y tres dias del mes de hebrero de mill y quinientos y noventa y ocho años*<sup>1141</sup>.

La explicación es bien sencilla. Casi nunca el rector se arriesgará a gastar el presupuesto y cargo concedido, puesto que muchas de sus propiedades y bienes están dentro de las cuentas del propio colegio y viceversa. Observado de esta manera, muchas de las necesidades de los niños no se cubrirán, y por consiguiente continuarán por las calles pidiendo limosna, situación que como hemos visto anteriormente, se intenta evitar desde la Administración. Y además se dan órdenes para que gasten el dinero que tienen asignado:

*Visita M. 22 agosto 1591: el doctor Gerónimo Lobo Lasso, visitador por el cardenal Quiroga. Rrequirió las quantas de atras que son del año de noventa las quales hallo tomadas por Simon de Bargas, alguacil mayor desta villa en nombre del corregidor della y por Melchor de Matute, regidor della y diputado deste colegio las quales vio y aprobo y dio por buenas y fielmente hechas y condeno al dicho rector en un quento y ciento y sesenta y siete mill y trescientos y cinquenta y dos maravedies del alcance que en ellas le está hecho y le mando los gaste e distribuya por la orden que le está dada...*<sup>1142</sup>.

Sólo desde esta perspectiva es fácil comprender los problemas que se planteaban cuando se producía el fallecimiento del rector, pues se tienen que tomar las cuentas a sus herederos y llegar a un acuerdo entre ambas partes:

*Cargo que se haze a Juan Fernandez, Rector del Colegio de Señor San Ildefonso de los niños de la doctrina cristiana desta villa de Madrid difunto y en su nombre a Pedro Fernandez de Bargas y Francisco Gomez de Bargas y a los menores herederos del dicho Rctor de los maravedies y otra cosa que an estado en su poder como bienes y hazienda del dicho colegio desde 1 de henero del*

---

<sup>1141</sup> A.V.M., *Secretaría*; 2-158-179, Provisión del Consejo.

<sup>1142</sup> A.V.M., *Secretaría*, "Libro de cuenta y razon del Colegio de los Niños de la Doctrina desde el año de 1578 hasta el de 1613", 2a-293-27, f. 87 v.



año del 77 hasta fin del y hasta 11 de marzo del 98 que murió<sup>1143</sup>.

Cuando muere el rector Fernando de León tiene un descargo de 673.923 maravedíes de los cuales es alcanzado el rector, sus fiadores, bienes y hacienda en 7.576 "que se han de cobrar de cualesquiera bienes que tuviere y ubiere quedado del rector". Por consiguiente, entre ambas partes (Colegio y Rector), los fiadores tendrán un papel fundamental en cualquier problema referente a las propiedades y administración del colegio, y así cuando se produce el traslado de la Corte de Madrid a Valladolid en 1601 y los fiadores que había propuesto el rector Miguel de Xeta también se han de ir con ella, se le pide que notificara nuevos fiadores para la administración y cobranza de dichas propiedades.

Las obligaciones del rector se dirigen en dos direcciones fundamentalmente. La primera de ellas en la crianza, enseñanza de la doctrina cristiana y limpieza de los niños, que incluye además en enseñarles a leer, escribir, contar, darles estudio y demás oficios y artes a que cada niño se inclinara. La segunda obligación se dirige a la administración y cobranza de la hacienda del Colegio. Para realizar estas actividades se les obliga a residir en el propio Colegio, no sólo al rector, sino al resto del personal empleado. Pero todo este conjunto de obligaciones resulta excesivo y así el rector D. Miguel García de Xeta, en 1612 plantea su salida del centro por no poder realizar en satisfactorias condiciones todos sus cometidos:

*En esta junta aviendo entendido que el licenciado Miguel García de Xeta rector deste colegio se queria despedir porque no podía acudir a la crianza y limpieza y doctrina de los niños y a la cobranza de la hazienda y administración della y que dezía que si*

---

<sup>1143</sup> *Ibidem*, f. 116 v. Con la notificación de las cuentas a los herederos, que las dan por buenas, *ibidem*, f. 134 v.

*algún descuydo havia auido en la limpieza y crianza de los dichos niños hera por andar ocupado en la administración y cobranza de la hazienda y que habiendole hablado para que no se despidiese ofrecia asistir al servizio de la casa y crianza y doctrina de los niños como se le reserbasse de la cobranza de la hazienda... y visto por los dichos señores se acordo que para que mejor los niños sean adoctrinados y enseñados y anden limpios a el dicho licenciado Miguel García de Xeta se le escusa de la cobranza y administración y se nombra a Alonso Cotel para que lo cobre y administre...<sup>1144</sup>.*

De esta manera podía tener mucho más tiempo para el cuidado de los niños, a cambio de llevarle un riguroso control de sus obligaciones, y en 1613 se acuerda sustituir al rector Alonso Franco, porque no duerme, ni acude al colegio con puntualidad, por asistir a su oficio de cura. Por ello se acuerda buscar una persona que esté desocupada y caritativa para que sea rector y se le lean las "ordenanzas" para que las guarde y cumpla.

Aquí ya comprobamos como la situación del rector, progresivamente va pasando el tiempo, se hace cada vez mucho más difícil de llevar. Primero, porque requieren toda su dedicación y segundo, como ya se indica "caritativa", porque las condiciones en que van a vivir son cada vez más necesitadas, y así nos encontramos que en 1648 y en 1649 se aprobará "dar limosna a Pedro Gerónimo Navarro, prebístico y rector de los niños de la doctrina por haber 24 años que sirve y está enfermo en la cama y estar muy malo y pobre. Atento por necesidad." La limosna es de 24 ducados en propios en 1648 y 50 ducados en 1649.

Así como se controla el trabajo realizado por el rector, también se inspecciona el del resto del personal empleado, y se acuerda despedir al maestro de los niños por haberse casado y no poder asistir a su enseñanza, ni dormir en la casa como conviene, y en su lugar se recibe a otra persona por maestro.

---

<sup>1144</sup> *Ibidem*, f.327 v.

El salario del rector pasa de 9.000 maravedies en 1580 a 34.000 maravedies en 1612 por sólo administrar la hacienda, sin contar la crianza de los niños. Estos 34.000 maravedies los cobrará otra persona contratada, puesto que como hemos visto anteriormente, el rector hacía dejación de esta función, por no poder desarrollar todas sus actividades. Otros salarios del personal contratado ascienden a 4.500 maravedies en 1580 para la ama del Colegio por su su cuidado, diligencia y fidelidad en sus obligaciones y además se le dan 8 maravedies para vino por ser vieja con la condición de que no se de a ninguna otra persona de la casa. 200 reales cada año en 1612 para el maestro además de comida, casa, cama y ropa lavada en el colegio.

Pero si necesidad pasa el rector, ya nos podemos hacer una idea de las condiciones en que se pueden encontrar los niños acogidos en el centro, si además, nos encontramos a partir de 1620 acuerdos de la villa de Madrid, concediendo limosna al colegio de niños de San Ildefonso:

*1621, agosto, 2. Madrid. Acordose que al colegio de San Ildefonso de los niños de la doctrina cristiana desta villa se le libren cien fanegas de trigo de las que en el posito entran de propios por este año de las que en cada un año esta villa les da de limosna con licencia de la Junta.*

*1625. Muy poderoso Señor la villa de Madrid dize que el colegio de los niños de la doctrina desta villa es suyo y siempre acostumbra a darle en cada un año cien fanegas de trigo de limosna del trigo de propios y agora a acordado se le den cien fanegas estge año porque padecen nezesidad.*

*1639, mayo. Ayuntamiento de Madrid. Estando juntos en el ayuntamiento desta villa los señores corregidor y madrid como lo tienen de costumbre que por quanto el colegio de los niños de la doctrina cristiana de que esta villa es patrona oy esta con suma necesidad y es preciso bestir los muchachos para que salgan el día del santísimo sacramen-*

to...<sup>1145</sup>.

\* Las cuentas del Colegio se controlan rigurosamente por las visitas realizadas año por año, donde se especifica que las cuentas están bien realizadas:

*Visita del 1 de junio del 97, el doctor Sobrino Morillas visitó el colegio y las cuentas de otras y halló están fielmente hechas y se hizo ynventario de los vienes plata y ornamentos en libro aparte*<sup>1146</sup>.

Las cuentas se distribuyen de las siguiente manera:

1.CARGO: el dinero disponible para gastos, es el presupuesto del año, formado fundamentalmente por los ingresos que tiene el Colegio proveniente de 6 partidas fundamentalmente: del alcance del año pasado (lo que le quedó al rector que no gastó el año anterior), ingresos de censos, juro y alquiler de casas, ingresos de entierros que los niños han ido a acompañar, limosnas que los niños han recogido en cazuelas y han dado personas particulares, de cera que se vendió y de lo cogido de censos atrasados. Para que esté disponible este cargo, el rector tiene que estar atento a su obligación de administración y cobranza de la hacienda.

2.DESCARGO: gastos sufridos durante el año, que son **ordinarios** (que consisten fundamentalmente en los gastos ocasionados por la compra de la comida de los niños y demás gente de la casa), **extraordinarios** (la parte más importante se va en salarios, pero también en comprar pan, aceite, leña, zapatos, ropa, carbón, trigo, cebada y otros gastos de la casa) y **otros gastos** (que en casi todas las

---

<sup>1145</sup> A.V.M., Secretaría, "Acuerdos de Madrid concediendo limosnas al Colegio de niños de San Ildefonso. 1621-1677"; 4-336-23. Nº 1, 2 y 3.

<sup>1146</sup> A.V.M., Secretaría, "Libro de cuenta y razon del Colegio de los Niños de la Doctrina desde el año de 1578 hasta el de 1613", 2a-293-27, f. 114 v.

ocasiones no se especifican pero que se llevan una parte importante)<sup>1147</sup>.

Dentro de estos gastos, en la mayoría de las ocasiones se especifica al colegio como debe distribuirse, y así, en 1613 nos encontramos que se insiste en que se de a cada niño media libra de vaca o carnero cada día por la comida y cena, y el pan que ubieren menester; que se hagan otras 40 camisas<sup>1148</sup>, además de las 40 ya hechas y también otras tantas sábanas y se cuide que estén siempre limpias; que no se gaste en la cocina carbón sino leña y que en el invierno se compre un poco de carbón para los braseros de los niños cuando estén en la escuela.

Estos *alcances* finales cada año son comprobados aunque a partir de 1605 sólo se revisan, y en ocasiones nos hemos encontrado con errores, como las registradas en las correspondientes al año 1581 y 1589 que de quedar como carga para el año siguiente 897.776 maravedíes se pone 797.776, con lo que se pierden 100.000 maravedíes del presupuesto.

Los gastos extraordinarios superan mayoritariamente a los gastos ordinarios, por lo que podemos afirmar que en los salarios se va la mayoría de lo presupuestado, siendo menor la medida de lo destinado a la compra de la comida de los niños. De 1578 a 1613 (en 35 años), sólo hay dos años que se dé el caso contrario. En 1587 donde el gasto

---

<sup>1147</sup> Así por ejemplo, en las cuentas del año 1603 se tiene un cargo de 2.181.611 maravedies y un descargo de 2.103.665 maravedies repartido de la siguiente manera: ordinario (145.217), extraordinario (388.886) y en otros gastos la elevada cantidad de 1.569.557, con lo que le queda un alcance para justificar por el rector de 77.945 maravedies para el año siguiente.

<sup>1148</sup> Recuérdese que se acordó que el colegio tuviera 40 niños siempre, no más.

ordinario es de 120.931 maravedíes frente a los 81.064 extraordinarios y en 1593 con un gasto de 161.292 y 61.548 maravedíes respectivamente. En los 33 años restantes el gasto extraordinario supera con gran diferencia al ordinario<sup>1149</sup>.

Dentro del gasto extraordinario se incluyen como partidas individuales las cuentas correspondientes a la compra de trigo y cebada. Eso nos hace comprobar, cómo el elemento más importante dentro de la alimentación de estos niños gira entorno al pan. Estudiando estas partidas podremos conocer cuántos niños había en el centro en cada período y cuánto consumían. El precio en 1593 de una fanega estaba a 19 reales, equivaliendo una fanega de trigo a 34 panes. El cargo (es decir los ingresos) del trigo viene dado en primer lugar por lo comprado por el rector, seguido de lo que da de limosna la villa, y de lo ofrecido por los monasterios (especialmente el de Santo Domingo y Santa Clara) a los que asisten los niños para ayudar a misa, y finalmente por lo que queda del alcance del año anterior.

Al presentar las cuentas los diferentes rectores, comprobamos cómo no siempre se mantienen los alcances, puesto que como explica el rector Juan Fernández, del alcance correspondiente a los años 1595-96, le quedan para el año siguiente 1.786.313 maravedíes, de los cuales 361.313 son adeudados por personas que tienen pendientes pleitos y por consiguiente pide que se reduzca el alcance de ese año a 1.425.000 maravedíes, por cuanto intuye que los 361.313 maravedíes nos lo va a poder cobrar. Lo que supone un problema añadido en la gestión del colegio, en relación con la multitud de casos en que los intereses económicos personales estorban la recta administración de cualquier

---

<sup>1149</sup> Ver apéndice nº XX, con el alcance total del colegio correspondiente a los años de 1578 a 1613.

institución.

A lo largo de estos 35 años podemos observar varias fases en la presentación de las cuentas:

1ª fase, que coincide casi en su totalidad con la presencia como rector de D. Juan Fernández, donde todos los años se acaba con un alcance contra el rector, puesto que los gastos son muy reducidos, quedando un cargo para el año siguiente muy considerable. Esto obliga a la Administración, como hemos observado anteriormente, a que aconseje por notificación que gaste el rector el alcance que le ha sobrado.

2ª fase, de 1604 a 1613, siendo rector D. Miguel García de Xeta, donde los alcances acaban contra el Colegio, por cuanto se gasta más (descargo) que presupuesto tiene para cada año (cargo).

Es interesante resaltar el año de 1610 como excepción, pues se finaliza el año con un alcance contra el rector de 344.661 maravedíes (un cargo de 1.552.667 y un descargo de 1.218.922), por cuanto en ese tiempo, el colegio recibe varios donativos que ocasiona que sus ingresos se vean aumentados considerablemente, como el hecho de la concesión del testamento del licenciado D. Nicolás de Ocaña, a favor del Colegio de San Ildefonso, en 1609:

*En la ciudad de Valladolid a honçe días de el mes de diciembre de mill y seiscientos y nueve años. Ante el señor licenciado Paer Vergara teniente de corregidor en ella por el rrei nuestro señor y por ante mi Thomas Lopez su escrivano y de el numero de 1. poseszio el licenciado Francisco Gamorral, clérigo presvitero cura propio de la iglesia de sseñor San Pedro de esta ciudad y dexo que el licenciado don Nicolas de Ocaña y Figueroa, canónigo y tesorero de la santa yglesia cathedral de esta ciudad es fallecido y pasado de esta presente vida y otorgo su testamento cerrado y ultima voluntad devaxo de cuya disposicion fallescio ante Joan del vasco escrivano de S.M. en nueve dias deste presente mes y año estando en su juicio y natural entendimiento el qual signado con su signo presenta ante su merced y atento que el dicho licenciado Ocaña es fallecido y pasado desta pressente vida que fallescio para amanecer oy dicho dia y que entiende le dexa por su entendimiento y juicio natural y como en aquel tiempo y al pressente el dicho juan del vaso hera y es escrivano de*

*S.M., fiel y legal y de confianza a cuyas escrituras y autos se a dado y da fee y credito en xuiçio e fuera del y de como el susodicho es fallecido y pasado desta pressente vida y rrescevi-da mande avrir y publicar el dicho testamento y que deja al Colegio la mitad de una renta de 260 ducados de principal, y le nombra universal heredero de sus bienes muebles y raices, para calzados y vestidos de los niños*<sup>1150</sup>.

Es justamente durante estos años cuando los niños se encuentran mejor atendidos, y cuando se supera en el presupuesto de cargo los 2.000.000 de maravedies. La cota del 1.000.000 se sobrepasó en 1588.

Como conclusión se puede afirmar que los niños recogidos en el colegio de San Ildefonso tuvieron que afrontar numerosas necesidades, contrastado con las ayudas que se tuvo que dar desde la administración por cuanto el colegio llegó a un momento en el que no podía abastecerse por sí mismo. Esto provocó que, en vez de convertirse en importantes instituciones de enseñanza y educación para estos niños abandonados, por las propias necesidades y dificultades que pasó el centro, los niños tuvieran que salir a las calles a pedir y no estar recogidos en el Centro como se tenía previsto.

#### **e) Limosnas.**

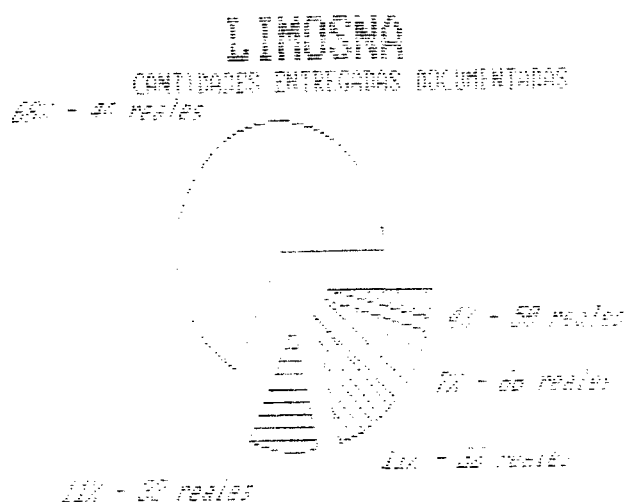
En lo que se refiere al *dinero* que se da de limosna en el momento de entregar el niño a los centros de acogida, de los 210 casos analizados, sólo se especifica en 28, que se hallan distribuidos de la siguiente manera: en dos ocasiones se ofrecen 6 ducados; en una 50 reales; en otras 19, 4 ducados (aunque uno sólo da 43 reales); en dos ocasiones 3 ducados y en una 28 reales; en otras dos dos ducados y en una sólo 20 reales.

---

<sup>1150</sup> Traslado del testamento del Licenciado Don Nicolas de Ocaña. A favor del Colegio de San Ildefonso, 1609. A.V.M., *Secretaría*, 5-377-24.



La representación proporcional del dinero que se ofrece es la siguiente:



#### f) Bautismos.

En cuanto a los niños que han recibido el *bautismo* en el momento de ser abandonados, no se especifica en 118 casos o se dice que no han recibido bautismo, en los 92 expedientes restantes nos encontramos que 61 han recibido el bautismo, 30 niños sólo han recibido el agua, y en un caso sólo ha recibido el crisma. Por consiguiente, es el 29,6% el

total de bautizados.



En líneas generales, se pide en los casos que no se han bautizados, que se les de bautismo. Esto es porque generalmente son abandonados en una edad muy temprana y todavía no se les ha bautizado, sacramento que reciben en el momento que llegan a los centros de acogida.

Entre 1650 y 1700 el número de bautismos realizados respecto a los niños abandonados es el siguiente<sup>1151</sup>:

PARROQUIAS	BAUTISMOS	NIÑOS ABANDONADOS	%
San Martín	38721	752	1,94
San Sebastián	36324	1829	5,03
Santa Cruz	13722	238	1,73
Santiago	2998	11	0,36
San Juan	1364	23	1,68
San Pedro	1972	49	2,48
Santa María	2202	31	1,40

<sup>1151</sup> LARQUIE, Claude, "Amours légitimes et amours illégitimes a Madrid au XVII<sup>e</sup> siècle (Une approche quantitative)", en *Amours légitimes amours illegitimes en Espagne (XVI-XVII siècles)*. Colloque International (Sorbonne, 3, 4, 5 et 6 octobre 1984). París. Publications de la Sorbonne, 1985. pp. 69-91; p.73.

Muchos de estos niños antes de entrar en la inclusa tenían que pasar por la parroquia para recibir el bautismo, en el que, en algunos casos, se les impondría el nombre que sus progenitores deseaban según dejaban reflejado en los billetes que acompañaban a las criaturas:

*Esta niña nació domingo 20 de agosto día de san bernardo ase de llamar bernarda no ba cristiana en haçella se servira a nuestro señor y a ella y a sus padres muy gran bien y limosna.*

*Esta niña no esta cristiana quiere su madre que se llame maria de jesus*<sup>1152</sup>.

En otros casos eran los que los recogen y les dotaban de limosna para poder ingresar en la inclusa, quienes expresan el nombre que han de llevar:

*Esse niño me han hechado en mi casa con retulo de que no esta bautizado y aun pareze recien nacido ay llevan quatro ducados de limosna, vuestra merced se sirve de que se llame por mi contemplacion juan del sacramento por la fiesta del que es de San Juan de mañana que yo quiero tener cuenta con el y hazer lo que pudiere, guarde dios a vuestra merced muchos años, de casa 21 de junio de 1628. Juan Baptista de Pastrana*<sup>1153</sup>.

#### **g) Causas del abandono.**

Suelen deberse, fundamentalmente, a cuatro razones:

- huérfanos..... en 9 casos.
- madre enferma hospitalizada..... en 11 casos.
- por cuestión de honra, honor..... en 7 casos.

---

<sup>1152</sup> A.H.N., Consejo de Castilla, Residencias, pesquisas y visitas, leg. 41.391.

<sup>1153</sup> *Ibidem.*

-por necesidad, padres pobres..... en 24 casos.



De los 51 casos especificados, 24 casos son por necesidad, es decir el 11%, que indica las dificultades por las que pasa las familias madrileñas a comienzos del XVII. Y es significativo la presencia de 7 casos por cuestión de honra al ser hijos de padres nobles.

*Esta niña no lleba agua nazio el primer dia de pascua llamarase antona del espiritu santo por caridad se mire por ella pues es de padres onrrados y prinzipales y ... que ynporta mucho al onor de una mujer onrrada por amor de dios se aga esta buena obra que presto se sacara.*

*Este niño no esta bautizado solo tiene agua bendita que la mujer le echo suplicase a vuestra merced como a tan gran cristiano que ampare esta neçesidad es hijo de padres nobles ynporta a la honra ocultalle a unas tres semanas que nacio es necesario bautizarle luego...que no mama desde medio dia. Es boto de sus padres que se llame Pedro<sup>1154</sup>.*

En este sentido, muchos autores se han referido con frecuencia al problema de los hijos ilegítimos, y así por ejemplo Alain Molinier y

<sup>1154</sup> *Ibidem.*

Jean-Pierre Bardet militan a favor de la ilegitimidad en la medida que afirman que estos niños son en general de menos de un mes al contrario de los abandonados por las familias regulares que tienen más. La mayoría de los recién nacidos de padres desconocidos tienen apenas algunos días hasta el punto que los sacerdotes deshechan atribuirles una edad. Por ello afirman que son el fruto mucho más de amores ilegítimos que de los legítimos.

Por el contrario, Francois Lebrun y otros especialistas estiman que la mayoría de ellos son nacidos de uniones conyugales y se atreven a presentar la identidad expósito-legítimo<sup>1155</sup>.

PARROQUIAS	BAUTISMOS	ILEGITIMOS	%
San Martín	38721	1874	4,83
San Sebastián	36324	725	1,99
Santa Cruz	13722	152	1,10
Santiago	2998	78	2,60
San Juan y San Gil	1364	10	0,73
San Pedro el Real	1972	38	1,92
Santa María	2202	20	0,90

De estos, al menos, 24 niños abandonados por pura necesidad<sup>1156</sup>, la mayoría de ellos tenían escasos meses de vida y no por ello los consideramos ilegítimos, e incluso de entre los que figuran como hijos de padres nobles hay casos en los que se dice expresamente que no son

<sup>1155</sup> *Ibidem.* pp 71-74.

<sup>1156</sup> Puesto que, muy probablemente, la mayor parte de los casos en los que no se especifica el motivo del abandono tendrían que ver con razones económicas.

abandonados por razones relacionadas con la honra, puesto que se trataba de vástagos legítimos:

*Este niño esta bautizado y se llama Francisco Rio es hijo legitimo y hijo de padres nobles que por una desgracia les es fuerza ponelle en las manos de Dios y de la misericordia porque no perezca, muy en vreve se volvera por el con la ayuda de Dios que quede con el.*

El 5% corresponde a causas motivadas por enfermedad de las madres -ingresadas en hospitales- que no pueden hacerse cargo de sus hijos, y finalmente el 4% corresponde a huérfanos.

Para finalizar, como conclusión, podemos afirmar que la mayoría de los niños abandonados eran más bien fruto de la miseria y de la necesidad que de la deshonra que podía suponer tener hijos ilegítimos, que una vez recogidos en centros de beneficencia, continuaban padeciendo la necesidad y pobreza de estos colegios que provocaba no sólo que no recibieran la educación apropiada sino que incluso tuvieran que echarse a las calles para mendigar, donde aprendían las prácticas más utilizadas de la picaresca madrileña, tal como recoge Cervantes, por ejemplo:

*Yo soy hijo de la piedra  
que padre no conocí;  
desdicha de las mayores  
que a un hombre pueden venir.  
No sé dónde me criaron;  
pero sé decir que fui  
destos niños de doctrina  
sarnosos que hay por ahí.  
Allí, con dietas y azotes,  
que siempre sobran allí,  
aprendí las oraciones,  
y a tener hambre aprendí;  
aunque también con aquesto  
supe leer y escribir  
y supe hurtar la limosna  
y desculparme y mentir<sup>1157</sup>.*

---

<sup>1157</sup> CERVANTES, Miguel de, *Pedro de Urdemalas*, pág. 191.

#### 2.4. Minorías: los gitanos.

No hablaremos aquí de los extranjeros, puesto que en lo que a su actividad marginal se refiere se integran en alguno de los grupos antecedentes; ni de los esclavos que tampoco tienen una posición coherente como grupo, sino que sus contactos con la transgresión los realizaban individualmente o arrastrados por sus dueños. Sin embargo, los gitanos sí constituían un grupo diferenciado y siempre bajo sospecha; distintos por su modo de vida, percibidos como diferentes por la sociedad, aunque pronto veremos cómo esa diferencia no era por razones raciales sino por sus comportamientos o los que, al menos, se les atribuían.

¿Quiénes eran los gitanos?, ¿qué se pensaba de ellos en la España de los Austrias? Dos definiciones pueden sernos de inestimable ayuda. Primero, la del imprescindible Cobarruvias, que no se anda por las ramas, cuando comienza:

*Gitano. Quasi egitano. de Egypto. Ésta es una gente perdida y vagamunda, inquieta, engañadora, embustidora...*

continúa aventurando ideas sobre su origen y movimientos y, más adelante, refiere dos de sus rasgos característicos: *admiten otros vellacos advenedizos que se les pegan* -pronto lo explicaremos- y también tenían una lengua *ficticia con que se entienden, que comúnmente llamamos gerigonça*<sup>1158</sup>. Sobre sus actividades, dice:

---

<sup>1158</sup>Como dice la profesora Sanz Ayán: *su lengua era el romaní, que derivó con el tiempo en el caló, y cuya denominación para los habitantes de los reinos hispánicos era la de jerigonza*, SANZ AYÁN, Carmen, "Minorías y marginados", en *La vida cotidiana en la España de Velázquez*, págs. 127-147:

*fuera de ser ladrones manifiestos, que roban en el campo y en poblado, de algunos dellos se puede presumir que son espías [...] y las mugeres son grandes ladronas y embustidoras, que dicen la buenaventura por las rayas de las manos, y en tanto que ésta tiene embevidas a las necias, con que se se han de casar o parir o topar con buen marido, las demás dan buelta a la casa y levan lo que pueden.*

Por último, recoge algunas expresiones que demuestran cómo esa imagen peyorativa de su descripción estaba ya también en la mentalidad popular que decía de alguien que era gran gitano *quando en el comprar y vender, especialmente bestias, tiene mucha solercia e industria*<sup>1159</sup>. La otra definición es la que podemos extraer de las "Advertencias..." del tan citado *Libro de noticias* de la Sala de alcaldes de casa y corte, en las que, en lugar de dar consejos sobre cómo actuar con los gitanos, más bien se describe su comportamiento: en primer lugar, lo evidente es que llevaban un modo de vida distinto -*toman un modo de vida diferente de todos los demas de la republica*- y eso, además de chocante, era ya de por sí peligroso; esa distinción se manifestaba en que tenían otra lengua -*aprenden un jenero de jerigonça*- y, por supuesto, se traducía en que eran todos *jente perdida* que vivían *biçiosa y liçenciosamente*;

---

pág. 134. Desde luego ese idioma estaba muy en relación con la germanía -véase al respecto, OURVANTZOFF, Miguel, *Germanía: un aspecto de la sociedad española en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976, págs. 8 y 9- y el propio COBARRUVIAS lo demuestra cuando en la voz "Gerigonza" dice

*Un cierto lenguaje particular de que usan los ciegos con que se entienden entre sí. Lo mesmo tienen los gitanos, y también forman lengua los rufianes y los ladrones, que llaman germanía.*

<sup>1159</sup>La mentalidad popular los identificaba -e identifica aún hoy con triste frecuencia- con su habilidad como ladrones, como recogía la literatura a menudo; así, Pedro de la Rana, uno de los pretendientes a la vara de alcalde de Daganzo, dice:

*¿Ellos no son gitanos? Pues adviertan  
que no nos hurten las narices.*

CERVANTES, Miguel de, Entremés de *La elección de los alcaldes de Daganzo*, en Comedias y entremeses, tomo I, Madrid, Calpe, 1921, págs. 55-78; pág. 71.



sus delitos eran: *los robos y omicidios* en casas y caminos; la inmoralidad de esa vida licenciosa -en la que las gitanas era *jente perdida y bagamunda*- y la ociosidad, razón por la cual *como en ella se trabaja menos y se vive con mas libertad, con facilidad se aplican mugeres y hombres a seguirla*<sup>1160</sup>, coincide ésta última observación con la que hacía Cobarruvias acerca de los advenedizos que *se les pegan*, y es que, efectivamente, sería quizá más correcto hablar de "vida gitana" más que de gitanos y también la literatura lo reitera, por ejemplo aquel Pedro de Urdemalas cervantino que dejamos de esportillero aprendiendo a ser pícaro, tras cursar como mochilero de soldado, vendedor de aguardiente y de suplicaciones, mozo de ciego -con el que aprendió jerigonza<sup>1161</sup> y a fingirse ciego-, mozo de mulas y de un fullero, se licenció como gitano:

*digo que he de ser gitano,  
y que lo soy desde aquí*<sup>1162</sup>.

Por eso eran perseguidos no por sus ideas ni por una actitud racista -al menos no abiertamente<sup>1163</sup>- sino por ese género de vida diferente del que hablábamos y que se identificaba con el delito: latrocinios y engaños, vagancia e inmoralidad; lo que les hacía una minoría molesta,

---

<sup>1160</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1173, *Libro de noticias para el gobierno de la Sala*, "Advertencias para el servicio de la plaza de Alcalde de casa y corte", cap. 54, ff. 73v-74r.

<sup>1161</sup>Como Lazarillo de Tormes con su amo, cuando nos dice: *començamos nuestro camino y en muy pocos dias me mostró jerigonça*, LAZARILLO DE TORMES, edición de Julio Cejador, Madrid, Ediciones de La Lectura, Clásicos Castellanos, 1914, tratado I, pág. 91.

<sup>1162</sup>CERVANTES, Miguel de, *Pedro de Urdemalas*, I, pág. 197.

<sup>1163</sup>Puesto que sus *diferencias étnicas con respecto al resto de los habitantes de la Península no eran muy marcadas, salvo en lo oscuro de su piel, que se achacaba más a su vida a la intemperie que a disimilitudes propiamente raciales*, SANZ AYAN, C., *op. cit.*, pág. 134.

que no podía perseguirse como tal minoría, puesto que se proclamaban católicos, por lo que se trata de justificar su persecución afirmando que su existencia, sin embargo, no lo era, que su aspecto y su vida eran lo demoníaco, lo que debía producir repulsión moral<sup>1164</sup>; por eso se trata de atacarles también por ese lado, como hacía -con precauciones- la Sala:

*y son tan perjudiciales que se duda se bautiçan ni se casan ni entierran en sagrado*<sup>1165</sup>.

Lo cierto es que poco sabemos de su origen y que su vida era desde luego distinta a la de la mayor parte de los castellanos. La identificación de los gitanos con vagabundos se debía al nomadismo de su existencia; además esos constantes desplazamientos eran muy llamativos por lo numeroso, puesto que si bien, ya por entonces habrían abandonado su tradicional organización tribal, su estructura era la gran familia patriarcal, con una gran cohesión de clan; además, como tanto se recalca, efectivamente admitían a personas extrañas e incluso que no fuesen gitanos, por hospitalidad, pero también integrándoles en las ocupaciones del grupo. Naturalmente esos hábitos trashumantes condicionaban sus ocupaciones que, generalmente, eran las de tratantes de ganado, lañadores y algunas artesanías menores, así como músicos y bailarines que iban por las fiestas de lugares y aldeas. Pero, evidentemente, esa movilidad y sus mismas ocupaciones facilitaban también algunos de los delitos que se les imputaban. La literatura

---

<sup>1164</sup>CARO BAROJA, Julio, *Las formas complejas de la vida religiosa...*, pág. 529.

<sup>1165</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1173, *Libro de noticias para el gobierno de la Sala*, "Advertencias para el servicio de la plaza de Alcalde de casa y corte", cap. 54, f. 73v.

suele ofrecernos una imagen -desde luego tópica- a medio camino entre la vida idílica y libre, un tanto romántica, y la astucia y habilidad para todo tipo de latrocinios; incluso su misma imagen, sobre todo en el teatro, es un estereotipo: sus ropas de colores y el ceceo bastan para que todo espectador identificase a un gitano sobre el escenario. En boca de uno de ellos -al que se presenta como *conde de gitanos*- ponía Cervantes una de esas descripciones:

*Mira, Pedro: nuestra vida  
ez zuelta, libre, curioza,  
ancha, holgazana, extendida,  
a quien nunca falta coza  
que el deceo buzque y pida.  
Danoz el herbozo zuelo  
lechoz; círvenoz el cielo  
de pabellón dondequiera;  
ni noz quema el zol, ni altera  
el fiero rigor el yelo.  
El máz cerrado vergel  
laz primiciaz noz ofrece  
de cuanto bueno haya en él;  
y apenas ce ve o parece  
la albilla o la mozcatel,  
que no está luego en la mano  
del atrevido gitano,  
zahorí del fruto ajeno,  
de induztria y ánimo lleno,  
ágil, prezto, zuelto y zano.  
Gozamoz nueztroz amorez  
librez del dezazociego  
que dan loz competidorez,  
calentándonoz zu fuego  
cín zeloz y cín temorez<sup>1166</sup>.*

En cuanto a las disposiciones que sobre ellos se adoptaron o, mejor, trataron de adoptarse, se buscaba claramente destruirlos como minoría, acabar con todas sus características diferenciales e integrarlos a la fuerza en la sociedad estamental, para ello se prohibían su lengua, sus vestimentas peculiares, su vida trashumante y

---

<sup>1166</sup>CERVANTES, Miguel de, *Pedro de Urdemalas*, I, págs. 189-190.

hasta su nombre de gitanos, y se pretendía establecer a qué oficios debían dedicarse y en qué lugares tenían que asentarse. Huelga aclarar que todo quedó en pretensiones aunque plasmadas en leyes.

Significativamente, las normas acerca de los gitanos se incluían en la *Nueva Recopilación* en el título "De los ladrones, rufianes, vagamundos y egipcianos", es decir, en el que se perseguía a los "profesionales" de los delitos contra la propiedad, contra la moral y del vagabundeo, tres hábitos de transgresión con los que habitualmente se les relacionaba.

Ya desde tiempos de los Reyes Católicos se dieron disposiciones en las que se les mandaba que no andasen *juntos vagando por nuestros Reynos* con sus mujeres e hijos y que se ocupasen en *oficios conocidos*, los cuales ejerciesen asentados en algún lugar, o que de lo contrario saliesen de los reinos sin poder volver a ellos<sup>1167</sup>. Todas las leyes insistían en lo mismo, la "conversión" de los gitanos a la ortodoxia social debía producirse cambiando su modo de vida, Felipe II insistió en que *vivan de estancia con oficios o assiento*, prohibiéndoles que se dedicasen a sus oficios característicos, vendiendo en ferias y caminos, si no tenían testimonio de un escribano sobre su vecindad y el origen de las cabalgaduras, ganado -ya dijimos que se ocupaban sobre todo en esos tratos con animales-, ropa y otras cosas que llevasen para vender, considerándose de lo contrario que eran hurtadas, con lo que los gitanos eran también un grupo permanentemente bajo sospecha y sobre el que, en todo caso, pendía una previa presunción de culpabilidad.

---

<sup>1167</sup> N.R., VIII, 11, 12. En la ley 13 se reforzaban las penas para quienes transgrediesen la anterior; y en ella se hace una referencia más a esa consideración de gitanos -de gitanas en este caso- a quienes vivieran como ellos: *y aunque no lo sean, si anduvieren en hábito de Gitanas*.

Sin embargo, esas medidas obligándoles a ocuparse en *oficios conocidos*, pronto parecieron insuficientes y, en 1611, en un auto del Consejo se rectificó, especificándose que debían trabajar en las labores *tocantes a la labrança y cultura de la tierra, y no otros*<sup>1168</sup>, disposición mucho más útil, puesto que, mientras que por un lado se insertaba perfectamente en las preocupaciones agraristas de esos primeros años del siglo XVII, por otra se trataba de ocupaciones que exigían una total fijación en un lugar determinado y muy vinculados a los valores socialmente más tradicionales. En 1619, se endurecieron las penas para los que no cumplieran la orden de salida de los reinos si no se ocupaban en esos trabajos y se avecindaban en ciudades o lugares de más de mil vecinos, hasta el punto de condenarse a muerte a quienes no lo hicieran; sin que, por supuesto,

*puedan usar del traje, nombre, y lengua de Gitanos y Gitanas: sino que pues no lo son de nacion, quede perpetuamente este nombre y uso confundido y olvidado*<sup>1169</sup>

Nótese el afán por demostrar que no había razones de ninguna clase para que se diferenciases del resto de la población, puesto que no eran una nación, y que las pretensiones no eran evitar delitos ni asentar a la población, sino continuar en esa camino implacable hacia la unidad, la uniformidad social, erradicando incluso su nombre. La exacerbación de esa tendencia la resume bien una disposición de 1633, en la que se comenzaba por reconocer que no habían bastado los medios propuestos hasta entonces y se insistía en

*los grandes inconvenientes con que viven en ellos los Gitanos, assi en lo espiritual, como en el gobierno temporal, y que estos daños crecen cada dia en perjuyzio de*

---

<sup>1168</sup> A.A., VIII, 11, 1, recogido también en N.R., VIII, 11, 17.

<sup>1169</sup> N.R., VIII, 11, 15.

*la paz y seguridad publica*<sup>1170</sup>;

recurriéndose a los mismos argumentos de que *estos que se dicen Gitanos, ni lo son por origen, ni por naturaleza, sino que han tomado esta forma de vivir*; por lo que las acciones del poder volvían a encaminarse a acabar con cualquier factor diferenciador, a diluir esa "forma de vivir", no autorizándoles a vestir *con traje de Gitanos*, ni a usar su lengua, ni ocuparse en los oficios que acostumbraban ejercer, ni andar por los caminos, sino que se buscaba la más absoluta homogeneidad social, deseo expresado con esta absoluta claridad:

*que hablen y vistan como los demas vezinos destes Reynos, y se ocupen en los mismos oficios y ministerios; de modo que no aya diferencia de unos a otros;*

incluso se les prohibía vivir en barrios propios, sino que tenían que mezclarse con los demás vecinos, y las justicias locales debían observar si mantenían demasiadas relaciones o se casaban entre ellos. La culminación de ese fallido proyecto de integración era *extirpar de todo punto el nombre de Gitanos*, mandándose que nadie lo empleara, ni siquiera en danzas ni en representaciones, ni aplicado a trajes. Se hacía en esa ley de 1633 también alguna referencia a algunas cuadrillas de gitanos que actuaban *robando en despoblado, y invadiendo algunos lugares pequeños, con gran temor, y peligro de los habitantes*.

Precisamente por esas características en sus hábitos y ocupaciones, tanto lícitos como delictivos, que les llevaban a la trashumancia y a frecuentar más pueblos, aldeas y caminos que las ciudades, propiciaron que Madrid no tuviera una presencia numerosas de

---

<sup>1170</sup> N.R., VIII, 11, 16.

gitanos; además, la eficacia de las disposiciones de la Sala con respecto a ellos fue mucho mayor que en otros casos, tanto por ese menor número como por lo fácilmente identificables que resultaban por su indumentaria y su lengua. Con todo, los autos y medidas adoptados en la villa y corte con respecto a los gitanos fueron numerosos y bastante estrictos, muy de acuerdo, naturalmente, con la legislación real.

Los primeros mandamientos de la Sala, incluían esas disposiciones en las que dictaban acerca de vagabundos y pobres y se centraban también en un intento de asimilar sus costumbres a las castellanas: en la lengua, en el avecindarse, en el desempeño de oficios y en los trajes de las mujeres, que los alcaldes de casa y corte sí describían:

*que las mugeres que se llaman gitanas no traygan avito de tales ni se vistan como gitanas con paños de color ni en la manera que hasta agora an andado ansi en la caveza como en el vestido sino como se visten y tocan comunmente las mugeres castellanas*<sup>1171</sup>.

La Sala se hizo eco también de la propuesta del Consejo de que los gitanos se ocupasen en la labranza (la Sala la registra dos años antes de que fuera acordado dicho auto del Consejo según recogen la *N.R.* y los *A.A.* y también sus propios libros de gobierno<sup>1172</sup>) y no pudieran dedicarse a tratos de comercio -que facilitarían los engaños- ni a otros que precisaran desplazamientos -que dificultarían el deseo de arraigarlos-<sup>1173</sup>.

---

<sup>1171</sup>A.H.N., *Consejos*, libr 1197, f. 436; 1592, junio, 13, Madrid; Sala de Alcaldes.

<sup>1172</sup>En A.H.N., *Consejos*, libro 1201, f. 185, (impreso) 1611, octubre, 15, Madrid, Auto del Consejo. Véase apéndice nº XVIII.

<sup>1173</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1200, f. 425, 1609, agosto, 13. Madrid. Consejo de Castilla:

*...aviendo entendido que en esta corte y fuera della andan gran numero de gitanos y jitanas bagando que no se ocupan en oficios de que se siguen muy grandes daños e ynconbinientes = dixeron que mandavan y mandaron que los dichos xitanos y xitanas se ocupen en oficios tocantes a la labrança y cultura de la tierra y no puedan ser trajineros ni acer oficios de mercaderes ni de ningun jenero de*

Sin embargo, los alcaldes de casa y corte completaron todas esas actuaciones que buscaban la integración de los gitanos, con otra propia que se cuidaba de la situación de la Corte, desentendiéndose de colaborar en esos intentos, puesto que, en 1611, dio un auto por el

*que todos los gitanos o exijianos que ubieren en esta corte dentro de segundo dia salgan della y se bayan a vecindar veinte leguas desta corte a los lugares de castilla la vieja y en ellos tomen oficios cada uno como mejor se acomodare como los dichos oficios sean de labrança del campo so pena de que pasado el dicho termino se executarn en ellos las penas de las leyes que son berguença publica y galeras y asi lo mandaron y señalaron<sup>1174</sup>.*

Esta disposición se dio apenas dos meses despues de consultado el auto del Consejo que obligaba a los gitanos a ocuparse en oficios de labranza, por lo que también podía responder esta verdadera expulsión de la Corte y veinte leguas a un intento por fomentar la agricultura en el norte de Castilla, donde se supone que colaborarían a la población y labranza de sus tierras.

Podemos pensar que los alcaldes sí se ocuparon de los gitanos, y que, en este caso si el número de ellos que comparecieron ante la Sala no fue muy abundante, pudo deberse a su excesiva presencia en la villa y corte.

---

*mercancia ni tengan tiendas de merceria ni de otras cosas sino que todos se ocupen en los dichos oficios de labrança y cultura de la tierra so pena de seis años de servicio de galeras al remo y sin sueldo y de perdimiento de la mitad de sus bienes para la camara de Su Magestad y que los dichos xitanos y jitanas salgan desta corte y doce leguas della so las dichas penas ...*

<sup>1174</sup>A.H.N., Consejos, libro 1201, f. 186, 1611, diciembre, 10, Madrid, Sala de alcaldes.



# Gitanos Encausados en la Sala (1581-1621)

Años	Causas	Varones	Mujeres	Total
1588	2	7	3	10
1590	2	2	1	3
1595	1	1	5	6
1596	1	1		1
1597	1	1		1
1598	1	1		1
1601	1		2	2
1602	1	4		4
1603	1		2	2
1606	3	6	1	7
1607	1	1		1
1609	1	2		2
1613	1	3	2	5
1618	1	1	1	2
1621	3	3	1	4
<b>Total</b>	<b>21</b>	<b>33</b> (64,7%)	<b>18</b> (35,3%)	<b>51</b>

FUENTE: A.H.N., *CONSEJOS*, INVENTARIO GENERAL DE CAUSAS CRIMINALES, AÑOS 1581-1621.

De esa actividad directa de la Sala, lo primero que destaca es efectivamente el escaso número de gitanos procesados, que en este caso es achacable más bien, como decíamos, a su corta presencia en Madrid y también quizá a un mejor cumplimiento por su parte de las leyes al respecto -así pes, nada que ver con el caso de los vagantes que presentaban cifras muy parecidas-. Destaca también la elevada proporción de mujeres, el doble de la media para el total de los delitos, explicable por el carácter familiar de la vida gitana, se desplazaban juntos, trabajaban juntos y, llegado el caso, delinquían juntos. Juntos y sin dejarse acompañar por alguien ajeno a su vida, puesto que sólo en un caso -en 1617- se registra alguna causa con

procesados gitanos y no gitanos<sup>1175</sup>, lo que muestra qué lejos estaban de la realidad las pretensiones de "mezclarlos" con el resto de la población, puesto que la cohesión de sus clanes -y los siglos lo han corroborado- era mucho más fuerte que cualquier voluntad de desintegrarlos.

#### CAUSAS CON GITANOS EN LA SALA (1581-1621)

Años	Var.	Muj.	Total	Delitos
1588	5	3	8	Excesos.
1588	2		2	Indicio de hurto.
1590	1	1	2	<i>Andar extraídos.</i>
1590	1		1	Andar fuera de su alojamiento.
1595	1	5	6	Ladrones.
1596	1		1	Ladrón.
1597	1		1	Hurto.
1598	1		1	Quebrantamiento de cárcel y heridas.
1601		2	2	Hurto.
1602	4		4	Varios delitos.
1603		2	2	Ladronas.
1606	3		3	Hurto.
1606	2	1	3	Resistencia a la justicia y ella por estafa.
1606	1		1	Acoger gitanos.
1607	1(*)		1	Hurto.
1609	2		2	Hurto.
1613	3	2	5	Hechicerías y engaños.
1618	1	1	2	Muerte y amancebados.
1621	1		1	Intentar escalar cárcel de corte.
1621		1	1	Hurto.
1621	2		2	Indicio de hurto.
<b>Total</b>	<b>33</b>	<b>18</b>	<b>51</b>	
				(64,7%)(35,3%)

(\*) *Con un francés. Es el único caso en que un gitano es encausado junto a alguien que no lo es.*

FUENTE: A.H.N., *CONSEJOS*, INVENTARIO GENERAL DE CAUSAS CRIMINALES, AÑOS 1581-1621.

<sup>1175</sup>E incluso en ese caso de hurto, no deja de ser significativo que el otro encausado fuese un francés, sin duda otro marginado, como ya explicamos.

Pero, pese a las leyes y autos, lo cierto es que los alcaldes no persiguieron a los gitanos por serlo, por no tener oficios, por llevar sus ropas características ni por hablar su lengua, sino por otros delitos que la Sala consideraba más graves para el orden público madrileño y más dignos de atención; el 45 % de los gitanos y gitanas que se vieron ante los alcaldes estaban acusados de robos -14 de hurto y 9 por ladrones-; el 23,5 % -12 encausados- lo fueron por delitos sin especificar (*excesos o varios delitos*); mientras que sólo los tres de 1590 lo estarían por transgresiones de las que se atribuían a su género de vida, como era el vagabundeo, aunque quizá también podríamos decir lo mismo del caso de sobre hechicerías y engaños de 1613, que respondería muy bien a la descripción de Cobarruvias según la cual mientras unas gitanas decían la buenaventura por las rayas de la mano, otros robaban. Esto confirmaría la opinión popular sobre la tendencia de los gitanos a los delitos contra la propiedad, piénsese tan sólo que mientras que los robos suponen en el total de causas para esos años un 20,3 % en el caso de los gitanos esa proporción se eleva hasta el 45 %. Por contra no encontramos más que un caso que se refiera a la moral, por amancebamiento, pese a las constantes referencias a su vida licenciosa; sin embargo, no conviene olvidar que su género de vida, siempre aislados, haría muy difícil conocer sus relaciones personales internas y que la propia autoridad patriarcal se encargaría de poner orden en las familias y clanes. Curiosamente se muestran como un grupo muy poco violento, puesto que menos de un 6 % son acusados de agresiones -dos por una muerte y uno por heridas-, mientras que en el

total estos delitos suponen un tercio de los encausados<sup>1176</sup>.

Por otra parte, algunos testimonios recogidos por la Sala nos hacen pensar que en la villa y corte habría una vigilancia con respecto a los gitanos que les obligaría, por ejemplo a pedir licencia a los alcaldes cuando tienen que acudir a Madrid a atender algún pleito para poder entrar en la ciudad sin que la justicia les molestase<sup>1177</sup>; lo que demuestra también que los gitanos no estaban completamente al margen de las instituciones, puesto que piden licencias a través de procuradores, se ocupan de algunas causas, e incluso son escrupulosos cumplidores de las normas que les afectaban, como Francisco Hernández y otros gitanos avecindados en Alcalá de Henares, quienes al tener noticia del auto de la Sala prohibiendo que hubiese gitanos en las doce leguas de la Corte *se quieren yr a abecindar a castilla la bieja unos a peñaranda y otros a la ciudad de avila y otros lugares de aquel contorno donde con mas comodidad puedan travaxar a sus officios y ganar de comer para sustentarse a su y a sus familias*, para lo que pedían que se les diera carta y provisión real que, mostrada a la justicia de esos lugares, les sirviera para que *los admitan y rreçiban por vecinos y no les haqun*

---

<sup>1176</sup>Pero también es probable que las disputas que ocurrieran en el seno de sus comunidades se resolvieran internamente sin acudir ni dar cuenta a la justicia.

<sup>1177</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1200, f. 548, 1610, abril, 28, Madrid. Petición a los alcaldes:

*Muy Poderoso Señor*

*Diego de las cuevas en nombre de catalina hernandez e ysavel cortes y ana de heredia y maria franca de nacion jitanas en el pleito con juan arias sobre la muerte de gaspar hernandez y juan de soto y sobre la muerte de ana hernandez y manuel de heredia que injustamente los ajustiçio el dicho juan arias y sus causas estan en grado de apelacion ante V.A. digo que las dichas caussas estan yndefensas por no aver persona en esta corte que las siga y mis partes por no ser molestadas no hosan venir en seguimiento delas dichas causas = a V.A. pido y suplico les mande dar licencia y facultad para ello ...*

A continuación aparece otra petición en similares términos y otra más en el folio siguiente fechada una semana después, en la que además se dice que tenían casas propias que les iban a ser confiscadas, lo que indica que estaban asentados.

*bejaçion ni molestia por rraçon de yrse a beçindar*<sup>1178</sup>.

Pese a otras definiciones más elaboradas y, sin duda, enormemente influídas por la literatura, la picaresca, a nuestro entender no sería sino toda esa variada y considerable franja, fruto de la difícil situación que provocó la inadaptación social y política a los enormes cambios que se producían en la población y en la economía peninsular desde los años ochenta del siglo XVI -especialmente en las ciudades-, que se movía en los límites de la pobreza, sobreviviendo unas veces gracias a la mendicidad -empleando todos las trampas y trucos necesarios-, otras con pequeños oficios ocasionales, entre los que el más frecuente era el servicio -de hecho a pobres y vagabundos se criticaba a menudo que prefiriesen la ociosidad antes que estar sirviendo a un amo-; y algunas transgrediendo la legalidad sobre todo con raterías y pequeños hurtos o bien auxiliando a ladrones y otros delincuentes. Pero esa picaresca era también escuela en la que muchos progresaban hasta entrar de lleno en el hampa, en el mundo de los jaques, los rufianes y los matones que organizaban la mala vida de las grandes ciudades. Si el terreno del pícaro era sobre todo las calles y plazas, entraba también en los otros dos mundos: el de los negocios y casas honradas en los que a veces trabajaban, a los que acudían otras a limosnear cuando no a hacer pequeños hurtos o a informar a ladrones más avezados; y el de los mentideros, figones y tabernas, garitos y burdeles donde formaban la "clase de tropa", los auxiliares de unos

---

<sup>1178</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1205, f. 217, 1618.

personajes claramente decantados por la transgresión, sus riesgos y sus ganancias. La picaresca era un modo de supervivencia activa y curiosa, con tendencia a la marginalidad y con tentaciones de transgresión.

### 3 - LA CARCEL: VIDA INTERNA. LA CARCEL DE CORTE.-

La cárcel era, en cierto modo, muestrario de todo un mundo: era el principio y el fin de muchas carreras delictivas; era ejemplo como pocos de esa relación entre marginación y transgresión, más viva que en ningún lugar en el buen número de pobres que en ella se hacinaban; pero lo era también de la delincuencia "de fraude", de esa que conjugaba el lucro con el abuso de poder y el empleo de influencias, presente en la actitud de reclusos privilegiados que conseguían mejorar sus condiciones de vida o procurarse la fuga, pero, sobre todo, en la multitud de ejemplos de funcionarios corruptos.

Pero era también lugar principal de la mala vida, territorio privilegiado del delito, y decimos del delito, puesto que no sólo estaban allí los infractores castigados o en espera de cumplir alguna otra pena, sino que, en su interior, éstos continuaban llevando una existencia aún más irregular que la que les llevó a estar presos.

Muy ilustrativas para la vida carcelaria son las descripciones ya bien conocidas del capellán de la cárcel real de Sevilla, Padre León

-estudiada por Herrera Puga, hace ya tiempo<sup>1179</sup>- o la de Cerdán de Talla sobre la cárcel de Valencia<sup>1180</sup>; que constituyen, sobre todo la primera excelentes testimonios para conocer la vida picaresca, los entretenimientos, los intentos de fuga y el ambiente moral del interior de las prisiones modernas.

También puede servirnos como presentación, el relato que Duque de Estrada sobre la vida en la cárcel de Toledo, el tiempo que estuvo en ella a la espera de juicio. Ya explicamos con anterioridad, cómo muchos aspectos de lo que escribió este aventurero eran rigurosamente ciertos, y en relación con la cárcel de Toledo, hace referencia, por ejemplo a una provisión del Consejo que ordenaba la inmediata marcha de los condenados a galeras para que se embarcasen, que, efectivamente se dio por entonces. No tenemos, pues, motivos para dudar de la veracidad de su descripción de las relaciones entre los presos, poniendo en cuarentena exclusivamente las exageraciones acerca de su valentía y su posición. En las cárceles se producía de inmediato una readaptación de las jerarquías, de los status, en un doble sentido: por un lado de las posiciones que la sociedad estamental y de clases reconocía; por otro, de los grados que proporcionaban los "méritos" en la vida del hampa. Y en torno a esas jerarquías se organizaba la vida de relación de los presos, crándose bandos y clientelas, situaciones de subordinación y

---

<sup>1179</sup>HERRERA PUGA, Pedro, *Sociedad y delincuencia en el Siglo de Oro. Aspectos de la vida sevillana en los siglos XVI y XVII*, Granada, Universidad, 1971.

<sup>1180</sup>CERDAN DE TALLADA, *Visita de la cárcel y de los presos, en la qual se trata largamente sus cosas, y casos de prision...*, Valencia, 1574; sobre las cárceles valencianas puede verse: GRAULLERA SANZ, Vicente, "Las cárceles de Valencia en la Edad Moderna", en *Estudios dedicados a Juan Peset Aleixandre*, Valencia, Universidad, 1982, vol. II, págs. 255-270.

privilegio, de las que participaba también el personal de la cárcel; porteros, alguaciles e incluso el alcaide, podían verse condicionados por el poder de algún matón, o, más frecuentemente por la riqueza o influencia de algún preso de mayor condición, que con sus favores se granjeaba la protección de alguno de esos grupos organizados según los valores de la marginación y la germanía. Por tanto, si la desigualdad ante la ley era característica esencial en los juicios, en la cárcel esa distinción se incrementaba hasta límites inimaginables; quien podía permitírselo vivía con los mejores cuidados, con gente a su servicio, con cierta libertad de movimientos, con la posibilidad de recibir visitas, disponiendo incluso de aposento propio aderezado a su gusto y, llegado el caso, con el consentimiento y el "descuido" del alcaide para algunos excesos o para su fuga; un ejemplo, lo podemos leer en los *Comentarios....*:

*Habíase desocupado un cuarto, que primero era enfermería, de tres buenos aposentos en medio de la escalera, por haberse hecho dicho enfermería en parte más capaz; los cuales, pareciéndome buenos, los pedí al alcaide, reparándolos y renovándolos a mi costa, de manera que no había mejor cuarto en la cárcel ni caballero venía que no desease ser mi huésped. El ordinario de mi comida era bueno, porque mis buenos padres me trataban espléndidamente, fuera de los regalos de mi señora amartelada monja; de manera que mi mesa era un ordinario banquete y refugio de caballeros y de pobres, no faltando músicas, versos, saraos y otros entretenimientos para alivio de la prisión<sup>1181</sup>.*

Además de esa desigualdad, otra nota característica era la extremada violencia que se manifestaba en todo tipo de ocasiones, y la facilidad con que incidentes menores podían derivar en verdaderas

---

<sup>1181</sup> DUQUE DE ESTRADA, diego, *Comentarios del desengañado de sí mismo*, pág. 146.



batallas, debido a esa organización en grupos, a veces manifiestamente hostiles entre sí. Duque de Estrada nos dice que en torno a él -por su calidad, su valor y su experiencia en los bajos fondos- se organizó uno de esos bandos, aunque no fuera él el cabecilla nos sirve su relación:

*Andábamos cada día a puñaladas porque los hijos de vecino, hallando amparo en mí, se atrevían a todos, y yo con ellos, siendo, aunque pocos, buenos. Tenía buena mi partida<sup>1182</sup>.*

Violencia en la que los alcaides preferían no intervenir, mientras no llegase a mayores, y aún así su habitual negligencia y la facilidad con que aceptaban sobornos reducía su control hasta hacerlo en algunos casos casi inexistente; el orden interno quedaba, pues, a cargo de esos bandos y de quienes los dirigían:

*Al alcaide no se le daba mucho, pues sucediéndole algo ponía cepos, cadenas, esposas, salto de trucha, metía en mazmorras, penas que se dan a los inquietos, para salir de las cuales es necesario dar uno o dos escudos cada uno, ganancia que a él le estaba muy bien<sup>1183</sup>.*

Toda esa violencia -hubo muchas heridas, palos, platazos, pedradas y pomazos de espadas, ahogándolo todo el dinero, sin que los jueces supiesen nada-, tenía que derivar necesariamente en esos enfrentamientos mayores, de los que podía depender el dominio sobre algunas ventajas en la vida carcelaria, como la que describe el soldado autobiógrafo:

*Trabóse la **guerrilla civil**, y las sangres estaban tan bañadas que cada uno peleaba como si fuera con turcos [...]. Parecía un infierno la cárcel en el rumor de los grillos, cadenas, voces confusión, platazos y morteros y ollas. No bastó entrar el alcaide, teniente, porteros y veinticuatro guardias y centinelas para que apaciguáramos, porque había tanta gente que en el patio no cabíamos [...]. Había en la tal pendencia medias espadas, dagas*

---

<sup>1182</sup> *Ibidem*, pág. 134.

<sup>1183</sup> *Idem*.

*desguarnecidas, terciados, asadores, husos y hasta palos tostada la punta, que ellos llaman tostones*<sup>1184</sup>.

Esa situación era, en buena medida, general a todas las cárceles, por lo que nosotros nos limitaremos a reseñar algunos aspectos de la de Corte. Una buena presentación de su situación hacia 1600 es la de alguien que la conocía bien, pues atendía a sus enfermos, como el doctor Pérez de Herrera, quien describía así sus condiciones, sugiriendo que había que

*añadir en la carcel de Corte, un quarto con brevedad, continuando la fabrica della hasta la esquina de la calleja, frontero de la yglesia de Santa Cruz, porque parece milagro tanta gente junta en tan estrecha cárcel, y tiempos tan sospechosos no inficionarse y contaminarse esta Villa, publicandose para este effecto en todos los consejos y tribunales de V.M. algunas condenaciones, pues en la dicha cárcel asisten los mas presos de sus jurisdicciones haziendose assi mismo en la de la villa el que falta en la delantera della para alguna anchura y mejor ornato*<sup>1185</sup>.

El interés por mejorar esas condiciones de hacinamiento, ampliando los aposentos de las cárceles de Madrid -ya hablamos algo de ellas al hacerlo de la justicia en la Corte-, parece evidente dada la extrema situación -*porque parece milagro tanta gente junta en tan estrecha carcel*-; pero no se debe sólo a motivos humanitarios, ni siquiera a la prevención de posibles fugas, sino fundamentalmente al riesgo de infección para el resto de la ciudad, con lo que resulta fácil imaginar el dantesco panorama sanitario del interior de las prisiones; y con lo se demuestra también que cualquier cambio o mejora en ellas tenía que preocuparse antes de los de fuera que de los internos.

---

<sup>1184</sup> *Ibidem*, págs. 136-137.

<sup>1185</sup> PEREZ DE HERRERA, Cristóbal, *Cerca de la forma y traça como parece podrian remediarse algunos peccados, excessos y desordenes...*, f. 25r.

El contraste con los caballeros que podían permitirse una estancia acomodada era la vida de los pobres de la cárcel que dependían de las limosnas externas o de la generosidad de esos "potentados" del interior de las prisiones, así como de la previsión y capacidad de administración de los mayordomos de pobres -para su sustento- y de la aptitud y honestidad de los procuradores de pobres<sup>1186</sup> para atender sus casos -condenados de antemano casi siempre-. Al tratar de la justicia en la Corte, nos extendimos ya sobre ello al hablar de los problemas que su gestión y administración acarreaban a los alcaldes de casa y corte<sup>1187</sup>. Los alcaldes de casa y corte en una petición al rey para que se mejorase el edificio de la cárcel y se procurasen mayores ingresos para ella, describía la situación de algunos presos pobres que lo eran por algún consejo y de los que nadie se hacía cargo, por lo que la Sala se ocupaba de ellos -como administradora de la cárcel de corte- *porque seria contra ley natural ber pereçer un hombre de ambre sin darle lo neçesario para su sustento pues no lo tiene ni lo puede salir a buscar*<sup>1188</sup>, ello da una idea de la desesperada situación de muchos de los presos, capaces, sin duda, de cualquier cosa para sobrevivir en ese

---

<sup>1186</sup>Que no lo eran siempre ni mucho menos, puesto que en muchos casos eran negligentes en el ejercicio de su oficio, como muestran algunos autos de los alcaldes de casa y corte en que se mandaba al procurador de los pobres de la cárcel de corte que asistiera a la Sala *desde la primera ora hasta que salgan los señores alcaldes della con aperzivimiento que no lo haziendo se provehera justizia*, A.H.N., *Consejos*, libro 1199, f. 382, 1605, agosto, 20, Madrid, Auto de la Sala. Y en otras ocasiones su actitud debió ser mucho más censurable, como cuando los alcaldes tuvieron que dictar orden de prisión contra él: *mandava y mando que un alguaçil desta corte prenda al procurador de los pobres de la carçel rreal desta corte con un par de grillos*, A.H.N., *Consejos*, libro 1200, f. 83; 1606, octubre, 20, Madrid.

<sup>1187</sup>Véase apéndices nº X y XI.

<sup>1188</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1206, f. 277, 1619, diciembre, 4, Madrid, Sala de alcaldes; véase apéndice nº X.

mundo.

La relativa frecuencia de las fugas estaba propiciada por la complicidad de los funcionarios, la ayuda exterior y la frecuencia con que entraban armas en las cárceles<sup>1189</sup>, y de ella encontramos testimonios, como la de un preso de la cárcel de villa de Madrid, Sebastián Soriano, culpable de una muerte en una pendencia con espadas, al que le proporcionaron dinero para preparar su fuga -sobornando a alguien, se entiende-, que llevó a cabo pasando a la sala del ayuntamiento y saliendo por una ventana, escapando en un asno que le habían dejado para que se fuese; en ese caso se iniciaron pesquisas contra el alcaide de la cárcel de villa por haberle dejado escapar<sup>1190</sup>. Los alcaides a pesar de ocupar un cargo de tanta y tan directa responsabilidad eran, de inmediato, sospechosos de cualquier evasión, sin duda por la frecuencia con que se dejaban sobornar y colaboraban en esas fugas activa o pasivamente; por ejemplo en una fuga de la cárcel de Zafra de cuatro presos de la villa de Hornachos que estaban culpados por moneda falsa -uno de los crímenes considerado más grave-, y después de otros cinco, a pesar de haberse ido "horadando la pared", el alcalde mayor al que se avisó de madrugada embargó y secuestró los bienes al alcaide de la cárcel, aunque éste será luego puesto en libertad en vista y revista<sup>1191</sup>; o el caso de un pasador de caballos *recondenado a muerte*, que se fugó de la cárcel de corte en 1590, y de cuya evasión se

---

<sup>1189</sup>Duque de Estrada lo decía y en la Sala se reprendió a los porteros por permitir que dentro hubiera espadas y dagas, A.H.N., *Consejos*, libro 1197, f. 112, 1584.

<sup>1190</sup>A.V.M., *Secretaría*, 28-223-4, 1582.

<sup>1191</sup>A.H.N., *Consejos*, leg. 41.364-8, Zafra, 1608, residencia.

acusó a Gaspar de Medina, alcaide de la cárcel, a su teniente y al portero<sup>1192</sup>. No se limitaban a esos casos extremos las faltas de los alcaides, sino que eran frecuentes las negligencias en el cumplimiento de sus obligaciones<sup>1193</sup> y los abusos de otro tipo, quizá especialmente los excesos en los aranceles, cobrando por derechos que no debían<sup>1194</sup> o haciéndolo por encima del precio fijado, como por ejemplo llevando a los presos más dinero del establecido por las camas e impidiéndoles que pudieran llevar ellos camas a la cárcel para así seguir beneficiándose con esos ingresos<sup>1195</sup>, o dando un trato de favor a determinados presos, con prácticas que han perdurado tanto como la de tener en la enfermería a presos que no estaban enfermos, por la que los alcaides tuvieron que volver a llamar al orden al alcaide de la cárcel que tenían bajo su jurisdicción:

*mandaron que se notifique al alcaide dela carçel real desta corte y a su tiniente y porteros de la carçel que desde oy en adelante no metan en la enfermeria a ningun*

---

<sup>1192</sup>Según se registra en el *Inventario general de causas criminales* de la Sala, en ese año de 1590.

<sup>1193</sup>Por ejemplo, en 1629, los alcaides reprenden en un auto la actitud del alcaide de la cárcel de corte que no servía como debía en su puesto, y le conminan a que si no era capaz de hacerlo nombrase a alguien para ocuparse en ello o de lo contrario lo haría la Sala:

*...que se notifique a francisco martinez alcaide de la carcel rreal desta corte que sirva el dicho oficio por su persona y no pudiendo nombre persona que le sirva a satisfacion dentro de segundo dia con apercivimiento que passado el dicho termino la Sala nombrara persona que le sirva el dicho oficio y por la falta que asta aqui a echo la persona que tenia puesta en su lugar se le saquen veinte ducados.*

A.H.N., *Consejos*, libro 1207, f. 336; 1620, julio, 13, Madrid; auto de la Sala.

<sup>1194</sup>Por ejemplo, en 1609, se procesó en una misma causa a Domingo Díaz de Navarrete y a Cristóbal de Medina alcaides respectivamente de la cárcel de corte y de la de villa *por tratar en carbón y aceite*, con toda seguridad valiéndose de sus cargos para abastecer de esos productos a las cárceles marcando ellos el precio y obteniendo considerables beneficios. *Inventario general de causas criminales*.

<sup>1195</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1201, f. 54, 1611, marzo, 7, Madrid, auto de la Sala.

*preso que no estubiere enfermo y ubiere decreto de la Sala que lo mande para tener cama en ella y asi mismo se les notifique que de dia ni de noche ni a ninguna ora no entre ni asista ningun preso en ella desde la primera puerta de la dicha enfermeria aunque sea preso sino que en la dicha enfermeria esten tan solamente los enfermos que tubieren liçençia de estarlo asta quel medico los despida della so pena de çinquenta ducados para pobres y gastos y suspension de sus ofiçios de quatro meses y ansi mismo se le notifique al enfermero ques o fuere dela dicha enfermeria guarde todo lo contenido en este auto y no consienta yr ni benir contra el ni el deje asistir en la dicha enfermeria ni entrar en ella de dia ni de noche ningun preso ni otra persona so pena de que sera echado de la enfermeria y carcel y de quatro años de destierro desta corte y cinco leguas y asi lo mandaron y señalaron<sup>1196</sup>.*

Aunque lo más frecuente era el descuido general sobre la vida interior que llegaba, como hemos dicho a permitir la existencia de armas en manos de los presos, y, por supuesto, a consentir una excesiva libertad a los mismos que llegó a alarmar a los alcaldes, quienes tuvieron que ordenar

*que en ninguna manera consientan ni permitan que los que estan condenados a galeras y presos por ladrones suban de la escalera arriba ni salgan de la puerta que entra al patio so pena de un año de suspensión de sus ofiçios y de cada çinquenta ducados para los pobres y gastos de justiçia por mitad y anssi lo proveyeron y señalaron<sup>1197</sup>.*

La cárcel, por tanto, era una excelente concentración de todos los vicios de la administración y de buena parte de los males que afectaban a la sociedad, reuniendo todos los mecanismos de poder -lícitos, abusivos y del código aceptado por el hampa: la fuerza y el "respeto" que de ella se pudiera derivar-, en provecho injusto de unos pocos que se lucran o disfrutan de privilegios ilegítimos y contra toda lógica a costa de los demás. En la cárcel, además, la situación

---

<sup>1196</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1204, f. 180, 1617, octubre, 27, Madrid, Auto de la Sala.

<sup>1197</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1204, f. 124; 1616, noviembre, 4, Madrid; auto de la Sala.

económica lo era todo y la pobreza obligaba a caer aún más en ilegalidades necesarias para -literalmente- sobrevivir.

#### 4 - DISTRIBUCION DE LAS CAUSAS DE LA SALA.-

Siguiendo el Inventario general de causas criminales de la Sala de alcaides de casa y corte hemos hecho una relación de dichas causas ajustada a la tipología que ofrecimos con anterioridad. Dicho inventario se hizo siendo gobernador de la Sala don Andrés Valcárcel Dato, consejero de Castilla, y se refiere a documentación de los años 1542 a 1789, documentación que desgraciadamente se vendió y se ha perdido. Nuestros datos se refieren a los años 1581 a 1621<sup>1198</sup>.

Trataremos aquí, en primer lugar, de las causas -no de los encausados-, que nos permitirán tener un panorama general de la actividad de los alcaides de casa y corte en la persecución del delito y de la proporción con que esos tipos de causas están representados.

La división de los delitos que establecimos se distribuye en otros grupos fundamentales, que atienden a las causas que aparecen frecuentemente en la Sala, desechándose en dicha clasificación, por

---

<sup>1198</sup> A.H.N., *Consejos*, "Inventario general de causas criminales", libros 2783-2793, los correspondientes al período tratado son los 2783, 2784 y 2785. Véanse al respecto, GONZALEZ PALENCIA, Angel y VARON VALLEJO, Eudocio, *Consejo de Castilla. Sala de Alcaides de Casa y Corte. Catálogo por materias*, Madrid, 1925; y ZUAZNAVAR Y FRANCIA, José M<sup>a</sup>, *Noticias para literatos acerca de los archivos públicos de la hoy extinguida Sala de señores alcaides de casa y corte y del repeso mayor de corte*, San Sebastián, Imprenta de Ignacio Ramón baroja, 1834, págs. 3 y 4.

---

NUMERO DE CAUSAS

---

	1*	2*	3*	4*	5*	6*	7*	8*	TOTAL
1581	1	4	3	1	2	0	1	3	15
1582	11	25	13	1	3	1	1	3	58
1583	21	31	23	4	27	17	13	9	145
1584	16	42	30	8	24	12	12	14	158
1585	20	40	36	6	30	9	12	12	165
1586	24	51	38	10	31	7	11	18	190
1587	32	48	32	14	21	6	6	18	177
1588	34	69	45	12	29	10	4	22	225
1589	27	78	45	10	15	9	5	19	208
1590	17	54	45	15	20	11	10	21	193
1591	20	52	43	14	21	9	14	13	186
1592	16	45	40	12	23	9	6	18	169
1593	7	37	28	9	12	3	4	8	108
1594	12	44	29	14	26	15	12	11	163
1595	16	52	38	7	30	9	5	9	166
1596	6	56	19	7	24	6	5	4	127
1597	8	56	15	12	20	13	6	11	141
1598	13	35	25	10	17	6	7	2	115
1599	4	54	44	8	26	18	3	8	165
1600	12	45	10	6	11	10	3	6	103
1601	19	40	19	11	17	26	5	20	157
1602	11	31	19	4	16	10	0	12	103
1603	17	40	26	6	25	14	7	16	151
1604	13	29	31	6	23	15	5	20	142
1605	15	44	25	6	21	8	6	16	141
1606	14	55	63	18	25	26	13	36	250
1607	34	91	60	12	41	35	9	21	303
1608	15	51	36	4	37	27	3	6	179
1609	27	77	45	8	45	20	5	20	247
1610	17	76	34	12	54	29	14	15	251
1611	13	55	29	10	36	31	3	9	186
1612	7	54	29	9	36	22	5	8	170
1613	16	45	41	19	34	33	9	20	217
1614	14	47	44	16	20	29	6	11	187
1615	22	70	54	12	35	35	11	8	247
1616	5	49	38	10	24	22	10	12	170
1617	11	41	41	7	21	17	11	23	172
1618	25	49	39	18	32	29	9	22	223
1619	40	58	54	29	34	30	5	19	269
1620	21	55	56	17	23	30	9	25	236
1621	10	50	44	16	27	19	4	11	181

=====

TOTAL	683	2025	1428	430	1038	687	289	579	7159
-------	-----	------	------	-----	------	-----	-----	-----	------

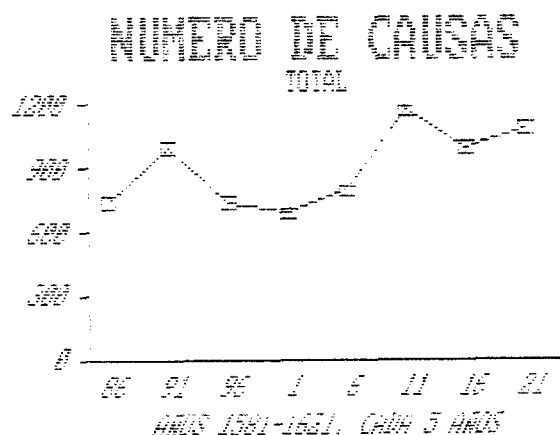
---



ser significativas, las transgresiones que se registran en contadas ocasiones. Esos ocho tipos son: delitos de palabra (columna 1), agresiones contra la integridad física de las personas (col. 2), delitos contra la propiedad (col. 3), fraudes (col. 4), delitos contra la moral sexual y marital (col. 5), infracciones e incumplimientos legales (col. 6), delitos contra la justicia (col. 7) y un apartado de varios (col. 8).

Entre 1581 y 1621 se presentaron ante la Sala un total de 7.159 causas, que suponen una media de 178 causas anuales, aunque con una gran oscilación entre el número de unos años y otros que va desde las 103 causas de 1600 o 1602 a las 303 de 1607, dejando al margen los dos primeros año que registran 15 y 58 causas respectivamente, datos que aún no son lo bastante fiables (puesto que de 1542 a 1582 los datos son muy escasos, lo que no es atribuible sólo a la menor población de la villa, sino al menor asentamiento de la Sala o a alguna deficiencia de la fuente).

Según el siguiente gráfico, en la evolución cronológica de estas causas pueden observarse algunas tendencias dignas de ser comentadas.



En el conjunto de esos cuarenta años se observa un alza general de las causas atendidas por los alcaldes; dentro de esa tendencia podemos distinguir una serie de fases: en la primera, entre 1581 y 1588, se produce un aumento progresivo pasándose de 15 a 225 causas; prescindiendo del bienio 81-82, en los cinco años restantes se aprecia un incremento del 55 %, achacable en gran parte al regreso del rey desde Portugal y a los importantes cambios que se produjeron en la Corte hacia 1584 -notable incremento demográfico, año de preocupaciones económicas para Madrid por la desastrosa cosecha y aumento de la intervención directa de los alcaldes tanto en el abasto como en el control en general de la vida ciudadana<sup>1199</sup>-. Una segunda fase abarcaría los años que van de 1589 a 1598, que contempla un descenso del 44 % en el número de causas, disminución continuada y más o menos homogénea, si exceptuamos la acentuada caída de 1593, que registra el mínimo de este período -108 causas-, quizá debida no, desde luego, a un retroceso de la delincuencia -que en una época tan marcada de crisis y con el crecimiento demográfico en pleno auge debió, por lo menos, mantenerse en los mismos niveles y, más probablemente, incrementarse-, sino a otras dedicaciones de la Sala, derivadas de la misma crisis, que le restaron eficacia en sus labores de vigilancia y represión, probablemente la atención a los pósitos y abastos fue prioritaria por entonces, no olvidemos que en 1590 se formó una Junta -dirigida por el Consejo y en la que también había algún alcalde representando a la Sala- encargada, sobre todo de esos problemas, lo que indica la importancia que a ellos se concedía; asimismo, en 1598, la atención de

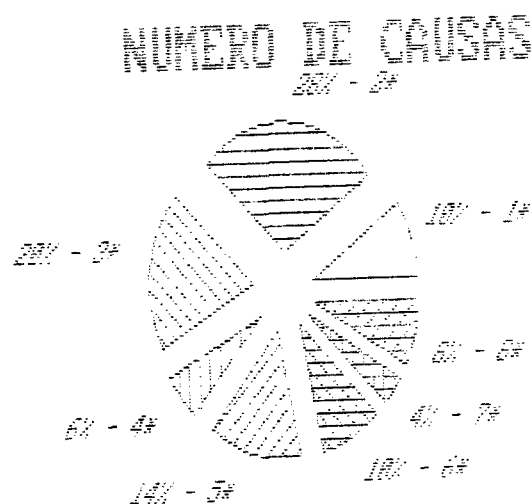
---

<sup>1199</sup>Véase ALVAR EZQUERRA, Alfredo, *El nacimiento de una capital europea*, pág. 119.

los alcaldes debió desviarse en gran medida hacia la defensa y prevención de la peste. De 1599 a 1605, se nos presenta un período realmente inestable, en el que los altibajos se debieron tanto a las medidas que la Sala debió adoptar en preparación del traslado de la Corte a Valladolid, como al propio desplazamiento con el que los alcaldes se encontraron con una jurisdicción menos poblada que la que tenían en Madrid, aunque, cada vez fue recibiendo mayor población y, en proporción, mayor número de delincuentes *cortesanos*, por lo que la caída media de los años vallisoletanos no es tan acentuada como pudiera parecer. En 1606 y hasta 1610, podemos distinguir otra fase caracterizada por sus altas cifras -salvo para 1608-, con cuatro de las cinco más elevadas de todo el período estudiado y con el máximo absoluto -303 en 1607-, explicables por el efecto de rapidísima recuperación demográfica de Madrid con el retorno de la Corte y con la conciencia de su asentamiento definitivo, a lo que habría que sumar el efecto que los tiempos de mudanza y el cierto desorden social de tal avalancha tuvieron sobre la delincuencia, sin que por ello cesara la vigilancia de la Sala cuya experiencia madrileña y su asentamiento institucional, superadas ya las más difíciles pruebas, eran una realidad. Los últimos once años, por el contrario, fueron los de mayor estabilidad, con subidas y bajadas, pero nunca demasiado acentuadas, que mantuvieron la media anual de las causas en torno a las 205, con una ligera tendencia a aumentar -si bien no en el último año estudiado-; correspondientes también a unos años de estabilidad administrativa y de un crecimiento de la población más ordenado.

En cuanto a la distribución de las causas según la tipología de

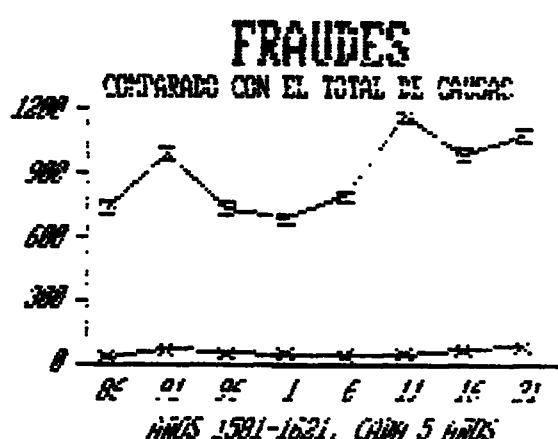
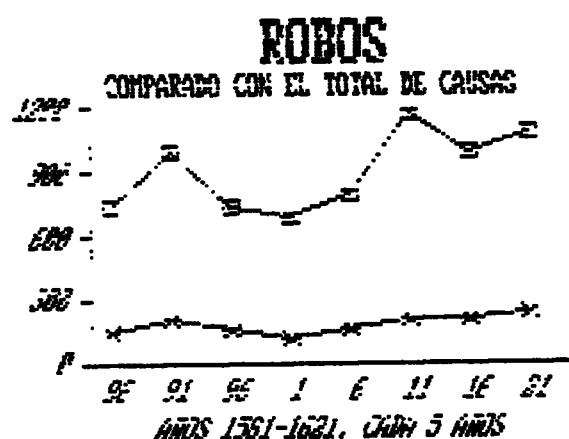
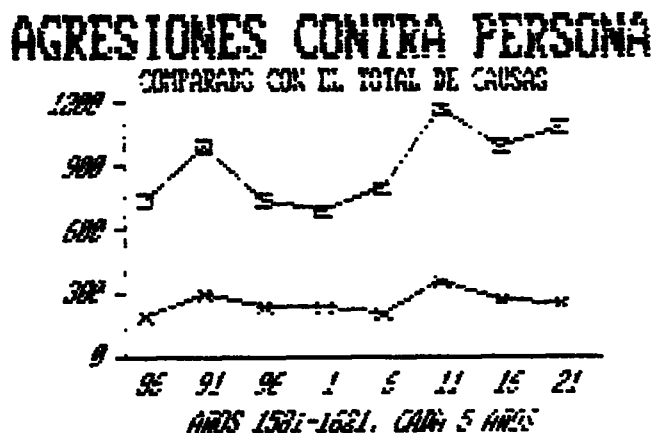
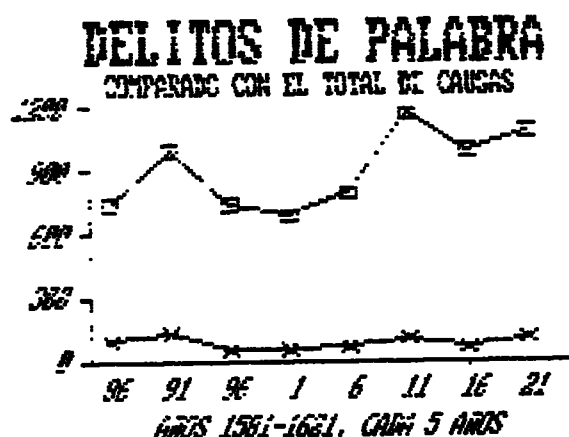
los delitos el primer puesto según se observa en el gráfico lo ocupan las correspondientes a las agresiones contra la integridad de las personas [2] -heridas, malos tratos y muertes, fundamentalmente-, que suponen más de una cuarta parte del total; las siguen los delitos contra la propiedad [3] que son una quinta parte; tras ellos, los delitos contra la moral sexual y marital [5] suman un 14 %; a continuación infracciones e incumplimientos legales [6] y delitos de palabra [1] reúnen cada uno un 10 %; mientras que los fraudes [4] eran sólo un 6 % y los delitos contra la justicia [7] un 4 %, la mitad que el grupo que hemos denominado varios [8], formado sobre todo por lo que la Sala llamaba *excesos* -de imposible clasificación- y por los daños -accidentales o sin intención criminal sobre personas o bienes-; tal y como puede apreciarse en el siguiente gráfico:



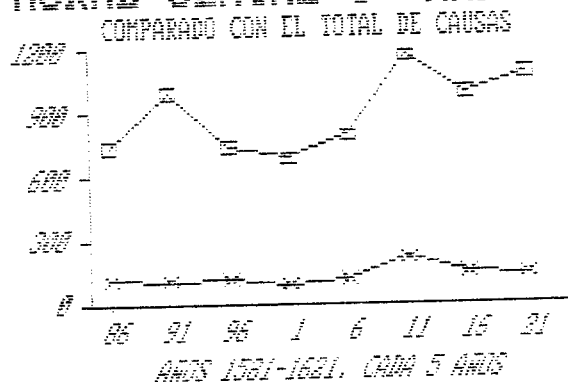
Es decir, en principio, no cabe esperar sorpresas, la delincuencia cortesana en la época de los Austrias era muy "normal" en cuanto a su distribución; delitos tan habituales y presentes en cualquier sociedad como los robos, las agresiones o las injurias, sumaban cerca del 60 % del total. En cualquier caso, un estudio

pormenorizado de cada tipo lo haremos en relación al número de encausados, a partir del cuál resulta más fácil obtener conclusiones.

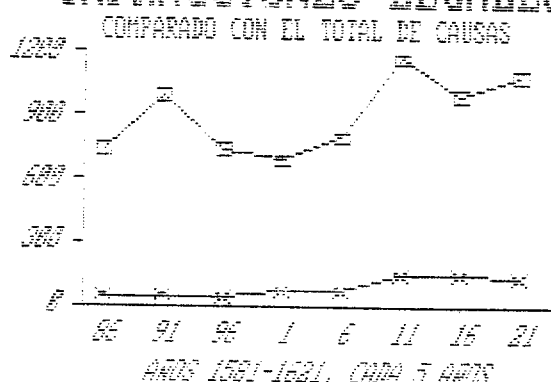
La siguiente serie de gráficos quinquenales de evolución nos sirve para comparar la tendencia del total de causas (representada por la curva superior) con la que muestra cada tipo de delito (curva inferior). Como sólo nos interesa en este caso observar dichas tendencias generales, hemos elaborado estos gráficos con períodos de cinco años.



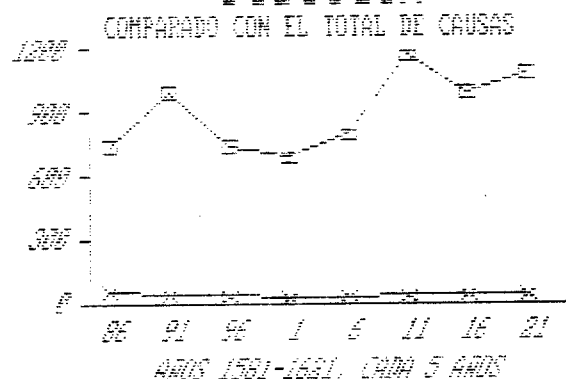
## MORAL SEXUAL Y MARITAL



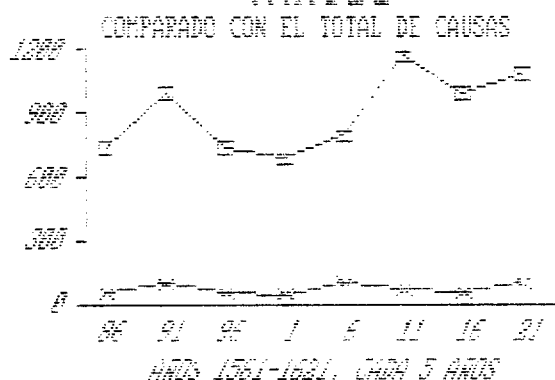
## INFRACCIONES LEGALES



## JUSTICIA



## VARIOS



De este análisis comparativo se deduce que ningún tipo de delito en su evolución contradice la tendencia general y, por el contrario,

tres son los grupos que más marcan su tendencia: el de las agresiones contra las personas -que sumaba el 28 %-, el de los delitos contra la propiedad -con un 20 %- y el de los delitos contra la moral 14 %-.

**CAPITULO VIII**  
**LOS DELINCUENTES.**  
**LA PARTICIPACION DE LA MUJER**

Siguiendo la misma información extraída del Inventario general de causas criminales, estudiaremos en este capítulo, de un modo pormenorizado, la distribución de los encausados atendiendo a los tipos de delito que integran cada uno de los grupos que hemos establecido, a su evolución cronológica y a la participación de hombres y mujeres en cada uno de ellos.

**1. ENCAUSADOS. SITUACION GENERAL.-**

Veremos primero las líneas generales que pueden observarse en el total de encausados para los años 1581-1621, antes de proceder al análisis separado de la participación de esos encausados en cada delito, según los datos del cuadro que se adjunta, en el que las columnas siguen el mismo orden que en el caso de las causas: columna 1, encausados por delitos de palabra; col. 2, por agresiones contra la integridad de las personas; col. 3, por robos; col. 4, por fraudes; col. 5, por delitos contra la moral; col. 6, por infracciones legales;



# NUMERO DE ENCAUSADOS

	1*	2*	3*	4*	5*	6*	7*	8*	TOTAL
1581	1	8	5	1	3	0	3	6	27
1582	14	35	33	1	11	3	1	4	102
1583	30	53	61	6	41	29	21	17	258
1584	24	69	86	10	43	19	28	25	304
1585	34	80	79	6	53	24	32	23	331
1586	38	124	78	15	41	16	19	30	361
1587	65	89	53	22	39	11	10	49	338
1588	58	146	109	17	53	23	6	68	480
1589	47	162	103	15	35	24	24	75	485
1590	25	112	82	31	30	20	28	52	380
1591	32	120	77	33	31	29	24	31	377
1592	22	94	75	17	36	15	8	30	297
1593	12	108	43	15	17	4	4	33	236
1594	19	89	64	24	49	24	24	29	322
1595	38	106	84	12	51	22	5	17	335
1596	16	163	38	10	43	8	8	4	290
1597	16	150	30	28	35	23	20	21	323
1598	26	88	61	19	21	6	10	7	238
1599	5	113	65	11	31	18	9	17	269
1600	22	118	20	15	22	7	9	16	229
1601	37	88	44	16	32	52	5	49	323
1602	22	67	40	5	34	10	0	27	205
1603	32	84	59	12	45	21	13	61	327
1604	33	63	59	15	41	17	20	41	289
1605	31	113	50	12	39	2	10	41	298
1606	32	136	128	26	37	48	36	96	539
1607	49	204	113	31	74	65	15	40	591
1608	34	140	59	7	74	28	7	14	363
1609	51	143	79	35	76	19	7	34	444
1610	28	161	52	14	89	33	18	29	424
1611	20	155	56	23	83	56	5	18	416
1612	13	130	53	19	73	59	15	17	379
1613	34	156	103	54	67	59	17	36	526
1614	42	147	101	25	35	43	13	20	425
1615	45	317	154	24	53	49	27	12	681
1616	10	150	107	23	43	48	48	32	461
1617	17	199	96	12	37	16	47	60	484
1618	81	180	95	22	57	42	20	80	577
1619	82	157	151	56	67	50	16	56	635
1620	68	161	186	25	48	43	22	56	609
1621	26	136	100	31	58	40	19	32	442

=====

TOTAL	1331	5114	3131	795	1847	1125	672	1405	15420
-------	------	------	------	-----	------	------	-----	------	-------

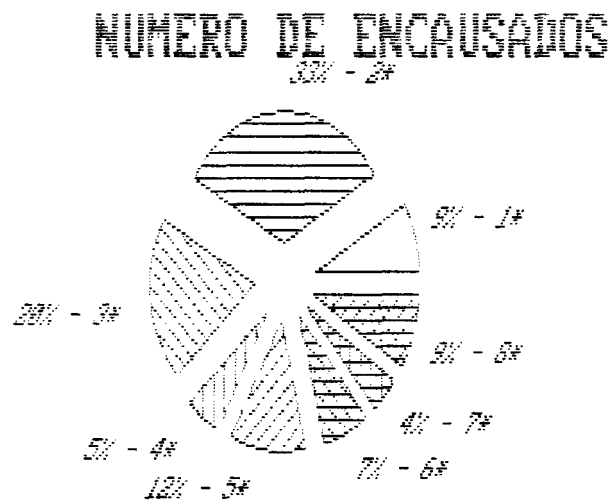
col. 7 por delitos contra la justicia; y col. 8 por delitos de difícil clasificación.

### 1.1. Evolución.

Con un total de 15.420 encausados, la media anual es de 385 acusados; cifra que varía muchísimo de unos años a otros, que oscilan entre los 229 de 1600 y los 681 en 1615, si exceptuamos el bienio inicial por las razones ya explicadas, que registraba 27 y 102 encausados respectivamente. Básicamente -no podía ser de otro modo- la evolución del número de encausados coincide con la que trazamos para el número de causas, si bien ya veremos más adelante cómo hay que hacer algunas matizaciones. De 1583 a 1589 (la primera fase *alcista* se extendería en este caso un año más), el incremento casi continuado alcanza nada menos que un 88 % -de 258 a 485 encausados-. Desde esa última cifra a 1598, el descenso -bastante irregular en este caso- supone un 50 %. El período de inestabilidad que incluye los años vallisoletanos sufre, como es lógico, varias alteraciones, pero su balance final es muy parecido al de 1599. Los cinco siguientes años son también de altas cifras, pero no tanto como las que encontramos entre 1615 y 1620 (la media de este último período es de más de 574 encausados anuales y la de 1606-1610, de 472).

### 1.2. Porcentaje de encausados por cada grupo de delitos.

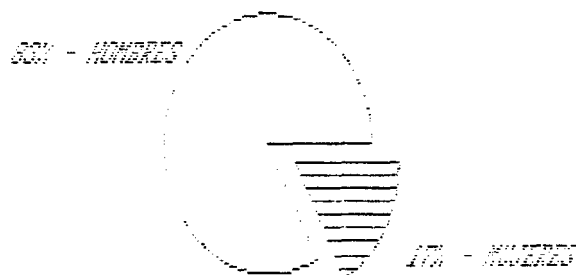
Este reparto "tipológico" de los encausados tampoco difiere esencialmente del que vimos en las causas, salvo algunas leves matizaciones. En el gráfico puede observarse perfectamente el destacado primer lugar que ocupan los agresores [2] que alcanzaban un tercio del total, muy por encima de los segundos infractores que eran los encausados por ladrones y por hurtos [3] que suponían el 20 % del total; tras ellos, los transgresores de las normas morales y sexuales [4] impuestas, llegaban al 12 %; seguidos de los que se veían ante la Sala por injurias y otros delitos de palabra [1] y por el grupo de *varios* [8], ambos con un 9 %; finalmente, los acusados de fraude [4], con el 5 %, y los que delinquían contra la justicia [7] con sólo un 4 % quedaban en el último lugar.



### **1.3. Distribución por sexos.**

Las diferencias numéricas entre los hombres y las mujeres que cometían delitos son muy considerables. Casi cinco veces más caían los varones en la transgresión que las mujeres. Mientras que la Sala registró en su inventario 12.772 hombres, el número de mujeres es sólo de 2.648, lo que supone nada más que un 17,1 %. Por supuesto, esa media resulta engañosa, puesto que encontramos un abanico entre los distintos grupos de transgresiones que va desde el 36,5 % en los delitos contra la moral hasta el 7,6 % en el caso de las infracciones legales, como ya veremos en el desarrollo de este capítulo.

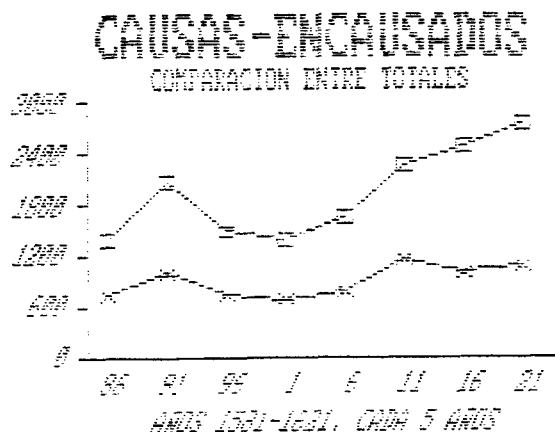
#### **ENCAUSADOS-SEXO**



### **1.4. Comparación de causas y encausados.**

En el gráfico se observa perfectamente cómo, en líneas generales, la evolución de las causas y encausados que atiende la Sala es muy parecida; sin embargo, sí se observa una tendencia de mayor

incremento del número de delincuentes en relación con el de pleitos, es decir a la actuación delictiva en grupos mayores.



En cuanto a los grupos de delitos que hemos establecido, en general, se mantiene el mismo orden y la misma proporción para el número de infractores que había para el número de causas. Los agresores ven incrementada su proporción que alcanza un tercio del total, es, sin duda, una serie de delitos en los que habitualmente se incurría en grupos -a veces, incluso numerosos- más que individualmente; los encausados por robos mantienen exactamente el mismo porcentaje que los pleitos de ese tipo atendidos por la Sala; los encausados por delitos contra la moral, son los terceros en número, con una representación entre el total de éstos un tanto menor que la que supone su proporción de causas, por razones obvias dado el tipo de transgresiones que predominan en ellos, como ya veremos; tras ellos, los que se veían ante los alcaldes de casa y corte por el resto de delitos no ven alterado significativamente su porcentaje con respecto al de los pleitos, salvo quizá en el caso de las infracciones e incumplimientos de normas

legales, un caso típico de delitos en los que abunda el delincuente en solitario.

#### **PORCENTAJE DE CAUSAS Y ENCAUSADOS (1581-1621)**

Delitos	Causas	Encausados
De palabra [1]	10 %	9 %
Agresiones [2]	28 %	33 %
Robos [3]	20 %	20 %
Fraudes [4]	6 %	5 %
Moral [5]	14 %	12 %
Infracciones [6]	10 %	7 %
Justicia [7]	4 %	4 %
Varios [8]	8 %	9 %

FUENTE: A.H.N., *CONSEJOS*, INVENTARIO GENERAL DE CAUSAS CRIMINALES, AÑOS 1581-1621.

## **2. LOS ENCAUSADOS POR DELITOS DE PALABRA.-**

### **2.1. Delitos que incluyen.**

En esta serie delictiva -como se aprecia en la tabla que aportamos- hemos diferenciado cuatro subgrupos: en el que englobamos bajo el epígrafe de *injurias* se incluirían las *palabras injuriosas* propiamente dichas, los insultos y descomedimientos, y también los escasísimos casos de libelos infamatorios; en el de *cuestiones*, se agrupan este tipo de delitos y los alborotos, es decir, altercados que, sin llegar a la agresión, estaban muy cerca de ella y que normalmente protagonizaban varias personas; las *amenazas*, si bien muy poco numerosas, representan algo diferente, no se trata de un atentado de palabra contra el buen nombre de alguien, sino que pueden tener un

DELITOS DE PALABRA

	INJURIAS			CUESTIONES			AMENAZAS			DESAFIOS			TOTAL		
	T	V	M	T	V	M	T	V	M	T	V	M	T	V	M
1581	1	1	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	1	0
1582	14	9	5	0	0	0	0	0	0	0	0	0	14	9	5
1583	21	17	4	2	1	1	1	1	0	6	6	0	30	25	5
1584	17	9	8	5	5	0	0	0	0	2	2	0	24	16	8
1585	18	10	8	14	14	0	1	1	0	1	1	0	34	26	8
1586	25	13	12	12	12	0	1	1	0	0	0	0	38	26	12
1587	54	43	11	10	8	2	1	1	0	0	0	0	65	52	13
1588	45	29	16	11	11	0	2	2	0	0	0	0	58	42	16
1589	42	28	14	4	4	0	1	1	0	0	0	0	47	33	14
1590	19	11	8	3	1	2	3	3	0	0	0	0	25	15	10
1591	19	14	5	9	9	0	0	0	0	4	4	0	32	27	5
1592	6	4	2	13	11	2	0	0	0	3	3	0	22	18	4
1593	6	5	1	4	4	0	1	1	0	1	1	0	12	11	1
1594	13	8	5	5	4	1	1	1	0	0	0	0	19	13	6
1595	12	7	5	9	9	0	11	11	0	6	6	0	38	33	5
1596	3	1	2	11	10	1	0	0	0	2	2	0	16	13	3
1597	11	9	2	5	5	0	0	0	0	0	0	0	16	14	2
1598	18	14	4	0	0	0	3	2	1	5	4	1	26	20	6
1599	5	4	1	0	0	0	0	0	0	0	0	0	5	4	1
1600	13	11	2	9	8	1	0	0	0	0	0	0	22	19	3
1601	19	15	4	13	13	0	0	0	0	5	5	0	37	33	4
1602	12	9	3	7	7	0	0	0	0	3	3	0	22	19	3
1603	8	5	3	22	21	1	2	2	0	0	0	0	32	28	4
1604	9	6	3	23	23	0	1	1	0	0	0	0	33	30	3
1605	18	13	5	9	9	0	2	2	0	2	2	0	31	26	5
1606	21	8	13	10	9	1	1	1	0	0	0	0	32	18	14
1607	25	22	3	16	13	3	1	1	0	7	6	1	49	42	7
1608	4	3	1	27	26	1	0	0	0	3	3	0	34	32	2
1609	18	9	9	26	25	1	0	0	0	7	7	0	51	41	10
1610	14	10	4	10	10	0	0	0	0	4	4	0	28	24	4
1611	11	8	3	8	7	1	1	1	0	0	0	0	20	16	4
1612	10	10	0	3	3	0	0	0	0	0	0	0	13	13	0
1613	11	6	5	22	19	3	0	0	0	1	1	0	34	26	8
1614	26	20	6	16	16	0	0	0	0	0	0	0	42	36	6
1615	19	14	5	23	21	2	0	0	0	3	3	0	45	38	7
1616	2	2	0	5	5	0	3	3	0	0	0	0	10	10	0
1617	12	9	3	3	3	0	0	0	0	2	2	0	17	14	3
1618	20	15	5	51	47	4	0	0	0	10	10	0	81	72	9
1619	34	26	8	46	41	5	1	1	0	1	1	0	82	69	13
1620	20	18	2	48	46	2	0	0	0	0	0	0	68	64	4
1621	6	4	2	7	7	0	2	2	0	11	11	0	26	21	2

=====

TOTAL 681 479 202 521 487 34 40 39 1 89 87 2 1331 1092 239

carácter intimidatorio, que caso de ser previo a una agresión sería aún más grave; por último, los desafíos son la antesala de los duelos que, como es sabido, estaban prohibidos, sin embargo no se llegaba a las armas con la frecuencia que la literatura hace pensar.

## **2.2. Evolución comparada.**

En los años estudiados el Inventario de los alcaldes de casa y corte recoge un total de 1331 encausados por delitos de palabra, lo que, como vimos, suponía un 9 %. La tendencia general es de aumento del número de personas juzgadas por estas infracciones, que registran su máximo precisamente en algunos de los últimos años; aunque lo cierto es que la curva es muy irregular. En estos grupos de delitos no demasiado numerosos quizá lo conveniente sea fijarnos en cifras más globales, puesto que un descenso de diez o quince reos por año puede ser una caída de gran magnitud (mientras que, por ejemplo, en las agresiones su impacto sería mucho menor). Especialmente extraña resulta la brusca disminución de 1599, que entre dos años que registraban 26 y 22 encausados, aparece sólo con 5, en un año, además, en el que el total de los juzgados aumenta; por supuesto, no hay ninguna explicación para ello, sino la mera coincidencia, puesto que no sería razonable pensar que ningún motivo hiciera ponerse de acuerdo a los madrileños para



dejar de insultarse o de discutir con excesivo acaloramiento durante un sólo año, mientras que el resto de los delitos incluso aumentaba algo.



### 2.3. Porcentaje de encausados por delito.

Desde luego, ese comportamiento general de la incidencia de este tipo de infractores no queda lo suficientemente claro ni diferenciado si no atendemos a los distintos delitos en particular, que tienen un carácter y una frecuencia muy distintos como se desprende de la

relación causas/encausados y de la distribución que podemos observar en este gráfico.



De las cuatro divisiones que hemos establecido, es evidente que el predominio corresponde a las injurias que reúnen más de la mitad de los procesados -681-; sin embargo su porcentaje dentro del número de las causas correspondientes a los delitos de palabra era de más de un 60 %; esa disminución se debe a que muchos de los procesados por esa razón lo fueron en solitario, buena prueba de ello es que la media de reos por causa en este delito es de 1,6; a ello habría que añadir el alto índice de matrimonios encausados, puesto que aparecen 31 parejas casadas -lo que supone más de un 9 % de los encausados-; esto nos da un perfil de las injurias, más bien "doméstico", producidas por asuntos cotidianos, de vecindario, etc.; en el que apenas en una ocasión aparece el libelo. En cuanto a las cuestiones y alborotos, ocupan un segundo lugar también destacadísimo, con casi un 40 % -479 encausados- sobre los que comparecen ante la Sala por no saber medir sus palabras; en este caso, se trata de un delito por el son enjuiciados más frecuentemente grupos (la media es de 2,3 por causa), lo que explica su

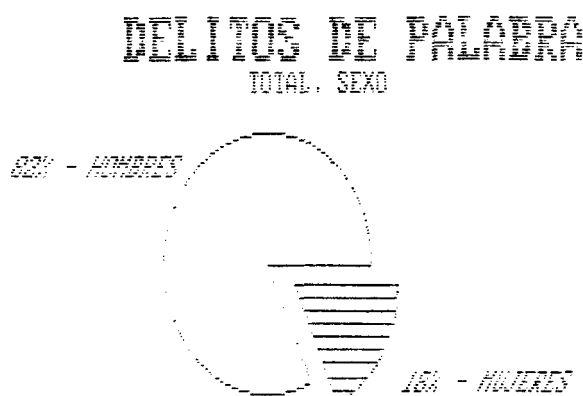
aumento proporcional en relación con su número de causas -que eran sólo un 30 %-; el carácter distinto de este delito queda bien de manifiesto por esa tendencia a lo tumultuario, a disputas quizá callejeras, o bien que exteriorizan viejas tensiones entre grupos que se manifiestan en este tipo de acciones, significativamente sólo se registran tres matrimonios encausados por cuestiones o alborotos -poco más de un 1 %-. Los desafíos suponen sólo un 7 %, con 89 encausados por tal motivo, de los que quizá sea interesante reseñar que presentan una elevada proporción de 2,7 procesados por causa; algo que no se repite en las amenazas que representaban sólo 23 causas y 40 encausados. Por tanto, los que la Sala juzgó por palabras injuriosas y cuestiones suponen el 90 % del total de quienes lo fueron por delitos de palabra, dos delitos como hemos visto, claramente diferenciados tanto por su tipología como por quienes incurrieran en ellos y con un peso significativo en el conjunto de los transgresores; desde luego, los más destacados de entre los *delitos menores*.

## **2.4. Distribución por sexos.**

### **a) General.**

Con respecto al total de encausados en este conjunto de faltas y demasías -recordemos, 1331 procesados-, 1092 eran hombres y 239 mujeres; es decir, la participación femenina en su conjunto no llegaba

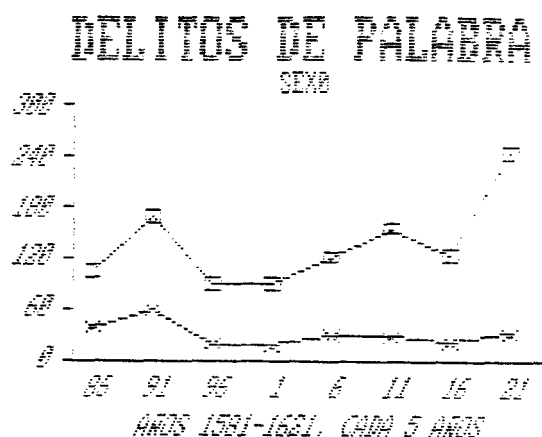
al 18 %; porcentaje que coincide prácticamente con la media del total de la muestra que estamos estudiando.



Ahora bien, este dato llevaría a engaño si no descendiéramos a detallar lo que ocurre en cada delito en concreto; pormenorización que, como ahora veremos, contribuye notablemente a perfilar aún más la caracterización de cada tipo establecido.

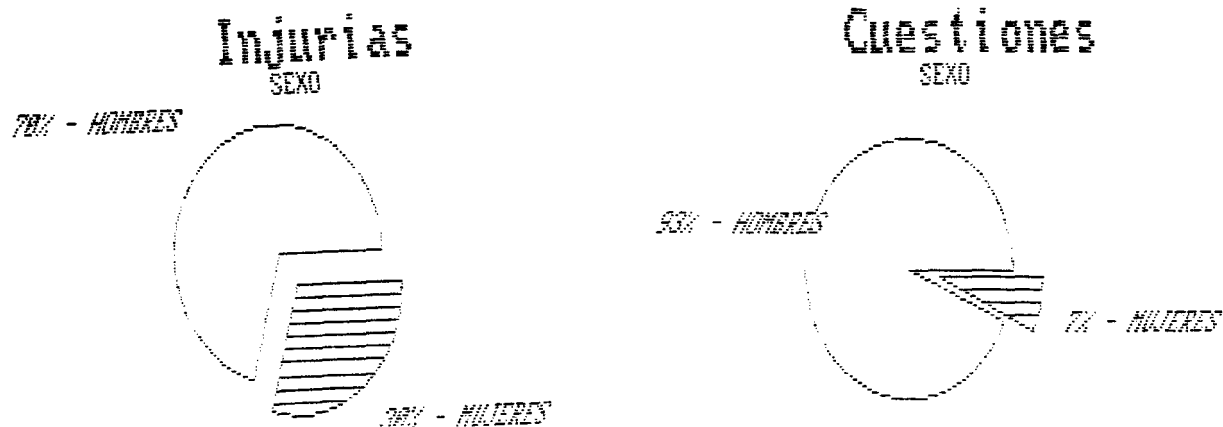
En cuanto a la evolución temporal, las curvas de hombres y mujeres siguen una tendencia muy similar, salvo, quizá, en los últimos quince años y, especialmente, en el último quinquenio, cuando el incremento de encausados es mucho mayor entre los hombres que entre las mujeres; hasta el extremo que mientras que, entre aquéllos el máximo se da en los años 1618 y 1619, entre éstas se registra en 1588 y 1589. La explicación quizá esté en el tipo de delito que marca cada una de esas cotas máximas; mientras que la de las mujeres viene determinada por su

elevada participación en lo que hemos englobado como palabras injuriosas; en los hombres, en esos últimos años se registra una mayor presencia en cuestiones y alborotos, delitos en los que cada causa solía reunir mayor número de procesados, casi todos hombres.



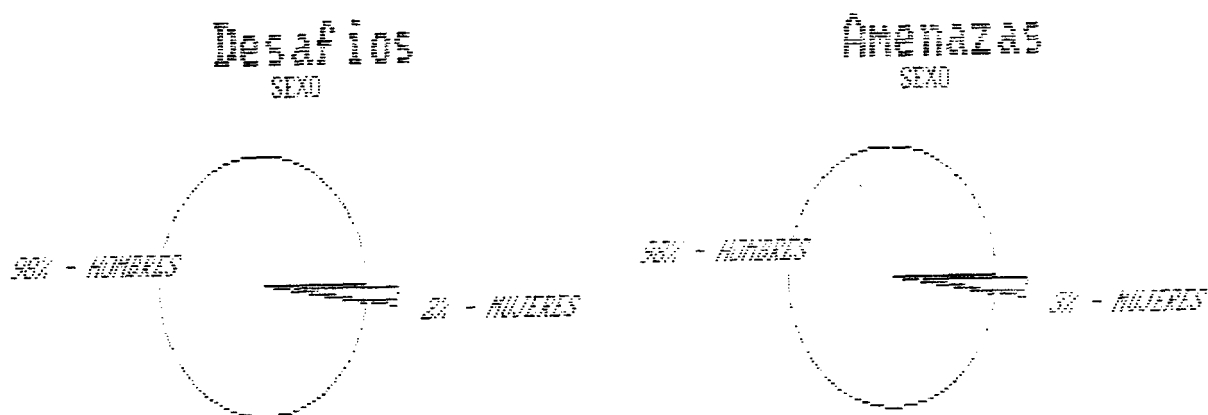
#### b) Por delitos.

De la simple comparación de las cifras por sexos en cada tipo de delito y de su traducción en estos gráficos, se deduce muy claramente la diversidad que encontramos en lo que hemos denominado delitos de palabra, y se refuerzan nuestras apreciaciones acerca del carácter específico de cada uno de ellos, especialmente sobre la distinción entre injurias y alborotos, que -por su propia importancia numérica- son las que más nos interesan.



Evidentemente, que las mujeres sumen casi el 30 % en las injurias y que no lleguen al 7 % en las cuestiones no podemos atribuirlo a un capricho en la distribución interna de este grupo de delitos de palabra. De entre las 239 mujeres encausadas en el total de ellos, 202 -más del 84 %- lo fueron por injurias e infracciones similares. Esa preferencia y esa elevada proporción convierten a las injurias, palabras infamatorias e insultos en el primero de los delitos "femeninos" que nos encontramos, con una participación de mujeres que casi dobla la media. Esto influye, como decíamos, en la definición misma de ese delito, al que atribuíamos un carácter casi "familiar", espontáneo, frecuentemente individual y, también a menudo, cometido por matrimonios -en una proporción destacadísima con respecto a lo habitual en el inventario-; a ello hay que añadir esa abundancia de mujeres, de las que no se suele citar oficio, con lo que hemos de seguir viendo en él una falta cotidiana y casi "doméstica". Asimismo, esa gran participación femenina lleva a las injurias al primer puesto dentro de los delitos de palabra, puesto que si atendemos sólo a los varones que incurre en ellas quedarían por detrás de las cuestiones. Precisamente,

las cuestiones y alborotos registran una proporción mucho menor de mujeres -un 7 %-, con lo que también se confirma esa vinculación a disputas más próximas a la agresión y que suelen implicar a bandos activos enfrentados -más comúnmente masculinos-.



No obstante, como se observa en los dos gráficos anteriores, aún menor hasta el extremo de resultar prácticamente insignificante era el número de mujeres juzgadas por amenazas y desafíos -sólo una en el primer caso y dos en el segundo-, algo que era de esperar en dos delitos típicamente masculinos y vinculados a la valentía mal entendida -o bravuconería-, de la que a menudo se hacía gala obligados por la supuesta hombría.

### 3. LOS ENCAUSADOS POR AGRESIONES.-

#### 3.1. Delitos que incluyen.

En este grupo hemos incluido cuatro categorías de delitos, que obedecen en gran medida a la misma distinción y terminología que empleaba la Sala. Una primera de encausados, muy destacada, es la de los procesados por lo que los mismos alcaldes de casa y corte calificaban como *heridas*, en las que normalmente no se especifica nada más; responden, en general, a peleas, a la prolongación en violencia física de las agresiones meramente verbales. Una segunda denominación corresponde a los encausados por *cuestiones de cuchilladas y armas*, enfrentamientos que llegaban no sólo a la violencia física sino a las armas, y en los que, a veces, se aclaraba, como agravante, que las cuchilladas habían sido *en el rostro*, o *en la cara*. Otra clase, quizá más heterogénea, es la constituida por lo que hemos llamado *malos tratos*, en los que incluimos lo que en el inventario aparece como *malos tratamientos*, como *bofetadas* (*bofetones*, dicen a veces los alcaldes) o como *palos*, agresiones a las que hemos asimilado otras menos frecuentes pero similares. Por último, los enjuiciados como responsables de *muertes*, grupo fácil de identificar por las consecuencias y la gravedad de su acción, pero no así por sus causas ni por el modo de realizarla; encontramos envenenamientos, muertes en el campo a manos de salteadores, como consecuencia de robos, conatos de homicidio, venganzas, etc.).



# AGRESIONES CONTRA LA INTEGRIDAD DE LAS PERSONAS

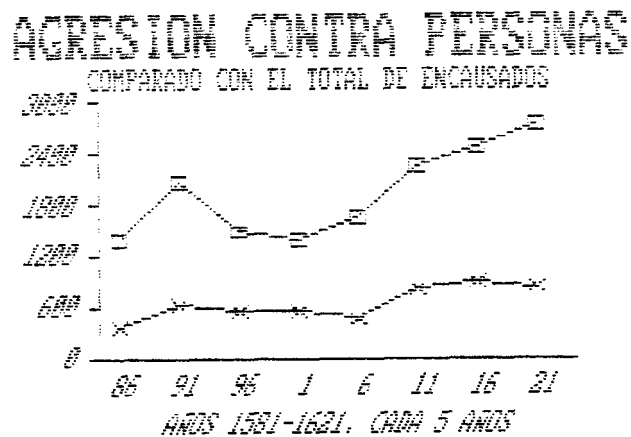
	HERIDAS			CUCHILLADAS			MALOS TRATOS			MUERTES			TOTAL		
	T	V	M	T	V	M	T	V	M	T	V	M	T	V	M
1581	3	3	0	5	4	1	0	0	0	0	0	0	8	7	1
1582	22	21	1	1	1	0	10	10	0	2	2	0	35	34	1
1583	27	20	7	3	3	0	14	11	3	9	8	1	53	42	11
1584	38	35	3	5	5	0	13	10	3	13	10	3	69	60	9
1585	36	32	4	7	7	0	12	11	1	25	25	0	80	75	5
1586	62	54	8	9	7	2	28	28	0	25	21	4	124	110	14
1587	49	47	2	3	3	0	16	11	5	21	16	5	89	77	12
1588	95	85	10	4	4	0	30	24	6	17	16	1	146	129	17
1589	86	80	6	1	1	0	45	38	7	30	28	2	162	147	15
1590	81	64	17	4	4	0	13	6	7	14	14	0	112	88	24
1591	52	45	7	2	2	0	14	11	3	52	47	5	120	105	15
1592	49	46	3	4	4	0	7	5	2	34	24	10	94	79	15
1593	65	63	2	0	0	0	14	13	1	29	26	3	108	102	6
1594	44	44	0	2	2	0	11	9	2	32	28	4	89	83	6
1595	55	47	8	10	7	3	9	7	2	32	20	12	106	81	25
1596	74	71	3	14	14	0	18	11	7	57	51	6	163	147	16
1597	67	60	7	4	4	0	14	5	9	65	63	2	150	132	18
1598	56	53	3	5	5	0	1	1	0	26	22	4	88	81	7
1599	62	56	6	6	6	0	20	19	1	25	25	0	113	106	7
1600	66	61	5	13	12	1	6	6	0	33	23	10	118	102	16
1601	42	35	7	12	12	0	11	7	4	23	22	1	88	76	12
1602	42	38	4	2	2	0	8	7	1	15	13	2	67	60	7
1603	43	39	4	4	4	0	21	18	3	16	15	1	84	76	8
1604	34	32	2	6	6	0	7	6	1	16	12	4	63	56	7
1605	57	45	12	18	14	4	10	9	1	28	17	11	113	85	28
1606	70	69	1	22	20	2	23	23	0	21	19	2	136	131	5
1607	112	99	13	23	22	1	31	24	7	38	34	4	204	179	25
1608	41	39	2	19	17	2	6	6	0	74	64	10	140	126	14
1609	59	50	9	30	28	2	18	17	1	36	30	6	143	125	18
1610	108	100	8	30	28	2	3	3	0	20	19	1	161	150	11
1611	79	67	12	4	4	0	10	9	1	62	55	7	155	135	20
1612	79	69	10	11	10	1	7	7	0	33	27	6	130	113	17
1613	118	113	5	13	8	5	8	5	3	17	16	1	156	142	14
1614	70	66	4	15	15	0	5	5	0	57	46	11	147	132	15
1615	112	100	12	24	21	3	28	24	4	153	137	16	317	282	35
1616	78	71	7	4	4	0	12	9	3	56	43	13	150	127	23
1617	69	59	10	20	20	0	2	2	0	108	97	11	199	178	21
1618	63	57	6	5	4	1	25	25	0	87	77	10	180	163	17
1619	106	94	12	5	5	0	13	12	1	33	27	6	157	138	19
1620	78	74	4	12	10	2	6	6	0	65	51	14	161	141	20
1621	74	70	4	11	11	0	18	18	0	33	27	6	136	126	10

=====

TOTAL2623 2373 250 392 360 32 567 478 89 1532 1317 213 5114 4528 586

### 3.2. Evolución comparada.

El total de personas juzgadas por este grupo de las agresiones contra la integridad de las personas es el más amplio de todos, con 5.114 procesados que suponen, como se dijo, casi exactamente un tercio del total de nombres registrados en el inventario general para esos años entre 1581 y 1621. La proporción entre causas y encausados para todo el grupo es de 2,5, aunque también cambia bastante según los casos.

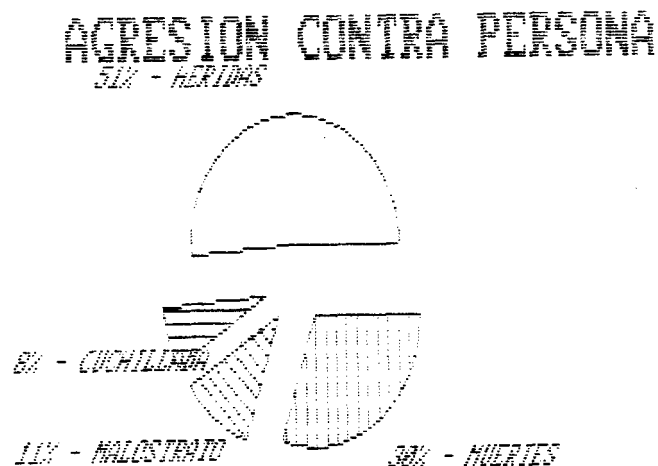


Como se aprecia en el gráfico, la correspondencia entre la evolución del total de encausados por todos los delitos y la de los *agresores* es prácticamente coincidente, puesto que no hay que olvidar que la importancia cuantitativa de éstos es determinante para las tendencias generales; por tanto, la línea final para este período reflejaría también un aumento en el número de encausados. Hay que hacer, sin embargo, algunas precisiones; el incremento del número de

procesados en los primeros años se produce de forma más gradual que en otros casos, no resultando tan brusco ni siquiera contando con ese primer bienio atípico; los enjuiciados en estos pleitos experimentan un descenso mantenido -algo más homogéneo que en otros casos- en los años correspondientes a la estancia en Valladolid; y el último quinquenio no reúne cifras tan altas como otros grupos, siendo el año máximo el de 1615, destacando considerablemente, por razones que luego explicaremos.

### 3.3 Porcentaje de encausados por delito.

La distribución porcentual de este grupo de delitos, presenta también dos muy destacados: heridas y muertes -que suman más del 81 %-; y otros dos menores: malos tratos y cuchilladas.



Los encausados por *heridas*<sup>1199</sup> suponen más de la mitad del total de los agresores, con un total de 2.623 encausados. Hemos incluido aquí lo que la Sala llamaba *heridas*; analizando los datos que poseemos podemos llegar a definir algunas de las condiciones en las que los procesados eran acusados de este delito. Un importante porcentaje de los enjuiciados por *heridas*, habían llegado a ese extremo de violencia como prolongación de una disputa personal o colectiva anterior, básicamente a partir de lo que habíamos clasificado como palabras injuriosas o cuestiones; de hecho gran número de las causas figuran como *cuestión y heridas*, lo que indica ese carácter; además aparecen algunos encausados que lo estaban también por palabras injuriosas y 18 matrimonios; este tipo de procesados por *heridas* estaría muy alejado de ese otro caracterizada por los que, sumergidos claramente en el mundo de la delincuencia, se ven obligados a emplear la violencia bien para conseguir sus propósitos ilícitos, bien para tratar de evitar la acción de la justicia: en este último grupo se incluyen los 14 encausados que aparecen con alias (el alias era signo evidente de *profesionalidad* delictiva), los 19 hombres y nueve mujeres acusados también de hurto; diez que compartían su culpa con la de estafadores o falsarios, dos hombres y dos mujeres *vagantes*; tres que quebrantaron el destierro a que estaban condenados o dos que se resistieron a la acción de la justicia; también aparecen algunos que debieron llegar a esta agresión involucrados en adulterios y seguramente en relación con esa situación

<sup>1199</sup> La inmensa mayoría de los encausados que hemos incluido en este epígrafe responden exactamente a los procesados por *heridas* o *cuestión y heridas*; pero hemos añadido también algunos casos homologables: *descalabros* -aparecen varios-, *echar un perro a un hombre y morderle* -lo encontramos al menos en un par de ocasiones-; quemar con agua caliente; quebrar un brazo; sacar un ojo; quebrar los dientes; e incluso *cortar las narices a una mujer en el camino que va de Ambite a Alcalá*, como se dice de una causa de 1595.

irregular -cinco hombres y tres mujeres-; por último, por cumplir sus amenazas o llegar a heridas en desafío sólo encontramos una persona en cada caso. La proporción causas/encausados es muy similar a la del total de agresores -2,3 en este caso- e indica una cierta tendencia a realizar este tipo de ataques en grupos, más que individualmente, aunque generalmente no demasiado numerosos.

El segundo gran grupo de encausados por agresiones serían los acusados de *muerter*. Ya adelantábamos que había una gran diversidad dentro de ellos. Suman 1.532, lo que supone un 30 %. Hay algunas características que llaman la atención al analizar los datos respecto a ellos; si bien la relación causas/encausados es en ellos de un 3,3 -bastante elevada-, se advierte una clara tendencia hacia los dos extremos, es decir, el número de causas con un acusado es muy alto, pero también lo es el de las que reúnen un buen número de ellos. En relación con estas últimas, se produce un fenómeno que, en cierto modo, desequilibra las estadísticas: es la inclusión de pleitos consecuencia de algunos desmanes y alborotos multitudinarios con resultado de muertes, muchos de ellos fuera de Madrid y de sus cinco leguas, casos especialmente complicados en los que, por esa razón, el Consejo dió comisión a los alcaldes; así, encontramos, por ejemplo, causas con 85 o con 68 enjuiciados, capaces de distorsionar por sí solas el panorama de algún año determinado; precisamente la confluencia de dos de éstas causas -una de 85 y otra de 16 encausados- en 1615 causa ese alza desmedida y de otro modo inexplicable que apuntábamos para ese año en la curva del total de agresiones. En estas causas encontramos hasta 16 de ellas encargadas a la Sala por comisión del Consejo. No aparecen demasiadas referencias a la causa de las muertes, salvo con una

excepción: en los casos de envenenamiento, de los que el inventario señala para estos años estudiados al menos doce -en alguno se dice que con solimán o con polvos venenosos-; curiosamente, de entre esos casos de envenenamiento la mayor parte corresponden a mujeres que matan -o que lo intentan a sus maridos-. Es éste un tema francamente interesante, puesto que aparecen ocho casos de acusaciones contra mujeres por asesinar a sus esposos o por tentativas fallidas; mientras que son trece los juzgados por uxoricidas; en ambos casos se dan circunstancias en las que junto al cónyuge asesino aparecen como cómplices sus amantes, junto a los que han decidido quitarse de en medio un obstáculo para continuar sus relaciones. Aunque el número de maridos homicidas sea mayor que el de esposas, los primeros suponen menos de un 1 % de los acusados de algún tipo de muerte; mientras que las segundas alcanzan casi un 4 %; es decir, las mujeres que llegan a decidirse a matar lo hacen contra sus compañeros legales en una proporción cuatro veces mayor que ellos; lo que nos habla de un clima familiar en el que indudablemente la mujer no estaría sólo sometida y descontenta sino en una situación extrema que le mostraría el veneno como una solución salvadora; además, de demostrar cómo la mujer no era, ni mucho menos, un ser pasivo, ni siquiera una víctima pasiva, sino que llega a tomar iniciativas tan desesperadas o inquietantes como esas. Encontramos también tres casos de infanticidio, por los que fueron encausadas cinco mujeres -entre ellas las madres de las criaturas-, en uno de los casos se especifica que el niño murió ahogado -la práctica más común según parece-. Mucho se ha especulado sobre los métodos de control de natalidad y el papel que jugaría el infanticidio; tres casos en cuatro décadas no parecen una muestra muy importante; sin embargo, hay que

tener en cuenta que se trataba de una realidad que en la época no debía ser difícil de ocultar, achacando la muerte del recién nacido a alguno de los habituales problemas en el parto o a las enfermedades causantes de la elevada mortalidad infantil; hay además que recordar que estos datos se refieren a Madrid y el infanticidio es una práctica que tradicionalmente se ha venido relacionando más con sociedades rurales; por todo lo cual la sola aparición de esos casos resulta ya significativa. En cuanto a los encausados, casi un 13 % comparten su culpa con otros delitos; sobre todo los acusados de esos grandes grupos de los que hablábamos, procesados también en algún caso por excesos -suman 89, entre los que figura un grupo de 68-, por resistencias a la justicia -son 89, con un grupo de 85-; y, menos, por amancebamiento -cuatro hombres y cinco mujeres, casi todos implicados en la muerte del cónyuge de alguno de ellos-, por ladrones -cinco-, por heridas -dos-, por quebrantamiento de destierro o de galeras -uno en cada caso-. Además, entre estos enjuiciados hemos encontrado 12 con alias y 13 matrimonios, representando cada uno esa tendencia opuesta, en la mayoría de los casos, como ya hemos explicado.

Los que se vieron ante los alcaldes acusados de *cuchilladas* o de *malos tratos* representan entre los dos menos del 20 % de los agresores. Los encausados por *cuchilladas y armas*<sup>1200</sup> sumaban sólo 392 reos, que quedaban como los de menor porcentaje dentro de este grupo de delitos, con sólo un 8 %; distribuidos de forma un tanto irregular, aunque sí con un mayor número en los últimos veinte años -destacan sobre todo

<sup>1200</sup>Se incluyen cuchilladas, puñaladas, arcabuzazos, pistoletazos, etc.; aunque, con mucha diferencia, destacan los procesados por cuchilladas.

entre 1605 y 1610-; la media de causas/encausados coincide prácticamente con la del grupo de agresiones -2,4-.

En los *malos tratos*- ya se advirtió- hemos introducido sobre todo los *malos tratamientos*, las *bofetadas* y los *palos*, pero también otras acusaciones parecidas: *cuestión de pedradas*, *pretinazos*, *dar un reomazo de tinta a una mujer*, dar patadas, etc. Hemos encontrado 567 personas procesadas por esta variedad de agresiones, es decir, un 11 %, sobre las que no se aportan demasiados datos. En general, se cometían individualmente o en pequeños grupos (1,98 encausados por causa) , y entre los juzgados encontramos pocos que fuesen acusados de otros delitos y los que lo estaban era en delitos como injurias, escándalos, amancebamiento, resistencia..., lo que indica que eran comportamientos violentos más bien "privados", entre conocidos -aparecen cinco matrimonios que reforzarían esa impresión, mientras que sólo nos encontramos con dos individuos con alias y con un sólo caso de comisión del Consejo, que indicaría una situación de especiales repercusiones-.

### 3.4. Distribución por sexos.

#### a) General.

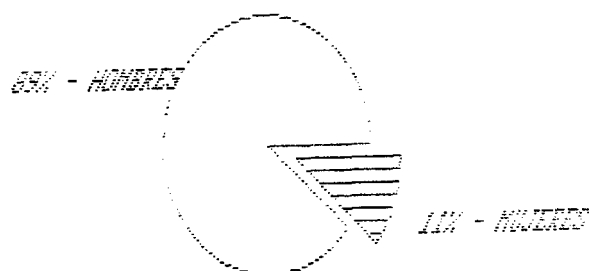
Para el total de los agresores las diferencias numéricas entre hombres y mujeres son muy considerables, como se observa en este gráfico. Son ocho veces más los varones encausados por esta razón, participación masculina por encima de la media -casi un 89 % en este caso, cerca de un 83 % en el total-. Son 4.528 hombres por 586 mujeres, que, como a continuación veremos, no se distribuyen entre los distintos



delitos siguiendo esa misma proporción -aunque tampoco encontramos las enormes diferencias que en otros grupos-.

## AGRESION CONTRA PERSONA

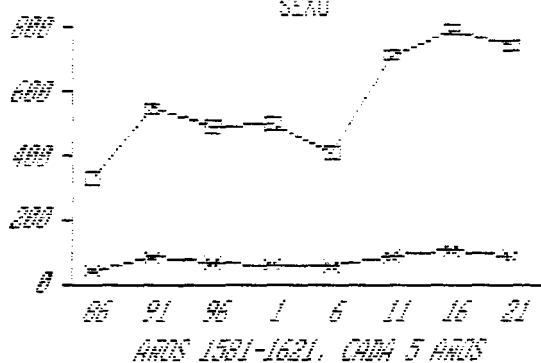
TOTAL, SEXO



Dado el mucho mayor peso de los varones, son éstos los que marcan la evolución general del tipo de delitos. La tendencia en el caso de las mujeres no muestra especiales sorpresas, aunque su reducido número por año, hace que alteraciones mínimas puedan parecer más importantes de lo que en realidad son.

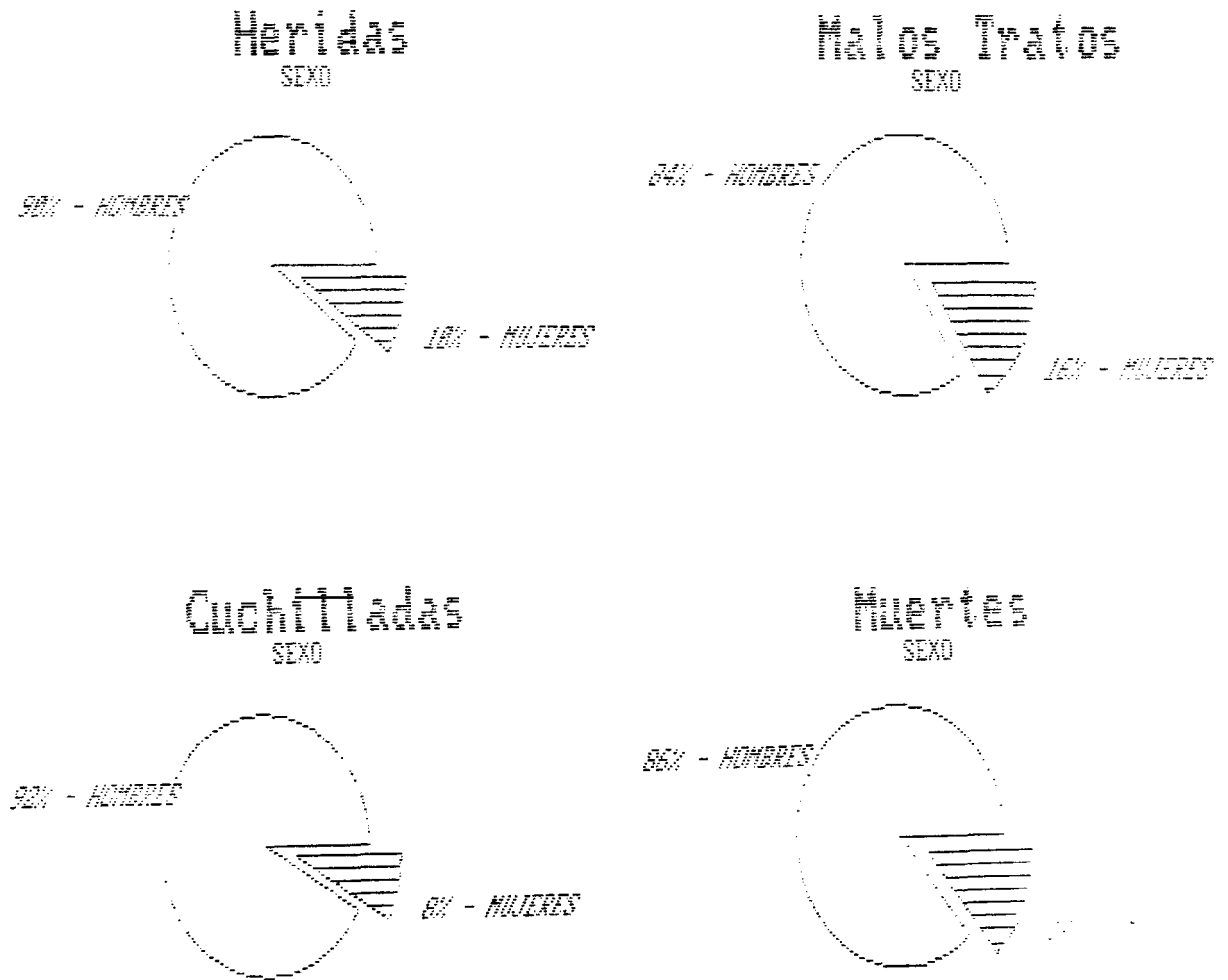
## AGRESION CONTRA PERSONAS

SEXO



b) Por delitos.

Como se puede deducir fácilmente con una simple mirada a estos cuatro gráficos:



la participación de mujeres era menor en el caso de las *cuchilladas y armas* -sólo 32 acusadas, un 8 %-, algo lógico por el propio carácter de ese delito; se queda en un 10 % en las heridas -250 mujeres-, y,

teniendo en cuenta que en éstas estaban registrados más de la mitad de los encausados por agresiones, es natural que prácticamente esa misma sea la proporción total. Sin embargo, en los malos tratos, por su variedad y por esas condiciones *privadas* de que hablábamos, la participación femenina -89 féminas sobre 567 encausados- llega al 16 %, reforzando esa impresión. Y en las muertes, quizá por lo mismo, por la gran diversidad de situaciones que aparecen, encontramos un importante 14 % de mujeres -215, casi tantas como en las heridas que tienen más de mil encausados totales más- que, eso sí, estaban más relacionadas con los crímenes "familiares" o entre conocidos -incluso con los grandes grupos procesados- que con las muertes consecuencia de otras acciones delictivas (robos, asaltos, etc.).

#### 4. LOS ENCAUSADOS POR ROBOS.-

##### 4.1. Delitos que incluyen.

En estos delitos contra la propiedad, hemos hecho una división, siguiendo la propia terminología de los alcaldes de casa y corte, entre los *ladrones* y los juzgados por *hurto*. La diferencia puede estribar en que los primeros responden a una dedicación continuada a este tipo de transgresiones, hasta convertirlo en un verdadero oficio por el que eran, naturalmente, perseguidos; los segundos, por el contrario, lo eran por un hecho en concreto, por un hurto determinado, aunque ello no quiera decir que éstos no fuesen también delincuentes habituales y *profesionales* con "dedicación exclusiva", pero hemos de limitarnos a la

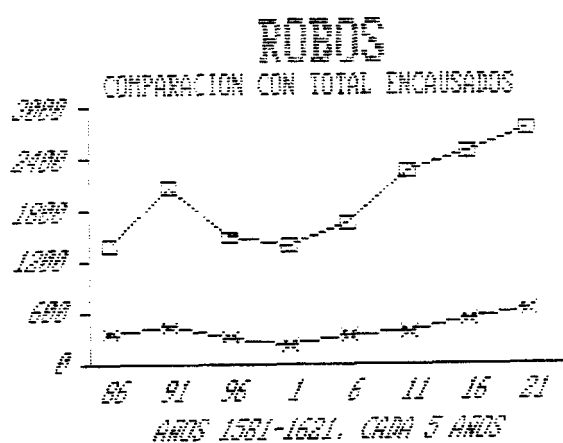
# R O B O S

	LADRONES			HURTOS			TOTAL		
	TOTAL	VARON	MUJER	TOTAL	VARON	MUJER	TOTAL	VARON	MUJER
1581	1	1	0	4	4	0	5	5	0
1582	3	3	0	30	23	7	33	26	7
1583	28	21	7	33	26	7	61	47	14
1584	46	43	3	40	35	5	86	78	8
1585	34	30	4	45	38	7	79	68	11
1586	11	11	0	67	50	17	78	61	17
1587	10	9	1	43	37	6	53	46	7
1588	41	32	9	68	48	20	109	80	29
1589	22	21	1	81	68	13	103	89	14
1590	16	13	3	66	49	17	82	62	20
1591	24	19	5	53	39	14	77	58	19
1592	16	15	1	59	43	16	75	58	17
1593	8	7	1	35	22	13	43	29	14
1594	13	13	0	51	43	8	64	56	8
1595	21	12	9	63	47	16	84	59	25
1596	5	4	1	33	27	6	38	31	7
1597	5	5	0	25	21	4	30	26	4
1598	7	5	2	54	42	12	61	47	14
1599	5	5	0	60	47	13	65	52	13
1600	3	2	1	17	14	3	20	16	4
1601	11	7	4	33	26	7	44	33	11
1602	6	5	1	34	21	13	40	26	14
1603	17	12	5	42	34	8	59	46	13
1604	17	17	0	42	37	5	59	54	5
1605	10	8	2	40	28	12	50	36	14
1606	13	8	5	115	88	27	128	96	32
1607	36	30	6	77	61	16	113	91	22
1608	4	4	0	55	45	10	59	49	10
1609	9	9	0	70	50	20	79	59	20
1610	19	15	3	33	29	4	52	45	7
1611	1	1	0	55	46	9	56	47	9
1612	2	2	0	51	36	15	53	38	15
1613	20	17	3	83	73	10	103	90	13
1614	7	6	1	94	71	23	101	77	24
1615	20	19	1	134	112	22	154	131	23
1616	20	14	6	87	67	20	107	81	26
1617	12	12	0	84	63	21	96	75	21
1618	5	5	0	90	65	25	95	70	25
1619	9	8	1	142	125	17	151	133	18
1620	0	0	0	186	158	28	186	158	28
1621	7	7	0	93	80	13	100	87	13
TOTAL.	564	478	86	2567	2038	529	3131	2516	615

información que el inventario nos proporciona. Información que recogemos en esta tabla cuyos datos iremos analizando en los siguientes apartados.

#### 4.2. Evolución comparada.

Para estos años 1581-1621, el total de procesados por delitos contra la propiedad es de 3.131, que representan algo más del 20 % del total de encausados y suponen más de 2 personas por causa -los pleitos criminales por este grupo de delitos fueron 1.428-.

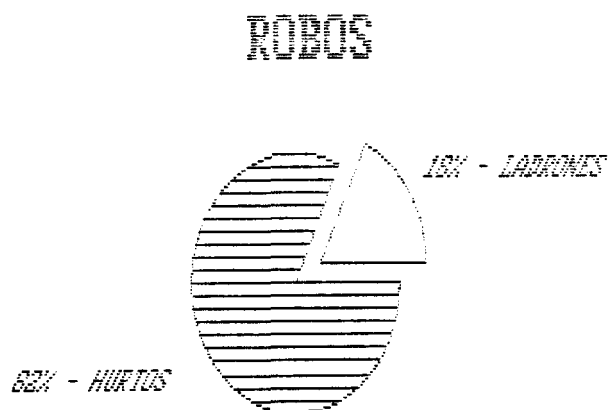


La tendencia general del número de delincuentes en este grupo por año es a aumentar, hasta el extremo de que la cifra más elevada se alcanza en 1620 y esos últimos cinco años son también los que tienen una media más elevada. En su evolución cuantitativa global es plenamente coincidente con la que experimenta el total de enjuiciados por la Sala. Años especialmente destacados fueron los de 1588-89, en los que

contribuyen al alza notable del conjunto de malhechores; el del retorno de la Corte a Madrid y el siguiente, y, prácticamente todos desde 1613. Años de escasa representación fueron los de 1597, con 30 encausados -sin que en el total se aprecie una disminución-; y 1600, con sólo 20 procesados que en este caso sí se corresponden a un descenso general, ya explicado en su momento-.

#### 4.3. Porcentaje de encausados por delito.

La abrumadora mayoría de los delincuentes procesados en estos delitos contra la propiedad corresponde a los acusados de hurtos:



Los que hemos incluido en el apartado de *ladrones* suman un total de 564; es decir, ese 18 % que aparece en el gráfico. Repasando las anotaciones de los alcaldes, hemos considerado como tales no sólo a los que entraban en esa denominación general de ladrones, sino también a los *amigos de lo ajeno* especializados en en algún *modus operandi* o en algún objetivo determinado: entre ellos destacan los *cuatreros* -de *cuatro*, caballo en germanía-, ladrones de animales, sobre todo de caballos, de los que la Sala registra 24 -23 hombres y una mujer-, que suponen un 4,2 % de esos *ladrones*, la abundancia de este género de

delitos es explicable por la importancia de los caballos en la Corte, pero también por la jurisdicción de la Sala en las cinco leguas madrileñas, que les permitiría intervenir en cuestiones más propias de los caminos o de poblaciones más pequeñas en los que los animales jugaban un papel importante; los *capeadores*, personajes muy característicos de la delincuencia urbana y, sobre todo, nocturna, nombrados con frecuencia en la literatura y en noticias diversas de la época, que quedan así confirmadas como ciertas, pues nos encontramos con 22 de estos especialistas -20 hombres y 2 mujeres-, que suponen casi un 4 % de estos *ladrones*; otra *especialidad* de la delincuencia urbana con la que se encontraban las rondas -y también recogida en novelas y comedias, aunque más con fines amorosos- era la de los *escaladores de casas*, de los que se vieron ante el tribunal de los alcaldes al menos trece -entre ellos una mujer<sup>1201</sup>-; por último, hemos incluido también entre los ladrones a los *salteadores*, fruto de la intervención de los alcaldes de casa y corte en su jurisdicción sobre los lugares de las cinco leguas y los caminos entre ellos; aparecen sólo once -pero tres mujeres entre ellos que nos hacen dudar que las bandoleras y salteadoras de caminos que aparecen en la comedia, como vimos, fuesen sólo un recurso dramático-, aunque es bien significativa esa presencia, puesto que éste no era cometido prioritario de la Sala sino que había otras jurisdicciones que entendían habitualmente en ello, por lo que encontramos también reforzados tantos testimonios sobre la peligrosidad

---

<sup>1201</sup> Además de éstos que figuran como *escaladores*, en los hurtos aparecen también los acusados por algún escalamiento (hasta doce caos más); es decir, empleando el método aunque no especialistas en él; con lo que la frecuencia con que los alguaciles podían sorprender a alguien trepando por las rejillas de alguna casa aumenta considerablemente, por la popularidad de ese sistema entre los maleantes.

de los caminos incluso en las cercanías de la Corte. La nota característica de estos delincuentes es, insistimos en ello, la *profesionalidad*, la dedicación habitual, lo que hace que no encontremos apenas matrimonios<sup>1202</sup> por ejemplo, que suelen indicar una participación más ocasional y menos especializada; y que, por el contrario, aparezca un porcentaje inusualmente alto de encausados que usaban un alias: hasta 30 ladrones -tres mujeres entre ellos- lo empleaban, lo que sobrepasa el 5 % del total. Además, en torno a un 15% de estos delincuentes -unos ochenta- estaba también acusado de otros delitos, la mayor parte de ellos -cuarenta y uno, de los que tres eran mujeres- de quebrantar el destierro al que fueron castigados en otra ocasión, lo que da idea de su asiduidad al mundo delictivo<sup>1203</sup>; lo mismo que el caso de los más de veinte enjuiciados también por vagantes, que darían la razón a quienes identificaban la vida vagabunda con el latrocinio sistemático para subsistir. A la hora de actuar, por último, estos ladrones mostraban preferencias distintas en cuanto a su número, dependiendo fundamentalmente de la *especialidad* que practicarán; la media causas/encausados es algo superior a la del total de los delitos contra la propiedad -2,4-, pero por sí sola no basta para darnos una idea de estos comportamientos; eran muchos los ladrones que preferían actuar solos, sobre todo los que actuaban en las calles valiéndose de su habilidad; los capeadores, por ejemplo, muestran una diferencia muy acusada; de los

---

<sup>1202</sup>Sólo tres -un 1 % de los encausados por esta causa- y en uno de ellos, el matrimonio es procesado por encubrir a su hija ladrona, y no por serlo ellos -lo que reduciría el porcentaje a un 0,7 %-.

<sup>1203</sup>La distribución de las otras acusaciones de esos ladrones es la siguiente: por palabras injuriosas, 3; por heridas, 1; por muertes, 8; Por quebrantamiento de destierro, 41 (3 mujeres); por quebrantamiento de galeras, 1; por resistencia a la justicia, 1; por vagantes, 22 (5 mujeres); por escándalos, 1.



nueve casos, cinco tienen un único protagonista, en otros dos *trabajaban* en pareja; y los dos restantes preferían actuar en una banda organizada -una de ellas de nueve miembros-; los escaladores propiamente dichos eran generalmente sólo uno -el que más riesgo corría de ser apresado-, pero precisaban de la ayuda de algunos cómplices que les cubriesen la calle y les ayudasen a recoger el botín y escapar, por lo que también encontramos entre ellos grupos de cuatro o seis personas; asimismo, los salteadores no solían actuar solos; y en el caso de los cuatreros encontramos también los dos sistemas, el ladrón que prefería hacerlo él todo y los más organizados -aparecen grupos de tres, cinco y nueve miembros- que contaban con una red para colocar luego los animales y que podían robarlos por la fuerza, en auténticos asaltos.

En cuanto a los acusados por hurtos, la variedad es en ese caso mucho mayor. En primer lugar, no hemos dudado en incluir los intentos, la complicidad, así como la compra o venta de objetos hurtados. Además, el modo de realizar esos hurtos podía ser variadísimo; también aquí hemos incluido algunos casos de escalamiento de casa y de capeamiento, muchos aparecen como *alzarse con cierta cantidad* o con algunos bienes, o como hurtos menores -*raterías* las llama la documentación-, y también como *ocultación* de bienes ajenos; aparecen casos por *haber abierto una casa con llaves maestras*, tal como se lee en las tramas de algunas novelas, y que justificaban la prohibición a los cerrajeros por parte de la Sala de alcaldes de hacer dichas llaves -como ya expusimos al hablar de la vigilancia de la justicia en la Corte-; y también recoge el Inventario las típicas situaciones -reflejadas de multitud de formas en la literatura- de mesoneros o posaderos que roban a huéspedes

suyos<sup>1204</sup>. Pero quizá la diversidad sea mayor aún por lo que se refiere a los objetos codiciados por estos delincuentes: unos de los más frecuentemente citados eran las alhajas y joyas sin especificar, o bien detallando sortijas, cadenas y collares de oro, así como otros objetos valiosos nombrados varias veces como *plata* sin especificar -en una ocasión se dice de plata de los infantes- e incluso podemos encontrar robos de tapices, de *lámparas de la iglesia de doña María de Aragón*, o de *un frontal y palio del Real Monasterio de El Escorial*; pero, frente a esos robos "de calidad", encontramos también bastantes de animales: varios de caballos o rocín -y también de un jaez o de los aderezos de un caballo-, de un burro o de un pollino, de machos o mulos (en ocasiones con carro y todo), algunos de cerdos o de carneros; una práctica habitual era la de venderlos como si fueran propios para así librarse cuanto antes del cuerpo del delito y así lo recogía la Sala (*vender caballo ajeno, o vender ganados sin orden del dueño*); y varios de trigo, en algunos de los cuales se explica que lo hurtaron en el campo o que lo segaron y recogieron en tierras que no eran suyas<sup>1205</sup>, también de cebada, de pan, de vino o de azúcar. Los robos de ropa eran también frecuentes -recuérdese el auge de los ropavejeros y las sospechas continuas que sobre ellos recaían-: encontramos que se hurtaban desde unos calzones o unas calzas hasta coletes o mantos y ropa sin detallar. Otros delincuentes tenían una especial querencia por

---

<sup>1204</sup>En uno de ellos, los mesoneros -de la villa de Cebolla- tuvieron tan poca previsión que una de sus víctimas fue el licenciado Francisco de Ribera, alcalde mayor de la villa de Lora, que echó en falta algunas alhajas, de modo que el asunto, por comisión del Consejo, acabó en manos de los alcaldes.

<sup>1205</sup>No hace falta insistir en lo mucho que de rural tenía aún la vida de las ciudades.

los papeles, así robaban unas comedias a un autor de ellas o *extraían* unos libros del monasterio de San Bernardo, hurtaban un cartapacio o se llevaban un testamento; naturalmente en esos casos el beneficio que se buscaba iba mucho más allá del valor material de las escrituras. Por todos esos motivos fueron encausados entre 1581 y 1621 un total de 2.567 personas que suman casi el 82 %, por lo que sus características son las que definen casi totalmente todo el grupo de delitos contra la propiedad. En este caso, resulta muy difícil establecer un delincuente tipo o un modo de proceder habitual, por esa enorme pluralidad que acabamos de describir; nada tienen que ver quienes robaban por necesidad productos de subsistencia o para vender después, con quienes buscaban mayores beneficios, organizados en bandas y capaces de asaltar o de entrar en una casa o en una iglesia. Esa menor homogeneidad que en el caso de los ladrones es causa de que encontremos hasta 34 matrimonios reseñados -un 2,6 % de los encausados por hurto-, pero también de que se registran 35 alias<sup>1206</sup>, proporción menor que entre los ladrones; igual que menor era el porcentaje de delincuentes acusados a la vez de otro delito: sólo un 2,7 % -71 encausados<sup>1207</sup>-, cinco veces inferior al de los ladrones con otras dedicaciones delictivas; destacan en este caso los acusados también de heridas además de los que lo eran por quebrantamiento de destierro, la importancia del número de los que se

<sup>1206</sup>32 varones y 3 mujeres encausados por hurtos empleaban un alias, cifra que a pesar de ser superior a la de los ladrones que lo utilizaban, porcentualmente corresponde sólo a un 1,3 % de los procesados por hurto -cuatro veces menos que entre los ladrones-.

<sup>1207</sup>Esos 71 procesados por hurto que compartían esa acusación con otras se distribuyen así: por amenazas, 3; por desafío, 1; por heridas, 20 (1 mujer); por malos tratamientos, 13; por muertes, 1; por falsedad, 1; por estafa, 3; por quebrantamiento de destierro, 17 (5 mujeres); por resistencias a la justicia, 6, por amancebamiento 2 (1 mujer); por estupro, 3; por solicitudión, 1.

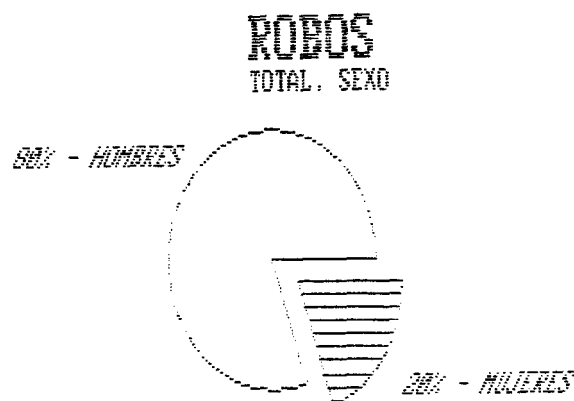
les atribuyen heridas puede indicar una falta de pericia una menor *profesionalidad* en el robo que les obligaría a defenderse o a herir a sus víctimas, mientras que entre los ladrones el trabajo era "más limpio" (sólo aparece uno por heridas), aunque, eso sí, si tenían que reaccionar y la ocasión lo requería no dudaban en usar las armas de manera mucho más expeditiva (en nueve casos los ladrones están acusados de muerte, por uno sólo de los encausados por heridas). No abundan los grandes grupos, pero en esas acciones tan distintas no podemos establecer unas pautas comunes de actuación, por lo que apenas podemos limitarnos a señalar que el número medio era de poco más de dos encausados por causa.

#### **4.4. Distribución por sexos.**

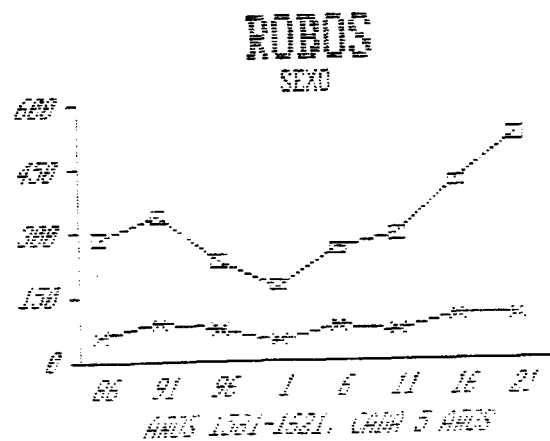
##### **a) General.**

En este grupo de los delitos contra la propiedad, la participación femenina es algo superior a la media, puesto que vemos cómo alcanza un 20 %, notablemente superior al de las agresiones<sup>1208</sup>. Sobre el total de 3.131 encausados, 2.516 eran hombres y 615 mujeres.

<sup>1208</sup> Hasta el punto de que hay más mujeres encausadas por delitos contra la propiedad que por agresiones, cuando éstas últimas son un 63 % más que aquéllos.

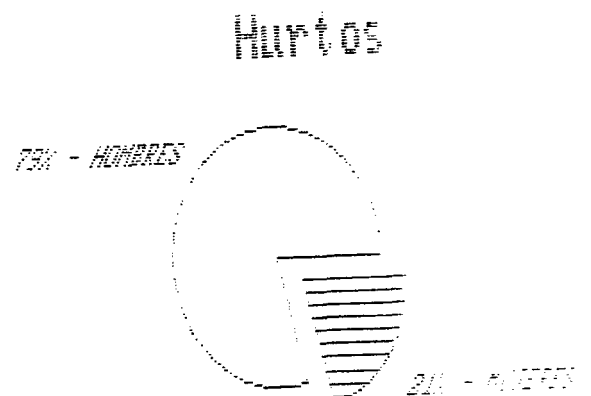
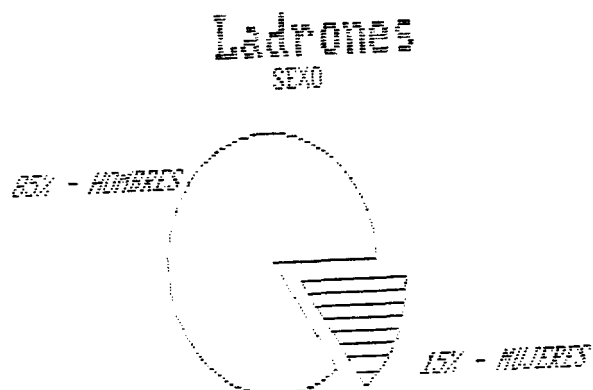


La tendencia, como en casi todos los casos, la marcan, en realidad, los varones, aunque la distribución anual de las mujeres que robaban tampoco iba contra la línea determinada por la frecuencia masculina mayoritaria, salvo quizá en los últimos años 1619-1620, en los que no hay una correspondencia con el fuerte incremento de los hombres que incurrieron en este delito. En cualquier caso, como es lógico, nos interesan más los datos de conjunto que un análisis cronológico detallado que no tendría sentido salvo para explicar el número de encausados general para todos los delitos, como ya hicimos anteriormente.



#### b) Por delitos.

Entre los que hemos considerado *ladrones*, 86 eran mujeres -un 15%- y los restantes 478 eran hombres. En el caso de los *hurtos* la proporción de la participación femenina se eleva hasta el 21 % que suponen las 529 mujeres encausadas.



De esta distinción no pueden sacarse demasiadas conclusiones, puesto que, aunque resulta evidente que la participación de la mujer en los delitos más *profesionalizados* -los ladrones son un clarísimo ejemplo de ello-, ese 15 % está muy próximo al porcentaje total y contradice la impresión generalizada que excluye de este tipo de delitos cualquier connotación femenina y que ve en muchas de sus variedades territorios exclusivamente masculinos en los que la aparición de mujeres busca más bien golpes de efecto como en las bandoleras de la literatura; pero la realidad nos presenta mujeres también aquí y actuando como tales, sin hacerse pasar por hombres ni verse convencidas u obligadas a robar por sus maridos -ya vimos cómo en el caso de los *ladrones* los matrimonios encausados eran casi inexistentes-, ni seguramente por sus amantes, puesto que de serlo sus compañeros de fechorías estarían también acusados ambos de amancebamiento o de adulterio, como ocurre en ocasiones.

## 5. LOS ENCAUSADOS POR FRAUDES.-

### 5.1. Delitos que incluyen.

En este grupo de delitos hemos tratado de incluir los engaños hechos con malicia, con los que alguien perjudica a otro y se beneficia a sí mismo<sup>1209</sup>; los hemos clasificado en dos categorías, la de las *falsedades* en general y la de los *engaños*. Entre las primeras, se incluyen los casos de abuso de cargo público que se asemejan más a los

---

<sup>1209</sup>MOLINER, voz "fraude".

# F R A U D E S .

F A L S E D A D										E N G A Ñ O				T O T A L		
Escribano Estelionato Test.Falso Total																
	T	V	M	T	V	M	T	V	M	T	T	V	M	T	V	M
1581	0	0	0	0	0	0	1	1	0	1	0	0	0	1	1	0
1582	0	0	0	1	1	0	0	0	0	1	0	0	0	1	1	0
1583	0	0	0	1	0	1	3	2	1	4	2	2	0	6	4	2
1584	1	1	0	2	1	1	1	1	0	4	5	5	0	10	9	1
1585	1	1	0	1	1	0	1	1	0	3	3	2	1	6	5	1
1586	0	0	0	6	6	0	4	4	0	10	5	4	1	15	14	1
1587	7	5	2	5	3	2	1	1	0	13	10	8	2	22	17	5
1588	1	1	0	7	5	2	7	4	3	15	3	3	0	17	12	5
1589	0	0	0	5	3	2	4	4	0	9	6	6	0	15	13	2
1590	0	0	0	12	6	6	15	15	0	27	4	4	0	31	25	6
1591	5	5	0	9	6	3	3	2	1	17	16	5	11	33	18	15
1592	1	1	0	7	5	2	7	4	3	15	2	2	0	17	12	5
1593	0	0	0	2	2	0	7	6	1	9	6	4	2	15	12	3
1594	3	3	0	5	3	2	13	10	3	21	5	5	0	24	19	5
1595	1	1	0	5	2	3	5	3	2	11	1	1	0	12	7	5
1596	1	1	0	3	1	2	1	1	0	5	5	5	0	10	8	2
1597	0	0	0	4	2	2	18	12	6	22	8	8	0	28	20	8
1598	7	6	1	5	4	1	1	1	0	13	6	6	0	19	17	2
1599	2	2	0	2	2	0	2	2	0	6	5	5	0	11	11	0
1600	1	1	0	4	3	1	10	10	0	15	0	0	0	15	14	1
1601	0	0	0	9	5	4	2	1	1	11	5	4	1	16	10	6
1602	0	0	0	2	2	0	1	1	0	3	2	2	0	5	5	0
1603	3	3	0	1	1	0	4	2	2	8	4	0	4	12	6	6
1604	0	0	0	4	3	1	5	5	0	9	6	5	1	15	13	2
1605	0	0	0	0	0	0	1	1	0	1	11	9	2	12	10	2
1606	0	0	0	10	8	2	3	2	1	13	13	11	2	26	21	5
1607	6	6	0	6	4	2	3	2	1	15	16	16	0	31	28	3
1608	1	1	0	2	2	0	0	0	0	3	4	4	0	7	7	0
1609	2	2	0	7	3	4	23	17	6	32	3	3	0	35	25	10
1610	0	0	0	8	6	2	2	2	0	10	4	4	0	14	12	2
1611	0	0	0	6	4	2	12	12	0	18	5	2	3	23	18	5
1612	0	0	0	3	2	1	4	4	0	7	12	11	1	19	17	2
1613	11	7	4	11	7	4	7	6	1	29	25	21	4	54	41	13
1614	1	1	0	9	4	5	3	3	0	13	12	12	0	25	20	5
1615	0	0	0	10	7	3	3	3	0	13	11	11	0	24	21	3
1616	0	0	0	7	6	1	11	11	0	18	5	3	2	23	20	3
1617	0	0	0	4	2	2	1	1	0	5	7	7	0	12	10	2
1618	0	0	0	18	15	3	4	4	0	22	0	0	0	22	19	3
1619	6	6	0	28	20	8	4	3	1	38	24	22	2	56	45	11
1620	0	0	0	14	11	3	6	6	0	20	5	5	0	25	22	3
1621	6	6	0	8	6	2	5	4	1	19	12	11	1	31	27	4

=====

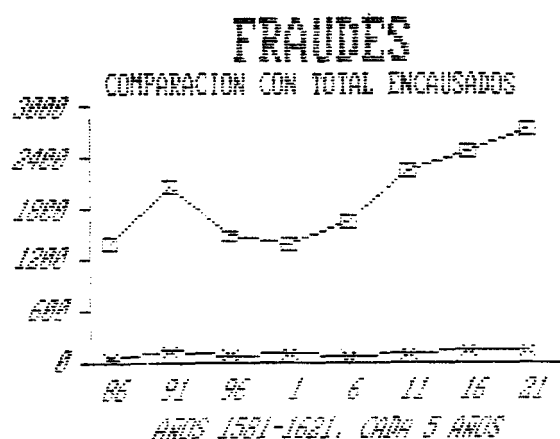
TOTAL 67 60 7 253 174 79 208 174 34 528 278 238 40 795 636 159



fraudes, entre ellos algunos cohechos con engaño y, sobre todo, las falsedades de escribanos -que quebrantaban así la principal de sus obligaciones-; también el estelionato, esto es, el encubrimiento o extracción de alguna escritura de un proceso; y las falsedades en general, que más adelante detallaremos, aunque destacan sobre todo los testimonios falsos en pleitos. Entre los segundos, los engaños y estafas propiamente dichos.

## **5.2. Evolución comparada.**

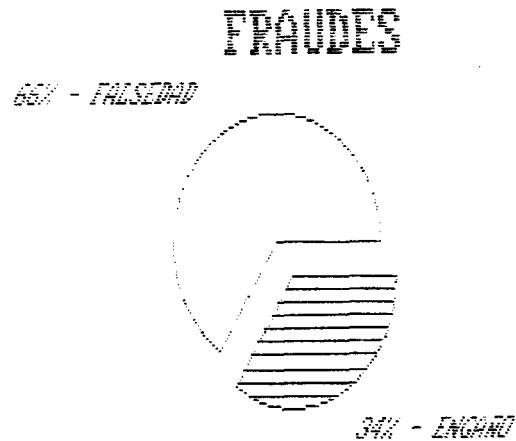
El total de los procesados por estas razones para el período estudiado es de 795 personas, que suponen muy poco más del 5 % de todos los juzgados por la Sala en esos años. La proporción de esos encausados entre las 430 causas correspondientes no llega a dos -1,8-; y es que en casi todos estos delitos predomina la participación individual o en grupos de dos a lo sumo.



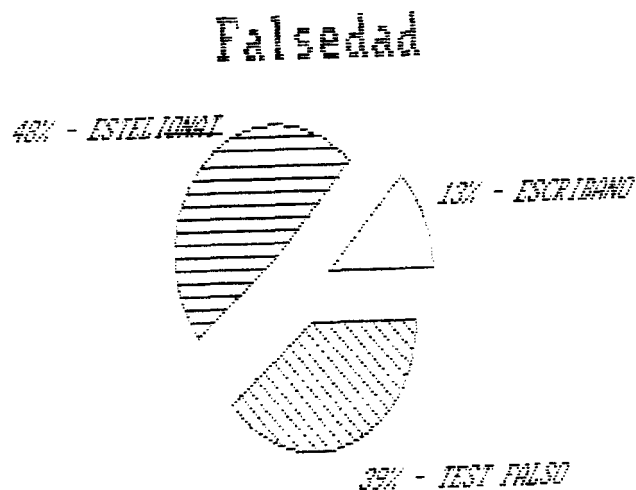
El escaso porcentaje sobre el total resta significación a las alteraciones anuales en el número de procesados por fraude. Se puede destacar, eso sí, un aumento general que se manifiesta más claramente desde 1609 -con el máximo en 1619, con 56 encausados- y otro momento destacado en torno a 1590-91; pero, como hemos dicho, la poca entidad de esas cifras desvirtúa completamente cualquier posible análisis de su evolución cronológica; que, en líneas generales, y eso es lo importante, no presenta sorpresas dignas de reseña.

### 5.3. Porcentaje de encausados por delito.

De entre los dos subgrupos que hemos definido, el más plural, el de las *falsedades* predomina claramente sobre los engaños



El conjunto de esas *falsedades* reúne los dos tercios de estos delitos de *fraude*, con sus 528 encausados. Dentro él, la distribución en los delitos que ya citamos queda del siguiente modo:



Hay, por tanto, un evidente predominio de los enjuiciados por estelionato que llegan casi a la mitad -son 253-. El estelionato es de

todos los citados en este grupo el delito mejor definido y, por tanto, en el que puede resultar más coherente el análisis de los acusados de cometerlo. En primer lugar, se realizaba casi siempre por una o dos personas -lo que queda bien de manifiesto en que corresponde sólo 1,6 encausado por causa-; además, caso de ser dos los participantes en él, en una altísima proporción eran matrimonios, puesto que encontramos hasta 30 de ellos, que representan el 23,7 % de los acusados de estelionato, proporción absolutamente desacostumbrada; incluso en las pocas ocasiones en que aparecen más procesados en un pleito suelen formar parte de una misma unidad familiar, por ejemplo, un matrimonio, su hija y una criada, como hemos encontrado. Esas notas bastan para darnos cuenta que estamos ante un tipo de delito muy particular practicado por quienes tenían acceso a la documentación de los procesos o por quienes tenían poder para conseguir que otros lo hicieran por ello, personas con intereses -generalmente económicos- en los pleitos en que se veían implicados lo bastante importantes como para decidir intervenir ilegalmente; además esas causas normalmente afectaban a la familia que, por tanto, participaba unida -al menos los matrimonios- en el delito o en la inducción a él. Buena prueba de ello es que, si bien no aparecen demasiados oficios -sólo un 5,5 % de los encausados-, éstos tenían, en su mayor parte, capacidad de acceder a los documentos<sup>1210</sup>, o poder para exigirlos<sup>1211</sup>. Más destacada es, probablemente, la importancia de ese status social que nos hace suponer su implicación en causas

---

<sup>1210</sup>Se registran: escribanos, 2; contadores, 3; portero del Consejo, 1; alclade, 1 (de Daganzo).

<sup>1211</sup>Encontramos tres regidores (de Guadalajara, de la villa de Madrid y de Daganzo), un médico de Su Majestad, un capitán y un alférez.

El único oficio que no responde a esas características es una criada, que -como dijimos- actúa como cómplice junto a sus amos.

civiles de interés que les convenía agilizar, modificar o, a veces, paralizar, no sólo por medio de las argucias legales de letrados y abogados, sino recurriendo a hacerse con partes del proceso o a hacerlas desaparecer; por eso, además de los citados oficios de cierta calidad, figuran 34 varones que emplean el *don* y 29 mujeres que anteponen a su nombre el *doña*; si bien es conocido el uso indebido que de dicho tratamiento se hacía, también resulta evidente que, si no tenían esa categoría social que el don representaba, sí trataban al menos de aparentarla y de mantener ese nivel de vida; además de ellos cuatro licenciados y un doctor, el Adelantado de Yucatán y cinco aristócratas: doña Magdalena de Guzmán, Marquesa del Valle, don Alonso de Mendoza, Señor de Cubas y Griñón, el Conde de la Puebla, don Sebastián Suárez de Mendoza, Conde de La Coruña y don Gerónimo Ruíz de Covella, Conde de Cocentaina, de modo que, entre *dones* y nobles suponían cerca del 30 % de los encausados por estelionato. Si a ello añadimos que ninguno de los encausados por este delito estaba acusado a la vez por otro -ni, por supuesto, ninguno usaba alias-, nos queda un tipo de delito y de delincuentes muy claramente definido.

Como *testimonios falsos* hemos considerado una gama más amplia de delitos, con multitud de matices. En ella predominan los relacionados con los juicios: los testigos falsos -los que *deponen falsamente en una causa* como dice la documentación- y perjurios eran los que más abundaban; pero también los que inducían a otros para que declarasen falsamente eran numerosos; apareciendo también algunos que se contradecían en sus declaraciones, que se retractaban indebidamente o que daban querellas falsas o ponían pleitos injustos suponiendo a otros delitos que no habían cometido. Pero la diversidad es mucho más amplia

e incluye también, por ejemplo, fingirse ministros de justicia, suplantar o falsificar firmas, o casos tan particulares como usar de una cédula real falsa para gozar del estado de hijos-dalgo en el Reino de Portugal, o un regidor de Salamanca que acudió a la Corte fingiéndose enviado de su ciudad para pedir al rey que se le nombrase corregidor, o un personaje que se dedicaba a ir por los lugares convocando a juntas para la elección de alcaldes de la Mesta con una provisión falsa, etc. Finalmente en esta categoría quedaron incluidos casi un 40 % de los encausados en este grupo -208 procesados-. Dada su enorme variedad de manifestaciones resulta casi imposible buscar un modelo común a ellos; por consiguiente, los datos complementarios que se pueden aportar quedan más diluídos que en otros casos. En algunas ocasiones -en pocas- hay procesados que lo estaban también por otras causas: por heridas (ocho), por quebrantamiento de destierro (tres varones y una mujer) y por heridas (también tres hombres y una mujer); sólo aparece un encausado -en este caso una mujer- que utilizase un alias; y tan sólo dos matrimonios; mayor es el número de personas de las que se cita su oficio, en este ocasión además de los tradicionales burócratas, destacan los miembros de la milicia y, con diferencia, los que se dedicaban al comercio<sup>1212</sup>. Socialmente, aún no siendo tan destacado como en el caso del estelionato sí es importante la frecuencia del uso del tratamiento de *don* en 11 casos (de *doña* en esta ocasión sólo en 2, lo que indica el muy diferente carácter de este

---

<sup>1212</sup>Se registran: escribanos, 5; solicitador, 1; contador, 1; alguacil, 1; regidor, 1 (de Salamanca); capitán, 1; alféreces, 2; soldado, 1; tratantes de vino, 10 (de ellos, 5 mujeres); tabernero de corte, 1; mesonero, 1; tenderos, 2; mercader, 1 (francés); comerciantes, 2 (1 genovés); y un criado de otro encausado. En total suponen el 15 % de estos procesados por *testimonios falsos*.

delito); así como dos licenciados. La media de encausados por causa -208 para 93 pleitos- es en este caso de 2,2, la mayor de este grupo.

Entre los *cohechos con engaño y falsedades de escribano*, consideramos también casos como otorgar escrituras con engaño, contraro engañoso por parte de un escribano, suplantar unos asientos en unos libros, etc. Hemos señalado 67 encausados, que pueden distinguirse de un modo más preciso que en el caso anterior. En primer término, presentan una frecuencia de causas con un único procesado muy alta y una casi total ausencia de grupos numerosos<sup>1213</sup>, así como de matrimonios -sólo figura uno-. Pero, sobre, todo la ocupación de los encausados es lo que lo define; es un delito de unas determinadas profesiones, dándose la circunstancia, completamente extraordinaria, de que de un 55% de los procesados se dice la profesión que, naturalmente, es siempre de funcionarios de la administración u oficiales de justicia, encabezados destacadísimo por los escribanos<sup>1214</sup>.

Por su parte, los *engaños y estafas* reúnen 278 encausados -un 34% de estos *fraudes*-. Las posibilidades, como es fácil suponer, son aquí casi tan amplias como el número y la imaginación de los estafadores: algunos las realizaban en las cuentas, usando letras falsas para cambiar o suplantando las partidas en los asientos de los libros de contabilidad; otros, en el comercio, desde el habitual método de

<sup>1213</sup>Su media encausados/causa es de sólo 1,6.

<sup>1214</sup>Escribanos, 25 (un 37 % de los encausados por este delito); notario, 1; alguaciles, 3 (1 de Corte, otro de villa); porteros, 2 (1 de vara, otro de la cárcel de corte); fiel de la villa, 1; regidor, 1 (de Pozuelo de Torres); un alcalde de la Hermandad y 3 cuadrilleros.

emplear pesas falsas<sup>1215</sup> hasta *hinchar la carne para venderla*, pasando por la más habitual adulteración del vino<sup>1216</sup>; otros practicaban el tradicional engaño de empeñar *una cadena de alquimia por de oro*; también había quienes se especializaban en estafar en las ventas o tratos<sup>1217</sup>; o casos más "elaborados" como simular que les habían robado para así engañar a otros o  *fingir un preñado y parto para estafar*. Como estafadores hemos incluido también los escasos procesos abiertos contra *fulleros* -sólo cuatro causas- y los algo más numerosos relacionados con la moneda -once causas- que, si bien legalmente tenían una consideración y unas consecuencias bien distintas, hemos creído más conveniente incluir aquí por la intención de los delincuentes; entre esas causas por moneda se distinguen las más habituales de falsificación en cualquiera de sus formas: haberle encontrado al acusado unos cuños de hacer moneda, estar en posesión de moneda falsa -un doblón falso, una moneda de oro falso, etc.-; las derivadas de cercenarse la moneda para obtener un beneficio de ese metal; o, por ejemplo, introducir en Castilla moneda del Reino de Navarra. Es también un delito en el que la colaboración matrimonial parece no tener cabida -sólo un matrimonio se registra entre todos los encausados-. En cuanto a las profesiones de los estafadores, sin llegar a la riqueza de datos de que disponíamos en el caso anterior, nos encontramos con un destacado 17 % de encausados de los que se reseña su oficio; entre ellos destacan claramente dos

---

<sup>1215</sup>Ya se dijo cómo entre los alguaciles de corte, algunos estaban especialmente dedicados a comprobar la fidelidad de las pesas.

<sup>1216</sup>Una vez más, la literatura picaresca no inventaba nada; todos estos engaños que aparecen en sátiras y novelas, existían en la realidad.

<sup>1217</sup>Encontramos desde engaños en la venta de un molino o de un caballo hasta hipotecar unas casas que no eran suyas.



grupos: los que engañaban valiéndose de su posición en la administración y los que lo hacían desde sus negocios de comercio; entre los primeros, destacaban, como siempre, los escribanos y alguaciles<sup>1218</sup>; entre los segundos, taberneros, tenderos, tratantes y rastreros<sup>1219</sup>. Casi en ninguna ocasión aparecen juzgados por otros delitos y sólo dos de los encausados tenían alias. De manera que nos encontramos ante un sector delictivo muy especializado, eran estafadores, pero no otra cosa, y lo eran, en gran medida, porque su puesto, su oficio o la expectativa de un negocio tentador se lo permitían sin necesidad de grandes riesgos<sup>1220</sup>. En este caso, los 278 encausados se distribuían en

---

<sup>1218</sup>Hemos registrado: escribanos, 9; alguaciles, 4 (1 de villa, otro de vagabundos); porteros, 2 (1 de vara, otro de la cárcel); procuradores, 2 (1 de los presos de la villa, otro del número de Madrid); fiscal, 1; solicitador, 1.

<sup>1219</sup>Nos hemos encontrado con: taberneros, 6 (1 mujer); tenderos, 4; tratantes, 3 (2 de vino); rastreros, 3 (de la carne del *rastrero*); vendedores del carbón, 2. Además, 2 capitanes, un arquero y un guarda del campo; un pastor; una jabonera; y cuatro plateros y un cajero del tesorero general (éstos cinco últimos por *fábrica y expedición de moneda*).

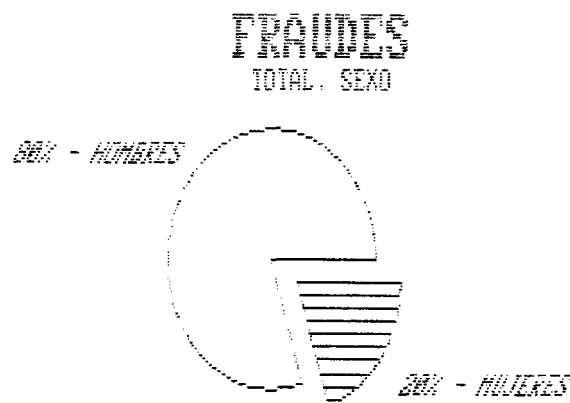
<sup>1220</sup>Además de poder manejar ellos mismos mecanismos de control sobre ese riesgo: los escribanos, burócratas y oficiales de justicia llegando a acuerdos -y, a veces, a repartos- con sus iguales encargados de la vigilancia; los comerciantes, comprando a la justicia o asociándose con sus representantes más venales, que después de las constantes pruebas que estamos aportando de su implicación, abundantísima, en todo tipo de delitos no cabe duda que eran muchos y bien dispuestos.

141 causas, lo que supone dos por cada una, aunque este dato no nos dice mucho, dadas las características específicas casi de cada delito.

#### 5.4. Distribución por sexos.

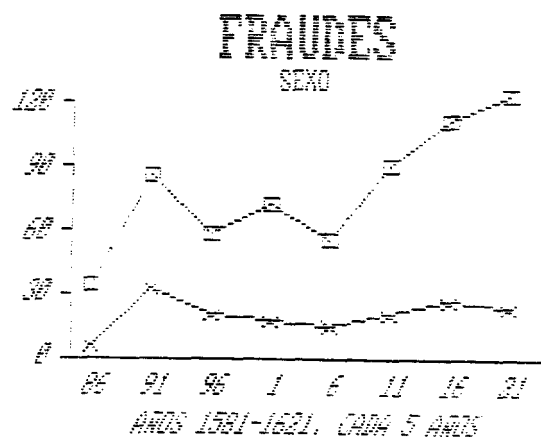
##### a) General.

Del total de los 795 encausados, 159 eran mujeres, es decir una quinta parte, promedio aceptable, si bien ligeramente desigual a la hora de repartirse entre las dos principales categorías que establecimos.



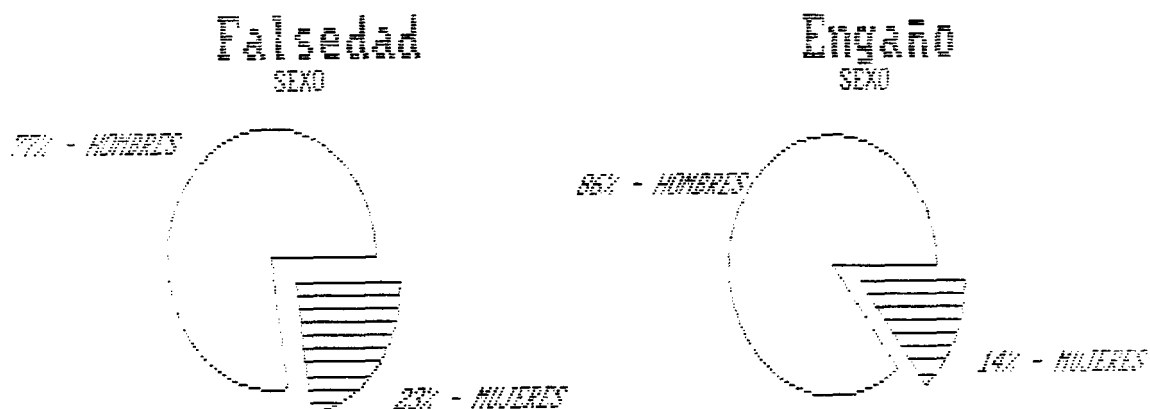
La distribución cronológica de esos encausados, de nuevo coincide, en líneas generales, con el comportamiento habitual de la delincuencia, aunque en los varones es mucho más palpable la tendencia al incremento anual que en las mujeres, y en ambos casos hay una destacada representación en los años 1587-1591, de la que dada su

escasa influencia final y su reducido peso no podemos buscar unas razones concretas.



#### b) Por delitos.

Entre los delitos de *falsedades* el porcentaje de mujeres es significativamente mayor -un 23 %- que la participación femenina en las estafas, donde se reduce un 14 %.



Entre las *falsedades*, esa media más elevada se debe en buena medida a los casos por estelionato, en los que las 79 mujeres encausadas representan un 31 %, lo que también haría del estelionato un "delito muy femenino", dada esa altísima participación que contribuye aún más a perfilar esa caracterización ya muy detallada que de él hicimos. Sin embargo, ese porcentaje es contrarrestado por el 10 % en los casos de *falsedades de escribano y cohechos con engaño*, proporción comprensible si tenemos en cuenta las ocupaciones que caracterizaban a esos delitos. En el caso de *testimonios falsos* y transgresiones asimiladas, las mujeres suponen un 16 %.

Las mujeres no aparecen, sin embargo, tan destacadas en los engaños y estafas, donde encontramos 40 que no llegan al 15 %.

Con esta distribución se rompen quizá algunos de los moldes mentales que *a priori* podían condicionarnos al acercarnos a la delincuencia femenina. ¿Cómo suponer de antemano que el estelionato iba a ser una de las transgresiones con más atractivo para la mujer?, ¿qué leyes o qué tópicos literarios nos la presentan junto a sus maridos tratando, activamente, de salvaguardar sus intereses, ocultando o manipulando datos y escrituras de pleitos y negocios familiares?.

## **6. LOS ENCAUSADOS POR INFRACCIONES LEGALES.**

### **6.1. Delitos que incluyen.**

Bajo el impreciso epígrafe de *infracciones legales* hemos incluido, como ya se advirtió al presentar esta tipología, una serie de

# INFRACCIONES LEGALES

## PRÁGMATICAS CONTRABANDO JUEGO USURA

	Grano			Otras			Total												
	T	V	M	T	V	M	T	T	V	M	T	V	M	T	V	M	T	V	M
1581	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1582	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	3	3	0	0	0	0	0	0	0
1583	18	17	1	0	0	0	18	0	0	0	5	5	0	0	0	0	0	0	0
1584	2	2	0	2	2	0	4	0	0	0	0	0	0	4	4	0	4	4	0
1585	7	6	1	0	0	0	7	0	0	0	7	7	0	2	2	0	2	2	0
1586	6	5	1	0	0	0	6	0	0	0	0	0	0	1	1	0	1	1	0
1587	1	1	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	0	1	0	1	1	0	1
1588	0	0	0	0	0	0	0	6	6	0	0	0	0	1	1	0	1	1	0
1589	0	0	0	1	1	0	1	1	1	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1590	0	0	0	4	1	3	4	3	3	0	4	4	0	2	1	1	2	1	1
1591	0	0	0	2	2	0	2	0	0	0	5	5	0	1	1	0	1	1	0
1592	4	4	0	0	0	0	4	1	1	0	2	0	2	3	3	0	3	3	0
1593	0	0	0	0	0	0	0	1	1	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1594	0	0	0	19	19	0	19	0	0	0	0	0	0	2	2	0	2	2	0
1595	0	0	0	17	15	2	17	0	0	0	2	2	0	1	1	0	1	1	0
1596	1	1	0	4	3	1	5	1	1	0	0	0	0	1	0	1	1	0	1
1597	1	1	0	14	12	2	15	0	0	0	1	1	0	4	4	0	4	4	0
1598	0	0	0	6	5	1	6	1	1	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1599	4	4	0	3	3	0	7	0	0	0	0	0	0	2	2	0	2	2	0
1600	2	2	0	3	3	0	5	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1601	3	3	0	10	9	1	13	0	0	0	0	0	0	3	3	0	3	3	0
1602	0	0	0	2	2	0	2	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1603	0	0	0	7	6	1	7	0	0	0	0	0	0	1	1	0	1	1	0
1604	1	0	1	3	3	0	4	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1605	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1606	3	3	0	3	3	0	6	6	6	0	0	0	0	5	5	0	5	5	0
1607	9	9	0	27	23	4	36	2	1	1	4	3	1	7	6	1	7	6	1
1608	5	5	0	2	2	0	7	0	0	0	4	4	0	7	6	1	7	6	1
1609	1	1	0	2	1	1	3	0	0	0	2	2	0	4	3	1	4	3	1
1610	3	3	0	5	5	0	8	0	0	0	6	6	0	4	4	0	4	4	0
1611	1	1	0	11	9	2	12	7	7	0	0	0	0	9	8	1	9	8	1
1612	0	0	0	18	13	5	18	1	4	0	13	13	0	8	7	1	8	7	1
1613	0	0	0	19	17	2	19	1	1	0	4	4	0	4	4	0	4	4	0
1614	1	1	0	14	12	2	15	0	0	0	6	6	0	15	14	1	15	14	1
1615	0	0	0	14	6	8	14	4	4	0	2	2	0	8	8	0	8	8	0
1616	0	0	0	0	0	0	0	3	3	0	4	4	0	21	21	0	21	21	0
1617	0	0	0	9	9	0	9	0	0	0	0	0	0	1	1	0	1	1	0
1618	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	9	9	0	1	1	0	1	1	0
1619	0	0	0	0	0	0	0	7	7	0	2	2	0	12	12	0	12	12	0
1620	2	2	0	0	0	0	2	10	10	0	0	0	0	18	17	1	18	17	1
1621	0	0	0	4	1	3	4	0	0	0	2	2	0	3	2	1	3	2	1

=====

TOTAL 75 71 4 225 187 38 300 58 57 1 87 84 3 156 145 11

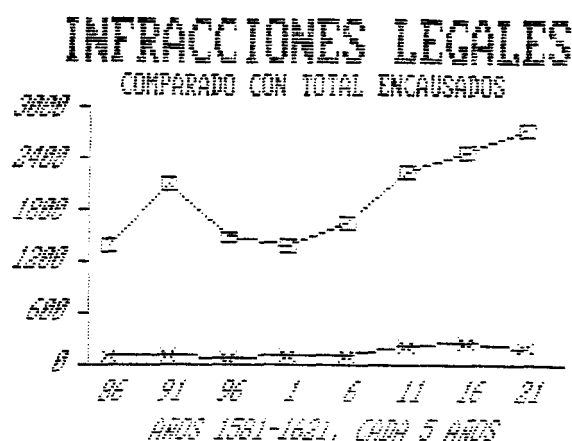
I N F R A C C I O N E S   L E G A L E S   (Continuación)

	FALTAR OBLIGAC.			EXCESOS OFICIOS			REGATONES			T O T A L		
	T	V	M	T	V	M	T	V	M	T	V	M
1581	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1582	0	0	0	0	0	0	0	0	0	3	3	0
1583	6	6	0	0	0	0	0	0	0	29	28	1
1584	1	1	0	6	6	0	4	4	0	19	19	0
1585	0	0	0	8	8	0	0	0	0	24	23	1
1586	0	0	0	9	9	0	0	0	0	16	15	1
1587	4	4	0	1	1	0	4	4	0	11	10	1
1588	9	9	0	7	7	0	0	0	0	23	23	0
1589	7	5	2	15	14	1	0	0	0	24	21	3
1590	5	5	0	2	2	0	0	0	0	20	16	4
1591	2	2	0	19	19	0	0	0	0	29	29	0
1592	4	2	2	1	1	0	0	0	0	15	11	4
1593	1	1	0	2	2	0	0	0	0	4	4	0
1594	0	0	0	3	3	0	0	0	0	24	24	0
1595	0	0	0	2	2	0	0	0	0	22	20	2
1596	0	0	0	0	0	0	1	1	0	8	6	2
1597	1	1	0	2	2	0	0	0	0	23	21	2
1598	0	0	0	0	0	0	0	0	0	6	5	1
1599	9	9	0	0	0	0	0	0	0	18	18	0
1600	0	0	0	2	2	0	0	0	0	7	7	0
1601	9	9	0	27	26	1	0	0	0	52	50	2
1602	1	1	0	7	7	0	0	0	0	10	10	0
1603	2	2	0	11	11	0	0	0	0	21	20	1
1604	6	6	0	7	7	0	0	0	0	17	16	1
1605	2	2	0	0	0	0	0	0	0	2	2	0
1606	7	7	0	28	28	0	0	0	0	48	48	0
1607	1	1	0	13	13	0	2	2	0	65	58	7
1608	1	1	0	9	9	0	0	0	0	28	27	1
1609	1	1	0	9	9	0	0	0	0	19	17	2
1610	5	3	2	7	7	0	3	3	0	33	31	2
1611	3	3	0	19	18	1	6	6	0	56	52	4
1612	9	9	0	7	6	1	0	0	0	59	52	7
1613	7	7	0	24	19	5	0	0	0	59	52	7
1614	0	0	0	7	6	1	0	0	0	43	39	4
1615	10	10	0	11	10	1	0	0	0	49	40	9
1616	3	3	0	10	6	4	0	0	0	48	44	4
1617	3	2	1	3	3	0	0	0	0	16	15	1
1618	2	2	0	30	30	0	0	0	0	42	42	0
1619	2	2	0	27	26	1	0	0	0	50	49	1
1620	0	0	0	13	10	3	0	0	0	43	39	4
1621	9	6	3	22	22	0	0	0	0	40	33	7
=====												
TOTAL	132	122	10	370	351	19	20	20	0	1125	1039	86

delitos que en algunos casos no llegan propiamente a la consideración de tales, quedándose en meros incumplimientos de algunas pragmáticas -sobre todo económicas y suntuarias-, por ejemplo; otros son lo que podríamos denominar delitos *económicos* como la usura, logro y mohatras, el contrabando, las actividades de los regatones o el juego -con algunas consideraciones de otro orden-; y, por último, una serie de excesos bien por negligencia bien por abuso intencionado en sus obligaciones y deberes de súbditos o, sobre todo, de los derivados de su oficio.

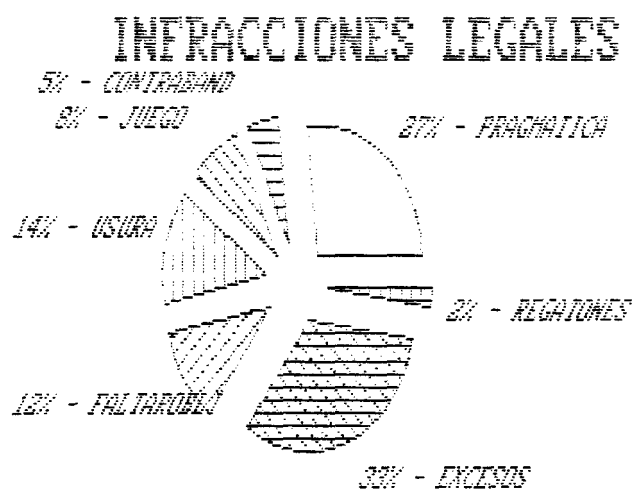
## **6.2. Evolución comparada.**

Los 1.125 encausados por esta variada serie de infracciones entre 1581 y 1621 representan poco más del 7 % del total de procesados. La misma heterogeneidad de las causas que comprende hace muy difícil hablar de una distribución a lo largo de ese período, salvo quizá para destacar un mayor número de enjuiciados sostenido desde 1611 hasta el final, lo que naturalmente significa una mayor participación con el paso del tiempo, coincidente con la tendencia general. También destacan los años 1606 y 1607, éste último con el máximo de 65 encausados, aunque no podemos achacar los altibajos a cambios en las condiciones delictivas o en la vigilancia y persecución, sino que muchas veces vienen simplemente determinados por el procesamiento de algunos de los numerosos grupos que aparecen con relativa frecuencia en este grupo, desequilibrando la línea habitual; de modo, que la única referencia válida es esa tendencia general -por ejemplo para el último cuarto- a la que nos referíamos.



### 6.3. Porcentaje de encausados por delito.

Como se puede advertir fácilmente en el siguiente gráfico, los encausados en este grupo están mucho más divididos que en otros casos.



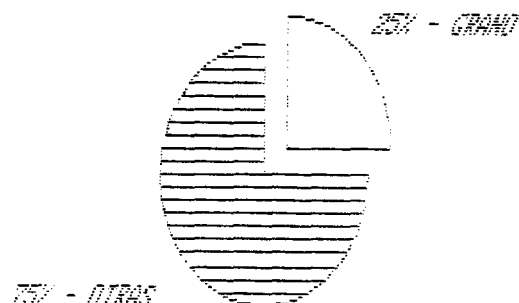
Aún así, destacan notablemente los enjuiciados por excesos en sus oficios -con un 33 %- y los que lo fueron por incumplimiento de pragmáticas.

Comenzaremos por éstos últimos. Los casos que más aparecen son los de quienes desobedecieron las pragmáticas sobre granos, que suponen



casi un 30 % de estas causas y un 25 % de los encausados -75 sobre 300-.

## Pragmáticas



Se refieren esos pleitos a aquellos que contravinieron fundamentalmente las pragmáticas sobre el precio de los granos -sobre todo del trigo-; que fueron contra las tasas generales o contra las numerosas medidas de los alcaldes de casa y corte para tratar de regular el precio en Madrid y mantener tranquilo el mercado de la capital<sup>1221</sup>; en su gran mayoría eran tratantes en granos, medidores de trigo, intermediarios, etc.; y en un buen número de estas causas entendió la Sala por comisión del Consejo -en torno a una tercera parte-, puesto que aunque los acusados estuviesen lejos o los hechos hubieran ocurrido fuera de su jurisdicción, el incumplimiento podía afectar seriamente a los planes de los alcaldes para asegurar la asequibilidad de los mantenimientos y la tranquilidad en la Corte. Las características de esta infracción movida por el afán de lucro de mentalidad mercantil más que por una intención claramente delictiva -aunque, como está quedando cada vez más claro según avanzamos, no siempre se diferenciaban, ni mucho menos- justifican que no encontremos entre sus encausados personas acusadas por otros delitos, ni nadie que precise de un alias, ni, curiosamente,

---

<sup>1221</sup>Recuérdese todo lo dicho sobre los abastos en la Corte, al hablar de la Sala de alcaldes.

tampoco matrimonios puesto que la responsabilidad corresponde aquí a quien dirige el negocio y fija las condiciones.

Si reunimos todas las infracciones que iban contra las variadas normas antisuntuarias, sería este grupo el más destacado, con cerca del 40 %; entre ellas sobresalen las relacionadas con el vestir: las causas de quienes no guardaban las disposiciones sobre cuellos y los llevaban almidonados o con goma -o quienes se ocupaban de arreglarlos así- llegaban a una séptima parte de todos los contraventores de pragmáticas; pero también abundaban las causas por incumplir las de trajes, de calces, las disposiciones relativas a bordados o a la calidad de las telas en general, por todas las cuales podían ser procesados no sólo quienes llevasen esos vestidos, sino los mercaderes que los tuviesen o los oficiales que los hiciesen, puesto que, como siempre, era más fácil para la justicia ir contra ellos antes que contra algunos de los infractores que, como es de suponer, serían de un cierto status social, y algunos de ellos nobles de importancia, que tenían a gala transgredir sistemáticamente cualquier disposición que pudiera suponer una menor exhibición de su grandeza. Lo mismo podemos decir en relación con el otro grupo importante de pragmáticas y normas que trataban de regular el despilfarro que la ostentación y el lujo cortesano suponían: las relativas a los coches -el número de caballos que podían tirar de ellos, los cocheros que podían llevar, los aderezos de las caballerías, etc.-, acerca de cuya función y de lo que simbolizaban en aquella sociedad ya hemos tratado en otros capítulos; en una de esas causas, en 1621, aparece, por ejemplo, el inquieto conde de Villamediana, buen ejemplo de aristócrata reacio a rendir cuenta de sus actos y de sus gastos a nadie. En el otro extremo, estas disposiciones pretendían no

sólo limitar esa competición sin sentido entre los privilegiados -lo que, desde luego, no se consiguió- sino insistir -como siempre se había hecho- en diferenciar los grupos sociales por su indumentaria y su aspecto, de modo que también nos encontramos registrada por la Sala a *La Taba* una dama cortesana que vestía seda cuando su propia condición se lo impedía. El resto de las pragmáticas que se incumplían tenían ya menor importancia -numéricamente hablando, se entiende- y se referían fundamentalmente al respeto de las normas sobre cortesías y tratamientos<sup>1222</sup>, la prohibición de llevar armas<sup>1223</sup>, a los oficios o a los tratos comerciales, buscando acabar con la especulación<sup>1224</sup> o la reventa de algunos productos.

El número de encausados por la Sala por *contrabando* es más bien escaso -sólo el 5% de este grupo que suponen sus 58 acusados-. La consideración de contrabando es que aquí algo más flexible de lo que podemos suponer, puesto que, en primer lugar, puede referirse a la Corona de Castilla con respecto a otros reinos de la Monarquía

---

<sup>1222</sup>La literatura y los costumbristas de la época tratan hasta la saciedad de los excesos a que se llegó, como ya resaltamos en su lugar.

<sup>1223</sup>No a hacer uso de ellas, sino tan sólo a portarlas, prohibido por la Sala, como vimos, como medida preventiva para evitar altercados, pero muy frecuentemente desobedecida -todo el que se preciase de caballero, lo que no quiere decir que lo fuera, se hacía acompañar de su espada-, sin que tampoco la justicia persiguiese demasiado su infracción a juzgar por el escaso número de causas al respecto. Intentar forzar su cumplimiento, pidiendo las armas a quienes las llevasen podía causar más alborotos -dado el escaso respeto que se profesaba a alguaciles y corchetes- que los derivados de las mismas armas, además de buscar complicaciones a la justicia si los portadores eran personas de cierta posición.

<sup>1224</sup>Aquí se confirma lo dicho sobre las sospechas que caían sobre los despenseros de las grandes casas, puesto que por razones de esta índole se ven ante la Sala, en 1607, por ejemplo, el despensero de la Duquesa de Gandía y el del Príncipe de Marruecos.

Hispanica; pero incluso puede tratarse de introducir determinados productos en la Corte y su rastro, como área económica diferenciada y protegida. Así, encontramos desde los clásicos casos de introducir géneros extranjeros sin registrarlos, -a veces sin especificar<sup>1225</sup>, o bien señalando que se le acusaba de *introducción en estos reinos de naypes de Francia* o, como a unos flamencos, por entrar monedas de otros reinos- o por haber sacado, como un genovés encausado, hacia su patria moneda, diamantes y perlas sin licencia ni registro<sup>1226</sup>, hasta algunos por introducir en la Corte aceite o vino, por ejemplo, sin registrarlo. No son muchos los casos en los que aparece el oficio pero son siempre tratantes, mercaderes o taberneros, cuyos negocios podían beneficiarse de no registrar las mercancías que compraban o vendían fuera de la Corte o del Reino. En cualquier caso, no era ésta una competencia característica de la Sala.

Una categoría más amplia es la que abarca las usuras y logros y las mohatras -en realidad, una usura encubierta como compraventa-, en ella se registran 156 personas -casi un 14 %- . Si bien encontramos datos sólo sobre el oficio de un 15 % aproximado de estos encausados, ese porcentaje es bien representativo, por cuanto nos muestra una importante tendencia a abusar de los deudores por parte, sobre todo, de mercaderes, escribanos y corredores; éstos últimos, en su condición de mediadores autorizados en asuntos mercantiles, que intervenían en las

---

<sup>1225</sup> *Introducir cosa vedadas en el reino*, se dice a veces.

<sup>1226</sup> Encontramos incluso una referencia al característico y castigadísimo contrabando de caballos, aunque indirectamente, por la fuga de la cárcel de Corte de Francisco de Maellas *recondenado a muerte por pasador de caballos*.

compras y ventas, eran los principales mohatrereros, valiéndose de su posición para llevar a cabo esos tratos abusivos y usurarios<sup>1227</sup>. Es decir, se dedicaban a ello quienes tenían fortuna o mercancías que les sirvieran para respaldar los préstamos -mercaderes, plateros, corredores, un indiano e incluso un caballero de Santiago-, o, lo que era peor, quienes podían disponer de cantidades para prestar aunque no fuesen suyas -un tesorero de rentas, los contadores, quizá algunos escribanos...-.

Apenas encontramos casos de actuaciones dirigidas contra los *regatones* a pesar de las abundantes medidas que ya dijimos que se tomaron contra ellos; aunque dispersos en otro tipo de causas aparecen más casos de revendedores que pueden estar en relación con éstos. En total, aparecen sólo 20 encausados considerados como tales, con lo que ni siquiera alcanzaban un 2 % en este grupo de delitos<sup>1228</sup>.

El juego era una actividad restringida legalmente por multitud de causas. En primer lugar, vimos cómo a los oficiales de justicia y a quienes trabajaban en los despachos y escribanías de la administración se les prohibía jugar en ellos, lo que además de dar una idea de la extensión de ese entretenimiento, indica que podía ser un impedimento

---

<sup>1227</sup>Por oficios, se señalan, al menos: corredores, 7; mercaderes, 4; escribanos, 4; contadores, 2; platero, 1; tesorero de rentas, 1, un hombre de negocios; un capitán y un pregonero.

<sup>1228</sup>No tenemos apenas datos sobre ellos, aunque es significativo que encontremos entre ellos cuatro pregoneros, oficio que, sin duda, les permitía estar en contacto con quienes estuvieran interesados en hacer negocios y dar a conocer su mercancía cuando les interesase. De esta manera, se va dibujando con toda claridad una mentalidad en la que el cargo y el oficio eran casi siempre un medio con el que emprender otro tipo de actividades para las que la legalidad no era, en principio, ningún obstáculo.

considerable para que muchas personas cumplieren con su obligación. Pero, además, era causa de multitud de alborotos y peleas, por lo que los garitos requerían licencia de la Sala, clausurándose los ilegales y vigilándose especialmente los permitidos, de modo, que algunos juegos de naipes y de dados con apuestas fueron prohibidos, y, en general, se limitó la cantidad que podía jugarse. Transgredir esas normas o bien jugar con ventaja, empleando trucos -flores- y fullerías eran las razones que podían llevar a la Sala a proceder contra alguien por *juego*. Aunque la impresión es que se trataba de una costumbre tan extendida y tan difícil de perseguir -puesto que se practicaba con mucha frecuencia en casas particulares fuera del control que se suponía había en los garitos legales sobre los tipos de juegos permitidos-, que la acción de los alcaldes debió dirigirse contra casos especialmente graves o llamativos. Fueron juzgados por esos motivos 87 personas, de las que apenas se dan datos, aunque es interesante resaltar que los únicos casos que se registra oficio corresponden a dos capitanes, un alférez y un alguacil, con lo que la imagen de los soldados penden- ceros y jugadores parece también bastante próxima a la realidad; significativamente, aparecen también un caballero de Santiago y un portugués del hábito de Cristo, algo que no es de extrañar, puesto que es bien sabido que el juego -y según parece, también los excesos en él- era hábito común a todas las clases.

Más relacionados entre sí están los procesados por *faltar a su obligación* y los acusados de *excesos en sus oficios*; entre ambos suman el 45 % de este grupo de *infracciones legales*. Quienes por faltar a sus obligaciones generales o, sobre todo, profesionales se vieron ante

la Sala fueron en total 132 -algo menos del 12 %-, con una gran diversidad de situaciones. Algunas relacionadas con el comercio: como el obligado del aceite que se niega a dar una porción a la emperatriz o los mercaderes que faltan a su crédito por haber quebrado; otras con los oficios, por ejemplo aquí se persigue a esos lacayos que no querían cumplir los autos y leyes que prohibían -como ya expusimos- que sirvieran por días y semanas, cobrando excesivos precios por ración y quitación, alquilándose algunos de los que se procesan aquí por mañanas, o a un trompeta que no quiere acudir a una fiesta de palacio, etc.; además de algunas otras acusaciones en las que se dice simplemente que no cumplían con su oficio. En cuanto a los datos profesionales, tenemos una importante proporción: más del 61 % de ellos tienen señalado el oficio, con lo que podemos hacernos una idea del grado de cumplimiento en ellos. De nuevo nos encontramos con que los cargos públicos, de justicia, de gobierno y subordinados, son los que peor parados salen, con lo que la impresión de desidia y corrupción se va agrandando: de los 81 oficios recogidos, 13 corresponden a alcaldes ordinarios de varios lugares (Villanueva, Villabáñez, Aljavir, Fuente el Fresno, Pesadilla, Simancas, Boezillo), lo que no dice mucho a favor de estos administradores de justicia -sus sistemas de elección no eran, en general, los más idóneos para garantizar su honradez y dedicación-; pero es que también aparecen 5 regidores de algunos de esos mismo lugares, así como 6 oficiales de sus concejos; sin olvidar la nutrida representación -cómo no- de los escribanos (doce) y de los alguaciles (nueve), así como un notario, un solicitador de pleitos, el juez de sacas y cosas vedadas en el señorío de Vizcaya y dos correos. Además de ellos, los que se dedicaban al comercio -cuya mala fama también va

viéndose justificada por la documentación-: encontramos 5 tenderos, los inevitables posaderos -cinco también-, algunos proveedores -seis de panecillos, el obligado del aceite, un estanquero de la pimienta...-, un mercader y un platero<sup>1229</sup>.

Los acusados por excederse en sus oficios presentan aún mayor variedad, aunque de entre los 370 -un tercio del grupo delictivo-, predominan claramente también las dos mismas orientaciones: abusos relacionados con la justicia y con el comercio y otras profesiones. Entre los primeros lo que más abundan son abusos de autoridad, prendiendo indebidamente a alguien<sup>1230</sup> y, sobre todo, llevando derechos excesivos por sus intervenciones, o haciendo mal uso, beneficiándose de sus cargos<sup>1231</sup>; entre los segundos, sobre todo vender sus productos por encima de las posturas establecidas o de mala calidad. Encontramos también algunas referencias más agrícolas como sembrar tierras sin licencia de los dueños y no querer pagar, o vender indebidamente leña de unos montes. En cuanto a los oficios, las características de estos delitos prácticamente exigen que se expresen, de modo que nos encontramos con más del 76 % de las profesiones especificadas -aproximadamente 285-, que se reparten casi en tercios, destacando en primer lugar los relativos a puestos en la administración madrileña o de otros lugares, tanto en funciones de justicia como de vigilancia, de gobierno

---

<sup>1229</sup>Se completa la nómina con un alquilador y dos veedores de caldereros.

<sup>1230</sup>Por ejemplo, por *entrar en el patio de Palacio con vara de justicia a prender a uno* -ya se habló de la jurisdicción especial de Palacio-; *quitar la espada y apresar suponiendo era morisco del Reino de Granada...*

<sup>1231</sup>Varias veces encontramos referencias a la mala gestión del pósito de algún lugar de la jurisdicción de la Sala, con procesos por *disipar y gastar el caudal y trigo del pósito*, o por usurpación de ese trigo, añadiéndose a veces que lo entregaban a sus parientes.



o burocráticas, con un 35 % -101 encausados-, entre los que vuelven a descollar los alcaldes y regidores, y los escribanos y alguaciles<sup>1232</sup>; en segundo término, un 32 % corresponde a los dedicados al comercio, entre los que hacen honor a su fama, sobre todo, los taberneros -de los que se registran 20- y también los corredores que confirman la propensión a caer en la ganancia ilícita que ya apuntaban claramente en las mohatras<sup>1233</sup>. Por último, otro tercio se refiere a otros oficios, sobre todo artesanales, encausados esencialmente por salirse de las ordenanzas en la calidad de los productos o por no atenerse a los precios fijados<sup>1234</sup>.

---

<sup>1232</sup>Ese 35 % comprende: 22 alcaldes ordinarios (de Pozuelo de Torres, de la villa del Campo, de Torrejón de Ardoz, de Pinto, de Torrejón de Velasco y de otros varios lugares de la jurisdicción de la Sala); 2, alcaldes mayores; un alcalde de hijosdalgo; 2 alcaldes de Hermandad; dos jueces de comisión; un corregidor (de Alcalá de Henares); dos tenientes de corregidor (uno de Valladolid -estando allí la Corte- y otro de Madrid) 17 regidores (en muchas ocasiones de los mismo lugares que los alcaldes y en connivencia con ellos); 9 oficiales de algunos concejos; 18 escribanos; un procurador; 2 alcaides (uno de la cárcel de villa y otro de la de corte); 16 alguaciles (entre ellos, un alguacil mayor, 8 de villa y uno de Corte -nótese que la justicia de la Sala de alcaldes de casa y corte no sale mal parada en ese auténtico mar de incompetencias, sobornos y corrupción que era la administración de justicia en la época); un portero; 4 guardas de montes o bosques.

<sup>1233</sup>En este tercio: 20 taberneros, 5 venteros, un mesonero, 15 corredores (5 de mulas y carros, 2 de censos), 18 mercaderes (8 de ellos de seda, 3 de joyería, un vendedor de cueros, un tratante en cordobanes), 17 tenderos (un pescadero, 2 vendedores), 2 almotacenes, 3 arrendadores (uno de la renta de paja y leña, otro de la sisa del vino y otro de la renta de la corredería), 2 alcabaleros, un cambista, dos dispenseros, dos obligados (uno del carbón y otro de la nieve).

<sup>1234</sup>Encontramos: 9 panaderos, un cervecero, 15 plateros, 5 guanteros, 3 ropavejeros, 4 zapateros, 3 sastres (2 oficiales), un cortador, 2 sombrereros, 2 carpinteros, 7 curtidores, 8 carboneros, 3 yeseros, 3 madereros, 11 carreteros, 4 pastores, un criado, 6 barberos, 2 impresores, un fabricante de naipes, 3 cirujanos, un abogado.

#### 6.4. Distribución por sexos.

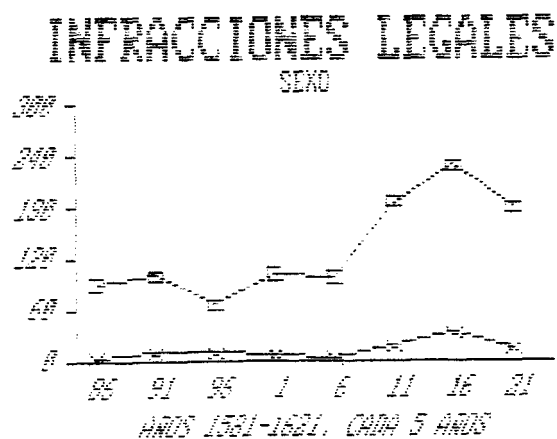
##### a) General.

En realidad, la participación femenina en este grupo delictivo es muy reducida, sólo 86 mujeres de entre 1.125 encausados, que representan menos de un 8 %, que no llega a la mitad de la media general; aunque más adelante haremos algunas distinciones.



En vista de esa escasísima representación femenina, su evolución no resulta en absoluto significativa, sino que los varones marcan la

distribución anual; aunque, en todo caso, ese reparto, en el caso de las mujeres, coincide también con el de los hombres.



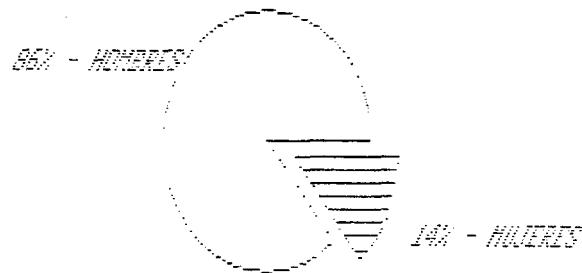
#### b) Por delitos.

Sin que en ningún caso alcancen la media -que supera el 17 %-, la variedad de la participación femenina en este grupo de delitos es considerable.

Entre los encausados por incumplimiento de pragmáticas es donde las mujeres alcanzan una mayor proporción -un 14 %-, incrementándose aún más si extraemos de ellas las pragmáticas antisuntuarias y las de

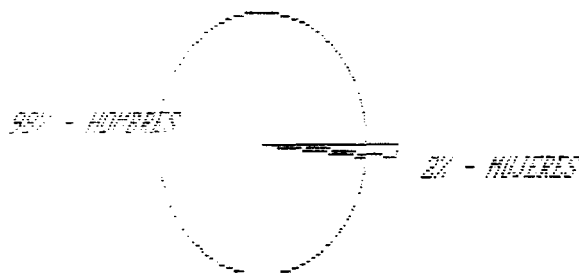
trajes, aunque aún así no pasan de 42 las mujeres procesadas en ese apartado.

## Pragmáticas



Las causas de contrabandistas, jugadores y regatones apenas merecen comentarios aquí, puesto que entre los primeros aparece sólo una mujer, entre los segundos sólo tres<sup>1235</sup>, y ninguna en el caso de los regatones.

## Contrabando



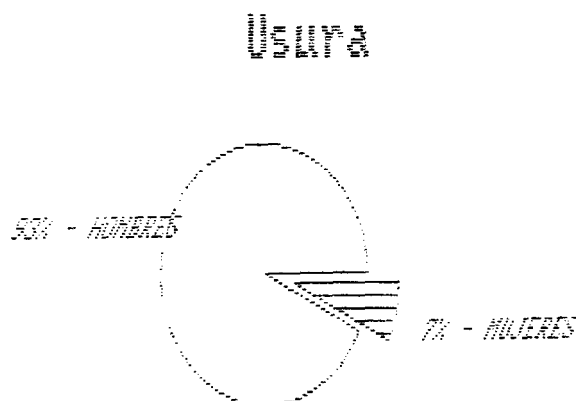
## Juego



En cuanto, a la usura esa participación es algo mayor -un 7%-, aunque no significativa, puesto que sólo 11 mujeres fueron encausadas

<sup>1235</sup> Dos de ellas, de las que se dan datos, fueron juzgadas por jugar más cantidad de la permitida por las pragmáticas.

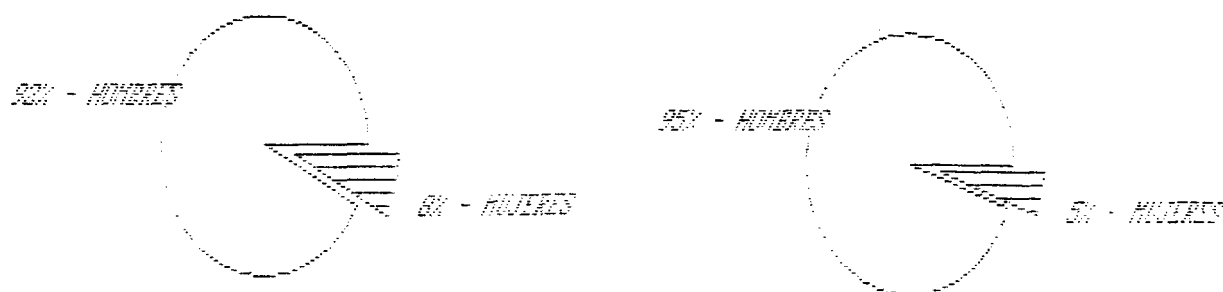
en esas cuatro décadas por dicho delito, de ellas una junto a su marido y otra acusada también pedir limosna a pesar de ser rica. Algo lógico, en cualquier caso, si tenemos en cuenta la tipología del delito que hemos dibujado anteriormente, muy vinculada a determinadas ocupaciones o situaciones sociales.



Más clara aún es esa explicación con respecto a las infracciones por *faltar a las obligaciones* o por *excesos en los oficios*, las cuales han quedado definidas por su correspondencia con una serie de profesiones -acentuada más en el segundo caso- que en muchos casos eran exclusivamente masculinas -como era el caso de los puestos administrativos-, de ahí que la mínima presencia de mujeres, por ejemplo, en el caso de los abusos y excesos en el ejercicio de los oficios -solo 19 mujeres sobre 370 hombres-, esté relacionada con asuntos mercantiles: cuatro corredoras, una tendera y una tabernera, o acompañando la responsabilidad de sus maridos en cuyos negocios participaban -aparecen dos matrimonios-.

Faltar Obligación

Exceso en sus oficios



## 7. LOS ENCAUSADOS POR DELITOS CONTRA LA JUSTICIA.-

### 7.1. Delitos que incluyen.

Este grupo es uno de los más homogéneos; reúne tres tipos de delitos bien claros y definidos.

Los tres caracterizados por ir contra la justicia en dos sentidos: bien incumpliendo de algún modo las penas impuestas por ésta, bien estorbando o impidiendo que ésta llevase a cabo su cometido. Entre los primeros, destacan los que no respetan el destierro que se les ha impuesto, además los que se fugan de las galeras a las que han sido condenados, y los que quebrantan las cárceles en que fueron confinados. Entre los segundos, lo que hemos denominado *resistencia a la justicia*, con manifestaciones algo más diversas.

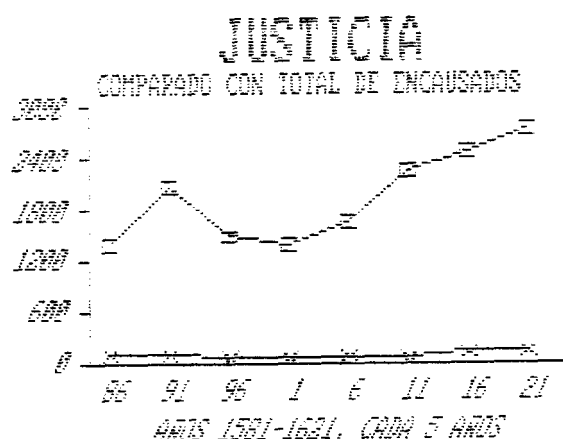
J U S T I C I A . P E N A S

	F U G A			D E:			D E S T I E R R O			R E S I S T E N C I A			T O T A L		
	Cárcel			Galeras						A LA JUSTIC.					
	T	V	M	T	V	M	T	V	M	T	V	M	T	V	M
1581	0	0	0	0	0	0	3	3	0	0	0	0	3	3	0
1582	0	0	0	0	0	0	1	1	0	0	0	0	1	1	0
1583	1	1	0	0	0	0	15	10	5	5	2	3	21	13	8
1584	0	0	0	1	1	0	13	10	3	14	14	0	28	25	3
1585	1	1	0	1	1	0	10	9	1	20	17	3	32	28	4
1586	2	2	0	0	0	0	13	6	7	4	4	0	19	12	7
1587	0	0	0	0	0	0	4	3	1	6	5	1	10	8	2
1588	0	0	0	0	0	0	3	3	0	3	3	0	6	6	0
1589	0	0	0	0	0	0	4	4	0	20	20	0	24	24	0
1590	4	4	0	1	1	0	18	16	2	5	5	0	28	26	2
1591	3	0	3	0	0	0	8	8	0	13	12	1	24	20	4
1592	0	0	0	0	0	0	4	4	0	4	4	0	8	8	0
1593	0	0	0	0	0	0	3	1	2	1	1	0	4	2	2
1594	2	2	0	0	0	0	20	19	1	2	1	1	24	22	2
1595	0	0	0	1	1	0	3	3	0	1	1	0	5	5	0
1596	0	0	0	0	0	0	4	4	0	4	4	0	8	8	0
1597	4	4	0	1	1	0	10	8	2	5	5	0	20	18	2
1598	6	5	1	2	2	0	2	2	0	0	0	0	10	9	1
1599	5	5	0	0	0	0	3	3	0	1	1	0	9	9	0
1600	2	2	0	1	1	0	0	0	0	6	6	0	9	9	0
1601	0	0	0	0	0	0	4	3	1	1	1	0	5	4	1
1602	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1603	0	0	0	0	0	0	13	12	1	0	0	0	13	12	1
1604	17	17	0	0	0	0	3	2	1	0	0	0	20	19	1
1605	0	0	0	1	1	0	7	7	0	2	2	0	10	10	0
1606	0	0	0	0	0	0	7	7	0	29	23	6	36	30	6
1607	0	0	0	0	0	0	9	6	3	6	6	0	15	12	3
1608	1	1	0	0	0	0	6	6	0	0	0	0	7	7	0
1609	1	1	0	3	2	1	0	0	0	3	2	1	7	5	2
1610	1	1	0	0	0	0	8	7	1	9	9	0	18	17	1
1611	0	0	0	0	0	0	0	0	0	5	5	0	5	5	0
1612	0	0	0	0	0	0	13	13	0	2	2	0	15	15	0
1613	0	0	0	0	0	0	13	11	2	4	1	0	17	15	2
1614	2	2	0	0	0	0	3	3	0	7	7	0	12	12	0
1615	1	1	0	0	0	0	1	1	0	25	25	0	27	27	0
1616	0	0	0	0	0	0	7	4	3	41	40	1	48	44	4
1617	2	2	0	0	0	0	1	6	1	44	42	2	47	44	3
1618	1	1	0	0	0	0	10	7	3	9	9	0	20	17	3
1619	0	0	0	1	1	0	0	0	0	15	15	0	16	16	0
1620	5	5	0	0	0	0	8	8	0	9	8	1	22	21	1
1621	1	1	0	0	0	0	0	0	0	18	18	0	19	19	0

TOTAL 62 58 4 13 12 1 254 214 40 343 323 20 672 607 65

### 7.2. Evolución comparada.

Los 672 encausados son sólo poco más del 4 % del total, aunque sus características bien delimitadas le confieren una importancia singular como iremos explicando. Lo cierto es que ni tan siquiera podemos hablar de una tendencia o de una evolución general, porque el extraordinario número de procesados en una causa puede bastar para exagerar el total de todo un año y mostrar altibajos destacados que pueden llamar a engaño puesto que en ningún caso se deben a una especial coyuntura con respecto a este tipo de delito.

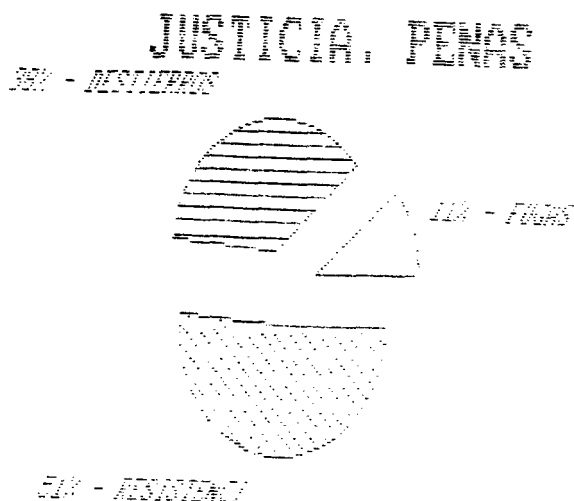


### 7.3. Porcentaje de encausados por delito.

Algo más de la mitad de estos procesados lo fueron por obstaculizar o impedir a los oficiales de justicia cumplir su cometido, mientras que el resto se corresponde con aquellos encausados que, por



medios ilícitos, dejaron de cumplir enteramente las penas por las que fueron condenados.



De entre esos últimos destacan los *quebrantamientos de destierro*, con 254 encausados -el 38 % de estos delitos contra la justicia y el 77% de los que incumplían sus penas-; muchos de los cuales se refieren a personas desterradas de la Corte<sup>1236</sup> y algunas leguas alrededor, más que a desterrados del Reino. El número de procesados por causa no llegaba a dos en este caso -1,8-; aunque este tipo de delito, más que por la participación numérica en él (lógicamente, no se formaban grupos de desterrados, sino que lo eran uno o dos que entraban en la Corte sin licencia), o por el oficio de los infractores<sup>1237</sup>, se define por los delitos de los que estaban también acusados esos desterrados, registrados en un 30 % de los casos: 2 por palabras injuriosas, 12 por heridas, 2 por malos tratamientos, 2 por cuchilladas, 5 por muertes, 6 por hurtos, 28 por ladrones, 3 por alcahuetas, 8 por amancebamiento, uno por rapto, y uno por otros excesos; es decir, la gran mayoría eran

<sup>1236</sup>Ya nos extendimos sobre ello con anterioridad; véase pág.

<sup>1237</sup>Se registran muy pocas profesiones, un capitán y un alférez, dos escribanos, un portero de vara y apenas ninguna más.

delincuentes que se dedicaban a los robos o que no reparaban en herir o maltratar, resultando significativamente alto el número de *ladrones*, que acentúa aún más ese carácter de *profesionalidad* que tendría buena parte de estos transgresores, para quienes un destierro no era obstáculo para volver a reanudar sus actividades<sup>1238</sup>; además, en ese sentido, encontramos a diez de ellos que usan un alias.

Las fugas o quebrantamientos de cárcel por las que los alcaldes de casa y corte acusaron a alguien en esos años no pasan de 25 causas, con 62 procesados -poco más del 9 % de los que cometieron delitos contra la justicia y un 19 % de los que contravinieron las penas que les fueron impuestas-, lo que indica una proporción más alta por cada caso, debida tal vez a que, en buena parte, en esos pleitos no se juzgaba a los fugados -o no sólo a ellos- sino a los cómplices, o sospechosos de serlo, de la evasión, por eso no es de extrañar que todos los oficios que se consignan -un 20 % de los procesados- sean puestos de justicia o con alguna responsabilidad, así, tres alcaides de cárceles, un teniente de alcaide, dos porteros, dos alguaciles -uno de villa y otro de corte-, un alcalde de la Hermandad, un alcalde mayor (de Guadalupe), o el gobernador de la villa de Alcazar, y que en muchos casos la acusación se especifique como auxiliar en la huida o abiertamente *soltar un preso*; mientras que aparecen muy pocas referencias a otros delitos cometidos por los reos<sup>1239</sup>, y sólo algunas a los métodos de fuga referidas al escalamiento de la cárcel de corte-en dos

---

<sup>1238</sup> Otro tipo de causas y también otras razones para atreverse a quebrantar su destierro debieron de impulsar a procesados tan ilustres como el marqués de Peñafiel o el Almirante de Castilla.

<sup>1239</sup> Sólo seis: dos por muertes, dos por incumplimiento de la pragmática de cuellos y uno por hurto.

ocasiones- al parecer desde fuera para tratar de colaborar en una fuga. Con esto no caben muchas dudas -si es que alguna quedaba con lo que se está exponiendo- acerca de la fiabilidad de los "administradores" de la justicia y de algunos puestos con responsabilidades de gobierno local.

Por último, en este bloque de incumplimientos de penas, la fuga de galeras recoge sólo trece enjuiciados, la mitad de los cuáles tenían pendientes también otras acusaciones -dos muertes, uno quebrantamiento de destierro, un ladrón, uno hurtos, otro heridas...-. La cifra no es muy alta y supone sólo el 2 % de los acusados de ir contra la justicia, pero el hecho de que en la jurisdicción de la Sala -puesto que ninguna de esas causas se les encargó por comisión- apareciesen fugados de galeras quiere decir que debía ser más normal de lo que se pudiera pensar en un principio<sup>1240</sup>.

El otro subgrupo es lo que hemos llamado *resistencias a la justicia*, en él aparecen 343 procesados -51 %-, acusados de una variedad de actitudes dentro de esa caracterización: desde *no haber dado favor a la justicia*, hasta estorbar una detención o quitar un preso de las manos a un alguacil -lo que se repite, en varios casos incluso de modo más o menos espontáneo, lo que da idea del descrédito de los alguaciles y de la desconfianza que sus intervenciones provocaban-, pasando por numerosos altercados entre representantes de la justicia y personas que se enfrentan a ellos en claro desacato,

---

<sup>1240</sup> Nada nos hace pensar que éstas causas no se refieran a galeotes que se escaparon de sus puestos, dado que aparecen registradas como *por haberse dado a la fuga de las galeras* o por *quebrantamiento* de las mismas, por lo que no parecen referidas a condenados al remo que hubieran huido, por ejemplo, de las cadenas que los conducían a los puertos de embarque, como hicieron los que tuvieron la suerte de toparse con don Quijote en su camino.

llegando en ocasiones a *haberle quebrado la vara*, además de numerosas resistencias de los propias personas requeridas por los oficiales, que llegaban a derivar en malos tratos o heridas a los alguaciles -*echar mano a la espada contra un alguacil*, se dice en alguna ocasión- o a algunos alcaldes ordinarios, a pesar de las leyes que castigaban más duramente a quienes les hirieran o matasen. Entre estos casos, por la importancia que tenía dejar bien sentada la autoridad real, se registran algunas comisiones del Consejo a los alcaldes en causas ajenas a su jurisdicción especialmente graves, para restablecer ese respeto. Los alcaldes de casa y corte, además, no se veían afectados por esos desacatos o resistencias, que se dirigen contra alcaldes ordinarios de los lugares de las cinco leguas, contra alcalde de la Hermandad y contra alguaciles -pero también en este caso más contra alguaciles ordinarios o de villa que contra los de Corte-, lo que ayuda a comprender mejor lo que en su momento se dijo sobre el prestigio de la Sala -apreciada por el Consejo, respetada por la gente-. Entre las otras culpas atribuidas a algunos de estos encausados además de la propia resistencia a la autoridad, prácticamente la totalidad se refieren a hechos derivados del mismo altercado -algunas injurias, cuestiones y amenazas, bastantes malos tratos y un buen número de *heridas*-. Es de resaltar también una cierta imparcialidad de la Sala, puesto que no parecen pecar de un excesivo *espíritu corporativista*, al menos por lo que a la justicia en su conjunto se refiere -quizá sí en relación con el personal de la Sala y eso explique la "buena imagen" que esta documentación transmite-, por cuanto en estos casos de *resistencia* se reconoce la parte de culpa que a los representantes del orden correspondía, como se desprende al echar una mirada a los oficios

que se señalan, puesto que si apenas se da un 10 %, de ellos el 60 % corresponden a alcaldes, alguaciles, porteros, regidores, escribanos...<sup>1241</sup>. La proporción de encausados por proceso es aquí mayor: más de 2,7, en gran medida debido a esas comisiones del Consejo que reunían buen número implicados; por otra parte, la participación variaba mucho puesto que estas resistencias iban desde altercados personales hasta alborotos mucho más generales.

#### **7.4. Distribución por sexos.**

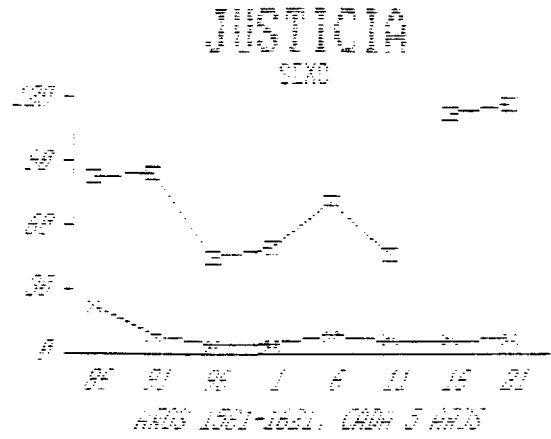
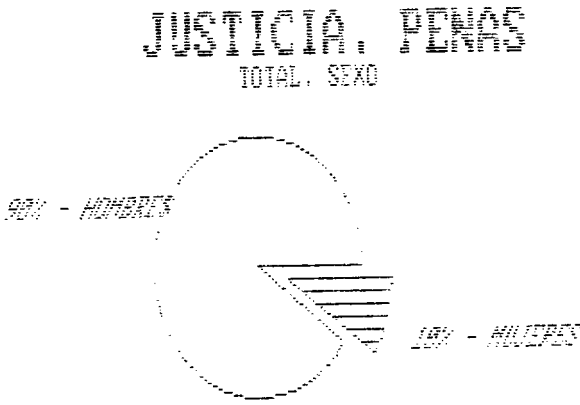
##### **a) General.**

Por razones obvias, dada la tipificación de los delitos que hemos hecho, la participación femenina es muy escasa. Sólo 65 mujeres fueron

---

<sup>1241</sup>El resto, representado sobre todo por la milicia: dos capitanes y dos soldados -uno de la guardia española- (que continúan aportando testimonios de su carácter conflictivo) y por la servidumbre: aparece un buen número de criados, pero vinculados a personajes importantes por lo que ese sentimiento de amparo podía envalentonarlos ante la justicia unos eran criados del príncipe de Marruecos, otros del embajador de Venecia, otros del conde de Altamira, y algún otro es encausado junto con su amo al que debió secundar en su enfrentamiento con los guardianes de la ley.

encausadas en este período, de modo que su distribución temporal se ve casi completamente difuminada.

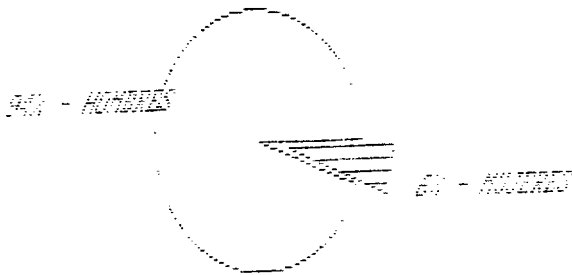


b) Por delitos.

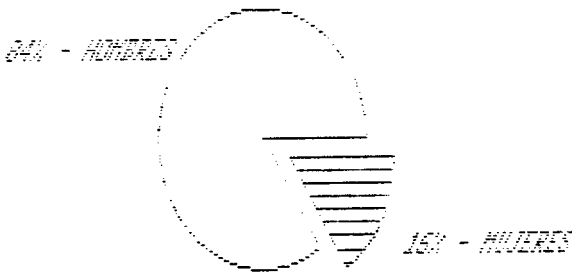
La distribución por delitos muestra que, de no ser por el mayor número de mujeres que quebrantaron su destierro -más o menos coincidente con la media general: 40 mujeres sobre 254 indiciados-, el porcentaje de participación femenina sería casi insignificante. Resistencias -sólo numéricamente- e incumplimiento de destierro son los únicos delitos que merecen ser reseñados aquí, con lo que resulta imposible tratar de destacar algún comportamiento general dada la singularidad de esos tipos de causas. Sí es, quizá, digno de mencionar que una quinta parte de esas mujeres fueron encausadas junto con sus

maridos y, por tanto, su iniciativa en ellas -si no su responsabilidad- estaría disminuída.

**Resistencia a la violencia**



**Violencia**



**Lesiones**



## 8. LOS ENCAUSADOS EN VARIOS.-

### 8.1. Delitos que incluyen.

Es éste un apartado misceláneo en el que se han reunido una serie de delitos de difícil clasificación, bien porque no se especifican, bien porque son casos o situaciones particularmente *sui generis*, bien porque aún siendo delitos claramente tipificados se presentan en tan contadas ocasiones que no merecen ser considerados como una categoría aparte<sup>1242</sup>.

Sólo hemos distinguido por la importancia cuantitativa con que se repiten los *excesos*, -frecuentísimos, causas en las que no se explica nada más, que simplemente se califican de ese modo- y los *daños*.

### 8.2. Evolución comparada.

El número total de encausados en este heterogéneo grupo para esos años 1581-1621 objeto de nuestro trabajo es de 1.405, que suponen algo más del 9 % del total de indiciados. La total disparidad en sus características, cuando no la ignorancia de las mismas, hacen imposible buscar algún sentido en las alteraciones anuales que sufren estas causas, de las que apenas nada podemos decir.

---

<sup>1242</sup>En una clasificación y en un análisis jurídico sería absolutamente esencial el tratamiento detallado de algunos de ellos; pero no así en este estudio en el que nos interesa la *práctica delictiva*.

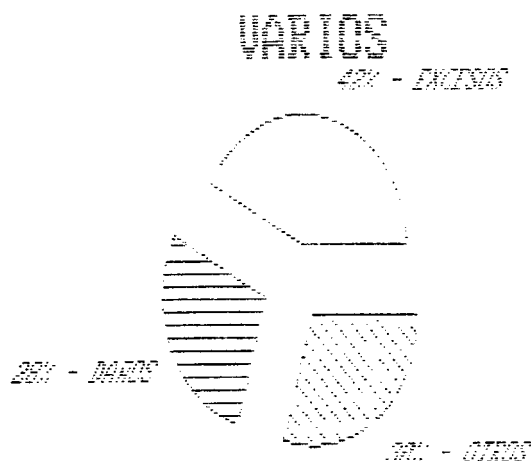


# V A R I O S

	EXCESOS			DAÑOS			OTROS			T O T A L		
	T	V	M	T	V	M	T	V	M	T	V	M
1581	0	0	0	5	4	1	1	1	0	6	5	1
1582	3	3	0	1	1	0	0	0	0	4	4	0
1583	0	0	0	6	6	0	11	6	5	17	11	6
1584	14	11	3	4	3	1	7	7	0	25	21	4
1585	2	2	0	17	16	1	4	2	2	23	20	3
1586	10	10	0	17	17	0	3	2	1	30	29	1
1587	16	12	4	14	14	0	19	18	1	49	44	5
1588	21	14	7	8	7	1	39	31	8	68	52	16
1589	17	16	1	36	36	0	22	5	17	75	57	18
1590	7	6	1	19	19	0	26	24	2	52	49	3
1591	11	9	2	8	8	0	12	2	10	31	19	12
1592	19	15	4	8	7	1	3	1	2	30	23	7
1593	8	5	3	12	12	0	13	12	1	33	29	4
1594	6	6	0	5	5	0	18	16	2	29	27	2
1595	9	7	2	5	5	0	3	2	1	17	14	3
1596	2	2	0	1	1	0	1	1	0	4	4	0
1597	10	10	0	5	5	0	6	5	1	21	20	1
1598	0	0	0	4	4	0	3	1	2	7	5	2
1599	9	9	0	4	4	0	4	4	0	17	17	0
1600	12	11	1	4	4	0	0	0	0	16	15	1
1601	34	32	2	12	11	1	3	2	1	49	45	4
1602	17	14	3	5	5	0	5	5	0	27	24	3
1603	13	13	0	34	33	1	14	7	7	61	53	8
1604	35	30	5	5	5	0	1	1	0	41	36	5
1605	17	13	4	24	20	4	0	0	0	41	33	8
1606	59	47	12	24	24	0	13	9	4	96	80	16
1607	16	16	0	17	17	0	7	5	2	40	38	2
1608	7	7	0	3	1	1	5	1	4	14	9	5
1609	13	11	2	4	4	0	17	12	5	34	27	7
1610	13	11	2	5	5	0	11	6	5	29	22	7
1611	7	3	4	0	0	0	11	6	5	18	9	9
1612	10	7	3	1	1	0	6	4	2	17	12	5
1613	14	13	1	9	8	1	13	9	4	36	30	6
1614	5	5	0	5	5	0	10	8	2	20	18	2
1615	6	4	2	3	3	0	3	2	1	12	9	3
1616	20	19	1	6	6	0	6	6	0	32	31	1
1617	46	41	5	4	4	0	10	10	0	60	55	5
1618	19	18	1	29	28	1	32	18	14	80	64	16
1619	22	20	2	5	4	1	29	25	4	56	49	7
1620	24	22	2	10	10	0	22	11	11	56	43	13
1621	17	17	0	12	10	2	3	3	0	32	30	2
=====												
TOTAL	590	511	79	399	382	17	416	290	126	1405	1182	223

### 8.3 Porcentaje de encausados por delito.

Como ya apuntábamos, sólo hemos distinguido dos grandes bloques que aparecen bien definidos, entre los que suman el 70 % de éstos encausados.



De los excesos, a pesar de su importancia numérica, no podemos decir nada, puesto que aparecen consignados escuetamente como *excesos*, sin consideraciones ni observaciones de ninguna clase. Reúnen 590 encausados que suponen el 42 %. Podemos imaginar que no serían delitos de gran entidad ni de consecuencias graves -hemos dejado aquí solo 1 % que no estaban también acusados de otros delitos, puesto que son innumerables los casos en los que a la acusación principal se añade "y excesos"-, puesto que no aparece ninguno con alias ni con ninguna otra referencia indicativa, pero resultaría demasiado arriesgado hacer otro tipo de suposiciones tendentes a homologarles con otras categorías.

Los *daños* agrupan fundamentalmente perjuicios ocasionados a otras personas o a sus propiedades sin una clara intención criminal. Podemos distinguir en ellos: los daños en las tierras de otros -aparece muy

reiteradamente, en bastantes ocasiones especificándose que se produjeron en las viñas-, generalmente ocasionados por ganados; los daños o heridas ocasionados por las cabalgaduras, bestias o carros de los que tiraban -heridas de caballos, de machos, mordeduras de sus perros, atropellar con un carro o con el coche, todas ellas muy reiteradas en esta documentación-; daños también en construcciones, sobre todo en casas ajenas, en palomares, etc.; y otros muchos que, según los casos, podrían tal vez incluirse en los delitos contra la propiedad -aunque siempre con unas connotaciones particulares que harían necesario tener más información sobre ellos-, como son los acusados de cazar en los bosques vedados -más de una veintena de casos-, de pescar en ríos en los que tampoco estaba permitido, o de coger leña o talar árboles en montes y bosques en los que no tenían derecho a hacerlo. En total suman 399, que representan un 28 %, la inmensa mayoría de los cuales tampoco pueden ser considerados como malhechores ni delincuentes destacados, responsables de comportamientos criminales, aunque sí dignos de sanción o acreedores de procurar una reparación a los damnificados.

Como se puede imaginar un apartado de "otros", dentro de una categoría de "varios", es un auténtico cajón de sastre en el que están muchos de esos casos absolutamente singulares; aunque también podemos extraer algunos grupos más importantes: en primer lugar, el de los acusados de *hechicerías*, al que sólo su difícil colocación le ha privado de ocupar un lugar más destacado, por esta razón, encontramos procesadas 68 personas en 21 casos, algunas de las cuales están relacionadas también, sobre todo, con delitos contra la moral y más concretamente con la alcahuetería -¿hace falta traer a la memoria la

imagen de *Celestina*<sup>1243</sup>?-; en segundo lugar, los *vagantes*, que por sus especiales características fueron ya estudiados detenidamente en el capítulo anterior, donde ya se dejó bien claro las circunstancias que, en líneas generales, envolvían sus vidas. En tercer lugar, hay un cierto número de causas -una decena aproximadamente- protagonizadas por moriscos por razones directamente relacionadas con esa condición<sup>1244</sup>, tanto anteriores como posteriores a su expulsión aunque los motivos cambian: por uso de armas y estar fuera de su alojamiento, moriscos del reino de Granada que se llegaron a la Corte fugitivos de su alojamiento, por hablar en algarabía, una causa contra varios moriscos que se pasaban a Berbería, etc. El resto constituyen un auténtico catálogo de curiosidades; entre ellas se registran, por ejemplo, dos causas por espionaje, una de un portugués por espía de don Antonio y otra en la que se apunta *sospechas de espías del turco*, señalándose al arzobispo de Mesopotamia y a su criado; un procesado por *andar vestido de fantasma*, otro por *haber hecho firmar a doña María de Aguirre y doña Aldonza de Aguirre, su hija, una carta de satisfacción en deshonor suyo*, o al que se acusaba de haber hecho abortar a una mujer. En total son 416 indiciados, que no llegan al 30 % de este apartado.

---

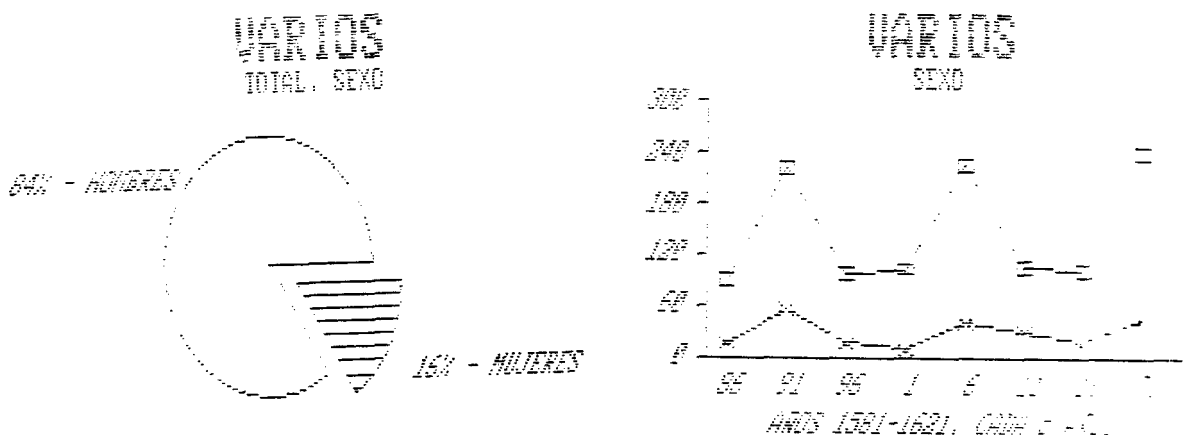
<sup>1243</sup>Desgraciadamente, no suele darse ningún detalle al respecto, aunque en un caso se dice: *por haber dado ciertos sahumerios a un hombre de los cuales murió*, lo que nos remite a todo un mundo de supersticiones en los que los remedios estaban más cerca de las pócimas y los "filtros" que se solicitaban para todo tipo de cosas y que, al parecer, no siempre eran inofensivos.

<sup>1244</sup>Aparecen más moriscos en el *Inventario*, pero acusados de delitos que nada tenían que ver con el hecho de que lo fueran .

#### 8.4. Distribución por sexos.

##### a) General.

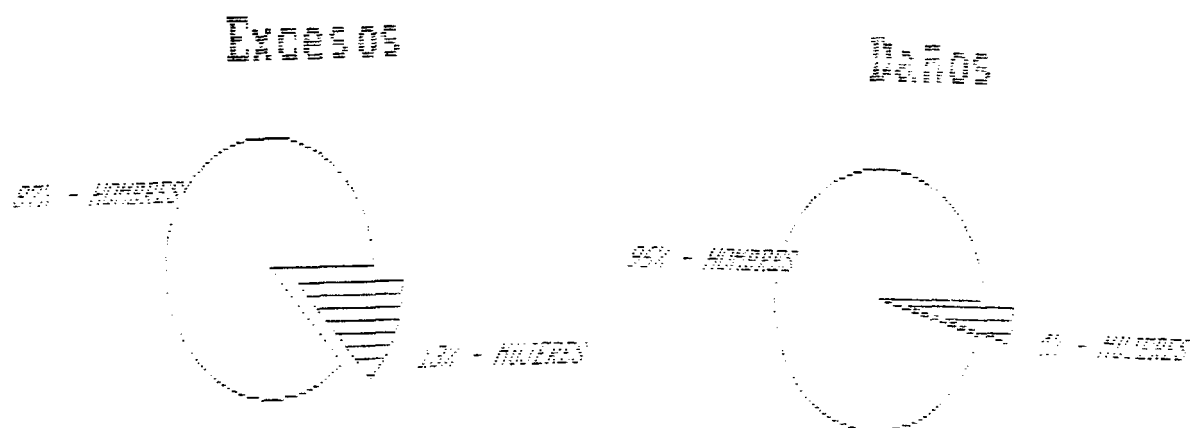
La enorme y esencial variedad de este grupo *residual* hace que su proporción de participación femenina se asemeje bastante a la media general de la delincuencia asentada por los alcaldes en sus causas para esos años, pero también que la curva de evolución temporal pierda un poco su orientación tanto en el caso de los hombres como de las mujeres, puesto que resulta inútil buscar alguna orientación lógica en ella. El número de mujeres es de 223, que significa algo menos del 16%.



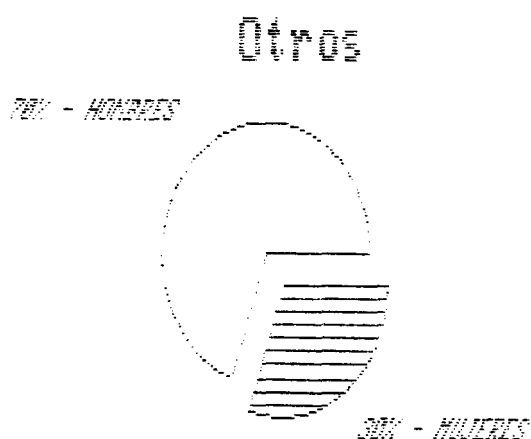
##### b) Por delitos.

La distribución es muy desigual, mientras que la mujer participaba en los excesos con un 13 % -no podemos saber qué determinaba esa proporción, que equivale a 79 mujeres-; en los casos de daños, sólo 17 mujeres fueron procesadas -poco más de un 4 %-, lo que no es de extrañar si tenemos en cuenta que la mayoría de esos "daños" se

corresponden a ocupaciones o titularidades que eran propias casi en exclusiva de los varones: daños producidos por ganados, carros o coches, caza, pesca o tala.



El caso de los restantes procesados es bien distinto y ellos, con las 126 indiciadas -30,2 %-, suben la media de participación femenina considerablemente, aunque con enorme diversidad, imposible de seguir hasta sus últimos pormenores.



Las hechicerías suponían una altísima proporción de mujeres puesto que el 80 % de los encausados por ellas lo eran -más de medio centenar-. En el caso de los *vagantes*, ya señalamos también la elevada

participación femenina con más de un 38 % -18 mujeres sobre 47 encausados-. Lo contrario ocurre en las causas de moriscos que sólo registran una mujer. Mientras que en el resto las mujeres se encuentran desigualmente repartidas, aunque con una media aceptable. Por tanto, las causas de vagantes y, sobre todo, las de hechicerías son las principales responsables de que aparezca un número de mujeres significativo en el total de este grupo de *varios*.

CAPITULO IX

**LOS ENCAUSADOS POR DELITOS  
CONTRA LA MORAL SEXUAL Y MARITAL**

**1. DELITOS QUE INCLUYE Y SU EVOLUCION.-**

Los delitos contra la moral sexual y marital se encuentran también entre los más claramente definidos. Es fácil clasificar a los delincuentes que incurren en ellos. Ahora bien no lo es tanto discernir qué responsabilidad en su consideración tenían las leyes y cuál las motivaciones supuestamente morales o religiosas, aunque la práctica de los alcaldes nos mostrará qué delitos eran los que en realidad preocupaban a la justicia de Corte, aparte de otro tipo de consideraciones legales, de ahí que no sigamos una clasificación basada en la gravedad de esos pecados, tal como se empeñaron en establecer los tratadistas de la época y que Tomás y Valiente sintetiza magníficamente<sup>1245</sup>.

Por nuestra parte, hemos tratado de hacer una ordenación dentro

<sup>1245</sup>TOMÁS Y VALIENTE, Francisco, "El crimen y pecado contra natura", en *Sexo barroco...*, págs. 36-38.



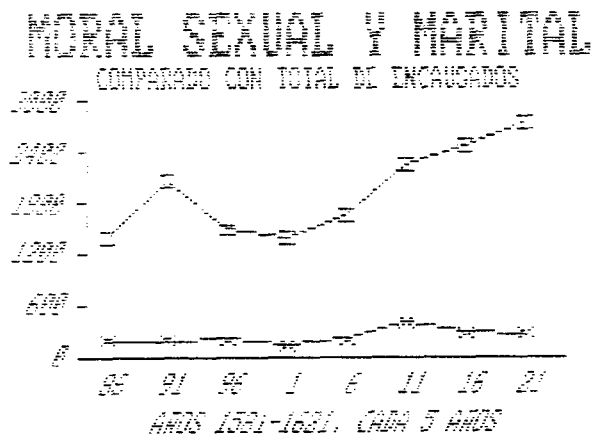
de ellos, lo más conforme posible a las categorías que la documentación recoge. En primer lugar, hablaremos de *tercerías*, en las que hemos incluido los casos de alcahuetería, rufianes y lenocinio, que no llegan al 10 %. En segundo término, hemos agrupado bajo el epígrafe de *trato ilícito* a los procesados acusados de perseguir, solicitar o inquietar mujeres y a los encausados por trato ilícito propiamente dicho, especialmente con engaño y dando falsa palabra de casamiento -un 7 %-.

Un grupo algo más importante es el de los enjuiciados por causas estrictamente maritales -un 11 %-: destacando, naturalmente, el adulterio, además de unos pocos casos de *casado dos veces*, que merecen especial consideración jurisdiccional, y, lo que hemos llamado *disputas conyugales*, discusiones y desavenencias en el matrimonio que llegaron al extremo de presentarse ante la Sala -excepto los casos de muerte, que, por su especial gravedad, ya incluimos en ese tipo de delito-.

Determinantes en este tipo de delitos, al sobrepasar el 40 %, son los amancebamientos, entre los que hemos distinguido -tal como hacían los propios alcaldes de casa y corte- los amancebamientos con reincidencia y los que se mantenían con mujeres casadas. Otro delito, señalado sin ninguna posibilidad de duda en el Inventario es el de estupro, que, con relativa frecuencia, iba ligado al de rapto, y suponía cerca del 30 % de estos encausados. Por último, dos delitos escasamente representados a pesar de lo mucho que se escribió y se ha escrito sobre el segundo de ellos: las deshonestidades y el pecado nefando, con un 2 % sobre el



Este tipo de delitos es, cuantitativamente, el tercero de todos los de la clasificación; el número de indiciados por esta causa es de 1.847, es decir, el 12 % sobre el total. El número de encausados se mantiene aquí quizá más estable que en otros tipos de delito, aunque desde 1607 se apreciaba una medida más alta.



La media de procesados por causa no llega al 1,8, algo fácil de entender si tenemos en cuenta que en el 53 % de los casos -559- se

# M O R A L   S E X U A L   Y   M A R I T A L

## T O T A L

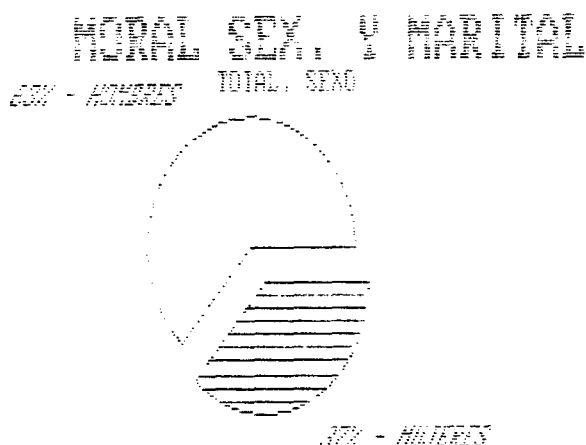
	S e x o				Nº Encausados				
	T	V	M	MAT	1	2	3	4	+4
1581	3	2	1	0	1	1	0	0	0
1582	11	6	5	0	0	1	1	0	1
1583	41	24	17	2	17	6	4	0	0
1584	43	22	21	0	19	3	1	0	1
1585	53	29	24	0	15	10	4	0	1
1586	41	25	16	0	22	8	1	0	0
1587	39	24	15	0	11	7	0	2	1
1588	53	34	19	1	15	8	4	1	1
1589	35	25	10	1	7	3	2	1	2
1590	30	20	10	2	11	8	1	0	0
1591	31	18	13	1	13	6	2	0	0
1592	36	22	14	0	12	10	0	1	0
1593	17	10	7	0	8	3	1	0	0
1594	49	34	15	2	12	8	4	1	1
1595	51	34	17	0	15	11	3	0	1
1596	43	26	17	0	8	13	3	0	0
1597	35	21	14	0	9	9	1	0	1
1598	21	19	2	0	13	4	0	0	0
1599	31	25	6	0	22	3	1	0	0
1600	22	13	9	0	5	5	0	0	1
1601	32	17	15	0	6	9	1	1	0
1602	34	19	15	1	9	1	4	0	2
1603	45	31	14	0	14	8	1	1	1
1604	41	24	17	0	11	10	0	1	1
1605	39	23	16	0	12	4	2	2	1
1606	37	26	11	0	16	8	0	0	1
1607	74	50	24	0	20	15	5	0	1
1608	74	38	36	0	14	14	5	3	1
1609	76	41	35	0	23	15	5	2	0
1610	89	52	37	0	28	19	6	0	1
1611	83	49	34	2	11	16	3	2	4
1612	73	47	26	1	21	4	7	2	2
1613	67	40	27	2	17	9	6	0	2
1614	35	25	10	0	12	4	2	1	1
1615	53	38	15	1	24	8	1	0	2
1616	43	31	12	2	13	5	5	0	1
1617	37	27	10	0	13	5	2	0	1
1618	57	41	16	1	18	8	4	0	2
1619	67	46	21	0	17	7	7	1	2
1620	48	31	17	0	11	7	2	1	2
1621	58	43	15	1	14	8	1	1	3

=====

TOTAL	1847	1172	675	20	559	311	102	24	42
-------	------	------	-----	----	-----	-----	-----	----	----

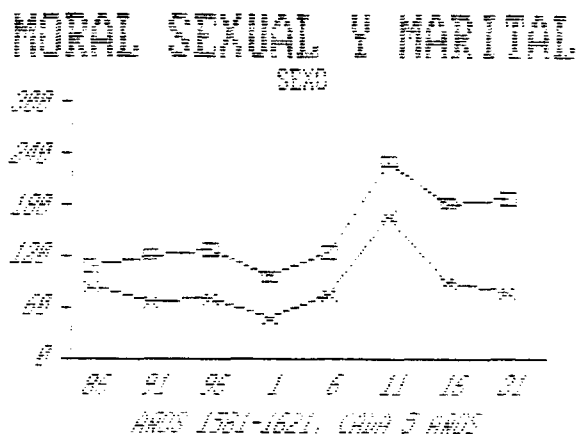
juzgaba a un sólo acusado, en el 30 % a dos, en el 10 % a tres, y sólo en poco más de un 6 % de las causas comparecieron cuatro o más encausados. Distribución singular con respecto a otros grupos de delitos, que se irá perfilando mejor en las características de cada tipo en concreto.

El 36,5 % de participación femenina en este grupo de delitos lo convierte en el que cuenta con una mayor proporción de mujeres, pero también sus 675 encausadas suponen el primer lugar absoluto en participación, lo que hace de estos delitos contra la moral, en principio, el más claro exponente de una "delincuencia femenina", aunque a continuación se harán las necesarias precisiones por cada delito que mostrarán un panorama bien diferenciado y del que se pueden extraer conclusiones mucho más claras.



Esa alta participación femenina posibilita que, gráficamente, se aprecie mejor cómo en la distribución anual de los encausados no se observa ninguna diferencia según el sexo de los procesados, sino que por el contrario las curvas de varones y mujeres se muestran casi completamente paralelas, presentando idénticos altibajos, con ese

máximo destacado en torno a los años siguientes al retorno de la Corte a Madrid -1607-1612-.



## 2. LAS TERCERIAS.-

Como dice Cobarruvias *algunas vezes tercero y tercera sinifican el alcagüete y alcagüeta*. Hemos incluido en este apartado los casos en los que "un tercero" se beneficia de las relaciones ilícitas que mantiene una mujer -por supuesto, podría tratarse de un hombre, pero la documentación que hemos manejado no recoge ningún caso-, ya sea a cambio de brindarles protección como ocurre con el proxenetismo<sup>1246</sup>, con los *rufianes*, ya por proporcionarle *clientes* o facilidades, ya por beneficiarse de una manera más indirecta o, mejor, más disimulada como era el caso de algunos maridos alcahuetes que preferían pasar por cornudos a que se supiera su verdadera dedicación consciente al

<sup>1246</sup>Una vez más, Cobarruvias lo define a la perfección: *Rufián. El que trae mugeres para ganar con ellas, y riñe sus pendencias*.

# M O R A L   S E X U A L   Y   M A R I T A L

## 1. T E R C E R I A S

### A) A l c a h u e t e r í a   y   R u f i a n e s

	S e x o				Nº Encausados					Ocupación	Lugar	Con.Social
	T	V	M	MAT	1	2	3	4	+4			
1581	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1582	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1583	11	6	5	1	6	1	1	0	0	beata.de su hija.amancebada		
1584	5	1	4	0	5	0	0	0	0	de su hija.encubrir hija amanc.		
1585	4	0	4	0	2	1	0	0	0			
1586	10	2	8	0	7	0	1	0	0			
1587	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1588	4	1	3	0	4	0	0	0	0			
1589	0	0	0	0	0	0	0	0	0		y rapto	
1590	5	3	2	1	1	2	0	0	0			
1591	6	1	5	1	4	1	0	0	0	amanceb.3 Dª .de sus hijas		
1592	1	1	0	0	1	0	0	0	0			
1593	2	0	2	0	2	0	0	0	0			
1594	5	3	2	0	2	0	1	0	0			
1595	1	0	1	0	1	0	0	0	0			
1596	1	1	0	0	1	0	0	0	0		amancebado	
1597	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1598	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1599	2	0	2	0	2	0	0	0	0		1 Dª	
1600	1	1	0	0	1	0	0	0	0			
1601	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1602	6	2	4	1	1	0	0	0	1	matrimonio e hijas		
1603	3	1	2	0	3	0	0	0	0	Dª y Hechicera		
1604	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1605	1	0	1	0	1	0	0	0	0	Hechicera		
1606	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1607	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1608	1	0	1	0	1	0	0	0	0	pa		
1609	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1610	2	2	0	0	2	0	0	0	0	y trato ilícito		
1611	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1612	1	0	1	0	1	0	0	0	0			
1613	3	2	1	1	0	0	1	0	0	Hechicera		
1614	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1615	1	0	1	0	1	0	0	0	0			
1616	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1617	8	7	1	0	0	0	0	0	1	M.CasaPública		
1618	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1619	5	1	4	0	2	0	1	0	0			
1620	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1621	3	2	1	1	1	1	0	0	0			

=====

TOTAL.    92    37    55    6    52    6    5    0    2

M O R A L      S E X U A L      Y      M A R I T A L

1. T E R C E R I A S      (Continuación)

B) L e n o c i n i o

	S e x o				Nº Encausados					Ocupación	Lugar	Con.Social	TOTAL
	T	V	M	MAT	1	2	3	4	+4				TERCE
1581	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1582	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1583	0	0	0	0	0	0	0	0	0				11
1584	0	0	0	0	0	0	0	0	0				5
1585	0	0	0	0	0	0	0	0	0				4
1586	0	0	0	0	0	0	0	0	0				10
1587	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1588	0	0	0	0	0	0	0	0	0				4
1589	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1590	0	0	0	0	0	0	0	0	0				5
1591	0	0	0	0	0	0	0	0	0				6
1592	0	0	0	0	0	0	0	0	0				1
1593	0	0	0	0	0	0	0	0	0				2
1594	2	1	1	1	0	1	0	0	0				7
1595	0	0	0	0	0	0	0	0	0				1
1596	0	0	0	0	0	0	0	0	0				1
1597	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1598	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1599	0	0	0	0	0	0	0	0	0				2
1600	0	0	0	0	0	0	0	0	0				1
1601	2	1	1	0	0	1	0	0	0				2
1602	0	0	0	0	0	0	0	0	0				6
1603	0	0	0	0	0	0	0	0	0				3
1604	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1605	3	2	1	0	0	0	1	0	0				4
1606	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1607	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1608	17	6	11	0	1	4	1	0	1	escribano	trato ilíc.	amanceb.	18
1609	11	0	11	0	1	0	2	1	0		5 da		11
1610	7	2	5	0	1	0	2	0	0		suata		8
1611	3	2	1	1	0	0	1	0	0	zapatero			3
1612	3	2	1	1	0	0	1	0	0				4
1613	3	2	1	1	0	0	1	0	0		amanceb.		6
1614	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1615	1	0	1	0	1	0	0	0	0				2
1616	3	2	1	1	0	0	1	0	0				3
1617	3	1	2	0	0	0	1	0	0	capitán			11
1618	5	3	2	1	0	1	1	0	0				5
1619	3	1	2	0	0	0	1	0	0		1 da		8
1620	3	1	2	0	0	0	1	0	0		amanceb.		3
1621	0	0	0	0	0	0	0	0	0				3
=====													=====
TOTAL	69	26	43	6	4	7	14	1	1				161

lenocinio, mediando, con su consentimiento, en las relaciones amorosas -y lucrativas- de sus esposas; ya Tomás y Valiente hablaba de la abundancia de los maridos alcahuetes entre 1550 y 1613 y anotaba que esa supuesta copiosidad *casa mal con la moral marital del honor vengativo y calderoniano, que se supone indiscriminadamente vigente por aquellos tiempos*<sup>1247</sup>; también la literatura está plagada de alusiones al respecto, confundiéndose a menudo los esposos víctimas del adulterio y que soportaban pacientemente la "cornificación" sin reparar su honor tal y como tenían derecho, con los que alentaban a sus esposas a mantener relaciones que supusieran alguna ganancia encubiertas por el manto honesto que prestaba a una mujer estar casada. Estos últimos, los *maridos que por precio consintieren que sus mugeres sean malas de su cuerpo, o de otra qualquier manera las induxeren, o traxeren a ello* eran severamente castigados<sup>1248</sup>. Sin embargo, calificábamos de *supuesta* esa abundancia porque la Sala -pese a los tratadistas, a los moralistas, a la imagen de la literatura...- en este período 1581-1621 no registra ningún caso en el que expresamente se hable de ese tipo de maridos; ausencia debida, sin duda, a dos razones principales: en primer lugar, a que ese comportamiento indigno no sería tan frecuente como se ha pensado; pero también a que a los alcaldes de casa y corte no les parecerían suficientemente importantes esos casos como para intervenir en ellos, y más teniendo en cuenta que suponían una ingerencia en la vida privada -y familiar en este caso- que los alcaldes no solían practicar, quizá dejando ese tipo de asuntos para que fuesen resueltos particularmente -tal vez, por esa confusión entre

---

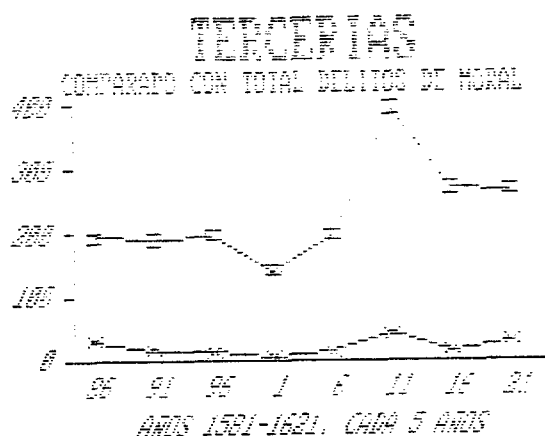
<sup>1247</sup> TOMÁS Y VALIENTE, Francisco, *El Derecho Penal...*, pág. 76.

<sup>1248</sup> *N.R.*, VIII, 20, 9.



adulterio, consentimiento y tercería del marido, de la que hablábamos a pesar de algunas disposiciones de la Sala en las que parecía expresarse un excesivo afán de fiscalización sobre todos los ciudadanos.

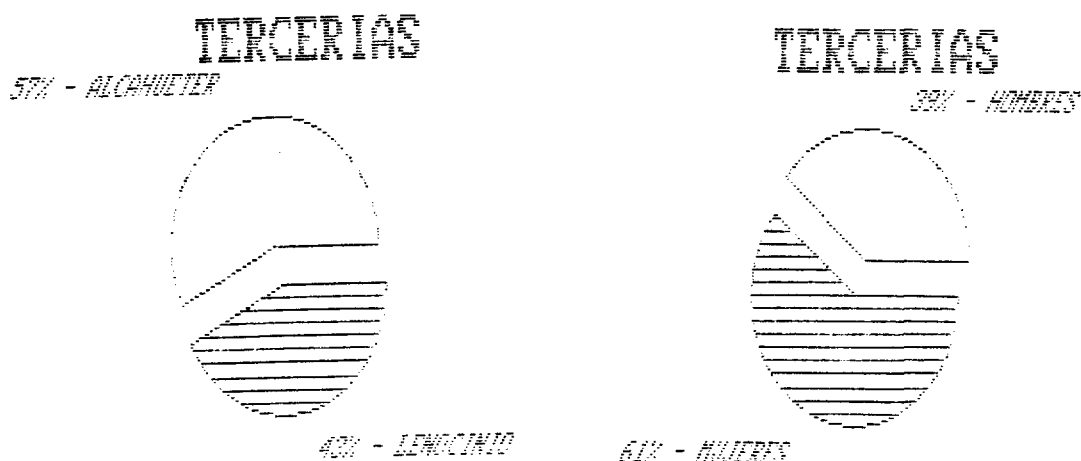
A parte de esos casos inexistentes, las tercerías reunían 161 encausados que, como dijimos, no llegan al 9 % de los delitos contra la moral. A pesar de esa escasa representación, su evolución cronológica se corresponde bastante exactamente con la del grupo en general, como se aprecia en el siguiente gráfico.



La mayor parte de los encausados varones corresponde a los acusados de ser *rufianes*, esto es, de proxenetismo; mientras que un alto porcentaje de las mujeres lo fueron de alcahuetería. Sin embargo, hasta un 43 % lo fueron de *lenocinio* sin especificar su exacta responsabilidad en ese delito. En cualquier caso, todos ellos intermediarios, encubridores o protectores de relaciones consideradas pecaminosas y, por supuesto, ilícitas.

Llama particularmente la atención el elevadísimo porcentaje de mujeres en este conjunto de tercerías en el que alcanza casi un 61 %,

debido, naturalmente, a una distribución bien diferenciada.



En cuanto a la alcahuetería, la literatura ha dejado fijada en la mente de todos la imagen estereotipada de la *celestina*, excelente descripción de un tipo y de unos comportamientos y recursos que sin duda existieron. De hecho, las alcahuetas cumplían una función social necesaria para saltar esa falsa honestidad impuesta<sup>1249</sup>. Prácticamente todos los acusados por alcahuetería eran mujeres, mientras que los pocos casos registrados de varones suelen corresponder a los maridos, de modo que se trataba de una dedicación matrimonial compartida -hay algún *alcahuete* en solitario pero no parece en absoluto significativo- a de modo que este delito es el principal responsable, con sus 55 encausadas, del alto índice de participación femenina en las tercerías. Empieza ya a apreciarse aquí una constante en todo este grupo de delitos: la existencia de todo un mundo inmoral que se correspondería

<sup>1249</sup> La han cumplido siempre, de uno u otro modo, en épocas de hipocresía moral.

a su vez con esos bajos fondos que en los apartados anteriores han quedado reducidos, creemos, a su justa medida. Es decir, buena parte de quienes estaban acusados de alguna transgresión moral o sexual estaban implicados también en otras; por ejemplo, como se recoge en la tabla, son varias las alcahuetas que están también amancebadas y una de ellas comparte sus oficios de tercera con su trabajo como mujer de la casa pública, y son al menos tres las que actuaban de alcahuetas de sus propias hijas, haciendo aquí más funciones de proxenetas que de terceras, amparando esos tratos de sus hijas en la aparente respetabilidad del acompañamiento materno, reforzada en un caso con la apariencia de ser beata. Algunas excelentes descripciones de esas madres alcahuetas en la sociedad de la Corte en esa época las ofrece Pinheiro, que relata el caso de una dama hija de un hidalgo cuyo marido marchó a luchar a Flandes, dejándola a cargo de sus hijas, y que se dedicó con ellas a tratos con excesiva libertad y que, al regresar el marido y descubrir *los tratos de la mujer y sospechando que las hijas estaban una con fruto y ambas sin flor*, no dudó en acusar al esposo de haber forzado a las hijas<sup>1250</sup>; mejor aún es su retrato de otra de esas madres a la que conoció por medio de la hija:

*En fin, poco a poco vine a conocer quién era: la señora doña María de Salinas; en el año 603, in antiquis, María de Salinas, hija de María Alvarez, moza de 20 años, bien parecida y mejor hablada, medio dama y medio fregona, cuya madre vivía de alquilar casa, cama y moza, y había tres años que andaba amancebada con el embajador de Parma, con mucha honra y recogimiento...*<sup>1251</sup>.

También es digno de reseñar que, al menos, tres de esas alcahuetas estaban también indiciadas por hechiceras lo que supone un respaldo

---

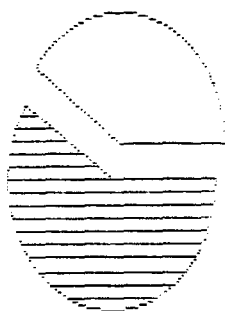
<sup>1250</sup>PINHEIRO DA VEIGA, Tomé, *Fastiginia*, pág. 189.

<sup>1251</sup>*Ibidem*, pág. 196.

documental a ese estereotipo celestinesco, que puede ser casi plenamente aceptado, identificando su modo de vida con la realidad, incluso en la frecuencia, puesto que su número no es desdeñable.

## Alcahuetería y Rufianes

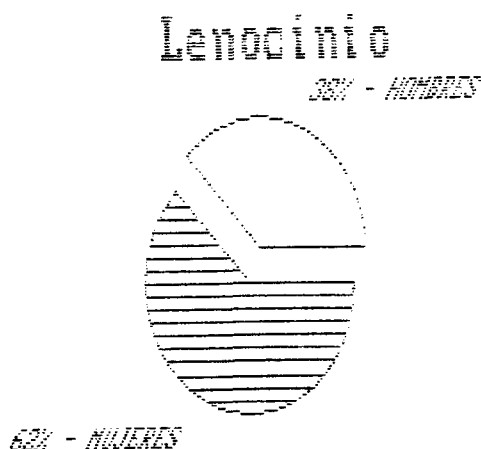
40% - HOMBRES



60% - MUJERES

Los rufianes representan una porción algo menor que las alcahuetas, tratándose en esta ocasión de una ocupación exclusivamente masculina, cuyos hábitos no es necesario explicar puesto que el acuerdo de protección a cambio de participar en los beneficios que la mujer obtiene en el ejercicio de la prostitución es una práctica desgraciadamente universal y actual. Hay que señalar que éstos rufianes eran perseguidos por ser el soporte de una prostitución ilegal, lo mismo que ocurría con las alcahuetas; no creemos que fuesen encausados ninguno de ambos tipos por propiciar modos de vida inmorales, sino por quebrantar el control y la organización que sobre la inmoralidad establecía el poder, con la limitación de esas actividades a la prostitución regulada y reclusa en los burdeles que se atenían a la reglamentación y la vigilancia de la Sala. En cierta medida, todos estos acusados de lenocinio, alcahuetería o de actuar como rufianes lo eran por romper el monopolio que sobre la prostitución ejercía el poder, y que podía

reportar algún beneficio económico, pero, sobre todo, supuestos beneficios para el orden ciudadano. También los rufianes estaban inmersos en ese submundo inmoral, algunos de ellos estaban también amancebados y en gran parte de los casos con las mismas mujeres que les hacían partícipes de parte de sus ganancias. Naturalmente, las peticiones que podían originar preocupaban considerablemente a la justicia<sup>1252</sup>, puesto que la vida de aquellos hombres se insertaba perfectamente en la sociedad de matones, jaques y fulleros, tal como descubre la propia evolución semántica del término rufián.



En el caso de las causas de lenocinio no se ofrecen tantos datos, pero es de suponer que correspondan a comportamientos transgresores muy similares. Entre ellos se aprecia una proporción de mujeres aún mayor que la que había entre alcahuetas y rufianes, pero la principal diferencia se refiere al número de encausados por causa: mientras que en los procesos por alcahuetería y rufianes el 80 % corresponde a

---

<sup>1252</sup>En la *N.R.*, VIII, 11, 4 se habla de los *muchos ruidos y escandalos, muertes y heridas de hombres se recrecen en nuestra Corte y en las Ciudades y villas de nuestros Reynos por los rufianes*, por lo que se ordenaba que *las mugeres publicas que se dan por dinero no tengan rufianes*.

causas con un sólo indiciado, en los casos de lenocinio éstas representan sólo un 15 %, mientras que destacan los grupos de tres acusados -con casi el 52 %-, por lo que quizá la Sala tendía a incluir en esta denominación los casos de grupos especializados en tercerías, en los que, por otra parte, aparecen también casos de amancebamiento y un número reseñable de matrimonios -el 17 % de los encausados, en torno a los que se organizan algunos de esos grupos, puesto que el matrimonio era siempre un signo de respetabilidad que podía ser útil para camuflar estas actividades-.

### **3. TRATO ILICITO.-**

Como anticipamos, aquí quedan incluidos los acusados de trato ilícito que aparecen como tales en el inventario general de causas criminales y los que lo eran de perseguir, solicitar o inquietar a mujeres -sexualmente, se entiende-. Es decir, ya no se trata aquí sólo de intermediarios, sino de personas que transgredieron las normas morales consentidas o que lo intentaron al menos.

Fueron 141 en total los encausados por estos dos tipos de delito -algo menos de un 8% del grupo delictivo-, que suponen poco más de 1,5 procesados por causa, dado el 70 % de procesos que contaban con un único indiciado; con un reparto anual bastante coincidente con el del total del grupo, que repite la tendencia general a un mayor número de procesados en los últimos años, y con cifras algo más destacadas en

# M O R A L     S E X U A L     Y     M A R I T A L

## 2. T R A T O     I L I C I T O

### A) Trato ilícito, con engaño y palabra de casamiento

	S e x o				Nº Encausados				Ocupación	Lugar	Con.Social
	T	V	M	MAT	1	2	3	4 +4			
1581	0	0	0	0	0	0	0	0	0		
1582	0	0	0	0	0	0	0	0	0		
1583	4	1	3	0	2	1	0	0	0	Muj.enamorada	
1584	1	0	1	1	1	0	0	0	0		
1585	3	1	2	0	0	0	1	0	0		
1586	0	0	0	0	0	0	0	0	0		
1587	0	0	0	0	0	0	0	0	0		
1588	6	4	2	0	2	2	0	0	0		
1589	14	8	6	1	0	1	2	0	1		
1590	5	3	2	1	0	1	1	0	0		
1591	0	0	0	0	0	0	0	0	0		
1592	0	0	0	0	0	0	0	0	0		
1593	0	0	0	0	0	0	0	0	0		
1594	0	0	0	0	0	0	0	0	0		
1595	0	0	0	0	0	0	0	0	0		
1596	0	0	0	0	0	0	0	0	0		
1597	2	0	2	0	0	1	0	0	0	madre-hija y muerte de hombre	
1598	0	0	0	0	0	0	0	0	0		
1599	3	3	0	0	3	0	0	0	0	Carabanch. a una viu	
1600	0	0	0	0	0	0	0	0	0		
1601	0	0	0	0	0	0	0	0	0		
1602	1	1	0	0	1	0	0	0	0	Tudcia de Duero	
1603	2	2	0	0	2	0	0	0	0		
1604	2	0	2	0	0	1	0	0	0		
1605	1	1	0	0	1	0	0	0	0		
1606	0	0	0	0	0	0	0	0	0		
1607	4	2	2	0	1	0	1	0	0	estafa	
1608	0	0	0	0	0	0	0	0	0		
1609	4	0	4	0	1	0	1	0	0	Da y Dama Cortesana	
1610	8	0	8	0	1	2	1	0	0	con rufianes	
1611	8	4	4	0	1	0	0	0	1	Da. con viuda	
1612	4	3	1	0	1	0	1	0	0	Notario	
1613	3	2	1	0	1	1	0	0	0	con viuda	
1614	2	2	0	0	0	1	0	0	0		
1615	0	0	0	0	0	0	0	0	0		
1616	1	1	0	0	1	0	0	0	0	Abogado	
1617	0	0	0	0	0	0	0	0	0		
1618	12	10	2	0	1	0	0	0	2		
1619	3	2	1	0	1	1	0	0	0	con viuda	
1620	3	3	0	0	1	1	0	0	0	estafa	
1621	1	1	0	0	1	0	0	0	0	Carabanchel	

=====

TOTAL 97    54    43    3    23    13    8    0    1

M O R A L   S E X U A L   Y   M A R I T A L

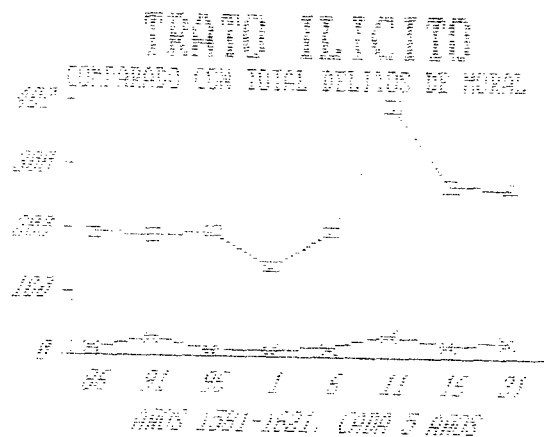
2. T R A T O   I L I C I T O   (Continuación)

B) Perseguir, Solicitar, Inquietar

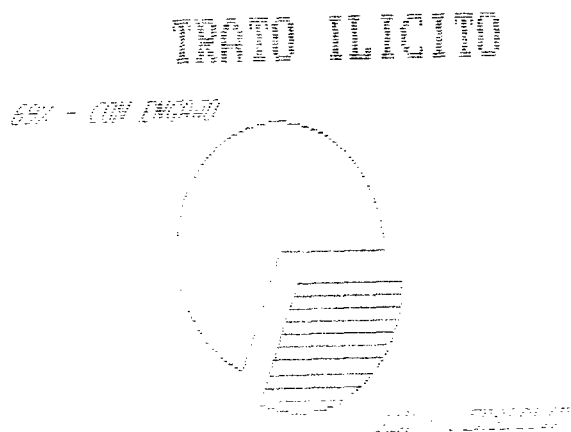
	S e x o				Nº Encausados					Ocupación	Lugar	Con.Social	TOTA
	T	V	M	MAT	1	2	3	4	+4				TRAT
1581	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1582	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1583	1	1	0	0	1	0	0	0	0		a una sobrina		5
1584	0	0	0	0	0	0	0	0	0				1
1585	0	0	0	0	0	0	0	0	0				3
1586	1	1	0	0	1	0	0	0	0				1
1587	1	1	0	0	1	0	0	0	0				1
1588	0	0	0	0	0	0	0	0	0				6
1589	0	0	0	0	0	0	0	0	0				14
1590	2	0	2	0	2	0	0	0	0		a sus huéspedes		7
1591	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1592	2	2	0	0	2	0	0	0	0				2
1593	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1594	1	1	0	0	1	0	0	0	0				1
1595	2	2	0	0	2	0	0	0	0				2
1596	2	2	0	0	2	0	0	0	0		esclavo		2
1597	3	3	0	0	3	0	0	0	0				5
1598	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1599	0	0	0	0	0	0	0	0	0				3
1600	1	0	1	0	1	0	0	0	0				1
1601	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1602	1	1	0	0	1	0	0	0	0				2
1603	1	1	0	0	1	0	0	0	0				3
1604	0	0	0	0	0	0	0	0	0				2
1605	1	1	0	0	1	0	0	0	0				2
1606	2	1	1	0	0	1	0	0	0	escudero			2
1607	2	2	0	0	2	0	0	0	0				6
1608	1	1	0	0	1	0	0	0	0				1
1609	2	2	0	0	2	0	0	0	0		Ribas a casada		6
1610	3	3	0	0	3	0	0	0	0				11
1611	0	0	0	0	0	0	0	0	0				8
1612	2	2	0	0	2	0	0	0	0		a casadas		4
1613	0	0	0	0	0	0	0	0	0				3
1614	4	4	0	0	1	0	1	0	0		a casadas		6
1615	4	4	0	0	4	0	0	0	0		a casadas		4
1616	1	1	0	0	1	0	0	0	0		a casada		2
1617	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1618	1	1	0	0	1	0	0	0	0				13
1619	1	1	0	0	1	0	0	0	0		a casada		3
1620	0	0	0	0	0	0	0	0	0				3
1621	2	2	0	0	2	0	0	0	0		Francés a casadas		3
TOTAL	44	40	4	0	39	1	1	0	0				138



torno a 1610.



El predominio en este subgrupo corresponde a los casos que la Sala denominaba como *trato ilícito*, que ocupan los dos tercios, dejando el restante a los procesados por *perseguir* mujeres.



También en estos casos la participación femenina es muy elevada para las medias que hasta ahora hemos encontrado, aunque, por supuesto, sin alcanzar las elevadísimas cotas del subgrupo anterior. La mujer representa un tercio en este caso, con 47 encausadas, aunque muy

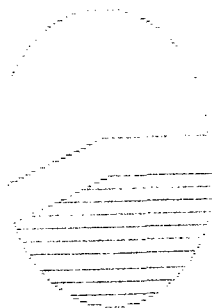
desigualmente repartidas como ahora se verá.



El trato ilícito parece que se puede identificar con la fornicación simple, entre hombre y mujer en disposición de poder casarse, puesto que en caso contrario se consideraría adulterio y si se tratase de una relación estable se trataría de un amancebamiento. En una buena parte de ellas se apunta que ese trato ilícito se realizó con engaño por parte del hombre, engaño que casi siempre consistía en dar falsa palabra de casamiento -lo mismo que aparece innumerables veces en novela y teatro-, curiosamente, en varios casos se especifica que el engaño se hace a una viuda, lo que hace que el porcentaje de hombres sea mayor que el de mujeres, a las que, salvo en esos casos de engaño manifiesto, se consideraba las verdaderas culpables de esas relaciones ilícitas, entre las que se incluían por ejemplo *damas cortesanas* que no cumplían con las normas establecidas para su oficio. El resultado es una distribución más o menos equilibrada en la que los hombres eran así 54 -56 %- y las mujeres 43 -44 %-.

## Con engaño y P. Casación

38% - HOMBRES



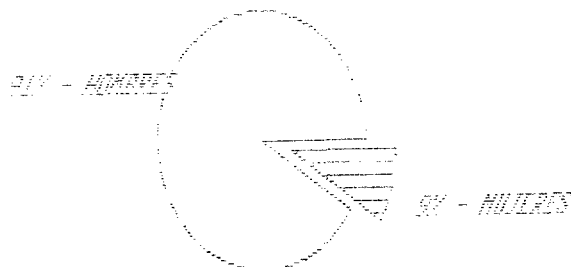
44% - MUJERES

Los encausados por perseguir, solicitar o inquietar mujeres son 44 en total -un 31 %-, con características bien distintas como es de suponer. Hemos de señalar previamente que las *solicitaciones* más conocidas, las realizadas por sacerdotes valiéndose sobre todo del confesionario, no eran en absoluto competencia de la Sala, sino que en ellas entendían la jurisdicción eclesiástica y también, más frecuentemente, la inquisitorial<sup>1253</sup>. En primer lugar, dado el carácter de este delito, son casi exclusivamente masculinos -40 sobre 44-, aunque también se juzga a alguna mujer por ejemplo por inquietar sus huéspedes

<sup>1253</sup>Véase al respecto, por ejemplo, SANCHEZ ORTEGA, María Helena, "Costumbres y actitudes eróticas en la España de los Austrias", en *Historia 16*, 1986, nº 124, pág. 49-58, pp. 54-55.

a una posadera.

### Procesos, Solitarios



Otra diferencia importante es la que se refiere a los participantes en cada proceso, si en los casos de trato ilícito el 47 % de las causas tenían un único indiciado, en los de solicitud las que tienen un único procesado suponen un 95 %, puesto que ese intento de llevar a cabo lo que de prosperar se hubiera convertido en trato ilícito o en adulterio lo llevaban a cabo, generalmente hombres en solitario. Precisamente, la Sala hace una distinción con los que inquietaban a casadas -un 30 %-, que sin duda eran más duramente tratados.

#### 4. DELITOS MARITALES.-

Este subgrupo comprende los delitos más frecuentes que se realizaban contra la moral sexual o marital imperante, dentro del propio matrimonio, alguno de los cuales iba contra la propia esencia del matrimonio. Un porcentaje casi abrumador de ellos corresponde al más *clásico* de entre ellos: el adulterio que reúne un 63 %; en segundo lugar las disputas conyugales, manifiestas de diversos modos, alcanzan

# M O R A L   S E X U A L   Y   M A R I T A L

## 3. M A R I T A L E S

### A) A d u l t e r i o

	S e x o				Nº Encausados					Ocupación	Lugar	Con.Social
	T	V	M	MAT	1	2	3	4	+4			
1581	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1582	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1583	3	2	1	0	1	1	0	0	0	carnicero	Vicálvaro	
1584	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1585	8	4	4	0	0	1	2	0	0			
1586	2	1	1	0	0	1	0	0	0			
1587	8	4	4	0	0	0	0	2	0			
1588	8	5	3	1	0	1	0	0	1	Alguacil		
1589	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1590	2	1	1	0	0	1	0	0	0			
1591	4	2	2	0	0	2	0	0	0	capitán	S.S.de los Reyes	
1592	9	4	5	0	1	2	0	1	0		Guadalajara	
1593	2	1	1	0	0	1	0	0	0			
1594	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1595	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1596	2	1	1	0	0	1	0	0	0	capitán		
1597	7	4	3	0	0	1	0	0	0			
1598	3	2	1	0	1	1	0	0	0	capitán	y muerte. D <sup>a</sup>	
1599	5	3	2	0	0	1	1	0	0		Colmenar de Arroyo	
1600	7	4	3	0	0	0	0	0	1			
1601	2	1	1	0	0	1	0	0	0			
1602	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1603	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1604	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1605	5	2	3	0	0	0	0	0	1			
1606	4	2	2	0	0	2	0	0	0		Sevilla	Ldo. D <sup>a</sup>
1607	4	2	2	0	0	2	0	0	0			
1608	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1609	2	1	1	0	0	1	0	0	0			
1610	5	2	3	0	1	2	0	0	0	Alabardero		
1611	8	4	4	0	0	4	0	0	0		y rapto	
1612	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1613	3	1	2	0	1	1	0	0	0		con fraile. D <sup>a</sup> . rapt	
1614	4	3	1	0	0	0	0	1	0			
1615	5	2	3	0	0	0	0	0	1		y rapto	
1616	3	2	1	0	0	0	1	0	0	panadero		
1617	2	1	1	0	0	1	0	0	0	Representante		
1618	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1619	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1620	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1621	9	5	4	0	0	3	1	0	0	escrib. y alguacil	y rapto	

=====

TOTAL. 126 66 60 1 5 31 5 4 4

M O R A L   S E X U A L   Y   M A R I T A L

3. M A R I T A L E S (Continuación)

B) C a s a d o   d o s   v e c e s

	S e x o				Nº Encausados					Ocupación	Lugar	Con.Social
	T	V	M	MAT	1	2	3	4	+4			
1581	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1582	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1583	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1584	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1585	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1586	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1587	1	1	0	0	1	0	0	0	0			
1588	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1589	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1590	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1591	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1592	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1593	1	1	0	0	1	0	0	0	0			hacer una escritura
1594	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1595	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1596	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1597	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1598	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1599	1	1	0	0	1	0	0	0	0			
1600	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1601	1	1	0	0	1	0	0	0	0			
1602	1	1	0	0	1	0	0	0	0			
1603	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1604	1	1	0	1	0	0	0	0	0			
1605	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1606	2	2	0	0	2	0	0	0	0			
1607	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1608	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1609	1	1	0	0	1	0	0	0	0			licenciado
1610	2	1	1	0	0	1	0	0	0			pa
1611	1	1	0	0	1	0	0	0	0			
1612	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1613	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1614	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1615	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1616	2	1	1	0	0	1	0	0	0			
1617	2	1	1	0	0	1	0	0	0			
1618	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1619	2	1	1	0	0	1	0	0	0			y hurto
1620	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1621	0	0	0	0	0	0	0	0	0			

TOTAL      18   14   4   1   9   4   0   0   0

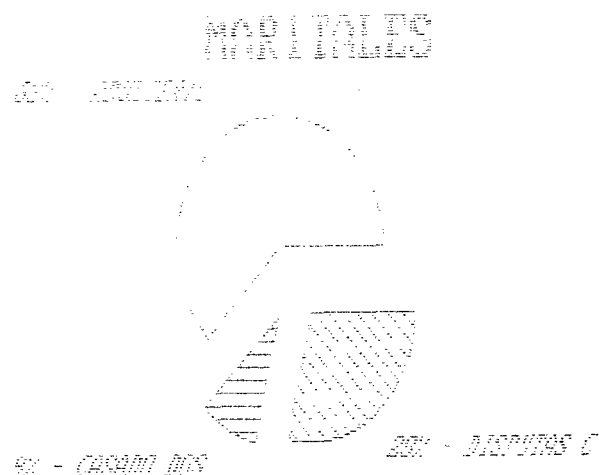
M O R A L   S E X U A L   Y   M A R I T A L

3. M A R I T A L E S (Continuación)

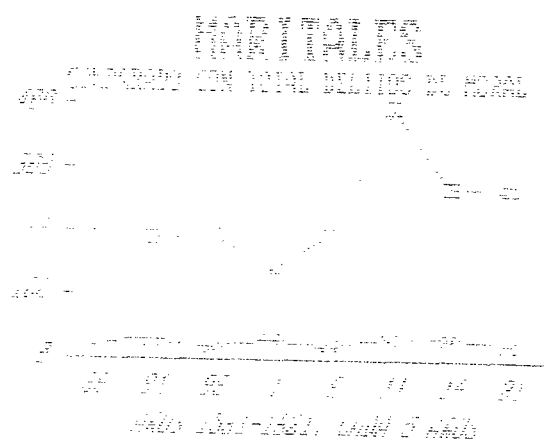
C) D i s p u t a s   C o n y u g a l e s

	S e x o				Nº Encausados					Ocupación	Lugar	Con.Social	TOTAL
	T	V	M	MAT	1	2	3	4	+4				MARIT
1581	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1582	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1583	3	2	1	1	1	1	0	0	0	Mesonero	de la Alameda		6
1584	1	1	0	0	1	0	0	0	0				1
1585	3	3	0	0	3	0	0	0	0				11
1586	1	1	0	0	1	0	0	0	0				3
1587	0	0	0	0	0	0	0	0	0				9
1588	2	2	0	0	2	0	0	0	0		de la Alameda		10
1589	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1590	0	0	0	0	0	0	0	0	0				2
1591	2	1	1	0	2	0	0	0	0				6
1592	2	2	0	0	2	0	0	0	0	escribano			11
1593	1	1	0	0	1	0	0	0	0				3
1594	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1595	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1596	0	0	0	0	0	0	0	0	0				2
1597	0	0	0	0	0	0	0	0	0				7
1598	0	0	0	0	0	0	0	0	0				3
1599	3	3	0	0	3	0	0	0	0		Brunete		9
1600	0	0	0	0	0	0	0	0	0				7
1601	1	1	0	0	1	0	0	0	0			con herida	4
1602	1	1	0	0	1	0	0	0	0				2
1603	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1604	3	3	0	0	3	0	0	0	0				4
1605	1	1	0	0	1	0	0	0	0				6
1606	2	2	0	0	2	0	0	0	0		Sevilla		8
1607	2	2	0	0	2	0	0	0	0	capitán			6
1608	2	1	1	0	2	0	0	0	0				2
1609	1	0	1	0	1	0	0	0	0		no hacer vida con marido		4
1610	2	2	0	0	2	0	0	0	0				9
1611	1	1	0	0	1	0	0	0	0		no hacer vida con su mujer		10
1612	3	3	0	0	3	0	0	0	0				3
1613	1	3	1	0	4	0	0	0	0		no hacer vida con marido		7
1614	3	1	2	0	1	1	0	0	0				7
1615	4	3	1	0	4	0	0	0	0				9
1616	3	3	0	0	3	0	0	0	0	Notario.	Tirar pozo a su mujer		8
1617	3	2	1	0	3	0	0	0	0				7
1618	1	1	0	0	1	0	0	0	0				1
1619	0	0	0	0	0	0	0	0	0				2
1620	1	1	0	0	1	0	0	0	0				1
1621	1	1	0	0	1	0	0	0	0				10
=====													=====
TOTAL	57	48	9	1	53	2	0	0	0				200

un 28 % de estos delitos maritales, mientras que, por último, la Sala entendió también en algunos casos de bigamia -apenas un 9 %-, delito con una serie de connotaciones legales más delicadas.



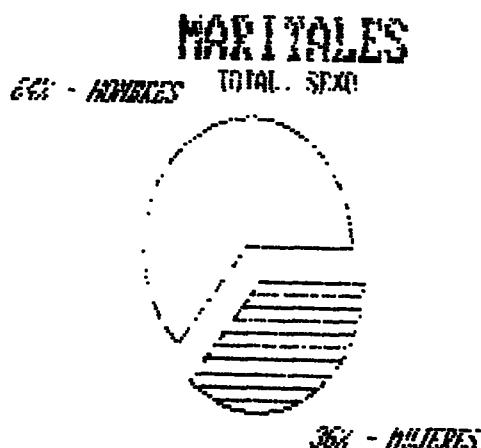
En total son 200 los encausados por este conjunto de transgresiones de la moral marital, algo más del 10 % del grupo, que mantienen una distribución bastante homogénea en el tiempo, sin ningún máximo especialmente destacado.



Otros dos datos pueden ayudar a perfilar este tipo de delitos, que luego se delimitarán más precisamente en cada caso. Primero, la



destacada participación femenina con un 36 % -73 mujeres encausadas-, a pesar de lo cuál puede extrañar -dado el carácter matrimonial de estas transgresiones- que el reparto no sea más paritario, lo que es explicable desde cada delito en concreto.



En segundo lugar, el número de encausados por causas es de 1,7, dado que el 56 % de los procesos que por este motivo vió la Sala tenían un sólo enjuiciado, un 31 % contaban con dos y menos de un 11 % tenían tres o más acusados.

El *adulterio* es un delito perfectamente definido; en la jerarquía de los pecados de lujuria es más grave que los anteriores, *porque en él hay por medio un acto sexual que produce ofensa, la ofensa al marido (porque en el adulterio siempre el engañado es el marido) y, sobre todo, la ofensa a la realidad sacramental que une a las personas dentro del matrimonio*<sup>1254</sup>. Zabaleta insiste en esa descripción del adulterio, según la cual el adúltero *pierde el respeto a las leyes de la patria que prohíben este delito, a la vez que maltrata y destruye la honra del*

<sup>1254</sup> TOMAS Y VALIENTE, Francisco, "El crimen y pecado contra natura", en *Sexo barroco...*, pág. 37.

*que ofende* -es decir del marido-, mientras que la adúltera provoca así mismo que los demás miren al esposo *con la misma desestimación que si hubiera tenido la culpa de que lo fuera*<sup>1255</sup>. La legislación parece confirmar esa impresión de culpabilidad casi exclusivamente femenina, al establecer el derecho del marido a castigar, incluso con la muerte a su esposa y al adulterador si los sorprendía, y siempre que el castigo fuera compartido por ambos culpables<sup>1256</sup>, sin que el marido pudiera beneficiarse de la dote o bienes de su esposa si la mataba sin autoridad de la justicia<sup>1257</sup>. No obstante, veremos cómo esa posición expresada en los moralistas y las leyes se refiere sólo a la culpabilidad en el daño que sufre la honra, pero no a la culpa del delito, puesto que la práctica de los alcaldes de casa y corte persigue tanto a mujeres como a hombres adúlteros, como a continuación veremos. La literatura con los dos tópicos que fomentó -el del vengador de su honor y el del *cornudo consentidor*, que acepta el adulterio de su mujer<sup>1258</sup>- contribuyó un tanto a deformar la realidad social y la verdadera acción de la justicia en estos casos. A tanto llegaba esa distinción moral y desde el honor -ya que no penal, como veremos- entre la acción de los adúlteros según se tratase hombres o de mujeres que un propagandista cortesano, severo en los hábitos sociales, como era Núñez de Castro, tras ensalzar la fidelidad conyugal, reconocía la situación:

*Tan poderosamente ha cegado a muchos el humo que*

---

<sup>1255</sup> ZABALETA, Juan de, *El día de fiesta por la mañana y por la tarde*, I, cap. IV, "El adúltero", págs. 134-135.

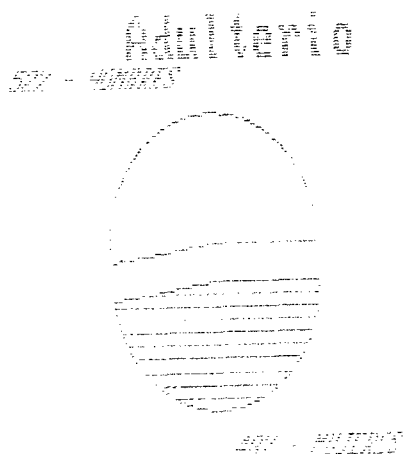
<sup>1256</sup> *N.R.*, VIII, 20, 1.

<sup>1257</sup> *N.R.*, VIII, 20, 5.

<sup>1258</sup> Pinheiro cita varios casos de estos maridos consentidores, de *cucos* o *cornudos regalados*; por ejemplo, PINHEIRO, *op. cit.*, págs. 182-185.

*levantan los ardores de la torpeza que han llegado a pensar que la Religión del matrimonio, solo para las mugeres se hizo: no agravia un marido, aunque se divierta a muchas mugeres y ofende una muger con solo el mirar a otro hombre: veo la costumbre, no hallo la razon, que la ha introducido a ser ley<sup>1259</sup>.*

La Sala tampoco debió encontrar razón para ello y eso es lo que parece indicar la relación de sus causas. El número total de adúlteros enjuiciados por los alcaldes entre 1581 y 1621 es de 126. Lo primero que destaca es la distribución por sexos que, con 66 varones y 60 mujeres, es casi del 50 %, lo que deja bien de manifiesto que no era lo mismo el daño que el adulterio podía causar al honor, que las consecuencias judiciales, que afectaban a los hombres incluso en mayor proporción que a las mujeres.



Por otra parte, en el número de procesados por causa encontramos un dato importante, frente a la tendencia general de estos delitos maritales, en este caso el predominio indiscutible corresponde a las causas con dos encausados, que suponen más del 63 % -31 sobre 49-, lo que indica que casi la mitad de los enjuiciados lo fueron por el delito

<sup>1259</sup> NUÑEZ DE CASTRO, Alonso, *Libro histórico-político. Sólo Madrid es Corte...*, pág. 359. Aparte de esa censura, se limita a criticar que los hombres hicieran *pundonor de engalanar su pecado, gastando más con la amiga que con la esposa*, pág. 346.

cometido entre ambos -de modo que muy probablemente los dos estuvieran casados-. Por su propio carácter -ya nos referimos a la función *integradora* que cumplía el matrimonio- los inculpados en este delito no estaban inmersos en otro tipo de transgresiones morales, sino que muy al contrario a menudo desempeñaban oficios respetables; del 15 % de los hombres se cita su profesión y, una vez más, los militares hacen honor a su merecida fama de pendencieros que ya se comprobó en los delitos correspondientes- y a su conocida disposición para las aventuras y lances amorosos, encontramos tres capitanes y un alabardero entre los acusados; además -tampoco aquí podían faltar- un escribano y dos alguaciles, y un panadero, un carnicero y un representante. Por último, la pasión o la imposibilidad de llevar a cabo el adulterio de otro modo -quizá por la vigilancia del celoso marido-, provocó que en casi un 10 % de las causas se tuviese que recurrir al rapto de la mujer del hogar conyugal.

La Sala recoge algunos casos de *casados dos veces* que, más que por su importancia numérica, nos interesan por una cuestión jurisdiccional. La definición amplia que de bigamia daba la doctrina penal canónica<sup>1260</sup> tanto en el ámbito civil como en el eclesiástico, no se

<sup>1260</sup> Que Gacto resume perfectamente:

*Para la doctrina canónica, que es la que se ocupa de él con mayor amplitud, bigamo es -en el ámbito civil- todo aquel que, lícitamente, contrae segundas nupcias, o quien contrae las primeras con mujer viuda, o con soltera que no sea virgen, o el casado que perdona a su mujer adúltera y vuelve a cohabitar con ella; tales son las acepciones que recogen, por ejemplo, las Partidas cuando se ocupan de las causas que desencadenan el impedimento de irregularidad, que inhabilita para recibir el sacramento del orden.*

*En la esfera del Derecho penal canónico, bigamia es la persona consagrada al servicio de Dios que contrae matrimonio, o el casado que se ordena in sacris sin el consentimiento de la mujer o, por fin, aquella que celebra dos o más matrimonios simultáneamente, esto es, en vida del conyuge anterior.*

GACTO, Enrique, "El delito de bigamia y la Inquisición española", en *Sexo barroco...*, págs.127-152; págs. 127-128.

corresponde con el supuesto del que aquí nos ocupamos, es decir, *de la celebración de un matrimonio por quien está casado, constante el matrimonio anterior*<sup>1261</sup>. En cuanto a la jurisdicción, en la Baja Edad Media, era un delito de fuero mixto, en el que podían entender tribunales seculares y eclesiásticos; sin embargo, en la época moderna es competencia del Tribunal del Santo Oficio, por cuanto podía suponer creencias erróneas sobre el matrimonio como sacramento; Gacto apunta algunos problemas para el reconocimiento de la jurisdicción exclusiva a la Inquisición en los siglos XVI y XVII<sup>1262</sup>, de los que constituyen un ejemplo magnífico las trece causas de *casados dos veces* en las que entendieron los alcaldes de casa y corte en el período estudiado. Un total de 18 acusados se vieron por ello ante este tribunal, que representan sólo un 9 % de esta categoría, aunque en este caso, por esa competencia jurisdiccional con la Inquisición, no resultan cuantitativamente representativos, aunque sí podemos hacer algunas observaciones: mayoritariamente eran juzgados en procesos individuales, y un 78 % de los encausados eran varones. Hay que tener en cuenta que las cuatro mujeres enjuiciadas corresponde a las únicos cuatro causas con dos procesados, acudiendo ante la Sala acompañadas por un varón compañero de delito: de dos de ellas no se especifica su participación exacta, pero de las otras dos se dice que son ellas las *casadas dos veces*, una con un hombre que lleva el alias de *el Sevillanillo* y otra acusada también de hurto, dos de ellas usan también el tratamiento de

---

<sup>1261</sup> *Ibidem*, pág. 128.

<sup>1262</sup> *ibidem*, pág. 131. Véase también SANCHEZ ORTEGA, M<sup>a</sup>. H., "Costumbres y actitudes eróticas...", págs. 53-54.

doña.

## Casado dos veces



Por último, las **disputas conyugales**, comprenden una casuística más variada, aunque, en general, giran en torno a las discusiones más o menos acaloradas en los matrimonios que solían conllevar heridas o malos tratos -incluso en un caso el marido arroja a su mujer a un pozo-, aunque también encontramos algunos casos en los que a uno de los cónyuges se le acusa de *no hacer vida* marital. Son un total de 57 los inculpados, de los que la abrumadora mayoría son hombres, responsables casi siempre de malos tratos a sus esposas. De las nueve mujeres que aparecen -poco más de un 15 %-: tres fueron procesadas por abandonar a sus maridos<sup>1263</sup>; dos, en una misma causa, por *indisponer casados*; otras dos por maltratar a sus maridos -en una se explica: *por dar con un plato a su marido*-, y las otras por *no hacer vida con su marido*. La

<sup>1263</sup>por *extraerse de con su marido*, dice la Sala.

proporción claramente minoritaria de mujeres es buena prueba de su sometimiento, aunque sin embargo, esos casos muestran que algunas tenían mucho que decir en sus matrimonios, resultando especialmente significativas esas tres mujeres que se atreven a "extraerse de con sus maridos"; un número muy pequeño, sin duda, pero pensemos cómo hasta hace bien poco eran rarísimas las mujeres capaces de hacerlo y cómo los malos tratos eran -y, desgraciadamente, siguen siéndolo con una frecuencia bochornosa- una carga más que las mujeres debían aceptar con el matrimonio, incluso a pesar de que -como ya hacía la Sala- la justicia las protegiera.

## Resultados Comparados



### 5. AMANCEBAMIENTOS.-

Eran culpados por esta causa los hombres y mujeres que estaban

unidos, llevando vida marital, sin estar casados<sup>1264</sup>. Naturalmente, ello suponía un atentado contra la propia institución matrimonial y, en consecuencia, también contra el orden establecido, por lo que era una transgresión en cuya persecución competían también la jurisdicción real y la eclesiástica<sup>1265</sup>. Había existido una cierta tolerancia hacia las mancebas, casi una institución, a lo largo de la Edad Media. A pesar de la prohibición de finales del siglo XIV, el mantenimiento de amantes más o menos encubiertas siguió siendo un hábito presente en casi todos los grupos sociales<sup>1266</sup>. Las leyes prohibieron el amancebamiento e impusieron distintas penas según estuvieran casados o no los culpables o se tratase de clérigos amancebados<sup>1267</sup>. Esta última situación es quizá la más conocida y la que que supuso una costumbre más extendida, si bien de ella -cuando el caso llegaba a los tribunales- se ocupó preferentemente la jurisdicción eclesiástica<sup>1268</sup>.

---

<sup>1264</sup>De nuevo recurrimos a la certera palabra de COBARRUVIAS, voz "Amancebado":

*El que trata de assiento con la que no es su legítima muger, y amancebada la que de propósito cohabita con el que no es su marido. Amancebamiento, el tal ilícito ayuntamiento...*

<sup>1265</sup>DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio, *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, págs. 437-438.

<sup>1266</sup>SANCHEZ ORTEGA, M<sup>a</sup>.H., "Costumbres y actitudes eróticas...", pág. 54.

<sup>1267</sup>N.R., VIII, 19. 1-6.

<sup>1268</sup>Caro Baroja hace varias referencias acerca de ellos, como cuando cita la opinión de Gonzalo Fernández de Oviedo, quien

*con respecto a los amancebamientos observa el asunto más de cerca, porque en América estaba a la orden del día, según se expresa en estas palabras: "En lo de las Indias pareceles que, como está lexos el Papa, y que en otras parte se ha usado casarse los clérigos, que acá, que avemos menester gente para poblar estas tierras, que todo se ha de disimular y tolerar. Y, si ello fuese disimulada y oculto, menos mal sería, y pasarían las hijas por sobrinas; pero no están en esso, que a la gregüesca, o quasi, anda el negocio..."*

CARO BAROJA, Julio, *Las formas complejas de la vida religiosa*, pág. 192.

O cuando recoge el epigrama de Villamediana que satiriza a las damas de canónigos de Sigüenza:

*por dar descanso a mis plantas,  
llegué leguas caminadas,*



M O R A L   S E X U A L   Y   M A R I T A L

4. A M A N C E B A M I E N T O

A) A m a n c e b a m i e n t o

S e x o					Nº Encausados					Ocupación	Lugar	Con.Social
T	V	M	MAT		1	2	3	4	+4			
1581	2	1	1	0	1	0	0	0	0			
1582	11	6	5	0	0	1	1	0	1			
1583	10	5	5	0	0	2	2	0	0	criada		
1584	26	12	14	0	6	1	1	0	1	capit. escriba.		
1585	26	13	13	0	1	8	1	0	1			
1586	10	6	4	0	2	4	0	0	0	Italiano. De Toledo		
1587	11	5	6	0	1	5	0	0	0	Boadilla		
1588	17	9	8	0	0	5	1	1	0	Juez		
1589	2	1	1	0	0	1	0	0	0			Moro
1590	4	2	2	0	0	2	0	0	0	escribano		
1591	6	2	4	0	2	2	0	0	0			
1592	12	6	6	0	0	6	0	0	0			
1593	5	2	3	0	0	1	1	0	0			
1594	15	8	7	1	0	4	1	1	0			
1595	24	13	11	0	0	9	2	0	0	escrib.Mujer Casa Pública		
1596	26	12	14	0	0	10	2	0	0	capitán		
1597	13	6	7	0	0	5	1	0	0	soldado de la Guardia		
1598	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1599	4	3	1	0	2	1	0	0	0			y malos tratos
1600	10	5	5	0	0	5	0	0	0			
1601	11	6	5	0	0	4	1	0	0		Villanueva	
1602	10	3	7	0	1	0	3	0	0			
1603	18	9	9	0	1	7	1	0	0	Alferez Fuen-Saldaña.Villanueva		
1604	20	9	11	0	0	5	0	1	1	y muerte. rufianes		
1605	15	7	8	0	1	3	0	2	0			
1606	10	5	5	0	0	5	0	0	0		Chinchón	
1607	33	19	14	0	0	9	2	0	1	alcahueta		
1608	36	16	20	0	0	9	2	3	0		Cuenca	
1609	36	19	17	0	2	12	2	1	0	alferez		
1610	38	20	18	0	0	12	3	0	1	Dama Cortesana		
1611	36	16	20	1	1	10	0	1	2	criad.capit.aiguacil de Corte		
1612	23	9	14	0	0	2	0	1	2	alferez		
1613	30	16	14	0	1	6	3	0	1			
1614	10	4	6	0	0	1	1	0	1		Pinto	
1615	15	8	7	1	0	5	0	0	1			
1616	11	4	7	0	2	3	1	0	0			
1617	4	2	2	0	0	2	0	0	0			
1618	22	12	10	0	3	5	3	0	0	Alguacil de V. Sastre		y hurto
1619	9	5	4	0	2	2	1	0	0	su criada		
1620	12	7	5	0	1	4	1	0	0	Escrib.Oficial de Sala		
1621	11	7	4	0	0	1	0	1	1			

=====

TOTAL644 320 324 3 30 179 37 12 14

M O R A L   S E X U A L   Y   M A R I T A L

4. A M A N C E B A M I E N T O (Continuación)

B) Amancebamientos con reincidencia

	S e x o				Nº Encausados				Ocupación	lugar	Con.Social
	T	V	M	MAT	1	2	3	4 +4			

1581	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1582	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1583	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1584	2	1	1	0	0	1	0	0	0
1585	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1586	1	0	1	0	1	0	0	0	0
1587	2	1	1	0	0	1	0	0	0
1588	3	2	1	0	0	0	1	0	0
1589	2	1	1	0	0	1	0	0	0
1590	2	1	1	0	0	1	0	0	0
1591	2	1	1	0	0	1	0	0	0
1592	2	1	1	0	0	1	0	0	0
1593	2	1	1	0	0	1	0	0	0
1594	7	4	3	0	0	1	0	0	0
1595	5	2	3	0	0	1	1	0	0
1596	3	2	1	0	0	0	1	0	0
1597	4	2	2	0	0	2	0	0	0
1598	2	1	1	0	0	1	0	0	0
1599	2	1	1	0	0	1	0	0	0
1600	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1601	2	1	1	0	0	1	0	0	0
1602	6	3	3	0	0	0	0	0	1
1603	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1604	8	4	4	0	0	4	0	0	0
1605	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1606	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1607	6	3	3	0	0	3	0	0	0
1608	3	2	1	0	0	0	1	0	0
1609	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1610	5	3	2	0	1	2	0	0	0
1611	8	4	4	0	0	1	2	0	0
1612	8	4	4	0	0	1	2	0	0
1613	1	1	0	0	1	0	0	0	0
1614	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1615	2	1	1	0	0	1	0	0	0
1616	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1617	5	3	2	0	0	1	1	0	0
1618	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1619	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1620	0	0	0	0	0	0	0	0	0
1621	0	0	0	0	0	0	0	0	0

con un clérigo

escribano

capitán

Esquivias

Portero de V.Adelantado de Filip.  
escribano

=====

TOTAL	95	50	45	0	3	27	9	0	1
-------	----	----	----	---	---	----	---	---	---

M O R A L   S E X U A L   Y   M A R I T A L

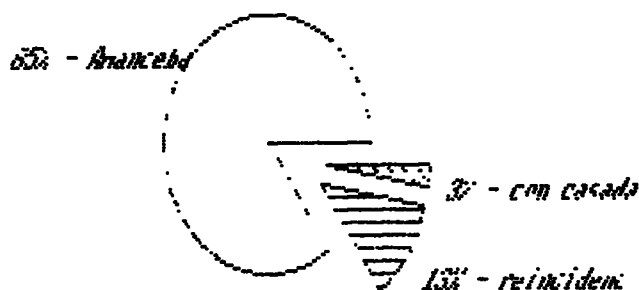
1. A M A N C E B A M I E N T O (Continuación)

C) Amancebamiento con casada

	S e x o				No Encausados					Ocupación	Lugar	Con.Social	TOTAL
	T	V	M	MAT	1	2	3	4	+4				AMANC
1581	0	0	0	0	0	0	0	0	0				0
1582	0	0	0	0	0	0	0	0	0				11
1583	0	0	0	0	0	0	0	0	0				10
1584	0	0	0	0	0	0	0	0	0				28
1585	0	0	0	0	0	0	0	0	0				26
1586	0	0	0	0	0	0	0	0	0				11
1587	0	0	0	0	0	0	0	0	0				13
1588	0	0	0	0	0	0	0	0	0				20
1589	0	0	0	0	0	0	0	0	0				4
1590	0	0	0	0	0	0	0	0	0				6
1591	0	0	0	0	0	0	0	0	0				8
1592	1	1	0	0	1	0	0	0	0				15
1593	0	0	0	0	0	0	0	0	0				7
1594	3	2	1	0	0	0	1	0	0				25
1595	3	3	0	0	3	0	0	0	0				32
1596	0	0	0	0	0	0	0	0	0				29
1597	0	0	0	0	0	0	0	0	0				17
1598	1	1	0	0	1	0	0	0	0				3
1599	2	2	0	0	2	0	0	0	0		y malos tratos		8
1600	1	1	0	0	1	0	0	0	0		Morisco		11
1601	0	0	0	0	0	0	0	0	0				13
1602	0	0	0	0	0	0	0	0	0				16
1603	0	0	0	0	0	0	0	0	0				18
1604	0	0	0	0	0	0	0	0	0				28
1605	0	0	0	0	0	0	0	0	0				15
1606	0	0	0	0	0	0	0	0	0				10
1607	0	0	0	0	0	0	0	0	0				39
1608	2	2	0	0	0	1	0	0	0		Bayona	Crist.nuevo	41
1609	1	1	0	0	1	0	0	0	0				36
1610	0	0	0	0	0	0	0	0	0				43
1611	0	0	0	0	0	0	0	0	0				44
1612	0	0	0	0	0	0	0	0	0				31
1613	1	1	0	0	1	0	0	0	0				32
1614	1	1	0	0	1	0	0	0	0				11
1615	4	4	0	0	4	0	0	0	0				21
1616	0	0	0	0	0	0	0	0	0				11
1617	0	0	0	0	0	0	0	0	0				9
1618	0	0	0	0	0	0	0	0	0				22
1619	0	0	0	0	0	0	0	0	0				9
1620	0	0	0	0	0	0	0	0	0				12
1621	0	0	0	0	0	0	0	0	0				11
=====													=====
TOTAL	20	19	1	0	15	1	1	0	0				756

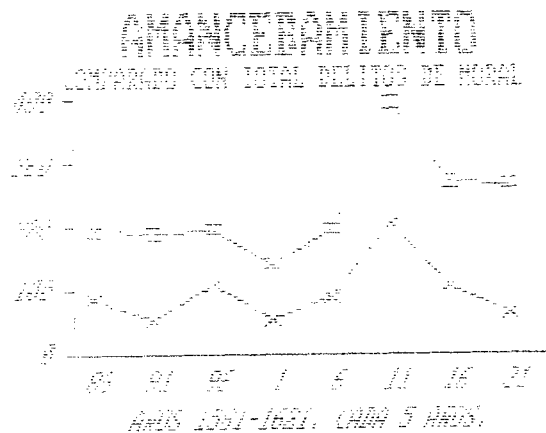
Entre los 756 procesados por amancebamiento -el 41 % de los inculcados por delitos contra la moral- en la documentación de la Sala, se distinguen amancebamientos, amancebamientos con reincidencia y amancebamientos con mujer casada. La abrumadora mayoría -el 85 %- corresponde a los primeros, seguidos de un 13 % de reincidencias y de un 3 % de acusados de amancebarse con casadas.

## AMANCEBAMIENTO

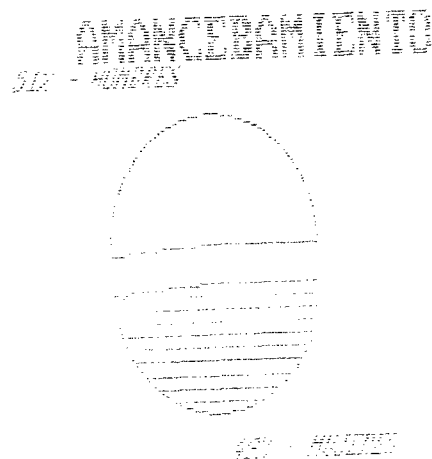


Dado el enorme peso que en el total de este grupo de delitos tienen los amancebamientos, su distribución temporal coincide prácticamente con la de aquél, con una evolución anual casi idéntica., en la que vuelve a repetirse un máximo delictivo para los años siguientes al retorno de la Corte, con la Sala y su jurisdicción, desde Valladolid a Madrid, especialmente para los comprendidos entre el propio 1607 y el año 1613.

.....  
al lugar de menos santas  
y de más canonizadas.  
En *ibidem*, pág. 203.



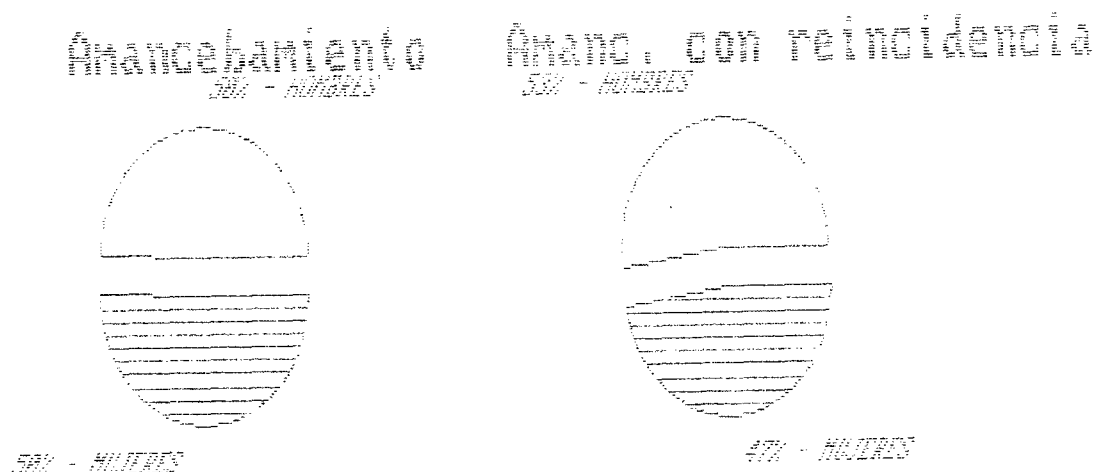
A pesar de lo que pudiera pensarse sobre la mentalidad que atribuía el mal en toda transgresión moral a la mujer, de nuevo los alcaldes desmienten esa desigualdad al encausar poco más o menos a igual número de hombres que de mujeres, con una pequeña "ventaja" para los primeros -389 varones para 370 mujeres-, debida a los casos de reincidencia.



El número de indiciados por pleito en estos amancebamientos es de 2,3, que viene determinado por el considerable predominio de las causas

con dos procesados que alcanzan el 63 % de las 329 iniciadas por esta razón en cualquiera de las formas citadas.

El comportamiento de los acusados de amancebamiento y de los reincidentes es muy similar, tanto en la distribución por sexos (al 50%, aproximadamente), como en la que se puede hacer según el número de encausados en cada proceso.



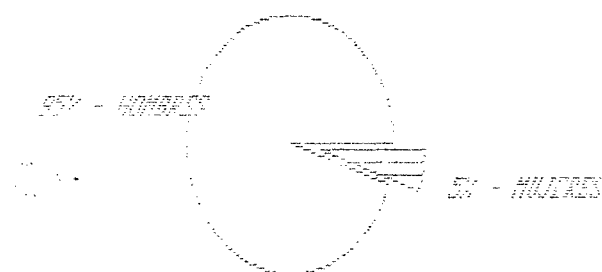
Lo más destacable es la relativa frecuencia con que se dan los casos de reincidencia lo que indica bien unos vínculos muy fuertes en esas parejas transgresoras, bien unos hábitos muy arraigados. En estos encausados se unen dos grupos sociales el de los que viven en general al margen de la legalidad y de la moral -representados por algunos rufianes, alcahuetas y damas cortesanas- y, sobre todo, el de quienes al margen de sus oficios y su situación social más o menos establecida, tienen una vida privada inmoral, al vivir amancebados: son, una vez más, militares -aparecen al menos cuatro capitanes, dos alféreces y un soldado de la guardia<sup>1269</sup>-; "funcionarios" de la burocracia o de la

<sup>1269</sup> Las autobiografías de soldados contienen numerosas referencias sobre ello, por ejemplo, el propio Alonso de Contreras estuvo amancebado según recoge en su obra.

administración de justicia, -con los escribanos, una vez más, a la cabeza (aparecen seis de ellos), dos alguaciles, dos alguaciles, un portero y un oficial de la Sala-. Entre las mujeres sólo aparece una criada además de una dama cortesana.

Los casos de amancebamiento con casada son bien distintos; en primer lugar, son bastantes menos, sólo 20 encausados, en los que la distribución por sexos es bien diferente: 19 hombres y sólo una mujer.

### Amancebamiento con casada



Esa presencia femenina reducidísima en los juicios se debe al respeto que el matrimonio origina en la justicia, puesto que, obviamente, esos hombres encausados tenían unas compañeras, a las que por preservar la honra del marido no se enjuicia ni se reseña su nombre, puesto que, además, los esposos tendrían la oportunidad de castigarlas según estimasen conveniente y esto a pesar de que algunas leyes recomendaban a las justicias reales castigar también a las mujeres casadas amancebadas aunque sus maridos no las acusasen<sup>1270</sup>.

<sup>1270</sup> N.R., VIII, 19, 3.

## 6. ESTUPRO.

Un caso muy diferente es el del estupro, una agresión sexual en la que las mujeres -al menos, las que se vieron ante el tribunal de la Sala- eran siempre las víctimas y no las transgresoras, salvo en los casos de complicidad. Considerado más grave que la fornicación simple, por estupro se entendía

*no sólo, aunque también, la relación sexual entre hombre y doncella, distinguiendo si es púber o impúber, como la relación sexual, mediante dolo. Es decir, aquí la gravedad del pecado viene dada por la no adhesión voluntaria, libre, espontánea de ambas partes al acto sexual*<sup>1271</sup>.

En el capítulo dedicado a la imagen de la mujer en la literatura ya vimos cómo con frecuencia se dudaba de la veracidad del estupro, de la resistencia de la mujer y se apuntaba -así lo hacía Guzmán de Alfarache en términos muy duros- a su posible responsabilidad en esos casos para acusar a los hombres a cambio de ser indemnizadas para no llegar a juicio o acusándoles para beneficiarse de las reparaciones que la ley establecía<sup>1272</sup>.

En total son 511 los encausados por esta razón, lo que supone algo menos de un 28 %, es decir, una proporción considerable del total, el segundo delito contra la moral en el número de implicados, que se reparten en la etapa estudiada, con una clara tendencia ascendente, en

---

<sup>1271</sup> TOMAS Y VALIENTE, F., "El crimen y pecado contra natura", en *Sexo barroco...*, pág. 37.

<sup>1272</sup> Véase también TOMAS Y VALIENTE, *El Derecho Penal...*, pág. 83, cuando habla de un "estuprador estuprado".



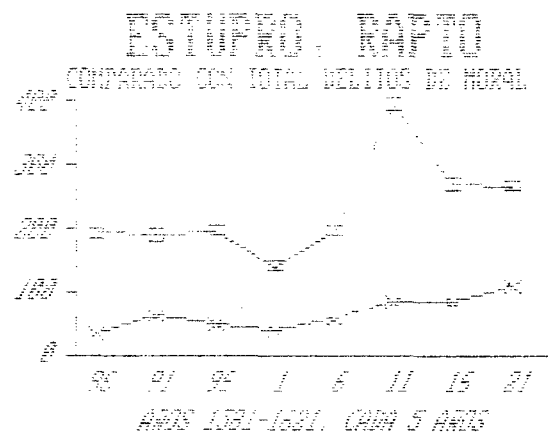
M O R A L   S E X U A L   Y   M A R I T A L

5.   E S T U P R O.   R A P T O

	S e x o				Nº Encausados				Ocupación	Lugar	Con.Social
	T	V	M	MAT	1	2	3	1 +4			
1581	1	1	0	0	1	0	0	0			
1582	0	0	0	0	0	0	0	0			
1583	9	7	2	0	6	0	1	0		portugués esclavo	
1584	6	6	0	0	4	1	0	0			
1585	7	7	0	0	7	0	0	0		Getafe.Alcalá.Indio de N.E.	
1586	11	11	0	0	9	1	0	0		mercader Francés.Villaverde	
1587	16	12	4	0	8	1	0	0	1	CamareroM.Torrejón de Velasco	
1588	13	11	2	0	7	0	2	0	0	AutorComedia Portugués.Caraban.	
1589	17	15	2	0	7	0	0	1	1	alguacil Escalona.Barajas.Valde.	
1590	8	8	0	0	8	0	0	0	0	Italiano. Cuenca	
1591	7	7	0	0	4	0	1	0	0	capitán Laredo	
1592	5	5	0	0	5	0	0	0	0	CorredorC.Valde.Tole.Getafe	
1593	5	5	0	0	5	0	0	0	0		
1594	16	15	1	0	9	2	1	0	0	Trujillo	
1595	14	12	2	0	9	0	0	0	1	capitán Alcalá.Puebla de M.	
1596	7	6	1	0	3	2	0	0	0	Santorcaz	
1597	6	6	0	0	6	0	0	0	0	alferez Ciempoz.Scvilla	
1598	13	13	0	0	11	1	0	0	0	capi.conta.Vicalbaro.Mulato	
1599	9	9	0	0	9	0	0	0	0		
1600	2	2	0	0	2	0	0	0	0	estudiante de Alcalá	
1601	9	6	3	0	4	0	0	1	0	Pastrana.Simancas	
1602	8	7	1	0	3	1	1	0	0	contador	
1603	21	18	3	0	7	1	0	1	1	capi.alcal. Trujil.Laguna	
1604	6	6	0	0	6	0	0	0	0	Agente de Negocios	
1605	10	9	1	0	7	0	1	0	0	Paje del Conde de Cozentaina	
1606	11	11	0	0	11	0	0	0	0	Francés.Villabañez	
1607	20	19	1	0	15	1	1	0	0	escribano Ciempozuel esclavo	
1608	12	10	2	0	9	0	1	0	0	estudiante Jaén	
1609	18	17	1	0	14	2	0	0	0	alabard. y arcabucero de S.M.	
1610	16	16	0	0	16	0	0	0	0		
1611	17	16	1	0	6	1	0	1	1	escrib. Frances.Torrej.Arevalo	
1612	24	22	2	0	12	1	2	1	0	capitanes	
1613	16	12	4	0	7	0	1	0	1	Torrelaguna.Carabanchel	
1614	8	8	0	0	8	0	0	0	0	picador caballos del Rey	
1615	16	15	1	0	9	2	1	0	0	criado Alcorcón	
1616	19	17	2	1	6	1	2	0	1	capi.escrib. Las Rozas	
1617	10	10	0	0	10	0	0	0	0	barbero.cirujano Portugués	
1618	16	15	1	0	12	2	0	0	0	criado Mondejar.Noblejas	
1619	29	22	7	0	10	2	2	1	1	General	
1620	24	19	5	0	8	2	0	1	1	Conde Villamediana	
1621	29	23	6	0	9	2	0	0	2	Mondeji.Francés.Rejas	

TOTAL511 456 55 1 309 26 17 7 11

la que destacan los años de 1607 a 1621 y especialmente desde 1615 hasta el fin del período, sin que se aprecien los cambios bruscos que muestra la línea del total.



Hemos incluido aquí los casos de rapto, puesto que todos tenían como víctima a una mujer y la intencionalidad de los mismos era claramente sexual en la mayor parte de las ocasiones. De las 370 causas registradas, en 46 de ellas -más de un 12 %- estaba presente la acusación de rapto, en 26 de ellas como principal y en las 20 restantes aparece junto al estupro. El estupro se producía bien con ese rapto previo, bien con quebrantamiento o escalamiento de casa (en más de una docena de casos), o en otras circunstancias como forzando a la mujer en el campo; en varios casos se habla de estupro violento, e incluso encontramos uno de 1618 calificado de *estupro violento y con oferta de casarse con ella matando a su mujer*.

En cuanto al número de encausados por proceso es muy bajo, sólo de 1,3, fácilmente comprensible si tenemos en cuenta que en el 83 % de las causas hay un único acusado. Es, pues, un delito que se comete fundamentalmente en solitario; salvo en algunos casos en concreto, que

coinciden precisamente con los de rapto, en los que se precisa de cómplices que ayuden a entrar en las casas y llevarse a las mujeres, hasta el punto de que en el total de los casos de rapto (con o sin estupro) la proporción de indiciados por pleito es de 2,6, que asciende a más de 3 en los casos sólo de estupro, lo que da idea de la colaboración que se requería para esos secuestros. Aparecen también algunas causas, tan sólo cinco en las que al estupro se sumaba su carácter incestuoso, cuya gravedad, como ya han señalado algunos autores variaba mucho según la cercanía del parentesco<sup>1273</sup>.

La nada desdeñable participación femenina en estas causas -55 mujeres que suman casi un 11 % de los encausados- se explica a partir de la complicidad con los estupradores o, sobre todo, con los raptos, puesto que, si hemos dicho que los acusados de estupro solían actuar sólo, las mujeres formaban parte de esos colaboradores que se requerían para llevar a cabo un rapto, muchas de ellas podían servir de *cebo* para atraer a la víctima o ser quienes facilitasen la entrada en la casa: un 56 % de las mujeres estaban implicadas en casos de rapto -la mayoría de ellas en los que no hay estupro también-, mientras que las demás participaron en los de estupro, sobre todo en los que

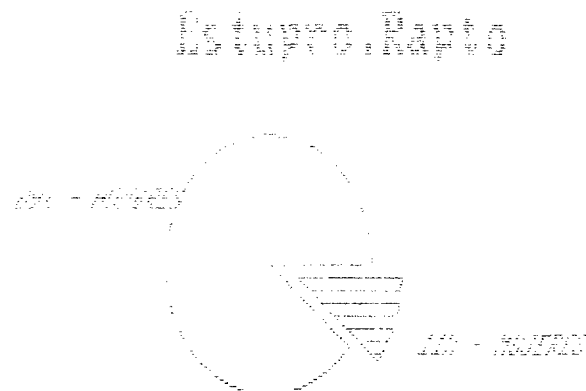
---

<sup>1273</sup>Pese a que la *N.R.*, VIII, 19, 7 dice al respecto:

*Grave crimen es el incesto, el qual se comete con parienta hasta en quarto grado, o con madre, o con cuñada, o con muger Religiosa professa, y esto mismo es de la muger que comete maldad con hombre de otra ley, y este crimen de incesto es en alguna manera heresia, y qualquier que lo cometiere allende de las otras penas en derecho establecidas pierda la mitad de sus bienes para la nuestra Camara;*

conviene recordar con Tomás y Valiente que *no es el incesto en modo alguno el pecado más grave*, "El crimen y pecado contra natura", en *Sexo barroco...*, pág. 37; y así puede confirmarlo la acción de la Sala que no parece prestarle una atención particular; aparecen un incesto, un estupro a su sobrina, complicidad en incestos, estupro incestuoso con escalamiento y estupro violento inmaturo e incestuoso.

conllevaran quebrantamiento de casa.



En cuanto a la ocupación de los acusados, volvemos a encontrarnos una importante presencia de hombres de la milicia en este tipo de delitos sexuales: al menos siete capitanes, un alferez, un alabardero y un arcabucero<sup>1274</sup>, también la de un alcalde, un alguacil, tres escribanos y dos contadores; pero también comerciantes y oficiales<sup>1275</sup>, y algunos servidores que parecen actuar, sobre todo, como cómplices de sus amos.

## 7. DESHONESTIDADES.-

Es éste un apartado de escasa importancia absoluta y relativa en el conjunto de los delitos contra la moral, ya que incluye sólo 45 encausados que no llegan a un 2,5 %, su distribución temporal, aún con una ligera tendencia a aumentar en los últimos años, es, debido a esa

<sup>1274</sup>Incluso aparece encausado el general Juan de Salas por estupro y rapto, ayudado por Juan Díaz, doña Clara de Liaño, doña María de Liaño y Catalina de Azera.

<sup>1275</sup>Mercader, corredor, agente de negocios, barbero, cirujano...

# M O R A L   S E X U A L   Y   M A R I T A L

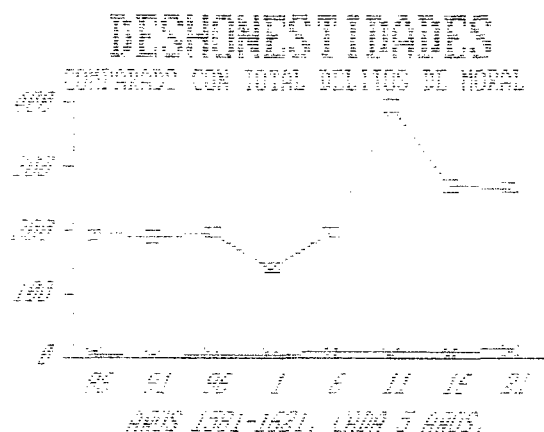
## 6. D E S H O N E S T I D A D E S

	S e x o				Nº Encausados					Ocupación	Lugar	Con.Social
	T	V	M	MAT	1	2	3	4	+4			
1581	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1582	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1583	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1584	1	0	1	0	1	0	0	0	0		acoger gente mal vivir	
1585	1	0	1	0	1	0	0	0	0			
1586	3	1	2	0	1	1	0	0	0		Villaverde	
1587	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1588	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1589	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1590	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1591	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1592	2	0	2	0	0	1	0	0	0			
1593	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1594	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1595	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1596	1	1	0	0	1	0	0	0	0			
1597	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1598	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1599	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1600	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1601	4	0	4	0	0	2	0	0	0			
1602	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1603	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1604	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1605	2	0	2	0	0	1	0	0	0			
1606	6	3	3	0	1	0	0	0	1		Getafe. carta indecente	
1607	3	1	2	0	0	0	1	0	0	alferez		
1608	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1609	1	1	0	0	1	0	0	0	0			
1610	1	1	0	0	1	0	0	0	0		travestís negro	
1611	1	1	0	0	1	0	0	0	0			
1612	4	1	3	0	1	0	1	0	0			
1613	3	3	0	0	1	1	0	0	0			
1614	1	0	1	0	1	0	0	0	0			
1615	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1616	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1617	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1618	0	0	0	0	0	0	0	0	0			
1619	6	4	2	0	0	0	2	0	0			
1620	5	0	5	0	0	0	0	0	1	de la criada	esclava	
1621	0	0	0	0	0	0	0	0	0			

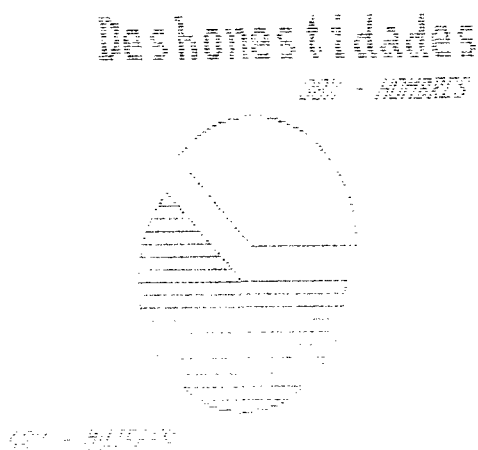
=====

TOTAL 45   17   28   0 11   6   4   0   2

pobre representación, prácticamente insignificante.



En general, se integran aquí comportamientos escandalosos o deshonestos, que salvo en contadas excepciones no se especifican. Lo que más resalta quizá sea el predominio femenino evidente representado por esas 28 mujeres -62 %- frente a 17 varones.



De ese total de encausados, algo más de una tercera parte lo son por *escandalosos* -por causar escándalo, se supone-, o, mejor dicho, por *escandalosas* puesto que todos los procesados (dieciseis) menos uno eran mujeres, encausadas además, casi siempre, de dos en dos. Casi un 18 %

lo fueron por deshonestidades sin especificar, salvo en el caso de una mujer a la que se acusaba de vender figuras deshonestas. El resto se distribuye en causas más o menos pintorescas como una mujer que acogía gente de mal vivir y tenía camas sin licencia -la alusión a un prostíbulo clandestino parece clara-, otra que teniendo una hija permitía en su casa *gente sospechosa*, o el curioso caso de *Juan Montero, alias María Montero monfrodita* [sic], juzgado en 1611 por usar de los trajes de hombre y mujer, en un claro ejemplo de travestismo, puesto que no hay ninguna alusión a comportamientos sexuales considerados desviados.

#### 8. EL PECADO NEFANDO.-

Muchas páginas originó entonces este pecado y aún hoy las ocupa, más por lo variado de su casuística y por las especiales circunstancias de represión y ocultación de comportamientos a que se veían sometidas conductas susceptibles de ser consideradas como *contra natura* que por su importancia numérica o por su influencia en el ámbito de este submundo al margen de la moralidad. Un excelente planteamiento de su consideración moral entre los pecados de lujuria, de la legislación sobre él y las penas impuestas, del trato de que fue objeto por parte de los juristas de la época y con algunos datos de cronistas u de otros autores es el que ofrece Tomás y Valiente en su artículo ya citado "El crimen y pecado contra natura"; mientras que un magnífico estudio sobre una realidad concreta lo constituye el de Rafael Carrasco<sup>1276</sup>; ambos

<sup>1276</sup>CARRASCO, Rafael, *Inquisición y represión sexual en Valencia. Historia de los sodomitas (1565-1785)*, Barcelona, Laertes, 1986.

M O R A L   S E X U A L   Y   M A R I T A L									
7.   P E C A D O   N E F A N D O									
S e x o				Nº Encausados					Ocupación   Lugar   Con.Social
T	V	M	MAT	1	2	3	4	+4	
1581	0	0	0	0	0	0	0	0	
1582	0	0	0	0	0	0	0	0	
1583	0	0	0	0	0	0	0	0	
1584	1	1	0	0	1	0	0	0	
1585	1	1	0	0	1	0	0	0	
1586	2	2	0	0	0	1	0	0	niño
1587	0	0	0	0	0	0	0	0	
1588	0	0	0	0	0	0	0	0	
1589	0	0	0	0	0	0	0	0	
1590	2	2	0	0	0	1	0	0	
1591	4	4	0	0	1	0	1	0	pastor   Genovés
1592	0	0	0	0	0	0	0	0	
1593	0	0	0	0	0	0	0	0	
1594	0	0	0	0	0	0	0	0	
1595	2	2	0	0	0	1	0	0	muchacho
1596	1	1	0	0	1	0	0	0	esclavo
1597	0	0	0	0	0	0	0	0	
1598	2	2	0	0	0	1	0	0	Regente en el CºAragón de S.M.
1599	0	0	0	0	0	0	0	0	
1600	0	0	0	0	0	0	0	0	
1601	0	0	0	0	0	0	0	0	
1602	0	0	0	0	0	0	0	0	
1603	0	0	0	0	0	0	0	0	
1604	1	1	0	0	1	0	0	0	
1605	0	0	0	0	0	0	0	0	
1606	0	0	0	0	0	0	0	0	
1607	3	1	2	0	0	0	0	0	
1608	0	0	0	0	0	0	0	0	
1609	0	0	0	0	0	0	0	0	
1610	1	1	0	0	0	0	0	0	
1611	0	0	0	0	0	0	0	0	
1612	1	1	0	0	1	0	0	0	
1613	0	0	0	0	0	0	0	0	
1614	2	2	0	0	0	1	0	0	
1615	1	1	0	0	1	0	0	0	esclavo
1616	0	0	0	0	0	0	0	0	
1617	0	0	0	0	0	0	0	0	
1618	0	0	0	0	0	0	0	0	
1619	9	9	0	0	1	1	0	0	comadre de parir
1620	0	0	0	0	0	0	0	0	
1621	2	2	0	0	0	1	0	0	
=====									
TOTAL	35	33	2	0	8	7	1	0	1



citados ya con una definición de este tipo de delito al hacer la tipología.

Es éste también un caso de competencia jurisdiccional entre la Inquisición y la justicia real, en el que al parecer llevaba ventaja la primera, aunque aquí vemos cómo los alcaldes de casa y corte no renunciaban a entender en algunos de estos casos, que nos ayudarán a comprender qué entendían ellos por *crimen contra natura* o *pecado nefando*, aunque antes hemos de advertir sobre su escasísima representación numérica, limitada a 35 indiciados que apenas pasaban del 1,5 % por ciento del total de encausados por transgresiones de la moral imperante.

Entre esos encausados todos figuran como *nefandistas*, según expresión del inventario, salvo un hombre acusado de *pecado contra natura con una burra* -la zoofilia se incluía, por supuesto, en este tipo de delitos-, y un hombre -alferez, por más señas- y las únicas dos mujeres juzgados *por pecado de sodomía*, aunque desgraciadamente el inventario no nos da más datos sobre el tipo de prácticas sodomíticas de que se acusaba al trío. La caracterización de este delito se perfila bien claramente con la presencia casi exclusiva de varones, puesto que el caso de esas mujeres debe ser tomado como una excepción, y por el predominio de las causas con uno y dos indiciados. Por otra parte, son dignos de mención el hecho de que en dos de las parejas de nefandistas encausadas uno de sus miembros es un niño o un muchacho. Además, la amplia procedencia social de estos sodomitas que da de manifiesto incluso en esta corta lista en la que encontramos dos esclavos, dos

hombres que emplean un alias<sup>1277</sup>, otros dos que merecen el tratamiento de *don* e incluso un doctor.



#### 9. ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA DELINCUENCIA FEMENINA.

Un doble error suele cometerse a menudo cuando se piensa en las mujeres delincuentes del Barroco, la inmediata identificación con los delitos contra la moral y la asimilación de éstos con la prostitución. Error que no es una mera simplicación sino una deformación de enorme magnitud, fruto de esa tendencia que sólo presenta monjas, criadas o prostitutas. Del mismo modo que no se puede olvidar en la Historia de la mujer la enorme cantidad de madres y mujeres "normales", tampoco al estudiar la delincuencia podemos dejarnos llevar por unos prejuicios que deformarían por completo nuestro trabajo, olvidando esas otras delincuentes que incurren en un tipo de delincuencia tradicional

<sup>1277</sup>Sus apodos era Luis de Morales y Juan Lopez el soldado, sospechosos de pecado nefando en 1621.

-delitos de palabra, agresiones, robos...- y que eran mucho más frecuentes que las perseguidas por transgredir la moral. Y no digamos ya la enorme falacia que supone pensar en la prostitución como la forma de delito femenino más destacada y significativa. Las únicas prostitutas que hemos encontrado juzgadas entre las 2.648 mujeres encausadas por la Sala entre 1581 y 1621 lo fueron por no cumplir con sus obligaciones, por faltar a alguna disposición acerca de ellas, como lo hubiera sido cualquier persona que tuviera un oficio y no respetase las ordenanzas y medidas restrictivas que lo regulaban; un oficio, desde luego, con una consideración social muy baja.

Cabe recordar aquí la distinción entre un mundo de picaresca, bajos fondos, promiscuidad o prostitución encubierta, que se suponen van relacionados, y otro tipo de actitudes en los que la actuación delictiva ocasional o continuada no tenía por qué suponer una inclusión en la marginalidad. Quizá nuestra primera conclusión consista en tratar de erradicar esa visión estereotipada del Barroco, para la que, a partir de la información de la Sala, no hay datos objetivos que la sustenten en esa posición exagerada según la cual la marginación, la pobreza -fingida y mendicante-, el vagabundeo, la picaresca y la prostitución eran el eje de la sociedad madrileña, con una presencia abrumadora en sus calles y, por supuesto, en su delincuencia.

En el caso de las mujeres basta un breve repaso a la distribución numérica y proporcional de su actividad delictiva para entender la enorme diversidad y las dimensiones reales de unos comportamientos muy parciales que se tomaban por el todo.

**PARTICIPACION FEMENINA EN LOS DELITOS**  
(con porcentaje sobre cada tipo de delito)

- PALABRA	239 (18 %)
* INJURIAS	202 (30 %)
* CUESTIONES	34 (7 %)
* AMENAZAS	1 (2,5%)
* DESAFIOS	2 (2,2%)
- AGRESIONES	586 (11%)
* CUCHILLADAS	32 (8%)
* HERIDAS	250 (10%)
* MALOS TRATOS	89 (16%)
* MUERTES	215 (14%)
- PROPIEDAD	615 (20%)
* LADRONES	86 (15%)
* HURTOS	529 (21%)
- FRAUDES	159 (20%)
* FALSEDADES	120 (23%)
# Estelionato	79 (31%)
# Falsed eng	7 (10%)
# Testim.falsos	34 (16%)
* ESTAFAS	40 (15%)
- INFRAC. LEGALES	86 (8%)
* PRAGMATICAS	42 (14%)
* CONTRABANDO	1 (1,7%)
* JUGADORES	3 (3,4%)
* REGATONES	-
* USURA	11 (7%)
* OBLIG.	10 (7,5%)
* EXC. OF.	19 (5,1%)
- JUSTICIA	65 (9,6%)
* FUGA CARCEL	4 (6,4%)
* FUGA GALERAS	1 (7,7%)
* DESTIERRO	40 (15,7%)
* RESISTENCIA	20 (5,8%)
- VARIOS	223 (16%)
* EXCESOS	79 (13%)
* DAÑOS	17 (4%)
* OTROS	126 (30,2%)
# Hechicerías	52 (82,5%)
# Vagantes	18 (38%)
- MORAL	675 (36,5%)
* TERCERIAS	98 (61%)
# Alcahuetas	55 (95%)
# Rufianes	-
# Lenocinio	43 (62%)
* TRATO ILICITO	47 (33%)
# Trato	43 (44%)
# Solicitar	4 (9%)
* MARITALES	73 (36%)
# Adulterio	60 (47,6%)
# Bigamia	4 (22,2%)
# Disputas	9 (15%)
* AMANCEBAMIENTOS	370 (48,7%)
# Amanc. y reinc.	369 (50%)
# Con casada	1 (5%)
* ESTUPRO.RAPTO	55 (11%)
* DESHONESTIDADES	28 (62%)
* PECADO NEFANDO	2 (5,7%)
TOTAL	2.648 (17,1%)

Este panorama nos permite hacer una serie de precisiones. En primer lugar, ninguno de los ocho grupos delictivos con los que hemos trabajado puede considerarse femenino, siendo muy pocos los delitos que pueden considerarse como tales: quizá sólo la alcahuetería y las hechicerías, transgresiones que, como ya explicamos estaban además muy relacionadas y compartirían parte de las encausadas, aunque hay que hacer notar que tampoco en esos casos se trataba de delitos *exclusivamente* femeninos, puesto que aparecen algunos casos excepcionales de alcahuetes y hechiceros. Mayoritariamente femeninos pueden considerarse el lenocinio, que -junto con la alcahuetería- hace que en la categoría de *tercerías* más de un 60 % de los encausados fuesen mujeres, y las deshonestidades con un porcentaje similar. Paritaria es, como parece lógico, la representación de hombres y mujeres en los casos de amancebamiento -si excluimos las causas con casada, por razones ya expuestas-. Aparte de esos, destaca la proporción femenina (con más de un 30%) en los acusados de injurias (30%), estelionato (31%), vagantes (38%), trato ilícito (44%) y adulterio (47%).

De ese modo, desde el punto de vista de los delitos, resulta evidente que los "más femeninos" de entre todos los estudiados eran, sin duda, los incluidos en el grupo de las transgresiones contra la moral sexual y marital, que en su conjunto contaban con un 36,5% de mujeres, que tenían una presencia muy considerable en casi todos sus delitos (alcahuetería, lenocinio, trato ilícito, adulterio, amancebamientos y deshonestidades), salvo, naturalmente, en delitos como rufianes, sollicitaciones, estupro o pecado nefando, y alcanzando un

porcentaje digno de mención entre los acusados de casarse dos veces, en los casos de rapto y estupro -como cómplices- y en las disputas conyugales.

Pero son, así mismo, destacables los grupos de fraudes y robos, que se encuentran por encima de la media, en torno a un 20 %, debido, sobre todo y respectivamente, a la alta participación relativa de mujeres en los estelionatos -con un sorprendente 31%- y en los hurtos.

Las encartadas por delitos de palabra se sitúan muy próximas a la media del total, y algo por debajo las incluidas en *varios*, que debe su porcentaje a las hechiceras y las vagabundas.

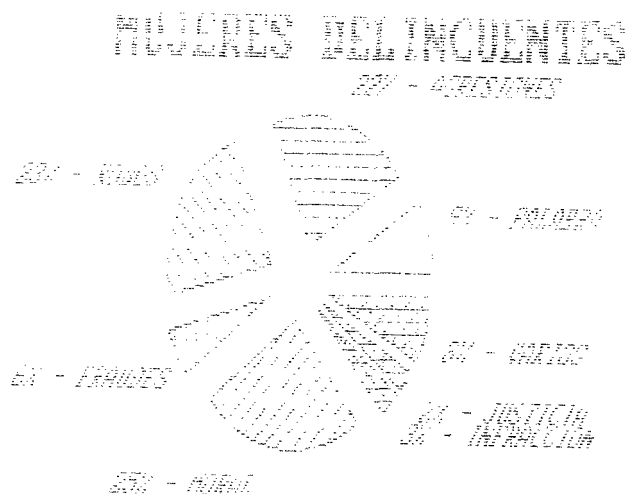
El resto de los grupos se encuentra claramente por debajo de la media. Las agresiones físicas no parecen encontrarse entre los delitos más atractivos para las mujeres, si bien cabe hacer distinciones, puesto que se observa una cierta preferencia por los de menor violencia o, al menos, por los que no resultaban tan sangrientos, de modo que muy escaso es el porcentaje procesado por cuchilladas -achacable también a la limitación del manejo de las armas a los hombres-, algo superior resulta el de las indiciadas por heridas, y mayor aún el de las que se presentaban ante los alcaldes por malos tratamientos. Según esta explicación, que parece atribuir a las mujeres una tendencia a la participación preferente en las agresiones "menos graves", extrañaría el porcentaje relativamente alto de encausadas por muertes (un 14%), por lo que conviene recordar que muchas de ellas lo fueron en complicidad con varones capaces de emplear su fuerza o sus armas, y que un número importante de las mujeres acusadas en solitario recurrieron al expediente -mucho más *limpio* y pacífico- de envenenar a sus víctimas, método especialmente preferido cuando el candidato a cadáver era el

marido. Las procesadas por delitos contra la justicia quedaban también muy por debajo del número de hombres que evitaban cumplir las penas que se les habían impuesto o que se atrevían a resistirse o a estorbar la acción de sus oficiales, puesto que no alcanzaban el 10 %, salvo en el caso del quebrantamiento de destierro, por ser una pena más extendida entre las mujeres y más fácilmente desobedecida. Pero, sin lugar a dudas la menor participación femenina de todos los grupos de delitos corresponde al que denominamos *infracciones legales*, por la evidente vinculación de los delitos que lo componen con actividades económicas, con el ejercicio de determinados oficios o con la titularidad en algunos negocios, dedicaciones todas ellas minoritarias entre las mujeres, aunque no completamente inexistentes.

Sin embargo, no es completamente satisfactorio ese análisis relativo, basado en la determinación del mayor o menor *grado de feminidad* de cada delito, puesto que muchos destacan en esa caracterización por la propia esencia de las infracciones y no por una particular predilección de las mujeres hacia ellos. Por tanto, se hace aconsejable una mirada a la inclinación por una u otra transgresión en términos absolutos, es decir, atendiendo al número total de mujeres que es acusada en cada uno de ellos, sin tener en cuenta el reparto por sexos. De ese modo podremos apreciar algunas conductas interesantes.

Si atendemos a los grupos en los que hemos fundado nuestra sistematización, nos encontramos con tres de ellos muy destacados y casi igualados, tres con un peso cuantitativo intermedio y otros dos de importancia numérica casi desdeñable. Los primeros son, por ese orden: las transgresiones de la moral, en las que están acusadas 675 mujeres

-un 25,5% total-; las 615 indiciadas por *robos* -23,2%-; y las procesadas por agresiones, que suman en total 586 -22,1%-.



Las categorías de un peso medio están representadas por las mujeres incluídas en los delitos de palabra -239 que suponen un 9%-, las 159 inculpadas en los fraudes -6%-, y las partícipes en el grupo de *varias*, que no puede tenerse prácticamente en cuenta en estos cómputos por la inexistencia de una mínima coherencia en los delitos que lo componen.

Finalmente, sólo 86 mujeres entran entre los encausados por *infracciones legales* -3,2%-, y nada más que 65 -2,4- entre las que se oponen de algún modo al curso normal de la justicia.

Pero una impresión mucho más precisa la tendremos si en lugar de fijarnos en esos grupos, más o menos artificiales, acudimos directamente a los datos de cada delito. En ese caso encontramos dos particularmente destacados: en primer lugar las 529 mujeres acusadas de participar en hurtos convierten a este en el principal delito por el número de mujeres que participan en él, nada menos que una quinta parte de todas las mujeres que registra la Sala entre 1581 y 1621 fueron juzgadas por hurtos; en segundo lugar, las amancebadas son 369, que



alcanzan un 14 % del total. Otros tres delitos pasan de las doscientas encausadas: 250 por heridas (9,4%), 215 por muertes (8,1%), y 202 por palabras injuriosas (7,6%). La lista de los diez primeros delitos en número de mujeres se completa, ya a distancia, con: 89 por malos tratamientos, 86 por ladronas, 79 por estelionato, 79 por excesos y 60 por adulterio.

Esta visión es, desde luego, mucho más completa y muestra hasta qué punto desconocíamos la realidad. Predomina, en general una delincuencia "tradicional", la formada por delitos universales y desgraciadamente eternos<sup>1278</sup>: discusiones -espontáneas o envenenadas por el tiempo y los intereses- que quedan sólo en palabras o en altercados más o menos bulliciosos o que llegan a la agresión e incluso a la muerte; apropiación de lo ajeno -de forma violenta o mediante astucias, para sobrevivir o para enriquecerse, ocasionalmente o con una dedicación continuada-; o formas de relación entre los sexos que no coincidían con la ortodoxia que se pretendía imponer, a pesar de haber gozado de mayor tolerancia en otros tiempos, en los que personas de toda condición hacían prácticamente pública ostentación de ellas, como ocurrió con el caso de los amancebamientos, uniones más fuertes de lo que a menudo se piensa<sup>1279</sup>, o como sucedía con quienes no estaban dispuestos a ceñirse al marco del matrimonio en sus relaciones amorosas o sexuales y buscaban en el adulterio o incluso en la bigamia una vía de

---

<sup>1278</sup> *Desgraciadamente* en unos casos por su violencia, en otros por la injusticia que los origina y en algunos más por la represión que convierte determinados comportamientos personales en delito.

<sup>1279</sup> Ya señalamos la importancia y significado de las reincidencias en los amancebamientos.

escape, y a las que la hipócrita actitud del poder hacia otras prácticas como la prostitución les otorgaba cierta legitimidad moral. En esos tres tipos de transgresiones, sus límites se iban difuminando poco a poco hasta casi confundirse con otras dos clases de delincuencia: la de la picaresca y la marginación, los falsos pobres y el hampa -de la que ya hemos hablado bastante-, excesiva e injustamente tomada como representación de aquellos tiempos; y los nuevos hábitos de una delincuencia *más moderna*, esa que se ha dado en llamar delincuencia de fraude, que se caracteriza por la aceptación de unas aspiraciones y valores mercantilizados, y por el consecuente empleo de métodos que renuevan el campo de unas actividades delictivas hasta entonces más tradicionales, valiéndose de los medios que le prestaban los cambios en un sociedad como la madrileña en la que la hipertrofia de los grupos con responsabilidades de justicia y de gobierno, y la profusión de mercancías y abastecimientos de todo tipo, con los negocios lícitos o ilícitos que en torno a ellos proliferaban, propiciaban el abuso de poder -económico o político- como forma de obtener beneficios. Los delitos contra la moral parecen escapar de esa *mercantilización* -salvo que quizá algunos de los beneficiarios de los casos de trato ilícito o, sobre todo, de tercerías adquiriesen una mentalidad más "capitalista", de la que hasta entonces habían tenido<sup>1280</sup>-, gracias, naturalmente, a que la prostitución se extrajo de entre el número de los delitos y el negocio en torno a ella fue

<sup>1280</sup> Resulta difícil imaginar a una alcahueta o a un rufián confiados en que el lucro de sus actividades les permitiera algunas ventajas sociales de consideración, aunque tal vez en ello influya también la imagen deformada de la literatura, puesto que ciertas mujeres que camuflaban sus negocios bajo la apariencia de ser damas, podían aparentar un cierto status social gracias a ello.

controlado así por las autoridades; sólo quienes la practicaban encubiertamente, sin atenerse a las normas, eran perseguidos -por eso lo eran, en realidad, alcahuetas y rufianes, porque posibilitaban la infraestructura necesaria para el desarrollo de una prostitución clandestina que escapaba a la vigilancia oficial-.

En general, el predominio corresponde abrumadoramente a la delincuencia *clásica*, puesto que la picaresca es más un modo de vida que una innovación en las técnicas o en los hábitos transgresores, y, por tanto, se integra en general en los citados delitos -a falta de una mejor integración social-; aunque también, en parte, esa delincuencia de costumbre, casi proverbial, se va tiñendo de los intereses, de las complicidades, de esa otra delincuencia "más burguesa", que estrictamente era mucho más reducida en número pero de una influencia en la vida de los habitantes de la ciudad probablemente mayor que la de ladrones y agresores, pues cualquiera podía sufrir los excesos de un tendero o un tratante, los abusos de un alguacil, o los acuerdos de un escribano o un oficial de la Sala con algún obligado o mercader.

Esa superioridad se observa también en la mujer incluso de modo más acusado, no tanto por una mayor participación proporcional en los delitos *de siempre*, sino por una ausencia en los de fraude, obligada por unos clarísimos condicionantes socioprofesionales. Las mujeres procesadas por delitos de palabra -sobre todo por palabras injuriosas y muy raramente en cuestiones-, por agresiones -principalmente por heridas, muertes y, algo menos, por malos tratamientos- y por hurtos y latrocinios suponen casi el 55 % del total, mientras que las acusadas de fraudes e infracciones no llegan al 10 %. En los varones esa proporción es de 63,7 % y 13,1%, respectivamente, lo que indica que

los hombres extremaban aún más sus comportamientos delictivos. Si incluimos los delitos contra la moral entre las transgresiones tradicionales, como en general podría hacerse, el porcentaje femenino llegaría al 80 %, sobrepasando al masculino -73%-.

De este modo el panorama ha quedado más ceñido a su justo término. Podemos hablar de unos delitos masculinos o femeninos sólo cuando los encausados por ellos son exclusivamente varones o mujeres, salvo excepciones, casi siempre explicables por la colaboración o la complicidad. Entre los que pueden considerarse delitos masculinos están las amenazas y desafíos, por su relación con los duelos y las armas; el contrabando y los regatones, aunque aquí hemos de hacer la salvedad de que sólo hemos tenido en cuenta a los procesados a los que se acusaba en esos términos, aunque nos consta la presencia de mujeres en actividades de reventa asimilables a estos delitos; la fuga de galeras, puesto que sólo los varones eran condenados a ellas; los rufianes, aunque en algunos casos de lenocinio las mujeres participan en los beneficios y hacen funciones de protección -por otros medios, como por ejemplo brindando el amparo del hogar materno o supuestamente materno- de modo muy parecido; los acusados de amancebarse con casada; y los encausados por pecado nefando. Entre los *femeninos*, los ya citados de hechicerías y alcahuetería, aunque en ninguno de ambos casos tan exclusivamente como en el caso de los masculinos.

Los delitos contra la moral sexual y marital son los más conflictivos por esos prejuicios de los que hablábamos. Las mujeres incluidas en ellos son *nada menos* que el grupo más numeroso con el 25%; pero son también *nada más* que esa cuarta parte del total de mujeres y conviene no olvidarlo antes de hacer del Barroco la época dorada de la trans-

gresión sexual; pudo serlo, desde luego, pero en la medida en que lo han sido casi todas las épocas y en que se han magnificado determinados comportamientos en momentos en que la represión pretendidamente dirigida por la cultura estatal parece actuar más sobre los individuos, a los que a veces no es posible conducir a un redil cuyo camino no siempre coincide con una herencia cultural y popular clavada en lo más hondo de cada uno a través de un código antropológico difícil de modificar.

Aparte de las distintas proporciones y explicaciones para cada delito, el poco más del 17% de participación femenina en la delincuencia parece un porcentaje ciertamente reducido. Ahora bien, podemos preguntarnos si esa relación de uno a cinco con respecto al número de varones encausados se diferenciaría mucho de las dimensiones de la presencia pública de la mujer en general, de su disfrute o padecimiento en puestos activos de la vida social -no sólo familiar-, de la parte que les correspondía en oficios o profesiones; o si, por el contrario, esta actividad delictiva femenina pudo ser incluso mayor que la que a la mujer se reservaba en otras dedicaciones. En cualquier caso, en el contexto de esa imagen que estudiamos, propuesta por los moralistas y presente en gran parte de la literatura, según la cual la mujer -a la que todo lo humano debía ser ajeno- tenía que permanecer en su casa, obediente a su padre o a su marido, casi debe sorprendernos tan alta y variada participación que conllevaba sin duda un grado respetable de libertad, acentuado por el hecho de no ser demasiados los casos en los que actuaban con sus maridos o en condiciones de evidente subordinación. Lógicamente, si estas mujeres -muchas de ellas perfectamente

integradas en la sociedad<sup>1281</sup>- podían robar, insultar a otros en la calle, colaborar en estelionatos, amancebarse con quien les conviniera, volver a la Corte olvidando su destierro o envenenar a sus maridos, es porque ellas y muchas otras estaban en condiciones de llevar una vida personal mucho más variada y activa de lo que algunos autores tratan de hacernos creer, expresando más sus deseos que la realidad que los rodeaba.

#### 10. EL CASO DE LA PROSTITUCIÓN.-

No hace falta insistir en la condena moral y el rechazo social que la prostitución merecía. Ahora bien, la prostitución no estaba prohibida<sup>1282</sup> sino reglamentada, por tanto la Sala no perseguirá a nadie por prostituirse sino por hacerlo al margen de esa reglamentación, o por facilitar que alguien pudiera hacerlo así.

La tolerancia bajo control estaba ya bien arraigada en la Edad

---

<sup>1281</sup>Ya apuntamos cómo en los casos en que las mujeres pertenecían a grupos excluidos o marginados, como ocurría con los gitanos y vagabundos, su participación era mucho más elevada, por los propios modos de vida de esos grupos -promiscuidad, nomadismo, pequeños tratos...- que los hacían permanentemente sospechosos, y por su fuerte sentido de la cohesión que hacía que colaborase todo el grupo en sus actividades, también en las delictivas.

<sup>1282</sup>Tan conocida es la prohibición de Felipe IV, en 1623, -en plena agitación reformista- como su absoluta ineficacia. La pragmática está recogida en N.R., VIII, 19, 8:

*Ordenamos y mandamos, que de aqui adelante en ninguna Ciudad, villa, ni lugar destos Reynos se pueda permitir, ni permita mancebia, ni casa publica, donde mugeres ganen con sus cuerpos, y las prohibimos y defendemos, y mandamos se quiten las que huviere, y encargamos a los del nuestro Consejo tengan particular cuydado en la execución, como de cosa tan importante: y a las justicias que cada una en su distrito lo execute, so pena que si en alguna parte las consintieren, y permitieren, por el mismo caso les condenamos en privacion del oficio, y en cinquenta mil maravedis, aplicados por tercias partes, Camara, Iuer y denunciador, y que lo contenido en esta ley se ponga por capitulo de residencia.*

Media como recogen numerosas ordenanzas municipales<sup>1283</sup>, y como tal fue heredada por los siglos modernos<sup>1284</sup>; de modo que la Sala de alcaldes de casa y corte, cuando adquiere una jurisdicción territorial estable, no hace sino aplicar en Madrid lo que las autoridades locales o reales -a veces, incluso eclesiásticas- venían haciendo en todas partes desde siglos atrás.

La principal manifestación de esa enorme contradicción<sup>1285</sup> que supone que la autoridad que invocaba siempre la moralidad en sus leyes y disposiciones organizase en la práctica el ordenado y pacífico desarrollo de una actividad pecaminosa y condenable como era la

---

<sup>1283</sup>Sobre ello pueden verse, por ejemplo, ASENJO GONZALEZ, María, "Las mujeres en el medio urbano a fines de la Edad Media: el caso de Segovia", en *La mujer en las ciudades medievales*, págs. 109-124, en especial, págs. 120-122; CABAÑAS, María Dolores, "La imagen de la mujer en la Baja Edad Media castellana a través de las ordenanzas municipales de Cuenca", en *La mujer en las ciudades medievales*, págs. 103-108, particularmente, págs. 107-108; HINOJOSA MONTALVO, José, "La mujer en las ordenanzas municipales en el reino de Valencia durante la Edad Media", en *Las mujeres en las ciudades medievales*, págs. 43-55, sobre todo, págs. 48-51; ORCASTEGUI GROS, Carmen, "Ordenanzas municipales y reglamentación local en la Edad Media sobre la mujer aragonesa en sus relaciones sociales y económicas", en *Las mujeres en las ciudades medievales*, págs. 13-18, especialmente pp. 16-18; SEGURA GRAIÑO, Cristina, "Las mujeres andaluzas en la Baja Edad Media (Ordenamiento y Ordenanzas municipales)", en *Las mujeres en las ciudades medievales*, págs. 143-152, sobre todo, págs. 147-149.

<sup>1284</sup>Véase, por ejemplo, GALAN SANCHEZ, Angel y LOPEZ BELTRAN, M<sup>a</sup> Teresa, "El status teórico de las prostitutas del reino de Granada en la primera mitad del siglo XVI (las Ordenanzas de 1538)", en *La mujer en las ciudades medievales*, págs. 161-169; PUIG, Angelina y TUSET, Nuria, "La prostitución en Mallorca (siglo XVI): ¿El Estado un alcahuete?", en *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Siglos XVI a XX*, págs. 71-82.

<sup>1285</sup>La profesoras López-Cordón y Fernández Vargas dicen al respecto del mundo de la prostitución que en él:

*las disociaciones llegan al máximo. Condenada por moralistas y teólogos, la prostitución está más o menos regulada por la sociedad civil, llamando la atención el contraste entre la tolerancia práctica y la dramática consideración social de las prostitutas como individuos, el contraste entre la tolerancia de la actividad e incluso su abierta defensa como "necesidad".*

LOPEZ-CORDON CORTEZO, M<sup>a</sup> Victoria y FERNANDEZ VARGAS, Valentina, "Mujer y régimen jurídico en el Antiguo Régimen: una realidad disociada", en *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Siglos XVI a XX*, págs. 13-40, pág.40.

prostitución era el doble juego ocultación/exhibición con que se trataba la actividad de las damas cortesanas, y que derivaba de la justificación que siempre se hacía de su ejercicio como "mal menor", como medio de evitar excesos más graves. Por una parte, se las recluía en mancebías, en burdeles -consistentes más en barrios que en casas-, teóricamente para apartarlas de las personas honestas, aunque, sin duda, era el único modo de controlarlas eficazmente, de vigilar el orden público, de poner a su cargo a padres y madres de esa *casa pública*, de supervisar el cumplimiento de los aranceles acordados...; por otra, se hacía de ellas una suerte de símbolo, exhibido en determinados momentos en los que simulaba un sincero afán por *convertirlas*, que alcanzaban su punto más representativo en la Cuaresma, con los famosos sermones.

Pérez de Herrera resume muy bien ese consentimiento avergonzado de su ejercicio, cuando, entre las medidas para mantener el orden social en la corte, recomienda

*andar con mucho cuidado por las calles de sus quarteles, inquiriendo los vagabundos, y a los que viven viriosamente, y procurar en la reformation general dejar las mugeres que llaman cortesanas enamoradas que le pareciere bastar para evitar otros pecados mayores en tan gran lugar, fuera de la casa publica permitida de las leyes, a las quales ordenen y obliguen que vivan en un varrio y calles señaladas para este efecto, pues el orden que ay de estar mezcladas entre la gente honesta y recogida no puede dexar de causar mal exemplo a las donzellas, casadas y viudas que viven nonestamente [...] y aun no parece fuera de proposito obligarlas que ya que esten expuestas a peccar se ocupen en algunas labores, pues tiene tanta fuerza la costumbre de trabajar que las ayudara a salir del peccado*<sup>1286</sup>.

---

<sup>1286</sup> PEREZ DE HERRERA, C., *Cerca de la forma y traça como parece podrian remediarse algunos peccados, excessos y desordenes en los tratos, vastimentos y otras cosas...*, ff. 5v-6r.



Esa opinión sobre la prostitución es un buen ejemplo del utilitarismo represor que proponían muchos de estos *reformadores*: considerada un pecado -y, por tanto, estrictamente un delito- es consentida *para evitar otros pecados mayores*, aunque, eso sí, debidamente alejada de las "personas decentes" para evitar que su trato contaminase a las hijas o mujeres de su potencial clientela.

No obstante, como decíamos, parece que la sociedad se apropiaba el derecho de manejar la imagen pública de esas mujeres. Por una parte, guardando la apariencia, como era el caso de los conocidos sermones de Cuaresma, los que se dirigían a las mujeres públicas, con motivo del sermón de la Magdalena. Los sermonarios y las instrucciones para predicadores contienen casi siempre algún ejemplo de ellos. Pinheiro nos describe el que se dió el martes santo de 1605 en la iglesia de la Magdalena de Valladolid:

*El Martes Santo se hizo una procesión en la iglesia de la Magdalena a las mujeres públicas, que se pudiera hacer a toda la corte, donde la justicia llevó once; cuando acudimos, a las ocho, no pude entrar; ni se convirtió ninguna, antes están haciendo muecas y descomposturas, que sirven de escándalo más que de provecho. Cuando alguna se arrepiente, las señoras que están presentes la recogen para casarla, aunque nosotros decimos que las llevan para maestras de ceremonias. Ocurren en estas ocasiones farsas solemnes, y me contaron que estos años atrás, predicando un franciscano viejo, sacó una cruz y una calavera, y viendo que una pobre moza se enternecía, y que un rufián estaba torciendo los bigotes y amenazándola, comenzó a gritar: "Puto ladrón, quítate delante; dejadme dar con el infante en el infierno, qui ponit obicem Spiritui Sancto". Y tomó la calavera, y se la tiró, con la cruz, a la cabeza...<sup>1267</sup>.*

Don Francisco Terrones del Caño, en su *Instrucción de predicadores*, parecía no tomarse este sermón a las mujeres públicas como un mero trámite, sino como un intento sincero de llevarlas a la vida

---

<sup>1267</sup>PINHEIRO DA VEIGA, Tomé, *Fastiginia*, pág. 48.

honesta, cuando advertía

*El que no fuere muy afectuoso y vehemente, no tome a predicar a las mujeres públicas para convertirlas*<sup>1288</sup>.

Pero a parte de los sermones que respondían a un claro propósito de tranquilizar las conciencias y de señalar inequívocamente a las prostitutas como pecadoras a los ojos de todos, parece que algunas autoridades llegaron a servirse de ellas, dada su miserable condición, para fiestas tan denigrantes como la descrita por Pinheiro:

*...sabréis que entre las fiestas que en Madrid hicieron a la reina, fue una poner delante de Palacio un mástil untado con carnero, y cintas encima, y otra invención del Corregidor fue mandar a las mujeres públicas que, con medias alzadas, fuesen a correr, al paio, delante de Palacio, con premios a la que mejor y más corriese; y así se hizo, cayendo muchas y mostrando las piernas a la Reina y la trasera al Corregidor, que es fiesta digna de memoria, y que, de hoy a diez años, no creerían nuestros hijos, si se la contáramos*<sup>1289</sup>.

Al margen de ello, su imagen pública debía estar claramente diferenciada, no podían confundirse con las damas o con las mujeres honradas, para lo cual nada más fácil que prohibirles vestir determinadas ropas e incluso se trata de que lleven atuendos que las

---

<sup>1288</sup> TERRONES DEL CAÑO, Francisco, *Instrucción de predicadores*, edición del P. Félix G. Olmedo, Madrid, Espasa-Calpe, 1960, Clásicos Castellanos, 126, pág. 58.

Un sermón de la Conversión de la Magdalena, de fray Manuel Guerrero Rivera (1679), puede verse, por ejemplo, en HERRERO GARCIA, Miguel, *Semenario clásico. Con un ensayo sobre la oratoria sagrada*, Madrid, Escelicer, 1942, págs. 175-198.

<sup>1289</sup> PINHEIRO DA VEIGA, Tomé, *Fastiginia*, pág. 225.

"declaren"<sup>1290</sup>... La Nueva Recopilación recoge esas restricciones referidas sobre todo a ornamentos y telas lujosas:

*Item, mandamos, que las mugeres, que publicamente son malas, y ganan por ello, no puedan traer, ni traygan oro, ni perlas, ni seda, so pena de perder la ropa de seda, y con ella lo que traxeren, y los verdugados de seda que traxeren. Y en quanto a los bordados, y guarniciones de oro, entendiéndose, lo que esta prohibido generalmente, como se ha, y deve entender, mucho mas raxon ay para que comprehenda a este genero de gente: y hase de entender ansi mismo, que lo que está prohibido generalmetne a todas las mugeres cerca de los trages, y vestidos, no los han de poder traer las dichas mugeres publicas, ni en sus casas, sino fuera dellas, como siempre se ha interpretado y acostumbrado, y para obiar y evitar todo genero de calunnias, fraudes y achaques<sup>1291</sup>.*

Lo que demuestra que esas disposiciones no tenían un sentido antisuntuario, sino claramente distintivo. Cuando en 1639, el Consejo prohíbe el uso de guardainfantes a las mujeres hace también una excepción con respecto a las prostitutas:

*Manda el Rei nuestro Señor que ninguna muger de qualquier estado, i calidad que sea, pueda traer, ni traiga guarda-infante, u otro instrumento, o trage semejante, excepto las mugeres que con licencias de las Justicias publicamente son malas de sus personas, i ganan por ello, a las quales solamente se les permite el uso de los guardainfantes, para que los puedan traer libremente, i sin pena alguna...<sup>1292</sup>.*

La Sala de alcaldes de casa y corte no hace sino seguir esa misma concepción. La actitud de la Sala es, en principio, conseguir un control estricto y eficaz mediante la reducción de la prostitución a un

---

<sup>1290</sup>CEPEDA ADAN, José, "La mujer en la Historia. Problemas metodológicos", en *Nuevas perspectivas sobre la mujer*, Actas de las Primeras Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, Madrid, U.A.M., 1982, vol. I, págs. 13-17, pág. 17. Cita el ejemplo de la mantilla sevillana, originada en la orden dada a las prostitutas de acortar sus mantillas para evitar confusiones con el resto de las mujeres que acudían a misa.

<sup>1291</sup>N.R., VII, 12, 1, punto 13.

<sup>1292</sup>A.A., VII, 12, 1.

único lugar determinado, pero, poco a poco, irá rindiéndose ante la imposibilidad de conseguir esa concentración y aceptará tomar sólo medidas limitadas a casos concretos.

El pregón general de causas criminales contiene ya un buen resumen de la política de los alcaldes con respecto a la prostitución: la actividad de las prostitutas debía estar bajo la supervisión organizativa y económica de la Sala, por lo que no podían ejercer su oficio sino en la casa pública y, en ningún caso, dependiendo de rufianes:

*Otrosi manda que ninguna mujer enamorada rramera ni cantonera sea osada de tener ni tenga rrufianes so pena de çien açotes y de aver perdido los bestidos que tubiere y que no tengan moças sospechosas menores de quarenta años so las penas contenidas en las leyes<sup>1293</sup>.*

Esa supervisión se hacía extensiva también a los aspectos sanitarios:

*Otrosi manda que ninguna muger enamorada que aya estado o este enferma de bubas no gane en esta çiudad ni en la mançebia so pena de çien açotes y so la dicha pena manda que la que no fuere vezina della y natural no gane en esta corte y se vaya de ella<sup>1294</sup>.*

Aunque la principal preocupación era el mantenimiento del orden público

*Otrosi manda que ninguna persona sea osada de entrar en casas de mugeres enamoradas de la rramería con ningunas armas so pena de la aver perdido y destierro desta corte<sup>1295</sup>.*

La cuarta dirección de la actitud de la Sala era, precisamente, garantizar esa distinción en sus vestidos y comportamientos públicos con respecto a las damas, mirando por esos aspectos de la imagen que, supuestamente, eran un resguardo para la moralidad:

---

<sup>1293</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1199, "Pregón general para la governación desta corte", punto 8, f.1.

<sup>1294</sup> *Ibidem*, punto 10.

<sup>1295</sup> *Ibidem*, punto 12.

*Otrosi manda que ninguna muger enamorada lleve ni haga llevar almohadas a la iglesia ni le lleven la falda ni traigan escuderos que las acompañen ni mas de una muger [...], ni traigan sombreros de seda, rraso ni tafetan ni gaurneçidos de oro ni de seda ni de plata por las calles ni iglesias ni se asienten en las dichas iglesias entre las mugeres principales ni delante dellas y que con los dichos sombreros ni sin ellos no anden ni esten tapadas las caras en las iglesias ni fuera dellas so pena de dos mil maravedis por la primera vez y de aver perdido las tales rropas y sombreros y por la segunda vez salgan desterrados los hombres que las acompañaren en tales dias por dos años de la corte y çinco leguas<sup>1296</sup>.*

La Sala intentó, según su costumbre, hacer efectiva su tutela en esos cuatro sentidos; no obstante, en unos fue más eficaz que en otros. Para mantener el control sobre la prostitución la opción más eficaz era reunir las en un barrio propio y nombrar unos administradores que velasen por el cumplimiento de las leyes, por el respeto a los aranceles acordados o por la satisfacción de los derechos pertinentes<sup>1297</sup>. El lugar destinado a tal efecto en Madrid fue el llamado *barranco de Lavapies*, tal como expresaron los alcaldes en un auto de octubre de 1596:

*mandaron que se notifique a todas las mugeres enamoradas que de tres dias a esta parte an estado en el barranco de labapies desta villa que dentro de tres dias primeros siguientes se buelban al dicho barranco y no esten en calles no casas dibididas queriendo bibir libres sino en el dicho barranco de labapies so pena de cada quatro años de destierro de la corte y çinco leguas y asi lo probeyeron y*

---

<sup>1296</sup> *Ibidem*, punto 9.

<sup>1297</sup> Se podía cobrar a las prostitutas el llamado derecho de las perdices, sobre el que parece que hubo algunos abusos según se desprende de la orden de la Sala a los alguaciles de corte y de villa para que *no cobren ni lleven por si ni por ynterposita persona de las mugeres publicas los derechos que llaman de las perdices sin mostrar el titulo, causa o rrazon porque lo llevan*, mandándose también *al padre de la mancevia no los cobre para ningun alguacil ni otra persona*, A.H.N., *Consejos*, libro 1197, f. 144, 1585, julio, 8, Madrid, Sala de Alcaldes.

*mandaron*<sup>1298</sup>.

Los alcaldes dejaban, pues, bien claro que no querían libertades de ningún tipo sino que las *mujeres enamoradas* se limitasen a aceptar la organización que se les imponía. Al frente de ese burdel institucionalizado se colocaba a un *padre* y una *madre* de la *mancebía*, encargados de actuar como enlace entre el prostíbulo y la Sala, que los responsabilizaba a ellos del cumplimiento de sus órdenes, como por ejemplo de que se cobrase el arancel fijado por ella misma<sup>1299</sup>.

Aunque en principio pudiera parecer una preocupación secundaria, los alcaldes se ocuparon también de las inspecciones sanitarias a las prostitutas, no limitándose sólo a prohibir, como se hacía en el pregón general, que las enfermas "ganasen" en la mancebía, sino incluyendo entre las obligaciones del cirujano de la cárcel de corte la de visitar el *barranco*<sup>1300</sup>, con lo que se relacionaba la prostitución con el mundo culpable de los presos<sup>1301</sup>. Esa atención fue, naturalmente, mayor en la medida en que la enfermedad de algunas de esas mujeres suponía un riesgo de contagio, como en 1604, cuando, estando la Corte en Valla-

---

<sup>1298</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1198, f. 122, 1596, octubre, 29, Auto de los alcaldes.

<sup>1299</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1198, f. 141, 1597, agosto, 4, Madrid, Sala de los Alcaldes:

*Mandaron que se notifique al padre y madre de la casa publica desta villa que al presente es e adelante fuere que guarden e cumplan el arancel que se les dio por los señores alcaldes en nueve de henero de ochenta e ocho y no eredan del en manera alguna so pena de cien azotes y quatro años de destierro de la Corte y cinco leguas y asi lo probeyeron y mandaron.*

<sup>1300</sup>Ya en 1591, Antonio de Linares, barbero y cirujano afirmaba llevar años visitando *la casa de la mancebía y el barranco* y la cárcel, por lo que pedía que se le nombrase oficalmente, como en efecto se hizo, A.H.N., *Consejos*, libro 1197, f. 399, 1591, julio, 4.

<sup>1301</sup>A.V.M., *Secretaría*, 2-235-25; 1599: *Por muerte de biçinay barbero y çiruxano esta baca la plaça de çiruxano de la carçel rreal desta villa y de la casa de las mugeres publicas cuya probision es desta villa de Madrid.*

dolid, la Sala, habiendo sido informada de *que algunas delas mugeres enamoradas cantoneras que ay en esta corte estan enfermas de llagas y males contaxiosos*, ordenó

*que se haga averiguacion de las mugeres que tienen los dichos males contagiosos y llagas, y hecha Jusepe de castañeda çirujano dela carzel rreal de esta corte a cuyo cargo esta las visite y un alguacil las compela a que se dejen bisitar y hechas las declaraciones se lleben ante su magestad para las ber y proveer justamente y mando que no se bisiten otras mugeres ningunas mas de las ordinarias del barranco y la casa publica que se suelen visitar en ninguna manera...*<sup>1302</sup>.

En cuanto al mantenimiento de esa imagen diferenciada de las prostitutas, parece que la Sala intentó hacer cumplir las limitaciones que marcaban las leyes en sus vestidos, pues en el inventario general aparece alguna dama cortesana encausada por vestir sedas y en los libros de la Sala hemos encontrado al menos dos peticiones de ex-prostitutas para poder vestir seda, como esta de 1612:

*Ysabel de cordoba estante en esta corte digo que yo e sido dama cortesana y agora al presente no lo soy y abra mas de quinze dias que yo me e rrecoxido en una casa muy honrrada en compañía de ana de azentra biuda de alonso de granda escrivano en la qual estoy rrecoxida haçiendo labor de rrandas y rropa blanca que me dan de las tiendas y el cura de la perroquia me socorre con alguna limosna con lo qual me sustento sin ofender a dios como consta de la fe del dicho cura que presento, a vuestra altera suplico mande que se rreciba ynformacion delo contenido y siendo ansi se me de licencia para que pueda traer seda pues no soy como dicho tengo dama cortesana, sobre que pido justicia*<sup>1303</sup>.

También tuvieron los alcaldes algún problema con la salvaguarda

---

<sup>1302</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1199, f. 176, 1604, febrero, 19, Valladolid.

<sup>1303</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1201, f. 309, 1612, mayo, Madrid. Después de hacer información sobre ello, la Sala le dió licencia.

La misma petición hizo Catalina Sánchez cuatro años después, A.H.N., *Consejos*, libro 1203, f. 284:

*Muy poderoso señor. Rafael berrueco en nombre de catalina sánchez digo que la susodicha a sido dama cortesana y a muchos dias que esta rrecoxida y bibe onestamente, a Vuestra Altera pido y suplico mande dar licencia a la susodicha para que pueda traer seda sin que por ello ningun alguacil desta corte y villa la molesten...*

de esa apariencia de moralidad que se limitaba a ciertos días señalados. Así, en 1617-1618, la Sala se vio envuelta en una polémica entre los jesuitas del Colegio Imperial, que pedían que en algunos días de fiesta las prostitutas no ejercieran su oficio *y que se les zerrase la casa*, y los representantes legales de las mujeres públicas. En nombre de la congregación de Nuestra Señora de la Concepción del Colegio Imperial de la Compañía de Jesús se alegaba que en otras ciudades como Sevilla y Granada en las fiestas religiosas más solemnes así se hacía y solicitaban al Consejo que en Madrid se aplicase otro tanto, éste lo tuvo por bien y la Sala registró y ordenó el cumplimiento de dichos autos, incluyendo así mismo una provisión real que se había dado en 1610 en ese sentido. Sin embargo, el Consejo al aceptar esa propuesta encomendó a dicha congregación que dieran de comer a las mujeres de la casa pública los días que ésta -según su propia petición- estuviera cerrada, decisión protestada por los jesuitas que piden la revocación de los autos que ordenaban tal cosa, ya que la congregación nunca se ofreció a darles de comer ni -según ellos- tenía renta para hacerlo. En nombre de las mujeres, un procurador protesta y pide que igual que en los días de Nuestra Señora la diputación de la Veracruz recogía y alimentaba a las prostitutas así lo hiciese la Congregación de Nuestra Señora de la Concepción, pues de lo contrario *es causa de que las susodichas senpeñen para comer y vendan sus pocas prendas que tienen*. La Sala dió la razón a las mujeres, pero al parecer la Congregación se negaba a cumplir la parte que le asignaban, puesto que hay una nueva queja de las mujeres de la casa pública que afirman cumplir lo establecido y no ejercer *los días de apostoles y pasquas, corpues y trinidad*, los cuales la Congregación tenía buen cuidado en recogerlas



pero no así en darles de comer. Finalmente un escribano tuvo que notificar formalmente, reunida dicha Congregación, la obligación de cumplir lo dispuesto y ante él volvieron a esgrimir los mismo argumentos y a suplicar al Consejo *se sirba de denegar lo que por parte de las dichas mugeres se pide*<sup>1304</sup>. Es un buen ejemplo de lo que venimos diciendo, incluso una congregación religiosa podía pedir para que no se hicieran tantas *ofensas a nuestro señor* algo considerado por ella como *cosa justa y del serbiçio de dios*, pero era incapaz de poner nada de su parte, ni siquiera la comida de unos cuantos días.

Pero el principal objetivo de los alcaldes, agrupar a las *damas cortesanas* en el reducto de la mancebía para poder comprobar mejor el acatamiento de sus autos en todos los aspectos citados y, sobre todo, para vigilar los posibles desórdenes organizados por su clientela, se vió pronto desbordado. Era prácticamente imposible conseguir que la prostitución no se extendiera por toda la ciudad, y parece que la situación se les fue de las manos definitivamente tras el regreso de Valladolid, pues ya en 1609 se tiene que recordar la obligación de

*que las mugeres enamoradas se rreduzcan a una calle que llaman del barranco como antiguamente solian estar para que se ybiten los ynconbinientes que rresultan de estar dibididas y para las ir a buscar la calle y meter en ella las mugeres se comete al señor alcalde francisco marquez, y ansimismo que cada uno de los señores alcaldes en su quartel las mugeres cortesanas que biben de serlo las rreduzca y ponga en el en las partes que bieren que conbiene para quitar los ynconbinientes que pueden rrresultar y rresultan de estar en casas y calles no conbinientes para ellos y así lo mandaron y señalaron*<sup>1305</sup>.

---

<sup>1304</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1205, ff. 31-44.

<sup>1305</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1200, f. 433, 1609, junio, 4, Madrid, Sala de Alcaldes.

Pero es que dos años después los alcaldes reconocen que aún no se les había señalado calle a las cantoneras, de modo que era mucho más difícil realizar las visitas sanitarias y se producían numerosos inconvenientes en toda la ciudad<sup>1306</sup>.

Desde entonces, empiezan también los informes de los padres de la casa pública quejándose de que las mujeres que vivían en ella *se salen en cuerpo a la calle y se meten en todas las casas de la vecindad y en las tabernas y bodegones*, lo que era motivo incluso de *muchas pendençias y muertes*<sup>1307</sup>, tal como los alcaldes se temían; de modo que ya no sólo no se podía reducir a las mujeres al *barranco*, sino que incluso las que estaban en la mancebía salían de ella a las puertas, a las tabernas o a otras casas en busca de clientes.

La Sala tiene que adaptarse a esa situación y reconocerse incapaz de hacer cumplir el ambicioso plan inicial, conformándose con "limpiar" algunas calles de mujeres cortesanas, cuando en ella se alojan personas de rango -como tantas veces, ocultando la realidad, en lugar de intentar solucionarla-, o cuando reciben las insistentes protestas del vecindario por una compañía indeseable y las pendençias y escándalo

---

<sup>1306</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1201, f. 79, 1611, enero, 10:

Señor

*Los alcaldes dicen que por no averse señalado calle para las mugeres publicas cantoneras como la ubo siempre en esta corte y en valladolid estando en aquella cibdad no son tan conocidas ni pueden ser visitadas de sanidad y estan repartidas por toda esta villa en vecindades honradas con grandes inconvenientes como otras vezes se han consultado a vuestra magestad en que es necessario tomar la rresolucion que se ha suplicado Vuestra Magestad mandase proveer lo que mas convenga a su rreal servicio, de la Sala, 10 de henero 1611.*

<sup>1307</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1201, f. 347, 1612, agosto, 13, Madrid,. Rafael Berruenco, en nombre de Andrés Serrano, padre de la casa pública. Al año siguiente, el mismo padre de la mancebía volvió a informar a la Sala que, a pesar de haberse dado un pregón en el que se prohibía a las mujeres de ella que *se pusiesen en cuerpo a la puerta a ynquietar a los ombres que pasan*, las cortesanas seguían incumpléndolo: A.H.N., *Consejos*, libro 1202, f. 48r., 1613. Y algo muy similar dice también en 1616, A.H.N., *Consejos*, libro 1203, f. 274, 1616.

que provocaba su presencia. Por ejemplo, en 1616 se produce un cierto forcejeo legal entre la Sala y algunas cortesanas: los alcaldes dispusieron que tres mujeres cortesanas que se habían establecido y *ganaban* en la entrada de la calle del Baño, la abandonasen en dos días y dejasen sus casas y no volvieran nunca a esa calle, sin que los propietarios que les alquilaron las viviendas pudieran alquilarlas sino a personas honradas, puesto que las prostitutas eran *jente perjudicial y la calle no esta segura de las pendençias empelladas y muertes que an suçedido y suçeder*<sup>1308</sup>. Las mujeres, por medio de un procurador tratan de ganar tiempo por dos veces, uno de junio y el día tres, cuando alegan que no hay calle conocida para su profesión y que en ningún otro lugar quieren recibirlas; aún seguían allí el día seis cuando los vecinos protestan formalmente a la Sala dado que *aunque es cumplido el termino que se les dio no an querido salir*, por lo que los alcaldes tienen que ordenar que se cumpliera de inmediato el auto<sup>1309</sup>. Este episodio nos muestra cómo ya no se daba por supuesto que debían salir de las calles en las que se aposentaban "con libertad", para recluirse en la mancebía, puesto que *no tienen calle conoçida donde estar*, y además nos aleja algo esa imagen de la prostitución alejada completamente de los mecanismos de la administración, mostrándose capaces de recurrir, mediante un solicitador, las decisiones de la justicia. En el mes de julio se emprendió una acción similar contra *las mugeres cortesanas que estan en la calle del duque de maqueda*, puesto que en ella vivía el embajador de Venecia y querían evitarse escándalos, por

---

<sup>1308</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1203, f. 313, 1616, mayo, 26, Madrid, Sala de Alcaldes.

<sup>1309</sup> *Ibidem*, ff. 315-316.

lo que a Isabel de Salazar y Catalina de Salcedo, damas cortesanas, se les notificó la orden de desalojo y a quienes les alquilaron los aposentos que no volvieran a darlos *a semexantes mugeres*<sup>1310</sup>. Buena prueba de que todo el mundo en la corte percibía esos intentos de la Sala sólo como un esfuerzo por "lavar la cara" de determinados lugares en los que convenía evitar posibles altercados o malas imágenes es que uno de esos propietarios que había alquilado aquellas casas, meses después se dirigió a la Sala exponiendo que, puesto que en aquella calle ya no posaban ni el duque ni el embajador, se le diese *lizencia para alquilarlas a quien quisiere aunque sea muger cortesana*<sup>1311</sup>. Algo parecido ocurrió a la vez con las prostitutas de la calle de la Cruz; unos cuantos vecinos de dicha calle se dirigen a los alcaldes denunciando

*que en la dicha calle al cabo della donde bibimos y otra mucha jente onrada y de buena vida viven tres damas de corte unas junto a otras y otra al principio de la dicha calle, con tanto escandalo y desenboltura y pendençias que cada dia y noche se ofrezan que no se puede bibir en la dicha calle ni aun entrar seguros en nuestras casas,*

por lo que piden que se ordenase su salida de esa calle. Los alcaldes, efectivamente, deciden en un auto que se notifique a esas mujeres que, en tres días, *salgan de las casas en que estan y se bayan a vibir a otra parte*<sup>1312</sup>; de nuevo nos encontramos con que dos semanas después aún seguían dichas mujeres en el mismo lugar, los vecinos tornaron a

---

<sup>1310</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1203, f. 543, 1616, julio, 15. Auto de la Sala.

<sup>1311</sup> *Ibidem*, f. 544, 1616, noviembre, 11, Madrid.

<sup>1312</sup> A.H.N., *Consejos*, 1203, f. 545, 1616, junio, 18. Auto de la Sala. A continuación fue notificado a Gerónima de Gracia, a Isabel Ana, a Catalina Sánchez e Isabel de Aguilar.

protestar y los alcaldes a dar otro auto para que *cumplan lo proveydo*, notificándolo de nuevo a las cuatro cortesanas<sup>1313</sup>, y, de nuevo, el propietario de las casas sale en defensa de dichas mujeres, pidiendo que se revocase la orden

*porque el sitio y casa donde las susodichas biven esta en parte y lugar donde no hacen daño ni perjuicio porque no ay beçindad frente dellas y el que bive a un lado no la rrecive ni puede rreçivir de manera que tenga justa causa de queja,*

recordando que en los años que llevaban ocupando esas casas nunca se había pedido eso<sup>1314</sup>.

Al año siguiente, los alcaldes exponían que en muchas de las calles principales de la corte se alojaban mujeres de mala vida<sup>1315</sup>, con los consiguientes perjuicios para la honestidad por su mal ejemplo que incluso podía influir en otras mujeres, para el orden por los altercados que originaba su presencia o para el control sanitario dadas las dificultades para que el cirujano pudiera visitarlas por toda la Corte, sin saber exactamente donde se alojaban -y los alcaldes pensaban que *las mas destas estan malsanas y con llagas* y que encubrían sus males-; además, con esa dispersión muchas de ellas tenían rufianes. Por todo ello la Sala pide al Consejo que se intente volver a juntarlas en la calle del barrio de Lavapiés en que solían estar, para evitar, también, *perjuicio a las beçindades*<sup>1316</sup>.

---

<sup>1313</sup> *Ibidem*, f. 547, 1616, julio, 1, Madrid.

<sup>1314</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1203, f. 548, 1616.

<sup>1315</sup> A.H.N., *Consejos*, libro 1203, ff. 470-471, 1617, enero, 11, Madrid. Véase apéndice nº XIX.

<sup>1316</sup> Se especifica también el asentamiento de algunas mujeres cortesanas en varias calles de la ciudad: en la calle de la Pascua, Margarita de Ayala -en una casa y aposento de un tal Larraspi-, Isabel de Aguilar -en casa de Diego Canexo, con dos aposentos-; Gabriela de Guzmán -en casa de Castillo, que abría un aposento a la calle-; Feliziana de Lorroyes. En la calle de la

Pero, por supuesto, las cosas ya nunca se arreglaron y los alcaldes siguieron limitándose a dar autos específicos para los casos de determinadas calles en las que las prostitutas resultaban especialmente molestas: así, por ejemplo, en 1618, de nuevo se ordenó la salida de las mujeres cortesanas *que rresziven visitas que biven a la rredonda de las casas donde vive el envaxador de Persia*<sup>1317</sup>.

---

primavera, Isabel Gálvez -en casa de Mateo Martínez, en un aposento con una puerta que daba a la calle-; Margarita de Ayala, etc.

<sup>1317</sup>A.H.N., *Consejos*, libro 1205, f. 380, 1618, mayo, 14, Madrid. Auto de la Sala. Se notificó a *una Maria dama cortesna que posa en la calle de las guertas*, y a Dionisia de la Serna, que posaba en la calle del León.

## CONCLUSIONES

Dado el tema y el título de nuestro trabajo podía parecer a priori que se trataba de unir los conceptos de mujer y marginación, cuando, en realidad, nada más lejos de nuestro ánimo por cuanto hemos pretendido diferenciar por un lado la delincuencia de las connotaciones inevitables que la vinculan estrechamente con la picaresca, la marginación, el vagabundeo... y por otro la información relacinada con los comportamientos delictivos femeninos de una historia de género mal entendida, excluyente, puesto que nos hemos acercado a ella con el afán de completar nuestros conocimientos sobre la mujer como grupo sociocultural, sólo parcial y sesgadamente estudiado en estos aspectos, y de cuyo análisis podía enriquecerse también la perspectiva de la delincuencia en la Corte, en la que, no conviene hacer distinciones de sexo prácticamente en ninguno de sus aspectos.

Las tres partes en que hemos organizado nuestro trabajo responden a un claro propósito de contraste. En las dos primeras nos aproximamos algunso aspectos teóricos o institucionales que luego se verán en cierto modo refutados por los datos de los alcaldes de casa y corte, que aportan no sólo fundamentales consideraciones acerca de la delincuencia, sino también sobre la sociedad y el poder de aquel Madrid de los Austrias.

Si comenzábamos mostrando la imagen que los textos literarios y legales nos trasmiten de la mujer, lo hacíamos con el propósito de



comprobar hasta dónde llegaba el tópico, hasta dónde lo artificial de los discursos normativos, al enfrentarlos con un hecho tan rotundo como el delito -práctica social y expresión de resistencia-, enfrentamiento fecundo y no siempre bien aprovechado.

Al ocuparnos del status jurídico, no lo hemos hecho pretendiendo identificarlo con el verdadero marco legal en que se movía la mujer, puesto que en él lo verdaderamente significativo son los silencios, la ausencia de referencias. Siguiendo sólo las leyes que se ocupan específicamente de la mujer nos encontraríamos con una descripción de la vida femenina que giraría en torno al matrimonio y, sobre todo, a algunos aspectos económicos del matrimonio, desviando ya cualquier posible análisis hacia una interpretación en la que desde el principio se defina a la mujer en relación con su dependencia del marido, con lo que cobraría un lugar destacado la dialéctica dominación/opresión, aceptando unas posiciones de partida que no nos permitirían un análisis de las condiciones en que podía desarrollarse esa dominación. Por otra parte, al margen de esa distinción, las leyes dejan traslucir otra, no a partir ya de los derechos y deberes sino en relación con la transgresión; la mujer a la que las leyes condenan es una "mala mujer" y eso nos traslada de inmediato a un mundo de connotaciones morales muy precisas, en el que, curiosamente, la relación entre delito y pecado, en el caso de la mujer, se convierte casi en identificación entre delito contra la moral y pecado sexual. Siguiendo este otro camino abierto por la legislación desembocaríamos necesariamente en una historia en la que el elemento diferenciador de la mujer sería su sexualidad, a partir de la cual, se establecerían comportamientos, hábitos, ocupaciones o, incluso, delitos, supuestamente femeninos,

cuando en realidad sólo se refieren a la "biología femenina", con lo que veríamos a la mujer no sólo a partir del sexo, sino del sexo "culpable".

Pero, como decíamos, las leyes callan innumerables situaciones que, afortunadamente, otras fuentes pueden aclarar. No se ocupan de las mujeres que cometían otro tipo de infracciones y eso extraña, naturalmente en un cuerpo doctrinal -no sólo legal- en el que la mujer siempre se citaba dando por supuesto que la norma se refería al varón.

Con la literatura ocurre algo similar, las referencias a la mujer son casi siempre como excepción, como quien escribe "del otro", del diferente, con lo que se desvirtúa completamente la posibilidad de obtener una referencia general y aproximada de su posición, aunque, a cambio, nos ofrece algo igualmente importante: su imagen, su reflejo en la conciencia expresiva de otros. A ello hemos de añadir un esfuerzo por apreciar cómo cuando la literatura individualiza a un tipo concreto de varón -bien para hacerle blanco de las sátiras, bien para proponerlo como modelo-, rara vez tenemos a generalizar sobre la consideración que los literatos tenían de lo masculino", sino que identificamos esa figura con el tipo que representa -el *lindo*, el sabio, el famfarrón-, y no con intención de atribuir una cualidad determinada a lo varonil en su conjunto. Así que, quizá, debemos pensar en la literatura como transmisora de valores más universales, de modelos que no tienen que ver con su género sino con lo que representan, pero también como un magnífico espejo por el que desfilan personajes, "imágenes" cuidadosamente captadas y deformadas, de gran utilidad para completar algunas descripciones a las que el historiador no podría llegar de otro modo.

Esas dos referencias -legal y literaria-, tan sugerentes como "peligrosas", precisan de una tercera, los testimonios de la capacidad de iniciativa, las posibilidades de vida, los límites de lo admisible que a las mujeres reconocían la sociedad, la familia y ellas mismas -o mejor, la mentalidad en que estaban inmersas, y sus consecuencias en su propia actuación-, cubiertos siempre con el manto excusatorio de la moralidad y en los que siempre queda por solucionar el dilema, no ya entre el ideal soñado por algunos y los real, sino entre lo público y lo privado, entre lo regulado -legal, social o moralmente- y lo íntimo -objeto de una censura mucho más difícil de establecer-.

La Justicia ha sido el cruce de algunas reflexiones esenciales en este trabajo. En primer lugar, ¿quiénes estaban encargados de hacer valer ese status jurídico femenino?, ¿quiénes podían señalar a alguien como un delincuente ante los demás?. De ahí que nos hayamos ocupado de las instituciones judiciales y de quienes las servían, tratando de comprender sus mecanismos y su práctica. Singularmente atención dedicamos a la situación de la justicia madrileña, con el destacadísimo papel de la Sala de alcaldes como omnipresente vigilante, fiel cumplidor de las consignas y desvelos del Consejo, el verdadero autor de los principios básicos que guiaban la vida madrileña, que tenía en sus alcaldes de casa y corte un instrumento que -por contraste con otros tribunales, magistrados y oficiales- se mostraba especialmente eficaz e, incluso, -lo que era aún más difícil- respetado. De ellos dependía desde el control sobre los abastos, la preocupación por la limpieza de las calles y sanidad de la villa, hasta la vigilancia de la corte -dividida a tal efecto en cuarteles-, la gestión de la cárcel

real o el procesamiento de los delincuentes de su jurisdicción -la corte y lugares de las cinco leguas-. Conociendo su funcionamiento, pero también sus defectos y, sobre todo, los de las personas que la administraban resulta mucho más comprensible la aproximación a la delincuencia.

En cuanto a la delincuencia, más que reducirla hacia la marginación, hemos pretendido integrarla, puesto que los delincuentes parten de un mismo modelo que el resto de la sociedad, de una misma disposición para enjuiciar lo que les rodea (como individuos -lo quieran o no- de esa colectividad); disposición que se ve obviamente alterada por sus condiciones vitales, convirtiéndose en transgresión, que, a veces, se traducía en marginalidad, en un doble plano: la aceptada, de la que es consciente el propio individuo, y la que se observa como rechazo del resto de la sociedad. Es esto lo que nos permite establecer diferentes tipos de delincuencia: la relacionada de diversos modos con esa marginación, la de los oficios más viles, la pobreza como forma de vida, las minorías -con hábitos propios también para el delito como hemos visto en el caso de los gitanos-; la delincuencia de fraude, relacionada con oficios o profesiones que permitían abusos o excesos -económicos o buscando otro de tipo de beneficios para sus propios intereses, frecuentemente valiéndose de su posición-, muy destacados en un lugar como la Corte, lleno de burócratas y de *justicias*, de mercaderes y de tratantes de toda condición, abusos que situaban a la justicia, no pocas veces, en una dudosa posición más cercana a los encausados que a la ley. Pero, además, había una delincuencia que podríamos denominar "tradicional" -y que nosotros

creemos mayoritaria-, la de quienes insultan, se pelean, hieren o roban, o incluso la de quienes no se conformaban con las normas amorosas o sexuales impuestas, delincuencia ésta que constituye una verdadera constante en el tiempo.

Hemos hablado de mujeres delincuentes y no de delitos femeninos porque ésta expresión supondría que nos referimos a transgresiones exclusivamente realizadas por mujeres o, a lo sumo, típicamente relacionadas con ellas, que son, en realidad bien pocas, estrictamente la alcahuetería y las hechicerías -y ambas incluso con algunos reparos-. En cuanto a su participación en la causas con las que hemos trabajado, la atención parece centrarse por algunas de las razones que venimos señalando en los delitos contra la moral sexual y marital; podríamos decir que *nada menos* que un 25 % fueron procesadas por ese tipo de delito. Sin embargo, creemos que es más significativo señalar que tres cuartas partes de las mujeres indiciadas por la Sala no fueron juzgadas en causas relacionadas con la moral. Y es que si la literatura y la bibliografía nos han mostrado un mundo femenino formada exclusivamente por damas, monjas y prostitutas, qué no se podría pensar de las delincuentes sino que todas ellas eran *mujeres públicas*. Pero era así, las mujeres delinquen en toda la variada gama de transgresiones y su distribución no difiere esencialmente de la del hombre. Por lo demás, el porcentaje de las que participaban en la delincuencia con respecto a los hombres era de poco más del 17 %, que, tal vez, sería muy similar al número de mujeres que tenían dedicaciones laborales públicas.

Hemos tratado, finalmente, de desterrar dos tópicos excesivamente arraigados, quizá precisamente por el mal uso de la literatura como fuente histórica. El primero, esa sobreabundancia que se suele atribuir a los bajos fondos picarescos, no porque no existieran -y en número muy importante-, sino porque su colorido y manifestaciones, prácticamente anulaban cualquier otra forma delictiva. En segundo lugar, la identificación de mujer delincuente con mujer de mala vida, acusada de atentar contra la moral y, sobre todo, de prostitución, cuando esta última, como vimos, no fue apenas perseguida mientras se ejerciera *correctamente*; esa impresión errónea se ve reforzada, como ya hemos señalado, por las escasas referencias que las leyes hacían de ellas. La mujer sigue unas pautas delictivas apenas diferentes a las de los hombres y siempre por las imposiciones estrictas de la sociedad en materia de responsabilidad y dedicación profesional, que las alejaban algo, por ejemplo de los delitos de fraude, que se cobijaban en la propia administración y en el comercio, y las acercaban algo más a modelos tradicionales, como la participación en casi todo tipo de agresiones -verbales o físicas- y de latrocinios.

Insistir en exceso en la imagen de un Madrid barroco, desbordado de prostitutas, pobres, vagabundos y pícaros, que perturbaban constantemente el orden público o representaban una seria amenaza social, no parece tener demasiado sentido cuando tan concienzudo guardián como la Sala de alcaldes de casa y corte no les presta ni mucho menos la atención que en tal caso les correspondería.

**APENDICES  
DOCUMENTALES**

## I. ¿FEMINISTAS EN QUEVEDO?

*Embistisiéranse los dos si no los apartara el mormullo de una manada de catedráticos, que venía retirándose de un escuadrón de mujeres, que con las bocas abiertas los hundían a chillidos y los amagaban de mordiscones. Una de ellas, cuya hermosura era tan opulenta que se aumentaba con la disconformidad de la ira, siendo afecto que en la suma fiereza de un león halla fealdad que añadir, dijo:*

*- Tiranos, ¿por cual razón (siendo las mujeres, de las dos partes del género humano, la una, que constituye la mitad) habeis hecho vosotros solos las leyes contra ellas, sin su consentimiento, a vuestro albedrío? Vosotros nos privais de los estudios, por envidia de que os excederemos; de las armas, por temor de que seréis vencimiento o nuestro enojo los que lo sois de nuestra risa. Habeis constituido por árbitros de la paz y de la guerra, y nosotras padecemos vuestros delirios. El adulterio en nosotras es delito de muerte, y en vosotros entretenimiento de la vida. Quereisnos buenas para ser malos, honestas para ser distraídos. No hay sentido nuestro que por vosotros no esté encarcelado: teneis con grillos nuestros pasos, con llave nuestros ojos; si miramos, decís que somos desenvueltas; si somos miradas, peligrosas; y al fin, con achaque de honestidad, nos condenais a privaciones de potencias y sentidos. Barbonazos, vuestra desconfianza,*



*no nuestra flaqueza, las más veces nos persuade contra vosotros lo propio qque cautelais en nosotras. Nás son las que haceis malas que las que lo son. Menguados, si todos sois contra nosotras privaciones, fuerza es que nos hagais todos apetitos contra vosotros. Infinitas entran en vuestro poder buenas, a quien forzais a ser malas: y ninguna entra tan mal, a quien los más de vosotros no hagan peor. Toda vuestra severidad se funda en lo frondoso y opaco de vuestras caras; y el que peina por barba más lomo de javalí, presume más suficiencia, como si el solar del seso fuera la pelambre prolongada, de quien antes se prueba de cola que de juicio. Hoy es día en que se ha de enmendar esto, o con darnos parte en los estudios y puestos de gobierno, o con oirnos, y desagraviarnos de las leyes establecidas, instituyendo algunas en nuestro favor, y derogando otras que nos son perjudiciales.*

Francisco de QUEVEDO,  
*La hora de todos,*  
(ed. de Luisa López-Grigera, pp.207-208).

## II. UN ENEMIGO DECLARADO DE LAS MUJERES.

*Escribiré los peligros con coche de mujeres, y sin él en calle y Prado, y tomo esta parte por el todo, porque riesgos de gastar con algunas los hay en toda parte y lugar. Solicito decir la verdad, que es decir: quiero ser su enemigo; y que me digan aquello de "cada uno habla como quien es". Miente el adagio, porque no hablaré sino como quien son ellas. Es tan resuelta mi determinación como de quien no tiene ya qué perder. Difiniré el genio de algunas y daré a conocer lo intrincado de sus naturales y lo interior de sus dictámenes; fundada mi intención en el discurso propuesto, tendré suficientísima disculpa si saliere la obra falsa, porque lo es el fundamento. Inquiriré sus costumbres, que esto será muy fácil, porque las saben todos, sin que las valga celarse con los mantos, aunque más se tapen, están muy descubiertas. Aumenta el número una mujer a la profanidad de las otras, y se halla entera perdiendo la entereza; y, así, anhela para ser curial y veterana en el ejercicio, no en los años, que aunque sean sesenta, se finge bisoña, hasta que la edad con el frío de las canas la apaga la llama del apetito. Ya escucho, engáñase quien mormura, que yo no digo mal de las mujeres ni de las señoras, antes, las venero y respeto. De las que impugno, no son mujeres, sino gatas, cuyo intento*

*es siempre arañar, comadres de juventud y comadreja del dinero.*

Baptista REMIRO DE NAVARRA, *Los peligros de Madrid* [1646],  
Madrid, José Esteban, ed., 1987, págs. 13-14.

### III. MUJERES PESCADORAS

*Hay seis o siete maneras  
de mujeres pescadoras,  
que andan, Otón, a estas horas  
por estas verdes riberas.*

*Una sale con rigor  
que no se ha de destapar,  
porque en viéndola, no hay dar  
una blanca de valor.*

*Ésta, fiada en el pico  
dos melindres y un enfado,  
y algo de un ojo rasgado  
que encubre nariz y hocico,  
pesca de sólo su anzuelo  
camarones, pececillos,  
guantes, tocas y abanillos  
del boquirrubio mozuelo.*

*Otra sale con su manto  
como barba hasta la cinta:  
que por lo casto se pinta  
de lo que aborrece tanto.*

*Pesca un barbo boquiabierto,  
destos que andan a casarse,  
que piensan que han de toparse  
con un tesoro encubierto:  
lleva arracadas y cruces.*

*Otra sale a lo bizarro,  
tercia el manto con desgarró,  
y anda el rostro entre dos luces.*

*Esta viene más fiada  
en la cara bien compuesta,  
descubierta a la respuesta,  
y, cuando pide, tapada;  
pesca un delfín a caballo,  
que se apea a no lo ser;  
cuerdo digo al mercader,  
que sabe bien castigallo,  
y quédalo por la pena.*

*Otra veréis cuyo fin  
es dar un nuevo chapín,  
que aquella mañana estrena.  
Acuden a la virilla  
de plata resplandeciente,  
mil peces de toda gente;*

*y ella salta, danza y brilla:  
pesca medias y otras cosas;  
dice que vive, a diez hombres,  
en calles de treinta nombres.*

*Otras hay más cautelosas,  
destas de coche prestado:  
pescan un señor seguro,  
llevan diamante, oro puro,  
que se cobra ejecutado.*

*Hay a la noche bujías,  
pastilla, esclavilla y salva;  
y vase a acostar al alba,  
después de seis gracias frías  
y un poquito de almohada.*

*Otras hay que andan al vuelo:  
no ponen cebo al anzuelo  
ni van reparando en nada,  
porque son red barredera  
de los altos y los bajos.  
Estas pescan renacuajos,  
ariscando la ribera,  
porque llevan avellanas,  
duraznos, melocotones,  
huevos, sardinas, melones,  
besugos, peras, manzanas,  
y zarandajas así.*

LOPE DE VEGA, *El villano en su rincón*,  
jornada I, escena III.

#### IV. PROHIBICION DE LLEVAR COPETES O GUEDEJAS

*Dixeron [los alcaldes de casa y corte] que mandavan y mandaron que se pregone publicamente en esta corte que ninguna persona de qualquier estado y condiçion que no sea ossado a traer ni trayga copete ni quedexas ni zernejas sino que trayga el cavello ygal anssi en la caveza como en las sienes so pena quel que las traxese cayga e yncurra en pena siendo noble por la primera vez de diez mill maravedis y treinta dias de carzel y por la segunda sea la pena doblada y destierro de la corte por un año y por la tercera zien ducados y quatro años de destierro desta corte y çinco leguas y no siendo noble por la primera vez yncurra en pena de un año de destierro y tres mill maravedis y por la segunda la pena doblada y por la tercera vez en berguença publica y quatro años de galeras y las penas pecuniarias duplicadas la tercera parte para el denunciador y las otras dos terceras partes para pobres y gastos de justicia, otrosi mandan que los barveros no sean osados de dexar las dichas quedexas ni zenexas aunque se lo pidan las partes, so pena de seis mill maravedis aplicados en la misma forma y suspensión de oficio y dos años de destierro y que se prozedera contra ellos a mayores penas y anssi lo mandaron y señalaron.*

A.H.N., Consejos,  
Sala de Alcaldes de Casa y Corte,  
libro de gobierno 1203, f.522,  
Madrid, 28 de febrero de 1617.

## V - CONFLICTOS DE PRECEDENCIA ENTRE LA INQUISICION

### Y LA AUDIENCIA DE GRANADA -

*El Rey.*

*Presidente e oidores de la nuestra audiencia que esta e reside en la ciudad de granada vi lo que me consultays cerca dela çedula que los ynquisidores dese arçobispo os presentaron para que en el acompañamiento de la proçesion que hazen quando ay abtos dela fee guardasedes la orden y forma que sobre esto se a tenido hasta el año de çinquenta e dos que aquella se avia perbertido y para que dexasedes proveer a los dichos ynquisidores en el cadahalso los lugares y asentamientos que las personas que en el estan an de tener y la horden que se a de tener en la yda de la proçesion al cadahalso y de la buelta a las casas del santo offiçio en el acompañamiento de la cruz y en todo lo demas que tocara a la horden del dicho abto y todo visto en nuestro consejo y consultado con la serenissima prinçesa de portugal nuestra muy e muy amada hermana gobernadora destos nuestros rreynos por nuestra ausençia dellos fue acordado que deviamos mandar dar esta nuestra çedula por la qual mando que entretanto que otra cosa se probee no estando presidente en esa audiençia preçeda e prefiera el ynquisidor mas antiguo al oydor mas antiguo así en la proçesion como en el asiento del cadahalso y çerca dello que se ha hecho y acostumbrado estando ay presidente allandose en los dichos autos en proçeder o no al ynquisidor mas antiguo y no aviendo presidente que sea usado e acostumbrado en proçeder o no al ynquisidor mas antiguo y no aviendo presidente que sea*

*usado e acostumbrado en la dicha presedençia del oydor o ynquisidor mas antiguo se ynbieis ynformacion que lo mismo embio a mandar a los ynquisidores arçobispado que la hagan y ynbien por su parte para que vistas ynbie a mandar lo que en esto se a de hazer, de valladolid a XXIX dias del mes de julio de mill e quinientos e çinquenta e siete años./ Yo la princesa/ por mandado de su magestad su alteza en su nombre hernan vazquez.*

A.R.Ch.G., *Libros de Chancillería*,  
"Registro de cédulas reales y autos de  
acuerdo que por sus datas se contienen  
en este libro desde aqui adelante", f.98,  
Valladolid, 29 de julio de 1557.



## **VI. CONFLICTOS DE JURISDICCION ENTRE LA AUDIENCIA DE SEVILLA**

### **Y LA CHANCILLERIA DE GRANADA -**

*Sobrecedula de otra de vuestra alteza para quel presidente e oydores e alcaldes de la audiencia de granada no conozcan delas causas çeviles ni criminales que suçedieren en la ciudad de sevilla y su tierra asi en primera ynstancia como en grado de apelacion si no fuere en casos de corte o de causas que sucediessen en la dicha çuudad por comision de vuestra magestad por quenta...*

*El Rey.*

*Presidente y oydores y alcaldes de nuestra audiencia y chançilleria questa y rreside en la çuudad de granada bien sabeis como yo mande dar y di para vos una mi çedula del tenor siguiente*

*El rrey/ presidente e oydores y alcaldes de nuestra audiencia y chançilleria questa y rreside en la çuudad de granada, ya sabeis las diferençias que ha avido entre vosotros y las nuestras justicias dela çuudad de Sevilla sobre el conosçimiento de algunas causas çeviles y criminales que han suçedido en la dicha çuudad y su tierra por se aver presentado en esa audiencia algunas de las partes en grado de apelacion y porque la dicha çuudad de sevilla ha pretendido y pretende que conforme a los previllejos que tiene de los catolicos rreyes nuestros progenitores han de conosçer de las tales causas las nuestras justicias de la dicha çuudad sin las sacar fuera della, mandamos traer ante los del nuestro consejo los dichos previllejos originales y aviendose visto en el fue acordado que deviamos mandar esta mi çedula en la dicha razon e yo tovelo por bien por ende yo vos mando que agora ni de aqui adelante no conoscais ni os entrometais a conosçer de causas çeviles ni criminales que suçedieren en la dicha de sevilla y su tierra asi en primera ynstancia como en grado de apelacion sino fuere en casos de*

*corte o de causas que se conosçiere en la dicha çiudad y su tierra por comision nuestra y no fagades ende al por alguna manera, fecha en valladolid a honze de hebrero de mill y quinientos y quarenta y nueve años. maxiliano, la prinçesa por mandado de su magestad su alteza en su nombre fernan vazquez*

*y siendoles en vuestro acuerdo la obedecistes y en quanto al cumplimiento de la dicha nuestra çedula hasta que otra cosa fuesemos servidos de mandar proveer y visto por los del nuestro consejo y consultado con los serenissimos rreyes de bohemia nuestros muy caros y muy amados hijos gobernadores destos nuestros rreynos durante el ausencia de mi el rrey pareçio que todavia deviamos mandar dar esta mi çedula e yo tovelo por bien por ende yo vos mando que veais la dicha nuestra çedula que de suso va encorporada y la guardéis y cumplais y hagais guardar y cumplir como en ella se contiene y non fagades ende al por alguna manera fecha en valladolid a XVI dias del mes de jullio de mill y quinientos y quarenta y nueve años.*

A.R.Ch.G., *Libros de Chancillería*,  
"Repertorio de las Hordenanças desta  
real audiencia contenidas en este libro",  
f.6, Valladolid, 16 de julio de 1549.

*El principe.*

*Presidente e oydores de la audiençia de su magestad que reside*

en la çiuðad de granada sabed que entendiendo que asi cumple a nuestro seruiçio y a la buena administracion de la justicia por buenos rrespetos que a ello me mueben e por quitar de costas a los vezinos y moradores de la çiuðad de sevilla y su tierra he mandado que los juezes de la audiençia de los grados dela dicha çiuðad quando algun juez o juezes eclesiasticos en la dicha çiuðad o su tierra no quisiere otorgar la apelacion o apelaciones o que dellos se ynterponen ligitimamente o quando conoçieren entre legos siendo rreos y sobre causa mere profana que probean en ello lo que fasta agora se a probeido en esa audiençia: por ende yo vos mando que si alguna persona ocurriere desa audiençia quexandose de alguno o algunos juezes eclesiasticos que estubieren en la dicha çiuðad y su tierra en los casos sobredichos no conozcais dellos y los remitais a los juezes de los grados de la dicha audiençia dela çiuðad de sevilla y no fagades ende al fecha en valladolid a XVII dias del mes de noviembre de mill y quinientos e çinquenta y tres año Por mandado de su alteza, fernan vazquez.

A.R.Ch.G., *Libros de Chancilleria*.  
"Repertorio de las Hordenanças de la  
real audiençia contenidas en este libro  
f.8, Valladolid, 17 de noviembre de 1552"

## VII. TRASLADO DE LAS APELACIONES DE CANARIAS A LA AUDIENCIA DE SEVILLA -

*El Rey.*

*Presidente e oydores de la nuestra audiencia e chancilleria que reside en la ciudad de Granada y alcaldes del crimen dela dicha audiencia sabed que por la mucha distançia que ay de las yslas de Canaria de esa çiudad e por las muchas costas y dapnos que rreçiven los que apelen delos juezes de apelacion dela audiencia de canaria en venir en seguimiento dellos por mar y por tierra a esa audiencia y de la dilacion que en lo susodicho reçiven los enegoçios avemos dado nueva horden çerca de la cantidad y de los casos en que se puede apelar de los dichos jueces y que en los casos en que dellos se puede apellar bayan las apelaciones a la nuestra audiencia delos grados que reside en la çiudad de sevilla e no bayan las dichas apelaciones a esa audiencia e asy os mandamos que de aqui adelante no reçivais ni admitais las apelaciones que de las dichas yslas de canaria ni delos juezes dellas vinieren a esa audiencia ni reçivais nuevas demandas por caso de corte ni en otra manera ni os entremetais a usar ni exerçer jurisdiccion alguna en las dichas yslas de canaria y los negoçios de las dichas yslas que ante vosotros estan pendientes y no estubieren sentenciados en vista los rremitays al regente y juezes de los grados de la dicha mi audiencia de sevilla con que en los pleitos de ydalguias asi de sangre como de previlegio que tienen o tubieren los vezinos de las dichas yslas de*

*canaria no se haga novedad sino que aquellos se sigan e prosigan en esa  
audiencia segund e como hasta aqui se hazia e podia hazer, fecha en la  
villa de madrid quinze dias del mes de enero de mill e quinientos e  
sesenta e seys años. Yo el rey. Por mandado de su magestad Pedro de  
Hoyo. [Leída y acatada en la audiencia a 9 de mayo de 1566].*

A.R.Ch.G., *Libros de Chancillería*,  
"Registro de cédulas reales y autos de  
acuerdo que por sus datas se contienen  
en este libro desde aqui adelante",  
f.175, Madrid, 15 de enero de 1566.

**VIII. PROPUESTA DE LA SALA PARA ESTABLECER CORRESPONDENCIA  
ENTRE LOS TRIBUNALES Y JUSTICIAS INTERCAMBIANDO INFORMACION  
SOBRE DELINCUENTES -**

Señor.

*Con ocasion de los ladrones y malhechores que cada día se prenden en esta Sala que confiessan de complices y culpados en sus delitos y otros los quales complices y culpados a la saçon estan ausentes o se ausentan sin poderlos prender los alcaldes de la cassa y corte de Vuestra Magestad an tratado de que conbendria tener alguna correspondencia con los demas tribunales y algunas justiçias de los lugares mas principales del rreyno para que a qualquiera de ellos que los dichos complices y delinquentes bayan por los nombres o señas y rrelacion de sus culpas puedan ser pressos o allandose en las carzeles detenidos y a parecido que seria muy conbeniente que quando alguno confesare de complice los otros delinquentes luego se escriba a los alcaldes y justiçias ordinarias de las chancillerias de valladolid granada y audienzia de sebilla y a las justicias de cordova toledo segobia salamanca con rrelacion de las caussas y nombres y señas de los nombrados y culpados para que en qualquier tiempo que se allen en los destritos se prendan y detengan en las carzeles si se allaren presos y luego abisen a la sala y que la misma obligaçion de ynbiar la dicha rrelacion señas y nombres y abiso tengan los dichos alcaldes y justicias de los dichos lugares esta sala y a los demas tribunales y justicias de los lugares rreferidos y quando no ubiere de que avisar*

*tambien delo a lo menos una bez cada mes que esto serbiria de que no pueda aber descuydo alguno de que damos quenta a vuestra magestad para que en ello mande provea lo mas convenga. 31 de agosto de 1611.*

[Al margen, el Consejo muestra su conformidad].

A.H.N., *Consejos*,  
Sala de Alcaldes de Casa y Corte,  
Libro de gobierno, 1201, f. 129.

## IX. DISPOSICIONES SOBRE ARMAS -

*Mandan los señores alcaldes de la casa y corte de Su Magestad que ningun muchacho ni otra persona alguna anden con **hondas** de día ni de noche en esta villa ni en sus arravales ni campos ni tiren con ellas pedradas ni hagan rruido con ellas ni los padres de los muchachos ni sus amos no se las consientan traer ni tirar con ellas ni sin ellas so pena el padre o amo del tal muchacho pague diez ducados para los pobres de la carcel rreal desta corte y el tal muchacho que fuere hallado con ella o la tirare sea traído a la dicha carzel y alli le sean dados çinquenta açotes y a los hombres o moços que se juntaren a las dichas **pedradas** y fueren culpados en ellas les sean dados cada çien açotes mandase pregonar publicamente porque vaya a notiçia de todos.*

A.H.N., Consejos,  
Sala de Alcaldes de Casa y Corte,  
libro de gobierno, 1197, f. 122,  
Auto de 9 de agosto de 1584.



## X. SITUACION DE LA CARCEL DE CORTE SEGUN LOS ALCALDES -

Señor.

*Los alcaldes de la casa y corte de Su Magestad dicen que como es notorio todos los presos de todos lo consejos de Vuestra Magestad ansi de la Corona de Castilla como de otras partes se recogen y estan presos en la carcel rreal della cuyo numero viene a ser notable y el gasto y obligaciones de la carcel tan grandes que en entrando qualquier presso en ella de qualquier Consejo que sea siendo pobre y teniendo de que sustentarse aunque sean presos por los Consejos de estado, guerra, Italia, Aragon y portugal y de todos los demas consejos y tribunales que rresiden en esta corte, su sustento y alimento corre por cuenta de la dicha carcel porque seria contra leu natural ber perecer un hombre de anbre sin darle lo neçesario para su sustento pues no lo tiene ni lo puede salir a buscar= y deviendo la dicha carcel ser el edificio mejor y mas fuerte de la corte anso por el grande numero de presos que en ella ay como por los delinquentes tan façinerosos como en ella se detienen y prenden el edificio en la era presente es tan malo flaco y pequeño que apenas puede estar presso en el persona que sea de mediana calidad, ni delincente que aya cometido negoçio grave ni de consideraçion por la poca comodidad y seguridad de la obra como es notorio = y aunque los alcaldes en tiempos pasados an hecho grandes diligençias con todos los consejos que residen en la corte por las causas referidas para que contribuyan con algunas cantidades ansi para la fabrica como para el sustento de sus presos, an respondido y responden que las sisas*

que se sacan en esta corte ninguna obligacion tienen primera que el edificio y sustento de la carçel real de la corte por tocar a todos en general y la renta de las dichas sisas salir de la bolsa de los cortesanos y no de otra parte como se veria y se a visto quando a faltado la corte de esta villa de madrid que a faltado la renta de las sisas y aunque ansi mismo la sala a procurado acudir a neçesidad tan precisa no a podido por no tener como no tiene ninguna renta situada en propiedad si no son las condenaciones de los pleitos que a tenido una que se le ofrecio de los socorros en que la sala deseo aplicar las condenaciones para el dicho edificio de la carçel se las llevo el consejo de Haçienda que serian hasta 25.000 ducados y otras muchas cantidades de maravedis que se le an mandado pagar sin ser de gasto suyo como se a visto con el conde morata y otros casos semejantes = conforme a lo qual la sala se halla imposibilitada de poder proveher de remedio en neçesidad tan urgente y precissa = acude a los pies de Vuestra Magestad suplicandole que pues la carçel de corte es el edificio mas publico y neçesario que la republica y todos los reinos de Vuestra Magestad tienen y en todos ellos esta fabricada con la capacidad autoridad y fortaleça que se rrequiere como son en la Corona de Aragon las carceles de çaragoça barçelona y valençia y en el reino de castilla en las ciudades donde ay audiencias reales que son valladolid granada y sevilla = sea el primero que se haga y esto a costa de las sisas generales questan en esta corte pues quien berdaderamente las paga son los cortesanos mayormente creçiendo la corte de Vuestra Magestad con tanto aumento como es notorio que aun la tercera parte de los presos no an de caver en la carcel y oy dia es fuerça tener muchos presos fuera della. Vuestra Magestad mandara en esto lo que fuere de su

*rreal servicio = de la sala diciembre 4 de 1619.*

A.H.N., *Consejos*,  
Sala de Alcaldes de Casa y Corte,  
libro de gobierno 1206, f. 277 r. y v.,  
Memorial al rey de 4 de diciembre de 1619.

## XI. OFICIALES DE LA CARCEL. INCUMPLIMIENTO DE

### SU OBLIGACION -

*Dixeron que an sido ynformados que en la soltura de los presos no a abido el cuydado y quenta y rraçon que es neçesario que aya para rremedio de lo qual dixerón que mandavan se notifique a los escrivanos del crimen desta corte y rrelatores della y al rreceptor de gastos de justiçia, mayordomo de pobres, procurador de pobres que asistan en sala dela dicha carzel en saliendo los dichos alcaldes della así por la mañana como por la tarde quando ubiere bisita para que se despachen los dichos presos luego y no se detengan en andar a pagar las condenaçiones y costas que se les hiçiere lo qual cumplan so pena de cas veynte ducados para los pobres de la carzel y asimismo se notifique al alcaide y porteros de la puerta de la carzel que no dexen entrar solicitador ninguno en la dicha carzel so pena de pribaçion de sus ofiçios hasta tanto que por los dichos señores alcaldes se probea açerca desto lo que convenga y así lo probeyeron y mandaron.*

A.H.N., Consejos,  
Sala de Alcaldes de Casa y Corte,  
libro de gobierno 1198, f. 383.  
Madrid, 29 de enero de 1600.

## XII. MEDIDAS PARA LA GESTION ECONOMICA DE LA CARCEL DE CORTE -

*En la audiència de la carçel real [...] dixeron [alcaldes de casa y corte] que para que aya mas quenta y rraçon de lo que se gasta con los pobres de la dicha carçel y para que sean mas vien servidos mandaron que se guarde y cumpla lo siguiente,*

*1. Primeramente que se guarde y cumpla lo hordenado por los señores alcaldes en veinte y siete de febrero del año de noventa y çinco.*

*2. Yten que todos los dias el escrivano de camara semanero de fee de los presos de rraçon que se an mandado soltar y antes que se den las rraçiones la entregue al diputado para que se señale y en el libro de las rraçiones y aquel dia se le de de comer y se borre para de alli adelante.*

*3. Yten quel procurador de los pobres asista todos los dias a la comida de ellos y al començar de la ora otro dia ponga en la mesa un papel en que diga si asistio el diputado o no.*

*4. Yten que todos los dias rrubrique el diputado el libro de las rraçiones en alavandose de dar y no açiendolo entonçes el mayordomo no le entregue para que le pueda rrubricar otro dia.*

*5. Yten quel mayordomo asista a las comidas y tenga quenta con el despensero y lo que trae para los pobres y tenga en todo particular quenta dellos.*

[A continuación se recoge el auto dado en Madrid a 27 de febrero

de 1595 sobre el mismo tema]:

1. lo primero que el mayordomo que es o fuere no compre por su persona sola sino el comprador ecetto en caso quel tal mayordomo quiera por hazer mas bien su ofiçio yr con el comprador que fuere porque de lo contrario se pueden seguir muchos inconvenientes.

2. Yten quel mayordomo que es o fuere no pueda rrezevir ni rreziva maravedis algunos que se enviaren de limosna de personas ocultas sin que primero se asiente en el libro del acuerdo para que se pueda saver que cantidad es y se provea se le haga cargo de ello.

3. Yten que anssi mismo en el libro de su cargo del dicho mayordomo asiente los maravedis que rreçiviere de las comidas delos esclavos y por que tiempos para que se le pueda hazer cargo y con día mes y año para que se pueda ajustar con los libros dela rrazon y asentarlos en el libro del acuerdo para que se le haga cargo como de los demas maravedis que se le hazen.

4. Quel mayordomo y comprador sienten en el libro del gasto todas las limosnas de pan y carne que enviaren los alquaçiles del mes y otras personas y no las distribuyan si quenta y rrazon porque podrian ser tantas que vastarian para la comida de algun día o días ecetto sino fuese quando se envia por alguna persona alguna ella o algun rregalo que lo rreparte el que lo trae al que mejor le pareze.

5. Yten quel comprador tenga cuidado de llevar las quantas del gasto de cada día escritas en su libro a la persona o personas que por los señores alcaldes señalaren que se las tome por semanas y hechas las firme juntamente con el comprador y que el que las tomare ponga al fin dellas los maravedis quel mayordomo a de dar al comprador para el gasto del día siguiente para que no se compre nada fiado.

6. Yten quel mayordomo ni comprador no den ni distribuyan pan ninguno demas de los ordinarios de rraçion porque suele haver en esto alguna demassia.

Y ansi mismo mandaron que para que lo suso dicho mejor se guarde y cumpla asistan a cuidar la comida a los dichos pobres enfermos y sanos por semanas Andres garcia procurador de los pobres y françisco de salvatierra, martin de camargo receptor de gastos de justicia y los liçençiadados Pedro vazquez y avila rrelatores y gaspar lopez escrivano del crimen desta corte...

A.H.N., *Consejos*, Sala de Alcaldes de Casa y Corte,  
libro de gobierno 1199, ff. 205-206v.,  
Valladolid, 8 de julio de 1604.

### XIII. SOBRE LA VENTA Y ARRENDAMIENTO DE VARAS DE ALGUACIL DE CORTE -

*El Rey.*

*Por quanto entre las condiciones con que el Reyno que esta junto en Cortes en las que al presente se estan celebrando en la villa de madrid y se començaron en nueve de hebrero del año pasado de mill y seisçientos y diez y siete me a concedido el servicio de los diez y ocho millones pagados en nueve años dos en cada uno dellos en las mismas sisas que oy corren para la paga del servicio pasado de los diez y siete millones y medio ay una del tenor siguiente: en la corte solia aver cinquenta varas de alguaciles y despues se crecio el numero dellas a sesenta y siendo muy bastante no solo se a conservado en el sino que ay de presente ciento siete varas de alguaciles de corte que es muy ecesibo y por esto y **por venderse y arrendarse** las dichas varas resultan conocidos ynconbinientes por no tener las personas de las partes que antiguamente las solian tener y en su exercicio hacian muchas causas execuciones presiones y molestias yndividas que las mas vezes sin aver occasion la dan mueben y solicitan para sus aprovechamientos y esto hacen mas particularmente los que las tienen arrendadas porque para pagar a los propietarios mucha cantidad de maravedis que les dan y sustentarse por no tener muchos de los que arriendan las dichas varas con que poderlo haçer si no lo sacan del exercicio dellas es fuerça lo procuren por medios yliçitos y no devidos y como la corte es patria comun y reside en ella tanta gente tienen mas ocasion de haçer injusticias y lo mismo sucede en los lugares de las çinco leguas de la corte siendo ynnumerables las extorsiones que reciben los veçinos*



dellos y muchos los salarios y costas que les llevan de que se siguen muchas ofensas y perjuicios contra nuestro señor y sienten mucho berse maltratar y llevar sus haciendas las mas vezes sin culpa especial los labradores y pobres y para su remedio y que se escusasen estos daños y los salarios que su Magestad da a tanto numero de alguaciles es condiçion que las baras como fueren bacando se consuman y no se provean de nuevo ni su Magestad haga merced dellas ni se prorroguen las hechas por mas vidas ni tiempo de lo que agora tienen por servicios ni dineros ni por otra causas ni raçon que ayan asta que queden y se reduzgan al dicho numero de sesenta ni menos las puedan perpetuar ni arrendar los dueños cuyas son y fueren ni otras personas algunas y que el yrse consumiendo las dichas baras y no perpetuarse ni arrendarse ni haçer su Magestad merced dellas de nuevo se guarde y cumpla desde el dia del otorgamiento de la escritura del servicio y cesen las arrendadas y las sirban los propietarios y los dichos alguaciles de corte que son y fueren sean obligados a dar y den fianças bastantes de que pagaran a las partes todos los dichos maravedis y otras cosas que cobraren en nombre dellas con que se ebitaran muchos pleitos que sobre esto ay n. quedarse algunas vezes las dichas partes sin sus haciendas por no poder cobrar de los dichos alguaciles y todo lo referido sea y se entienda tambien con los delas chancillerias y audiencias de los rreynos y porque yo tengo concedida al rreyno la dicha condiçion y voluntad es que se le observe y guarde por la presente o por el traslado signado de escrivano publico queremos y es nuestra voluntad que las dichas baras se bayan consumiendo como fueren bacando y no disistimos de proveerlas ni haçer merçed dellas de nuevo ni de prorrogar las dadas por mas vidas del que agora tienen por servicios ni

dineros ni por otra causa ni raçon que aya asta que queden y se reduzgan a numero de sesenta y prohibimos y mandamos que agora y de aqui adelante no se puedan perpetuar las dichas baras ni los dueños cuyas fueren ni otra persona alguna arrendarlas y que las que lo estubieren desde el dia de la fecha desta nuestra cedula cesen sus arrendamientos y que las personas cuyas fueren en propiedad las sirban por sus personas y que ellos y los demas a quien tenemos hecha merced de las dichas baras de alguaciles de corte que oy las sirben y adelante sirbieren sean obligados y se les obligue a dar y que den fianças bastantes de que pagaran todos y qualesquier maravedis y otras cosas que ubieren cobrado y cobraren en nombre de qualesquier personas declarando como declaramos que todo lo rreferido se aya de entender y entienda con los alguaciles de las vuestras audiencias y chancillerias destos nuestros reynos y que se a de llevar a pura y debida execucion lo acordado por la dicha condicion y dispuesto y mandado por esta nuestra cedula sin embargo de qualesquier leyes y prematicas destos nuestros Reynos y señorios hordenanças estilo uso y costumbre y otra qualquier cosa que aya o pueda aber en contrario de lo susodicho con todo lo qual para en quanto a esto toca y por esta vez nos dispensamos y lo abrogamos y derogamos casamos y anulamos y damos por ninguno y de ningun balor y efecto quedando en su fuerça y bigor para en lo demas y mandamos a los del nuestro consejo presidentes y oydores alcaldes de nuestra casa y corte y chancillerias que cada uno en la parte que le tocare guarden y cumplan y hagan guardar y cumplir esta nuestra cedula y lo en ella contenido fecha en Belen de Portugal a veinte y ocho dias

*del mes de junio de 1617 años. yo el Rey. Por mandado del rey nuestro señor Tomás de Angulo.*

A.H.N., *Consejos*,  
libro de gobierno 1206, f. 154 r.-v.  
Belén (Portugal), 28 de junio de 1617.

[SOBRE LO MISMO]

*Francisco de Aguirre, alguacil de la casa y corte de Su Magestad por lo que me toca y por virtud del derecho que tengo por escritura y traspaso que en mi favor otorgo Jeronima de aguilera mi madre, digo que entre la susodicha y francisco martinez scrivano de camara de Su Magestad siendo alguacil de esta corte se iço escritura de asiento y capitulaciones en que por ella vendió a la dicha Jeronima de aguilera mi madre la vara de alguacil de corte que es la que al presente tengo por preçio de seis mill ducados pagados luego de contado que le dio y pago luego y la causa de averse bendido la dicha bara en tan exçesivo preçio fue porque en aquella saçon se bendian y bendieron otras a*

quatro mill ducados fue por obligarse como se obligo el dicho francisco martinez por una de las condiciones de la dicha scritura que me aia nombrar en la comission de los consules desta Corte con el salario de ducientos ducados que el tenia y debajo quel dicho salario balia por de por bida a rraçon de a siete conforme a la Pregmatica de Su Magestad mil y quinientos ducados la dicha Jeronima de Aguilera mi madre le dio y pago al dicho francisco martinez los dichos seis mil ducados todos ellos en plata y en oro porque de otra manera no dandole el dicho salario de los dichos ducientos ducados es sin duda que no diera la susodicha por la dicha bara los dichos seis mil ducados por no valer como no balia mas de quatro mill ducados bendiendose fiadas y para que dello conste presento estas scrituras de la capitulacion y benta . Real Carta de pago con mas la scritura de traspaso que la dicha Jeronima de aguilera mi madre me iço del dicho ofiçio que así presento con el juramento neçesario y porque de lo corrido del dicho salario se me deve lo corrido desde siete de junio de nobenta y nueve que es desde el día quando se obligo el dicho francisco martinez a nombrarme en el que son siete años y medio asta navidad de seiscientos y seis son mil quinientos ducados por los quales por no aver cumplido con el tenor la dicha scritura ni dadome el dicho salario que no solo esta obliçio por lo corrido pero a sanearme el dicho salario por todos los días mi vida a rraçon de los dichos siete al millar pues la causa final . dio causa a tan exçesivo preçio de los dichos seis mill ducados fue . averseme de dar los dichos ducientos ducados de salario.

Atento a lo qual pido y suplico a vuestra merced que en birtud de las dichas escrituras me mande dar su mandamiento de execucion contra el dicho francisco martinez y sus bienes por los dichos mil y qui-

*nientos ducados de lo corrido del dicho salario de los dichos siete años y medio y por lo demas que adelante ha de correr el dicho salario por todos los dias de mi vida mande me lo asigure y le condene en los dichos duçientos ducados por todos los dias de mi vida en cada un año y a que me los de y pague como todo es justicia la qual pido con costas y juro en forma este pedimiento...*

A.H.N., Consejos, "Residencias,  
pesquisas y visitas",  
leg. 41.364-6, Madrid, 1608.

#### XIV. ALBOROTOS DE LOS ESTUDIANTES DE VALLADOLID -

*Dijeron [los alcaldes de casa y corte] que por quanto a benido a su notiçia que en el tiempo de las oposiçiones y botos de las catedras de la universidad desta çiudad de valladolid ay grandes desordenes haçiendo los estudiantes muchas juntas asi de dia como de noche andando con mascararas y armas y haziendo de noche muchos alborotos, gritas y otros rruidos de que an rresultado y pueden rresultar yncombenientes y daños asi en lo arriva dicho como en el tiempo que se toma la posesion delas dichas catredas y paseos de ellas y para estorvar lo susodicho y remediarlo no dando lugar a que en esta corte se haga mas lo arriva referido mandavan y mandaron que delante delas escuelas dela dicha universidad y en otras partes publicas donde acuden los dichos estudiantes se de un pregon del tenor siguiente:*

*- que ningun estudiante de qualquier estado y condiçion no sea osado de andar de dia ni de noche en juntas ni en camaradas con mascararas ni otros disfrazes ni pueda traer ni traiga armas sencillas ni dobladas ofensivas ni defensivas ni en manera alguna haçiendo rruidos y alborotos ni dando gritas en rrazon delas dichas catredas ni algunas dellas ni en otra cosa alguna que no puedan los dichos estudiantes andar de noche con los dichos disfrazes y mascararas y armas arriva declaradas ni sin ellas quatro juntos por ninguna parte desta corte.*

*-yten que los dichos estudiantes no puedan yr ni bayan haçiendo las dichas juntas gritas y alborotos al tiempo que los opositores de las catredas ban a tomar botos ni a leer en las escuelas ni al tomar*

*dela posesion delas tales catredas ni al paseo de ellas ni llevar ni lleven las dichas armas ofensivas en ninguna manera so pena que qualquiera de los dichos estudiantes que en qualquier forma fuere o biniera contra lo arriva declarado o parte dello aya perdido y pierda todas las armas que llebaren y caigan e yncurran en pena de diez dias de carçel y en cada quatro años de destierro dela corte y çinco leguas y así lo mandaron y señalaron.*

A.H.N., *Consejos*, Sala de Alcaldes de Casa y Corte,  
libro de gobierno 1199, ff.61 r. y v.,  
1602, marzo, 5, Valladolid.

**XV. MEDIDAS ESPECIALES DE VIGILANCIA EN VALLADOLID POR LAS  
CELEBRACIONES DEL NACIMIENTO Y BAUTISMO DEL PRINCIPE (1605) -**

*Dixeron [los alcaldes de casa y corte] que atento la mucha diversidad de gentes que a ocurrido a esta corte de diferentes naçiones por el parto de la Reyna nuestra señora y bautismo del Principe nuestro señor y fiestas que se hazen Mandaron parecer ante si a todos los alguaçiles de la cassa y corte de su magestad que al presente estan en ella y estando juntos en el tribunal les mandaron y ordenaron que tengan mucho cuydado de rrondar todas las noches para evitar que no sucedan algunas desgraçias y tener quenta de que a los forasteros que an venido no se les agan agravios y ansi mismo de dia tengan cuydado de acudir y asistir a las partes publicas donde concurre la gente de ordinario y a la cassa publica y calle de las damas para el dicho efeto y no consientan que a los dichos forasteros les digan palabras descompuertas ni se descomedan con ellos ni les den ocasion a rruydos ni pendençias y prendan a las personas que lo hizieren para que sean castigados y ansi mismo los dichos señores estando en el acuerdo acordaron lo siguiente*

*- Primeramente acordaron que todos los dichos señores rronden cada moche por el tiempo que assistiere en esta corte la gente estran-gera que a venido a ella y mandaron que dos alguaçiles por el dicho tiempo assistan el uno de dia y el otro de noche hazia palaçio y la casa donde esta aposentado el almirante y embaxador [tachado] de yngalatterra y alrededor de la dicha cassa y tengan cuidado de que no*



*sucedan ningunas desgracias y que los forasteros vayan libremente a sus posadas sin faltar a lo que dicho es y ansimismo mandaron que por el dicho tiempo como rondavan quatro alguaciles ronden seis los quales tengan mucho cuydado de hacello como les fuere rrepartido y que acavada la ronda acudan al señor que fuere de ronda forçosa a darle quenta como an rondado y lo que an hecho y que personas an topado y que presos an preso y por que calles an andado y que se notifique a françisco de salvatierra haga el dicho rrepartimiento assi para las rondas de noche como de los que an de assistir de dia y de noche a la cassa del dicho almirante conforme a la memoria que le a sido entregada por los dichos señores alcaldes lo qual cumplan los dichos alguaçiles so pena de que seran castigados y ansi lo proveyeron y mandaron y señalaron.*

A.H.N., *Consejos*, Sala de Alcaldes de Casa y Corte,  
libro de gobierno 1199, ff. 325-326,  
1605, mayo, 27, Valladolid.

XVI. PETICION DE PEREZ DE HERRERA SOBRE POBRES Y  
VAGABUNDOS EN LA CORTE, ORDEN DEL CONSEJO A LA SALA ACEPTANDOLA  
Y AUTOS DE LA SALA PARA SU CUMPLIMIENTO -

*Muy poderoso señor.*

*El doctor Cristoval Perez de Herrera medico de V.A. digo que en esta corte ay gran numero de mendigantes hombres y mugeres bagabundos y fingidos que son de gran perjuicio y escandalo de la rrepublica y ocasion de muchas enfermedades contaxiossas en ella y de otros grandes inconvenientes para cuyo remedio lo seria grande mandar V.A. fuesen llamados con pregon a alguna parte conuiniente y examinados y los que fuessen ligitimos pobres sean señalados con esta señal que el rey nuestro señor que esta en gloria mando haçer para este efecto y los demas desterrados desta corte para que a este exemplo las demas ciudades hagan lo propio y esta jente se ocupe en travajar para utilidad destos Reynos y mantenerse ellos que sera gran servicio de nuestro señor que se V.A. comete esta execucion al licenciado silva de torres lo hara como todo lo que tiene a su cargo y mas por la comission que tiene de los bagabundos. El doctor Cristoval Perez de Herrera.*

A.H.N., Consejos, Sala de Alcaldes de Casa y Corte,  
libro de gobierno 1200. f. 444, 1609.  
Petición del doctor Cristóbal Pérez de Herrera.

*Los señores del consejo de su Magestad haviendo visto la petizion presentada por el doctor Cristoval de Herrera medico de su Magestad en rraçon del numero de mendigantes bagamundos y finixidos pobres que andan en esta corte dixeron que mandavan y mandaron que los alcaldes desta corte hagan pregonar que los dichos pobres hombres y mugeres se junten en las partes que les señalaren y a los berdaderos pobres les den una señal que traigan con las armas desta villa los quales y no otros puedan pedir limosna en ella y los que la pidiesen sin la dicha señal tengan de pena duçientos açotes quatro años de galeras y los dichos verdaderamente pobres no pidan la dicha limosna dentro de las yglesias en quanto a esto se guarden las leyes destos Reynos que tratan delos dichos pobres lo qual se guarde cumpla y execute por todos quinze dias despues que se pregonare y así lo probeyeron y mandaron.*

A.H.N., Consejos, Sala de Alcaldes de Casa y Corte,  
libro de gobierno 1200, f. 443,  
Madrid, 3 de septiembre de 1609,  
Orden del Consejo de Castilla.

*Dixeron [los alcaldes de casa y corte] que para obviar los ynconbenientes grandes que rresultan de andar gran cantidad de gente pidiendo limosna so color de que son pobres estando buenos y sanos pudiendo travaxar y ocuparse en diferentes ministerios para que se sepa los que son pobres berdaderos y deven pedir limosna se a acordado que las dichas personas que piden limosna se vean y examinen por el medico y çiruxano dela carçel y el que verdaderamente fuere pobre e ympedido para no poder travaxar ni ocuparsse en ningun ministerio se le de una señal que traiga colgada al cuello la qual sea una tablilla en que*

*traiga escrito el nombre del tal pobre y como se le da liçençia para pedir limosna con las señas de su persona para que no se puedan mudar de unos a otros y los que no fueren pobres se ocupen y travaxen y no lo haçiendo salgan luego de la corte y no entren en ella so las penas que le seran puestas = mandavan y mandaron que para que lo susso dicho tenga cumplido efeto todas las perssonas que piden limosna anssi hombres como mugeres desde el lunes que viene que se contaran catorçe deste presente mes acudan a la iglessia de san salvador desde las dos de la tarde hasta el anochecer para que allí sean vistos y essaminados y el que hubviere de pedir limosna se le ponga señal. lo qual hagan quinze dias antes desde el dicho dias ques el termino en que se an de exssaminar todos y passados el que no tuviere la dicha señal no pida limosna y sirva y se ocupe sin andar bagamundos o se salgan luego de la corte y no vuelvan a ella so pena los hombres de çien açotes y quatro años de serviçio de galeras al rremo y las mugeres de çien açotes y destierro del rreino lo qual mandaron se pregone en esta corte y ansi lo mandaron.*

A.H.N., *Consejos*, Sala de Alcaldes de Casa y Corte,  
libro de gobierno 1200, f. 446 r y v,  
Madrid, 11 de septiembre de 1609.  
Auto de la Sala.

*Dixerón [Los alcaldes de casa y corte] que aunque por muchas vezes se a procurado rremedio para que no aya vagamundos ni jente de mal vivir en esta corte sino que travajen o sirvan y se an dado algunas ordenes visto que no a aprovechado se a acordado para remedio de lo suso dicho que hagan dos sellos de fuego con unas señales el uno para*

*los vagamundos y gente oziosa y otro para los ladrones que por el primer hurto no deve ser hechado a galeras por no ser de calidad ni cantidad para que sean conoçidos por la primera vez se les heche el dicho sello devajo del vrazo o en las espaldas o la parte que mas conuiniente pareziere para que sean conozidos y se sepa an sido castigados por vagamundos y ladrones y la segunda vez que los cojieren se pueda proçeder contra ellos como tales y se puedan hechar a las galeras de su Magestad para que en ellas sirvan por el tiempo que pareziere = Mandavan y mandaron que todas las personas que estan en esta corte vagamundos y ociosos de qualquier manera dentro de terçero dia se ocupen sirvan tomen modo y orden de vivir o se salgan desta corte y çinco leguas y no entren en ella so pena por la primera vez que seran sellados con los dichos sellos y por la segunda de çient azotes y quatro años de servicio de galeras al rremo y sin sueldo y para que lo susodicho tenga cumplido effeto mandaron se pregone en esta corte.*

A.H.N., Consejos, Sala de Alcaldes de Casa y Corte,  
libro de gobierno 1200, f. 445,  
Madrid, 11 de septiembre de 1609.  
Auto de la Sala.

## XVII. LOS POBRES Y LAS "ADVERTENCIAS..." DE LA SALA -

### 52. Pobres.

[...] Reconociendo este daño [el gran número de pobres en la Corte] se an yntentado diferentes medios ya de dar a los pobres lexitimos cedula o licençias ya de ponerles ynsinias de bronce o tablillas con el nombre y calidad de cada pobre mas ellos las prestavan unos a otros y las davan si se ausentaban o se las tomavan si se morian y como no era posible leer las tablillas de todos y las insinias de bronce heran todas de una manera ceso esto biendo no surtia efecto alguno y verdaderamente necesita de gran remedio porque oy la mayor parte desta jente es bagamunda y toman esto por oficio sin tener causa lexitima para ello de que se orijinan muchos daños e yncombenientes.

Lo uno que se quita la limosna a los pobres lexitimos, lo otro que hecho ofiçio y tomado por biçio el pedir, se pasa deste biçio a todos los demas. Y asi unos son ladrones otros alcaguetes porque con el achaque de pedir limosna entran en todas las casas y con eso dan los papeles y recados que se les han encargado de que se orijinan los daños que se dejan conocer, otros reconocen las casas asi para dar abiso a los ladrones y lo son de todo lo que topan con el achaque de pedir limosna, y todos estan amancevados con las pobres o con mugerçiles perdidas y tratando solo de comer, vever y jugar y asi se les encuentran las rondas en diferentes partes acompañados de las pobres y pícaras y en sus posadas y en las tavernas y bodegones jugando buen dinero y tratando sólo de comer y vever y de todos los demas viçios.

A mas desto, dejan sus lugares y desamparan sus haziendas con este cevo: daño tan grande que ocasiona gran parte de la despoblación que bemos en el reyno y del desamparo de la labrança y criança, tambien (aunque con gran dolor) se deve advertir que sus hijos los ciegan contrahacen y quiebran piernas y braços para ganar con ellos de comer obligando a la jente a lastima y compasion, otros alquilan criaturas y llevan gran numero dellas para recojar mas limosna, otros hurtan criaturas en diferentes lugares y las pasan a otros contrahaciendolas los miembros y se los quiebran para sacar mas limosnas.

Ultimamente todos los que no son pobres verdaderos bienen a ser un numero en la Republica que solo basta de consumir los frutos y enseñar vicios y torpeças y ynquietar la Republica con la menor ocasion que se ofrece dando motivo a alborotos y conmociones del pueblo y ynquietandole de dia y de noche con boçes y alaridos sin tener dolor ni causa que a ello les mueba y unos se arrojan en medio de las calles a titulo de tullidos y otros se tienden a las puertas de las yglesias y de los palacios, unos haciendo ymbençiones para condoler la jente, otros baliendose de maldades que demuestran mas llagas, ympedimentos y enfermedades de las que tienen, para esto tambien y entrar en las casas a reconoçerlas y rovarlas enseñan e ynduçen gran numero de muchachos perdidos que con façilidad los pasan a caliteros çicateros y despues a ladrones famosos [...].

### **53. Ciegos y daños de consentirlos.**

[...] En este jenero de pobres se comprehenden los ciegos de que a crecido tanto el numero como se bera por la cofradia que tienen en el carmen, siendo asi que no todos son cofrades.

*La falta de vista parece aboga por ellos para ampararles y hacerles limosnas. Mas sus mañas y ejercicios no solo quitan la devoción sino pide remedio [...].*

**65. Pobres que acuden al Prado y paseos publicos y asisten en las aloxerías y puestos donde se venden bebidas y cosas de comer.**

*Aunque se a tratado de los pobres es forzoso bolber a hablar dellos por aumentarse cada día su numero y crecer sus ynbençiones para su ynteres a titulo de pedir limosna y no sera faltar a la caridad dar modo para que esta se de a quien y como se deve y en los lugares decentes donde parezca se pasa de limosna a soliciitud y se hace lo que a de ser por devoción por otros fines poco licitos y que no se deven permitir y para uir deste biçio así en los pobres como en los que lo granjean a titulo de limosna para llevar y traer recados se deve mandar que de ninguna manera en el prado ni paseos publicos ni a las puertas de las aloxerías despensas tavernas casas de figones y puestos donde se venden bebidas asistan pobres algunos porque si en ellos se repara los que tratan desto hacen no solo ofiçio sino bufoneria de el pedir y usan de gracejos y modos yndecentes a los pobres que todos pues sin duda son los mas llevan y traen recados a los coches y avisan a sus conocidos y conocidas si a entrado en el prado o esta en el paseo tal y tal coche y se le buscan y llevan y traen recado y con la ocasion de pedir limosna se llegan a todas partes y con mayyr seguridad ejecutan lo que se les encarga y si para ello allan embaraço piden su limosna y pasan adelante aguardando mejor ocasion.*

A.H.N., Consejos, Sala de Alcaldes de Casa y Corte,  
libro de noticias para el gobierno de la Sala,  
"Advertencias para el servicio de la plaça  
de alcalde de casa y corte", libro 1173.



### **XVIII. AUTO DEL CONSEJO SOBRE LOS GITANOS -**

*En la villa de Madrid a quinze dias del mes de octubre de 1611 años, los señores del Consejo, consultado con Su Magestad, dixerón: que aviendo visto los grandes daños que se siguen de no se executar las penas impuestas por leyes destos Reynos contra los Gitanos o Egipcianos y de consentirles usar de otros oficios que no fuessen los tocantes a la labrança y cultura de la tierra. Mandaron que se advierta a los Alcaldes desta Corte y las demas justicias della y desta villa y se escriba a los Alcaldes de las Chancillerias y Audiencias destos Reynos y a los Corregidores, y a las demas justicias a quien esto toca, que guarden y cumplan todo lo contenido en las leyes destos Reynos, tocante a los dichos Egipcianos, executando en ellos las penas que les estan impuestas en que ovieren incurrido o incurrieren sin remission alguna y que en quanto por la ley doze del titulo onze del libro octavo de la recopilacion se manda a los dichos Egipcianos, que cada uno dello vivan por oficios conocidos, que mejor supieren aprovecharse, estando estada en los lugares donde acordaren assentar o tomar vivienda señores a quien sirvan, se entienda que los oficios ayan de ser de los tocantes a la labrança y cultura de la tierra, y no otros, so la pena contenida en la ley treze del dicho titulo onze. Y ansi lo proveyeron y mandaron. Señalado de su Señoria Illustrisima y señores Don diego Lopez de Ayala, don Diego Fernando de Alarcon, Don Francisco de Contreras. Concuerda con el original.*

[Firma: Juan Gallo de Andrade].

A.H.N., *Consejos*, Sala de Alcaldes de Casa y Corte,  
libro de gobierno, 1201, f. 185, impreso,  
1611, octubre, 15, Madrid.

## XIX. LA SALA Y LAS MUJERES CORTESANAS EN 1617 -

Señor.

*Los alcaldes dicen que de estar las mugeres de mala vida que llaman damas cortesanas alojadas en calles principales desta corte y con libertad de bibir donde quieren se an seguido y siguen mui grandes inconvenientes porque demas del mal exemplo que dan a la gente honrrada que las tiene por vezinas y de ser ocasion que a exemplo suyo sean malas otras mugeres que no lo fueran si no las tubieran tan zerca los rruidos y pendençias que ay por sus caussas son muchas y la justizia no las puede thener todas bezes a la mano para visitar las demas que quando ellas been que los alguaziles menudean mucho al visitarlas se pasan a otras calles y varrios muy distantes de adonde antes estavan y primero que se save donde biben hazen mil daños y no es el menor que las mas destas estan malsanas y con llagas y aunque ay zirujano diputado que las bee y bisita y scrivano ante quien esto se haze muchas beçes no las allan y encubren sus males de que rresulta mucho daño a la salud de los que tratan con ellas y estos que son los mas gente de mala vida y de los oziosos que tiene la corte y algunos que estan desterrados y escluidos della no se been ni se reconozen como es menester y tienen sus rrufianes que andan solapados entre ellas sin temor que los alguaziles los allaran por estar estas mugeres tan divididas para rremedio de lo qual fue costumbre ussada y guardada en los años pasados tener estas mugeres todas juntas en un barrio que fue el de labapies porque una calle que ay en el tiene muchas casas menudas que son a proposito para esta gente y aunque el barrio es solo y apartado esta*

*muy zerca de todo y particularmente de la plazuela de santa cruz donde asisten los alguaçiles y escrivanos los quales facilmente pueden vistarlas y prender los que en aquella parte delinquieren salieron estas mugeres de aquel barrio y calle donde vivian poco antes de que la corte se mudase a Valladolid porque no falto en aquel tiempo quienes forzo esto por algunos fines particulares y con estar divididas y entre gente honrada se an visto los ynconvinientes referidos y otros que no se rrefieren porque parece bastan aquellos y haviendo aora conferido la sala sobre esto a pareçido representarlo a Vuestra Magestad y suplicarle tenga por bien que estas mugeres se rreduzgan al barrio y calle donde antes estavan que puestas alli no aran con su mal exemplo tanto daño como hazen y se rredimira la gente honrada que las tiene por vezinas de la vexazion que padeze de que ay de ordinario muchas quejas de personas que piden las echen de su bezindad y se haze como el caso ocurre y seran visitadas del zirujano y alguaçiles y se allaran a la mano muchos bagamundos que de hordinario asisten en sus cassas y estava el lugar con mas decençia y decoro con estar estas mugeres que son las del en varrio señalado y aunque no le puedan tener las que llaman tusonas por entrar en sus casas personas de mas consideracion y porque las visitas que tienen no son con tanta publizidad y escandalo quando les ubiesse se podia rremediar como se haze en las ocasiones que se ofrece en que conbiene hazerlo mandara ber y probeer a lo que mas conbenga al servizio de nuestro señor y suyo el qual guarde a Vuestra Magestad. de la Sala, henero honze de mill y seisçientos y diez y siete.*

A.H.N., Consejos, Sala de Alcaldes de Casa y Corte,  
libro de gobierno, 1203, ff. 471-472,  
1617, enero, 11, Madrid.

XX. PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO (1578-1612) -

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1578

---

ALCANCE AÑO 1577

CARGO 346270 maravedíes

ordinario  
extraordinario  
DESCARGO

TOTAL ALCANCE 1578

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1579

---

ALCANCE AÑO 1578

CARGO 595570 maravedíes

ordinario 170042  
extraordinario 177495  
DESCARGO 348037

=====

TOTAL ALCANCE 1579 247533

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1580

---

ALCANCE AÑO 1579 247533 maravedíes

CARGO 696014

ordinario 146592  
extraordinario 284247  
DESCARGO 431339

=====

TOTAL ALCANCE 1580 264675

---

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1581

---

ALCANCE AÑO 1580	264675 maravedíes
CARGO	683371
ordinario	100112
extraordinario	164418
DESCARGO	264530
	=====
TOTAL ALCANCE 1581	418841

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1582

---

ALCANCE AÑO 1581	418841 maravedíes
CARGO	893147
ordinario	88067
extraordinario	287575
DESCARGO	365643
	=====
TOTAL ALCANCE 1582	527504

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1583

---

ALCANCE AÑO 1582	527504 maravedíes
CARGO	947212
ordinario	108003
extraordinario	347159
DESCARGO	455162
	=====
TOTAL ALCANCE 1583	492050

---

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1584

---

ALCANCE AÑO 1583 492050 maravedíes

CARGO 999630

ordinario 125636

extraordinario 462315

DESCARGO 587951

=====

TOTAL ALCANCE 1584 411679

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1585

---

ALCANCE AÑO 1584 411679 maravedíes

CARGO 870023

ordinario 151229

extraordinario 242699

DESCARGO 393929

=====

TOTAL ALCANCE 1585 474443

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1586

---

ALCANCE AÑO 1585 474443 maravedíes

CARGO 944022

ordinario 123373

extraordinario 327958

DESCARGO 461331

=====

TOTAL ALCANCE 1586 482691

---

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1587

---

ALCANCE AÑO 1586	482691 maravedíes
CARGO	919253
ordinario	120931
extraordinario	81064
DESCARGO	201995

TOTAL ALCANCE 1587	=====	717258
--------------------	-------	--------

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1588

---

ALCANCE AÑO 1587	717258 maravedíes
CARGO	1577131
ordinario	131237
extraordinario	423938
DESCARGO	555175

TOTAL ALCANCE 1588	=====	1021956
--------------------	-------	---------

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1589

---

ALCANCE AÑO 1588	1021956 maravedíes
CARGO	1606495
ordinario	161734
extraordinario	546985
DESCARGO	708719

TOTAL ALCANCE 1589	=====	897776
--------------------	-------	--------

---



---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1590

---

ALCANCE AÑO 1589 897776 maravedíes

CARGO 1566478

ordinario 134065

extraordinario 264060

DESCARGO 398125

=====

TOTAL ALCANCE 1590 1167352

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1591

---

ALCANCE AÑO 1590 1167352 maravedíes

CARGO 1856665

ordinario 130302

extraordinario 172584

DESCARGO 302886

=====

TOTAL ALCANCE 1591 654559

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1592

---

ALCANCE AÑO 1591 654559 maravedíes

CARGO 1361941

ordinario 162961

extraordinario 309561

compra casa 75000

DESCARGO 546522

=====

TOTAL ALCANCE 1592 815419

---

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1593

---

ALCANCE AÑO 1592	815419 maravedíes
CARGO	1540845
ordinario	161292
extraordinario	61548
DESCARGO	222841
	=====
TOTAL ALCANCE 1593	1318004

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1594

---

ALCANCE AÑO 1593	1318004 maravedíes
CARGO	20053316
ordinario	140162
extraordinario	254156
DESCARGO	394768
	=====
TOTAL ALCANCE 1594	1658548

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA AÑO 1595-96

---

ALCANCE AÑO 1594	1658548 maravedíes
CARGO	3125237
ordinario	347800
extraordinario	991880
DESCARGO	1338913
	=====
TOTAL ALCANCE 1595-96	1786313

---

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1597

---

ALCANCE AÑO 1595-96	1786313 maravedíes
CARGO	3053988
DESCARGO	1643762
	=====
TOTAL ALCANCE 1597	1410226

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1598

---

ALCANCE AÑO 1597	1410226 maravedíes
CARGO	1214883
ordinario	211345
extraordinario	271856
otros gastos	349368
DESCARGO	832569
	=====
TOTAL ALCANCE 1598	382314

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 159

---

ALCANCE AÑO 1598	382314 maravedíes
CARGO	
DESCARGO	673923
Fiadores	7576

---

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1600

---

ALCANCE AÑO 1598

CARGO 2052104 maravedíes

descuenten 1870  
DESCARGO 734526

=====

TOTAL ALCANCE 1600 1319448

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1601

---

ALCANCE 1600 1319448 maravedíes

CARGO 1660360

ordinario 134048  
extraordinario 568889  
otros gastos 525058

DESCARGO 1228995

=====

TOTAL ALCANCE 1601 431365

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1602

---

ALCANCE AÑO 1601 431365 maravedíes

CARGO 1471113

ordinario 136766  
extraordinario 433196  
otros gastos 709359  
DESCARGO 1279321

=====

TOTAL ALCANCE 1602 191692

---

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1603

---

ALCANCE AÑO 1602 191692 maravedíes

CARGO 2181611

ordinario 145217

extraordinario 388886

otros gastos 1569562

DESCARGO 2103665

=====

TOTAL ALCANCE 1603 77945

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1604

---

ALCANCE AÑO 1603 77945 maravedíes

CARGO 1510902

ordinario 178714

extraordinario 422959

otros gastos 1103547

DESCARGO 1705220

=====

TOTAL ALCANCE 1604 -194318

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA AÑO 1605-06

---

ALCANCE AÑO 1604 -194318 maravedíes

CARGO 1765778

DESCARGO 1841644

=====

TOTAL ALCANCE 1605-06 -75866

---

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1607

---

ALCANCE 1605-06	-75866 maravedíes
CARGO	1213095
DESCARGO	1400394
	=====
TOTAL ALCANCE 1607	-187299

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1608

---

ALCANCE 1607	-187299 maravedíes
CARGO	1391144
DESCARGO	1648962
	=====
TOTAL ALCANCE 1608	-257818

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1609

---

ALCANCE 1608	-257818 maravedíes
CARGO	2609396
DESCARGO	2872137
	=====
TOTAL ALCANCE 1609	-262641

---

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1610

---

ALCANCE AÑO 1609	-262641 maravedíes
CARGO	1552667
DESCARGO	1218922
	=====
TOTAL ALCANCE 1610	344661

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1611

---

ALCANCE AÑO 1610	344661 maravedíes
CARGO	3329776
DESCARGO	3487448
	=====
TOTAL ALCANCE 1611	-160460

---

PRESUPUESTO DEL COLEGIO DE SAN ILDEFONSO PARA EL AÑO 1612

---

ALCANCE AÑO 1611	-160460 maravedíes
CARGO	1921396
DESCARGO	2461576
	=====
TOTAL ALCANCE 1612	-550180

---

## BIBLIOGRAFIA



## **BIBLIOGRAFIA**

### **1. FUENTES IMPRESAS.**

Recogemos aquí las obras impresas de los siglos XVI y XVII publicadas en su día o en ediciones modernas, que por la utilidad de los datos que aportan podemos considerar como fuentes.

ALFARO, F. de.: *Tractatus de officio Fiscalis, de que Fiscalibus Privilegiis*. Imp. Luis Sánchez. Valladolid, 1606.

ALVAREZ GUERRERO, A.: *Liber awens per utilis ac necessarius. De administratione et executione Justicia*. Imp. Francisco Romano. Valencia, 1536.

ANDRADE, A. de.: *Libro de la guía de la virtud y de la imitación de nuestra Señora*. Madrid, 1646, 1ª parte, libro III.

ANGELES, Juan de los.: *Manual de la vida perfecta*.

ASTETE, G. de.: *Tratado del gobierno de la familia y estado de las viudas y doncellas*. Burgos, 1603.

ASTETE, G. de.: *Del gobierno de la familia y estado de matrimonio*. Valladolid, 1598.

AZEBEDO, A.: *Commentariorum Iuris Civilis in Hispaniae Regias Constitutiones*. 3 vols. Imp. Juan Hafrey.

Madrid, 1612.

BARBON Y CASTAÑEDA, G.: *Provechosos arbitrios al consumo del vellón, conservación de plata, población de España y relación de avisos importantes a las cosas que en ellas necesitan de remedio*. 1628.

BERMUDEZ de PEDRAZA, F.: *Arte legal para estudiar la jurisprudencia*. Imp. Antonia Ramirez, Salamanca, 1612.

BROCHERO, L.: *Discurso del duelo y desafíos*. Sevilla, 1626.

CABRERA DE CORDOBA, L.: *Historia de Felipe III (1599-1614)*.

CANTERA, D. de la.: *Quaestiones criminales tangentes indicem, aecusatorem, reum, probationem, punitionemque delictorum*. Cornelius Bonardus. Salamanca, 1589.

*Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús, sobre los sucesos de la Monarquía entre los años 1643 y 1648*. M.H.E., Tomos XIII a XIX. Madrid, 1861-1865.

CASTILLO de BAVADILLA. *Política para corregidores y señores de vassallos, en tiempo de paz, y de guerra, y para jueces eclesiásticos y seglares, y de sacas, Aduanas y de Residencias, y sus oficiales: y para Regidores y Abogados, y del valor de los Corregimientos, y Gobiernos Realengos, y de las Ordenes*. Hermanos de Tournes, Amberes, 1750.

CAXA DE LERUELA, M.: *Restauración de la abundancia de España*. Nápoles, 1631.

CERDAN DE TALLADA, T.: *Visita de la Cárcel y de los presos*. Valencia, 1574.

- CHAVES, C.de.: "Relación de la Cárcel de Sevilla", en GALLARDO, B.J. en *Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos*. Madrid, 1968-69.
- CONTARINI, S.: *Relación de la Corte de España en 1605 por...*, *Embajador de Venecia*.
- CONTRERAS, A.de.: *Aventuras del capitán Alonso de Contreras, 1582-1633*, en *Revista de Occidente*, Madrid, 1943.
- Cosas curiosas del tiempo y vida del Rey Phelipe III assi de su gobierno como de su vida*. Recogido de buenos originales de diferentes escritos por un Curioso. Manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid (según Sánchez Alonso, ms. 1174).
- COVARRUBIAS, S. de.: *Tesoro de la lengua castellana*. Primer Diccionario de la Lengua. 1611. Madrid, Ediciones Turner, 1979.
- DA SOMMAIA, G.: *Diario de un estudiante de Salamanca. La crónica inédita de Giroxlam da Sommaia (1603-1607)*. Edición e introducción de George Haley. Universidad de Salamanca (Actas Salmanticensia. Historia de la Univesidad, 27). Salamanca, 1977, 649 pp.
- DALMAD Y CASANATE, J.: *Cartas a los Diputados del Reino de Aragón, participándoles noticias de la Corte de España*. En 1616 y 1617.
- DENIN, J.: *Discurso de (...), que tratan de los requisitos y órdenes que debe haber en la economía española para que sea perfecta, y cual debe ser el Consejo de Estado*

*y los demás Consejos, que debe tener la superintendencia, y medios que ella tiene para reintegrarse con brevedad de los daños que padece, puntos y contrapuntos de los Estados que confinan con ella.* Biblioteca de Palacio, Ms. 2887, folios 271-338, 1620.

DEZA, L. de.: *Gobierno político de agricultura.* Madrid, 1618.

DUQUE DE ESTRADA, D.: *Comentarios del desengañado de sí mismo,* Edición, introducción y notas de H. ETTINGHAUSEN. Madrid, Clásicos Castalia, nº 109, 1982, 553 pp.

ESCRIVA, F.: *Discursos de los estados, de las obligaciones particulares del estado y oficio, según las cuales ha de ser cada uno particularmente juzgado.* Valencia, 1613. pp. 110.

FARALDO, J. y ULLRICH, A.: *Corregidores y Alcaldes de Madrid, 1719-1906.* Madrid, 1906.

FERNANDEZ de NAVARRETE P.: *Conservación de Monarquías y discursos políticos.* 1626. Edición y estudio preliminar de M. D. GORDON. Madrid, 1982.

GALDANO Y CROY, L.: *Breve tratado de los hospitales y casas de recogimiento desta Corte.* Madrid, 1677.

GIGINTA, M.: *Remedio de pobres.* Lisboa, 1579.

GIGINTA, M.: *Atalaya de caridad.* Zaragoza, 1587.

GONZALEZ de AVILA, G.: *Historia de... Felipe Tercero.* Obra posthuma... Publicala D. Bartholomé Ulloa. Madrid,

1771,278 pp.

GONZALEZ de CELLEORIGO, M.: *De la política necesaria y útil restauración a la república de España y estados de ella y desempeño universal de estos reinos.* Valladolid, 1600.

GONZALEZ DAVILA.: *Teatro de las grandezas de la villa de Madrid.* Madrid, 1623.

GUERRERO, L.: *Información teológica y iurística dirigida al Ilmo. Sr D. Francisco de Contreras, para que mande quitar de todo el Reyno las casas públicas de las mugeres malas...* Granada, Baltasar de Lorenzana, 1622.  
1 hoja, 16 fols, 4Q.

GUTIERREZ de los RIOS, G.: *Noticia general para la estimación de las artes y de la manera en que se conocen las liberales de las que son mecanicas y serviles, con una exhortación a la lavra de la virtuda y del trabajo, constra las ociosas y otras particulares para las personas de todos los estados.* Madrid, 1600.

HEREDIA, A. de.: *Dechado de Jueces, en el qual se hallará la muestra de cómo ha de ser un buen Juez.* Imp. Juan Mey, Valencia, 1566.

*Las causas de que resultaron el ignorante y confuso gobierno que hubo en el tiempo (de Felipe II), y el prudente y acertado modo de governar que ha tomado y prossiguira (Felipe III).* Manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid (según Sánchez Alonso, ms. 7715).

- LIÑAN VERDUGO, A.: *Guía y avisos de forasteros que vienen a la Corte*. 1620.
- LISON Y BIEDMA, M. de.: *Discursos y apuntamientos en que se trata de materias importantes del gobierno de la Monarquía y de algunos daños que padece y de sus remedios*. 1622.
- LOPEZ BRAVO, M.: *De rege et regendi ratione*. Madrid, 1616.
- LUQUE FAXARDO, F.de.: *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*. Edición y prólogo de Martín de Riquer. Real Academia Española; Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles, nº XVI-XVII. Madrid, 1955, 2 vols. 266 y 264. El texto original fue publicado en Madrid en 1603.
- MEMORIAL ANONIMO DE SIMANCAS. *Pónense algunas de las causas del empeño del Reino y el remedio de ellas*. H. 1610. Dirigido a Lerma.
- MEMORIAL HISTORICO ESPAÑOL (edit.): *Cartas de Jesuitas*.
- MEMORIAS para la historia de D. Phelipe III... recogidas por D. Juan Yáñez. Madrid, 1723.
- MONCADA, S. de.: *Restauración política de España*. 1619.
- MONDRAGON, J. de.: *Censura de la locura humana y excelencias de ellas*. Lérida, 1598.
- MONTERROSO Y ALVARADO, G. de.: *Práctica criminal y civil: instrucción de escrivanos*. Valladolid, 1566.
- MORA, J. de.: *Discursos morales*. Madrid. 1589.
- MUÑOZ, J.: *Práctica de Procuradores para seguir pleitos*. Imp. Luis Sánchez, Madrid, 1612.

**NOVISIMA RECOPIACION.**

NOVOA, Matías de.: *Memorias... conocidas hasta ahora bajo el título de "Historia de Felipe III, por Bernabé de Vivanco"*, precedidas de un prólogo por don Antonio Cánovas del Castillo. Codoín, LX, comp.; LXI, 1-471. Obra de 1648.

NUÑEZ DE CASTRO, A.: *Libro histórico-político. Sólo Madrid es corte y el cortesano en Madrid*. Madrid, A. García. 1658.

OBREGON, B. de.: *Instrucción de enfermeros y consuelo de afligidos enfermos; y verdadera práctica de cómo se han de aplicar los remedios que enseñan los médicos*. Madrid, 1607.

"Ordenanzas cerca de lo que han de hazer y guardar los alcaldes mayores y juezes de residencia de los tres adelantamientos de Burgos y León y Palencia, y los escrivanos y abogados, y otros oficiales que siguen sus audiencias, Alcalá, 3 de marzo de 1543" en *Provisiones Nuevas*, nº 15. Andrés Angulo, Alcalá 1565.

PELLICER de OSSAU y TOVAR, J.: *Avisos Históricos*. Cuenta con varias ediciones, entre ellas una selección de Enrique Tierno Galván, editada por Taurus en 1965. Se refiere al reinado de Felipe IV.

PEÑALOSA Y MONDRAGON, B. de.: *Libro de las cinco excelencias del español que despueblan España para su mayor potencia y dilación*. Pamplona, 1629.

PEREZ de HERRERA, C.: *A la Católica y Real Magestad...*

*Cerca de la forma y traza cómo parece podrían remediarse algunos pecados, excessos y desórdenes en los tratos, vestimentos y otras cosas de que esta villa de Madrid al presente tiene falta, y de qué suerte se podrían restaurar y reparar las necessidades de Castilla la Vieja, en caso de que su Magestad fuesse servido de no hazer mudanza con su Corte a la ciudad de Valladolid.* Sin fecha ni lugar de impresión. Seguramente, Madrid, 1600; 40 folios.

PEREZ de HERRERA, C.: *A la Católica y Real Magestad... que atento a las grandes partes y calidades desta villa de Madrid, sirva de no desampararla, sino antes perpetuar en ella la asistencia de su Corte, casa y gran Monarchia.* Fechado en Madrid a 2 de febrero de 1600, sin indicaciones sobre lugar de impresión; 16 folios en 4º.

PEREZ DE HERRERA, C.: *A la Catolica y Real Magestad del Rey don Felipe nuestro señor, suplicandole se sirva de que los pobres de Dios mendigantes verdaderos de estos sus Reynos se amparen y socorranm, y los fingidos se reduzgan y reformen.* Madrid, por Luys Sanchez, año 1595.

PEREZ DE HERRERA, C.: *A los Cavalleros Procuradores de Cortes... En razon de muchas cosas tocantes al buen gobierno, Estado, Riqueza y Descanso destos Reynos.* Madrid, 1617; 9 folios.

PEREZ DE HERRERA, C.: *Al Católico y Poderosissimo Rey de*



*las Españas, y el Nuevo Mundo, don Felipe III. nuestro señor... El Doctor Christoval Perez de Herrera, su Medico y del Reyno. Dedicado este epílogo y suma de los Discursos que escribió al amparo y reducion de los Pobre mendigantes, y los demas destos Reynos, y de la fundacion de los Albergues y casas de reclusion y galera para mugeres vagabundas y delinquentes dellos: con lo acordado cerca desto por la Magestad Catolica del Rey don Felipe II N.S. que esta en gloria, y su Consejo Supremo. Con acuerdo y orden del Reyno. En Madrid, por Luis Sanchez, año de 1608, 40 folios.*

PEREZ DE HERRERA, C.: *Al Católico y Poderosissimo Rey de las Españas... En razón de muchas cosas tocantes al bien, prosperidad, riqueza y fertilidad destos Reynos y restauración de la gente que se ha echado dellos. Sin fecha ni lugar de impresión; redactado en Madrid, 1610, 31 folios.*

PEREZ DE HERRERA, C.: *Discurso del modo que parece se podria tener en la execucion para el fundamento, conservacion y perpetuidad de los Albergues y reformation y castigo de los vagabundos destos Reynos. 1597, 11 hojas numeradas en 4Q.*

PEREZ DE HERRERA, C.: *Discurso de la reclusion y castigo de la mugeres vagabundas y delinquentes destos Reynos. 8 hojas numeradas, en 4Q.*

PEREZ DE HERRERA, C.: *Discursos del amparo de los legitimos pobres y reducción de los fingidos, y de la fundacion*

*y principio de los Albergues destos Reynos y amparo de la milicia dellos...* año 1598, Madrid, por Luis Sánchez, 8 hijas sin numerar más 180 folios y una hoja final.

PEREZ DE HERRERA, C.: *Discurso... en que suplica a la Magestad del Rey don Felipe nuestro señor se sirva mandar ver si convendría dar de nuevo orden en el correr de toros, para evitar los muchos peligros y daños que se ven en el que oy se usa en estos Reynos.* No figura ni fecha ni lugar de impresión: 4 folios.

PEREZ DE HERRERA, C.: *Discurso (a Felipe III)... en que se le suplica, que considerando las muchas cualidades y grandezas de la villa de Madrid, se sirva de ver si convendría honrarla y adornarla de murallas y otras cosas que se proponen con que mereciese ser Corte perpetua, y asistencia de su gran Monarquía.* Sin fecha y sin lugar de impresión, probablemente de 1597: 24 folios en 40.

PEREZ DE HERRERA, C.: *Elogio a las esclarecidas virtudes... la Católica Real Magestad del Rey nuestro Señor c. Felipe II.* Año 1604. En Valladolid, por Luis Sánchez 272 pp.

PEREZ DE HERRERA, C.: *Magdalena de San Gerónimo. Razon forma de ser de la galera y casa real.* 1608... *Discurso de la reclusión de las mujeres vagabundas y delincuentes destos Reynos por el doctor Cristobal...* Edición de OURVANTZOFF, M. Madrid. Gráf.

*Amara, s.a.*

PEREZ DE HERRERA, C.: *Proverbios morales y consejos christianos, muy provechosos para concierto y espejo de la vida, adornados de lugares y textos de divinas y humanas letras. Y Enigmas Filosoficas, Naturales y Morales, con sus Comentos...* Año 1618. En Madrid, por Luis Sanchez, Impressor del Rey N.S.; 201 folios.

PEREZ DE HERRERA, C.: *Respuestas... a las objeciones y dudas que se han puesto al discurso que escrivio a su Magestad de la reduccion y amparo de los pobres.* 14 hojas numeradas, en 4Q.

PEREZ DE HERRERA, C.: *Ultima y undecima duda a que responde el Dr. Christoval Perez de Herrera... para acabar de facilitar la execucion, y perpetuar el discurso que escrivio al Rey nuestro señor, en la materia de la reduccion y amparo de los pobres mendigantes de sus Reynos.* 4 folios, en 4Q.

PINHEIRO DA VEIGA, T.: *Fastinginia. Vida cotidiana en la Corte de Valladolid.* Traducción y notas de Narciso Alonso Cortés. Valladolid, 1989.

PONS, G. de.: *Memorial sobre los diez puntos a los cuales se reducen los males principales que son causa de que las cosas de la monarquía de S.M. no vayan como conviene.* 1599.

QUIÑONES, J.: *Discurso contra los gitanos.* Madrid, 1631.

REMIRO DE NAVARRA, B.: *Los peligros de Madrid,* 1646. Editor José Esteban. Madrid, Clásicos El Arbol, 1987.

- ROJAS de VILLADRANDO.: *El buen repúblico*. 1611.
- SANDOVAL, B. de.: *Tractado del ciudadano que se deve tener de los presos pobres...*, Toledo, Miguel Ferrer, 1564. fols. 35 y ss.
- SERRANO, M.: *Memorial remitido a las Cortes de 1619*. Copia impresa en la Biblioteca de Palacio.
- STRUZZI, A.: *Diálogo sobre el comercio de estos Reinos de Castilla*. 1628.
- VALENCIA, P. de.: *Discurso acerca de los moriscos en España*.
- VALENCIA, P. de.: *Discurso sobre el precio del trigo*.
- VALENCIA, P. de.: *Discurso sobre el acrecentamiento de la labor de la tierra*. Madrid, 1605.
- VALENCIA, P. de.: *Discurso contra la ociosidad*. 1608.
- VALENCIA, P. de.: *Discurso sobre la moneda de vellón*.
- VALENCIA, P. de.: *Discurso sobre las brujas y cosas tocantes a la magia*.
- VALLE de la CERDA, L.: *Desempeño del Patrimonio de Su Majestad y de los Reinos, sin daño del Rey y vasallos, y con descanso y alivio de todos, por medio de los erarios públicos y Montes de Piedad*. Madrid, 1600.
- WATSON, R.: *The history of the reign of Philip the Third, King of Spain*. London, 1783, 485 pp.
- ZABALETA, J. de.: *El día de fiesta por la mañana y por la tarde*. Edición de Cristóbal Cuevas García. Madrid, Clásicos Castalia, nº 130, 1983. Publicado el Día de fiesta por la mañana en 1654 y el Día de fiesta por la

tarde h. 1660.

ZUAZNAVAR Y FRANCIA, J.M.: *Noticias de los archivos públicos de la hoy extinguida Sala de Señores Alcaldes de Casa y Corte y del Reposo Mayor de Corte*. San Sebastián, 1834.

## **2. OBRAS GENERALES.**

ABELLAN, J.L.: "Orígenes del pensamiento económico y las ideas socialistas en España" en *Sistema*, nº 40. enero 1981, pp. 101-117.

ANES, G.: *Las crisis agrarias en la España Moderna*. Madrid, 1970.

BRENAN, G.: "Tendencias socialistas en España en el siglo XVII" en *El laberinto español*. Paris, 1962.

CASTRO, C. de.: *Felipe III (Idea de un príncipe político cristiano)*. Madrid, 1944, pp 254.

COLMEIRO, M.: *Biblioteca de economistas españoles de siglos XVI, XVII y XVIII*. Madrid, 1979, 5ª edición.

COLMEIRO, M.: "Los arbitristas" en *Historia de la economía política en España*. Madrid, Taurus, 1965.

CORREA CALDERON, E.: *Registro de arbitristas, economistas y reformadores españoles (1500-1936)*. Catálogo impresos y manuscritos. Madrid, 1981.

DOMINGUEZ ORTIZ, A.: *El Antiguo Régimen. Los Reyes Católicos y los Austrias*. Barcelona, 1969.

DOMINGUEZ ORTIZ, A.: *La sociedad española en el siglo XVII*.

Madrid, 1963-70.

DOMINGUEZ ORTIZ, A.: *Política fiscal y cambio social en la España del siglo XVII*. Madrid, 1984.

ELLIOTT, J.H.: "Instrospección colectiva y decadencia en España a principios del siglo XVII", en *Poder y Sociedad en la España de los Austrias*. Barcelona, 1982.

ELLIOTT, J.H.: "La decadencia de Castilla", en *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Moderna*. Valladolid, 1989, pp. 393-414.

ELLIOT, J.H.: "La decadencia de España" en CIPOLLA y otros.: *La decadencia económica de los imperios*. Madrid, 1973, pp. 129-155.

ESPEJO, C.: "La carestía de la vida en el siglo XVI y medios de abaratarla" en *Revista Biblioteca, Archivo y Museo*. 1920 y 1921.

FOUCAULT, M.: *Sexo, poder, verdad*. Barcelona, 1978.

GARCIA DE VALDEAVELLANO, L.: *Curso de Historia de las instituciones españolas*. Madrid, Revista de Occidente. 1977.

GRICE-HUTCHINSON, M.: *El pensamiento económico en España (1177-1740)*. Barcelona, 1982.

GUTIERREZ NIETO, J.I.: "De la expansión a la decadencia económica de Castilla y León. Manifestaciones. El arbitrista agrarista", en AA.VV.: *El pasado histórico de Castilla y León*, vol. II, Edad Moderna. Burgos, 1983, pp. 11-75.

- GUTIERREZ NIETO, J.I.: "El pensamiento económico, político y social de los arbitristas", en *El siglo del Quijote*, volumen 10º del tomo XXVI de la *Historia de España* de Menéndez Pidal, Madrid, Espasa-Calpe, 1986.
- HAMILTON, E.J.: "La decadencia española en el siglo XVII" en *El florecimiento del capitalismo*. Madrid, 1984, pp. 123-137.
- LARRAZ, J.: *La época del mercantilismo en Castilla (1500-1700)*. Madrid, 1947.
- MARAVALL, J.A.: "De la misericordia a la justicia social en la economía del trabajo: la obra de Fray Juan de Robles" en *Moneda y Crédito*, nº 148. Marzo, 1979, pp. 57-88.
- MARAVALL, J.A.: "La crisis social del siglo XVII según las interpretaciones de los escritores de la época", en AA.VV.: *Seis lecciones sobre la España del siglo de Oro*. Homenaje a Bataillon. Sevilla, Bordeaux, 1981.
- MARAVALL, J.A.: "Esquema de las tendencias de oposición hasta mediados del siglo XVII", en *La oposición política bajo los Austrias*. Barcelona, 1974.
- MARAVALL, J.A.: "La imagen de la sociedad expansiva en la conciencia castellana del siglo XVI" en *Estudios de historia del pensamiento español*. Serie II, Madrid, 1984, pp. 363-392.
- MARAVALL, J.A.: "Trabajo y exclusión. El trabajador manual en el sistema social de la primera modernidad" en *Estudios de historia del pensamiento español*, serie

- II, Madrid, 1984, pp. 363-392.
- MARTINEZ, L.: *Refranero general ideológico español*. Madrid, 1953.
- SECO SERRANO, C. (introducción): *Testamento de Felipe III*. Editora Nacional (Colección Documenta). Madrid, 1982.
- SUREDA CARRION, J.L.: *La hacienda castellana y los economistas del siglo XVII*. Madrid, 1949.
- VILAR, P.: "Los primitivos españoles del pensamiento económico. Cuantitativismo y bullonismo", en *Crecimiento y desarrollo*. Barcelona, 1964, pp. 135-162.
- WILLIAMS, P.: "Philip III and the Restoration of Spanish Government, 1598-1603", in *The English Historical Review* (Edimburgh), nº 88 (1973), pp. 751-769.

### 3. HISTORIA SOCIAL Y DE LAS MENTALIDADES.

- BELTRAN, L.: "Un precedente español en la formulación de la ley de rendimientos decrecientes" en *Moneda y Crédito*, nº 78. setiembre 1981, pp. 3-8.
- BENNASSAR, B.: "Economie et societe a Segovie au milieu du XVI siecle" en *Anuario de Historia Económica y Social*, vol. 1, nº 1, 1968.
- BLEIBERG, G.: "El informe secreto de Mateo Alemán sobre el trabajo forzoso en las minas de Almadén" en *Estudios de Historia Social*, nº 2-3, 1977, pp. 357-443.
- CAMPORESI, P. (ED.): *Il libro dei Vagabondi*. Turín, 1973.



- CARRERAS PANCHON, A.: "Las epidemias de peste en la España del Renacimiento" en *V Congreso Nacional de Historia de la Medicina*, I, pp. 5-15. *Asclepio*. Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina y Antropología Médica. Madrid, XXIX (1977), XXX-XXXI (1978-79).
- CASTELLANOS, B.,S.: "Costumbres españolas. De las mancebías", en *El Bibliotecario y el trovador español*, 1841, 2º cuad.; pp. 65-67.
- CASTRO, A.: "Algunas consideraciones acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII", en *Revista de Filología Española*. 1916, III, pp. 1-50.
- CASTRO Y ROSSI, A. de: *Discurso de las costumbres públicas y privadas en los españoles en el siglo XVII*. Madrid, 1881.
- CAVILLAC, M.: "La reforma de la Beneficencia en la España del Siglo XVII: la obra de Miguel Giginta" en *Estudios de Historia Social*, nº 10-11, Julio-diciembre, 1979.
- CEPEDA ADAN, J.: "Los españoles entre el ensueño y la realidad", en prólogo de *El siglo del Quijote*, tomo XXVI de la *Historia de España*, dirigida por J.Mª Jover.
- CEPEDA ADAN, J.: "La mujer en la historia. Problemas metodológicos" en *Nuevas perspectivas sobre la mujer*, 1, pp. 13-17. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid. 1982.
- COBOS DE ADANA, J.: *El clero en el S. XVII. estudio de una*

- visita secreta a la ciudad de Córdoba*. Córdoba, 1976.
- CORDOBA, M. de: *Jardín de nobles doncellas. Religión y cultura*. Madrid, 1956.
- DAVIS, D.B.: *The problem of slavery in western culture*. Cornell, 1966.
- DEFOURNEAUX.: *La vie quotidienne en Espagne au Siecle d'Or*. París, Hachette, 1964.
- DELEITO Y PIÑUELA, J.: "La asistencia a Misa" en "La vida madrileña en tiempos de Felipe IV" en *R.B.A.M.*, II, (1925), pp. 335-338.
- DOMINGUEZ ORTIZ, A.: "Los extranjeros en la vida española durante el siglo XVII" en *Estudios de Historia Social de España*, IV, pp. 293-426.
- DOMINGUEZ ORTIZ, A.: "La esclavitud en Castilla durante la Edad Moderna", en *Estudios de Historia Social de España*. 1952, II, ppl. 369-428.
- DOMINGUEZ ORTIZ, A.: "Los estamentos privilegiados", en *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Moderna*. Valladolid, 1989, pp. 173-190.
- DOMINGUEZ ORTIZ, A.: "Sociedad e Instituciones en la España Moderna", en *Revista de Historia del Derecho*. Granada, 1976, pp. 201-215.
- DOMINGUEZ ORTIZ, A.: *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*. Madrid, 1985.
- EIRAS ROEL, A.: *La historia social de Galicia en sus fuentes de protocolos*. Universidad de Santiago de Compostela, 1981, 584 pp.

- ETTINGHAUSEN, H.: "Alonso de Contreras: un épisode de sa vie et de sa "vida"", en *Bolletín Hispanique* (Bordeaux, LXXVII, 3-4, 1975); pp. 293-318.
- FORTEA PEREZ, J.: *Córdoba en el S. XVI: las bases demográficas y económicas de una expansión urbana*. Caja de Ahorros, Córdoba, 1981.
- FRANCO SILVA, A.: "La esclavitud en Castilla durante la Baja Edad Media: Aproximación metodológica y estado de la cuestión", en *Historia, Instituciones, Documentos*. 1979, 6.
- GACTO, E.: "El divorcio en España. Evolución histórica" en *Historia 16*, julio 1978, nº 27, pp. 32-34.
- GARCIA CARCEL, R.: "La caza de brujas", en *Historia 16*, nº 136, agosto 1987, pp. 44-50.
- GARCIA LAFORGA, A.: *Mutilados de guerra por la patria. Historia (soldados viejos y estropeados), siglos XVI al XX*. Imprenta Heraldo de Aragón. Zaragoza, 1971, 418 pp.
- GARCIA, E. *Cristóbal Pérez de Herrera y la decadencia de España bajo el gobierno de los Austrias*. San Sebastián, 1947.
- GIRARD, A.: "Les étrangers dans la vie économique de l'Espagne du XVI et XVII siècles" en *Annales d'Histoire Economique et Sociale*, VOV (1933), pp. 567-578.
- GRANJEL, L.S.: *Vida y obra del doctor Cristóbal Pérez de Herrera*. Estudios de Historia de la Medicina Española

- (Nueva Serie), Tomo I, nº 1. Universidad de Salamanca, Ediciones del Seminario de Historia de la Medicina Española. Salamanca, 1959; 31 pp.
- HORNEDO, S.I. R.Mª.: "Desaplicación y desórdenes estudiantiles en el seiscientos español" en *Razón y Fe*, Madrid, CLIX, nº 733 (1959), pp. 131-144.
- IBAÑEZ LOSADA, I.: *El siglo XVII, hablando en plata*. Madrid, I.E.M., 1977. Aula de Cultura, ciclo de conferencias sobre Madrid en el siglo XVII, Nº 15.
- JIMENEZ SALAS, M.: *Historia de la asistencia social en España en la Edad Moderna*. Madrid, C.S.I.C., 1958.
- KAMEN, H.: "Clerical violence in a Catholic society: the Spanish world, 1450-1720", en Sheils, W.J. (ed.). *The Church and War Studies in Church History*, 20. Basil Blackwell, Oxford, 1983, pp. 201-216.
- LE FLEM, J.P.: Edición y estudio de Caxa de Leruela, M.: *Restauración de la abundancia de España. ¿Miguel Caxa de Leruela, defensor de la Mesta? Un testimonio sobre la ruptura ecológica del siglo XVII*. Madrid, 1975.
- LE FLEM, J.P.: "La cultura del arbitrista en el siglo XVII: el ejemplo de Caxa de Leruela", en *Moneda y Crédito*, nº 136. 1976.
- Les mentalités dans la Peninsule Iberique et en Amerique Latine aux XVI et XVII siecles. Histoire et problematique*. Actes del XII Congres de la societè des Hispanistes français de l'Enseignement superieur (Tours, 1977). Publications de l'Universitè de Tours

- (Serie "Etudes Hispaniques", 1). Tours, 1978.
- LOPEZ PIÑERO, J.A.: "La medicina del barroco español" en *Revista de la Universidad de Madrid*, XI, nº 42-43 (1962), pp. 479-515.
- MARAVALL, J.A.: "Reformismo social-agrario en la crisis del siglo XVII. Tierra, trabajo y salario según Pedro de Valencia" en *Utopía y reformismo en la España de los Austrias*. Madrid, 1982, pp. 247-303.
- MARAVALL, J.A.: *Poder, honor y élites en el siglo XVI*. Madrid, 1989.
- MARTIN GAITE, C.: *Usos amorosos del dieciocho en España*. Madrid, 1972.
- MECHOULAN, H.: *Mateo López Bravo. Un socialista español del siglo XVII*. Madrid, 1977.
- PEREZ DE AYALA, J. "Un teórico español de la política financiera: D. Martín González de Cellorigo" en *Revista de Derecho Financiero y Hacienda Pública*. Madrid, 1959, pp. 711-147.
- PEREZ MOREDA, V.: "Matrimonio y familia. Algunas consideraciones sobre el modelo matrimonial español en la Edad Moderna" en *Boletín de la Asociación de Demografía*. IV, marzo 1986, pp. 3-51.
- PERISTIANY, J.G. (dirigido): *El concepto de honor en la sociedad mediterránea*. Barcelona, 1986.
- POPE, R. D.: *La autobiografía española hasta Torres Villarroel* (Berna-Frankfurt del Main, 1974).
- PUIG, A. y TUSET, N.: "La prostitución en Mallorca (S.

- XVI). ¿El Estado un alcahuete?, en *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Siglos XVI a XX*. Actas de las IV Jornadas de Invest. Interdisciplinaria. Seminario de Estudios de la Mujer. VAM. 1986. PP. 71-82.
- RIEDRA, J.: "La tocoginecología en los textos médicos españoles del siglo XVII" en *Cuadernos de Historia de la Medicina Española* (Salamanca), IX (1970), pp. 75-92.
- RUMEU de ARMAS, A.: *Historia de la previsión social en España*. Madrid, 1942.
- SANCHEZ GRANJEL, L.: *La medicina española en el siglo XVII*, Universidad de Salamanca (Historia General de la Medicina Española, III). Salamanca, 1978, 250 pp.
- SANCHEZ GRANJEL, L.: "Cirugía española del Barroco: traumatología general" en *Capítulos de la Medicina Española*. Universidad de Salamanca. Instituto de Historia de la Medicina Española. Estudios de Historia de la Medicina Española, 3. Salamanca, 1971, pp. 121-132.
- SANCHEZ ORTEGA, M<sup>a</sup> E.: "Un sondeo en la historia de la sexualidad sobre fuentes inquisitoriales" en *La Inquisición española. Nueva visión, nuevos horizontes*. (dirigida por Joaquín Pérez Villanueva). Madrid, Siglo XXI, 1981. pp. 293-ss.
- SERRANO Y SANZ, M.: *Autobiografías y memorias*, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, II (Madrid), 1905, c-

cií.

SIERRA CORELLA, A.: "Los forjadores de la grandeza de Madrid. El Doctor Cristóbal Pérez de Herrera" en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*. 1950. pp. 231-249. .

SMITH, H.D.: *Preaching in the Spanish Golden Age. A study of Some Preachers of the Reign of Philip III*. Oxford University Press. Oxford, 1978, 190 pp.

VALBUENA PRAT, A.: *La vida española en la Edad de Oro*. Barcelona. Ed. Alberto Martín, 1943.

VALDEON BARUQUE, J.: "Los campesinos medievales", en *Cuadernos de Historia* 16, nº 128.

VEXLIARD, A.: *Introduction a la sociologie du vagabondage*. Paris, 1956.

VILAR, J. (edición y estudio preliminar).: *Sancho de Moncada: Restauración política de España*. Madrid, 1974.

VILAR, J. "Formes et tendances de l'opposition sous Olivares. Mateo de Lisón y Viedma, defensor de la patria" en *Malanges de la Casa de Velázquez*. 1971.

VIÑAS Y MEY, C.: *Apuntes sobre historia social*, Revista Arbor, año 1959, tomo 42.

VIÑAS Y MEY, C.: *Notas sobre la asistencia social en la España de los siglos XVI y XVII*. S.L., s.i., s.a., 20 h. Es tirada aparte de *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, nº 48, 1971, pp. 177-216.

ZARCO, J.: "El licenciado Miguel Caxa de Leruela y las

causas de la decadencia de España" en *Religión y Cultura*. El Escorial, 1934, vol. XXVI, pp. 387-422 y vol. XXVII, pp. 44-85.

#### 4. JUSTICIA .

ABRIL, V.: "Derecho, Estado, Rey: Monarquía y democracia en Francisco Suárez", en *Revista de Estudios Políticos*, 1976, pp. 210.

AGUNDEZ FERNANDEZ, A.: *Historia del poder judicial en España*. Madrid, Editoria Nacional, Madrid, 1974.

ALBI, F.: *El corregidor en el municipio español bajo la Monarquía Absoluta (Ensayo histórico-crítico)*. Madrid, 1943.

ALEJANDRE GARCIA, J.A.: "El delito de falsedad testimonial en el derecho histórico español", en *Historia. Instituciones, Documentos*. Sevilla, 1976, 3, pp. 9-141.

ALEJANDRE GARCIA, J.A.: "Estudio histórico del delito de falsedad documental", en *Anuario de Historia de Derecho Español*. XLII, pp. 117-189.

ALEJANDRE GARCIA, J.A.: "La función penitenciaria de las galeras" en *Historia* 16. Octubre, 1978, Extra VII, pp. 47-54.

ALONSO ROMERO, M.P.: "Las Cortes y la Administración de Justicia", en *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Moderna*. Valladolid, 1989, pp. 501-564.



- ALONSO ROMERO, M.P.: "Aproximación al estudio de las penas pecuniarias en Castilla (siglos XIII-XVIII)", en *Anuario de Historia del Derecho Español*. 1985, pp. 9-94.
- ALONSO ROMERO, M.P.: *El proceso penal en Castilla (siglos XIII-XVIII)*. Salamanca, 1982.
- ALVAREZ ALONSO, C.: "Tendencias en la investigación del derecho penal histórico. Los casos de Gran Bretaña, Francia e Italia como excusa", en *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*. Madrid, 1990, pp. 197-213.
- ALVAREZ, J.Mª. *Instituciones de derecho real de Castilla y de Indias*. México, 1982, 2 vols.
- ALVAREZ JUSUE, A.: "Guerra de justicias" en *Archivo Hispalense*. Sevilla, 1953, II época. 54-55-56, pp. 31-93.
- ALVAREZ JUSUE, A.: "La Audiencia de Sevilla, creación de Carlos I", en *Anales de la Universidad Hispalense*. Sevilla, 1957-1958, 18-19, pp. 67-87.
- ALVAREZ JUSUE, A.: "La Justicia sevillana desde Alfonso XI hasta la Audiencia de los Grados", en *Archivo Hispalense*. 1953, 60, PP. 17-50.
- ANDRES ARRATIBEL, Mª.B.; OLARAN Y MUGICA, C.: "Estudios de la conflictividad a través de los pleitos del siglo XVI del Archivo del Corregidor de Guipúzcoa" en *Homenaje a J. Ignacio Tellechea Idígoras*. San Sebastián-Donostia, 1982-1983, I, pp. 452-464.
- ASENJO ESCUDERO, M.: "Funcionamiento y organización de la

- Real Chancillería de Valladolid", en *Hidalguía*. 1961, XI, 44, pp. 397-674.
- ARRIBAS ARRANZ, F.: "Los escribanos públicos durante el siglo XV" en *Centenario de la Ley del Notariado*. vol. I. Madrid, 1964, pp. 165-260.
- BARATTA, A.: "Criminología y dogmática penal. Pasado y futuro integral de la ciencia penal", en *Papers*. Barcelona, 1980, 13, pp. 13-49.
- BARRERA DOMINGUEZ, H.: *Delitos sexuales*. Bogotá, Ternis, 1963.
- BARBERO SANTOS, M.: "La pena de muerte en el derecho histórico actual", en *La pena de muerte, seis respuestas*. Madrid, 1978.
- BARBERO SANTOS, M.: *Política y derecho penal en España*. Guadalajara, 1977.
- BARBERO SANTOS; BERDUGO; BERISTAIN; COBO; GARCIA Y VALDES; GIMBERNAT.: *La pena de muerte: seis respuestas*. Valladolid, 1975.
- BARRIENTOS GARICA, J.: *El tratado de "De justitia et Jure" (1590) de Pedro de Aragón*. Salamanca, 1978.
- BENEYTO PEREZ, J.: *Instituciones de derecho histórico español*. Barcelona, 1930-1931. 3 vols.
- BENEYTO PEREZ, J.: *Historia de la administración española e hispanoamericana*. Madrid, 1958. pp. 273.
- BENI Y CATALA, J.: *Instrucción de alcaldes ordinarios que comprenden las obligaciones de éstos y del Amotacen*. Madrid, 1988.

- BERDUGO GOMEZ DE LA TORRE, I.: "Contribución al estudio de la desaparición de los derechos penales forales", en *Cuadernos de Política Criminal*. 1981, 13, pp. 5-23.
- BERDUGO GOMEN DE LA TORRE, I.: *Honor y libertad de expresión: las causas de justificación en los delitos contra el honor*. Madrid, Tecnos, 1987.
- BERMEJO CABRERO, J.L.: *Estudios de Historia del Derecho y de las Instituciones*. Madrid, 1989.
- BERMEJO CABRERO, J.L.: *Aspectos jurídicos e institucionales del Antiguo Régimen en España*. Barcelona, 1985.
- BERMEJO CABRERO, J.L.: *Derecho y administración pública en al España del Antiguo Régimen*. Madrid, 1985.
- BERMEJO CABRERO, J.L.: "Tormentos, apremios, cárceles y patíbulos a finales del Antiguo Régimen", en *Anuario de Historia del Derecho Español*. 1986, 56, pp. 683-727.
- BERMUDEZ DE PEDRAZA, F.: *El secretario del rey*. Madrid, 1973.
- BERNAL GOMEZ, B.: "Un aspecto más del régimen carcelario novohispano: la visita de cárcel", en *VI Congreso del Instituto Internacional de Historia del Derecho Indiano: Poder y presión fiscal*. Valladolid, 1986, pp. 255-279.
- BERNAL MARTIN, S.: *La administración de justicia en J. Segovia medieval*. Segovia, 1979.
- BERNARDO ARES, J.M.: *Los Alcaldes Mayores de Córdoba (1750-1833)*. Córdoba, 1978.

- BERNARDETE, J.: "Los galeotes", en *Revista Hispánica Moderna*. 1965, XXXI, pp. 57-70.
- BLAZQUEZ MIGUEL, J.: "Aportación al estudio de las cárceles inquisitoriales de Murcia: la Casa de Recogidas" en *AHC [Anales de Historia Contemporánea]*, 4, 1985, pp. 35-39.
- BLAZQUEZ MIGUEL, J.: "La cárcel inquisitorial de la Penitencia, en Cuenca" en *R.C. [Revista Cuenca]*, 1986, 27, pp. 27-32.
- BREHN, B.: *Tiranías, cárceles y suplicios de todos los tiempos*. Barcelona, 1973.
- BROCHERO, L.: *Discurso del duelo y desafíos*. Sevilla, 1626.
- BUSTOS RAMIREZ, J.: HORMAZABAL MALLARE, H.: "Pena y Estado", en *Papers*. Barcelona, 1980, 13, pp. 99-128.
- CABRERA DE CORDOBA, L.: *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1591 hasta 1614*. Madrid, 1857.
- CANET APARISI, T.: *La Audiencia valenciana en al época foral moderna*. Valencia, 1986.
- CARCELES DE GEA, B.: "La crisis de la Monarquía Judicial. La consulta del Consejo de Castilla de 1683", en *Norba*. 1984. 5, pp. 137-151.
- CARDIÑANOS BARDECI, I.: *El adelantamiento de Castilla. Partido de Burgos. Sus ordenanzas y archivo*. 1985. pp. 15.
- CARO PETIT, C.: "La cárcel Real de Sevilla", en *Archivo Hispalense*. 1945, II época, 4 y 5, pp. 37-85; 317-48.

- CASTILLO DE BOVADILLA, J.: *Política para corregidores y señores de vasallos en tiempo de paz y de guerra. Y para jueces eclesiásticos y seculares*. Madrid, 1978.
- CERDA RUIZ-FUNES, J.: "En torno a la pesquisa y procedimiento inquisitivo en el Derecho castellano-leonés de la Edad Media" en *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXXVIII, 1968, PP. 641-671.
- CERDA RUIZ-FUNES, J.: "Para un estudio sobre los Adelantados Mayores de Castilla (siglos XIII al XV)" en *Actas del II Symposium de Historia de la Administración*. Madrid, 1987. pp. 202-203.
- CHUECA, F.: "El edificio de la cárcel de Corte", en *Archivo español del arte*. 1945, pp. 368-375.
- CLAVERO, B.: "Derecho y Privilegio", en *Materiales*. 1979, 4, pp. 19-32.
- CLAVERO, B.: "Notas sobre el derecho territorial castellano, 1367-1445", en *Historia, Instituciones. Documentos*. Sevilla, 1976, 3, pp. 141-167.
- CLAVERO, B.: GROSSI, P.; TOMAS Y VALIENTE, F.: *Hispania entre derechos propios y derechos nacionales (Atti dell'incontro di studio. Firenze-Lucca 25, 26, 27 maggio 1989)*. Milano, 1990.
- CORONA GONZALEZ, S.: "La recusación judicial en el derecho histórico español", en *Anuario de Historia del Derecho Español*. 1982, pp. 511-615.
- CURIEL, L.: *Indice Histórico de disposiciones sociales*. Madrid, 1946.

- DOMINGUEZ ORTIZ, A.: "Delitos y suplicios en la Sevilla imperial (la crónica negra de un misionero jesuíta)", en *Crisis y Decadencia de la España de los Austrias*. Barcelona, 1969, pp. 11-72.
- DOMINGUEZ ORTIZ, A.: "Instituciones políticas y grupos sociales en Castilla durante el siglo XVII", en *Instituciones y Sociedad en la España de los Austrias*. Barcelona, 1985, pp. 7-29.
- DOMINGUEZ ORTIZ, A.: "La Corona de Castilla a finales del siglo XVI", EN *Manuscripts d'Historia Moderna*. 1985, 2, pp. 9-30.
- DOMINGUEZ ORTIZ, A.: "La Galera o cárcel de mujeres de Madrid a comienzos del siglo XVIII", En *Anuario del Instituto de Estudios Madrileños*. 1973, 9, pp. 277-285.
- DUBERT GARCIA, I.: "La conflictividad familiar en el ámbito de los tribunales señoriales y reales de la Galicia del Antiguo Régimen (1600-1830)", en *Obradoiro de Historia Moderna (Homenaje al prof. A. Eiras Roel)*. La Coruña, 1990, pp. 73-102.
- ESCUDERO, J.A. (Ed.): *Perfiles jurídicos de la Inquisición Española*. Madrid, 1989.
- ESCUDERO, J.A.: "Inquisición y Cortes de Castilla", en *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Moderna*. Valladolid, 1989, pp. 565-592.
- ESCUDERO, J.A.: *Curso de Historia del Derecho, fuentes e instituciones político-administrativas*. Madrid, 1985.

- ESCUDERO, J.A.: *Los orígenes del Consejo de Ministros en España. La Junta Suprema de Estado*. Madrid, 1979, 2 vols.
- ESCUDERO, J.A.: *Los secretarios de Estado y del Despacho (1474-1724)*. Madrid, 1976.
- ESCUDERO, J.A.: "Cinco siglos de cárceles", en *Historia 16*. Octubre, 1978, Extra VII, pp. 5-10.
- ESCUDERO, J.A.: "Los orígenes del Consejo de la Suprema Inquisición", en *Anuario de Historia del Derecho Español*. Madrid, 1983, LIII, PP. 238-290.
- ESCUDERO, J.A.: *Historia del Derecho: Historiografía y problemas*. Madrid, 1973.
- FAYARD, J.: *Los miembros del Consejo de Castilla en al época moderna, 1621-1746*. Madrid, 1982.
- FERNANDEZ ALVAREZ, M.: *Historia de España. Edad Moderna*. Barcelona, 1976.
- FERNANDEZ VARGAS, V.: "Noticias sobre la situación penal en León en 1572 y 1573. Un documento para la historia de la penalidad en España", en *Anuario de Historia del Derecho Español*. 1968, XXXVIII, PP. 629-634.
- FIESTAS LOZA, A.: "Las cárceles de mujeres", en *Historia 16*. Octubre, 1978, Extra VII, pp. 89-100.
- FIORELLI, *La tortura indiziaria nel Diritto commune*, 2 vols. Milán, 1953.
- FORONDA, V. de.: *Colección de máximas, preceptos y consejos para los señores intendentes, corregidores y alcaldes*. Madrid, 1801.

- FOUCAULT, M.: *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona, 1980.
- FOUCAULT, M.: *Vigilar y castigar*. Madrid, 1978.
- FRAILE, P.: *Un espacio para castigar. La cárcel y la ciencia penitenciaria en España (siglos XVIII-XIX)*. Barcelona, 1987.
- GACTO, E.: "La pena de muerte", en *Cuadernos, Historia* 16. 134.
- GACTO, E.: "El marco jurídico de la familia castellana. Edad Moderna" en *Historia. Instituciones. Documentos*. 1984, nº 11, pp. 41-42.
- GANDASEGUI APARICIO, M<sup>a</sup> J.: *La jurisdicción real ordinaria competente para conocer de los procedimientos civiles en Castilla en la época moderna*. Dirección M<sup>a</sup> Victoria López Cerdón. UCM. Dpto. Moderna, 1990. Trabajo de investigación inédito.
- GARCIA BASALO, J.C.: "John Howard, el peregrino de la reforma carcelaria en España", en *Revista Penal y Penitenciaria*. Buenos Aires, 1981, XXXIII, pp. 5-38.
- GARCIA GALLO, A.: *La justicia municipal en sus aspectos histórico y científico*. Madrid, 1946.
- GARCIA GALLO, A.: "Las Audiencias de Indias. Su origen y caracteres" en *Memoria del segundo Congreso Venezolano de Historia*. T. I. pp. 359-432. Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1975.
- GARCIA GALLO, A.: "Alcaldes mayores y corregidores de Indias", en *Estudios de Historia del Derecho Indiano*.



- pp. 695-714. Instituto Nacional de Estudios Jurídicos. Madrid, 1972.
- GARCIA VALDES, C.: *No a la pena de muerte*. Madrid, 1975.
- GARCIA VALDES, C.: *Régimen penitenciario de España*. Madrid, 1975.
- GARRIGA, C.: "Observaciones sobre el estudio de las Chancillerías y Audiencias castellanas (siglos XVI-XVII)", en CLAVERO; GROSSI; TOMAS Y VALIENTE.: *Hispania entre derechos propios y derechos nacionales*. Milano, 1990, II, pp. 757-803.
- GERPE GERPE, M.: *La potestad del Estado en el matrimonio cristiano*. Salamanca, Instituto "San Raimundo de Peñafort", Monografías Canónicas Peñafort, nº 13, 1970.
- GIL AYUSO, F.: *Noticia bibliográfica de textos y disposiciones legales de los reinos de Castilla impresos en los siglos XVI y XVII*. Patronato de la Biblioteca Nacional. Madrid, 1935.
- GILBERT Y SANCHEZ DE LA VEGA, R.: "El funcionario español de la época austríaca", en *Actas del I Symposium de Historia de la Administración*. Madrid, 1970, pp. 253-293.
- GILBERT Y SANCHEZ DE LA VEGA, R.: "Contadores de Hacienda e intervención fiscal en el Antiguo Régimen castellano", en *Itinerario Histórico de la Intervención General de la Administración del Estado*. Madrid, 1976.

- GIL SANJUAN, J.: "Las cárceles inquisitoriales de Granada", en *Jabega*. 1980, PLP. 18-28.
- GONZALEZ ALONSO, B.: "El juicio de residencia en Castilla. I. Origen y evolución hasta 1480", en *Anuario de Historia del Derecho Español*. 1978, XLVIII, pp. 193-247.
- GONZALEZ ALONSO, B.: "Notas sobre las relaciones del Estado con la administración señorial en la Castilla Moderna", en *Anuario de Historia del Derecho Español*. 1983, 52, pp. 368-380.
- GONZALEZ ALONSO, B.: "Observaciones y documentos sobre la administración de Castilla a fines del siglo XV", en *Historia. Instituciones. Documentos*. Sevilla, 1976, 3, pp. 223-247.
- GONZALEZ ALONSO, B.: *El corregidor castellano 1348-1808*. Madrid, 1970. pp. 159-169.
- GONZALEZ ALONSO, B.: *Gobernación y Gobernadores. Notas sobre la administración de Castilla en el período de formación del Estado Moderno*. Madrid, 1974.
- GONZALEZ ALONSO, B.: *Sobre el Estado y la Administración de la Corona de Castilla en el Antiguo Régimen*. Madrid, 1981.
- GONZALEZ DELEITO Y DOMINGO, N.: "La jurisdicción penal-militar española en las edades antigua y media", en *Escritos en homenaje al profesor Prieto Castro*. Madrid, 1977, I, pp. 535-555.
- GONZALEZ PALENCIA, A. y VARON VALLEJO, E.: *Archivo*

*Histórico Nacional. Consejo de Castilla. Sala de Alcaldes. Catálogo por materias.*

GRAULLERA SANZ, V.: "El verdugo de Valencia en los siglos XVI y XVII (ejecución de sentencias)" en *Estudios de Historia de Valencia*. Valencia, 1987. pp. 203-214.

GUILLARTE ZAPATERO, A.: "Las instituciones: El Gobierno y la Administración del Reino" en *Historia de Castilla y León. La época de la expansión Siglo XVI*. Valladolid, 1985, pp. 91.

GUTIERREZ ALONSO, A.: "Evolución de la demografía vallisoletana durante el siglo XVII" en *Investigaciones Históricas*. Valladolid, 2, 1980. pp. 39-69.

HERAS, J.L. de las.: "El sistema carcelario de los Austrias en la Corona de Castilla", en *Studia Histórica (Homenaje al Dr. Fernández Alvarez)*. 1988, VI, pp. 523-559.

HERAS, J.L. de las.: "Los galeotes de los Austrias: la penalidad al servicio de la Armada", en *Historia Social*. Invierno, 1990, 6, pp. 127-138.

HERNANDEZ ESTEVE, E.: "Creación del Consejo de Hacienda (1523-1525)", en *Estudios de Historia Económica*, 1983, 9.

HERNANDEZ ESTEVE, E.: *Contribución al estudio de las Ordenanzas de los Reyes Católicos sobre la Contaduría Mayor de Hacienda, y sus oficios*. Madrid, 1988.

HERNANDEZ ROS, R.: "La pena de galeras", en *Conferencias*

- sobre Lepanto*. Madrid, 1947, II, pp. 9-38.
- JARQUE MARTINEZ, E.M.A.: *Los procesos de limpieza de sangre en la Zaragoza de la Edad Moderna*. Zaragoza, 1983.
- JUAN Y COLON, J.: *Instrucción de escribanos en orden a lo judicial*. Madrid, 1787.
- KAGAN, R.L.: *Pleitos y pleiteantes en Castilla, 1500-1700*. Salamanca, 1991.
- KAGAN, R.L.: "Justicia y poder en Castilla, siglos XVI y XVII", en *Cuadernos de Investigación Histórica*. 1979, 3.
- KAGAN, R.L.: "Pleitos y poder real. La Chancillería de Valladolid (1500-1700)", en *Cuadernos de Investigación Histórica*. 1978, 2, pp. 291-316.
- LACCHE, L.: *Latrocinium. Giustizia, scienza penale e repressione del banditismo in Antico Regime*. Milán, 1988.
- LADERO QUESADA, M.A.: *La Hacienda Real de Castilla en el siglo XV*. La Laguna, 1973.
- LALINDE ABADIA, J.: *Iniciación histórica al derecho español*. Barcelona, 1983.
- LARDIZABAL URIBE, M.: *Discurso sobre las penas*. Madrid, 1789.
- LASTRES, F.: *La cárcel de Madrid (1572-1877)*. Madrid, 1877.
- LLUIS Y NAVAS, J.: "Las características y tendencias generales de la política penal monetaria en la Corona de Castilla durante la Edad Moderna", en *Numisma*. 1959, IX, 36, 37 y 38. PP. 9-24, 9-33 y 9-53.

- LOPEZ GOMEZ, M<sup>a</sup> A.: "Los fiscales del Consejo Real", en *Hidalguía*. En feb. 1990, 218, pp. 81-114.
- LOPEZ GOMEZ, M<sup>a</sup>.A.: "Los relatores del Consejo de Castilla y de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte", en *Hidalguía*. En feb. 1990, 218, pp. 43-80.
- LOPEZ-REY, M.: "La jurisdicción común castellana en el siglo XVI", en *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*. 1935, IV, 166.
- LUNENFELD, M.: "Governing the cities of Isabella the Catholic: The corregidores, govemors, and assistants of Castile (1476-1504)", en *Journal of Urban History*. 1982, IX, 1.
- MACIA MANSO, R.: *Derecho y justicia en Suárez*. Granada, 1968.
- MARAÑON, G.: "La medicina en las galeras en tiempos de Lepanto", en *Conferencias sobre Lepanto*. Madrid,m 1947, II, pp. 127-161.
- MARAÑON, G.: "La vida en galeras en tiempo de Felipe II", en *Vida e Historia*. Madrid, 1980, pp. 94-124.
- MARAVALL, J.A.: *Poder, honor y élites en el siglo XVII*. Madrid, 1944.
- MARAVALL, J.A.: *Estudios de historia del pensamiento español (siglo XVII)*. MADRID, 1975.
- MARTIN POSTIGO, M<sup>a</sup>.S.: "La cancellería castellana en la primera mitad del siglo XVI", en *Hispania*. 1964, 95, pp. 348-367.
- MARTIN RODRIGUEZ, J.: "Figura histórico-jurídica del Juez

- Mayor de Vizcaya" en *Anuario de Historia del Derecho Español*. XXXVIII, 1968, PP. 641-671.
- MARTINEZ DIEZ, G.: "La tortura judicial en la legislación histórica española", en *Anuario de Historia del Derecho Español*. 1962, XXXII, pp. 223-300.
- MARTINEZ DIEZ, G.: "Los oficios públicos: De las Partidas a los Reyes Católicos", en *Actas II Symposium de Historia de la Administración*. Madrid, 1971, pp. 121-137.
- MARTINEZ GIJON, J.: "Estudios sobre el oficio de escribano en Castilla durante la Edad Moderna" en *Anuario de Historia del Derecho Español*. XXXVIII, 1968, pp. 261-340.
- MARTINEZ MARINA, F.: *Ensayo histórico crítico sobre la antigua legislación y principales cuerpos legales de los reinos de León y Castilla*. Madrid, 1845.
- MARTINEZ RUIZ, J.: "Visita a todas las casas de cristianos viejos de Granada en 1565. Inventario de armas (Hidalguía, profesiones, oficios)", en *Cuadernos de Alhambra*. 1988, 24, pp. 151-182.
- MARTINEZ SALAZAR.: *Colección de memorias y noticias o gobierno general y político del Consejo: lo que se observa en el despacho de los negocios que le competen*. Madrid, 1764.
- MELOSSI, D.; PAVARINI, M.: *Los orígenes del sistema penitenciario, (siglos XVI-XIX)*. México, 1980.
- MENDIZABAL, F.: "Investigaciones acerca del origen, historia

- y organización de la Real Chancillería de Valladolid. Su jurisdicción y competencia", en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. 1914, XXXI, pp. 61-72, 95-112, 243-264, 437-442, 445-467.
- MOLAS RIBALTA, P.: *Consejos y Audiencias durante el reinado de Felipe II*. Valladolid, 1984.
- MOLINA, L. de: *Los seis libros de la justicia y el derecho*. Madrid, 1941.
- MORONGIU, A.: "Soberanía e instituciones parlamentarias en la polémica política de los siglos XVI y XVII", en *Revista de Estudios Políticos*. 1963, 129-130.
- PALACIO ATARD, V.: *España en el siglo XVII. Derrota, agotamiento, decadencia*. Madrid, 1987.
- PELORSON, J.M.: *Les letrados, juristes castillans sous Philippe III*. Le Puy en Velay, 1980.
- PEREZ BUSTAMANTE, R.: "Del sistema de Contadurías al Consejo de Hacienda, 1433-1529. Una perspectiva institucional", en *Historia de la Hacienda Española: Epocas Antigua y Medieval*. Madrid, 1982, pp. 681-739.
- PEREZ BUSTAMANTE, R.: *El gobierno y la administración territorial de Castilla (1230-1474)*. Madrid, 1976, 2 vols.
- PEREZ DE LA CANAL.: "La justicia en la Corte de Castilla durante los siglos XIII a XV", en *Historia. Instituciones, Documentos*. Sevilla, 1975, 2a., pp. 383-483.
- PEREZ GARCIA, P.: "Origen y configuración de una

- magistratura urbana de la Valencia foral: el Justicia criminal" en *Estudis*, 13, (Valencia, 1988).
- PEREZ MARTIN, A.; SCHOLZ, J.M.: *Legislación y Jurisprudencia en la España del Antiguo Régimen*. Valencia, 1978.
- PEREZ-PRENDES, J.M.: *Apuntes de historia del derecho español*. Madrid, 1964.
- PEREZ-PRENDES, J.M.: "Fazer justicia. Notas sobre la actuación gubernativa medieval", en *Moneda y Crédito*. 128.
- PEREZ-PRENDES, J.M.: "Las leyes de los adelantados mayores", en *Hidalguía*. 1962, pp. 365-384.
- PEREZ-PRENDES, J.M.: *Curso de Historia del Derecho Español*. Madrid, 1984.
- PETIT CARO, C.: *La cárcel real de Sevilla*. Sevilla. Publicaciones de la Excm. Diputación de Sevilla.
- RIBA GARCIA, C.: *El Consejo Supremo de Aragón en el reinado de Felipe II*. Valencia, 1914.
- RODRIGUEZ MOURULLO, G.: "La distinción hurto-robo en el Derecho histórico español", en *Anuario de Historia del Derecho Español*. Madrid, XXXII, 1962, PP. 25-111.
- RODRIGUEZ RAMOS, L.: "La pena de galeras en la España Moderna", en *Estudios penales. Libro homenaje al profesor Antón Oneca*. Salamanca, 1982.
- ROLDAN VERDEJO, R.: *Los jueces de la monarquía absoluta*. Madrid, 1989.
- RUIZ RODRIGUEZ, A.A.: *La Real Chancillería de Granada en el*



- siglo XVI. Granada, 1987.
- SARRABLO AGUARELES, E.: *Catálogo de Consultas del Consejo de Aragón*. Madrid, 1975.
- SCHÄFER, E.: "Algunos conflictos de jurisdicción en la Administración española durante los siglos XVI y XVII", en *Investigación y Progreso*. 1932, 6.
- SCHÄFER, E.: *El Consejo Real y Supremo de Indias. Su historia, organización y labor administrativa hasta la terminación de la Casa de Austria*. 1978.
- SERRA RUIZ, R.: "Honor, honra e injuria en el derecho medieval español", en *Anuario de Historia del Derecho Español*. Madrid, 1970, XL, pp. 799-803.
- SEVILLA Y SOLANAS, F.: *Historia penitenciaria en España. La galera. Apuntes de Archivo*. Segovia, 1917.
- SIMOM DIAZ, J.: *Relaciones de actos públicos celebrados en Madrid (1541-1640)*. Madrid, I.E.M., 1982, PP. 230-231.
- SUEIRO, D.: *La pena de muerte: ceremonial, historia, procedimientos*. Madrid, Alianza Editorial, 1974.
- TELLECHEA IDIGORAS, J.I.: "Las cárceles inquisitoriales". en *Historia 16*. Oct. 1978, Extra, VII, PP. 55-67.
- THOMPSON, I.A.A.: "Cortes y ciudades: tipología de lo Procuradores (extracción social, representatividad)". en *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Moderna*. Valladolid, 1989, pp. 191-248.
- TOMAS Y VALIENTE, F.: "Las cárceles y el sistema penitenciario bajo los Borbones", en *Historia 16*. Oct. 1978. Extra, VII.

- TOMAS Y VALIENTE, F.: "Nuevas orientaciones de la Historia del Derecho en España", en *Estudios sobre Historia de España*. Madrid, 1981, II.
- TOMAS Y VALIENTE, F.: "El perdón de la parte ofendida en el derecho penal castellano (siglos XVI, XVII y XVIII)", en *Anuario de Historia del Derecho Español*. Madrid, 1961-1962, XXXI, PP. 55-114.
- TOMAS Y VALIENTE, F.: "El Estado del siglo XVII. El Gobierno y la Monarquía y la Administración de los Reinos", en JOVER ZAMORA, J.M. *Historia de España: La España de Felipe IV*. Madrid, 1982, XXV, pp. 1-214.
- TOMAS Y VALIENTE, F.: "Origen bajomedieval de la patrimonialización de oficios públicos en Castilla ", en *Actas I Symposium de Historia de la Administración*. Madrid, 1970, pp. 123-150.
- TOMAS Y VALIENTE, F.: *La tortura en España. Estudios Históricos*. Barcelona, 1973.
- TOMAS Y VALIENTE, F.: *El Derecho Penal de la Monarquía Absoluta (siglos XVI-XVIII)*. Madrid, 1969.
- TOMAS Y VALIENTE, F.: *Gobierno e instituciones en la España el Antiguo Régimen*. Madrid, 1982.
- TOMAS Y VALIENTE, F.: "La prisión por deudas en los derechos castelano y aragonés", en *Anuario de Historia del Derecho Español*. 1960, XXX.
- TOMAS Y VALIENTE, F.: *La venta de oficios de regidores y la formación de oligarquías urbanas en Castilla (siglos XVII y XVIII)*. Sevilla, 1974.

- TOMAS Y VALIENTE, F.: "Instituciones del Estado y los hombres que las dirigen en la España del siglo XVII", En *Anuario dell' Instituto Storico Italiano per l'Eta Moderna e Contemporanea*. Roma, 1979, XXIX y XXX.
- TORRES FONTES, J.: "El alcalde mayor de las aljamas de moros en Castilla" en *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXXVIII, 1968, PP. 641-671.
- UREÑA Y SMENJAUD, R. de: "Los incunables jurídicos en España. Discurso leído ante las Reales Academias para celebrar la fiesta del libro el 7 de octubre de 1929", en *Boletín de la Real Academia de la Historia*. 1929, XCV, pp. 1-46.
- VILLANOVA Y JORDAN, J.: *Cárceles y presidios*. Aplicación de la panóptica de Jeremías Bentham a las cárceles y casas de corrección de España, Madrid, Imp. de D. Tomás Jordán, 1834.

##### 5. DELINCUENCIA Y MARGINACION.

- ABBIAITECI, A.: "Les incendiaires en France au XVIIIè siècle. Essai de typologie criminelle", en *Annales E.S.C.*. 1970, XXV, 1, PP. 230-248.
- ALMAZAN, I.: "El recurso a la fuerza. Formas de violencia en el Vallés occidental durante el siglo XVI" en *Historia Social*, 6, (1990).
- ALVAREZ SANTALO, L.C.: *Marginación social y mentalidad en*

- Andalucía Occidental: Expósitos en Sevilla (1613-1910)*. Sevilla, 1980.
- BATAILLON, M.: *Pícaros y picaresca*.
- BEATTE, J.M. *Crime and the Courts in England: 1660-1800*. Oxford, 1986.
- BERCE, Y.M.: "Aspects de la criminalité au XVII<sup>e</sup> siècle", en *Revue Historique*. 1968, 239, pp. 33-42.
- BERCE, Y.M.: "De la criminalité aux troubles sociaux: La noblesse rurale du Sud-Ouest de la France sous Louis XIII", en *Annales du Midi*. 1964.
- BRAVO LOZANO, J.: "Marginación y supervivencia: mujeres y niños en el Madrid del siglo XVII", en *Historia* 16, nº 135, pp. 37.
- CAMPORESI, P. (ed).: *Il libro dei vagabondi*. Turín, 1973.
- CARASA SOTO, P.: "Metodología del estudio del pauperismo en el contexto de la revolución burguesa española" en *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas*. Actas del I Congreso de la Asociación de Historia Social. Madrid, Siglo XXI, 1991. pp. 359-384.
- CARRASCO, R.: *Inquisición y represión sexual en Valencia. Historia de los sodomitas. (1565-1785)*. Barcelona, 1986.
- CHAMORRO, J.V.: *Algunas consideraciones sobre delito y sociedad*. Madrid, Albia, 1983.
- DAVIS, N.Z.: *Pour sauver sa vie: Les récits de pardon au XVI<sup>e</sup> siècle*. París, 1988.
- DELEITO Y PIÑUELA, J. *La mala vida de la España de Felipe*

IV. Madrid, 1987.

DEYON, P.: "A propos du pauperisme au milieu du XVII<sup>e</sup> siècle" en *Annales*, 1967.

DEYON, P.: *Le temps des prisons. Essai sur e'histoire de la delinquance et les origines du systeme penitentiare*. Editions Universitaires, París, 1975.

FARGE, A.: *Delinquance et criminalité. le vol d'aliments à Paris au XVIII<sup>e</sup> siècle*. Saint-Amand, 1974.

GACTO FERNANDEZ E.: "La vida en las cárceles españolas de la época de los Austrias", en *Historia* 16. Octubre, 1978, Extra VII, pp. 11-46.

GACTO, E.: "El delito de bigamia y la Inquisición española", en *Sexo, Barroco y otras transgresiones premodernas*. Madrid, 1990.

GEREMEK, B.: "La popolaziones marginale tra il Medioevo e l'era moderna" en *Studi Storici*, vol. IX (1968).

GILI GAYA, S.: "Cultismos en la germanía del siglo XVII" en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, VII, nº 1-2 (Homenaje a Amado Alonso, I, 1953), pp. 113-117.

GRACIA CARCAMO, J.A.: "Reflexiones sobre las fuentes y los métodos utilizados en el estudio de la pobreza y la marginación social durante la crisis del Antiguo Régimen" en *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas*. Actas del I Congreso de la Asociación de Historia Social. Madrid, siglo XXI, 1991. pp. 319-322.

GRAULLERA SANZ, V.: "Un grupo social marginado: las mujeres

- públicas (el burdel de Valencia en los siglos XVI y XVII)", en *Actes du Premier Colloque sur le Pays Valencien à l'Epoque Moderne*, pp. 75-98. Université de Pau. Valencia, 1980.
- HERNANDEZ CASTANEDO, F.: *El Madrid tremebundo: (crímenes célebres, 1797-1958)*. Madrid, 1983.
- HERRERA PUGA, P.: "La Andalucía negra" en *Anuario de Historia Moderna y Contemporánea*. (Granada), nº 6 (1979), pp. 7-37.
- HERRERA PUGA, P.: *Sociedad y delincuencia en el Siglo de Oro*. Madrid, 1974.
- HORNEDO, R.: "Desaplicación y desórdenes estudiantiles en el seiscientos español" en *Razón y Fe*. Madrid, CLIX, nº 733 (1959). pp. 131-144.
- KAMEN, H.: "Gallery Service and Crime in Sixteenth Century Spain", en *Economic History Review*. 1968, XXII, pp. 304-305.
- KAMEN, H.: "Public Authority and Popular Crime: Banditry in Valencia 1660-1714", en *The Journal of European Economic History*. 1974, III, 3, pp. 654-687.
- KAMEN, H.: *Una sociedad conflictiva, 1469-1714*. Madrid, 1984.
- LECUIR, J.: "Criminalité et "moralité": Montyon, statisticien du parlement de Paris", en *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*. Jui-Sep 1974, XXI, pp. 445-493.
- LOPEZ-CORDON CORTEZO, Mª V.: *La primera secretaría de*

- Estado: la Institución, los hombres y su entorno (1714-1833)*. Madrid, 1980.
- MARTINEZ RUIZ, E.: *La delincuencia contemporánea: introducción a la delincuencia isabelina*. Granada, 1982.
- MARTINEZ RUIZ, E.: *La conducción de presos en el reinado de Isabel II*. Madrid, 1980.
- MARTINEZ RUIZ, E.: *La seguridad pública en el Madrid de la Ilustración.*, Madrid, 1988.
- MARTZ, L.: *Poverty and welfare in Habsburg Spain. The exemple of Toledo*. Cambridge, 1983.
- MER, L.B.: "Criminalité et répression. 15mes journées d'Histoire du Droit des Pays de l'Ouest-Dinard (1978)", en *Annales de Normandie*. Déc. 1969, XXIX, 4, pp. 370-371.
- MUCHEMBLED, R.: "Soutenances de thèses: violence et société: comportements et mentalités populaires en Artois (1400-1660), en *Revue du Nord*, LXVIII (Lille, 1985).
- PEREZ ESTEVEZ, R.Mª.: "Las Cortes y los marginados: pobres en Castilla en el siglo XVI", en *Las Cortes de Castilla y León en la Edad Moderna*. Valladolid, 1989, pp. 283-314.
- PEREZ ESTEVEZ, R.Mª.: *El problema de los vagos en la España del siglo XVIII*. Madrid, 1976.
- PEREZ GARCIA, P.: *La compara de los malhechores*. Valencia, 1479-1518. Valencia, 1990.

- PERRY, M.E.: *Crime and Society in Early Modern Seville*.  
London, 1980.
- RUGGIERO, G.: *La violenza a Venezia nel primo Rinascimento*.  
Bologna, 1982.
- THOMPSON, I.A.A.: "A map of crime in sixteenth-century  
Spain" en *Economic History Review*. Vol XXI, nº 2  
(1968).
- TOMAS Y VALIENTE, F.: "El crimen y pecado contra natura",  
en *Sexo barroco y otras transgresiones premodernas*.  
Madrid, 1990, pp. 33-56.
- TOMAS Y VALIENTE, F.: "Delincuentes y pecadores", en *Sexo  
barroco y otras transgresiones premodernas*. Madrid,  
1990, pp. 11-32.
- TRASELLI, C.: "Du fail divers à l'histoire sociale:  
criminalité et moralité en Sicile au début de l'époque  
moderne" en *Annales, ESC*, París, 1973. pp. 226-246.
- TREXLER, R.C.: "La prostitution à Florence au XVème  
siècle", en *Annales E.S.C.*, nov-dec. 1981, pp. 983-  
1015.
- TRINIDAD FERNANDEZ, P.: *La defensa de la sociedad. Cárcel  
y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*. Madrid,  
1991.
- VEXLIARD, A. *Introduction à la sociologie du vagabondage*.  
París, 1956.
- VINCENT, B.: *Minorías y marginados en la España del siglo  
XVI*. Granada, 1987.
- VIÑAS MEY, C.: "Sobre religión, sociedad y delincuencia en



el Siglo de Oro", en *Anuario de Historia Económica y Social*. Madrid, III, 1970, pp. 422-431.

WEISSER, M.R.: *Crime and Punishment in Early Modern Europe*. Bristol, 1979.

ZENON-DAVIS, N.: *Pour sauver sa vie. Les recits de pardon au XVI siècle*. Paris, 1987.

## **6. LA MUJER EN LA EDAD MODERNA.**

ALEGRE, J.M.: "Las mujeres en el Lazarillo de Tormes" en *Arbor*, 117, abril, 1984, p. 460.

ALVAREZ, G.: *El amor en la novela picaresca*.

AMELANG, J. y NASHM, M.: *Historia y género. Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*. Valencia, IVEI, 1990.

AMELANG, J.: "Los usos de la autobiografía: monjas y beatas en la Cataluña moderna" en James Amelang y Mary Nash, *Historia y género. Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*. Valencia, IVEI, 1990.

ARCO Y GARAY, R. del.: *La sociedad española en las obras de Cervantes*. Madrid, R.A.E., 1951.

ARCO Y GARAY, R. del.: *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*. Madrid, R.A.E., 1942.

ASENSIO RUBIO, M.: "Ordenamiento jurídico y realidad social sobre las mujeres en Ciudad Real (siglos XVII-XVIII).

- Aproximación a una realidad desconocida" en *Actas I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, celebrado en Ciudad Real, diciembre de 1985, tomo VIII, Talavera, 1988, pp. 105-111.
- BRAVO LOZANO, J.: "Marginación y supervivencia: mujeres y niños en el Madrid del siglo XVII", en *Historia 16*. nº 135, pp. 37-55.
- CABAÑAS, M<sup>a</sup> D.: "La imagen de la mujer en la Baja Edad Media castellana a través de las Ordenanzas municipales de Cuenca" en *Las mujeres en las ciudades medievales...*, pp. 103-108.
- CAPEL MARTINEZ, R.M<sup>a</sup>.: "La prostitución en España: notas para un estudio socio-histórico" en *Mujer y sociedad en España (1700-1975)*. Madrid, Ministerio de Cultura, 1982.
- CAPEL MARTINEZ, R.M<sup>a</sup>.: *La mujer española en el mundo del trabajo. 1900-1930*. Madrid, 1980.
- CAPEL MARTINEZ, R.M<sup>a</sup>.: *Mujer española y sociedad: Bibliografía (1900-1984)*. Madrid, 1984.
- CAPEL MARTINEZ, R.M<sup>a</sup>.: *El sufragio femenino en la Segunda República*. Granada, 1975.
- CAPEL MARTINEZ, R.M<sup>a</sup>. (coord.) : *Mujer y sociedad en España, 1700-1975*. Por M<sup>a</sup> Angeles Durán. Madrid, 1982.
- CAPEL MARTINEZ, R.M<sup>a</sup>.: *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930)*. Madrid, 1982.
- CARBONELL, M; NASH, M y RIVERA, M.: "La storia delle donne in Spagna" en *Quaderni Storici*, 63, diciembre 1986,

pp. 995-1008.

CARD BAROJA, J. "Mujer, religión y magia", en *Historia* 16, nº 136, agosto 1987, pp. 39-43.

CHACON, F. (ed.): *Familia y sociedad en el Mediterráneo occidental. Siglos XV-XIX*. Murcia, Universidad de Murcia, 1987.

CRUZ, A.J.: "La prostitución legalizada como estrategia antifeminista en las novelas picarescas femeninas" en *Actas de las sextas Jornadas Interdisciplinarias*. Madrid, VAM, 1986.

DIAZ SANCHEZ, P. y DOMINGUEZ PRATS, P.: "Las mujeres en la historia de España. Siglos XVII-XX" en *Bibliografía comentada*. Madrid, Instituto de la Mujer, 1988.

DOMINGUEZ ORTIZ, A.: "Un memorial contra la prostitución en el reinado de Felipe IV", en *Historia y pensamiento*. Homenaje a Luis Díez del Corral por la U.C.M., tomo I, Madrid, 1987, pp. 217-224.

ESCOBAR CAMACHO, J.M.; NIETO CEMPLIDO, M. y PADILLA GONZALEZ, J.: "Vida y presencia de la mujer en la Córdoba del siglo XIII" en *Las mujeres en las ciudades medievales...*, pp. 125-141.

ESCOBAR CAMACHO, J.M.; NIETO CEMPLIDO, M. y PADILLA GONZALEZ, J.: "La mujer cordobesa en el trabajo a fines del siglo XV" en *Las mujeres en las ciudades medievales...*, pp. 153-160.

FERNANDEZ PEREZ, A.: "La mujer trabajadora del Barroco a través de la Picaresca" en *El trabajo de las mujeres*.

- Madrid, VAM, 1986.
- FERNANDEZ QUINTANILLA, P.: *Mujeres en Madrid*. Madrid, El Avapiés, 1984.
- FRIEDMAN, E. G.: "El status jurídico de la mujer castellana durante el Antiguo Régimen", en *Ordenamiento jurídico y la realidad social de las mujeres. Siglos XVI a XX*. Actas de las IV Jornadas de Investigación Interdisciplinaria. Seminario de Estudios de la Mujer. U.A.M., 1986.
- GALAN SANCHEZ, A. y LOPEZ BELTRAN, M<sup>a</sup> T.: "El status teórico de las prostitutas del Reino de Granada en la primera del siglo XVI (las ordenanzas de 1538)" en *Las mujeres en las ciudades...*, pp. 161-169.
- GEFFRIAUD ROSSO, J.: *Etudes sur la féminité aux XVII et XVIII siècles*.
- GIL AMBRONA, A.: "Entre el trabajo y la oración: las ocupaciones de las otras esposas: siglos XVI-XVII" en *El trabajo de las mujeres*. Madrid, VAM, 1986.
- GIL AMBRONA, A.: "Mujeres religiosas, mujeres heterodoxas" en *Historia 16, 145, XIII*, pp. 59- 63.
- GIL MARTIN, C.: "Las relaciones paternoficiales en los libros de propagandística católica" en *Actes de Primer Congrés de'Historia Moderna de Catalunya*. Barcelona, Universidad de Barcelona, 1984.
- GOMEZ-CENTURION JIMENEZ, C.: "La familia, la mujer y el niño", en *La vida cotidiana en la España de Velázquez*,

- dirigida por José Alcalá Zamora. Madrid, 1989.
- GOMEZ GARCIA, M<sup>a</sup> C.: *Instituciones religiosas femeninas malagueñas en la transición del siglo XVII al XVIII*. Málaga, Diputación Provincial, 1986.
- GOMEZ MORAN, L.: *La mujer en la Historia y en la Legislación*. Madrid, s.a.
- HANRAHAW, Th.: *La mujer en la novela picaresca española*. Madrid, 1967.
- HINOJOSA MONTALVO, J.: "La mujer en las ordenanzas municipales en el Reino de Valencia durante la Edad Media" en *Las mujeres en las ciudades medievales...*, pp. 43-55.
- LALINDE ABADIA, J.: *La dote y sus privilegios en el derecho catalán*. Barcelona, 1962.
- LASALA NAVARRO, G.: *La mujer delincuente en España y su tratamiento correccional*. Buenos Aires, 1948.
- LOPEZ-CORDON CORTEZO, M<sup>a</sup> V. y FERNANDEZ VARGAS, V.: "Mujer y régimen jurídico en el Antiguo Régimen: una realidad disociada", en *Ordenamiento Jurídico y realidad social de las mujeres*. Siglos XVI a XX. Madrid, 1986.
- LOPEZ-CORDON CORTEZO, M<sup>a</sup> V.: "La situación de la mujer a finales del Antiguo Régimen" en *Mujer y sociedad en España (1700-1975)*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1982.
- LOPEZ-CORDON CORTEZO, M<sup>a</sup> V.: "La literatura religiosa y moral como conformadora de la mentalidad femenina (1760-1860)" en *La mujer en la historia de España*

- (siglos XVI-XX), Madrid, VAM, 1984.
- MARAVALL, J.A.: *La mujer en el teatro y la novela del siglo XVII*. Actas del II Coloquio del Grupo de Estudios sobre Teatro Español.
- MARSHALL, S.(Edit.): *Women in Reformation and Counter-Reformation Europe*. Indiana University Press, 1989.
- NASH, M.: "Nuevas dimensiones en la historia de la mujer" en *Presencia y protagonismo: aspectos de la historia de la mujer*. Barcelona, Serbal, 1984.
- NASH, M.: "Dos décadas de Historia de las mujeres en España: una reconsideración" en *Historia Social*, nº 1, invierno, 1991. pp. 137-161.
- NIETO SORIA, J.M.: "La mujer en el libro de los fueros de Castilla (Aproximaciones a la condición sociojurídica de la mujer en Castilla en los siglos XI al XIII)", en *Las mujeres en las ciudades medievales...*, pp. 75-86.
- MONCO REBOLLO, B.: *Mujer y demonio: una pareja barroca (30 monjas endemoniadas en un convento)*.
- ORTEGA, M.: "Casa o convento. La educación de la mujer en las Edades Moderna y Contemporánea" en *Historia* 16, 145, XIII, pp. 41-48.
- PALACIOS ALCALDE, M.: "Formas marginales de trabajo femenino en la Andalucía moderna" en *El trabajo de las mujeres*. Madrid, VAM,, 1986.
- ORCASTEGUI GROS, C.: "La mujer aragonesa en la legislación foral de la Edad Media", en *Las mujeres medievales y*

- su ámbito jurídico. *Actas de las Segundas Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*. Madrid, 1983. pp. 115-123.
- PEREZ-ERDELYI, M.: *La pícara y la dama. La imagen de las mujeres en las novelas picaresco-cortesanas de María de Zayas y Sotomayor y Alonso de Casillo Solórzano*. Miami, 1979.
- PEREZ, J.: "La femme et l'amour dans l'Espagne du XVIème siècle", en *Amours legitimes amours illegitimes en Espagne (XVIème-XVIIème siècles)*. Paris, 1985, pp. 19-29.
- PEREZ BALTASAR, M.D.: *Mujeres marginadas: las casas de recogidas en Madrid*. Madrid, 1984.
- PEREZ DE COLOSIA, M<sup>a</sup> I.: "La mujer y el Santo Oficio de Granada durante la segunda mitad del siglo XVI" en *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Siglos XVI a XX*. Actas de las IV Jornadas de Invest. Interdisciplinaria. pp. 55-69. Seminario de Estudios de la Mujer. VAM. 1986.
- PEREZ DE LA SALA, P.: "La prostitución en la Corte". en *Revista de España*, 1891, tomo CXXXIV, pp. 425-42524-43, y tomo CXXXV, pp. 192-208 y 330-42. Como parte de su serie Costumbres españolas en el siglo XVII.
- PEREZ DE TUDELA Y VELASCO, M<sup>a</sup> I.: "La condición de la viuda en el medievo castellano-leonés", en *Las mujeres en las ciudades medievales...*, pp. 87-101.
- PRECIOSO, G.: *La mujer en la Casa de Beneficencia de*

Valencia (finales del siglo XVIII- principios del siglo XX). Valencia, Universidad de Valencia, de próxima aparición.

PUIG, A. y TUSET, N.: "La prostitución en Mallorca (S.XVI) ¿El Estado un alcahuete?". en *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Siglos XVI a XX*. Actas de las IV Jornadas de Investigación Interdisciplinaria.

RIVERA GARRETAS, M.: "Normativa y litigios en torno a la dote durante la época de Jaime II" en *Las mujeres en las ciudades medievales*. Actas de las Terceras Jornadas de Investigación Interdisciplinaria. Madrid. 1983. pp. 19-25.

RODRIGUEZ SOLIS, E.: *Historia de la prostitución en España y América*. Madrid.

ROMEU ALFARO, S.: "La mujer en el Derecho penal valenciano" en *Estudios a Juan Peset Aleixandre*, III. Valencia, 1982, pp. 459-474.

RUIZ DE LA PEÑA, J.I.: "La condición de la mujer a través de los ordenamientos jurídicos de la Asturias medieval (siglos XII al XIV)" en *Las mujeres en las ciudades medievales...* pp. 59-74.

SAEZ, R.: "La transgression de l'interdit amoureux: le prêtre, la femme et l'enfant dans l'archeveche de Toledo (1565-1620), en *Amours legitimes amours illegitimes en Espagne (XVIème-XVIIème siècles)*. París, 1985, pp. 94-100.



- SANCHEZ LORA, J.L.: *Mujeres, conventos y formas de la religiosidad barroca*. Madrid, 1988.
- SANCHEZ ORTEGA, M<sup>a</sup> H.: "La mujer en el Antiguo Régimen: tipos históricos y arquetipos literarios" en *Nuevas perspectivas sobre la mujer*. Madrid, VAM, 1982.
- SEGURA GRAIÑO, C.: "Las mujeres andaluzas en la Baja Edad Media. Ordenamientos y Ordenanzas municipales" en *Las mujeres en las ciudades medievales. Actas de las Terceras Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*. Madrid, 1983. pp. 19-25.
- SILVA, J-G. da: "La mujer en España en la época mercantil: de la igualdad al aislamiento", en *La mujer en la Historia de España (Siglos XVI al XX)*. Actas de las Segundas Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, organizadas por el Seminario de Estudios de la Mujer, de la U.A.M. Madrid, 1984.
- TESTON NUÑEZ, I.: *Estructuras mentales y vida cotidiana en la sociedad extremeña durante el S.XVII*. Cáceres, Universidad de Extremadura, 1983.
- VIGIL, M.: *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*. Madrid, 1986.
- VIGIL, M.: "La vida cotidiana en las mujeres del barroco" en *Nuevas perspectivas sobre la mujer*. Madrid, VAM, 1982.
- VILLAS TINOCO, S.: "La mujer y la organización gremial malagueña en el Antiguo Régimen" en *Ordenamiento Jurídico y realidad social de las mujeres. Siglos XVI*

y XX. Madrid, VAM, 1986.

## 7. HISTORIA SOCIAL DE LA LITERATURA.

ALONSO HERNANDEZ, J.A.: *Léxico del marginalismo del Siglo de Oro*. Salamanca, 1977.

ARCO Y GARAY, R.: *La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega*. Madrid, 1942.

ARCO Y GARAY, R.: "Posición de Cervantes ante el gobierno y la administración", en *Revista de Arvhivos, Bibliotecas y Museos*. 1953, LIV, 1-2-3-, pp. 185-228.

ARCO Y GARAY, R.: *La sociedad española en las obras de Cervantes*. Madrid, 1951.

ARCO Y GARAY, R.: *La ínfima levadura social en las obras de Cervantes*. Madrid, 1952.

ARCO Y GARAY, R.: *La crítica social en Cervantes*. Madrid, 1951.

BONILLA y SAN MARTIN, A.: *Vejámenes literarios...* Madrid. Colección "Oro Viejo", Doblón II, MCMIX.

CALDERON DE LA BARCA, P.: *La niña de Gómez Arias*. Edición de Carmen Iranzo. Colección Siglo de Oro/2. Estudios de Hispanófila. Valencia, 1974.

CALDERON DE LA BARCA, P.: *La dama duende*. Madrid, Ed. Libra, colección Púrpura, 1970.

CALDERON DE LA BARCA, P.: *El médico de su honra*. Edición de D.W. Cruickshank. Madrid, Clásicos Castalia, 1981.

- CALDERON DE LA BARCA, P.: *A secreto agravio, secreta venganza*.
- CASTILLO SOLORZANO, A. de.: *La garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas*. Edición, prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuende. Madrid, 1957.
- CASTILLO SOLORZANO, A. del.: *Las aventuras del Bachiller Trapaza*.
- CASTILLO SOLORZANO, A. del.: *La niña de los embustes Teresa de Manzanares, natural de Madrid*.
- CAVILLAC, M.: *Gueux et marchands dans le Guzmán de Alfarache (1599-1604). Roman picaresque et mentalité bourgeoise dans l'Espagne du Siecle d'Or*. Burdeos, 1983.
- CELA, C.J.: *Rol de cornudos*. Barcelona, 1985.
- CERVANTES, M. de: *La gitanilla*, en *Novelas Ejemplares*. Madrid, 1972.
- CERVANTES, M. de: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.
- CHEVALIER, M.: *Cuentos folklóricos españoles del Siglo de Oro*. Barcelona, Crítica, 1983.
- CLARAMONTE Y CORROY, A. *Deste agua no beberé*. Introducción de Alva V. Ebersole. Valencia, Castalia, 1973.
- COTARELO VALLEDOR, A.: "Las comedias en los conventos de Madrid en el siglo XVII", en *R.A.B.M.A.*, octubre, 1925.
- CRIADO DEL VAL (Dir.): "Cervantes su obra y su mundo", en *Actas del I congreso Internacional sobre Cervantes*. Madrid, 1981.

- CRIADO DEL VAL, M. (Dir.): *Lope de Vega y los orígenes del teatro español*. Madrid, 1981.
- CRIADO DEL VAL, M.(Dir. por): *La Celestina y su contorno Social*. Barcelona, 1977.
- DELPECH, F.: "La leyenda de la serrana de la Vera: las adaptaciones teatrales", en *La mujer en el Teatro y la novela del siglo XVII*.
- DIEZ BORQUE, J.A.: *Organización económica de los corrales de comedias madrileños en el siglo XVII*. Madrid, 1980.
- DIEZ BORQUE, J.A.: *Sociología de la comedia española del siglo XVII*. Madrid, 1976.
- DIEZ BORQUE, J.A.: *Sociología de la comedia lopesca*. Madrid, 1978.
- DIEZ BORQUE, J.A.: *Sociedad y teatro en la España de Lope de Vega*. Barcelona, 1978.
- ESPINA, C.: *El amor de las estrellas (mujeres del Quijote)*. Madrid, 1916.
- FALIN-LACOURT, CHR.: "La madre en la comedia", en *La mujer en el teatro y la novela del siglo XVII*. Toulouse, 1978.
- FERNANDEZ MORATIN, L.: *Arte de las putas*. Madrid, 1977.
- GARCIA BERRIO, A.: *Intolerancia de poder y protesta popular en el Siglo de Oro: los debates sobre la licitud moral del Teatro*. Málaga, 1978.
- GONZALEZ DE AMEZUA, A.: *Un costumbrista madrileño olvidado del siglo XVII*. Madrid, I.E.M., 1956.
- HAZAÑAS y la RUA, J.: *Los rufianes de Cervantes*. Sevilla.

1906.

HERRERO GARCIA, M.: "Nueva interpretación de la novela picaresca", en la *Revista de Filología Española*, 1937.

HERRERO GARCIA, M.: *Madrid en el teatro*. Madrid, I.E.M., 1963.

HESSE EVERETT, W.: *La comedia y sus intérpretes*. Madrid, 1972.

JAREÑO, E.F.: *El Coloquio de los Perros documento social de la vida española en la Edad de Oro*. Madrid, E.H.S.E., 1952.

JESUS, Sta. Teresa de.: *Camino de perfección*.

KING, W.F.: *Prosa novelística y Academias literarias en el siglo XVII*. Madrid, Anejo X del B.R.A.E., 1963.

LA BARRERA, C.A.: *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español, desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII*. Madrid, 1860.

LAURENTI, J.L.: *Estudios sobre la novela picaresca española*. Madrid, C.S.I.C., 1970.

LEON, F.L. de.: *La perfecta casada*.

LOPE DE VEGA, : *Las ferias de Madrid*. Edición, notas y estudios preliminares preparados por Alva V. Ebersole. Colección Siglo de Oro/2. Estudios de Hispanófila. Valencia, 1977.

LOPE DE VEGA, : *Cartas*. Toledo, finales de abril de 1615, al duque de Sessa. Edición de Nicolás Marín. Madrid, 1985.

LOPE DE VEGA, : *El villano en su rincón*. Madrid, Editorial

- Libra, Colección Púrpura, 1970.
- LOPE DE VEGA, : *El caballero de Olmedo*. Edición de Jose Manuel BLECUA. Madrid, Editorial Ebro, 1943.
- LOPE DE VEGA, : *La gatomaquia*. Edición de Celina Sabor de Cortazar. Madrid, Clásicos Castalia, 1983.
- LOPE DE VEGA, : *Fuente Ovejuna*. Edición de Joaquín de Entrambasaguas. Madrid, Alianza Editorial, 1969.
- LOPE DE VEGA, : *La vitoria de su honra*. Edición, notas y estudios preliminares de Alva V. Ebersole. Valencia, Colección siglo de Oro/S. Estudios de Hispanófila, 1977.
- LOPE DE VEGA, : *El castigo sin venganza*. Edición de A. David Kossoff. Madrid, Clásicos Castalia, 1986.
- LUNDELIUS, M.: *The Mujer varonil in the theater of the Siglo de Oro*. Diss. University of Pennsylvania, 1969.
- MONTERO ALONSO, J.: *Las Comediantas*. Madrid, I.E.M., 1977.
- MORETO, A.: *El desdén con el desdén*. Madrid, Compañía Ibero-american de publicaciones, s.a.
- MORO, T.: *Utopía*. Introducción y notas de Pedro Rodríguez Santidrián. Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- OÑATE, M<sup>a</sup> del P.: *El feminismo en la literatura española*. Madrid, Espasa-Calpe, 1938.
- POLAINO ORTEGA, L.: *La delincuencia en la picaresca*. Sevilla, 1964.
- QUEVEDO, F. de.: *La hora de todos y la fortuna con sexo*. Edición crítica de Luisa López-Grigera. Madrid, Clásicos Castalia, 1988.

- QUEVEDO, F. de.: "El alguacil endemoniado", en *Sueños y discursos*. Madrid, Clásicos Castalia, 1990.
- QUEVEDO, F. de.: "Sueño de la muerte", en *Sueños y discursos*. Edición de Felipe Maldonado. Madrid, Clásicos Castalia, 1990.
- QUEVEDO, F. de.: "Hastío de un casado al tercer día", en *Poemas escogidos*. Edición de Jose Manuel Blecua. Madrid, Clásicos Castalia, 1987.
- QUEVEDO, F. de.: "Sueño del Infierno", en *Sueños y discursos*. Madrid, Clásicos Castalia, 1990.
- QUEVEDO, F. de.: *La vida del buscón llamado don Pablos*. Madrid, Salvat, 1969.
- QUEVEDO, F. de.: *Tasa de las hermanitas del pecar*. Madrid, Aguilar, 1932.
- RODRIGUEZ-ARANGO DIAZ, C.: "El matrimonio clandestino en la novela cervantina" en *A.H.D.E.*, 25, 1955. PP. 731-774.
- RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA, J.: *La prueba de las promesas*.
- SABOR de CORTAZAR, C.: "La sociedad española del 1600 y la literatura", en *Revista Universitaria de Letras*. Mar del Plata, I, nº 1, 1979, pp. 41-59.
- SAINZ DE ROBLES, F.C.: *El Teatro en el Madrid del siglo XVII*. Madrid, I.E.M., 1977.
- SAINZ DE ROBLES, F.C.: *Los antiguos teatros de Madrid*. Madrid, I.E.M., 1952.
- SANCHEZ, I.: *Academias literarias del Siglo de Oro español*. Madrid, 1960.
- SHERGOLD, N.D.: "Nuevos documentos sobre los corrales de

- comedias de Madrid en el siglo XVII", en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo. Ayuntamiento de Madrid*, XX, nº 61-62 (1951), pp. 391-445.
- SIMON DIAZ, J.: *La Poesía mural en el Madrid del Siglo de Oro*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1977.
- SIMON DIAZ, J.: "Tráfico de alabanzas en el Madrid literario del Siglo de Oro", en *Anales del I.E.M.*, XX, 1966, PP. 1-11.
- SIMON DIAZ, J.: *Libros Madrileños de los Siglos de Oro*. Madrid, I.E.M., 1953.
- SUAREZ, G.: *Don Juan de los Infiernos*. Ditirambo Films, 1991.
- TIRSO DE MOLINA,: *La prudencia de la mujer*.
- TIRSO DE MOLINA,: *El burlador de Sevilla*. Edición de Antonio Prieto. Madrid, Orbis, 1983.
- TIRSO DE MOLINA,: *El vergonzoso en Palacio*. Madrid, Orbis, 1983.
- VALBUENA PRAT, A.: *La novela picaresca española (estudio, selección, prólogos y notas)*. Madrid, 1943.
- VAREY, J.E.: *Datos históricos sobre los primeros teatros de Madrid: contratos de arriendo, 1615-1641*. Tirada aparte de *Bulletin Hispanique*, 1960.
- VAREY, J.E.: *Prohibiciones de autos y comedias y sus consecuencias (1644-1651)*.
- VELEZ DE GUEVARA, L.: *La niña de Gómez Arias*. Edición de Carmen Iranzo. Valencia. Colección Siglo de Oro/2. Estudios de Hispanófila. 1974.



VELEZ DE GUEVARA, L.: *La luna de la sierra*. Zaragoza, Clásicos Ebro, 1950.

VOSSLER, K.: *Lope de Vega y su tiempo*. Madrid, Revista de Occidente, 1940.

ZAYAS, M<sup>a</sup>. de: *Novelas Completas*. Edición de María Martínez del Portal. Barcelona, 1973.

#### 8. MADRID Y LA CORTE.

AGAPITO Y REVILLA, J.: "Últimas gestiones de Valladolid para el traslado de la Corte", en *BSEEX*, 1923. XXXI, pp. 260-280.

AGULLO Y COBO, M.: "Ataques contra la muralla de Madrid en el siglo XVII", en *Anales del IEM*, III, 1968. pp. 163-172.

AGULLO Y COBO, M.: "Más documentos sobre impresores y libreros madrileños de los siglos XVI y XVII", en *Anales del IEM*, VII, 1972. pp. 159-192.

ALVAR EZQUERRA, A.: *Felipe II, la Corte y Madrid en 1561*.

ALVAR EZQUERRA, A.: *Estructuras socioeconómicas de Madrid y su entorno en la 2ª mitad del siglo XVI*. Madrid, 1988.

ALVAR EZQUERRA, A.: *El nacimiento de una capital europea. Madrid entre 1561 y 1606*. Madrid, 1989.

AMADOR DE LOS RÍOS, J.: *Historia de la villa y corte de Madrid*. Madrid, 1978. 4 v.

- BRAVO MORATA, F.: *Los nombres de las calles de Madrid*. Madrid, 1984.
- CABEZAS, J.A.: *Diccionario de Madrid. Las Calles, sus nombres, su Historia, su ambiente*. Madrid, 1968.
- CALLAHAM, W.H.: "Pobreza y caridad en Madrid", en *Historia* 16, Madrid, 13, 1977. pp. 49-52.
- CALLAHAM, W.H.: *La Santa y Real Hermandad del Refugio y Piedad de Madrid. 1618-1832*. Madrid, I.E.M., 1980.
- CARTOGRAFIA básica de la ciudad de Madrid. Planos históricos, topográficos y parcelarios de los siglos XVII-XVIII-XIX. Madrid, 1979.
- CEPEDA ADAN, J.: "Felipe II, Madrid y El Escorial", en *El Escorial. Biografía de una época*. [La Historia]. Catálogo de la Exposición Conmemorativa del IV Centenario del Monasterio de El Escorial. Madrid, 1986.
- CHUECA GOITIA, F.: *Madrid, ciudad con vocación de capital*. Santiago de Compostela, 1974.
- CORRAL, J. del: *El Madrid de los Austrias*. Madrid, 1985.
- CORRAL, J. del: *Aquellos madrileños. Un santo: Bernardino de Obregón. Un guerrero: el capitán Contreras. poeta: el Conde de Villamediana*. Madrid, 1954.
- CORRAL, J. del: *Las Casas a la Malicia*. Madrid, IEM, 197
- CORRAL, J. del: "Las calles de Madrid en 1624", en *Anales del IEM*, IX, 1973. pp. 643-688.
- CORRAL, J. del.: *Guía de la Casa de la Villa y Casa de Cisneros*. Madrid, IEM, 1970.

- CORRAL, J. del: *Las casas de la Villa de Madrid*. Madrid, IEM, 1970.
- DIEZ BORQUE, J.A.: *Estructura social del Madrid de Lope de Vega*. Madrid, I.E.M., 1977.
- ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA, J.: *De cómo un rey madrileño dejó a su pueblo sin Corte*. Madrid, 1966.
- ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA, J.: *El Madrid de Lope de Vega*. Madrid, 1959.
- ESPADAS BURGOS, M.: *Abastecimiento y alimentación de Madrid en el siglo XVII*. Madrid, I.E.M., 1977.
- ESQUER TORRES, R.: "Lugares de las cinco leguas: Madrid y sus aldeas", en *Anales del I.E.M.*, V, 1970, pp. 121-124.
- FARALDO, J. y ULLRICH, A.: *Corregidores y Alcaldes de Madrid*. Madrid, 1906.
- FAYARD, J. y LARQUIE, C.: "Hotels madrilenes et démographie urbaine au XVII<sup>ème</sup> siècle", en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, IV, 1968, pp. 229-258.
- FERNANDEZ ALVAREZ, M.: *Madrid bajo Felipe II*. Aula de Cultura. Curso sobre la Historia de Madrid, nº 3. Ayuntamiento de Madrid. I.E.M. del C.S.I.C., Madrid, 1966.
- GALLEGÓ, J.: "L'Urbanisme de Madrid au XVII<sup>ème</sup> siècle", en *L'urbanisme de Paris et l'Europe 1600-1680*. pp. 251-265.
- GALLEGÓ, J.: "El Madrid de los Austrias: un urbanismo de teatro", en *Revista de Occidente*. Madrid, nº 73, 1969.

pp. 19-54.

GARCIA ASER, R.: "Algunas notas sobre el caserío de la Plaza Mayor y la actividad de sus moradores", en *Estudios Geográficos*. Madrid, xxii, nº 84-85, 1961. pp. 615-621.

GONZALEZ AMEZUA, A.: "El Bando de Policía de 1591 y el Pregón General de 1613 para la Villa de Madrid" en *RABM*. Ayuntamiento de Madrid, X, 38 (1933), PP. 15-ss.

GUERRA DE LA VEGA, R.: *Historia de la arquitectura en el Madrid de los Austrias. 1516-1700*. Madrid, 1984.

HAUSER, P.: *Madrid bajo el punto de vista médico-social*. Madrid, 1979.

HERRERO GARCIA, M.: "Las fiestas populares de Madrid", en *RevBAM*. Ayuntamiento de Madrid, XXIII, nº 68, 1954, pp. 329-364.

HERRERO GARCIA, M.: "Guía del Madrid de los Austrias (siglos XVI-XVII)", en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*. Madrid, XXIV, nº 69, 1955, pp. 127-152.

LANDA GOÑI, J.: *El agua en la hiegiene del Madrid de los Austrias*. Madrid, 1986.

LARQUIE, C.: "Les esclaves de Madrid a L'époque de la décadence (1650-1700)", en *Revue Historique*. París, CCXLIV, nº 495, 1970, pp. 41-74.

LARQUIE, C.: "La alfabetización de los madrileños en 1650", en *Anales del IEM*, XVII, 1980, pp. 1-30. Separata.

LARQUIE, C.: "Un estudio cuantitativo de la pobreza. Los

- madrileños y la muerte en el siglo XVII", en *Hispania*, XL, 1980, pp. 577-602.
- LARQUIE, C.: "Barrios y parroquias urbanas: el ejemplo de Madrid en el siglo XVII", en *Anales del IEM*. Madrid, XII, 1976. pp. 33-63.
- LEON PINELO, A. de: *Anales de Madrid (1598-1621)*. Madrid, 1931.
- LEONARDO de ARGENSOLA, B.: "Discurso de cómo se remediarán los vicios de la Corte y de que no acudan a ella tanta gente inútil", en *Obras sueltas*, coleccionadas por el Conde de Viñaza. Madrid, 1885. t. II.
- Libros sobre Madrid y Provincia*. Instituto Nacional del Libro Español; Madrid, 1982.
- Libros de Acuerdos del Concejo Madrileño. 1464-1600*. Madrid, 1979.
- LUJAN, N.: *Madrid de los últimos Austrias*.
- MARTINEZ BARA, J.A.: "Algunos aspectos del Madrid de Felipe II", en *Anales del I.E.M.*, primera parte, I (1966) pp. 67-75; segunda parte, II (1967), pp. 159-170; tercera parte, III (1968), pp. 17-28.
- MARTINEZ KLEISER, L.: *Guía de Madrid para el año 1626*, publicada 270 años más tarde. Madrid, 1926.
- MARTORELL, R.: *Aportaciones al estudio de la población de Madrid en el siglo XVII*. Madrid, 1930.
- MELON Y RUIZ DE GORDEJUELA, A.: "Notas sobre el municipio y antigua provincia de Madrid", en *Estudios Geográficos*, Madrid, XXII, nº 84-85, 1961, pp. 325-352.

- MILLARES CARO, A.: *Contribuciones documentales a la Historia de Madrid*. Madrid, I.E.M., 1971.
- MOLINA CAMPUZANO, M.: *Planos de Madrid de los siglos XVII y XVIII*. Madrid, I.E.A.L., 1960.
- MONTAÑEZ MATILLA, Mª: "Un impresor madrileño del s.XVII: Luis Sánchez", en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo. Ayuntamiento de Madrid*, XX, Nº 61-62, 1951. pp. 313-318.
- MONTERO VALLEJO, M.: *Origen de las calles de Madrid: una introducción a la ciudad medieval*. Madrid, 1988.
- MONTOLIU CAMPS, P.: *Madrid, Villa y Corte*. Madrid, D.L., 1987. 3 v.
- MORENO BARRANCO, J.A.: *La mala vida en el Madrid de Felipe V. Delincuencia y marginación social en Madrid. 701-1715*. Madrid, 1984. Tesina sin publicar.
- MORENO GARBAYO, J.: "El impresor madrileño del siglo XVII Francisco Martínez", en *Primeras Jornadas de Bibliografía*. Madrid, FUE, 1977.
- NAVAGERO, A.: *Viaje por España 81524-1526*). Traducido y anotado por Mª Fabril. Prólogo de Angel González García. Madrid, Turner, 1983.
- NAVARRO FERNANDEZ, A.: *La prostitución en la villa de Madrid*. Madrid, 1909.
- NAVASCUES PALACIO, P.: *La Casa de Ayuntamiento de Madrid*. Madrid, 1985.
- NUÑEZ DE CASTRO.: *Libro histórico-político. Sólo Madrid es Corte*.

- OLIVA ESCRIBANO, J.L.: *Bibliografía de Madrid y su provincia...* Madrid, IEM, 1967.
- PEÑASCO DE LA FUENTE, H.: *Las calles de Madrid. Noticias, tradiciones, curiosidades.* Madrid, 1889. Madrid, 1975.
- PEREZ CASTRO, F.: "Extracto de los Libros de Acuerdos del Ayuntamiento de Madrid a partir del año 1601. Resumen de los acuerdos correspondientes a las sesiones del 2 de marzo al 30 de julio de 1601", en *Revista de Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*. XIX, 1950. Nº 1-2; pp. 417-450.
- PEREZ DE LA SALA, P.: "La prostitución en la Corte", en *Revista de España*. 1891, tomo CXXXIV, pp. 425-42 y 524-43. Como parte de su serie *Costumbres españolas en el siglo XVII*.
- PESCADOR DEL HOYO, M<sup>a</sup> C.: "La más antigua plaza de toros de Madrid", en *Anales del IEM*, III, 1968. pp. 29-41.
- RAMON LACA, J. de: *Las viejas cárceles madrileñas (siglos XV a XIX)*. Madrid, IEM, 1973.
- Relaciones breves de actos públicos celebrados en Madrid de 1541 a 1650.* Madrid, IEM, 1982.
- REMIRO DE NAVARRA, B.: *Los peligros de Madrid.* Madrid, 1987.
- REPIDE, P.de: *Las calles de Madrid.* Madrid, 1981.
- RINGROSE, D.: "The impact of a new capital city: Madrid, Toledo and New Castille, 1500-1660", en *Journal Economic History*, New York, XXXIII, Nº 4, 1973. pp. 761-791.

- RINGROSE, D.: *Madrid and the Spanish economy, 1560-1850*.  
Berckley, 1983.
- RINGROSE, D.: "Madrid y Castilla, 1560-1850. Una capital nacional en una economía regional", en *Moneda y Crítica*. 1972.
- RODRIGUEZ SOLER, J.: *Madrid. Sus pleitos y los letrados de la Villa (S.XV-XX)*. Madrid. Vassallo de Mumbert editor, 1973.
- RUBIO PARDOS, C.: "La calle de Atocha", en *Anales del IEM*, IX, 1973. pp.,. 81-116.
- SAMPELAYO, J.H.: *Los días madrileños del siglo XVII*. Madrid, IEM, 1977.
- SANCHEZ ALONSO, B.: "La villa de Madrid ante el traslado de la Corte (1600-1601)", en *RevBAM*. 1924, I, pp. 327-340.
- SANCHEZ ALONSO, M<sup>a</sup> C.: *Contribución a al bibliografía de impresos españoles de temática madrileña (1450-1700)*. Madrid. U.C.M. Dpto. de H<sup>a</sup> Moderna, 1982, 2 vol. Colección de Tesis Doctorales: 159/82).
- SANCHEZ ALONSO, M<sup>a</sup> C.: "Dedicatorias de libros de los siglos XVI y XVII a la villa de Madrid", en *Primeras Jornadas de Bibliografía*. Madrid, FUE, 1977. pp. 475-500.
- SHAW FAIRMAN, R.: "El Madrid y los madrileños del siglo XVII según los visitantes ingleses de la época", en *Anales del IEM*, I, 1966; pp. 137-145.
- SIMON DIAZ, J. (recopilación): *Fuentes para la Historia de*



- Madrid y su provincia*. Tomo I: Textos impresos de los S. XVI y XVII. Madrid, IEM, 1964.
- SIMON DIAZ, J.: *Libros Madrileños de los Siglos de Oro*. Madrid, IEM, 1953.
- SIMON PALMER, M<sup>a</sup> C.: *La alimentación y sus circunstancias en el Real Alcázar de Madrid*.
- SOTO Y AGUILAR, D. de: *Jornada madrileña del Príncipe de Gales: fiestas de toros y cañas en su honor (1623)*. Madrid, 1967.
- TERRASSE, M.: "La región de Madrid d'apres les Relaciones Topográficas (Peuplement, voies de communication)", en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, (París-Madrid), IV, 1968, pp. 143-172.
- Testamentos de 43 personajes del Madrid de los Austrias*. Selección y transcripción de Antonio Matilla Tascón. Madrid, IEM, 1983.
- TORMO, E.: "La capitalidad. Cómo Madrid es Corte", en *RevBAM*, Conferencia, 1929, VI, pp. 420-455.
- TOVAR MARTIN, V.: *El barroco efímero y la fiesta popular, la entrada triunfal en el Madrid del siglo XVII*.
- VARELA HERVIAS, E.: "Notas sobre la población de Madrid en el siglo XVII", en *RevBAM*, IV, 1927, pp. 89-92.
- VARON VALLEJO, E.: "Rondas de los Alcaldes de Casa y Corte en los siglos XVII y XVIII", en *Revista de Archivos, Biblioteca y Museos*, 1924. pp. 148-155.
- VIÑAS MEY, C.: *Forasteros y extranjeros en el Madrid de los*

*Austrias*. Madrid, 1963.

VIÑAS MEY, C.; y PAZ, R.: *Relaciones de los pueblos de España ordenadas por Felipe II. Provincia de Madrid*.

2 vol, 1949.

VIÑAS MEY, C: "La estructura social-demográfica del Madrid de los Austrias", en *Revista de la Universidad*. Madrid, IV, Nº 16. 1955, pp. 467-68.